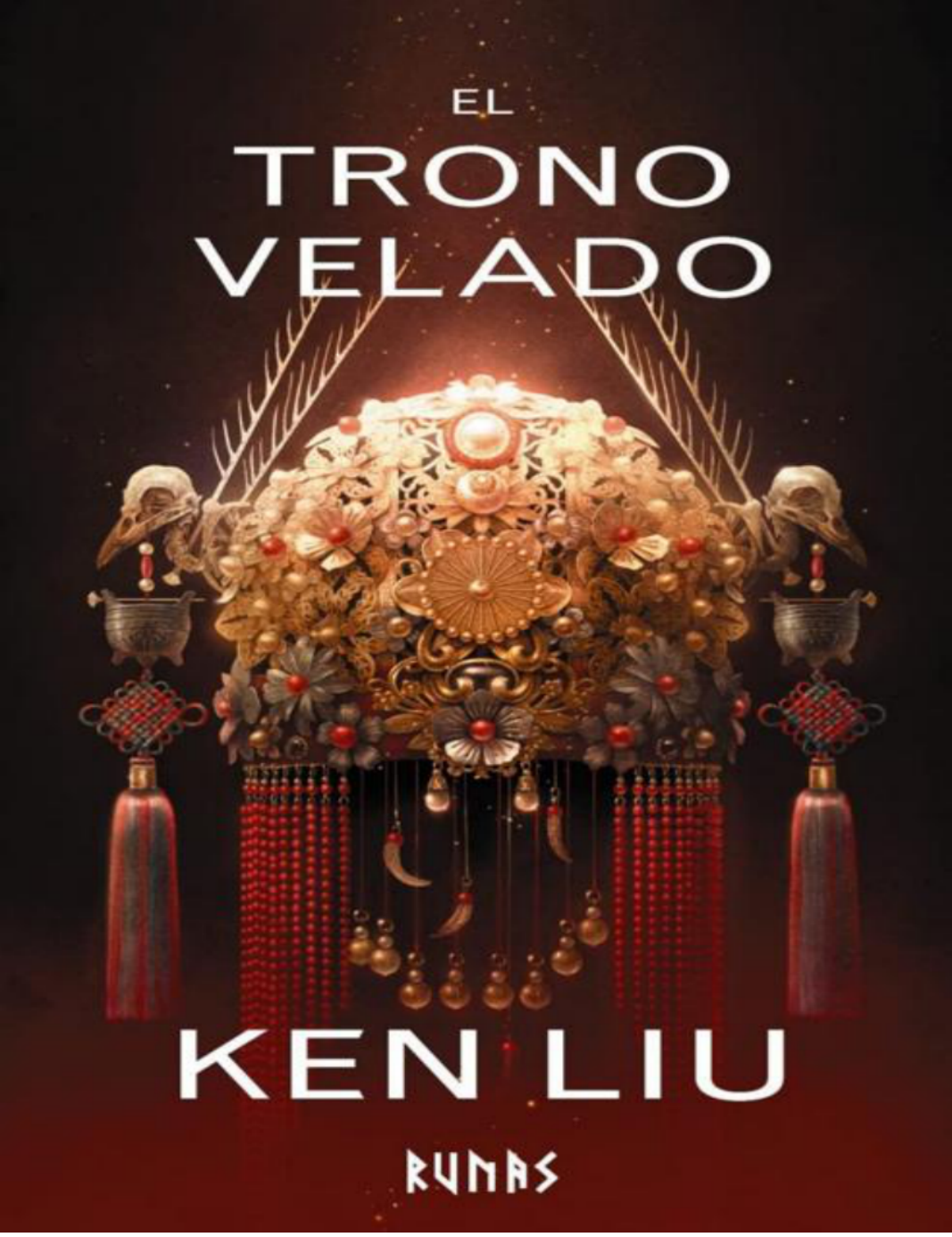
EL

TRONO VELADO



KEN LIU

RUNAS

EL TRONO VELADO

Libro tercero de *La Dinastía del Diente de León*

KEN LIU

Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo

ALIANZA EDITORIAL

Para mi abuelo, que vivió una vida más grande
que cualquier historia que yo pueda contar

NOTA SOBRE LA PRONUNCIACIÓN, LA TRANSCRIPCIÓN Y LA TRADUCCIÓN

Muchos de los nombres de Dara proceden del anu clásico. En este libro, la transcripción del anu clásico no utiliza dígrafos vocálicos; cada vocal se pronuncia de forma separada. Así, por ejemplo, «Réfiroa» contiene cuatro sílabas distintas: Ré-fi-ro-a. Del mismo modo, «Na-aroénna» contiene cinco sílabas: Na-a-ro-en-na.

La «i» se pronuncia como la «i» en español.

La «o» se pronuncia como la «o» en español.

La «ü» se pronuncia como la «ü» alemana o la transcripción fonética pinyin del chino.

Otros nombres tienen orígenes diferentes y contienen sonidos que no aparecen en el anu clásico, como «xa» en «Xana» o «ha» en «Haan». En esos casos, no obstante, cada vocal se sigue pronunciando por separado. Por tanto, «Haan» tiene dos sílabas.

La idea de que el anu clásico es un lenguaje inamovible, inalterado durante milenios, es atractiva y suelen defenderla los menos eruditos de Dara. No obstante, es falsa. Al ser la lengua (principalmente) utilizada en la enseñanza y entre el funcionariado, el anu «clásico» ha seguido evolucionando, influyendo y siendo influida por el lenguaje coloquial y por el contacto con nuevos pueblos, nuevas ideas y nuevas prácticas.

Los escribas y los poetas crean neologismos basados en raíces del anu clásico, así como nuevos ideogramas, para usarlos en su escritura, además de novedosas formas gramaticales que al principio se consideran solecismos pero luego se van aceptando, con el paso del tiempo, cuando los estilistas las adoptan sin mucha consideración hacia las quejas de los lingüistas moralistas.

Es más fácil observar los cambios del anu clásico en los propios ideogramas. No obstante, es posible percibir algunos de estos cambios incluso a través de las transcripciones (dejamos a un lado, de momento, la cuestión de que incluso el anu clásico hablado ha cambiado a lo largo del tiempo). El anu clásico en el que Kon Fiji escribió la mayor parte de sus observaciones no es la misma lengua en la que Vocu Firna escribió sus poemas.

Para hacer hincapié en el diferente registro que evoca el lenguaje para la gente de Dara, las palabras y frases en anu clásico van siempre

en cursiva en el texto.

La transcripción de los nombres y palabras lyucu y agon presenta un problema diferente. Como su conocimiento nos llega a través de la gente y la lengua de Dara, los nombres que aparecen en este libro han sufrido un doble proceso de transformación. Cuando transliteramos términos lyucu o agon ocurre lo mismo que cuando los angloparlantes, o los hablantes de alguna otra lengua, escriben palabras y nombres chinos: solo consiguen aproximarse a los sonidos originales.

Los lyucu o los agon no usan el plural como lo hacen, por ejemplo, los españoles. Por el bien de los lectores en lengua castellana, en este libro se han puesto en plural algunas palabras como «pékyu» o «garinafin», para «naturalizarlas» en dicha lengua. Por otra parte, otras palabras y frases menos comunes mantienen el carácter de su origen no latino.

Los términos «dara», «lyucu» o «agon» pueden hacer referencia a una lengua, al pueblo que habla esa lengua, a la cultura de dicho pueblo o incluso a un único individuo perteneciente a dicha cultura, una práctica que se asemeja a la manera en que estas lenguas representan dichos conceptos de forma natural.

Asimismo, a diferencia del anu clásico, los términos y frases lyucu y agon no están en cursiva en el texto (con muy pocas excepciones). Para aquellos que hablan alguna de esas lenguas, no son términos extranjeros.

Al igual que la mayoría de las cuestiones relacionadas con la traducción, la transliteración, la asimilación, la adaptación y la migración, estas prácticas representan un compromiso imperfecto, que, dada la naturaleza de la historia re-recordada aquí, probablemente sea adecuado.

LOS PRINCIPALES PERSONAJES

EL CRISANTEMO Y EL DIENTE DE LEÓN

Kuni Garu: Emperador Ragin de Dara, muerto durante la batalla del golfo de Zathin, aunque su cuerpo nunca fue recuperado.

Mata Zyndu: El fallecido hegemón de Dara, adorado por algunas sectas en Tunoa y por los soldados rasos como el culmen de la valentía y el honor militar.

CORTE DEL DIENTE DE LEÓN

Jia Matiza: Emperatriz y regente de Dara; consumada herborista.

Consorte Risana: Ilusionista y música consumada. Nombrada emperatriz de Dara a título póstumo.

Kado Garu: Hermano mayor de Kuni; posee el título carente de contenido de rey de Dasu; padre del príncipe Gimoto.

Cogo Yelu: Primer ministro de Dara; uno de los oficiales más antiguos al servicio de la Corte del Diente de León.

Zomi Kidosu: Secretaria de clarividencia; alumna brillante de Luan Zyaji y notable inventora por méritos propios; amante de la princesa Théra; hija de una familia de pescadores-agricultores de Dasu (Oga y Aki Kidosu).

Gin Mazoti: Mariscal de Dara y reina de Géjira; la estratega de batalla más brillante de su tiempo; vencedora póstuma de la batalla del golfo de Zathin; Aya Mazoti es su hija.

Than Carucono: Capitán general de caballería y almirante general de la Armada.

Puma Yemu: Marqués de Porin, experto en tácticas de ataque.

Soto Zyndu: Confidente y consejera de Jia; tía de Mata Zyndu.

Wi: Líder de las Aletas de Dyran, al servicio de la emperatriz Jia.

Shido: Miembro de las Aletas de Dyran.

Señora Ragi: Niña huérfana criada por Jia; al servicio de la emperatriz en misiones especiales.

Gori Ruthi: Sobrino del difunto tutor imperial Zatho Ruthi y marido de la señora Ragi; notable erudito moralista.

HIJOS DE LA CASA DEL DIENTE DE LEÓN

Príncipe Timu (nombre de la infancia: Toto-*tika*): Emperador Thaké de Ukyu-taasa; primogénito de Kuni; consorte de Tanvanaki; hijo de la emperatriz Jia.

Princesa Théra (nombre de la infancia: Rata-*tika*): Nombrada por Kuni su sucesora y conocida durante un tiempo como emperatriz Üna de Dara; cedió el trono a su hermano pequeño Phyro al zarpar hacia Ukyu-Gondé para luchar contra los lyucu; hija de la emperatriz Jia.

Príncipe Phyro (nombre de la infancia: Hudo-*tika*): Emperador Monadétu de Dara; hijo de la emperatriz Risana.

Princesa Fara (nombre de la infancia: Ada-*tika*): Artista y recopiladora de cuentos populares; es la hija más pequeña de Kuni; hija de la consorte Fina, muerta en el parto.

Princesa Aya: Hija de Gin Mazoti y Luan Zyaji; nombrada princesa imperial por la emperatriz Jia en honor a los sacrificios de su madre.

Príncipe Gimoto: Hijo de Kado Garu, el hermano mayor de Kuni.

LOS ERUDITOS DE DARA

Luan Zyaji: Estratega principal de Kuni; amante de Gin Mazoti; viajó hasta Ukyu-Gondé y descubrió el secreto de las aperturas periódicas del Muro de las Tormentas; conocido en vida como Luan Zya.

Zato Ruthi: Tutor imperial, destacado moralista de los tiempos modernos.

Kon Fiji: Antiguo filósofo anu; fundador de la Escuela Moralista.

Poti Maji: Antiguo filósofo anu; el discípulo más aventajado de Kon Fiji.

Ra Oji: Antiguo epigramista anu; fundador de la Escuela Flujista.

Üshin Pidaji: Antiguo filósofo anu; el discípulo más célebre de Ra Oji.

Na Moji: Antiguo ingeniero xana que estudió el vuelo de las aves; fundador de la Escuela Modelista.

Gi Anji: Filósofo moderno del tiempo de los estados Tiro; fundador de la Escuela Incentivista.

Miza Crun: renombrado estudioso de la fuerza sedamótica; en tiempos, mago callejero.

UKYU-TAASA

Tenryo Roatan: Alcanzó el rango de pékyu de los lyucu al matar a su padre, Toluroru; conquistador de las planicies; cabecilla de la invasión lyucu de Dara; murió en la batalla del golfo de Zathin.

Vadyu Roatan (apodada «Tanvanaki»): La mejor piloto garinafin y actual pékyu de Ukyu-taasa; hija de Tenryo.

Todyu Roatan (nombre de la infancia: Dyu-*tika*): hijo de Timu y Tanvanaki.

Dyana Roatan (nombre de la infancia: Zaza-*tika*): hija de Timu y Tanvanaki.

Vocu Firna: Thane próximo a Timu; poeta.

Cutanrovo Aga: Importante thane, comandante de las Fuerzas de Seguridad de la Capital.

Goztan Ryoto: Importante thane; rival de Cutanrovo.

Savo Ryoto: Hijo de Goztan; también conocido por el nombre dara de Kinri Rito.

Nazu Tei: Erudita; maestra de Savo.

Noda Mi: Ministro en la corte de Tanvanaki y Timu; traicionó a Gin Mazoti en la batalla del golfo de Zathin.

Wira Pin: Ministro en la corte de Tanvanaki y Timu; en una ocasión intentó persuadir al príncipe Timu para que se rindiera a los lyucu bajo el mando de Pékyu Tenryo.

Ofluro: Experto jinete garinafin.

Señora Suca: una de las pocas personas ajenas a los lyucu capaz de montar un garinafin; esposa de Ofluro.

LA ESPLÉNDIDA JARRA Y LA BANDA DE LAS FLORES

Rati Yera: Cabecilla de la Banda de las Flores; inventora analfabeta de máquinas ingeniosas.

Mota Kiphi: Miembro de la Banda de las Flores; tan fuerte como Mata Zyndu; superviviente de la batalla del golfo de Zathin.

Arona Taré: Miembro de la Banda de las Flores; actriz.

Widi Tucru: Miembro de la Banda de las Flores; abogado a sueldo.

Viuda Wasu: Cabeza del clan Wasu; conoció a Kuni Garu de joven.

Mati Phy: Subjefa de cocina de La Espléndida Jarra.

Lodan Tho: Jefa de camareros en La Espléndida Jarra; esposa de Mati.

Tiphan Huto: El hijo menor del clan Huto, rival del clan Wasu.

Mozo Mu: Joven chef de cocina empleada por Tiphan Huto; nieta de Suda Mu, legendario cocinero del tiempo de los reyes Tiro.

Lolotika Tuné: Chica estrella de El Aviario, la casa índigo más importante de Ginpen.

Kita Thu: Director de los laboratorios imperiales de Ginpen; dirigió los trabajos para descubrir el secreto del aliento flamígero de los garinafins durante la guerra contra los lyucu.

Séca Thu: Erudito; sobrino de Kita Thu.

Abad Hacha Destrozada: Jefe del templo de Las Aguas Tranquilas y Fluyentes en las montañas de Rima.
Zen-Kara: Erudita; hija del jefe Kyzen de Tan Adü.
Réza-Müi: Una alborotadora.
Égi y Asulu: Pareja de soldados de la guarnición de Pan.
Kisli Péro: Investigadora en uno de los laboratorios imperiales.

TRIPULACIÓN DE *LA QUE DISUELVE LAS PENAS*

Razutana Pon: Erudito de la Escuela Cultivacionista.
Çami Phithadapu: Erudita; experta en ballenas.
Mitu Roso: Almirante; comandante en jefe de la expedición a Ukyu-Gondé.
Nméji Gon: Capitán de la nave *La que Disuelve las Penas*.
Tipo Tho: Antigua oficial de la fuerza aérea; comandante de infantería de marina a bordo de *La que Disuelve las Penas*.
Thoryo: Un misterioso polizón.

LOS LYUCU

Toluroru Roatan: El unificador de los lyucu.
Cudyu Roatan: Cabecilla de los lyucu; hijo de Tenryo; nieto de Toluroru.
Tovo Tasaricu: El thane de mayor confianza de Cudyu.
Toof: Un piloto de garinafin.
Radia: Una jinete de garinafin.

LOS AGON

Nobo Aragoz: El unificador de los agon.
Souliyan Aragoz: Hija más joven de Nobo Aragoz; madre de Takval.
Volyu Aragoz: Hijo más joven de Nobo Aragoz; jefe de los agon.
Takval Aragoz: Pékyu-taasa de los agon; marido de Théra.
Tanto Garu Aragoz (nombre de la infancia: Kunilu-*tika*): Hijo mayor de Théra y Takval.
Rokiri Garu Aragoz (nombre de la infancia: Jian-*tika*): Segundo hijo de Théra y Takval.
Vara Ronalek: Anciana thane que se niega a dejar de participar en combate con garinafins.
Gozofin: Guerrero, diestro en la fabricación de arucuro tocua.
Nalu: Hijo de Gozofin.

Adyulek: Anciana hechicera, diestra en el retrato de espíritus.
Sataari: Joven hechicera.
Araten: Thane de confianza de Takval.

DIOSES DE DARA

Kiji: Patrón de Xana; Señor del Aire; dios del viento, el vuelo y los pájaros; su *pawi* es el halcón mingén; suele llevar una capa blanca; en Ukyu-taasa se le identifica con Péa, el dios que ofreció al pueblo el regalo de los garinafins.

Tututika: Patrona de Amu; es la más joven de todos los dioses; diosa de la agricultura, la belleza y el agua dulce; su *pawi* es la carpa dorada; en Ukyu-taasa se la identifica con Aluro, la Señora de los Mil Arroyos.

Kana y Rapa: Gemelas y patronas de Cocru; Kana es la diosa del fuego, la ceniza, la cremación y la muerte; Rapa es la diosa del hielo, la nieve, los glaciares y el sueño; su *pawi* son dos cuervos: uno blanco y otro negro; en Ukyu-taasa se las identifica con Cudyufin, el Pozo de la Luz, y Nalyufin, la Columna de Hielo, la del corazón despiadado.

Rufizo: Patrón de Faça; el Sanador Divino; su *pawi* es la paloma; en Ukyu-taasa se le identifica con Toryoana, el toro de pelo largo que vigila a las reses y a las ovejas.

Tazu: Patrón de Gan; impredecible, caótico, le encanta el azar; dios de las corrientes marinas, los tsunamis, los tesoros sumergidos; su *pawi* es el tiburón; en Ukyu-taasa se los identifica a él y a Lutho con Péten, el dios de los tramperos y los cazadores.

Lutho: Patrón de Haan; dios de los pescadores, la adivinación, las matemáticas y el conocimiento; su *pawi* es la tortuga marina; desapareció de Dara cuando se hizo mortal para embarcarse (como polizón) en *La que Disuelve las Penas*.

Fithowéo: Patrón de Rima; dios de la guerra, la caza y la forja; su *pawi* es el lobo; en Ukyu-taasa se le identifica con la diosa Diasa, la doncella-maza loba.

SEMILLAS ENTERRADAS

CAPÍTULO UNO

UNA CARRERA NOCTURNA

TATEN, SEDE DEL PÉKYU DE LOS LYUCU EN UKYU-GONDÉ: QUINTO MES DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO POSTERIOR A LA LLEGADA DE EXTRANJEROS VENIDOS DE LEJOS EN BARCOS-CIUDAD, QUE AFIRMABAN ESTAR AL SERVICIO DE UN TAL «MAPIDÉRÉ» (SEGÚN EL RECUENTO DARA, ES EL QUINTO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS, CUANDO KUNI GARU SE PROCLAMÓ EMPERADOR RAGIN Y ESTABLECIÓ SU CAPITAL EN LA RECONSTRUIDA CIUDAD DE PAN).

Las estrellas titilaban en el firmamento como medusas resplandecientes en el oscuro mar. El eterno oleaje susurraba en la distancia mientras la pálida luz de la luna casi llena iluminaba un campamento de tiendas de campaña que se extendía hasta donde llegaba la vista, todas ellas tan blancas como el vientre de un cangrejo carroñero.

Goztan Ryoto salió tambaleándose de una de las tiendas más grandes, con una fina túnica de piel sobre los hombros y un casco hecho con un cráneo colgando de la mano. La solapa de la tienda confeccionada con cuero de garinafin cayó pesadamente contra el bastidor, ahogando las acaloradas maldiciones y el estruendo producido por el choque de mazas de hueso en el interior. Se balanceó sobre sus pies mientras intentaba recobrar el equilibrio.

—¡Tranquila, votan! —Una de las dos guardias situadas frente a la entrada de la tienda se apresuró a ayudar a su señora. Echando un vistazo a la solapa de la tienda, la guardia preguntó—: ¿Quieres que…

Goztan la apartó de un empujón.

—No, deja que se peleen. Ya estoy harta de oírlos lanzarse insultos durante toda la cena, como si fueran niños; ni siquiera se puede echar un trago en paz —forcejeó para colocarse el casco de cráneo sobre la cabeza rapada.

—Supongo que no vas a invitar a ninguno a tu lecho esta noche —comentó la otra guardia—. Es una lástima. Kitan se había dado un baño —arqueó las cejas sugerentemente— y se aseguró de que lo supiéramos.

Ambas guardias se echaron a reír.

Goztan les dedicó una mirada fulminante a través de las cuencas de

los ojos de su casco de cráneo.

—Me gustaría ver cómo haríais vosotras para intentar mantener la casa en paz con cuatro maridos.

Algo se estrelló contra el suelo dentro de la tienda y a continuación se escuchó un aullido de dolor.

Las guardias se miraron, pero permanecieron donde estaban.

Goztan meneó la cabeza con exasperación. La brisa fresca le había despejado la cabeza, abotargada por el kyoffir, y tras un instante comentó:

—Voy a dar un paseo. La audiencia con el pékyu es mañana a primera hora y necesito planificar lo que voy a decirle. Vigiladlos; intervenid solo si veis que van a reventar la cabeza a Kitan.

—Tiene una cabeza muy hermosa —dijo una de las guardias.

Alzaron las solapas de la tienda y se zambulleron en su interior, encantadas de presenciar el drama doméstico que protagonizaban los consortes de su jefa.

Goztan caminaba a grandes pasos sin rumbo fijo por las amplias avenidas que separaban las hileras de tiendas de Taten, con el rostro enrojecido por la furia y la vergüenza. A pesar de la claridad de la luna y de la brisa fresca, pocos eran los thanes y guerreros que paseaban por el barrio de los thanes, ya que las noches se reservaban para las fogatas y los retratos de los ancestros, para la familia y el kyoffir. Para una thane-tigre como Goztan, jefa de las Cinco Tribus del Cuerno, el hecho de vagar en solitario por la ciudad de tiendas a estas horas en lugar de pasar el tiempo con sus esposos era una decisión destinada a provocar chismorreos. Aunque el casco-cráneo le cubría la cara, resultaba demasiado peculiar para preservar por completo su anonimato.

Eso a Goztan no le preocupaba.

Echó a correr y las piernas fueron cobrando velocidad a medida que su respiración se hacía más profunda y regular. El casco-cráneo la aislaba del mundo exterior y la respiración resonaba en sus oídos como el estallido del distante oleaje. A sus veintinueve años se encontraba en plena forma para el combate, más fuerte y letal de lo que había sido durante los años en los que peleó la mayor parte de sus batallas. La sensación de fuerza ilimitada que invadía sus miembros y el rítmico golpeteo de sus pies desnudos y endurecidos contra el suelo la fueron calmando hasta que, poco a poco, cayó en un estado similar al trance. Se imaginaba elevándose libremente en el aire a lomos de un garinafin, en lugar de estar atascada en tierra, ocupada en un montón de obligaciones que amenazaban con hacerla tropezar a cada paso.

Debería estar lanzándose en picado por los cielos y dispersando a los enemigos con la lengua flamígera de su montura, embriagándose de sus aterradores alaridos, deleitándose mientras las reses, las ovejas, las tiendas de cuero, los hitos de hueso y los silos de arcilla se convertían en cenizas y carne chamuscada.

Se suponía que iba a ser una guerrera, no a mediar en las mezquinas luchas de poder entre sus consortes: el frío Ofta, el exaltado Kyova, el astuto Finva-Toruli y el dulce, enfermizo y paranoico Kitan. La tribu de Ofta era la que poseía más ganado; la de Kyova aseguraba tener los derechos de pastoreo más extensos; la tribu de Finva-Toruli era la que poseía menos de todo, pero lo compensaba con una desmedida ambición; y la de Kitan le llevaba la contraria en todo, y anhelaba regresar a los días anteriores a la reunificación de las Cinco Tribus, cuando ella se puso al mando.

Cada uno tenía sus propios objetivos determinados por el consejo de ancianos de la tribu; cada uno tenía su propio modo de reclamar su tiempo y sus afectos; cada uno intentaba, de maneras sutiles y no tan sutiles, asumir la paternidad de su primogénito. Aunque estuvieran unidas bajo un solo nombre, en realidad las Cinco Tribus se parecían más a cinco anguilas obligadas a compartir la misma estrecha cavidad en el arrecife de coral.

La paz del pékyu había traído muchos beneficios, pero no era adecuada para su temperamento. Había recorrido casi mil millas para viajar hasta Taten por primera vez en seis años, aparentemente con el fin de defender los derechos de pasto de las Cinco Tribus del Cuerno en la cuenca de Aluro, pero la verdad era que ella quería zafarse de todos los ancianos, de los caciques y jefes de clan que la acosaban para que resolviera a su favor pequeñas disputas, que insistían en que tomara decisiones triviales y la machacaban preguntando por qué seguía sin parir un heredero, años después de haberse convertido en jefa de las Cinco Tribus y de adquirir el rango de thane-tigre.

Si pudiera alejarme también de mis maridos…

Oscuridad. Las antorchas parpadeantes y el flamear de los estandartes de guerra, confeccionados con colas de zorro, lobo y tigre, se desvanecían como jirones de sueños. Sin pretenderlo, se había alejado corriendo más allá de los límites de Taten, la ciudad itinerante de tiendas del pékyu. La playa blanquecina que se extendía ante ella, reluciente bajo el resplandor plateado de la luna, la invitaba a zambullirse en ese reflejo terrenal del río de estrellas celestial. Dio orden a su imaginaria montura para que redujera el batido de sus alas al tiempo que hundía los talones en la arena blanda.

¿Qué había sido de aquellos estimulantes primeros días de su

matrimonio, cuando pensaba que cinco corazones podían latir como uno solo, que había dejado atrás traiciones e intrigas y que, por fin, las Cinco Tribus del Cuerno podrían ser el ejemplo de un nuevo pueblo lyucu, un pueblo unido que ya no volvería a ser aterrorizado por los saqueadores agon o por una invasión extranjera de ultramar, nunca más sumido en sangrientas guerras internas, una raza orgullosa que canalizaría su sed de sangre en la guerra contra las tormentas invernales y las plagas del estío, contra el hambre, las inundaciones y la sequía, contra el cielo, la tierra y el mar?

Había desposado a sus cuatro maridos en una sola ceremonia para demostrar que todos eran iguales, a pesar de sus diferencias de edad. Para celebrar el acto de la unión, había ordenado a los mejores artesanos de huesos que inventaran una nueva arma: una magnífica hacha repleta de simbolismo. Ella era la cuchilla del hacha, fabricada con el colmillo de un tigre, y sus maridos eran el mango, confeccionado con cuatro costillas de garinafin joven unidas por manojos retorcidos de tendones de fieros lobos. La había llamado Gaslira-sata, la Mordedora de Paz. Cerró los ojos e imaginó cómo se le hincaba el mango en la palma de la mano cuando la envolvía con los dedos. Un arma perfectamente equilibrada, que lo mismo servía para ser lanzada y decapitar a un piloto argón que para blandirse en tierra y partir por la mitad el torso de un bárbaro de Dara.

La Mordedora de Paz, sedienta de sangre desde hacía tiempo, permanecía inactiva en su tienda, envuelta en una piel de tiburón, mientras sus celosos consortes se enfurecían, intrigaban, se daban empujones y se peleaban para lograr un sitio en su cama.

¿Qué voy a decirle mañana al pékyu?

¿La verdad?

«Durante diez años la Tribu de los Cuatro Cactus ha conducido sus rebaños a la tierra que se nos había prometido en las costas de la cuenca de Aluro antes de nuestra llegada en la primavera, y no nos han dejado más que raíces y excrementos. Desde que no podemos hacer valer nuestros derechos por la fuerza, los ancianos se sientan frente a mi tienda día y noche, quejándose para que haga algo. Mi primer marido piensa que debería ofrecerte nuestro tesoro de joyas de Dara para convencerte de que decidas a nuestro favor. Mi segundo marido me aconseja que no lo haga porque piensa que su tribu tendría que aportar más botín que las demás. Mi tercer marido cree que debería imitar a los ancianos y arrodillarme ante ti para conmoverte con mis lágrimas. Y mi cuarto marido me cuenta, a la menor ocasión, que mis otros maridos están conspirando para matarle. Yo quiero abandonarme a la bebida porque es imposible pensar con los cuatro discutiendo y chillando sin cesar…».

En su cabeza podía imaginar la mirada perpleja del pékyu antes de despacharla con un movimiento compasivo pero firme de su brazo. Contrajo la mandíbula anticipando su humillación.

—¿Quién anda ahí? —la voz de un hombre la sacó de sus fantasías. Dos guardias se interponían en su camino, con las mazas de hueso descansando sobre los hombros.

Se dio cuenta de que su deambular la había alejado tanto de Taten que se encontraba cerca de la cueva Victoria, el lugar donde estaban anclados los barcos-ciudad de Dara. Los inmensos cascos, todavía imponentes a pesar de los años de abandono, ocultaban las estrellas y se mecían suavemente sobre el chispeante mar, y sus mástiles y palos le recordaban los bosques de coníferas cercanos a su hogar, en las faldas de las Montañas del Fin del Mundo, o quizá a los blanqueados esqueletos de monstruos marinos cuya carne ya se había podrido.

Ciudades de fantasmas, pensó, y se estremeció con los recuerdos que le traían.

Al otro lado de la playa, alejados del agua, estaban los rediles para los garinafins adolescentes, a quienes se apartaba de sus familias para entrenarles en los modos de vuelo necesarios para guerrear. Los cuerpos lustrosos de las adormecidas bestias destellaban bajo la luna como un rebaño de ganado, aunque mucho más grandes.

A lo lejos, justo frente a ella, podía ver una fogata y figuras bailando a su alrededor. La brisa traía ocasionales fragmentos de risas.

—¡Responde! —volvió a gritar el guardia—. No te acerques más.

Ella no recordaba que los barcos-ciudad o los rediles de los garinafins estuvieran tan fuertemente vigilados la última vez que estuvo en Taten. Las posibilidades de que se produjera una incursión agon o una rebelión de los esclavos eran ahora remotas, más de veinte años después de que Pékyu Tenryo unificara a los lyucu y conquistara a los agon.

¿Qué es lo que están vigilando?

Dio media vuelta para que la luna le iluminara la cara, se retiró el casco-cráneo de la cabeza y lo colocó en el hueco del codo. La brisa refrescó el sudor de su frente al tiempo que entonaba imperiosamente:

—¿Estás ciego?

Solo una thane de su rango podía llevar un casco hecho con la calavera de un tigre de colmillos inmaduro. Ella no deseaba decir su nombre; le parecía vergonzoso anunciar su linaje y su tribu cuando había viajado hasta Taten para suplicar al pékyu que le ayudara a alimentar a su ganado, cuando ni siquiera era capaz de mantener a raya a sus maridos, cuando para encontrar un momento de paz tenía que escaparse de su propia tienda.

—Votan —Los guardias inclinaron la cabeza en señal de respeto. Pero no hicieron movimiento alguno para dejarla pasar.

Ella dio dos pasos hacia adelante. Los guardias permanecieron en su lugar, bloqueando el camino.

Goztan sintió que el rostro se le acaloraba. Con el esfuerzo de la carrera nocturna se había sentido mejor, pero en ese momento la frustración y la sensación de impotencia habían vuelto con fuerza.

—¿Por qué no me permitís acercarme a la fiesta? —preguntó. En realidad le interesaba poco la juerga que tenía lugar junto a la fogata —tenía muchas más ganas de estar sola en ese momento—, pero le molestaba la actitud insolente de los guardias.

—Todo tipo de thanes y jefes, grandes y pequeños, acuden a Taten a diario junto con sus comitivas —dijo uno de los guardias sin alterar la voz—, y la mayoría son desconocidos para nosotros. Hemos jurado mantener a los forasteros alejados del camino a los barcos-ciudad, así que a menos que tengas el talismán del pékyu, por favor, regresa a la seguridad de Taten.

Goztan miró con furia a los guardias. Eran muy jóvenes, poco más que muchachos. Estaba segura de que nunca habían matado a nadie, excepto, tal vez, a algún esclavo indefenso. Cuando Goztan se enfrentó a los garinafins de los agon o a las espadas de Dara, estos chicos no tenían edad suficiente para alejarse del cuidado de sus abuelas.

La rabia emergió de su garganta en forma de risotada forzada.

—Me pregunto si te atreverías a hablar así al thane de los Cuatro Cactus, siempre rodeado de su comitiva de docenas de guerreros. Me pregunto si impedirías el paso al thane de las Dieciséis Tribus del Muladar, que siempre viaja sobre una litera tirada por reses. Te atreves a ladrarme como un chucho maleducado solo porque mis seguidores son pocos y mi tribu remota. ¿De verdad has jurado proteger el camino a los barcos? ¡Fui yo la que capturó esos barcos!

Los guardias parecían estremecidos pero no retrocedieron.

—No nos importa quién seas. Solo servimos al pékyu y haremos todo lo que nos ha sido ordenado por la mano que blande Langiaboto. No puedes pasar sin su talismán.

Goztan dejó caer el casco y adoptó una posición de combate, con los puños en alto y preparada. Lamentó haber salido tan deprisa como para olvidar su arma, pero no iba a consentir que un par de críos con el rostro limpio de cicatrices la impidieran ir adonde quería.

Los guardias apretaron las mazas con más fuerza y se miraron mutuamente con nerviosismo. Goztan era más alta que ellos y, claramente, una luchadora experimentada, a juzgar por las cicatrices en brazos y rostro. Pero antes de que pudieran decidir una respuesta

coordinada, Goztan arremetió contra el guardia de la izquierda y le lanzó el puño derecho contra la nariz.

Sorprendido, el guardia inclinó la cabeza hacia atrás y retrocedió a trompicones tres pasos, arrastrando de forma ridícula su maza por la arena. El puñetazo de Goztan falló por poco.

Aprovechando la ventaja que le otorgaba haber tomado la iniciativa, dio una rápida zancada para golpearle con el puño izquierdo, sin darle la oportunidad de levantar la maza para defenderse o contraatacar. El guardia retrocedió torpemente, volvió a esquivar el golpe, y parecía cada vez más desconcertado.

En lugar de acudir en ayuda de su compañero, el otro guardia rodeó a Goztan por la derecha, quedando por detrás de su agresivo avance. Goztan dio un paso adelante y volvió a lanzar el puño derecho al primer guardia. Pero esta vez, en lugar de retroceder, el guardia hincó los talones, levantó su maza con un prolongado movimiento y la dirigió al vientre de la thane, con la intención aparente de intercambiar puñetazo por golpe.

El joven sonrió a pesar de que el puño de Goztan le alcanzó la nariz; la retirada no había sido producto de la desesperación, sino parte del entrenamiento rutinario de ambos guardias. No cabe duda de que el puñetazo le haría daño o le aturdiría, pero, al no llevar Goztan armadura, un único y sólido golpe con la maza la arrojaría al suelo. De hecho, Goztan estaba atrapada. Aunque pudiera esquivar el golpe en lugar de morder el anzuelo y golpear al guardia, caería justo en la trayectoria de la maza de su compañero, que la atacaba desde un punto ciego.

Pero el siguiente puñetazo de Goztan resultó ser solo una finta. Su puño derecho se abrió para agarrar el extremo de la maza, detuvo su movimiento y la empujó hacia abajo al tiempo que se desplazaba con facilidad hacia la derecha, afirmaba su pierna derecha y lanzaba una patada hacia atrás con la pierna izquierda sin mirar. Pareció que su pie tuviera ojos, pues hizo contacto con las muñecas del guardia situado detrás de ella que, con un aullido agónico, soltó la maza.

Mientras tanto, el guardia que tenía delante había perdido el equilibrio cuando la trayectoria de la maza quedó interrumpida y la punta de esta cayó de un porrazo sobre la arena. Antes de que pudiera recuperarse, Goztan dio un salto hacia adelante y asestó un sólido manotazo contra la parte trasera de su codo izquierdo al tiempo que agarraba la maza y la giraba para arrancársela de las manos.

Goztan hizo unas piruetas con la maza recién arrebatada mientras observaba a sus desarmados adversarios, uno de ellos cuidándose el codo y el otro las dos muñecas.

—¿Me dejáis pasar ya o queréis bailar un rato más?

Para ser sinceros, ninguno de los dos guardias mostró signo alguno de miedo, sino que se acercaron uno al otro y se interpusieron en su camino.

—Tendrás que matarnos si quieres pasar —dijo uno de ellos, cuyas manos caían sin fuerza, probablemente tenía rota al menos una de las muñecas, y gesticulaba de dolor al hablar. El otro cogió un silbato de concha que colgaba de un cordón de tendones alrededor del cuello y sopló, produciendo un pitido potente y agudo.

En la oscuridad sonaron otros silbatos; Goztan observó que al fondo de la playa se acercaban figuras borrosas mientras los pitidos crecían en intensidad.

Ahora que su instinto de luchadora se había enfriado ligeramente, Goztan se arrepintió de su comportamiento impulsivo. No había razón alguna para atacar a estos guardias. Seguro que Pékyu Tenryo no vería con buenos ojos a una thane que lesionaba a sus guardias, aunque la hubieran ofendido previamente. ¿Cómo iba a defender la causa de su pueblo frente a un señor enfadado? Pero ya era demasiado tarde para dar su brazo a torcer. Alzó la maza dispuesta a enfrentarse a docenas de guardias si fuera necesario.

Un potente batido de alas se aproximó por detrás y la nítida voz de una chica joven gritó:

—¡Deteneos todos!

Goztan se giró justo a tiempo de ver a un garinafin inmaduro, de unos veinte pies de cola a hocico, caer sobre la arena con un ruido sordo. Era evidente que el garinafin no estaba entrenado, ya que se tambaleó unos cuantos pasos hacia adelante, se arrodilló y plegó las alas coriáceas contra su pesado cuerpo, llenando las fosas nasales de Goztan con un familiar olor a almizcle. Sobre su lomo iba una niña de unos diez años cuyas trenzas rubias reflejaban la luz de la luna, envolviendo en un halo su rostro pálido e inmaculado.

—Pékyu-taasa —dijo el guarda que había dado la alarma, al tiempo que levantaba los brazos y cruzaba las muñecas a modo de saludo—. El pékyu ha dicho que nadie está autorizado a acercarse a los barcos a menos que haya sido purificado. Esta forastera ha intentado…

—Conozco las órdenes de mi padre —dijo la chica. Acarició los hombros de su montura y el garinafin enroscó el largo cuello hasta colocar la cabeza sobre el suelo cerca del hombro. La piloto descendió utilizando la cabeza como peldaño intermedio. La bestia respiraba de forma rápida y sonora, produciendo un sonido amortiguado similar al de una trompa de concha.

La chica se volvió hacia Goztan y observó que miraba fijamente al

garinafin y fruncía el ceño. Una sombra de preocupación atravesó el rostro de la chica.

—Revélales tu nombre —dijo en un tono que no admitía discusión.

Por el tratamiento que le otorgaban los guardias, Goztan dedujo que la niña era hija de Pékyu Tenryo y, a juzgar por su edad, debía tratarse de Vadyu, la supuesta favorita de su padre. Era poco más que un bebé la última vez que Goztan estuvo en Taten.

No parecía tener mucho sentido seguir ocultando su identidad.

—Me llamo Goztan Ryoto, hija de Dayu Ryoto, hijo de Péfir Vagapé. Sirvo al pékyu como thane de las Cinco Tribus del Cuerno.

Vadyu se giró hacia los guardias.

—Cancelad la alarma. La thane es mi invitada.

—Pero no sabemos si es quien dice ser…

—Yo sé exactamente quién es —le interrumpió Vadyu.

—A pesar de eso, ha quebrantado…

—Podéis explicar vuestras lesiones como resultado de un accidente en la instrucción —dijo Vadyu— o mañana todos sabrán que fuisteis tan ignorantes como para atreveros a desafiar a una famosa veterana de las guerras agon, que se vio obligada a daros una lección. Vosotros elegís, pero creo que es más fácil mantener una mentira si hay menos testigos.

El corazón de Goztan se hinchió de orgullo. Las ofensas que había soportado toda la tarde parecieron disiparse. *Una famosa veterana de las guerras agon.* Pero luego, mientras seguía observando a la chica y a su montura, su rostro recuperó el ceño.

Los dos guardias cruzaron la mirada y parecieron llegar a una decisión. El hombre del silbato emitió una serie de pitidos rápidos. A los pocos momentos los pitidos lejanos se fueron desvaneciendo, confirmando que los refuerzos regresaban a sus puestos.

—Id a que os cuiden el codo y las muñecas —dijo Vadyu—. Sé que intentabais cumplir fielmente las órdenes de mi padre, y vuestra lealtad no caerá en el olvido.

Los abatidos guardias asintieron con gratitud y se marcharon, dejando solas a la thane y a la pékyu-taasa.

Goztan se giró hacia Vadyu.

—Se supone que no deberías estar aquí, ¿verdad?

El rostro de la niña se paralizó por el asombro.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

Goztan rio entre dientes.

—Porque tenías más ganas de deshacerte de estos guardias que yo misma.

—Es que no quería que avergonzaran a una gran guerrera a la que

conozco y admiro —replicó la niña.

—¿De verdad? ¿Cuáles fueron mis méritos en las guerras agon? ¿De qué me siento más orgullosa?

La niña vaciló y luego dijo tímidamente:

—He oído hablar de ti.

—Casi has conseguido engañarme; ha sido muy astuto de tu parte apelar a mi vanidad. Pero llevo seis años sin venir a Taten, así que no podías recordarme de la última visita. ¿Por qué has mentido y has fingido conocerme?

La niña apretó los labios y no respondió.

Goztan dio un paso amenazante hacia ella.

—Un casco puede ser robado. Yo podría ser una esclava agon disfrazada para planear un sabotaje.

Vadyu no quiso retroceder, pero Goztan observó que su mano derecha se abalanzaba hacia la daga de hueso que llevaba en el cinturón. Pero enseguida, deliberadamente, apartó la mano de la daga.

—Entonces no habrías desarmado a los guardias en lugar de matarlos, algo de lo que eres muy capaz.

Goztan estaba impresionada por la fría y rápida agudeza de la niña. Entendía que el pékyu favoreciera a la joven pékyu-taasa. Continuó dando zancadas hacia la niña y todo el cuerpo de esta se tensó. Pero en el último momento Goztan hizo un giro, arrojó la maza que había arrebatado al guardia y se arrodilló junto al joven garinafin. Con cuidado, levantó la cabeza del garinafin y la acomodó en su regazo. El garinafin, una joven hembra que probablemente acababa de aprender a volar, echaba espuma por la boca y su cuerpo temblaba con violencia.

—¿Qué le ocurre a Korva? —pregunto Vadyu con inquietud.

—Rápido, dame toda la tolyusa que tengas.

Asustada, Vadyu echó mano al morral que llevaba a la cintura, sacó puñados de las picantes bayas y los volcó en las manos ahuecadas de Goztan. La mujer arrodillada se las dio a comer poco a poco. Al rato, la garinafin se calmó y cerró los ojos. Pero incluso durmiendo, sus ojos parecían moverse velozmente bajo los párpados.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Vadyu preocupada.

—Solo está soñando —dijo Goztan—. La tolyusa provoca visiones en los garinafins, lo mismo que en nosotros. Está sobreexcitada, y la tolyusa disminuye el ritmo de su corazón, le dilata las arterias y le relaja los músculos para que pueda descansar.

—*Sabía* que podías ayudarla —dijo Vadyu—. Estaba muy asustada porque íbamos perdiendo altura y tenía que aterrizar. Entonces vi cómo la mirabas, como si supieras lo que iba mal, así que decidí…

—¡No deberías montar garinafins tan jóvenes! —Goztan alzó la voz y las palabras surgieron a ritmo torrencial—. Carecen de resistencia para volar mucho rato, y a veces sus familias tienen que cargarlos durante los viajes prolongados. Les lleva tiempo aprender a conservar el gas elevador y dominar su propio cuerpo. La estabas forzando demasiado.

—No lo sabía…

—¡Ya sé que no lo sabías! El modo en que criais a estos garinafins de guerra en enormes corrales… —Goztan respiró hondo y se obligó a calmarse. Verbalizar sus críticas a los métodos del pékyu para criar grandes ejércitos de garinafins ante su hija no iba a conseguirle ningún favor—. Soy piloto de garinafins de la vieja escuela, probablemente una de las mejores del ejército de tu padre, aunque él lleva años sin precisar de mis servicios. No soporto ver maltratadas a estas espléndidas bestias.

—Korva no procede de los corrales —objetó Vadyu—. Intento establecer vínculos con ella al modo antiguo.

Goztan entrecerró los ojos mientras acariciaba las suaves astas del garinafin.

—No tiene marcas de vínculos… ¿La has robado? Te dijeron que no debías montarla y decidiste desobedecer, ¿no es así?

Vadyu se mordió el labio inferior proyectando el mentón de forma desafiante.

—Es un regalo del thane de la Meseta Sin Viento a mi padre. Se supone que su madre es la garinafin más veloz de las que han combatido para el thane…

La voz de Goztan se suavizó ligeramente.

—¿Y querías ver si había heredado la velocidad de su madre? No va a poder desarrollarse del todo si…

—¡Ya *sé* que es demasiado joven para alcanzar su máxima velocidad! ¡No me escuchas! ¿Me tomas por una cría ignorante? —espurreó Vadyu, con los ojos llenos de rabia por no ser comprendida.

Goztan se dio cuenta de que era preferible no responder.

—Está bien, pékyu-taasa, continúa, por favor. Prometo no interrumpirte.

Vadyu respiró hondo.

—Aunque yo la vi primero y supliqué que me la regalara, mi padre quería dársela a mi hermano. «Necesito una montura de guerra», le dije. «Pero esta pequeña bestia tiene bastante temperamento», me respondió. «¡Yo también!», le dije. «Cudyu tiene más experiencia», me dijo él. «¿En montar ganado? Apuesto a que puedo resistir más que él sobre un toro de rodeo», respondí. «Cudyu es mayor y necesitará una

montura de guerra antes que tú», me dijo, y ese fue el final de la discusión. ¡No es justo! Nunca consigo lo que quiero solo por ser más pequeña. Así que decidí montarla yo antes en un vuelo prolongado para que adquiriera vínculos conmigo.

Goztan echó a reír.

—Entonces tenía razón. *Eres* una ladrona.

—¡No lo soy! Hasta que un garinafin no se vincula a un piloto no pertenece a nadie.

—¿Cómo puedes considerarte un piloto cuando ni siquiera sabes cómo cuidar a tu montura adecuadamente?

Las lágrimas amenazaban con inundar los ojos de Vadyu.

—Debería… debería haber aprendido más cosas, pero no me digas que tú siempre hacías lo que te decían cuando tenías mi edad.

Goztan suspiró y suavizó la voz cuando volvió a hablar.

—Ahí me has pillado. Mi madre, que fue thane antes que yo, estaba vinculada a un gran garinafin macho que tenía un temperamento terrible. Se suponía que era imposible montarlo. Por supuesto yo decidí que tenía que intentarlo, aunque su silla era tan ancha que cuando conseguí subirme a él mis piernas quedaban horizontales, completamente abiertas…

Al tiempo que rememoraba, Goztan acariciaba suavemente la cabeza de Korva mirando con cariño el aleteo de las pestañas de la garinafin.

Por eso no percibió el cambio súbito en la expresión de Vadyu al escuchar su relato, ni vio cómo la niña alcanzaba el garrote situado a sus pies y, desde luego, no estaba preparada cuando la niña se echó hacia atrás y lo estrelló contra la parte posterior de su cabeza.

CAPÍTULO DOS

UNA EXPEDICIÓN SECRETA

CUEVA DE LA VICTORIA, UKYU-GONDÉ: QUINTO MES DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO POSTERIOR A LA LLEGADA DE EXTRANJEROS EN LOS BARCOS-CIUDAD (CONOCIDO EN DARA COMO EL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS)

Volvió en sí.

Su visión estaba llena de estrellas que nadaban en el agua.

Poco a poco se dio cuenta de que las estrellas no estaban en el agua, sino que centelleaban en el aire caliente. Las chispas de una rugiente fogata salían disparadas hacia los cielos oscuros como luciérnagas. Un olor de estiércol quemado y un aroma de carne asada invadieron sus fosas nasales. También percibía un rastro del fuerte sabor acre de la tolyusa fumada, que solo se consume en las grandes fiestas y celebraciones. El dolor en la nuca le hizo gemir.

Un canto hipnótico se filtraba hasta su consciencia.

> *Bravos guerreros de Lyucu, escuchad mis palabras,*
> *una historia tan rica como los inmensos rebaños del pékyu,*
> *aunque sigo siendo un extraño en vuestras tierras,*
> *he contemplado la belleza divina con mi mano.*

La forma en que el narrador pronunciaba algunas de las palabras revelaba que no había crecido hablando la lengua de los lyucu, y a pesar de los errores gramaticales que cometía —¿quién podía decir que había contemplado la belleza divina con la mano, en lugar de con el ojo?— el verso poseía una gracia cautivadora, un ritmo y una cadencia diferentes que resaltaban las imágenes, que obligaban al oyente a saborearlas, como si unos simples tubérculos silvestres tostados hubieran sido sazonados con salsa de tolyusa.

Pensó que la voz y el acento le resultaban familiares, aunque no podía localizar a quien hablaba. Intentó girar la cabeza hacia la voz y se dio cuenta de que tenía los brazos y las piernas fuertemente atados con gruesas cuerdas de tendones retorcidos. Estaba prisionera.

…Ya habéis escuchado la antigua historia del pastor agon que un invierno encontró un cachorro famélico y le devolvió la salud alimentándole con la leche de sus perros pastores. Cuando el cachorro

creció, resultó ser un lobo. Un día, el pastor encontró al lobo con sus mandíbulas alrededor de un ternero recién nacido.

«¿Por qué pagas mi amabilidad con esta tradición?», preguntó el pastor.

«No puedo evitarlo», dijo el lobo. «Está en mi naturaleza».

Risas y un gran griterío interrumpieron el cuento.

—¡Se lo merece!

—Estúpido pastor agon.

—¡Hasta la leche de una perra agon está llena de traición y «tradición»!

Una cara infantil se colocó frente al campo de visión todavía borroso de Goztan: era la pékyu-taasa, cuyo pelo resplandecía a la luz del fuego.

—¿Por qué? —dijo Goztan con voz ronca. Apretó con fuerza los ojos cerrados y volvió a abrirlos en un intento de aclarar su visión. Sentía latir la parte posterior de la cabeza. Esperaba no tener nada roto.

Vadyu se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—¿Quién *eres* realmente?

… en mi tierra hay un proverbio que probablemente comunica la misma sabiduría con palabras modestas. Nosotros decimos: «Una cruben engendra a una cruben, un dyran engendra a un dyran, y la hija de un pulpo puede romper ocho ostras al mismo tiempo».

Nuevas carcajadas y gritos.

—¡Más kyoffir!

—¡Más tolyusa!

—Me comería unos pulpos crudos ahora mismo.

—Creo que quieres decir «palabras molestas», viejo. ¡Habla como es debido!

—Oh, ya basta. El esclavo habla mucho mejor que tú. No me importaría que fueras más «modesto».

No parecía que nadie prestara atención a la prisionera atada junto al fuego, o a la niña que la interrogaba.

Goztan era incapaz de entender por qué Vadyu estaba preguntándole algo que ya había respondido antes. A pesar del martilleo de la cabeza, la mente le funcionaba con agilidad. Por alguna razón, la chica estaba convencida de que Goztan no era quien decía ser y suponía una amenaza, y hasta que Goztan descubriera la causa de ello, tenía que enfocar las cosas de otro modo.

—Estoy impresionada de que pudieras trasladarme hasta aquí tú sola.

La niña desvió la mirada avergonzada.

—Lo intenté, pero pesas demasiado para moverte yo sola. Tuve que

pedir a algunos naros que me ayudaran. Les sorprendió verme, pero les conté que mi padre me había enviado para tomar nota de su valor. Me agradecieron que hubiera encontrado a una saboteadora por el camino.

—¿No te preocupa que quienes te ayudaron vayan a contar a tu padre lo de Korva?

Vadyu sonrió nerviosa.

—Casi todos los que están aquí van a zarpar a primera hora de la mañana para encontrar el paso del noroeste hacia Dara. No volverán a ver a mi padre en muchos años, o nunca.

Goztan estiró el rígido cuello para mirar hacia el mar. El resplandor de la rugiente fogata solo le permitía adivinar una flota de enormes balsas-coracle posadas sobre la arena. Eran una innovación introducida por el pékyu. Al amarrar juntos múltiples coracles circulares de hueso y cuero, los botes tradicionales de las tribus costeras, y añadirles un entramado rígido de huesos con numerosas cámaras de flotación, los lyucu habían conseguido construir unas novedosas embarcaciones sin depender de las técnicas de construcción naval de Dara. No tenían la capacidad de carga de los barcos-ciudad, necesaria para trasladar a toda una fuerza invasora, pero podían transportar una expedición exploratoria a mar abierto.

Por fin encontraba sentido al aparato de seguridad montado en torno a la cueva y a los centinelas que le había impedido el acceso. Durante años Pékyu Tenryo había estado obsesionado con encontrar la ruta hacia Dara, la tierra de origen de los barcos-ciudad, para poder organizar una invasión contra ella. No obstante, la remota localización de las islas y el aterrador Muro de las Tormentas descrito por los cautivos de Dara presentaban obstáculos aparentemente insuperables. Múltiples expediciones habían partido para encontrar la ruta hacia Dara, pero no se había vuelto a tener noticias de la mayor parte de ellas, y la tripulación de uno de los barcos que consiguió regresar quedó tan sobrecogida por la experiencia que rogó a Tenryo que pusiera fin a sus locos sueños de conquista. El pékyu se vio obligado a ejecutarlos para que no infectaran y corrompieran la moral de los lyucu.

Como ocasionalmente llegaban hasta la costa restos de expediciones malogradas, arrastrados por la gran corriente oceánica, el pékyu temía estar perdiendo el apoyo popular a estas aventuras de ultramar. Tal vez la presente expedición, a diferencia de las previas, estuviera envuelta en el secretismo con el fin de minimizar la posibilidad de que los ambiciosos thanes y los recalcitrantes ancianos que habían perdido a sus hijos en anteriores viajes montaran una

escena.

Goztan siguió mirando alrededor pero no vio a la joven garinafin.

—¿Dónde está Korva?

—Sigue dormida. Se sentirá segura estando tan cerca de los rediles de los garinafins que están en periodo de formación. No quería dejarla sola, pero es más importante que me asegure de que una espía como tú no cause daño a los bravos naros de mi padre.

—Si vas a buscar a alguno de los guerreros más mayores que lucharon conmigo…

—Ja, no cuela. No puedes engañarme tan fácilmente. Aquí no hay nadie tan mayor como para haber combatido a los bárbaros dara cuando nos apoderamos de los barcos. ¿Contabas con eso, verdad? Esa es la razón por la que robaste la identidad de la heroína de una oscura tribu que raramente visita Taten, sabiendo que aquí nadie sería capaz de afirmar con seguridad que no eres la persona que dices ser.

Por supuesto, pensó Goztan, *solo los jóvenes son lo bastante tontos como para ofrecerse voluntarios para una expedición cuya meta es encontrar unas islas remotas diseminadas por el mar infinito. Es tan absurdo como saltar a ciegas del lomo de un garinafin que se abate sobre las planicies y esperar aterrizar en una burbuja de agua en el mar de hierba.*

—Podrías regresar a la Gran Tienda…

—¿Crees que tengo cinco años? Te aseguro que no voy a traer a uno de los viejos criados de mi padre para que encuentre a Korva por el camino…

—Podrías traerlo dando un rodeo y acercarte a la cueva por el otro lado…

—Claro. Ya sé que te gustaría que fuera por el camino más largo para así contar con más tiempo para escaparte y llevar a cabo tus siniestros planes. Puede que aún no conozca tus intenciones, pero puedo imaginármelas.

Goztan tenía ganas de reír y de gritar al mismo tiempo. Como todos los niños que se aferran a una idea, la lógica empleada para defender su convicción era irrefutable.

—Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo?

Vadyu señaló sus propios ojos con dos dedos y luego le dio con ellos a Goztan mientras la miraba con expresión feroz.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que la flota zarpe al amanecer y Korva se haya recuperado. Luego… cogeré a Korva y te escoltaré de regreso a Taten. Al haber capturado a una peligrosa espía, no tendré problemas por haber robado a Korva. De hecho, puede que padre me la regale como

recompensa. *Todo* va a salir a la perfección.

… Esta noche el pékyu me ha ordenado que recite para vosotros un relato de mi viaje hasta aquí, para que vuestros sueños estén llenos de visiones de la ruta de las ballenas. Al no haber nacido aquí, no puedo hablar a vuestro dios tan claramente como vosotros, pero tal vez los dioses examinen vuestros sueños y divisen el camino a través de la mar infinita para que lleguéis sanos y salvos.

Así que dejad que os entretenga un rato con mis cuentos, algunos reales, otros solo posibles —y no voy a deciros cuál es cuál—, aunque todos sean verdad…

Ahora solo se escucharon unas risas apagadas, que pronto se desvanecieron. El público se calmó. La cadencia del narrador arrojó un hechizo hipnótico sobre el grupo, que se preguntaba si por fortuna alguno de esos cuentos podría iluminar el oscuro mar como una brillante estrella fugaz y guiarlos a través de la desconocida inmensidad.

Goztan no tuvo más remedio que admirar a la niña por su audacia. El suyo era un plan disparatado, pero en realidad tenía la posibilidad de funcionar… si Goztan fuera realmente una espía.

Pero claro, siendo las cosas como eran, cuando Vadyu llevara a Goztan a Taten por la mañana, el pékyu se pondría tan furioso que puede que la pékyu-taasa no pudiera usar su trasero para sentarse sin doblarse de dolor durante un tiempo, y mucho menos montar un garinafin. Iba a disfrutar al ver la cara de sorpresa de Vadyu…

… si no fuera porque si la mantenía prisionera toda la noche, se perdería la audiencia con Pékyu Tenryo, programada para el despuntar del alba. A Tenryo no iban a gustarle las razones de su tardanza. Si el pékyu se mostraba duro con los thanes demasiado débiles, que, incapaces de resolver sus propios problemas domésticos, tenían que acudir a suplicarle ayuda, mucho más despreciaría a una thane incapaz de escapar de una niña de diez años, y estaría totalmente furioso con una thane cuya falta de recursos había puesto en ridículo a su hija favorita y, por asociación, a él mismo.

Goztan podía irse despidiendo para siempre de esos derechos de pasto en la cuenca de Aluro.

… La ruta de las ballenas es turbulenta y salvaje, y las maravillas que se encuentran en ella son tan innumerables como las estrellas en el firmamento.

En una ocasión, cuando atravesábamos una zona de agua templada, las velas flamearon y luego dejaron de ondear por falta de viento. No podíamos más que dejarnos llevar por la gran corriente oceánica que nos había alejado de Dara como semillas de diente de león al viento.

Una manada de delfines nadaba junto a la flota por la banda de estribor. Podíamos oír a esos mamíferos con aletas parlotear en su jubilosa lengua silbante, lo que aliviaba nuestro aburrimiento.

Un vigía gritó: «¡Un tiburón! ¡Un tiburón!».

Corrimos hasta la borda y vimos que sus palabras eran ciertas. Entre los saltarines y bailarines delfines había un pez que destacaba como una rata entre ratones. En lugar de lustroso hocico, tenía una sonrisa llena de dientes; en lugar del par de aletas horizontales que se flexionaban como las piernas de un hombre, tenía una cola vertical, asimétrica, que agitaba como una aleta caudal; en lugar del espiráculo en la parte superior de la cabeza que arrojaba vapor al aire, tenía las hendiduras branquiales laterales abiertas al agua marina…

El dolor de cabeza y el vértigo habían remitido lo suficiente para que Goztan pudiera girarse y enfocar la mirada en Vadyu sin sentir que iba a vomitar. Tenía que convencer a la niña de que la dejara marchar.

—¿Y qué pasa si te equivocas y soy realmente quien digo ser? ¿Cómo puedes estar tan segura de que soy una espía?

Vadyu la miró engreída.

—Vuelve a contarme tu linaje.

—Me llaman Goztan Ryoto, hija de Dayu Ryoto, hijo de Péfir Vagapé. Sirvo al pékyu como thane de…

—¡Mentirosa! —gritó Vadyu—. *Casi* me habías convencido. Casi. Pero eres como el lobezno de la vieja fábula. No puedes ocultar tu verdadera naturaleza.

Goztan estaba completamente perpleja.

—Debes haber malinter…

—Cuando estábamos con Korva dijiste que tu madre fue thane antes que tú.

—Así es.

—Y, sin embargo, cuando explicaste tu linaje solo nombraste a tu padre, no a tu madre —dijo Vadyu triunfalmente—. Así que, o eres una impostora que no ha preparado sus mentiras lo bastante bien, o eres una *usurpadora*, y mi padre jamás hubiera aceptado que una usurpadora formara parte de sus thanes de confianza.

… Esperábamos ver derramamiento de sangre; esperábamos ver a los delfines volverse contra ese pez asesino, el enemigo antiguo de la raza cetácea.

Pero no hubo ninguna pelea, no embistieron contra el intruso. El pesado tiburón gris, el doble de grande que el más grande de los delfines, se comportaba como un miembro más de la manada. Aunque no podía saltar tan grácilmente como ellos, buceaba bajo la superficie, aceleraba con

poderosos golpes de su cola poco adecuada para las acrobacias y se lanzaba fuera del agua imitando a su extraña familia. Y cuando volvía a caer de golpe sobre el océano los delfines le aclamaban con silbidos y chillidos, celebrando su logro como si el tiburón fuera un niño mimado…

Goztan no pudo contener una risita. Dado el modo en que el propio Pékyu Tenryo había alcanzado el poder, la idea de que no tolerara a los usurpadores era absurda, pero no estaba segura de que la pékyu-taasa tuviera suficiente conocimiento del mundo como para entender las razones de su «mentira».

—¡Deja de reír! ¿Qué tiene tanta gracia?

—Bueno, en realidad estás equivocada, pero, por dónde empiezo…

La frase se le atravesó en la garganta, sin terminar, porque por fin había vislumbrado a la gesticulante figura del narrador junto al fuego, y se dio cuenta de por qué su voz le parecía tan familiar.

CAPÍTULO TRES

MENSAJE EN UN CAPARAZÓN DE TORTUGA

UKYU-GONDÉ: AÑO EN QUE LLEGARON LOS BARCOS-CIUDAD DE DARA (CONOCIDO EN DARA COMO EL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA FUERZA JUSTA, CUANDO EL EMPERADOR ERISHI ASCENDIÓ AL TRONO TRAS LA MUERTE DEL EMPERADOR MAPIDÉRÉ)

La madre de Goztan, Tenlek Ryoto, cacique de la Tercera Tribu del Cuerno, había sido de los primeros thanes de Pékyu Toluroru Roatan en prometer lealtad a Tenryo después de que el hijo desairado matara a su padre para usurpar el rango de pékyu. De niña, Goztan observó con admiración cómo Tenryo unía a las disgregadas tribus lyucu de las planicies en un martillo divino, del cual él mismo era la cabeza que golpeaba a los odiados agon, los antiguos enemigos opresores de los lyucu, hasta someterlos. Cuando tuvo suficiente edad se unió a su ejército como piloto de garinafin. Allí estudió las frías tácticas de Tenryo, emuló sus arrebatos de pasión y aplastó a tantos enemigos que no quedó lugar en su casco para las pequeñas cruces que usaba para registrar los cadáveres agon que dejaba detrás.

La Tercera Tribu del Cuerno prosperó. Aunque era demasiado joven para ser madre, Goztan observó con placer que las madres de la tribu se ponían gordas y hermosas gracias a la carne y la leche que les proporcionaban los rebaños de reses de pelo largo y de ovejas mochas que capturaba, mientras sus hijos eran cuidados por los esclavos agon que raptaba en sus incursiones. Aunque sus padres todavía eran jóvenes y vigorosos, Goztan suspiraba aliviada al ver que los ancianos débiles de la tribu ya no tenían que despedirse de sus familias y adentrarse en las tormentas invernales para desaparecer —aunque eso significara que los agon más viejos murieran de hambre en sus aldeas, pero así era la vida en las planicies.

—Eres mejor que cualquiera de tus hermanos y hermanas —dijo Tenlek con voz llena de orgullo—. Eres igual que yo.

Luego, el mismo año en que alcanzó la edad en la que podría tomar marido y tener sus propios hijos, los extranjeros de ultramar llegaron en sus monstruosos barcos-ciudad.

A pesar de la cautelosa bienvenida que les dieron los lyucu bajo la dirección de Pékyu Tenryo, los extranjeros pronto mostraron su

naturaleza bestial y asesinaron a decenas de lyucu con sus formidables armas de metal.

Los bárbaros de Dara eran poderosos. Mataban a distancia con pequeñas saetas lanzadas desde armazones con forma de media luna, mucho más precisas y letales que las hondas y los tirachinas lyucu; vestían con volutas de nubes, mucho más coloridas y confortables para la piel que la badana y el cuero usados por los lyucu; sus barcos-ciudad cabalgaban seguros sobre imponentes olas que habrían volcado los coracles de los lyucu, y eran impulsados por enormes alas verticales que sometían el poder del viento como las alas de un garinafin; parecían completamente inmunes a las misteriosas nuevas plagas que se extendían entre la población lyucu.

Su pékyu, un hombre al que llamaban almirante Krita, declaró que su intención era esclavizar al pueblo de las planicies y encadenarlo de forma que no pudiera escapar hasta la séptima generación. Llevados por la confusión y el terror, muchos clamaron al Padre de Todos y a la Madre de Todos preguntándose por qué habían permitido que la oscuridad descendiera sobre sus hijos mortales.

En lugar de lanzarse con sus guerreros a lomos de garinafins y luchar hasta la muerte contra esos bárbaros, Pékyu Tenryo pidió a las mujeres, los thanes y los naros que se ofrecieran voluntarios como compañía sexual para los hombres que se hacían llamar los Señores de Dara. Muchos de los thanes enfurecieron ante la debilidad del pékyu, entre ellos la madre de Goztan. Pero Goztan, que había sido testigo de que Tenryo lograba vencer a sus enemigos una y otra vez, se ofreció voluntaria, confiando por instinto en que el pékyu tendría en mente algún plan que ellos desconocían.

El pékyu ofreció un banquete a las guerreras la noche anterior al día en que serían enviadas a los barcos-ciudad, y les pidió que tuvieran ojos y oídos bien abiertos para comprender la forma de actuar de los dara, pero que revelaran lo menos posible del modo de vida de los lyucu.

—Tenemos un largo invierno por delante —dijo el pékyu—. La loba inteligente menea la cola y bebe la leche que le ofrecen, adoptando la pose de una perra domesticada. Pero su verdadera naturaleza permanece escondida en su interior, como una daga de hueso enfundada.

Tuvo que soportar las viles caricias y miradas lascivas de los bárbaros, y representar el papel de cautiva humillada, con lo que poco a poco ganó la confianza de Dathama, capitán de uno de los barcos-ciudad, a quien había sido entregada. Le hacía las comidas, le bañaba el cuerpo y dormía en su cama. Palabra a palabra, frase a frase,

aprendió a hablar su lengua; hora a hora, día a día, estudió cómo luchaba y cómo pensaba; pie cuadrado a pie cuadrado, cubierta a cubierta, memorizó la disposición del barco-ciudad y dónde guardaban los depósitos de armas y de comida.

Un día a principios de primavera el capitán Dathama, que por lo general pasaba todo el tiempo en su barco y estaba, si cabe, más flácido y aletargado por la comida suculenta y la ociosidad que le permitían los criados lyucu, decidió que quería tomar un poco de aire fresco. Pidió que le enviaran un equipo de hombres lyucu para que los llevaran a él y a su amante nativa —a quien había dado el nombre de «Obediencia» porque no podía molestarse en aprender su nombre «bárbaro»— en una gran litera construida con costillas de ballena y algas entretejidas, con cojines cubiertos de suave seda dara y rellenos de mullido pelo de becerro.

Como para compensar su físico mediocre —debilucho, torpe, con voz aflautada y una cara que recordaba a la de un ratón carroñero de las planicies—, Dathama llenó la litera con provisiones para satisfacer sus necesidades: dos jarros de vino, ocho canastas de comida para picar, piedras enfriadas en el mar para aliviar sus hemorroides, un cubo de agua perfumada que Goztan suponía debía de ser para rociársela por encima y mantenerle fresco… En tanto que los guerreros lyucu se esforzaban y jadeaban subiendo y bajando las desoladas dunas de arena de la playa, los indolentes soldados dara los seguían con unos cuantos criados y doncellas, que se entretenían con anécdotas que supuestamente demostraban la falta de inteligencia de los hombres de las planicies, y especulaban a voz en grito si algún pecado ancestral habría condenado a los lyucu a su miserable existencia. Afortunadamente, los hombres lyucu no podían entender el habla de Dara, por lo que las ofensas les resbalaban como resbala el agua por la espalda de un charrán de las mareas.

Goztan estaba furiosa. Pensaba que se había habituado a ese tipo de escarnios, pero observar que los Señores de Dara trataban a su gente como a bestias de carga hizo que su cicatrizado corazón volviera a sangrar. Se esforzó por sonreír con coquetería y atiborrar a Dathama con más copas de vino añejo, tal y como le había enseñado a hacer ese canalla.

Entonces, uno de los porteadores tropezó y dejó caer una de las esquinas de la litera, por lo que el desgarbado capitán estuvo a punto de salir despedido. Solo consiguió evitar la vergonzosa caída agarrándose a Goztan, pero el vino de uno de los jarros se derramó por toda su túnica de fina seda.

Encolerizado, Dathama detuvo la procesión y ordenó que azotaran

a todos los porteadores. Goztan observó que la rabia y la humillación anegaban los ojos de los hombres lyucu, arrodillados en el suelo, mientras sus espaldas se iban llenando de las marcas ensangrentadas de los latigazos. Los soldados dara permanecían vigilantes a un lado, con las espadas desenvainadas, atentos a cualquier signo de resistencia que les diera una excusa para matar. A la desesperada, suplicó al capitán piedad para los porteadores de la litera, y el capitán le cruzó la cara de una fuerte bofetada. Era todo lo que podía hacer si no quería saltar sobre él y estrangularle en ese mismo momento.

La astuta loba, se dijo a sí misma en medio de la ceguera producida por la furia. *Debo ser como la astuta loba.*

—¡Una señal! ¡Una señal! —gritó una voz a escasos pies de la litera.

Todos se dieron la vuelta.

Quien hablaba era un hombre dara enjuto y patilargo vestido con la mezcla de harapos de cáñamo tejido y pieles burdamente cortadas que usaban muchos de los sirvientes bárbaros. La prolongada travesía marina había dejado sus prendas hechas harapos y todavía no sabían cómo confeccionar la ropa de los nativos de manera adecuada (o tal vez no quisieran aprender a hacerlo). Goztan no recordaba haberle visto nunca, lo que significaba que probablemente se trataba de un marinero y no de un criado personal al servicio de Dathama. Unos ojos grandes e inteligentes destacaban en el rostro bronceado del hombre, que tenía las manos y la parte visible de sus brazos cubiertas de cicatrices. Goztan pensó que su desaliñada barba le daba el aspecto de un plácido pero atento carnero. Estaba arrodillado en el suelo y sostenía contra el pecho un caparazón de tortuga como si se tratase del mayor tesoro del mundo.

—Oga Kidosu —dijo Dathama—, ¿qué estás balbuceando?

Los soldados observaban este inesperado acontecimiento con interés, y detuvieron temporalmente los latigazos a los porteadores.

Oga levantó con ambas manos el caparazón de la tortuga, del tamaño de un coco pequeño, por encima de la cabeza.

—¡Un augurio muy propicio, capitán!

El capitán salió desmañadamente de la litera, dio unos pasos torpes y arrancó el caparazón de las manos de Oga. Era de una tortuga joven y estaba tan desgastado que los huesos de su interior se habían desintegrado hacía tiempo. Además de las líneas regulares entre las placas, la concha y el plastrón estaban cubiertos de una serie de extrañas marcas.

La parte exterior del caparazón tenía una serie de bultos irregulares perfilados de blanco que el capitán reconoció inmediatamente como un mapa de las islas de Dara. En la parte interior, en el plastrón,

aparecían cinco figuras humanas. Un anciano, una mujer, dos jóvenes sujetando unas armas alargadas y un bebé envuelto en brazos del anciano. La mano levantada de la mujer sujetaba una cuerda, cuyo otro extremo estaba atado a un palo horizontal suspendido, pero no al centro del palo. Del extremo corto del palo colgaba un pescado, y del otro extremo pendía un pequeño peso de forma acampanada: era una balanza para pesar objetos como las que todo el mundo utilizaba en Dara, desde los pescaderos a los tasadores de joyas. Todas las figuras llevaban peinados y ropas dara.

Los dibujos estaban grabados sobre la superficie del caparazón, pero no mostraban las curvas nítidas y los rasgos angulares característicos de las tallas a cuchillo. En realidad, cuando los dedos del capitán recorrieron las marcas, estas eran tan suaves que parecían naturales, como si fueran parte del propio caparazón.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Dathama.

—Cuando ese estúpido porteador dio un traspié, vi que tropezaba con algo que había en la arena. Lo recogí, pensando que sería una concha o una piedra. Pero cuando vi lo que llevaba grabado me di cuenta de que era una señal de Lutho, un mensaje transmitido por su *pawi*.

La mirada de Dathama osciló entre el caparazón que tenía en las manos y la figura arrodillada de Oga Kidosu. La historia del hombre era ridícula y estaba seguro de que las marcas no eran naturales. Era evidente que Oga, un pescador y agricultor analfabeto, estaba presentando una especie de artefacto «sobrenatural» falso con la esperanza de ser recompensado. Estaba a punto de ordenar que le flagelaran cuando se fijó en los soldados dara situados a su alrededor, que contemplaban absortos el caparazón con una mezcla de curiosidad y asombro.

—El almirante dijo que podría haber presagios —cuchicheó un soldado a su compañero.

—He oído que el capitán Talo se estaba purificando para poder meditar y buscar la orientación divina.

Presagios.

Dathama se tragó la orden y repasó la situación política.

El duro tratamiento que el almirante Krita otorgaba a los nativos había provocado un montón de objeciones entre su propia gente, especialmente entre los eruditos moralistas incorporados a la expedición con el fin de convencer a los inmortales de que regresaran a Dara para mayor gloria del emperador Mapidéré. Muchos eruditos denunciaron las políticas de Krita como inhumanas y contrarias a las enseñanzas del Verdadero Sabio. A la menor ocasión le acribillaban

con citas floridas de anu clásico e insistían en que tenía que tratar a los nativos con más compasión. Para el almirante, estos ingenuos eruditos eran idiotas con la cabeza repleta de ideales inútiles como el «respeto mutuo» y la «humanidad común». No comprendían que, para que la expedición pudiera sobrevivir en una tierra hostil, era absolutamente necesario aplicar políticas militaristas severas.

Krita estaba harto de los moralistas y los habría quemado vivos, al igual que el emperador silenció en Dara a aquellos de sus colegas que hablaban sin tapujos. Pero los soldados rasos y los marineros, todos analfabetos, reverenciaban a estos hombres de conocimiento. La ejecución de los eruditos habría enviado la señal inequívoca de que los comandantes militares habían abandonado el objetivo principal de la expedición: buscar a los inmortales para llevarlos de vuelta a Dara para el emperador Mapidéré. Y cuando los soldados se dieran cuenta de que Krita y sus comandantes no tenían interés en regresar a casa, lo más seguro es que se amotinaran. Por eso los oficiales militares no tenían más remedio que tolerar la lengua suelta de los estudiosos para poder sostener la legitimidad de su autoridad.

Pero los soldados rasos y los marineros también eran supersticiosos y Dara contaba con una larga tradición de líderes que invocaban señales de lo sobrenatural para mejorar su posición y desarmar a sus adversarios políticos dentro de la élite. Los cabecillas de las rebeliones populares de la era de los estados Tiro solían incorporar hombres a su causa mediante la autoridad que les otorgaban oráculos inescrutables; incluso el mismo Mapidéré justificó su desarme del populacho fundiendo las armas requisadas para construir gigantescas estatuas de los dioses. Krita había dado a entender que deseaba ser contemplado como un representante de inspiración divina, enviado por los dioses de Dara para gobernar a los ignorantes nativos.

Las marcas del caparazón podían fácilmente interpretarse como un respaldo a las pretensiones de Krita. La posesión de un mapa de Dara sobre el caparazón de una tortuga del lugar suponía sugerir simbólicamente que esta tierra inculta necesitaba ser reconstruida a la imagen de Dara. Según esa lectura, el anciano del dibujo, el que sostenía al bebé, era obviamente una referencia al almirante Krita como dador de vida y fuente de protección, seguridad y estabilidad. La mujer que sujetaba el pescado y la balanza era probablemente una referencia a su consorte nativa —aunque Krita parecía preferir un harén mayor—, como sinécdoque de todos los lyucu, cargados con la obligación de alimentar a su señor y extraer todo el valor de la generosidad de esta tierra. Por tanto, toda la imagen podía interpretarse como que Krita no solo era un Señor de Dara, sino que su

destino era procrear muchos descendientes fuertes —esos jóvenes que blanden armas— en esta nueva patria y devenir el progenitor de una nueva raza.

Incluso Dathama quedó impresionado por la idea y la planificación con que obviamente se había realizado el dibujo.

Las objeciones morales de los eruditos perderían fuerza ante tal visión divina, y cuando vieran decaer su autoridad seguramente encontrarían la forma de justificar el respaldo a la visión para asegurar su propia posición. Olvidemos al emperador Mapidéré; ¡el propio Krita sería emperador!

Y si Dathama presentaba el caparazón con su profecía al almirante, el capitán estaba seguro de que ganaría sus favores y sería ascendido al mayor rango en la corte del nuevo emperador.

No soy el único que presiente una oportunidad; ese taimado Talo, que se pasa el día olisqueando los vientos políticos con su nariz de rata, debe estar fabricando su propio «presagio» ahora mismo. Tengo que actuar con rapidez.

Claro que había riesgos al actuar de ese modo. Los demás capitanes, celosos del éxito de Dathama, podían optar por cuestionar la autenticidad del «presagio», pero entonces tendrían que explicar cómo llegaron las marcas hasta el caparazón de la tortuga. Obviamente los nativos no podían ser los autores del dibujo, pues desconocían todo sobre Dara —de hecho el capitán Dathama dudaba de que tuvieran cualquier noción de geografía o de arte. Y en Dara no se conocía ninguna técnica de tallado o grabado que pudiera producir esos resultados tan finos sobre hueso o concha. Además, ¿quién iba a ser tan tonto como para atreverse a cuestionar la autenticidad de tal objeto si el almirante Krita estaba encantado con él? Más les valdría dedicarse a encontrar sus propios augurios para ganarse su favor.

Una mentira se convierte en verdad cuando suficiente gente tiene razones para pretender que es verdad.

¿Merece la pena correr ese riesgo?

—Si no recuerdo mal, fuiste rescatado por la flota después de casi perder la vida en una tormenta terrible antes de que saliéramos de Dara y atravesáramos el Muro de las Tormentas —dijo Dathama contemplando a Oga, postrado en el suelo. Tenía que poner a prueba a ese hombre, un probable falsificador y la mayor incógnita dentro de sus cálculos—. Está claro que Lutho, dios de quienes se pierden en el mar, te favorece. Como descubridor de esta maravilla, supongo que serás bien recompensado.

—Yo lo encontré porque los dioses *os* sonríen, capitán —respondió Oga Kidosu al tiempo que tocaba el suelo con la cabeza. Luego levantó

la mirada, sin dar importancia a los granos de arena pegados a la frente—. Sin vuestra magnífica presencia, los dioses no habrían hecho tropezar a ese bárbaro. Sin esa caída afortunada, ¿quién sabe cuánto tiempo más habría permanecido oculta esta maravilla divina? Yo no soy sino el testigo de vuestra gracia y la mano a través de la cual *descubristeis* el augurio. Como mucho, soy el bastón que maneja el buscador de tesoros: útil quizá, pero no el responsable de los hallazgos.

Dathama asintió, satisfecho. Puede que este hombre hablara como un tonto servil que aprendió sus nociones de lo que es un discurso elevado de las compañías itinerantes de ópera popular, pero su respuesta indica que entiende lo que está en juego. Estaba otorgando al capitán Dathama el reconocimiento por el descubrimiento —aunque era tan obvio que eso era lo que tenía que hacer que no merecía comentario— y, sobre todo, había ligado su suerte a la del capitán. Al reafirmar públicamente su creencia en el origen divino del caparazón tallado, también estaba prometiendo no revelar nunca la verdad —fuera la que fuese— para no ser ejecutado por sacrilegio y por intento de engaño a sus superiores.

—Incluso un bastón de buscador de tesoros puede ser bañado en oro y protegido en una funda de seda por la buena suerte que ha traído a su dueño —dijo el capitán.

Oga no respondió sino volviendo a tocar la arena con la frente.

El capitán se rio y arrojó el caparazón al regazo de Goztan, sentada en la litera.

—Contempla la razón por la cual hasta los dioses han decretado que los Señores de Dara tienen derecho a gobernar sobre ti y sobre tu pueblo.

Goztan examinó el caparazón de tortuga. Para ella las marcas no guardaban ningún misterio —hace tiempo que los lyucu grababan figuras decorativas en conchas y huesos con el zumo concentrado y fermentado del cactus de tajo, cuya savia produce una sensación de hormigueo y cosquilleo sobre la lengua y la piel. Los artesanos lyucu recubren las conchas con una fina capa de grasa animal mezclada con arena y luego graban figuras sobre la mezcla con la espina de un cactus o una aguja de hueso. Luego dejan la concha en remojo en jugo de cactus de tajo durante unos días, para que el fluido cáustico se coma la superficie ósea expuesta, allí donde la capa protectora de grasa ha sido raspada. Cuando por fin se recupera la concha y se limpia la capa de grasa, las figuras talladas por el artesano quedan grabadas sobre la superficie, lisas y brillantes, como si hubieran surgido de forma natural.

Pero no imaginaba por qué las figuras humanas del plastrón iban vestidas como los Señores de Dara o qué significaban las extrañas formas de la parte superior del caparazón. Y desde luego no podía entender por qué Dathama trataba al artefacto como si fuera un mensaje de sus dioses. Lo más seguro es que ya hubiera visto grabados como ese. Estaban en las copas de cráneo ceremoniales y en los tocados de los chamanes que los Señores de Dara habían incautado a los lyucu como trofeo y que luego distribuían entre los capitanes y oficiales para decorar sus camarotes. De hecho, el mismo Dathama tenía en sus aposentos un cráneo grabado de garinafin que usaba como taburete, aunque nunca se había molestado en preguntarle a qué animal pertenecía.

Contempló pensativamente la figura arrodillada de Oga Kidosu.

Cuando el interludio del caparazón hubo concluido, los soldados dara se prepararon para continuar con los latigazos a los porteadores, pero Oga volvió a interrumpirles:

—Capitán Dathama. Mostraríais más piedad si perdonaseis a estos torpes esclavos por su error. Al fin y al cabo tropezaron porque estaban en presencia de la divinidad. Si cuando volváis con ellos a la flota los presentáis como los hombres que han cumplido la voluntad de los dioses —aunque fuera de forma inconsciente—, tendréis más pruebas para demostrar el poder del augurio.

Dathama levantó una mano; los látigos de los soldados se paralizaron en el aire. Los hombres lyucu levantaron la mirada con ojos desafiantes. Goztan agarraba la concha con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. En ese instante miró a los ojos a Oga Kidosu y ambas mentes parecieron tocarse brevemente, intercambiando una comprensión que no podía expresarse con palabras. Se reconocieron mutuamente con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—¡Oh, piedad, Padre de Todos! —gritó en dara, con los ojos saltones mientras miraba al caparazón—. ¿Qué fuerza deben tener vuestros dioses para grabar con su aliento cicatrices-palabras en el envés de un caparazón?

—La palabra que buscas es un *escrito,* no «cicatrices-palabras» —dijo Dathama con indulgencia. Le había tomado gusto a instruirla y criticaba constantemente su acento y sus errores. Le encantaba enseñarle la lengua civilizada de Dara, transformarla en una señora como es debido—. En todo caso no hay escritura alguna en este objeto, solo dibujos. Pero no espero que entiendas la diferencia.

—¡Oh, qué p-placer tan inmenso! ¡Qué aliento tan poderoso, que consigue que florezca el caparazón de una tortuga muerta! —gritó.

—La palabra que buscas es *poder* —dijo Dathama—, y el aliento no tiene nada que ver con ello. Claro que nuestros dioses son poderosos, más allá de tu capacidad de comprensión.

—Sí, un gran poder —parecía asfixiarse al pronunciar esa palabra dara. Respiraba con dificultad, cayó de espaldas sobre la litera y empezó a convulsionar, como si estuviera en medio de un trance febril inspirado por la tolyusa. El caparazón cayó de sus dedos temblorosos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dathama, alarmado. Le gustaba bastante esa muchacha bárbara. Era bonita, dócil y rápida en aprender lo que a él le complacía. No quería tener que enseñar a otra—. ¿Estás enferma, mi pequeña Obediencia?

Goztan estaba ahora en el borde de la litera, acurrucada en posición fetal. Intentaba separarse del caparazón todo lo posible, como si fuera una llama cuyo calor le resultara imposible aguantar.

—*Toa-tolyusa. ¡Tento! ¡Tento!* —gritó, como si la lengua de Dara le hubiera abandonado.

Se detuvo de golpe. De su garganta surgió una especie de gorjeo y una espuma blanca se deslizó entre sus labios. Sus párpados palpitaban, dejando ver solo el blanco de los ojos.

Los soldados dara observaban consternados y olvidaron los látigos que tenían en la mano.

Los porteadores lyucu, que seguían arrodillados, se pusieron tensos ante los gritos de Goztan. Algunos intercambiaron rápidas miradas y luego, casi al unísono, empezaron a temblar y convulsionar de forma descontrolada, señalando al caparazón de la tortuga y chillando cosas incomprensibles. Algunos cayeron al suelo y tocaron la arena con la frente en dirección a la litera.

—¡Por las barbas de Kiji! —maldijo Dathama—. ¡Ayudadla! ¡Apartad ese caparazón!

Dos criados se levantaron e intentaron calmar a Goztan, le limpiaron la cara con un paño fresco y le susurraron palabras reconfortantes. Oga Kidosu corrió y retiró el caparazón de la litera, para volver a arrodillarse ante el capitán Dathama, manteniendo en alto el objeto mágico.

—Los lyucu no entienden la escritura —dijo Oga—. Incluso un hombre de Dara iletrado como yo se siente sobrecogido por la magia de la palabra escrita, así que ¡imaginad cómo debe afectar ese temor a los corazones de estos bárbaros!

—No hay nada escrito en el caparazón de la tortuga —objetó Dathama.

—Pero ellos no lo saben. Para ellos, todos los símbolos de Dara son idénticos. Contemplar un diseño humano en un producto de la

naturaleza les debe resultar completamente estremecedor. Mirad cómo se ha apoderado de todos un fervor religioso. Probablemente esa es la razón por la que tropezó el porteador esclavo. ¡Es una *prueba* del augurio!

Dathama tenía sus dudas sobre la interpretación de los acontecimientos que hacía Oga. Claro que podía entender sin reparos que su concubina y los esclavos lyucu, primitivos ignorantes, estuvieran tan aterrorizados ante el augurio que cayeran en la histeria. Pero no se creía realmente que una ojeada a un caparazón enterrado en la arena hiciera tropezar a un estúpido bárbaro —¿y por qué no han comenzado a convulsionar hasta que Obediencia ha reaccionado así? ¿Podría tratarse de algún tipo de engaño?

Pero descartó sus dudas. Tras meses de convivir con Obediencia y otros criados lyucu había llegado a la conclusión de que los nativos eran de miembros fuertes pero de mente simple, incapaces de planear más allá de su próxima comida. Bastaba saber que el artefacto podía intimidar y conmocionar a los nativos, lo que incrementaba su valor para el almirante Krita. Y la interpretación de Oga componía una historia aún mejor, que era lo importante.

—Limpiad la sangre de sus cuerpos y cubridles las heridas —dijo Dathama con voz aburrida mientras contemplaba a los porteadores. Los hombres lyucu dejaron gradualmente de convulsionar cuando los soldados soltaron los látigos y se acercaron con paños. Un instante después añadió:

—Id a buscar ropas limpias. Haced que se cambien cuando nos aproximemos a la flota. Ungidles el cuerpo y rociadles con perfume para que su olor a sudor no ofenda al almirante. Tenemos que hacer una presentación adecuada de este presagio.

—Sería más honorable transportar el caparazón en la litera —sugirió Oga con la cabeza agachada—. Aunque vuestra augusta persona tendría que sufrir las penalidades de un regreso a pie.

—¡Ah!... Buena idea.

Este Oga Kidosu tiene un instinto para el teatro. Dathama miró complacido al antiguo pescador de mediana edad. No había mejor forma de asegurar que este «mensaje de los dioses» tuviera una recepción adecuada que planificar cada detalle y presentar al almirante un cuadro perfecto. Si iba a jugar, tenía que apostarlo todo.

Más tarde —después de que el jadeante y sudoroso capitán Dathama hubiera llegado finalmente hasta la flota fondeada, el brazo apoyado sobre los hombros de Goztan, de modo que la mujer lyucu prácticamente le llevaba como a un inválido; después de que el entusiasmado capitán hubiera contado su milagroso descubrimiento y

presentado el caparazón de la tortuga al almirante; después de que el almirante hubiera declarado que Dathama sería conocido desde ahora como «Primera Ola de la Costa Inmortal, el más Devoto y Leal Señor de Dara»; después de que los hombres de Dathama hubieran llevado los arcones repletos de joyas, oro y fardos de seda (en principio, regalos para los inmortales pero ahora reconvertidos en recompensas para aquellos que complacían al almirante) a los aposentos del capitán; después de que los Señores de Dara, con los ojos cargados de envidia y de reticente admiración, hubieran desfilado frente al asiento de Dathama en la cubierta de banquetes para brindar por su buena fortuna; después de la celebración y la fiesta que se prolongó hasta bien entrada la noche y luego de madrugada; y después de que todos los capitanes se hubieran retirado a sus propios barcos y Dathama, dormido entre los vapores del alcohol, hubiera sido llevado de vuelta a su camarote—, Goztan se deslizó silenciosamente por los estrechos y sinuosos corredores del navío, descendió por empinadas escaleras y ascendió por otras en penumbra para finalmente salir al puente superior cuando la luz de las últimas estrellas dejaba paso al alba.

Allí se encontró con la figura encorvada de Oga Kidosu destripando y limpiando pescado.

—¿Por qué? —preguntó en dara. No había necesidad de decir más.

—Tenemos algunas palabras antiguas en Dara —empezó a decir, enunciando cuidadosamente cada sílaba.

Fue como si un trueno explotara en la cabeza de Goztan. Estaba hablando lyucu.

Ella nunca había escuchado a Dathama o a ninguno de sus tenientes, cortesanos, doncellas, cocineros, lavanderas, criados o soldados pronunciar una palabra en su lengua. Pékyu Tenryo había exhortado a los lyucu que iban a servir a los Señores de Dara a aprender pero no enseñar, y ninguno de los hombres o mujeres de Dara parecía querer aprender su lengua. ¿Por qué molestarse en hablar como los bárbaros si los bárbaros tenían tantas ganas de aprender a hablar como la gente civilizada?

—Ante el mar, todos somos… —se esforzó, incapaz de encontrar la palabra adecuada. Luego se pasó al dara—. Hermanos —la miró expectante.

—Votan-ru-taasa —dijo ella, enseñándole el término lyucu, a sabiendas de estar quebrantando la orden de Pékyu Tenryo, pero sin que ello le importara.

Él asintió y la cara se le iluminó con una sonrisa.

—Ah, «más viejo-más joven», o quizá «mayor-más pequeño». Tiene sentido —volvió a hablar en lyucu—. Ante el mar, todos somos

hermanos.

Ahora se daba cuenta de por qué había conseguido aprender su lengua. Ese hombre mostraba una curiosidad pura que invitaba a darle respuestas, y mostraba tal alegría al aprender que una se sentía eufórica al contemplarle, como si los dioses te calentaran echándote su aliento en una noche de invierno.

—Nosotros también tenemos un refrán —respondió ella siguiendo en lyucu—. A los fieros lobos no les importa si eres lyucu o agon. El sabor es el mismo.

Tuvo que repetírselo unas cuantas veces y representar con mímica las mandíbulas abiertas y la melena salvaje del fiero lobo antes de que lo comprendiera.

Él se echó a reír, una carcajada profunda y resonante que la hizo pensar en los templados manantiales cercanos a la cuenca de Aluro.

—El fiero lobo de hoy era muy ruidoso, daba miedo. —Se dio cuenta de que ella no entendía su comentario, así que se dio la vuelta y levantó la parte inferior de su camiseta de piel para mostrarle las cicatrices de latigazos de su espalda.

—Incluso un campesino de Dara tiene el mismo sabor para el fiero lobo.

Oga consiguió decir la frase completa en lyucu excepto una sola palabra, una palabra que ella había oído antes pero que no comprendió.

—*¿Campesino?*

Se puso a simular que estaba cavando la tierra, pero ella no entendía lo que intentaba decirle. Quizá en Dara hubiera personas que se ganaran la vida sacando cosas de la tierra. Era difícil de imaginar, pero muchas de las cosas de esta gente eran difíciles de imaginar.

Le pareció desconcertante ver la espalda de Oga en carne viva, con esas cicatrices tan reales y recientes como las de los cuerpos de los porteadores lyucu. Ya antes había visto castigar con latigazos a los criados por infracciones menores, pero hasta ahora no se le había ocurrido pensar que fueran afines a ella misma, hombres y mujeres a merced de los Señores de Dara. A lo mejor ser un *campesino* era como ser un lyucu.

La señaló con el dedo, luego se señaló él mismo y finalmente dijo:

—¿Votan-ru-taasa?

Ella sacudió la cabeza y él se entristeció.

Goztan echó a reír. Luego se señaló a sí misma e imitó con gestos las curvas de su cuerpo.

—Votan-sa-taasa —le rectificó. Hasta hace apenas un rato, nunca hubiera pensado que podía llegar a decir eso a un hombre de Dara.

Oga sonrió cuando las primeras luces del amanecer encendían el cielo oriental sobre las planicies.

—Hermana y hermano —dijo, en dara.

Continuaron conversando en una mezcla de las dos lenguas mientras el mundo salía gradualmente de la oscuridad.

—¿Por qué Dathama te golpea y te ordena lo que tienes que hacer? —le preguntó ella.

—Bueno, esa es quizá la pregunta más difícil de todas —respondió él.

Oga le explicó los rangos en Dara. Trazó una pirámide en el aire, con la forma del vértice de la Gran Tienda. En la cúspide se situaba el poderoso emperador y, justo debajo de él, los nobles y oficiales más importantes que le servían a su antojo. Por debajo estaban los eruditos que dominan la magia de la escritura y conocen las palabras de los sabios, los comerciantes que duermen sobre sedas y comen con palillos de plata, los terratenientes que dibujan líneas en hojas de papel y cuentan sus monedas. Abajo del todo estaban los campesinos, que no poseen nada más que a sí mismos —y a veces ni siquiera eso— y sacan su comida de la tierra y del agua.

—Algunos nacen Señores de Dara y otros nacen campesinos —dijo Oga, señalando a la cúspide y al fondo de la pirámide imaginaria—. Es así.

Ella no lo comprendió todo —había demasiadas palabras cuyo significado se le escapaba—, pero le impresionó lo mucho que se parecía a la vida en las planicies, al menos tal como era tras la derrota final de los agon. En lo alto estaba el pékyu y, por debajo de él, los thanes-garinafin, los thanes-tigre y los thanes-lobo que le servían a su antojo. La mayor parte de los thanes eran caciques de pequeñas tribus, compuestas de unos pocos clanes, o jefes de tribus nómadas, más grandes, formadas por la agregación de territorios y pueblos de diversas tribus antiguas. Por debajo estaban los naros-votan, que poseían grandes rebaños de ganado y esclavos, y los naros, que poseían rebaños más pequeños y menos esclavos. Los guerreros de estos rangos combatían en el ejército de Pékyu Tenryo como comandantes y jinetes de garinafins. Por debajo de estos estaban los culeks, que no poseían nada y conseguían la carne y la leche cuidando los rebaños de los naros y luchando como soldados de a pie. Y al fondo de todo estaban los esclavos agon, que ni siquiera eran dueños de su propio cuerpo y solo vivían mientras los lyucu les permitían vivir.

Algunos nacen thanes y otros nacen esclavos. Es la naturaleza de las cosas.

¿O tal vez no? ¿Acaso Pékyu Tenryo no dio la vuelta a la pirámide y convirtió a los señores agon en esclavos? Ahora estos extranjeros de Dara pretendían colocarse encima de su pueblo. ¿Quién sabía lo que deparaba el futuro?

—¿Es un retrato de tu familia lo que grabaste en el caparazón de la tortuga? —preguntó ella.

—Sí —respondió Oga, con el rostro marcado por la angustia y la añoranza—. Tenía la esperanza de… de hacer algo para que supieran que nunca dejé de pensar en ellos, ni un solo día.

Y le habló de su vida de pescador y agricultor en la costa de la isla de Dasu. Le habló de su esposa y sus dos hijos mayores, y de la gran tormenta que acompañó el nacimiento de su pequeña bebé. Le habló de la tormenta aún mayor que para él supuso el capricho del magistrado que le obligó a separarse de su familia, alejarse de casa y luego lo llevó al otro lado del Muro de las Tormentas.

—¡Realmente los Señores de Dara no os tratan mejor que a nosotros! —exclamó Goztan.

—El mar lame las costas de Dara igual que las de Ukyu —aseveró Oga.

—Antes pensaba que erais un solo rebaño, una sola manada.

—Y yo creía que erais un solo banco de peces, una sola vaina.

—¿Cómo eran tus hijos?

El modo en que se le encogió la voz al hablar de sus hijos le recordó a su padre, Dayu, nacido con una pierna más corta que la otra, por lo que no se le estimó apto para la guerra. Pero tenía el don de saber leer las señales de Diasa, la doncella-maza cazadora, y era certero interpretando los movimientos de los fieros lobos y los uros salvajes a partir de sus rastros y excrementos. Los cazadores que seguían sus indicaciones siempre tenían éxito.

Pero cada vez que salía con él de caza o de incursión, pasaba más tiempo ayunando y rezando a Diasa que ayudándola a seguir la pista de un muflón errante o de un ciervo de astas musgosas. No le servía de gran apoyo.

—¿Por qué no me ayudas? —le preguntó exasperada en una ocasión.

—Cuando estabas en el vientre de tu madre —le contestó—, prometí a Diasa que si te mantenía sana y salva le ofrecería mi porción de la caza durante el resto de mi vida. Cuando naciste debí contar los dedos de tus manos y tus pies y medir la longitud de tus brazos y tus piernas veinte veces, antes de confirmar que la diosa había escuchado mis plegarias. Por eso nunca como la carne y la médula que me traes de tus cacerías, hija, y tengo que recordar a la

diosa su promesa cada vez que estás en peligro.

Entonces ella no supo qué decir. La naciente comprensión del amor y la mortalidad de un padre por parte de una hija que ya no era una niña pero todavía no era una mujer no podía expresarse con palabras. Se apartó de él para que no viera sus ojos humedecidos y salió corriendo, supuestamente para perseguir a un veloz muflón.

Probablemente él estaba rezando por ella en esos momentos.

Para distraer la atención de las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos, preguntó apresuradamente:

—¿Quién te enseñó a hacer grabados con el jugo del cactus de tajo?

—No puedo decir que lo aprendiera de una sola persona. Al igual que con vuestra lengua, he ido captando retazos de vuestro modo de hacer las cosas de quien ha querido enseñarme. Cuando desembarco para ir a buscar provisiones, observo y escucho, y a veces tengo la oportunidad de preguntar algo. No ha sido fácil llegar a conoceros.

—Eso es lo que pasa cuando tu gente quiere esclavizar y matar a cualquiera que se atreva a decir que no —respondió ella.

Tras una pausa embarazosa, él añadió:

—Algunos de nosotros solo queremos volver a casa.

Ella pensó en las cicatrices de su cuerpo y suavizó la voz.

—Tal vez Dathama te trate mejor, ahora que le has traído un milagro.

Volvió a escuchar su risa profunda, cálida y contagiosa.

—Lo único que ha hecho Dathama es prometerme joyas y un camarote para mí solo, pero será mejor que me mantenga alejado de su vista y nunca vuelva a mencionarle su promesa. A los hombres como él no les gusta que les recuerden quién les ha prestado un servicio.

—¿Pero cómo pueden ser tan tontos vuestros señores? ¿Nunca han visto a los niños lyucu jugar con huesos de oveja grabados, o a las muchachas y los muchachos ir a buscar agua en odres de piel con pitorros grabados de concha?

—El mundo se ve muy diferente a través de los ojos de un Señor de Dara o de un campesino.

Ella sacudió la cabeza sin llegar a entenderlo. Otra vez esa palabra, *campesino*.

Oga desarrolló más su comentario.

—Los ojos de Dathama están tan sintonizados con el flujo del poder que se muestra ciego a cualquier otra cosa. Como no espera ver nada bello o de valor en los lyucu, pasa junto a los niños que llevan bisutería con conchas decoradas y junto a las moradas lyucu construidas con postes de hueso grabados con adornos sin fijarse en

ellos. Aunque utilicé una técnica lyucu para hacer un mapa en el caparazón de esa tortuga, él solo vio lo que necesitaba ver y quería ver. Es tan incapaz de reparar en el arte de los lyucu como una ballena de cabeza abovedada que persigue a un calamar gigante es incapaz de ver las ciudades que construyen las escurridizas gambas en el cercano arrecife de coral.

—¿Ciudades construidas por gambas? —dijo confundida.

—Deja que te cuente una historia.

CAPÍTULO CUATRO

NARRADORES DE HISTORIAS

UKYU-GONDÉ: AÑO EN QUE LLEGARON LOS BARCOS-CIUDAD DE DARA (CONOCIDO EN DARA COMO EL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA FUERZA JUSTA, CUANDO EL EMPERADOR ERISHI ASCENDIÓ AL TRONO TRAS LA MUERTE DEL EMPERADOR MAPIDÉRÉ)

Hace mucho tiempo, cuando los dioses eran jóvenes y los humanos mucho más jóvenes, Lutho y su hermano Tazu, los dos dioses del mar, discutían sobre la sabiduría de los mortales.

«Los mortales nunca podrán ser tan sabios como nosotros», dijo Tazu. «Así como nosotros fuimos dotados de la comprensión divina de Moäno desde el momento del nacimiento, los mortales nacen sin saber nada. ¿Cómo pueden llegar a saber lo que nosotros sabemos?».

«Pero los humanos tienen el don del crecimiento y del cambio», dijo Lutho. «Nacen ignorantes, pero eso los convierte en recipientes ideales para comprender el mundo. Son páginas en blanco en las que sus endebles sentidos graban la verdad, poco a poco, como una niña que graba su futuro en los huesos del oráculo con la espina de un cactus. Al final, mediante la educación, pueden hacerse tan sabios como los dioses».

«Tu confianza en la educación es inmerecida», dijo Tazu. «Los mortales atraviesan el velo de la inconsciencia para llegar a este mundo con una naturaleza que no puede alterarse. Son gotas de espuma llevadas por las olas; su comprensión del mundo está restringida por su forma natal y su posición en la vida».

Para resolver su disputa, cada uno escogió un alma y observó el progreso de su encarnación en la esfera mortal. Después, cuando las dos almas estaban a punto de mudar su cuerpo terrenal y cruzar el Río en el que Nada Flota para entrar en el más allá, los dioses les pidieron que esperaran y contestaran algunas preguntas.

«¿Qué es el océano?», preguntó Lutho al alma elegida, que había vivido como una ballena de cabeza abovedada.

«El océano es un inmenso reino de desolación, sin límites, atravesado velozmente por enormes señores de líneas elegantes, cada uno tan solitario como una estrella en el firmamento», dijo la ballena de cabeza abovedada. «Cuando se encuentran, el único lenguaje que emplean es el de la batalla. Todos los días me sumerjo en el oscuro abismo para perseguir al calamar

de múltiples tentáculos y pico afilado, y permitid que os cuente:

Oh, pez con escamas, Oh, tiburón de dientes despellejados,
toda clase de amistades y parientes de la tribu con aletas,
Oh, tortuga, Oh, nautilo, todos los moradores acorazados de las profundidades,
escuchad al pico rompehuesos arremeter contra la carne marcada por las batallas,
¡Observad cómo los lustrosos dientes punzantes como cuchillas seccionan brazos y tentáculos!
Uno es un demonio que engulle agua con ojos brillantes como faroles,
el otro es un guerrero de grueso casco que se zampa el aire.
¿Machacarán los tensos miembros el cráneo de la ballena como haría el tornillo de banco de Fithowéo?
¿O las mandíbulas rompedoras arrojarán la cabeza llena de pies al sueño eterno de Rapa?

»He visto todo lo que se puede ver en el océano, Señor Lutho y Señor Tazo. Es el dominio salobre de la guerra y la estratagema, donde todos los mortales compiten por la supremacía en una danza sobre el abismo de la muerte y el olvido».

Ambos dioses asintieron. Luego Tazu hizo la misma pregunta al alma escogida, que había vivido como una escurridiza gamba en los arrecifes de coral frente a las costas de la isla Grande.

«El océano es una cálida y tentadora nube de agua viva que rodea las terrazas de tonos iridiscentes de mi ciudad, la capital del Reino de los Crustáceos. Construimos nuestros hogares en las cuevas del arrecife, cuyas paredes están salpicadas de conchas brillantes como joyas, de los huesos y caparazones de animales que vivieron en el lugar antes que nosotras. Durante el día deambulamos por jardines de anémonas de todos los tonos y variedades, y durante la noche dormimos sobre lechos de mullidas esponjas. Cenamos las sabrosas algas que crecen a lo largo de las amplias avenidas de coloridas conurbaciones, y dedicamos nuestro tiempo a la contemplación de las cosas más selectas de la vida.

»En una ocasión me visitó mi amigo, un cangrejo ermitaño, y cuando se acercaba el ocaso le dije:

Ya han fermentado las algas pardas machacadas y las tazas de blanco cauri están frescas y saladas.
Hace algo de frío en la marea vespertina; ¿te quedas para otro trago?

»Bebimos té de algas y admiramos la danza de las medusas que resplandecen y laten en el empíreo líquido, como los legendarios fuegos artificiales de los que hablan los poemas alucinatorios. Pasamos la noche entera discutiendo filosofía contemporánea y las elegantes composiciones de los poetas Talasa. Fue mi mejor noche».

«¿Reconoces el océano que ha descrito la escurridiza gamba?», preguntó Lutho a la ballena de cabeza abovedada.

La ballena lanzó su cuerpo debilitado hacia la superficie y cuando el sol refractó en el chorro que salía de su espiráculo, una ciudad de arrecife iridiscente apareció por un instante.

«En absoluto», dijo con asombro y pesar. «He nadado sobre innumerables arrecifes de coral a lo largo de mi vida, pero jamás habría imaginado la belleza de los espectáculos por ella descritos. Ojalá me hubiera entretenido en observar más de cerca».

«¿Reconoces el océano que describe la ballena de cabeza abovedada?», preguntó Tazu a la escurridiza gamba.

La gamba, demasiado vieja para seguir danzando con gracia, se mecía y rodaba llevada por las corrientes oceánicas.

«No, nunca hubiera imaginado que el mundo exterior al arrecife fuese tan inmenso y pavoroso, lleno de titanes enfrentados en la oscuridad como dioses en el caos primordial. Ojalá hubiera tenido la osadía de explorarlo».

«Yo estaba equivocado y tú también, hermano», dijo Lutho a Tazu. «Los mortales no pueden llegar a ser tan sabios como nosotros, pero no es por falta de perspicacia divina. El mundo es infinito y la vida de los mortales es finita. La educación y la naturaleza son impotentes frente al Tiempo que todo lo devora. Fíjate en lo decepcionadas que están estas almas al darse cuenta de lo poco que saben. Es imposible que lo finito llegue a discernir las verdades del universo en su infinitud».

«No estoy de acuerdo: yo tenía razón pero tú también, hermano», dijo Tazu a Lutho. «¿No ves el asombro en los ojos de estos cuerpos moribundos ni oyes el sobrecogimiento en sus voces que se apagan al imaginar el mundo a través de las historias que cuenta el otro?».

«¿De qué sirve una historia que llega al final de la vida?».

«Aunque cada individuo mortal solo experimente la vida una veintena de años, puede valerse de las historias que dejan todos sus antepasados. La raza de la humanidad avanza en dirección al infinito, aunque la naturaleza de cada individuo sea limitada. La naturaleza puede describir tendencias y circunscribir potencialidades, pero cada alma tiene la capacidad de educarse para otras vidas, de imaginar un rumbo no tomado, de esforzarse por lograr una visión diferente. Gracias a ese anhelo del infinito existente en lo finito, las descripciones pintadas por todos los ojos mortales pueden ensamblarse para crear una verdad superior a nuestra

comprensión divina».

«Si no te conociera mejor», dijo Lutho, «casi diría que te estás volviendo compasivo con los mortales. ¿Vas a unirte a mí en sus cuidados?».

«Yo soy el Señor del Caos», dijo Tazu. «No soy compasivo ni cruel. Es mi papel introducir el azar en la vida de los mortales y observar cómo se revela su naturaleza».

Y esta es la razón por la que, a partir de entonces, Lutho pidió a las rémoras que se pegaran cerca de los ojos de las ballenas de cabeza abovedada, para que esos pececillos puedan limpiar los parásitos y la piel muerta de los gigantescos párpados, para que los pequeños puedan compartir sus historias con los grandes, como hermanos y hermanas, para que los magníficos señores del océano con aletas puedan observar las realidades con mayor atención y claridad.

Y esta es la razón por la que, a partir de entonces, las tormentas de Tazu arrojan periódicamente a los diminutos habitantes de los arrecifes de coral a costas lejanas y desconocidas llenas de insólitos leviatanes y kril antípoda, para que puedan contemplar lo que nunca habrían podido contemplar, para que puedan escuchar historias que nunca habrían escuchado y contar historias que nunca podrían haber contado, para que su naturaleza pueda nutrirse con nuevas experiencias.

—Debes conocer un montón de historias de los dioses y los héroes de Dara —dijo Goztan, imaginando la increíble vida que había tenido ese hombre e intentando comprender a sus extrañas deidades.

—Y algunas de ellas hasta pueden ser verdad —dijo Oga riendo entre dientes—. Pero no es justo escuchar una historia sin contar otra a cambio. ¿Quieres compartir una historia conmigo?

—Yo no sé contar historias —objetó ella.

—Todo el mundo sabe contar historias —respondió él—. Así es como encontramos sentido a la vida que vivimos. La desgracia y el infortunio nos ponen a prueba golpe tras golpe, la mayoría de las veces sin que lo merezcamos. Tenemos que contarnos historias para poder soportar todas las manipulaciones aleatorias a las que nos someten el destino y la fortuna.

Goztan nunca había pensado en ello de ese modo. Tras una pausa, contestó:

—Está bien. Te contaré una historia, una vieja historia que se ha transmitido de generación en generación, de madre a hija, de padre a hijo, de abuelo a bebé, de votan a tasa.

Hace mucho tiempo, antes de los lyucu o de los agon, antes de que hubiera dioses, o tierras, o cielos, o mares, el mundo era una sopa lechosa, donde la luz no estaba separada de la oscuridad, ni la vida de la no vida.

Un día, una gigantesca vaca de cola peluda se bebió el universo. En el último de sus estómagos, el universo empezó a cuajarse, del mismo modo que cuando hacemos queso en la bolsa estomacal de los terneros.

Cuando las partes del universo se separaron unas de otras, nació un lobo. El lobo lloró en silencio, atrapado en medio de ese caos palpitante y sofocante. Arremetió con sus dientes y sus garras contra el estómago de la vaca hasta rasgarlo.

Las distintas partes del universo se desparramaron. Las sólidas se volvieron tierra, el líquido se convirtió en el mar, y los vapores, repletos de sabores y olores fuertes, se convirtieron en el cielo. El lobo aspiró el primer aliento de todo el universo, y luego aulló hasta que el cielo vibró en simpatía.

El lobo era Liluroto, el Padre de Todos, y la vaca era Diaarura, la Madre de Todos. Esa es la razón por la cual todo nacimiento va acompañado de dolor y cada aliento de vida se sostiene por un acto de muerte.

El Padre de Todos y la Madre de Todos vagaron por el recién nacido mundo, desprovisto de vida. Copularon y pelearon, pelearon y copularon —y esa es la razón por la que no hay diferencia entre los placeres del sexo y los placeres que se sienten en la batalla. Derramaron sangre en el suelo, semillas en el mar, y sus aullidos y sus gemidos, sus jadeos y sus gruñidos removieron los cielos. Plantas, peces, bestias y aves brotaron de estos jirones de lo divino, y el mundo se llenó de vida.

El Padre de Todos animó toda cosa viviente pinchándola con un mechón de su pelo, y por eso todos nosotros, desde los humanos hasta los ratones de campo, compartimos la misma naturaleza básica. Entonces la Madre de Todos alimentó a toda cosa viviente con una gota de leche, y por eso todos nosotros, desde los garinafins hasta las larvas de slisli, anhelamos algo más que la mera existencia.

También tuvieron hijos, que fueron los primeros dioses. Los dioses no tenían ninguna forma y las tenían todas, porque eran y no eran de este mundo, al igual que la imagen reflejada que contemplamos en las aguas calmas de la cuenca de Aluro es y no es verdadera. Estaba Cudyufin, el Pozo de Luz, la primogénita. Su ojo era el sol, y ella era tanto la voz del juicio como la que otorga alabanzas. Estaba Nalyufin, la Columna de Hielo, la del corazón despiadado. Su boca era la luna, y era la segadora de los débiles y el confort entumecedor de quienes se acercan a la muerte. Estaba Kyonaro-naro, el de Múltiples Brazos, el insatisfecho. Poseía miles de miembros, cada uno con su propia voluntad, como un pulpo enloquecido. Estaba constantemente en guerra consigo mismo, y cuando un miembro arrancaba otro, diez nuevos miembros brotaban en su lugar. Al final, Kyonaro-naro se desgajó en miles de miles de miles de pedazos, y

cada uno de esos pedazos ascendió y encontró su lugar en los cielos como estrella. Pero algunos de los pedazos más pequeños habían perdido tanto de la fuerza del Padre de Todos y de la Madre de Todos que no pudieron ascender a la cúpula celestial. Y así, se convirtieron en humanos, restos de un dios roto despojado de divinidad y llenos de conflicto y descontento.

Y había muchos otros dioses además de estos, y cada uno de ellos era un aspecto de la Voluntad con mil ojos, miles de miles de corazones, miles de miles de miles de miembros que infundieron vida a la leche del universo. Amaron, pelearon y procrearon entre ellos y con el Padre de Todos y la Madre de Todos. El universo se transformaba cada día porque nuevos dioses nacían cada día.

Mientras el Padre de Todos y la Madre de Todos vagaban por el universo, satisfechos con los resultados de su trabajo, los dioses jóvenes ponían a prueba su fuerza jugando en el mar, por el aire y sobre la tierra, tal y como los niños del pueblo de las planicies representan sus sueños con armaduras de hierba trenzada y armas de huesos chamuscados. Algunos decidieron celebrar un concurso de orines, y así es como llegamos a tener ríos y lagos. Algunos lucharon y cayeron al suelo, y los restos de barro resultantes de sus patadas y palizas se convirtieron en montañas y cumbres. Algunos, de naturaleza más paciente, colorearon los frutos y las flores con pizcas de pintura extraídas de las nubes que brillan con la puesta de sol y el amanecer. Algunos cogieron animales, los desarticularon y luego volvieron a montar los pedazos para formar nuevas criaturas: con los colmillos de una morsa en la boca de un gran felino crearon el tigre de colmillos; insertando los pulmones de un oso de hocico de estrella en el cuerpo de un pez crearon la ballena; y al juntar el cuello de una serpiente, las patas de un águila, la cabeza de un ciervo de cuernos musgosos, las alas de un murciélago y el torso y los estómagos de una vaca crearon el garinafin.

Entonces el Padre de Todos y la Madre de Todos convocaron a todos los dioses a un consejo.

«Los humanos son vuestros votan-sa-taasa», dijo el Padre de Todos.

«Pero los ha abandonado el aliento de la divinidad», dijo la Madre de Todos. «Se sientan en la tierra como rocas caídas del cielo; su antiguo resplandor se está disipando en la oscuridad. Se quejan constantemente ante el Padre de Todos y ante mí misma».

«Debéis hacer algo para que se encuentren cómodos», dijo el Padre de Todos.

Así que los dioses se pusieron a intentar crear un lugar para que vivieran sus hermanos menos afortunados. En ese proceso, rediseñaron el paisaje de Ukyu y cambiaron su fauna y su flora, todo con el fin de encontrar la manera de que los humanos estuvieran más satisfechos con su

parte y alabaran a los dioses en lugar de quejarse.

Así llegaron las Edades de la Humanidad. Los dioses lo intentaron todo: unas veces convirtieron Ukyu en un desierto y otras veces lo inundaron con un diluvio de mil miles de tormentas. Unas veces mimaron a los humanos y otras veces los castigaron con juicios y tribulaciones, con la esperanza de moldear su carácter para que fueran más parecidos a los dioses. Tuvieron incluso que cambiar la forma de los propios humanos, para que encajaran en el nuevo mundo. Pero, hicieran lo que hiciesen los dioses, las primeras cuatro edades acabaron en fracaso. Los humanos no dejaban de quejarse.

Entonces llegó la Quinta Edad de la Humanidad, en la que los dioses usaron todo su poder para convertir un rincón de Ukyu en un paraíso. Fue en ese momento cuando los humanos empezaron a parecerse bastante a como son ahora, y a vivir en un mundo ni demasiado húmedo ni demasiado seco, ni demasiado frío ni demasiado caluroso. Por la tierra fluía libremente un agua más dulce que el kyoffir y los animales se echaban gustosamente a los pies de la gente para ser sacrificados. No había estaciones, ni tormentas, ni años de sequía y hambruna. Los dioses pensaban en todo y no podían imaginar razón alguna por la que los humanos no estuvieran satisfechos.

Pero no iba a ser así. En lugar de atesorar el regalo de los dioses, los humanos se pusieron a dilapidarlo. En vez de limitarse a tomar lo que la tierra les daba de buen grado, intentaron domeñarla para que rindiera más. En vez de alabar a los dioses por su generosidad, lucharon entre sí, pugnando por ser ellos los dioses. En vez de trabajar juntos como un solo pueblo, celebraron la división y la discordia, y mientras combatían unos contra otros se olvidaron de los dioses.

El Padre de Todos y la Madre de Todos se hartaron.

«Si nosotros no podemos satisfacerles, que encuentren ellos solos su propia satisfacción».

Enviaron monstruos de todo pelaje al paraíso y lo destruyeron. Expulsaron a la gente de sus tierras, los despojaron de todos los signos de su vanidad y los diseminaron por todos los rincones de Ukyu. Entonces los dioses decidieron dar rienda suelta a sus propios impulsos, juguetear y divertirse a su antojo. El mundo volvió a sumirse en el caos, casi como lo había estado los días posteriores a cuando Liluroto se abrió camino con los dientes para salir de Diaarura.

Una vez más, el Padre de Todos y la Madre de Todos convocaron un consejo. Los dioses acordaron imponer algo de orden en sus juegos. Establecieron las estaciones y las mareas, los ciclos de crecimiento y de merma, dieron al muflón de pezuñas veloces y al tigre de colmillos afilados su tiempo y su lugar.

Y así fue como se crearon las planicies de matorral en Ukyu al

comienzo de la Sexta Edad.

Tras el castigo, los humanos se juntaron en pequeñas tribus y su vida se llenó de trabajo duro y de espanto. Sin pelo, débiles, sin los dientes del lobo o las garras del águila, sobrevivieron a base de carroña y frutos de cactus, refugiándose en los matorrales cada vez que el cielo se estremecía con truenos. El calor del verano los mataba de sed y las tormentas del invierno les hacían desfallecer por hambre. Carecían de herramientas, de ropa y del conocimiento necesario para vivir en este nuevo mundo. Eran los hijos más desfavorecidos del Padre de Todos y la Madre de Todos, dioses caídos que sobrevivían pero no conseguían medrar.

Dos amigos, Kikisavo y Afir, decidieron que tenían que hacer algo para aliviar el sufrimiento de la gente. Kikisavo, que tenía seis dedos en cada mano, poseía la fuerza de diez osos y una voz tan potente como el trueno. Afir, que tenía seis dedos en cada pie, poseía la resistencia de diez muflones de cuernos retorcidos y sus pies eran rápidos como el rayo. Eran tan buenos amigos que se consideraban votan-sa-taasa. Se llamaban uno a otro «mi aliento».

Juraron encontrar al Padre de Todos y a la Madre de Todos.

«Recorreremos la tierra, no tendremos pareja ni hijos hasta que nos encontremos frente a frente con los Creadores del Mundo y les reclamemos que nos devuelvan al paraíso».

Kikisavo y Afir tomaron el camino del oeste y se zambulleron en el mar. Preguntaron a todos los peces y a todos los cangrejos:

«¿Habéis visto a Liluroto y a Diaarura?».

Una gran ballena nadó hacia ellos para intentar tragárselos con sus enormes fauces. Pero los compañeros no mostraron miedo y fueron directos hacia la cola de la ballena, atándola con un nudo para que no pudiera golpearlos con su aleta caudal. Lucharon en las oscuras profundidades sin aire. La ballena no solo era fuerte sino también astuta, y cuando parecía que los humanos iban a ganar, se transformaba en otro animal y retomaba la lucha. Se liberó de la presa de Kikisavo tomando la forma de una escurridiza anguila; se evadió de las manos de Afir escondiéndose entre los corales en la forma de una almeja gigante; se desvaneció en las aguas iluminadas de la superficie en la forma de una medusa transparente. Pero Kikisavo y Afir no se rendían y siempre se las apañaban para encontrar a la ballena y volver a luchar.

Pelearon en el océano durante diez días y diez noches, y las olas provocadas por su lucha destrozaron la costa. El décimo día la criatura retomó la forma de ballena e intentó ahogar a Kikisavo atrapándole las piernas con sus mandíbulas y sumergiéndose en las profundidades. Pero Kikisavo pegó las manos en el espiráculo de la ballena para impedirle respirar y Afir nadó hasta la superficie donde tragó grandes bocanadas de

aire que entregó a Kikisavo boca a boca. Por fin, la ballena se rindió.

«Soy Péten, el taimado bromista», dijo la ballena. «Pero debo admitir que vosotros sois más astutos».

«¿Cómo pueden los humanos regresar al paraíso?», preguntaron Kikisavo y Afir.

«Aunque conozco la respuesta de mil acertijos y la verdad que encierran mil miles de mentiras, desconozco la respuesta a esa pregunta», dijo Péten. «Pero os enseñaré a construir trampas y planear emboscadas para que podáis obtener más comida. Tomad mis tendones, con los que podréis tejer redes y construir hondas».

Kikisavo y Afir le dieron las gracias y siguieron su camino.

Giraron hacia el sur y se internaron en el interminable desierto de Lurodia Tanta, cuyos oasis están diseminados y las tormentas de arena cambian el paisaje a cada hora. Durante diez días y diez noches vagaron por la tierra desolada hasta llegar a un exuberante oasis guardado por una loba gigantesca que no les permitió acercarse a beber agua.

Aunque Kikisavo y Afir no tenían armas ni armadura, no sintieron miedo. Él saltó sobre el lomo de la loba sin soltarla y ella echó a correr, iniciándose una persecución salvaje alrededor del oasis, a través del agua y sobre las dunas. Aunque la loba saltaba, corcoveaba y chascaba las mandíbulas, no podía quitarse de encima al resuelto Kikisavo ni agarrar a Afir, la de los pies ligeros. Por fin, la loba se cansó y suplicó un respiro.

«Si prometes no morderme, te guiaré hasta un lugar seguro donde podrás echarte y descansar», dijo Afir. La loba aceptó.

Afir la llevó hasta un bosquecillo cercano al oasis y le señaló una zona llana del terreno donde la hierba estaba pisoteada y podía hacerse una cama acogedora. La loba se tambaleó hacia allí, sin perder de vista a Afir, con la idea de saltar inesperadamente y cogerla por sorpresa.

Pero cuando pasaba sobre la cama y tensaba las patas, el terreno cedió y la loba cayó dentro de un hoyo excavado por Afir de antemano. Kikisavo saltó al hoyo y rodeó el hocico de la loba con los tendones de ballena de Péten. La loba se rindió y se tumbó en el suelo del hoyo, con el rabo entre las piernas.

Kikisavo y Afir le quitaron el bozal.

«Soy Diasa, la vigorosa cazadora», dijo la loba. «Pero debo admitir que vosotros sois más fuertes».

«¿Cómo pueden los humanos regresar al paraíso?», preguntaron Kikisavo y Afir.

«Aunque puedo desgarrar mil muflones y partir los huesos de mil miles de uros, desconozco la respuesta a esa pregunta», dijo Diasa. «Pero os enseñaré a luchar con las armas de los enemigos derrotados, con sus dientes y sus garras, y defenderos con la armadura de los adversarios

vencidos, con sus cráneos y tiendas-cabeza. Aquí tenéis. Tomad mi pata delantera y mis dientes y convertidlos en una maza de guerra y en munición para hondas».

Kikisavo y Afir le dieron las gracias y siguieron su camino.

Caminaron hacia el centro, hacia el corazón de las planicies. Allí encontraron un toro de pelo largo que bufaba, pateaba el suelo y no les permitía pasar. Durante diez días y diez noches Kikisavo y Afir lucharon con el toro, pero cuando conseguían derribarlo por los cuernos el toro volvía a levantarse y a atacar. Por último, Afir cegó al toro lanzándole dientes de lobo a los ojos y Kikisavo le golpeó en el morro con la maza de guerra construida con la pata derecha de la loba, dejándole aturdido. Entonces lo ataron al suelo con cuerda de tendones.

«Soy Toryoana, el sanador paciente», dijo el toro. «Pero tengo que admitir que vosotros sois más persistentes».

«¿Cómo pueden los humanos regresar al paraíso?», preguntaron Kikisavo y Afir.

«Aunque puedo correr las mil millas que separan la costa del Mar de las Lágrimas del espejo plácido de la cuenca de Aluro, y puedo masticar la hierba más basta mil miles de veces hasta convertirla en nutriente alimento, desconozco la respuesta a esa pregunta», dijo Toryoana. «Pero os enseñaré a pastorear reses y ovejas para que podáis beber su leche y comer su carne. Aquí tenéis. Tomad esta bolsa hecha con mi estómago. Podéis llenarla de leche y hacerla fermentar en queso y yogur, que puede curar mil miles de miles de dolencias».

Kikisavo y Afir le dieron las gracias y siguieron su camino.

Volvieron hacia el norte y se acercaron a los campos helados, donde los osos de hocico de estrella, de color blanco inmaculado, cazaban perros marinos. Allí los detuvo una enorme osa que quiso comerse a uno de ellos porque estaba hambrienta.

«Antes tendrás que agarrarnos», dijeron Kikisavo y Afir.

Ambos huyeron saltando de témpano en témpano sobre el mar helado mientras la osa blanca rugía y los perseguía. Durante diez días y diez noches atravesaron esa tierra de nadie, donde cada aliento se congelaba al instante formando flores de delicados zarcillos de hielo que flotaban en el viento huracanado. Los compañeros pudieron sobrevivir al frío mortal gracias al kyoffir que bebían y, por fin, atraparon a la osa con cuerdas de tendones de ballena y la tiraron a un agujero del hielo. Cada vez que intentaba subir a la superficie helada, Kikisavo le pegaba en la cabeza con una maza de guerra y Afir lanzaba dientes de lobo a su delicado hocico, obligando a la osa a cubrirse con sus garras y volver a caer en las letales aguas. Por fin, la osa se rindió.

«Soy Nalyufin, la del corazón despiadado», dijo la osa. «Pero debo

admitir que vosotros sois más implacables».

«¿Cómo pueden los humanos regresar al paraíso?», preguntaron Kikisavo y Afir.

«Aunque puedo nadar durante cien días en el mar helado y mantener mi aliento caliente gracias a la sangre de mil perros marinos, desconozco la respuesta a esa pregunta», dijo Nalyufin. «Pero os enseñaré a fabricar ropa y a construir refugios con las pieles y el cuero de los animales, y a diseñar postes y estacas para las tiendas con sus huesos. Aquí tenéis. Tomad mi piel y mi cráneo, ponéoslos para resguardaros de los vientos fríos y de los golpes de vuestros enemigos».

Kikisavo y Afir le dieron las gracias y siguieron su camino.

Se dirigieron hacia el este y caminaron hasta que la tierra quedó envuelta en niebla, como si no hubiera terminado de emerger de la leche primordial. Los compañeros se perdieron y durante diez días y diez noches vagaron a través de la densa niebla, incapaces de decir dónde estaba el este o el oeste, si iban hacia arriba o hacia abajo.

¿De dónde venía esa niebla?

A medida que Kikisavo y Afir derrotaron a un dios tras otro se fueron haciendo más fuertes. Ahora los humanos habían aprendido a cazar, a pescar y a pastorear el ganado, a beber leche y hacer queso, a buscar consuelo en el kyoffir, a protegerse de los elementos con ropa y refugios, a combatir con armas y a manejar herramientas. Eran casi tan poderosos como los dioses; si llegaban a convertirse en dioses, ¿habría bastante sitio en el cielo para albergar a todas las nuevas estrellas?

«¿Podéis devolverles el paraíso?», preguntaron el Padre de Todos y la Madre de Todos.

«Ya es demasiado tarde», se lamentaron los dioses más jóvenes. «Lo hemos destrozado con nuestras grescas».

El Padre de Todos, la Madre de Todos y su prole divina decidieron esconderse lejos, en el este, apartados de los humanos, y bloquear el camino hasta allí con un mar de niebla impenetrable producida por los garinafins.

Porque has de saber que en aquel entonces los garinafins no exhalaban fuego. Solo podían beber agua y pulverizar vapor. Los dioses fabricaron la niebla atando a todos los garinafins del mundo en una fila y dándoles pisotones en la cola para hacerles escupir y crear vapor.

En el interior de la niebla no existían el día o la noche, no había sol ni lluvia, solo una perpetua grisura que ahogaba todo sonido y oscurecía toda visión. Por muy fuerte que Kikisavo agitara su maza de guerra no podía desbaratar la niebla, que recuperaba el espacio al instante y rellenaba cualquier hueco. Por muy rápido que Afir moviera su honda, no podía alcanzar a ninguna criatura, persona o dios.

Los héroes Kikisavo y Afir se acurrucaron bajo la piel de oso y bebieron los últimos tragos de kyoffir, conocedores de que si no podían encontrar el camino y salir de la niebla estaban condenados. Durante cien días y cien noches lucharon contra esa niebla de desesperación sin luces, sin sombras, sin cambios y sin sentido, contra esa ausencia de cualquier conflicto o acción que embotaba toda sensación.

Entonces un rayo de luz despejó la niebla e iluminó la tienda de piel de oso. Por él descendió un águila de plumas doradas que se posó frente a la tienda, para transformarse en una hermosa doncella, con el cabello tan resplandeciente como el sol y la piel tan blanca como la nieve más pura.

«Soy Cudyufin, el Pozo de Luz», dijo la doncella. «He venido a traeros un presente».

«Pero no te hemos derrotado», dijeron Kikisavo y Afir. Los dos compañeros eran prudentes, porque a diferencia de los tributos obtenidos de los enemigos vencidos, no se podía confiar en los presentes, y menos en los ofrecidos por los dioses.

«Eso no importa», dijo Cudyufin. «Os traigo el presente del fuego, que os permitirá comer lo que antes era incomible, destruir lo que era indestructible, calentaros en el corazón del invierno y ver en mitad de la noche. Con el fuego podéis transformar la tierra, aclarar el monte bajo y hacer que crezca la tierna hierba de orejas largas que hará engordar vuestros rebaños y atraerá más ganado. Con fuego podéis endurecer vuestras armas y romper las piedras y las rocas. Permitirá a los humanos vivir casi como los dioses».

A pesar de sus reservas, Kikisavo y Afir se sintieron tentados. Eso no era el paraíso, pero sonaba mucho mejor que lo que tenían.

«Venid conmigo para que podáis llevar la semilla del fuego a vuestro pueblo», dijo Cudyufin, y los dos compañeros la siguieron.

A medida que la diosa atravesaba la niebla iba abriendo un camino ante ella, que inmediatamente se cerraba tras su paso. Ambos humanos tenían que seguirla muy de cerca. Entonces, bruscamente, la diosa se precipitó hacia delante y la niebla se cerró tras ella, dejando plantados a los dos compañeros.

«¡Espera!», chillaron Kikisavo y Afir, pero la diosa no reapareció.

Los dos humanos corrieron hacia delante hasta que, súbitamente, el suelo cedió bajo sus pies. Mientras caían, la niebla se despejó a su alrededor y se zambulleron en un lago de ardiente fuego.

Los dioses les habían tendido una trampa. Como no podían derrotar a los héroes mediante el desaliento, habían decidido tentarlos con falsas esperanzas, algo aún más letal.

Kikisavo y Afir se enfrentaron al mar de fuego, pero el fuego no era un enemigo con el que pudieras luchar, o a quien pudieras disparar,

amordazar o aplastar. La piel del oso ascendió convertida en humo; el casco de cráneo se quebró y cayó; el morral de kyoffir estalló; y la maza de guerra y la honda se convirtieron en antorchas; la cuerda de tendones se arrugó y se carbonizó. El fuego hizo mella en sus cuerpos desnudos y les chamuscó el cabello.

Lo peor de todo es que no podían respirar ni hablar. El humo les llenaba los pulmones, la boca y las fosas nasales y, lo mismo que le pasó a Liluroto en el interior de Diaarura, sin aire, sin voz, no hay vida.

Cuando estaban a punto de abandonar cualquier esperanza, un garinafin balanceó su largo cuello sobre el pozo de fuego y habló a los héroes.

«¿Deseáis que os libere?», preguntó el garinafin.

«¿Qué nos pedirás a cambio?»

«Que me liberéis vosotros a mí», dijo el garinafin. «Y los humanos observaron que la bestia estaba atada a la orilla del lago con gruesos haces de tendones».

«Juramos por la vida de nuestros hijos nonatos que si nos salvas te liberaremos y seremos amigos para siempre».

Y el garinafin abrió la boca y pulverizó una tempestad de agua. El fuego que rodeaba a los compañeros siseó y desapareció.

Kikisavo y Afir salieron del foso carbonizado y se afanaron con las ataduras de tendones del garinafin. Como habían perdido todos los trofeos entregados por los dioses derrotados, rasgaron los gruesos haces con las uñas y mordieron las cuerdas con los dientes. La sangre les chorreaba por los dedos y por las encías mientras los dientes se les rompían y las uñas se desprendían de sus raíces. Pero no se rindieron. Una promesa era una promesa, especialmente una promesa de libertad.

Cuando a nuestros héroes no les quedaba ni un diente ni una uña consiguieron romper el último tendón. El garinafin les pidió que subieran a su lomo y agachó la cabeza para tragar las ascuas que quedaban prendidas en el foso. Una vez los humanos estuvieron seguros sobre su lomo, el garinafin despegó.

Los dioses, sorprendidos de que su plan hubiera sido burlado de nuevo, persiguieron al garinafin para volver a capturarle. Pero el garinafin era demasiado fuerte y veloz, y se las arregló para llevar a Kikisavo y Afir de regreso a casa. El garinafin escupió fuego al suelo.

«¡El presente de Cudyufin!», exclamaron atónitos los dos compañeros.

«Nunca dejéis de tomar lo que es vuestro», dijo el garinafin, «incluso si se os ofreció con malas intenciones».

Y así es como los humanos aprendieron todos los secretos que les permitirían progresar en las planicies.

Pero los dioses no pensaban rendirse; volvieron a traer a los monstruos

que habían expulsado a la gente del paraíso y los enviaron contra los humanos. Había tiburones que caminaban sobre la tierra, fieros lobos con veinte mandíbulas, garinafins con siete cabezas, tigres de colmillos cuyo silencioso rugido podía tumbar a miles en un momento. Una vez más, los ancianos y los niños gritaron de terror y las mujeres y los hombres fueron masacrados.

Kikisavo y Afir estaban tan heridos que no podían combatir, pero el garinafin les habló: «Vosotros me habéis liberado y yo os he liberado a vosotros. Somos amigos para siempre. Ya hemos vencido a los dioses antes y volveremos a hacerlo».

Así que el garinafin volvió a remontarse y fue al encuentro de la ola de monstruos sin miedo. Escupió fuego contra las hordas y destrozó con sus garras a los que conseguían escabullirse. Durante diez días y diez noches ningún monstruo se atrevió a salir de la niebla para poner pie en las planicies, atemorizados por la fiereza de su defensor.

Pero al final el garinafin estaba demasiado agotado para mantenerse en el aire y, con un gemido que devastó la tierra, se desplomó.

Ahí donde cayó se formó una cadena montañosa. Su peso aplastó a miles de miles de monstruos, y el resto se dispersó por la niebla al otro lado. Incluso muerto, el garinafin estuvo dispuesto a defender a sus amigos.

Y así es como se forjó la alianza entre humanos y garinafins. Se habían liberado mutuamente de la esclavitud y se mantendrían juntos, incluso frente a los dioses.

El pueblo rindió honores a Kikisavo y a Afir en una gran fiesta de la victoria.

«¿Qué es lo que están celebrando?», se preguntaron los celosos dioses. «Kikisavo y Afir no han encontrado el camino de vuelta al paraíso».

«No», dijo Diaarura, la Madre de Todos. «Pero han devuelto a su pueblo el don más preciado de todos».

«¿Y cuál es ese don?», preguntaron los dioses. «¿La técnica de cuidar el ganado y la de poner trampas?».

Diaarura sacudió la cabeza.

«¿La miel y el kyoffir?».

Diaarura sacudió la cabeza.

«¿Las armas y los cascos de cráneo?».

Diaarura sacudió la cabeza.

«¿La ropa y los refugios?».

Diaarura sacudió la cabeza.

«¿El fuego?».

«¿La amistad de los garinafins?».

Diaarura sacudió la cabeza.

«No, el don más preciado de todos es el espíritu indomable del guerrero.

Aunque el aliento de la divinidad haya abandonado a los humanos, ahora entienden que no hay nada que deban temer mientras estén dispuestos a pelear».

Y esa es la razón por la que incluso los dioses contemplan los retratos de los espíritus de los grandes guerreros y cruzan las muñecas como muestra de respeto».

—¿Llegaron los dioses a hacer las paces con los humanos? —preguntó Oga, cuando le pareció que Goztan había acabado.

—Sí –dijo Goztan—. Al final Péten convenció a los dioses para que dejaran de temer a la gente, y tuvo que echar mano de muchos trucos para ello. Pero esa es otra historia.

—¿Qué pasó con Kikisavo y Afir tras su victoria? —preguntó Oga.

—Bueno, el resto de la historia no me gusta tanto. Se pelearon a cuenta de cuál de los dos había contribuido más a robar el fuego de los dioses, y su amistad se rompió por culpa del orgullo.

No añadió que había muchas versiones de la historia que variaban de una tribu a otra. Tampoco añadió que en alguna de estas versiones Afir traicionaba a Kikisavo y lo mataba ahogándole en una burbuja de agua en el mar de hierba. Ni que en otras versiones Kikisavo traicionaba a Afir y la mataba acercándose sigilosamente por detrás y aporreándole el cráneo. Ni que el clan de Roatan, el linaje de Pékyu Tenryo, decía descender directamente de Kikisavo, o que el clan Aragoz, el linaje de Pékyu Nobo, decía descender de Afir. Tampoco añadió que se habían librado numerosas guerras para determinar qué versión era la verdadera y que probablemente habría más en el futuro.

Por muy bien que le cayera este hombre de Dara, pensaba que no entendería por qué dos pueblos tan cercanos como votan-sa-taasa podían unirse ante la adversidad, pero eran incapaces de compartir en paz los frutos de su rebelión contra los dioses. Pensaba que no entendería por qué un pueblo que atesoraba el amor a la libertad en lo más profundo del alma podía contemplar la esclavitud de los agon o encadenar a los garinafins jóvenes para lograr la obediencia de enormes ejércitos compuestos por sus mayores. La verdad es que a veces ella tampoco lograba entender estos cambios. Las historias de su pueblo eran complicadas y contradictorias, y ella deseaba proteger su delicada belleza, temía que el extranjero les encontrara defectos o pudiera juzgarles con dureza.

De repente se dio cuenta de que le importaba lo que él pensara. ¿Cómo era eso? ¿Acaso no se trataba de un hombre de Dara, de un enemigo?

—Ah —dijo Oga—. Es una pena. Incluso cuando luchan por la libertad, parece que los humanos no pueden… dejar de ser humanos.

—Es verdad —añadió ella con voz aliviada. Oga no había considerado los defectos de Kikisavo y Afir como una característica de los lyucu, sino de la naturaleza humana—. Deberías escuchar esta historia de labios de un chamán de voz danzarina. Hay canciones, bailes y muchas tradiciones que ni siquiera puedo recordar. Yo solo te he contado un resumen.

—Me gusta el modo en que la contaste.

—Me encantaría poder contar historias como lo haces tú, con poemas, y gestos, y dando golpes sobre la cubierta del barco-ciudad que suenan como el golpeteo de la cola de una ballena —dijo ella, pensando en lo difícil que es poner en palabras lo que uno quiere realmente decir, a los amigos, a los seres queridos, pero especialmente a los enemigos.

—Ah, te refieres a la representación —dijo él, haciendo movimientos con la mano para quitarle importancia—. Esto no ha sido nada. Creo que tu actuación fue mucho mejor cuando interpretaste para Dathama ese papel ante el caparazón de la tortuga.

Ella se rio con nerviosismo.

—Me limité a seguirte la corriente.

—Pero añadiste algunos detalles interesantes. Ese truco de las «cicatrices-palabras» estuvo muy inspirado.

Ella se puso tensa.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú hablas dara mucho mejor de lo que fingiste ante Dathama.

Goztan no contestó.

—En todo el tiempo que llevamos hablando no has cometido ni uno de los errores que cometiste en la playa, cuando montamos esa actuación. Creo que entonces lo hiciste a propósito.

—¿Y cuál era mi propósito?

—Improvisaste esos errores a modo de engaño, para conseguir que él viera lo que quería ver. Creo que estás contando una historia bien elaborada, una historia muy larga. Pero todavía no sé cuál es el final que tienes en mente.

Se arrepintió de llevar tanto tiempo hablando con él. Se comportaba de un modo tan encantador que resultaba fácil confiarse, olvidar que era su enemigo. Estaba poniendo en peligro todo lo que el pékyu y las demás mujeres lyucu habían trabajado tanto por lograr.

Tenía que cambiar de tema.

—Me estás atribuyendo un mérito que no me corresponde —dijo—. Yo estaba nerviosa y a lo mejor Dathama y tú simplemente visteis y oísteis lo que queríais ver y oír. Ni la ballena ni la gamba pueden ver

al erizo de mar que se arrastra por el árido lecho marino del mismo modo que se ve él.

Oga sonrió y luego pareció pensativo.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar como amigos, como votan-sa-taasa, y no como un hombre de Dara y una mujer de Ukyu.

Por un momento, recordando las cicatrices que le había mostrado, ella casi se sintió culpable. Pensó en la historia que le había contado sobre la ballena y la gamba —*¿es realmente imposible imaginar la vida de otro, esforzarse en conseguir un punto de vista distinto?*

Pero entonces se centró en los detalles de su historia, como cuando el mundo sale de la neblina del amanecer después de una tormenta invernal en las planicies.

—Tú no hablabas como un hermano —dijo—, sino como un seductor con una máscara.

—¿Qué? —preguntó Oga, en un tono que parecía realmente asombrado.

—La historia que me contaste sobre vuestros dioses no la aprendiste en Dara, ¿verdad?

Ella recordó los pequeños detalles de la historia que parecían inspirados en su propio país natal: la espina de cactus para grabar, las viviendas hechas de huesos y cuero, el toque de una ética de valor intrépido y de la guerra como forma de vida.

Probablemente Oga pensó que esos detalles aumentarían el atractivo de la historia para ella, mejorarían su concepto de él. Sin la arrogancia de otros bárbaros dara. Respetuoso ante ella y ante su pueblo. Para ganar su confianza.

Le sobresaltó lo cerca que había estado de tener éxito.

Era como ver la cara de una hechicera antes de que se pintase la máscara de Péa o de Diasa. La mera idea de que hubiera intentado manipularla le parecía repugnante. Pero, sobre todo, había algo en la forma en que había presentado los detalles de lo que sabía sobre su pueblo en la fábula que la molestaba. Sintió una creciente rabia que no podía explicar, ni siquiera ante ella misma.

—Algunas partes las *aprendí* en Dara —dijo él, poniendo cuidado en las palabras, mirándole a la cara—. Pero cambié algunas partes y añadí otras nuevas.

—¿Por qué?

Él pareció estar perdido.

—Supongo que es un hábito. Me gustaba mucho asistir a las óperas populares y escuchar a los narradores ambulantes que se detenían en mi aldea. Cuando tuvimos hijos, empezaron a pedirme que les contara cuentos. Así que tomaba lo que podía recordar de las óperas y de los

narradores, cuentos que me contaba mi padre cuando era niño, chismorreos de los vecinos, historias relatadas por el maestro de la aldea, y lo que quiera que hubiese visto en el mar o en los campos ese día, lo mezclaba todo en un gran guiso y lo sazonaba con algunas especias de mi invención.

—Entonces, ¿nunca intentas narrar una fábula sobre los dioses del mismo modo que la aprendiste? ¿Nunca intentas transmitir la verdad?

Él pareció aún más confundido.

—Bueno, hay distintos tipos de historias… muchas de las que contaban las óperas populares solo buscaban divertir, sin pretender ser ciertas. Y no me gustaba el modo en que se narraban algunas de ellas, así que las perfeccionaba. Jamás intentaría contar a mis chicos una historia destinada a los clientes nocturnos de un bar —sonrió zalamero—. Las historias deben cambiar en función del narrador y del público, ¿no crees? A mis hijos les gustaban mis cuentos, pero deberías oír a mi esposa. Ella es la verdadera narradora de la familia.

Goztan no podía borrar de su rostro una profunda sensación de asco. Así que este hombre había estado contándole *mentiras*. Las fábulas de dioses y héroes no eran sagradas para él, no eran depositarias de la verdad. Ella había compartido con él una de las más importantes e inmutables verdades del mundo, y él había estado tomándole el pelo con algo *inventado*. No se avergonzaba de escuchar una historia sobre sus dioses y repetirla después con cambios; era lo bastante arrogante como para pensar que podía *mejorar* la verdad, o, lo que era peor, crear algo *nuevo* mejor que la verdad.

Los hombres de Dara le parecían más extraños que los garinafins.

—¿Qué ocurre? —dijo Oga—. ¿Vosotros no modificáis vuestras historias? Las historias están tan vivas como nosotros y claro que cambian cada vez que vuelven a narrarse. Todas mis historias evolucionan y aprenden, lo mismo que yo evoluciono y aprendo.

Ella cerró los ojos pensando en la historia de su propia vida. Pensó en su niñez, cuando los agon tenían esclavizados a los lyucu y debían entregar una parte de la caza a los odiados señores. Recordaba cuando su padre le enseñó a grabar el dibujo de una joven sujetando una maza, la diosa Diasa, en la escápula del primer carnero muflón que ella le llevó —aunque no llegó a comer nada de la carne, que tuvo que entregar a la hija del thane agon para mostrar la sumisión de su tribu. Al no estar familiarizada con el proceso de grabado con ácido, se quemó la mano cuando envolvió el hueso en capas de musgo empapado del jugo fermentado del cactus de tajo. Todavía eran visibles las cicatrices en su palma.

—A lo mejor puedes enseñarme más cosas de vuestras costumbres

—dijo Oga, en tono conciliatorio—. Tengo mucha curiosidad por saber cómo montáis vuestras tiendas.

Ella recordó los duros inviernos y los secos veranos, cuando las Cinco Tribus del Cuerno peleaban entre sí por los escasos pastos de los territorios a los pies de las Montañas del Fin del Mundo. Recordó el momento en que su abuela se adentró en la tormenta una noche de invierno para que el clan tuviera una boca menos que alimentar y pudiera guardar un poco más de sus escasas provisiones para ella y sus hermanos. Recordó los aullidos del viento contra la solapa de la tienda que hacía las veces de puerta, y cuando su madre le dijo que dejara de llorar para no deshonrar el amor y el sacrificio de su abuela.

—No todos nosotros pensamos como el almirante Krita o el capitán Dathama —dijo Oga—. Algunos de los capitanes y la mayor parte de los que eran campesinos no están de acuerdo con lo que se le ha hecho a tu pueblo.

Ella pensó en la audaz rebelión de Pékyu Tenryo contra los agon, y en los breves años de júbilo posteriores a su triunfo. Pensó en las catástrofes que acompañaron la llegada de los barcos-ciudad y en los horrores que seguía soportando su pueblo por culpa de los dara. Pensó en la ceguera de los arrogantes Señores de Dara y en el consejo de Pékyu Tenryo sobre esperar el momento. Pensó en el dolor y la angustia que le produjo ver morir en batalla a compañeros y parientes, pero también en cómo el Padre de Todos y la Madre de Todos habían preparado a los lyucu para la guerra: contra el inclemente paisaje, contra las vicisitudes de la naturaleza, contra los monstruos portadores de muerte y los dioses tramposos, contra las falsas esperanzas y la desesperación, contra los enemigos que querían esclavizarlos, violarlos y asesinarlos y *contarles historias que parecían sagradas pero eran pura mentira.*

—Si no podemos regresar a casa —dijo Oga— nos gustaría vivir junto a vosotros, en paz, y enseñaros todo lo que queráis aprender para tener una vida mejor. Tal vez no exista el paraíso, pero podemos intentar construirlo, codo con codo.

Al fin comprendió todo el alcance de la rabia que sentía con Oga.

No era solo que se hubiera inventado una historia que parecía un mito. Eso era algo entre él y sus dioses. La facilidad con la que admitía su mentira demostraba sencillamente lo poco que le importaba la historia en sí.

En esa historia inventada había incorporado pedazos de lo que sabía de los lyucu —la técnica para grabar conchas y huesos, el arte de utilizar el hueso y las pieles de los cadáveres para fabricar refugios, el júbilo de afirmar la propia existencia en la batalla.

Esos eran retazos de su modo de vida, tan inseparables de su persona como sus arterias o sus tendones. En conjunto, relataban la historia más sagrada de todas, la historia de quién eran los lyucu.

Pero Oga les había robado todas esas cosas, del mismo modo que había espiado furtivamente a su pueblo para aprender la lengua, del mismo modo que había copiado astutamente el arte del grabado con cactus y lo había situado en su fábula para decorarla, como si fueran pompas para entretener a los críos, como los tesoros que los Señores de Dara incautaron a su pueblo para añadir una pizca de color «primitivo» a sus camarotes.

Les había robado, pero no los había comprendido, no realmente. Tenía menos idea que un balbuceante bebé del honor que otorga ser descendiente de Kikisavo, de la gracia de su pueblo, de la santidad del modo de vida de las planicies. Por el contrario, en su historia los había reducido a retorcidas caricaturas carentes de significado —*sazonado con especias*, tal y como había dicho— y había sido lo bastante arrogante para pensar que a ella le gustaría.

Ella le miró fijamente, con la cara enrojecida pero la respiración deliberadamente contenida. Era verdad que había intervenido a favor de los porteadores lyucu, pero lo había hecho en beneficio propio. Había *utilizado* el arte de los lyucu para grabar un mapa de Dara, para contar una historia que le pertenecía a él y a los suyos, no a ella y a los lyucu. Había hablado de enseñarle a ella, de darle a ella y a su pueblo una vida *mejor*, como si perteneciera a una raza de dioses y no a un grupo de refugiados que se habían vuelto contra sus anfitriones y los habían esclavizado. Puede que fuera un campesino de Dara, pero en su interior se sentía infinitamente superior a ella, la hija de una thane, una gran guerrera.

En el fondo, no era tan distinto de Dathama.

Y ella había estado a punto de caer presa de sus palabras engañosas y su artero plan. Había estado a punto de verle como un amigo, como un hermano. Los Señores de Dara eran fieros lobos, pero Oga también era un lobo, aunque se mostrara cobarde ante Dathama.

Nunca podría ser votan-sa-taasa con este hombre. Él era dara y ella era lyucu. Era un enemigo y existía una distancia tan grande entre ambas naturalezas que ningún puente podía salvar.

—Adiós —dijo ella, y se dio la vuelta dejando pasmado a Oga—. No eres mi ru-votan.

—¡Espera! —gritó él—. Lo siento… No sé qué es lo que he dicho…

Ella no se detuvo ni se volvió. También la había sacudido una tormenta que la alejó de casa y la arrojó en medio de una gente extraña, pero cuidaría su naturaleza hasta que pudiera abrirse como

una flor letal.

CAPÍTULO CINCO

DERECHO DE NACIMIENTO

UKYU-GONDÉ: AÑO EN QUE LLEGARON LOS BARCOS-CIUDAD DE DARA (CONOCIDO EN DARA COMO EL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA FUERZA JUSTA, CUANDO EL EMPERADOR ERISHI ASCENDIÓ AL TRONO TRAS LA MUERTE DEL EMPERADOR MAPIDÉRÉ)

Durante unos cuantos días anduvo preocupada por si Oga transmitía sus sospechas de que estuviera tramando traicionar al capitán Dathama. Como eso no ocurrió, se fue relajando poco a poco. Se sentía culpable por haber estado a punto de poner en peligro el gran plan del pékyu y juró que no volvería a bajar la guardia ante ningún taimado bárbaro dara, ya fuera señor o campesino.

En realidad, no volvió a ver a Oga después de aquel día. A lo mejor Dathama le había ascendido en gratitud por haber descubierto el «augurio» y ya no tenía que limpiar pescado o seguir al trote la litera de Dathama. O puede que el nuevo favorito del almirante Krita hubiera decidido que era preferible enviar a Oga a otro barco para no tener que recordar cómo había encontrado su buena suerte.

En ocasiones se preguntaba si no habría sido injusta con él. Recordó con qué alegría aprendía las palabras nuevas que ella le enseñaba; su risa maliciosa cuando comparaba a Dathama con un fiero lobo; su mirada de concentración cuando ambos colaboraron para librar de la tortura a los porteadores de la litera. Puede que él no fuese como los demás; puede que ella hubiera sido demasiado dura, que se hubiera apresurado al culparle por los pecados de su pueblo, que hubiera sido demasiado impaciente al atribuirle malas intenciones; aunque, ¿qué importancia tenían las intenciones de un solo individuo cuando dos pueblos estaban inmersos en una competencia enconada por su propia supervivencia?

Pero no había tiempo de profundizar en esos pensamientos. Mientras tanto, habían aparecido nuevos augurios: castillos de arena supuestamente esculpidos por las olas y el viento que recordaban a los grandiosos palacios y las impresionantes torres de Pan, la Ciudad Inmaculada; el hígado de un cordero que, visto desde el ángulo apropiado, recordaba al perfil del almirante Krita; una cocinera escaldada por agua hirviendo que le produjo una gran cicatriz en la

espalda con la forma exacta de la silueta del almirante Krita en posición sentada, y pequeñas cicatrices que asemejaban una multitud de súbditos lyucu arrodillados.

El almirante Krita se acariciaba la barba complacido y celebraba un banquete tras otro. Nadie le mencionaba las pisadas sospechosas encontradas junto a los castillos de arena o los rumores de dos criados que afirmaban haber oído los gritos de la mujer escaldada en un camarote cerrado durante la noche de la víspera de su supuesto accidente.

Uno de los capitanes, borracho en medio de una fiesta, se jactó de poder mordisquear un hígado hasta darle la forma de cualquiera de los Señores de Dara.

–¡Lo he… lo he… lo he hecho!

Los demás capitanes huyeron de él en todas direcciones, como si hubiera vomitado. El almirante Krita pasó imperturbable por delante del borracho, como si no hubiera oído nada.

Al día siguiente surgieron pruebas de que el capitán diestro en masticar hígado había estado conspirando contra el almirante con la ayuda de algunos criados lyucu. Fue inmediatamente destripado para poder extraerle el hígado y someterlo a examen. Se dice que tenía la forma del ideograma de «culpa».

Otro augurio.

Las mentiras engendran más mentiras y pronto no estuvo claro quién engañaba a quién.

Y así llegó el día en que Pékyu Tenryo, por fin, dio la orden.

Los preparativos para la coronación del almirante Krita como Emperador de la Nueva Dara habían dejado exhaustos a todos los integrantes de la flota. Hasta los guardias encargados de vigilar a los criados nativos habían bebido demasiado y roncaban fuertemente. Los criados lyucu a bordo de los barcos-ciudad no tuvieron problema en tomar las armerías, los puentes de mando y los camarotes de los oficiales.

Ella se regodeó cuando tiró al suelo a Dathama de una precisa patada en las corvas y, mientras le sujetaba el cuello contra el suelo con un pie, despachó con facilidad a sus guardias con la espada que acababa de quitarle.

De la noche a la mañana, los lyucu se hicieron los amos de los barcos-ciudad. Los cachorros que meneaban alegremente la cola habían mostrado su feroz naturaleza lobuna.

Tras reservar para sí mismo las armas y los libros e instrumentos de navegación de los prisioneros, Pékyu Tenryo apiló todos los tesoros de los Señores de Dara en campo abierto para repartirlos entre los clanes

lyucu, y las mujeres que habían contribuido en mayor medida a ocasionar la ruina de los invasores fueron las primeras en escoger.

En lugar de fijarse en los fardos de seda y los cofres de dúctil oro y coloridos corales por los que peleaban los otros thanes, Goztan se tomó su tiempo examinando los artefactos lyucu expoliados, para que cada poste de hueso de ballena grabado por los ancestros, cada retrato de los espíritus en las paredes del estómago, cada vitela que registraba una pintura vocal e incluso cada juguete arucuro tocua grabado con jugo de cactus pudiera ser devuelto a la familia a la que se le había robado.

Recogió el caparazón de tortuga «milagrosa» con la que había empezado todo y echó un vistazo a la familia representada en el caparazón. No sabía dónde encontrar al hombre que había salvado del látigo a los jóvenes porteadores lyucu, pero que también había intentado reducir retazos de su modo de vida a meras perlas decorativas para sus historias. Pretendía llamarla sa-taasa, como si un hombre perteneciente a la flota de esclavistas pudiera salvar la distancia que los separaba con solo tender la mano a una esclava. Era un ingenuo, pero también era amable. Era como los otros hombres de Dara, pero al mismo tiempo era diferente.

El caparazón le pesaba en la mano. Decidió quedárselo.

Para entonces ya llevaba varios meses de embarazo —después de todo, le había resultado muy difícil obligar a Dathama a usar un condón de piel de cordero.

La vida que crecía dentro de ella era una fuente constante de estrés. Era incapaz de ordenar la maraña de sus sentimientos. Su embarazo era un recordatorio constante de la humillación y las violaciones que había soportado, pero también era su primera oportunidad de ser madre, de traer otra voz al mundo.

El bebé empezaba a mostrar señales de vida. Lo sentía moverse.

Otras guerreras lyucu, en su situación, hace tiempo que hubieran tomado el brebaje amargo que habría eliminado al feto no deseado de su vientre. No era raro que los hijos de cópulas no consentidas en las planicies fueran sacrificados cuando las mujeres cautivas conseguían finalmente liberarse, y los chamanes eran expertos en drogas abortivas, necesarias en ocasiones para preservar la vida de las madres o cuando una tribu se preparaba para la guerra.

Pero Goztan tenía dudas, aunque ni siquiera sabía explicarse exactamente por qué. Solo pensar en Dathama le erizaba la piel, pero no se sentía capaz de acabar con su embarazo. ¿Podía culparse de los pecados del padre al hijo, que también era carne de su carne y que se mantenía vivo gracias a su propia sangre y aliento?

Son páginas en blanco en las que sus endebles sentidos graban la verdad, poco a poco, como una niña que graba su futuro en los huesos del oráculo con la espina de un cactus.

Pero una mañana se levantó con el peor dolor de espalda que podía recordar. Tenía sangre entre las piernas y había manchas oscuras y espesas en la estera de piel de oveja que usaba para dormir. Ya no sentía movimiento en su vientre.

Reconoció los síntomas de un aborto natural y acudió a los chamanes de la Tercera Tribu del Cuerno. Le dieron un brebaje que purgó los restos del feto muerto.

¿Acaso los dioses habían intervenido para hacer lo que ella no pudo? ¿Actuaban así los dioses?

Permaneció postrada en cama varios días, tanto por la terrible experiencia física como por la tensión psíquica. Se sentía vacía, pero no limpia.

(Años después se preguntaría si esa experiencia sería en parte responsable de su reticencia a volver a quedarse embarazada. Las cicatrices de la mente son invisibles, pero determinan el curso de la vida tanto como las desfiguraciones físicas).

Al menos, por fin estaba preparada para retomar su antigua vida.

Tenlek Ryoto, su madre y cacique de la tribu, que nunca la visitó durante su convalecencia, apareció una tarde cuando Goztan daba un paseo alrededor del campamento. Impávida, la thane le explicó que los ancianos y los chamanes habían decidido por consenso que Goztan nunca podría ser su heredera.

—¿Por qué? —alcanzó a decir Goztan, con voz áspera.

El embarazo la había mancillado, explicó su madre. ¿Cómo iban los ancianos a confiar en que sería leal a los intereses de la tribu y de los lyucu cuando había permitido que la semilla de Dara germinara en su vientre y luego había rechazado purgarla a la primera oportunidad? Eso demostraba la debilidad de su naturaleza.

La acusación fue un duro golpe para Goztan —como si se hubieran expresado en voz alta las dudas de su propio corazón. Ella había deseado quedarse con el hijo. Casi se había hecho amiga de un bárbaro. Había encontrado belleza, incluso sabiduría, en algunas de las historias de Dara, ¿no era así?

Pero ni siquiera en el estado de conmoción en que se encontraba su mente perdió la agudeza. El razonamiento de su madre era absurdo. *Había permitido que la semilla de Dara germinara…*

—¿Crees que soy… débil? ¿Por mi *vientre?*

—Has pasado demasiado tiempo entre los invasores.

Goztan sospechaba cuál era la verdadera razón implícita. Había

prescindido de buena gana de su parte del oro, la seda, los corales y otras fruslerías capturadas en los barcos-ciudad. Habría preferido que esos objetos *extranjeros,* esos artefactos bárbaros, hubieran sido consumidos por el fuego de los garinafins o arrojados al abismo salado. ¿Cuál era su utilidad para la vida en las planicies? Ni siquiera podía entender por qué Pékyu Tenryo había insistido en conservar los instrumentos y los libros de navegación. Ningún lyucu sabía cómo descifrar los ideogramas de cera escritos en rollos de seda, así que ¿qué sentido tenía conservarlos?

—Contienen los secretos de la magia de los invasores —había dicho el pékyu cuando le confrontó.

—Pero no *queremos* nada de su magia —había respondido ella.

—En la guerra, nos asemejamos a nuestros enemigos —había dicho el pékyu—, querámoslo o no.

Aunque entonces deseó no creerle, su predicción había resultado ser cierta. Las fruslerías de los barcos-ciudad se habían convertido en los tesoros más deseados en las planicies, y las tribus se peleaban por ellos. Aunque la seda ofrecía peor protección contra los elementos que el cuero o las pieles, en ocasiones una pieza de seda del tamaño de dos pasos podía trocarse por cinco cabezas de ganado de pelo largo. Era como si la gente se hubiera vuelto loca y codiciara esos objetos dara solo porque eran escasos.

Goztan había oído las quejas de los ancianos, que le echaban la culpa de la falta de riquezas de la Tercera Tribu del Cuerno. Esperaba que los ancianos entendieran que ella había luchado por algo mucho más valioso; había luchado para defender *quiénes eran*.

—Tú eres la débil —le dijo a su madre, con el corazón convulsionado de dolor—. Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos y decirme la verdad, en lugar de inventarte esa ridícula excusa sobre mi *vientre*.

La madre evitó su mirada.

—Los ancianos han hablado.

Tenlek le explicó que tenía dos opciones: exiliarse a las planicies a vivir sola y confiar en la ayuda de los dioses, o quedarse en la tribu y renunciar a todas las reclamaciones de su derecho de nacimiento, lo que implicaba su cambio de nombre, para que ya no se la considerara un miembro del clan Ryoto. Se la conocería por el único nombre de Goztan, como a uno de los culeks o naros de bajo rango, sin reses, sin ovejas, sin contar siquiera con el reconocimiento de sus parientes.

Goztan se quedó clavada en el sitio, incapaz de comprender por qué su madre y los ancianos podían volverse contra ella de ese modo, después de todo lo que había soportado y padecido.

—Hazme saber lo que has decidido antes de la puesta de sol —dijo su madre. Se dio la vuelta y se alejó a grandes pasos sin volver a dirigirle la mirada.

Una figura renqueante apareció de la nada y se arrodilló frente a Tenlek. Goztan vio que era su padre, Dayu Ryoto.

—Ella no tiene la culpa —imploró—. Es una auténtica hija de los lyucu, y todo lo que ha hecho ha sido por el amor a su tribu y a nuestro pueblo. Si tienes que castigar a alguien, castígame a mí. Sé que lo que desprecias es mi débil naturaleza. Retírame el nombre y envíame al exilio en su lugar.

—Fui *yo* quien te dio el nombre de Ryoto cuando te casaste y entraste a formar parte de *mi* familia, elevando así tu linaje —dijo su madre con frialdad—, así que no se puede decir que sea *tu* nombre. Mi padre nunca debería haber aceptado que me casara con un tullido que ni siquiera puede subir al lomo de un garinafin inmaduro. ¿De qué sirve la capacidad de hablar a los dioses si tus plegarias ni siquiera han podido mantener la pureza de tu hija frente a la semilla de los bárbaros?

—Sé que quieres que te suceda el hijo de tu esposo más joven —dijo Dayu—. Pero no volverá a haber otro líder como Goztan para nuestro pueblo. Estás cometiendo una terrible equivocación.

—No es asunto tuyo quién debe sucederme en mi linaje.

Intentó seguir su camino, pero Dayu le abrazó las rodillas y no la soltó.

—No dejaré que te vayas hasta que la aceptes y le devuelvas su derecho de nacimiento.

Enfurecida por esa actitud desafiante, su madre intentó liberarse. Al final consiguió salir de su abrazo y le dio una patada en la cara. Él cayó contra el suelo y la parte posterior de su cráneo hizo un ruido tremendo, como si se hubiera golpeado contra una roca. Quedó allí tendido, completamente inmóvil.

Su madre se arrodilló junto a la cabeza, sin decir nada. Tras un largo rato, se levantó y se marchó, sin mirar atrás.

Goztan corrió hacia el cuerpo de su padre y dio un alarido. Le pareció oír una voz en su interior.

… sus ojos están tan acostumbrados al flujo del poder que se muestra ciego a cualquier otra cosa…

Goztan se marchó antes de la puesta de sol.

Formó su propia tribu.

Sola en las planicies, podría haber abandonado toda esperanza y haberse unido a los tanto-lyu-naro, bandas de nómadas sin tribu que habían renunciado a la guerra para vivir de limosnas y rezar a su dios

débil e inútil, un aspecto del dios de la sanación llamado Toryoana de las Manos Quietas. Podría haber suplicado que la adoptara otra tribu, convertirse en uno de los culeks sin linaje ni orgullo, poco más que una esclava agon.

Pero rechazó someterse a esos destinos menores. Gracias a su destreza como guerrera, poco a poco fue reuniendo a otros exiliados de las Cinco Tribus del Cuerno. Algunos eran hermanos menores expulsados del hogar para aumentar la herencia de los hermanos mayores; otros eran naros y culeks que habían quebrantado las leyes tribales o que habían ofendido a clanes poderosos; y otros eran guerreros que simplemente no encajaban en los puestos que otros querían asignarles. Bajo su liderazgo se convirtieron en ladrones y bandidos que asaltaban a los comerciantes solitarios y las caravanas.

Cuando se sintió lo bastante fuerte, contactó con otros thanes de las Cinco Tribus, en busca de contratos de matrimonio y alianzas con las que reforzar sus pretensiones para suceder a la thane de la Tercera Tribu. Aprendió a observar el flujo del poder y a manipularlo, a prometer a este anciano mejores derechos de pasto, a aquel hijo de cacique respaldo en su propia reivindicación sucesoria, a cambiar un apoyo por otro, a conspirar, engatusar, mentir y amenazar.

Cuando llegó el momento de enfrentarse a su madre, suficientes chamanes habían sido pagados con tolyusa y estómagos de garinafins a cambio de las profecías que necesitaba, y suficientes manadas de reses y rebaños de ovejas y lingotes de oro habían cambiado de manos para que los ancianos de las tribus declarasen su neutralidad. Por fin se dejó caer en el campamento de su madre a la cabeza de una fuerza de garinafins creada con las aportaciones de sus cuatro novios. Su madre le ofreció partir al exilio, pero Goztan rechazó sus términos. Solo había una cosa que Tenlek tenía y ella deseaba.

Así que, después de que los chamanes tomaran un retrato del espíritu de Tenlek, Goztan clavó una daga de hueso en el corazón de su madre y recibió su último aliento, como si no fueran de la misma sangre. Se aseguró incluso de que toda la ceremonia se celebrara en el exterior, para que la vergüenza de su madre por no haber muerto en batalla quedara expuesta al sol, al Ojo de Cudyufin.

Acudió a Taten a ver a Pékyu Tenryo y conseguir su confirmación como nueva thane.

—Declara tu linaje —dijo el pékyu.

—Soy Goztan Ryoto, hija de Dayu Ryoto, hijo de Péfir Vagapé. Deseo servirte como thane de las Cinco Tribus del Cuerno.

Negar el nombre de su madre en su linaje era la mayor venganza que podía cobrarse.

El pékyu asintió y eso fue todo.

CAPÍTULO SEIS

ES MI NATURALEZA

CUEVA DE LA VICTORIA, UKYU-GONDÉ: QUINTO MES DEL DÉCIMO SEGUNDO AÑO POSTERIOR A LA LLEGADA DE EXTRANJEROS DE DARA EN SUS BARCOS-CIUDAD (CONOCIDO EN DARA COMO EL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LOS CUATRO MARES PLÁCIDOS)

Una vez repuesta tras haber reconocido al narrador de historias que estaba actuando junto a la fogata, Goztan contó a Vadyu una versión resumida del modo en que se convirtió en la thane de las Cinco Tribus del Cuerno.

No mencionó su encuentro con Oga. No le describió la rabia y la pena que sintió cuando presenció la muerte de su padre. No se entretuvo en detalles como la codicia o el poder ni hizo hincapié en las semejanzas entre su historia y la experiencia de Pékyu Tenryo. Se limitó a lo más esencial.

Vadyu la miraba boquiabierta.

Goztan se giró para contemplar la figura de Oga, el esclavo que continuaba narrando su fábula.

… Los tres tiburones recién llegados nadaban alrededor de la manada en grandes círculos, sonriendo con sombría determinación. Ante los constantes silbidos de su matriarca, los delfines se agruparon, con las cabezas apuntando hacia el exterior, en estado de alerta. Tras la sangrienta escaramuza inicial, ambas partes se instalaron en una tensa espera.

Cualquier delfín que se alejara del núcleo de la manada encontraría un destino tan horripilante como el de los dos delfines impulsivos que habían perdido la vida ante las hileras de dientes afilados como dagas, pero si cualquiera de los tres tiburones cometía la estupidez de penetrar en la manada, se encontraría a su vez con la letal resistencia de los ágiles delfines…

Observó que su rostro había adquirido nuevas arrugas y cicatrices en los doce años transcurridos. Su barba, ahora bastante larga y descuidada, estaba salpicada de manchas grises. Rodeaba su cuello un collar fabricado con las costillas de un toro, del que pendía una larga correa de tendones retorcidos que llegaba hasta una estaca clavada en el suelo a unos veinte pies, que solo le permitía moverse dentro del

círculo delimitado por la correa.

La escena pintada por las palabras de Oga mantenía completamente absorto al público lyucu, que daba sorbos al kyoffir y aplaudía de vez en cuando en los momentos más emocionantes. Nadie prestaba atención a la pékyu-taasa o a su prisionera.

Vadyu se recobró de su conmoción.

—¿Tu madre te echó la *culpa* por llevar la semilla de Dara? ¡Pero si eso fue una consecuencia de hacer lo que el pékyu te pidió para lograr el triunfo de los lyucu!

Goztan expulsó una larga bocanada de aire. No tenía por costumbre compartir con nadie esa parte de su vida, pero de alguna manera el hecho de intentar explicársela a una chica que creía correcto hacer lo que le pedía su padre le facilitó la tarea.

—Ella consideraba que mi embarazo era una señal de la debilidad de mi naturaleza, de la parte de mí que había heredado de mi padre, a quien ella despreciaba. Quizá también fuera su modo de desaprobar el método del pékyu para lograr la victoria sobre los Señores de Dara, algo que no concordaba para nada con sus ideales.

¿No le había explicado alguien en alguna ocasión que las historias tienen que cambiar en función del narrador y de la audiencia? En estos años, mal que le pesara, había llegado a darse cuenta de la sabiduría que encerraba esa opinión.

—No fuiste débil en absoluto, ni tampoco mi padre. Mi padre dice que solo quienes son realmente fuertes se atreven a emplear su debilidad como arma.

—Aj —gimió Goztan—. Mi cabeza… —no estaba segura de estar usando su debilidad como arma—. Ahora que conoces mi historia, ¿me dejarás marchar? —dijo en tono suplicante a la pékyu-taasa.

Vadyu se mordió el labio inferior mientras sopesaba sus opciones.

… ¿Qué hará el tiburón que piensa que es un delfín?, nos preguntábamos.

Ese tiburón nadaba en cerrados y apretados círculos en medio de la manada de delfines. Sus ojos se movían deprisa de un tiburón a otro, completamente fascinado.

¿Crees que ha visto alguna vez a otro tiburón?, me preguntó mi amigo Pama. Era un viejo lobo de mar y conocía el océano incluso mejor que yo, que me ganaba la vida con los frutos del mar. Se decía que había pescado más de cincuenta especies de tiburón en su vida, incluyendo a los tiburones hielo, que vivían más de cien años y se movían tan lentamente como icebergs a la deriva.

Sacudí la cabeza, sin saber qué responder…

Goztan casi podía percibir el conflicto existente en la cabeza de la chica. ¿Debería creer a la thane? Estaba orgullosa de haber deducido que Goztan era una espía, y confiar en ella ahora suponía renunciar a ese triunfo. A nadie le gusta que desmientan su propio ingenio.

—No —dijo finalmente la pékyu-taasa—. Has hilado una buena historia, pero no has demostrado nada. Vamos a esperar a mañana, cuando Korva se recupere y pueda encargarle que te vigile mientras regreso a Taten y compruebo tus palabras. Si dices la verdad, regresaré y volverás conmigo montada en Korva…

—¡¿Volver contigo montada en Korva?!

—Exactamente. Y diremos a la gente que… que Korva se escapó y se perdió, pero que pude capturarla para que no hiciera daño a ninguno de los niños traviesos que intentaban montarla —los ojos de la pékyu-taasa brillaban de emoción mientras proseguía—. Claro que, a pesar de mi valor indomable, no pude hacerme con la bestia, y entonces acudiste en mi ayuda…

—Espera un…

—De esa forma, no me meteré en problemas y mi padre te estará agradecido por salvarme. Estoy segura de que la gratitud del pékyu puede ser de utilidad para un thane, incluso para una thane-tigre, heroína de la campaña que humilló a los bárbaros dara.

Goztan contuvo la respiración. La pékyu-taasa tenía una mente ágil y rápida. Por un momento consideró acceder al absurdo plan de Vadyu, pero luego recordó que era la thane de las Cinco Tribus del Cuerno. ¿Cómo iba a sentirse si tenía que aceptar las mentiras de la hija pequeña de su pékyu para salir del paso?

—Eso no se parece en nada a lo que realmente…

—Se parece *bastante* a lo que ocurrió. Por otra parte, si averiguo que no me has dicho la verdad, haré que Korva te devore por traidora, lo que era mi plan inicial.

Goztan sacudió la cabeza.

—Como quieras, pero no voy a permitir que te vayas esta noche.

Goztan suspiró. A pesar de su corta edad, Vadyu era tan tozuda como su padre. No serviría de nada explicarle que tenía que ver al pékyu de buena mañana. Aunque la creyera, estaba decidida a utilizar a Goztan como parte del plan que había ideado para eludir los problemas que le causaría haber robado a Korva.

Goztan tenía que salir de este lío por sí misma.

La prisionera y la pékyu-taasa, inmersas en sus propios pensamientos, oían sin mucho entusiasmo la historia hilada junto al fuego. Oga estaba ahora dando saltos, atado al extremo de la correa; su danza proyectaba una sombra alargada sobre los rostros de su

embelesada audiencia y su voz ascendía y caía como olas en un océano tempestuoso.

… uno de los tiburones que daban vueltas arremetió contra el delfín que se había alejado demasiado de la manada, y al momento el agua estalló en una confusión de aletas agitadas y destellos de dientes.

El demonio sonriente chasqueó las mandíbulas sobre la incauta curvatura gris.
La superficie celeste se tornó carmín, el taimado tiburón derramó la primera sangre.
Seis luchadores salados presentaron orgullosos sus hocicos-lanza
apuntados al asesino: ¡Zas! ¡Pum! ¡Crash! En el vientre, en lo más blando.
Paliza, salto, golpe, tunda. Aletas que chocan contra aletas; espinazo que evade cola.
Más sangriento que lobos acosando a un tigre, este círculo de lucha en el mar.

Con coordinación y determinación, un equipo de seis delfines consiguió poner panza arriba al tiburón, mucho más grande que ellos. Y, como les pasa a esos peces de mandíbula afilada, el tiburón cayó en un estupor, con su aleta motriz inactiva. La manada de delfines lo celebró con una sinfonía de cantos, silbidos y chillidos.

El tiburón-delfín, mientras tanto, miraba fijamente al tiburón catatónico sin pestañear. No estaba jubiloso, como el resto de la manada, pero tampoco hizo ningún movimiento para ayudar a su semejante.

Entretanto, los delfines intentaron concluir su ataque al tiburón, pero como sus dientes eran mucho menos temibles, solo podían mordisquear el torso repantigado y hacerlo sangrar, incapaces de propinar un tajo fatal en el vientre del tiburón.

Sin previo aviso, los otros dos tiburones abandonaron sus cautos rodeos a la manada y dirigieron un frenético ataque frontal contra los delfines, ignorando su propia seguridad. Con una serie de chasquidos y silbidos agudos, la matriarca de la manada ordenó retirada a sus guerreros para defender la posición.

El único que no obedeció fue el tiburón-delfín. Sin dejar de mirar al tiburón panza arriba mecido por las olas y cuya sangre manaba de las heridas como si fuera los tentáculos de una medusa deforme, el tiburón-delfín se dejó llevar cada vez más lejos de la manada, sin tener en cuenta los potentes chillidos de la matriarca. Agitaba la cola enérgicamente, como si tuviera problemas en mantener el cuerpo bajo control.

«Es por la sangre», dijo Pama. «Por toda esa sangre en el agua».

Lo entendí. Con el tiburón herido y los cadáveres de los delfines flotando alrededor, las aguas turbulentas debían haber saturado el olfato de los tiburones con el olor de la sangre. Por esa razón los dos tiburones habían abandonado su premeditado plan y habían cargado contra los delfines, de forma insensata y enloquecida. No podían evitarlo. Era su naturaleza.

«No sé si ese tiburón que cree que es un delfín había sentido alguna vez la locura de la sangre», dijo Pama.

—¿Él también se marcha? —preguntó Goztan de repente.

—¿Qué?

—El narrador de historias dara. Decías que todos los que están alrededor de la fogata parten por la mañana en la expedición hacia Dara. Entonces… ¿los acompaña también él como guía?

—¿Te refieres a Oga, el re-recordador? Padre *pensaba* dejarle aquí, pero ha resultado ser demasiado sagaz para poder confiar en él.

A Goztan le pareció detectar una mezcla de enfado y desilusión en la voz de la pékyu-taasa. Probablemente la relación entre Vadyu y ese esclavo era complicada.

—¿El re-recordador? —preguntó con cautela.

—Es… es un tipo extraño. Al principio, padre se quedó con él para que interpretara los ideogramas de cera, pero resultó ser analfabeto. Luego descubrió que sabía muchas historias de Dara, incluso algunas que ni siquiera los Señores de Dara conocían.

Goztan asintió. Estaba familiarizada con las habilidades narrativas de Oga.

—Y, de todos los esclavos de Dara, fue él quien aprendió más deprisa nuestra lengua. Tiene talento para aprender nuestras fábulas y luego contarlas al estilo de los poetas dara. Padre se percató de que posiblemente era un ejemplo de una extraña clase de chamán existente en Dara, a la que llaman *historiadores* —aunque Oga lo negara—, cuya tarea es observar las hazañas de los grandes señores, darles forma de historia y luego volver a contarlas.

—¿Como los chamanes que registran las hazañas del pékyu con pinturas vocales o los ancianos que memorizan tratados con cuerdas anudadas? —preguntó Goztan.

—No exactamente. Los historiadores de Dara no solo recuerdan los hechos, sino que deben explicarlos —dijo Vadyu.

—Con ayuda de los dioses, ¿no? —preguntó Goztan.

—En realidad, no —dijo Vadyu—. Padre cree que los historiadores de Dara prefieren explicar todo sin invocar a los dioses. Ya te dije que eran chamanes raros.

Goztan asintió. Hacía tiempo que se había dado cuenta de la falta de reverencia del pueblo de Dara hacia sus dioses.

—Padre califica el trabajo de los historiadores como una especie de re-recuerdo, y le resulta divertido. Quería que Oga enseñara a todos los pékyu-taasa la lengua y las historias de Dara para que pudiéramos entender mejor a nuestros enemigos.

La melancolía que expresaba el tono de Vadyu era inconfundible. Era evidente que respetaba al viejo narrador de historias.

—Da la impresión de que era un buen puesto —dijo Goztan.

—Claro que sí. Le eximieron de los trabajos pesados y recibía dobles raciones con respecto a las de los demás esclavos. Pero al estúpido insolente le dio por contarnos a mí y a mis hermanos historias falsas repletas de mensajes de sus sabios, acerca de lo inadecuado que era matar y de que tener una vida mejor suponía renunciar a la conquista de tus enemigos. Padre se hartó de sus intentos de debilitar nuestra determinación, le despojó de su posición y le envió para acompañar a la expedición como guía.

La amargura de su voz sorprendió a Goztan.

—¿Entonces, has oído muchas de sus fábulas? —le preguntó, manteniendo neutral el tono de su voz.

—Sí —dijo a regañadientes—. Pueden ser muy divertidas, aunque contengan moralejas impropias.

Así que no ha desistido de la idea de «enseñarnos», nos sigue considerando bárbaros, pensó Goztan.

Ella había hecho todo lo que el pékyu le había pedido; había combatido dondequiera que lanzara su hacha de guerra sin cuestionarlo; había matado y mutilado por él, primero para derrotar a los agon y luego a los invasores dara; había creído en sus promesas de que todo sería mejor después de la siguiente batalla.

No obstante, después de tantos años, lo único que había obtenido era una tienda llena de hombres mezquinos y pendencieros; rivales ambiciosos que conspiraban unos contra otros, y a los que solo unía su deseo por situarla a ella, a sus naros y a sus culeks bajo su dominio; y los sueños de conquista de tierras lejanas cada vez más elaborados del pékyu. Las tribus de las planicies tenían más carne y más hijos. Entonces, ¿por qué se sentía tan… insatisfecha?

Curiosamente, la idea de «enseñar» de Oga ya no le parecía tan repugnante.

En lugar de dirigirse directamente hacia la manada de delfines firmemente agrupada, los dos tiburones atacantes se separaron uno de otro y describieron dos amplios arcos en el espumante mar.

«¿Están intentando acercarse al grupo desde lados opuestos? ¿Para que

los delfines no puedan concentrar sus defensas?», pregunté.

Pama sacudió la cabeza.

«Es imposible saber lo que piensan los tiburones. Cuando los domina la locura de la sangre, actúan más por instinto que por lógica».

De hecho, una vez situados a ambos lados de la manada, ambos tiburones no se lanzaron al ataque. Los delfines giraban las cabezas para seguir sus movimientos, tan desconcertados como nosotros.

Los tiburones volvieron a dar una vuelta, juntándose ahora en un solo punto.

Al fin comprendí lo que se proponían. Estas mandíbulas vivientes, estos repartidores de muerte con aletas, estas criaturas demoníacas carecían de compasión o de sentimientos naturales. Se dirigieron al cuerpo de su compañero herido que flotaba a la deriva.

Uno de ellos arremetió contra el tiburón comatoso y le arrancó un pedazo de carne del costado del tamaño del torso de un hombre. La víctima convulsionó y agitó violentamente la cola, pero sus movimientos eran letárgicos, incontrolados.

«Necesitan estar en constante movimiento para reponer sus fuerzas con el agua fresca que atraviesa sus branquias», dijo Pama. «Si no recupera pronto la posición normal, se ahogará».

La idea de que un tiburón pudiera ahogarse habría sido divertida en cualquier otra ocasión. Pero la escena sangrienta despertó mi compasión, incluso con un monstruo como ese. ¿Sus ojos sin alma parecían suplicar y estar llenos de dolor, o era simplemente mi imaginación?

Los ojos giraron hacia dentro y se convirtieron en anodinas esferas blancas. Nunca conocería la respuesta.

El tiburón-delfín ya no pudo seguir manteniéndose apartado. Con poderosos golpes laterales de su cola se dirigió al lugar de la carnicería como una flecha, como un proyectil lanzado desde una catapulta. Del grupo de delfines surgieron nuevos cantos y silbidos de estupefacción, pero ninguno se movió para detenerle, sabían que era inútil.

Estaba haciendo caso a la llamada de su naturaleza. Iba a unirse a la fiesta caníbal.

El segundo de los tiburones enloquecidos alcanzó al tiburón aturdido desde el otro lado. Abrió sus terribles mandíbulas al acercarse, chocó de frente contra el cuerpo convulso y cerró sus dientes en el desprotegido vientre. La sangre salió a chorros como el vino de una cuba espitada. El atacante agitó con violencia la cabeza y le arrancó una larga tira de carne, como si estuviera desnudando a su víctima. Cuando la herida se ensanchó, la cavidad del cuerpo de la víctima se abrió por completo, como unas fauces sangrientas, arrojando las entrañas del pez al implacable piélago. La espuma carmesí rodeó al moribundo tiburón.

Yo aparté los ojos, incapaz de presenciar tal carnicería.

«Oh, dioses», murmuró incrédulo Pama. «Es una madre».

Volví a mirar y presencié una escena que preferiría no haber visto. Dos crías de tiburón, cada una del tamaño de un hombre adulto, cayeron en el agua ensangrentada junto con los intestinos enrollados y el inmenso hígado. Los tiburones bebé, todavía parcialmente envueltos en el útero de la madre, forcejeaban en las enmarañadas vísceras, totalmente desorientados por el choque de su prematura salida al mundo.

A estas alturas, los dos tiburones atacantes ya habían engullido los primeros bocados, pero apenas habían saciado su hambre y su sed de sangre. Dieron la vuelta y se dirigieron hacia los tiburones bebé, con la intención de acabar con su vida antes de que tuvieran oportunidad de vivir.

Pero un recién llegado apareció en escena.

La erecta aleta dorsal del tiburón-delfín separó las agitadas y ensangrentadas aguas como un cuchillo atraviesa la sangre cuajada de un cerdo. Se dirigió directo a los tiburones bebé. ¿Iba a comenzar su vida de verdadero tiburón con un festín caníbal de bebés?

¡Plaf! Golpetazo al tiburón de la izquierda. La fuerza del impacto levantó al otro tiburón por el aire. Y antes de que el sorprendido tiburón volviera a caer en el agua, el tiburón-delfín sacudió con su poderosa cola la cara del otro tiburón, dejándole aturdido por la fuerza del topetazo.

Antes de que los dos atacantes pudieran recuperarse del inesperado ataque, el tiburón delfín se zambulló y desapareció de la vista. El agua manchada de sangre onduló en el lugar en que se desvaneció, sin mostrar las burbujas delatoras producidas por una criatura que respira aire como el delfín.

Los dos tiburones restantes nadaban en círculos con cautela, habiendo olvidado por un momento el cadáver sangriento del tiburón madre y las crías que seguían contorsionándose. Se mantenían bajo el agua y ajustaban constantemente su profundidad mientras vigilaban el abismo oscuro desde arriba. Es costumbre de los tiburones nadar por debajo de sus víctimas y ascender súbitamente para atacar el vientre. Los dos tiburones parecían anticipar que el siguiente movimiento del tiburón-delfín sería seguramente esa maniobra.

Pasaban los segundos, pero el tiburón-delfín no reaparecía. Los dos tiburones que daban círculos ralentizaron sus movimientos y subieron más cerca de la superficie. A lo mejor el tiburón-delfín, tras el ataque sorpresa inicial, se lo había pensado mejor antes de enfrentarse a dos tiburones de mayor tamaño y mucha más experiencia en un combate frente a frente. Tal vez había decidido que ya era hora de asumir su destino como cazador solitario y había abandonado esta batalla sangrienta en busca de sus propios terrenos de caza.

Hubo unos cuantos chillidos y silbidos procedentes de la atenta manada de delfines. Parecían tristes y apesadumbrados.

Los dos tiburones asomaron sus morros y sus ojos por encima del agua. Era el momento de acabar lo que habían comenzado. La manada de delfines se puso en tensión y se preparó.

Con un gran estruendo, el mar se separó a unos cuarenta pies de los tiburones que seguían nadando en círculo. Una sombra gris oscura surgió de las aguas, como un garinafin que despega en la madrugada, como una enorme cruben que emerge al anochecer, como el pájaro escarlata Faedo que anuncia el amanecer. El poderoso y elegante cuerpo trazó un grácil arco en el aire, acompañado por el arcoíris que apareció en los riachuelos de niebla que caían en cascada desde su lomo…

Los dos tiburones contemplaron esta asombrosa aparición con las mandíbulas flojas. Jamás podrían haber previsto tal asalto aéreo. Su enemigo tenía el aspecto de un tiburón, pero se movía como un delfín, si no fuera porque ningún delfín posee esa fuerza muscular ni esas armas letales.

Como la maza divina de Diasa, coronada por anillos de dientes afilados como cuchillas, el proyectil aterrizó sobre un tiburón y mordió al otro. El tiburón más próximo se hundió bajo las olas por la fuerza del golpe mientras el más lejano desapareció en medio de una explosión sangrienta cuando las gigantescas mandíbulas se le clavaron en el torso. A diferencia de escenas similares en tierra, cuando un tigre de colmillos ataca a una cría de garinafin o un fiero lobo derriba a un muflón de cuernos retorcidos, no hubo chillidos, ni aullidos, ni rugidos, solo el incesante murmullo de fondo del mar. El hecho de que ninguno de los tres participantes en esta horrible escena pudiera vocalizar su dolor, su terror y su sed de sangre hacía aún más horripilante el suceso.

Tristemente, la guerra se recrudeció. Por aquí volaba un fragmento de aleta con forma de media luna; por allí desaparecía un pedazo de lomo del tamaño de un hombre. El agua carmesí se agitaba como un frenético tornado, y los tres combatientes silenciosos representaron la épica más antigua de todas, una fábula más vieja que todos los dioses de Dara, de Ukyu y de Gondé, la línea más grave del coro de la vida, la muestra de que la vida no es sino la manifestación de la incesante necesidad de matar.

Con una serie de urgentes vibraciones, la matriarca de la manada dio a conocer su voluntad. Los delfines naros abandonaron su protectora formación y se lanzaron al rescate de su ru-taasa con branquias. En grupos de dos y de tres arremetieron contra los costados de los dos tiburones que estaban recibiendo una paliza y abofetearon con las aletas caudales sus ojos sin párpados, facilitando que su pariente con escamas asestara el golpe mortal.

Quizá fue debido a la pérdida de sangre, o a las capas de dolor

acumuladas, pero, poco a poco, la locura de la sangre pareció enfriarse en los dos tiburones y decidieron que una retirada a tiempo equivalía a una victoria. Al unísono, los dos tiburones forasteros se retiraron de la batalla y huyeron del lugar, dejando una estela de sangre. Uno de ellos mostraba una aleta dorsal flácida y deformada colgando inerte, a la que le faltaba la mayor parte de la carne, como si fuese una vela desgarrada por la guerra. El otro nadaba con movimientos erráticos, recostado hacia la derecha por la pérdida de una de sus aletas pectorales. Me recordaban a los perros derrotados que se alejan a la carrera con el rabo entre las piernas.

Solo quedó el tiburón-delfín, con el rostro sangriento y heridas de mordeduras por todo su cuerpo anteriormente terso como el de una marsopa. Lentamente, nadó por el agua contemplando la huida de sus rivales con esos ojos grandes e inexpresivos, como si los retara a volver. La sangre se fue disipando poco a poco en las aguas celestes, al igual que los cielos se aclaran tras una tormenta. Los delfines se agruparon en las cercanías, emitiendo silbidos nerviosos, sin saber si su ru-taasa había ido demasiado lejos en su locura sangrienta como para volver con ellos alguna vez.

El tiburón-delfín giró bruscamente en el agua, con sus fauces llenas de sangre abiertas por completo. Los delfines silbaron sobresaltados y unos cuantos se encabritaron fuera del agua, descubriendo sus diminutos dientes en señal de alarma.

No obstante, el tiburón-delfín los ignoró y se dirigió al cadáver flotante del tiburón madre y al revoltijo de entrañas flotantes.

Yo emití un suspiro. Después de todo, el tiburón delfín era un caníbal salvaje.

Pero el pez aún guardaba una sorpresa más. Con sus fauces letales abiertas se acercó a la madre muerta y, blandiendo sus dientes afilados como si fuera el cuchillo de una matrona, seccionó con cuidado los retorcidos cordones umbilicales y separó lo que quedaba del útero membranoso liberando a las crías, que se internaron serpenteantes en el cálido mar.

Las dos crías, que finalmente podían nadar en libertad, se dirigieron directas al cuerpo de su madre. Sus pequeñas mandíbulas hambrientas intentaban morder el revoltijo flotante de carne templada y órganos refrescantes, que todavía desprendían vapor al sol.

«¿De verdad van a comerse a su madre?», pregunté con incredulidad.

«Las crías aún no nacidas de tiburón se alimentan de los demás huevos y crías que hay en el útero de la madre», dijo Pama con sabiduría. «Así que ahora es natural que se coman a su madre. De hecho, cuando nacen deben huir tan rápido como puedan de su madre por temor a que esta se vuelva hacia ellos y los devore».

«¿Cómo pueden haber creado los dioses unas criaturas tan antinaturales?», exclamé.

«Hay muchos tipos de naturaleza», dijo Pama. «Los dioses han decretado un conjunto de sentimientos para la especie humana y otro para los tiburones. No creas que tus sentimientos son universales».

El tiburón-delfín se acercó a las crías y las empujó suavemente con el morro para alejarlas de la madre. Luego se interpuso entre las crías y el cadáver, para evitar que volvieran.

«¿Qué está haciendo?», pregunté.

«No tengo ni idea», respondió Pama. «A lo mejor quiere acaparar la carroña para él solo».

El tiburón-delfín sacó todavía más el morro del agua, abrió por completo sus mandíbulas y pareció tragar. Podía ver claramente su interior rosado detrás de las fauces bostezantes. ¡Estaba aspirando aire en su estómago!

Luego cerró las mandíbulas con un chasquido y pude oír cómo su boca sonriente emitía los sonidos más increíbles: un fuerte ladrido que cambiaba de tono y de ritmo, como una versión más burda del silbido vibrante de los delfines.

Miré a Pama, que tenía la mandíbula colgando a imitación de nuestro sujeto.

«¡Por los Gemelos!», murmuró. «Este tiburón sabe hablar como un delfín… ¿Será la encarnación del Señor Tazu?».

Dijera lo que dijese el tiburón-delfín, los delfines lo recibían atónitos. Después de un rato, la matriarca le respondió con una serie de silbidos confiados. Al momento, un grupo de delfines se alejó nadando y se perdió de vista. Poco después volvieron a salir a la superficie y se acercaron al tiburón-delfín, que nadaba en círculos lentos alrededor de las crías, intentando calmarlas. Los delfines levantaron el hocico y vomitaron un revoltijo de peces, algunos masticados y medio digeridos, otros aún enteros, que quedó flotando frente a las crías.

El tiburón-delfín dio un empujoncito con sus aletas pectorales a las crías, como un padre que anima a comer a sus hijos. Tras un momento de vacilación, las crías se sumergieron con entusiasmo en la comida regurgitada.

La matriarca silbó algunas notas más y el tiburón-delfín le contestó con su peculiar ladrido. Entonces el aire se llenó de un coro de silbidos y chasquidos y yo deseé con toda mi alma saber lo que se contaba en este consejo marino.

El viento volvió a soplar e hinchó nuestras velas. Sentimos que el poder de una fuerza mayor nos empujaba hasta la próxima parada de nuestra grandiosa aventura. Todos permanecimos en la borda, contemplando al

tiburón-delfín, a las crías comiendo y a la tribu de delfines, hasta que todos desaparecieron en el horizonte.

«¿Crees que fue así como el tiburón se convirtió en miembro de la tribu en un principio?», pregunté más tarde a Pama. «¿Era un huérfano rescatado por los delfines que creció como uno de ellos?».

«Podemos especular lo que queramos sobre los misterios del pasado», dijo Pama, «pero no dejarán de ser simples cuentos para explicar lo que desconocemos».

Sobresaltada, Goztan se dio cuenta de que nadie había interrumpido a Oga en bastante tiempo. Todos los naros y culeks presentes aguantaban la respiración y se habían olvidado de las copas de kyoffir que tenían en la mano. Incluso Vadyu y ella habían dejado de conversar, transportadas al mundo fantástico creado por Oga con su voz.

Él continuó, y sus palabras fluían ahora suavemente, olvidados los errores gramaticales del principio como se olvidan los primeros afluentes que alimentan los rápidos veloces y poco profundos de un río turbulento.

«¿Quién habría dicho que un tiburón pudiera desafiar sus instintos y vivir acorde con las reglas de su tribu adoptada?». Sin dejarme intimidar por la negativa de Pama a efectuar conjeturas, di rienda suelta a mi imaginación. «Los delfines deben haberle alimentado, como hizo él con esas crías, y por eso pensó que era un delfín. Al presenciar el poder letal de los otros tiburones, su naturaleza de guerrero debe haber entrado en conflicto en su corazón con su crianza como delfín».

«Yo no creo en absoluto que eso fuera lo que pasó», dijo Pama.

«¿Ah, no?».

«Hablamos de naturalezas fijas y de la influencia edificante de la crianza, como si comprendiéramos todo lo que hay que saber. Pero ¿qué forma parte de la naturaleza del tiburón y cuál es la influencia de la crianza del delfín? ¿Qué es divinidad y qué es civilización humana? En una ocasión Tazu, el menos cariñoso de los dioses, que gobierna sobre el desalmado mar, se encarnó en una muchacha humana y salvó de la ruina a una aldea; en otra ocasión Kon Fiji, el más amable de los sabios, que aconseja contra la violencia, blandió una espada y luchó contra una banda de ladrones. Es un error trasladar un razonamiento de lo general a lo específico».

«¡Hablas como un sabio moralista en una ópera popular!», exclamé. No estaba de acuerdo con Pama, pero me pregunté si acaso él tendría el conocimiento que a mí me faltaba. «Dicen que conoces el lenguaje de los delfines. ¿Qué le dijo el tiburón-delfín a la matriarca?».

Pama me miró.

«¿Qué crees tú que dijo?».

«No puedo ni imaginármelo. Desconozco su código».

«Pero tú viste lo que ocurrió», intervino Pama. «Hay otras formas de hablar más allá de la mera voz, y lo que se dice puede no ser tan importante como lo que se hace».

«¡Quiero saber el significado de esos ladridos cantarines!», Pama, me parecía a mí, estaba deliberadamente ofuscado. «Los viejos pescadores cuentan que los cetáceos tienen su propia civilización, aunque sea diferente a la nuestra. He pescado en los mares del norte toda mi vida, y sé cuándo los delfines se avisan unos a otros del peligro, o cuándo un macho está cortejando a una hembra, pero no sé interpretar los matices más sutiles».

Pama se rio entre dientes.

«Te ganas la vida pescando, pero parece que no sabes escuchar al mar».

«¿Qué quieres decir?».

«Un pescador de langostas que saca una línea de nasas y solo encuentra cangrejos que se escabullen en el interior de las trampas quedará decepcionado, pero a su hija le encantarán esas patitas nadadoras que no había visto antes. La mujer de un pescador que destripa un chavito de morro alargado se alegra si lo encuentra lleno de huevas doradas, pero su hijo pequeño se desilusiona al comprobar que las "perlas" del pez no son hermosas joyas. Si en todos los casos la captura es la misma, ¿por qué las diferentes reacciones?».

Medité la pregunta.

«Supongo que dependen de las expectativas».

«Así es», dijo Pama. «Antes de arrojar la red, ya la has llenado de esperanza y de temor, y la medida de la captura depende del peso y de la calidad de tu anticipación. Estés oyendo una lengua que conoces desde el nacimiento o una que no comprendes, cada expresión se llena con expectativas antes de diseccionarla en busca de significado. Tú y yo tenemos diferentes expectativas, así que nunca entenderemos de la misma manera los ladridos cantarines del tiburón-delfín».

«Ya está bien de misticismo», dije. «¡Limítate a traducir lo que dijo!».

Oga se detuvo.

Miró alrededor para observar a su público, sonrió, y lentamente caminó hasta las bolsas de cuero con bebida que colgaban de una percha en un lateral, arrastrando la correa por el suelo. Levantó una de las bolsas, retiró el tapón de asta musgosa e inclinó el caño para beber un trago. El bulto prominente de su garganta ascendía y descendía sobre su collar de hueso al tragar. Fue un trago muy largo.

Vadyu se movió inquieta, tan nerviosa como todos los demás. Incluso Goztan, que seguía atada, sintió que se esforzaba para

inclinarse hacia delante y no perderse las próximas palabras.

Oga separó la espita de la bolsa de beber de su boca, hizo una inspiración profunda de satisfacción y continuó bebiendo.

Vadyu echó una maldición. Goztan sonrió.

Los demás guerreros lyucu no pudieron contenerse más.

—¡Venga! Ya beberás cuando acabes la historia.

—¿Qué fue lo que dijo el tiburón-delfín?

—¡Deja hablar a Pama!

Una vez saciado, Oga se secó los labios con el dorso de la mano y colgó la bota en la percha. Retrocedió sus pasos para acercarse al fuego, deteniéndose para desenredar la correa, que se había enganchado en una roca que sobresalía del suelo. Tras observar a su público una vez más dijo:

—Pama suspiró y luego me dijo: «El discurso del tiburón-delfín puede reducirse a una sola frase, "Es *mi* naturaleza"».

Oga levantó los brazos hacia los costados como si fueran las alas de una grulla e hizo una profunda reverencia hacia el fuego, un gesto que tradicionalmente marcaba el final de la historia de un narrador.

Un buen rato después, cuando se hubieron apaciguado algo los gritos de enfado y los golpes de las mazas de hueso contra el suelo, Oga añadió:

—Ese es realmente el final del cuento. Nunca volví a ver al tiburón-delfín. La maldición del re-recordador es saber que la mayor parte de las historias no tienen un final.

»Que nuestra travesía hasta mi tierra natal tenga igualmente un final abierto.

Un thane-lobo se puso en pie.

—Votan-ru-taasa, votan-sa-taasa, las estrellas han recorrido la mitad de su camino a través de la noche y el kyoffir se está acabando. Deberíamos irnos a dormir sobre el suelo de nuestra tierra una última vez y absorber toda su fuerza. Puede que pase mucho tiempo antes de que podamos volver a besarlo.

Los demás guerreros asintieron y pronto todos estaban envueltos en mantas de piel, acomodados para pasar la noche. Algunos naros se acercaron para comprobar que la pékyu-taasa tenía todo lo que necesitaba y la chica los tranquilizó con la cabeza y los echó.

Oga miró a su alrededor, con expresión melancólica. Luego se sentó donde estaba y se preparó para pasar la noche al raso. No le habían proporcionado estera ni mantas y nadie se acercó a liberarle de sus correas.

Goztan le llamó:

—Campesino de Dara, ¿recuerdas a una antigua conocida?

Sobresaltado, Oga se enderezó y miró en su dirección, inseguro.

Vadyu se puso tensa y preguntó:

—¿Qué haces?

—Él estaba allí cuando hubo la guerra contra el almirante Krita —dijo Goztan—. Aunque te niegues a ir a buscar a alguno de los viejos sirvientes de tu padre, supongo que no te importará si intercambio unas palabras con un hombre de Dara que me conoce.

Vadyu vaciló.

—Ese hombre cuenta historias. ¿Quién sabe cuáles son ciertas y cuáles no?

Oga se aproximó a ellas, con la correa atada a su collar cada vez más tensa.

—Una gran líder debe ser capaz de diferenciar las historias verdaderas de las falsas —dijo Goztan—. Pékyu Nobo Aragoz de los agon no supo hacerlo, y por eso tu padre lo engañó y luego lo derrotó. ¿Me estás diciendo que quieres emular a Nobo el Pastor en lugar de a Tenryo el Lobezno?

Su respuesta tuvo el efecto deseado.

—Yo no emulo a ninguno; yo *soy* la lobezna —dijo Vadyu—. Está bien. Que se acerque y veamos lo que tiene que decir.

Así que sueña con ser la pékyu algún día, aunque no es la primogénita, caviló Goztan. *Puede que esta pequeña aventura nocturna resulte más útil de lo que pensaba.*

—Pero tenemos que hacer esto bien —masculló Vadyu—. Comprobaré la veracidad de sus palabras a mi manera. Si tratas de hablar y guiarle, no creeré nada de lo que diga —dijo con ojos chispeantes de nerviosismo—. Abre la boca —ordenó mientras ocultaba su mano derecha detrás de la espalda.

Goztan sacudió la cabeza.

—Prometo-que-no-diré-nada —espetó sin respirar, y luego cerró con fuerza los labios. *¿Quién sabe lo que esta obstinada pékyu-taasa considera una mordaza adecuada?*

Vadyu pellizcó la nariz de Goztan con la mano izquierda. Goztan pugnó por liberarse, pero al estar atada sus esfuerzos fueron en vano. Tras unos segundos se rindió y abrió la boca; Vadyu le metió algo duro del tamaño de un puño en la boca, le rodeó varias veces la cabeza con un cordel de tendones y lo ató.

La correa de Oga le obligó a detenerse a unos cinco pasos de la pareja. No dijo nada mientras observaba el breve y violento intercambio entre Vadyu y Goztan. Cuando Vadyu terminó de amordazar a su prisionera, Oga se inclinó ante ella con respeto.

—¿Reconoces a esta mujer? —preguntó Vadyu—. Ten cuidado con

lo que respondes.

Oga miró fijamente a Goztan, y Goztan no supo decir qué pensamientos competían por imponerse tras esos ojos oscuros e inexpresivos bajo la debilitada luz de la hoguera.

Goztan no se atrevió a despertar la ira de Vadyu intentando darle alguna pista a Oga. Era su última oportunidad de salir de este aprieto y llegar a la audiencia con el pékyu a tiempo. Recorrió cuidadosamente la mordaza con la punta de la lengua. Era suave y dura, con una depresión en el centro que sabía a ceniza —probablemente uno de los huesos del tarso de una vaca utilizado para hacer fuego cuando se combina con un palo a modo de taladro. Se tranquilizó. No era nada peligroso o humillante; la pékyu-taasa sencillamente había cogido lo que tenía a mano cerca de la hoguera.

—Supongamos —dijo Oga con calma— que mi respuesta es no. ¿Qué le ocurrirá a ella?

Los ojos de Vadyu se empequeñecieron.

—¿Me estás diciendo que tu respuesta *cambiará* dependiendo de lo que vaya a pasar con ella?

—Pékyu-taasa, me has dicho que responda cuidadosamente. ¿Cómo puedo tener cuidado si no sé cómo se utilizará mi respuesta?

Mientras Vadyu hablaba con Oga, Goztan tuvo tiempo de examinarle más de cerca. Observó que su piel sangraba en el cuello, por debajo del collar, las grandes ronchas y cicatrices que cubrían el dorso de sus manos, y el indicio de tensión en su postura, a pesar de que todos los guerreros lyucu de la expedición, sus amos, dormían.

Sin pretenderlo, acudió a su mente la imagen de aquellos furiosos porteadores lyucu que soportaban el peso de la sobrecargada litera de Dathama.

—De acuerdo —dijo Vadyu, con una sonrisa cruel que curvaba la comisura de sus labios—. Te diré lo que le va a pasar según sea tu respuesta. Si me dices que no la conoces, habrás confirmado mi sospecha de que es una espía y le aplastaré el cráneo con esta maza. Pero si me dices que *sí* la conoces, tendrás que decirme su nombre, su linaje y las hazañas que realizó en la guerra contra tu pueblo. Si tu relato se aparta aunque sea solo un ápice de lo que ella me ha dicho, te aplastaré a ti la cabeza por mentirme.

—Mmm —Goztan tenía los ojos desorbitados de la tensión producida al forcejear contra sus ataduras, aunque la mordaza le impedía eficazmente hablar. Sintió un sudor frío en la espalda. La pékyu-taasa la había impactado por ambiciosa, mimada, retorcida y tal vez algo imprudente, pero nunca hubiera pensado que sería tan impetuosa y obstinada como para arriesgarse a matar por error a una

de los thanes de su padre, solo porque no la reconocía.

El plan de Goztan había fracasado estrepitosamente. En lugar de probar su identidad a la pékyu-taasa, Oga iba a hacer que la mataran. Incluso si la reconocía, lo cierto es que no se habían despedido en los mejores términos. Él también había sido maltratado por sus amos lyucu durante tanto tiempo que tenía pocas razones para salvar a una de ellos. Podría vengarse de los lyucu con facilidad solo con afirmar que no la conocía. Y como partiría a la mañana siguiente con la expedición, cuando el pékyu averiguara lo ocurrido no podría castigarle.

El modo en que Vadyu había planteado la pregunta casi le forzaba a hacer exactamente eso.

Goztan clavó los ojos en el rostro plácido y lleno de cicatrices de Oga y los cerró con desesperación.

—La conozco —dijo Oga.

Los párpados de Goztan se abrieron de golpe.

—¿Cuál es su nombre y linaje, y qué hazañas ha realizado?

—Ignoro su nombre o su linaje, porque cuando la conocí no la llamaban por su verdadero nombre. Pero puedo contarte que una vez luchamos juntos contra un cruel Señor de Dara, que le había impuesto el falso nombre de «Obediencia».

—¡Mentiroso! —se burló Vadyu—. Probablemente el músculo más fuerte de tu cuerpo desgarbado es esa lengua escurridiza. No eres ningún guerrero.

—Las batallas no siempre se combaten con armas que cortan o golpean —dijo Oga. Y pasó a describir cómo Goztan y él habían conseguido salvar a los porteadores lyucu de los látigos del capitán Dathama.

—Aunque no la he vuelto a ver desde entonces, sé que es astuta como el zorro de las nieves de helado pelaje y decidida como el garinafin que exhala fuego —dijo Oga—. Al igual que todos los guerreros que vencieron a los Señores de Dara, es valiente, iracunda y, sobre todo, leal al espíritu de los lyucu. Aunque deseaba ser su amigo y llamarla sa-taasa, ella nunca olvidó que yo era un enemigo.

Goztan se quedó mirando a Oga, incapaz de ordenar la mezcla de emociones que agitaba su pecho.

—¿Por qué no te has limitado a decirme lo que quería oír? —el rostro de la pékyu-taasa estaba oculto en las sombras y su voz temblaba con ira contenida. Apuntó con su mentón hacia Oga—. Esta mujer no te considera un amigo. ¿Por qué intentar salvarla si ni siquiera sabes su nombre?

—Porque no sería correcto hacer daño a un inocente para agradar a

un poderoso, tomar el camino fácil por cobardía —dijo Oga—. ¿Recuerdas las historias que os contaba a ti y a tus hermanos y hermanas, pékyu-taasa? El árbol alto que se negó a doblarse ante la tempestad salvó a los polluelos que se acurrucaban bajo su protección, aunque al final de la tormenta acabara partido y muerto. Tal vez no sepa leer los libros de los grandes sabios de mi tierra, pero aun así debo vivir de acuerdo con las enseñanzas de su sabiduría.

—¿Eso es todo? —preguntó la pékyu-taasa, aparentemente decepcionada.

Oga respiró hondo.

—Yo no solo pretendía salvarla a ella, pékyu-taasa. También quería que no quedaras mal a ojos de tu padre.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre nunca te perdonaría si llegaras a herir o a matar a esta mujer, que ha prestado grandes servicios a tu pueblo.

—¿Y por qué ha de importarte lo que me pase a mí? Yo fui la que te denuncié a mi padre por contar historias que nos habrían hecho más débiles.

—Hiciste lo que creías que tenías que hacer. Esa entrega al deber encierra una chispa de esperanza para tu pueblo… si pudierais convenceros de seguir el camino correcto.

—¡No intentes confundirme con más de tus mentiras! ¡Qué te importan a ti los lyucu! *¿Por qué iba a importarte lo que me pase a mí?*

Oga se la quedó mirando largos segundos. Cuando volvió a hablar su voz era amable, sosegada, como la de un paciente tutor.

—En Dara existe un vínculo sagrado entre el maestro y el alumno. Aunque sea tu esclavo, también soy tu maestro. Es mi deber protegerte de las consecuencias de las malas elecciones, y ese deber no se ha disuelto solo porque no te gusten mis lecciones.

—¿Y por amor a los ideales de tu tierra prefieres arriesgar tu vida a tener la satisfacción de vengarte, de verme humillada y rechazada por mi padre?

—Está en mi naturaleza.

Vadyu clavó su mirada en Oga, con la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados. Poco después lanzó un prolongado suspiro.

—Está bien. Veo que todavía se puede confiar en ti.

Oga ladeó la cabeza y dirigió una mirada inquisidora a Vadyu.

—Entonces… me estabas poniendo a prueba *a mí*, no a ella.

Vadyu asintió.

—Supe que estaba diciendo la verdad tan pronto me pidió que hablara contigo.

—¿Y eso?

—Una pékyu debe ser capaz de distinguir las historias verdaderas de las falsas —dijo Vadyu—. Es posible que te concedieran más privilegios que a los demás esclavos, pero también has estado más vigilado que la mayoría. Ningún espía podría haber conspirado contigo.

—Ah.

—Decidí aprovechar la oportunidad de averiguar el color de tu corazón y comprobar si creías en tus propias historias.

—¿Y si no hubiera pasado tu prueba? —preguntó Oga.

Vadyu blandió la maza en un gran círculo por encima de su cabeza, y las turbulencias del aire que generó rozaron los rostros de Oga y de Goztan. Esa era toda la respuesta que iba a dar.

Vadyu se volvió hacia Goztan y soltó los nudos que aseguraban la mordaza en su boca, así como los tendones que le ataban brazos y piernas. Goztan movió la dolorida mandíbula y se frotó los verdugones de las muñecas y los tobillos. Después de todo, iba a poder llegar a tiempo a la audiencia con el pékyu.

—Puedes liberarle del collar —dijo Vadyu, lanzando a Goztan una llave de hueso con muescas—. Llévale de vuelta a Taten cuando estés lista.

—Pensaba que iba a partir con la expedición.

—He cambiado de idea —dijo Vadyu en tono altanero—. Yo decidí que partiera en esta expedición y también puedo dejarle fuera, faltaría más. Soy yo quien decide.

Goztan echó una ojeada a Oga, pensando que protestaría —recordaba las ganas que tenía de volver a Dara con su familia—, pero el hombre simplemente se inclinó ante Vadyu. Cuando enderezó la espalda, su rostro proyectó una mirada de alivio. Al ver la expresión inquisidora de Goztan, sacudió la cabeza de modo casi imperceptible.

Goztan se tragó lo que iba a decir. La desilusión anegó su corazón como un repentino chaparrón de agua fría.

Otra mentira.

—Voy a pedir a mi padre que te nombre su re-recordador personal —dijo Vadyu—. Ya no serás nuestro profesor. En lugar del pasado de ensueño de Dara, re-recordarás el presente vivo de los lyucu. Cuenta la historia de mi padre, Oga, el re-recordador, y cuéntala bien. Crea una fábula poderosa con las hazañas de mi padre con la que asombrar al pueblo de Dara cuando lo conquistemos. No cometas otra equivocación y permitas que tu talento se desperdicie.

Vadyu se dio la vuelta y se alejó a grandes pasos.

—¡Pékyu-taasa, espera! —Goztan llamó a la figura que se alejaba.

Vadyu no redujo el paso.

—Ya te he dicho, puedes regresar con él cuando estés lista. Ahora me vuelvo a casa para rendir cuentas a mi padre.

—¿Qué hay de tu plan de llevarme al pékyu con el cuento de que te salvé de Korva? —preguntó Goztan.

—Oga me ha recordado que mi padre sabe distinguir una historia verdadera de una falsa. No hay nada peor que perder su confianza si quiero ser la que ocupe su lugar algún día. A lo mejor contarle mi equivocación —mi debilidad— reforzará su afecto por mí.

»No soy una estudiante tan negada como piensas, Oga.

Y desapareció en la oscuridad.

Goztan abrió la cerradura del collar de hueso de Oga y le observó mientras se masajeaba el cuello.

—Después de todos estos años, tu lengua sigue siendo igual de escurridiza que el día en que te conocí —dijo ella.

Oga se quedó parado. A continuación se giró hacia Goztan y respiró profundamente, como si quisiera prepararse para lanzar un largo discurso.

Goztan habló antes de que él pudiera hacerlo:

—Aunque no podamos ser votan-sa-taasa, estoy harta de tu serie interminable de mentiras dentro de mentiras. Creo que nos debemos algo que se aproxime a la verdad.

Oga suspiró.

—He dicho la verdad a la pékyu-taasa.

—No toda la verdad —dijo Goztan—. Sé cuánto extrañas a tu familia, y esta expedición es tu mejor oportunidad para volver a casa. Sin embargo, no has hecho ninguna objeción cuando Vadyu frustró esas esperanzas. En realidad, casi parecías contento de quedarte. ¿Crees que la expedición a Dara no tiene ningún futuro?

—Es imposible explicar el poder del Muro de las Tormentas a aquellos que no lo han visto. Yo quiero ver a mi familia, pero con mis ojos vivos, no como un fantasma desmemoriado que ha cruzado el Río en el que Nada Flota. Si no cuenta con el favor de los dioses de Dara, la expedición no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir al paso del Muro.

Al ver a todos los hombres y mujeres que dormían profundamente alrededor de las ascuas moribundas de la hoguera, seguros de su propia invencibilidad, a Goztan lo acometió la urgente necesidad de despertarlos y marchar a la Gran Tienda para intentar convencer a Tenryo de reconsiderar su alocado proyecto. Pero al mismo tiempo imaginó cómo la miraría el pékyu, una thane que propagaba el derrotismo entre los guerreros por él escogidos para lograr su más grandioso sueño.

Si ella desaparecía, las Cinco Tribus del Cuerno volverían a caer en guerras intestinas. Los naros y culeks que rodeaban la hoguera tendrían que partir de todas formas a su expedición imposible, y si rehusaban hacerlo, el pékyu los ejecutaría y buscaría nuevos voluntarios. La verdad es que no podía salvar a nadie.

—Cuando no puedes hacer nada para detener un tsunami, lo mejor es correr a un terreno elevado con tus seres queridos —dijo Oga.

Goztan se rio amargamente.

—¿Cómo reconcilias ese aforismo con el del árbol que no se dobla que le soltaste a tu joven ama hace un momento? ¿Cuál refleja mejor tu verdadera naturaleza?

—Los aforismos no pueden ayudarte a sobrevivir, pero la capacidad de tener en cuenta ideales contrapuestos puede que sí —respondió Oga—. Yo no puedo evitar que percibas mis actos a través de tus expectativas; lo único que puedo hacer es estar agradecido cada amanecer por poder ver salir el sol.

Una vez más, Goztan percibió las cicatrices del cuerpo de Oga y la sangre que rezumaba por las heridas de su cuello.

En la guerra nos asemejamos a nuestros enemigos. ¿Qué derecho tengo yo a pedirle sinceridad y coherencia?

En una ocasión salvó a unos extranjeros —en realidad bárbaros, a su entender— mintiendo descaradamente a su señor; esta noche la había salvado a ella diciendo la verdad con gran riesgo para su persona; en una ocasión se había percatado de sus intenciones cuando representó un papel ante Dathama, pero no informó a sus superiores, contribuyendo así al triunfo de los lyucu; esta noche había mentido por omisión para salvarse, condenando al hacerlo a toda una expedición de guerreros lyucu a un destino tormentoso.

No se sentía capaz de desmenuzar la compleja mezcla de admiración, curiosidad, culpa, odio y atracción que sentía por él. Si nunca era sencillo entender la naturaleza de cualquiera, mucho menos de un hombre de Dara como Oga.

—Lo último que le dije a la pékyu-taasa no era mentira —dijo Oga —. Es verdad que la he tomado cariño como estudiante. Es ambiciosa e inteligente y tiene la capacidad de asumir el punto de vista del otro.

Sorprendida, Goztan preguntó:

—¿Crees que siente simpatía por ti?

—No, no realmente —dijo Oga—. Es más bien… empatía. Se le da bien conseguir y mantener el favor de su padre y de los thanes poderosos, y eso requiere la capacidad de ver el mundo desde su atalaya. Puede que un día, cuando Pékyu Tenryo cabalgue en un garinafin-nube más allá de las Montañas del Fin del Mundo, ella le

suceda y entienda la sabiduría de mis fábulas, y entonces me libere junto a los demás cautivos. Puede que entonces los dioses de Dara abran un pasaje a través del Muro de las Tormentas para que podamos volver a casa en paz.

—Esa es mucha esperanza para una sola persona —dijo Goztan.

—¿Por qué no aferrarse a la esperanza cuando la alternativa es vivir la muerte en medio de la desesperación?

¿Por qué no?, se preguntó Goztan. *Oga no es profeta. ¿Cómo puede saber que la expedición no sobrevivirá al viaje? El pékyu nunca ha creído en el destino. Puede que los dioses de Dara no puedan competir con el poderío de los guerreros lyucu. El pékyu tiene razón: para que los lyucu se renueven constantemente, deben mirar hacia fuera, no contentarse con lo que han conseguido. Su propia apatía era prueba de ello.*

Contempló la figura desgarbada de Oga, su piel clara que reflejaba la mortecina luz del fuego, y se apoderó de ella un irresistible deseo de dominarle, de indagar sobre él, de *conocerle* verdaderamente.

Se estremeció. *¿Es esto una señal? ¿Es así como se siente el susurro de los dioses? ¿Es esto lo que Kikisavo y Afir sintieron un momento antes de subir al garinafin y darse cuenta de que el futuro no volvería a ser el mismo?*

Él era un extranjero, ajeno a la compleja red de políticas en la que estaba atrapada. Estaba indefenso y solo, sin conexión con la red de intereses enfrentados de los clanes que la asediaban y amenazaban con desmembrar a las Cinco Tribus. Su complexión era casi tan pálida como la de los lyucu, algo relativamente raro entre los dara. No habría muchas preguntas si ella continuaba con su plan.

Pero, por encima de todo, lo encontró hermoso. No poseía la virilidad de sus jóvenes esposos, pero el deseo que sentía por ellos no podía desligarse de las ambiciones e intereses privados de ellos. A Oga le deseaba solo por *él* mismo, por *ella misma*.

Puede que él fuera la solución al problema que la había acosado durante años.

—Ven, vamos a volver a mi tienda.

Obedientemente, Oga la siguió.

BROTES VERDES

CAPÍTULO SIETE

PERSECUCIÓN MÁS ALLÁ DE LAS TORMENTAS

AL OTRO LADO DEL MURO DE LAS TORMENTAS: QUINTO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS (MEDIO AÑO DESPUÉS DE LAS MUERTES DEL EMPERADOR RAGIN Y DE PÉKYU TENRYO EN LA BATALLA DEL GOLFO DE ZATHIN)

Las calmadas olas mecían suavemente diez naves de Dara, rodeadas por las moles flotantes de las crubens, como ballenatos en medio de una manada. Hombres y mujeres danzaban en cubierta, con risas y gritos de júbilo, incapaces todavía de creer que habían cruzado indemnes por debajo del legendario Muro de las Tormentas.

Al sur, la maravilla meteorológica se alzaba imponente como una cordillera formada por ciclones, tifones y aguaceros tan densos que bien podían estar hechos de agua sólida, y rayos de luz del tamaño de la lanza de Fithowéo iluminaban las nubes por detrás. De vez en cuando pequeños ciclones —cada uno de ellos capaz de devastar una isla solitaria, pero que aquí, al lado de las columnas tormentosas que cubrían el cielo, parecían tan insignificantes como lo sería una formación rocosa de un jardín escolar frente al monte Kiji— se apartaban del Muro para deambular sobre el océano abierto, disipándose poco a poco cuando sus peregrinaciones los apartaban demasiado de la legendaria maravilla que era el Muro.

Los marineros desataron los gruesos cables que los unían a la cola de las crubens. Las majestuosas ballenas con escamas lanzaron vapor por sus espiráculos al unísono, cubriendo la flota de Dara con un arcoíris en señal de buen augurio. Se despedían con resoplidos, que retumbaban gravemente en el agua y hacían temblar y rechinar las tablas bien ajustadas del casco de las naves. Tras golpear el agua con sus enormes aletas caudales, las crubens se dirigieron hacia el norte al unísono, con sus largos cuernos oscilando sin cesar como si fueran la aguja de las brújulas de los dioses, y enseguida desaparecieron bajo las olas.

A bordo de *La que Disuelve las Penas,* buque insignia de la modesta flota, dos figuras destacaban en la cubierta elevada sobre el castillo de popa.

—Gracias, Soberana del Mar —susurró la mujer que había sido

conocida como emperatriz Üna y que ahora volvía a ser la princesa Théra. Se inclinó en *jiri* hacia las olas creadas por las crubens.

—Ojalá pudiera ordenar y comandar a estas criaturas —dijo Takval Aragoz, futuro pékyu de los agon y prometido de Théra—. Serían de gran ayuda y consuelo para nuestra causa.

La princesa reprimió una sonrisa ante el infructuoso intento del príncipe por expresarse correctamente en el lenguaje formal de Dara. Tras meses de vida en Dara, el príncipe hablaba la lengua con fluidez, excepto cuando trataba de impresionar.

—Los flujistas mantienen que hay cuatro fuerzas poderosas cuya ayuda puede solicitarse pero no exigirse: la fuerza de una cruben, el favor de los dioses, la confianza del pueblo… —se detuvo.

—¿Y cuál es la cuarta? —preguntó Takval.

—El corazón de un amante —dijo Théra.

Ambos se dedicaron una sonrisa, indecisos, inseguros, nerviosos. Al pensar en Zomi Kidosu, la brillante y hermosa mujer que fue su primer amor, Théra sintió una punzada en el corazón. Pero se reafirmó en su decisión y borró la sonrisa de Zomi de su mente. Tenía que centrarse en el presente, en el futuro.

—¡Un barco! —gritó el vigía desde lo alto del mástil principal, rompiendo el embarazoso silencio. Señaló hacia el horizonte por el este y su voz se estremeció al continuar—. Un *barco-ciudad*.

A medida que los vigías de las otras naves confirmaban el avistamiento, la celebración que tenía lugar sobre las cubiertas se convirtió en consternación. ¿Cómo podía quedar todavía algún barco-ciudad si el Muro de las Tormentas había arrollado la flota de los lyucu?

Théra y Takval corrieron hasta el palo de mesana y treparon por la jarcia. A medio camino ya pudieron apreciar la inmensa nave en el horizonte, que a esa distancia parecía una mera astilla oscureciendo la frontera entre mar y cielo, con sus múltiples mástiles sobresaliendo del casco horizontal como los largos pelos que se yerguen sobre el lomo de una oruga.

—¡Se acerca un garinafin! ¡Se acerca un garinafin! —gritó el vigía.

Era verdad. La familiar silueta alada planeaba sobre el distante navío como un garabato infantil sobre el calmado empíreo. A tanta distancia era difícil saber si la figura se dirigía hacia ellos, pero ¿hacia dónde si no?

—¿Visteis elevarse al garinafin? —preguntó Takval a los dos vigías del mástil principal—. ¿Cómo de inclinado, mejor dicho, cómo de agudo era el ángulo de elevación?

En lugar de responder, la pareja de vigías continuó con su

conversación, protegiéndose los ojos del sol y señalando muy excitados al distante garinafin.

—Informad del ángulo de ascenso del garinafin, si lo visteis —dijo Théra, en un tono no más alto que el empleado por Takval.

—¡*Rén,* alteza! —los dos vigías dejaron de hablar y se volvieron al instante hacia ella—. No lo vimos. Cuando avistamos el barco, el garinafin ya estaba en el aire.

Théra se dio cuenta de que Takval estaba furioso, lleno de resentimiento y frustración. Aparte de la princesa Théra, no tenía amigos entre los más de mil miembros de la expedición. Aunque teóricamente codirigía la flota junto a la princesa, la tripulación dara le ignoraba o expresaba desdén por su presencia de un montón de pequeñas maneras, lo que no presagiaba nada bueno para la alianza entre los dara y los agon.

—El ángulo de ascenso podría habernos proporcionado información sobre la condición del garinafin —le susurró Takval con hosquedad—. Es como una vaca con diarrea, que no puede correr mucho.

Théra le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.Ya había explicado a los capitanes y comandantes que tenían que obedecer las órdenes de Takval como las suyas propias, e intentaba consultar con él cualquier decisión. Pero los prejuicios contra el pueblo de las planicies estaban muy interiorizados desde la invasión lyucu y, aunque los agon eran enemigos de los lyucu, la tripulación desconfiaba de Takval. Ella no podía crear respeto de la nada. Era un problema que Takval debía resolver por sí mismo.

—¿Por qué ese barco no ha intentado atravesar el Muro con el resto de la flota? —preguntó Théra, intentando centrarse en los problemas del momento.

—Supongo que el comandante de la flota lyucu, thane-garinafin Pétan Tava, lo mantuvo aparte por precaución —respondió Takval—. En mi viaje anterior, antes de escapar de los barcos-ciudad, aprendí cosas sobre él. Tiene fama de mantener fuerzas de reserva en las batallas, en lugar de comprometer todas en el ataque inicial.

El corazón de Théra latió con tanta fuerza que sintió dolor en el pecho. El recuerdo de su casi fatal encuentro con el garinafin solitario superviviente de la destrucción de la anterior flota lyucu, durante el cruce del Muro de las Tormentas, seguía fresco en su mente. Ahora que estaban sin la protección de las crubens, las probabilidades de sobrevivir a otro ataque garinafin parecían remotas.

—¿No deberíamos volver a sumergirnos? —preguntó Takval—. Cuando los garinafins nos sorprenden en terreno abierto y no contamos con otros para defendernos, los agon nos escondemos.

—Eso no funcionaría —contestó Théra—. Una vez sumergidos no podríamos desplazarnos, solo dejarnos llevar por la corriente, y el barco-ciudad a toda vela podría darnos alcance en un momento. Tampoco podemos quedarnos siempre bajo el agua. Cuando nos viéramos obligados a volver a la superficie seríamos presa fácil.

—Entonces tendremos que dejar atrás dos barcos para combatir —dijo Takval—. Tendrán que morir para que los otros puedan vivir.

Théra se le quedó mirando.

—¿Propones que sacrifiquemos una quinta parte de nuestra flota en nuestro primer encuentro con los lyucu?

—Eso es lo que hacen los guerreros agon para salvar a la tribu, y yo sería feliz de dirigir a aquellos que deseen quedarse atrás para levantar un muro con nuestros huesos que rivalizara con el Muro de las Tormentas en las historias que se cuenten junto al fuego en el futuro. —Takval se arrancó el cordón de cuero que llevaba al cuello—. Toma. Este colgante, hecho con las piedras encontradas en el bolsón del hígado de un garinafin, hará saber a mi pueblo…

—Espera, espera. El bolsón del hígado… ¿Te refieres al órgano con aspecto de saco que tienen bajo el hígado, la vesícula biliar?

—Exacto, eso es, «vesícula biliar». Las piedras de la vesícula harán saber a mi pueblo que has sido investida y despojada con mi autoridad. No será perfecto, pero cuando llegues a Gondé…

—¡Vale, déjalo ya! —le reprendió Théra. No sabía si chillar, llorar o reír ante algunas de las ideas de Takval; y no ayudaba nada que la manera de expresarse de Takval, que había aprendido la lengua de Dara de los nobles y campesinos de la flota de Mapidéré, estuviera salpicada de locuciones incongruentes—. ¿De dónde viene esa obsesión por pasar a la historia en canciones o leyendas en lugar de intentar sobrevivir en este mundo? Es en el mundo de *aquí y ahora,* entre el Velo de la Encarnación y el Río en el que Nada Flota, donde podemos hacer cambiar las cosas. Todas y cada una de las personas de esta expedición son irreemplazables, tienen experiencias y habilidades únicas. Y no vamos a recurrir al sacrificio como primera solución ante cualquier problema. Esa es la opción fácil. Tengo la intención de llevar cada barco y a cada miembro de nuestra tripulación hasta Gondé, tú incluido.

Takval se quedó de piedra: evidentemente esta no era la manera en que habría reaccionado un líder agon.

—Entonces, ¿cómo pretendes… sobrevivir a un ataque del garinafin?

—Haciendo lo más interesante, por supuesto —dijo Théra, con una mirada resuelta y desafiante—. Tenemos alrededor de una hora, así

que cuéntame todo lo que sabes sobre cómo responden los garinafins a las largas travesías.

En sus treinta años como combatiente, primero bajo las órdenes del astuto Pékyu Tenryo y luego bajo el exigente Pékyu-taasa Cudyu, Toof había pilotado una docena de garinafins y luchado en cientos de combates. Debería ser capaz de hacer frente a cualquier amenaza con completa serenidad.

Pero en esta misión exploratoria se sentía tan asustado como en su primera misión a los quince años, cuando le dijeron que se ocupara de una emboscada de tigres de colmillos él solo.

La montura de Toof, una hembra de diez años llamada Tana, temblaba bajo su silla mientras flexionaba los músculos y estiraba las alas que llevaba tanto tiempo sin usar, como si quisiera compartir su malestar. La tripulación, reducida a cuatro personas para preservar el gas elevador de la garinafin tras la larga inactividad de la travesía, iba colgada en silencio de la cincha que rodeaba el torso de Tana, sin participar en el habitual parloteo o entonar las canciones usadas para caldear el ánimo antes de la batalla.

¿Quién podía culparlos por tener miedo? En la historia de los pueblos de las planicies, nunca había habido un vuelo de garinafin como ese.

A su izquierda se elevaba imponente el Muro de las Tormentas, una montaña impenetrable y reluciente de agua y relámpagos que acababa de devorar a miles de sus compañeros como un insaciable monstruo. Por debajo, el océano infinito, sobre el que la flota lyucu había navegado durante meses sin ver tierra. Se sentía como si estuviera volando en una escena arrancada de los mitos antiguos o de la pesadilla de un chamán provocada por la tolyusa, en una época primitiva en la que los dioses de los lyucu aún no habían tomado forma humana, sino que se transformaban una y otra vez, ellos y su entorno, esculpiendo el mundo como si fuera sebo.

Cuando Toof se aproximó al objetivo —diez pequeñas naves apiñadas en el mar como una manada de delfines—, su nerviosismo aumentó a medida que obligaba a descender a Tana. Tragó saliva para humedecer la reseca garganta mientras planeaba el rumbo que los llevaría directamente sobre la flota dara, para que Tana pudiera acribillar a barcos y tripulación con su aliento de fuego.

A decir verdad, el temor de Toof estaba en parte causado por no saber si los barcos de Dara estaban tripulados por humanos. ¿Cómo si no era posible que esas naves diminutas, que se balanceaban sobre el océano como botes de juguete de arucuro tocua, hubieran sobrevivido al paso a través del Muro de las Tormentas? O bien los barcos estaban

tripulados por fantasmas y espíritus, o bien tenían poderes inimaginables a los que los meros mortales no podían pretender oponerse. ¿Cómo saber si el aliento flamígero de un garinafin serviría para algo?

En respuesta a su ardiente imaginación, unas formas gigantes despegaron de las cubiertas de los barcos y se elevaron para encontrarse con Tana y sus jinetes. ¿Serían las legendarias aeronaves de Dara contra las que Pékyu Tenryo los había prevenido? ¿O se trataba de un nuevo tipo de máquina de guerra inventada por los bárbaros de Dara para destruir a los lyucu? No había nada imposible después de lo que acababa de presenciar hacía apenas unas horas.

Tana emitió un gemido y viró bruscamente hacia la derecha, apartándose de los objetos voladores, con las fosas nasales dilatadas por la alarma. En lugar de caer en picado sobre la flota, estaba utilizando su preciado gas elevador para rodearla en un amplio círculo, a demasiada distancia como para poder atacar.

—Ah… ah… —La hondera de babor, Radia, que ocupaba la mejor posición para observar el objetivo desde su posición en la cincha sobre el hombro izquierdo de Tana, parecía haberse quedado sin palabras.

—Ttt… tiggg… —tampoco Toof parecía saber qué decir.

—¿Qué diantre masculláis vosotros dos? —preguntó el hondero de estribor, Voki. Al no obtener respuesta alguna, él y Oflyu, el lancero y vigía de cola, treparon por la cincha sobre el hombro derecho de Tana para obtener una mejor vista.

—Chiss… chiss… Jjjj… Jjjooo… Ah… ah…. Bu… bu…

Tana estornudó y batió las alas enérgicamente para alejarse todavía más. El espectáculo que sobrevolaba la flota dara la asustaba más que a su tripulación humana: diez tigres de colmillos de vivos colores, cada uno de ellos de casi veinticinco pies de largo y doce de alto en los hombros, daban saltos y se abalanzaban hacia ellos por el aire.

Los tigres de colmillos eran uno de los pocos predadores de las planicies que podían despertar miedo en el corazón de un garinafin. Estos felinos gigantes de color leonado, que solían tener el tamaño de varias vacas de pelo largo, ostentaban un par de colmillos curvos capaces de atravesar el duro cuero de los garinafins. Los ejemplares macho solían vagar en solitario y recorrer grandes distancias en las planicies para cazar, mientras que las hembras vivían con sus cachorros en grandes grupos y cazaban cooperativamente, emboscando a sus presas. Con sus garras afiladas, punzantes colmillos y cuerpos musculosos, los tigres de colmillos suponían una gran amenaza para los jóvenes garinafins incapaces de resistir vuelos prolongados, e incluso los garinafins adultos podían caer en

emboscadas de grupos grandes. Aunque los colmillos no inyectaban veneno alguno, las heridas provocadas por estas criaturas de aliento fétido se infectaban. Algunos grupos de tigres de colmillos eran famosos por dirigir sus ataques a las alas correosas de algún garinafin para posteriormente seguir su rastro noche y día, durante cientos de millas, a través de las planicies carentes de caminos, hasta que el garinafin, debilitado por la infección de la mordedura inicial e incapaz de remontar el vuelo, sucumbía finalmente.

Lo peor de todo era que los tigres de colmillos tenían la espantosa capacidad de sobresaltar a su presa con rugidos silenciosos. Ancianos experimentados contaban haber sido testigos de cómo los tigres de colmillos perseguían a manadas de uros y abrían sus fauces al acercarse. Aunque ningún sonido salía de sus fétidas gargantas, los miembros rezagados de la manada caían al suelo, como paralizados por una fuerza invisible. Nadie entendía bien la magia de los tigres de colmillos, y las partidas de caza los evitaban a menos que fuera estrictamente necesario enfrentarse a ellos.

Por estas razones, sin lugar a dudas lo más aterrador que un garinafin podía imaginar era un grupo de tigres de colmillos mayores que los del mundo real *y que además podían volar*.

A estas alturas, la tripulación de Tana llevaba suficiente tiempo pasmada ante esas criaturas de pesadilla como para darse cuenta de que no eran reales. De hecho, parecían estar elaboradas con algún tipo de material translúcido —probablemente seda, con la que estaban familiarizados por los restos de la expedición del almirante Krita— extendido sobre un bastidor rígido y atado a los barcos mediante largos cordones finos, que la tripulación dara parecía utilizar para guiarlos y hacerles saltar y girar en el aire.

Pero Tana se negaba a acercarse a los falsos tigres de colmillos, sin importarle lo fuerte que Toof la golpeara en la base del cuello con sus espuelas de hueso. Incluso giró su cabeza sobre el largo y sinuoso cuello para mirar con reproche al piloto y mostrarle sus afilados caninos superiores al tiempo que mugía.

Toof estaba confuso y sin saber qué hacer. Que un garinafin de combate bien entrenado y experimentado se mostrara tan desafiante era algo desconocido. Incluso en medio de las batallas más sangrientas, cuando el hedor de carne chamuscada llenaba el aire y los garinafins caían como meteoros en llamas, no podía recordar que ninguna de sus monturas reaccionara de ese modo.

—Ella se encuentra en el mismo estado que el resto de nosotros: mareada, perpleja y agotada —dijo Radia, que tenía casi tanta experiencia con garinafins como el propio Toof—. En esta situación,

hasta unos inofensivos tigres de seda son demasiado.

Toof miró a Radia y se dio cuenta de que la hondera tenía razón. Una travesía de un año por el océano infinito, comiendo únicamente raciones de duro penmican y bebiendo un agua rancia que nunca parecía suficiente, hacía que la tripulación estuviera siempre hambrienta y sedienta. Todas y cada una de las personas a bordo del barco-ciudad parecían sacos de piel y huesos, y él se sentía como si le faltara el aire con solo realizar el pequeño esfuerzo exigido por este corto vuelo.

Tana estaba incluso en peor estado. A fin de conservar el alimento, los pocos garinafins adultos que transportaba la flota se mantenían con raciones de arbustos espinosos y heno de hojas de palmera de sangre, en un régimen tan estricto como el aplicado a la tripulación humana. Esa dieta no solo había consumido a los garinafins, sino que les había dejado muy poco gas elevador para mantenerse en el aire. En realidad, los otros dos garinafins adultos que cargaba el barco-ciudad eran incapaces de volar y el despegue de Tana había sido tan superficial y plano que en un principio la tripulación de Toof pensó que iban a caer al mar.

Con la excepción de algunas salidas a cubierta para orearse, los garinafins se habían mantenido la mayor parte del viaje en la bodega del barco. Así que ese vuelo era la primera oportunidad que habían tenido para extender las alas en todo el año. Estremecida por la destrucción de la flota lyucu y rodeada de vistas tan extrañas como imposibles, la garinafin probablemente se encontraba al borde del colapso mental. No era extraño, por tanto, que le espantaran esos tigres de engañifa.

—Vamos a regresar. —Toof había tomado la decisión—. Tana no aguanta más esto.

—A Nacu no le va a gustar la excusa.

—Al menos podemos informarle de que estos navíos bárbaros no parecen muy rápidos y que podrá alcanzarlos en mar abierto sin necesidad de utilizar a los garinafins.

El garinafin rodeó la flota desde lejos antes de regresar al distante barco-ciudad. Mientras desaparecía en lontananza, la tripulación dara volvió a prorrumpir en vítores.

Esa noche se celebró una fiesta en *La que Disuelve las Penas*. Los oficiales de toda la flota se congregaron en la cubierta del buque insignia para compartir un festín de cangrejos y pescado fresco, cerveza de arroz caliente y vino de ciruelas enfriado en el mar. Sacrificaron algunos corderos y el príncipe Takval se encargó de supervisar que los asaran a la manera del pueblo de las planicies,

aderezados solo con agua de mar (de la que tenían en abundancia) y una pizca de jugo de tolyusa (del que carecían).

Aunque algunos oficiales que seguían recelando de Takval estaban incómodos y se mantuvieron algo apartados del bullicio, la mayor parte de los asistentes se aproximó a la rugiente hoguera que ardía en el fogón de bronce para aceptar una tajada del cordero asado por el príncipe agon.Takval les enseñó a comerlo con las manos, desgarrando trozos de la jugosa carne en lugar de usar los palillos. Al rato, todos sonreían al ver sus labios y dedos grasientos brillar a la luz del fuego.

—¿Sabes qué iría bien con esto? —masculló Tipo Tho, la comandante de los soldados de *La que Disuelve las Penas*. Se tragó un bocado de suculenta carne antes de continuar—. Una compota de bayas silvestres y melón de invierno. Mi pueblo en La Garra del Lobo es famoso por ella.

—Parece un plato muy dulce —dijo Takval—. ¿No resultaría muy pastoso? —Hasta ese momento la comandante no había cruzado ni dos palabras con él.

—Por eso estaría bueno. Lo ideal es que haya una buena combinación y un contraste de sabores, para que el dulce no resulte empalagoso y lo salado no reseque la lengua —respondió mientras arrancaba otra tira de carne con los dientes y la masticaba, cerrando los ojos de satisfacción.

—Estoy seguro de que tendremos la oportunidad de combinar en más ocasiones la cocina agon y la cocina dara —repuso Takval sonriendo—. Crearemos mezclas de sabores nunca imaginadas por los dioses o por los hombres.

La comida podía unir a la gente más que cualquier otra cosa.

En otros lugares, la conversación era más formal.

—La idea de modificar las cometas de señales para que parecieran tigres de colmillos fue francamente genial, alteza —dijo Çami Phithadapu, una de las estudiosas de la Carpa Dorada enaltecidas por el emperador Ragin que la princesa Théra había recomendado para el laboratorio secreto en Haan, donde colaboró en la disección de los cadáveres de los garinafins que sirvieron para revelar sus secretos. Agradecida por el reconocimiento de la princesa a su talento, se había ofrecido voluntaria para acompañarla en su viaje a Gondé.

—En realidad, el mérito es del pékyu-taasa —dijo Théra, que estaba intentando aprender la lengua de los agon en el mínimo tiempo posible e intentaba utilizar algunas de sus palabras en el habla cotidiana, para dar ejemplo al resto de la tripulación. Takval le había explicado que aunque las tribus agon y lyucu hablaban topolectos locales en gran medida mutuamente inteligibles, había claras

diferencias entre un pueblo y el otro, principalmente porque los topolectos hablados por el clan Roatan y por el clan Aragoz se habían convertido en los de prestigio de los lyucu y los agon respectivamente. La capacidad de hablar fluidamente la lengua de sus aliados y de sus enemigos era fundamental para el éxito final de su misión.

Hizo una pausa para inclinarse en *jiri* hacia Takval y aguardó a que los demás emularan su gesto de respeto antes de continuar. Takval, que seguía de pie junto al fogón de bronce, con el espetón y el tenedor en la mano, sonrió torpemente mientras se secaba el sudor de la frente.

Una sonrisa atravesó el rostro de la princesa antes de recuperar la seriedad.

—Si Takval no hubiera tenido conocimiento del debilitamiento de los garinafins durante una travesía oceánica y de su miedo innato a los tigres de colmillos, no habríamos sido capaces de ahuyentar a los atacantes. Ahora que la criatura ha agotado el gas elevador que le quedaba de reserva, no podrá volar en algún tiempo.

Çami asintió y alzó su copa hacia el príncipe agon. Takval depositó los instrumentos para asar y levantó también su copa, vaciándola de un trago. Girándose hacia el resto de los presentes, dijo:

—Aunque Théra y yo tuviéramos la idea, de nada habría servido si los constructores de cometas no hubieran podido modificarlas en tan poco tiempo. Permitid que levante mi copa por todos los que hoy ayudaron a doblar el bambú para hacer los aros, ataron el cordón de seda y pintaron los tigres rayados.

La tripulación levantó sus copas en respuesta, mientras murmuraba palabras de gratitud al príncipe.

Théra estaba encantada. Tal vez Takval fuera un líder joven e inexperto, pero era evidente que poseía instinto político. Ella había hecho hincapié en su contribución a los acontecimientos de hoy, con toda intención, y él había comprendido al instante que era una oportunidad para compartir el mérito con el resto de la tripulación. Era un paso más para que los dara y los agon de la expedición se sintieran como miembros de una misma familia, como una única tribu.

—Pero todavía no estamos fuera de peligro —dijo Théra, introduciendo una nota sombría en la fiesta—. A toda vela, el barco-ciudad es más rápido que nosotros. Si seguimos huyendo, más pronto o más tarde nos alcanzará, y no creo que podamos volver a espantar a los garinafins con tigres de seda y bambú una vez hayan descansado. Nuestros pequeños barcos no cuentan con el armamento para enfrentarse a un barco-ciudad. De momento seguimos siendo la presa

y ellos siguen siendo el cazador. Pongámonos todos a pensar en un modo de dar la vuelta a la situación.

Nacu Kitansli, thane de la tribu del Segundo Dedo, comandante del *Infinitas Praderas,* el único barco lyucu que había sobrevivido al desgraciado intento de penetrar el Muro de las Tormentas, no podía dormir.

Su tripulación se encontraba al borde del motín.

En un principio, los guerreros lyucu se mostraron agradecidos por haber sobrevivido cuando el resto de la flota se fue a pique, interpretándolo como una señal del favor de los dioses de los ukyu y de los dara —o de quien quiera que estuviera al mando en esas aguas. Pero la noticia de que el único garinafin capaz de volar tras el arduo viaje por el océano se había asustado de unos tigres de colmillos de engañifa había hundido su moral.

Necesitaba encontrar el modo de levantar el ánimo de las tropas, pero no había muchas opciones.

Aumentar las raciones para que los delicados garinafins pudieran intentar un nuevo ataque con el vientre lleno de gas elevador y confianza era impensable: como bien sabían todos los habitantes de las planicies, donde la muerte por inanición solo dependía de una mala tormenta invernal, los humanos y las bestias necesitaban tiempo para recobrarse por completo tras un largo periodo de hambre. Después de un año de travesía por el océano, no quedaba suficiente comida en el *Infinitas Praderas* para alimentar a la tripulación otro año más, el que necesitarían para regresar a Ukyu, y menos para mimar a los garinafins.

En el fondo, ese era el mayor problema de Nacu. Era impensable que las magras provisiones existentes pudieran durar aunque sometiera a la tripulación a una dieta de hambre. La expedición se había aprovisionado pensando en llegar a una base establecida por Pékyu Tenryo en Dara que los acogería, no para vagar infructuosamente por el océano durante dos años. La perspectiva del canibalismo o algo peor se cernía amenazadora en un futuro no tan lejano.

Nacu ya se había visto obligado a azotar y chapuzar a varios miembros de la tripulación que habían intentado saquear los suministros de tolyusa y de penmican.

—¡Un festín! ¡Un último festín antes de que nos unamos a los garinafins de las nubes! —había vociferado el cabecilla de los agitadores—. Al menos moriremos con la tripa llena de carne y la cabeza llena de visiones.

La flota dara era el único rayo de esperanza que le quedaba al

thane de los tigres. Las naves dara que habían atravesado el Muro de las Tormentas solo podían tener un destino en mente: la patria de los lyucu. Si Nacu y sus hombres lograban apoderarse de sus ricas provisiones, tendrían una posibilidad de regresar a casa. La flota dara era como un rebaño de ovejas regordetas y el barco-ciudad lyucu, un lobo hambriento que necesitaba comer antes de la llegada del invierno.

Nacu Kitansly ordenó que sacaran todas las velas de repuesto y las aparejaran. Del bosque de mástiles del *Praderas Infinitas* brotaron nuevas ramas y hojas para capturar cualquier mínima brisa. Toda una panoplia de velas auxiliares, sobrejuanetes, trinquetes, peines de nubes, velas mariposa e incluso «capullos de otoño» —velas gigantes con forma de globo sujetas solo por los estayes, empleadas cuando no hay viento o se navega por mares en calma— aprovechaban cada brizna de viento para ayudar al objetivo del barco-ciudad: perseguir a la flota de Dara en su viaje hacia el oeste. La utilización de todo ese velamen tan cerca del Muro de las Tormentas hacía sudar incluso a los marineros más experimentados, que habían aprendido el arte de manejar estas islas de fabricación humana directamente de la tripulación del emperador Mapidéré, pero, al menos, cada día el *Praderas Infinitas* estaba más cerca de su presa.

Théra y Takval discutían con ansiedad qué podían hacer, pues cada nuevo amanecer el barco-ciudad se encontraba más cerca.

—Tenemos que combatirlos —afirmó tajante Takval.

—¿Cómo? —respondió Théra—. Ni las mayores catapultas que llevamos a bordo harán mella en esas gruesas planchas.

Era cierto. El barco-ciudad era tan grande y tan alto que enfrentarse a él en un combate naval sería como asaltar una ciudad amurallada con unas cuantas carretas de caballos.

Théra convocó a los oficiales y capitanes más expertos a un consejo de guerra en el buque insignia.

—¿Podemos hacer algo con las cometas? —Takval soltó lo primero que se le ocurrió. Tenía cierta fijación con las batallas de cometas tras la trampa con los tigres de colmillos de engañifa.

Takval explicó el plan. Pensaba que las numerosas velas ondeantes que habían convertido el barco-ciudad en un álamo temblón móvil ofrecían un blanco tentador para arqueros amarrados a las cometas y armados con flechas de fuego.

—Pero si estamos lo suficientemente cerca como para utilizar flechas de fuego, ellos también lo estarán para enviar botes y esquifes para abordarnos —quien habló fue el almirante Mitu Roso, comandante en jefe de las fuerzas armadas de la flota, segundo en

autoridad militar detrás de la princesa Théra (y, en teoría, del príncipe Takval)—. Por no mencionar que podrían desplegar cualquier catapulta que tengan a bordo, y estoy seguro de que los lyucu habrán aprendido a manejar las armas de los barcos-ciudad capturados. Se aprovecharán del mayor alcance que les otorga la altura —miró a Takval con desdén—. Esta es la clase de ideas que demuestra una escasa comprensión…

—Como dirían los sabios anu —interrumpió Théra—, «a veces un adoquín es imprescindible para llegar a extraer jade puro». Incluso una idea poco práctica puede prender la chispa de un plan mejor.

Mitu Roso rezongó, pero no añadió nada.

Animados por el intento inicial de Takval, los capitanes y oficiales se pusieron a dar vueltas a nuevas ideas. Théra se mantuvo deliberadamente apartada del debate, para que los oficiales se sintieran más libres a la hora de plantear propuestas.

Pero ninguna parecía adecuada cuando se examinaba y se debatía con más detalle. Así que Takval volvió a intentarlo.

—Dejadme citar un antiguo proverbio agon: un lobo atrapado puede arrancarse con los dientes su propia garra…

—No —Théra le cortó en seco—. Sé lo que vas a sugerir: dividir la flota y enviar la mitad de las naves con cometas de fuego para inutilizar el barco-ciudad o, al menos, reducir su marcha, mientras la otra mitad huye. Necesito un plan que salve *a todos*.

—Si no podemos vencerlos y no nos autorizas a combatir, no nos quedan muchas opciones —se quejó Takval.

—No he dicho que no podamos luchar —indicó Théra—, pero no podemos involucrarnos en una batalla naval cara a cara… Aunque ganáramos, el coste sería demasiado alto.

—Tengo una idea —planteó una nueva voz—. He estado observando a las ballenas que nadan cerca de nosotros en la corriente oceánica.

El consejo de guerra se giró como un solo hombre y vio que quien hablaba era Çami Phithadapu.

El clan Phithadapu estaba formado por prominentes balleneros de Rui. Cuando era niña, Çami había navegado más allá de los mares circundantes con su tío, capitán ballenero, en busca de la ballena de cabeza abovedada y de la ballena peinada. Al observar de cerca a esas majestuosas e inteligentes criaturas, Çami empezó a interesarse por estudiar sus hábitos más que por darles caza. Y cuando tuvo que escoger el trabajo de presentación en los exámenes imperiales decidió mostrar la evidencia de que los cetáceos practicaban la asistencia al parto en lugar de repetir algunos de los pocos temas que solían tratar

la mayor parte de los examinandos. Una vez que obtuvo el rango de *firoa* —que distinguía a los cien mejores candidatos al Gran Examen de Pan— defendió la implantación de una política imperial para animar a los balleneros de toda Dara a adoptar el estilo de caza de ballenas inventado en Gan, mediante el cual los arponeros agotaban a las ballenas de cabeza abovedada para hacerlas vomitar el valioso ámbar líquido sin tener que matarlas.

El Muro de las Tormentas, la frontera que había desempeñado un papel tan importante en el destino de Dara, no parecía afectar en absoluto a la emigración de las ballenas. Las ballenas cubiertas de percebes incrustados que acompañaban a la flota en estas aguas inexploradas eran idénticas a las de las islas. Así que nadie les había prestado mucha atención, excepto Çami.

Le llevó cierto tiempo explicar lo que tenía en mente. Incluso tuvo que ilustrar su plan con un voluminoso bloque de cera para escribir y algunos pinceles de tinta, que hacían las veces de barcos.

Los capitanes y los oficiales escuchaban en silencio, anonadados, intentando asimilar el plan de Çami.

—Es una táctica que no se ha ensayado nunca —dijo el capitán Nméji Gon, comandante de *La que Disuelve las Penas*—. Ni siquiera sé si esta nave podría aguantar lo que estás sugiriendo.

—Ninguna táctica que aproveche las características únicas de estos barcos puede haber sido ensayada con anterioridad —alegó Çami—. En realidad, se trata del plan más ortodoxo de todos los que he concebido. Si queréis oír algunos realmente innovadores…

—Tal vez más tarde, Çami —dijo Théra—. Antes vamos a tratar este.

—Aunque la idea pudiera funcionar en principio, no tendremos el tiempo suficiente para preparar y entrenar adecuadamente a los marineros y a los soldados en un método de guerra tan novedoso —objetó el almirante Mitu Roso.

—La mariscal Gin Mazoti solía decir que nunca se tiene el tiempo necesario para preparar y entrenar adecuadamente a los soldados. Vas a la guerra con el ejército que tienes, no con el que te gustaría haber formado —afirmó Théra—. La ventaja de una táctica no convencional es que los lyucu tampoco se esperan algo así, a pesar de que conocían bien las tácticas de Dara por los prisioneros de la expedición de Krita. Por lo que veo, no consideras que el plan esté necesariamente destinado al fracaso.

—Para ser sincero, me impresiona y me atemoriza en la misma medida —admitió Mitu Roso—. Tiene posibilidades, pero también plantea muchos interrogantes.

—Lo que lo hace más interesante —intervino Takval. Théra y él intercambiaron una ligera sonrisa—. De hecho, ¡cuánto más lo pienso, más me gusta!

—Es fácil para ti decirlo —respondió el capitán Nméji Gon, que una vez estuvo al mando de una de las crubens mecánicas que desempeñaron un papel esencial en la fuga de Kuni Garu de la pequeña isla de Dasu—. No serás tú quien tenga que conseguir que este barco haga lo que nunca se pensó que tendría que hacer.

—Coincido con el príncipe. En una expedición como esta, todos tenemos que hacer cosas que nunca pensamos que tendríamos que hacer —dijo Tipo Tho, comandante de los soldados. Antes de presentarse voluntaria para acompañar a la princesa Théra, había sido una experimentada capitana de aeronave. Como la flota no transportaba aeronaves —pues llevarlas a una tierra lejana sin fuentes conocidas de gas elevador se consideraba caro y poco práctico—, ella y otros veteranos de las fuerzas aéreas de la expedición se habían incorporado al cuerpo de marinos—. No me digas que tu barco no estará a la altura del desafío.

—Oh, el barco estará a la altura del desafío —respondió el capitán Gon con la mandíbula apretada. Una ofensa a su nave le indignaba más que si le insultaran a él mismo—. Solo me preocupa que una insignificante golondrina como tú, acostumbrada a los alojamientos lujosos y al ritmo majestuoso de las aeronaves imperiales, no sea capaz de soportar una navegación realmente dura. Y que la pases vomitando cena, comida y desa…

—Si piensas que permanecer en una tina de madera encharcada capaz de hundirse unas cuantas yardas bajo la superficie es siquiera la mitad de duro que volar…

—¡Por favor! —cortó Théra en seco—. Si queréis seguir con la ridícula rivalidad entre aviadores y marinos, echad una partida de *zamaki* cuando acabe esta misión. Solo quiero saber si puedes hacer lo que Çami te está pidiendo.

—Por supuesto que puedo.

—Cuento con ello.

—Haré navegar el barco con tanta suavidad que creerás estar en el lago Tututika…

—Incluso sin mi aeronave, dirigiré nuestras tropas en un ataque tan rápido y limpio…

—En lugar de tanto pavoneo y tanta pose —imploró Théra, masajeándose las sienes con expresión de dolor—, ¿por qué no intentáis ambos encontrar lagunas en la parte del plan que se supone que *el otro* tiene que ejecutar y vemos si la idea de Çami puede

ponerse en práctica?

El capitán Nméji Gon y la comandante Tipo Tho estudiaron el plan de Çami paso por paso, organizando y reorganizando sobre el suelo el bloque de cera y los pinceles de tinta según diferentes disposiciones. Cada uno intentaba superar al otro planteando las distintas maneras en que cada paso podía fracasar y ambos fruncían el ceño a medida que iban refinando el plan.

El almirante Mitu Roso se acercó con cautela a la princesa Théra.

—Serví bajo el mando del emperador Ragin en sus campañas contra el hegemón, la rebelión del duque Théca Kimo en Arulugi y los lyucu —le susurró—. A vuestro padre siempre se le dio bien utilizar las rivalidades entre sus comandantes para perfeccionar un plan. Mi corazón salta de gozo al observar la sombra del estilo de vuestro padre en vos.

Théra asintió para agradecer el cumplido, pero su corazón se encogió con la memoria de su padre muerto. *Es tarea del gobernante encontrar un modo de lograr el equilibrio,* le había enseñado Kuni Garu. Ella tenía la esperanza de encontrar la manera de equilibrar las facciones rivales, los celos, la desconfianza mutua, todas las fuerzas que amenazaban con deshacer esta alianza, y de reorientar toda esa energía para poder avanzar. Rezó para que su difunto padre la protegiera y la ayudara a encontrar la sabiduría necesaria para tener éxito.

Nméji y Tipo se fueron calmando a medida que sopesaban los retos del otro para encontrar la respuesta perfecta. Eran como dos jugadores de *cüpa* o de *zamaki* enzarzados en las etapas finales de una partida muy disputada, en la que cada movimiento podía alterar el resultado. Los demás oficiales y capitanes, como espectadores de una partida emocionante, les ofrecían una cacofonía de consejos.

—¿No deberías estar elaborando y revisando el plan? —susurró Takval al oído de Théra—. Tus seguidores perderán la fe en ti si no tomas el mando.

Théra sacudió la cabeza de modo casi imperceptible.

—No soy un señor de la guerra ni un estratega —susurró Théra—. Sería el colmo de la arrogancia pretender dirigir aquello que no conozco. La enseñanza más importante de mi padre fue aprender a distinguir cuándo dejarse aconsejar y cuándo mantener la voluntad con firmeza.

Takval quedó desconcertado. No era propio de los agon ni de los lyucu que su líder no fuera experto en la guerra, o al menos que no pretendiera serlo. Volvió a asaltarle la duda de si había actuado correctamente cuando puso el futuro de su pueblo en manos de una

princesa dara que no se avergonzaba de admitir su incompetencia en el arte de la guerra.

Pero ¿acaso no había buscado la ayuda de Dara precisamente porque no era un pueblo de las planicies? Sus maneras de hacer las cosas no se parecían a las de los agon o los lyucu, y justamente esa diferencia de enfoque era la que ofrecía la promesa del cambio. Théra era *interesante*.

En cualquier caso, su destino estaba ahora entrelazado con el de ella, y lo único que podía hacer era esperar y observar.

Finalmente, Nméji y Tipo concluyeron su partida. Dejaron el bloque de cera y los pinceles en el suelo y se miraron con solemnidad.

Los demás oficiales retuvieron el aliento esperando que les comunicaran el resultado.

—Eh… —el almirante Mitu Roso no pudo tolerar más el suspense —. ¿Quién ha ganado? ¿Quién desmanteló el plan?

Sendas sonrisas iluminaron el rostro de Nméji Gon y de Tipo Tho cuando se agarraron mutuamente los brazos y echaron a reír con fuerza.

—Los dos perdimos —dijo Tipo.

—Así que los dos ganamos —dijo Nméji.

—¡Traed la cerveza de arroz! —gritó Tipo—. Beberé con este bastardo. Es la única manera de soportar su aliento a tripa de pescado…

—Veamos si bebes tan bien como planeas el asalto a un barco-ciudad —dijo Nméji—. Con esa complexión de palillo, tengo mis dudas…

—Mmm… ¿Eso significa que pensáis que el plan puede funcionar? —preguntó Théra vacilante—. ¿Confiáis en el otro para llevarlo a cabo?

Nméji y Tipo se giraron hacia ella, como ofendidos por la pregunta.

—Oh, navegaría con este hombre hasta el palacio de Tazu, al fondo de su remolino…

—Yo seguiría a esta mujer en un asalto al castillo de Mata Zyndu…

—Si solo contara con un bote hecho de papel, apostaría por él…

—Aunque solo tuviera una horquilla por arma, me darían lástima sus enemigos…

—Creo que está suficientemente claro —dijo Théra sonriendo y haciéndoles un gesto para que pararan.

Todos los rostros mostraban signos de alivio y de alegría. Aparecieron botellas llenas de cerveza caliente de arroz y las copas se llenaron y se vaciaron.

—No seáis tan arrogantes —dijo Théra—. La elaboración de un

plan es solo el primer paso; su ejecución será diez veces más difícil.

El consejo trabajó hasta que las estrellas tejieron su rumbo nocturno. Al amanecer, los esquifes trasladaron a los oficiales y capitanes de regreso a sus naves, pero ninguno se fue a la cama. Había mucho por hacer.

CAPÍTULO OCHO

ESPECTÁCULO DE SOMBRAS

A LO LARGO DE LA CORRIENTE OCEÁNICA HACIA UKYU-GONDÉ: SEXTO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

Pékyu Tenryo había advertido a sus thanes en repetidas ocasiones que no debían subestimar a los dara. Eran débiles y de moral corrupta, pero poseían un tipo de habilidad cobarde que les facilitaba la invención de máquinas fantásticas (como los barcos-ciudad) y planes elaborados (tal y como contaban sus chamanes-historiadores).

Aterrado por la idea de que los taimados bárbaros de Dara pudieran tramar alguna nueva estratagema en su contra, Nacu Kitansli ordenó a sus vigías que mantuvieran la flota de Dara bajo observación constante, de día y de noche.

El sol se ocultaba lentamente en el mar frente al *Infinitas Praderas.* Desde la cofa situada en lo alto del palo de trinquete —en realidad, una simple plataforma sobre la que podían encaramarse un par de marineros y vigilar sin que nada se lo impidiera—, Radia clavó el codo en las costillas de su amodorrado colega.

—Ey, ¿qué crees que están haciendo?

Toof se despertó sobresaltado y maldijo aterrorizado al dar un traspié y bambolearse, agitando los brazos para mantener el equilibrio mientras se balanceaba a cientos de pies sobre el nivel del mar.

Radia soltó una risita.

—Te lo mereces por quedarte dormido. —No le preocupaba que Toof pudiera caer y matarse. Sobre la plataforma de vigía, a la altura del pecho, se situaban cuatro aros horizontales de hierro dispuestos alrededor del mástil como los pétalos de una flor. Toof, como Radia, estaba de pie en uno de esos aros, asegurado por un arnés.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para las labores de vigía —se quejó Toof. Por lo general, los pilotos, los jinetes y la tripulación de los garinafins estaban exentos de la ingrata tarea de trepar hasta los desvencijados puestos de observación que oscilaban a cientos de pies sobre las turbulentas olas. Pero thane Nacu quedó tan disgustado por la actuación de la tripulación durante el abortado ataque de Tana contra la flota lyucu que había despojado a todos ellos de dicho privilegio.

—Alégrate de que te hayan mandado a vigilar. Si continúas quedándote dormido te asignarán las mismas tareas que a los esclavos agon.

—Al menos ellos pueden ver a Tana cuando palean sus excrementos —dijo Toof—. Espero que se encuentre bien.

Nacu culpó a la tripulación de Toof de la «cobardía» de Tana y designó a otros pilotos para que la cuidaran y alimentaran. Además, a Toof y a los demás les prohibieron acercarse a los garinafins. Tenryo no era partidario de la creación de fuertes vínculos entre los pilotos y los garinafins de guerra con el fin de poder intercambiar a jinetes y monturas en un ejército más profesional, pero los viejos hábitos son difíciles de cambiar. Toof estaba muy unido a Tana porque la había criado desde que era un polluelo.

—Olvídate de Tana; sabe cuidarse sola. Y deja de quejarte —Radia señaló el horizonte con el brazo extendido—. ¡Mira! ¡Mira!

Toof entornó los ojos. La flota dara estaba a millas de distancia y navegaba en dos columnas paralelas. No obstante, la altura de los barcos-ciudad y del mástil proporcionaba a los vigías lyucu una excelente visibilidad. Una pieza de tela blanca rectangular y ondeante, de al menos cien pies de alto y varias veces más larga, colgaba entre los palos mayores de los dos barcos situados al final de cada columna. La inmensa pantalla ocultaba la vista del resto de la flota.

—¿Qué clase de vela es esa? —preguntó Toof, con el ceño fruncido por la perplejidad.

—Están intentando navegar más deprisa para escapar —le respondió Radia.

—¡Pero es muy poco manejable! ¿Cuándo se ha visto una vela que una dos barcos? —Toof intentó recordar si había oído alguna vez hablar de un artilugio así—. No creo que vaya a ayudarlos para nada. Les hará avanzar más lentamente.

—¿Y si se están preparando para lanzar otra emboscada de tigres de colmillos pintados? —sugirió Radia.

Toof sacudió la cabeza, perplejo.

Era indudable que los bárbaros dara maquinaban algo.

Toof descendió del mástil para informar a Nacu Kitansli de las insólitas actividades de la flota. El thane parecía estar tan desconcertado como el propio Toof, y ordenó que continuaran observando.

Enseguida, algunos guerreros lyucu se subieron a la jarcia y llenaron la cubierta de proa, estirando el cuello para obtener una mejor vista. Incluso los que se suponía que estaban durmiendo bajo cubierta se habían despertado y se unieron a sus compañeros.

Apenas quedaban algunos rayos de sol sobre las olas y la pantalla, que captaba la luz solar por detrás, brillaba intensamente mientras ondeaba con suavidad entre los altos mástiles de los dos barcos de cola de los dara.

En la pantalla surgieron unas sombras gigantescas que empezaron a moverse.

En el lado izquierdo apareció una ciudad plana de amplios tejados angulares y curvos e imponentes murallas con forma de bloque. Una gigantesca criatura alada construida mediante afilados triángulos y una cadena serpenteante de círculos —evidentemente, la representación de un garinafin— se aproximaron desde la esquina superior derecha. El garinafin se abatió sobre la ciudad, soltando una lengua triangular de llamas color naranja. Pero la ciudad se mantuvo orgullosamente incólume tras el azote de la lengua de fuego.

Al momento, aparecieron sobre la ciudad unas sombras palpitantes parecidas a medusas que nadaban con tentáculos emplumados y que atacaron al garinafin con sus propias lenguas de fuego, obligándole a retirarse. Los naros y culeks lyucu murmuraban nerviosos entre ellos, suponiendo que debían ser la representación de las legendarias aeronaves de Dara.

Desplazándose de acá para allá, ambos contendientes libraron una guerra épica sobre la pantalla. Cuando el cielo se oscureció y empezaron a asomarse las primeras estrellas, la pantalla resplandeció aún más, formando un brillante rectángulo de luz sobre un mar del color del vino que captaba la atención de todos. Los protagonistas del drama, hechos de simples formas geométricas —rudimentarias, planas y en su mayor parte sin color excepto por toques brillantes que las realzaban—, parecían cobrar vida propia, tan trascendental como la vida en el reino de lo sólido.

El aire refrescó y trajo un tenue sonido musical sobre la superficie del agua —tambores, cuernos, incluso tañido de campanas de diferentes tonos— que añadía una dimensión sonora al espectáculo desplegado en la pantalla. Los cuernos mugían como un garinafin herido; el tañido de campanas marcaba el compás de una melodía marcial; el ritmo de los tambores se aceleraba o ralentizaba siguiendo la acción de la pantalla, en sintonía con las emociones y los latidos del fascinado público lyucu.

—¿Cómo harán eso? —susurró Toof, sobrecogido.

Radia sacudió la cabeza, demasiado absorta en la representación de sombras como para responder.

A unas diez yardas por detrás de la enorme pantalla se extendían gruesos cables entre los mástiles de la *Semilla de Diente de León* y la

Loto Flotante, que formaban una compleja red de puentes de cuerdas y plataformas de bambú. Sobre dichas pasarelas se afanaban equipos formados por los hombres y mujeres más fuertes de la tripulación de las diez naves, que manipulaban largas varas de bambú atadas a enormes marionetas de sombras —cometas modificadas— frente a la pantalla.

Con el fin de equilibrar las dos naves y compensar el peso del disparejo cableado entre ambas, casi todos los objetos pesados habían sido trasladados a la parte exterior de las naves: piedras de lastre, barriles de agua potable, cubas con carne seca y ahumada, ovejas y vacas, sacos de harina de arroz y de sorgo, fogones para calentar y cocinar. Hasta las anclas fueron desplazadas a un lado y acomodadas sobre las bordas.

En los castillos de proa de ambas naves danzaban alegremente rugientes fuegos procedentes de gruesas mechas sumergidas en barriles de aceite de ballena —por mucho que Çami amara a las ballenas, nada proporcionaba un fuego tan brillante. Espejos de bronce pulido dispuestos en formación parabólica reflejaban la luz y la lanzaban contra la pantalla, proporcionando la iluminación necesaria para proyectar sombras potentes para la representación de marionetas.

A bordo de *La que Disuelve las Penas*, que navegaba justo por delante de las dos naves de las marionetas de sombra, la tripulación iba de un lado para otro por toda la cubierta y la bodega, preparando la siguiente fase del plan.

En la cubierta situada sobre el castillo de popa del buque insignia, un grupo de altos consejeros y oficiales en torno a Takval y a Théra contemplaba la imponente pantalla que los ocultaba de la vista de los lyucu. Desde este punto de observación podían distinguir todos los detalles del ajetreado caos que hacía posible el juego de sombras.

Cada vez que alguien perdía pie o chocaba con otro marionetista, Théra se encogía. A pesar de llevar varios días de ensayos intensivos, los actores todavía no habían logrado la sintonía total, como la tripulación de un barco nuevo en su travesía de prueba. Pero Théra no podía culparlos. Había sido necesario condensar muchas cosas en muy poco tiempo y todo el mundo había disfrutado apenas de un par de horas de descanso cada noche. Para no desvelar el plan, los actores ni siquiera podían ensayar con la pantalla real y tenían que conformarse con las velas de los barcos que navegaban al frente de la flota (solo durante el día, ocultos por las velas de las naves que tenían detrás). Y, a diferencia de los encargados de otros aspectos del complejo plan, ellos al menos podían permitirse el lujo de los *ensayos*.

Se sentía como si bailara en el filo de un cuchillo. Demasiadas cosas

tenían que salir *completamente* bien. En cualquier caso, ¿qué otra elección tenían? Eso era lo que significaba optar por lo más *interesante*.

—Los lyucu y los agon no tienen nada parecido a esto —dijo Takval maravillado, que estaba junto a ella. Sonreía como un chiquillo la primera vez que asiste al teatro—. A nuestros chamanes les encantará este arte.

—Cuando era niña mis hermanos y yo solíamos escabullirnos de palacio para escuchar a los narradores de historias y ver las representaciones de sombras —dijo Théra con melancolía—. Ahora estamos repartidos por los confines del mundo como semillas de diente de león llevadas por el viento y los recuerdos de aquellos tiempos son todavía más dulces.

—No puedo reemplazar lo que has sacrificado —dijo Takval, y colocó una mano tranquilizadora al final de la espalda de Théra—. Pero mi familia será tu familia, y mi pueblo, tu pueblo.

Théra asintió sin decir nada. La mano de Takval era reconfortante, pero aún no estaba preparada para recibir consuelo.

Mientras veía las grandes sombras que danzaban sobre la pantalla, pensó en sus hermanos: el estudioso Timu, el amante de las espadas Phyro y la pequeña Fara, a quien encantaban las historias románticas. De hecho, en homenaje a su hermana pequeña, había basado los diseños de algunas de las marionetas de sombras en la manera peculiar de dibujar que tenía Fara, haciendo hincapié en formas geométricas limpias, abstractas, que captaban el espíritu de los protagonistas más que en su forma precisa. ¿Volvería a ver a algún miembro de su familia? ¿O se desvanecerían en su memoria hasta ser poco más que contornos geométricos?

¿Y qué hay de Zomi, la inteligente, valiente y querida Zomi? Théra pensó en aquella noche mágica en la habitación de La Jarra de Tres Patas que habían pasado juntas, sin apenas dormir. En vez de palabras de despedida habían usado los dedos para hacer marionetas de sombras sobre la pared con la luz de una vela, uniéndolos de tal forma que al final era imposible saber qué mano pertenecía a cada una.

¿Será mi corazón lo suficientemente grande para albergar múltiples amores? ¿Seré leal a todos ellos?

La tripulación que manejaba las marionetas sobre las pasarelas de cuerda hizo que el garinafin se abatiera sobre dos aeronaves, pero estas dieron una vuelta de campana para evadirlo y giraron para segar las alas del garinafin con lanzallamas. Claro que ninguna aeronave era capaz de realizar una maniobra tal, pero las leyes físicas de la fantasía tenían sus ventajas.

Había sido idea de Théra utilizar ese grandioso espectáculo de

música y sombras para disimular las verdaderas intenciones de la flota de Dara y, ya que se había encargado de escribir el guion de la obra, decidió divertirse al hacerlo.

Cada uno de nosotros tiene un papel en el gran juego de sombras que son la política y la guerra. ¿Quién sabe si será una tragedia o una comedia?

Una rápida serie de redobles marciales la sacó de su ensueño.

—Puede que esta sea mi música favorita de Dara —dijo Takval—. Mucha de la música que he escuchado en Dara es… como una copiosa comida que te da sueño, pero esta… ¡con esta podría ponerme a bailar!

—¿Estás seguro de que pueden oírla a pesar de la distancia que nos separa del barco-ciudad? —preguntó Théra—. Espero que no estemos complicándonos tanto para nada.

—No te preocupes —dijo Çami—. El sonido se desplaza bien sobre el agua, y más aún al ocaso. Es bien sabido por los viejos balleneros que el mejor momento para transmitir mensajes de barco a barco con las trompetas parlantes es al alba y al anochecer, aunque no sé exactamente por qué. Ha sido buena idea que escogieras esta hora para el ataque.

—¿A la salida y a la puesta de sol? —reflexionó Théra—. ¿No tendrá que ver con la temperatura del aire? Cuando el sol se pone, el aire se enfría cerca de la superficie del océano, pero por encima permanece tibio. A lo mejor el sonido puede desviarse hacia abajo y avanzar rebotando… —su voz se fue desvaneciendo mientras susurraba para sus adentros, perdida de nuevo en sus pensamientos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Takval—. Hablas del sonido como si fueran piedras arrojadas por un niño que rebotan sobre el suelo.

—No importa —dijo Théra—. Ahora no es momento de indagar el porqué. Elegí el ocaso para aprovechar al máximo el impacto de los elementos visuales de la representación de sombras, pero me alegra que aporte esta fortuita ventaja auditiva. Tenemos suerte de que estés con nosotros, Çami. Mi madre decía que si sabes lo bastante del mundo, hasta una hoja de hierba puede convertirse en un arma. Has convertido el conocimiento de lo que te apasiona, las ballenas, en un escudo de engaño y una lanza de astucia.

Çami sonrió, pero no reaccionó quitando importancia a sus conocimientos, como era de esperar y como tenían por costumbre hacer muchos eruditos dara. Ella se sentía orgullosa de los conocimientos duramente aprendidos, y la humildad excesiva siempre le había parecido una forma empalagosa de jactancia.

—Ahora que nos aproximamos al clímax de la obra —dijo Théra—, pongamos en marcha el núcleo de tu interesante plan.

Se volvió hacia los oficiales y colegas presentes en la cubierta de popa.

—Comunicad con banderas de señales al almirante Mitu Roso de la *Loto Flotante* que tiene el mando de la flota. Bajad los mástiles y asegurad las escotillas. ¡Preparad la inmersión!

—¡Luchad! ¡Bolsas de gas rumiantes, perdices sin alas de las praderas, descomunales orugas blanduchas! ¡Luchad! —chillaba Radia a las lejanas sombras parpadeantes sobre la pantalla plateada, al tiempo que agitaba los brazos y pateaba la cubierta para dar más fuerza a sus palabras. Toof y ella habían sido relevados de su puesto en la cofa de vigía, pero la pareja, como todos los demás de su turno, no tenía ninguna gana de abandonar la cubierta. ¡Había una representación en marcha!

Las tornas se habían vuelto varias veces en la lucha entre el garinafin de sombras y la ciudad geométrica dara. El último giro había sido que el garinafin partía en un largo viaje para buscar la ayuda de un legendario piloto mientras los taimados dara le acosaban con una serie de ataques de cometas. Un escenario rectangular hecho a base de montañas triangulares, olas formadas por dobles filas de triángulos y bosques creados con triples filas de triángulos se desplazaba por debajo del garinafin en un carrete sin fin, mientras la bestia se esforzaba por huir de las cometas perseguidoras.

Al mismo tiempo, en el mundo real, los barcos dara habían lanzado al aire unas cuantas cometas gigantescas que portaban tamborileros, tañedores de campanas y sopladores de cuernos, para que su acompañamiento sonoro pudiera apreciarse mejor desde el barco-ciudad. La música que se dejaba oír por encima del mar en esos momentos era lúgubre y descorazonadora, como si el imaginario garinafin hubiese perdido la voluntad de pelear.

Otros guerreros lyucu gritaban y silbaban acompañando a Radia. No veían la hora en que el legendario piloto uniera sus fuerzas a las del garinafin para enseñar una lección a esos taimados bárbaros.

Sin embargo, Nacu Kitansli, thane de la Tribu del Segundo Dedo del Pie, observaba la representación con creciente inquietud.

¿Qué diantre están haciendo los bárbaros? Esto no tiene sentido.

Estaba seguro de que la exhibición encerraba alguna trampa. La conclusión más obvia era que las sombras servían como distracción. Gritó con rudeza a los vigías que mantuvieran los ojos bien abiertos, especialmente en otras direcciones, fuera de la flota dara. Pero solo los rodeaba el mar infinito. Estaban a millas y millas de Dara y cualquier

posible refuerzo bárbaro estaba atrapado al otro lado del Muro de las Tormentas.

Aunque no podía imaginar la estratagema de los bárbaros, estaba convencido de que tenía que hacer algo.

—Di a todos que desciendan bajo cubierta, excepto los marineros de guardia —ordenó a la naro-votan que ejercía de oficial de guardia.

—Votan, no sé si es una buena idea —respondió la mujer—. Los guerreros no han tenido nada para entretenerse en mucho tiempo, y la moral es baja después…

Nacu reflexionó sobre ello. Era cierto que el ataque frustrado de la garinafin había dañado la moral y su propia reputación. Le preocupaba tanto la posibilidad de un motín que no se había atrevido a reducir las raciones de la tripulación, y había justificado esa decisión convenciéndose de la inminente captura de las provisiones de la flota dara.

La representación sorpresa de los bárbaros estaba teniendo un efecto verdaderamente positivo. Hacía mucho que no veía a su tripulación tan entusiasmada y animada.

—Sabemos que los corderos suelen tumbarse y balar pidiendo clemencia cuando sienten el aliento del lobo detrás de las orejas —dijo la naro-votan.

A lo mejor los dara están intentando ganarse nuestro favor con esta representación, a sabiendas de que pronto serán nuestros prisioneros.

Nacu asintió. Los dara eran astutos, pero también faltos de coraje. Probablemente pensaban que lo mejor que podían hacer era ofrecer un buen espectáculo para halagar a sus perseguidores.

—Entonces hagamos de esto una fiesta como es debido —declaró Nacu.

El thane ordenó que se distribuyeran libremente las escasas provisiones de agua y kyoffir entre la tripulación. Incluso permitió a los pocos esclavos agon del barco-ciudad, que normalmente tenían asignadas las tareas más agotadoras y desagradables, que sacaran de la bodega las cubas de agua y los barriles de comida para que les diera un poco el aire.

Los naros y los culeks le vitorearon con entusiasmo:

—¡Que los dioses favorezcan a thane Nacu!

—¡Viva el generoso repartidor de kyoffir!

—¡Votan! ¡Votan! ¡Votan!

Encantado por la acogida, Nacu ordenó que trajeran parte de la valiosa tolyusa y la distribuyeran entre los naros-votan y naros que se habían distinguido en su servicio. Aunque por lo general la tolyusa solo se consumía en las grandes fiestas y festivales, esta parecía una

buena ocasión para sacar el máximo partido al estímulo de la moral.

A medida que trasegaba kyoffir y fumaba hojas de tolyusa, la tripulación se volvía más ruidosa y exultante. El garinafin de sombras de la lejana pantalla había triunfado sobre los despreciables perseguidores dara y bailaba para celebrarlo, contoneando de lado a lado su sinuoso cuerpo a base de círculos encadenados. La música procedente de las cometas era ahora estridente, arrogante, llena de fanfarronería. Encajaba a la perfección con el humor de la tripulación lyucu.

Por desgracia, Toof y Radia no habían recibido kyoffir ni hojas de tolyusa. Todos sabían que habían perdido el favor de Nacu y los naros-votan encargados de distribuir las excepcionales dádivas los ignoraron por completo.

Radia suspiró e intentó respirar el humo de tolyusa exhalado por un naro cercano a ella. El naro la miró desdeñoso y se alejó.

Toof, completamente absorto en la representación que tenía lugar en la pantalla, no parecía afectado por esta última muestra de su caída en desgracia. Gritaba de alegría encantado con la exultante danza aérea del garinafin, con la que tentaba al legendario piloto.

—Es increíble cómo me hacen sentir esas sombras —musitó—. Deben ser algún tipo de brujería.

—Bah —dijo Radia—. En tu caso es porque te importan más los garinafins, aunque sean de sombras, que las personas.

Toof sonrió. Probablemente cualquier otro pretencioso piloto de garinafin habría tomado el comentario de Radia como una ofensa, pero Toof había aceptado hace tiempo su posición en la vida. Siendo un simple naro sin nombre de clan ni linaje prominente del que alardear, se interesaba más por el bienestar de sus monturas que por las estadísticas de muertos y de victorias —que no eran precisamente una receta de éxito en el ejército de Tenryo, donde los garinafins se consideraban poco más que armas vivientes intercambiables. Esa era la razón por la cual, tras décadas de luchas y habiendo sobrepasado con creces la edad para un matrimonio apetecible, nunca había sido promovido a naro-votan.

—Si yo montara ese garinafin —empezó a decir—, vaya…

Sintió un temblor en la regala de madera noble contra la que se apoyaba, como si el barco-ciudad hubiese chocado con algo en el agua. Bajó la mirada hacia las agitadas olas en la proa del barco, pero no vio nada.

—¿Has sentido eso? —preguntó a Radia.

—¿A qué te refieres? —Radia estaba ocupada intentando colocarse en la dirección del viento de otro naro que fumaba tolyusa.

—No sé… Algo ha chocado contra el barco, creo. Debería decírselo al thane.

Radia le sujetó.

—Déjalo estar. ¿De verdad quieres estirar al tigre de los bigotes ahora? ¡Nos detesta!

Toof vaciló.

—¡Mira! ¡Ahí está el legendario piloto! ¿No se parece a Pékyu Tenryo?

Toof entornó los ojos fijos en la pantalla. Era verdad que la cabeza cuadrangular de la figura humana que acababa de aparecer en pantalla, con una enorme hacha de combate con forma de garra sobre el hombro, guardaba cierto parecido con el gran pékyu. Al parecer, hasta los bárbaros dara tenían cierto respeto por el líder lyucu, pues su marioneta de sombras era casi tan grande como el propio garinafin, lo que sin duda reflejaba su impresionante reputación.

El temblor que había sentido hacía unos momentos pasó al olvido cuando los guerreros lyucu contuvieron el aliento, con el corazón latiendo tan rápido como los distantes redobles de tambor, a la espera de presenciar cómo el legendario piloto conducía al garinafin a la victoria sobre los bárbaros de Dara.

Oculta por la pantalla del juego de sombras, *La que Disuelve las Penas* se hundió bajo la superficie.

Inquieta, Théra permanecía con Takval en las dependencias del capitán, en la cubierta de popa. Como *La que Disuelve las Penas* era también el buque insignia de la flota, el almirante Mitu Roso y el capitán Nméji Gon se habían trasladado a los camarotes de popa para dormir con los demás oficiales, dejando las dependencias del capitán para la princesa y su prometido.

Eran los cuartos más confortables de toda la nave, y la hilera de ventanas de cristal grueso del espejo de popa, selladas y reforzadas para aguantar la presión del agua, convertían el lugar en una especie de sala de observación cuando el barco estaba bajo el agua.

En ese momento no había luz alguna en los camarotes, por temor a que el resplandor translúcido por las ventanas y el agua delatara su presencia. La oscuridad del interior se plasmaba en el exterior. Lo único que mostraban las ventanas era un crepúsculo oscuro, interrumpido acá y allá por el brillo pálido de alguna medusa o de algún otro habitante luminiscente de las profundidades, y su fosforescencia intermitente era la única iluminación en este reino de oscuridad, a modo de estrellas titilantes que salpicaban el monótono empíreo.

Flash. Destello. Chispa. Las pulsaciones iluminaban vagamente los

rostros tensos apretados contra las ventanas.

—Ojalá pudiéramos ver más —susurró Théra—. Me siento impotente, incapaz de mover lo más mínimo el barco. Ni siquiera podemos ver cómo se aproxima el barco-ciudad. A lo mejor debía haber programado la operación al amanecer y no al ocaso.

Aunque Zomi Kidosu había modificado los barcos de la flota de Théra para incorporarles la capacidad de inmersión de las crubens mecánicas, no había tenido tiempo para modernizarlos con un medio de propulsión sumergida. Para moverse tenían que ser remolcados. En esos momentos estaban simplemente a merced de la corriente, y se mantenían en la dirección correcta solo gracias a la inercia adquirida por la velocidad que llevaban en la superficie y por el timón.

—No dudes de ti misma —dijo Takval. Hablaba en voz baja para que no le oyera el semicírculo de oficiales y compañeros situados detrás de ellos—. Creo que tenías razón y que con una operación diurna habríamos corrido el riesgo de que los vigías hubieran divisado *La que Disuelve las Penas*. Cuando un garinafin se lanza en picado, el piloto debe confiar incondicionalmente en la ventura para que toda la tripulación no acabe muerta.

—No puedo evitarlo —susurró Théra—. Muchos pueden morir a causa de mi decisión. ¿Cómo saber si estoy haciendo lo correcto? — aunque el emperador Ragin la había instruido durante toda su vida en las lecciones del poder, y había trabajado codo con codo con Zomi realizando investigaciones durante la guerra contra los lyucu, nunca había ocupado una posición en la que tuviera que tomar la decisión final de enviar gente a la muerte.

—Nunca lo sabrás —dijo Takval—. Y yo no puedo decirte si alguna vez será más sencillo, porque yo tampoco he conocido nunca el peso que supone llevar la maza de guerra de un pékyu. Pero he oído muchas historias de grandes jefes agon de generaciones anteriores, y su sabiduría nos sirve de guía. Nunca debes dejar que la duda se refleje en tu rostro. Esa es la carga de un líder, en Dara, en Gondé o bajo el mar.

—Es la hora —dijo el almirante Mitu Roso, situado por detrás de Théra y Takval.

—Regresa a mí sano y salvo —susurró Théra a Takval. Le apretó la mano, con fuerza, y luego la soltó—. Sube a unirte al destacamento de abordaje —dijo en voz alta, al tiempo que se esforzaba por no mostrar ninguna emoción.

Takval había insistido en asumir uno de los trabajos más peligrosos de la misión; era la única forma que conocía de ser líder y Théra no pudo disuadirle.

El semicírculo de observadores se apartó para dejar paso a Takval. Este se giró, atravesó a tientas el cuarto del capitán y ascendió por la escalerilla interior hasta la torre de control que sobresalía del castillo de popa, la parte más elevada de la superestructura del barco (ahora que los mástiles estaban bajados y yacían apoyados contra la cubierta). El propósito de este era servir como puesto de mando secundario cuando el barco estaba parcialmente sumergido y solo asomaba del agua la torre de control.

Diez soldados —contando con la comandante Tipo Tho— escogidos por su agilidad y complexión compacta se apretujaban dentro de la torre de control, preparados para el siguiente paso. Apenas saludaron con la cabeza al príncipe agon cuando se les unió, sus rostros burdamente iluminados desde abajo por la pura luz blanca de una lámpara de aceite de ballena. Como estaban alejados de cualquier portilla o ventana, aquí la luz no entrañaba riesgo alguno.

Podían sentir a *La que Disuelve las Penas* reducir su velocidad en el agua, al perder gradualmente impulso. Podían imaginarse a sí mismos por detrás del resto de la flota, ocultos tras las olas. Podían imaginar al barco-ciudad lyucu dándoles alcance, cada vez más cerca.

Como mineros atrapados bajo tierra que observan los tubos de aire que los unen a la superficie, los soldados y Takval contemplaron las delgadas estacas de bambú situadas en el centro de la torre de control y escucharon atentamente para percibir cualquier golpe o chirrido. Iban a ciegas y a la deriva hacia la trayectoria del barco-ciudad, y la única dimensión que podían controlar era su profundidad.

Los ingenieros situados en la bodega tenían que mantener la profundidad del barco con sumo cuidado. De ello dependía el éxito de la misión. Si era demasiado superficial, *La que Disuelve las Penas* podía acabar destrozada al chocar con la gruesa proa del barco-ciudad. Si era demasiado profunda, pasaría de largo.

Tras un golpe amortiguado, que, sin embargo, resultó ensordecedor en ese espacio cerrado, las estacas de bambú de la torre de control comenzaron a vibrar, emitiendo una serie de nítidos chasquidos rítmicos.

Las estacas estaban diseñadas para actuar como las antenas de una langosta o de un insecto. Al sobresalir por encima de la torre de control, golpearon contra la parte sumergida del casco del barco-ciudad, lo que permitió a la tripulación de *La que Disuelve las Penas* saber que se encontraban directamente debajo del navío enemigo.

—¡Hemos hecho contacto! —gritó la comandante Tipo Tho en el castillo de popa.

—Reducid la velocidad. Mantened el rumbo —ordenó el capitán

Nméji Gon desde el puente de mando, directamente por debajo de la torre de control.

Sus órdenes se transmitieron mediante una serie de susurros insistentes a lo largo de una línea de marineros situados entre el puente de mando y la bodega, donde los ingenieros se ocupaban de los tanques de lastre que ajustaban la profundidad del barco. La cubierta se inclinó ligeramente cuando *La que Disuelve las Penas* comenzó a ascender.

Esta era también una maniobra delicada y altamente compleja. Un ascenso demasiado lento corría el riesgo de que su barco apareciera en la estela del barco-ciudad y perdieran su oportunidad de abordaje, pero un ascenso demasiado raudo corría el riesgo de chocar contra el barco-ciudad, lo que los delataría y probablemente causaría daños a su propio navío. Los ingenieros solo habían tenido tiempo de ensayar esta maniobra unas cuantas veces antes de que *La que Disuelve las Penas* zarpara de Dara, y una vez sometidos a la vigilancia de los lyucu no pudieron practicar más para no desvelar el secreto de la capacidad de inmersión del barco. Con el fin de asegurarse de que podían efectuar la maniobra bajo presión, el capitán Gon tuvo que efectuar numerosos simulacros en los que la tripulación manejaba los controles sin accionarlos realmente. Para que la tripulación obtuviera una mejor intuición de las capacidades de maniobra del barco, construyó una maqueta a escala del mismo, lo sumergió en un balde de agua y luego les mostró cómo los mínimos ajustes de flotabilidad equilibraban el navío haciendo que los ingenieros inyectaran aire con pajas en los tanques de lastre de la maqueta.

En el interior sombrío de las dependencias del capitán, el rostro de Théra, impasible como una máscara, disimulaba las agitadas emociones de su corazón. Su destino estaba enteramente en manos de los hombres y mujeres a cargo de los controles del lastre, que inyectaban aire en los tanques para aligerar el barco siguiendo el sonido de los golpes coordinados y rítmicos que producían las tablillas de madera controladas por cables conectados con el puente de mando, desde donde el capitán emitía las órdenes. La cantidad de aire inyectado en cada tanque y la velocidad con que era inyectado debía calibrarse cuidadosamente para mantener el adecuado equilibrio del barco.

Con un fuerte golpe que hizo castañetear los dientes de la tripulación, e incluso lanzó al suelo a algunos marineros que no estaban bien sujetos, la torre de control chocó contra el fondo del barco-ciudad. Luego, mientras se deslizaba e iba chocando a lo largo de la quilla del navío, una serie de fuertes golpes secos llenaron sus

oídos.

—Que Lutho y Tazu nos protejan —susurró el almirante Roso en las dependencias del capitán—. ¡Esperemos que nadie haya escuchado eso allá arriba!

Théra no dijo nada. La representación de marionetas de sombra, además de distraer la atención de la tripulación lyucu para que no se percatara de que la flota Dara huía con un barco menos, pretendía también llevar a todos los marineros lyucu a la cubierta y las jarcias, lo más lejos posible del fondo del barco-ciudad. Habían calculado que el clímax de la obra tuviera lugar justo cuando *La que Disuelve las Penas* se encontrara debajo del barco-ciudad, y disminuir así las probabilidades de que algún miembro de la tripulación se diera cuenta del momento de contacto.

Théra apretó con tanta fuerza los puños que las uñas le hicieron sangrar la palma de las manos. Por muy bien que todo estuviese planeado, siempre habría un elemento de imprevisibilidad: ¿y si algún enfermo permanecía bajo cubierta? ¿Y si el comandante lyucu había adivinado que los barcos dara podían sumergirse porque esa era la única forma de atravesar el Muro de las Tormentas? Lo único que podía hacer era esperar y confiar en que la tripulación de la torre de control ejecutara sus tareas lo más rápido posible.

Pero… ¿realmente no hay nada que pueda hacer?

Se giró hacia un lado.

—Çami, comprobemos la trompeta y las lengüetas de bambú una vez más.

—¿No queréis saber si… ?

—La espera y los buenos deseos no van a ayudar al capitán Gon y a la comandante Tho —dijo Théra con firmeza. Hacer algo, lo que fuera, tendría un efecto tranquilizador en sus nervios. Se giró hacia sus acompañantes. Mediante el tenue resplandor de bioluminiscencia del otro lado de las ventanas del espejo, observó los rostros inquietos de los demás oficiales.

Encaró al almirante Roso y susurró:

—Çami puede quedarse conmigo, pero no hay necesidad de que todos se preocupen.

El almirante Roso comprendió. Empezó a vociferar órdenes:

—Necesito un equipo en el castillo de popa bajo la torre de control para encargarse de las bombas; también necesito equipos para el control de daños y gente que releve a los ingenieros…

Mientras *La que Disuelve las Penas* continuaba su ascensión hasta ajustar la torre de control contra el fondo del navío, los

estremecedores golpes fueron reduciéndose y, por último, cesaron. Los afilados garfios instalados a proa y popa de la tapa de la escotilla de la torre de control se habían clavado en la madera infestada de carcoma del fondo del casco, por el lado de estribor de la quilla. No obstante, los garfios no estaban diseñados para aferrarse mucho tiempo.

Los soldados de la torre de control se pusieron en acción.

—¡Tornillos! —susurró la comandante Tipo Tho. Ahora que estaban pegados al barco-ciudad, era todavía más importante hacer el mínimo ruido, pues el sonido podía transmitirse muy lejos a través de la estructura del barco.

Cuatro pares de soldados saltaron a los cuatro volantes suspendidos de las esquinas de la torre de control, cada uno de dos pies de diámetro, y comenzaron a girarlos.

La torre de control de *La que Disuelve las Penas* había sido modificada para esta misión. En lugar de los típicos barandales sobre la escotilla que ofrecían al oficial de guardia cierta estabilidad frente a los mares turbulentos, los herreros habían instalado un tubo corto, similar a una chimenea, con un borde sesgado, que podía rotarse para ajustarlo al costado de babor o de estribor del barco-ciudad. Alrededor de los bordes de este tubo había rollos de cuerda que hacían que el final del mismo se asemejara a la ventosa del extremo de los tentáculos de un pulpo. El tubo tenía cierta flexibilidad para que, una vez colocado, el movimiento de las olas no lo soltara de golpe.

A medida que los equipos de soldados giraban los volantes, cuatro gruesos y largos tornillos se desplegaron desde lo alto de la torre de control, alrededor del corto tubo de succión, se clavaron en el fondo del barco-ciudad y comenzaron a perforar. La tripulación continuó girando los volantes y los tornillos, que, al clavarse en el casco, elevaron el tubo de succión ajustando sus bordes contra el fondo del barco y comprimiendo los rollos de cuerda hasta formar una junta.

Cuando la tripulación terminó de girar los volantes, se apartó y descansó sus fatigados brazos. *La que Disuelve las Penas* estaba ahora pegada al fondo del gigantesco barco-ciudad lyucu, como una rémora pegada a una ballena —o, más exactamente, como un percebe, que fue la imagen primera que inspiró a Çami Phithadapu para idear este plan.

—¿Listos? —preguntó la comandante Tho.

Los soldados y Takval asintieron y se apartaron recostándose contra las paredes de la torre de control, algunos cargados con estacas y mazos, otros sosteniendo contra el pecho fardos de estopa —fibras blandas y esponjosas de cáñamo embebidas en brea.

La comandante Tho respiró hondo, estiró los brazos por encima de

la cabeza y giró el gran volante central que ajustaba la escotilla a la torre de control.

Tan pronto como se abrió la escotilla circular, el agua empezó a caer en cascada empapando a todos los presentes y continuó deslizándose hacia abajo, por el castillo de popa y el puente.

—¡Bombead! —gritó la comandante Tho al tiempo que se agachaba junto a la escalerilla de acceso para echar un vistazo al castillo de popa. La cuadrilla del capitán Gon ya estaba manos a la obra achicando el agua hacia la sentina.

Mientras, los otros soldados de la torre de control, con Takval a la cabeza, luchaban para taponar el agua que salía a borbotones. Por mucho que hubieran ajustado los tornillos, era imposible sellar por completo la junta entre el borde del tubo de succión y el fondo del barco incrustado de percebes. Ahora debían trabajar tan rápido como pudieran para sellar la unión entre ambos antes de que el mar diera al traste con sus esfuerzos.

Para facilitar la tarea, el tubo de succión estaba construido de un tamaño suficiente para permitir el paso de un hombre. Tipo Tho había decidido que fuera Takval quien acometiese la tarea porque era delgado y alto y podía llegar hasta el final del tubo, a pesar de no ser un marinero o carpintero de navío. Dos de los soldados se agacharon y formaron una plataforma con los brazos enlazados para alzar al príncipe agon e introducirlo por el tubo.

El agua salada caía a chorros a su alrededor, provocándole una sensación de ahogo. Pero las horas de práctica implacable bajo la supervisión de marineros experimentados dieron sus frutos y Takval superó el pánico y aporreó metódicamente la estopa en la juntura entre el fondo del barco-ciudad y los bordes de tubo de succión. Cuando tuvo necesidad de volver a respirar sacudió las piernas de un modo convenido para que los soldados que lo aguantaban supieran que tenían que tirar de él. Cuando se rompía una estaca o se le acababa la estopa, los mismos soldados le pasaban el material necesario.

Poco a poco los torrentes de agua se convirtieron en chorritos y luego se detuvieron por completo. Entonces le pasaron cubos de alquitrán caliente, que Takval derramó sobre la estopa para que la unión entre la torre de control de *La que Disuelve las Penas* y el casco del barco-ciudad quedara completamente sellada y asegurada.

Bajaron a Takval, que exhaló grandes bocanadas de aire con alivio. Los sonrientes soldados que le rodeaban le palmearon la espalda y lanzaron vítores en voz baja para celebrarlo. Las buenas noticias corrieron hasta el resto del barco. La cosa iba mucho mejor de lo que

se hubiera podido esperar.

—Ya *casi* estamos —dijo Takval sonriendo—, nos dirigimos al vientre de la bestia.

Sujetando contra el pecho el eje y la broca de una gran perforadora, fue izado otra vez hasta el nuevo techo de la torre de control: el fondo carcomido y cubierto de percebes del barco-ciudad. Aguantó la respiración ante el potente hedor de la madera tanto tiempo expuesta al agua salobre, hincó ligeramente la punta del taladro en el casco del barco-ciudad y los soldados comenzaron a empujar el manubrio que hacía girar la punta.

—¡Vaya truco sucio! —gritó Radia—. ¡El Padre de Todos os castigará! —Los demás guerreros lyucu reunidos en la jarcia y en la proa del barco-ciudad prorrumpieron en alaridos de aprobación y golpearon mazas y hachas unas contra otras.

El garinafin de sombras, ahora unido al legendario piloto, había regresado a la ciudad angular de sombras de los bárbaros dara. Pero el enorme pilotó resultó ser una carga más que una ayuda, pues al garinafin le costaba mantenerse en el aire con un pasajero tan desproporcionado. Además, los bárbaros dara fueron enviando diversas exquisiteces al piloto con sus cometas: cestas de fruta circular, cerdos formados por pares de círculos, un rebaño de ovejas globulosas, y hasta la silueta hinchada de una vaca entera. El glotón piloto devoraba todo lo que le entregaban y la marioneta de sombras se hinchó como una bolsa de gas.

La música que acompañaba al espectáculo se volvió alegre y socarrona, con campanillas que sonaban como risas, toques de cuerno que imitaban pedos y redobles aletargados que sugerían un estómago demasiado lleno.

Los enfurecidos guerreros lyucu observaron al garinafin de sombras, sobrecargado con su inútil pasajero, disminuir aún más su velocidad, y a las cometas de guerra de la ciudad, cuadrados que arrastraban largas colas ondeantes, atacar al piloto bufón y a su desventurada montura como una bandada de buitres que se lanzan en picado a picotear a un estúpido e inútil toro moribundo.

Los cuernos de las cometas tocaron un lúgubre *gua-guaaa* ridiculizando a la glotona e insaciable sombra de Tenryo.

La ira de la tripulación lyucu era ya palpable. El espectáculo de marionetas de sombras, que había comenzado como una narración épica de las gloriosas luchas de un garinafin solitario, se había transformado en una farsa que ridiculizaba a Pékyu Tenryo —y por extensión, al pueblo lyucu. La denigrante metáfora era demasiado burda para ser ignorada. Las emociones se apoderaron de la multitud

y la cubierta y la jarcia se llenaron de maldiciones. Algunos guerreros lyucu lanzaron aquello que tenían más a mano —tazas, bandejas, comida, restos de basura— hacia la lejana pantalla parpadeante. Otros chocaron sus mazas y hachas contra los mástiles y la cubierta del barco-ciudad, como si al atacar su propio barco pudieran prestar sus fuerzas al pékyu de fantasía en apuros. Incluso algunos subieron por la jarcia e intentaron romper la arboladura. Las antorchas que iluminaban la cubierta parpadearon, como si les asustara el cambio de humor de la tripulación.

Nacu Kitansli observaba el creciente caos de su barco con incredulidad.

El jolgorio general, combinado con los efectos intoxicantes de las libaciones, las bayas mascadas y las hojas fumadas, habían mareado a la tripulación, que se había vuelto vulnerable a los giros emocionales de la representación. El thane se arrepintió profundamente de haber permitido que sus hombres contemplasen este espectáculo, y mucho más de haberlos animado a hacerlo.

Era demasiado tarde. Un grupo de culeks agarró un barril de penmican de la cubierta y lo arrojó por la borda, dando alaridos y pateando el suelo como si hubieran logrado algo ambicioso y útil. Un naro estrelló su puño contra la nariz de un compañero —con una mezcla de embriaguez y despreocupación— y pronto se extendió por cubierta una trifulca de docenas de personas. El lejano espectáculo de sombras cayó en el olvido y solo permaneció la sensación de humillación, de rabia y de culpabilidad por la muerte impune de tantos compañeros.

Nacu pedía a gritos a la tripulación enfrascada en la reyerta, entre patadas y puñetazos, que recuperara la disciplina, que se comportara.

—¡Basta ya! ¡Calmaos! ¡Tenemos que vigilar a los dara con atención!

Pero solo conseguía aumentar su terca resistencia.

—¿Por qué te escogieron para que te quedaras el último?

El rostro de Nacu se ensombreció. Él mismo se había planteado esa pregunta muchas veces. ¿Por qué el comandante de la flota, el thane-garinafin Pétan Tava, le había escogido a *él* para quedarse en retaguardia, para que su barco fuera el último en llegar a Dara a través del Muro de las Tormentas? ¿Fue un castigo? ¿Una falta de confianza en sus capacidades? ¿Era la muestra de algún tipo de desdén hacia la Tribu del Segundo Dedo del Pie? La tripulación del *Infinitas Praderas* siempre había sentido que los tripulantes de los demás barcos-ciudad los miraban por encima del hombro porque su thane había heredado el cargo, en lugar de ganarlo en batalla. Y al propio

Nacu siempre le había preocupado que su vacilación a la hora de apoyar a Tanvanaki o a Cudyu como sucesor de Pékyu Tenryo hubiera generado desconfianza en los otros thanes-garinafin y thanes-tigre hacia su persona.

Tras el desastre acontecido con el resto de la flota, Nacu se había congratulado por tener la fortuna de escapar a su desaparición en las aguas. Pero, por mucho que se dijera a sí mismo que su supervivencia era una señal del favor de los dioses, el hecho de que le ordenaran quedarse atrás mientras el resto de la flota avanzaba le afligía. Quedarse en el campamento mientras el resto de la tribu iba a la guerra era competencia de los viejos, de los tullidos y de los simples niños —de todos aquellos que no eran grandes guerreros.

«Perro de mar» era el apodo por el que le conocían los otros thanes en privado, a diferencia del lobo, la imagen idealizada de todo thane lyucu.

—¿Pretendes vengar a nuestros camaradas siendo *disciplinados*, manteniendo la *calma* y vigilando con *atención*? —gritó otro guerrero, esta vez un simple culek—. ¡Por eso los bárbaros han montado ese espectáculo! Se burlan de nosotros porque han visto el verdadero color de tu hígado.

Las palabras le hirieron. Las anteriores alabanzas de la tripulación hacia el thane quedaron olvidadas como espuma de mar que se lleva el viento incierto de la pasión. Thane Nacu comprendió que su autoridad se enfrentaba al desafío más peligroso de este viaje.

—¡Enviad a los amotinados a la bodega! —vociferó a los naros-votan situados a su alrededor, la mayoría de la Tribu del Segundo Dedo del Pie y no de las otras tribus a las que habían obligado a contribuir con guerreros para esta misión—. ¡Sin comida ni agua durante tres días!

Los naros-votan vacilaron, sin saber si estaban dispuestos a pelear para acabar con el incipiente motín en beneficio de un thane que parecía haber perdido el respeto de la tripulación. Una gran tribu lyucu como la del Segundo Dedo del Pie era la suma de pequeñas tribus, cada una de ellas compuesta por múltiples clanes. Los naro-votan eran caciques de las tribus pequeñas o jefes de clan, y algunos de los alborotadores eran sus propios parientes.

—¿Creéis que escaparéis ilesos si esto se convierte en un auténtico motín? —dijo thane Nacu entre dientes—. ¿Hay alguien aquí que albergue la fantasía de reemplazarme? Recordad que en este barco hay guerreros de siete tribus diferentes, y me obedecen a mí *solo* porque Pékyu-taasa Cudyu me puso al mando. Si desaparezco, este barco-ciudad volverá al estado en que estaban las planicies antes de la

unificación, y el Segundo Dedo del Pie quedará en minoría.

Los naros-votan se miraron unos a otros, luego se volvieron hacia la agitada tripulación y levantaron sus mazas.

Los naros y culeks alborotadores rugieron con rabia. Acalorados por el kyoffir y la tolyusa y enardecidos por la excitación que produce estrellar puños y mazas contra cualquier cosa o contra cualquiera, se lanzaron contra los naros-votan y los guerreros que permanecían leales al thane. Pronto la cubierta se convirtió en un campo de batalla; alaridos, gritos, gemidos y porrazos amortiguados de mazas chocando contra carne se extendieron por todo el barco.

—Esto es una locura —dijo Radia, alejándose paso a paso del tumulto. Cada vez que algún combatiente de ojos enrojecidos se acercaba demasiado, le alejaba de un empujón.

—Te dije que había brujería en todo eso —dijo Toof. Su involuntaria sobriedad los había salvado del delirio generalizado.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Radia, saltando para esquivar la trayectoria de una maza de hueso que daba vueltas por el aire. Acabó su vuelo chocando contra el pecho de un culek desprevenido, al que derribó al instante.

No eran los únicos con esa idea. Por toda la cubierta, los naros y culeks que no estaban interesados en participar en un motín espontáneo ni en sofocarlo se alejaban poco a poco hacia las trampillas que llevaban bajo cubierta, con la intención de refugiarse de esta tormenta provocada por el hombre. Por separado, de dos en dos o de tres en tres, se juntaban en las trampillas y descendían por las escalerillas hasta el interior del barco, donde se almacenaban las provisiones y tenía sus cuartos la mayor parte de la tripulación.

Cuando Radia y Toof bajaron al interior del barco y se alejaron del tumulto de cubierta escucharon un *bum* amortiguado procedente de algún lugar en lo profundo de la nave, seguido poco después del mugido de pánico de un garinafin.

CAPÍTULO NUEVE

EL PERCEBE Y LA BALLENA

A LO LARGO DE LA CORRIENTE OCEÁNICA HACIA UKYU-GONDÉ: SEXTO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

Tras lo que pareció una eternidad de trabajo agotador, la partida de abordaje de la comandante Tho traspasó la tablazón exterior, trepó por el hueco entre las cuadernas del barco-ciudad —tuvieron suerte de que el tubo de succión quedara pegado a un punto del casco entre dos cuadernas— y taladró la tablazón interior. Para ello contaron no solo con la ayuda de una buena provisión de brocas nuevas para sustituir a las anteriores, que acabaron desgastadas, sino también de una mezcla de olor pestilente preparada por los alquimistas de la flota, cuya función era debilitar y pudrir rápidamente la madera.

El agua limosa procedente de la sentina del barco-ciudad cayó por el tubo y se derramó por la torre de control, por lo que fue necesario que la tripulación se aplicara en nuevas tareas de bombeo y achique. Durante unos momentos tensos, se pensó con preocupación que la cantidad de agua acumulada en la gran sentina del barco-ciudad pudiera anegar el volumen relativamente pequeño del interior de *La que Disuelve las Penas*. Aunque el almirante Roso, un experto en historia de la construcción naval, les había asegurado que los barcos-ciudad estaban divididos en una serie de compartimentos internos herméticos y que la partida de abordaje solo tendría que lidiar con una pequeña parte del agua de sentina, y no con toda, cuando la cascada limosa y maloliente dejó de caer, todos respiraron aliviados.

Takval atravesó el agujero del casco interno y se deslizó en el oscuro interior del barco-ciudad, como un espeleólogo que penetra en una cueva inexplorada. Los rayos de luz procedentes de la torre de control se colaron en el espacio cavernoso y se dispersaron en las tinieblas antes de alcanzar el techo, mucho más alto. Por un instante quedó parado sobre el suelo cubierto de lodo, escuchando con atención alguna señal de que los lyucu hubieran descubierto su entrada. Pero el único sonido que le recibió fue el golpeteo amortiguado de las olas contra el casco.

—Vía libre —comunicó a la torre de control situada debajo.

—¡Vamos, vamos! —ordenó la comandante Tho. Era imposible

saber cuánto tiempo permanecería *La que Disuelve las Penas,* el enorme percebe pegado al fondo del barco-ciudad, sin ser descubierta.

Uno a uno, los marineros, los soldados, e incluso algunos voluntarios civiles, treparon por el estrecho pasaje, llevando linternas de aceite de ballena que iluminaron la enorme, fría, húmeda y maloliente sentina. Un pequeño agujero como el que habían taladrado en el fondo del barco no bastaba para hundir un barco-ciudad. No era más que un hueco en la piel de la manzana para que pudieran penetrar los gusanos. Ahora tenían que perforar la carne de la manzana para ampliar el daño.

En silencio, sigilosamente, los soldados se dispersaron para encontrar los puntos críticos donde podrían encargarse de cualquiera que bajara a investigar. Mientras el espectáculo de marionetas siguiera distrayendo a la tripulación lyucu y los mantuviera en la cubierta superior, no se produciría una respuesta a gran escala. Pero era importante evitar que cualquier lyucu despistado que deambulara por el barco diera la alarma.

Mientras tanto, otros componentes de la partida de abordaje treparon a los compartimentos vecinos de la sentina y a cubiertas superiores para perforar más agujeros allí donde la tablazón interior ya estaba desgastada por el uso normal. Una vez hechos los agujeros, bailarines de esbelta figura, acróbatas, exploradores de cometas, antiguos aviadores —e incluso algunos eruditos de brazos escuchimizados que querían colaborar con su cuerpo además de con su mente— treparon al interior del espacio existente entre las cuadernas del armazón del barco y allí se deslizaron por el claustrofóbico hueco entre la tablazón interior y la exterior. Su objetivo: aquellos lugares por debajo o cerca de la línea de flotación donde la tablazón exterior se veía especialmente débil o podrida.

En estos lugares colocaron bombas antimuro —pequeños cilindros de cerámica rellenos con pólvora de pirotecnia diseñados para estallar como una flor que se abre al activarse. Aunque pensadas para su utilización en los asedios contra murallas de arcilla y como herramientas de sabotaje contra aeronaves enemigas estacionadas, servirían igualmente contra cascos de madera si se fijaban adecuadamente. Luego conectaron las espoletas con largos cables hasta el interior del barco-ciudad, para ser detonadas cuando la partida estuviera pronta para la evacuación.

Días antes, uno de los eruditos a bordo de la flota de Théra, un joven cultivacionista llamado Razutana Pon, se había quejado a la princesa Théra del brazo armado de la expedición.

—¡Son cuasi insufribles!

—¿Qué han hecho exactamente ahora? —preguntó Théra. Los cultivacionistas eran discípulos de una de las ramas más pequeñas de las Cien Escuelas. Su principal interés eran las historias y prácticas de labranza, cría de ganado, mejora de razas y variedades y temas similares. Théra había solicitado específicamente la incorporación de algunos a la expedición, con la esperanza de que sus conocimientos fueran útiles en la nueva tierra.

—Los soldados, submarinistas y antiguos aviadores se pavonean por cubierta y se contonean por los estrechos corredores renuentes a ceder el paso a los eruditos con los que se cruzan —respondió Razutana con gestos acalorados, alterado por su propio relato de las ofensas recibidas—. ¡Actúan como si fueran los dueños del lugar!

—Estamos preparándonos para un operativo militar —explicó Théra pacientemente—, y los combatientes tienen que cumplir montones de órdenes en poco tiempo. Estoy segura de que solo tienen prisa para llegar adonde tienen que ir y no pretenden ofender.

—¡Los excusáis con demasiada facilidad, alteza! Si yo fuera a participar en esa operación militar, ¿se me garantizaría el privilegio de pavonearme por todo el barco como un gallo de pelea y contemplar con desdén a cualquiera que no se aparte de mi camino?

—Pero eres un erudito, no un guerrero —dijo Théra, desconcertada por la paradójica imaginería aviar utilizada por Razutana.

—¿Quién dice que los soldados fornidos tienen el monopolio del valor? El propio emperador Ragin también era un erudito. De hecho, podría sostenerse que era cultivacionista, como yo. Plantó arroz en el Jardín de Palacio.

—Eh… —Théra se aguantó una risita. Podía imaginar la cara de su padre si supiera que una de las escuelas menores de filosofía lo tenía por modelo—. No pretendo faltar al respeto a mi padre —ni a los doctos cultivacionistas—, pero es bien sabido que el emperador no pertenecía a ninguna escuela ni era particularmente estudioso.

—Es verdad que el emperador nunca consiguió el rango de *firoa*…

—Ni siquiera de *toko dawiji*. En realidad, dudo que mi padre tuviera cualquier ambición académica.

—Por favor, alteza, dejadme terminar. No se trata de la afiliación escolástica del emperador o de sus logros académicos. Lo importante es que, siendo niño, fue inspirado por las palabras de Kon Fiji para defender a su amigo Rin Coda de la salva de flechas que llovía del cielo, un incidente bien conocido por cualquier narrador de historias de las casas de té. De ahí podemos inferir que la erudición se relaciona directamente con el valor. Cuantos más libros lea, más importante es el guerrero.

—Bueno, creo que a mi padre le hubiera encantado conversar contigo —dijo Théra, esforzándose por mantener el rostro serio—. Muestras… ciertos modelos de pensamiento que habría sabido apreciar.

Cuando finalmente se marchó, Razutana se las había arreglado para convencer a Théra de incluirle en la partida de abordaje.

Razutana se había ofrecido voluntario para el asalto al barco-ciudad con la intención de demostrar su entereza, pero la realidad de un ataque militar no se parecía en nada a lo que hubiera podido imaginar. ¡Había tanto caos y confusión! Nada sucedía según lo programado. Es verdad, le habían dicho que tendría que ayudar a bombear el agua, pero nunca hubiera imaginado que la sentina del barco-ciudad olería tan mal —¡peor incluso que una letrina que llevara sin limpiar una semana! Y la subida por el interior del tubo de succión fue horrible: descubrió que tenía miedo a los espacios cerrados. Cuando le entró el pánico, el rodete de su pelo le atrapó contra la superficie interior del estrecho tubo y quedó encajado sin poder seguir adelante. Los que iban tras él le empujaron con impaciencia, y tuvo que morderse la lengua para no gritar de dolor al sentir cómo le arrancaban de raíz mechones de pelo en el proceso.

Pero eso no fue todo. Le llegó el turno de arrastrarse entre la tablazón interior y la exterior para colocar una bomba antimuro.

—¡Puede haber… ra-ra-ratas ahí! —gimoteó al contemplar la pequeña y oscura abertura, como si pensara que en cualquier momento podía saltar algún monstruo.

Una marinera que había sido bailarina en su antigua vida en Dara se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Yo lo haré, Pon-*ji* —dijo, añadiendo el tratamiento honorífico que se daba a los grandes maestros en tono de burla y se deslizó con facilidad dentro del agujero sin pensarlo dos veces. Los soldados que habían perforado el agujero sofocaron sus risas al tiempo que lanzaban miradas furtivas a Razutana por el rabillo del ojo.

Humillado, Razutana se escabulló. No podía soportar permanecer en presencia de sus camaradas ni un momento más. Subió el brazo para ocultar la cara tras una manga, se retiró de su vista y huyó por el corredor más cercano. Siguió trepando y corriendo hasta que sus coloreadas mejillas se hubieron enfriado lo suficiente como para poder pensar en lo que haría a continuación.

Ya que estoy en las cubiertas superiores, podría explorar el resto del barco.

A lo mejor podría redimirse si descubría algún secreto interesante. Y cuando estuviera listo para regresar a la sentina, el vergonzoso

incidente habría sido olvidado.

Con una lámpara de aceite de ballena en la mano, medio cerrada para que solo emitiera un fino rayo de luz hacia delante, deambuló por los corredores desiertos del inmenso navío. No le inquietaba demasiado la posibilidad de tropezarse con un bárbaro lyucu, pues todos estaban en la cubierta superior contemplando el espectáculo que la princesa Théra había escrito para entramparlos.

A ambos lados de un largo corredor se abrían una serie de camarotes individuales. En tiempos de la expedición original del emperador Mapidéré, estos eran los cuartos de los artesanos que viajaban con la flota. Cada camarote, aunque pequeño, había sido equipado con una puerta corredera y dividido en espacios sociales y privados mediante cortinas. La disposición permitía cierta intimidad a los ocupantes y la libertad para decorar el espacio a su gusto, lo que les proporcionaba un refugio espiritual en la larga e incierta travesía por el mar.

Pero las puertas correderas y las particiones internas hacía tiempo que habían sido arrancadas. Ahora, los guerreros lyucu iban apiñados en las cabinas, cuatro en cada una. Huesos y desechos llenaban los suelos, y las paredes mostraban daños y desperfectos. Algunos cuartos estaban tan destrozados —era difícil saber si a causa de ejercicios con armas o por los efectos de una intoxicación con tolyusa— que habían sido abandonados y convertidos en estercoleros. Las ratas se escabulleron en las sombras al sentir las pisadas de Razutana y los gusanos se retorcían bajo el rayo de su lámpara como granos de arroz vivientes.

Los lyucu no trataban estas habitaciones como si fueran un hogar, sino como un campamento provisional que se abandona tan pronto se encuentran mejores pastos y terrenos de caza. ¿Harían lo mismo con las islas de Dara?

Razutana se estremeció, sin más intención de continuar con estos pensamientos perturbadores de la que tenía en perseguir a las ratas. No podía hacer nada para ayudar directamente a sus ancianos padres o a sus recién nacidos nietos, amenazados por los lyucu tras el Muro de las Tormentas. Tenía que hacer lo posible para contribuir a la expedición de la princesa Théra al corazón de la tierra lyucu e impedir así la llegada de refuerzos enemigos a Dara.

Torció una esquina y se encontró en un elevado corredor, con una altura de al menos tres cubiertas. Al final del corredor se abría una amplia plataforma con unas enormes puertas correderas en la pared de la derecha. Las puertas no estaban cerradas por completo, sino que tenían una rendija a la mitad. Dado su tamaño, Razutana supuso que

los compartimentos que ocultaban probablemente habían sido destinados en origen a almacenar el equipo de escenario y la maquinaria bélica para impresionar a cualquier inmortal de la expedición de Mapidéré con el que se hubiesen topado.

Pero ¿qué es lo que guardan ahora? ¿Algún tipo de máquina secreta de guerra?

Con curiosidad, Razutana se acercó sigilosamente a la unión entre las puertas correderas. Del interior emanaba un fuerte hedor animal. Razutana se protegió la nariz con una manga, levantó la lámpara con la otra mano y husmeó en el interior.

Su mirada se clavó directamente en el ojo de un garinafin. Tenía el tamaño de un plato de comida y su globo carente de pupila relució a la luz de la lámpara de aceite de ballena como un malévolo sol en negativo, que absorbía la luz en lugar de reflejarla. La criatura, claramente sorprendida, bufó a través de su nariz del tamaño de una tubería de alcantarillado, y la erupción de aire fétido acribilló a Razutana con una rociada de moco viscoso.

Razutana trastabilló hacia atrás y cayó de culo. El terror inundó cada pulgada de su cuerpo embotando sus sentidos, mientras se imaginaba incinerado por aliento de garinafin. Instintivamente, reculó arrastrándose por el suelo y dio un grito al sentir algo duro presionándole los riñones. Echó la mano atrás y rodeó con los dedos un cilindro de cerámica metido en su cinturón. En su afán por dejar la escena de su humillación había olvidado devolver la bomba antimuro a los soldados.

La gigantesca bestia mugió un sonido sordo y profundo que le erizó el vello de la espalda. Luego le lanzó una mirada funesta con un solo ojo. La rendija entre las puertas corredizas se ensanchó cuando la bestia presionó contra ellas deformándolas y amenazando con sacarlas de sus ranuras.

Voy a morir. Voy a morir. Voy a…

Casi sin pensar, el aterrorizado Razutana agarró con torpeza el cilindro, encendió el detonador y lo lanzó por el hueco entre los enormes paneles de la puerta, directo a la cara del garinafin curioso. La bomba le golpeó en el hocico, cayó al suelo y rodó hasta detenerse en algún lugar debajo de la bestia. La visión de Razutana se contrajo en un estrecho túnel cuyo final era el chisporroteante detonador.

La bestia hundió la cabeza para examinar más de cerca el objeto centelleante del suelo.

Razutana se levantó con dificultad y echó a correr por donde había venido, demasiado aterrado para gritar. Al doblar la esquina, una potente explosión a su espalda hizo temblar la cubierta como un

terremoto; él siguió corriendo.

Un instante después escuchó un rabioso mugido de dolor y espanto, y el corredor a su espalda se iluminó como un amanecer, lanzando su escueta y temblorosa sombra por delante de sus piernas en frenético movimiento.

—¿Qué ha sido ese estruendo? —exclamó Radia.

—Fuera lo que fuese, habrá espantado a los pobres garinafins —dijo Toof.

—Escucha. ¡Más ruidos!

Toda la armazón del barco vibró con rítmicos ruidos sordos, como si alguien lo golpeara con una enorme maza. Los guerreros lyucu que intentaban escapar de la barahúnda de la cubierta superior quedaron paralizados, sin saber qué pasaba.

Los golpes se detuvieron.

Más gemidos, chillidos y prolongados mugidos lúgubres.

Solo había tres garinafins adultos a bordo del *Infinitas Praderas*. Entre los mugidos angustiados de los otros dos garinafins, Toof y Radia escucharon los aullidos y chillidos coléricos de Tana, su antigua montura.

Toof agarró una antorcha cercana a la escalerilla que descendía desde la trampilla abierta y corrieron en dirección al ruido.

—¿Qué haces? —preguntó Radia—. ¡No tenemos ni idea de lo que ocurre ahí abajo!

—¡Tana es mi tribu! —gritó Toof, mientras se precipitaba hacia abajo.

Radia pateó el suelo exasperada. Pero no podía dejar que su compañero se enfrentara solo al peligro y, tras un momento de vacilación, salió disparada tras él. Los otros guerreros lyucu los siguieron de cerca, sin saber lo que pasaba.

A través de un laberinto, en su mayor parte oscuro, de corredores, escotillas, escalerillas y estrechas escaleras —el racionamiento de las antorchas y del sebo para la iluminación implicaba que gran parte del barco-ciudad permaneciera en perpetua oscuridad—, Toof condujo al abigarrado grupo hacia el amplio corredor que llevaba al establo de Tana. Originalmente destinado a ser un muelle de carga del almacén que había sido reconvertido en establo para los garinafins, el corredor presentaba una enorme escotilla que conectaba con la cubierta superior. Cuando se abrían sus gigantescas puertas, los garinafins podían utilizar el amplio espacio como pista de despegue del barco-ciudad.

Toof se abrió paso a través de las últimas puertas que conectaban con el muelle de carga y frenó de golpe, por lo que Radia y los demás

casi chocan con él. No fue necesaria ninguna explicación ya que una ola de calor los golpeó en la cara y vieron que el establo ardía con rugientes llamas, al otro lado del espacio abierto del muelle, con las puertas destrozadas. El humo fue llenando rápidamente el área de carga, imposibilitando el paso. A los guerreros lyucu los acometió un ataque de tos.

—¡En nombre del Padre de Todos, ¿qué ha pasado aquí?! —exclamó Radia.

Toof sacudió la cabeza.

—Algo debe haber asustado a Tana de verdad.

—No está allí, bendito sea Péa, y tampoco los demás garinafins. Puedo oír sus gemidos… Debe haberse abierto paso hacia el fondo del barco.

—Tenemos que encontrarla —dijo Toof.

—Pero ¿cómo vamos a bajar a través de todo este humo?

—Tenemos que abrir la escotilla de par en par para que salga.

Normalmente la pesada escotilla tenía que levantarse desde la cubierta superior. Pero en caso de emergencia era posible hacerlo desde el interior accionando dos cabestrantes que elevaban las puertas sobre gruesos postes. Mientras sus compañeros aguardaban junto a los cabestrantes, Toof subió una larga escalerilla situada a un extremo del muelle. Luchando contra el espeso humo, consiguió llegar hasta los gruesos cables que mantenían cerradas las puertas de la escotilla. Extrajo su daga de sílex de una funda del brazo y arremetió contra ellos para seccionarlos.

El aire estaba tan caliente que las puertas se abrieron de golpe en cuanto el último cable estuvo cortado. El espeso humo salió en remolinos, aclarando el aire, pero el fuego que ardía en el establo al otro lado del muelle, súbitamente alimentado por una ráfaga de viento fresco, cobró nuevas fuerzas y produjo un estallido, *bum*.

Toof entrecerró los ojos para protegerse de la radiante luz del fuego, echó un vistazo a la penumbra del espacio abierto que tenía a sus pies y quedó boquiabierto: una columna de bárbaros dara entró de repente en el muelle, procedente de un corredor lateral.

Tan pronto como escuchó sobre su cabeza la explosión amortiguada, la comandante Tipo Tho supo que se les había acabado el tiempo. Era imposible que los lyucu no detectaran que algo iba mal.

Tendió una mano a Takval.

—Ha llegado la hora —dijo.

—Seguramente podemos continuar un poco más —imploró el príncipe agon.

Tipo sacudió la cabeza.

—La princesa dijo claramente que no debemos asumir riesgos innecesarios.

De mala gana, el príncipe agon le entregó su enorme maza de guerra. A diferencia de las armas de hueso y dientes que tradicionalmente utilizan las gentes de las planicies, esta estaba hecha de hierro y tenía una cabeza recubierta de bronce y dos puntas metálicas curvas que recordaban a los colmillos del tigre de las planicies. Había sido un regalo de compromiso de la princesa Théra —y una forma de mostrar que la técnica de fundido de metales de Dara podía beneficiar a los agon en su guerra contra los lyucu.

Blandiendo la maza con ambas manos, Tipo golpeó tres veces contra la cuaderna más cercana del barco, con pequeñas pausas entre los golpes. Aguardó unos segundos y estrelló la maza contra la cuaderna cinco veces más en rápida sucesión. Unos segundos más. Otros tres golpes con pausas entremedias.

Devolvió la maza a Takval.

El sonido reverberó por todo el grueso esqueleto del barco-ciudad. Se trataba de una técnica usada habitualmente para comunicarse por los miembros de la tripulación desperdigados por la inmensa estructura de las aeronaves. La pauta de los golpes era la señal acordada para que los que estaban entre la tablazón exterior y la interior y los que habían subido a explorar y a vigilar los puntos de acceso *se retiraran*.

Como ratas surgiendo de sus madrigueras, bailarines, acróbatas, eruditos, antiguos aviadores y exploradores de cometas salieron a rastras de los agujeros del casco del barco, llevando con ellos las mechas y detonadores. Corrieron al compartimento situado por encima de la sentina, el punto de encuentro de emergencia, donde juntaron las decenas de detonadores en un solo punto.

—¡Buen trabajo! —gritó la comandante Tipo Tho—. Prenderé los detonadores tan pronto como la partida de abordaje esté a salvo a bordo de *La que Disuelve las penas*.

—Esperad —dijo Takval—. ¿Hemos colocado suficientes bombas para hundir el barco? Cuando nos entrenasteis habíamos pensado que tendríamos mucho más tiempo.

—No podemos hacer nada más —dijo Tipo—. Ni siquiera los mejores planes de batalla sobreviven a un encuentro con el enemigo. Solo nos queda esperar que lo que hemos hecho sea suficiente.

—¿Cuánto tiempo hace falta para que exploten las bombas? —preguntó Takval, que carecía del conocimiento intuitivo del modo de hacer la guerra de los dara.

—En el caso de las mechas más largas, el tiempo que se tarda en

cocer un huevo.

—Entonces los lyucu cuentan con tiempo suficiente para apagarlas si llegan hasta aquí —dijo Takval—. Y si el agua sube puede extinguir también algunas de las mechas.

—El capitán Gon y yo misma hemos estudiado todas esas posibilidades —dijo Tipo con impaciencia—. Suponemos que algunas de las bombas no estallarán, sí.

—¿Pero funcionará nuestro plan con el reducido número de bombas que hemos colocado?

Tipo Tho no dijo nada.

—Incluso si las bombas explotaran, si los compartimentos se inundan lentamente la tripulación lyucu podría taponarlos, ¿no es así? —insistió Takval.

Tipo Tho apretó los dientes.

—Sí, existe esa posibilidad. Una tripulación dara bien cualificada probablemente podría apuntalar las fugas provocadas por unas cuantas bombas antimuro, si las descubren a tiempo. Pero los lyucu no son marineros experimentados, ni siquiera fueron ellos quienes construyeron estos barcos.

Solo por el respeto que le producía la princesa Théra, Tipo Tho estaba tolerando estas cuestiones. La buena impresión que se había formado del príncipe durante los últimos días estaba desapareciendo rápidamente. El noble bárbaro no parecía darse cuenta de la urgencia de la situación.

—No subestimes a los «bárbaros» —dijo Takval—. Sé que no tienes en gran consideración al pueblo de las planicies, sea lyucu o agon. Pero el ejército de Pékyu Tenryo consiguió apoderarse de los barcos-ciudad de tu pueblo, atravesar el océano y cruzar el Muro de las Tormentas. *No* son estúpidos.

El rostro de Tipo Tho se enrojeció.

—¿Qué crees que podemos hacer ahora? ¿No oyes eso? —señaló hacia arriba con el dedo.

Todos guardaban silencio. Se oían unos pasos lentos y pesados sobre alguna cubierta por encima de ellos, acompañados de vez en cuando por un mugido sordo o un chillido prolongado.

—Hay un garinafin suelto —musitó Takval—. ¿Qué sentido tiene eso?

Razutana, que acababa de llegar tambaleándose al punto de reunión, pareció avergonzado al oírlo.

—Tenemos que salir —dijo Tipo Tho—. Recemos para que lo que hemos logrado sea suficiente.

—¡No! —dijo Takval—. Podemos hacer más. Subiré ahí arriba y

crearé todo el caos que pueda, y lucharé contra cualquiera que intente bajar a investigar. Cuanto más tiempo pueda retenerlos ahí arriba, más tiempo tendrán las bombas para hacer su trabajo y más agua penetrará por los agujeros. Cada segundo que ganemos aumentará la probabilidad de éxito.

—Ese no es el plan. La princesa dijo específicamente que nadie debería…

—La princesa no manda sobre mí —dijo Takval con una mueca feroz en su rostro—. Ella tiene su forma de hacer las cosas, y yo tengo la mía —se giró hacia los demás soldados, que habían interrumpido su descenso por la escalerilla para atender a esta conversación—. ¿Alguien quiere unirse a mí?

Al momento, los soldados gritaron su aprobación.

—No podrás regresar a *La que Disuelve las Penas* —advirtió Tipo Tho—. Y quizá ni siquiera consigas salir de este barco, al menos vivo.

Los soldados no reaccionaron ante sus palabras y siguieron subiendo la escalerilla para situarse junto a Takval.

—Puedo noquearte ahora mismo y llevarte a rastras hasta el barco —dijo Tipo Tho, mirando furiosa a Takval y agarrando con fuerza la empuñadura de su espada—. La princesa no necesita sacrificios. *Eres* necesario para el futuro.

—La princesa sabe cuándo necesita consejo y cuándo debe mantener firme su voluntad, lo mismo que yo —contestó Takval—. Sus planes y su ingenio, el duro trabajo realizado por toda la flota los últimos días, la vida de los hombres y mujeres de esta expedición, el destino de mi pueblo… todo depende de este momento, del triunfo de *hoy*.

Se miraron fijamente y, tras un instante, pareció que ambos encontraron en los ojos del otro lo que estaban buscando.

Takval se giró y trotó hasta la escalera que ascendía a las cubiertas superiores, con una linterna en una mano y la maza de guerra sobre el hombro, sin volver la vista atrás.

Tipo Tho dio un paso adelante, pero no sacó la espada.

—Tienes que contarme cómo hacer esa compota de bayas silvestres y melón de invierno —dijo Takval retándola según subía la escalera—. Te recuerdo que lo has prometido.

Los otros soldados que se habían ofrecido voluntarios se miraron entre sí y luego miraron a Tipo.

—Lo sentimos, comandante.

Tipo Tho agitó la mano.

—Id —y, tras un momento, añadió—: Que los dioses de Dara… y de Gondé os protejan.

Nacu Kitansli no estaba seguro de si debía agradecer o maldecir a los dioses por sacudirle con una sorpresa tras otra en el mismo día. Su humor había mejorado y empeorado tantas veces hoy que se sentía como un barco atrapado por el Muro de las Tormentas que se escora a babor: subido a la cresta de una ola gigantesca por un momento para caer después al fondo del abismo.

Cuando la escotilla delantera del barco se abrió de golpe expulsando columnas de espeso humo, los pendencieros amotinados, así como los naros-votan y los guerreros que seguían leales al thane, recularon y dejaron de pelear. La impactante visión fue como un chaparrón sobre las planicies que empapó a ambas partes y arrastró el abotargamiento y las ganas de pelea, dejando tan solo un silencio perplejo. Todos quedaron paralizados, sin saber siquiera por qué estaban peleando.

Incluso la lejana representación de sombras sobre la pantalla gigante colocada entre los barcos dara se interrumpió, como si los bárbaros no supieran qué pensar de la espesa columna de humo que se elevaba por encima del barco-ciudad, y que reflejaba el ardiente fuego de las entrañas de la nave, similar a un volcán a punto de erupcionar.

Los chillidos y mugidos de un garinafin enfurecido que avanzaba a trompicones por las cubiertas inferiores trajeron a thane Nacu de vuelta a la vida.

—¡Salvad el barco! —gritó—. ¡Apagad ya ese fuego, si queréis vivir!

La tripulación se movilizó inmediatamente. Un garinafin fuera de control era uno de los peores desastres que le podían pasar a un barco lyucu en plena mar. Si no conseguían controlar el fuego y a la bestia rápidamente, estaban sentenciados.

Los guerreros que momentos antes estaban agarrándose del cuello, ahora se agolpaban para trabajar juntos, colocando mangueras en los barriles amontonados sobre cubierta, acarreando agua de mar en baldes, pasando cubos de mano en mano para empapar la cubierta antes de que el fuego que subía desde la bodega prendiera el velamen y el cordaje.

Nacu, con el corazón desbordado de alegría porque los dioses habían considerado oportuno atajar el motín —aunque fuera con una amenaza igual de peligrosa para el barco—, se lanzó hacia la escotilla y miró al interior. A través del humo y del reluciente aire caliente, vio a un grupo de guerreros lyucu luchando contra —¿era posible?— forasteros vestidos al estilo de Dara.

—¡Bárbaros! ¡Espías! ¡Nos han abordado! —gritó, sin importarle lo chillona que le había salido la voz ni estar agitando los brazos como

un niño que descubre por primera vez una serpiente de las planicies.

—¡Votan! —gritó uno de los culeks que corría hacia él—. ¡Qué horror! ¡Qué arteros! ¡Que la bendita luz de Cudyufin nos guarde! ¡Vaya engaño! ¡Vaya brujería! ¡Que Nalyufin…

El hecho de que hubiera alguien más asustado que él mismo sirvió para calmar al thane.

—¿Qué pasa? ¡Suéltalo ya!

—Yo… estábamos… —El aterrorizado culek gesticuló hacia un grupo de guerreros lyucu situado junto a la borda de estribor, que señalaban algo y farfullaban muy excitados— … sacando un balde de agua de mar para ayudar a apagar el fuego. Nos… nos ha parecido ver una ballena…

—¿Qué estás mascullando? —gritó Nacu—. No es el momento de preocuparse por ballenas. Bajad a luchar contra los invasores extranjeros…

—¡De ahí es de donde vienen! —El culek daba saltos y gesticulaba alocadamente—. Hay un barco dara ahí abajo, *¡debajo del agua!* ¡Está mordiendo el fondo del barco!

La que Disuelve las Penas se había pegado al fondo del barco-ciudad por el lado de estribor de la quilla. Debido a la oscilación y el cabeceo producido por las olas, los garfios de proa se habían soltado y dejaban visible el pequeño barco dara si los marineros del barco-ciudad se asomaban por ese lado.

Nacu llevaba durmiendo mal desde que el *Infinitas Praderas* había comenzado la persecución de la flota dara, acosado por pesadillas de guerreros bárbaros a bordo de barcos mágicos capaces de atravesar el Muro de las Tormentas materializándose de la nada. Que esa vaga corazonada se hubiera hecho realidad era, sencillamente, demasiado.

—¡Matad al barco-ballena! *¡Matadlos!*

El culek se le quedó mirando.

—¿Cómo?

—*Me da igual*. Cortad el mástil y clavarlo en el barco si eso es lo que hay que hacer. ¡Pero *matadlos ya*!

Se produjo un golpe atronador. *La que Disuelve las Penas* se agitaba de proa a popa como un pez atrapado en un arpón.

—¿Qué ha pasado? —La princesa Théra intentó levantarse del suelo en medio de la oscuridad que impregnaba los aposentos del capitán.

—¡Nos han dado! —gritó el capitán Nméji Gon—. Algo nos ha golpeado de pleno en la proa, ha caído desde arriba.

—Nos han visto —dijo Çami Phithadapu, señalando a través de las ventanas del espejo. Un resplandor rojizo teñía el agua. Había antorchas encendidas sobre la borda del barco-ciudad.

—¿Hay daños? —preguntó Théra.

—Una grieta en el castillo de proa, y está entrando agua —dijo el capitán Nméji Gon—. Pero el agujero no es grande y se puede taponar. Parece que están lanzándonos todo lo que tienen sobre cubierta —se detuvo al escuchar las pisadas que retumbaban en la torre de control, por encima de ellos—. La partida de abordaje está de regreso. Dicen que hay un garinafin suelto a bordo del barco-ciudad y que tenemos que separarnos lo antes posible.

—¡Conseguid luces! —dijo Théra—. No sirve de nada seguir a oscuras si ya saben que estamos aquí.

Una nueva sacudida atronadora agitó el barco. Théra se agarró a un mamparo para no volver a caerse.

—Otro golpe en el castillo de proa —dijo el capitán Nméji Gon—. Tenemos suerte de que hayan fallado la puntería y el proyectil haya rebotado en un costado. Dada la altura del barco-ciudad, si tiran una piedra en el lugar correcto nos desfondarán.

Théra avanzó a trompicones hasta el castillo de proa y observó con inquietud a los hombres y mujeres que descendían de la torre de control por la escalerilla, de uno en uno, precipitándose hacia la proa del barco para colaborar con las tareas de taponado y achique.

—¿Está todo el mundo a bordo? —preguntó Théra cuando la escalerilla quedó libre—. ¿Dónde está Takval?

—Él no viene —dijo Tipo Tho, la última componente de la partida de abordaje en descender, asomando la cabeza desde la torre de control—. Subió a las cubiertas superiores con un grupo de soldados para intentar contener a los lyucu y dar tiempo a que las bombas provoquen daños.

—¡Le he dicho que no busque siempre una excusa para jugar a ser héroe! —Théra estaba furiosa—. Regresad arriba y traedle a rastras.

—No sobreviviremos a otro impacto directo —dijo el capitán Nméji Gon—. Y los vigías del castillo de proa informan de que están descolgando coracles desde el barco-ciudad. Si nos abordan y abren a la fuerza las escotillas será el fin.

—Ya he prendido los detonadores —dijo la comandante Tipo Tho —. Si no salimos de aquí antes de que exploten las bombas antimuro, el barco-ciudad nos aplastará al hundirse.

Théra cerró los ojos y maldijo a los dioses en voz baja. El plan preveía que la partida de abordaje estuviera de regreso sana y salva a bordo de *La que Disuelve las Penas* y que el barco se retirara al amparo de la oscuridad antes de que las bombas estallasen. Por alguna razón, todo se había enmarañado y nada estaba saliendo según lo previsto.

Y todo el mundo la miraba a ella para decidir qué hacer.

—Alteza —dijo el almirante Roso—, debéis honrar los deseos del príncipe Takval y los soldados que le acompañan. El mejor plan del mundo no es capaz de resistir las impredecibles tormentas de la realidad. Él ha intentado adaptarse a los vientos, y lo mismo deberíais hacer vos.

Los demás oficiales asintieron y murmuraron su aprobación.

Théra se sentía muy, muy sola.

¿Me están ofreciendo consejo o me están diciendo lo que tengo que hacer? ¿Es un desafío a mi autoridad? ¡Maldito seas, Takval! ¿Por qué me has desobedecido? Ya es bastante difícil saber lo que hay que hacer cuando las aguas están calmadas, y mucho más cuando el corazón se siente acometido por una tormenta de dudas.

—¿Y si os digo que nos quedemos hasta que Takval y sus soldados sean rescatados? —preguntó Théra con los ojos entrecerrados. Por más que se esforzara, no conseguía evitar el temblor de voz.

Se produjo un momento de silencio mientras los oficiales le devolvían la mirada, con las sombras producidas por la parpadeante luz de las antorchas revoloteando en los rostros.

—Entonces organizaré una nueva partida de abordaje que dirigiré yo mismo —dijo el almirante Roso—. *Rénga*, puede que ahora os llamen princesa Théra, pero en mi corazón siempre seréis la emperatriz Üna, la legítima heredera de vuestro padre.

—Entonces *La que Disuelve las Penas* se mantendrá firme en este fondeadero —dijo el capitán Gon sacando pecho—. Aunque este barco quede reducido a astillas, aquí permaneceré, aferrado con uñas y dientes al barco-ciudad.

—Entonces me abriré camino a golpes por las cubiertas en llamas hasta encontrar al príncipe Takval —dijo la comandante Tho—. No me importa si tengo que dar muerte a hombres, a un garinafin o a los propios dioses. Los hombres y las mujeres deben estar dispuestos a sacrificarse por los grandes señores que reconocen su talento. Siendo una simple hija de granjero, el emperador Ragin me elevó a comandante de aeronave. Morir por su hija no liquidará ni una décima parte de la deuda que tengo con él.

Théra observó los rostros decididos de quienes la rodeaban. ¿Sería que Takval, después de todo, había tomado la decisión correcta? ¿Estaba tan enfadada con él porque creía de verdad que era posible triunfar sin perder a nadie, o solo porque la había desafiado? Necesitaba afirmar su autoridad, pero ¿era esa la manera de hacerlo? Su madre, la emperatriz Jia, siempre decía que deseaba lo mejor para el pueblo de Dara, e hizo caso omiso de las ideas de todos los demás. Su padre, sin embargo, era conocido por escuchar los consejos de sus

asesores. ¿Debería seguir el ejemplo de su madre o de su padre?

Decidiera lo que decidiese, alguien iba a morir.

Estas personas están dispuestas a morir por mí porque soy hija de mi padre, no porque crean que tengo razón. ¿Quién puede culparles? Ni siquiera yo confío en mí misma.

—Separémonos del barco-ciudad —ordenó en un tono apagado—. Subamos a la superficie y salgamos de aquí.

El capitán Gon vociferó una serie de órdenes mientras la comandante Tho regresaba a la torre de control con unos cuantos soldados para cerrar la escotilla y soltar los tornillos que sujetaban *La que Disuelve las Penas* al barco-ciudad.

Una eternidad de algunos minutos después, *La que Disuelve las Penas* se había separado del navío lyucu. Como el barco-ciudad continuaba navegando, el barco dara se sumergió un poco más para pasar desapercibido por debajo de su estela. Una vez por detrás del barco-ciudad, podría emerger y escapar antes de que explotaran las bombas.

Se escuchó otro golpe atronador, más potente que cualquiera de los anteriores, y el barco se sacudió de lado a lado como una flecha temblorosa. La cubierta se inclinó violentamente hasta que la proa apuntó hacia abajo en un ángulo agudo. Todos cayeron al suelo.

—¡Novedades! —gritó Théra antes incluso de levantarse.

—Han arrojado una gran piedra directamente sobre el castillo de proa —dijo el capitán Gon cuando tuvo la oportunidad de evaluar la situación—. Hay cuatro marineros muertos y seis heridos. El castillo de proa está inundado. Estamos perdiendo flotabilidad.

—¡Emerged ya! —ordenó Théra. Hasta ella, que no era una experimentada marinera, comprendió la gravedad de la situación.

El capitán Gon dio otra serie de órdenes urgentes a través del sistema de tablillas de madera. Mientras los equipos de control de daños se precipitaban al castillo de proa con planchas de madera, sacos de arena y clavos largos, en un desesperado intento por reducir la vía de agua, los ingenieros a cargo de los controles de flotabilidad bombeaban los fuelles para vaciar todo el agua existente en los tanques de lastre y dar al barco una oportunidad para escapar de las garras del reino letal del Señor Tazu.

La cubierta se inclinó en un ángulo aún más agudo y la popa del barco, donde se situaban los aposentos del capitán, el puente y el castillo de popa se elevó apuntando hacia la superficie. Todos los objetos se deslizaron de las mesas, estantes y otras superficies horizontales. El suelo se convirtió en un escarpado acantilado y todos, desde los marineros y soldados hasta la propia princesa, se agarraron a

cualquier cosa que pudiera servir de asidero para no resbalar hasta la proa del barco.

En una estridente erupción, *La que Disuelve las Penas* emergió de golpe a la superficie, con la popa por delante, como si fuera algún tipo de ballena que respirara al revés, para luego volver a asentarse en las turbulentas olas. El agua salía a chorros en cascada del castillo de popa mientras los marineros intentaban reparar el agujero de contornos informes.

Cuando Théra exhalaba un suspiro de alivio y estaba a punto de alzarse del suelo, el barco se sacudió por otro fuerte impacto. El sonido de madera astillada llenó el puente y el rostro del capitán Gon empalideció.

—Nos han desarbolado —dijo tras escuchar un nuevo informe de daños—. Los lyucu han montado sus catapultas y han destruido el mástil principal. Han mojado sus velas para mantener nuestro paso. No tenemos manera de izar los otros dos mástiles o de aparejar las velas mientras puedan alcanzar la cubierta con sus hondas o catapultas. Si salimos a cubierta nos masacrarán.

—Entonces, ¿no hay forma de movernos aunque estemos en la superficie? —preguntó Théra.

El capitán Gon asintió.

—Tampoco podemos emplear los remos, por la misma razón. Otro impacto directo de catapulta probablemente condenará al barco.

Théra estrelló un puño contra el mamparo más cercano. Sus dudas les habían costado un tiempo precioso que había permitido a los lyucu asestar un golpe mortal. Y ahora habían perdido su único medio de escape.

—¿Cuándo van a estallar esas bombas antimuro?

Siendo mozo de cuadra de garinafins para Pékyu Tenryo, Takval había presenciado gran cantidad de batallas sangrientas y confusas en su vida, pero, por raro que pareciera, la batalla a bordo del barco-ciudad lyucu las superaba a todas.

Se lanzó a través del humo contra el primer guerrero lyucu que tuvo delante, el hombre que había descendido por la escalerilla que llevaba a las puertas de la escotilla, ahora abiertas, y que comunicaban con el muelle de carga. Los ojos del hombre estaban enrojecidos, llenos de lágrimas a causa del humo, y Takval pensó que era un adversario tentador.

Pero el lyucu esquivó el golpe con agilidad y la maza de guerra dara de Takval se estrelló contra el suelo con un golpe sordo, quedando una de sus puntas metálicas clavada en la madera. El guerrero lyucu era rápido y se movía con seguridad, a pesar del aire

caliente, los torbellinos de humo y el hecho de que acabara de bajar el equivalente a varias cubiertas. Takval estaba seguro de que se trataba de un jinete de garinafin.

Takval se esforzó por liberar su maza. Como a los esclavos agon no se les permitía llevar ningún tipo de arma en Taten, Takval había tenido que practicar lucha en secreto, con huesos sacados de los muladares. Tenía poca experiencia real de combate y no estaba familiarizado con las características de las armas de metal.

Mientras, el lyucu había sacado su arma de la espalda, una maza de guerra de huesos de vaca y dientes de lobo. Takval consiguió liberar la suya y arremetió contra él; el metal y el hueso chocaron en pleno vuelo. Los dientes de lobo incrustados en la cabeza de la maza lyucu se hicieron añicos y uno de los huesos que formaban el mango se quebró.

El corazón de Takval latió fuera de control y soltó una potente risotada. Él, un inexperto luchador en el mejor de los casos, acababa de desarmar a un jinete de garinafin. Eso era lo que podían hacer las armas de metal frente a las de hueso y dientes. *Ese* era el sentido de la alianza entre los agon y los dara.

Toof dio un salto atrás tras bloquear el golpe del extranjero, con el brazo entumecido por el impacto. Tras una mirada perpleja a lo que quedaba de su arma arruinada, examinó con atención a su oponente. Aunque el hombre alto llevaba la coraza de los dara, sus cabellos sueltos, su piel pálida y su estilo de lucha remitían a las planicies.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó al hombre—. ¡Eres un lyucu!

La exclamación del guerrero lyucu provocó un inesperado brote de emoción en el corazón de Takval. Al ser un esclavo agon, nada debería haberle ofendido más que ser confundido con un miembro de los odiados lyucu. No obstante, su primera reacción había sido un puro estallido de júbilo… una sensación de familiaridad, de estar en casa.

Durante meses había estado solo entre los dara, un pueblo extranjero con máquinas poderosas y un conocimiento arcano, pero que menospreciaba al pueblo de las planicies, aunque algunos de ellos trataran de ocultar su desdén. No había podido hablar su propia lengua con nadie, excepto en las lecciones que impartía a la princesa Théra, y ella estaba demasiado ocupada dirigiendo la expedición como para dedicar la atención necesaria para hablarla bien.

Oír las familiares sílabas del habla de las planicies, aunque fuera con el acento del dialecto lyucu, resultaba asombrosamente bello. Hasta ahora no había sido consciente de lo mucho que extrañaba su hogar, y ahora quería oír más.

—Soy Takval —dijo—, en realidad un agon.

—¡Ah! Yo soy Toof.

Resultaba tan extraño realizar presentaciones en mitad de una batalla campal que, por un momento, ambos hombres vacilaron, sin saber si era adecuado continuar con un «bienvenido», o «es un honor».

Toof fue el primero en recobrarse. Descartó su maza arruinada, retrocedió hasta la pared del muelle de carga y tomó una pala de un gancho. El mango era grueso y sólido, y Toof esperaba que la plancha de hierro aguantara mejor los golpes de Takval que su maza de hueso. En principio esa pala iba a servir para demostrar las técnicas agrícolas de Dara a los inmortales que se suponía iba a encontrar la expedición de Krita, pero ahora la tripulación lyucu la utilizaba para limpiar los excrementos de los garinafins.

Takval, una vez recuperado su buen juicio, arremetió contra Toof. Aunque era más alto y más fuerte —al fin y al cabo había descansado y comido bien durante los meses pasados en Dara, mientras los lyucu navegaban en alta mar con las raciones reducidas—, no empleó toda su fuerza deliberadamente.

—¿Cómo es que luchas al lado de estos bárbaros? —preguntó Toof.

—¿Te gustaría saberlo?

Danzaban y bloqueaban golpes a la luz del fuego del establo en llamas, con remolinos de humo a su alrededor, con el sudor brillante sobre la piel, con el pelo chamuscado por el calor. La maza golpeaba la pala como los colmillos de un tigre chocando contra las garras de un garinafin.

—¿Cuántos estáis aquí?

—Cientos —alardeó Toof—. Vuestro barco está perdido.

Toof no sabía qué pensar. La idea de que los antiguos enemigos de los lyucu hubieran conseguido cruzar el océano de algún modo para unir fuerzas con los bárbaros dara era demasiado absurda para tomarla en serio. Pero, por otra parte, ¿no era más absurdo que los bárbaros dara se teletransportaran miles de millas por mar abierto para abordar el *Infinitas Praderas*?

Los dos adversarios gruñeron y volvieron a enfrentarse. Embistieron, saltaron, fintaron, retrocedieron, avanzaron, patearon, golpearon… ambos parecían bastante igualados y ambos se dieron cuenta de que iba a ser una larga pelea.

Pero las cosas eran diferentes con los soldados de Takval. Muchos eran antiguos aviadores y habían sido escogidos para esta misión por su

pequeña estatura y su rapidez más que por su fuerza bruta, y gradualmente estaban siendo superados por el implacable ataque de los guerreros lyucu, los cuales, a pesar de la prolongada travesía marítima, eran por lo general más fuertes físicamente y estaban más acostumbrados al combate cuerpo a cuerpo. Las estilizadas espadas de los soldados tenían dificultad para bloquear los golpes de las pesadas mazas. Los soldados se retiraron en un grupo apretado, espalda contra espalda, para defenderse mejor de los combatientes lyucu, que no solo les superaban en número, sino que seguían llegando de la cubierta superior.

Una soldado dio un grito cuando dos guerreros lyucu encontraron un hueco en sus defensas y le aplastaron la muñeca, soltando la espada, que cayó al suelo con estrépito. Antes de poder retirarse o de que sus compañeros pudieran acudir en su ayuda, dos mazas de guerra le aplastaron la cabeza desde dos direcciones opuestas y el cerebro ensangrentado y fragmentos del cráneo salpicaron a todos los combatientes.

El corazón de Takval se desplomó. Él había llevado a los soldados hasta allí, pero ese no era un estilo de lucha con el que sus aliados dara pudieran ganar. Tenía que improvisar.

Takval dio un salto hacia atrás, fuera del alcance de la pala de Toof.

—¿Te rindes? —gritó Toof.

—En absoluto —dijo Takval—. ¿Qué gracia tiene ganar cuando contáis con la ventaja de los números? Si de verdad sois tan valientes, bajad a combatir con nosotros en el barco, donde mis hermanos y hermanas agon están esperándoos.

Se metió de cabeza en el círculo de guerreros lyucu que rodeaban a los soldados dara como un lobo que arremete contra una manada de perros y consiguió abrir un camino de sangre con su maza recubierta de metal. Luego dirigió a los soldados en retirada por el corredor del que habían salido anteriormente.

Radia y los demás guerreros lyucu se juntaron en torno a Toof, su líder espontáneo.

—¿Y si es una trampa?

Toof consideró la situación. Los soldados dara no le preocupaban después de haberlos visto pelear, pero ¿y si el guerrero agon no estaba tirándose un farol sobre los refuerzos?

Nuevos gemidos y chillidos que sacudían la cubierta resonaron desde las profundidades del barco.

Tana estaba perdida y dolorida.

—Tenemos que llegar hasta ella —dijo Toof.

—Nuestra ventaja numérica no nos servirá en esos corredores estrechos —advirtió Radia.

—Tenemos que llegar hasta ella —repitió Toof con tozudez. Envió a uno de los culeks a informar a thane Nacu de lo ocurrido y luego asignó a la mitad de los guerreros que quedaban la tarea de apagar el fuego del establo. Él se puso a la cabeza del resto para perseguir por el oscuro corredor a los extranjeros.

—Vamos a continuar con cautela.

La tripulación lyucu persiguió a Takval y sus soldados metódicamente, compartimento por compartimento, cubierta por cubierta. De vez en cuando, los soldados dara se daban la vuelta y peleaban, pero enseguida volvían a huir internándose en las profundidades del barco.

—Tenemos que ralentizar el avance lyucu —dijo Takval a sus soldados —. ¡Las bombas necesitan más tiempo!

Mientras se replegaban por el laberinto de cuartos y estrechos corredores, la partida de Takval prendía fuegos allá donde podía, colocaba trampas explosivas y, cuando los arrinconaban, peleaban como feroces lobos que nada tienen que perder.

Tenían la ayuda de los garinafins desmandados. El sufrimiento de Tana había aterrorizado a los otros dos garinafins, que también habían escapado de sus establos y vagaban por el barco, multiplicando la confusión. Las bestias se movían pesadamente y derribaban los mamparos como si fueran las particiones de seda y bambú de los hogares dara.

Toof y Radia intentaban calmar a las bestias enloquecidas con silbidos y bocinazos de sus trompas de cuerno, pero estaban demasiado lejos de los garinafins para ser efectivos.

—Esto no está funcionando —dijo Radia entre jadeos—. A este paso no conseguiremos llegar hasta Tana.

Toof asintió. La partida de abordaje de Dara se movía por el barco-ciudad como por las calles y callejones de una ciudad y libraba una batalla urbana, un estilo de guerra en el que los lyucu tenían poca experiencia.

—Debe estar confundida y malherida —dijo Radia—. De otro modo no entiendo que no haya encontrado un camino para salir a la cubierta superior.

—Deberíamos separarnos y buscarla por nuestra cuenta —dijo Radia—. Aquí hay suficientes guerreros para encargarse de los bárbaros dara. Tenemos que centrarnos en Tana.

De ese modo, en lugar de liderar la persecución, Toof y Radia se

fueron quedando atrás. Al llegar al siguiente corredor lateral, se metieron por él a hurtadillas. Tras abandonar la batalla entre la tripulación lyucu y la partida de abordaje, los dos jinetes de garinafins se fueron acercando rápidamente a su sufriente montura.

Súbitamente, el corredor que habían tomado se combó, las paredes de madera crujieron y Toof y Radia cayeron al suelo. Las potentes bombas les sacudieron los huesos al tiempo que se taponaban los oídos.

Como un repique de truenos en el todavía amenazante Muro de las Tormentas, las detonaciones amortiguadas de las bombas antimuro, colocadas en la espesa tablazón y el armazón del barco-ciudad, sacudieron la totalidad del navío como una cadena de terremotos.

CAPÍTULO DIEZ

LA LLAMADA DE LA TRIBU

A LO LARGO DE LA CORRIENTE OCEÁNICA HACIA UKYU-GONDÉ: SEXTO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

Mirando a través de las escotillas y los tubos de espejos que curvaban la luz, la tripulación de *La que Disuelve las Penas* prorrumpió en vítores cuando el casco uniforme del amenazante barco-ciudad se transformó en un tapiz de resplandecientes fuegos artificiales. Rojo, blanco, naranja, morado: las explosiones por encima del nivel del mar bosquejaban un escueto cuadro evocador de la primavera florida en los valles de las montañas Damu, y a quienes estaban bajo la línea de flotación les recordaban a las brillantes medusas o anémonas marinas relajando sus hermosos tentáculos multicolores.

Los fuegos artificiales en forma de flores y anémonas pronto se disiparon y fueron reemplazados por agujeros irregulares y humeantes por los que entraba a borbotones el implacable mar.

La tripulación lyucu se alejó con paso inseguro de las catapultas, arrojó sus hondas y lanzas y sucumbió al pánico total. El barco-ciudad, con los costados rotos y abiertos al frío mar, con su interior consumiéndose lentamente por el fuego de los garinafins, estaba agonizando. Théra ascendió al castillo de popa y observó que el magnífico barco-ciudad empezaba a hundirse en el agua.

—Los dioses cuidan de nosotros —susurraban los soldados y los marineros mientras contemplaban la escena trágica que se desarrollaba ante ellos.

Théra ordenó al capitán que comenzara las reparaciones del barco.

—Volved a colocar ese mástil. ¡Necesitamos recuperar la movilidad!

—Pero podemos usar los remos —dijo el capitán Gon—. ¿No deberíamos alejarnos lo más posible mientras estén demasiado ocupados para dispararnos?

Théra meneó la cabeza.

—Manteneos cerca del barco-ciudad. Tenemos que rescatar a los soldados que quedaron atrás.

Cuando consiguieron levantarse de la oscilante cubierta, los miembros

de la partida de abordaje lanzaron gritos de alegría. El sonido del agua que entraba a borbotones por debajo de ellos sonaba en sus oídos como la refrescante música de las cataratas Rufizo.

—Vayamos a la cubierta superior —urgió Takval—. Todavía tenemos la oportunidad de abandonar el barco antes de que se hunda.

Escucharon las pisadas de sus perseguidores que se retiraban. Ya no los seguía nadie. Lo único que tenían en la cabeza los aterrorizados guerreros lyucu era *subir*, alejarse todo lo posible del letal nivel del agua que seguía ascendiendo.

Cuando la columna de soldados trepaba por una escalerilla, Takval, que cerraba el grupo, miró hacia un corredor lateral y vio a dos figuras en el otro extremo que descendían hacia las profundidades del barco.

Entonces se detuvo.

Posiblemente se tratara solo de dos rezagados que intentaban encontrar otro camino de subida, pero también podía ser que estuvieran bajando para intentar salvar el barco.

El corazón de Takval se debatió entre la curiosidad y el deseo de supervivencia. Era casi inconcebible que dos individuos pudieran salvar un barco ya condenado, pero también era casi inconcebible que un pequeño grupo pudiera hundirlo.

En la vida, muchas cosas dependían de saber aprovechar las menores oportunidades. Así fue como consiguió sobrevivir en el vientre de la ballena y llegar hasta Dara, ¿quién sabe a qué dioses o monstruos podían invocar para salvar este barco?

—Continuad —gritó a los soldados, que habían alcanzado la siguiente cubierta—. Tengo que comprobar algo.

—Iremos contigo.

—No. Vosotros debéis subir y encontrar un modo de salir del barco —dijo Takval—. Buscad un coracle o un bote. Me reuniré con vosotros cuando haya terminado aquí. Es una orden.

No estaba seguro de que los soldados fueran a obedecerle. Al fin y al cabo, él no era Théra. Ni siquiera era dara. Pero para su sorpresa los soldados le saludaron y dijeron:

—Sí, señor. Te esperaremos ahí arriba. Buena caza y cuídate.

Cuando empezó el descenso por el corredor para encontrar a las dos figuras, Takval se sintió por primera vez como un verdadero pékyu-taasa de los agon.

Thane Nacu, que había estado dando saltos histéricos por la cubierta superior y pidiendo a sus naros-votan que hallaran la manera de destruir el barco mágico dara, se desplomó sobre cubierta cuando la explosión sacudió el barco. Se golpeó la cabeza contra la dura madera

y perdió el conocimiento.

—¡Despierta! ¡Despierta!

Volvió en sí y se encontró frente a un naro-votan con el rostro cubierto de sangre y manchado de hollín.

—¡Votan, nos hundimos! ¡Hay que ir a los botes salvavidas!

Nacu se sentó con esfuerzo. La cubierta parecía ladeada, y no estaba seguro de si era algo real o fruto de su mareo.

—¿Botes salvavidas? —La cabeza le palpitaba y los sonidos le llegaban amortiguados. Ni siquiera era consciente de estar gritando—. ¿Para qué sirve un bote salvavidas si estamos atrapados entre el Muro de las Tormentas y el mar infinito? ¡Tapad las vías de agua! ¡Apuntalad los agujeros! ¿Qué diantres haces ahí parado?

—No podemos bajar ahí —dijo el desalentado naro-votan—. ¡El fuego de los garinafins ha cerrado el paso a la mayor parte de los corredores que comunican con las cubiertas inferiores, y la partida de abordaje —debe haber más de cien traicioneros esclavos agon con ellos— está matando a quien se atreve a intentar abrir nuevos caminos!

El barco volvió a dar un bandazo, y ya era evidente que la cubierta se estaba acercando al nivel del mar. Las velas flameaban y la jarcia estaba hecha un desastre. El *Infinitas Praderas* ya no cabalgaba con el viento, sino que se movía a la deriva llevado por la corriente. Los guerreros salían por las escotillas abiertas de los muelles de carga como ratas asustadas y se precipitaban hacia los coracles y botes salvavidas. De nuevo, naros y culeks peleaban unos con otros a puñetazos, maldecían, golpeaban, mordían —todo para poder subir a alguno de los pocos y endebles flotadores de cuero y hueso y alejarse de la isla que, poco a poco, se iba hundiendo en el mar.

Los ojos de thane Nacu brillaban de terror y de rabia. No obstante, mientras contemplaba el caos reinante en cubierta, el pánico primario y animal desapareció de ellos. La increíble racha de mala suerte pareció tener un efecto transformador en él. Puesto que la peor de sus pesadillas se había hecho realidad, ya no había de qué tener miedo.

Agarrándose al naro-votan leal, se levantó con esfuerzo, tomó su trompa de hueso, el instrumento usado para ordenar el vuelo de las bestias aladas y anunciar un asalto total, y sopló con todas sus fuerzas.

Un toque largo que helaba los huesos detuvo por completo el alboroto de cubierta. Naros y culeks detuvieron los empellones, las maldiciones y las peleas para mirar con asombro a su casi olvidado thane.

—Votan-ru-taasa, votan-sa-taasa —dijo thane Nacu—, este es el momento que hemos estado esperando. Mediante trucos y engaños, los

taimados bárbaros dara han abordado nuestro barco y sembrado la discordia, pero también han puesto en nuestras manos las cadenas con las que los someteremos.

»El que ha sido nuestro hogar durante el último año, el *Infinitas Praderas,* se está hundiendo, pero la nave enemiga está junto a nosotros, a estribor. Observad que está pintada de un color diferente al resto de sus barcos. Fijaos en que su manga es mayor. Se trata de su buque insignia, el lugar de residencia del líder de este rebaño de ovejas. Si podemos capturarlo tendremos los rehenes que necesitamos para obligar a rendirse al resto de la flota.

»¡Imaginad el botín de comida y bebida que nos llevaremos de sus bodegas! ¡Imaginad el placer que nos darán las esclavas que capturaremos! ¡Imaginad la bienvenida que tendremos como héroes cuando regresemos a casa! Esta victoria aliviará parte del dolor del Pékyu-taasa Cudyu, por la intempestiva muerte de nuestros camaradas.

»Los trucos y la brujería nunca podrán igualar al indomable espíritu lyucu. Hemos triunfado sobre los aborrecibles agon; hemos capturado los barcos-ciudad de los invasores dara. Que este nuevo barco dara sea un reflejo en miniatura de la guerra entre nuestras razas: lo capturaremos como un trofeo para prefigurar la victoria final del gran pueblo lyucu. Pékyu Tenryo nos observa. ¡Hagamos que se sienta orgulloso!

El discurso fue tosco pero efectivo. Los guerreros que deambulaban por cubierta se dieron cuenta de que thane Nacu tenía razón. En lugar de sobrevivir unos cuantos días más a bordo de endebles botes salvavidas y coracles poco marineros, sin duda era preferible adueñarse del barco dara que se mecía justo al lado del barco-ciudad. El destrozado castillo de popa, los mástiles partidos y la cubierta desierta presagiaban una presa fácil que no podría escapar ni resistir al combate.

De nuevo, los guerreros lyucu se pusieron manos a la obra por toda la cubierta con cierto orden. Mientras preparaban los botes salvavidas y los coracles para el asalto a la nave dara, unos cuantos naros observaron algo curioso. Al momento, la cubierta se llenó de entusiasmados susurros.

—¡No estamos hundiéndonos!

—¡El barco-ciudad va a sobrevivir!

—¡Diasa está con nosotros! La doncella-maza ha salvado el barco.

—¡Pékyu Tenryo ha acudido en nuestra ayuda porque volvemos a comportarnos como lobos!

Lo cierto es que el barco-ciudad se había estabilizado.

Unos cuantos valientes exploradores lyucu se las habían arreglado para esquivar a los asesinos dara y las llamas en expansión y encontrar un camino hacia el oscuro interior del *Infinitas Praderas*. Regresaron para informar que el agua, que había anegado las cubiertas inferiores, no seguía subiendo. De hecho, al estar ahora la cubierta superior más cerca del nivel del mar, resultaba más sencillo lanzar los coracles y los botes para perseguir al barco dara.

Como una partida de piratas sedientos de sangre, los guerreros lyucu corearon su plegaria a los dioses de Ukyu y remaron en sus pequeñas barcas hacia el indefenso navío, listos para apresar a los odiados bárbaros dara responsables de tantas desgracias.

—Han dejado de hundirse —dijo el almirante Roso, que había seguido observando el barco-ciudad por el tubo de espejos mientras el resto de la tripulación celebraba el triunfo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Théra alarmada. Acercarse tanto a la victoria para que se la arrebataran en el último segundo era incluso peor que un fracaso absoluto—. ¿Cómo han podido taponar tantos agujeros tan rápidamente?

—No creo que haya pasado eso —respondió el almirante Roso—. Lo que imagino es que esté relacionado con la construcción de los barcos-ciudad. Los constructores navales del emperador Mapidéré se contaban entre los mejores carpinteros de ribera de Dara y no se reparó en gastos a la hora de armar la flota que iría en busca de los inmortales. Recordad que os expliqué que los buques habían sido dotados de múltiples compartimentos aislados mediante gruesos mamparos interiores, para que la rotura en algún punto no afectara a todo el barco.

—¿Y por qué no lo tuvimos en cuenta?

—¡Lo tuvimos! Una parte del plan era dispersarse y poner las bombas a lo largo del barco.

—Pero no contamos con suficiente tiempo —dijo la comandante Tipo Tho, con una voz no exenta de remordimiento.

—Parece que la mayor parte de las explosiones se han concentrado tan solo en uno o dos compartimentos —dijo el almirante Roso—. El agua ha inundado la nave parcialmente, pero el resto de los compartimentos, que siguen intactos, la mantienen a flote.

Théra contempló con impotencia las estrellas a través de la escotilla abierta del castillo de popa. Habían sido derrotados por el ingenio de los propios constructores navales de Dara. ¿Sería verdad que los dioses protegían a estos crueles bárbaros?

Pero no era el momento de regodearse en lamentos.

—Están lanzando botes para abordarnos —dijo la comandante Tho

—. Por favor, alteza, regresad a la seguridad de vuestros aposentos. Defenderemos cada pulgada de este barco. Podéis estar segura de que cada soldado y cada marinero cumplirá con su deber. Nadie va a rendirse.

—Comenzaré los preparativos para que *La que Disuelve las Penas* pueda escabullirse —dijo el capitán Gon—. Pretenden capturarnos como trofeo, pero me aseguraré de que no consigan nada, ni un solo grano de trigo.

—Encontraré el modo de comunicar al resto de la flota que continúe su huida —dijo el almirante Roso—. Al menos hemos dañado lo suficiente al barco-ciudad como para imposibilitarle alcanzar a los demás barcos, por ahora.

Théra cerró los ojos. ¿Cómo se había llegado a esta situación? ¿Debería ordenar a todos que abandonaran la resistencia, como hizo su padre en la isla de Rui, con el fin de preservar sus vidas? ¿O debería enfrentarse con actitud desafiante a la carnicería lyucu en un dramático gesto final, como hizo su madre en la batalla del golfo de Zathin? Después de todos los planes y sacrificios, ¿sus únicas opciones eran la esclavitud o la muerte?

No puedo vivir a la sombra de mis padres. Ellos libraron sus batallas, pero yo debo combatir la mía.

—Capitán Gon, ¿habéis conseguido completar algunas de las reparaciones? —preguntó.

—La fuga en el castillo de popa ha sido parcheada en gran medida. Pero el mástil principal no puede repararse. Podemos enviar los remeros a cubierta, pero quedarán expuestos…

—No vamos a navegar. ¿Puede sumergirse el barco?

Sorprendido por la pregunta, el capitán Gon se tomó un instante para reflexionar.

—Sí, aunque no aconsejo que descendamos muy profundo. Con todas las vías de agua, tendremos que bombear constantemente para mantener la flotabilidad. No podremos permanecer mucho tiempo sumergidos.

—¡Inmersión! —ordenó Théra—. Descended a una profundidad que permita la utilización efectiva de los tubos de respiración. Pero mantenedlos replegados hasta que no nos quede otra opción.

—Con eso no ganaremos mucho tiempo, ¡y una vez rodeados por los coracles y botes de los lyucu estaremos atrapados!

Théra desvió la mirada hasta el rostro de Çami Phithadapu.

—Vamos a intentar otra cosa.

—¡Alto! —gritó Takval en el oscuro corredor. Había apagado su antorcha para ocultarse en las sombras mientras los dos guerreros

lyucu a los que perseguía quedaban iluminados por las antorchas que mantenían levantadas junto a la escalerilla que descendía hacia el fondo del barco.

Podría haberse acercado sigilosamente y haberles aporreado el cráneo con su maza de guerra. Pero el anhelo de escuchar las sílabas familiares de la lengua de las planicies había vuelto a brotar en su corazón, y decidió honrar a esos dos con una muerte apropiada, que les permitiera enfrentarse a su enemigo con las armas en la mano.

—¡Otra vez tú! —espetó Toof. La figura surgida de las sombras era el hombre agon alto y esbelto con el que había combatido hacía un rato. Probó a levantar la pala, pero era complicado con una sola mano.

—Supongo que la Doncella del Viento deseaba que nos volviéramos a encontrar —dijo Takval—. Por desgracia, esta será la última vez. No todos saldremos vivos de aquí.

—Nosotros somos dos y tú solo uno —dijo Radia al tiempo que se pasaba la maza de hueso a la mano derecha.

—Eso lo hará más interesante, ¿no? —dijo Takval.

Pero Toof bajó la pala.

—No hace falta que luchemos. Tú estás solo, y nadie sabe que estamos aquí —dijo. Susurró algo con premura a Radia y, tras un momento de duda, ella también bajó la maza.

—¿Qué insinúas? —preguntó Takval, entornando los ojos con recelo.

Un prolongado gemido de dolor resonó por un hueco vertical situado junto a ellos. Transmitía soledad, terror, desesperación.

—Nosotros criamos a Tana desde que era un polluelo —dijo Toof.

—Era huérfana —dijo Radia—. Sus padres murieron en combate, y ninguna de las demás madres garinafins quiso aceptarla. Nosotros robábamos la leche reservada para hacer kyoffir y la alimentamos en secreto.

Takval estaba asombrado. Aunque las tribus más grandes mantenían una pequeña población de garinafins para cuidar del ganado y para monturas personales de los thanes y de los principales naros-votan, la mayoría de ellos, al ser bestias para la guerra, pertenecían a Pékyu Tenryo. Entre los lyucu (así como entre los agon, cuando eran los señores de las planicies), la práctica moderna era sacrificar a los garinafins huérfanos que no eran adoptados por otra familia de garinafins. Sin la existencia de vínculos familiares era imposible asegurar la lealtad de los garinafins de guerra manteniendo como rehenes a sus parientes. El hecho de que Toof y Radia hubieran criado en secreto a una bestia tan peligrosa equivalía a traición.

—¿Y por qué hicisteis algo así? —preguntó.

—Nunca me pareció bien lo que le ocurrió a Kidia —dijo Radia.

Kidia era la montura personal de Pékyu Tenryo, la garinafin huérfana que había ayudado al joven Tenryo a escapar de los agon cuando era un rehén. Más tarde, Tenryo había ordenado que la mataran para demostrar su disposición a sacrificar incluso a quienes amaba, con el fin de alcanzar el sueño de unificar a las desperdigadas tribus lyucu.

—Salvar a Tana nos pareció una pequeña contribución para apaciguar a los dioses por lo que el pékyu había hecho —concluyó Radia.

—Nunca me gustó esa nueva forma de criar garinafins para el ejército —dijo Toof—. Los garinafins son criaturas con sentimientos, como tú y yo, y no está bien tratarles como si fueran arucuro tocua inanimados.

Takval guardó silencio. La «nueva forma» a la que se refería Toof había sido ingeniada por Pékyu Nobo Aragoz de los agon, su propio y venerado padre. Nobo decidió restar importancia a los vínculos personales entre piloto y montura y reemplazarlos por un sistema de servidumbre, mantenido mediante amenazas y castigos a los parientes más viejos y a los inmaduros de los garinafins de guerra, y esta transformación había desempeñado un papel fundamental en la conquista de los lyucu. Pékyu Tenryo se había limitado a adoptar el sistema de su antiguo enemigo para luego ampliarlo. Pero al haber cuidado a estas criaturas durante años, cuando él mismo era un mozo de cuadra esclavizado, Takval se sentía en conflicto con la innovación de su abuelo.

Otro gemido de dolor subió por el hueco.

—Tiene miedo y no puede encontrar el camino de salida —dijo Radia—. Tenemos que ayudarla. Somos su única familia. ¿No podemos posponer esta pelea… hasta después de haberla encontrado?

Takval bien sabía que debería odiar a esta pareja. Pero ahora que conocía su historia no le parecía correcto negarles su último deseo.

—Vamos allá —dijo Takval— antes de que siga avanzando a trompicones hasta el fondo del barco y se ahogue.

En silencio, como una ballena herida con dificultades para mantenerse a flote, la nave dara se hundía bajo las olas. Los perseguidores lyucu, a bordo de coracles y botes salvavidas, prorrumpieron en maldiciones y remaron con más fuerza, pero los vigías del barco-ciudad les confirmaron que los bárbaros no se iban muy lejos. La nave dara no se sumergió fuera de la vista, limitándose a flotar por debajo de la superficie.

A lo lejos, la flota dara pareció darse cuenta de que el asalto se había frustrado. La resplandeciente pantalla, ya sin marionetistas de sombras, colgaba flácida. En lugar de aprovechar la detención del barco-ciudad para huir, los barcos dara habían arriado velas y se dejaban llevar por la corriente. Tal vez ellos también presintieran que su buque insignia estaba en problemas y no tenían claro qué hacer a continuación.

—¿Lo estáis viendo, verdad? —masculló thane Nacu satisfecho, a bordo del *Infinitas Praderas*—. Bueno, bueno. Siempre es mejor que el rebaño observe cuando sacrificamos a un carnero conflictivo. No os preocupéis. Cuando hayamos terminado con toda la carne y la grasa de este, empezaremos con los demás.

La heterogénea flotilla de pequeñas embarcaciones rodeaba la forma sumergida de la nave dara como una flota de balleneros, y las antorchas y las lámparas iluminaban el mar. La mayor parte de los guerreros lyucu no procedía de tribus costeras, por lo que no tenían experiencia en la caza de ballenas y no estaban seguros de lo que había que hacer una vez atrapada su presa. Abordar un barco sumergido parecía una empresa por encima de sus posibilidades.

Algunos sugerían utilizar cuerdas y redes atadas a garfios para amarrar el barco y evitar su huida, si se daba el caso; otros sugerían emplear lanzas largas para agujerear las escotillas de vidrio, inundar el barco y obligarlo a emerger.

Sus discusiones y chácharas se detuvieron cuando una música extraña que emanaba del barco sumergido comenzó a impregnar el aire y el agua. Sonaba como un canto, en ocasiones lúgubre y desafiante, pero no como un cántico entonado por voz humana. Sobre una línea de bajo profunda y palpitante se superponía una melodía formada por silbidos vibrantes y trémulos gorjeos, una voz expresiva y lastimera que cantaba en una lengua que nadie podía entender.

El delgado armazón de los coracles y botes salvavidas vibraba en simpatía con esa música como de otro mundo. El propio mar parecía temblar con su poder mientras el sonido viajaba en la lejanía adentrándose en la oscuridad, llegando muchas millas más allá de la burbuja de luz creada por las antorchas de los lyucu.

La oscuridad submarina fue horadada abruptamente por un brillante rayo de luz disparado desde las ventanas del espejo del barco dara que sondeaba el océano como el rayo de un sol en miniatura. El rayo de luz hacía barridos de un lado a otro, se detenía un momento en este coracle o en aquel bote, parpadeaba y continuaba su camino, como si estuviera representando un espectáculo hipnotizante.

—¿Qué diantres es eso?

—¿Más brujería?

—¿Cómo hacen ese sonido?

—¡Es hermoso!

—Mira esa luz. Es como si el Ojo de Cudyufin estuviera nadando.

Aparte de susurrar asombrados entre ellos, los lyucu a bordo del *Infinitas Praderas* y de la flotilla de coracles no sabían cómo reaccionar. La etérea música parecía inundar el océano y evocar sentimientos que no pertenecían a este mundo sublunar. No se imaginaban qué podían estar planeando los dara, lo cual era preocupante, pero todos se sentían afortunados de poder vivir ese momento maravilloso.

En el interior de *La que Disuelve las Penas*, un equipo de ingenieros bajo la dirección de la princesa Théra accionaba los fuelles que normalmente bombeaban aire a los tanques de lastre del barco, pero que ahora estaban conectados a una serie de tubos que empujaban el aire comprimido a través de un conjunto de láminas de bambú, que vibraban como las lengüetas de los instrumentos musicales, produciendo un tono bajo y penetrante con complejas armonías. Las láminas de bambú estaban acopladas a un gran caldero de fundición normalmente usado para cocinar para la tripulación, pero que ahora actuaba como cámara de resonancia.

Alrededor del caldero había dispuesta una colección de espejos y tablas pulidas —extraídas de los paneles y camarotes de los aposentos del capitán— en forma parabólica, con el fin de reflejar la resonante línea de bajo hacia la proa del barco, desde donde emanaba hacia el mar.

Entretanto, Çami Phithadapu se secó el sudor de la frente, respiró hondo y sopló en la embocadura de una trompeta de bronce. Al alterar el contorno de los labios y pulsar las llaves, Çami estaba básicamente cantando con la trompeta. Esta melodía, amplificada por otra caja de resonancia improvisada con una palangana, se combinaba con la línea del bajo y se proyectaba a su vez hacia el océano.

En los aposentos del capitán, en la popa de la nave, el capitán Gon dirigía a otro grupo de marineros que concentraba la luz de un puñado de lámparas de aceite de ballena en un rayo denso, usando para ello un disco parabólico montado con los pequeños espejos que algunos marineros y soldados utilizaban para su aseo personal. Al girar e inclinar el plato podían dirigir el rayo de luz, como si fuera la mirada torva de un gigante, a través de las ventanas del espejo de popa, para señalar a los distintos botes lyucu que flotaban en la superficie.

—Cegad a esos bastardos —farfulló el capitán Gon—. Enfocad la

luz a sus ojos.

El sistema y el método para producir música y proyectarla al mar se basaban en el conocimiento de Çami de la anatomía de las ballenas —en particular de su forma de cantar—, pero la princesa Théra, que era una consumada intérprete, había contribuido a diseñar una forma de reproducir la obra de la naturaleza. Théra tenía cierto conocimiento de la ingeniería auricular porque, intrigada por un experimento realizado con las barras del *moaphya* durante la guerra contra los rebeldes de Tunoa, había seguido experimentando por su cuenta con distintos medios para producir sonido.

El sistema era tan rudimentario y la ejecución tan poco sistemática porque habían carecido de suficientes recursos y de tiempo para refinarlo. Théra y Çami aprovechaban momentos robados aquí y allá para diseñar este plan como una especie de ejercicio mental en el que ambas estaban interesadas, pero nunca pensaron que llegarían a ponerlo en práctica.

—Se trata en realidad del más ortodoxo de los planes que he diseñado. Si queréis conocer uno realmente innovador…

—Tal vez más tarde, Çami —dijo Théra—. Vamos a considerar este antes.

Théra había seguido investigando con Çami después del consejo de guerra, y una de sus ideas más descabelladas había captado su imaginación.

Había estado dándole vueltas a cómo se podía utilizar.

Kuni Garu le había contado a Théra una conversación que mantuvo con Luan Zyaji, el gran erudito y uno de los primeros en confiar en su visión de una Dara transformada. Luan y Kuni estuvieron en Pan para preparar el asalto al palacio del emperador Erishi tras un audaz ataque sorpresa con algunas aeronaves capturadas. Entonces Luan se ofreció a quedarse en las aeronaves con un destacamento de soldados, por si el ataque fracasaba.

—¿Siempre haces planes para el fracaso, incluso si tienes el éxito al alcance de la mano? —preguntó Kuni.

—Es lo más prudente.

—A veces la prudencia no es una virtud —respondió Kuni—. Yo apostaba mucho cuando era joven y puedo asegurarte que Tazu es más divertido que Lutho. Si piensas apostar, te divertirás más si no te guardas nada.

A lo largo de los años Théra había reflexionado sobre el significado de esa lección. ¿Significaba realmente que la prudencia *no* era una virtud en sí? Su padre creía que, cuando las circunstancias lo requerían, era necesario confiar ciegamente en uno mismo y que el

universo conspiraría para recompensarte.

Pero ella no era su padre e interpretaría de otro modo la lección. En ocasiones era necesario actuar con prudencia porque los planes no siempre funcionaban del modo en que queríamos. No obstante, la mejor manera de superar la volubilidad de los dioses no era acobardarse y aferrarse a una falsa seguridad, sino estar preparado para ir todavía más lejos.

Era estupendo y perfecto optar por lo más interesante, pero a veces era incluso mejor estar preparado para hacer lo más atroz.

Las ballenas de cabeza abovedada comenzaban sus vidas de ballenatos rodeadas de madres, tías, abuelas, hermanas y hermanos pequeños. En ese círculo, inmersas en los cantos y los mitos de una cultura más antigua incluso que la humanidad, aprendían el lenguaje de los cantos y los hábitos de alta mar.

En manadas que podían llegar a los cien individuos, fluían por el océano, buceando en las profundidades del afótico abismo para capturar los calamares y pulpos gigantes de múltiples tentáculos que constituían su más preciado manjar. En esa oscura profundidad, iluminada tan solo por el frío brillo de criaturas que emitían su propia luz y desconocían lo que era el sol, las ballenas y sus presas se enfrentaban en titánicas luchas que rivalizaban con la legendaria batalla entre Mata Zyndu y Mocri Zati. Ahí, las mandíbulas repletas de dientes desgarraban y se defendían de los picos como dagas; la sangre azul cobrizo del cefalópodo se mezclaba con la de vivo color carmesí del cetáceo; un brazo repleto de ventosas rasgaba pedazos de carne allí donde el pez que amamanta no estaba acorazado de percebes.

Toda una eternidad de violencia limitada por la duración y la amplitud de la respiración contenida.

Cuando las hembras envejecían continuaban las tradiciones de la tribu, modulando cantos que transmitían la sabiduría y la fe de sus ancestros. Los machos, por su parte, se iban de casa y vagaban por los océanos salvajes como cazadores solitarios, con la única compañía de la soledad y de sus recuerdos de la manada. Solamente de tanto en tanto, cuando los acometía la urgencia de aparearse, se dirigían a la civilización para buscar manadas de hembras a quienes atraer con los cantos de cortejo.

Las ballenas conocían los barcos y los botes, y la mayor parte del tiempo ignoraban a esas criaturas inertes. Pero, últimamente, algunos de esos barcos se habían hecho peligrosos, mataban a madres y a tías y profanaban sus cuerpos. Las criaturas de miembros desproporcionados que habitaban en esos barcos eran bárbaros medio pulpos con los que resultaba imposible razonar. El hecho de que

estuvieran armados con lanzas más afiladas que el cuerno de una cruben y cabestrantes más poderosos que la cola de una ballena macho no significaba que tuvieran siquiera la moral de un ballenato de un año.

Por eso cuando el extraño barquito semisumergido junto al gigantesco barco-isla comenzó a cantar en el lenguaje de las ballenas, la matriarca de la manada que nadaba en las inmediaciones desconfió. El acento era extraño y sonaba poco articulado; el canto carecía de toda belleza. Pero, en cualquier caso, contenía un tosco esbozo del mapa de una mente foránea, los primeros signos de la presencia de una vida emocional, no solo inteligente, en esas rémoras aéreas pegadas al barco.

La matriarca de la manada no recordaba que hubiera ocurrido algo así jamás, y no estaba segura de cómo tomarlo. Las ballenas no interferían en los asuntos de los barcos, no más de lo que las tortugas migrantes se entrometían en los consejos de las gambas que habitan en los arrecifes de coral. Pero el canto del barco-ballena se hizo más fuerte, más insistente, y en sus trémolos la matriarca podía percibir muerte y sufrimiento, terror y grandeza.

Toda una eternidad de violencia limitada por la duración y la amplitud de una bolsa de aire, un barco moribundo repleto de almas rebeldes.

En todo caso, finalmente se convenció de la necesidad de involucrarse por lo que sus ancianos ojos contemplaron cuando se acercó al extraño barco-ballena para verlo de cerca: el barco-isla había enviado docenas de diminutos botes para rodear al barco-ballena, situado justo por debajo del agua, tan inmóvil como una ballena varada en la arena.

La matriarca reconoció la escena y supo lo que acontecería a continuación: los arponeros se pondrían de pie en la proa de sus diminutos botes y arrojarían sus puntas mortales al barco-ballena. Así era como habían muerto muchos de los miembros de la manada cuyos cadáveres habían caído lentamente al abismo tras ser despojados de su grasa.

Del barco-ballena surgió un rayo de luz que apuntaba a los pequeños botes que la rodeaban, que señalaba el peligro. Para la matriarca, el rayo de luz era tanto un aviso como una acusación: *¿Harás lo correcto?*

Estaba en la naturaleza de las ballenas no involucrarse en asuntos que no comprendían, pero la matriarca se sintió removida por una emoción profunda y conocida: la premonición de la pena, de la angustia, del remordimiento.

Había que hacer algo.

Hermanas, hijas, sobrinas, nietas, prestad atención a mi canto…

—¡Ballenas! ¡Ballenas! —gritaron algunos vigías desde lo alto de la jarcia del *Infinitas Praderas*.

Bajo la pálida luz lunar surgieron algunos característicos surtidores que empaparon a la tripulación de los coracles situados más en la periferia.

Las ballenas eran una presencia común en toda la gigantesca corriente oceánica que había empujado los barcos-ciudad de los lyucu hasta Dara. Aunque no eran originarios de la costa, los tripulantes del *Infinitas Praderas* estaban acostumbrados a la presencia de estas grandes pero apacibles e inofensivas criaturas. No era habitual que se acercaran tanto a los botes, pero ninguno de los lyucu sintió miedo cuando dirigieron su mirada al mar, con la esperanza de captar un destello de los visitantes.

El océano entró en erupción cuando una ballena emergió de golpe bajo un grupo de botes. Tablas rotas y remos astillados volaron por el aire acompañando los gritos de los guerreros lyucu. La inmensa ballena trazó un arco prolongado sobre la superficie y fue a estrellarse contra otro bote salvavidas, partiéndolo en dos.

Otra ballena salió a la superficie al otro extremo de la flotilla, hundiendo y destrozando algunos coracles.

Y otra.

La extraña música procedente del barco dara sumergido continuó sin interrupción, pero ahora fue respondida por más voces: algunas profundas, otras estridentes, chasquidos líquidos como crótalos de madera en una cueva subacuática, silbidos persistentes como la composición de un pastor que resuena en un valle con eco.

El rayo de luz procedente del barco sumergido señalaba hacia arriba como una espada alzada que perforara la penumbra del mar, centrando la atención en distintos grupos de embarcaciones lyucu. Allá donde señalaba el rayo de luz, arremetía una ballena, aplastando botes, rompiendo coracles, machacando miembros, astillando huesos. Los gritos de los aterrorizados lyucu inundaron el aire mientras el resto remaba desesperadamente hacia el barco-ciudad.

Takval, Toof y Radia estaban con el agua hasta la cintura. La luz de las antorchas revelaba los restos de mamparos rotos y cubiertas destrozadas a su alrededor. El garinafin había irrumpido en el lugar como un tornado, sin tener en cuenta la escala humana a la que había sido diseñado el barco.

El último gemido que habían escuchado procedía de algún lugar

distante al frente, en ese mismo nivel. Chapotearon hacia adelante en las frías aguas, despejando con brazos y armas los restos flotantes.

—Tengo que decir —afirmó Toof— que dejar suelto en el barco a un garinafin enloquecido fue una idea brillante por tu parte y la de tus amigos dara.

Takval le dedicó una sonrisa irónica.

—Me otorgas un mérito que no me corresponde. Estoy tan confundido como tú. Todo lo que queríamos era colarnos en el barco y poner unas cuantas bombas. A nosotros también nos ha cogido por sorpresa.

—Hay que oírle —masculló Radia sacudiendo la cabeza. E imitando la voz de Takval dijo—: «Todo lo que queríamos era mataros sin que os dierais cuenta». Hablas como un bárbaro dara.

—Creo que Tana se soltó para avisarnos —dijo Toof.

Takval echó a reír.

—Eso es lo que a ti te gustaría.

—Tú no la conoces como la conozco yo —insistió Toof.

La cubierta bajo sus pies se inclinaba hacia abajo y el agua ya les llegaba al pecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Radia.

Se detuvieron a escuchar el canto de ballena que reverberaba a través del barco.

—Suena como alguien aullando a la luna.

—Más bien tocando una trompeta.

—Más bien llorando y estornudando.

Una fría salpicadura los empapó cuando algo grande y pesado se estrelló contra el agua a unas docenas de yardas de distancia. El aire se llenó de un terrible alarido de dolor. La antorcha de Radia se apagó.

Toof avanzó por el agua y elevó su antorcha.

—¡Tana! —gritó.

La garinafin yacía con su inmensa cabeza semisumergida en el agua. Donde había estado su ojo izquierdo se abría ahora una herida con forma de cráter que exudaba sangre.

—¡Oh! ¡Pobrecita! —dijo Radia con voz temblorosa—. ¿Qué te ha pasado?

Toof y Radia avanzaron chapoteando hacia la gigantesca bestia, con una atroz lentitud.

—Deja que te vea la… cara —dijo Toof—. Ojalá tuviera tolyusa para aliviarte el dolor de la herida —murmuró.

Tana emitió un gruñido y sacó la cabeza fuera del agua. La helada agua de mar caía a cántaros de sus astas. Giró la cabeza para observar

las figuras que se aproximaban con el único ojo sin pupila restante. No había muestra de reconocimiento en él.

—¡Quietos! —gritó Takval—. ¡Retroceded!

Fue demasiado tarde. La bestia echó hacia atrás la cabeza, cerró con fuerza las mandíbulas y embistió…

Los tres humanos se zambulleron en el agua y la última antorcha se apagó…

Una lengua de fuego recorrió la superficie del agua, iluminando el interior destrozado del barco como un falso amanecer…

Bajo el agua, Takval hizo gestos a los otros dos. Toof y Radia se miraron y le siguieron, alejándose a nado de la garinafin enfurecida.

Çami Phithadapu había pasado años catalogando e interpretando los cantos de las ballenas, y había llegado incluso a desarrollar una notación inspirada en la música para registrar muestras. Cuando la princesa le solicitó alternativas para el «plan del percebe», ella le propuso la idea de cantar a las ballenas que podían verse con frecuencia en las inmediaciones de la flota.

—Los balleneros hablan de ballenas de cabeza abovedada que atacan a los barcos de forma coordinada —dijo Çami.

—¿Son informes *fidedignos*?

Çami se encogió de hombros.

—Son historias de taberna que cuentan marineros y compañeros borrachos, en las escalas entre expediciones balleneras. El vino y la cerveza suelen ayudar a decir la verdad, pero no siempre.

La idea era demasiado experimental e insegura como para jugarse las vidas de la flota apostando por ella como primera opción, pero la princesa decidió que merecía la pena considerarla como un buen plan de reserva, una plegaria a Tazu cuando todo lo demás fallara. Al fin y al cabo, estaban en el Año de la Ballena del calendario popular de Dara, y eso suponía una extraordinaria buena suerte para los cetáceos, ¿verdad?

Mientras la flotilla lyucu regresaba con premura al barco-ciudad, dejando atrás tan solo los restos de las embarcaciones y los muertos y moribundos, la tripulación de *La que Disuelve las Penas* estaba demasiado estupefacta por la carnicería causada por las ballenas como para entregarse a celebraciones. Tampoco había tiempo para ello. Todas las manos se afanaban en reparar las principales vías de agua. Su respiración se hacía cada vez más fatigosa a medida que el aire del interior del barco se iba viciando.

El capitán Gon se acercó a la princesa, con el rostro serio.

—No podemos…

—Ya lo sé —dijo Théra—. ¡Emerged!

Los fuelles empezaron a resollar cuando todos bombearon para introducir tanto aire como fuera posible en los tanques de lastre. Pero, en lugar de emerger, el barco comenzó a hundirse lentamente. En poco tiempo los tubos de aire quedarían sumergidos y no habría manera de detener el descenso de *La que Disuelve las Penas* hacia su tumba acuática.

—Soy un inútil —dijo el capitán Gon a la princesa, cabizbajo por la vergüenza—. Ha entrado demasiada agua al barco.

—No es culpa tuya —dijo Théra, y se giró para ofrecer una débil sonrisa a Çami—. Lo hemos intentado.

Çami levantó una mano, haciendo gestos para que se callaran. Las arrugas de la frente delataban que se hallaba inmersa en sus pensamientos. De repente, corrió a buscar su trompeta.

—¿Qué haces? —gritó Théra.

—¡Mi ensayo para el Gran Examen! —respondió Çami sin detenerse.

Los oficiales se miraron confundidos, pero los ojos de Théra se agrandaron al comprender y se echó a reír.

—Que los fuelles vuelvan a bombear aire hacia la proa —ordenó al capitán Gon.

De nuevo, el canto de ballena artificial de láminas de bambú y clamorosa trompeta inundó el mar.

—¿Pretendes llamar a las ballenas para que vuelvan a atacar los botes lyucu? —preguntó el almirante Roso. Su rostro mostraba una sonrisa desafiante—. Eres buena hija de tus padres. Moriremos matando.

Théra sacudió la cabeza.

—Nunca menciones la muerte si queda un mínimo destello de esperanza.

Mientras el cántico de Çami continuaba sonando, algunas de las ballenas de la manada se dieron la vuelta y nadaron hacia *La que Disuelve las Penas*. La tripulación se puso alerta, pero en lugar de atacar el barco las ballenas se situaron cuidadosamente a los lados del casco y lo empujaron con la cabeza.

El barco dejó de descender. Se produjeron nuevos golpes suaves y la tripulación contuvo la respiración.

Poco a poco, *La que Disuelve las Penas* comenzó a ascender.

—Las manadas de ballenas suelen actuar así con las compañeras heridas o los ballenatos jóvenes —dijo Çami, casi sin aliento, separando los labios de la embocadura de la trompeta—. *La que Disuelve las Penas* es algo grande, pero las he convencido de que no somos más que un ballenato bien alimentado.

El ensayo escrito por Çami para el Gran Examen versaba sobre la evidencia de asistencia al parto entre las ballenas. De hecho, fue ese ensayo lo que llamó la atención de Théra durante la guerra contra la invasión lyucu, cuando la princesa buscaba eruditos de talento para que la ayudaran a estudiar a los garinafins.

—Todavía no estamos fuera de peligro —advirtió el capitán Gon—. Cuando los lyucu hayan vuelto al barco-ciudad pueden decidir que si no pueden apresarnos bien pueden hundirnos.

Çami volvió a colocar sus labios en la embocadura de la trompeta y empezó a tocar con más fuerza que nunca.

Los guerreros lyucu regresaron al barco-ciudad y treparon por las escalerillas de cuerda. Algunos se dirigieron a las catapultas; otros empezaron a arrojar lanzas y hachas a las ballenas sumergidas que afloraban a la superficie cerca del barco. La coordinación brillaba por su ausencia puesto que thane Nacu seguía demasiado conmocionado por el último contratiempo como para lanzar un nuevo discurso con el que levantar el ánimo de sus guerreros.

Mientras la confusión y el caos reinaban en el barco-ciudad, los ocho soldados dara supervivientes se abrieron camino hasta la cubierta superior. Una vez allí consiguieron llegar hasta un coracle sin vigilancia. Si lograban bajarlo al agua y descolgarse hasta él, tendrían una oportunidad para escapar.

—Pero el barco-ciudad ha dejado de hundirse…

—No hay nada que podamos hacer…

—A lo mejor deberíamos volver a bajar y hacer sabotaje…

—¿Dónde está Takval?

…

La discusión les hizo perder un tiempo precioso. Faltos de liderazgo, los guerreros lyucu daban vueltas como un enjambre de moscas, pero finalmente se fijaron en los extranjeros que estaban junto a la borda. Con gritos espeluznantes, se juntaron en el lugar.

—¡Meteos en el coracle! —gritó uno de los soldados a sus camaradas—. Yo me quedaré a esperar al príncipe Takval.

—¿Cómo vamos a vivir con la vergüenza si huimos ahora? —contestó otro de ellos—. Prometimos esperarle.

Los soldados suponían que probablemente Takval ya estaba muerto, pero ninguno quería meterse en el coracle. Al final lo izaron a modo de barricada y se colocaron detrás para enfrentarse a la embestida de los lyucu.

Como eran analfabetos y no sabían de memoria ninguna cita de los sabios anu, se pusieron a cantar «Nunca hubo duda en mi corazón», como se decía que había hecho Mata Zyndu, hegemón de Dara y

semidiós para todos los soldados, cuando defendió su última posición junto al mar.

La sangre cubrió sus corazas y sus rostros y empapó el suelo bajo sus pies.

Treinta y seis guerreros lyucu cayeron muertos antes de que se desplomara el último soldado dara.

La matriarca supervisó el mar satisfecha: por todas partes había botes volcados y humanos ahogados, y los restantes botes se alejaban a remo.

Luego ordenó a la manada acudir al rescate del barco-ballena, mantenerlo a flote como si fuera un ballenato joven que aún no había aprendido a respirar. Pero el barco-ballena no emitió ninguna canción de alivio. En vez de eso se puso a cantar aún más fuerte, y su rayo de luz acusador apuntó al barco gigante.

La matriarca vaciló. Una cosa era volcar unas cuantas barcas pequeñas, pero ¿atacar a un barco-isla que empequeñecía a las ballenas tanto como estas empequeñecían a las simples rémoras? Su instinto la empujaba a alejar de allí a la manada, con la esperanza de no volver a ver nunca esta letal isla flotante de madera.

La llamada del barco-ballena era insistente, urgente. *Matadlo. Matadlo. Matadlo.*

Pequeñas figuras corrían de un lado a otro por el barco-isla, colocando ingenios de muerte. El barco-ballena estaba herido. No sería capaz de escabullirse.

La matriarca intentó recordar las tradiciones de las crubens, las ballenas con escamas soberanas del mar. ¿No había una fábula sobre un combate entre dos grandes crubens? ¿Sobre la importancia de terminar lo que se empezaba? ¿Sobre destruir al enemigo cuando estaba caído?

Le parecía volver a estar en el abismo tenebroso, rodeada por los tentáculos de adversarios que insistían en matarla. La única forma de salir del atolladero era cortar por lo sano. Sentía hervir la sangre con una rabia antigua que no había sentido en años.

Entonces entonó un canto prolongado y complejo, una epopeya anticuada de heroísmo y coraje, sobre la necesidad de defender a la tribu, aunque la tribu fuera solo un recuerdo tan difuso que parecía un mito. Sus hijas, nietas, e incluso biznietas, meros ballenatos, se unieron al coro.

En la distante oscuridad, una ballena macho que cazaba en solitario escuchó las voces ancestrales que vaticinaban guerra.

Como Langiaboto trazando un arco sobre las planicies, arrojada por el

brazo de Pékyu Tenryo, la ballena macho, de una longitud que duplicaba la de la matriarca, aceleró hacia el barco que se alzaba imponente como una isla.

Rodeó el barco una vez para intentar hallar un punto débil. Hachas, mazas y lanzas rotas llovían alrededor de su cabeza y rebotaban sin causar daños en su piel acorazada por los percebes. La ballena macho no tenía miedo. Había sobrevivido a innumerables encuentros con balleneros, como demostraban sus cicatrices. Cuando era arponeado, en lugar de huir se dirigía hacia los botes, obligando a los balleneros a cortar los cables atados a los arpones, igual que haría para escapar de un calamar gigante especialmente taimado que intentara ahogarle en el abismo cortando sus tentáculos. Los arpones habían quedado incrustados en su cuerpo, como trofeos de guerra alrededor de los cuales había cicatrizado la carne, y él era cada vez más fuerte.

La matriarca le había pedido que luchara por la tribu, que fuera a la guerra, un concepto que le intrigaba. Nunca antes había pensado atacar al barco ballenero en lugar de a los botes, pero ¿por qué no?

Las piedras caían desde el barco ballenero formando arcos y salpicaban el mar a su alrededor con columnas de espuma. La ballena macho era lo bastante ágil para eludir las piedras arrojadas, pero el ataque le afianzó en sus propósitos. Se sumergió.

El barco-isla pareció presentir que algo iba mal. Las velas estaban siendo aparejadas en los palos y el barco avanzaba, intentando escapar.

Esto era exactamente lo que la ballena macho quería. No sabía si podría atravesar el grueso tablazón de un ballenero, incluso si embestía a toda velocidad. Pero la cosa cambiaba si el barco estaba en movimiento. Las ballenas macho se enfrentan a menudo unas con otras, y él sabía por experiencia que el impacto era mucho más fuerte si ambos combatientes embestían.

Cogió velocidad para sobrepasar al barco, se dio la vuelta y se lanzó directo contra la proa. Su gruesa cabeza abovedada, rellena de aceite, aceleró bifurcando las olas.

Desde el punto en que encontraron a Tana, en lo profundo de la popa de la nave, Takval, Toof y Radia treparon, corrieron, nadaron y saltaron, siempre unos pasos por delante de la pesada bestia que los perseguía abriéndose camino a empellones.

Llegaron al cavernoso establo para el ganado.

Se trataba de una bóveda en mitad del barco-ciudad que se extendía a lo ancho de toda la embarcación, siendo uno de los mayores compartimentos del navío.

En lo alto, cerca del techo, una serie de ventanas estrechas

permitían que entraran el aire y la luz. Aquí era donde la expedición de Mapidéré había encerrado los cerdos y las ovejas que proporcionaban carne fresca a los oficiales y nobles, y donde Pékyu-taasa Cudyu había encerrado las reses para alimentar a sus guerreros. A estas alturas, claro está, todo el ganado había sido sacrificado y consumido, y lo único que había en ese espacio abierto eran camas de paja dispersas y el hedor de los excrementos y el purín.

Los tres humanos atravesaron a la carrera el amplio espacio abierto hasta alcanzar una pared de roble el doble de gruesa que los mamparos estructurales que dividían el barco en compartimentos estancos. La única salida era una pequeña puerta cercana al techo, a la que se accedía por una serie de pasarelas y escalerillas en zigzag. La abertura llevaba al almacén de pienso situado al otro lado. En caso de emergencia, la pequeña abertura podía taponarse para aislar los compartimentos estancos entre sí.

Los tres se abalanzaron hacia la base de una de las escalerillas y comenzaron a trepar. Si podían escapar por la puertecilla abierta en el grueso mamparo, estarían a salvo por un tiempo. A Tana le costaría un buen rato encontrar una salida, pues tendría que trepar a la cubierta superior o abrirse camino a empellones a través de la sólida pared de roble.

Las altas puertas del establo reventaron cuando Tana entró moviéndose con pesadez.

Ahora la incógnita era quién ganaría la carrera. ¿Conseguirían los tres humanos trepar hasta la pequeña abertura a tiempo? ¿O la enloquecida garinafin los atraparía antes de lograrlo?

El barco entero sufrió una sacudida, como si Fithowéo hubiera estrellado su lanza en el casco a modo de ariete. El casco vibró, la tablazón cedió, crujió y se resquebrajó por la violencia del choque, y el propio establo pareció deformarse por la presión.

Las escalerillas de bambú se soltaron de la pared al saltar sus anclajes. Los tres humanos cayeron al suelo, aturdidos por el impacto.

Hasta la garinafin perseguidora fue arrojada al suelo.

—¿Hemos chocado con un arrecife? —dijo Radia con la voz enronquecida.

Ni Takval ni Toof respondieron. El agua brotaba a chorros de las grietas del suelo. El barco-ciudad volvía a hundirse.

Con dificultad, los tres consiguieron ponerse en pie y miraron a su alrededor. Todas las escalerillas habían salido despedidas de la pared por el choque y ahora estaban desparramadas por el suelo en un revoltijo, como palillos de comer tras una cena. Las pasarelas que conducían a la abertura al otro lado estaban arrancadas de sus

anclajes. Algunas piezas colgaban inútilmente de la pared, solo parcialmente sujetas. Otras estaban amontonadas a los pies de la misma.

Tana se levantó, dio un chillido y avanzó un paso. La debilitada cubierta crujió bajo su peso.

Los tres corrieron, encontraron la escalerilla más larga aún intacta e intentaron levantarla bajo la puerta.

—Radia y yo la mantendremos firme —dijo Takval—. Tú eres el más ligero, Toof. Trepa hasta ahí arriba y encuentra una cuerda para subirnos. ¡Date prisa!

El suelo temblaba con cada uno de los pasos de la garinafin y a Takval y a Radia les costaba afianzar la escalerilla. Toof trepó por el tambaleante artilugio, aferrándose a cada peldaño con toda su fuerza.

Ya estaba arriba del todo. La puerta quedaba a unos quince pies de distancia.

—¡No puedo alcanzarla! —chilló.

—Podemos intentar elevar la escalera —propuso Takval.

—No es suficiente —gritó Toof—. Está demasiado lejos.

—A lo mejor podemos ampliarla con extensiones…

Se produjo otro choque y, a pesar de los esfuerzos de Takval y Radia, la inestable escalera no aguantó. Toof perdió pie, intentó inútilmente ralentizar su caída agarrándose desesperadamente a los peldaños pero no lo consiguió, y todos se desplomaron a los pies de la escalera.

Se levantaron con esfuerzo, con la espalda contra la pared.

Tana avanzó pesadamente hacia ellos, con sus ojos sin pupila enrojecidos por la furia. La garinafin jadeó.

Un paso más.

Thane Nacu no podía creer lo que veía. La maliciosa ballena macho, con los ojos brillando despiadadamente, se dirigía directamente contra su barco. Gritó al naro que estaba al timón que virara y apartara el barco de la trayectoria de esa criatura demente. Chilló a sus guerreros que se plantaran, que devolvieran el golpe, que cortaran el mástil del barco y lo usaran como lanza para poder destruir a la ballena enloquecida.

Pero no obtuvo respuesta. Cuando miró a su alrededor, Nacu vio que se había quedado solo en la proa del barco. Todos los naros-votan, los naros y los culeks le habían abandonado. A través de las espesas columnas de humo que se arremolinaban sobre cubierta, observó a su tripulación apiñada en la popa del barco como niños aterrorizados.

Nacu supo que estaba sentenciado. Podía luchar contra armas desconocidas, contra barcos submarinos, contra ballenas enloquecidas

y contra enemigos que surgían de la nada. Pero se sentía impotente si se quebraba el espíritu de sus guerreros.

Después de todo, no conseguiría regresar a casa.

Soltó una carcajada demente y arrojó su hacha a la descomunal cabeza de la ballena macho que embestía desde el agua. El hacha rebotó varias veces, reflejando la luz de la luna y de las antorchas.

Rebotó en la cabeza de la ballena, como un guijarro desprendido de una montaña.

La ballena golpeó contra el barco como un ariete de carne y hueso y los trozos rotos de madera salieron disparados en todas direcciones. Una tabla puntiaguda atravesó el cuello de Nacu.

La tripulación de *La que Disuelve las Penas* observaba los continuos e implacables ataques de la ballena macho al barco-ciudad lyucu.

Tras cada impacto parecía quedar aturdida y flotaba en el agua durante un tiempo hasta recobrar sus sentidos. Pero no se rendía. Se alejaba nadando del barco, trazaba un amplio arco y aceleraba de nuevo en dirección a la isla flotante.

Por todo el casco del barco aparecieron diversos boquetes de forma irregular por los que entraba agua a borbotones. El barco-ciudad dejó de avanzar y empezó a hundirse poco a poco.

Los botes salvavidas y coracles fueron cayendo al mar como bolas de masa en una olla hirviendo. Los desesperados lyucu se lanzaban al océano desde la cubierta en llamas y nadaban hasta alcanzar los botes.

—Mandad señales a la flota con una lámpara atada a una cometa —ordenó Théra—. Reparad el barco lo mejor que podáis. Nos aproximaremos remando y buscaremos a los nuestros.

Aunque el capitán Gon pensaba que había pocas posibilidades de encontrar a Takval o a los otros soldados, obedeció.

Takval se puso en pie y tomó la maza de guerra que llevaba a la espalda. Morir frente al enemigo, arma en mano, era el mayor honor que podía recibir un guerrero agon, y era especialmente adecuado para uno que aspirara a ser pékyu.

Sin embargo, Radia y Toof habían perdido sus armas durante la huida por el barco.

—Buscad patas de escalera de bambú y usadlas como si fueran lanzas de hueso —sugirió Takval.

Los dos jinetes de garinafins le ignoraron.

—Vamos —dijo Radia con arrullos—. Buena chica. ¿No recuerdas a tu Radia? Puedes olerme, ¿verdad? No pretendemos hacerte daño.

—Sé que tienes miedo —dijo Toof—. Sé que quieres golpearnos y atacarnos. Pero no soy tu enemigo. Vamos a intentar salir de aquí.

Aún tenemos tiempo.

El único ojo de Tana pareció aclararse por un instante, pero soltó un bufido y la nube de dolor y rabia volvió a cubrir el oscuro globo ocular. Lo único que recordaba era que un humano como estos le había cegado el ojo izquierdo. Su cabeza estaba llena de una punzante agonía peor que todo lo que había soportado en su vida de sufrimiento. Le resultaba difícil juzgar a qué distancia estaba de las tres figuras que tenía enfrente, así que dio un paso vacilante, estiró el cuello y gruñó. Las tablas bajo sus patas crujieron. Como había agotado todas sus reservas de gas elevador tras arrojar fuego por todo el barco, era más pesada de lo habitual.

Radia y Toof cerraron los ojos y abrieron los brazos. Conocían a Tana desde que era lo bastante pequeña para mecerla en sus brazos. No querían que muriese sintiéndose sola, sintiéndose como una huérfana.

Todo jinete de garinafin debía asumir que el animal que había criado desde pequeño podría llegar a matarle, pero eso no hacía más fáciles las cosas.

El barco-ciudad se estremeció por otro poderoso impacto. Encima de sus cabezas, el techo se resquebrajó y cayó. Al otro lado del agujero informe las estrellas titilaban tras una neblina de humo.

Las tablas situadas bajo las patas de Tana se rompieron y se hundieron y el agua empezó a manar a borbotones por la nueva abertura. Los repetidos ataques de la ballena macho habían debilitado la estructura del armazón de madera que sostenía el suelo del establo, y el peso muerto de la garinafin, ya carente de gas elevador, fue finalmente demasiado para las fatigadas columnas. Tana cayó parcialmente por el amplio hueco, aleteó desesperadamente, y a duras penas consiguió aferrarse con sus garras a las partes del suelo que se mantenían sólidas.

Un abismo de agitada agua marina que no paraba de subir separaba ahora a la garinafin de los humanos, que, una vez más, habían sido arrojados al suelo por el impacto.

Tana gimió lastimeramente. Volvía a ser el polluelo que había abandonado el refugio del huevo para salir al aire frío e implacable de la noche estrellada. El agua de mar la rodeaba e iba cubriéndola, tan salada como el líquido amniótico que la cubría cuando nació. Volvía a ser la cría huérfana a la que ninguna familia quiso adoptar. El padecimiento que sentía en la cabeza amenazaba con ahogarla tanto como el agua que la rodeaba.

Toof comenzó a cantar.

Las estrellas son más frías que las lágrimas de un tigre de

colmillos solitario.
El viento es más cortante que los dientes de un fiero lobo.
Recuéstate en mi pecho, mi dulce, querido niño,
nunca estás solo cuando escuchas el canto de la tribu.

—Es una bestia —dijo Takval suspirando—. Y las bestias siempre acaban por mostrar su verdadera naturaleza.

—El Padre de Todos nos creó a todos como bestias —contestó Radia—, pero la Madre de Todos nos otorgó a todos la esperanza de poder ser algo más.

Tana estiró el cuello para escuchar mejor la canción.

El agua entraba en torrentes al establo, ensanchando el abismo que separaba a Tana de los tres humanos. Al ver que la garinafin iba quedando más lejos, Takval se apresuró a levantar otra escalerilla contra el mamparo y trepó por ella. Toof subió el volumen de su canto para hacerse oír por encima del sonido de las olas.

Las tiendas brotan por las planicies como hongos tras la lluvia,
el pueblo recorre las praderas sin fin como las estrellas el mar nuboso.
Siente mis brazos que te rodean, mis ojos fijos en ti;
siente mi aliento sobre ti, mi voz a través de ti.
Nunca estás solo cuando escuchas el canto de la tribu.

La neblina que cubría el único ojo de Tana se desvaneció. Bajo la débil luz de las estrellas, su mirada tropezó con las tres figuras al otro lado del agua. Olisqueó el aire y un gemido de alegría se escapó de su garganta, similar al de un corderito que bala llamando a su madre.

Se escuchó otro potente choque y la tablazón se separó del esqueleto del barco mostrando más estrellas en danza tras el humo. Una ola derribó la escalerilla, la cubierta se inclinó y los tres humanos fueron arrojados al agua que seguía ascendiendo.

Con otro gemido, Tana se propulsó hacia delante y saltó al mar, al tiempo que estiraba el cuello hacia su familia.

Sin poder creerlo, Takval siguió a Toof y Radia, se subió al cuello de la garinafin y, mientras el barco se desmantelaba a su alrededor, Tana nadó hacia las estrellas.

La isla de madera inundada se hizo pedazos. La mitad trasera, casi intacta, se colocó en posición vertical, y la proa fue lo primero que se hundió, creando un gigantesco remolino. Los otros dos garinafins, incapaces de despegar, fueron arrastrados por el vórtice. Los lyucu que

se mantenían a flote lucharon para no dejarse atrapar por la superficie líquida que se agitaba, se revolvía y se arremolinaba.

Tana agitaba la cola de lado a lado, se impulsaba con las patas y agitaba las alas en ese espeso y turbulento medio, tan distinto del aire, su espacio natural. No le quedaba gas elevador en el cuerpo y tenía los pulmones llenos de agua. Sus miembros se fueron moviendo con más lentitud, con más rigidez. Aun así, conservó el cuello estirado hacia arriba para mantener a sus jinetes por encima de las turbulentas aguas.

Con un último gemido sibilante, como de disculpa, la garinafin cesó su lucha contra el implacable mar, comenzó a hundirse, y los tres humanos que la montaban saltaron para ponerse a nadar junto a su cabeza.

—¡Tana! ¡Tana! ¡No te rindas! —gritaba lloroso Toof.

Tana miró a Toof con su único ojo, y no lo cerró ni siquiera cuando comenzó a hundirse bajo las olas.

—¿Hay alguien vivo? —se escuchó un grito distante traído por el viento.

Era en la lengua de Dara.

La que Disuelve las Penas avanzaba entre los restos del naufragio. Todo resplandecía del color del oro bajo el sol naciente. La manada de ballenas y la ballena macho, con dolor de cabeza, habían partido en busca de nuevas zonas de alimentación. Hacia el sur, en la lejanía, el Muro de las Tormentas continuaba su inhumano despliegue de arrogante poder. A la naturaleza no parecía importarle nada la batalla que se había librado en estas aguas ni las vidas que se había cobrado. El oleaje moteado por el sol lo había borrado todo.

—¿Por qué estás buscando supervivientes lyucu? —preguntó Takval, que había sido rescatado del agua junto con Toof y Radia.

—Porque, ante el mar, todos los hombres son votan-ru-taasa —dijo Théra. El tono de su voz era frío.

Takval sabía que el regocijo de Théra ante su supervivencia era auténtico y profundo —la mirada de alivio de su rostro cuando lo subieron a bordo, sus temblores y sus miembros tan entumecidos que no podía ni siquiera sentarse, lo decían todo. Sospechaba que una parte se debía a consideraciones políticas prácticas: sin su presencia, no podía imaginar cómo iba a convencer a los agon de Gondé de que tenían que confiar en ella y en su pueblo para forjar una alianza. Pero también se preguntaba si otra parte tendría que ver con el hecho de que le hubiera tomado cariño en el breve tiempo que habían pasado juntos —se había precipitado a envolverle en otra manta y había intentado calentarle con el calor de su propio cuerpo.

No obstante, tan pronto como quedó claro que se repondría, su actitud se volvió más formal y fría, y le encargó que supervisara las tareas de búsqueda de supervivientes.

Takval sabía que le culpaba de la muerte de los soldados. Suspiró. No le explicó que si ellos no se hubieran quedado para retrasar la llegada de exploradores al interior del barco-ciudad plantándoles cara, hasta que explotaran las bombas antimuro, todo el asalto podría haber fracasado. Cualquiera de las partes de una discusión podía argumentar con tantos «y si…» como quisiera, y había una distancia demasiado grande entre sus posiciones y las de la princesa con respecto a la necesidad de sacrificio y la sabiduría de la piedad.

Aun así, no se le ocurrió sugerir que volvieran a arrojar a Toof y a Radia al océano. Y no solo porque sabía que Théra se opondría. Se había dado cuenta de que no podía… odiarlos tanto como le hubiera gustado. Era un sentimiento confuso.

Al final, Radia, Toof y Takval fueron los únicos supervivientes. Los cadáveres flotaban a la deriva por todas partes bajo el sol de la mañana, resplandecientes como un campo de crisantemos.

Una vez que los demás barcos de la flota se reunieron con *La que Disuelve las Penas*, dedicaron el día a la búsqueda y recuperación de los cuerpos de los soldados muertos, para poder ofrecerles un entierro adecuado en el mar tras un funeral solemne. Toof y Radia, prisioneros y atados, permanecían mudos y conmocionados sobre cubierta, lamentando la muerte de su montura y la de sus compañeros.

Takval también convenció a Théra de que rescatara algunos restos del naufragio. Aunque gran parte de las provisiones de comida del barco-ciudad se habían estropeado al caer al mar, muchos de los baúles y morrales permanecían a flote, con materias primas y artefactos lyucu que serían útiles una vez llegados a Gondé: huesos de garinafin, cuencos de cráneo, odres para el agua, postes de tienda, vejigas de flotación y demás.

Llevaría días reparar los daños de *La que Disuelve las Penas*. Una robusta estructura de bambú reemplazó la pantalla que había estado colgada entre el *Semilla de Diente de León* y el *Loto Flotante* y, con la ayuda de una grúa pórtico improvisada, el buque estrella quedó elevado todo lo posible por encima del mar, para poder parchear adecuadamente las vías de agua. La tripulación penetró en lo más profundo de la sentina y fue trepando por toda la parte expuesta del casco.

Théra permanecía en el castillo de popa del *Semilla de Diente de León* cuando el almirante Roso se acercó a ella, visiblemente nervioso.

—Alteza, hemos encontrado un polizón.

CAPÍTULO ONCE

EL POLIZÓN

A LO LARGO DE LA CORRIENTE OCEÁNICA HACIA UKYU-GONDÉ: SEXTO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS

Cantad, recuerdos. Cantad.

Las islas destellaban como un puñado de joyas desperdigadas por un mar color burdeos. En torno a ellas se levantaba un tembloroso velo de tormentas, una máscara de seda que envolvía el aro de una corona para mantener envuelto en misterio el rostro de su portador. En la grandiosidad del mundo, Dara no era más que un pequeño rincón, no más importante que una estrella en el empíreo infinito, o que el espiráculo de una ballena en la inmensidad del océano.

Pero permanecer a esta altura congelaría la corriente sanguínea oceánica y mantener una perspectiva tan distante enfermaría de melancolía la mente y el corazón; así pues, descendamos, acerquémonos y escuchemos.

Un tintineo de pisadas, como una lluvia de primavera sobre hojas de bambú.

«¿Qué esperas encontrar al acometer este viaje sin precedente, hermano?».

Una risa antigua, correosa, arenosa, sabia, llena de tanta textura y color como los charcos de la marea en las playas negras de la antigua Han.

«Si supiera la respuesta a eso, mi pequeña hermana, la última hija de los dioses, no me molestaría en partir. Lo que yo pretendo es adentrarme en terra incognita».

Dos voces ahora: lava burbujeante y glaciar de lento avance, un vapor siseante donde el fuego se encuentra con el hielo.

«No lo aprobamos. Nuestro encargo era guiar y proteger a Dara…».

«…no abdicar nuestra responsabilidad cuando las cosas se ponen feas».

Una carcajada salvaje, como las olas del temporal que baten los acantilados de La Garra del Lobo.

«¡Yo voto que sí! Dejad que Lutho adopte forma mortal; creedme, es tan malo como pensáis, pero no dejéis que eso le detenga. Que la vieja tortuga busque a los inmortales al otro lado del Muro de las Tormentas, como los locos de Mapidéré. Estas islas, por no hablar de esa deidad que los lyucu

han traído con ellos, son demasiado pequeñas para nosotros dos».

El charco de marea de nuevo: cientos de criaturas, un microcosmos en lucha, un mundo en miniatura en equilibrio dinámico, un millón de ondas entrecruzadas bosquejando un billón de pensamientos, autogeneradores, autorreflexivos, autocríticos.

«No estamos votando. Mis hermanos y hermanas inmortales, no empequeñezcamos la naturaleza de ninguno de nosotros mediante la fuerza o la compulsión. Mi naturaleza es alcanzar nuevos conocimientos como la del girasol es seguir la órbita solar. Al seguir esa chispa divina original, implantada en mí por nuestros padres, el noble Thasoluo y la magnánima Daraméa, no estoy abdicando de mis obligaciones como guardián de Dara más de lo que Théra ha abdicado de sus obligaciones como heredera del trono al perseguir a través del océano a quienes pretenden hacer daño a su pueblo».

Un bramido de vientos —como el chillido de mil halcones mingén — y el suave burbujeo de manantiales termales —como el balido de mil corderos recién nacidos.

«¿Nos recordarás cuando adoptes forma mortal?».

«¿Recordarás las vistas y los sonidos de Dara más allá del Muro?».

«¿Hay algunas palabras de sabiduría que desees que recordemos, hermano?».

«¿Tienes alguna tarea inacabada que desees que completemos, hermano?».

«¿Cuándo y cómo regresarás?».

Estruendo de mareas altas en la lejanía, que traen nuevas formas, nuevos olores, nuevos sabores, nueva vida, una avalancha que destruirá este charco como lo ha hecho tantas veces, pero que también lo refrescará, como un dyran envejecido que se zambulle en un volcán subterráneo para rejuvenecerse.

«Aunque soy el dios del conocimiento, desconozco qué nos depara el futuro, hermanos y hermanas. No tengo respuestas para vosotros. Pero… hay algo que quiero compartir con todos antes de mi partida. Nuestros padres nos encargaron que cuidáramos de Dara y de su pueblo, pero cada vez dudo más de nuestros métodos».

«¿Qué quieres decir, sabio hermano?».

«Hubo un tiempo en que interferíamos directamente en los asuntos de los mortales, haciendo la guerra con ellos como enormes campeones. Hubo un tiempo en que guiábamos e instruíamos, en que ofrecíamos la salvación mediante milagros y castigábamos con profecías. Esos métodos funcionaron a veces, pero fracasaban con la misma frecuencia. Me pregunto si no hemos sabido entender lo que nuestros padres pretendían».

«¡Caray! ¡Esta sí que es buena! ¿Qué crees que deberíamos hacer

entonces, vieja tortuga?».

«Los buenos padres comprenden la naturaleza de sus hijos y la cuidan en lugar de frustrarla. Un buen guardián no debería hacer menos por aquellos a quienes tiene a su cargo. Forma parte de la naturaleza de los mortales no dejar de ampliar su campo de entendimiento y buscar la maestría por encima de su propio destino. Tal vez deberíamos dejarles que lo hicieran».

«¿Qué? ¿Crees que no deberíamos hacer nada?».

«No. Pero tal vez deberíamos mantenernos un poco más lejos y manifestar nuestra naturaleza divina mediante una regularidad planificada en nuestros respectivos dominios. En lugar de acorralarlos ineficazmente con fuerza bruta y misterios insondables, demos un paso atrás y permitamos que los mortales pesen el pescado y descubran las maravillas de un universo que es cognoscible. Con almas más grandes, podrían protegerse a sí mismos mejor de lo que podemos protegerlos nosotros».

Ruidos de furia y oposición: truenos, rayos, estruendo de tormentas, erupciones volcánicas…

Pero ninguna respuesta por parte de Lutho.

Los dioses de Dara no tenían permitido abandonar su reino. Para seguir a la princesa Théra al otro lado del Muro de las Tormentas debía convertirse en mortal. Y los oídos mortales no están en sintonía con las voces divinas.

Los diversos sonidos de choques de armas, rechinar de placas de armadura y aporreo de escudos fueron gradualmente fusionándose en la música metálica de la *moaphya*, placas de bronce golpeadas con un mazo. La música reverberaba sobre la superficie de las montañas y del mar y devolvía al músico una imagen reflejada hasta que sonido y luz eran indistinguibles.

«Cuentas con nuestra bendición, hermano. Ojalá encuentres lo que deseas, aunque no sepas lo que buscas. Yo tuve que volverme ciego antes de poder ver y tal vez tú tengas que caer en el olvido antes de poder alcanzar una nueva sabiduría».

El canto de los recuerdos era un revoltijo caótico de sonidos incapaz de cohesionar en sílabas. Sus ideas estaban formadas por luces y sombras incapaces de fusionarse en formas y objetos. Carecía de lenguaje; era una criatura de sensaciones e instintos.

Se encontraba en un lugar oscuro, que ella desconocía que se denominaba la bodega de un barco. Sus pies estaban inmersos en algo húmedo y frío, algo que no sabía que llamaban agua marina. Sentía una necesidad que desconocía que se denominaba hambre. Sentía un ansia que no sabía que se llamaba sed. Carecía siquiera de la sombra de un recuerdo de estas sensaciones en su mente, porque en su vida

anterior jamás las había experimentado.

Se abrió una puerta por encima de ella. La luz inundó la oscuridad y mostró ángulos, bordes y superficies. Oyó pisadas sobre su cabeza. Se mantuvo inmóvil. Las pisadas retrocedieron. La puerta se cerró. La luz desapareció y la oscuridad se tragó al universo.

Movimiento. Nuevas luces y sombras que se escabullían más allá de los límites de su visión.

Se le acercaron criaturas de rabo largo y ojos enrojecidos, y no sintió miedo ni repulsión porque no sabía que las llamaban ratas.

Las criaturas la miraron con curiosidad; se giraron y soltaron los objetos que sujetaban en las mandíbulas sobre el saliente en el que estaba sentada. Las agarró y se las llevó a la boca; las masticó. Eran fibrosas y saladas. Tragó y sintió cómo el vacío de su estómago era reemplazado por plenitud.

Intentó llevar su boca al líquido frío en donde tenía sus pies pensando que el suave y blando medio despegaría su hinchada lengua del velo del paladar. Pero el amargo líquido solo empeoró las cosas. Tenía que aprender a lamer las gotas que caían del techo del espacio oscuro en que se encontraba, que aparentemente carecían del amargor que le había hecho sentir arcadas.

Las criaturas regresaron con más cosas para ella. En esta ocasión eran redondas y suculentas. Las mordió y sintió en la lengua el delicioso hormigueo del primer dulzor, que aplacó el fuego de su garganta.

Intentaba comprender el mundo a través de los sentidos. No sabía por qué lo hacía, pero tenía un vago recuerdo de la idea del peso, de la medida; intentaba captar la escurridiza y fría verdad que revoloteaba en la oscuridad como las criaturas escamosas que le rozaban los pies de vez en cuando.

Estudió las superficies y acarició los toscos tablones a su alrededor hasta que sus manos sangraron. Contempló, fascinada, las heridas en su piel. La sensación de dolor era novedosa. Al principio le gustó, y luego descubrió que se oscurecía, persistía y se hacía desagradable. No se detenía. Aprendió a evitar el dolor.

Empezó a comprender que la visión no podía penetrar en el interior de las cosas, y comenzó a asociar imágenes con texturas, con peso, con calor y frío.

Mientras dormía tuvo visiones de cuervos blancos y negros, de tiburones y tortugas, de palomas y peces, de aves volando por el cielo. No conocía sus nombres, y mucho menos las razones por las que soñaba con ellas.

Las criaturas regresaron, esta vez con algo blando y voluminoso.

Intentó comerlo pero no le gustó el sabor. Intentó envolverse con ello. Se sintió caliente y dejó de tiritar. *¡Qué sensación tan placentera!*, pensó, pero sin palabras. No había sabido que tenía frío hasta que dejó de tenerlo. El cambio es lo que posibilitaba el conocimiento.

Se dejó llevar por los olores y los sabores, por el salobre hedor del mar, el agrio gusto del pan rancio repleto de gusanos, los fragantes aromas que penetraban en la bodega procedentes de fuentes desconocidas, evocadores de misterios. Reflexionó sobre cómo era posible conocer la verdad de algo sin verlo o tocarlo.

Pero fue la sensación de oír la que más la emocionó. Los sonidos no eran como la luz o el tacto: no procedían exclusivamente de las superficies. Los sonidos venían del interior de las cosas, del interior de la piel del mundo que la envolvía.

Chirridos, gemidos, gritos lastimosos. No sabía que se los llamaba música o cantos, pero sentía que su cuerpo se movía en sintonía con ellos, que su respiración y su corazón se fundían con ellos. El canto no era un recuerdo, pero animaba su espíritu. Por primera vez sintió la urgencia de cantar ella misma, abrió la boca y aprendió a respirar de un modo diferente, colocar la garganta, la lengua y los pliegues del cuello para imitar la música que oía. Así descubrió su voz.

Golpes, sacudidas, fuertes choques. Gorgoteos y salpicaduras de agua. Chillidos. Balbuceos aterrorizados. Intentaba imaginar las fuentes de los nuevos sonidos sin conseguirlo.

Entró más agua en la bodega. Las criaturas peludas de rabo largo fueron arrastradas por ella y nadaron hacia las paredes, arañando las superficies resbaladizas para intentar subir. El mundo daba tumbos, se inclinaba, y el agua seguía ascendiendo en una ola gigantesca que arrojó a las criaturas lejos de las paredes, la arrancó a ella del banco y se la tragó.

No tenía miedo porque no sabía de qué debía tener miedo.

El agua le llenó las fosas nasales y la boca y la hizo toser. Le quemaba la garganta y los pulmones. Se dio cuenta de que no podía respirar.

Se apoderó de ella una sensación que no sabía que se llamaba pánico. El agua la sacudió y la revolcó mientras intentaba escapar como fuera. Pero el medio maleable y frío no le facilitaba agarre alguno y no consiguió ningún progreso. Se sentía aturdida, como si los pensamientos se le ralentizaran, como si su propia esencia se estuviera recluyendo al igual que la luz que de tanto en tanto creaba un universo a partir de la oscuridad.

En medio de la sacudida de las aguas, una de sus manos topó con algo. El objeto se retorció al agarrarlo; era una de las criaturas de rabo

largo. Apretó con más fuerza los dedos. Las criaturas le habían proporcionado regalos que la habían ayudado, ¿querrían ayudarla de nuevo? La que tenía en la mano pateó de forma salvaje y sintió un dolor agudo y penetrante cuando sus diminutas mandíbulas la mordieron en un dedo. Abrió la boca para gritar y tragó más agua fría. Se negaba a soltarla. Por alguna razón, consideraba que aferrarse a la criatura era la única manera que tenía de salvarse; estaba segura. Apretó aún con más fuerza y sintió cómo se chascaban sus delicados huesecillos. La criatura dejó de luchar.

El mundo volvió a dar tumbos y a inclinarse, esta vez hacia el lado contrario.

La ola se retiró tan súbitamente como antes la había arrollado. Se encontró sobre un saliente con el agua cayendo a manta sobre ella. Tosió, se atragantó y respiró agitadamente. Se aferró al saliente con cada fibra de su ser.

Se sentó y abrió los dedos y observó a la criatura que tenía en la mano. No se movía. Ladeó la mano y la dejó caer suavemente sobre el saliente. Se inclinó y colocó la mejilla junto al pequeño hocico. No respiraba. La levantó y la arrojó al agua que se retiraba a sus pies, con la esperanza de que así pudiera revivir. Al fin y al cabo antes había nadado, ¿no?

Pero la criatura fue arrastrada con el resto de objetos que flotaban en la bodega. En nada se diferenciaba de los pedazos rotos de madera, ni de los oscilantes tapones de corcho, ni de los cucharones de cáscara de coco.

Sin vida. El concepto se le apareció con un destello de terror. Estaba *muerta.*

Nunca volvería a experimentar el dulzor y el amargor, nunca volvería a necesitar agua o a tener ansias de comida, nunca volvería a danzar sobre los toscos tablones con sus patitas revoltosas, nunca volvería a sentir los olores y sabores del mundo mediante su respiración jadeante, nunca volvería a estar rodeada de un universo de sensaciones deliciosas, terribles y misteriosas.

La agarró, la sacó del agua y se la quedó mirando. Se apoderó de ella un dolor que nunca antes había conocido, que empezaba de forma punzante en mitad del pecho y subía hasta clavársele detrás de los ojos. La vista se le hizo borrosa y la respiración rápida y superficial. Así fue como aprendió lo que es la pena, el remordimiento, la muerte. Empezó a cantar la única canción que conocía, la canción que le había mostrado que tenía una voz. Era de duelo; era de recuerdos, era una desafiante afirmación de la vida. Mientras pudiera cantar, podría respirar.

No era consciente de que la muerte había sido algo extraño para ella en su anterior estado de existencia, pero ahora comprendió que, en esta vida, la muerte sería su constante compañera y su maestra.

Théra examinó a la polizona.

La muchacha tenía alrededor de doce años, la piel oscura, los miembros largos y los ojos de un vivo color verde que eran comunes entre la gente de Haan. En lugar de mirar a Théra, sus ojos recorrían el mar, desplazándose velozmente de un resto del naufragio a otro. Su mirada parecía demorarse en los cadáveres flotantes y su garganta producía unos gemidos aterradores.

El modo en que se apretaba contra la imponente figura del almirante Roso, que mantenía una actitud protectora detrás de ella, y la manera en que entrecerraba los ojos frente a la brillante luz del sol y se agarraba los brazos a la defensiva le hacían pensar a Théra en una rata asustada.

—La encontramos en la bodega del barco, en un frío compartimento para productos agrícolas. Menos mal que lleva una ropa adecuada —dijo el almirante Roso señalando la gruesa capa abultada de invierno que la envolvía—. El cuarto estaba cerrado y no podía salir, y supongo que los cocineros no la vieron las pocas veces que entraron a buscar provisiones.

—¿Alguien la reconoce? —preguntó Théra.

—Nadie en *La que Disuelve las Penas*. He enviado esquifes a los otros barcos con bocetos y una descripción de la chica, pero dudo que alguien la conozca.

Théra se dirigió a la muchacha con voz suave y amable.

—¿Cómo te llamas, hermanita? —La chica tenía más o menos la edad de Fara.

—Lo hemos intentado —dijo el almirante Roso—, pero no habla.

—Ah, ¿quieres decir que es sordomuda?

—No. Puede oír perfectamente, y puede cantar. De hecho, así es como la encontramos: cantando como una ballena en la bodega. Simplemente parece desconocer el lenguaje humano.

A Théra la respuesta la cogió desprevenida.

—¿Cómo puede ser? ¿Es una huérfana abandonada en la naturaleza? ¿Lo que la gente llama un niño de los dioses?

—Un niño de los dioses —dijo de repente la chica, imitando a la perfección lo dicho por Théra. Había bajado los brazos y la contemplaba con inmensa curiosidad.

Théra se sobresaltó y luego soltó una risita.

—¡¿Y eso, renacuajo mentiroso?! —bramó el almirante Roso—. ¡Percebe descascarillado! ¡Anguila escurridiza! ¿Me tomabas el pelo

para que pensara que no sabes hablar? ¿Cómo te atreves...?

—¡Lo hemos intentado! ¡¿Me tomabas el pelo?! ¡Renacuajo mentiroso! ¿Cómo te llamas? Sordomuda. ¿Cómo es posible? —dijo la chica imitando a Théra y a Mitu Roso por turnos. Su voz era nítida y musical y recordaba al sonido de un arroyo cristalino.

La cara de Roso se puso tan roja como una baya madura, pero antes de que pudiera estallar Théra le hizo callar con la mano.

—No creo que esté tomándote el pelo.

—¿Cómo lo sabéis, alteza? —preguntó Roso.

Théra se giró hacia Takval, que se encontraba a su lado, observando en silencio.

—¿Conoces algún trabalenguas en agon?

—¿Un trabalenguas?

—Una frase difícil de decir sin trastabillar —dijo Théra—, aunque el agon sea tu lengua materna.

—Ah —Takval pensó un momento—. Dia dia diaara culek, ally ally allyuri rupé.

La muchacha, que observaba a Takval y a Théra con atención, esperó unos segundos antes de hablar.

—Aunque el agon sea tu lengua materna. Ah. Dia dia diaara culek, ally ally allyuri rupé.

Théra intentó hacer lo mismo.

—Dia dia dia a a… dia-a-ra-ra… Olvídalo. Tienes que repetirlo más lentamente.

Takval siguió hablando agon con la chica, emocionado. La chica respondía y ambos parecían estar llevando una conversación, pero Théra se dio cuenta de que solo repetía ciertas frases de lo que Takval había dicho. Poco a poco la emoción fue desapareciendo del rostro de Takval y fue reemplazada por la perplejidad.

—¿Pronuncia las palabras de forma extraña? —preguntó Théra.

—En absoluto. Habla como alguien de mi tribu. En Gondé pude conversar con algunos de los antiguos prisioneros dara que fueron esclavizados y aprendieron la lengua de las planicies, y siempre hablaban con un extraño acento, al igual que tú. Pero esta chica… habla como si hubiera nacido en Gondé.

Théra se volvió hacia el almirante Roso.

—Si estuviera disimulando y tomándote el pelo, no podría haber hecho lo mismo con Takval. No hay ningún nativo de Dara en esta expedición que conozca la lengua de las planicies, y menos aún que pueda hablarla sin acento. Creo que en verdad desconoce el habla humana, y que solo imita los sonidos a la perfección.

Algo más calmado, el almirante Roso dijo:

—Propongo que la encadenemos y la mantengamos en la mazmorra bajo constante vigilancia. No sabemos quién es ni qué clase de diabluras podría hacer. ¿Es una espía? ¿Es una sabotea…?

Théra meneó la cabeza y le interrumpió.

—No creo que sea ninguna amenaza. En ocasiones los dioses nos ponen a prueba y nos envían visitantes inesperados.

Luz. Era tanta la luz. Tanto espacio abierto. No podía creer lo brillante que era el mundo, lo grande que era o cuántos colores y formas existían. Se sentía abrumada.

Entonces se dio cuenta de los objetos alargados que flotaban en el agua. Se fijó con más atención. Tenían la misma forma que ella, y entonces supo que experimentaban el mundo de la misma manera. Pero no se movían. Eran como los mástiles rotos y los toneles destrozados, como las tinajas que oscilaban y la espuma en las puntas de las olas, como la criatura de rabo largo que se mecía en el agua fría en el fondo de la bodega.

Estaban muertos.

Lamentó su muerte. El escenario de destrucción le revolvía el estómago. No había mayor terror que la muerte ni había en el mundo una maldad mayor que la de causar la muerte.

Y había otras criaturas con la misma forma que ella. Pero no eran cadáveres. Estaban vivas.

Cantaban para ella, y su canto era distinto al que ella conocía. Podía comprender la belleza de las canciones: amor, nostalgia, comprensión del interior de las cosas más allá de su superficie. Las canciones deleitaban su corazón, lo acariciaban, estremecían sus pulmones, su garganta y su lengua en simpatía. Entonces comprendió que en tanto los sonidos la revolvieran de esa manera, en tanto fuera capaz de estremecer a otros con esos sonidos, podría mantener a raya a la muerte.

Quería aprender a cantar así. Más que cualquier otra cosa.

Una vez que *La que Disuelve las Penas* estuvo completamente reparada, la flota abandonó el cementerio acuático y continuó su camino.

Las lecciones de lengua de la joven continuaban mientras la expedición dara seguía navegando, primero rumbo al oeste y luego hacia el sur.

Toof, Radia y Takval le enseñaron la lengua de las planicies. Como la muchacha viviría en Ukyu y Gondé, lo único importante para ella era aprender los dialectos que le pudieran ser útiles allí. Théra también asignó a un grupo de instruidos tutores para que le enseñaran la lengua vernácula de Dara. Entre ellos estaba Razutana Pon, el

cultivacionista, cuya reputación entre los demás eruditos había mejorado cuando se difundieron las historias sobre su valiente e inteligente plan para soltar al garinafin que causó el caos en el barco-ciudad durante el abordaje.

—A lo mejor, cuando aprenda a hablar —dijo Théra—, podrá contarnos cómo llegó hasta aquí y qué es lo que desea.

Aunque Théra sentía curiosidad por los orígenes de la chica, otros asuntos más urgentes requerían su atención. Sin embargo, la presencia de la muchacha le mostró la solución a un problema que la había estado acosando.

La principal razón por la que los miembros de la tripulación aprendían tan despacio la lengua de las planicies era que se trataba de hombres y mujeres completamente adultos. Agobiados por el respeto que creían merecer, les resultaba difícil liberarse de esa carga, arriesgarse a ser vistos una vez más como tontos e incompetentes, aprender los nombres de las cosas simples, cotidianas, intentar explicarse correctamente, ser vulnerables —en otras palabras, ser como niños.

Hasta la propia Théra, a pesar de sus buenas intenciones, sentía el mismo impulso por evitar el ridículo. Pero sin arriesgarse al ridículo era imposible aprender.

Sin embargo, la polizona no tenía que enfrentarse a ninguno de estos obstáculos y, mientras los miembros de la expedición supervisaban las lecciones de lengua, supuestamente destinadas a la chica, podían ir aprendiendo al tiempo que lo hacía ella.

Gran parte del aprendizaje, pensaba Théra, consistía en olvidar lo mucho que ya sabías.

Había discusiones entre los profesores, por supuesto. Takval y los jinetes de garinafins lyucu disentían acerca de cuál era el dialecto de las planicies más apropiado, y los eruditos asignados por Théra, provenientes de las diferentes regiones de Dara, no conseguían ponerse de acuerdo sobre cuál era el mejor acento. La muchacha parecía tomarse todo esto con filosofía, y aprendía múltiples maneras de expresar lo mismo con ecuanimidad, imitando a la perfección las distintas vocalizaciones.

Una de las mayores discusiones fue a causa de su nombre.

—No podemos llamarla siempre «la chica» —dijo Razutana—. Como dijo en una ocasión Poti Maji, *«Réfigéruca cadaé pha thicruü co mapidathinélo»,* es decir, «Un nombre adecuado es el principio de la comprensión».

—El pueblo de las planicies es el que tiene derecho a darle un nombre —dijo Takval—, porque solo fuimos capaces de entender su

condición cuando habló por vez primera en nuestra lengua. Llamémosla Ryoana, por Toryoana, el dios misericordioso de manos sanadoras. Ella simbolizará el viento sanador que ha de soplar sobre las planicies.

Toof y Radia expresaron de inmediato su apoyo. A los dos naros lyucu les había caído bien el príncipe agon desde su encuentro en el barco-ciudad, y podían recorrer *La que Disuelve las Penas* con relativa libertad solo porque Takval había insistido en que les permitieran enseñar a la chica a hablar en su lengua (en gran parte) común.

Además, la sugerencia de Takval era propicia. En lugar de hacer referencia al conflicto y la guerra, que estaban tan seguros de que era parte del futuro de los lyucu y los agon como de que la corriente oceánica les empujaba a su destino, Takval había escogido conmemorar este momento de relativa paz.

Pero Razutana se opuso.

—¿Por qué deberíamos darle un barba, un nombre que no existe en el anu clásico? Es una muchacha de Dara. Démosle un nombre en honor a Lutho, el dios de la sabiduría: llamémosla Yemilutho. Será todo un presagio de la ilustración que llegará al pueblo de las planicies.

—¿Qué te hace pensar que es una muchacha de Dara? —preguntó Takval. Había un toque de enfado en el tono con el que respondió a la ofensa apenas encubierta de la propuesta de Razutana.

—Porque… porque la encontramos en este barco —contestó Razutana—. ¿De dónde si no iba a ser?

—*Nosotros* también nos encontramos en este barco —dijo Radia—, al menos por ahora. Según tu lógica, ¿nosotros también somos de Dara?

Toof y Radia estaban resentidos con Razutana por lo que le había hecho a Tana. Con toda seguridad, ellos iban a oponerse a cualquier cosa que este propusiera.

—¿Me estáis diciendo que ha recorrido todo el camino desde Ukyu y Gondé hasta aquí? —contestó Razutana con incredulidad.

—Eso no es más improbable que tu teoría —argumentó Radia—. No sabemos de dónde viene, y habla lyucu a la perfección.

—Thoryo.

Todos se giraron hacia la muchacha, que se señalaba a sí misma.

—Thoryo —repitió.

—Ese no es un nombre dara —se burló Razutana—. Ni siquiera sé cómo escribirlo con ideogramas.

—Tampoco es un nombre lyucu —dijo Radia—. Suena a bárbaro.

—Indudablemente no es un nombre agon —dijo Takval— Pero…

suena bien como nombre.

—Bueno, ya que desconocemos su ascendencia o su linaje, creo que la única que puede poner un nombre a Thoryo es Thoryo —dijo Théra —. Al fin y al cabo, ella no es lyucu, ni agon, ni dara. Tendrá que descubrir por sí misma quién es.

Mi nombre es Thoryo. Voy a bordo de un barco llamado La que Disuelve las Penas. *Estoy viva.*

Lo pronunció para sus adentros, primero en ambas variedades de la lengua de las planicies, luego en los múltiples dialectos de Dara, y por último en una mezcla de palabras y gramáticas de todos ellos, probando las sílabas en su lengua, del mismo modo en que había pasado las manos sobre las texturas que encontró en la bodega: el blando pelaje de la rata muerta, el punzante frío líquido del agua marina, las ásperas astillas de la madera sin desbastar.

Qué magia tan poderosa es esta, pensó Thoryo, trazar un mapa del mundo de las cosas poniéndoles nombre, construir con esos nombres estructuras etéreas, razonar y sentir a partir de esas estructuras, trasladar la luz y las sombras, los ruidos y los olores, los sabores y los sentimientos al pensamiento.

Y luego, dar forma al aliento con los labios y la lengua para hablar, articular y modular sonidos para formar sílabas, acumular sílabas en palabras, situar las palabras en frases, organizar las frases en el canto del discurso, interpretar esa música formada por pensamientos con el instrumento vivo que era la totalidad de su cuerpo.

Y todavía era más maravilloso escuchar, que su música fuera comprendida por otro, que un cuerpo diferente vibrara en simpatía, que una mente distinta viera, oyera, tocara, saboreara y oliera las mismas cosas que ella veía, oía, tocaba, saboreaba y olía.

El habla era su forma de entender el interior de otra mente, el modo en que incorporaba el mundo al interior de sí misma, el modo en que conservaba los recuerdos —mediante silenciosos recitados del presente hasta que el presente se convertía en pasado, perdía su intensidad y su color, hasta que solo quedaban las palabras; pero tan pronto como volvía a pronunciar las palabras, también los recuerdos volvían a la vida.

La magia del habla era efímera, desaparecía en el mismo momento en que se oía. Cualquier locución moría tan pronto como nacía. Vivir era respirar, y ser humano era pensar. Por tanto el habla, siendo pensamiento en forma de respiración, era tan mortal como el hablante. Por mucho que uno lo intentara, no podía retener el habla.

Por eso la maravillaba tanto.

La flota seguía las huellas de la travesía que Luan Zya había recorrido hacía décadas, dejándose llevar por la gran corriente oceánica rumbo a las lejanas costas de Ukyu y Gondé.

Los eruditos estudiaban a diario las estrellas, tomaban medidas y observaciones y registraban las maravillas que contemplaban a su alrededor. Çami trepaba hasta la cofa de vigía para reseñar los surtidores que emitían los espiráculos de las ballenas. La tripulación capturaba en sus redes nuevas especies de peces, crustáceos, medusas, estrellas marinas e incluso, ocasionalmente, algún pequeño tiburón o ballena, muchos de los cuales eran desconocidos tanto en Dara como en Ukyu-Gondé. Los pintores, ceramistas, alfareros y escultores se dedicaban a hacer bocetos de sus anatomías y a crear modelos, como una forma de mantener su habilidad manual. Razutana inventaba nombres imaginativos para las especies nuevas en ideogramas de anu formal, repletos de coloridas alusiones clásicas: *oné gi ofégo Ginpen zahugara* («cinturón flotante de Ginpen», un tipo de medusa con tentáculos muy largos), *crupa cowin* («resplandor glauco», un pez de ojos desmedidamente grandes de aspecto bastante espantoso), *jijimoru wi tutho ré wizétha* («chirriante telar del dios arrugado», posiblemente una especie de alga hasta ahora desconocida, aunque nadie estaba muy seguro), y así sucesivamente.

Por su parte, la mayor parte de la tripulación prefería admirar estos nuevos frutos del mar por la vía gustativa. En esta tarea, el capitán Nméji Gon y la comandante Tipo Tho eran líderes indiscutibles practicando con el ejemplo. Exploraban todas las maneras posibles de cocinar y disfrutar de estas criaturas desconocidas y las denominaban según su sabor: pez-hediondo, medusa quema-lenguas, almeja ciruela salada, y así sucesivamente.

Como es natural, el nombre que le daban los glotones era mucho más popular, por lo que Razutana sacudía la cabeza y lamentaba la falta de refinamiento de sus camaradas.

Thoryo progresaba con rapidez en sus estudios, y ya podía conversar con todos los del barco, ya fueran lyucu, agon o dara, con la misma facilidad. El resto de la tripulación también había realizado ciertos progresos, pero nadie podía igualar su habilidad para aprender lenguas, especialmente la asombrosa manera en que podía imitar cualquier acento con la precisión de un hablante nativo.

Sorprendía a la tripulación cuando les contaba historias sobre el tiempo en que estuvo en la bodega, cuando sobrevivió con la comida que le llevaban las ratas y el pescado ocasional que vivía en el agua de sentina, cuando pudo calentarse gracias a la capa que le llevaron las alimañas peludas. No todos la creían, pero los marineros estaban

habituados a las historias del mar. En todo caso, no era capaz de recordar cómo había llegado hasta el barco, quiénes eran sus padres, cuál era su origen ni nada de su vida anterior al momento en que apareció en aquella bodega, aparentemente surgida de la nada.

—¿Sabéis qué es lo que más echo de menos? —preguntó Toof un día cuando el grupo de lingüistas, habiendo acabado otra lección conjunta, andaba haraganeando por la cubierta de proa. El sol brillaba con fuerza en ausencia de nubes y la brisa fresca agitaba suavemente las velas.

—¿Qué? —preguntó el capitán Gon, que estaba supervisando a los marineros mientras instalaban una parrilla en cubierta para preparar la captura del día.

—La esponja de muflón —respondió Toof.

—Ah, estoy de acuerdo —dijo Radia. Hasta Takval asintió con la cabeza y se relamió los labios.

—¿Cómo la preparáis? —preguntó el capitán Gon. Para practicar el intercambio lingüístico que acompañaba el aprendizaje de Thoryo, a estas alturas conversaban en una mezcla de lenguas, en la que los instructores de lyucu y agon intentaban hablar lo más posible en dara y los instructores de dara hacían lo mismo en la lengua de las planicies.

—Sin duda muy caliente —dijo Toof—, especialmente si se cocina dentro de su envoltorio, sin quitarle la tapa.

—Sin duda fría —dijo Radia—, preferiblemente cortada en rodajas y servida con su salsa original.

—Sin duda seca —dijo Takval—, preferiblemente sazonada con sal, aunque la esponja con miel también está buena.

—Solo un agon podría pensar que esa es una forma adecuada de preparar la esponja de muflón —se burló Toof.

—Solo un lyucu podría pensar que es correcto negar a quienes se encuentran lejos del lugar de la caza los placeres de la esponja de muflón —dijo Takval.

El capitán Gon habló por los demás dara del grupo cuando preguntó:

—Eh… ¿y dónde se halla esa «esponja de muflón»?

Como Toof y Radia conocían relativamente poco el dara hablado, en ocasiones cometían memorables meteduras de pata. El capitán Gon no estaba seguro de si Toof conocía las palabras exactas que estaba buscando.

Los tres aficionados a la esponja de muflón se giraron al unísono hacia él.

—¿Quieres decir que vosotros no coméis la esponja de los

animales? Es su parte más deliciosa —dijo Radia.

—Tal vez lo hagamos —dijo un exasperado capitán Gon—. ¡Pero no sé de qué estáis hablando!

—La mejor manera de disfrutar de la esponja, ya sea de muflón, de ciervo o de res, es dejarla en su sitio y cocinar todo el cráneo como si fuera una olla sobre una cama de brasas —dijo Toof. Tuvo que tragar una bocanada de saliva mientras evocaba los recuerdos de su plato favorito—. Y luego simplemente espolvoreas una pizca de sal marina, lo rocías con el jugo de unos cuantos lóbulos del cactus de tajo y a paladearlo con una cuchara de asta.

—¿Esta «esponja»… es el cerebro del muflón? —La cara de la comandante Tho se estaba poniendo blanca.

—¡Por supuesto! —dijo Radia—. Pero no lo llamas «cerebro» cuando lo comes. Es la parte más nutritiva del animal. Sin embargo, Toof se equivoca sobre la mejor forma de disfrutar de este plato. Es mejor extraer la esponja y cortarla en rodajas muy finas con un buen cuchillo de piedra. Luego se come cruda, para que su sabor no se estropee con cualquier aliño, aunque también puede mojarse en una salsa de sangre. Pero esto hay que hacerlo cuando la esponja está muy fresca e, idealmente, cuando el corazón aún no ha dejado de latir.

—¡Pero eso es una barbaridad! —dijo la comandante Tho.

—¿Cómo que es una barbaridad? —preguntó Takval.

—Comerse el cerebro de un animal mientras su corazón todavía sigue latiendo… —La comandante Tho no pudo terminar al sentir arcadas solo de pensarlo.

—¿Acaso vosotros no matáis a vuestros animales para obtener carne? —preguntó Radia.

—Claro que sí —respondió el capitán Gon, con el rostro contraído de disgusto—. Pero no nos deleitamos con su muerte.

—Y un caballero instruido y virtuoso nunca se acerca a la cocina, especialmente si es un cultivacionista —dijo Razutana—. El moralista Poti Maji afirmó que para *cultivar* la virtud uno debe mantenerse alejado de la tabla de picar y del cuchillo de carnicero, de la sangre y los despojos del matadero, así como del humo y del aceite de la sartén. Exponerse a la muerte de esa manera corrompe al alma sensible dedicada al crecimiento y a la educación.

—¿Entonces los caballeros virtuosos e instruidos deben morirse de hambre? —preguntó Takval.

—¡Claro que no! Pero los criados deben preparar la comida de una forma civilizada antes de consumirla. Deben filetear el pescado, deben cortar la carne en trozos que puedan comerse de un bocado, y las aves no deben servirse antes de que se les retiren las patas y la cabeza.

—Bueno, eso si puedes permitírtelo —murmuró Tipo Tho—. El resto de nosotros come cabezas de pescado y patas de pollo, con suerte.

—Es un ideal al que aspirar —dijo Razutana.

—Es decir, la comida debe servirse de un modo que no parezca comida —dijo Takval con desdén.

—Yo no lo diría así…

—Eso es *exactamente* lo que has dicho —dijo Takval. Por un momento pareció que se había producido una especie de alianza lyucu-agon contra dara en el debate—. Me da la impresión de que vuestros filósofos cultivacionistas y moralistas defienden la hipocresía con el fin de ignorar que sus vidas dependen del sacrificio de animales. Creo que es mucho más «civilizado» afrontar la realidad de lo que comemos, sentir la sangre que chorrea del cuerpo moribundo, incluso mientras nos damos un festín con él, estar agradecidos por el regalo que el débil hace al fuerte consumiendo todas las partes que puedan servir de alimento.

—Aunque toda la comida dependa de la muerte —dijo Razutana—, hay una diferencia entre disfrutar de la agonía de la víctima y minimizar la exposición al dolor y al sufrimiento. Kon Fiji, el Verdadero Sabio, afirmó que si pudiéramos sobrevivir del rocío y del aire, deberíamos hacerlo. El hecho de que no podamos es la gran tragedia de nuestra mortalidad. Somos mejores que las bestias que solo conocen de dientes y garras, o al menos deberíamos esforzarnos por serlo.

—Creo que no hay mayor barbaridad que comer carne y pretender que es otra cosa —dijo Takval. Su rostro había enrojecido y había elevado la voz.

—Ya es suficiente —dijo Théra, recién llegada a la discusión. Le molestaba que una conversación inofensiva sobre comida hubiera degenerado tan rápidamente en mutuo desprecio y acusaciones de barbarie. Era una muestra de toda la tensión existente bajo la superficie entre su tripulación.

Los demás no parecían deseosos de abandonar la discusión, pero en ese momento de calma, el sonido de un llanto apagado capturó su atención. Se dieron la vuelta y vieron que era Thoryo, que sollozaba por el pescado que se estaba asando sobre la parrilla en la cubierta de proa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Théra.

—Creo que la mayor barbaridad es que todos nosotros tenemos que morir —respondió—. Estáis discutiendo sobre cuál es la manera más civilizada de matar y de comer, pero ¿qué os diferencia a cualquiera

de vosotros de este pez? Nada. Ya seamos fuertes o débiles, bárbaros o civilizados, al final todos acabamos siendo comida para otro. ¿Por qué dedicar buena parte del poco tiempo que tenéis a demostrar por qué sois superiores a los demás? Eso no es más que vanidad.

—Pero los sabios anu dicen que hay cosas más importantes que la vida… —empezó a decir Razutana.

—Pero los dioses han prometido que los valientes y los dignos cabalgarán sobre un garinafin-nube… —empezó a decir Takval.

—¿Por qué tengo que hacer caso a los sabios anu y a los dioses? —dijo Thoryo—. Los sabios ya no respiran y los dioses nunca hablan como nosotros. ¿Qué saben ellos de los cadáveres diseminados por el mar tras una batalla? ¿Qué saben ellos de las infinitas maravillas de la mente que se extinguen tras la muerte de cada vida? ¿Qué saben ellos de estar *vivos*?

Mientras los días se hacían más largos y luego más cortos, mientras el sol pasaba de un lado del barco al opuesto, mientras las estrellas cambiaban en el firmamento, la flota navegaba por aguas cada vez más inquietantes.

De vez en cuando los vigías divisaban tierra en lontananza, repleta de ciudades resplandecientes y radiantes carruajes. Sabedores de que no eran sino espejismos, Théra y Takval se negaban a dirigirse hacia ellos.

Pero la flota también navegaba sobre inmensos arrecifes sumergidos, y cuando la luz del sol destellaba sobre los coloridos corales, les pareció ver ciudades por debajo. Se decidió que *La que Disuelve las Penas* descendería a investigar, no sin antes amarrarla a otros dos barcos para que la propulsaran desde la superficie.

Los oficiales reunidos en los aposentos del capitán observaban con asombro a su barco deslizarse sobre unas ruinas sumergidas.

—Es como estar en una aeronave —susurró la comandante Tho. Y quienes habían volado en alguna aeronave asintieron.

Bajo ellos, columnas rotas de piedra mostraban el contorno de templos antiguos y formaciones de coral recorrían largas calles inundadas. Edificios desplomados quedaban al descubierto, con los tejados angulares hechos pedazos a sus pies. Docenas de cangrejos se escabullían por patios embaldosados de mosaico cuyos dibujos aún podían distinguirse tras quién sabe cuántos milenios.

Contemplaron montones de escombros de paredes y dinteles rotos, por las que nadaban bancos de peces como si fueran los herederos naturales de esa civilización perdida. Vieron anguilas que se deslizaban desde torres desmoronadas mientras la sombra de su barco submarino pasaba sobre ellas, como la sombra de una nube, como si

las anguilas continuaran defendiendo la ciudad perdida contra una invasión vaticinada. Vieron danzar a las medusas entre los asientos escalonados de teatros octogonales, como si estuvieran actuando para un público fantasma.

—Se dice que los anu habrían huido alejándose hacia el oeste cuando su tierra se hundió en el océano —susurró Théra—. ¿Podrían ser estas ruinas las de aquel reino místico?

Nadie respondió.

Con la caída de la tarde, *La que Disuelve las Penas* emergió y la flota continuó su camino, pero esa noche, durante mucho tiempo, nadie pudo dormir a bordo pensando en lo que habían visto.

Takval escuchó ligeros ruidos de arañazos contra la puerta de su camarote. La abrió y encontró a Théra al otro lado. Sorprendido, la invitó a pasar.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó.

—No sé cómo explicarlo —dijo ella, titubeante—. Pero temo que las ruinas fueran un mal augurio.

—¿Por qué?

—Los anu eran un pueblo maravilloso, refinado y lleno de conocimiento. Pero también estaban desgarrados por divisiones internas. En las sagas se cuenta que cuando su hogar comenzó a hundirse en el océano cayeron en guerras intestinas por el territorio menguante, en lugar de unirse para afrontar la amenaza común. Al final no tuvieron más opción que marcharse en busca de nuevas costas, refugiados que encontraron un nuevo hogar en Dara.

—¿Qué tiene eso… que ver contigo?

—Los anu fueron mis ancestros, y los veneramos. Pero ¿y si no solo hemos heredado su civilización y su refinamiento, sino también su capacidad de autodestrucción?

—Mis ancestros eran también un pueblo maravilloso, y también ellos tenían historias que sirven de advertencia contra las luchas internas.

Y Takval contó a Théra la historia de Kikisavo y Afir, su vínculo sin parangón, sus victorias sobre los dioses, los celos y la traición de Kikisavo, y la reticente decisión de Afir de ir a la guerra contra él.

—Según algunos chamanes —dijo Takval—, Kikisavo y Afir no eran solo amigos, sino también amantes. Ella nunca pudo perdonarlo, pero tampoco pudo olvidarlo. Cuando Kikisavo fue expulsado al exilio más allá del mar, Afir le enviaba comida sobre las conchas de tortugas.

—Una especie de paquete de ayuda, supongo —dijo Théra sonriendo. Como Takval no comprendió la referencia, ella le explicó que en Dara era costumbre que las esposas enviaran a los maridos que

estaban en la guerra ropa interior cómoda y calcetines abrigados que ellas mismas tejían, o que los padres enviaran obsequios caseros a los hijos que estudiaban en Ginpen o se presentaban al Gran Examen en Pan.

—Aunque no comprendo todas las costumbres de Dara —dijo Takval—, comprendo el amor que perdura entre esposos, entre padres e hijos, entre hermano y hermana, entre individuos que se consideran un mismo pueblo.

—Pero ¿es suficiente con el amor? ¿Sobrevivirá Dara la invasión lyucu? ¿Seremos capaces de unir a tu pueblo en la lucha por la libertad? ¿O los celos mezquinos y la ambición destruirán todo lo que anhelamos? ¿Son una señal las ruinas que hoy hemos visto bajo las olas?

—No somos nuestros ancestros —dijo Takval—. Solo podemos hacer lo que creemos que es mejor.

—No sé si lo mejor es suficiente, cuando se sopesa frente a la naturaleza humana, el destino y los caprichos de los dioses. Tengo miedo, Takval. Tengo miedo.

—Quédate conmigo entonces, y nos contaremos el uno al otro historias felices. No soy chamán y no sé leer presagios, pero ¿no recuerdas lo bellas que eran las ruinas? ¿Lo llenas que estaban de vida? Los nuevos habitantes con aletas y pinzas no se preocupaban por las fábulas del pasado.

Théra sonrió.

—Eso es precioso. Los peces parecían felices, ¿verdad?

—Entonces dejemos que mi respiración pensante conforte tu corazón y la tuya el mío.

Ella asintió y se recostó contra él, y él la besó, con menos torpeza que antes.

A pesar de sus rápidos progresos con las lenguas, Thoryo no se durmió en los laureles. Una vez ganó confianza con el habla, solicitó a sus instructores que le contaran las historias de los tres pueblos entre los que se encontraba. Aprendió las leyendas de Dara y los mitos lyucu; escuchó las fábulas sobre los sabios anu y sobre los héroes lyucu. No juzgaba nada de lo que oía y aparentemente absorbía todo como una esponja.

—¿Por qué parece que los dioses pierden poder en todas vuestras historias? —preguntó una noche mientras el grupo contemplaba estrellas poco conocidas e intentaba organizarlas en nuevas pautas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Takval.

—Esas historias cuentan que los dioses crearon los cielos y la tierra, las personas y toda cosa viviente. A su capricho, crearon nuevas

estrellas con los dioses caídos y nuevas razas a partir de materia inerte. Pero ahora viven más allá de las Montañas del Fin del Mundo, y no dejan sentir su presencia salvo para provocar una tormenta o guiar los rebaños de muflones de un lado a otro de las planicies.

Takval, Radia y Toof cavilaron sobre ello y guardaron silencio.

—Y en vuestras historias —continuó Thoryo volviéndose hacia Théra, Razutana y los otros dara—, los dioses construyeron las islas con lágrimas y sudor, crearon montañas a partir de los valles, formaron lagos en el desierto. Lucharon al lado de los héroes de vuestras sagas, matando a miles de un solo golpe. Pero ahora parecen ausentes del mundo y solo hablan a través de oscuros oráculos que están sujetos a distintas interpretaciones, sin ofrecer una guía clara.

—Yo me he preguntado lo mismo —dijo Théra—. La aparente retirada de los dioses de los asuntos humanos es una cuestión que ha atormentado a los filósofos a lo largo de la historia.

—¿Sería posible que, en realidad, los dioses no existieran? —preguntó Thoryo—. ¿No serán un producto de la imaginación, metáforas y alegorías que se ofrecen para explicar lo que no se puede explicar? ¿Son las antiguas leyendas meros cuentos?

Toof, Radia, el capitán Gon y la comandante Tho, que eran más piadosos, murmuraron plegarias a sus propios dioses y miraron con recelo a los demás. Se produjo un silencio incómodo.

—Haces preguntas que tal vez no se puedan contestar —fue Razutana quien finalmente se pronunció—. La mejor respuesta que conozco procede de Kon Fiji, quien nos exhortó a respetar a los dioses, pero manteniéndolos a distancia.

—¿Qué quería decir Kon Fiji exactamente? —preguntó el almirante Roso—. Nunca he comprendido bien ese adagio en concreto.

—Creo que quería decir que no podemos saber con certeza si los dioses son mera metáfora o alegoría —dijo Razutana—. Pero si ellos han decidido ahora mantenerse en relativo silencio, es mejor tomar en cuenta sus deseos y buscar por nosotros mismos la solución a nuestros problemas.

—¿Entonces los dioses son perezosos? —preguntó Thoryo—. ¿Después de crear el mundo y poblarlo, lo abandonan a su suerte?

—Yo no diría perezosos —dijo Razutana—. Los padres deben hacer todo por los hijos cuando vienen al mundo, pero luego se retiran cuando crecen. Quizá los dioses consideraran apropiado intervenir mucho más en la infancia de la raza humana, pero ahora que hemos madurado han decidido alejarse. Ya no podemos depender de ellos para todo como un bebé que sigue pegado a las faldas de su madre.

—Me parece que esa respuesta es poco satisfactoria —dijo Thoryo

—. En las leyendas agon, lyucu y dara, los dioses eran celosos, vanidosos, egoístas, peores que los humanos en muchos aspectos. No siempre se comportaban como buenos padres, y no veo por qué deberíamos asumir que han cambiado. Creo que la respuesta más probable es que los dioses fueron construidos a imagen de los propios humanos, y que no son reales en absoluto.

Una vez más, los miembros más piadosos del grupo se sintieron incómodos, pero no eran expertos en debatir y se guardaron prudentemente su opinión.

—Esa es una postura que también han manifestado muchos filósofos a lo largo del tiempo —dijo Théra al cabo de un rato—. Huzo Tuan, una voz destacada de la escuela Escéptica, sostenía que la fe en los dioses es la fuente de todos nuestros problemas. Pero yo he sentido la presencia de la divinidad en mi propia vida, por lo que no puedo compartir la teoría de la negación total. En mi opinión, el mundo es más interesante con dioses que sin ellos.

—Entonces, ¿por qué crees que los dioses parecen mucho más distantes y débiles ahora? —preguntó Thoryo.

—No soy sacerdotisa, ni filósofa —dijo Théra—, por lo que no puedo decir que lo haya meditado mucho. Pero a lo mejor los dioses son como niños en la playa, que después de construir ciudades maravillosas y esculpir animales en la arena, ahora prefieran retirarse a admirarlos en lugar de pisotear su creación y destrozarla.

—Esa es una interpretación interesante —dijo Thoryo—. Entonces, según tu opinión, los dioses no son padres, sino compañeros de la humanidad.

—Suele pasar que cuando construimos algo hermoso nos maravillemos de nuestra obra —dijo Théra—, y no creo que los dioses sean inmunes a dichos encantos.

—Cuando era pequeño —dijo Takval—, otros niños y yo construíamos ciudades de tiendas y paisajes en miniatura con hierba, barro, huesos desechados y trozos de cuero y tendones. A veces cazábamos ratoncillos y lagartos de la arena y poblábamos con ellos esos campamentos. Los veíamos pelearse y correr, y contábamos fábulas épicas de gloria y conquista. Sé a lo que te refieres.

Théra sonrió al imaginarse como una diosa juguetona que se divierte con un reino de su creación.

—Recuerdo que yo tejía casas con ramitas y hierba en el Jardín de Palacio cuando era pequeña, y Fara colocaba un tejado a cada una con una hoja de plátano. Phyro y Timu se divertían arrancando las flores plantadas por nuestra madre para crear anchas avenidas y levantar palacios construidos con piedras a lo largo de ellas. Las poblábamos

con hormigas, orugas, tortugas del riachuelo que corría por el jardín, e incluso polluelos de pájaros que encontrábamos saltando entre la hierba.

—Y yo recuerdo que construía magníficas casas de barro y arena en la playa cuando era niño —dijo el capitán Gon—. Las adornaba con algas y las rodeaba de vallas hechas con conchas de almeja y venera. Los caracoles eran mis campesinos, que araban la tierra en largas hileras serpenteantes, y los cangrejos que las atravesaban velozmente de acá para allá eran los terratenientes que presionaban a sus arrendatarios para que trabajaran más deprisa.

Los demás del grupo se unieron a las evocaciones, describiendo cada uno sus propias hazañas infantiles. Incluso el aplicado Razutana había construido aparentemente ciudades para ratones con papel usado en la casa de su profesor.

—¿Pero esos castillos de arena de playa y esas mansiones de palitos y hierba del jardín son en verdad tan maravillosos? —preguntó Thoryo—. ¿Las criaturas que viven en ellos los encuentran tan encantadores como sus constructores?

El grupo guardó silencio.

—Ah, planteas otra pregunta en la que yo no había pensado —dijo Théra—. No… no estoy segura. Supongo que los polluelos de pájaro estaban más asustados que encantados, y las orugas y las hormigas estaban deseando escapar de allí.

Los demás asintieron. Los niños no suelen tener en cuenta los sentimientos de las criaturas que les sirven de apoyo para las historias que quieren montar.

—Si el mundo no se adecua a las necesidades de sus habitantes, es una pena que los dioses no intervengan más en él —dijo Thoryo—. Todos me habéis contado muchas historias de conflictos y desgracias, pero no parece que haya tantas de felicidad.

—Es duro demoler algo que tú mismo has construido, aunque no sea perfecto —dijo Takval.

—Nunca pensé que nosotros fuéramos los cangrejos, los pájaros y los ratones obligados a vivir en la imaginación de los dioses —dijo Théra—. Quizá deberíamos emular a los animales moradores de nuestras construcciones infantiles, que se escaparon para construir hogares más adecuados a sus propios sueños. A lo mejor por eso los anu abandonaron su antigua patria y buscaron nuevas costas para empezar de cero cuando el pasado que no les servía se hundió en el océano.

—Quizá no solo son los dioses los que construyen esas casas —dijo Thoryo—. En vuestras historias habláis de los grandes señores y

señoras del mundo como si fueran colosos que recorren el mundo con pasos de gigante, vistos desde la perspectiva de los de abajo. Y tal vez los grandes señores y señoras estén tan fascinados por su propia creación que solo escuchan la historia que ellos quieren contar.

Los barcos continuaron navegando en la oscuridad, llevando tantas vidas diferentes nacidas de la respiración pensante como estrellas poblaban los cielos sobre sus cabezas.

CAPÍTULO DOCE

LURODIA TANTA

ALGÚN LUGAR DE LURODIA TANTA, EL DESIERTO INTERMINABLE DE UKYU-GONDÉ: QUINTO MES DEL SEGUNDO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA (CONOCIDO EN DARA COMO EL SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS)

El mundo se había reducido al trozo de tierra quemada que podía ver a sus pies, enmarcado por la capucha negra de su túnica.

Un paso. Otro.

Théra había perdido la cuenta. Aunque el sol apenas había salido, llevaban horas caminando, o eso parecía. El calor hacía difícil pensar en algo que no fuera poner un pie delante del otro.

Tenía que volver a empezar a contar. Cada mil pasos se permitía beber un trago de agua. Esa era la regla. Los odres que cargaba a la espalda, repletos cuando partieron, estaban aplastados y vacíos. Esperaba no tener que cambiar la regla a dos mil pasos para cada trago, aunque podría ser necesario si no llegaban pronto al campamento agon.

La fuerte corriente y los fuertes vientos habían llevado a *La que Disuelve las Penas* y al resto de la flota hasta las costas de Ukyu-Gondé hacía dos meses. Pero en lugar de recalar en el Mar de Péa, como el almirante Krita, o en la Península Inferior, donde había encallado la balsa de Luan Zyaji, la flota había continuado navegando más allá del horizonte rumbo al sur. No podían arriesgarse a que los descubrieran si desembarcaban cerca de los pastos verdes y de los caladeros de pesca bien surtidos, todos ellos ocupados por los lyucu. Así que continuaron hacia el sur hasta que la costa se convirtió en los páramos sin vida de Lurodia Tanta, el lugar al que los lyucu habían expulsado a muchas de las tribus agon.

Los pocos caballos que llevaban en la flota habían muerto hace muchos días, como era de esperar. Théra no había estado de acuerdo con la idea de llevar animales de carga que seguramente iban a morir, pero Takval había señalado que era imposible cargar a sus espaldas toda el agua que necesitarían, y carecían de garinafins o reses de pelo largo, más adecuados para atravesar el desierto.

—Tenemos que llevarlos tan lejos como resistan y terminar el resto de la travesía a pie —dijo Takval—. Aunque solo sea una pequeña expedición de diez personas, esa es la única manera.

Théra aceptó el plan a regañadientes, pero insistió en acompañar a Takval en la expedición. Si iba a mandar a esos caballos, que habían cruzado miles de millas de agua, a morir en un desierto extranjero, quería estar allí para mirarles a los ojos y sentir todo el peso de su decisión de condenarlos para poder sobrevivir ella.

Takval se opuso enérgicamente, llegando a afirmar que, ahora que estaban en su tierra, ella le tenía que obedecer.

—¿Cómo podemos arriesgar tu vida en ese viaje cuando mantenerte a salvo es la base de nuestra alianza?

—Tú eres al menos tan importante en este matrimonio como yo —respondió ella, apartándose deliberadamente de la cuestión política. Un año viviendo, luchando, comiendo y hablando juntos, y al final compartiendo la misma cama, los había acercado mucho. Todavía no estaba segura de si alguna vez llegaría a amarlo del mismo modo que había amado a Zomi, pero no se arrepentía de que fuera su pareja.

—Pero solo hay una… —Takval se detuvo. Théra pensó que era porque se había dado cuenta de lo ridículo que sonaba, pero sus ojos tenían una extraña mirada que no supo interpretar. Él miró hacia otro lado.

—También hay solo un… —dijo ella, remarcando lo evidente.

—*Yo* tengo que ir porque mi pueblo confía en mí. Y puedo volver con garinafins para facilitar el viaje del resto de la flota.

—Y *yo* tengo que ir porque no respetarán a su futura reina si espera junto al mar a que la rescaten —contestó Théra—. ¿Te imaginas? Una princesa dara sentada en su confortable barco, ordenando al pékyu-taasa agon que arriesgue su vida por ella. Eso confirmaría todos los terribles prejuicios que ya albergan sobre Dara tras las historias que han oído contar del almirante Krita.

—Pero si ni siquiera sé si encontraré a mi tribu. Vi por última vez a mi madre y a mi tío en el oasis de Sliyusa Ki cuando era niño. Mi única esperanza es que aún pueda encontrarlos allí.

—¡No hay ninguna certidumbre en todo esto! Pero lo único cierto es que no puedes decirme que no haga lo que ya he decidido hacer.

—¿Por qué tienes que ser tan terca? —dijo Takval agarrándose el cabello por la frustración.

—No quiero ser hipócrita —dijo ella pausadamente—. Si se van a producir muertes por mi culpa, ya sean las de los caballos, la tuya o la de cualquier otro, lo menos que puedo hacer es no mirar hacia otro lado. Eso sería propio de un bárbaro.

Takval le sostuvo la mirada y sintió una compleja mezcla de emociones. Luego se arrodilló sobre una rodilla y colocó ambas manos sobre la otra, en un gesto reservado para personas allegadas dignas del máximo respeto.

—Princesa de Dara, eres tan preciosa para mí como Afir lo era para Kikisavo.

Takval anunció que hacía demasiado calor para continuar caminando y levantaron el campamento a la sombra de una cárcava seca. A unos trescientos pasos de allí había un área de cactus de puño apretado, y Takval se llevó a dos de los soldados para recolectar algunos.

—¿Estás bien? —preguntó Théra mientras extendía una manta sobre el suelo. La manta las protegía de la abrasadora arena durante el día y las ayudaba a mantenerse calientes por la noche.

Thoryo asintió al tiempo que se sentaba sobre la manta. Había suplicado que le dejara acompañarla como su sirvienta, aunque Théra la cuidaba más a ella que al contrario.

—No quiero separarme de ninguno de vosotros dos —dijo Thoryo, agarrando la mano de Théra con desesperación y con una voz rayando en el pánico. Théra y Takval habían sido las primeras personas en tratarla con amabilidad cuando fue descubierta en la bodega de *La que Disuelve las Penas*, y existía entre ellos un lazo que se parecía a lo que pensaba que debían ser los lazos de sangre.

A pesar de que el capitán Gon objetó que Thoryo no poseía ninguna habilidad práctica y la comandante Tho protestó afirmando que era demasiado frágil físicamente para soportar ese viaje, tanto Takval como Théra habían aceptado que fuera. No podían explicarlo en términos racionales, pero la misteriosa muchacha les parecía un talismán de buena suerte.

Théra observó los labios resecos de Thoryo.

—¿Has estado bebiendo tal y como te enseñé?

La chica asintió, pero detuvo el gesto y luego sacudió la cabeza.

Théra tomó el odre deshinchado de la espalda de la chica, lo destapó y lo llevó hasta los labios de la chica. No salió nada. Entonces tomó su propio odre, casi igual de deshinchado y estrujó las últimas gotas en la boca de Thoryo, que bebió agradecida con avidez.

—Al principio bebía demasiado deprisa —dijo Thoryo en voz baja —, así que luego he tenido que dar pequeños sorbitos.

—Si tienes dificultades en llevar la cuenta —dijo Théra—, bebe cuando yo lo haga. Recuerda que tienes que echar un buen trago cada vez, no un sorbito. Te pondrás mala si no lo haces.

La muchacha asintió y Théra acarició suavemente con el dedo la infantil mejilla. La dependencia de Thoryo hacia ella la hizo pensar en

su hermanita, Fara. Théra estaba segura de que su hermano menor, Hudo-*tika*, encontraría su camino, pero ¿cómo iba Ada-*tika*, a quien le gustaba más contar historias y pintar cuadros que la política, a progresar o incluso a sobrevivir en la corte de su madre? Y luego estaba Toto-*tika,* que tenía problemas para distinguir los libros de la vida real…

Takval y los soldados regresaron con sacos de hierba trenzada repletos de lóbulos cortados del cactus de puño apretado. Les arrancaron las espinas, los trocearon y volvieron a meterlos en los sacos. Luego prensaron los sacos entre piedras para extraerles todo el jugo posible. En el desierto interminable de Lurodia Tanta, eso era lo más parecido a un pozo en millas.

Luego recogieron el jugo en un cuenco de cráneo. No era mucho. Todos esos abultados sacos de lóbulos de cactus apenas rindieron lo suficiente para llenar un cuenco. Takval lo roció con un polvo hecho con coral de sangre machacado. Los chamanes creían que el polvo podía eliminar el veneno, y el pueblo de las planicies lo utilizaba para potabilizar el agua extraída de los cactus.

Después de dejarlo actuar durante un rato, el agua volvió a filtrarse y se hizo circular el cuenco por el campamento.

Al ver que se lamía los labios, Théra le pasó a Thoryo el cuenco de jugo filtrado de cactus en primer lugar.

—Bebe lentamente —le aconsejó—, y no demasiado.

El cuenco de cráneo, confeccionado con la delicada cabeza de un cachorro de perro marino que la flota había cazado para comer durante la travesía, aún revolvía un poco el estómago de Théra, pero tuvo que admitir a Takval que los cacharros de hueso eran más ligeros y más prácticos en las planicies que los irremplazables utensilios de Dara.

Obediente, Thoryo bebió despacio. Aunque se negaba a cazar o a pescar, y se ponía a llorar cuando se sacrificaban animales, una vez muertos no oponía resistencia al proceso de despiece y limpieza, o al uso práctico de sus partes posteriormente.

En una ocasión Théra le preguntó si le molestaba estar rodeada de tantos utensilios fabricados con restos de animales cuando parecía tener tanto terror a la propia muerte. La respuesta de Thoryo la sorprendió.

—El conservar los huesos me ayuda a mantenerlos vivos en mi cabeza.

En Dara, el despiece, curtido y demás técnicas mortuorias se consideraba algo necesario, pero contaminado y malaventurado. Aunque Thoryo hablaba dara como una nativa, carecía de todos los

prejuicios y tabúes de Dara.

Eres afortunada, pensó Théra. *Tienes una mente abierta a todo*.

Quiso llevar a Thoryo con la expedición no solo porque al cuidarla sentía que también estaba cuidando de Fara, sino también porque creía que la chica le servía para recordar que existía más de una manera de mirar cualquier aspecto del mundo.

Descansaron durante las horas más calurosas del día y levantaron el campamento cuando el sol comenzaba a ocultarse. La marcha nocturna era más llevadera que la matutina porque llevaban al sol detrás. E, incluso después de oscurecer, la luz de las estrellas iluminaba las dunas como si fueran un mar de plata.

No obstante, la temperatura descendía abruptamente tras la puesta de sol y enseguida había que volver a descansar.

Cuando Théra estaba a punto de caer dormida, arropada en un saco de dormir con Takval, este la despertó con un codazo en las costillas.

—Chis —se llevó un dedo a los labios al tiempo que abría los ojos y se la quedaba mirando. Él se arrastró fuera del cobertizo y le hizo señas para que le siguiera.

Cuando se habían alejado del campamento un centenar de pasos y sus voces ya no podían oírse, Takval finalmente se detuvo.

—Nos movemos muy despacio —dijo.

A Théra le dio un vuelco el corazón. Sospechaba que algo iba mal por el modo en que la cara de Takval había ido ensombreciéndose los últimos días. Pero había evitado mencionárselo, como si al expresar su miedo este se hiciera real.

—No tuve lo bastante en cuenta la falta de experiencia del grupo en travesías por el desierto —dijo Takval—. Incluso Toof… ni siquiera él había hecho nunca algo así.

Théra movió la cabeza para expresar que lo entendía. Aunque Toof también había nacido y crecido en las planicies, nunca se había visto obligado a vivir en los páramos de Lurodia Tanta. Ese era un destino reservado para los derrotados agon.

Habían incorporado a Toof a la expedición y dejado a Radia con la flota. Presumiblemente porque Takval dijo que necesitaba tener otro piloto de garinafin una vez hubiera conseguido el apoyo de su tribu. Esto no era completamente mentira, pero Takval también quería separar a los dos naros lyucu para que cada uno pudiera servir de rehén y asegurar así que el otro no causara problemas. Aunque ambos habían convivido con ellos como miembros de la tripulación durante casi un año, Takval todavía no confiaba plenamente en ellos. Théra, que había ido conociendo a los prisioneros lyucu durante las lecciones de lengua y les había cogido cariño, no estaba totalmente de acuerdo

con esa lógica —las ideas de Takval le recordaban cierto tipo de paranoia a la que su madre era propensa—, pero se alegraba de llevar a Toof con ellos.

—Aunque nos movamos más despacio de lo previsto, debemos estar cerca, ¿no?

Takval sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Es tan difícil guiarse por Lurodia Tanta como por el vasto océano. Además, nos estamos quedando sin agua.

—Podemos reponerla —dijo Théra—. Estamos recogiendo el rocío cada mañana, y podemos encontrar más cactus de puño apretado.

—El rocío que conseguimos no basta ni para llenar la mitad de un odre —dijo Takval—. Y ya estamos bebiendo más jugo de cactus del que me gustaría. No podemos basar en él nuestra supervivencia. Aunque usemos el coral de sangre para hacerlo menos ponzoñoso, acabará matándonos si no conseguimos más agua no contaminada.

La desesperación que trasmitía la voz de Takval asustó a Théra.

—No sé lo que estás pensando proponer, pero no estoy de acuerdo.

Takval la miró con expresión impenetrable.

—¿Qué piensas que voy a proponer?

Théra respiró hondo.

—Vas a sugerir que Thoryo y yo nos llevemos todo el agua que queda y nos dirijamos al este, dejando que los demás os arregléis por vuestra cuenta. Como no hay bastante agua para que todos lleguemos al campamento, vas a proponer un sacrificio.

—¿Por qué Thoryo? —preguntó Takval con voz sorprendentemente calma.

—Si propones un sacrificio, siempre te incluyes en el mismo —dijo Théra con voz trémula—. Y querías que Thoryo viniera con nosotros porque te preparabas exactamente para esta posibilidad, la de que no pudieras llegar hasta tu hogar. Aunque Thoryo no supone ninguna ayuda a la hora de encontrar agua o comida, y no puede llevar mucha carga, habla agon como un nativo. A pesar de toda mi práctica, yo no puedo expresarme a la perfección en tu lengua. Así que ella puede actuar como mi intérprete.

Takval sofocó una risita.

—¿Qué tiene esto de divertido? —demandó Théra al borde las lágrimas.

—Me agrada saber que puedes pensar como yo. Veo en ti… un reflejo de mi alma.

—Bueno, pues puedes dejar de reír porque *no* seguiré tu plan.

—Ya lo sé —dijo Takval—. Esa es la razón por la que no voy a proponerlo.

—¿Ah, no?

—¿Crees que después de todo este tiempo juntos, en el que tú has aprendido a adivinar cómo pienso yo, yo no he aprendido cómo piensas tú? Debe haber otra alternativa.

Théra no supo qué decir.

—*Soy* capaz de aprender, ¿sabes? —dijo Takval—. Quería contarte lo mal que veo la situación para poder encontrar juntos una solución.

En medio de la noche glacial, se apoyaron el uno en el otro mientras las estrellas resplandecían desde la aterciopelada bóveda negra. Susurraron y debatieron todas las soluciones que se les ocurrían, apretándose el uno contra el otro para darse calor. Dos mentes de los extremos opuestos del mundo se esforzaban juntas como una sola.

Pero no encontraron la salida de su atolladero.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, Takval volvió a ir con dos soldados a los cactus de puño apretado para reunir todo el rocío matutino posible. No equivalía a más de unos cuantos sorbos, pero no quería desperdiciar ni una gota de agua potable.

—Dormilona —dijo Théra al tiempo que agitaba suavemente la figura arropada de Thoryo—. Hora de levantarse. Tenemos que aprovechar el tiempo antes de que vuelva a hacer mucho calor.

De mala gana, Thoryo asomó la cabeza fuera del saco de dormir.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

—Tontorrona —dijo Théra—. ¿No tienes que hacer pis? Vamos, arriba.

—A lo mejor si nunca hago agua no tendré que volver a beber.

—No funciona así —dijo Théra—. Takval y los demás traerán algunos trozos de cactus. Aunque no se les pueda extraer mucha agua potable, si muerdes los pedazos y los escupes sentirás mejor la boca.

—¿De verdad que no podemos beber nuestro pis? —preguntó Thoryo.

Théra hizo una mueca.

—¿Qué te ha hecho pensar en algo tan asqueroso?

—¿Es realmente asqueroso?

Théra volvió a recordar que la chica sencillamente no compartía sus ideas sobre lo que era adecuado y lo que no.

—Es…

—No es asqueroso —respondió Takval, de regreso de la recolecta de cactus—. Pero tampoco funciona. Si tratas de sobrevivir bebiendo tu propia orina no durarás más de un par de días. Te pones enfermo y te mueres. Hay algo tóxico en la orina.

—Oh —dijo Thoryo decepcionada. Entonces sus ojos volvieron a

iluminarse—. ¿No hay alguna manera de hacer que la orina no sea peligrosa, del mismo modo que se mejora la calidad del jugo de cactus?

—No conozco ninguna —dijo Takval.

—Al principio de estar en la bodega del barco —dijo Thoryo— me puse mala por beber agua marina. Pero cuando bebí la condensación que caía de las vigas me puse bien. Debe ser la misma agua, ¿no? Pero purificada de alguna manera.

Théra se quedó mirando a Thoryo, anonadada.

—A lo mejor eso es el rocío —continuó Thoryo, sin ser consciente de la mirada de Théra—, jugo de cactus purificado por el poder del sol. Ojalá pudiéramos hacer rocío.

Théra agarró a Thoryo y la zarandeó.

—¡Creo que acabas de resolver nuestro problema!

El sol del mediodía puede ser mortal en el desierto. Por lo general, a esa hora la expedición de Théra y Takval ya se hallaba agazapada a la sombra de alguna cárcava o algún saliente rocoso, dormitando para conservar energía y agua hasta la tarde, cuando podrían volver a atravesar el páramo mortal.

Hoy, sin embargo, la expedición no se había movido del campamento desde el amanecer.

Para evitar que la espera volviese loco a todo el mundo, Takval se llevó a los soldados y a Toof a recolectar cactus de puño apretado. Al tener más tiempo pudieron centrarse exclusivamente en los lóbulos más tiernos y las raíces subterráneas, que solían producir menos jugo tóxico.

De vuelta al campamento, la princesa Théra y Thoryo, refugiadas a la sombra de un saliente rocoso, miraban atentamente a una burbuja traslúcida en el desierto, una especie de extraña seta que no encajaba en ese escenario.

La burbuja era un odre para agua al que se había despojado de su cubierta de piel para dejar al descubierto la vejiga de oveja de su interior. Ahora se encontraba expuesta a los intensos rayos del sol y recalentada por el calor que reflejaba el desierto quemado a su alrededor.

Fuera de la vista, bajo un montón de arena apilada a su lado, se encontraba otro odre idéntico. Ambas bolsas estaban conectadas por los pitorros de tal modo que todo el vapor emanado por la piel al descubierto fuera recogido por el odre enterrado bajo la arena.

Esa mañana, cuando Théra ideó el sistema de doble bolsa, el odre bajo la arena estaba completamente vacío. El otro, el que ahora se recalentaba al sol, estaba lleno.

Pero no de agua.

—Yo no voy a hacerlo —había dicho Takval—. No es la primera vez que alguien piensa que es una buena idea beber orina. Creedme, cada campamento sabe de alguien que quería atravesar Lurodia Tanta sin suficiente agua y terminó por intentarlo. Todos murieron de forma horrible.

—No va a ser así —dijo Théra—. Tienes que confiar en mí.

Para empezar, Théra convenció a todos los que no habían completado su aseo matutino de orinar en el primer odre. A continuación hizo un hoyo en la arena de modo que el calor del sol se reflejara desde todas las direcciones y se concentrara en el odre relleno de orina, convirtiendo el líquido de su interior en vapor. El segundo odre, cuyo pitorro estaba conectado al del primero, fue enterrado en un montículo elevado. La posición ligeramente elevada del odre facilitaba que todo el vapor del primero, libre de impurezas, se dirigiera a él, y el montículo en que estaba enterrado el segundo lo mantenía a una temperatura más baja, permitiendo que el vapor volviera a condensarse en agua purificada. El cuello del segundo odre estaba doblado de forma que el cuerpo estuviera por debajo de la espita, evitando así que el agua purificada fluyera de regreso al primer odre.

—En Dara se conoce bien la técnica de la destilación para retirar impurezas —dijo.

Una vez que comprendió la idea de Théra, Toof propuso que el montículo que rodeaba el segundo odre fuera perfeccionado con tubos hechos con huesos delgados y huecos de garinafin, en principio destinados a servir de postes para tienda. La idea era perforar la base del montículo con una serie de tubos más finos y clavar un tubo más ancho en el centro, casi como una chimenea. En el interior del montículo, los tubos estarían conectados unos con otros.

A pesar de su escepticismo, Théra siguió la sugerencia de Toof. A medida que el sol continuaba su ascenso, los tubos comenzaron a hacer un ruido de silbidos. Cuando Théra se acercó a ellos sintió que de los tubos más finos salían corrientes de aire caliente. Era como si todo el montículo estuviera respirando.

—¿Qué clase de magia es esta?

—No es ninguna magia —explicó Toof—. Queréis que el interior del montículo este tan fresco como sea posible, ¿verdad? Los huesos finos se calientan al sol más deprisa que el hueso más grueso que está en el centro, así que el aire caliente es expulsado al exterior y el interior se enfría con el aire fresco que baja por la chimenea.

—Pero ¿cómo se te ocurrió esa idea? —preguntó Théra con

incredulidad. ¿Cómo es posible que un pueblo sin academias ni laboratorios imperiales, sin eruditos, sin escritura siquiera, haya inventado un sistema así?

—He observado a cientos de garinafins construir montículos de respiración como este para mantener frescos sus huevos hasta que las madres están listas para incubarlos, cosa que hacen, claro, cavando túneles en lugar de usar huesos. Y he oído que los termiteros funcionan de la misma manera. La Gran Tienda en Taten también posee tubos de refrigeración que actúan igual.

Théra miró a Toof con un nuevo respeto. ¿Qué otros conocimientos del pueblo de las planicies podría aprender?

Cuando llegó la tarde Théra declaró terminado el experimento. Con precaución, Thoryo y ella desenterraron los odres, cuidando de no mezclar el contenido de ambos. El fétido olor de la orina recalentada al sol era agobiante.

—Yo *no* voy a beber eso —dijo Toof con una expresión de asco en el rostro.

Incluso Takval y Théra parecían reacios a intentarlo cuando mostraron el otro odre.

Pero Thoryo se echó a reír, agarró el segundo odre de manos de Théra y bebió hasta saciarse sin pensarlo dos veces.

—Sabe totalmente dulce —dijo Thoryo. Miró las caras escépticas a su alrededor—. ¿Estáis demasiado asustados para probar un sorbo de agua de pis purificada? ¿Quién es más valiente, un lyucu, un agon o un dara?

Los soldados, Takval y Toof se miraron unos a otros. Entonces todos se lanzaron a ser los primeros en tomar el odre que se les ofrecía.

El sol apuntaba en el horizonte y la expedición se vería obligada a detenerse en otro cuarto de hora. Takval decidió que subirían a la siguiente duna para encontrar refugio a la sombra.

Pero cuando llegó a la cima se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Théra. Cuando le alcanzó, ella también se quedó inmóvil.

El resto de la expedición trepó hasta arriba y comenzó a gritar de alegría, a saltar y a abrazarse, riendo y llorando en igual medida.

Al otro lado de la duna, a menos de una hora de distancia, se contemplaba una visión imposible: la hierba verde pintaba el suelo del desierto con un ropaje de terciopelo, en mitad del cual surgía un centelleante lago color esmeralda. Palmeras, cactus arbóreos y verdes matorrales poblaban sus costas, junto con hileras de juncos. Bandadas de pájaros se lanzaban sobre el lago y jugueteaban en sus aguas.

Y lo más bonito de todo: junto al lago se levantaba una mancha de

tiendas blancas como champiñones. Rebaños de ganado de pelo largo y corto pastaban algo más lejos de la orilla. Detrás de los rebaños deambulaban unos cuantos garinafins, con sus cuellos serpentinos alzados con curiosidad en dirección a ellos.

CAPÍTULO TRECE

UNA BIENVENIDA POCO GRATA

OASIS DE SLIYUSA KI, UKYU-GONDÉ: QUINTO MES DEL SEGUNDO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA (CONOCIDO EN DARA COMO EL SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS)

—Princesa de Dara, bienvenida a Sliyusa Ki, Primer Oasis de los Agon —dijo el hombre de pelo gris sentado en la mesa de honor del banquete al aire libre—. Mi nombre es Volyu Aragoz, hijo de Nobo Aragoz, hijo de Akiga Aragoz, ese Akiga consagrado por las danzas como el Orgullo de las Planicies. Ahora sirvo a mi pueblo como Pé-Afir-tekten. Esta noche eres la única extranjera entre nosotros, estás lejos de casa. Que podamos ver tu corazón tan claramente como vemos el fondo de este cuenco.

«Pé-Afir-tekten» significaba «Jefe de los Hijos de Afir». Era un antiguo título usado por muchos héroes legendarios que afirmaban descender de Afir.

Con sus ojos fijos en Théra, Volyu levantó un cráneo de toro lleno de kyoffir y lo vació de un solo trago. Luego inclinó el cuenco de cráneo para mostrar a la princesa su interior vacio.

—¡Kyoffir! ¡Kyoffir! —gritaron las docenas de caciques y naros-votan agon sentados en óvalo alrededor de la hoguera del banquete. También ellos vaciaron sus cuencos de cráneo y los mostraron vacíos a quienes los rodeaban.

—Te doy las gracias, jefe Volyu Aragoz de los agon —dijo la princesa Théra, sentada en el extremo opuesto del óvalo, frente a Volyu. Tras pronunciar su breve respuesta, tragó saliva con nerviosismo. No estaba acostumbrada al registro formal de la lengua agon y debía concentrarse al máximo para analizar las palabras poco conocidas y componer sus frases con cuidado. Tenía miedo de perder algún matiz, malinterpretar intenciones o entender mal algunas instrucciones.

Soy una princesa de Dara. Puedo hacerlo.

Forzó sus manos para no temblar, levantó el cuenco de cráneo en respuesta y bebió. Pero en lugar de tragar la fuerte bebida alcohólica se limitó a dar un sorbo antes de inclinar el cuenco hacia Volyu. La luz

de las estrellas y del fuego se reflejó en el líquido de su interior.

—Una doncella delicada —exclamó Volyu, con una sonrisa despectiva en su rostro—. Está bien. Tómate tu tiempo.

Los demás agon se rieron entre dientes a cuenta de la incapacidad de la princesa para beber como un guerrero. A ese ritmo, Théra tendría que dar cien sorbos para igualar el brindis de Volyu. Esperaron a que se recompusiera y continuaron bebiendo.

La princesa no volvió a arrimar el cuenco de cráneo a sus labios.

A medida que la espera se largaba, las risas de la multitud se fueron apagando. La sonrisa de Volyu se congeló. Las caras de los caciques se petrificaron.

Surgieron gritos dispersos de consternación entre los guerreros reunidos para el banquete. La rugiente hoguera iluminaba con profundas sombras sus caras arrugadas y su pelo desgreñado, al modo en que el sol del ocaso alumbra las grietas del lecho seco de las cárcavas en Lurodia Tanta. Algunos naros-votan cuchicheaban entre ellos, inquietos y confundidos, mirando con recelo a la joven princesa dara que acababa de ofender a su jefe.

—¿Qué haces? —preguntó Takval, sentado junto a Théra. Hablaba en dara y su voz era poco más que un susurro—. ¡Vuelve a beber! Tienes que acabar el cuenco.

—El kyoffir me revuelve el estómago —respondió también con susurros Théra—. La mayoría de los hombres y mujeres dara no pueden beber kyoffir sin sentirse mal o perder el sentido. Fue la perdición de mi hermano Timu.

—¡Puedes vomitar después! Pero ahora, si no terminas este primer cuenco, todos lo considerarán una grave ofensa a mi tío.

—Está intentando afirmar su dominio sobre mí —murmuró Théra. No había escapado a su atención el hecho de que Volyu hiciera hincapié al brindar en que estaba sola, y que no hubiera mencionado la alianza propuesta entre Dara y Agon.

—Solo es un brindis.

Théra sacudió la cabeza de forma casi imperceptible. Los años pasados bajo el tutelaje de sus padres le habían enseñado que un banquete entre emperadores y pékyus nunca era algo simple. Todo era teatro, y todas las representaciones tenían que ver con el poder. Esta verdad no cambiaba cuando se trataba de Dara y Ukyu-Gondé.

—Estás en Gondé —susurró de nuevo Takval—. Por favor.

Si Takval hubiera estado familiarizado con los clásicos anu, en esta situación probablemente le habría citado el famoso episodio de la comida de sangre de Iluthan. Durante las Guerras de la Diáspora, el héroe Iluthan se comió en una ocasión el corazón de un enemigo

muerto en La Garra del Lobo, para demostrar a los nativos de la isla que estaba dispuesto a respetar sus costumbres y acatar sus leyes. Este acto de canibalismo, que fue condenado por sus propios sacerdotes y aliados, resultó decisivo para asegurarle la lealtad de los berserkers de La Garra del Lobo.

Esta historia era citada en Dara por generaciones de moralistas como ejemplo de la falta de principios de Iluthan —una prefiguración del estado de confusión moral que la sociedad tenía que soportar en ausencia de los buenos reyes Tiro aconsejados por los filósofos moralistas. Pero algunos filósofos flujistas, resueltos a argumentar contra la excesiva rigidez del moralismo clásico (especialmente la variante extremista postulada por Poti Maji, el discípulo más famoso de Kon Fiji), también habían utilizado la historia como ejemplo de la ausencia de absolutos cuando se trata de juicios morales. En su opinión, el pragmatismo de Iluthan mostraba que incluso un tabú como el canibalismo era cuestión de convenciones y ritos, no algo que pudiera derivarse de principios incuestionables.

Naturalmente Théra, siendo hija de Kuni Garu, disentía de ambas interpretaciones y había sacado sus propias conclusiones: Iluthan no estaba interesado en nociones abstractas de ética; intentaba asegurar el poder para lograr un objetivo de mayor transcendencia.

—Deja que maneje esto a mi manera —le susurró a Takval.

Antes de que este pudiera responder, su tío clamó con voz atronadora:

—Princesa de Dara, ¿eres en verdad tan delicada que no puedes con la fuerte bebida de las planicies? ¿O te consideras en una posición tan elevada que no te dignas a beber kyoffir con un jefe bárbaro?

Se produjo un silencio absoluto y todos los oídos se afinaron para escuchar la respuesta de la princesa.

Théra miró fijamente a los ojos del tío de Takval a través del extenso espacio elíptico que les separaba. De poco más de cincuenta años, el hombre estaba demacrado y mantenía una postura encorvada, como si siempre estuviera encogido, esperando recibir un golpe. El oasis permitía sobrevivir a su tribu, pero no prosperar, y los años de estar oculto en los páramos le habían hecho perder el vigor de guerrero que pudiera haber heredado de su padre, el último pékyu de los agon. Aunque no era un anciano, su rostro tenía tantas arrugas que resultaba difícil leer su expresión al tenue resplandor del fuego.

La princesa tenía claro que no debía subestimarle. Era el único hijo superviviente del linaje real de los agon, y no cabía duda de que su calculada representación del papel de servil cobarde había sido útil para su supervivencia.

—Malinterpretáis mis intenciones, jefe Aragoz —dijo la princesa Théra—. He dado solo un sorbo a causa del gran respeto que tengo por ambos pueblos.

Volyu alzó las cejas.

—Explícate.

—Tanto los agon como el pueblo de Dara respetan a los dioses y creen en los presagios —dijo Théra—. Esta noche estamos reunidos para celebrar la alianza entre los dara y los agon, garantizada por un matrimonio real. Tanto el matrimonio como la alianza deben nutrirse para perpetuarse y no deberían guiarse por intereses a corto plazo y por el beneficio inmediato. Di un sorbo al cuenco porque deseo honrar a los dioses y ofrecerles una señal de que la amistad entre nuestros pueblos debería durar tanto como este cuenco de kyoffir.

Los caciques y guerreros reunidos emitieron murmullos de aprobación. Algunas de las mujeres incluso la saludaron levantando ambos brazos y cruzándolos por las muñecas.

Takval lanzó una mirada de admiración a Théra y ella sonrió. Dado que las tribus agon estaban diseminadas por los rincones más apartados de las planicies y que muchas vivían como esclavos cautivos de los lyucu, la tribu de Sliyusa, la de Volyu, funcionaba como un Taten en el exilio para los agon. Los caciques presentes eran los homólogos de los grandes thanes del tiempo del imperio agon, y si Théra conseguía impresionarlos, esto impulsaría su reputación entre el pueblo de Takval.

Volyu soltó una prolongada carcajada.

—Eres muy inteligente, princesa de Dara. En las planicies decimos que «intentas vender un toro ciego en una noche sin luna» cuando nos referimos a lo que acabas de hacer.

El rostro de Théra se ruborizó.

—¿Es costumbre de las planicies ofender a quienes llegan en son de paz? Yo tenía la esperanza de que nuestros pueblos fueran votan-sa-taasa, como los Kikisavo y Afir de la antigüedad.

Volyu sacudió la cabeza.

—Has venido preparada, eso es obvio. Pero esa alianza de la que hablas fue negociada por mi sobrino sin mi autorización. Asumes que somos amigos, cuando lo que somos es extraños. La excesiva familiaridad es *también* una ofensa.

—No había intención alguna de ofender…

—¡Ofendes mi inteligencia con cada palabra que pronuncias! No importa lo hermosas que sean tus palabras o el modo en que elaboras tus falsos razonamientos, lo único que importa es el poder. Solo se produce una alianza cuando ambos pueblos pueden fortalecerse

mutuamente.

Lo sabía, pensó Théra, pero la confirmación de sus sospechas no le produjo ninguna satisfacción.

—¿Dudas del poder que mi pueblo puede aportar a los agon? Poseemos conocimiento, técnicas y armas. Takval puede contarte la fuerza que ganarán tus guerreros cuando dispongan de armas de metal…

—¿Me tomas por tonto? —bramó Volyu—. Takval me ha contado que habéis traído mil hombres y mujeres en barcos pequeños que no podrían transportar a un solo garinafin. El almirante Krita trajo más de diez veces esa cantidad en barcos-ciudad similares a islas flotantes, cargados con armas mágicas y, aun así, Pékyu Tenryo mató y esclavizó a todos ellos. ¿Acaso comandas más fuerzas que Krita? ¡Dara no tiene nada que ofrecernos!

Théra cerró los ojos por un momento para mantener bajo control su creciente pánico. Este era el peor de los escenarios posibles. Las posibilidades de que Dara pudiera formar su propio ejército de garinafins a partir de polluelos en solo diez años para derrotar a los experimentados jinetes de garinafins de Tanvanaki, el audaz cabecilla de la invasión lyucu, eran, como mucho, remotas. Si los lyucu enviaran nuevos refuerzos en barcos-ciudad cuando el Muro de las Tormentas volviera a abrirse, Dara entera caería. Claro que los lyucu no sabían con certeza cuándo volvería a abrirse el Muro —ese era un secreto que ella solo había revelado a Takval, y ni siquiera otros miembros de la expedición lo conocían, pues el único objetivo era derrotar a los lyucu lo antes posible—, pero no había ninguna garantía de que los lyucu no lo averiguaran por su cuenta. Aparentemente Cudyu poseía copias de los cálculos de Luan Zyaji, y podría llegar a descifrar el código que Luan había utilizado para ocultar la verdad. Incluso si no consiguiera descifrar el código, siempre podría tentar a la suerte enviando nuevas expediciones cada varios años, como Tenryo había hecho antes de la llegada de Takval. Estaba en Ukyu-Gondé para convencer a los agon de rebelarse con el fin de evitar que los lyucu enviaran más refuerzos, pero para eso hacía falta que los agon creyeran que la ayuda de Dara era valiosa.

Volyu continuó:

—Oh, sí, Théra, Takval intentó contarme las maravillas de vuestras armas y la gloria de la riqueza de Dara. Pero armas y riqueza no equivalen a poder. El poder es como el agua: fluye de los lugares altos a los bajos, y se mueve siguiendo las mismas pautas, tanto en los resecos páramos de Lurodia Tanta como en los bosques neblinosos de las Montañas del Fin del Mundo. A pesar de la red de mentiras que

Takval y tú habéis intentado tejer, yo sé que Dara está sumida en el abismo y los lyucu están listos en la cima.

—Si pudieras darte cuenta de lo vulnerables que son los lyucu y del potencial de lo que Dara puede ofrecer… —un tono de súplica se coló en la voz de Théra. Había subrayado a Takval la necesidad de no presentar esta alianza como una medida desesperada por parte de Dara, pero daba la impresión de que Volyu era demasiado astuto para su sobrino—. Seguramente podrás ver…

—Déjame decir lo que veo —afirmó Volyu, suavizando la voz hasta darle un tono siniestro. Los caciques y naros-votan inclinaron su cuerpo conteniendo la respiración—. Veo un pueblo al borde de la ruina mientras se enfrenta a la posibilidad de ser conquistado por los lyucu, como un rebaño de ovejas a punto de ser masacradas por los lobos. Veo a una mujer desesperada por encontrar la última oportunidad para salvar a su pueblo. Aunque nunca conocí a Krita y a sus Señores de Dara, todo chamán de las planicies conoce historias de su arrogancia y su confianza en sí mismos. Tu pueblo nunca hubiera aceptado enviarte hasta aquí, atravesando un océano desconocido, para casarte con alguien a quien consideras un «salvaje», a menos que no tuviera otra alternativa. Nos necesitas, princesa de Dara, pero nosotros no te necesitamos.

Théra se había quedado muda. Aunque Takval no hubiese proporcionado a su tío detalles de la situación en Dara, el sagaz Volyu hablaba como si hubiera estado en Pan.

Takval no pudo contenerse más.

—¡Tío! No entiendes…

—¡Silencio! Tú no eres el Pé-Afir-tekten —gritó Volyu—. ¿Cómo te atreves a arriesgar las vidas de nuestro pueblo…?

—¡Ella puede ayudarnos! He visto lo que puede hacer…

—Oh, no me cabe duda de que has visto lo que puede hacer… o lo has imaginado. Has traído a casa un garinafin salvaje e indómito poco acostumbrado a que lo monten. Yo la domaré.

Caciques y guerreros prorrumpieron en carcajadas y el rostro de Takval adquirió un intenso color rojo. Intentó saltar, pero Théra le sujetó la mano y tiró de él hacia abajo.

—¡Siéntate! —le susurró—. No puedes luchar solo contra él y sus guerreros…

—Tú no entiendes el significado de lo que acaba de decir —dijo Takval con voz temblorosa por la rabia—. Si no le desafío…

—Puede que no entienda todo lo que pasa, pero sé que si eres un huevo no te lanzas contra una roca…

Takval no tuvo oportunidad de responder porque Volyu volvió a

hablar.

—Princesa de Dara, no soy indiferente a la difícil situación en la que estás. Aunque no fraguaremos una alianza entre iguales, es posible alcanzar otro tipo de acuerdo.

—¿Qué otro acuerdo propones? —preguntó Théra.

—Danos todo lo que posees y sométete en vasallaje. Después de esta noche ya no serás una princesa de Dara, sino solo una leal mujer de los agon.

En otras palabras, no habría oportunidad de emplear un ejército agon para interrumpir las preparaciones lyucu de otra flota invasora a Dara.

—No puedo aceptar eso —dijo Théra.

—No tienes alternativa. Insisto en que aprendas esta lección esta noche y que la aprendas bien. Bebe el kyoffir. Disfrutaré al verte vomitar a mis pies.

Théra respiró hondo.

¿Qué debería hacer? ¿Qué haría cada uno de mis padres en mi posición? ¿Qué haría la mariscal Gin Mazoti? ¿Qué haría Iluthan?

No tenía respuesta porque se encontraba en aguas inexploradas. Miró hacia la derecha, a Takval, quien le rogaba con los ojos que bebiera. Podía entender lo que pensaba: incluso si esta noche se sometía, si Volyu consentía aceptarla, ya tendrían oportunidades de dar la vuelta a las cosas en el futuro. Si continuaba desafiando a Volyu, quién sabe lo que sería capaz de hacer.

Miró a la izquierda, a Thoryo, que daba sorbos de su propio cuenco. Su rostro, a la luz del fuego, mostraba una serie de expresiones fluctuantes: alegría, complacencia, sorpresa, incredulidad. Era la primera vez que bebía kyoffir y se deleitaba en la experiencia sensual sin preocuparse por la intoxicación, por las reacciones de su cuerpo, por las implicaciones políticas de cada gesto. Estaba tranquila, completamente entregada al momento.

Qué estúpidos somos por interpretar cada gesto y cada movimiento, cada bocado y cada sorbo, como ideogramas grabados en una página, cuando las sensaciones puras son milagrosas. Qué tontos somos al dudar del significado de cada paso, cuando caminar, respirar, ser libre y estar vivo son maravillas de por sí.

Una vida sometida a Volyu sería como el tiempo que Thoryo pasó en la oscura bodega del barco, vacío de color, de entendimiento, de elecciones interesantes. Eso no es vida. Es un horror.

Hay un tiempo para interpretar, pero también hay un tiempo para simplemente hacer.

Volvió a alzar el cuenco lleno de kyoffir. El cráneo quedó

suspendido en el aire pintado de oro carmesí por la luz del fuego. Los caciques y guerreros reunidos comenzaron a cantar elogiando a Volyu, y el jefe agon sonrió triunfante.

Théra hizo un movimiento.

En lugar de llevarse el cuenco de cráneo a los labios, derramó el líquido al suelo frente a ella y mostró a Volyu el fondo vacío del recipiente.

De todo el círculo brotaron gritos de sorpresa y de indignación. Varios naros saltaron y señalaron a la princesa, gritando incoherentemente.

Théra comenzó a hablar. Mantuvo deliberadamente la voz baja y la muchedumbre tuvo que callar para poder oírla.

—Yo solo bebo con héroes, no con cobardes que usurpan el lugar de los héroes.

Surgieron nuevos gritos indignados, pero la princesa rehusó alzar la voz.

—Invoco a los espíritus de los grandes pékyus del pasado: Togo Aragoz, el primero en unir a las tribus agon, el constructor de Langiaboto; Akiga Aragoz, el primero en soñar que se podía triunfar sobre los lyucu; Nobo Aragoz, que realizó el sueño de su padre y comandó cien cientos de garinafins. Todos ellos han atravesado las Montañas del Fin del Mundo en garinafins-nubes para unirse a los dioses en su eterno festín, y ahora yo derramo en tierra este kyoffir en su honor, para que no se desperdicie.

Théra detuvo su alocución; todos los ojos estaban puestos en Volyu Aragoz.

—¿Por qué iba a ser un desperdicio beber el kyoffir conmigo? —preguntó con voz peligrosamente calma.

—Dices ser hijo de Nobo Aragoz, hijo de Akiga Aragoz, a quien se llamó el Orgullo de las Planicies; sin embargo, ni siquiera te atreves a llamarte pékyu, a pesar de afirmar descender de Togo Aragoz, la primera pékyu.

El rostro de Volyu se crispó y pareció a punto de decir algo en varios momentos, pero finalmente permaneció en silencio.

Théra continuó su declamación.

—Me hablas de poder y sumisión; me hablas de la debilidad de Dara y de la fuerza de los lyucu. Dices hablar en nombre de los agon, pero tu pueblo se apiña en el desierto, subsistiendo aterrorizado a duras penas a la sombra de los amos lyucu. Los lyucu aprovechan vuestros pastos ancestrales, profanan las riberas de los lagos donde tu padre levantó su Taten, y te exigen que les entregues a tus jóvenes como tributo para servir de esclavos a sus thanes…

—¿Te atreves a ofender el coraje de nuestro pueblo? —bramó Volyu—. Debes saber que jamás abandonamos la resistencia frente a los malditos lyucu. Pero el lobo astuto aguarda el momento…

—No intentes revestirte del coraje de otros —Théra se interrumpió y mantuvo una voz mesurada sin alteraciones—. Takval me ha contado los múltiples levantamientos fracasados de diversas tribus agon desde los tiempos de la conquista de Tenryo. Pero tú no lideraste ninguna de esas rebeliones y, en todas las ocasiones, cuando los valerosos rebeldes fueron aplastados por los lyucu, permaneciste al margen, sin actuar…

—Debo considerar el bienestar de todo mi pueblo. Un líder espera la oportunidad adecuada…

—No. Un verdadero líder no *espera* la oportunidad adecuada. Planea, conspira y organiza hasta que puede *aprovechar* la oportunidad adecuada. ¿Qué has hecho tú para fortaleceros o para debilitar a los lyucu? Absolutamente nada. Yo no he venido hasta aquí porque sea el momento adecuado, sino porque Takval se atrevió a desafiar el vasto mar para encontrarme.

Volyu la miró con desdén.

—Ese cachorro medio formado sueña con enfrentarse a mí, pero él no es nada…

Théra se rio sin alegría.

—Él es un guerrero diez veces superior a ti. Te engañas a ti mismo diciéndote que permanecer quieto es lo mismo que progresar, que soportar la sumisión es lo mismo que tramar una rebelión, que decir a quienes se atreven a pelear que no es el momento es lo mismo que buscar la oportunidad para el golpe mortal. Has renunciado a tu orgullo y a tu fuerza hasta el punto de que ni siquiera te atreves a otorgarte el título que mereces por derecho de nacimiento. ¿Quién eres tú para hablarme de valor y de poder? Has convertido a tu pueblo en un rebaño de ovejas y has asumido el papel de perro pastor para los lyucu.

En lugar de gritar para hacerle callar, los caciques y guerreros agon se mostraban abatidos y en silencio, avergonzados.

—Pé-Áfir-tekten —dijo una de las mujeres—, ella no es ninguna doncella delicada. Si su pueblo tiene tanto temple como ella, es un aliado que merece la pena.

—Honra a nuestros ancestros con sus palabras —dijo uno de los hombres—, y los avergonzaremos si rechazamos su ayuda.

—Deberíamos acatar su consejo —dijo otra mujer—. Puede que hable nuestra lengua con acento vacilante, pero su espíritu es decidido y no tartamudea.

Otras voces asintieron.

Volyu hizo señas a los caciques y a los naros para mandarlos callar.

—No os preocupéis, votan-ru-taasa y votan-sa-taasa, solo estaba probando a la princesa dara para saber si es un cordero o un lobo.

Rellenó su cuenco de calavera de un morral de vejiga, lo alzó en dirección a Théra y derramó el kyoffir al suelo.

—Un buen aliado no teme hablar la verdad entre amigos —dijo Volyu—. Gracias, princesa de Dara, por recordarnos a todos la realidad de nuestra servidumbre.

Théra rellenó su cuenco y se abrazó las rodillas para no mostrar el alocado palpitar de su corazón que le hacía temblar las manos. *¡La apuesta había dado resultado!* Derramó el kyoffir al suelo en señal de reconocimiento.

—Gracias, jefe Volyu. Ojalá nunca volvamos a ser extraños.

Los demás guerreros derramaron también su kyoffir al suelo, a imitación de su jefe y de la princesa.

Volyu rellenó su cuenco, lo alzó y se giró hacia Takval.

—Gracias, Takval, por conseguir esta alianza. Has hecho que me sienta orgulloso.

—Solo he cumplido con mi deber. Formalicemos…

Volyu movió una mano para hacer callar a Takval.

—Un piloto joven de garinafin es impulsivo. Eso es bueno y malo al mismo tiempo. Un piloto experimentado puede enseñar muchas cosas a su montura que ella todavía no sabe que tiene que saber.

La expresión de Takval era indescifrable cuando conectó su mirada con la de Volyu.

—Siempre llega un momento en el que lo viejo tiene que ceder el paso a lo nuevo.

Volyu entrecerró los ojos.

—Has estado fuera mucho tiempo —de un modo casi descuidado, Volyu miró alrededor de la hoguera a los caciques y naros-votan allí reunidos, pocos de los cuales Takval conocía de nombre.

—¿Entonces insistes en dirigir la montura? —preguntó Takval.

—Insisto —dijo Volyu, y vertió su kyoffir en el suelo.

La mente de Théra seguía inquieta por la tensa confrontación con Volyu y distrajo su concentración durante un rato, por lo que se había perdido el inicio de este nuevo giro de los acontecimientos. Cuando se recuperó y volvió a centrarse, el ambiente volvía a estar cargado de tensión.

Se esforzó por analizar lo que podía recordar del intercambio que estaba teniendo lugar entre Takval y Volyu, intentando encontrar sentido a las palabras extranjeras y las peculiares metáforas. Era como

si volviese a ser una niña escuchando a escondidas en la corte de su padre, donde los grandes Señores de Dara desarrollaban una conversación por debajo de la conversación mediante metáforas e insinuaciones. Comprendió que había un torneo de voluntades entre tío y sobrino, pero ¿acaso Takval estaba desafiando a su tío por el liderazgo de los agon? ¡¿No pensaría que había llegado el momento para *eso*?!

—Lo que importa es que tu tío apoya esta alianza —susurró Théra en dara a su prometido—. Déjale que gane en esto. Nuestros objetivos pueden cumplirse sin guerras internas.

Los ojos de Takval se agrandaron.

—¿Estás… estás segura?

Ella asintió. *Es obvio que Volyu necesita cabalgar y ser el piloto del pueblo agon. Al menos por ahora. No tardará en llegar el día en que tú y yo tomemos las riendas.*

Takval mantuvo su mirada fija en ella, esperó un tiempo y espiró el aire retenido. Rellenó su cuenco de kyoffir y, sin mirar a Volyu, lo vertió al suelo.

Volyu sonrió.

—Que la única sangre que se derrame a partir de ahora sea la sangre de nuestro común enemigo.

Esto último fue pronunciado con fuerza y convicción, y los guerreros agon reunidos en el banquete le aclamaron.

—¿Habrá más kyoffir? —dijo Thoryo con aire preocupado—. Me parece un desperdicio derramarlo todo en el suelo.

Théra y Takval se miraron al tiempo que se apretaban las manos. Se había logrado una victoria.

Pero por un momento se atisbó un rastro de tristeza en los ojos de Takval cuando Théra apartó la mirada.

Más tarde, cuando concluía el banquete, Takval le dijo a Théra que regresara a la tienda mientras él se quedaba hablando con Volyu.

—Cualquier cosa que tengas que discutir con él, yo debería estar allí —dijo Théra.

—Hay cosas que pueden decirse dentro de la familia pero no en presencia de personas ajenas —dijo Takval.

—Yo *soy* de la familia.

—Todavía no —dijo Takval.

—¡Hemos compartido la misma cama!

—Eso no es lo mismo que un matrimonio en presencia de los dioses y las personas de la tribu —Takval suavizó el tono—. Por favor. Deja que hable con él.

De regreso a la tienda asignada a Takval y Théra para pasar la noche,

Théra observó con atención el mobiliario agon. A pesar de resultarle extraño, mostraba signos de opulencia: postes antiguos de hueso intrincadamente tallados (Théra se preguntaba cómo hacían los delicados y finos grabados); carracas ceremoniales construidas con caparazón de tortuga (el océano estaba a muchos días de viaje); odres de vejiga tan cuidadosamente engrasados y raspados que brillaban a la luz de la antorcha, con hermosos tapones hechos de brillante y dúctil oro trabajado hasta convertirlo en láminas delgadas con las que luego forraban las astas musgosas; ollas y calderos confeccionados con cuero de garinafin, y así sucesivamente.

Posiblemente algunos de estos objetos formaban parte del Taten de Pékyu Nobo y de algún modo habían sobrevivido a las incursiones de los lyucu. Ahora servían de recordatorio de la pasada gloria de los agon, de igual forma que la familia de Takval servía de conexión espiritual de los Hijos de Afir con su antigua fuerza.

Thoryo examinaba todo con interés y pedía a las mujeres agon que les habían asignado para asistir a la princesa que le explicaran la historia detrás de cada artefacto. A ellas les parecía divertido charlar con Thoryo: hablaba exactamente igual que una agon, y, sin embargo, trataba a cualquier recipiente de cuero como un objeto maravilloso. Su entusiasmo era contagioso.

—Ven con nosotras, hermanita —decían—. Hay otro montón de cosas divertidas para ver. —Thoryo se marchó con ellas.

Théra, por su parte, caminaba nerviosa arriba y abajo por la tienda vacía.

Takval tardaba mucho. Esperaba que no estuviera enfrentándose de nuevo a su tío para tomar las riendas del poder. Habían trabajado demasiado para llegar hasta aquí como para arriesgarlo todo a causa de su ambición.

Cuando Théra acababa de decidir ir en busca de Takval, la solapa de entrada se abrió y el pékyu-taasa agon entró a la tienda. Théra corrió hacia él, se dieron un abrazo rápido y se separó.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—Enseguida —dijo Takval—. Pero antes deja que te pregunte: ¿crees que hemos empezado bien?

—Sí —dijo Théra. Se relajó al ver que Takval no parecía enfadado ni desanimado. A lo mejor estaba paranoica. Quizá solo quería ponerse al día con su tío después de tanto tiempo fuera. Su voz sonaba entusiasmada cuando empezó a imaginar los siguientes pasos—. Tu tío parece abierto a nuevas ideas y nuevas maneras de enfrentarse a los lyucu. Tendremos que planear cómo vamos a movilizar a las tribus. No queremos que piense que sus ideas no importan, claro…

Takval la agarró por los hombros para que parara de hablar.

—Antes mencionaste «nuestros objetivos». ¿Cuáles son?

Théra quedó perpleja. ¿Por qué Takval preguntaba lo que era obvio?

—Salvar Dara y liberar a los agon destruyendo a los lyucu, por supuesto.

Takval le miró a los ojos.

—¿Vale la pena sacrificarse por esos objetivos?

¿Le preocupa mi determinación? Théra respondió con lentitud:

—Sé que mi estilo es diferente del tuyo, pero no soy tan ingenua como para pensar que se puede derrotar al fiero lobo sin poner en riesgo a nuestros seres queridos. He reflexionado sobre tu decisión cuando estabas en el barco-ciudad lyucu y la he comprendido: al arriesgar la vida de unos pocos salvasteis la de muchos.

—No me refiero a eso —dijo Takval con expresión tensa—. ¿Qué hay de ti?

Théra se ruborizó.

—¿Dudas de mi valor? Mi padre estuvo dispuesto a morir para salvar a los campesinos de Dasu y Rui, y yo soy hija suya. Salvar Dara significa todo para mí. ¡Ya me he desprendido de todo lo que poseía para atravesar el océano contigo y venir hasta aquí!

Takval se estremeció, pero pronto recobró la calma.

—Entonces recuerda tus objetivos y cuando llegue el momento haz lo que debas hacer.

Al fin ella se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿De qué estás hablando?

Pero antes de que él pudiera responder, un asistente que estaba fuera dijo con voz potente:

—El jefe Volyu desea visitar a la princesa de Dara.

—¿En mitad de la noche? —musitó Théra—. Me pregunto qué será lo que quiere.

—Ha venido para verte —dijo Takval—. Yo no debería estar aquí.

—¿Por qué no deberías estar aquí? —preguntó Théra cuestionándose qué extraña costumbre agon no había entendido.

Takval sacudió la cabeza.

—No hay tiempo. Debo irme.

Takval abandonó la tienda por la entrada trasera dejando a Théra sola frente al jefe agon.

Volyu entró en la tienda.

—¿Está todo a tu gusto, princesa?

—He caminado muchos días por el desierto y he tenido que beber mi propia orina —dijo Théra con un sonrisa—. El mero hecho de tener

agua limpia a mi disposición me parece un lujo. Agradezco tu hospitalidad.

Volyu echó a reír.

—Me encanta lo directa que eres, Théra, tan diferente de la reputación astuta que tiene la gente de Dara en nuestras historias. Así que yo también seré directo. Espero que podamos ser buenos socios.

—Claro que seremos buenos socios. Ni Takval ni yo deseamos otra cosa.

Volyu asintió con expresión de alivio.

—Bien. Entonces confío en que no haya problemas en programar la boda para mañana, ¿verdad?

Aunque durante el último año Théra había sido consciente de que iba a casarse con Takval, el súbito anuncio de una fecha específica la tomó por sorpresa. La imagen del encantador rostro de Zomi afloró espontáneamente, y tuvo que hacer un esfuerzo por centrarse en el presente.

—Esto… supongo que no. ¿Pero no es algo precipitado?

—Como puedes ver por ti misma, Théra, esto no es Taten y somos un pueblo en el exilio. No tenemos esclavos para levantar una grandiosa tienda ceremonial y no podemos sacrificar mil reses para un gran banquete. Espero que no te ofendas por los ritos sencillos y los pobres preparativos. Lo que importa es que podamos sellar la alianza lo antes posible y comenzar la gran tarea de rejuvenecimiento de los agon.

Théra asintió.

—Por supuesto, tienes razón. La alianza es lo más importante. Una ceremonia rápida no me supone ninguna ofensa, si eso es lo que Takval desea.

—*Es* lo que Takval desea —dijo Volyu—. Cuanto antes concluya el casamiento, mejor. El regreso de Takval ha creado… ciertas inestabilidades.

—¿Qué clase de inestabilidades?

—Ah… no me sorprende que no te haya explicado los detalles. Seré franco: mi hermana y yo no nos llevamos bien.

Théra asintió para sus adentros en reconocimiento. De hecho, Takval le había contado que Volyu se había convertido en jefe de los agon en el exilio frente a la pretensión de su hermana, Souliyan Aragoz, aunque ninguno de los dos había sido formalmente reconocido por Nobo, su padre. Ahora parecía que la mayor parte de los guerreros agon aceptaban a Volyu como líder, pero era lógico pensar que Souliyan todavía tenía seguidores, especialmente entre aquellos insatisfechos con Volyu. El regreso de Takval, reforzado por

una alianza matrimonial con Dara, sería sin duda visto por algunos como un punto a favor de la pretensión de su madre. Por eso Volyu estaba preocupado.

—No tienes nada que temer de nosotros —dijo Théra con determinación. Era importante aliviar las preocupaciones de Volyu y mostrarle que estaban aquí para ayudarle, no para derrocarle. Ella esperaba que esa fuera la razón por la que Takval había querido hablar con Volyu—. Eres el pékyu de los agon. Esta alianza solo beneficiará a Dara cuando los agon estén unidos y fuertes. No toleraré ninguna iniciativa para socavar tu autoridad.

—Muy bien. Eso es exactamente lo que quería oír de ti. Me temo que no descansarás mucho esta noche, pues tendrás que aprender los ritos antes de la ceremonia de mañana.

—¿Tengo mucho que hacer para prepararme? —preguntó Théra. Estaba algo aturdida intentando hacerse a la idea de que iba a casarse con Takval al día siguiente.

—No necesitas preocuparte por la ceremonia en sí en tanto que aprendas tu papel —dijo Volyu—. Según nuestra costumbre, son los ancianos de los dos clanes que van a unirse quienes planean los matrimonios, no la propia pareja. Te enviaré a chamanes y ancianos con experiencia para que te enseñen lo que debes hacer y decir durante la ceremonia.

—Pero para sellar la alianza…

—Aunque el matrimonio se celebrará con prisa y sin lujos, no escatimaré los ritos necesarios para darle la categoría requerida. Es fundamental que proclamemos la importancia de esta alianza, tanto para nuestras familias como para nuestros pueblos, para todas las tribus agon.

Théra asintió a sus palabras, algo más tranquila. La boda era, ante todo, un acto político, y le alegraba ver que, también para los agon, teatro y política iban unidos.

Takval no regresó cuando Volyu se marchó, y le agradó tener algo de tiempo para sí misma, para poder aclarar sus complicados pensamientos.

CAPÍTULO CATORCE

COMPROMISO

OASIS DE SLIYUSA KI, UKYU-GONDÉ: QUINTO MES DEL SEGUNDO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA (CONOCIDO EN DARA COMO EL SEGUNDO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS)

Avanzada la noche, hasta la tienda de Théra llegó una sucesión de chamanes y ancianos para enseñarle lo que tenía que hacer durante la ceremonia. Había que memorizar y recitar cantos tradicionales, pasos de baile específicos en honor a los dioses y a los héroes del pueblo agon, y rituales que debía realizar junto con el novio para demostrar el compromiso de ambas partes con la alianza.

Cuando regresó de visitar a sus nuevas amigas agon, Thoryo permaneció junto a Théra y asistió a todo el proceso de enseñanza. En el viaje hasta Ukyu-Gondé, Théra le había mostrado cómo representar el habla con letras zyndari, y Takval le había revelado las distintas técnicas mnemotécnicas utilizadas por el pueblo de las planicies: nudos en una cuerda para marcar los puntos importantes de un discurso, mapas de danza confeccionados con carbón sobre cuero, grupos de piedras de diferentes tamaños que simbolizaban las secuencias de acontecimientos. Ahora utilizó esas técnicas para tomar notas y ayudar a Théra a practicar y memorizar.

Más tarde, cuando la mayoría de los ancianos se habían marchado y Théra y Thoryo se iban a la cama, una mujer bien entrada la cuarentena entró en la tienda. Iba vestida como las demás agon, sin insignia alguna que mostrara su rango —al menos ninguna que Théra pudiera interpretar. Pero sus movimientos tenían un aire de mando natural que llamó la atención de Théra.

—Sal —le dijo a Thoryo. El tono no era arrogante ni rudo, pero no admitía discusión alguna—. Quiero hablar con la princesa de Dara a solas.

Thoryo miró a Théra, quien asintió. Hizo una reverencia y abandonó la tienda.

—Mi nombre es Souliyan Aragoz, hija de Nobo Aragoz, hijo de Akiga Aragoz, conocido como el Orgullo de las Planicies —dijo la mujer en voz baja. Tras una pausa añadió—: Soy la madre de Takval.

Pékyu Nobo Aragoz, el último pékyu de los agon, había tenido docenas de hijos con sus múltiples mujeres. Cuando los lyucu consiguieron destronar a sus antiguos amos, Pékyu Tenryo Roatan reunió a todos los hijos y nietos de Nobo y, en una fecha que complacía a los dioses según los chamanes, los hizo arrodillarse delante de la Gran Tienda agon. Luego el pékyu caminó por detrás de la hilera de niños de la realeza, hijos e hijas del hombre que le había criado como a un hijo de su propia carne, y les aplastó el cráneo de un golpe con Langiaboto, la Autosuficiente.

Los thanes de Tenryo habían desviado la mirada cuando los jóvenes pékyus-taasa arrodillados, algunos todavía incapaces de levantar una maza de guerra, suplicaron entre lágrimas por su vida mientras sus hermanos y hermanas mayores les gritaban que se callaran.

—Creéis que soy cruel —dijo el pékyu deteniendo su recorrido de muerte para dirigirse a los thanes—, pero en realidad estoy siendo compasivo. Dejarlos vivos para que su corazón se carcomiera día a día por la vergüenza de su propia cobardía, eso sería verdadera crueldad.

Una vez que las tribus agon, diseminadas hasta los confines de las planicies, asumieron su nuevo papel de pueblo conquistado, comenzaron a correr rumores de que no todos los miembros de la Primera Familia habían muerto.

Dos de los hijos de Nobo, Volyu y Souliyan, se habían salvado porque sus madres eran esclavas lyucu que servían a Nobo, y el pékyu agon nunca les dio el nombre de su clan ni los incluyó dentro de su linaje. Cuando los jefes de las distintas tribus agon empezaron a competir por el poder —en el exilio, las luchas por un oasis más grande en las planicies o por una zona más fiable de matorrales de lengua encerada eran aún más encarnizadas que las peleas por esclavos y derechos de pasto sobre el mar de hierba cuando los agon eran los amos de las planicies—, muchos vieron en los dos niños un valioso símbolo. El jefe que pudiera reivindicar que estaba «protegiendo» a los únicos herederos del último pékyu de los agon podía ser considerado como el protector de la memoria del pueblo agon y legítimo heredero del imperio arruinado.

Ambos niños se convirtieron en objeto de ataques y contraataques letales entre los agon y llevados de un lado a otro del continente, tratados nominalmente como los herederos del legado de Nobo Aragoz, cuando en realidad no eran sino peones de jefes ambiciosos que pretendían engrandecerse y engrandecer a sus familias.

Cuando se supo que los dos hijos reales agon habían sobrevivido, los thanes de Pékyu Tenryo instaron a su señor a que les diera caza. Pero Pékyu Tenryo puso reparos, explicando que la situación

beneficiaría a los lyucu. El juego de la captura de los pékyus-taasa promovía las luchas entre los agon e impedía la unificación de las tribus bajo un nuevo líder. En tanto que los lyucu conocieran el paradero de Volyu y Souliyan, estarían encantados de que los agon se pelearan a cuenta de estas figuras inútiles.

Rodeados por las intrigas y la violencia mortal, Volyu y Souliyan alcanzaron la madurez.

—Mi hermano ya te ha dado la bienvenida a Gondé y Sliyusa Ki, así que he pensado que yo también debería venir y darte la bienvenida al clan Aragoz —dijo Souliyan, aunque ni su voz ni sus ojos mostraban alegría.

Théra se inclinó ante ella.

—Takval me ha contado muchas cosas sobre ti.

Souliyan no dijo nada, pero observó a la princesa Théra con expresión impenetrable.

Ligeramente desconcertada por la fría recepción de su futura suegra, Théra siguió hablando.

—Has contribuido mucho al espíritu del pueblo agon.

El rostro de Souliyan se crispó.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Takval me contó que en los años posteriores a la conquista lyucu utilizaste tu posición y tu influencia para reorganizar a las tribus derrotadas y detener el derramamiento de sangre que os había acompañado, a ti y a tu hermano.

—¿Eso es todo lo que Takval te ha explicado? —murmuró Souliyan. Una sonrisa amarga le atravesó el rostro por un instante—. Me pregunto si realmente cree que las cosas fueron así o si intentaba embellecerlas para ti. A lo mejor solo intentaba impresionarte con su familia. Que decepción para ti descubrir que no es ningún príncipe, sino solo el hijo de una mujer que nunca aprendió a luchar a lomos de un garinafin.

—La fuerza no consiste solo en la capacidad de matar —dijo Théra —. El hecho de que tu hermano te tema me dice todo lo que necesito saber.

Souliyan entrecerró los ojos para fijarse mejor en Théra.

—A lo mejor no eres tan ingenua como pensaba.

La rabia enrojeció momentáneamente el rostro de Théra, pero hizo un esfuerzo por calmarse en honor a Takval.

—Espero llegar a demostrar que soy una digna compañera para el próximo pékyu agon y que mi pueblo es un valioso aliado para tu pueblo.

—Vengo a verte la noche anterior a tu casamiento y tú me hablas

de poder y de alianzas. ¿Es eso lo único en lo que piensas, princesa de Dara?

—¿Qué quieres decir? —Théra estaba confusa—. A fin de cuentas, la alianza es lo que realmente importa en este matrimonio.

—Eres tan fría —murmuró Souliyan—. Cuando Takval se acercó a mí no paró de hablarme sobre ti: de tu inteligencia, de tus capacidades, de tu compasión, de tu resolución. Pensé que me estaba hablando de la diosa Aluro en forma humana, una mujer más hermosa que cien atardeceres, tan sabia como la propia Afir. Estuvo tanto tiempo hablando sobre ti que creo que ni siquiera me preguntó por mi salud.

Ah, he estado dirigiéndome a ella como líder de los agon en lugar de verla como la madre de Takval, pensó Théra. *Siente que está perdiendo un hijo en lugar de ganar una hija.*

—Perdóname por no estar acostumbrada a hablar de los asuntos del corazón —dijo con torpeza—, especialmente en una lengua que todavía no domino…

Souliyan se echó a reír.

—Que bien te viene esquivar la verdad aludiendo falta de destreza en nuestra lengua. Daba la impresión de que no tenías tantos problemas con las palabras cuando te mediste verbalmente con mi hermano para no dejarte dominar.

No había visto a Souliyan durante el banquete, pero debía estar escuchando entre las sombras. Théra ya había tenido bastante.

—Tu hermano y tú habéis decidido recibir a un nuevo miembro de la familia con ofensas. ¿Se trata de una costumbre agon con la que no estoy familiarizada? Espero no tener que aprenderla nunca.

—Quiero oírte hablar desde el corazón, y no verte tejer ilusiones tan insustanciales como los reflejos en una burbuja de agua en el mar de hierba. Mi hijo casi muere por traerte hasta aquí. ¡Lo menos que puedes hacer es contarme lo que de verdad sientes hacia él!

—De acuerdo —dijo Théra. Detestaba que la forzaran de esa manera, detestaba que la intimidaran para que revelara sus sentimientos. Era algo totalmente opuesto al instinto que había adquirido en la corte del Diente de León—. Siempre he pensado que las historias de amor no servían de mucho y por tanto desconozco los clichés que otros emplean con facilidad para las declaraciones de amor. Siempre me han interesado más las palabras y los hechos que inciden en las estructuras más importantes del mundo, en el flujo y reflujo del poder que cambia el destino de millones.

A medida que iba hablando, las palabras surgían con mayor facilidad. Dejó de preocuparle su acento o de reprocharse no conocer

todas las palabras que necesitaba.

—Que no quiera hablar de lo que encierra mi corazón no quiere decir que no tenga sentimientos. Es verdad que cuando decidí casarme con Takval no sabía nada de él, excepto su valor al cruzar la ruta de las ballenas para llegar a Dara, en busca de una manera de liberar a su pueblo. Mi corazón estaba lleno de otra presencia, y la vida que soñaba no era la que él me ofrecía.

La cara de Souliyan desapareció de su vista. Dejó de actuar para una audiencia invisible y habló solo para sí misma.

—Los tiempos cambian y las personas maduran. Ahora he convivido con él y luchado a su lado contra la desesperación y la muerte durante más de un año. Codo a codo, nos hemos enfrentado al aliento de garinafin y sumergido en el mar con ayuda de una cruben; hemos atravesado el océano infinito y los páramos secos de Lurodia Tanta; hemos discutido y disentido, y juntos hemos desarrollado planes para salvar tantas vidas como era posible. No sé exactamente cuándo ocurrió, pero mi corazón se fue ensanchando hasta hacer sitio para él, y yo sé que él también me ha hecho sitio en el suyo. Todavía nuestras almas no son gemelas, pero ya podemos entrever vagamente la sombra del otro en nuestros pensamientos. Ese es un estado que muchas parejas casadas ansían pero que nunca alcanzan…

—Entonces, *¿por qué* has aceptado casarte con mi hermano y no con él?

Por un instante Théra sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, y titubeó:

—¿Qué?

—Como superior en linaje y estatus a Takval, Volyu ha reclamado su derecho a desposarte en un matrimonio real. Por el bien de Dara, Takval ha renunciado a enfrentarse a él y ha partido al exilio. Se convertirá en uno de los tanto-lyu-naro y renunciará para siempre a todo tipo de combate con el fin de asegurar la posición de Volyu.

—¿Qué… cómo… cuándo… *por qué?* —Tenía tantas preguntas en la cabeza que no sabía por dónde empezar. Lo sentía como una traición. No solo a todo lo que habían soportado y conseguido, sino a su *corazón*.

Estudió el rostro de Théra hasta convencerse de que la princesa de Dara estaba diciendo la verdad y entonces suspiró.

—Supongo que en verdad no lo sabías.

—¡Te juro que no lo sabía! —Théra estaba tan sorprendida como furiosa. Por supuesto que ahora entendía el extraño comportamiento de Volyu y Takval en la tienda. Toda esa discusión sobre montar al garinafin; todas esas preguntas acerca de si estaba dispuesta a

sacrificarse por sus objetivos; todas esas tonterías sobre ciertas cosas que solo podían hablarse en familia. Quería agarrar a Souliyan por los hombros y gritarle a la cara—: ¿Dónde está Takval? ¡Tiene que volver y responder a mis preguntas!

Se puso en pie, encolerizada más allá de cualquier medida, y avanzó a zancadas hacia la apertura de la tienda.

—Detente. No le encontrarás en este poblado —dijo Souliyan—. Ya se ha marchado al exilio. No quería que viniera a verte hasta después de la boda, pero soy su madre y no necesito hacerle caso.

—¡Y yo no soy ningún talismán que pueda entregar a su tío! —gritó Théra—. Soy su esposa y nadie va a estar en *mi* boda —o fuera de ella — sin mi consentimiento.

El rostro de Souliyan se descompuso finalmente en una sonrisa.

—No eres precisamente como yo imaginaba.

Théra apretó los dientes.

—Explícame lo que Takval esperaba lograr con esto.

—Va a ser una larga historia —dijo Souliyan.

Théra corrió hasta la entrada de la tienda y llamó a Thoryo. Susurró a la joven que ordenara a los demás del grupo prepararse en silencio para abandonar el campamento agon. Luego se giró hacia Souliyan.

—Entonces intenta hacerla breve; no voy a quedarme.

—Volyu y yo no tuvimos una infancia feliz —dijo Souliyan—. Nuestras madres eran esclavas lyucu, así que los agon nos consideraban mancillados, en absoluto verdaderos herederos del linaje Aragoz. Luego, tras la caída de los agon, nos convertimos en símbolos, poco más que armas ceremoniales o talismanes propiedad de un ambicioso jefe para conseguir mejores derechos de pasto que su vecino.

Théra asintió. Takval ya se lo había contado.

—Tu hermano y tú sois lo más próximo a un pékyu para los agon, aunque no tengáis dicho título. Tenryo estaba encantado de dejar que las tribus agon se pelearan por vosotros como coronas vivientes… bueno, como escudos de garinafin.

—No obstante, cuando crecimos, ese poder que nos atribuían como últimos descendientes vivos de Nobo Aragoz se hizo real. Mientras representábamos los ritos ceremoniales que deseaba el jefe que nos controlaba en ese momento: danzas para lograr buena caza, bendiciones para conseguir más terneros y corderos, oraciones para la fertilidad del vientre de las mujeres y para la potencia en las semillas de los hombres, nos encargamos de cultivar la relación con los ancianos y caciques que teníamos cerca. Mientras yo buscaba el apoyo

de los guerreros leales al nombre de Aragoz y mantenía vivas las leyendas de los agon, Volyu enfrentaba a una facción contra otra, hasta que finalmente pudimos contar con una base de poder. Con la ayuda de los guerreros que nos eran leales, nos escapamos y establecimos nuestra propia tribu, y los demás jefes se dieron cuenta de que era más ventajoso ganar nuestro favor y así conseguir prestigio que dominarnos descaradamente como acostumbraban a hacer.

—¿Y Tenryo os permitió crecer y reconstruiros sin hostigaros? —preguntó Théra.

—Ah, acabas de dar con el meollo del asunto —dijo Souliyan con aprobación—. Una vez que establecimos nuestra independencia y pasamos de ser simples peones a ser jugadores, Volyu y yo sabíamos que era inevitable llamar la atención de los lyucu. ¿Cómo podían permitir que los lobatos de un lobo sacrificado cobrasen fuerza y buscaran venganza?

»Mi idea era refugiarnos lejos de Taten, irnos con esos caciques y guerreros leales a nosotros y construir una nueva vida lejos del territorio lyucu, allí donde nuestra lejanía y nuestra pobreza dieran a entender al clan Roatan que no suponíamos ninguna amenaza.

—¿Ibais a descartar la posibilidad de buscar justicia para el pueblo agon? —preguntó Théra.

Souliyan suspiró.

—¿Qué es la justicia? Mi padre mató a miles para someter a los lyucu bajo la sombra de los garinafins agon, y Tenryo a su vez mató a diez veces más para revertir la situación. Mi madre nació lyucu, pero cuando los lyucu invadieron su tribu adoptiva, la mataron por haber parido un niño agon. Yo no tenía la capacidad ni el interés por restaurar los dominios de mi padre matando también a diez veces más. Solo deseaba vivir en paz y en relativa libertad. Habría propuesto que todos nos convirtiéramos en tanto-lyu-naro si hubiera podido estar segura de que sobreviviríamos a los duros inviernos.

Théra guardó silencio. Un pékyu agon pacifista no era obviamente el tipo de aliado que necesitaba el pueblo dara, pero no era el momento adecuado para contradecir a Souliyan.

—Mi hermano, no obstante, tenía ideas muy diferentes —continuó Souliyan—. Él creía que no podríamos escapar a ningún sitio en el que estuviéramos a salvo del aliento flamígero de los garinafins lyucu. Decía: «Si yo fuera Tenryo, nunca nos dejaría en paz».

Théra asintió para sus adentros, pensando que Volyu tenía toda la razón. Pero cualquier tipo de simpatía hacia el tío de Takval desapareció cuando Souliyan pronunció la siguiente frase.

—La única manera que teníamos de sobrevivir, según Volyu, era

que el clan Aragoz resultase *útil* para los lyucu.

Théra cerró los ojos y maldijo en silencio. Era una historia que le resultaba demasiado familiar.

—Nos asentamos aquí, en Sliyusa Ki. Él pronunció ante los caciques y naros-votan que nos seguían entusiastas discursos sobre la importancia de planificar a largo plazo, de ganar tiempo hasta que el pueblo agon pudiera levantarse de nuevo contra los odiados señores lyucu. Pero en secreto desarrolló otro plan.

»Los lyucu recaudaban pesados tributos de las diseminadas tribus agon; reses, ovejas, niños, garinafins, presas de caza, penmican, cualquier cosa que desearan. De vez en cuando, sobre todo cuando el invierno era especialmente severo o el verano especialmente seco, la carga del tributo era excesiva para algunas tribus que estaban al borde del hambre. Además, muchas veces los thanes lyucu encargados de vigilar a las tribus agon de sus territorios las humillaban sin razón alguna. En esos casos las tribus desesperadas decidían enarbolar la bandera de la rebelión, y era costumbre que los jefes en rebeldía procurasen nuestra bendición.

»Esas visitas, más allá de apaciguar a los chamanes, servían al propósito de indagar nuestra voluntad de apoyo a la rebelión. Volyu les transmitía su solidaridad y a veces llegaba a prometer que aconsejaría a las demás tribus secundar el levantamiento.

La sangre de Théra se había helado y temblaba involuntariamente mientras Souliyan continuaba con su relato.

—Pero tan pronto se marchaban los jefes rebeldes, agradecidos por el apoyo del clan Aragoz, Volyu esparcía rumores contra ellos, levantaba dudas sobre su carácter e inventaba profecías en las que estaban condenados a fracasar. Cuando le confrontaban directamente quienes se preguntaban si debían unirse a los rebeldes, les daba respuestas ambivalentes que les hacían dudar.

»Y lo peor es que enviaba mensajeros a Taten en secreto, informando a Tenryo de todo lo que sabía de los rebeldes.

»Así pues, cuando por fin comenzaban las rebeliones, las tribus amotinadas se encontraban sin aliados y rodeadas de tropas lyucu, aparecidas como por arte de magia. Entonces Volyu lamentaba la muerte de los rebeldes y lloraba en el siguiente encuentro de las tribus en el Festival de Afir, jurando venganza por los hermanos y hermanas muertos, pero explicando a su vez que todavía no había llegado el momento de actuar. Entonces solicitaba a las tribus que recogieran un tributo mayor para Taten, que él mismo recolectaba y enviaba a Tenryo tras quedarse con un décimo de los bienes para Sliyusa Ki. Y explicaba que esos tributos eran una manera de proteger de la

sospecha a los inocentes y ganar tiempo para conspirar contra los lyucu.

»Pero su reputación de sabiduría y astucia, de estar en sintonía con los dioses, creció entre los agon. Las tribus cercanas se nos unieron con sus rebaños y manadas, y las tribus más lejanas nos prometían lealtad, a él y a mí.

»Cuántas veces deseé poder revelar la verdad, mostrar quién era realmente y cómo había conseguido riqueza y poder sembrando la discordia entre los agon para apuntalar su propia tienda de mentiras —dijo Souliyan con los ojos cerrados y un susurro seco por voz—. Pero entonces comprendía que esa revelación supondría la muerte de todos aquellos a quienes amaba y de todos los que me creyeran. Los habrían matado Volyu o los lyucu. Así que me he visto obligada a contener mi lengua y a ser una cómplice silenciosa del despreciable plan de mi hermano.

»Nadie conoce este secreto, ni siquiera Takval. Pero si vas a aliarte con mi hermano mereces conocer la clase de hombre que es.

En medio de la oscuridad que precede al alba, un pequeño grupo de hombres y mujeres se acercó a los garinafins encerrados en la orilla del lago situado en el corazón del campamento agon.

—¿Quién anda ahí? —preguntó uno de los guardias agon, con el hacha de hueso preparada. Las figuras que avanzaban llevaban la cara oculta bajo cascos de cráneo y capuchas de pieles animales. El matrimonio de la princesa de Dara estaba previsto para el mediodía y con él Volyu mejoraría aún más su reputación entre las tribus agon. Había ordenado incrementar la seguridad para evitar que alguien pudiera atreverse a trastocar las nupcias.

—Soy yo —dijo la mujer que iba a la cabeza al tiempo que se retiraba la capucha.

—Jefa Souliyan —dijo el guardia sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito utilizar uno de los garinafins —dijo Souliyan.

El guardia miró con recelo a Souliyan y a los que estaban detrás de ella. Souliyan no era piloto de garinafin.

—¿Por qué?

—Las ovejas de mi familia se asustaron por culpa de los torpes visitantes de Dara y se han escapado —dijo una chica que estaba junto a Souliyan—. La jefa va a ayudarnos a traerlas de vuelta.

El guardia echó un vistazo a la chica. Iba envuelta de pies a cabeza en pieles de animal, algo un poco extraño considerando el calor, y escondía el rostro bajo un casco de tigre de colmillos, un signo de su elevado estatus. Hablaba con el acento de la Primera Familia, lo que

indicaba que pertenecía a algún linaje próximo al clan Aragoz —podría ser incluso una de las hijas no reconocidas del jefe Volyu.

El guardia estaba a punto de preguntarle su nombre y su linaje.

—Esas ovejas hacen falta para la fiesta de la boda —dijo la chica con impaciencia—. El jefe Volyu las escogió expresamente. ¡Tenemos prisa!

El guardia decidió que no quería arriesgarse a despertar la ira del jefe.

—Llevaos la hembra pequeña que está al final del redil. Es la más rápida. ¿Eres un buen piloto?

La chica señaló a otra de las figuras encapuchadas.

—Mi primo lo es.

El hombre al que señalaba tenía la complexión ágil y la actitud arrogante de un piloto de garinafin, incluso bajo el casco de cráneo de toro. Al guardia se le despejaron las dudas.

—Entonces id, y que Péa aligere vuestro vuelo.

El veloz garinafin, guiado con mano segura por Toof, pronto alcanzó a la solitaria figura que caminaba entre las dunas. Takval no se había llevado provisiones. Era evidente que pensaba que esta sería su última caminata.

Toof hizo aterrizar al garinafin delante del sorprendido Takval. Théra descendió tan pronto como pudo despojarse de su arnés, mientras Souliyan y los demás se ocupaban de asegurar su posición.

—No vuelvas a intentar hacer algo así —dijo la princesa Théra—. ¿Cómo pudiste pensar que *esto* era una buena idea?

—Entre nuestro pueblo, un jefe o un cabeza de clan tiene derecho a anticiparse a la petición de mano de un subordinado que pretende a una esposa poderosa —dijo Takval—. La única alternativa que me quedaba era desafiarle.

—¡Entonces desafíale! ¡O al menos *explícame* la situación!

Takval miró a Théra, con ojos anhelantes y confundidos.

—Pero me dijiste que le dejara ganar. Me dijiste que no se derramaría sangre en aras de esta alianza…

—Eso no es en absoluto lo que quería decir…

—¡Dijiste que salvar Dara era lo más importante para ti! Mi tío cuenta con el apoyo de todos los jefes agon, y yo no tengo nada que ofrecerte. Y ya te he pedido que sacrifiques mucho solo para venir a Gondé… —los ojos de Takval se llenaron de lágrimas.

—Oh, ¡serás tonto! ¡Bobalicón! —Théra estaba exasperada, pero su rabia se había disuelto en una ola de ternura—. Sé que no se me da bien hablar con el corazón, pero ¿cómo has podido pensar que estaba dispuesta a renunciar a todo lo que hemos construido —tú y yo— para

casarme con un extraño con un ejército más poderoso?

—Pero aceptaste casarte conmigo solo por la alianza…

—No vuelvas a intentar tomar decisiones *por* mí. Somos socios en esto, ¿entiendes? *Acepté* casarme contigo por razones políticas, pero he aprendido a respetarte, me preocupo por ti y te he hecho un hueco en mi corazón. Juntos somos más fuertes y, si es necesario hacer sacrificios, deberíamos tomar la decisión juntos.

Una mirada de júbilo iluminó poco a poco el rostro de Takval.

—No estaba seguro de cómo te sentías…

—Entonces deberías haberme preguntado.

—Pero ¿me habrías dicho lo que sentías si no pensaras que ibas a perderme?

Théra intentó contestar pero se dio cuenta de que no podía. Lo cierto era que hasta el momento en que averiguó que podía perder a Takval para siempre, no supo realmente lo que sentía por él.

—Habrá tiempo para esto más tarde —dijo Souliyan acercándose a la pareja—. Ahora tenemos que decidir qué hacer con mi hermano.

—Tenemos que regresar para que pueda desafiarle abiertamente por tu mano —dijo Takval con resolución.

—No —dijo Théra—. Eso supondría que uno de los dos acabaría muerto, y no voy a comenzar mi matrimonio ni esta alianza con una hermana levantándose en armas contra su hermano, o un sobrino contra su tío.

—No hay otra manera —dijo Takval—. Esta ha sido la tradición en las planicies durante innumerables generaciones.

—He oído esa clase de argumentos en demasiadas ocasiones para justificar la muerte y el derramamiento de sangre —dijo Théra—. Antes de Akiga Aragoz las tribus estaban diseminadas y no se unían para luchar. Antes de Tenryo Roatan los lyucu no esclavizaban a los agon. Antes de la llegada de los barcos-ciudad, el pueblo de las planicies no soñaba con conquistas al otro lado del mar. Hasta las historias que llevan años contándose pueden cambiar, y estoy segura de que nosotros podemos cambiar esta historia.

Al volar cerca del suelo y aproximarse desde el este con el sol naciente, Toof se las arregló para disimular la figura del garinafin hasta que fue demasiado tarde para que los guardias dieran la alarma. Guio al garinafin hasta un terreno próximo a la gran tienda de Volyu, y la pequeña banda dirigida por Takval y Théra pudo abrirse camino hasta apoderarse de Volyu, que todavía estaba soñando con su gran día, antes de que pudiera organizar una defensa adecuada.

Souliyan, situada delante de la tienda, aseguró a los seguidores de Volyu que todo iba bien. Solo se trataba de un asunto familiar que

debía discutirse en privado. El golpe de estado, limpio y relampagueante, se consumó antes de que la mayor parte del campamento se hubiera siquiera levantado.

Mientras Souliyan seguía impidiendo el paso de la muchedumbre de nerviosos ancianos y chamanes que exigían saber lo que estaba pasando, dentro de la tienda Takval y Théra tenían que decidir el destino del depuesto Volyu.

—Lo mejor es matarlo —dijo Takval. Se encontraba furioso después de que Souliyan le revelara en el viaje de regreso la magnitud de la traición de Volyu—. Es la única forma de satisfacer a los espíritus de todos los valientes guerreros agon que se han rebelado y han muerto por su culpa. Cuando hagamos públicos sus crímenes, los demás jefes nos apoyarán.

—No. Matarlo es lo único que *no* debemos hacer —dijo Théra—. Comenzar nuestro matrimonio y la alianza entre nuestros pueblos con una muerte es un terrible presagio.

—No siempre puedes evitar el derramamiento de sangre… —empezó a decir Takval.

—Es más que eso —dijo Théra. Echó un vistazo a Volyu, amordazado y amarrado con gruesas cuerdas de tendones en un rincón de la tienda. Estaba furioso y miraba con ojos siniestros a su sobrino y a su potencial novia—. Si lo matamos o le deponemos, las noticias llegarán hasta Taten. Cudyu Roatan se alarmará si eliminamos a su leal sabueso.

—La confrontación es inevitable.

—Puede que sí, pero tu tío tiene razón al decir que el momento de la confrontación no está maduro. Las tribus agon están demasiado débiles y desunidas. Tenemos que hacernos fuertes antes de enfrentarnos a los lyucu, y tu tío puede ayudarnos si le dejamos donde está.

Tras mucha discusión, establecieron un plan. Se anunciaría que Volyu había cambiado de idea y decidido que era demasiado arriesgado aliarse con Dara, por lo que anulaba los planes de matrimonio. Volyu se quedaría al mando en Sliyusa Ki, pero Théra y Takval se pondrían en marcha con aquellos guerreros que creían que valía la pena aliarse con Dara y establecerían una nueva base en otro lugar, más alejado incluso de la atención de los thanes y los jinetes de garinafins itinerantes lyucu.

—¿A dónde iremos? —preguntó Théra.

—Muy lejos —dijo Takval—. Hasta las Montañas del Fin del Mundo, al este. Me temo que las condiciones serán incluso más duras que las de aquí.

—Siempre que lo hagamos juntos —dijo Théra—. Ya ni me asusta volver a beber orines, ¿puede ser mucho peor que eso?

—¿Qué os hace pensar que guardaré vuestro secreto? —preguntó Volyu, en cuanto la banda le retiró la mordaza.

—Es sencillo: tu supervivencia —dijo Théra—. Has dejado claro que eso es lo único que te importa; eso, y conseguir poder para ti mismo. Si informas a los lyucu de nuestros planes, te echarán la culpa. ¿Cómo iba Cudyu a confiar en ti si se entera de que tu hermana y tu sobrino se han rebelado? ¿Y que fuiste tan incompetente como para dejar que se escaparan? Probablemente pensará que también tú conspirabas con ellos.

Volyu continuó fulminándola con la mirada, pero no respondió.

—Incluso si Cudyu, por alguna razón, no llegara a culparte, tu propio pueblo no te dejaría sin castigo. Recuerda que Souliyan es al menos tan respetada como tú. Si nuestra partida cuenta con su bendición y los lyucu nos capturan, nadie volvería a creer tus mentiras sobre que los dioses no nos favorecen.

La mueca de desprecio desapareció del rostro de Volyu.

—Así que la opción más ventajosa que *tienes* es guardar nuestro secreto.

—No podréis mantener eternamente en secreto una rebelión como esta —dijo Volyu—. Al final los lyucu la descubrirán.

—Pero entonces seremos lo bastante fuertes para combatirlos —dijo Théra—. Piensa en esto. Cuanto más tiempo nos ayudes a mantener el secreto, más fuertes seremos, y la rebelión tendrá más posibilidades de triunfar. Y cuando eso ocurra serás un gran héroe y tendrás más poder del que puedes reunir en este desierto, como perro pastor de los lyucu. Sé que no tienes mucho de guerrero, pero hasta tú debes soñar con ser un verdadero pékyu de los agon, y con que tu nombre se conmemore en canciones y fábulas, todo eso sin apenas riesgo.

La técnica del palo y la zanahoria tuvo el efecto deseado. Volyu se la quedó mirando unos momentos y luego asintió lentamente.

Cuando los guerreros que seguirían a Takval y a Théra en su largo viaje hasta la flota dara se reunieron junto al lago, Volyu se situó enfrente y derramó kyoffir en el suelo para desear a los viajeros una travesía segura.

Quienes partían lo harían sin su ganado de pelo largo ni sus ovejas, pues era imposible mantenerlos con vida en la travesía del desierto.

Eso facilitó que el resto de la tribu aceptara más fácilmente la partida. Los rebaños y manadas fueron cambiados a los naros y naros-votan que se quedaban por armas, penmican, queso y ganado de pelo corto. Tanto quienes se iban como quienes se quedaban se sintieron

beneficiados por el intercambio: un grupo ganó riqueza, el otro ganó esperanza.

—Esta no es la clase de trato que yo habría ofrecido a mi tío —dijo Takval—, o que le hubiera ofrecido cualquier agon de los que conozco.

—Los dos tenemos que aprender a pensar de maneras diferentes si queremos alcanzar nuestras metas —dijo Théra.

—Ya me estoy dando cuenta. Todavía debo hacerme a la idea de dejarle con vida, pero tenías razón. Es la opción más segura. En realidad, mantenerlo en su lugar nos servirá de ayuda. Los lyucu confían en él como perro guardián. Mientras no ladre, no se molestarán en detectar potenciales rebeliones.

—Siempre es fácil negociar con personas como él —dijo Théra—, porque lo único que le preocupa es él mismo —alargó el brazo para agarrar la mano de Takval y se la apretó—. Nosotros nos preocupamos por más cosas, y eso es tanto una debilidad como una fortaleza.

Y mientras la fila de guerreros agon comenzaba su marcha hacia el oeste, Takval, Théra, Souliyan y algunos de los compañeros más cercanos montaron en dos garinafins —regalo del generoso Volyu, que se moría de ganas de verlos lejos de Sliyusa Ki— y emprendieron vuelo hacia la flota dara.

La decisión de hundir los barcos fue discutida, pero al final todos estuvieron de acuerdo en que era la única opción. Si iban a instalar su base lejos, en el este, no había manera de mantener estos barcos, y si los dejaban allí se arriesgaban a que los lyucu descubrieran su llegada.

Descargaron todas las provisiones y desmontaron y retiraron todas las partes de la estructura de los barcos que se podían rescatar. Mientras el resto de la tripulación de la flota permanecía en pie en la costa y despedía a *La que Disuelve las Penas* y a sus hermanas, el almirante Mitu Roso, con lágrimas en los ojos, condujo al capitán Nméji Gon y a los demás capitanes a prender fuego a los barcos.

Théra también lloraba. Hasta ese momento había albergado en algún lugar de su mente la fantasía de que podría volver a Dara pronto. Pero los barcos en llamas le recordaron que se había comprometido a quedarse allí, al menos hasta completar su tarea.

—¿Estás pensando en tu familia? —preguntó Takval, rodeándole los hombros con su brazo.

Ella se recostó en él.

—Sí… y en más cosas.

—¿Te gustaría enviarles un detalle cariñoso?

Théra le miró con asombro.

Entonces Takval le explicó.

Había luna llena.

La caravana principal agon había llegado finalmente. Cargaron sobre el ganado de pelo corto las cajas, los baúles y los fardos de la flota dara. Todos los soldados y los guerreros, los eruditos y los naros, dormían en la playa. Por la mañana iniciarían la larga marcha hacia el este, hacia las Montañas del Fin del Mundo, donde buscarían la manera de prender el fuego de la rebelión contra los lyucu. Esperaban detenerse a lo largo del camino en otros oasis agon y reunir más fuerzas para su causa.

Takval y Théra estaban junto a la espuma de las olas observando a las docenas de tortugas de todos los tamaños que se arrastraban torpemente sobre la arena en dirección a las olas que lamían la playa. Habían sido capturadas por algunos pescadores dara hacía unos días y estaban felices de escapar de su extraña experiencia.

—¿Crees que podrán atravesar a salvo el Muro de las Tormentas? —preguntó Théra.

—No lo sé —dijo Takval—. Los chamanes tampoco mencionan si Afir llegó a averiguar si sus tortugas llegaron hasta Kikisavo. Pero me agrada pensar que el amor es un buen refugio contra cualquier tormenta.

Las tortugas se sumergían en el agua y salían brevemente a la superficie para respirar, y la luz de la luna hacía destellar las extrañas marcas de sus caparazones. No se parecían a los dibujos de cualquier otra tortuga de Dara o de las costas de Ukyu-Gondé. Théra había diseñado cuidadosamente las marcas y Takval les había enseñado a ella y a los pescadores el modo de utilizar el jugo del cactus de tajo para grabar los mensajes en el caparazón vivo de las tortugas y les había ayudado a mantenerlas calmadas durante su breve cautiverio.

Esperaban que, cuando las tortugas regresaran al océano, la gran corriente oceánica las transportara de vuelta a Dara en sus migraciones anuales, y que algún pescador curioso capturara a alguna de ellas y, con suerte, trasladara el mensaje a los pretendidos destinatarios. Théra había trazado los grabados de forma que no levantaran sospechas entre los lyucu de Dara, caso de que alguna de las tortugas fuera capturada por ellos, pero que el mensaje fuera inconfundible para la única persona en las islas capaz de comprenderlo.

—Sé que la amas —dijo Takval. Tras una pausa, añadió—: Lo siento.

Théra se giro hacia él.

—El corazón no es un estanque fijo como una burbuja de agua en el mar de hierba; crece y se expande como el océano. Tu madre ahora es

mi madre, y tu pueblo, mi pueblo. Nunca dejaré de amarla, pero eso no significa que no haya empezado a amarte a ti.

—Eres mi aliento, Théra, el espejo de mi alma.

Théra se recostó contra él y le susurró algo al oído. Asombrado, Takval colocó una mano sobre su vientre. Ella sonrió y le besó.

Las tortugas se sumergieron bajo las olas, dejando solo el mar eterno bajo el brillante resplandor de la luna.

RETOÑOS AZOTADOS POR LA LLUVIA

CAPÍTULO QUINCE

LA CÁMARA OSCURA

PAN: SEXTO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS (CONOCIDO EN UKYU-TAASA COMO EL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ Y EL OCTAVO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA A UKYU-GONDÉ)

Para las criadas o jornaleros comunes ocupados en sus asuntos en la próspera Pan, el Palacio Imperial era tan solo un recinto de imponentes torres y solemnes salones de extensos tejados, oculto tras un muro tan grueso y fuerte como las propias murallas de la ciudad.

Pero tras las torres y los salones, más allá del Muro de la Tranquilidad, más allá del arroyo sinuoso que separaba los pabellones administrativos de palacio de los aposentos privados de la familia imperial, se encontraba un jardín, un mundo secreto dentro de otro mundo, un remanso escondido de naturaleza serena en medio del ajetreo de la bulliciosa ciudad.

En este lugar el emperador Ragin atendió durante un tiempo un pequeño arrozal para no olvidar su origen como hijo de agricultores; la emperatriz Risana —en aquel tiempo la consorte Risana— entretenía a los hijos imperiales en un serpenteante laberinto de setos repleto de fantásticas sorpresas que conjuraba gracias a su dominio del humo; y la emperatriz Jia cuidaba un jardín de hierbas medicinales, que se complementaba con un cobertizo hecho a imagen de una tienda de medicina de Cocru en la que ella misma conspiró para hacer caer a los grandes Señores de Dara que habían luchado para lograr un imperio para su marido.

Hacía tiempo que el arrozal había sido desecado y el laberinto arrasado. En su lugar se podían ver más parcelas cuadriculadas con hierbas medicinales, invernaderos cuidados día y noche por equipos de sirvientes, y terrarios y jaulas que albergaban insectos y animales exóticos con propiedades terapéuticas. El pasatiempo favorito de la emperatriz Jia se había apoderado del Jardín de Palacio, tanto como su presencia se había apoderado de la Corte del Diente de León.

Un rincón particular del jardín, sin embargo, mostraba la presencia de otra mano diferente a la de la emperatriz. Orquídeas azules y amapolas, hortensias y lirios cerúleos, lotos color cobalto y peonías

vincapervinca —variedades especiales que los horticultores de Dara habían tardado generaciones en reproducir— llenaban los suelos como un mar multicolor. Por encima de esta agua floral se alzaban formaciones de rocas extraídas de canteras y de fondos de lago de todo el reino, colocadas según la forma y situación de las islas de Dara.

Y en esas formaciones rocosas había réplicas en miniatura de la geografía y civilización de Dara: cadenas montañosas que llegaban a la cintura con cumbres salpicadas de sal, lugar favorito de las ardillas montañeras; imponentes acantilados envejecidos a brochazos y cubiertos por delicadas enredaderas y campanillas trepadoras, lugar favorito de los gorriones que parecían tan grandes como garinafins a escala; cadenas volcánicas del tamaño de tapaderas de olla, esculpidas con masa endurecida por los pasteleros de la cocina imperial; diminutas versiones en porcelana de Pan, Ginpen, Müning y Çaruza, pintadas con tal detalle que hasta podía verse otra versión del Jardín de Palacio dentro del modelo de Pan, del tamaño aproximado de un ojo de toro.

Tan infantil como refinada, confeccionada con meticulosidad e imaginada por una mente adolescente, ¿quién era responsable de esta versión reducida de Dara?

Amanece.

Las gotas de rocío penden de la punta de las briznas de hierba y el sol naciente proyecta largas sombras oscuras que resaltan el brillo de los resplandecientes pétalos de las flores, embellecidos por una luz dorada que no durará mucho.

En medio de la formación rocosa más grande, que representaba la isla Grande, había un estanque con la forma del lago Tututika. Allí vivía un banco de coloridas truchas, con elegantes aletas caudales que rivalizaban con las del legendario dyran. La mayor de todas era de color dorado y sus vueltas lentas y sinuosas alrededor del estanque estaban cargadas de tanta solemnidad como las fabulosas giras del emperador Mapidéré.

Dos enormes cuervos, uno blanco y otro negro, se posaron junto al estanque. Miraron al agua, donde el sol naciente se desmenuzaba en mil pedazos sobre las ondas que rebotaban de un extremo a otro del estanque. La carpa dorada nadó hacia ellos. Mientras los cuervos graznaban y la carpa hacía burbujas junto a la superficie, casi podía imaginarse que estaban conversando.

«Hermanita, ¿qué has estado haciendo con la persona a tu cargo? Se pasa los días pintando y cantando, bordando y resolviendo acertijos de ideogramas, rasgueando la cítara y tocando la flauta, yendo al teatro y

escribiendo poemas sobre actores que le gustan…».

«… practicando caligrafía y trabajando en este absurdo jardín, visitando nuevos restaurantes y hablando con entusiasmo de las chucherías del mercado, asistiendo a fiestas y probando toda clase de cerveza, chismorreando sobre chicos y leyendo historias de amor…».

«A mí me parece que simplemente está viviendo la vida de una señorita rica, Rapa y Kana».

«¡Pero no es simplemente una señorita corriente, Tututika! ¿Qué hay de prepararse para la guerra? ¿Qué hay de estudiar política? ¿Qué hay de pulir su talento para mejor servir a Dara? A su edad, Gin Mazoti ya se había levantado en armas contra Mapidéré…».

«… y Zomi Kidosu ya se había distinguido en el Gran Examen…».

«¿Acaso todo el mundo debe vivir dedicado a la política y a la guerra? ¿Acaso la vida de una gamba de los arrecifes es menos preciosa que la de una majestuosa cruben? Ella llena su vida con la búsqueda de la belleza, y ¿quién dice que ese no es su destino?».

«¡La belleza, la belleza, la belleza! ¿No sabes hablar de otra cosa? ¡Va a haber guerra! ¡El tratado que ha mantenido la paz a cambio de tributos para los lyucu terminará dentro de dos años!».

«La belleza es mi reino, hermanas. Además, vosotras también tenéis a alguien a vuestro cargo, y él solo piensa en la guerra y la política. Coincido con Kiji en que no deberíamos actuar como si la guerra fuera inevitable en el futuro de Dara —una profecía que fomenta su propio cumplimiento— y vuestros graznidos no me convencerán de que cambie de opinión. Dejadme guiarla tal como deseo y dedicaros vosotras a su hermano».

«Estás cometiendo un grave error, hermanita. No se puede evitar la guerra refugiándose en el arte, y la belleza no sirve de mucho cuando tropieza con una tormenta de lanzas».

En mitad del mar de flores se levantaba una cabaña de extraño diseño, rodeada por las islas en miniatura. De forma cilíndrica, a nada se parecía tanto como a un champiñón gigante. Pero en lo alto del pie, en lugar del sobrerillo con forma de paraguas, tenía una esbelta chimenea doblada por la mitad como un codo. Si reptáramos al interior de la boca acampanada de esta chimenea horizontal, como solían hacer las ardillas montañeras del jardín, encontraríamos un espejo gigantesco apoyado en el ángulo, con la inclinación adecuada para poder dirigir la luz recogida por la boca acampanada hacia el interior de la cabaña.

La chimenea era un ojo, construido siguiendo las mismas líneas que los tubos de espejos que desviaban la luz en el interior de las crubens mecánicas.

Pero al final del tubo, en lugar de un observador humano, la luz

recogida por el espejo se dirigía hasta un pequeño agujero en la base de la chimenea, en el que estaba instalado un vidrio pulido abombado en el centro; a través de esta lente la luz penetraba al oscuro interior.

El interior de la pared cilíndrica de la cabaña estaba cuidadosamente forrado con capas de tela gruesa para evitar que la luz penetrara por cualquier rendija, y en el centro del suelo había una mesa circular con una hoja inmaculada de papel encima. Un cono de luz atravesaba la oscuridad en el interior de la cabaña; la punta del cono era el agujero del techo y la base iluminaba la hoja de papel como la luna llena en una noche sin nubes. El cono de luz estaba poblado por motas de polvo que flotaban perezosamente.

La lente del techo proyectaba sobre la pantalla de papel la escena del exterior: islas, montañas, volcanes, puertos y ciudades, todo ello repleto de los vivos y brillantes colores de un amanecer dorado, con ángulos agudos y sombras contrastadas. El mundo sólido quedaba reducido a una imagen plana, y los planos y las líneas se contorsionaban mediante la perspectiva para evocar volumen, con una precisión inigualada siquiera por los mejores pintores de Dara —porque esta era la obra de los dioses, un cuadro de luz que ningún ojo humano ni pincel podría jamás reproducir.

Pero eso no significa que los mortales no lo intentaran.

Arrodillada junto a la pantalla estaba una joven de dieciocho años. De piel clara y pelo muy rubio, tenía el aspecto de una noble de las tierras altas de Faça. Arrugaba las cejas debido a su profunda concentración mientras blandía un pincel de pelo de lobo mojado en pintura, intentando capturar la obra de los dioses pincelada a pincelada, toque a toque.

Una serie de fuertes golpes contra la puerta de la cabaña rompió su concentración. Dio un grito y soltó el pincel sobre el papel. Por un instante miró fijamente la pintura arruinada con expresión desolada.

—¿No tengo dicho explícitamente que nadie me moleste cuando estoy aquí? —gritó.

No obtuvo respuesta.

—Está bien —murmuró para sus adentros—. Supongo que esta no es la manera. De todas formas es más divertido pintar como yo quiero que copiar la obra de los dioses.

Se levantó y abrió la puerta de la cabaña cilíndrica.

Fuera había un hombre joven que la miraba con ojos parpadeantes y sonrisa jovial.

Estaba en la veintena. De hombros anchos, piel morena, pelo lacio y negro, mostraba más rasgos heredados de su padre, natural de Cocru, que de su madre, original de Arulugi. Vestía la armadura de

comandante del ejército de Dara, aunque, al encontrarse en palacio, la armadura era ceremonial, hecha de papel y seda.

Con un chillido, la joven se lanzó a sus brazos.

—¡Hudo-*tika*! ¡No escribiste para decirme que venías!

El joven no era otro que Phyro Garu, hijo de Kuni Garu y Risana, conocido en estos días como emperador Monadétu de Dara. Pero como la emperatriz Jia, su madre-tía, retenía el Sello de Dara como regente, raras veces usaba ese nombre. La joven era su hermana pequeña, la princesa Fara, hija de Kuni Garu y la consorte Fina.

—Decidí venir a Pan en el último minuto —dijo Phyro—. Porque… no importa, no te interesaría. ¿Qué hacías, Ada-*tika*, encerrada en esta cabaña oscura? Teké y Comé dicen que llevas ahí desde antes de amanecer.

—Veo que no hay nada de palacio que escape a la atención de las Aletas de Dyran —dijo Fara algo enojada. Enseguida volvió a animarse —. No importa, no es que lo lleve en secreto. A esto se le llama cámara oscura, un viejo invento modelista diseñado para estudiar formas y perspectivas, y para adiestrar a los pintores. Ven, deja que te enseñe.

Agarró a su hermano y lo introdujo en la cabaña, cerró la puerta y le mostró que la chimenea-luz situada arriba podía girarse en diferentes direcciones para proyectar diferentes vistas de los alrededores en la pantalla para pintar.

Volvieron a salir de la cabaña; Phyro parecía impresionado.

—¿Tienes planos detallados para la construcción de esta cámara oscura?

—Seguro que puedes encontrarlos en la Biblioteca Imperial. Solo me ha ayudado Aya… Espera, ¿no me dirás que has pensado comenzar a pintar? —Fara sabía que a su hermano le encantaba aprender todo tipo de cosas relacionadas con maquinaria, incluyendo la escenotecnia y los trucos de los magos callejeros, pero pocas veces había mostrado gran interés por el arte—. ¡Alabada sea Tututika! ¡Mi hermano mayor se ha dado cuenta de que la vida consiste en algo más que aprender a cabalgar monstruos que expelen fuego!

—¡No, no! Estaba pensando que ese artilugio, convenientemente utilizado desde una cruben mecánica sumergida, permitiría a un cartógrafo trazar mapas exactos de la costa con antelación a un ataque anfibio…

Fara puso los ojos en blanco.

—¿Solo puedes pensar en el combate y en la guerra?

—Está bien. Hablemos… de ti. ¿Así que estabas estudiando el modo de pintar la vida tal y como es? Pensaba que tu estilo era más bien

abstracto y menos representativo. La última vez que visité Pan me diste toda una lección sobre la genialidad de los retratos impresionistas que la señora Mira hizo del hegemón. ¿Qué fue lo que dijiste? *«Un nimbo tras una zancada, un arcoíris lunar posterior a la lucha…»*.

—*Tú y yo, nuestros destinos incomprendidos, no necesitamos historia alguna para este dueto* —finalizó Fara.

Ambos se mantuvieron callados por un momento. Los versos, compuestos por Ro Taça de Rima hacía siglos, describían el encuentro del poeta con un tañedor de laúd de coco tras ser degradado por el rey de Rima por darle un consejo que había irritado sus reales oídos. Fara se había apropiado de los versos para caracterizar el poder de los retratos bordados abstractos de la señora Mira, pero Phyro había visto en ellos una descripción del dominio del humo de su propia madre, la emperatriz Risana.

—Si alguien puede enseñar a un zoquete ciego ante la belleza como yo el significado del arte, esa eres tú —dijo Phyro, para romper la seriedad del momento—. Confía en tu propio estilo.

Al haber crecido rodeada de pergaminos caligráficos escritos por Lügo Crupo, bordados de la señora Mira, tocados centenarios de lacería de Dasu, ídolos y máscaras adüanos, enormes ideogramas de la escritura de los torrentes supuestamente grabados con una espada por Üshin Pidaji, recipientes antiguos de bronce de los primeros estados Tiro, y toda clase de raros objetos de arte de la colección imperial, Fara siempre había estado orgullosa de su sentido artístico.

—Bueno, ya lo hago… o más bien lo *hacía*. La culpa la tiene Gimoto. La semana pasada hubo una fiesta de degustación de té en palacio y asistieron algunos de los nobles más jóvenes de la corte. Me suplicaron que les mostrara algunas de mis pinturas. Yo las saqué y… todos me elogiaron, pero Gimoto afirmó que no mostraban destreza. «Yo podría haber hecho algo así cuando tenía tres años», dijo. «Esa calabaza parece el trasero de un bebé». Fue humillante…

—Olvídate de Gimoto —dijo Phyro frunciendo el ceño—. Es tonto. Supongo que se considera un experto en calabazas porque él mismo se les parece: una cabeza pulida con nada más que aire en su interior.

El príncipe Gimoto, el hijo mayor del rey Kado Garu, el hermano mayor de Kuni Garu, estaba labrándose un nombre en Pan. Se le veía a menudo de visita en las mansiones de distintos ministros del gobierno llevando obsequios, y derrochaba el dinero para adquirir raras hierbas y medicinas para la longevidad que regalaba a la emperatriz Jia, declarando que la amaba tanto como a su propia madre y que deseaba cumplir los deberes de un hijo con ella. Por la

capital corrían rumores desenfrenados en los que la emperatriz Jia estaba considerando apartar a Phyro del trono y nombrar emperador a Gimoto.

—Sí que es tonto —dijo Fara—. Pero todos esos principillos y esas señoras de la fiesta se apresuraron a darle la razón…

—Le dieron la razón únicamente porque piensan que es importante. Si hubiera señalado a un ciervo y dicho que era un caballo, habrían rivalizado entre sí para alabar la suavidad de sus pezuñas indivisas y la firmeza de sus crines a modo de astas.

A pesar de que aún le duraba la vergüenza que le produjo la crítica de Gimoto, Fara echó a reír. Hudo-*tika* siempre encontraba la manera de animarla.

—Aun así, duele, y me di cuenta de que probablemente debería prestar más atención a la técnica. Le pedí a Aya que me ayudase a construir esta cámara oscura para poder practicar.

—¿No debería Aya dedicarse a estudiar a los clásicos marcialistas si quiere progresar? ¿De dónde saca el tiempo para holgazanear contigo?

Fara sacó la lengua a su hermano.

—Cuando está contigo o con Zomi tiene que parecer toda seria y estudiosa, pero conmigo puede ser ella misma. Ya verás el cojín que me ha hecho. ¿No es genial?

Fara se coló en la cabaña y sacó el cojín, señalando los motivos que Aya Mazoti había bordado en seda de luciérnaga para que Fara pudiera encontrarlo fácilmente, incluso cuando el interior de la cabaña estuviese completamente a oscuras. («En realidad Aya quería utilizar una lámpara alimentada por fuerza sedamótica, pero las Aletas de Dyran dijeron que era demasiado peligroso»). También señaló las ingeniosas ranuras de ventilación que permitían entrar el aire pero sellaban la salida de la luz, y la seda que envolvía los cordones para controlar la chimenea de luz, para que el áspero cáñamo no lastimara las manos de Fara.

—Verdaderamente se ha esforzado en hacer confortable este estudio de pintura —dijo Phyro.

—Aya siempre ha tenido buenas ideas para hacer las cosas algo más confortables. Cuando éramos niñas solía construir los muebles más increíbles para nuestras mascotas ratones …

—Ojalá pudiera esforzarse tanto en aprender cómo dirigir un ejército —dijo Phyro—. El confort será lo último en lo que piense cuando esté en el campo de batalla…

—Pero sois Zomi y tú los que estáis todo el día presionándola para que dirija un ejército. ¿Qué os hace pensar que eso es lo que *ella* quiere?

—Claro que es lo que quiere —dijo Phyro horrorizado—. ¡Es la hija de la tía Gin!

Fara suspiró.

—Olvídalo. Vienes a casa tan pocas veces que no voy a perder el tiempo discutiendo contigo.

—Entonces volvamos al arte. Puedo asegurarte que yo prefiero tus pinturas a cualquier cosa que el primo Gimoto pueda hacer. Porque, aunque estudiara sin descanso ochenta años, no lograría ni una décima parte de tu habilidad para captar el espíritu del sujeto…

Fara le hizo callar con gestos.

—¡Basta, ya es suficiente! Sabes tanto de arte como yo de guerra. Estoy segura de que crees que soy tonta por obsesionarme con esto.

—Solo quiero que seas feliz.

Una mirada de tristeza se coló por un instante en el rostro de Fara, pero la hizo desaparecer con una sonrisa decidida.

—Yo estoy bien. Pero tú… mmm… apuesto a que estás aquí para asistir a una sesión del Consejo Interno. No dejes que te aparte de tus asuntos importantes.

—No hay nada más importante que la familia —dijo Phyro.

Fara miró a su hermano y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Desde que Timu fue capturado por los lyucu y Théra se había marchado más allá del Muro de las Tormentas, los dos restantes hijos de Kuni Garu estaban aún más unidos.

Rodeó a Phyro con los brazos y le dio un fuerte abrazo.

—¿Quieres visitar la tumba de padre? —preguntó, con la cara enterrada en el hombro de su hermano—. No estuviste en el Festival de Arreglo de Sepulturas.

Incómodo, la rodeó con sus brazos.

—No puedo.

Ella se puso tensa y luego dio un paso atrás. Mirándole a los ojos, le preguntó:

—¿Por qué no? ¿No le echas de menos? Estoy segura que quiere saber de ti, aunque esté al otro lado del Río en el que Nada Flota.

—Le echo de menos cada día —dijo Phyro—. Pero prometí que no mostraría mi rostro ante la tumba de padre hasta haberlo vengado, hasta que liberáramos al pueblo de Rui y de Dasu del yugo de los lyucu. ¿Cómo puedo mirarle mientras esa promesa siga incumplida? ¿Cómo van a confiar en mí mis soldados si se enteran de que he sido tan débil como para acudir a llorar a la tumba de mi padre antes de llevarle la noticia de la victoria?

—¡Dale con la política! ¿Acaso ser emperador significa que debas negarte los sentimientos naturales de un hijo hacia su padre?

La mirada de Phyro era resuelta.

—Es el precio de haber nacido en la Casa del Diente de León, princesa Fara.

—Ojalá hubiéramos nacido en otra familia —dijo ella.

Phyro suspiró, pero no contestó a su comentario.

—Todavía tengo algo de tiempo antes de la reunión —añadió en un tono más amable—. ¿Por qué no vamos a visitar los santuarios de nuestras madres?

Fara se secó los ojos y asintió, y los hermanos se adentraron juntos en el Jardín de Palacio.

Se encontraba delante de la casa de las afueras de Çaruza, la casa en la que Phin Zyndu la instaló mientras Kuni iba a la guerra.

Un muro bajo de piedra coronado por un vallado de zarzo rodeaba la finca, y enredaderas de campanillas enroscadas en los postes y tapando los huecos convertían el vallado en un brillante tapiz de color rosa y lavanda. A través de la puerta abierta pudo observar un jardín bien cuidado dividido en parcelas para hierbas medicinales y especias, hortalizas y algunas flores ornamentales. A lo largo del sendero de piedra que llevaba hasta la casa florecían resplandecientes dientes de león.

Los colores eran más vivos de lo que recordaba, y las flores le cosquilleaban la nariz con el aroma de la nostalgia. Podía oír la voz de Otho Krin en la casa, ordenando a los sirvientes que efectuaran alguna reparación y, tras el emparrado del costado, podía ver a Soto, su ama de llaves, en el gran jardín trasero, jugando con el pequeño Toto-tika. *El bebé Rata*-tika *debe estar dentro, echando una siesta.*

Por un momento se preguntó qué habría pasado en las dos docenas de años transcurridos, cómo es que estaba de nuevo en aquel lugar, prisionera de Mata Zyndu, el hegemón, con su esposo Kuni en la lejana Dasu, incapaz de ayudarla.

Abrió la puerta del muro y entró.

Junto a la casa crecía una alta sófora, con las ramas cargadas de esos ramilletes de flores blancas que le encantaba comer cuando era pequeña. Dos niñas de unos cinco o seis años habían trepado hasta arriba, intentando coger las flores más tiernas, junto a la punta de las ramas más finas, con varas de bambú.

—¡Tened cuidado! —les gritó.

—No os preocupéis, señora —dijo la más mayor—. He atado una cuerda entre Shido y yo, y me estoy agarrando muy fuerte al árbol, de modo que si se cae la sujetaré.

—Vamos a haceros una sopa dulce con las flores de la sófora —dijo la más pequeña—. Wi me ha dicho que era la favorita de su madre.

A Jia se le contrajo la garganta. Las dos niñas eran huérfanas, sus

padres habían sido reclutados o habían muerto en las incesantes guerras que habían ido devorando Dara, primero entre los rebeldes y el odiado imperio Xana, y luego entre los nuevos estados Tiro creados por el hegemón. Mata Zyndu era un poderoso guerrero, pero no un buen gobernante.

Jia se había hecho cargo de las niñas para evitar que cayeran en manos de las bandas de traficantes que vendían niños a las casas índigo o tuvieran incluso un destino peor. Al igual que algunos de los más pobres de Dara, carecían de apellido y andaban con un único nombre sencillo, sin adornos relativos a los clásicos anu. Se suponía que Wi y Shido eran sus servidoras, pero en realidad era ella quien las cuidaba y no al contrario. Las niñas pretendían agradar a su señora y, tras una corta vida de pobreza abyecta, la sopa de flores de sófora, un plato campesino, les parecía el obsequio más maravilloso que podían imaginar.

—Estoy segura de que estará deliciosa —les dijo—. Luego pediré a Soto que prepare pasta de loto y coceremos unos panecillos. Todavía no los habéis probado, ¿verdad?

—¡Lo estoy deseando! —dijo Shido. Trepó por la rama un poco más arriba y estiró el brazo con la vara de bambú para intentar llegar a las flores que estaban en la punta.

Sus piernecillas resbalaron y, con un terrible grito, cayó.

Jia echó a correr, con los brazos extendidos. La «cuerda» que unía a Wi y a Shido, ahora lo veía, no era más que un cordel usado para atar paquetes. El cordel se rompió cuando Shido caía, apenas ralentizando un poco su descenso, y la niña fue a caer en brazos de Jia, desplomándose ambas.

Jia se levantó como pudo, ignorando el dolor de su espalda.

—¡Shido! ¿Estás bien?

La niña se esforzaba por no llorar. Le salía sangre de un raspón en la rodilla izquierda. Rápidamente, Jia la examinó. El pie derecho estaba torcido en un ángulo antinatural.

—No te muevas —dijo Jia—. Puedes tener el tobillo roto. Tengo que colocarlo.

Wi había bajado del tronco del árbol y miraba pasmada.

—No puede estar roto.

Shido hizo un esfuerzo por sentarse.

—No está roto. Estoy bien —pero chilló de dolor y volvió a caerse.

—Seguro que está roto —dijo Jia—. ¡Deja de moverte!

—¡No está roto! —dijo Shido con voz muy aguda, aterrorizada.

—¡Por favor, señora, por favor! —Wi se arrodilló y tocó con la frente los pies de Jia—. No es culpa de Shido. He sido yo. Echadme a mí y no a ella.

Jia se sentía confundida.

—¿De qué estás hablando? No voy a echar a nadie. Solo es un tobillo roto. Puedo arreglarlo.

Shido volvió a arrodillarse y también ella tocó el suelo con la frente.

—Gracias, señora. ¡Gracias! Trabajaré diez veces más. Podéis alimentarme de agua de pimienta y arroz quemado como castigo por ser poco cuidadosa.

—¡Castigadme a mí en su lugar! —dijo Wi—. Soy tan mala como mi indigna madre, que se quemó y se rompió el brazo de forma desconsiderada en la cocina del barón Molu. Por favor, fustigadme a mí. No me quejaré.

Jia cerró los ojos con desesperación, comprendiendo al fin. En este país sin ley, la brutalidad no estaba reservada al campo de batalla. Mata Zyndu había abolido las severas leyes de Xana y las había sustituido por… nada. Los bandidos y traficantes de niños se movían a sus anchas. Con levas militares que equivalían a secuestros y ejércitos arrasando los campos, los campesinos se morían de hambre y corrían a las ciudades para convertirse en siervos a cambio de un puñado de arroz. Los grandes señores y señoras de Çaruza trataban a estos criados como si fueran de su propiedad. Era más barato echar a una criada lesionada que llevarla a un médico, y probablemente así era como había muerto la madre de Wi.

—Ninguna de vosotras va a ser castigada. No habéis hecho nada malo.

Meció la pantorrilla de Shido en su regazo y comenzó a colocarla y vendarla.

—¿Por qué estáis llorando, señora?

*—Porque sé cuánto te duele, Shido-*tika.

—Pero es mi pierna la que está herida, no la vuestra.

—Cuando a un niño le duele algo, la herida es mayor en el corazón de su madre, aunque no se vea.

—Ya no duele, señora. Ya no duele.

Los ojos de Jia derramaban lágrimas tibias. Podía curar el tobillo quebrado de Shido, pero ¿cómo iba a curar el espíritu quebrado de las niñas?

—Señora, ¿será muy caro arreglar la pierna de Shido?

—No, claro que no. Un tobillo roto no es gran cosa, al fin y al cabo. Se curará enseguida.

—Pero seguís llorando aunque Shido dice que ya no le duele.

Jia atrajo a ambas niñas en un fuerte abrazo.

—Estoy llorando porque el mundo está roto. Este mundo no os merece.

Las niñas se quedaron calladas durante un rato, confundidas.

—Yo escuché a un narrador de historias decir que necesitamos un buen rey —dijo Wi.

—¡Un buen rey lo arreglará todo! —dijo Shido, con un gesto de dolor.

—¿Un buen rey? —murmuró Jia—. ¿Es eso lo que necesitamos?

Shido se paralizó, lo mismo que Wi. Las flores colgantes y las ramas de la sófora dejaron de mecerse. Los ruidos de los criados en la casa y el balbuceo del bebé en el jardín desaparecieron. El mundo se quedó inmóvil, silencioso, y los muros, las vallas, los árboles y las flores empezaron a desvanecerse, perdiendo sus vivos colores, volviéndose insustanciales.

Todo desapareció. Jia estaba sentada en medio de una niebla gris, similar a la primera fase de uno de los espejismos de humo de Risana.

—El pueblo siempre anhela un buen rey.

Se apresuró. El orador era su marido, Kuni Garu, pero su aspecto no era como cuando ella había estado cautiva del hegemón. Tenía el mismo aspecto que cuando murió, décadas después, como emperador de Dara dispuesto a sacrificarse por su pueblo.

—Al pueblo se le ha dicho que su mayor esperanza es tener un buen rey —dijo—. Pero eso no es suficiente. Incluso el mejor de los reyes muere con el tiempo.

Pensó si debería preguntar por Risana —si se encontraba bien en el mundo de los espíritus, si por un casual había perdonado a Jia. Pero ¿no era cierto que quienes han atravesado el Río en el que Nada Flota pierden todos los recuerdos de su vida mortal? Se preguntó si él estaba enfadado con ella por todos los hombres jóvenes que había llevado a su lecho. Pero pensaba que él no le negaría el solaz que podían ofrecerle en las noches frías y solitarias. Su espíritu era demasiado grande para eso. Además, eran un soporte importante para el papel que estaba representando, y él comprendía la importancia del teatro político mejor que nadie. A lo mejor hasta encontraba divertidos a sus jóvenes juguetes…

Entonces se dio cuenta de que ese no era el verdadero Kuni. Era apenas un fragmento de su imaginación. Aun así, le gustaba verle. Extrañaba su contacto cálido, la manera confiada en que llevaba su barriga, esa sonrisita de suficiencia cuando discutía con eruditos moralistas. Él le había prometido adversidad, soledad, aflicción, una vida interesante, y hasta la muerte cumplió con su parte del trato.

—Buscas algo más que la Gracia de los Reyes —dijo Kuni—. Deseas para Dara una paz duradera en la que ya no importe quién sea el rey o el emperador.

Jia asintió.

—El pueblo de Dara se lo merece.

—Alguien debe ejercer la Gracia de los Reyes, aunque se trata de un instrumento difícil de dominar.

Ella sacudió la cabeza.

—No, la Gracia de los Reyes es demasiado peligrosa para quedar en

manos de cualquier hombre o mujer. Debe existir un plan para asegurar la paz duradera, para prevenir el caos infligido por un tirano como Mapidéré o el hegemón. Tengo que encontrar una manera de envainar el Coraje de los Brutos, la Ambición de los Nobles y *la Gracia de los Reyes… sin dejar a los débiles a merced de los fuertes.*

—Siempre habrá lobos aullando por sangre —dijo Kuni—. ¿Cómo esperas salvar a las ovejas sin un buen pastor?

Ella sonrió. Esa era la parte de su vida con Kuni que más echaba de menos: las discusiones con él, darle consejo y recibir el suyo.

—Un mal pastor con un cuchillo de matarife puede ser cien veces peor que los lobos.

—Buscas la perfección, pero con frecuencia no hay una línea divisoria entre la perfección y la maldad.

—La perfección es imposible. Pero pensar que por eso deberíamos dejar de intentar mejorar las cosas es lo que hace posible la maldad.

—Hablas de grandes ideales —dijo Kuni—. Pero incluso en la búsqueda de la paz duradera, la sangre fluye y los huesos se amontonan.

—A ti no te importó cruzar ríos de sangre y muros de huesos en tus tiempos.

—Las ideas cambian con el tiempo y la experiencia —dijo Kuni—. Yo… me arrepiento de muchas cosas. ¿Tú nunca dudas?

—A ti no te importó no tener dudas cuando me dejaste el trabajo sucio de lidiar con tus generales altaneros —dijo Jia, con una voz contundente.

Kuni suspiró. Algunos debates carecen de respuesta.

Después de un rato, dijo:

—Tramas algo.

El corazón de Jia le dio un vuelco. ¿Acaso sospechaba algo?

—Sigues siendo la regente, y te niegas a abdicar en Phyro —continuó Kuni—. Dices que es porque no está preparado y las islas, todas ellas, precisan tu paz. Pero ¿estás segura de que no te mueven razones menos elevadas?

—¿Qué quieres decir?

—La vida de Timu estará en peligro si hay guerra. Pero él también es un hijo de la Casa del Diente de León, y eso acarrea ciertas obligaciones. Los dientes sobre el tablero.

Jia se tranquilizó. Aparentemente era capaz de guardar un secreto, incluso en sueños. Incluso con el fantasma del hombre al que amaba, podía mantener su máscara.

—¿Qué hay de malo en que los deseos privados de una madre coincidan con las necesidades del pueblo? —preguntó ella.

—¿Y cuando ya no coinciden?

—Pues los dientes sobre el tablero, como tú dices.

Kuni flaqueó. La relación entre él y su hijo mayor siempre había sido tensa, y Jia sentía la culpa, el remordimiento, la impotencia de los muertos para cambiar el pasado.

—Debería haber nombrado heredera a Théra mucho antes… a lo mejor entonces Timu no habría ido a Rui…

—Nunca pensamos que los hijos están preparados hasta que es demasiado tarde —dijo Jia—. Théra tampoco hizo lo que tú querías que hiciera, ¿no?

—No. Hemos criado hijos que quieren vivir vidas interesantes.

—Así es.

Se miraron y ambos se consolaron al apreciar un sereno orgullo en la cara del otro. El corazón de Jia se estremeció con una tremenda añoranza. Tenía el absurdo deseo de detener el tiempo, para que ambos se aferraran por siempre a este momento, fuera de palacio, fuera de la Ciudad Armoniosa, fuera de las intrigas y conspiraciones que estaba tramando y que otros tramaban a su alrededor, fuera de la realidad.

Pero Kuni comenzó a desaparecer. El tiempo no se detenía nunca, ni para los dioses, ni para los mortales, ni siquiera para los fantasmas.

Apurado, Kuni dijo:

*—Sé amable con Hudo-*tika*. Es como yo…*

—Tal vez demasiado parecido.

La figura traslúcida de Kuni sonrió.

—Él quiere lo mismo que tú, la felicidad del pueblo de Dara; simplemente piensa que puede conseguirla de otro modo.

—Ya lo sé —gruñó.

Con la mente todavía embotada por su sueño, Jia despertó a los dos hombres jóvenes que había en su cama. Ambos la sonrieron tímidos y zalameros, y ella casi se sintió mal por haber olvidado ya sus nombres.

—Id con Wi a desayunar —dijo, dando un beso a cada uno.

Wi, la Primera Aleta, ya estaba de pie junto a la cama de Jia. Esperó inmutable hasta que los dos jóvenes se vistieron y salió con ellos.

Shido, la Segunda Aleta, entró sigilosamente en el dormitorio. Sus movimientos eran tan silenciosos como la rama oscilante de una sófora y tan eficientes y letales como la espada de acero forjada por mil golpes que llevaba a la espalda.

—Señora, la señora Soto desea veros lo antes posible.

Jia frunció el ceño de modo inquisitivo. A sus cincuenta y cuatro años de edad, desnuda en la cama y sin maquillaje, todavía tenía un aspecto regio e imponente. La edad le había arrebatado parte de la belleza de su juventud, reemplazándola con el glamur que otorga la confianza en el poder y la resolución frente a la duda.

Aunque no había nadie más en el dormitorio, Shido se inclinó y susurró algo al oído de Jia.

Jia cerró los ojos y pareció pensativa por un instante.

—¿Fue a verla a ella primero?

Shido sacudió la cabeza.

—Primero fue a ver a la princesa Fara, y luego al santuario del Capullo Cristalino. La señora Soto descubrió que había llegado cuando se topó con Fara, que hablaba con el chef imperial dándole instrucciones para la cena de esta noche.

Jia asintió.

—Comunica a la señora Soto que estoy ocupada y que la veré esta noche en la cena.

Ahora fue Shido quien la miró de modo inquisitivo.

Jia le devolvió una sonrisa amarga.

—Ya sé lo que va a decir Soto. Intenta dejar la discusión para luego.

Shido hizo una reverencia en *jiri* y desapareció tan silenciosamente como había llegado.

Ah, vieja amiga, pensó Jia*, todavía crees que es posible encontrar un compromiso entre Phyro y yo. Pero ¿cómo armonizar el deseo de envainar una espada y el deseo de matar con ella? Espero poder conservar tu fe…*

Había tantas intrigas dentro de otras intrigas que no tenía más remedio que seguir.

Echó un vistazo a las almohadas y vio que uno de los jóvenes había olvidado su horquilla de jade. La recogió.

Gimoto los había llevado a su presencia, recordó Jia, aparentemente porque eran distinguidos *cashima* que habían descubierto en los anales de los antiguos reyes Tiro otros ejemplos de virtuosas reinas regentes que cumplían los deseos del pueblo. Acudieron a la audiencia privada vestidos con ropas ajustadas que resaltaba sus figuras, y perfumados con el almizcle caro que se encuentra en las mejores casas escarlata. Eran tan jóvenes que la edad de los dos juntos no alcanzaba la suya.

Muy honorable y augusta emperatriz Tía, había manifestado Gimoto arrodillado ante ella, con una expresión de solemne y devota reverencia en el rostro, *vuestro humilde hijo os desea una imperecedera buena salud para que podáis reinar sobre Dara por toda la eternidad. Quizá el vigor de estos jóvenes, amigos míos, pueda contribuir a ese fin.*

Ella sofocó una risita al imaginar la cara de Tete, madre de Gimoto, si descubriera que su hijo pensaba que esta clase de «obsequio» era una manera adecuada de demostrar devoción filial.

Con un golpe resuelto, rompió la horquilla de jade contra el

costado de la cama y arrojó descuidadamente los trozos a un lado.

Eran activos en la cama y le gustaban bastante, pero no volvería a verlos. Su papel era el de servir de distracción, no para ella, sino para quienes la observaban. En una ocasión aconsejó a Kuni que tomara otra esposa para ocultar al hegemón sus ambiciones políticas, y estos jóvenes servían al mismo propósito. Nadie sospechaba que una gobernante obsesionada por la gratificación sexual pudiera tener planes a largo plazo. Las relaciones cumplían con ciertas expectativas que algunas personas tenían sobre los hombres y mujeres en el poder y, arropada en la niebla de las expectativas mal encaminadas, ella podía continuar con sus planes sin ser descubierta.

No obstante, las distracciones tenían sus propias intenciones. Evidentemente Gimoto albergaba la esperanza de que estos jóvenes se ganaran sus favores y le contaran después lo que ella balbucía en sueños. Eso podía llegar a ser peligroso; tenía que ser aún más cuidadosa.

Además, el sueño de esa mañana le fastidiaba. Indicaba debilidad y dudas, y no podía permitirse ninguna de las dos cosas. Tal vez alguno de los gases de sus experimentos le hubiera afectado. Se prometió usar una mascarilla mejor en el futuro.

Las antigüedades de Gimoto eran más inofensivas, pero desearía que tuviera más olfato político. Intentar conseguir los favores de los ministros del Consejo Interno con obsequios extravagantes era algo tan estúpido que lamentaba esa falta de sutileza política. Evidentemente, nadie aceptaba esos regalos. Cogo Yelu, ese astuto viejo zorro, les tenía bien enseñados. Sin embargo, algunos de los ministros menores que no pertenecían al consejo celebraban banquetes en honor al príncipe y corrían rumores de que ella había pensado designar un nuevo emperador. Eso podía serle útil.

Esperaba que fuera suficiente para convencer finalmente a Phyro de hacer lo que tenía que hacer. Por el bien del pueblo de Dara, esperaba que diera marcha atrás.

El rostro de su hijo y hermano de Phyro, Timu, acudió a su mente sin poder evitarlo. Casi inconscientemente se vio tentada de contactar con él. Pero se detuvo. *Cuídate, Toto*-tika, murmuró. Luego se quitó de la cabeza su rostro suplicante con decisión y se imaginó puertas cerrándose tras ella, recluyendo las distracciones.

Llamó a sus damas de compañía.

—Vamos, vestidme para la corte.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL TEMPLO DE PÉA-KIJI

MIENTRAS TANTO, EN LA ORILLA DEL LAGO ARISUSO EN EL MONTE KIJI, RUI

Los clérigos del templo de Péa-Kiji estaban ocupados preparando la visita imperial. Pékyu-Vadyu, afectuosamente conocida como Tanvanaki, la Protectora de Dara, acudiría con su consorte, el emperador Thaké. Iban a ofrecer sacrificios al dios y a rezar para obtener una buena cosecha en otoño y abundantes terneros.

La hechicera principal, que ocupaba el mayor conjunto de habitaciones del templo, se había trasladado a los aposentos del abad para que pudieran limpiar los suyos, que serían utilizados por la familia de la pékyu como morada temporal. El abad, a su vez, desplazó a los monjes de más alto rango de su casa de meditación. Los chamanes menores, por su parte, vaciaron sus habitaciones para que los thanes y guardias de la pékyu pudieran dormir más cómodos. Ocuparían las mejores piezas de los dormitorios monacales y todos los monjes y monjas, con independencia de su rango, tendrían que apiñarse, hasta dieciséis en una habitación preparada para ocho.

Así es como funcionaba el mundo, reflexionó el abad apenado. A pesar de servir a un dios, no estaba liberado de la necesidad de acomodar al poder temporal.

Volvió a remojar el paño en el balde, lo escurrió y trepó de nuevo por la escalerilla que llegaba hasta el rostro de Péa-Kiji.

—No te entretengas —le dijo la hechicera principal con los brazos en jarras y las piernas bien separadas. Se encontraba a los pies de la estatua, dirigiendo a los equipos de monjes y monjas nativos en la limpieza del salón sacrificial—. Asegúrate de que los ojos de Péa-Kiji reluzcan para la pékyu.

—Desde luego, desde luego —el abad detuvo su ascenso para intentar una reverencia a la hechicera principal. El intento casi le hace perder el equilibrio, y al volver a agarrarse a la escalerilla apretó el paño que llevaba en la mano y algunas gotas de agua cayeron en la cara de la hechicera principal, que miraba hacia arriba.

La hechicera dio un salto para esquivarlas y soltó una maldición.

—¿Qué pasa contigo? No puedo tolerar esta falta de cuidado. Tendrás media ración a la hora de la cena, ¡y más vale que seas un

buen ejemplo para el resto de los perezosos nativos!

—Sois muy generosa, excelencia —dijo el abad. Se aseguró de introducir el paño en el cinturón de su túnica antes de intentar de nuevo una torpe reverencia desde la escalera.

—Continúa con lo tuyo —dijo la hechicera, haciéndole señas impacientes con la mano.

El abad trepó hasta colocarse a la altura del hombro de la enorme estatua. Solo la cabeza de Péa-Kiji era más alta que él. Con cautela, dio un paso hasta colocarse sobre los labios del dios, aferrándose a la nariz como una salamanquesa, y comenzó a abrillantar los ojos de la estatua. Tenía tanta mugre, la mayor parte procedente de las lamparillas de grasa que los thanes lyucu quemaban como ofrenda, que pronto el paño blanco quedó tiznado de gris. Se obligó a no mirar hacia abajo por temor a que sus piernas se hicieran tan blandas como tallarines a la vista del suelo.

—¡Más deprisa, más deprisa! —gritó la hechicera—. He visto lo rápido que te mueves cuando sirven estofado de cordero en el comedor o cuando alguna joven viuda viene a hacer ofrendas.

El abad se apresuró. Si hasta los dioses tenían que aceptar cambios, no iban a ser menos los propios clérigos. Ahora había un enorme garinafin posado sobre el hombro derecho de Péa-Kiji, con la boca abierta, como si se preparara para exhalar fuego, mientras un halcón mingén se sentaba sobre el izquierdo, con aspecto de estar algo intimidado. Una gruesa capa de piel de res de pelo largo envolvía las tradicionales ropas dara del dios, y al abad no le gustó la idea de tener que quitar el polvo de ese añadido a modo de tienda, que olía a cabellos sin lavar y a incienso rancio. La cabeza calva del dios estaba coronada por un gigantesco casco hecho con el cráneo de un garinafin adulto, y solo mirar a sus terroríficos caninos superiores, tan largos como espadas, le hizo temblar.

Los conquistadores lyucu pensaban que los dioses nativos eran «una errónea interpretación» de las revelaciones del Padre de Todos y de los dioses de Ukyu-Gondé. Pékyu Tenryo había creído útil salvaguardar a los sacerdotes y religiosos de Kiji para calmar al inquieto populacho. Su hija, Tanvanaki, había continuado dicha política. Los nativos podían seguir adorando a Kiji y a los demás dioses de Dara como habían hecho hasta entonces, pero ella insistió en realizar ciertos cambios en los rituales para hacer hincapié en la supremacía de las creencias lyucu. Instalaron chamanes y hechiceras en los templos con el fin de vigilar a los clérigos y evitar que estos fueran fuente de consuelo para las rebeliones nativas. El abad había consentido dichos cambios con la intención de proteger los tesoros y la biblioteca del

templo, así como los siglos de prestigio e influencia acumulados. Pero en ocasiones se preguntaba si realmente estaba haciendo lo correcto.

—No creo que hoy tengamos tiempo de almorzar —gritó la hechicera principal—. Y la culpa es solo vuestra. Todavía tenemos que orear los retratos de los espíritus de los jinetes de garinafins difuntos cuando hayáis acabado con este salón.

Una caravana se detuvo junto a las plácidas olas del lago del cráter de Ariuso. La subida al volcán había sido dura para los caballos que tiraban de los carruajes, y los cocheros se estaban tomando un respiro antes de la subida final hasta el templo de Péa-Kiji, allá a lo lejos. Los guardias lyucu patrullaban el perímetro y los criados y cocheros nativos se apresuraron a dar agua y comida a los caballos.

Dos niños de seis o siete años de edad saltaron de uno de los carruajes más pequeños y corrieron a meter los pies en el agua.

—¿Dónde están los halcones mingén? —preguntó el más pequeño, un chico, haciendo sombra sobre sus ojos mientras contemplaba el lago. Era de pelo rubio, delgado, y con una piel algo más oscura que la de los guardias lyucu. Había impaciencia en sus movimientos y en su expresión, como si le aburriera lo que estaba viviendo y no pudiera esperar a pasar a lo siguiente—. Pensaba que Vocu había dicho que los veríamos aquí —hablaba en un lyucu limpio y autoritario, excepto por el nombre del ave de presa local, que pronunció en dara, aunque con exagerado acento lyucu. Dio una patada al agua, como si quisiera castigarla por privarle de su deseo.

—Los halcones viven en el lago Dako —dijo su hermana pequeña. A diferencia de su hermano, sus movimientos eran prudentes y cuidadosos. Hablaba en dara, con un acento cortesano que causaría admiración en Pan, aunque parecía ligeramente fuera de lugar aquí, en Ukyu-taasa—. Lo pasamos cuando veníamos hacia aquí, Dyu-*tika*.

—No me llames así —dijo el chico casi sin pensar.

—Se supone que tenemos que hablar en dara —dijo la chica, con un toque de reproche en la voz—. Padre dice que muchos campesinos viajarán hasta aquí para presenciar el sacrificio y que deberíamos intentar que se sientan a gusto.

—¿A quién le importa lo que él piense? —dijo el chico.

—Madre también va a hablar en dara —dijo la chica.

—Muy bien —dijo el chico, pasándose al dara—. Pero en realidad la culpa es de esos paletos embarrados por no hablar lyucu.

En ese momento dos hombres descendieron del carruaje más grande y corrieron hacia los chicos. El que iba delante, alto y delgado, de unos treinta años, gritó:

—¡Dyu-*tika,* Zaza-*tika*! No os adentréis. ¡Hay peces grandes con

dientes afilados en el lago!

El hombre más mayor que estaba a su lado, un thane lyucu —aunque vestía como un funcionario nativo—, se echó a reír.

—*Rénga*, dejad que los pékyu-taasa se diviertan. Cuando lleguemos al templo tendrán que hacer todo lo que les digan los chamanes, las hechiceras y los sacerdotes, como marionetas.

Una sombra de desagrado cruzó el rostro del hombre más joven al oírlo, pero no dijo nada. Ambos aceleraron el paso y pronto alcanzaron a los niños.

El hombre más joven era Timu, hijo de Kuni Garu y Jia Matiza, aunque se le conocía como emperador Thaké de Ukyu-taasa. Los dos hijos eran fruto de su matrimonio con Tanvanaki. El niño se llamaba Todyu Roatan, y la niña, Dyana Roatan.

—Vocu Firna, ¿quieres arponear alguno de los peces grandes conmigo? —preguntó Todyu. Se frotaba las manos y parecía tan ansioso como un cachorro.

El thane lyucu se rio por lo bajo.

—Si de verdad quieres ir a pescar necesitas encontrar un guía nativo. Mi tribu no vivía junto al mar y, a pesar de llevar tantos años en Dara, me sigo mareando en un bote —hablaba dara al modo de los nativos de Rui y Dasu, aunque con acento lyucu.

—Oh —Todyu parecía decepcionado—. Me figuraba que era igual que cazar. ¿No era el dios Péten una ballena pescadora que enseñó a la gente a cazar? Y tú eres un gran cazador.

—Bueno, es un tipo de caza, votan —dijo Vocu Firna—. Nosotros, los lyucu, cazamos para complementar lo que nos dan nuestros rebaños, y los nativos pescan para dar sabor al arroz y al sorgo. Pero la caza es un arte de la necesidad, que solo se aprende mediante la experiencia. El hecho de que cazara muflón y uros en Ukyu no significa que sepa cómo pescar en Ukyu-taasa.

—¿Recuerdas lo que te enseñé, Dyu-*tika*? —dijo Timu—. ¿Qué respondió el sabio anu Kon Fiji cuando el rey de Amu le pidió que diseñara una torre volante sobre el lago Toyemotika?

Todos miraron al joven pékyu-taasa. El chico no dijo nada, sino que se metió más adentro en el lago, con la mirada enfocada hacia sus pies, como si buscara cangrejos o almejas.

—Vamos, Dyu-*tika* —dijo su padre, con un toque de impaciencia impregnando su voz indulgente—. Dimos vueltas a esto hace no más de cinco días. Estaba en el capítulo de *Actos del Maestro* de Poti Maji que se suponía que tenías que memorizar.

Todyu rehusó mirar a los ojos de su padre. Agarró una piedra del fondo del lago y la lanzó con fuerza sobre el agua.

Una expresión de disgusto apareció en el rostro de su padre. Justo cuando iba a volver a hablar, la hermana de Todyu, Dyana, acudió al rescate de su hermano.

—Kon Fiji preguntó por todo Müning hasta que dio con el arquitecto que todo el mundo recomendaba y lo llevó ante el rey. «Pero Kon Fiji», dijo el rey, «¡creía que eras más sabio! ¿Por qué no diseñaste tú mismo la torre?». Y Kon Fiji replicó: «Yo puedo crear un sistema de ritos que facilite un estado armonioso, pero no puedo diseñar una torre que soporte la lluvia y las tormentas. Como no soy completamente tonto, sé cuándo debo buscar los conocimientos de otros. El principio de la sabiduría es siempre conócete a ti mismo».

—Muy bien —dijo Timu, sonriendo amablemente a su hija—. ¿Y sabes escribir «conócete a ti mismo» con ideogramas del anu clásico?

Dyana caminó por el agua hasta la orilla y juntó barro en dos montoncitos. Con un palo, esculpió cuidadosamente en ellos los ideogramas anu para *gitré üthu*.

—¡Qué chica más lista! —dijo Vocu Firna—. Escribes como tu padre, pékyu-taasa, con una gracia muy superior a tus años.

Dyana se sonrojó y le hizo una reverencia en *jiri*.

—Me elogias demasiado. No sé escribir más que algunos cientos de ideogramas, y conozco muy por encima las hazañas de Kikisavo y Afir. No conozco nada del mundo, y menos de mí misma.

—Ja, cuando yo tenía tu edad, apenas sabía…

—¡Mirad que caracol! —gritó Todyu. Volvió salpicando hasta la orilla, llevando en alto la concha de un caracol del tamaño de su puño. Se detuvo junto a Vocu Firna y aplastó descuidadamente con el pie derecho el ideograma que Dyana acababa de escribir—. ¿No te recuerda a un casco de cráneo? Apuesto a que sabe delicioso.

El caracol que sostenía bajo la nariz de Vocu tenía exactamente el mismo aspecto que los otros cientos de caracoles encaramados a las rocas a la orilla del lago. Al ver los ideogramas destrozados por su hermano, Dyana arrugó la cara, a punto de llorar, y Timu se puso furioso con su hijo.

—En verdad, es un caracol impresionante —dijo Vocu, intentando diluir la situación.

—¿Crees que es fiero? —preguntó Todyu—. ¿Crees que tiene dientes? —dio unos golpecitos al caracol con el palo que Dyana había usado para escribir, ajeno a la aflicción de su hermana.

Dyana se giró hacia su padre y este la cogió en brazos y la apoyó contra su hombro. La niña le abrazó el cuello y escondió en él la cara.

—Bueno, yo no sé mucho de la anatomía de los caracoles —dijo Vocu—. Pero lo que sé es que en años pasados, cuando las langostas

destruyeron las cosechas, la gente de las regiones circundantes sobrevivió a base del pescado y de los caracoles del lago Arisuso.

—No sabía que hubieras hecho un estudio de la historia local, thane-tigre Vocu —dijo Timu, intentando no mirar a su hijo.

—Ah, si los nativos lo comen, no es probable que sea muy fiero —dijo Todyu, y tiró al suelo el caracol.

—No puedo decir que sea historiador —dijo Vocu—, pero como ministro de rituales es mi deber interesarme por las costumbres locales. Me sorprendió saber que en esta región existen gran cantidad de ideogramas populares basados en las raíces semánticas de red o de anzuelo, a pesar de que no estamos cerca del litoral. Ah, un ideograma popular es un ideograma inventado que se elabora según los principios de los ideogramas anu, pero que no utilizan los funcionarios o los escribas eruditos…

—Ya sé lo que son los ideogramas populares —dijo Timu con un sonrisa—. Los usan las personas sencillas, muchas de ellas analfabetas, para comunicar ideas simples o invitar a la buena suerte, ya que mucha gente cree que los ideogramas son mágicos.

—Por supuesto que vos sois el experto, *Rénga*. Lo que pasa es que me he acostumbrado a explicar todo a los demás ministros.

—Ojalá los demás ministros tuvieran tanto interés como tú en la vida del pueblo de Dara —dijo Timu con melancolía.

La conversación de los adultos aburrió a Todyu. Como nadie le prestaba atención regresó gruñendo a chapotear en el lago.

—Creo que la cultura nativa dara es completamente fascinante —dijo Vocu—. Estoy entrenando mi mano para poder escribir algunos poemas clásicos anu.

—¿De verdad? —dijo Timu alzando las cejas—. Tienes que compartir alguno conmigo… Pero hablabas de los ideogramas populares.

—Ah, sí. Estudié los ideogramas populares con especial interés, porque pensaba que tal vez me sugerirían alguna forma de escribir en lyucu con ideogramas; como sabes, la mayoría de los thanes se niegan a aprender a usar letras zyndari para escribir en lyucu, entre otras cosas porque los nativos consideran las letras como algo de bajo estatus. En todo caso, les pedí a los eruditos nativos que me explicaran por qué tantos ideogramas populares utilizados cerca de la montaña estaban asociados a la pesca, pero muchos de ellos desdeñaban esos ideogramas y no les interesaban en absoluto. Al final tuve que preguntar a los ancianos de las aldeas, que me hablaron de las épocas de hambre y la pesca en el lago Ariuso, aunque la caminata hasta aquí es extenuante. Confirmé la exactitud de sus relatos con registros

guardados por los monjes en este templo.

—La gente tiene que luchar mucho solo para sobrevivir —dijo Timu —. Eso es algo que los naros y culeks lyucu conocen bien.

—Y su sabiduría nos sirve de ayuda. El saber que el lago Arisuso puede ser una fuente de alimentos de reserva podría salvar a muchos campesinos, en caso de que las cosechas vuelvan a fallar en el futuro.

Timu estaba impresionado. Era muy raro que a los lyucu les interesara la vida de los campesinos nativos, a pesar de sus constantes intentos por unir a ambos pueblos.

Estaba a punto de elogiar de algún modo a Vocu cuando Todyu volvió a la orilla salpicando.

—¡Viene madre! —gritó señalando al cielo de poniente. Un garinafin se acercaba volando hacia ellos.

El rostro de Timu fue atravesado por una serie de expresiones complejas. Pero al final se recompuso y se preparó para dar la bienvenida a su esposa.

En cuanto Tanvanaki desmontó de Korva, su envejecida pero todavía poderosa garinafin, Todyu corrió hasta ella.

—¡Madre! ¡Madre! —dijo en rápido lyucu—. ¡Mira cuántos caracoles he matado! Al principio solo aplastaba con una piedra a los que estaban fuera del agua…

Tanvanaki miró a su hijo con afecto, pero no lo abrazó ni lo levantó.

—Matar caracoles no es un gran reto —contestó en lyucu.

—¡Ya lo sé! Pero se parece un poco a aplastar un cráneo, ¿no?

—Solo un poco. ¿Te asustaste cuando salió la parte viscosa?

—¡No! Hasta me comí uno crudo para demostrar que no estaba asustado. Me figuré que sería un reto mayor ir a por los que están en el agua. ¡Son astutos!

—¿Astutos?

—Se mueven… sin moverse.

—Ah, ¿quieres decir que parecen estar en un lugar distinto a cuando los ves a través del agua poco profunda?

—¡Exacto! Pero se me da muy bien y siempre los atrapo. ¿Cuándo me llevarás de caza? Estoy seguro de que puedo…

Tanvanaki vio sangre en la mano de su hijo.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—Oh, no es nada. Me corté con una de las conchas rotas de caracol.

En realidad era una herida bastante profunda. Tanvanaki silbó para llamar a uno de los guardias, que empezó a vendarle la mano.

—¿Duele?

—En absoluto —dijo Todyu, pero dio un gemido involuntario de

dolor mientras le envolvían la mano con un paño.

—Bien —dijo Tanvanaki con aprobación—. Un guerrero lyucu no debe tener miedo a la vista de la sangre ni evitar el dolor. Un pékyu-taasa no pude ser un tanto-lyu-naro.

A una docena de pasos, Timu contemplaba la escena con una mezcla de repulsión y confusión. Había intentado ser un buen padre, hacer las cosas de modo diferente a como las hacía Kuni, esa figura paternal distante y crítica de su juventud. Había intentado pasar con Dyu-*tika* todo el tiempo posible, en lugar de dejarlo en manos de ayas o de criados. Pero en aquel momento su hijo le parecía un completo extraño, alguien que no podía creer que fuera de su propia sangre y de su propia carne.

—Papá, por favor, bájame —le susurró Dyana—. Quiero ir a saludar a madre.

—Claro —dijo Timu, y la depositó en el suelo.

La pequeña corrió hasta su madre y su hermano. Tanvanaki le dedicó una sonrisa.

—¿Por qué no has podido venir con nosotros? —preguntó Dyana en dara.

—Tenía que encargarme de algunos rebeldes —dijo Tanvanaki, también en dara. Dio la impresión de que el cambio de lengua le recordaba algo desagradable y de pronto pareció cansada, agobiada.

—¿Malas personas? —preguntó Dyana.

—Por supuesto que malas personas —dijo Todyu, aún hablando en lyucu—. Por eso son rebeldes. ¿Los mataste a todos?

Tanvanaki observó el modo en que Timu la miraba. Suspiró.

—Vocu —llamó Tanvanaki, haciendo un gesto al thane—, ven y lleva a los niños al templo, y que los acomoden. Me uniré a vosotros luego —su tono dejaba claro que la orden no estaba abierta a la discusión. Ni siquiera Todyu se quejó.

—Sí, votan.

Vocu Firna se llevó a los niños al carruaje. Echó un vistazo a Timu, que sacudió la cabeza. Los cocheros engancharon los caballos a los carruajes; los guardias lyucu se subieron a sus monturas. Pronto la caravana continuó su camino hacia el templo y solo quedaron atrás Timu y Tanvanaki.

Sin un mugido ni un gemido, Korva se retiró a cierta distancia del lago para pastar en unos arbustos suculentos. Hasta ella pareció entender que era mejor dejar sola a la pareja.

Un ganso salvaje voló a gran altura sobre el lago y su chillido solitario permaneció un rato en el aire quieto.

Timu caminó hasta Tanvanaki, hincó una rodilla y colocó ambas

manos sobre la otra. Ella asintió en reconocimiento por el saludo. Él se levantó.

—No has respondido a la pregunta de Dyu-*tika* —empezó diciendo. Por más que lo intentó, no pudo evitar el tono acusador en su voz.

Hubo un tiempo, durante los primeros años de matrimonio, en que podía hablarla de poesía y música, de la belleza de la tierra y del mar desde el lomo de un garinafin, de las múltiples formas que el mundo podía mejorar a través del amor. En cierto momento pensó que ambos compartían el mismo sueño, que los lyucu y los nativos podían convivir en armonía. Le gustaba acariciarla y ser acariciado por ella, aunque esa intimidad hubiera nacido con violencia y engaño.

Esos días habían terminado hacía mucho tiempo. Pero él seguía amándola, con un amor complejo y torturante.

—¿De verdad quieres saberlo? —la voz de Tanvanaki era taciturna.

Hubo un tiempo en que ella podía hablarle con ternura, con cariño, con paciencia. Hubo un tiempo en el que su inocencia y sus ingenuos ideales la habían cautivado, incluso seducido. Ella le amaba, un amor sencillo de sentimientos viscerales y mejillas arreboladas, teñido de un rastro de remordimiento por el modo en que ese amor había comenzado, y reforzado por su posición de padre de sus hijos. Pero últimamente solo parecían discutir y pelearse.

—¿Cuántos? —Timu se mostró implacable.

Tanvanaki volvió a suspirar.

—Ciento sesenta y cinco.

Timu se sintió desfallecer. Pero se obligó a permanecer erguido.

—¿Todo el pueblo, entonces? —gruñó.

Tanvanaki asintió. Luego, tras un instante, añadió:

—Excepto dos *toko dawiji* que colaboraron con la guarnición local informando sobre los rebeldes. Te gustará saber que los elogié…

Timu actuó como si no hubiera escuchado la última parte.

—Entonces, ¿dónde están los niños? Debemos encontrar hogares apropiados para los niños…

—¿Para que puedan crecer y convertirse en rebeldes también? —la voz de Tanvanaki era fría—. Los maté a todos. Ya te lo he dicho, excepto los colaboradores *toko dawiji,* no hay supervivientes.

—¡Pero lo prometiste! Dijiste…

—Dije que sería clemente cuando fuera posible —dijo Tanvanaki con un súbito destello de furia—. Cuatro de los aldeanos mataron a un naro mientras dormía. Luego huyeron a las montañas y el resto de la aldea se negó a revelar su escondite. No tuve otra opción. Ese naro era el primo de Cutanrovo Aga. He hecho todo lo posible por limitar las represalias a la aldea responsable. Cutanrovo exigía matar a todos los

campesinos en treinta millas a la redonda.

Timu cerró los ojos.

—Pero la costa septentrional de Rui ha estado en paz durante años. Creía que estábamos progresando. Esta atrocidad va a traer de vuelta todos los recuerdos de la conquista y a incentivar más rebeliones la próxima vez que haya una sequía…

—La única razón por la que ha estado en paz durante años es que los nativos todavía recuerdan lo que ocurría si mataban a un lyucu —dijo Tanvanaki—. A lo mejor este es exactamente el recordatorio que necesitaban.

—Pero ¿qué pasó? ¿Qué es lo que hizo el naro?

—¿Por qué estás tan seguro de que hizo algo?

Timu simplemente se la quedó mirando. Después de un momento, Tanvanaki se rindió.

—Violó a dos mujeres de la aldea y mató a una de ellas cuando le arañó la cara. Los cuatro hombres que le mataron eran parientes de la mujer muerta, dirigidos por la abuela.

—¡Oh dioses! Deberías haber castigado al naro…

—¡Lo habría hecho si no lo hubieran matado! Pero a menos que los nativos entiendan el precio de matar a un lyucu, nunca podrá haber una paz real…

—¿Y qué hay de nuestro sueño de que los lyucu y los dara convivan en paz unos junto a otros? ¿Qué hay de nuestro plan de acabar con los ciclos de violencia…?

—Llevo demasiado tiempo haciéndote caso. Ese es el problema —dijo Tanvanaki agitada, andando de un lado para otro—. He liberado a la mayor parte de las aldeas, convirtiéndolas en súbditos en lugar de esclavos. He incorporado tu plan de emplear funcionarios nativos para la administración. He permitido que hicieras los borradores de la mayoría de las leyes de Ukyu-taasa y que mantuvieras las cosas lo más parecidas a como estaban antes de nuestra llegada. Hemos desfigurado a nuestros dioses para agradar a los vuestros. Incluso he obligado a los lyucu a aprender dara. ¿Y qué consigo a cambio? Siguen huyendo de Rui y Dasu en balsas y filtrando nuestros secretos a tu madre. ¡Matan a uno de mis naros y se atreven a esconder a los asesinos!

—¡No has hecho lo suficiente! Has dividido a la población en estratos para conceder privilegios en función de cuánta sangre lyucu lleven; eso no es lo que acordamos en absoluto. ¿Has oído cómo hablan los thanes de los togaten y de los dara-raaki? ¿Has oído lo que dicen de nuestros hijos?

Togaten significaba literalmente «canijos». Era un término utilizado por los lyucu en referencia a los niños nacidos tras las violaciones

masivas cometidas por el ejército lyucu contra la población de Dara en la conquista inicial.

Tanvanaki se encogió, pero no se echó atrás.

—La supremacía de los lyucu es innegociable. Mi padre llegó hasta aquí prometiendo a mi pueblo una vida mejor, y no seré yo quien traicione ese sueño. ¿Crees que puedo comportarme como uno de vuestros déspotas y eliminar de golpe los privilegios que mis thanes y naros se han ganado por derecho de conquista? En el momento en que tratemos a los lyucu y a los nativos de la misma manera tendremos un golpe de estado.

—¡Los nativos también son tu pueblo! ¡Yo también formo parte de tu pueblo!

Tanvanaki estaba a punto de replicar cuando oyeron el *tocotoc* de un caballo galopando montaña arriba hacia el lago. Se dieron la vuelta y vieron a un solo jinete vestido con la indumentaria de un oficial nativo. El jinete los vio y giró hacia ellos. Poco después descendió de la grupa del caballo y se arrodilló ante Tanvanaki, tocando el suelo con la frente.

Era Noda Mi, el hombre que traicionó a Gin Mazoti en la batalla del golfo de Zathin, el oficial nativo de mayor rango en la corte de Kriphi.

—Ve al templo —dijo Tanvanaki a Timu, en un tono que seguía dejando poco espacio para el disentimiento.

Derrotado, Timu marchó caminando solo hacia el templo, tan desolado como el ganso salvaje que se alejaba volando en solitario.

—¿Eso es todo lo que han entregado? ¿Seis moralistas y un abogado? ¡Que Tazu se los lleve a todos! —Tanvanaki descargó su rabia con los caracoles que tomaban el sol en las rocas de la orilla, enviándoles hasta el agua a patadas.

Se dio la vuelta y vio que Noda Mi había enterrado su cara en el barro, y que su cuerpo temblaba como hoja en otoño. Le castañeteaban los dientes cuando se esforzó por responder.

—Muy augusta y misericordiosa pékyu, los pi-piratas también en-entregaron cientos de arcos y la-lanzas…

—¡Yo no necesito armas! ¡Necesito personas que puedan darme el secreto de la fuerza sedamótica!

—¡Lo han intentado! Sabían que queríais personas eruditas, pero es difícil en-encontrar *toko-dawiji* y *cashima* en mar abierto…

—¡No, no, no! No necesito ratones de biblioteca que sepan recitar los clásicos anu… mi esposo ya lo hace bastante a menudo. Necesito ingenieros experimentados que sepan construir cosas. Necesito planos. Necesito manuales, prototipos, secretos de fabricación. ¡Necesito personas con conocimientos que me sirvan realmente!

—¡Volveré a intentarlo, votan! ¡Volveré a intentarlo! —Noda Mi estrelló la frente contra el suelo como un pollo que picotea el arroz, salpicando pegotes de barro en las botas de Tanvanaki.

El absurdo comportamiento de Noda tuvo un efecto sorprendentemente tranquilizador en Tanvanaki. Respiró hondo y consideró la situación.

No, su rabia no estaba motivada exclusivamente por la incompetencia de Noda Mi. A lo mejor había sido demasiado dura con Timu. Él siempre había sido débil, pero sus consejos no habían sido inútiles. Durante los primeros tiempos de la conquista lyucu, las rebeliones habían prendido una tras otra, y la mayor parte de los artesanos especializados, inventores y eruditos, pensando que no tenían futuro bajo los «bárbaros», se habían unido a los rebeldes y habían muerto, o habían huido de Ukyu-taasa como refugiados. Pero las rebeliones fueron apagándose cuando ella aceptó los consejos de Timu y adoptó una política más flexible con los nativos. Excepto en el caso de los delincuentes más recalcitrantes, liberó a la mayor parte de los nativos en lugar de esclavizarlos, y devolvió la recaudación de impuestos y la administración local a los funcionarios de Dara que juraran lealtad a los lyucu. Incluso reclutó a muchos nativos para el ejército con el fin de aumentar la fuerza de Ukyu-taasa.

Timu era una buena figura para pacificar a los nativos y convencerles de que debían aceptar su lugar, pero no entendía que la reconciliación solo funcionaba cuando iba respaldada por la amenaza de la fuerza. Puede que esta última rebelión fuese una anomalía, pero si no se reprimía con máxima dureza, los nativos se sentirían envalentonados. Las palabras de los sabios anu, que Timu veneraba más que las revelaciones de los dioses, solo servían como una especie de droga que atenuaba el instinto de lucha de los nativos; no eran un sustituto de las ejecuciones en masa en cuanto al mantenimiento de la estabilidad de Ukyu-taasa.

También debía planificar la posibilidad de que se reanudara la guerra con el resto de Dara. Aunque los barcos con tributos procedentes de la isla Grande llegaban a tiempo todas las estaciones con los bienes prometidos, no confiaba en Jia ni en el resto de Dara-raaki. Tramaban algo contra ella, estaba segura —y el tratado de no agresión que había firmado con Jia solo duraría dos años más después de este. Aunque despreciaba el modo de vida dara —los hipócritas eruditos, los altaneros funcionarios, el trato degradado a la mujer, la profanación de la tierra con la agricultura—, estaba obligada a admitir que contaban con armas poderosas. No había día en que no pensara en la batalla del golfo de Zathin. Los lyucu necesitaban poseer el

conocimiento de la maquinaria dara si querían conquistar el resto de Dara y asegurarse el futuro.

Dado que el número de eruditos y de ingenieros en Ukyu-taasa era muy reducido, había forjado un plan para secuestrar a especialistas de las islas principales y obligarles a trabajar para ella. Muchos thanes, sobre todo los de la línea dura, se oponían al uso de expertos nativos, al considerarlo una traición a las tradiciones lyucu. Pero ella sabía que a veces el cambio era necesario y, si querían prosperar en una tierra nueva, tenían que aprender nuevas formas de cazar y hacer la guerra.

—Puede que no estemos haciendo esto como es debido —dijo Tanvanaki—. No tienes la culpa de que los piratas con los que hemos estado trabajando sean idiotas.

Noda Mi sacó la cabeza del barro y una mirada de esperanza serenó su rostro incrustado de lodo.

—En lugar de pedir a los piratas que vayan a la caza de expertos a los que no entienden, sería mejor utilizarlos de intermediarios —Tanvanaki disfrutaba hablando dara en momentos como este. Parecía una lengua diseñada para tejer tramas, conspiraciones y ardides—. Los dara-raaki son codiciosos y desleales…

—¡Gran verdad, sabia y clarividente pékyu! —los ojos de Noda Mi resplandecieron. El tipo parecía disfrutar conspirando contra su propio pueblo. Se calló cuando observó la mirada de aversión en el rostro de Tanvanaki.

—A través de los piratas, entra en contacto con personas de las islas principales movidas por el interés —continuó Tanvanaki—. Haz que se apoderen de hombres y mujeres de conocimiento y que se los vendan a los piratas. Céntrate en Dimushi y Dimu, ciudades grandes en las que la desaparición de unos pocos ingenieros no llame mucho la atención. La clave es que nadie sepa quiénes son los compradores finales; eso podría proporcionar a la usurpadora Jia la excusa para atacar.

De nuevo Noda Mi aplastó la cabeza contra el barro.

—¡Qué plan tan astuto! Pékyu, no tienes parangón en los anales de Dara. Es una bendición para las islas contar con una protectora de tanta sabiduría y previsión. Solo puedo agradecer a los dioses de los lyucu…

Tanvanaki, que se dirigía a grandes pasos hacia Korva, no escuchó el resto de su nauseabunda cháchara.

En el salón de los sacrificios del templo de Péa-Kiji, la reluciente estatua del dios permanecía a solas. Todos los monjes, monjas, chamanes, hechiceras y sacerdotes dormían, al igual que la familia imperial, sus guardias y su séquito. Sobre el altar, lámparas

encendidas de aceite de ballena de larga duración le hacían compañía.

En las alturas de la cima del estratovolcán el viento aullaba incesantemente. Una ráfaga repentina abrió de golpe las puertas del salón sacrificial y un remolino de hojas se coló en su interior. Las llamas parpadearon.

«¡Ajá, hermano, tienes un aspecto reluciente! ¿Sigues satisfecho con tu decisión? ¿Debo suponer que has disfrutado de esa comida de sangre que Tanvanaki te ha ofrecido hoy?».

«Tazu, te aseguro que desprecio tu irreverencia. Eso no era lo que yo quería, y lo sabes».

Una estridente risotada, como el diente de un tiburón raspando hielo.

«Lo siento, yo no soy como la vieja tortuga. No puedo poner cara seria y filosofar como un sabio mortal de segunda clase. Si no puedes reírte de la muerte como un dios, bien podrías convertirte en mortal».

«Eso es lo que Lutho ha hecho. Ha tenido mucho valor».

«Yo lo llamaría estupidez. Bueno, el plan de tu chico está funcionando a la perfección, ¿no?».

Una larga pausa. Las llamas de las velas permanecieron quietas unos instantes antes de inclinarse al unísono, como árboles suspirando.

«Timu ha conseguido salvar muchas vidas».

«¿Es eso lo que se dice a sí mismo para poder dormir por la noche? ¿Es eso lo que te cuentas a ti mismo mientras engordas a base de los sacrificios de los lyucu?».

«No veo que tú rechaces el humo de las ofrendas. Y dejas que esos piratas anden a sus anchas».

«¿Que les dejo? Perdona hermano, pero ¿has olvidado que no se nos permite intervenir en los asuntos mortales? Mi trabajo es llenar el mar de tempestades, y si se las apañan para navegar hasta puerto seguro, nada puedo hacer al respecto».

«¡Entonces deja de atormentarme con muertes de las que no soy responsable!».

«Si Timu y tú estáis atormentados por la duda y la culpa es porque no estáis satisfechos de vuestros compromisos. No me culpes por señalarlo. Yo nunca moralizo».

«Puede que representes el papel de tábano amoral, Tazu, pero he visto cuántas de esas balsas tambaleantes llenas de refugiados que parten desde estas costas consiguen llegar a salvo hasta otras islas. Aunque protestes, te importa lo que le pase al pueblo de Dara».

Otra larga pausa. El torbellino de hojas se ralentiza, como si cavilara sobre algo. Luego vuelve a cobrar velocidad.

«Se dirigían hacia la libertad, y la libertad es mi dominio. Guiar a los refugiados que huyen de la servidumbre no viola nuestro pacto».

«Llevas tiempo diciéndote eso, y a lo mejor has empezado a creértelo».

«¿Y qué pasa si me importan un poco? Detesto lo que los lyucu han hecho con mi elegante forma, combinándola con sus propias historias de una pesada ballena tramposa. ¡Mírate! ¿Es así como realmente quieres ser, un revoltijo de mitos, una figura que represente la esclavitud y la matanza?».

Las llamas de las velas recuperaron su posición erguida. Luego se produjo un largo suspiro huracanado y se apagaron de golpe. El remolino se derrumbó dejando atrás solo un montón de hojas.

La oscuridad reinó en el salón sacrificial.

CAPÍTULO DIECISIETE

PAN DE LUNA

MIENTRAS TANTO, EN LA BASE SECRETA AGON DEL VALLE DE KIRI, AL PIE DE LAS MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO

El tiempo solía ser impredecible en las planicies. El paisaje llano ofrecía poca resistencia a los vientos, y por ello las tormentas de arena recorrían sin obstáculos cientos de millas, como manadas de reses de pelo largo en estampida, las tormentas eléctricas vagaban libremente por los anchos páramos como garinafins inmaduros que prueban sus alas por primera vez, y los poderosos tornados soplaban en ocasiones de un extremo del continente al otro, persiguiendo a las nubes por todo el cielo como dioses jóvenes haciendo carreras con las estrellas fugaces.

En el extremo suroriental de Ukyu-Gondé, los vientos procedentes del noroeste entraban impetuosos en la Sierra del Asta, una estribación de las Montañas del Fin del Mundo, después de absorber la humedad de las relucientes olas del Mar de las Lágrimas. A medida que atravesaban las montañas, el aire se enfriaba y la humedad se precipitaba en forma de frecuentes lluvias. Por esa razón, a diferencia del resto de las planicies, la franja de tierra situada al pie de la Sierra del Asta disfrutaba de un clima suave y templado, y la lluvia permitía la existencia de múltiples valles envueltos en niebla, con abundantes bosques, plácidos arroyos y pantanales.

Según el acervo tradicional agon, el garinafin que se hizo amigo de Kikisavo y Afir y se transformó en las extensas montañas del extremo oriental del mundo conocido miraba hacia el sur, hacia el interminable desierto de Lurodia Tanta. Los lyucu compartían esta creencia, pero pensaban que el garinafin estaba orientado hacia el otro lado, con su cabeza en el lejano norte, donde la tundra helada impedía siquiera la exploración a lomos de garinafin, por lo cual llamaban a estas montañas la Sierra de la Cola.

A los nativos de Dara, estos valles húmedos y templados eran la parte de Ukyu-Gondé que más les recordaba a su hogar; pero para los lyucu y los agon esta era la tierra de los dioses, velada a la mirada de Cudyufin por un manto de nubes, un lugar donde las reses de pelo largo no podían encontrar los matorrales de lengua encerada que les

gustaba pastar y mugían lastimeros cuando sus pezuñas se hundían en el suelo blando y pantanoso, impidiéndoles vagar libremente.

Todo esto convertía la zona en el lugar perfecto para quienes pretendían establecer una base secreta para rebelarse.

—Mamá, de verdad que no puedo acabarme esto —se quejaba Tanto Aragoz, de seis años, el pékyu-taasa mayor de los agon, cuando depositó la galleta de pan de luna en el desportillado plato de porcelana, sobre la bandeja de hueso situada en el mitad del tapete de piel. A pesar de su juventud, ya se había dado cuenta de que si quería escaquearse de alguna tarea desagradable o dejarse comida, sus posibilidades de tener éxito se disparaban si hablaba a su madre dara en su lengua nativa.

—No te entiendo en absoluto, Kunilo-*tika* —dijo Théra decepcionada, dirigiéndose al primogénito por su nombre de infancia —. Está rellena con pasta de loto. Es la clase más rica de pan de luna.

Echó un vistazo al montón de galletas que había en mitad del tapete —excepto ella, nadie había comido más de una— y experimentó la creciente frustración que conoce bien todo padre o madre. La galleta que Tanto había dejado después de darle un solo mordisco asomaba entre las tiras curvas de costillas a los lados de la bandeja como una luna rota —un augurio poco propicio para comenzar el Festival de Otoño.

Lo intentó de nuevo.

—Cuando era pequeña, las galletas de pan de luna rellenas de pasta de loto eran las primeras en desaparecer. Tus tíos, tu tía y yo solíamos pelearnos por ellas.

—La pasta de loto está asquerosa —dijo Rokiri Aragoz, el hermano de cuatro años de Tanto, en la lengua agon.

—No empieces, Jian-*tika* —le advirtió Théra—. He trabajado mucho para hacer el pan de luna y os lo vais a terminar.

Lo cierto es que *había* trabajado mucho por ellos, como todos los nativos dara en el valle de Kiri. Durante la travesía hasta Ukyu-Gondé, *La que Disuelve las Penas* había realizado más inmersiones prolongadas de las previstas cuando se calafateó el barco, y algunos de los compartimentos de almacenaje se habían inundado, estropeando muchas de las semillas llevadas por la expedición, entre ellas la mayor parte de las vainas de loto. A los expertos horticultores del personal de Théra les había costado años lograr una cosecha considerable de loto, y Théra estaba decidida a que sus hijos celebraran adecuadamente, por primera vez desde su llegada a Ukyu-Gondé, el Festival de Otoño.

—De todas formas, ¿por qué celebramos el «festival de otoño» cuando estamos a mitad del verano? —preguntó Rokiri.

—Porque el Festival de Otoño está relacionado con las cosechas, y aquí la temporada de cultivo… no importa. No intentes distraerme. Comeos vuestras galletas.

—Yo no quiero comer pan —gimoteó Tanto—. Es comida para vacas.

—¿Quién te ha enseñado eso? —preguntó Théra, pasándose al agon. Entrecerró los ojos y echó una mirada a su marido, que estaba rondando cerca de la entrada de la tienda, intentando pasar lo más desapercibido posible.

—¡Yo nunca he dicho algo así! —dijo Takval levantando las manos con una mirada de inocencia agraviada—. Pero tú sabes que a muchos culeks y naros les disgusta la idea de asentarse y cavar el barro para obtener comida, y es inevitable que sus hijos repitan las quejas de sus padres a Kunilo-*tika* y a Jian-*tika*.

Seis años después de la llegada de Takval y Théra a Ukyu-Gondé, el poblado secreto del valle de Kiri había crecido hasta un total de aproximadamente dos mil colonos, divididos casi por igual entre agon y dara. Takval había asumido formalmente el título de pékyu y resucitado la reivindicación de soberanía sobre todas las tribus agon del clan Aragoz, aunque dicha demanda no era ampliamente conocida. En lo que respecta a los lyucu, Volyu seguía siendo el representante de las tribus agon diseminadas. De tanto en tanto, Takval enviaba mensajeros a Sliyusa Ki y reclutaba más rebeldes que se incorporaban a su base secreta. Al menos hasta ahora, Volyu habían cumplido su parte del trato.

—No es «cavar el barro para obtener comida» —dijo Théra alzando la voz—. ¿Cuántas veces tengo que enfrentarme a esos thanes tozudos por este asunto? La agricultura es mucho más eficiente que el pastoreo…

—… para mantener a toda esta gente escondida —terminó Takval por ella—. Sí, Théra, sí. Y puedes mencionar todos los niños que han nacido desde que nos trasladamos al valle de Kiri y todas las sequías y tormentas que nos hemos evitado desde que abandonamos los rebaños. Estoy de tu lado, pero tienes que entender lo difícil que resulta para ellos. No es la manera agon…

—Esa es la raíz del problema —dijo Théra—. La «manera agon» esto, la «manera agon» aquello, pero en realidad se trata de falta de confianza. No me ven como tu igual, y discuten todo lo que sugiero con un recelo absoluto. He intentado mostrarles las cifras, revisar con ellos la estrategia, persuadirles mediante la razón. ¿Cómo puedo conseguir que entiendan que estoy intentando enseñarles una manera mejor…?

—Podrían confiar más en ti si no actuaras siempre como si fueran bárbaros que necesitan que les enseñen —le soltó de buenas a primeras Takval. Al momento se arrepintió e intentó suavizar el tono —. Escucha, mi aliento, no estoy diciendo…

—Sé muy bien lo que estás diciendo —le interrumpió Théra, con un tono más frío que los picos nevados de la Sierra del Asta—. He hecho todo lo posible por cuidar los delicados sentimientos de tu pueblo. He ordenado a mis herreros que compartan con vosotros todos sus conocimientos sobre la fundición del cobre y del hierro y la forja de armas, sin menospreciar vuestros trabajos tradicionales con hueso; nunca te he pedido que coloques a uno de mis oficiales al mando de thanes y guerreros, aunque deban aprender a luchar con estas armas nuevas y a cuidarlas; no he protestado porque mis eruditos y artesanos tengan que trabajar los campos para dar de comer a todo el mundo mientras naros y culeks en buena condición física andan por ahí sentados sin hacer nada y se niegan a aprender a cultivar. Incluso he desechado la idea de enseñar a los thanes a escribir en lengua agon con letras zyndari porque muchos piensan que la escritura es brujería. Pero si vamos a enfrentarnos a los lyucu, debéis aprender nuevos hábitos. No es mi culpa si la realidad considera algunos mejores que otros…

—¡Escucha lo que dices! —Takval se había hartado—. ¡Tu pueblo! ¡Mi pueblo! ¿Cómo vas a poder dirigirlos si en tu corazón no te sientes agon? —se levantó, abrió de golpe la solapa de la tienda y salió a grandes pasos.

Con gran dificultad, Théra sofocó un alarido de rabia y reprimió la urgencia de ir tras él para leerle la cartilla.

Se giró hacia sus hijos y les dedicó una gran sonrisa.

Tanto y Rokiri se la quedaron mirando con ojos aterrorizados.

Théra suspiró. El Festival de Otoño era el momento para celebrar la cosecha y la fertilidad de la tierra, para honrar el amor entre padres e hijos, entre abuelos y nietas, entre maridos y esposas, entre hermanos y primos, entre miembros del mismo clan. Como el resto de las personas de Dara, en los últimos años había estado demasiado ocupada levantando la base en el valle de Kiri como para celebrarlo según la tradición. Estaba decidida a que el cabeza dura de su marido no estropeara esta experiencia a sus hijos.

—Kunilo-*tika* y Jian-*tika* —dijo, modulando la voz para hacerla lo más suave posible—, sed buenos y acabad vuestros panes de luna.

Los dos niños dieron un mordisco a sus galletas e hicieron muecas ante el sabor pegajoso y poco familiar de la pasta de loto.

Théra sintió que su ira volvía a crecer.

—¡No me miréis como si os estuviera envenenando! ¡Se supone que esto es algo especial!

—El tuétano de tigre de colmillos es algo especial —murmuró Tanto. Había retomado el agon porque no existía ningún término para «tigre de colmillos» en dara—, no esta bola pegajosa.

—Nalu ya *te* ha dado tuétano —murmuró Rokiri—. A mí no me ha dado.

—Yo soy el mayor —dijo Tanto—. Así que es normal que…

—Kunilo-*tika*, ya sabes que al ser el mayor debes ceder ante tu hermano. Recuerda lo que dijo Kon Fiji en la parábola de los tres hermanos… —Théra se interrumpió al ver la mirada ausente de Tanto y Rokiri. Por supuesto que no conocían las fábulas moralistas; habían crecido salvajes con los demás niños agon, aprendiendo Lutho sabe qué.

Jamás habría podido imaginar de niña que un día hablaría como el maestro Zato Ruthi. A los dioses les encanta gastarnos bromas.

Cambió de tema y de lengua.

—Entonces Nalu tenía tuétano de tigre de colmillos, ¿no? ¿Fresco o en penmican?

—¡Fresco! —dijo Tanto. Los ojos se le pusieron vidriosos al saborear el recuerdo.

Théra frunció el ceño. Y no solo porque detestara el olor del supuesto manjar. El hecho de que algún agon pudiera disponer de tuétano de tigre de colmillos significaba que probablemente había salido a cazar fuera del valle de Kiri, contraviniendo directamente sus órdenes. Debería decirle a Takval que…

—¡Ah! —Tanto gritó de sorpresa al escupir una pequeña hoja medio mordida—. ¿Qué hace esto aquí?

—*Se supone* que es ahí donde debe estar —dijo Théra—. Cada galleta de pan de luna lleva un papelito con un mensaje de buena suerte. Pero como tenemos muy poco papel lo sustituí por una hoja de árbol escápula —en realidad, la costumbre de incluir esos papelitos no era general en toda Dara, pero a Théra le pareció excesivo explicar a sus hijos las diferencias en el modo de celebrar el festival entre Cocru y Xana. *Cada cosa a su tiempo*.

—Léelo.

Obediente, Tanto desdobló la hoja y descifró las diminutas letras zyndari que su madre había raspado en la superficie. Con la voz entrecortada, leyó:

> *El mundo está ebrio; solo yo me mantengo sobrio.*
> *El mundo está dormido, pero yo me mantengo despierto.*
> *Dentro de estas cuatro paredes late un corazón escarlata;*

la luna que ladra nunca estará aparte.

Théra esperó pacientemente mientras su hijo se trababa leyendo el mensaje y se detenía varias veces para pedirle ayuda con las palabras poco conocidas. Demasiado ocupada con la administración del asentamiento secreto, Théra había delegado las tareas de enseñanza en un equipo rotativo de eruditos dara, que sacaban algunas horas de acá y de allá para impartir la sabiduría de su tierra natal a los jóvenes pékyus-taasa.

A estas alturas casi todos los miembros de la expedición de Théra habían aprendido a hablar agon con cierta fluidez, pero pocos agon habían aprendido a hablar dara. Para evitar que en el poblado sintieran que eran dos pueblos separados obligados a compartir una tierra, Théra había decidido que el agon fuera la lengua común en el valle de Kiri. Pero en su tienda intentaba que todos hablaran dara; eso sí, con poco éxito.

Mientras Kunilo-*tika* avanzaba con dificultad en el poema, Théra se congratuló en silencio por haber aceptado la idea de Zomi, quien pensaba que los niños deberían aprender primero las letras zyndari para al menos poder leer y escribir en el dialecto de Dara, a diferencia del método tradicional por el que se instruía en los ideogramas anu incluso a los niños más pequeños. Aunque Tanto no estaba leyendo tan fluidamente como a ella le hubiera gustado, se alegraba de que su hijo no fuese analfabeto como los hijos de los thanes agon, que veían la lectura y la escritura con repugnancia y miedo.

—No lo entiendo —dijo Tanto—. ¿Qué es lo que acabo de leer?

—¡Es un acertijo de ideogramas! —dijo Théra entusiasmada. Cuando era niña, uno de los pasatiempos favoritos de ella y de sus hermanos había sido inventar y adivinar acertijos basados en los ideogramas anu. Le entusiasmaba tener por fin la oportunidad de disfrutar de ese juego con sus hijos.

—Oh, ideogramas —dijo Tanto, con el mismo entusiasmo que le había provocado la pasta de loto. Sus profesores acababan de introducir los ideogramas y le intimidaba que su madre le pusiera a prueba.

—Entonces, ¿tienes alguna idea? —preguntó Théra con paciencia —. Lee el poema con atención, a ver si se te ocurre qué ideogramas podrían ser la respuesta correcta.

—Ah… ¿es el ideograma de mi nombre en dara?

—¡No! ¡Tu nombre de infancia es en honor a tu abuelo! Qué va, se supone que este es fácil. Es uno de los primeros acertijos que adiviné con cinco años… Mira, sigue cada línea del acertijo como si fuera un plano —supongo que no sabes lo que es un plano—, piensa que es

como las instrucciones para construir… una de esas estructuras óseas de juguete con las que siempre andáis Nalu y tú.

Théra levantó el plato de porcelana con las galletas de pan de luna de la bandeja de hueso. Pasó un trapo a la bandeja para que estuviera tan limpia como una de las pizarras que había utilizado de niña para practicar, retiró con una cuchara un poco de pasta de loto de un cuenco, lo echó en la bandeja como si fuera un bloque de cera y comenzó a esculpir.

—Las primeras dos líneas del acertijo te dicen que la clave es «insomnio», que se representa con el ideograma de «ojos abiertos». La siguiente línea nos dice que tenemos que poner los ojos abiertos sobre la raíz semántica del corazón, para crear el subideograma *gitré,* que significa «perspicacia», y luego rodearlo todo con la raíz semántica de «mundo», que es un cercado cuadrado.

Los niños miraban sin pestañear cómo surgía la forma de un ideograma de pasta de loto bajo los hábiles dedos de su madre.

Théra continuó más despacio para asegurarse de que la seguían.

—Como ya tenemos una raíz semántica dominante, en este caso el cercado sirve de modificador de motivo, con el significado de «obligado». Por último, añadimos el subideograma *séntagé,* que significa «eclipse lunar» y se representa a un lado como una luna mordida por un perro; eso es lo que «nunca estará aparte» significa normalmente en un acertijo. Y, como está a un lado, sabes que funciona como adaptador fonético. ¿Me vais siguiendo?

Los niños asintieron enérgicamente con la cabeza.

Théra les animó.

—Entonces, si lo ponemos todo junto, ¿qué será lo que tenemos?

Silencio.

—Vamos, sé que esto lo sabéis. Estoy segura de que el maestro Razutana Pon os lo ha enseñado. Es uno de los ideogramas más utilizados en los tratados de Kon Fiji.

Más silencio.

—¿Es el ideograma de «paz»? —preguntó Théra.

Con los ojos clavados en su madre, Tanto empezó a inclinar la cabeza, un movimiento cuidadosamente calibrado a mitad de camino entre un gesto de reconocimiento y una sacudida. Y mientras bajaba la barbilla, indeciso, Théra sintió que una mueca de decepción le contraía los rasgos. Al momento, Tanto pasó a sacudir la cabeza enérgicamente.

Enseguida, Rokiri copió a su hermano.

Théra suspiró. Por mucho que quisiera que sus hijos fueran grandes eruditos, no iba a dejarse engañar.

—Entonces, ¿qué es?

Los dos pares de ojos infantiles recorrieron desesperados la cara de su madre en busca de pistas.

—Una palabra que se deriva etimológicamente de «perspectiva dirigida y guiada», que suena como *séntagé*… —sus manos se movían ágiles sobre el ideograma de pasta de loto, que iba perdiendo la forma a la misma velocidad que a Théra se le desinflaba la moral—. ¿No será *mutagé,* la palabra anu para «lealtad-beneficencia» o «fe-misericordia»?

—¡Oh, eso es *justo* lo que iba a decir! —dijo Tanto.

—¡Yo también! —dijo Rokiri.

—¿De verdad? —preguntó Théra—. Me podríais haber engañado. Vi cómo el maestro Razutana Pon os enseñaba este ideograma hace solo dos semanas, pero apuesto a que no lo recordáis. Tenéis que prestar atención si queréis ser mejores que…

—¡Mira, mamá! Eso parece un perro mordiendo la luna —Rokiri señalaba la galleta que Tanto había dejado en un lado. La miraba con ojos de cachorrito e imitaba un jadeo.

Hacía tiempo que Rokiri había aprendido a utilizar la ternura y Théra estaba indefensa ante esa táctica. Tras haber interrumpido y olvidado su lección, ambos niños se revolcaban por el suelo, luchando y gruñendo, ladrando y riendo.

—¡Voy a… comerme la luna… ñam, ñam!

—Mejor comer la luna… que la pasta de loto… uff.

Théra suspiró de nuevo. La verdad es que no podía enfadarse con sus hijos. ¿Cómo iban a entender el significado del Festival de Otoño si los padres de sus compañeros de juegos despreciaban la agricultura? ¿Cómo iban a apreciar el relleno de pasta de loto cuando nunca lo habían probado y sus amiguitos pensaban que el tuétano asado era el sabor más delicioso del mundo? ¿Cómo iban a apreciar la belleza y complejidad de este acertijo clásico, que aludía al poema de Lurusén, su referencia a la antigua creencia anu de que el mundo era un cuadrado cubierto por una cúpula celestial, su conexión con el folklore popular dara según el cual un eclipse lunar era el resultado de un perro hambriento que corría enloquecido entre las estrellas y al que los dioses ahuyentaban, su personificación del núcleo de la sabiduría moralista… cuando estaban creciendo en una tierra bárbara, carente de toda la cultura de Dara?

La civilización dara era como un tapiz tejido con mil hilos de tradición, literatura, arte, música, filosofía, religión y folklore, y los niños dara crecían como bebés gamba en un rico arrecife de coral, absorbiendo sin esfuerzo todo lo que veían y oían a su alrededor. Aquí, en esta tierra empobrecida, solo podía enseñarles un hilo cada

vez, y ella era la única a la que se podía culpar si no entendían lo que significaba ser los herederos de las múltiples bellezas de Dara.

—Está bien. No tenéis la culpa de no saberlo. Pero tenéis que trabajar más. Ahora ya basta de jugar. Levantaos.

Los niños dejaron de mala gana sus bulliciosos juegos.

—Dejad que os explique de nuevo con más detalle cómo funciona este acertijo. Kunilo-*tika*, ve a buscar tu juego de ideogramas.

Tanto pareció confundido. Tras un rato se iluminó.

—Rokiri fue el último en jugar con él.

Bajo la mirada impaciente de su madre, Jian-*tika* rebuscó en la cesta que contenía sus juguetes, a los pies de la estera de dormir, hasta levantar triunfante una bolsa de cuero que llevó hasta el tapete.

Théra desató el cordón, volcó la bolsa y esparció el contenido sobre el tapete. Enseguida los tres se dieron cuenta de que faltaban muchas piezas.

Para enseñar a los niños las normas básicas de la ortografía anu se utilizaban tradicionalmente bloques con la forma de raíces semánticas, modificadores del motivo, adaptadores fonéticos y glifos de inflexión. Al ensamblar ideogramas sencillos y relativamente complejos con estos bloques, los niños aprendían a entender la estructura y los principios en los que se basaba el sistema de escritura anu. Poti Maji, renombrado moralista y algo parecido a un teórico de la educación, pensaba que estos bloques para jugar eran especialmente útiles porque proporcionaban un modo tangible y manipulable de acceso a la sabiduría de los antiguos anu. Al colocar la raíz semántica «tejado» sobre el ideograma de «casa», o insertar la raíz semántica «corazón» en la forma honorífica «tú», el niño recreaba de forma ritual las relaciones que tejían las bases de la sociedad dara.

De hecho, no era raro que algunos eruditos adultos guardaran a mano uno de estos juegos para ayudarles a relajarse en los descansos del estudio o del trabajo. Los niños ricos poseían bloques construidos con materiales preciosos, como el jade o el coral, mientras que los meramente pudientes usaban los realizados con porcelana o madera de sándalo.

Théra había fabricado estos bloques especiales con arcilla cocida durante uno de los escasos días libres que se tomaba. Al ver todo el conjunto reducido a un puñado de piezas se sintió como si sus hijos le hubieran dado una bofetada.

—¿Qué ha pasado con el resto de las piezas? —preguntó en un tono bien distinto al de «mamá juguetona».

Tanto y Rokiri se miraron mutuamente y ninguno quiso hablar.

—Basta con que digáis la verdad —dijo Théra—. Mamá no se

pondrá furiosa.

Los niños eran demasiado pequeños para comprender el peligro que encerraba esa promesa.

—Algunas piezas se rompieron cuando Jian-*tika* intentaba hacer una torre lo más alta posible —dijo Tanto.

Théra respiró hondo varias veces.

—¿Y las demás?

—Kunilo-*tika* se las dio a Nalu —dijo Rokiri.

—¿Nalu las quería porque estaba interesado en aprender a escribir? —preguntó Théra. La esperanza brotó en su corazón. Si había interés, volvería a dar prioridad al proyecto de una escuela para los niños agon que había sido descartado.

—Uy… no —dijo Tanto—. Estábamos jugando con sus arucuro tocua y aceptó hacer un cambio.

—¿Cambiaste los bloques de ideogramas por *huesos de animales*?

—¡Dijiste que no te pondrías furiosa! —dijo Tanto encogiéndose a causa de sus gritos—. ¡Eran huesos de tigre de colmillos!

—¡Hice esos bloques para enseñaros a leer! Y los has cambiado por porquerías…

—¡Los ideogramas son aburridos! —espetó Tanto—. ¡Detesto leer! ¡No quiero leer!

Théra sintió que se le rompía el corazón. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Sabes que Zomi, la amiga más querida de mamá allá en Dara, tenía tantas ganas de conocer los ideogramas anu que prefería pasar hambre antes que perderse otra lección? No sabéis la suerte que tenéis…

—Esto-no-es-Dara —las lágrimas caían por el rostro de Tanto mientras la miraba desafiante.

Junto a él, Rokiri estaba gimoteando.

—¡Mamá está furiosa! ¡Mamá no te enfades! —clamaba mientras intentaba abrazar las piernas de Théra.

Théra se sentó desconcertada, derramando tibias lágrimas de rabia y decepción.

—Gracias por el pan de luna, princesa —dijo Thoryo—. La pasta de loto está deliciosa. Había oído hablar de ella a muchos soldados y eruditos de Dara, pero es la primera vez que la pruebo.

La joven de origen desconocido nunca perdía su apetito de nuevas sensaciones y sabores interesantes, y disfrutaba tanto con los platos de Dara como con los aromas agon. Nunca manejaba ella misma el cuchillo de carnicero y la vista de la sangre todavía le hacía palidecer, pero saboreaba los platos que salían del asador.

—Me alegro de que le guste a *alguien* —dijo Théra—. Mi marido y mis hijos ni han tocado las galletas.

Las dos estaban trabajando hombro con hombro, segando los tallos de arroz con guadañas. Habían drenado los arrozales para la primera cosecha —el clima del valle de Kiri permitía dos campañas de cultivo al año— y el aroma acre del lodo y de la savia prometía graneros bien provistos para el invierno.

—¿Por qué no hacemos un descanso? —preguntó Thoryo. Se estiró y se secó el sudor de la frente con un puñado de musgo seco que llevaba atado al cuello con fragmentos de tendones retorcidos—. Tú también deberías comer algo de pan de luna.

Théra miró hacia el borde del arrozal, donde había algunos hombres y mujeres agon sentados en círculo, bebiendo kyoffir y contando historias. Uno de los thanes agon, un hombre llamado Araten, estaba claramente narrando con mímica alguna batalla.

Aunque todos los años Théra y Takval ordenaban a los agon que ayudaran con la cosecha, pocos estaban dispuestos a poner sus pies en el lodoso arrozal. Se escaqueaban aludiendo estar ocupados en «tareas de vigilancia». Araten era uno de los máximos infractores y solía proclamar que caminar sobre el lodo minaba el espíritu combativo de los guerreros.

—Está bien —dijo Théra, desalentada—. Allá vamos.

Ambas caminaron hasta el final del campo y treparon a una plataforma techada. Era allí donde en la atareada época de plantación almorzaban y vigilaban las cosechas, espantando a las aves y otros animales. Miraron alrededor. En los demás arrozales, los únicos que trabajaban recolectando el arroz eran nativos de Dara.

—No lo entiendo —dijo Théra, deteniéndose para morder una galleta. La masticó, demorándose en el delicioso sabor antes de continuar—. Esta es la única manera que tenemos de hacernos fuertes y desafiar a los lyucu, pero actúan como si les estuviéramos pidiendo que caminen sobre lava. Ya sé que la agricultura es un trabajo duro…

—Los agon dicen que esclavizar la tierra es antinatural. No solo lo detestan, sino que lo desprecian. Además, comer plantas y granos es lo que hacen los tanto-lyu-naro…

—¡Eso no son más que prejuicios! Tienen que cambiar si queremos vencer…

—Les estás pidiendo que sean como el pueblo de Dara —dijo Thoryo—, pero no lo son.

—Al menos todos están bien alimentados.

Théra echó un vistazo más allá de los arrozales, al cementerio situado en un extremo del poblado. Desde que llegaron por primera

vez a este apartado valle habían muerto docenas de hombres y mujeres dara. Algunos a causa de enfermedades que no existían en Dara; otros por ataques de predadores, ganado en estampida, garinafins asustados, plantas y setas venenosas; otros fallecieron por accidentes durante la fundición de metales, por explosiones de hornos, caída de árboles y derrumbes de edificios. Poco a poco, los miembros de la expedición de Théra habían intentado recrear partes de su tierra natal en este valle, transmitir su sabiduría y conocimientos a sus aliados. Las lápidas marcaban el lugar de descanso de almas valientes que habían entregado su vida en esta tierra despiadada por el sueño de liberar a otro pueblo. Nunca volverían a ver su patria y sus espíritus nunca acariciarían otro ideograma agon ni disfrutarían las ofrendas de incienso y cerveza dejadas por sus hijos en el Festival de Arreglo de Sepulturas. ¿Serían capaces de encontrar su camino hasta el Río en el que Nada Flota para reunirse con sus ancestros?

Los ojos de Théra se humedecieron. Una de las lápidas era la del almirante Mitu Roso, muerto por salvar a un grupo de niños agon de una manada de lobos que había penetrado en el valle. Cuando agonizaba le susurró: *Eres la viva imagen de tu padre, y para mí ha sido todo un honor serviros a ambos.* Hugolu pha gira ki. *Llevad mis huesos de regreso a Dara si podéis,* Rénga.

¿Era realmente tan buen líder como su padre? Había intentado dar a los agon todo lo que podía, pero los regalos no siempre fueron apreciados. Claro que aceptaron las armas de metal templado, pero no se preocuparon de aprender a fundir o a forjar. Se quejaban por las restricciones al tamaño de los rebaños que cada tribu podía poseer, con el fin de reservar la mayor parte de la tierra del valle de paredes escarpadas para la agricultura. Sobrevivían gracias a la comida que cultivaban ella y su pueblo, pero no querían mancharse de barro las piernas y los brazos. Ni siquiera sus hijos podían entender por qué se ponía triste cada vez que se rompía otro plato de Dara o se rasgaba un vestido confeccionado en Dara.

La voz desenfadada de Thoryo la sacó de sus ensoñaciones.

—Dicen que el arroz y el trigo les hinchan el estómago y les hacen sentir como vacas gordas.

—¿Qué?

—Creen que comer los cereales cultivados es como rumiar.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Thoryo se encogió de hombros—. Entiendo por qué se sienten así. Echan de menos la libertad que les aporta recorrer las planicies con sus rebaños y cazar aves y otras presas en el Mar de las Lágrimas. Anhelan el tradicional festín del invierno, en el que pueden

saborear diez tipos diferentes de carne de caza…

—La agricultura es un modo mucho más eficiente de aprovechar la tierra limitada que tenemos, y la caza es peligrosa porque requiere enviar partidas fuera del valle…

—Yo comprendo las razones —dijo Thoryo—. Pero no se puede razonar contra los deseos del corazón. No fue fácil cultivar el loto, pero insististe en que Razutana y los otros lo hicieran.

—¡Eso es distinto! ¡Estoy intentando conectar a mis hijos con su herencia, mientras que ellos languidecen por algo que amenazaría nuestra supervivencia, algo primitivo y atrasado!

Thoryo la miró de manera extraña.

—El pueblo de las planicies ha sobrevivido durante generaciones en una tierra inhóspita. Y, según lo que me has contado, en Dara arrasaron ciudades como una guadaña que siega los tallos de arroz. No creo que llamarles «primitivos» sea correcto.

Théra sabía, claro está, que las condiciones de gran parte de las planicies no eran las apropiadas para la agricultura. Los agon y los lyucu, como los robustos cactus de puño apretado, los matorrales rastreros de lengua sedosa y la grama espinosa de palmera, estaban perfectamente adaptados al paisaje. Pero este era un momento extraordinario que necesitaba medidas extraordinarias.

—Tienen tan poca visión de futuro como los niños. Les estoy pidiendo que hagan un sacrificio temporal para conseguir una victoria mayor en el futuro.

—Pero de eso se trata —dijo Thoryo—. Están preocupados por el futuro, por sus hijos.

—¿Qué quieres decir?

—Les preocupa que si se quedan aquí mucho tiempo, viviendo de hojas y semillas sacadas del suelo esclavizado en vez de mantenerse de carne engordada gracias a la generosidad de los dioses y sacrificada mediante la fuerza de sus brazos, sus hijos crecerán cobardes y debiluchos, y serán incapaces de enfrentarse a un tigre de colmillos o de montar un garinafin en medio de la tormenta. Les preocupa que sus hijos no se críen como agon.

Théra estaba anonadada.

—Pero claro que serán agon. Esta es su tierra. Nacieron aquí.

—¿Qué significa ser agon? —dijo Thoryo—. No tiene que ver con el parentesco, puesto que las tribus de las planicies siempre han incorporado a extranjeros y a niños rehenes a sus propias filas. No tiene que ver con la tierra, porque el pueblo de las planicies no tiene vínculos con ningún lugar concreto y no reclama una tierra con límites fijos. Tiene que ver con la forma de hablar, de hacer, de ser, de

conocer… y eso requiere práctica. Requiere ejecución.

Théra mordisqueó su galleta, pensativa. A veces Thoryo, al no pertenecer a los dara ni a los agon, decía cosas que ni los dara ni los agon podían decir. Ella simplemente amaba la vida y todas las maneras de vivir.

—Eres sabia para tu edad —dijo Théra.

Thoryo ladeó la cabeza con una sonrisa en la cara.

—Eso no parece un cumplido —dio otro mordisco al pan de luna relleno de pasta de loto y contrajo la cara de placer.

—¿Ah, no?, pues lo es —dijo Théra—. El que puedas ver todo con ojos de niño es por lo que vale la pena escuchar lo que dices.

—En los juegos de los niños hay mucha verdad y sabiduría, tanta como en los cantos de los chamanes o en los juicios de los sabios anu.

Théra asintió pensando en su propia infancia mientras tragaba la pasta dulce.

CAPÍTULO DIECIOCHO

EL TRONO VELADO

PAN: SEXTO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS (CONOCIDO COMO OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ EN UKYU-TAASA, Y OCTAVO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA HACIA UKYU-GONDÉ)

El Gran Salón de Audiencias estaba desierto.

Los muros y las columnas, cubiertos de grabados ornamentales que evocaban las Cien Flores (los estilizados dientes de león, de un dorado reluciente, eran las más llamativas), se hacían eco del silencio. El techo, cubierto de pinturas murales que representaban las hazañas de dioses y héroes, así como a crubens y dyrans retozando entre las olas, se extendía sobre el espacio vacío de la sala.

La emperatriz Jia, como regente de Dara, raras veces convocaba la corte formal; si acaso una vez al mes o menos. Encontraba tediosos los rituales y ritos que llevaba asociados y, desde que el emperador Monadétu no vivía en Pan, carecía de sentido mantener las apariencias.

En el extremo norte del salón se levantaba un estrado de ocho pies de altura destinado al Trono del Diente de León. Pero, desde que Dara se encontraba bajo regencia, este era el lugar ocupado por Jia durante la corte formal. El propio trono, cuyo respaldo coronaba un enorme diente de león dorado, había sido trasladado a los pies del estrado, enfrente de los ministros civiles, gobernadores, nobles y generales que se alineaban durante la corte en dos filas, en los costados este y oeste del largo salón.

En los tiempos en que Phyro asistía a la corte formal, la emperatriz Jia le había pedido que se sentara en el trono, pero rodeado de un velo de seda similar a la red mosquitera que protegía las camas de los comerciantes ricos en La Garra del Lobo.

—¿Por qué? —le había preguntado Phyro.

—Porque estás aquí para escuchar y aprender —respondió Jia—. Si los ministros y generales pueden ver tus reacciones en los debates, elaborarán sus argumentos para persuadirte. En caso contrario, tendrán que intentar convencerse entre ellos y convencerme a mí.

Cada cumpleaños Phyro reclamaba el fin de la regencia y la

retirada del velo de alrededor del trono. La respuesta de Jia era siempre la misma:

—Tu padre me dio instrucciones para continuar la regencia hasta que el heredero estuviera preparado para tomar las riendas del poder. Tú aún no estás preparado.

En su vigésimo cumpleaños, Phyro demandó algo diferente. Solicitó que se reorganizara el Gran Salón de Audiencias de modo que el soberano volviera a sentarse mirando al norte, como era costumbre en tiempos del emperador Ragin, en dirección a Dara Irredenta y a los conquistadores lyucu, en lugar de mirar hacia el sur, un cambio instituido por la emperatriz Jia.

—No debemos quitarnos de la cabeza el objetivo de rescatar al pueblo de Dasu y Rui, que sufre y muere bajo la depredación lyucu —dijo Phyro—. Debe haber un recordatorio que nos impida olvidar el deber de vengar a mi padre, que murió sin ver la libertad de Dara.

La emperatriz de Dara se negó a ello.

—La guerra jamás debe ser el principal objetivo de un soberano sabio.

Había vuelto la espalda literalmente a Dara Irredenta.

Al día siguiente, Phyro se marchó de Pan con su guardia de honor. Se dirigió a Tiro Cozo, un caserío recóndito en las montañas Wisoti, donde crecían los jóvenes garinafins nacidos de los huevos que trajo consigo Takval Aragoz, y juró permanecer allí hasta que pudiera sentarse como es debido en el Trono del Diente de León.

Por eso el trono permanecía vacío en el Gran Salón de Audiencias, rodeado por un velo de seda.

En lugar de dirigirse al Gran Salón de Audiencias, Phyro se encaminó hacia la Cámara del Consejo Interno, una pequeña habitación en un rincón apartado de la sección administrativa del palacio. Ahí era donde se decidían y se expedían la mayor parte de las políticas que gobernaban Dara.

Cuando Phyro hizo su entrada, todo el mundo se hallaba ya cómodamente sentado en círculo en *géüpa*, con la emperatriz Jia presidiendo en un extremo. El Consejo Interno estaba formado por los ministros más importantes del estado: Cogo Yelu, primer ministro; Zomi Kidosu, secretaria de clarividencia; Than Carucono, capitán general de caballería y primer almirante de la armada; Doman Gothu, presidente del colegio de abogados; Mi Ropha, comisario jefe del circuito; y los ministros de carruajes y barcas, justicia, tesoro, rituales, agricultura, registro de hogares y así sucesivamente; en total menos de veinte hombres y mujeres.

Doman y Mi, como miembros de menor antigüedad del consejo,

movieron sus cojines para hacer hueco a Phyro.

—*Rénga* —dijo Than Carucono con voz temblorosa por la emoción —, nos alegra veros en Pan. —Tenía ya el pelo tan blanco que parecía de nieve pura. Sus ojos brillaban bajo la luz oblicua que penetraba por la ventana.

Doman y Mi intercambiaron miradas incómodas. Algunos miembros del Consejo Interno habían adquirido el hábito de dirigirse a la emperatriz Jia con ese título honorífico, pero Zomi, Cogo y Than nunca lo usaban. Escuchar de pronto a Than pronunciar *Rénga* les recordó que dicho título estaba supuestamente reservado al emperador.

—Tenéis el mismo porte y modales que vuestro padre, aunque él nunca estuvo en tan buena forma. Estaría feliz de veros…

—Estoy segura de que el emperador está tan ocupado como el resto del consejo —dijo la emperatriz Jia—. ¿Por qué no dejamos las reminiscencias privadas para más tarde?

Phyro dedicó una sonrisa a Than. Siempre había sentido un vínculo especial con el viejo general. Than y Cogo eran los únicos supervivientes del primer grupo de servidores de Kuni, pero Cogo era un político refinado que había convertido en arte la ocultación de sus sentimientos, y a Phyro le atraían mucho más los modales de campamento militar y las muestras de afecto abiertas y sin complejos de Than. Cuando era niño, Phyro acudía con frecuencia a Than, a rogarle que le contara aventuras de la juventud de Kuni en Zudi. Consciente o inconscientemente, el joven emperador había transferido parte de su amor filial por el padre muerto al viejo general.

Pero, como la emperatriz les había recordado a todos, este no era el momento de entregarse a emociones personales. Tranquilizándose, inclinó la cabeza ante Cogo y Zomi antes de hacer una reverencia fría y formal a Jia.

—Madre-tía, perdonadme por no haber venido antes a interesarme por vuestra salud. Acabo de llegar en aeronave esta mañana.

Jia asintió con la cabeza.

—Luego podemos tomar un té. Espero que al menos pasaras por el santuario de tu madre, ¿no?

—Sí, lo hice.

—Bien —Jia se sentó más erguida—. Has solicitado tu presencia ante el Consejo Interno para hacer una nueva propuesta. Adelante.

—Mi propuesta se relaciona con la fuerza de garinafins de Tiro Cozo. Pero, antes, dejad que os hable de un bote…

El hecho de que Dara hubiera adquirido garinafins del príncipe agon Takval era un secreto de estado conocido solo por un grupo selecto. La

base de entrenamiento en las montañas Wizoti, Tiro Cozo, estaba en un valle remoto, solo accesible por aeronave. Los jinetes en formación y el personal de apoyo vivían allí durante todo el año, y la seguridad en torno a la zona era tan estricta que hasta las aves intrusas eran abatidas sin piedad.

El matrimonio de la princesa Théra con Takval y la partida de *La que Disuelve las Penas* habían tenido mucha difusión, como es lógico. Pero cuando el Muro de las Tormentas se abrió para después cerrarse de inmediato, destrozando toda la flota de refuerzo lyucu, se supuso que Théra y el resto de *su* flota habían perecido también. El barco-ciudad enviado por Tanvanaki para recibir a los refuerzos había presenciado el hundimiento de los barcos dara bajo el ataque de un único garinafin.

El pueblo desconocía la capacidad de *La que Disuelve las Penas* y sus naves hermanas para sumergirse bajo el agua, y la emperatriz Jia tomó la decisión de dejar que la mayoría de Dara y Dara Irredenta creyera que la princesa Théra había muerto. Se pensaba que si Tanvanaki y los invasores lyucu se sentían amenazados por la alianza dara-agon, podrían utilizar el viaje de Théra como excusa para romper el tratado de paz y atacar. Al haber sido destruida la flota dara por el Muro, se suponía que la alianza también había terminado.

Así que se celebró un funeral de estado por Théra, a la que se otorgó el título póstumo de Gran Princesa. Se enterró un conjunto de sus símbolos y vestidos cortesanos en una tumba vacía en el cementerio imperial, junto a la tumba vacía del emperador Ragin, cuyo cuerpo nunca fue recuperado.

Zomi, Phyro y los demás que conocían la verdad creían que Théra conseguiría llegar a Ukyu-Gondé. Su confianza se vio reforzada cuando la gran corriente oceánica trajo tortugas con un mensaje especial del otro lado del océano. Pero eso no cambiaba el problema de cómo derrotar a los lyucu en Rui y Dasu.

—… los refugiados fueron rescatados por un comerciante procedente de La Garra del Lobo en los Huevos de Gusano de Seda —continuó Phyro—. Conforme a la política imperial, los refugiados fueron atendidos en Boama, el puerto grande más cercano.

De vez en cuando, los habitantes desesperados de Rui y Dasu, incapaces de soportar la dureza del dominio lyucu, huían de las islas en balsas o en botes de pesca robados. Los lyucu patrullaban atentamente las costas de las dos islas y ejecutaban sumariamente a los huidos o, peor aún, los sometían a terribles torturas. Pero el litoral era extenso y sinuoso y resultaba imposible capturarlos a todos.

Muchos de los refugiados —tal vez la mayoría— morían cuando sus

balsas desvencijadas naufragaban en alta mar. Pero algunos conseguían alcanzar las costas de Arulugi o de la isla Grande. Una vez rescatados, se les llevaba a grandes ciudades portuarias para ser atendidos. Zomi Kidosu, la secretaria de clarividencia, recelaba de que los lyucu pudieran utilizar a estos refugiados para introducir espías —al fin y al cabo, muchos nativos colaboraban con los lyucu por codicia o por terror. Por ello se le ocurrió la idea de instalar a estos refugiados en campos aislados para poderles interrogar e investigar.

Los refugiados resultaron ser una excelente fuente para conocer las condiciones existentes en el reino sellado de Ukyu-taasa —el nombre lyucu para Dara Irredenta—, pero Zomi se dio cuenta de que esa solución temporal estaba tomando vida propia. Al estar poco familiarizada con las reglas de la lógica burocrática, no había previsto que dichos campos se convirtieran en centros de detención indefinidos. Como nadie quería responsabilizarse de liberar a un espía, los funcionarios y magistrados decidieron tratar a todos como sospechosos permanentes. Por este motivo, los refugiados languidecían durante años en estos campos de asentamiento, sin poder saber con certeza su suerte final.

No obstante, en los últimos años la cifra de refugiados que alcanzaban la propia Dara había disminuido drásticamente, y sus causas eran motivo de intensa especulación en la corte.

—Cuando se procedió a interrogar a este grupo de refugiados —dijo Phyro—, el magistrado descubrió que su líder era un hombre lyucu llamado Ofluro, casado con una mujer dara llamada Suca. No hizo ningún esfuerzo por ocultar su identidad y solicitó asilo.

Todos los miembros del círculo se inclinaron hacia adelante y algunos aguantaron la respiración. Era sumamente raro encontrar lyucu entre los refugiados. Tanvanaki prefería emplear espías nativos contra Dara, pues podían mimetizarse mejor y eran prescindibles. Cuando algún agente lyucu intentaba hacerse pasar por nativo, siempre había algo que lo delataba: su acento, alguna observación fuera de lugar o el inadecuado conocimiento de las costumbres dara.

Jia echó un vistazo a Zomi Kidosu.

Zomi se inclinó en *jiri*.

—Majestad imperial, puedo confirmar el relato del emperador. He descrito todo esto minuciosamente en el informe que presenté hace dos semanas.

Jia entrecerró los ojos. Phyro debía haberse enterado de este solicitante de asilo a través de Zomi, y Zomi había escogido deliberadamente no llamar la atención de la emperatriz sobre el asunto, enterrándolo en sus voluminosos informes de rutina.

Se volvió hacia Phyro.

—¿Por qué desea solicitar asilo?

—He hablado largo y tendido con Ofluro —dijo Phyro—. Se trata de un guerrero de alto rango, lo que llaman un naro-votan. Durante la conquista de Dara Irredenta se enamoró de una noble, la señora Suca Tiron, hija del barón de Naza. En lugar de tomarla como concubina o como esclava, decidió casarse con ella, como haría con una mujer lyucu. A consecuencia de esta decisión fue ridiculizado por los demás guerreros lyucu y poco a poco perdió la confianza y el favor de Tanvanaki y de sus thanes. Enfurecido por el tratamiento recibido, buscó solaz en el kyoffir y la tolyusa, y cometió múltiples errores en sus funciones.

—Un hombre incapaz de gobernar sus pasiones —musitó Jia—. Un borracho.

Phyro fingió no oír.

—Esto le llevó a una pérdida mayor de estatus y hace un mes se enteró de que un rival estaba conspirando para acusarlo falsamente de colaborar en una rebelión de algunos campesinos nativos en la costa septentrional de Rui. Pensó que no tenía futuro en Dara Irredenta y, en lugar de aceptar su suerte, decidió reunir un grupo de aldeanos nativos obligados a formar parte de una cuadrilla de trabajo y organizó la adquisición de un bote de pesca. Gracias a su conocimiento de las pautas de actuación de las patrullas lyucu, él y su esposa dirigieron a los refugiados para evitar la captura y navegaron hasta aquí.

—¿Y desea que le convirtamos en barón o en vizconde por este acto de valentía? —preguntó Jia, con una fría mueca de desdén.

—Todo lo contrario —dijo Phyro—. No solicita ningún título ni recompensa.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Nuestra protección, y el derecho de su mujer a recibir la parte del beneficio que le corresponde por ser hija de barón. La pareja pretende utilizar ese dinero para comprar una pequeña hacienda en Faça y mantenerse con ella.

Jia alzó las cejas.

—No es gran cosa para una demanda inicial. No debe tener mucho que ofrecer.

—No ha ofrecido nada, ni siquiera ha reclamado que se le reconozca el mérito por rescatar a los refugiados.

—Entonces está mintiendo —dijo Jia—. Si su historia fuese verdad, cosa que dudo mucho, debería tener grandes conocimientos sobre el ejército lyucu con los que podría negociar para conseguir un trato

mejor.

Phyro se quedó callado y miró a Jia con atención.

—Madre-tía, ¿entonces estás dispuesta a reconsiderar nuestra política de no agresión respecto a los lyucu?

Jia le devolvió la mirada con frialdad.

—Por supuesto que no. Pero sé lo que quieres.

Este era el núcleo del conflicto entre Jia y Phyro. Phyro defendía un ataque sorpresa contra los lyucu para liberar Dasu y Rui, mientras que Jia insistía en respetar el tratado de no agresión, sosteniendo que Dara seguía siendo demasiado débil para arriesgarse a una invasión de Ukyu-taasa —destinada al fracaso, a su juicio. Así que Phyro dedicaba su tiempo a entrenar a los garinafins y a tantear la debilidad de los lyucu, esperando la conclusión del tratado. Pero Jia daba a entender su deseo de continuar con el estado de paz indefinidamente.

Phyro asintió.

—Posee esos conocimientos, pero se ha negado a negociar con ellos. No traicionará a su pueblo revelándonos sus debilidades.

Jia se echó a reír.

—Entonces es el solicitante de asilo más ridículo que he conocido. O es un espía o es un tonto. Si no hubiéramos prohibido la tortura, diría que le torturaran hasta que revelara todo lo que sabe. De todas formas… existen otros métodos….

—Dice que se suicidará si le presionamos para que colabore —dijo Phyro—. Yo le creo.

—Yo no —dijo Jia—. Quizá deberíamos poner a prueba nuestras teorías. Pesar el pescado, como le gusta decir a la secretaria de clarividencia —dijo, echando una mirada a Zomi.

El rostro de Zomi no mostró emoción alguna.

—Eso sería una equivocación —dijo Phyro—. Creo que hay otra manera en que puede ayudarnos sin ofender su sentido del honor.

—¿Ofender su sentido del honor? —el rostro de Jia era la viva imagen de la incredulidad—. Es un lyucu.

Phyro continuó impávido.

—¿Acaso no es por honor por lo que insistes en respetar el tratado de no agresión con los lyucu? Yo no estaba de acuerdo al principio, pero al final he aceptado tu punto de vista. Los lyucu han cumplido su parte del trato.

—¡Eso es distinto! Yo insisto en mantener la paz porque es la decisión más prudente. Si no nos han atacado es porque todavía están consolidando su gobierno. Es el poder, el poder real y desnudo, lo que determina lo que se puede y lo que se debe hacer, no abstracciones vacías como el «honor».

Phyro no le miró a los ojos, sino que echó un vistazo alrededor del círculo y, con una voz llena de convicción, dijo:

—Es la injusticia lo que Ofluro desprecia. Cuando le presioné para obtener más información sobre la situación militar en Dara Irredenta, retrocedió hasta la pared y se colocó un puñal en la garganta. Yo no sabía que estuviese armado.

—Un lapso imperdonable en los procedimientos de seguridad —dijo Jia—. Decidme el nombre del magistrado que te autorizó para estar en la misma habitación que un hombre armado…

—¡No se trata de eso! —dijo Phyro, con las mejillas encendidas. Hizo un esfuerzo por calmarse—. ¿No te das cuenta, madre-tía? Podría haberme atacado en cualquier momento durante la conversación, pero no lo hizo. Había jurado que se mataría si lo presionaba más, y lo único que pidió es que tras su muerte no tratáramos mal a la señora Suca o al hijo nonato que lleva en su vientre. Esperaba que su hijo fuera tratado como cualquier otro hijo de padres dara.

—Entendemos que los hijos mestizos de padres lyucu y dara, llamados togaten en su lengua, no son bien tratados aunque se les reconozca su linaje lyucu —añadió Zomi amablemente.

—Es un hombre de honor, y ha huido de Dara Irredenta porque creía que sus hijos no tendrían oportunidades justas en esa tierra —dijo Phyro—. A pesar del maltrato recibido, no quiere traicionar a su pueblo; a pesar de pillarme con la guardia baja, no me atacó. Es un hombre en quien se puede confiar.

—O simplemente se le da muy bien manipularte —dijo Jia—. ¿Cómo puede sernos útil si se niega a revelar cualquier información?

—Él no dijo que no estuviera dispuesto a compartir *cualquier* información. Aunque no traicionará a los lyucu revelándonos asuntos de inteligencia, creo que *podemos* convencerle de que nos enseñe a luchar con garinafins. Como he mencionado en mis informes, el entrenamiento de la fuerza garinafin se ha visto obstaculizado por la falta de experiencia en el trabajo con estas criaturas. Ofluro es un experimentado jinete de garinafin; incluso la señora Suca ha aprendido a montar con él —por cierto, el hecho de que la enseñara a montar en garinafin era una de las razones por las que los demás lyucu lo despreciaban. Puede enseñarnos lo que necesitamos aprender.

—¿Por qué iba a ayudarnos de esa manera, *Rénga*? —inquirió Than Carucono—. ¿Eso no es también trabajar contra los lyucu?

—No lo sé. Es solo una corazonada —confesó Phyro—. Pero al haber estudiado a los lyucu tanto tiempo, y al haber hablado con tantos refugiados sobre sus experiencias, creo que me hago una idea de su código de honor.

—Supongo que los lobos también tienen un código de honor para matar a las ovejas —dijo Jia burlándose.

Phyro volvió a ignorarla.

—Es así… Cuando el hegemón luchó con Mocri de Gan y este cayó al suelo, no le atacó; dijo que un hombre no merece acabar su vida por una casualidad. «Puede que el mundo no sea justo, pero debemos esforzarnos para que lo sea». Si le tratamos con justicia y le confesamos que tenemos garinafins pero no sabemos cómo montarlos, considerará que ayudarnos a aprender a montar es similar a dejar a Mocri recuperar su espada, lo que permitiría un combate justo contra su pueblo.

—Oh, Hudo-*tika* —dijo Jia desesperada—. Citas anécdotas de leyendas románticas para justificar una corazonada pueril. Consideras al cruel Mata como un modelo al que emular. Bueno, si estamos con citas del pasado, déjame ofrecerte una de Poti Maji: *«Pharagirari co ri i phyphu gicaü miro pha pharagirari co ingingtho i fésgiré phyhu gidagén».* Él es lyucu; nosotros somos dara, las naturalezas no cambian.

La máxima clásica anu casi nunca se citaba en su forma traducida: *Quienes no comparten nuestra sangre nunca compartirán nuestro corazón*. La distancia lingüística de la lengua clásica hacía más tolerable el picotazo de ese grito de desesperación.

—Los sabios también dicen que, dentro de los cuatro mares, todos los hombres son hermanos. Creo que el honor es un ideal que conmueve todos los corazones, ya sean lyucu o dara. Théca Kimo luchó contra mi padre en una ocasión, pero posteriormente mi padre decidió confiar en él, y puso una cuarta parte de Dara bajo el estandarte de Dasu. Gin Mazoti combatió del lado del hegemón en una ocasión, pero cuando mi padre le confió su ejército se convirtió en el instrumento gracias al cual triunfó sobre Mata. Si trato a Ofluro con honor, no nos traicionará. Por tanto, propongo que, en lugar de confinarle en el campo de refugiados, le concedamos asilo y le hagamos entrenador jefe de garinafins en Tiro Cozo.

—¡Bravo! ¡Esa es la clase de idea *interesante* con la que el emperador Ragin habría estado encantado! —clamó Than Carucono—. Creo que la propuesta del emperador se merece una oportunidad.

Pero Doman y Mi, los dos miembros de menor antigüedad del consejo, se dieron cuenta de que la emperatriz estaba molesta por el discurso del emperador. Nada la irritaba más que el que se citaran ejemplos de Théca y de Gin, obstinados señores de la guerra que amenazaron la estabilidad y la paz de Dara. De hecho, a pesar de la contribución de Gin Mazoti en la batalla del golfo de Zathin, todavía se la seguía considerando oficialmente como una traidora al trono que

combatió a los lyucu para rebajar su castigo. Intercambiaron una mirada llena de significado y entraron en acción.

—Como presidente del Colegio de Abogados —dijo Doman—, creo mi deber aconsejar en contra de cualquier plan no probado. Una vez concedamos asilo al tal Ofluro y lo liberemos, como muestra de la confianza de la soberana, no podrá ser castigado o ejecutado posteriormente sin causar un gran daño al Trono del Diente de León. Si le revelamos la existencia de garinafins y resulta ser un espía, cometeremos un error que no se podrá enmendar.

—Como comisario jefe del circuito —dijo Mi—, creo que es mi deber comprobar las decisiones precipitadas e imprudentes. Aunque el tal Ofluro no fuese un espía, no hay ninguna garantía de que su lealtad hacia los lyucu no sea mayor que hacia nosotros y sabotee la fuerza garinafin —hizo una reverencia en *jiri* para disculparse ante Phyro—. *Rénga,* es encomiable por vuestra parte acudir con una propuesta tan osada, pero os urjo enérgicamente a reconsiderarla, y a volverla a reconsiderar.

Los demás ministros del Consejo Interno fueron ofreciendo sus opiniones, uno detrás de otro. La mayor parte estaban en contra del experimento, y varios propusieron drogar a Ofluro para extraerle tantos secretos como fuera posible sin recurrir a la tortura. Than fue la única voz en apoyar a Phyro.

Phyro miró a los ministros que se habían puesto de parte de Jia con frialdad, con una sonrisa de superioridad en la comisura de los labios. Ellos evitaron su mirada.

Solo Cogo y Zomi tenían que hablar todavía.

Jia los miró.

Cogo hizo una reverencia.

—Tanto la emperatriz como el emperador han planteado excelentes observaciones —dijo, con un tono tan inalterado como un cuenco inmóvil lleno de agua—. Mis instruidos colegas también han contemplado el asunto desde todos los ángulos posibles. Es casi imposible que yo, en mi senilidad, tenga palabras útiles que añadir.

Zomi tuvo que esforzarse para mantener la cara seria. Esta era siempre la manera de comunicarse de Cogo, excesivamente amable, escurridizo, imposible de descifrar.

Jia lo miró con furia, y su dedo índice empezó a dar golpecitos impacientes en la taza de té que sujetaba en la mano.

—No obstante —continuó Cogo—, tras escuchar tantos argumentos interesantes y persuasivos, mi deteriorada mente no puede evitar divagar por otros temas. Algo de lo dicho por este Ofluro… se me acaba de ocurrir que tal vez deberíamos expedir un bando imperial

decretando que los hijos de los refugiados tengan los mismos derechos y obligaciones que los demás súbditos del Trono del Diente de León. Ahora bien, no estoy diciendo que tengamos que hacer algo con los padres, y entiendo que entran en juego implicaciones de seguridad. Pero los niños… Me disculpo si esto parece un asunto menor; no obstante, esos niños de Dara Irredenta llevan años llegando a nuestras costas, y no podemos dejar su futuro en suspenso.

La aparente incongruencia del *non sequitur* de Cogo provocó la confusión generalizada. El primer ministro era conocido por ocultar lo que verdaderamente pensaba en medio de un laberinto de setos verbales con el fin de tener espacio para maniobrar.

Zomi caviló la sugerencia de Cogo. Muchos de los refugiados llegaban con hijos nacidos de las violaciones sistemáticas cometidas por los lyucu y había dudas sobre si los nativos de las islas principales llegarían a aceptarlos como verdaderos miembros del pueblo de Dara.

Al pensar en los jóvenes refugiados inocentes que crecían apiñados en campos de asentamiento, privados de una infancia como es debido, Zomi sintió punzadas de culpabilidad. Estaba tan centrada en las preocupaciones derivadas de la seguridad, en mantener los secretos de Dara, que se había olvidado del bienestar de estos niños, víctimas involuntarias de su propia paranoia.

—Respaldo la propuesta del primer ministro —dijo Zomi—. La misma idea de togaten, de sangre contaminada, es una barbarie que no tiene cabida en Dara. Los niños son dara, sin importar el modo en que fueron concebidos.

Los demás ministros asintieron rápidamente.

—Sí, claro, estoy de acuerdo —dijo Jia—. Prepara con el ministro de registro de hogares un borrador para emitir posteriormente una proclamación oficial con el Sello de Dara. Pero este no es realmente un asunto urgente. ¿Por qué lo sacas a colación ahora?

—Os pido mis disculpas —dijo Cogo—. En mi decrepitud, me obsesiono por cosas muy pequeñas. Y os lo agradezco en nombre de los niños…

—¿Y qué hay de la propuesta del emperador sobre la concesión de asilo a Ofluro? ¿Estás a favor o en contra? —demandó Jia.

—Si no os importa, majestad imperial, permitidme mencionar otro asunto menor —dijo Cogo. Se giró hacia la ministra de registro de hogares—. Mapha, ¿puedes recordarme los derechos de los súbditos del Trono del Diente de León proclamados por el emperador Ragin?

Mapha Ye miró al primer ministro, confusa, con los ojos desorbitados.

—Mmm… creo que los redactaste para el emperador Ragin durante

el reinado de los Cuatro Mares Plácidos…

Cogo Yelu se rio por lo bajo.

—Bueno, mi memoria no es la que solía ser.

Mapha tragó saliva y empezó a contar con los dedos.

—Mmm… primero, nadie será sometido a reclutamiento forzoso; todo trabajo exigido por el estado será recompensado; segundo, nadie puede ser castigado por hablar contra los funcionarios o contra la corte, mientras sus palabras no constituyan un acto de traición; tercero, nadie puede ser obligado a pagar un impuesto sin el correspondiente recibo del recaudador, que podrá ser verificado con el magistrado local; cuarto, no se puede impedir a nadie el derecho a viajar o instalarse en cualquier lugar de Dara, mientras no esté acusado de un delito…

—Oh, eso es. ¡A ese me refiero! —dijo Cogo con entusiasmo—. La libertad de movimiento era muy importante para el emperador Ragin, porque quería que todos los súbditos se consideraran parte del pueblo de Dara, y no de Xana, Cocru, Faça, etcétera.

—Sí, y así se promueve el flujo de ideas y de bienes —dijo Mapha —. He leído tus comentarios sobre este punto…

La proclamación de los Derechos de los Súbditos fue una creación de Cogo. El artículo relativo a la libertad de movimientos, sin embargo, había sido fruto de la insistencia de Kuni. Al haber comprendido los beneficios de la integración de los antiguos estados Tiro que acometió Mapidéré, quiso asegurar su continuación durante su reinado y, al otorgar a la gente el derecho a expresar su voluntad con los pies, pretendía proporcionar un mecanismo de control sobre el poder de los nobles con feudos y los gobernadores ambiciosos, que de lo contrario podrían implementar políticas opresivas atando a la gente a su tierra.

Un ceño apareció en el rostro de Jia. Por fin comprendía adónde quería llegar Cogo. Pero ya había aceptado su propuesta original sobre los niños y, una vez que la soberana hablaba, sus palabras eran ley. No podía desdecirse sin dañar su autoridad.

—Como los hijos de los refugiados tienen ahora plena libertad de movimientos por toda Dara —dijo Cogo sin alterar la voz—, a menos que se les acuse de algún delito, sería del todo inadecuado confinarlos en campos de asentamiento. ¿Estoy en lo cierto?

Zomi y Phyro intercambiaron una mirada y, aunque Phyro parecía perdido, Zomi sonrió de forma casi imperceptible.

A estas alturas, la posibilidad de que cualquiera de los refugiados que llevaban años en los campos fuera un espía lyucu era prácticamente nula. Pero, además de los excesivamente precavidos

administradores de los campos, había otras dificultades que se interponían en el modo de liberarlos e integrarlos en las comunidades locales. Como muchos eran originarios de la antigua Xana, persistían los prejuicios contra ellos en las islas principales, cuyos habitantes habían sufrido mucho bajo su conquista. Y, una vez liberados, a los magistrados y a los ancianos locales les preocupaba la competencia por los salarios que podrían crear con los trabajadores locales y los agricultores arrendatarios. Por eso los campos de refugiados eran una patata caliente que ningún funcionario quería coger.

—Por supuesto —dijo Mapha Ye—. Me pondré manos a la obra para liberarlos de los campos. Pero… primer ministro, los niños todavía son menores, eh…

—Ah, ya veo lo que quieres decir —dijo Cogo, arrugando la frente como si intentara resolver un difícil enigma—. Sería muy injusto y contrario a los principios del moralismo separar a los niños de sus padres. De hecho, sería una traición al espíritu de la proclamación de la emperatriz liberar a los niños y dejar confinados a los padres, ¿no crees?

—Mmm… ¿sí? Pero…

—Si pensaras que la única solución es liberar también a los padres para que se hagan cargo de sus hijos, supongo que tendría que aceptarlo —dijo Cogo—. Después de todo, los padres han sido investigados durante años y no hay cargos criminales contra ellos. Supongo que para cumplir con la intención de la proclamación imperial de la emperatriz deberíamos garantizarles el mismo estatus que a sus hijos, para que el papeleo sea el adecuado.

—Los padres… —Mapha Ye miró a Zomi con expresión de impotencia.

Zomi estaba ahora en completa sintonía con Cogo.

—Hace tiempo defendí la idea de mantener a los refugiados aislados para capturar a los espías y recopilar información de inteligencia sobre los lyucu, pero una vez que han vivido un tiempo en los campos y les hemos preguntado todo lo que podemos, mantenerlos confinados cada vez tiene menor valor. Creo que la propuesta del primer ministro es sólida y muy en consonancia con el espíritu de la proclamación imperial.

—Gracias, secretaria Kidosu —dijo Cogo.

Zomi asintió en reconocimiento. A veces era necesario un movimiento inesperado para salir de un punto muerto. Una vez establecido el principio de que los refugiados debían ser tratados como súbditos de pleno derecho del trono, tras las necesarias investigaciones, los magistrados y funcionarios ya no tendrían excusas

para mantenerlos confinados indefinidamente. Cogo se las había arreglado para corregir un error que Zomi cometió hace años cuando estableció los campos.

Y lo había logrado enredando a la emperatriz para que reconociera el estatus de los niños, antes de ser plenamente consciente de sus implicaciones. Era la clase de maniobra legalista en la que destacaba Cogo, y que Zomi todavía estaba aprendiendo.

Jia estaba furiosa, pero no dijo nada.

—Pero volviendo a la propuesta del emperador —dijo Cogo en tono meditativo—, realmente no tengo ningún consejo sabio que aportar. Mantengamos confinado a este Ofluro y retrasemos la decisión sobre su petición de asilo hasta que logremos alcanzar un consenso. Al fin y al cabo…

—Quieres decir hasta que nazca su hijo —dijo Jia, que ya no podía controlar su irritación—. Deja que te ahorre algunas palabras. En ese momento, según nuestra propia proclamación, el bebé ya no podría seguir confinado, lo que significa que sus padres no podrían seguir confinados, por lo que la cuestión del asilo pierde relevancia.

Cogo se inclinó en una reverencia.

—Su majestad imperial siempre piensa veinte pasos por delante de vuestro tonto servidor…

Jia le interrumpió.

—¿Te resulta realmente imposible, Cogo, decir sencillamente lo que piensas de vez en cuando?

Cogo mantuvo la cabeza baja y no dijo nada.

Los ministros del Consejo Interno, al notar que la emperatriz y el primer ministro habían logrado un consenso, comenzaron a colmar de efusivos elogios la proclamación imperial.

—¡Esta es la clase de compasión valerosa de la que hablaban los sabios anu!

—Siempre he dicho que deberíamos ser más empáticos con los lyucu que renuncian a la oscuridad por la luz…

—¡Si el maestro Zato Ruthi estuviera vivo! Seguro que hubiera aprobado tal despliegue de compasión moralista. «Prestad atención a las enseñanzas de Kon Fiji», decía siempre. «Responded a las flechas de nuestros enemigos con más amor». La emperatriz muestra…

Zomi no escuchaba ni participaba en este coro de teatro político. Asentía para sus adentros y admiraba la elegancia de la solución de Cogo. La concesión de asilo a un combatiente enemigo era un acto político excepcional. La manera en que Phyro había planteado este caso lo había convertido en un combate de voluntades entre Jia y él, un duelo de soberanos.

Pero Cogo había resuelto la crisis estableciendo un procedimiento por el cual *cualquier* refugiado de Ukyu-taasa podía convertirse en súbdito de pleno derecho del Trono del Diente de León, tras la correspondiente investigación. Aunque el caso de Ofluro, un desertor lyucu, era extraordinario, Cogo había logrado subsumirlo bajo una categoría general —la de los padres de hijos menores dara— protegida por la propia proclamación de la emperatriz. De esta manera, distendió la tensión y permitió a Jia mantener el control (o al menos la apariencia de control), al tiempo que daba al emperador lo que deseaba.

Zomi miró a Phyro, que parecía aburrido de todas estas maniobras políticas. Suspiró en silencio. Realmente, el emperador aún no estaba preparado.

Jia levantó las manos para acallar el balbuceo de los ministros.

—Zomi, puedes participar también en la redacción de la proclamación, ya que fuiste la que estableciste los campos. Deberías incluir asimismo a los refugiados que no tienen hijos menores; sería insensible negarles indefinidamente la libertad basándonos en esa distinción. Pero asegúrate de elaborar un procedimiento de investigación fiable.

—Como deseéis, majestad imperial —dijo Zomi.

Jia prosiguió:

—Haced que interroguen a Ofluro y a su mujer por separado para confirmar las impresiones del emperador. Interrogad también a otros refugiados para comprobar que no existan discrepancias en sus relatos. Si no descubrís nada sospechoso después de los interrogatorios, liberadles del campo de Boama y que se incorporen como súbditos libres al Trono del Diente de León. Si Phyro les convence entonces de que colaboren en el campo de entrenamiento, que así sea. El emperador está al mando del entrenamiento de la fuerza garinafin y suya es la responsabilidad por su personal, para bien o para mal.

Todos se inclinaron en reverencias. Phyro lanzó una mirada de agradecimiento a Zomi. Zomi intentó dirigir su mirada hacia Cogo, pero Phyro miró hacia otro lado con desdén.

La sesión del Consejo Interno estaba a punto de terminar. Mientras todos se levantaban e iban saliendo en fila, Jia pidió a Zomi que se quedara.

Esperaron hasta que la cámara quedó desierta, salvo por ellas dos.

—Cuando interroguess a los refugiados, hay un tema al que quiero que prestes especial atención —dijo Jia—. El número de refugiados de Dara Irredenta se ha reducido drásticamente en los últimos años. A

ver si consigues saber por qué.

—Ya he estado ocupándome de esa cuestión —dijo Zomi—. Es posible que los lyucu hayan mejorado mucho a la hora de capturar a quienes escapan.

—Eso es poco probable, dada la experiencia de este Ofluro. Él consiguió evadir su captura con un grupo de campesinos inexpertos como tripulación.

Zomi asintió.

—Entonces la otra posibilidad es que el número de personas que pretenden escapar haya disminuido.

—Lo que significaría que los lyucu están consolidando su control sobre la población de Rui y Dasu.

Ambas se mantuvieron en silencio unos momentos. La idea de que los lyucu hubieran logrado afianzarse en las islas conquistadas era la peor posibilidad de todas. En años anteriores, el flujo constante de refugiados aportó relatos de repetidas rebeliones y represión brutal, lo que indicaba un régimen inseguro. Pero si Tanvanaki había descubierto la manera de trabajar con las élites locales para controlar a la población de las islas, eso suponía un peligro mucho mayor para Dara en el futuro.

—¡Si hubiera algún modo de conseguir más información de lo que está pasando en Kriphi! —Zomi apretó los puños—. Los refugiados no pueden contar gran cosa, pues no entran en la Gran Tienda lyucu. Y este Ofluro, aunque estuviera dispuesto a cooperar, no sabría mucho al haber perdido el favor de la corte de Dara Irredenta…

—Tal vez haya llegado el momento de adoptar una postura más activa…

La discusión continuó durante algún tiempo, y en varias ocasiones Zomi descartó las demandas de la emperatriz. Al final se pusieron de acuerdo en un plan que, como gran parte del trabajo de la secretaría de clarividencia, se mantendría en las sombras.

Cuando Zomi estaba a punto de abandonar la cámara del consejo, Jia la reclamó una vez más.

—Sé que Théra te pidió que ayudaras a Phyro.

Zomi se detuvo sin darse la vuelta.

—Pero también juraste servir al Trono del Diente de León cuando te convertiste en funcionaria del estado. Ese trono está vacío por el momento, y su ocupante nominal está demasiado ocupado con la venganza y la gloria marcial para poder sobrellevar adecuadamente la carga que Théra le traspasó. Hasta que aprenda lo que tiene que aprender, yo sostengo el Sello de Dara. Harías bien en recordarlo.

Todavía mirando hacia otro lado, Zomi se puso rígida. Hizo lo

posible por componer su rostro.

—No me he olvidado del pueblo de Dasu y Rui —un indicio de debilidad se coló en la voz de Jia, pero desapareció al momento—. Pero la impaciencia de Phyro por hacer la guerra no es la respuesta. La guerra no es un juego de *zamaki* o de *cüpa*. Dara necesita paz por encima de todo.

Tras un instante, Zomi asintió a regañadientes.

—Una última cosa. En el futuro prepara un resumen de una página para los puntos más importantes de tus informes.

La emperatriz dio un sorbo de su té.

Zomi se marchó.

Honor y confianza.

Al igual que el pobre Zato Ruthi, Phyro y los moralistas piensan que la bondad es honorable y la ingenuidad es confianza. Puede que tenga el valor de iniciar una guerra, pero carece de la comprensión de lo que eso significa, o de la resolución para acabarla.

Entonces, mejor que no haya guerra.

Por eso no puedo contar la verdad a nadie; por eso debo trabajar sola.

Si supieran lo que realmente me propongo, harían todo lo que está en su poder para detenerme. Pero no hay lugar para la piedad y la duda cuando blandes la Gracia de los Reyes, ni cuando Kuni suspiró en la costa septentrional del Liru, ni cuando yo estuve sobre la Torre que Mira a la Luna.

Phyro encontró a Fara en la cámara oscura.

—¿Ya te vas? Tenía la esperanza de que pudieras quedarte unos días esta vez. Aya y yo íbamos a llevarte a nuestro nuevo restaurante favorito de cocina de Dasu. Y yo iba a enseñarte mi nuevo juego; siempre te ríes con mis bromas.

Phyro se rio entre dientes.

—Intentaré volver para el Año Nuevo. Pero he conseguido lo que quería. Hay mucho que hacer allá en Tiro Cozo.

—¿Ni siquiera pasarás la noche para poder cenar conmigo y con madre-tía? Dije en cocina que prepararan un menú especial que había pensado.

El rostro de Phyro se endureció.

—Una comida con ella sería una tortura. Preferiría tomar la sopa de barro que preparabas cuando tenías cuatro años… con gusanos vivos.

—¡Pero necesitas pasar tiempo con ella! Al menos haz como que la respetas. ¿No has oído los rumores sobre Gimoto?

Phyro enarcó una ceja.

—¿Desde cuándo te importa la política?

—¿De verdad crees que sigo siendo la niña pequeña que siempre se quedaba atrás cuando los tres queríais salir en busca de aventuras? —el rostro de Fara enrojeció—. Puede que me pase el día cantando, pintando y tocando la cítara, pero he crecido en palacio. También soy hija de la Casa del Diente de León.

Phyro miró a su hermanita con cariño y un respeto recién descubierto.

—No te preocupes por Gimoto. Sé lo que estoy haciendo.

—¡No, no lo sabes! —Fara miró alrededor para comprobar que estaban solos—. El mes pasado un miembro del Colegio de Abogados presentó un informe en el que describía todas las razones por las cuales un regente puede decidir designar un heredero distinto al que se supone que debe ayudar. Estaba lleno de citas engañosas de Kon Fiji y Poti Maji. Había hasta una cita de Lügo Crupo, el desleal usurpador, como si poseyera algún tipo de autoridad moral.

—El maestro Zato Ruthi se revolvería en su tumba si supiera el mal uso que se hace de sus amados sabios.

—¡No es una broma! El informe estaba formulado como un puro experimento mental, pero es evidente que pretendía tantear el terreno. ¿Y sabes qué? En lugar de multitud de respuestas desacreditando la falsa lógica y el uso inapropiado de la autoridad, no hubo nada. Nadie dio su opinión. Ni siquiera el tío Cogo.

—A lo mejor nadie pensó que un informe tan estúpido merecía una respuesta.

—No te hagas el tonto conmigo. Nadie respondió porque parece que a ti no te importa. Nunca estás en Pan, y madre-tía lo dirige todo sin tus aportaciones…

—Nunca tuvo en cuenta mis aportaciones…

—¡No puedes rendirte! Si regresas a palacio, haces el papel de hijo responsable, aprendes a gobernar y poco a poco vas construyendo una red de apoyos en la corte, no se atreverá a sustituirte por Gimoto. ¿No te das cuenta? Tus enemigos intentan fabricar un relato sobre ti, una historia falsa en la que eres el príncipe disoluto inadecuado para gobernar. Pero puedes combatirla con una historia sobre la persona que realmente eres.

—Que digan lo que quieran. No me preocupan las historias.

—¡No! ¡Las historias importan! Padre y madre-tía decían que ser emperador se parece mucho a estar en una representación, y las buenas representaciones cuentan buenas historias. Son las historias lo que conmueve el corazón de la gente, mucho después de que los hechos y las cifras se hayan desvanecido. Tú eres el legítimo heredero, y no hay mejor historia que el retorno de un buen emperador.

Tendrías una marea de apoyos si accedieras a hacerlo en lugar de darte de cabezazos con ella como haces.

Phyro respiró profundamente. Dio un paso atrás y se inclinó ante su hermana.

—Ada-*tika*, siento haberte subestimado. A veces es difícil para un hermano mayor aceptar que su hermanita ha crecido. Tu consejo es razonable, pero no es un sendero que yo pueda tomar.

—*Tienes* que…

—¡No! ¿Cómo puedo pensar en asuntos insignificantes como los chismorreos de los ministros y las habladurías de abogados de tres al cuarto cuando las gentes de Dasu y Rui están esclavizadas por los lyucu? ¿Cuando Théra anda por ahí sola, más allá del Muro de las Tormentas, luchando por la propia suerte de nuestro pueblo? ¿Cuando Timu es una marioneta allí en Kriphi, hechizado por esa mujer bárbara? ¿Cuando los asesinos responsables de la muerte de nuestro padre se sientan confortablemente y engordan gracias a nuestros tributos? Se supone que un emperador de Dara debe luchar por su pueblo…

—Pero ¿cómo puedes luchar si ya no eres el emperador? *Tienes* que preocuparte por ello.

—No, lo has entendido al revés. Padre ganó su imperio por la espada, y solo mediante la espada se puede sostener el imperio y salvar al pueblo de Dara. Madre-tía nunca entendió que lo primero es la lucha. Como carece de espíritu de lucha, desprecia a los hombres y mujeres que *hacen* en lugar de *hablar*. Deja que ella se preocupe por los burócratas, los impuestos, por los rancios eruditos consentidos y los príncipes cobardes. Mientras cuente con el respaldo del ejército, *yo soy* el emperador.

—No hables así —dijo Fara sacudiendo la cabeza—. No.

—No entiende de honor, ni de confianza, ni de lealtad. Sin embargo, esas son las bases de una fuerza de combate, de un ejército invencible. Tía Gin me lo enseñó, y nunca he creído que se rebelara de verdad. Nuestra madre-tía trama y conspira, pero, en último término, no es nada frente a un ejército conmigo a la cabeza. ¡Nada!

—¡Ya basta! —Fara se tapó los oídos—. ¡Ya basta!

Se escuchó una tos discreta por detrás de la formación rocosa que representaba «Arulugi».

Los hermanos interrumpieron su conversación. Una mujer mayor con el pelo blanco como la nieve dio la vuelta a la formación rocosa y se acercó a la cabaña.

—¡Tía Soto! —dijo Phyro. Soto había sido su aya-tutora y la de sus hermanos, y cuando se hicieron mayores se quedó en palacio como

amiga y confidente de Jia. Como no sabía cuánto de la conversación entre Fara y él había llegado a escuchar, se puso nervioso—. Yo… disculpa que no pasara a visitarte. Tenía… tengo prisa.

—Los niños van donde quieren —dijo Soto sonriente—. Oí que estabas en Pan, pero me figuré que no te quedarías mucho. Menos mal que las Aletas de Dyran me acaban de decir que habías ido hacia el jardín.

Phyro entendió el comentario como lo que era: un aviso de que necesitaba vigilar lo que decía porque los ojos de la emperatriz estaban por todas partes. De forma espontánea, se acercó a Soto y le dio un fuerte abrazo, como solía hacer de pequeño.

Soto le dio unas palmaditas, como solía hacer también cuando era pequeño y necesitaba consuelo tras una pelea con Timu o tras rasparse la rodilla practicando con su espada. Pero ahora era tan alto que solo le alcanzaba a mitad de la espalda.

—Sé que ya no eres un niño, Hudo-*tika*, pero… por amor a tu difunta madre, escucha lo que tengo que decir.

Phyro se retiró y asintió con solemnidad.

—He conocido a tu padre, a tu madre y a tu madre-tía durante mucho más tiempo que tú —dijo Soto—. Nuestras experiencias nos van cambiando, y Jia pasó por cosas durante las guerras de Kuni que la cambiaron.

—¿Mi madre-tía te ha pedido que vengas a convencerme de que sea una marioneta obediente? —preguntó Phyro, casi con desprecio—. Las diferencias entre nosotros no son personales, son sobre el futuro de Dara.

Soto suspiró.

—Supongo que debería haber imaginado que los dos estaríais enfadados conmigo. Ni siquiera has querido verme hoy, sabiendo que iba a interceder por ti. Y ahora me gritas como si estuvieras regañando a una criada.

—¡Tía Soto, discúlpame! —Phyro se arrodilló ante ella—. No… debería haberte faltado al respeto. Te escucho.

Soto asintió.

—Jia y tú… está bien, deja que me centre en tus ideas sobre la guerra. Tu madre-tía fue testigo de cómo afecta la guerra a la gente corriente cuando estuvo cautiva del hegemón, desde la perspectiva de alguien sin poder para contraatacar ni para dirigir su propio destino. Ella no es ninguna cobarde, pero su recelo de los ejércitos, de los señores de la guerra y de los grandes señores que proclaman la guerra como respuesta debe entenderse desde ese punto de vista.

Phyro hizo ademán de hablar, pero Soto alzó una mano para

detenerlo.

—Tú admiras a mi sobrino; admiras a Gin. Ambos lucharon por grandes ideales. Pero matar es algo terrible, y cada vez que matas a alguien, un poco de ti muere. En nuestras leyendas, decimos que son grandes aquellos que matan a miles, a cientos de miles, incluso a millones, pero a menudo no son más que caparazones vacíos, cadáveres vivientes en los que proyectamos nuestras fantasías sobre el heroísmo y la nobleza. Yo sé cómo transformó a mi sobrino la obsesión por la venganza y el heroísmo; no creo que eso sea lo que tu madre querría para ti.

Phyro no la contestó, pero tampoco le sostuvo la mirada, sino que miró desafiante al suelo. Cuando quedó claro que Soto había terminado, él la saludó con una rígida reverencia.

—Agradezco tus enseñanzas, señora Soto.

Luego se giró hacia Fara.

—Adiós, Ada-*tika*. —Y a grandes pasos se dirigió hacia el Muro de la Tranquilidad, aunque él no lo parecía en absoluto.

—¿Crees que te hará caso? —preguntó Fara.

Soto suspiró y no respondió.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ESPÍAS

KRIPHI, CAPITAL DE UKYU-TAASA: OCTAVO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (CONOCIDO EN DARA COMO EL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS)

Entre todas las capitales de los antiguos estados Tiro, Kriphi siempre tuvo la reputación de ser la menos impresionante. Carecía de la vivacidad cosmopolita de la comercial Toaza de Gan y del peso de la historia que podía sentirse en cada adoquín y en cada teja de Çaruza, en Cocru. No tenía los impresionantes acantilados como torres de Boama, que se alzan imponentes sobre la famosa niebla de Faça, como naves en un mar de nubes, ni las exóticas calles pavimentadas con madera de sándalo y piedra pómez de Na Thion, bordeadas por santuarios en honor a los legendarios armeros y héroes de Rima. En conocimiento, nada se podía comparar a las antiguas academias y los modernos laboratorios de la noble Ginpen de Han, y en belleza, palidecía frente a los etéreos chapiteles y puentes colgantes de cuerda de Müning, en Amu, tan gráciles como danzarinas saltando entre las islas flotantes del lago Toyemotika.

Lo que sí tenía, no obstante, era una gran abundancia de aves.

El conjunto de humedales que rodeaba la ciudad, de agua dulce y salada, proporcionaba gran cantidad de lugares para la anidación a grullas y gansos migratorios. Los bosques de ladera del norte, vedados a los plebeyos durante generaciones al ser reserva real de caza, hacían alarde de faisanes de triple cresta y de una amplia variedad de pájaros cantores y aves de caza. Incluso la misma ciudad, repleta de casas de piedra con largos y curvos aleros colgantes, ofrecía a gorriones y palomas tantos lugares para anidar como cualquier acantilado incrustado de guano.

Por todo eso, y porque Kiji, patrón de la antigua Xana, era también el señor de las aves, los plebeyos tenían prohibido matar aves salvajes. A pesar de la sucesión de reyes, gobernadores y pékyus que habitaron el palacio situado en la esquina noroccidental de la ciudad, el tabú contra la caza de aves había persistido sin cambios y la tribu alada continuaba progresando en Kriphi y alrededores. De hecho, la Torre Mingén situada en el centro del extenso palacio, construida con

bloques de piedra toscamente tallados para asemejar una escarpada montaña más que un castillo, albergaba los nidos de muchas familias de rapaces.

Uno de estos halcones, un macho que hace tiempo había superado la plenitud de la vida, ahora se lanzaba en picado sobre un puesto de pescado del mercado occidental, en pleno centro de la ciudad. Con un prolongado chillido, agarró una pequeña caballa de la bandeja con hielo y volvió a remontar el vuelo. La pescadera dio un grito y agitó su puño al ladrón, pero no pudo hacer nada.

—Que la ofrenda al Señor Kiji te traiga buena suerte —dijo uno de los divertidos espectadores.

—¿Qué tal si me compras algo de pescado en lugar de mirar embobado? —dijo la pescadera mirándole con furia—. *Esa* es la clase de buena suerte que necesito.

El halcón ganó altura con vigorosas batidas de alas, cargando con facilidad el peso del pequeño pez. Por supuesto, la caballa del puesto de pescado no estaba tan fresca ni era tan sabrosa como un pez vivo, pero a su edad una captura segura era preferible al riesgo de romperse un ala o una garra al sumergirse en el gélido mar.

Mientras el halcón atrapaba el viento y planeaba hacia el sur contempló bajo sus alas el laberinto de estrechas calles empedradas que se abrían paso entre casas y bloques de apartamentos comprimidos. En algunas zonas de la ciudad, los viejos edificios de piedra habían sido reemplazados por campos de tiendas blancas. El halcón recordaba cuando aparecieron de repente en su juventud, hacía siete u ocho años, como los rodales de setas que brotan en los bosques tras las lluvias de primavera. En estas tiendas anidaba un nuevo tipo de personas que vestía de forma diferente a quienes ya vivían en Kriphi. El halcón no estaba completamente seguro de cuál era exactamente la diferencia, solo que tenía que desconfiar de ellos, pues algunos habían intentado atacarlos con hondas, algo desconocido entre los clanes de halcones de Kriphi.

El halcón cruzó por encima de la muralla suroriental de la ciudad y dio un giro ancho y prolongado sobre el mar. Por debajo podía ver un nuevo añadido a Kriphi, que también habían creado los moradores de las tiendas. De la costa partía un largo puente flotante que penetraba en la bahía y acababa en un cuadrado formado por cuatro largos muelles flotantes. El interior del cuadrado estaba atravesado por más muelles flotantes, formando una ciudad en miniatura que se mecía suavemente sobre las olas.

Hoy había una abertura en uno de los lados del gran cuadrado y una flota de cinco barcos atracados en el interior de la ciudad flotante.

Filas de humanos se congregaban sobre los muelles, descargando sacos y cajas que luego transportaban a lo largo del puente flotante hasta la costa. La escena recordaba a un enjambre de hormigas llevando comida a la colonia.

El halcón giró hacia el norte y voló de regreso al palacio y a la Torre Mingén, donde disfrutaría de su caballa para luego echar una siesta, sin preocuparse por los asuntos de los humanos que compartían esta ciudad con él.

Sobre el muelle flotante, junto a uno de los barcos atracados, había un hombre y una mujer vigilando el proceso de descarga.

Noda Mi, Primer Palafrenero de Garinafins del Pékyu, Sabueso Leal de los lyucu, duque del golfo de Zathin y viceministro de asuntos nativos, observaba fijamente la flota procedente de la isla Grande y volvía a cuestionarse si había tomado la decisión correcta hace ocho años, cuando traicionó a la mariscal Gin Mazoti en el último momento y salvó la vida de Tanvanaki, uniéndose de ese modo a la fuerza lyucu que ocupó Rui y Dasu. Por supuesto que había acumulado riqueza y mujeres, pero ¿era eso todo lo que se le podía pedir a la vida?

—Muy distinguido ministro —dijo la emisaria de la Dara no ocupada, la señora Ragi, inclinándose en *jiri*—, confío en que el inventario de bienes sea satisfactorio.

Tras el punto muerto que se produjo después de la batalla del golfo de Zathin, Tanvanaki consiguió obtener de la emperatriz Jia la promesa de un tributo regular de alimentos y otros bienes, a cambio de la promesa de no invadir el resto de Dara en diez años. La flota con el tributo llegaba desde la isla Grande cuatro veces al año con un cargamento de granos, carne, seda y fardos de tela. En los últimos años, Tanvanaki había incorporado a la lista de demandas productos lacados, cerámicas, utensilios de cocina y toda una serie de artículos manufacturados. Temerosa de una invasión lyucu, la emperatriz siempre había obedecido.

No obstante, con el fin de sentirse mejor —Noda no podía ocultar una sonrisa desdeñosa cuando lo pensaba—, Jia denominaba a estas flotas con tributos «misiones comerciales», y los lyucu le seguían el juego encantados, enviando de vuelta en esos mismos barcos unos cuantos cajones con pieles de ganado, cuernos, fardos de tendones y otras materias primas similares procedentes de su ganado, a cambio de exorbitantes cantidades de oro y plata.

—La mercancía está en orden —dijo Noda—. El pueblo de Ukyu-taasa está satisfecho con estos regalos. Por favor, transmitid los saludos del emperador Thaké y Pékyu Vadyu a la emperatriz Jia y al emperador Monadétu.

—Muy honorable duque, me aseguraré de comunicar el mensaje.

Noda se ruborizó al creer detectar un ápice de burla en la manera en que la señora Ragi pronunció la palabra «honorable», pero no pudo enfadarse realmente con ella. Se sintió secretamente aliviado de que no hubiera usado toda su retahíla de títulos. De haberlo hecho, habría tenido que sufrir la humillación sin quejarse, puesto que había dos thanes lyucu detrás de él para observar la conversación, y no podía permitirse mostrar ningún disgusto por ser llamado perro faldero de los lyucu y limpiador de estiércol de garinafin. Ni siquiera ahora, después de ocho años, estaba seguro de si Tanvanaki le había otorgado esos títulos creyendo verdaderamente que eran elogiosos o para burlarse de sus tornadizas lealtades.

La señora Ragi continuó.

—La emperatriz también se interesa por la salud y el bienestar de sus nietos.

—Los pékyus-taasa poseen fuertes miembros y un corazón robusto —dijo Noda, recitando la respuesta formularia con escasa convicción.

—La emperatriz extiende de nuevo la invitación para que el joven príncipe y la joven princesa visiten a su familia —dijo la señora Ragi.

Noda maldijo en silencio. La señora Ragi era nueva en estas lides. Había sido elegida para encabezar la misión tributaria cuando el antiguo emisario cayó enfermo, y la mujer estaba aparentemente decidida a enumerar la lista completa de consabidas demandas de Jia. Tras años de repetidos rechazos, los otros emisarios de la Dara no ocupada habían aprendido a saltarse la danza diplomática sin sentido e ir al grano. Tendría que enseñarla.

—La pékyu responde que los pékyus-taasa están muy ocupados con sus estudios y no pueden emprender un viaje tan largo —dijo Noda. *Como si la pékyu fuera a permitir a la taimada Jia poner sus manos sobre los niños, símbolos de la legitimidad del gobierno lyucu en Dara. Sería fácil que los jóvenes príncipe y princesa fueran a «visitar» a su abuela, pero ¿quién sabe si volverían?*—. Sé que el tiempo de la distinguida emisaria es muy preciado…

Ragi se negó a darse por aludida.

—Pero la emperatriz ha reunido a muchos eruditos de profundos conocimientos para los jóvenes príncipes. Seguramente un viaje así incrementaría la educación…

El tira y afloja duró por algún tiempo. Los thanes detrás de Noda andaban inquietos e impacientes, y aclararon sus gargantas. El rostro de Noda se puso tenso.

—Señora Ragi, se hace tarde.

—Ah —dijo esta, echando un vistazo a la posición del sol, como si

de pronto se diera cuenta de la hora—. Lo siento. Pero tengo que asegurarme de que transmito los mensajes de la emperatriz correctamente. Bueno, supongo que ha llegado la hora de que me retire, pues mañana nos espera un largo viaje. Adiós…

—¡Esperad! —dijo Noda Mi. *¿Nadie te ha explicado cómo funciona esto?*—. Siento sacar este tema, pero tengo que inspeccionar los barcos para comprobar que no haya ningún artículo de contrabando.

—Ah, por supuesto —dijo la señora Ragi—. ¿Por qué no subís a bordo y hacéis la inspección ahora mismo? Para compensaros por vuestro trabajo extra, ¿me permitirías ser vuestra anfitriona e invitaros a cenar, y así podríamos discutir con más detalle las demandas de la emperatriz? —miró expectante a los dos thanes lyucu situados detrás de Noda—. Estos honorables señores también están invitados…

Los thanes lyucu sacudieron la cabeza con energía. Actuaban como si seguir escuchando la insípida diplomacia de esta pareja durante otra hora fuese una auténtica tortura.

La señora Ragi se colocó junto a la rampa de desembarco e hizo un gesto de invitación a Noda, guiñándole un ojo cuando pensó que los thanes lyucu no la vigilaban.

Al fin Noda se relajó. *Lo ha entendido*.

Equipos de jornaleros nativos bajo la mirada vigilante de guardias lyucu y nativos transportaban las cajas desde la flota hasta el almacén, una gran estructura situada al final del puente flotante. Algunas eran tan pesadas que se necesitaba todo un equipo para cargarlas, mediante una larga pértiga llevada sobre los hombros con la que repartir el peso uniformemente.

Tan pronto como Noda Mi y la señora Ragi subieron al barco dara, uno de los thanes lyucu miró a la fila de jornaleros y dio un silbido bajo pero estridente.

Uno de los trabajadores del último equipo que cargaba un gran bulto con una pértiga se puso tenso. Susurró algo a sus compañeros y se escabulló de su puesto en un extremo de la pértiga. El resto del equipo continuó, como si no notara su ausencia. Mientras la columna de jornaleros seguía su marcha, se situó al borde del puente flotante de cara al agua, plantó con firmeza sus piernas y se aflojó el cordón que le ataba los pantalones a la cintura.

Los guardias lyucu se echaron a reír y le señalaron. Los guardias nativos siguieron su ejemplo.

La cara del jornalero se puso roja mientras dedicaba una sonrisa lisonjera y nerviosa a los guardias. Luego se dio la vuelta, se puso en cuclillas y se bajó los pantalones para que su culo quedara sobre el

agua.

Los lyucu se echaron a reír con más fuerza.

El alboroto llamó la atención de los centinelas dara de los barcos, que se juntaron en la borda para mirar al hombre humillado. Algunos se unieron a los abucheos de los guardias lyucu. Otros permanecieron en silencio, furiosos por el modo en que los lyucu humillaban a un compatriota dara. ¿Ni siquiera les autorizaban a hacer una pausa para ir al retrete?

Mientras la atención general estaba puesta en el espectáculo ofrecido en mitad del puente flotante, una figura se lanzó silenciosamente al agua en el extremo opuesto del cuadrado de muelles flotantes al que estaba anclada la flota. Con apenas un ligero *splash*, la figura echó a nadar silenciosa y rápidamente hacia los barcos dara.

—No deberíais haberos molestado con tanta alharaca —dijo Noda Mi al tiempo que rellenaba dos copas de una botella de vino de ciruelas —. Esos dos thanes lyucu están al tanto.

—Prefiero ser cautelosa, ya que es mi primera misión como emisaria a la Dara ocupada —dijo la señora Ragi.

Se hallaban sentados sobre un banco corrido a lo largo de la pared y la mesa baja que les separaba estaba repleta de platillos con exquisiteces cocinadas siguiendo las recetas del palacio de Pan: brotes de bambú salteados con salsa de pescado, buñuelos de cerdo servidos con pasta de sésamo, sopa de semillas de loto condimentada con ocho clases de frutos secos —uno por cada uno de los dioses de Dara— y así sucesivamente. La emisaria de la Corte del Diente de León viajaba con estilo.

Noda Mi vació su copa y eructó con fuerza.

—Oh, es realmente excelente. Es imposible encontrar un vino tan bueno aquí en Ukyu-taasa. Si no me equivoco, ¿esta cosecha es de la época del reinado de Un Cielo Luminoso?

—Veo que sois un verdadero entendido, muy honorable duque. Del año décimo cuarto del reinado de Un Cielo Luminoso, para ser exactos.

Noda Mi y la señora Ragi se sentaban relajados en *géüpa,* como si fueran realmente viejos amigos. Mientras contemplaba las curvas bien proporcionadas de la señora Ragi, seductoramente remarcadas por el corpiño ajustado de su vestido, y sus hermosos rasgos, sintió la necesidad de adoptar la postura de *thakrido* para mostrar que estaba interesado por ella. Pero entonces lo pensó mejor. *Antes es la obligación que la devoción.*

—Entonces, en cuanto al «contrabando»… —comenzó a decir Noda.

—… encontraréis las cajas con una marca especial apiladas al fondo de la bodega, listas para ser «confiscadas» —dijo la señora Ragi.

—¡Excelente, excelente! Mis colegas lyucu tendrán listas las «reprimendas» y la «protesta formal» de la pékyu cuando desembarque.

Ambos sonrieron y entrechocaron las copas.

Los funcionarios nativos que servían a la pékyu en la Dara ocupada descubrieron hace tiempo que los barcos con el tributo eran una excelente manera de pasar de contrabando algunos productos de lujo de la Dara no ocupada, para poder saborear algo de la vida sofisticada que anhelaban: vestidos y túnicas de fina seda cortados a la última moda de Pan, tés de firma procedentes de Müning, porcelana fabricada en los hornos más antiguos de Toaza, letras de canciones populares y pinturas eróticas de las casas índigo de Dimushi, transcripciones autorizadas de las actuaciones de famosos narradores de historias en Boama y Dimu, ingeniosos juguetes y artilugios de Ginpen, y así sucesivamente.

Con el tiempo, a medida que Timu promovía la integración de las élites nativas con los conquistadores lyucu —con el apoyo y la aprobación de Tanvanaki— los gustos de los funcionarios nativos de alto rango fueron contagiando a sus superiores lyucu. La popularidad de la cultura dara entre la élite lyucu, desde los thanes-garinafin a los naros acaudalados, infló la demanda de productos de lujo. Ello a pesar de la prohibición oficial de su importación, puesto que los lyucu y los dara estaban técnicamente en guerra. Los thanes lyucu se involucraron en el comercio ilícito, y los funcionarios corruptos de los barcos de la emperatriz Jia estaban encantados de cubrir esa necesidad a cambio de plata y oro.

Para mantener la apariencia de honestidad, el contrabando debía hacerse bajo la guisa de incautación y reprimendas, y los thanes lyucu se mantenían deliberadamente al margen de la transacción real, prefiriendo usar de intermediarios a funcionarios nativos como Noda Mi. Noda estaba más que feliz de hacer ese favor. No solo conseguía un buen dinero, sino también la oportunidad de conversar con emisarios con el acento refinado de Pan —echaba de menos la isla Grande, aunque sabía el desprecio que la mayoría de las personas sentía por él en Dara.

La señora Ragi rellenó la copa de Noda Mi y comenzó a hablarle de los productos concretos que contenían las cajas de contrabando. Los ojos de Noda brillaban al imaginar el beneficio extra que obtendría vendiendo esos productos en el mercado negro, después de pagar a sus socios. No le preocupaba mucho que le pillaran, pues estaba

razonablemente convencido de que la pékyu sabía exactamente en lo que andaba metido, pero toleraba sus negocios paralelos como una forma de mantener contentos a los thanes y a sus colaboradores nativos.

La paz era buena para los negocios.

En el exterior del camarote, por debajo de la portilla, una figura inmóvil se aferraba al barco como un pájaro carpintero se engancha a un árbol o un percebe se fija a la roca. La ropa oscura y muy ceñida le hacía fundirse con el casco de madera envejecida.

No había sido sencillo nadar mientras todos se entretenían con la actuación del jornalero nativo, y trepar por el casco sin ser detectado había sido aún más difícil. Pero no se quejaba. En comparación a lo que estaba acostumbrado, estas eran tareas banales.

Además, el trabajo de un espía era hacer lo que sus votan ordenaban.

Había crecido como un modesto culek en la costa de Ukyu-Gondé. Ya de niño era un nadador excepcional y un buen escalador que aprendió trepando por las resbaladizas rocas del litoral, incrustadas de ostras ojos de Péten, que ocultaban los nidos de las alcas de plumas grises y andar tambaleante. Pensaba que un día podría convertirse en un gran guerrero e incluso alcanzar el rango de naro.

Pero algo en él repelía a los garinafins, que le bufaban y gruñían cada vez que se acercaba. A un lyucu que no podía estar cerca de los garinafins más le valía estar muerto. Pensando que traía mala suerte, fue expulsado de la tribu con solo doce años. Él no quería unirse a los tanto-lyu-naro, así que vivió por su cuenta, vagando sin rumbo por la costa y llenándose el estómago con pescado y almejas.

Un día se encontró cerca de una ensenada llena de barcos tan grandes como islas. Aunque nunca había visto algo así, supo enseguida que eran los barcos-ciudad de los extranjeros que habían cruzado el océano, ahora convertidos en monumentos desiertos y mudos para mayor gloria de Pékyu Tenryo.

Apremiado por una urgencia que no podía explicar, se sumergió en el gélido mar para nadar hasta los barcos-ciudad. No sabía qué era lo que buscaba, excepto que quería demostrar que era capaz de hacer algo que nadie más podía hacer. El tamaño de los barcos le hizo difícil estimar la distancia real a la que se encontraban, y cuando alcanzó el más cercano estaba casi muerto de agotamiento.

Se encontraba demasiado alejado para regresar nadando. Si quería vivir, su única opción era trepar al barco-ciudad. Y eso fue lo que hizo. No había escalerillas ni cuerdas colgando que le sirvieran de ayuda. Al principio utilizó los percebes como asideros para las manos

y los pies y luego, cuando no hubo más, tuvo que aprovechar cualquier pequeña hendidura del tablaje, buscar las estrechas uniones del casco, para escalar una pared más escarpada que cualquier acantilado de los que había trepado. En varias ocasiones estuvo a punto de caer, pero a base de fuerza de voluntad se mantuvo agarrado, aunque la sangre le escurría de los dedos de las manos y los pies según se le iban rompiendo las uñas, haciéndole chillar y gemir.

Cuando finalmente consiguió llegar a cubierta, se desplomó y quedó inconsciente.

Por la mañana le descubrió un solitario jinete de garinafin que practicaba maniobras aéreas. Resultó ser Tanvanaki, la hija favorita de Pékyu Tenryo. Cuando aterrizó sobre la cubierta del barco-ciudad, Korva, su montura, le bufó y retrocedió, dispuesta a matarlo con un llameante latigazo, pero Tanvanaki la detuvo mientras lo miraba con curiosidad.

La desesperación se apoderó de él y se dispuso a saltar por un costado del desierto barco-ciudad, pero Tanvanaki le ordenó que se detuviera.

Le preguntó cómo había llegado hasta allí, y él se lo explicó.

—¿Has llegado nadando? —Tanvanaki no se lo podía creer—. ¡Pero si el agua está helada! ¿Y has trepado desde el mar sin una garra de hueso, sin un colmillo de tigre, sin una cuerda de tendones?

Él le enseñó los dedos sangrantes en pies y manos.

—No he conocido ningún lyucu como tú —le dijo, con una mirada de admiración.

Él creyó que sabía lo que quería decir.

—Traigo mala suerte —dijo gruñendo—. No puedo montar o estar cerca de un garinafin. No hay sitio para mí en Ukyu-Gondé. Déjame morir.

—No, no traes mala suerte. No creo en la suerte, ni buena ni mala. Creo en los actos. Incluso la thane de la tribu de la Ballena Marcada se habría ahogado antes de nadar la mitad del trayecto desde la costa en unas aguas tan heladas, y ni siquiera el más ágil piloto de garinafin de mi padre podría haber escalado el casco tan liso de este barco. Has hecho algo que ningún otro lyucu ha hecho jamás, y eso es algo digno de elogio, no a lo que haya que temer.

Al oírlo se echó a llorar. Y desde ese momento estuvo dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pidiera.

Tanvanaki le envió a muchas misiones peligrosas: apoderarse de huevos de nidos en acantilados inalcanzables; sumergirse para recuperar un broche que había dejado caer accidentalmente al mar; espiar a thanes de cuya lealtad desconfiaba.

Posteriormente, cuando Tanvanaki marchó con Tenryo a conquistar Dara, lo llevó consigo. Durante la travesía, en ocasiones, le envió a llevar mensajes a algún otro de los barcos-ciudad sin usar un bote. Nadar en medio de la corriente oceánica y trepar por los escarpados cascos de los barcos-ciudad eran proezas a las que ningún otro lyucu se atrevía, y él disfrutaba por el hecho de que ella, la mejor piloto de garinafin, confiara en él, a pesar de que no pudiera acercarse a ningún garinafin.

En Ukyu-taasa resultó ser todavía más útil para ella. La vida de los nativos de Dara dependía mucho más del mar, y construían muchos más barcos. Espiaba a los carpinteros del muelle flotante para ella y vigilaba los tejemanejes de los barcos dara en sus misiones de tributo. A través de él, vigilaba a sus enemigos y él hacía cosas para ella que nadie más podía hacer.

Clavó los dedos de los pies y las manos en la madera blanda por debajo de la portilla. Llevaba garras de metal en las puntas que le mantenían sujeto con seguridad y que habían sido fabricadas especialmente para él —esas garras eran uno de los mejores regalos que había recibido en Dara.

La brisa que empezó a soplar sobre sus ropas mojadas le hizo temblar y tuvo que reprimir la necesidad de toser. Esa pequeña molestia no le suponía nada.

Finalmente había encontrado su lugar, un lugar en el que nadie más podía estar. Apretó la oreja contra la portilla.

—Si mañana no salís hasta tarde —dijo Noda Mi—, podría haceros otra visita por la mañana. ¿Habéis contemplado el arte de lucha lyucu? Es muy impresionante. Traeré a un par de culeks para ofreceros una demostración.

—Presenciar cómo se revuelcan dos cuerpos desnudos puede ser divertido, pero yo prefiero entretenerme haciendo más que viendo —dijo la señora Ragi a la ligera, con una sonrisa insinuante.

—¿Ah, sí? —los oídos de Noda Mi se espabilaron. La verdad es que le gustaba este nuevo emisario—. Entonces, ¿qué os gusta *hacer* para divertiros?

—Coincido con los flujistas en su amor a la naturaleza —dijo Ragi, y su mirada se tornó soñadora—. Los carpinteros me hablaron de los manantiales de las montañas Roro, al norte de Kriphi. He oído que las pozas son como los baños celestiales de Tututika caídos en tierra, y que el increíble pájaro carpintero de cola carmesí realiza unas acrobacias aéreas que son una auténtica proeza sin parangón en todas las islas.

Noda Mi se rio entre dientes.

—Lamento deciros que os han informado mal. He estado allí y no es nada especial. El agua está fría y el fondo de las pozas está lleno de rocas afiladas. En cuanto a los pájaros carpinteros, son criaturas muy tímidas, casi imposibles de ver.

Unos cuantos carpinteros de Dara no ocupada, pagados por la Corte del Diente de León, se encargaban del mantenimiento de los muelles flotantes y vivían allí todo el año. Estas estructuras de madera habían sido construidas por orden de Tanvanaki para evitar que los barcos con el tributo entraran en contacto directo con la población de Kriphi. Los lyucu no permitían desembarcar a estos carpinteros, que vivían apiñados en cabañas sobre estructuras flotantes de tablas, con dependencia total de sus anfitriones, por lo que no era raro que se volvieran locos al poco tiempo. Noda imaginaba que su confinamiento les hacía imaginar aquellos lugares cercanos que no estaban autorizados a conocer mucho más atractivos y tentadores de lo que eran. No había duda de que los carpinteros habían llenado la cabeza de la señora Ragi con sus fantasías.

—Seguro que la mejor manera de pasar una mañana de verano es dándose un chapuzón en una apartada poza —dijo la señora Ragi sonriendo a Noda—. Soy muy buena nadadora, y tengo debilidad por los pájaros tímidos pero bellos. Sería delicioso viajar hasta allí en compañía de un duque poderoso… ¿No hay *nada* que podáis hacer?

El corazón de Noda Mi se aceleró al imaginar el cuerpo desnudo de la señora Ragi surcando el agua en los manantiales como un grácil dyran… Con cierto esfuerzo, regresó a la realidad.

—Me temo que no. La pékyu ha dicho claramente que ningún dara-raaki puede salir de esta ciudad flotante.

La señora Ragi se encogió ante el uso del término despectivo usado para los nativos no sometidos al dominio lyucu. «Raaki» significaba literalmente «impuro», «lleno de barro», «sucio».

—Eh… —Noda Mi se arrepintió de inmediato. Se había acostumbrado tanto a hablar como un lyucu que ya no sentía el aguijonazo de la ofensa—. Olvidaos de los manantiales. Si no os gusta la lucha podría organizar una demostración de los jinetes de garinafins…

—Es una pena —dijo la señora Ragi, de nuevo con un matiz de burla en la voz—. Creía que el duque era un hombre poderoso en esta tierra, pero supongo que, a fin de cuentas, no sois más que un nativo.

El rostro de Noda enrojeció.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Nadie, ni siquiera la thane-garinafin Goztan Ryoto, o el tigre-garinafin Vocu Firna, está autorizado a llevar a tierra firme a ningún dara-ra…, a ningún

visitante de Dara, sin la orden expresa de la pékyu o del emperador. Ha sido la norma desde el principio.

—He oído decir que a veces un perro que se alimenta de sobras empieza a pensar que es una persona —dijo la señora Ragi con sarcasmo—, pero sigue siendo un perro, y cuando llega la noche le echan a patadas y le cierran la puerta.

Noda Mi dejó su copa de golpe sobre la mesa.

—¡Cómo os atrevéis! ¡Cuánta insolencia…! ¡Qué descaro!... No tenéis…

La señora Ragi se mantuvo relajada.

—No he terminado. En vez de perros, sigamos hablando de… pájaros. Como os he dicho, tengo debilidad por los pájaros tímidos pero bellos. El pájaro carpintero de cola carmesí no se instala en cualquier árbol, ¿verdad?

El aparente *non sequitur* desconcertó a Noda Mi.

—¿Qué?

—Se dice que ese pájaro carpintero poco común prefiere los árboles que producen un sonido preciso cuando los picotean. Golpean un tronco para ver si produce un sonido persistente. Los árboles que suenan muy amortiguados no merecen la pena porque no tienen suficientes larvas, pero los que suenan fuerte es porque están huecos, están muertos o a punto de secarse. El pájaro carpintero no se avergüenza de revolotear de árbol en árbol. A fin de cuentas, un pájaro tiene que hacer lo que le resulta más lógico.

—Estoy impresionado de vuestro conocimiento sobre pájaros —dijo Noda Mi. Ya calmado, empezaba a comprender la maniobra de la señora Ragi. Algunas cosas no podían tratarse de forma directa, y debían formularse con metáforas para poder refutarse de forma creíble —. Pero seguramente no se puede esperar que un pájaro que ha abandonado un árbol para ir a otro regrese al primero. El pájaro no lo habría abandonado si estuviera moribundo.

—Los árboles son resilientes —dijo la señora Ragi—. A veces se recuperan y se hacen más fuertes que nunca… lo bastante fuertes para soñar con enfrentarse a otros árboles por espacio y luz.

Así que se han recuperado de la época de la batalla del golfo de Zathin y tienen suficiente confianza en su poder como para contemplar una invasión de Ukyu-taasa. Noda Mi ponderó las novedades. *Y quieren que los ayude, allá en Pan.*

Su corazón se aceleró al verse inmerso en una conversación de tan alto riesgo. La señora Ragi, recordaba vagamente, había sido uno de los huérfanos de guerra acogidos por Jia cuando fue rehén del hegemón en Çaruza. Luego entró al servicio de la emperatriz como

dama de compañía. Desde luego, Jia no enviaría a alguien que no fuera de su absoluta confianza en misión para reclutar a un espía.

Esta no era la primera vez que recapacitaba desde que se había unido a los lyucu. La socarronería de la señora Mira le había afectado más de lo que le hubiera gustado admitir. Por mucho que se esforzara en demostrar su valor en Ukyu-taasa, los lyucu siempre le tratarían como a un extranjero, siempre le mirarían con recelo. A lo mejor era el momento de evaluar sus opciones más detenidamente.

—¿Pero ese árbol sano tendría suficientes larvas para el pájaro carpintero que regresa a él?

La señora Ragi sonrió.

—*Datralu gacruca ça crunpén ki fithéücadipu ki lodü ingro ça néficaü.* Incluso aquí, delante de las narices de vuestra pékyu y de mi emperatriz, estamos realizando un negocio que no debe conocerse. Volviendo a nuestro tema, ningún árbol está tan sano como para no tener algunas larvas para alimentar al pájaro carpintero que se lo merezca.

—A lo mejor hay más larvas aquí que en las islas principales.

—Según yo lo veo, un pájaro carpintero inteligente probará en varios árboles antes de escoger uno que le sirva de posadero. En realidad, un pájaro carpintero realmente inteligente continuará probando árboles nuevos incluso después de haber elegido uno en el que anidar, para obtener una mayor variedad de larvas y por si encuentra otro mejor —la señora Ragi hizo una pausa y miró a Noda fijamente—. O si el árbol que ha escogido empieza a morir.

—Es fácil hacer predicciones a lo loco sobre la muerte de los árboles —dijo Noda Mi. *No sirve de nada parecer demasiado ansioso,* pensó. *Está muy bien mantener las opciones abiertas, pero cierta reticencia me hará más valioso*—. Pero como decís: los árboles son resilientes, especialmente cuando un… tímido y bello pájaro carpintero ayuda a protegerlo.

—Desde luego el pájaro carpintero es quien mejor debe saber si el árbol en el que anida está o no moribundo —dijo la señora Ragi—. ¿Pero cómo de sano puede estar un árbol que requiere alimento y cuidado constante de los extraños?

Noda Mi reflexionó sobre esto. La cantidad de «regalos» aportada por la Corte del Diente de León a Rui y Dasu había ido en aumento cada año. La pékyu sostenía que esto era una muestra de la fuerza de los lyucu. *Pero ¿y si no lo es? ¿Y si la necesidad de inyecciones trimestrales de alimentos y la tolerancia de la pékyu por los negocios privados desarrollados a la sombra de los tributos solo indican debilidad?*

Recordó el rostro furioso de Tanvanaki cuando le exigió mayores

esfuerzos para conseguir ingenieros expertos de Dara mediante secuestros y raptos. *A lo mejor la pékyu está más aterrada de lo que da a entender*. Decidió examinar con más atención la recaudación de impuestos y los registros de cosechas la próxima vez que tuviera la oportunidad. Siempre le había parecido aburrida esa información, pero al parecer tenía que picotear el tronco en donde se posaba para comprobar su solidez.

—Gracias por esta conversación ornitológica tan estimulante —dijo—. Podéis decir a vuestros observadores de pájaros que determinado pájaro carpintero está dispuesto a probar otros árboles.

—¿Y qué tal si los probamos ahora? —dijo la señora Ragi—. Resulta que tengo a bordo otra caja, llena de vinos procedentes de la bodega del castillo de Zyndu en Tunoa. Algunas botellas se remontan a la época del mariscal Dazu Zyndu, el abuelo del hegemón.

Noda sonrió.

—Oh, ese es un regalo más que generoso para un pájaro carpintero.

—¿Quién ha hablado de regalo? El pájaro carpintero tiene que trabajar para ganarse sus larvas.

A Noda se le heló la sonrisa.

—¿Qué queréis decir?

—Creo que el pájaro carpintero tiene que picotear un poco, como muestra de buena fe.

Noda cerró los ojos y meditó la situación. Desde luego que quería dejar abiertas sus opciones, considerando que tal vez Ukyu-taasa fuera más débil y Dara más fuerte de lo que había pensado. Si los lyucu eran derrotados, tendría que enfrentarse al pueblo al que había traicionado.

Pero todavía no se sentía preparado para arriesgar su vida espiando para la Corte del Diente de León a cambio de una caja de vinos, por muy añejos que fueran. Tenía que dar algo a la señora Ragi, pero no debía ser algo muy importante, o que pudiera perjudicar sus propios intereses.

—Tengo entendido que algunas aldeas costeras de la isla Grande y Arulugi han sufrido el acoso de los piratas —dijo Noda—. Puede que queráis hacer algo al respecto.

—Es sabido que algunos piratas están haciendo incursiones en busca de bienes para vender a los lyucu —dijo la señora Ragi—. Creo que debéis picar más fuerte.

—¿Incursiones en busca de bienes para vender, decís? A lo mejor no es eso todo lo que buscan —dijo Noda—. Las ciudades grandes, especialmente lugares como Dimu y Dimushi, pueden tener otras cosas de interés. Creo que he dicho más que suficiente.

La señora Ragi le observó fríamente.

—Puede ser. Como otra demostración de buena fe, me gustaría que transmitierais un mensaje de la emperatriz Jia para el emperador Thaké.

A Noda se le pusieron los ojos como platos.

—¿Creéis que tengo el cráneo relleno de aire? No voy a arriesgar la vida por entregar un mensaje secreto del enemigo.

—No es secreto —dijo la señora Ragi—. La emperatriz no ha visto a su único hijo desde hace años, y lo echa de menos. Le gustaría transmitirle un mensaje, de viva voz, de boca en boca, no a través de un medio impersonal como un comunicado diplomático. ¿Verdad que podéis entender eso?

Todavía receloso, Noda preguntó:

—¿Cuál es el mensaje?

—La emperatriz dice: «Recuerda que te quiero, Toto-*tika*. Come bien y descansa mucho. En cuanto a tus obligaciones: los dientes sobre el tablero, el corazón abierto al cielo».

Noda sopesó el mensaje. Parecía bastante inocuo, tan tópico y empalagoso como son la mayoría de las recomendaciones de las madres a sus hijos. Esa parte final era un cliché moralista que solía citarse en el ámbito de los ministerios locales, lo que resultaba un tanto extraño.

—No guardaré este secreto a la pékyu —advirtió Noda.

—Me parece bien —dijo la señora Ragi—. La pékyu, que también es madre, entenderá que no es necesario ocultar el amor de una madre por su hijo.

Noda asintió.

—Transmitiré el mensaje. Pero eso es todo. El pájaro carpintero solo está mirando. No ha aceptado nada más.

Una sonrisa iluminó la cara de la señora Ragi.

—Añadiré vuestra caja especial al montón del fondo de la bodega.

Bebieron, picotearon las exquisiteces y charlaron de cosas intranscendentes.

La señora Ragi le habló de dos *cashima* en Ginpen que se pelearon por el favor de una chica de una casa índigo, primero con poemas, pero luego acabaron luchando en un duelo con espadas delante de ella; de unas sacerdotisas de Rapa y Kana que descubrieron una serpiente blanca en la plaza central de Çaruza, lo que se consideró un buen augurio; de un actor famoso en Pan, al que se vio en compañía de una comerciante rica tras una gran actuación y al que luego vieron caminando hacia casa la mañana siguiente con sus vestiduras del teatro, avergonzado y descalzo.

Noda Mi se reía de esos cotilleos. Intentando impresionarla, le

contó de su vida en la corte de Kriphi, del número de thanes que cultivaban su amistad, de los funcionarios nativos que querían trabajar para él, de los negocios que tenía por toda Ukyu-taasa. Evitó cualquier cosa relacionada con el ejército o con políticas concretas, y la señora Ragi no le sondeó, limitándose a preguntarle cosas tontas que le hicieron reír.

Acabaron tres botellas de vino de ciruelas antes de que Noda Mi se diera por satisfecho.

Cuando se marchó Noda Mi, balanceándose sobre sus piernas inestables, la señora Ragi permaneció en la mesa. Despidió con la mano a los sirvientes que habían venido a recoger los restos de la comida.

—Necesito tiempo para estar sola —dijo, con la voz agotada.

Le había supuesto un gran esfuerzo tratar con el despreciable Noda. El odioso traidor había adoptado los aires de un refinado erudito, aunque cuando alcanzó el poder no era sino un simple soldado instruido del ejército del hegemón, que luego ascendió rápidamente gracias a una serie de constantes traiciones y conspiraciones. En cierta manera, sus pretensiones de refinamiento, cultura y erudición —un claro intento de salvar su arraigada inseguridad— solo servían para recordar a Ragi la realidad de sus crímenes, enfatizados por la vileza de su carácter.

Durante cada segundo del encuentro tuvo que reprimir la necesidad de golpearle hasta hacerle papilla. Lo que más deseaba en esos momentos era un buen baño para limpiarse el asco que sentía en su presencia, pero eso tendría que esperar. Aunque había conseguido casi todo lo que necesitaba, todavía le faltaba por hacer una tarea fundamental. La oportunidad no se había producido en presencia de Noda Mi.

Ya estaba oscuro. Las lámparas de grasa de ballena mantenían iluminado el camarote, completamente en silencio salvo por el suave ruido de las olas que lamían el casco en el exterior de la portilla. A través de esta se colaban los chillidos distantes de los halcones y las gaviotas. Cerró los ojos y escuchó con atención. Creyó oír una tos reprimida. En el exterior.

Abrió los ojos y dio un sorbo de su copa.

Se acercaban pisadas. Un hombre penetró en el camarote y se sentó frente a ella. Era su marido, Gori Ruthi, sobrino del difunto tutor imperial y él mismo un célebre moralista. Era una estrella en alza entre los clarividentes de Dara, dirigidos por Zomi Kidosu, la secretaria de clarividencia.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Ragi.

—Muy claramente —dijo Gori—. El tubo acústico que une este camarote y el mío ha cumplido con su función. Acabo de terminar la transcripción completa de la conversación basada en mis notas taquigráficas.

—¿Y qué piensas?

—No estoy seguro de que la secretaria de clarividencia confíe en él.

La señora Ragi se levantó y comenzó a dar vueltas.

—Oh, yo tampoco confiaría —dijo—. Pero hay potencial aquí. Existe más de una manera de pudrir un árbol desde el interior.

—No nos ha proporcionado ninguna información útil. La secretaria de clarividencia ya está al tanto de que los lyucu tienen tratos con los piratas.

—De todas formas, sí que nos ha contado algo nuevo. ¿Qué piensas que quería decir con esa referencia enigmática a Dimu y Dimushi?

Ambos dieron vueltas a la idea una y otra vez, sin llegar a ningún consenso. Resolvieron dejar que la secretaria de clarividencia sacara sus propias conclusiones.

—Vale la pena darle tiempo —dijo Gori.

—Estoy de acuerdo. Solo que preferiría que pudiéramos ir más deprisa.

La señora Ragi se detuvo junto a la portilla. Respiró hondo. Hasta ahora se había limitado a representar el papel que la emperatriz Jia y la secretaria de clarividencia le habían asignado, pero el próximo paso le exigiría ir más lejos, implementar las instrucciones que la emperatriz le había dado en secreto.

Aunque no era una de las Aletas de Dyran, las niñas huérfanas que habían elegido permanecer junto a Jia cuando fueron adultas en lugar de empezar su propia vida, las consideraba tan próximas como a hermanas de sangre. Y, al igual que las Aletas de Dyran, confiaba plenamente en Jia.

No comprendía por qué la emperatriz quería que hiciera esto, pero lo haría sin cuestionarlo.

Miró hacia el exterior de la portilla.

—Es difícil saber lo que pasa aquí, en Ukyu-taasa. Los lyucu gobiernan las islas conquistadas como si fueran un campamento militar. Hasta los botes de pesca que salen a la mar van escoltados.

—Están aterrados. El tratado de diez años solo durará dos más. Nos hemos hecho más fuertes.

—Ellos tampoco han permanecido ociosos —dijo la señora Ragi. Mantenía una voz uniforme, no demasiado alta, pero claramente articulada—. ¿Has visto lo dóciles que son los equipos de jornaleros? Y algunos de los guardias son de nuestra propia gente. Los lyucu han

echado raíces. Cuando la guerra vuelva a empezar, podrán contar con algunos de los nativos, gente de Dara, para luchar a su lado.

—Esa es la razón por la que la secretaria de clarividencia está ansiosa por aumentar los reclutamientos de espías en Ukyu-taasa. Necesitamos más información. Es una carrera contra reloj.

Mientras seguía contemplando el exterior a través de la portilla en lugar de mirar a su marido, la señora Ragi dijo:

—¿Nunca te has preguntado si los dioses han desempeñado algún papel en todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que la paz con los lyucu durará diez años. Pero el final del tratado llegará justo unos meses antes de la reapertura del Muro de las Tormentas, cuando podría llegar otra flota lyucu. Da la impresión de que los dioses nos están gastando una broma.

—No sabemos si habrá otra flota lyucu —dijo Gori, pero su voz transmitía poca convicción.

—Pero no podemos ignorar dicha posibilidad. Los restos del naufragio de la segunda expedición lyucu deben de haber llegado hasta Ukyu, y tenemos que contar con que estarán intentando descifrar el código de Luan Zyaji. Además, están esos mensajes en las tortugas.

—De todas formas, según los cálculos de la secretaria de clarividencia, el Muro se abrirá durante el quinto mes del décimo primer año del reinado actual, mientras que el tratado terminará en el primer mes del mismo año —dijo Gori—. Debemos hacer todo lo que podamos por solucionar la amenaza lyucu durante la ventana de oportunidad que se nos abre esos cuatro meses.

—¿Nunca tienes miedo? —preguntó la señora Ragi—. Planeamos, tramamos y preparamos todas las estrategias que podemos, pero no hay manera de saber cómo resultará todo. A los dioses les encanta burlarse de nuestros planes.

Gori se levantó y se colocó junto a su mujer, rodeándole la cintura con un brazo para acercarla.

—Las antiguas sagas anu empleaban la figura retórica «animal hambriento de palabras» para decir «humanidad», pero yo prefiero pensar que somos el «animal hambriento de futuro». No podemos evitar planear el rumbo a seguir, por muy impredecible que sea el tiempo.

Tras asegurarse de que los dos ocupantes del camarote lo habían abandonado y que los criados habían recogido los platos, el espía situado en el exterior de la portilla se escabulló del casco del barco y se tiró al agua.

Mientras nadaba hacia la orilla su corazón latía alocado, y no solo por el gran esfuerzo realizado. La pékyu había sido muy sensata al vigilar a su sabueso. No solo había descubierto un plan para volver al perro en su contra, sino también un secreto que cambiaría todo en Ukyu-taasa.

El Muro de las Tormentas se reabrirá en menos de tres años.

Otra flota lyucu está en camino.

CAPÍTULO VEINTE

HUESOS VIVIENTES

BASE SECRETA AGON EN EL VALLE DE KIRI, A LOS PIES DE LAS MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO: NOVENO MES DEL OCTAVO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA CON DESTINO A UKYU-GONDÉ

Cuando Théra comunicó por primera vez que quería dejar algunas de sus obligaciones en la gestión del poblado para dedicar más tiempo a sus hijos, ni Takval ni los chicos supieron a qué atenerse.

En realidad, Tanto y Rokiri estaban medio convencidos de que la promesa se quedaría en nada. Según lo que podían recordar, su madre siempre había insistido en participar en todos y cada uno de los aspectos de la administración del poblado. Los chicos sospechaban que su madre despreciaba la ociosidad más de lo que detestaba el sabor de la esponja de muflón cruda y el kyoffir.

Pero, a lo largo del verano, Théra fue delegando gradualmente gran parte de su trabajo. Dejó de insistir en recibir los informes de Nméji Gon y Tipo Tho sobre el entrenamiento de los guerreros agon en el uso de armas dara; dejó de perseguir a Razutana Pon para que desarrollara variedades de los cereales de Dara más adaptadas al suelo y al clima del valle de Kiri, y domesticara las bayas y raíces silvestres que recogían los ancianos agon; ya no verificaba tan a menudo con Toof y Radia —que habían sido adoptados por un clan agon— la marcha del entrenamiento de garinafins y pilotos; envió a Çami Phithadapu en su lugar para continuar las interminables negociaciones con los chamanes sobre la adopción de algún tipo de escritura agon y la expansión de la escolarización al estilo de Dara de los niños; incluso dejó de asistir a algunas de las reuniones de Takval y sus thanes en las que se debatían posibles planes para atacar la Taten de Pékyu Cudyu.

—Pensaba que siempre habías dicho que si querías que algo se hiciera bien, tenías que hacerlo tú misma —dijo Takval, tan desconcertado como divertido—. ¿En qué momento me volví competente a tus ojos?

Théra se rio entre dientes por la sutil indirecta.

—Sospecho que no eres el único a quien molesta mi estilo…

—Yo no diría tanto como «molestar»… —empezó a decir Takval.

Théra levantó la mano para hacerle callar.

—Esta es una alianza entre dos pueblos, pero me he estado comportando como si yo fuera la única que tiene buenas ideas. Había olvidado las lecciones de mi padre: escuchar los consejos y dejar que quienes tienen talento vuelen tan alto como puedan. Además, mucho trabajo y poca diversión hacen que una se vuelva sosa y aburrida, un estado de ánimo terrible para una líder.

Takval se la quedó mirando.

—¿Quieres… divertirte?

—Para eso se tienen hijos, ¿no?

Cuando se completaron los trabajos de la segunda cosecha del año, Théra pudo finalmente dedicar tiempo a lo que deseaba sin interrupciones.

Por la mañana, cuando explicó a sus hijos que iba a pasar todo el día con ellos, Tanto y Rokiri no reaccionaron precisamente con entusiasmo.

—Mamá, ¿tenemos que hacer ideogramas hoy? —preguntó Rokiri. Todavía recordaba el fiasco con las galletas de pan de luna. Tanto estaba en silencio detrás de su hermano, con aspecto taciturno.

Théra les sonrió.

—No, hoy mamá no va a hacer de profesora. ¿Por qué no me enseñáis a jugar con arucuro tocua?

Tanto y Rokiri se miraron incrédulos el uno al otro.

—¿No nos vas a pedir que hagamos ideogramas con huesos, verdad? —preguntó Rokiri, todavía desconfiando de su buena suerte.

—Lo prometo. No mencionaré los ideogramas ni una sola vez. Empezaremos después del desayuno.

—¿Por qué no le pedimos a la abuela que venga con nosotros? —preguntó Tanto, mirando a su hermano.

—¡Sí, eso! ¡Vamos a decírselo a la abuela!

Théra suspiró para sus adentros. Sus hijos no terminaban de creerse que este día con mamá no fuese alguna trampa para examinarles sobre las palabras de los sabios anu o para que las grabaran en ideogramas. Como Takval no estaba disponible, querían traer a Souliyan por protección. La abuela siempre hacía lo que ellos querían.

Bueno, tengo mucho que aprender, pensó Théra.

Souliyan y Théra estaban en una pequeña colina cerca de la embocadura del valle, lejos de los campos y de las tiendas. El viento del noroeste, procedente de más allá de las estribaciones, traía la fragancia de las planicies en flor, cenizas de los fuegos encendidos y polvo levantado por las manadas itinerantes de muflones y uros.

Los niños hacían corrillo en el suelo, preparando una sorpresa.

Souliyan y Théra se pusieron a un lado a charlar.

—Me pregunto qué tendrá que decir Volyu esta vez —dijo Souliyan.

Una delegación de Sliyusa Ki venía en camino, y Takval había ido con algunos guerreros a recibirla a las afueras del valle. Regresarían juntos por la tarde.

—Pocas veces tiene noticias útiles que compartir —dijo Théra—. Supongo que sus mensajeros volverán a pedir comida.

En los últimos años Volyu había tomado el hábito de acudir al valle de Kiri antes del invierno para pedir penmican, bayas secas, frutos secos y otros alimentos tradicionales de la dieta agon. La largueza del pueblo de Takval y Théra le permitía aumentar su reputación de generosidad repartiendo kyoffir y aumentar la tribu, mientras que el valle de Kiri acababa teniendo que subsistir con alimentos cultivados. Era un asunto delicado.

Souliyan suspiró, conocedora de la naturaleza codiciosa de su hermano. Intentó cambiar de tema.

—Takval me cuenta que el entrenamiento de los guerreros va progresando.

—Lo cierto es que marcha mejor que antes —dijo Théra—. Pero todavía no han decidido un plan.

Intentó mantener una voz despreocupada, pero de hecho el comentario de Souliyan había reavivado su ansiedad reprimida.

En los primeros días del asentamiento, los dara y los agon habían tenido profundas discrepancias estratégicas. La facción dara, encabezada por el almirante Mitu Roso, era partidaria de centrar el asentamiento en la producción de armas de metal y en enseñar a los agon a luchar como los ejércitos de Dara. La idea era lanzar un ataque sorpresa sobre Taten lo antes posible con el fin de eliminar quirúrgicamente la flota de barcos-ciudad lyucu. Los garinafins servirían esencialmente para garantizar un transporte rápido de la fuerza de ataque y proporcionar cobertura aérea. Esto era lo lógico para los comandantes del ejército dara, pues el principal objetivo de la alianza, desde su punto de vista, era evitar que otra flota invasora alcanzara Dara.

Por el otro lado, la facción agon, encabezada por Vara Ronalek, una vieja thane que había servido al clan Aragoz por mucho tiempo, era partidaria de utilizar las enseñanzas de los dara para incrementar la producción de comida y así aumentar la población de guerreros, liberados de las exigencias del pastoreo y la recolección, y poder criar y entrenar a más garinafins. El metal se usaría principalmente para reforzar las armas tradicionales de hueso, con el fin de mejorar la

destreza de los guerreros en el combate al estilo de las planicies. La idea era lanzar múltiples ataques no solo contra Taten, donde estaba la corte de Pékyu Cudyu, sino también contra las tribus de los thanes-garinafin más importantes de los lyucu. Así, la principal fuerza de ataque serían los jinetes de garinafins, y sus aliados dara desempeñarían funciones de apoyo. Esto era lo más lógico para Vara y los demás thanes agon, pues el principal objetivo de la alianza, desde su punto de vista, era derrotar por completo a los lyucu y restablecer la supremacía agon.

Los agon creían que el plan del almirante Mitu Roso les expondría a las represalias de Cudyu y los thanes guerreros lyucu, mientras que los dara creían que el plan de la thane Vara tardaría mucho tiempo en completarse y que se arriesgaban a dar otra oportunidad a Cudyu para invadir Dara. Takval y Théra intentaron alcanzar un compromiso sin conseguirlo, y durante un tiempo ambas estrategias se desarrollaron simultáneamente.

Al final, Théra se dio cuenta de que el plan del almirante Mitu Roso era sencillamente impracticable. Sin el respaldo de la base de herreros experimentados y de la industria establecida en Dara, era imposible que el pequeño equipo de especialistas de la expedición equipara a una fuerza considerable con armamento dara, y mucho más enseñar a los agon a luchar eficazmente a su lado. Tras la muerte de Mitu Roso, Théra y Takval decidieron adoptar por completo el plan de Vara Ronalek y entrenar un ejército tradicional agon con el respaldo de las enseñanzas dara.

Pero a Théra le preocupaba esta decisión. Takval, Vara, Nméji y Tipo no se ponían de acuerdo en la mejor manera de atacar múltiples poblados lyucu, puesto que contaban con un número limitado de garinafins. Criar garinafins y entrenar tripulaciones hábiles llevaba su tiempo. A pesar de que el asentamiento se fortalecía año tras año, la fecha del anticipado enfrentamiento con los lyucu seguía retrasándose.

Aparte de Takval, nadie más conocía la cuenta atrás que Théra siempre tenía presente en su cabeza.

Todavía faltaban casi tres años para que se abriera el Muro de las Tormentas. Sin embargo, como se necesitaba todo un año para navegar desde Ukyu-Gondé hasta Dara, cualquier flota de refuerzo para la invasión tendría que zarpar dentro de solo unos veinte meses. Por el momento no había noticias de que los lyucu estuvieran preparando ninguna flota, ni de que conocieran la próxima apertura del Muro. Pero Théra no podía evitar preocuparse porque, cuanto más esperaran, más probabilidades habría de que sus miedos se hiciesen realidad.

En cualquier caso, lo mejor era llegar a los barcos-ciudad lo antes posible.

—Mi hijo y tú acabaréis definiendo un plan —dijo Souliyan llena de convicción. Agarró la mano de Théra para ofrecerle consuelo—. Tienes el corazón de un agon, hija.

Théra asintió sin hablar. Ojalá ella compartiera la confianza que tenía su suegra.

—¡Abuela, mamá, venid a ver esto! —los niños las llamaron.

Cuando Souliyan y Théra se acercaron, se echaron a un lado llenos de orgullo para mostrar su creación. Pero se mantuvieron cerca con actitud protectora, escudando su obra del intenso viento.

Con curiosidad, Théra se agachó sobre manos y rodillas para verlo mejor.

Théra había supuesto que los arucuro tocua, hechos de restos de huesos animales, conchas, tendones y otros materiales destinados al muladar, eran tan solo la versión agon de los bloques de juguete. Pero la creación de Tanto y Rokiri no tenía nada que ver con las casas de muñecas y las ciudades de cuento de hadas que ella había construido de pequeña.

El pequeño esqueleto montado sobre el suelo, del tamaño de un pollo de Dara, no se parecía a ninguna criatura terrenal. Tenía el torso y la caja torácica de un ave, pero en lugar de alas tenía por encima una vela larga y vertical que le recordaba a las velas de los barcos de Dara —aunque esta «vela» discurría en paralelo a la columna vertebral de la criatura, en lugar de perpendicular a la misma. La vela estaba construida con múltiples espinas dorsales de peces (las espinas de la parte superior hacían de rastreles) y relucientes alas de cientos de moscas slisli (que hacían de lona). El torso se mantenía erguido gracias a seis patas ensambladas mediante huesecillos de lagartos de arena y las delicadas falanges de algún animal, aunque los huesos estaban conectados para formar «ruedas» poligonales de seis o siete lados en lugar de tener la forma de pies o pezuñas. En su extremo posterior, la criatura poseía una cola formada por un pedazo de asta musgosa de ciervo, rodeada por un conjunto de aletas caudales de pez, como una flor de tallo grueso, que le proporcionaban equilibrio. Por último, al frente, en el extremo de un cuello flexible hecho con tendones enrollados alrededor de un núcleo formado por el cuerno de una oveja, estaba la pequeña calavera de un feto de garinafin muerto antes de salir del cascarón.

Le recordaba a las criaturas fantásticas que vio de niña en una ocasión, en la Corte del Diente de León, cuando uno de los *pana méji* montó una obra de teatro sobre valores morales en el Examen de

Palacio, en la que participaban monstruos ensamblados a partir de fragmentos incongruentes de animales (un lobo-cruben, una carpa-halcón, un gusano-ciervo…) para criticar las políticas de su padre. Pero, a diferencia de esas creaciones incoherentes, que habían sido fabricadas deliberadamente para resultar torpes y difíciles de manejar, esta bestia poseía gracia y belleza. Aunque estaba montada a partir de fragmentos de una docena de animales distintos, el conjunto resultaba armonioso y fluido. A pesar de representar algo que nunca había existido y nunca podría existir, daba la impresión de ser algo que *debería* existir.

—¡Es precioso! —dijo Théra, y en su voz se apreciaba tanto orgullo maternal como auténtico asombro. Se puso en pie y dio un paso atrás para admirar al animal esquelético en su nido de hierba, tan natural como una madre garinafin incubando una tanda de huevos—. Me gustaría que vuestra tía Fara pudiera verlo —dijo, sintiendo una punzada de nostalgia en el corazón—. Siempre disfrutó mucho con las obras de arte.

—Todavía no has visto nada —dijo Tanto, encantado al ver su reacción.

El niño dio un paso atrás y señaló a su hermano que hiciera lo mismo. Cuando el pequeño esqueleto ya no estuvo protegido por sus cuerpos, comenzó a temblar y traquetear por el fuerte viento.

Temerosa de que la delicada creación de sus hijos se hiciera añicos, Théra se movió para cortar el viento, pero Souliyan le agarró la mano y la llevó hacia atrás. Ella la miró sorprendida, pero Souliyan se limitó a sonreír.

Théra volvió a mirar la pequeña bestia hecha de huesos y abrió la boca por la emoción y la sorpresa.

La criatura se movía.

Era un movimiento difícil de describir, a mitad de camino entre el arrastre de pies de un lagarto grande o de un garinafin en tierra y el movimiento irregular, rítmico y ondulante de una carreta con ruedas imperfectas, que necesita desesperadamente el servicio de un carretero. Al moverse hacia delante, remontaba los guijarros sueltos y las hojas dobladas de palmera de sangre con una fluidez orgánica más próxima a la gracia de un ser vivo que a un producto de ingeniería mecánica. La cabeza se mecía al final del cuello flexible, yendo de un lado a otro cada pocos pasos, y la minúscula mandíbula inferior se abría y se cerraba, como si la criatura intentara aterrorizar majestuosamente a unas personas diminutas e invisibles.

Théra se agachó de nuevo para verlo mejor.

Cuando el viento atravesaba el ala-vela con forma de abanico en la

espalda del animal, la flexión y extensión de las espinas producía una ondulación sinuosa. El movimiento de izquierda a derecha de esas espinas se amplificaba y transmitía mediante una serie de huesos con forma de codo hasta la caja torácica, donde se transformaba en un movimiento de adelante hacia atrás mediante una curiosa serie de uniones en zigzag construidas con falanges. Estas manivelas de huesos, a su vez, actuaban como émbolos sobre un conjunto de dientes de lagarto pegados al interior de las seis «ruedas» que hacían de pies de la criatura. Pero, a diferencia de las ruedas tradicionales y rígidas, estos pies-ruedas no giraban alrededor de un eje. En cambio, cuando los dientes eran empujados hacia delante y luego retrocedían por los pistones óseos, el armazón poligonal se flexionaba y se deformaba como si fuera una garra angular, se levantaba del suelo, se sacudía hacia delante y volvía a asentarse. Los seis pies de la criatura funcionaban de modo coordinado, de forma que en todo momento tres pies situados en lados opuestos del cuerpo estaban plantados en el suelo en una formación triangular, ofreciendo un firme apoyo, mientras los otros tres se extendían hacia delante para el siguiente paso.

El esqueleto viviente *caminaba* literalmente sobre sus pies-ruedas mecánicos de otro mundo.

Otros pomos de dientes y de asta conectados al mecanismo de engranaje óseo de la caja torácica tiraban de los cables hechos de tendones y atados a la parte frontal y trasera de la criatura, lo que le permitía balancear la cola para lograr equilibrio y articular el cuello y las mandíbulas.

—¿Se os ha ocurrido a vosotros? —preguntó Théra con incredulidad.

—Nalu me enseñó lo básico —dijo Tanto con modestia—. Es el mejor construyendo arucuro tocua, pero muchos otros votan-ru-taasa y votan-sa-taasa me enseñaron algunos trucos. Yo solo he inventado una nueva variante.

—Yo también he ayudado —dijo Rokiri—. Kunilo-*tika* puso los huesos en su lugar y yo até los nudos, porque tengo los dedos más pequeños.

—¿Los huesos vivientes que construyen otros niños son tan complicados? —preguntó Théra.

—Incluso más —dijo Tanto—. ¡Kikua sabe construir un arucuro tocua que puede nadar! Y los de Nalu pueden revolcarse y dar volteretas.

Théra les hablaba en dara y Tanto y Rokiri contestaban en agon. Por el momento no insistía en que le hablaran solo en dara. Le parecía

natural.

Como su madre mostraba tanto interés, los chicos se entusiasmaron explicándole todos los detalles de la construcción de arucuro tocua. Le contaron cómo hacían el pegamento con ocre rojo mezclado con resina del matorral de lengua encerada; que tenían que engrasar las tiras de tendones para mantener su flexibilidad; el modo de hacer uniones fuertes pero flexibles envolviendo con hilo de lana dos trozos de hueso; que los pies-ruedas poligonales se construían con las falanges de un solo pie o mano, para aprovechar la diferente longitud de los huesos; que había que pulir y luego agujerear los dientes de lagarto para poder atarlos a los pies-ruedas…

—¿Dónde conseguisteis esos huesecillos? —preguntó Théra, señalando las uniones en zigzag de la caja torácica y algunos de los delicados segmentos que formaban los armazones de los pies-ruedas.

—Son los dedos de las manos y los pies de guerreros muertos —dijo Tanto.

—¿Qué? —Théra no estaba segura de haber oído bien.

—El padre de Nalu y otros cazadores encuentran a veces en las planicies restos de guerreros lyucu y agon de hace mucho tiempo…

—¿Perturbáis el descanso de los muertos? ¿Habéis profanado…?

Interrumpió la frase al observar angustia y miedo en los ojos de sus hijos.

Théra sabía que el pueblo de las planicies no enterraba a los muertos. Los cuerpos de los guerreros caídos en combate permanecían en el campo de batalla, para que retornaran a la tierra a través de los estómagos de los carroñeros y los depredadores —un proceso al que llamaban «pédiato savaga»— y para que el viento fuera testigo de su valor y trasladara su fama a todas partes. Los cuerpos de los esclavos y los cautivos muertos, por otro lado, se amontonaban en espantosos montículos y pilas y se dejaban pudrir, con el fin de quebrar el espíritu de los vencidos. En cuanto a los jefes y guerreros que morían por causas naturales, la costumbre funeraria era envolver el cadáver en una única piel de vaca y depositarlo en las planicies, en un lugar elevado, para que el ojo de Cudyufin pudiera contemplar el rostro de los fallecidos y ofrecerles consuelo, mientras el cuerpo se entregaba a las aves carroñeras y a los elementos y el espíritu ascendía sobre las alas de un garinafin-nube.

Théra, como gran parte de la élite en Dara, honraba a los dioses aunque los mantenía a distancia, pero estaba impregnada de la reverencia moralista por los muertos. La costumbre del pueblo de las planicies era algo que podía entender intelectualmente, pero no podía aceptar emocionalmente con tranquilidad.

—Le cambié algunos de esos por los… bloques de ideogramas —dijo Tanto.

—A veces los cazadores recogen huesos de difuntos en las planicies —dijo Souliyan—. Se los suelen dar a los niños como juguetes, con la esperanza de que la fuerza de los grandes guerreros del pasado continúe nutriendo y enseñando a los jóvenes al jugar con ellos. Es la forma en que honramos a nuestros muertos.

Théra asintió y reprimió su sensación de repulsión. *Ya no estoy en Dara*, tuvo que recordarse de nuevo.

La cantidad de inteligencia ingenieril condensada en la construcción de juguete de sus hijos dejó pasmada a Théra. Estaba segura que si Zomi estuviera por allí, se pasaría tres días enteros con sus tres noches desmontándolo y volviéndolo a montar para ver cómo funcionaba. La criatura construida con arucuro tocua aprovechaba los materiales naturales —hueso, tendones, asta, alas de insectos, dientes, pelo y piel— del mismo modo que los ingenieros de Dara aprovechaban los materiales disponibles en las islas —bambú, seda, metal, madera, papel, vidrio; y, no obstante, el modo en que esta criatura había sido ideada y construida tenía un aire distintivo. La forma en que los niños agon creaban algo vivo a partir de restos de los muertos incomodaba su sensibilidad moralista y al mismo tiempo la fascinaba.

—Y mira, mamá —dijo Rokiri señalando una de las uniones en zigzag de la caja torácica de la bestia—, ¿te has dado cuenta de que eso no es un hueso?

Théra, que todavía estaba recuperándose de la impresión que le había causado una pieza de maquinaria tan sofisticada basada en juegos de los niños agon —¿por qué no había visto nada parecido entre los thanes y guerreros agon?—, miró donde Rokiri señalaba.

—¿Eso es…?

—Sí —dijo Rokiri—. Kunilo-*tika* no pudo conseguir un hueso de la forma y tamaño exactos, así que tomó los bloques del ideograma de «brazo» y de «pierna» y los puso en su lugar.

Théra miró más de cerca y comprobó que habían pintado cuidadosamente las piezas para camuflarlas con el resto de los huesos, pero seguían siendo inconfundiblemente ideogramas anu.

—Nalu se burló de nosotros por utilizar esas piezas, pero Kunilo-*tika* le dijo que los ideogramas hacen que nuestras bestias sean especiales —dijo Rokiri—. Hace que sean *más nuestras*.

—Oh, mi niño —dijo Théra.

Tanto volvió la cabeza para evitar que su madre viera las lágrimas que salían de sus ojos.

Théra le atrajo y le dio un fuerte abrazo. El chico se puso tenso, pero, tras unos instantes, se relajó y le devolvió el abrazo.

Volyu había decidido sumarse personalmente a este viaje. Sería la primera vez que iría al valle de Kiri desde que se estableciera la base secreta hace siete años.

En lugar de preparar una recepción de bienvenida muy elaborada, Takval pidió a Vara Ronalek, su lugarteniente de confianza, que entretuviera a los naros que escoltaban a Volyu en la tienda grande que servía de lugar de encuentro del poblado. Théra y él, le explicó, celebrarían una cena privada en su tienda para su tío.

Vara enarcó una ceja, intrigada.

—¿Cómo recibiría Afir a Kikisavo si este volviera del exilio? —le preguntó a ella.

Vara asintió dando a entender que lo comprendía. Había habido diferencias entre tío y sobrino y ahora Takval reclamaba el título de pékyu de los agon, aunque todos en las planicies reconocían a Volyu como Pé-Afir-tekten. Era imposible celebrar una recepción pública sin que saliera a la luz lo violento de la situación.

Takval estaba sentado frente a Volyu en una mesa baja cuadrada al estilo de Dara, mientras Théra y Souliyan ocupaban los otros dos lados de la mesa. Aunque la tienda de piel de garinafin estaba montada al estilo tradicional agon, gran parte del mobiliario del interior era dara: mesas de madera, jofainas de porcelana, tapices de seda, juegos de escritura con cuchillo y cera, y así sucesivamente. Aunque todo estaba reparado y gastado, Théra no había querido deshacerse de nada.

—Hay que ver, vives con lujos —dijo Volyu, admirando el pequeño cuchillo de bronce en su mano. Lo utilizó para cortar una loncha de carne asada, sazonada solo con sal y jugo de tolyusa, y la masticó ruidosamente—. Dudo de que siquiera Pékyu Cudyu tenga más de una docena de cuchillos de metal.

Takval y Théra se miraron y sonrieron irónicamente. La mayor parte de los objetos metálicos traídos por la expedición habían sido fundidos hace tiempo para reconvertirlos en bandas de refuerzo para las mazas de hueso o cantos afilados para las hachas de guerra. El pequeño cuchillo que tenía Volyu en la mano era en realidad el estilete de Théra, que guardaba por motivos sentimentales, pues había sido un regalo de su maestro, Zato Ruthi.

—He oído que a ti tampoco te va mal, hermano —dijo Souliyan—. Tus guardias dicen que has tomado otras dos esposas, chicas muy guapas de dieciocho años. ¿Cuántas mujeres tienes ahora? ¿Ocho? ¿Diez?

—El clan Aragoz debe multiplicarse y crecer para mantener vivo el

sueño de nuestros ancestros. El peso de tal responsabilidad recae sobre mis hombros, pero no me atrevo a dejar la carga a pesar de mi edad —dijo Volyu, con el rostro arrugado como si hablara de alguna ardua tarea.

—Puedo imaginar lo mucho que has trabajado —dijo Souliyan—, especialmente con esa barriga.

Théra sofocó una risa que Volyu hizo como que no había oído. Estaba más fofo y cojeaba más que la última vez que le habían visto.

Cuando acabó con la carne asada, Volyu cogió una galleta de pan de luna. Tras examinarla con escepticismo, la dio un mordisco.

—¿Qué hay aquí? —masticó lentamente y sus ojos se fueron iluminando—. ¿Esponja de muflón?... ¿Bayas de ojo de tigre y nueces silvestres? Y algo más…

—Probablemente te sabe a melón de invierno —dijo Théra—. Son de Dara.

—¡Quién iba a decir que se podía aderezar la esponja de muflón así! —exclamó Volyu—. Y envolverla con esta… ¿piel de planta?

—Es pan ácimo —dijo Théra, sin molestarse en explicarle el nombre dara—. Me alegra que lo disfrutes.

—Sabe a gloria.

—Tío, deberías saber que Théra hace ella misma estas galletas de pan de luna.

Théra movió la mano quitándole importancia.

—No es nada. La mayor parte del mérito es de la comandante Tipo Tho, y de Thoryo, a quien se le ocurrió la receta.

Tipo Tho, que siempre añoraba los sabores de su hogar en La Garra del Lobo, había intentado durante años encontrar los sucedáneos nativos de las hierbas y frutas de Dara —a ello contribuía el que Nméji Gon, su marido, estuviera dispuesto a acabar con los resultados de sus experimentos, aunque a veces no resultaran muy apetitosos. El proceso de recolectar muestras de plantas nativas y aprender de los cocineros agon la había convertido en una chef competente también en el estilo de cocina de las planicies.

Al principio Tipo Tho había mantenido separados ambos estilos de cocina, creyendo preferible retener la autenticidad de cada uno. Pero Thoryo, a la que no limitaban las ideas de lo que era apropiado, no dejaba de sugerirle que creara algún plato en el que se fusionaran las prácticas gustativas de las islas y de las planicies.

—¿No tienes curiosidad por crear sabores que no hayan sido degustados por ningún mortal? —le había preguntado—. El mundo es muy interesante. ¿Por qué negar a nuestros sentidos los placeres procedentes de mezclar lo delicioso con lo delicioso?

En realidad, Tipo se dio cuenta de que ya se había desviado del estricto cumplimiento de las recetas y prácticas aprendidas de sus padres. Al no poder conseguir muchos de los ingredientes accesibles en Dara, había llegado a acostumbrarse a los sucedáneos nativos —al uso de escarabajos tostados del cactus de tajo en lugar de orugas encurtidas, por ejemplo, o de piel de tolyusa picante en lugar de bayas silvestres. Y como las dos cosechas del valle de Kiri hacían poco factible la celebración de un solo Festival de Otoño, llevaba todo el verano haciendo pan de luna. ¿Por qué no ir más allá con los experimentos sin limitarse a sustituir ingredientes?

Incapaz de resistir su propia curiosidad, Tipo probó a mezclar los estilos de cocina. Descubrió que la compota de bayas ácidas de ojo de tigre y melón de invierno, combinada con esponja de muflón picada y ligeramente asada, al estilo de las planicies, lograba un relleno poco ortodoxo pero delicioso para las galletas de pan de luna. La receta fue adoptada con entusiasmo por otras familias dara. Théra quedó satisfecha al comprobar que las nuevas galletas de pan de luna tenían mucha más aceptación entre sus chicos, que incluso se peleaban por los ideogramas anu de arcilla cocida que enterraba en el relleno, y que podían servir de componentes adicionales para los arucuro tocua si los chicos reconocían los ideogramas.

Volyu examinó a Théra y sus ojos chispearon de un modo extraño.

—Eres un hombre afortunado, Takval —dijo, con una voz que denotaba la ingesta de kyoffir—. Comes con cuchillos de hierro y platos de porcelana; duermes sobre mantas de seda; tienes una esposa que te complace… con alimentos exóticos. Pensar que ella y yo estuvimos a punto…

—Ya basta —dijo Souliyan—. No te pongas en evidencia.

Théra se ruborizó ante la expresión de lascivia del rostro de Volyu y se alejó de él, molesta. Iba a hacer un comentario cortante cuando sintió una mano de Takval sobre las suyas. Le miró, y él hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible. Por el bien de la alianza, Théra controló su indignación.

—Quizá ya se ha bebido suficiente kyoffir por esta noche —dijo, con una voz fría pero agradable—. ¿Por qué no nos cuentas los motivos de tu visita, tío?

Sin dejar de mirarla fijamente, Volyu aguardó un instante y luego, como si despertase de un ensueño, su rostro recuperó una máscara de indiferencia.

—Se aproxima el invierno, querida sobrina. Como Pé-Afir-tekten, tengo que pensar en el bienestar de mi pueblo.

Aquí viene, pensó Théra.

—Sea lo que sea que necesites, haremos lo posible por ayudar. Pero no podemos consentir que te lleves la mayor parte de la carne y nos dejes solo granos. Solo podemos permitirnos cazar ocasionalmente, para evitar el riesgo de que nos descubran. Pero podemos ofrecerte bastante sorgo y arroz, y puedo enseñarte el modo de cocinarlos para hacer «piel de planta»…

Mientras Théra hablaba, Volyu agitaba la cabeza cada vez con mayor energía.

—¡No, no! Querida sobrina, eso no será suficiente. No me hagas creer que estáis débiles. He visto la fuerza de vuestros guerreros.

A su llegada al valle de Kiri, Takval había llevado a Volyu a dar una vuelta por el poblado. A Volyu le habían impresionado especialmente los jinetes de garinafins y los guerreros con armas mejoradas por los herreros dara: mazas reforzadas con bandas de metal y tachonadas con clavos de hierro en lugar de dientes; hachas con filos de acero; hondas con manivelas y gatillos procedentes de las ballestas dara… También hizo comentarios sobre algunas de las armas más experimentales preparadas por los artesanos dara: cometas de piel pintadas con imágenes de tigres de colmillos para asustar a los garinafins; abrojos con puntas de hierro para bloquear el paso de las mandíbulas que escupen fuego; potentes hondas montadas sobre astas de garinafin para lanzar bombas explosivas con pólvora de pirotecnia destinadas a la garganta de los garinafins lyucu…

Hizo muchas preguntas a Takval acerca del número de guerreros y garinafins bajo su mando, lanzando silbidos de aprobación; incluso llegó a probar él mismo una de las mazas de guerra mejoradas para comprobar cómo destrozaba los cascos de hueso no reforzados.

—Somos fuertes —dijo Takval—. Pero debemos hacernos aún más fuertes para poder enfrentarnos a los lyucu.

—A lo mejor puedo ayudaros en eso —dijo Volyu—. Dame la mitad de vuestros guerreros. Permíteme asumir la mitad de la tarea que ahora soportas tú solo y podremos conseguir lo que necesitamos el doble de rápido.

Souliyan, Takval y Théra intercambiaron miradas fugaces. Esto no se lo esperaban.

—¿No te preocupa que Cudyu pueda descubrir tus intenciones de rebelarte? —preguntó Souliyan.

—Eso era antes de comprobar el poder que ha acumulado Takval —dijo Volyu—. Es hora de atacar.

Théra y Takval cruzaron la mirada y ambos asintieron en mutua comprensión. Volyu había decidido venir en persona para evaluar los preparativos de Takval sin el filtro de los mensajeros. Aparentemente

lo que había visto le había impresionado lo bastante como para desear compartir una parte mayor de la gloria de una rebelión triunfante.

—Tío, no es el momento de dividir a mis guerreros —dijo Takval. No podía rechazar abiertamente a Volyu, puesto que aún necesitaba su colaboración como espía frente a los lyucu—. Los jinetes de garinafins y los soldados de a pie tienen que practicar con las nuevas armas, y los artesanos y consejeros de Dara deben seguir perfeccionando nuestros planes. Y, lo más importante, tenemos que seguir reclutando. Mientras no contemos con suficientes guerreros para atacar a los principales thanes lyucu y a Pékyu Cudyu al mismo tiempo, no podemos arriesgarnos a que nos descubran.

Volyu miró a Takval y contrajo los músculos de la cara, como si estuviera sopesando alguna decisión difícil. Finalmente habló.

—¿Y si te dijera que hay una manera de atacar a todos los thanes de guerra lyucu al mismo tiempo, con los guerreros y combatientes dara que tienes?

—Explícate —dijeron Takval y Théra al mismo tiempo, sin molestarse en disimular el nerviosismo en la voz.

—Hace cinco años que Cudyu asumió formalmente el título de pékyu…

Durante los años posteriores a la partida de Pékyu Tenryo y Tanvanaki de Ukyu-Gondé, Cudyu retuvo el título de pékyu-taasa mientras gobernaba como señor supremo de facto de las planicies. Pero con el tiempo se sintió suficientemente seguro de que su padre y su hermana no regresarían y asumió el título de pékyu de los lyucu. Para celebrar la ocasión del quinto año de su reinado como pékyu absoluto, había convocado a todos los thanes-garinafin, thanes-tigre y thanes-lobo con el fin de que dejaran sus territorios invernales y se juntaran en la cuenca de Aluro en el solsticio de invierno para honrar a los dioses. A partir de ahí, los thanes irían a Taten para realizar más sacrificios, llevando los presentes y el tributo exigidos a las tribus agon que habitaban bajo el control de cada thane. Como líder nominal de los agon sometidos, Volyu había viajado hasta el valle de Kiri, en parte, con el fin de obtener más bienes para ofrecer como tributo a Cudyu.

—Pero ese era el plan hasta ver lo que habíais conseguido —dijo Volyu con una voz llena de admiración—. Siempre he hablado de esperar el momento, pero el momento finalmente ha llegado.

El corazón de Théra se aceleró cuando comprendió lo que Volyu quería decir. Los thanes que asistirían a la celebración en la cuenca de Aluro solo llevarían consigo unos cuantos guerreros, no todo su ejército, lo que significaba que todos los cabecillas importantes se

congregarían en un solo lugar, y únicamente estarían protegidos por las fuerzas de Cudyu.

—La cuenca de Aluro es el lugar en donde Tenryo comenzó su ascenso —dijo Volyu—. Es casi demasiado perfecto que sea allí donde caiga su hijo.

—¡No! —dijo Théra—. ¡Deberíamos atacar Taten!

Volyu la miró con extrañeza.

—Pero en Taten tendríamos que enfrentarnos a toda la fuerza de garinafins de Cudyu —dijo Volyu—. En la cuenca de Aluro habrá muchos menos guerreros. Además, está más cerca del valle de Kiri. ¿Por qué esperar, si estaréis listos para el solsticio de invierno?

Takval asintió, de acuerdo con su tío.

Théra hizo un esfuerzo por calmarse.

—No te equivocas… pero las ventajas de atacar Taten son mayores que los inconvenientes. Los thanes, decididos a impresionar a Cudyu, estarán alerta y en guardia a su llegada a la cuenca de Aluro, pero cuando regresen a Taten estarán relajados tras la celebración. No hay duda de que una vez allí competirán para ver quién hace los regalos y el tributo más generosos a Cudyu, rivalizando por su favor. Estos empujones políticos relajarán aún más la seguridad, especialmente porque los thanes ya se sentirán seguros en el territorio de Cudyu. *Por eso* Taten es mucho mejor para dar el golpe que la cuenca de Aluro. Y el tiempo extra nos permitirá prepararnos mejor, lo que siempre es bueno.

Volyu asintió, aceptando de mala gana el análisis de Théra.

Théra suspiró aliviada. Lo que había dicho era razonable, pero no era toda la verdad. Ella prefería Taten en lugar de la cuenca de Aluro porque estaba más cerca de los barcos-ciudad. Un único golpe mortal con una pequeña fuerza eliminaría el liderazgo lyucu *y* capturaría los barcos-ciudad, logrando así de una sola vez los objetivos de las facciones dara y agon de la alianza. Por otra parte, un ataque contra los lyucu en la cuenca de Aluro dejaría intactos los barcos-ciudad, y a Théra le preocupaba que el resto de los lyucu, o incluso algún ambicioso thane agon, pudieran apoderarse de los barcos-ciudad, lo que ocasionaría nuevos problemas más adelante. Ciertamente, atacar Taten era más arriesgado que hacerlo en la cuenca de Aluro, pero estaba convencida de que el riesgo adicional valdría la pena.

En la mente de Théra, era como si las intricadas piezas de un puzle hubieran encontrado finalmente su sitio para formar un conjunto coordinado. Todos los intereses y los objetivos discrepantes de los agon y del pueblo de Dara se habían entrelazado en una única bestia mecánica de huesos, que tenía vida y respiraba.

La mirada entusiasta del rostro de Takval le confirmó que estaba de acuerdo con su plan.

Pero Souliyan intervino:

—Esto no me parece correcto.

—¿Por qué? —inquirió Théra.

—Atacar a los lyucu cuando están reunidos para honrar a los dioses… —Souliyan parecía enfocar la mirada a una distancia indefinida—. Me temo que traerá la ira de los dioses. Además, no estamos suficientemente preparados.

Théra, que tenía un respeto intelectual por los dioses de Ukyu-Gondé pero poca devoción innata, empezó a preocuparse. Una cosa era cuando no veía la oportunidad de alcanzar la victoria con un solo golpe, pero ahora que Volyu les había mostrado esa oportunidad, no podía evitar aferrarse a ella.

—Seguramente a los dioses les complacerán nuestra audacia y nuestra astucia. Esa es la ley de las planicies…

—No sabía que fueras una hechicera —dijo Souliyan, con una voz inusitadamente fría—. ¿Ahora hablas por nuestros dioses?

Théra se quedó desconcertada, pero afortunadamente Takval acudió en su rescate.

—Madre, Théra no tenía la intención de ser irrespetuosa. Puede que no hable por nuestros dioses, pero los chamanes siempre nos han enseñado que a los dioses no les gusta llevarnos de la mano como si fuéramos potrillos. Afir y Kikisavo también actuaron con audacia cuando se les presentó la oportunidad, y los dioses los recompensaron por ello.

—¿Ahora os creéis los iguales de Afir y Kikisavo?

—No —dijo Takval—, pero Afir y Kikisavo no estaban seguros del éxito antes de adentrarse en el desierto.

—Hemos sido protegidos por los dioses… —dijo Souliyan con la voz cada vez más débil.

Théra empezó a sospechar cuál era la verdadera causa de las dudas de Souliyan. La anciana tenía una vena pacifista. Una vez le contó que su sueño era encontrar un refugio alejado de los lyucu, para vivir en paz y salir de los ciclos de venganza y represalias. Probablemente pensaba que el valle de Kiri podía ser ese lugar seguro y no quería renunciar a él.

—Madre —dijo Théra, intentando mantener una voz amable pero sin rendirse—, no podemos escondernos para siempre, y lo sabes. Nunca te he mentido respecto a cuál es nuestra meta.

Souliyan desvió la mirada de Théra a Takval, y de nuevo a Théra. Después de un tiempo, suspiró.

—Mi corazón está lleno de dudas, pero no soy el pékyu ni la princesa de Dara.

—Simplemente te preocupa tu hijo, como a cualquier madre —dijo Volyu, moviendo la mano con desdén—. Pero tanto él como su esposa comprenden que el lobo astuto no debe titubear cuando el pastor le ofrece su garganta —se giró hacia Takval—. Dame la mitad de tus fuerzas y, junto con mis guerreros, reclamaremos por fin la gloria de tu abuelo.

Théra se dio cuenta de que Volyu no estaba haciendo este ofrecimiento llevado por un súbito acceso de valor o de orgullo. Veía que la rebelión iba a triunfar y quería compartir el botín. En realidad, estaba segura de que si Takval cedía, Volyu encontraría alguna manera de desafiarle posteriormente, con la esperanza de convertirse él en pékyu.

Estaba a punto de advertir discretamente a Takval, pero este ya sacudía la cabeza lentamente.

—¿Por qué? —inquirió Volyu—. No me digas que tu madre te ha contagiado el miedo. No volverás a tener otra oportunidad como esta.

—No me entiendes, tío. *Vamos* a aprovechar esta oportunidad de atacar, pero no puedes mandar la mitad de las fuerzas. No hay duda de que Pékyu Cudyu solicitará tu presencia en esta celebración, como representante de los derrotados agon.

Théra comprendió al instante que Takval tenía razón. Si Volyu no aparecía en el banquete, Cudyu sospecharía y la rebelión se pondría en peligro.

—Por eso tienes que asistir al banquete, como si no fuera a pasar nada fuera de lo normal —dijo Takval.

—De hecho, cuando llegues a Taten podrás decirnos cómo están dispuestas las defensas de Cudyu —dijo Souliyan.

—Esa sería la mejor contribución que puedes hacer, tío —dijo Théra—. Mucho mayor que dirigir la mitad de las fuerzas de Takval.

Théra y Takval intercambiaron otra rápida mirada, y Théra sonrió para sí. Le alegraba que su marido pensara de manera parecida a la suya. Ya no era el guerrero impulsivo que optaba por el sacrificio como solución inmediata para cualquier problema. Había aprendido a anticipar, a tramar, a desconfiar de los que no son dignos de confianza.

—Me estás pidiendo que asuma un gran riesgo —dijo Volyu, con la mirada dura y la voz entrecortada.

—¿Si no arriesgas nada, cómo podemos confiar en ti? —preguntó Théra con una voz igual de dura—. Si no te comprometes, no podrás exigir una parte del botín. Cuando los lyucu sean derrotados no

tendrás nada.

—¡Pero ya he asumido riesgos! ¡He mantenido vuestro secreto! He protegido…

—Haremos todo lo que esté en nuestro poder para rescatarte antes del ataque —dijo Takval.

—Y no olvidaremos tu contribución —dijo Théra suavizando el tono. A Volyu lo único que le preocupaba era lo que él mismo pudiera ganar o perder, y ella tenía que ofrecerle la zanahoria al mismo tiempo que le amenazaba con el palo—. Takval y yo te honraremos y te consultaremos antes de tomar cualquier decisión.

—Cuando los lyucu sean derrotados, tu tío será el pékyu-votan —dijo Souliyan. Miró a Takval. Tras un momento de titubeo, Takval asintió.

Pékyu-votan era el título otorgado al predecesor del actual pékyu. Como los pékyus de las planicies no solían abandonar su puesto hasta la muerte, era raro que hubiera un pékyu-votan, pero no carecía de precedente. Théra reflexionó sobre la sugerencia de Souliyan y la consideró muy inteligente. Por un lado, la vanidad de Volyu quedaría satisfecha con el premio, que nominalmente le haría superior al propio Takval. Por otro, Volyu quedaría privado de cualquier poder real, puesto que no mandaría sobre la lealtad de cualquier guerrero de Takval.

En realidad no sería más que una figura, un montón de huesos vivientes, la reliquia de un tiempo pasado, cuando los agon consiguieron sobrevivir acobardándose ante los abusos de los lyucu.

Evidentemente, Volyu comprendía la realidad de lo que le estaban ofreciendo.

—¡Os he dado la información que os ayudará a lograr la victoria! —suplicó—. Creo que merezco más que eso.

—Tuviste muchas oportunidades en el pasado, hermano —dijo Souliyan—. Ha sido Takval quien ha pasado años levantando esta base con Théra, preparándose con paciencia para cuando se presentara la oportunidad. No puedes esperar llegar de sopetón en el último momento y llevarte lo que es suyo y solo suyo.

—Creía que no aprobabas el plan —se burló Volyu—. Pero ahora estás intentando que a tu hijo se le reconozca el mérito por *mi* plan.

—Sigo teniendo mis dudas —dijo Souliyan—. Pero estoy segura de que los dioses se sentirán más complacidos con la piedad de Takval que con la tuya.

Antes de que Volyu pudiera replicar, Takval le interrumpió.

—Trabaja a mi lado, tío. Actuemos por una vez como una familia y alcancemos el sueño que respira dentro del pecho de cada agon. Esa

sería, creo yo, la mejor recompensa de todas.

Volyu miró a los tres y suspiró.

—Cómo me arrepiento ahora de no haberte apoyado cuando llegaste a Sliyusa Ki… —su mirada era distante, como si estuviera imaginando ser el pékyu de los agon, con Théra y Takval como sus leales thanes. Era un futuro alternativo que nunca llegaría.

A su pesar, Théra sentía compasión del viejo. Era codicioso y egoísta, y había sacrificado las vidas de otros más valientes que él para mantenerse a salvo como criado de los lyucu. No obstante, consiguió mantener con vida a muchos de los agon durante algunos de los peores periodos del dominio de Tenryo, y había sido de cierta ayuda para Takval y para ella.

—Juro por todos los dioses de Dara y Gondé —dijo Théra— que olvidaré el pasado y te honraré como pékyu-votan si acudes a Taten y nos ayudas a vencer. En una ocasión dejaste pasar una oportunidad para redimirte. Aprovecha esta.

Takval vertió kyoffir en dos cuencos de cráneo y empujó uno frente a Volyu.

—Que la única sangre que se derrame de aquí en adelante sea la sangre de nuestro común enemigo —dijo, vaciando el cuenco de un solo trago. Mostró el cráneo vacío a su tío.

Durante un prolongado y silencioso instante, Volyu permaneció sentado, devolviendo la mirada a su sobrino. Parecía que en su rostro libraban batalla complicadas emociones: duda, celos, miedo, añoranza. Al final prevaleció una mirada de resolución.

—Siempre llega un momento en el que lo viejo debe ceder el paso a lo nuevo.

Acabó su kyoffir y mostró el cráneo vacío a Théra, a Takval y a Souliyan, por turnos.

Permanecieron juntos comiendo, bebiendo y haciendo planes para la caída de los lyucu hasta que volvió a amanecer.

CAPÍTULO VEINTIUNO

CÁLCULOS

MONTAÑAS RORO AL NORTE DE KRIPHI: NOVENO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (CONOCIDO EN DARA COMO EL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS, Y OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA HACIA UKYU-GONDÉ)

—¿Estás absolutamente seguro? —preguntó Tanvanaki, pronunciando las palabras dara pausadamente.

A pesar de ello, el hombre dara arrodillado a sus pies, con la frente contra el suelo, temblaba como hoja en otoño. Por primera vez en muchos meses le habían permitido que se vistiera, no tanto por su propio bien sino porque Tanvanaki no quería ver las cicatrices que le cruzaban el pecho y la espalda, evidencia de lo que había hecho falta para implantarle cierto sentido de lealtad.

—He co-comprobado los cal-cálculos muchas veces, votan —dijo.

—Enséñamelos —dijo ella.

Haciendo un esfuerzo, se arrastró hacia delante y colocó un pergamino en el suelo, a sus pies, antes de retirarse arrastrándose hacia atrás. Gateaba sobre manos y rodillas no tanto por miedo como por necesidad. Tras su última tentativa de huida, Tanvanaki había ordenado que le seccionaran los tendones de las pantorrillas, incapacitándole de por vida.

Tanvanaki levantó el pergamino y lo desenrolló, leyendo con atención las columnas de cifras. No era una gran matemática, pero podía seguir con soltura los desarrollos, especialmente porque ella misma había trabajado siguiendo esos pasos muchas veces en los años pasados en Ukyu-taasa.

—¿Entonces el Muro de las Tormentas se abrirá en poco más de dos años y seis meses? —preguntó.

El hombre levantó la cabeza del suelo para asentir, pero no lo bastante para mirarle a los ojos. Luego volvió a colocar la frente en el suelo.

¿Tiene miedo de mirarme porque le aterroriza que vuelva a hacerle daño o porque no quiere que vea el odio en sus ojos? se preguntó Tanvanaki. Pero decidió que daba igual.

—Bien —dijo—. Ya conocía la respuesta, pero es bueno que me demuestres tu lealtad.

El hombre se relajó visiblemente.

—¿Pero por qué no lo descubriste antes? —preguntó.

Comenzó a temblar de nuevo. Tanvanaki giró la cara, asqueada. ¡Pensar que este hombre había sido un *cashima*, un erudito que escribía arrogantes ensayos sobre las políticas más adecuadas para el Trono del Diente de León, como si fuera una especie de sabio que solo necesitaba que le reconocieran su talento! A pesar de que era ella quien le había reducido a ese estado servil, poco más que un perro que suplica sobras, detestaba ver a un erudito tan degradado. La veneración por el aprendizaje, sembrada en ella por Oga Kidosu y Luan Zya, era un ideal de la infancia que se negaba a abandonar su gélido corazón.

—¡Vuestro humilde esclavo lo siente, votan! El talento de Luan Zya era muy superior al mío —tuvo mucho cuidado de no llamar «maestro» a Luan ni usar el sufijo -ji con su nombre, como solían hacer en las islas principales—. Este… este… este estúpido dara-raaki no pudo detectar el en-engaño hasta que sugeristeis que posiblemente utilizó un código. Este idiota intentaba…

El olor a orina llenó de súbito la tienda.

—¡Cállate! —gruñó Tanvanaki, asqueada por sus despreciables súplicas. Claro que entendía que era más fácil descifrar un código cuando sabías que había un código. Durante años asumieron que los viejos cálculos de Luan Zya no eran más que un engaño. Nadie intentó estudiarlos como si fueran un mensaje codificado.

Se acercó a la entrada de la tienda a grandes pasos y llamó a los guardias.

—Lleváoslo. Bañadlo y dadle suficiente agua y comida.

Es preciso salvaguardar ese cerebro.

La batalla del golfo de Zathin confirmó a Tanvanaki que la mayor amenaza para el éxito a largo plazo de los lyucu eran el conocimiento y la técnica del pueblo dara. Si querían realmente dominar Dara, los lyucu tenían que igualar a los nativos en competencia mecánica.

No obstante, aunque los lyucu habían intentado con poco entusiasmo estudiar y adquirir las competencias en ingeniería dara desde los tiempos en que Tenryo se encontró por primera vez con la flota de Mapidéré, dichas iniciativas no habían logrado gran cosa. La tradición mecánica de un pueblo era un lenguaje, con sus propias expresiones, gramática y sintaxis, morfología y fonética. Al estar basada en la cultura y la historia de un pueblo, no podía adoptarse en su conjunto por otro, sin un esfuerzo dedicado y sostenido en su

adaptación, traducción, imitación, fusión y, en último término, innovación inspirada. Al igual que el proceso de aprendizaje de cualquier lengua, exigía cambios fundamentales en los hábitos de pensamiento, en la forma de vida, en la historia que un pueblo se contaba a sí mismo sobre quién era —cambios que Tenryo y sus thanes no podían tolerar. Los artesanos lyucu no podían convertirse en inventores especializados con solo aprender la manera de mantener los barcos-ciudad, de la misma manera que los guerreros lyucu no podían convertirse en arqueros hábiles solo con coger un arco.

Tanvanaki no tenía ni el tiempo ni la libertad para promover y desarrollar la ingeniería lyucu y que pudiera competir de igual a igual con los mecánicos dara, especialmente cuando la situación en Ukyu-taasa era tan precaria. Tenía que conformarse con la mejor alternativa: apropiarse de sus cerebros en lugar de cultivar los propios. Había establecido este campo de prisioneros secreto en las montañas Roro para encerrar en él a los individuos con talento capturados en las islas principales de Dara y obligarles a servir a los lyucu. Pero el plan había tenido poco éxito, pues parecía que los socios piratas de Noda solo le traían inútiles estudiosos de filosofía. Al menos tuvo suerte de encontrar a este *cashima* que sabía matemáticas.

Cuando los guardias se llevaron al aterrorizado erudito, Tanvanaki comenzó a dar vueltas por la tienda, intentando desentrañar la maraña de pensamientos que la acosaban.

Por fin tenían sentido los misteriosos mensajes encontrados en los caparazones de algunas tortugas capturadas hacía años. No se había atrevido a confiar en la información que le trajo su espía sin nombre mientras no tuviera confirmación independiente. Probablemente su hermano descifró el código de Luan Zya mucho antes que ella, y le envió las tortugas para anunciarle la llegada de una flota de refuerzo.

Ella había estado haciendo planes a largo plazo para encontrar alguna manera de coexistir con los nativos cuando expirara el tratado de paz, pero ahora tenía que reconsiderar dichos planes. ¿Cómo reaccionaría Cutanrovo y sus acólitos más intransigentes cuando supieran la llegada de más barcos-ciudad? ¿Cómo podría convencerles de continuar con la política de reconciliación con los nativos instaurada por Timu? Sería mejor asegurarse de que las noticias sobre la supuesta apertura del Muro permanecían en secreto.

No le sorprendía el alcance de la traición de Luan Zya. Siempre había tenido un don para ponerse en el lugar de los demás. La naturaleza de algunas personas de Dara los obligaba a colocar los intereses de su propio pueblo por encima de los de los lyucu, con independencia de que se les tratara de forma amable o severa. Esto era

así en el caso de Oga Kidosu, su primer maestro, y también de Luan Zya, el segundo. Pero no podía culparles. En realidad, admiraba su fortaleza y su ingenio. Ojalá ella pudiera mostrar esa misma fuerza de carácter de estar en su situación.

Ya basta, no puedo dejar que esta admiración se convierta en debilidad. Ellos son el enemigo*. No son lyucu.*

Tanvanaki se frotó la frente, exhausta. En muchos aspectos su padre lo había tenido más fácil. Conquistar los cuerpos del pueblo de Dara exigió astucia y valor, pero conquistar sus corazones… ese era un problema contra el que llevaba años dándose de cabezazos sin encontrar solución.

El espía sin nombre, cuyo informe la había llevado hasta esa prisión apartada en las montañas al norte de Kriphi, entró silenciosamente en la tienda.

—He confirmado tu informe —dijo ella, relajándose al poder hablar en lyucu. No había necesidad de elogiarle—. Mereció la pena que permanecieras en el barco dara después de que se fuera Noda Mi.

—¿Debo eliminarlo? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Ya sé que no puedo confiar en él, pero sigue siéndonos útil. Dejemos que Jia y los demás dara-raaki piensen que han conseguido reclutar un espía.

Él asintió con la cabeza y no dijo nada más.

Tanvanaki no se molestó en explicarle sus razones. No era más que un instrumento, completamente dedicado a ella, y los instrumentos no precisan que les den explicaciones.

—Contacta con los piratas y diles que quiero que se centren en Ginpen y alrededores.

—¿Los mismos que están en contacto con Noda?

—No —dijo Tanvanaki, tras un momento de duda—. Deja que los que tienen tratos con Noda continúen como hasta ahora.

Desviar la atención puede sernos útil.

—Pero recalca a los piratas que tienen que conseguirme personas útiles: ingenieros, mecánicos, herreros, artesanos que sepan inventar máquinas. Ellos no tienen por qué saber dónde encontrar a esta gente, pero deberían poder encontrar socios que sí lo sepan.

El espía sin nombre asintió y abandonó la tienda silenciosamente.

MIENTRAS TANTO, EN PAN

En la cámara del Consejo Interno, Zomi Kidosu y la emperatriz Jia leían con atención los informes de la señora Ragi y Gori Ruthi.

—¿Qué es lo que te parece más interesante? —preguntó Jia.

Zomi recapacitó sobre la pregunta un momento antes de responder.

—Tanvanaki ha tenido bastante éxito con sus iniciativas para pacificar a la población local. Según lo que Noda Mi contó a Ragi al final de la conversación, los lyucu se han ganado a la élite nativa permitiéndoles compartir algunos de los beneficios de la conquista. Estoy impresionada por toda la información que Ragi consiguió extraerle.

Jia asintió.

—A Ragi se le da muy bien conseguir que las personas se abran sin tener que hacer preguntas demasiado obvias.

—Da la impresión que los ricos y las personas acomodadas de Rui y Dasu están satisfechas con los lyucu, aunque los pobres no reciban el mismo trato. Puede que hayan disminuido las masacres de la población civil, pero el precio a pagar es el de la esclavitud, asegurada gracias a la colaboración y la vigilancia voluntaria por parte de la nobleza nativa.

—No pueden hacerlo de otra manera —dijo Jia—. El ejército conquistador lyucu no es lo bastante numeroso, por lo que se ven en la necesidad de incorporar a las élites locales para que los ayuden a controlar al resto de la población. Al tolerar cierta corrupción y otorgar privilegios a tontos útiles como Noda, Tanvanaki no solo compra su lealtad, sino que abre una brecha entre ellos y los campesinos.

Ninguna de las dos mencionó que probablemente alguna de las políticas, especialmente las que otorgaban privilegios adicionales a los funcionarios y eruditos nativos, habían sido propuestas por Timu. Llevado por la errónea creencia de que era posible cambiar gradualmente a los lyucu si entraban en contacto con la filosofía moralista, el emperador marioneta había ayudado involuntariamente a los conquistadores a afianzar su dominio de Dara Irredenta.

—Hay cierto resentimiento latente —dijo Zomi—. A pesar de todos sus privilegios, las élites locales están sometidas a los lyucu. Está claro que Noda parece querer algo más.

—Las personas como Noda nunca están satisfechas —dijo Jia—. Pero eso no es algo que deba preocupar mucho a Tanvanaki. Como ahora dependen de los lyucu para mantener sus ventajas, las personas de la clase de Noda lucharán con los lyucu contra nosotros, porque saben que los campesinos los odian y que serán ejecutados por traidores si los lyucu pierden.

—Entonces no podemos creer nada de lo que nos cuente Noda, ni siquiera esa vaga insinuación sobre Dimu y Dimushi.

—Todo lo contrario —dijo la emperatriz—. Creo que debemos creerle en ese punto.

—¿Por qué? —preguntó Zomi confundida.

—Noda es la encarnación del sueño de un incentivista, puesto que lo único que le mueve son sus intereses —dijo Jia, con una fría sonrisa de suficiencia aflorando en la comisura de los labios—. Por eso resulta fácil entenderlo. ¿Qué crees que buscan los piratas en sus incursiones?

Zomi se lo pensó.

—Han aumentado su frecuencia en el último año y, como señalaba en mi último informe, se han producido muchos casos de raptos de pasajeros sin pedir ningún rescate por ellos… Los piratas deben estar buscando algo más que productos para el contrabando, deben estar vendiendo a los hombres y mujeres cautivos a los lyucu.

—¿Y por qué iba a estar Tanvanaki interesada en comprar personas?

—Eso… no está claro. Hasta ahora las personas raptadas no tienen muchas cosas en común, excepto la mala suerte de viajar en los barcos equivocados, aunque los supervivientes de los asaltos mencionaron que los piratas les preguntaban si sabían leer… —sus ojos se achicaron —. ¿Los lyucu están intentando conseguir información?

Jia asintió.

—Creo que Tanvanaki está secuestrando a personas por su inteligencia.

—Eso es despreciable —espetó Zomi—. ¡Es un acto de guerra!

—Probablemente negará cualquier implicación al utilizar a los piratas como intermediarios —dijo Jia.

—¡Pero aunque consiga secuestrar a algunos trabajadores cualificados, seguramente estos seguirán el ejemplo de Luan Zya y se negarán a colaborar con los lyucu!

—No estés tan segura —dijo Jia—. Como los incentivistas suelen recalcar, hay maneras de forzar la obediencia de cualquier persona, bien mediante la tentación de una recompensa, bien mediante la amenaza del dolor. La prueba son los eruditos que permanecen en Rui y Dasu.

Zomi se quedó en silencio. Sabía que la emperatriz tenía razón. Incluso su propio maestro, el gran Luan Zya, había sido obligado a dirigir la fuerza invasora hacia Dara, aunque lo hizo para evitar que torturaran a otros, no para evitar su propia tortura. Y Luan había conseguido vengarse después de muerto.

—A propósito, el interés en conseguir gente también explica por qué Noda Mi nos filtró esa información —dijo Jia—. Él mide a todo el mundo según su propio corazón, que es envidioso, inseguro y está

obsesionado con el estatus. Para él, conceptos como la confianza o la lealtad carecen de significado. Le preocupa que algunas de las personas secuestradas en Dara acepten colaborar con Tanvanaki para vivir mejor. Y como Tanvanaki aprecia la información que puedan proporcionarle más que la que le proporciona él, teme que su posición se vea amenazada. Esa es la razón por la que nos dio una pista, con la esperanza de que pudiéramos frustrar el plan de su ama.

Zomi sacudió la cabeza maravillada. En ocasiones se sentía inadecuada para su puesto de secretaria de clarividencia porque le resultaba difícil obligar a su mente a razonar según las pautas malévolas mostradas por alguien como Noda Mi. La asaltó una nueva cuestión.

—Hay algo que no encaja… La información más valiosa para los lyucu es la relativa a nuestros planes militares. Pero si eso es lo que están buscando deberían centrarse en las bases navales y los barcos de la armada, no en buques mercantes.

—Nunca subestimes a nuestros adversarios —la reprendió Jia—. En primer lugar, un ataque de los piratas a la armada nunca funcionaría. En segundo lugar, ¿por qué estás tan segura de que lo que Tanvanaki busca es inteligencia militar? Eres la secretaria de clarividencia, deberías ver más allá.

—De acuerdo —dijo Zomi. Cerró los ojos y se concentró en lo que ya sabía—. Si no están interesados en la inteligencia militar de ahora mismo, deben estar haciendo planes a largo plazo… Información que no tienen y que les ayudará a largo plazo… —sus ojos se abrieron de golpe—. Deben estar buscando información sobre las artes mecánicas, especialmente las relacionadas con las armas y la maquinaria de guerra. Ahora que han afianzado su dominio en Rui y Dasu, intentan mejorar la capacidad de sus fuerzas para superar nuestra ventaja técnica, que fue la causa de su derrota la última vez.

Jia asintió expresando aprobación.

—Las mentes más brillantes de Rui y Dasu fueron diezmadas durante la conquista lyucu, y carecen de ingenieros y mecánicos experimentados. Con mayor conocimiento de la ingeniería, pueden encontrar los puntos débiles de nuestros sistemas y centrar ahí sus ataques. Lo mismo que nosotros estamos buscando expertos en el combate con garinafins, ellos quieren expertos en las técnicas de guerra dara. De hecho, me temo que Tanvanaki puede estar pensando ir más allá. La adquisición de conocimientos mediante el secuestro de ingenieros puede que solo sea el primer paso, y que su último objetivo sea desarrollar ellos mismos esas capacidades.

Zomi se echó a temblar pensando en lo mucho más terribles que

podrían ser los lyucu, con una población esclavizada dócil que les apoyara y la capacidad de sus guerreros amplificada con lanzas sedamóticas, crubens mecánicas, pólvora de pirotecnia y otros inventos dara. Tanvanaki, desde luego, era una señora de la guerra que había que tener en cuenta.

—Aumentaré las patrullas navales en el estrecho de Amu, y avisaré a los artesanos e inventores de Dimu y Dimushi para que solo viajen por tierra mientras sea posible. También aumentaré la seguridad alrededor de nuestros laboratorios y academias de investigación, por si se cuela algún espía lyucu.

—Como siempre, Zomi, nuestra gente son nuestro principal recurso. Su protección debe ser nuestra máxima prioridad. Si los lyucu adquieren conocimiento avanzado de la ingeniería dara, no solo sufrirán los hombres y mujeres secuestrados, sino que muchos otros morirán en una futura invasión. Sé que Phyro y tú deseáis que adopte una posición más dura con respecto a los lyucu; bueno, pues esta es: no debemos permitir que rapten a una sola persona más.

Zomi asintió solemnemente.

—Si hubiera algún modo de desbaratar los planes de Tanvanaki… de desestabilizar el gobierno lyucu…

—Solo podemos jugar con las piezas que tenemos en el tablero —el rostro de Jia estaba impasible—. Puedes irte.

Todo el mundo sabía que, en el Jardín de Palacio, el cobertizo que parecía una vieja tienda de medicina de Cocru y los jardines e invernaderos que lo rodeaban, ocultos tras un espeso seto, eran terreno prohibido. Años atrás, Rin Coda, amigo de la infancia del emperador Ragin y luego secretario de clarividencia, se colaba a veces para robar las hierbas que producen alucinaciones y divertidos espejismos. Pero desde entonces la seguridad se había reforzado y ningún cortesano, sirviente, criada o dama de compañía estaba autorizado a ir más allá de la valla de seto. Las Aletas de Dyran patrullaban día y noche para asegurar que solo la emperatriz tuviera acceso.

Ese era su refugio, el lugar donde podía estar segura de estar con la sola compañía de sus pensamientos.

Con una gruesa mascarilla cubriéndole nariz y boca, Jia trabajaba rodeada de cajones de medicinas, morteros de piedra y manos de jade, braseros de bronce, manojos de hierbas y cuencos de polvos molidos, además del resto de accesorios de una experta herborista.

Se encontraba de pie delante de un pequeño caldero, que borboteaba sobre un fuego bajo encima del banco de trabajo. Los vapores de la decocción eran acres, como si algo se estuviera

quemando. Una campana de seda sobre el banco de trabajo recogía los gases, y una serie de fuelles movidos por un molino de viento colocado sobre el tejado mantenía el aire en circulación, dirigiendo hacia el exterior el efluvio recogido por la campana mediante una serie de conductos.

De vez en cuando revolvía el caldero, intentando mantener la cara alejada de los gases. El objetivo era extraer los componentes más volátiles, responsables del olor (y el sabor) fuerte, de la sustancia en ebullición, sin que ello afectara mucho a la potencia de la decocción.

Sus experimentos requerían discreción, exigían sutileza.

A cierta distancia del caldero en ebullición había una pequeña jaula donde se agazapaba un conejo blanco. A pesar de tener suficiente agua y hierba fresca en la jaula, el conejo no les hacía caso. En vez de eso, movía nerviosamente la naricilla, tenían los ojos fijos en el caldero bullente y escarbaba con las patas entre los barrotes de la jaula, como si quisiera saltar al caldero y disfrutar de los penetrantes gases.

Jia miró fríamente al conejo y, tras una pausa para tomar algunas notas en una hoja de papel, volvió a remover el líquido en ebullición.

Hace ya tiempo, cuando en su juventud estudiaba con algunos de los mejores herboristas de Faça, sus profesores le habían inculcado la importancia de los antiguos cánones seguidos por los herboristas: toda sustancia es tanto una medicina como un veneno; lo que alivia el dolor, si no se usa bien, puede causar el mayor dolor del vacío; un herborista debe esforzarse por sanar, no por causar daño.

Se preguntaba cómo reaccionarían sus profesores ahora si comprendieran lo que estaba haciendo. Imaginaba los argumentos que les daría.

No es daño si simplemente les doy lo que quieren.

Solo estoy estimulando tendencias que ya están profundamente arraigadas en el corazón.

Combatir el mal con el mal no es ningún mal.

No soy una guerrera; por tanto debo luchar con hojas de hierba.

Bueno, podía inventar excusas y racionalizaciones como cualquier *cashima* pillado haciendo trampas en el Gran Examen. Pero sabía que estaba quebrantando los cánones, la sabiduría acumulada por sus profesores y por los profesores de sus profesores.

Se escuchó un chillido muy agudo, como el de un niño aterrorizado. Jia se estremeció y soltó la cuchara que estaba utilizando para remover. Miró hacia la jaula de donde provenía.

Los barrotes estaban cubiertos de sangre. El conejo se había mordido la pata delantera hasta el hueso y de su boca salía sangre

mientras continuaba rascando y mordiendo los barrotes de la jaula, aparentemente ajeno al dolor. Sus ojos estaban fijos en el caldero. El agua y la comida seguían sin tocar, aunque el platillo de agua había tomado un color carmesí oscuro. Los chillidos agudos y los quejidos continuaron.

Con dedos temblorosos, Jia hizo otro par de anotaciones en el papel. Decidida, ignoró al conejo y volvió a remover el caldero. Los glóbulos del fondo habían perdido su color vibrante y ahora se parecían más a perlas que a cuentas de coral.

No existía en Dara tradición oral o antiguos tomos que describieran estas bayas. Ella las había cultivado con esmero en los invernaderos pegados al cobertizo, acelerando su crecimiento en el áspero suelo volcánico. A lo largo de los años, había estudiado meticulosamente sus propiedades y experimentado con animales y… otros sujetos. Haciendo uso de todos sus conocimientos sobre reproducción selectiva, había logrado que cada generación fuera más potente que la anterior, impaciente como una florista ansiosa por crear la legendaria rosa negra o la peonía más novedosa de tres colores. Ahora las bayas eran tan diferentes de sus progenitoras como un caniche faldero de un lobo salvaje.

Para sacarse de la cabeza los horribles chillidos del conejo, volvió a pensar en su conversación con Zomi. La joven secretaria de clarividencia había hablado de desbaratar los planes de Tanvanaki, de desestabilizar el gobierno lyucu en Rui y Dasu… pero ¿acaso entendía lo que eso exigía? ¿Era capaz de anticipar el hierro y la sangre que consumiría, tan horripilante como el espeso líquido rojo coagulado sobre los barrotes de la jaula?

No, claro que no. Por eso ella era la emperatriz, la que debe sopesar el sacrificio de un conjunto de piedras por otro, y luego actuar. Esa era también la razón por la cual nunca debía mencionar la información clave que había pedido a Ragi que filtrara en Rui, y el mensaje que le había pedido que transmitiera a Timu.

Le dolía tanto el corazón al pensar en Timu que tuvo que dejar de remover y cerró los ojos. Se encorvó como si le hubieran dado un puñetazo. *Oh, Toto*-tika*, lo siento mucho. Ojalá hubiera otra manera.*

En el momento en que le vino a la cabeza se quitó la idea de encima como si espantara a una mosca. *No puedo permitirme el lujo de arrepentirme. Los dientes sobre el tablero. Yo sostengo el Sello de Dara y esa es mi carga.*

A ninguna madre le gusta admitir que tiene un favorito entre sus hijos, pero lo cierto era que el amor que sentía por Timu era de una calidad diferente al que sentía por Théra. A pesar de ser el

primogénito, Timu siempre había estado más pegado a ella, era más dependiente. Mientras que Théra siempre había sido más testaruda y poseía una firme confianza en sí misma, incluso de pequeña, Timu siempre buscó la aprobación —de su maestro, de su padre y, sobre todo, de su madre. Rata-*tika* le recordaba a Jia cómo era ella misma de joven, y podía soportar con cierta serenidad que Théra marchara lejos de las costas de Dara, segura de que la joven sobreviviría y progresaría. Toto-*tika*, por el contrario, siempre le pareció el eterno muchacho que necesitaba su protección y despertaba sus instintos más tiernos.

Imaginó su propio corazón recubierto de hielo. Respiró hondo. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Se enderezó y se dio cuenta de que los chillidos de bebé habían cesado. Hizo un esfuerzo por mirar hacia la jaula. El conejo yacía inmóvil y su pelaje blanco estaba cubierto de sangre. Se había destrozado las dos patas delanteras a mordiscos y partido las mandíbulas contra los barrotes.

De manera mecánica, dirigió su cuerpo como si estuviera manejando una marioneta y se obligó a mover los miembros y a poner a funcionar los sentidos. Desplazó el fuego a un lado del caldero para reducir el calor y dejó la cuchara de mango largo. Sacó al conejo de la jaula y lo diseccionó, lo despellejó y le retiró los músculos, extrajo los órganos y los pesó, anotando el color, el olor, el estado de degeneración, el grado de los daños. Escribía sus notas en clave, cambiando las letras zyndari y transformándolas, sustituyéndolas y reorganizándolas hasta que solo ella podía descifrar los revoltijos de palabras. Distorsionaba incluso los dibujos, hasta hacerlos irreconocibles para cualquiera que no supiera de antemano lo que estaba mirando.

Luego comenzó a limpiar. Puso el cadáver en el autoclave cerámico, junto con los restos sangrientos y el musgo empapado que cubría el suelo de la jaula. Bombeó los fuelles hasta que el calor en su interior fue tan intenso como para convertir los huesos en cenizas. Lavó la jaula una y otra vez, y luego la secó. Volvió a cerrar los cajones, a guardar las herramientas en sus respectivos recovecos, colocó las manos de mortero de forma que todas apuntaran en la misma dirección, apiló los cuadernos y los puso en orden, así hasta recolocar debidamente todos los objetos del banco de trabajo. Efectuó una limpieza compulsiva, obsesa. No dejó ninguna pista que pudiera dar a entender sus intenciones.

Finalmente se detuvo. Sus hombros subían y bajaban mientras las náuseas y la angustia contenidas amenazaban con hacer estallar el

nudo que tenía en la garganta. No podía sacarse de la cabeza la visión del conejo muerto, que se resistía a desaparecer mirara a donde mirara. Horror, desesperación, dolor empático.

Se arrancó la mascarilla, agarró un pincel limpio para polinizar, se metió el largo mango entre los dientes y lo mordió con fuerza para suprimir cualquier sonido. Aunque únicamente las Aletas de Dyran que patrullaban por el exterior del cobertizo podían estar lo bastante cerca como para oír algo, no podía arriesgarse a que la descubrieran así. Era la emperatriz de Dara, y no podía dejar de representar ese papel.

Finalmente las convulsiones remitieron. Jia retomó la limpieza hasta hacer desaparecer cualquier rastro del experimento, hasta que el cobertizo quedó impoluto, hasta que quedó satisfecha porque era como si el conejo nunca hubiera existido.

Se colocó la mascarilla, regresó al caldero, avivó el fuego y volvió a remover. Las lágrimas descendían por sus mejillas y empapaban la mascarilla. Se dijo que eran consecuencia de los gases.

El guardián de la prisión abrió el cerrojo de la puerta de la celda. Se dio la vuelta y se inclinó inseguro ante la emperatriz y sus dos acompañantes.

—¿Necesitáis algo más… señora? —preguntó en un susurro, tragándose el *Rénga* en el último segundo. La emperatriz siempre quería conservar el anonimato en estas ocasiones.

—No —dijo Jia—. Deja un manojo de llaves y no regreses. Te las devolveré cuando haya acabado.

El guardián hizo otra reverencia y le entregó el manojo de llaves con las dos manos, las palmas hacia arriba. Una de las dos mujeres que estaban tras Jia dio un paso y las cogió.

Se retiró cerrando la puerta del corredor con otro manojo de llaves después de salir. Al dar la vuelta a la esquina, ya fuera de la vista de la emperatriz y sus dos acompañantes, aceleró el paso, con ganas de alejarse de allí todo lo posible.

La celda que acababa de abrir encerraba a uno de los criminales de peor reputación de toda Dara. Cabecilla de una banda de bandidos y traficantes de niños, Esqueleto Risueño era responsable de la muerte y mutilación de docenas de víctimas y de la desaparición de muchos otros niños antes de ser capturado. Pendiente de su ejecución a finales del otoño, estaba encerrado en régimen de aislamiento en la Prisión Capital, la cárcel más segura de Dara, donde encerraban a los condenados a muerte por magistrados de todas las islas, para que el ministro de justicia pudiera revisar sus casos una última vez.

Al guardián no le preocupaba la seguridad de Jia, a pesar de

haberla dejado sola con Esqueleto Risueño. Las letales Aletas de Dyran, las guardaespaldas que seguían a todas partes a la emperatriz, eran bien conocidas por todos los narradores de historias de las casas de té. La verdad es que sentía una pizca de pena por el criminal condenado. La emperatriz había visitado a otros prisioneros en el pasado y él había visto desarrollarse la misma secuencia una y otra vez.

El guardián era demasiado discreto para preguntar a los prisioneros «favorecidos» por la atención de la emperatriz lo que ocurría durante las visitas, pero no era difícil de adivinar. Una pista era que la emperatriz casi siempre escogía hombres sanos y vigorosos en la flor de la vida. Otra pista era el conocido apetito sexual de la emperatriz, materia de leyendas, y que el príncipe Gimoto aparentemente suministraba amantes a su tía. El guardián estaba acostumbrado a recibir cartas de amor para los condenados a muerte, escritas por mujeres jóvenes de Pan y otras ciudades, y entendía que esos hombres tenían cierto incomprensible atractivo sexual para algunas.

A diferencia de los estrictos moralistas de la corte, que en ocasiones efectuaban peticiones a la emperatriz regente, en las que le suplicaban mediante circunloquios que «considerara la dignidad del alto cargo de la soberana y el augusto deber de ser un ejemplo moral», el guardián era un realista acrítico. ¿Acaso no había sido siempre prerrogativa de los poderosos entregarse a sus predilecciones sexuales? Se decía que la señora Datha, madre del emperador Mapidéré, seleccionaba a los soldados más viriles del ejército de Xana para entretenerla levantando pesos con su órgano erecto. Incluso se rumoreaba que el mismo emperador Ragin había sucumbido a los placeres ofrecidos por los harenes de Mapidéré y Erishi cuando conquistó Pan.

Si la emperatriz Jia disfrutaba con esas visitas, pensó el guardián, era su deber, como fiel servidor del Trono del Diente de León, abrir las puertas de la celda y luego desaparecer sin hacer preguntas. Ocasionalmente, en sus informes al ministro de justicia sobre la situación de la Prisión Capital, el guardián añadía algún comentario informal sobre el físico o la belleza de algún prisionero nuevo, con la esperanza de que el informe llegara hasta la emperatriz. Pero eso era lo más lejos que se atrevía a ir en relación con esas visitas clandestinas.

La discreción era un aspecto fundamental de la lealtad, y un aspecto aún más importante para los ascensos.

Esqueleto Risueño, que nunca había recibido una de esas visitas, contempló con cautela a la señora desde su celda. A pesar de ser algo mayor —calculaba que unos cincuenta y tantos—, era sumamente

hermosa y poseía un aire de mando. Sus joyas y su vestido, aunque obviamente caros y de buena factura, revelaban poco sobre su identidad. Pero conocía lo suficiente los hábitos de los ricos y desocupados para aventurar una suposición.

Probablemente se tratara de la esposa de algún funcionario de alto rango de la corte, quizá una devota seguidora de Rufizo, el dios de la sanación y la compasión, y había venido a rezar con él creyendo erróneamente que podría conmover su corazón de piedra y conseguir que se arrepintiera por sus múltiples pecados. Tenía tan alta opinión de sí misma que pensaba que podría «reformar» a este chico malo, y volverlo hacia el dios de la Blanca Paloma para encontrar algo de paz antes de morir.

Su rostro adoptó poco a poco una mueca burlona, el rasgo por el que había recibido el apodo con el que se le conocía.

Jia observó cómo se tensaban los músculos del hombre mientras calculaba la distancia entre ellos. Dado que la puerta de la celda estaba abierta, lo único que los separaba era el aire vacío. Era evidente que consideraba a Wi y a Shido como meras criadas, algo de lo que no tenía que preocuparse. Un segundo más y saltaría sobre ella, con la idea de capturarla como rehén o convertirla en su última víctima antes de la ejecución.

Cansada, asintió.

Esqueleto Risueño estalló de repente. Como un lobo que se lanza contra una oveja, salió disparado de la celda, con las manos listas para apretar el cuello de Jia.

Detrás de Jia, los dos contornos borrosos se movieron hacia sus costados más raudos que el destello de un relámpago o que un trueno. Cuando las manchas adoptaron forma sólida, Shido estaba detrás de Esqueleto Risueño, doblado sobre sí mismo, con los brazos retorcidos a la espalda y las muñecas contra los omóplatos. Wi estaba entre su señora y el potencial atacante, con los pulgares presionando los ojos de Esqueleto Risueño. Ambas, como el resto de las Aletas de Dyran, habían entrenado durante años con los monjes luchadores de Fithowéo, con los danzantes de espadas de Cocru y con otros maestros de artes marciales que deseaban dar a conocer su nombre ligado a la Corte del Diente de León.

Esqueleto Risueño ya no estaba tan risueño. De hecho, chillaba como un cerdo a punto de ser sacrificado. Le habían dislocado los hombros, no podía ver nada y sentía unas garras clavadas en los ojos, dispuestas a saltárselos en cualquier momento. Y lo peor de todo es que ni siquiera había conseguido ver a sus atacantes.

—¡Piedad! ¡Piedad! —gritó—. ¡Oh, dioses! ¡En nombre de Rufizo,

rezaré a quien queráis que rece! No siento los brazos…

Wi retiró las manos de sus ojos y le dio dos contundentes bofetadas.

—¡Cállate! —le dijo—. Nadie quiere que reces.

Esqueleto Risueño sintió que la cara se le entumecía y que la sangre le llenaba la boca. No podía ver nada porque tenía estrellas danzando frente a los ojos. Tosió y escupió sangre. En lugar de chillar, se puso a gimotear, sujeto por Shido desde atrás.

—He venido a traerte comida —dijo Jia en un tono tranquilo, calmado, como si estuviera ofreciendo una comida casera a un mendigo—. Si aceptas sentarte en silencio y tomártelo todo, le diré que te suelte. La otra opción es tragar más sangre.

Derrotado, Esqueleto Risueño asintió sin dejar de gimotear.

Los gemidos se convirtieron en un nuevo alarido cuando Shido le soltó las muñecas y le recolocó los hombros dislocados. Cayó al suelo y se sentó mientras se masajeaba los hombros, balanceándose hacia delante y hacia atrás y mascullando maldiciones.

Wi trajo una cesta y puso delante de él el contenido: un plato de carne asada cortada en pequeñas tiras, un costillar de cordero, un cuenco de cierta leche fermentada que olía a alcohol. Todos los platos estaban preparados al estilo lyucu, según las descripciones de los refugiados de Rui y Dasu. Jia no se molestó en explicarle nada de esto. No tenía importancia para sus propósitos.

Esqueleto Risueño miró la comida que tenía enfrente, titubeante.

—¡Come! —dijo Shido, y le asestó una patada en el riñón derecho. El hombre, conocido por torturar a sus víctimas antes de matarlas, volvió a caer, con los ojos llenos de lágrimas y respirando con dificultad.

Wi levantó una mano para contenerla.

—Nada de heridas internas, hermana.

De mala gana, Shido bajó el pie.

—Más vale que empieces a comer. No sabes la suerte que tienes, en comparación con otros invitados de mi señora.

No era que intentara asustar a Esqueleto Risueño. En anteriores experimentos de Jia, antes de decidirse por una variedad cultivada y afinar la dosis, Wi y ella habían administrado la medicina de Jia de las más diversas y violentas maneras: asfixiando al prisionero hasta dejarlo inconsciente y luego insertándole en vena una aguja hueca rellena de una pasta espesa; cubriéndole la cabeza con una bolsa de piel para obligarle a inhalar humo; o alimentándole a la fuerza mediante una vara hueca de bambú a través de la garganta.

Pero Jia había ganado suficiente confianza para probar mecanismos más refinados y realistas de administración.

Esqueleto Risueño hizo un esfuerzo por sentarse y examinó la comida que tenía delante. Estaba seguro de que contenía veneno. Pero ¿qué podía hacer? A fin de cuentas, lo peor que podía pasarle era morir y se suponía que no iba a vivir más allá de un mes. Con determinación, agarró un pedazo de carne y empezó a masticar.

Para su sorpresa, la carne estaba asada a la perfección, jugosa y sabrosa, con una pizca de sal que la hacía más apetitosa. Tragó, agarró una costilla de cordero y engulló la suculenta carne. Estaba aún más buena. Cogió el cuenco y dio un gran sorbo a la bebida desconocida —era alcohólica y sabía agridulce, con un aroma a hierbas desconocidas.

—Realmente sabéis cocinar, señora —dijo a Jia—. Aunque muera después de esto no pienso quejarme. No es posible una última cena mejor.

Jia le miró fríamente.

Sabía lo que el guardián pensaba que ocurría allí, y nunca se molestó en corregirle. De hecho estimulaba favorablemente su imaginación desatada. Los falsos rumores, como los que acompañaban a Gimoto, eran útiles como disfraz. No solo servían para confundir a cualquier espía lyucu, sino que evitaban que los moralistas indagaran la verdad. Ya estaban bastante molestos con sus libertades sexuales, pero si llegaban a descubrir la verdad de lo que planeaba…

Ya basta con eso. Hizo un gesto a Wi, que sacó papel y pincel y comenzó a tomar nota en letras zyndari codificadas.

A cada mordisco y trago, la sonrisa del hombre se iba ensanchando. Cuando el cuenco estuvo vacío, Shido lo rellenó con una jarra. A estas alturas, la sonrisa de su rostro iba de oreja a oreja y estaba tan contento que se vio obligado a levantarse del suelo y a mover piernas y brazos mientras seguía comiendo.

—Ahora está haciendo realmente honor a su nombre —susurró Shido.

Wi se rio por lo bajo como respuesta.

—Es un chico con suerte de poder probar los platos sin igual de la señora.

No obstante, se acercaron de manera protectora a Jia, no fuera a ser que al tipo le diera por intentar algún truco.

No debería ser tan dura con los moralistas, pensó Jia. *Forma parte de su naturaleza obsesionarse por lo que está bien, imaginar un mundo idealizado gobernado por los vínculos del respeto mutuo y la confianza. Un hombre como Zato Ruthi era capaz de librar una guerra concediendo todas las ventajas a su enemigo, razonando que quienes hacían lo correcto siempre triunfarían.*

Pero no vivimos en un mundo así. Vivimos en un mundo en el que, para

salvar a muchos, a veces hay que sacrificar a unos pocos. Me condenarían por lo que estoy haciendo y por lo que voy a hacer, y me declararían desprovista de la Gracia de los Reyes. Tendrían razón. Pero es mejor que sigan vivos para condenarme a que yo siga sus ideales y lleve a todos a la muerte.

Todos nos comportamos según nuestra naturaleza. Timu no puede evitar su devoción tímida y libresca a los sabios anu, y los lyucu no pueden desviarse de su culto al poder hecho razón. Yo estimularé esas naturalezas y les daré un empujón, y en lugar de confrontación saborearé la prolongada y duradera victoria que reviste la Gracia de los Reyes.

Salió de su ensimismamiento porque el tipo había empezado a cantar. Había tal regocijo y éxtasis en su voz que Shido y Wi se vieron obligadas a sonreír. Parecía ajeno a la presencia de la mujer mientras entraba y salía bailando de la celda, y subía y bajaba a saltos de su catre en medio de un ataque de frenesí.

Jia le observaba con atención y tomaba más notas.

Afuera empezaba una tormenta de otoño.

Un relámpago dibujó la silueta de un lobo saltando.

«¡Escuchad esa risa! ¿Será que ha robado el hidromiel de los dioses y se ha emborrachado con el néctar sagrado?».

Un estrépito de truenos, como graznido de cuervos.

«Se podría pensar que ha dormido con Tututika…».

«… o que ha robado la llave del palacio subacuático de Tazu».

«¿Qué están haciendo Jia, Rapa y Kana?».

«¿Cómo se supone que vamos a saberlo? De todos los mortales que conocemos…».

«… siempre ha sido la más difícil de descifrar. Ni siquiera Risana podía leer en su corazón».

«Pero cultivó las bayas en ceniza volcánica y las regó con agua de nieve derretida. Esos son vuestros elementos. Deberíais entender lo que está haciendo».

«Hablas de naturaleza, pero los mortales están llenos de arte…».

«… y el arte, Fithowéo, está más allá de la comprensión de todos los dioses, excepto quizá de Lutho».

«Cómo le echo de menos».

El prisionero estaba dormido con una sonrisa satisfecha en el rostro cuando Jia y las dos Aletas de Dyran se marcharon.

El guardián contempló a su prisionero y suspiró. Había oído las canciones, los gemidos y los gritos de éxtasis desde su oficina al final de la sala. La expresión de la cara de Esqueleto Risueño le dio a entender que el tipo había experimentado placeres inalcanzables para

los meros mortales.

Siempre empezaban así, reflexionó, las primeras visitas de la emperatriz.

—Disfruta mientras dure —susurró a la durmiente figura. Comprobó que la celda estaba cerrada antes de dar la vuelta y marcharse.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

UNA PARTIDA DE *ZAMAKI*

RUI: NOVENO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (CONOCIDO COMO EL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS EN DARA Y EL OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA HACIA UKYU-GONDÉ)

Las suaves olas lamían la playa vacía de la aldea de Kigo Yezu en esta tarde templada de principios de otoño; los pescadores nativos todavía tenían que regresar del mar con sus barcas y canoas. Las gaviotas y los charranes volaban en círculos sobre la espuma mientras los cangrejos corrían entre las tiras de algas en la línea de la marea. Al otro lado de las onduladas dunas que reproducían la forma de las olas, aldeanos nativos trabajaban en los campos de taro. Una ligera brisa combinaba la leve fragancia de las rosas de las dunas con el fuerte aroma salobre del mar.

De no ser por la lejana silueta de un garinafin que daba vueltas patrullando el horizonte en busca de piratas y espías dara-raaki, podría decirse que este panorama costero no había cambiado en siglos.

Al socaire de una de las dunas se levantaba una cabaña —apenas cuatro postes de bambú que sostenían un tejado de hojas de palmera entrelazadas. A su sombra, una mujer anciana y un hombre joven vestidos con las túnicas usadas por los estudiosos de Dara se arrodillaban una frente al otro en la postura formal de *mipa rari*, sobre esteras tejidas con hierba-cerda, con la mirada fija en la mesa baja que les separaba, construida sobre un tocón.

—Maestra, ¿por qué hay más piezas rojas que negras? —preguntó el hombre joven. Su forma de hablar tenía ligeras trazas del acento de Dasu, la isla noroccidental considerada por los nativos de Rui como un repositorio de modales poco refinados y costumbres retrasadas.

El joven tenía en torno a dieciocho años, la piel clara, ojos grandes e inquisitivos y pelo castaño oscuro descuidadamente recogido en un moño de un solo rodete. Su túnica era de sencillo cáñamo, teñida de verde savia, y calzaba zapatos de paja con suela de madera. Era el mismo atuendo que podía hallarse en los estudiantes frugales de toda Dara, tanto en Ukyu-taasa como en las islas principales. Solo el

pasador de diente de garinafin que sobresalía de su moño delataba su origen lyucu.

—Ningún general se queja por tener demasiados soldados, Kinri-*tika* —dijo la mujer anciana, Nazu Tei, en tono burlón—. A fin de cuentas, el *zamaki* es un juego inspirado en la guerra—. Su túnica, aunque igual de austera, estaba confeccionada en seda basta, y su cabello plateado iba recogido en un doble rodete, lo que indicaba que se trataba de una *toko dawiji,* una estudiosa que había aprobado el primer nivel de los exámenes imperiales cuando Pan gobernaba Rui.

Nazu tenía un rostro radiante fruto del abundante ejercicio y la comida saludable, y sus manos callosas mostraban signos de trabajo manual. Esto no era muy habitual. En Ukyu-taasa, los estudiosos no vivían mal bajo el reinado del emperador Thaké, especialmente aquellos dispuestos a aceptar la legitimidad del dominio lyucu.

El tablero colocado entre ambos mostraba una cuadrícula, once líneas verticales y doce horizontales. En las intersecciones de la mitad del tablero correspondiente a la mujer había colocadas diez figuritas de unas tres pulgadas, talladas en conchas negras y huesos carbonizados; otras veinte figuritas similares talladas sobre coral rojo se situaban en la mitad de la cuadrícula cercana al hombre joven.

La respuesta de Nazu Tei no satisfizo a Kinri.

—¿Pero los juegos de habilidad no suelen dar a las dos partes el mismo número de piezas?

—Como nuestra destreza no está equilibrada, si jugáramos con un tablero equilibrado la partida sería rápida y aburrida —dijo Nazu—. Como dirían los sabios anu: «*Ofithacru ki ingrocathu doco i icapiphiki orucrua ingro pha, gin co phinoné pha kridagén».* Tratar a quienes son manifiestamente diferentes de la misma manera no es verdadera igualdad.

—Pero…

—Ten paciencia con tu propia evolución —dijo Nazu, apaciguadora —. Supongo que estaremos jugando con el mismo número de piezas en menos de un mes.

Kinri asintió a regañadientes, y decidió que no era ninguna deshonra aceptar la ventaja que le concedía por razones pedagógicas. Levantó la tetera de caracola y rellenó la taza de Nazu; la maestra golpeó por tres veces el tablero con sus dedos índice y medio para dar las gracias.

—¿Cómo se llama esta pieza? —preguntó él, levantando una figura de coral tallada en forma de un hombre con una espada. Su armadura estaba engalanada con una gran cimera con un diente de león. A los pies del hombre yacía la forma enrollada de una serpiente cuya cabeza

había sido cercenada. Además de proporcionar carácter a la estatuilla, la serpiente servía para ensanchar la base y darle estabilidad.

—Ese es tu rey —a veces se le llama también comandante— y el objetivo del *zamaki* es capturar al rey del adversario. El rey rojo de este juego representa al emperador Ragin, conocido como Kuni Garu en su juventud.

—Ah, entonces esto debe hacer referencia a la leyenda que cuenta cuando mató a la serpiente blanca antes de convertirse en emperador —dijo Kinri.

—Así es. En aquella época no era más que un bandido y pocas personas, ni siquiera el propio emperador Ragin, podrían haber anticipado lo lejos que llegaría en el futuro.

—Pues yo creo que la mayoría de la gente debería haber previsto que se convertiría en un tirano sediento de sangre. Un bandido, como esos rebeldes que mi madre solía eliminar, es un criminal, que solo se preocupa por sí mismo y desprecia el orden, las leyes y la vida de personas inocentes.

—Es más complicado que eso… —Nazu se detuvo y dio un sorbo de su taza, tragándose la bebida y las palabras al mismo tiempo.

Kinri ya estaba acostumbrado. Su maestra solía interrumpirse a sí misma a mitad de las frases. Tras aguardar un instante para asegurarse de que no iba a continuar, Kinri dijo amablemente:

—Quizá me cuentes más cosas de esa parte de su vida en el futuro.

Un deje de melancolía atravesó fugazmente el rostro de Nazu antes de recobrar el dominio de sí misma.

—Quizá —dijo en un tono evasivo.

Kinri dedicó unos momentos a admirar la figurita del rey rojo que tenía en la mano, imaginando al fundador de la dinastía del Diente de León como un bandido que roba, saquea, asalta y mata. Ese mismo año, en la ejecución pública de algunos líderes rebeldes nativos, había escuchado a los condenados denunciar que la corte del Pékyu Vadyu era un hatajo de bandidos que habían robado Rui a los nativos. La acusación de los bandidos rebeldes era obviamente absurda desde todos los puntos de vista, entre otras cosas porque intentaba equiparar una conquista militar legítima con la mera criminalidad. Por lo visto, el propio emperador de los nativos, el venerado fundador de la Casa del Diente de León, había sido un bandido de verdad, lo que demostraba que los viles rebeldes, que no apreciaban los modos amables del gobierno lyucu, tenían el hábito de retorcer la historia para ajustarla a sus propios intereses.

La historia era una de las asignaturas favoritas de Kinri. Traducida como re-recuerdos en lengua lyucu, la historia, tal como se entendía

en Dara, era muy diferente a las narraciones de los chamanes en las danzas de historias de su propio pueblo. En lugar de una representación de las proezas humanas posibilitadas por los ciclos míticos e interpretadas en el contexto de los mismos, los historiadores dara intentaban explicar los acontecimientos entrelazando los hechos hasta formar un relato en el que el motor principal eran los hombres y las mujeres, no los dioses. Kinri prefería las historias de guerra, mientras que las de filosofía y arte, las favoritas de Nazu Tei, le parecían bastante áridas.

En todo caso, le gustaba que este juego estuviera impregnado de la historia guerrera de Dara. Había suplicado a su maestra que le enseñara a jugar *zamaki* solo porque quería descansar del estudio de los aburridos tratados moralistas e incentivistas. Algunos soldados nativos lo jugaban cuando creían que los oficiales lyucu no los observaban, lo que despertó su curiosidad. El hecho de que fuera a servir para que la maestra Tei le contara algo más de la historia reciente, lo que siempre parecía reticente a hacer, era un regalo inesperado.

Con cuidado, colocó al rey rojo en su lugar asignado, en el punto central del lado del tablero que le correspondía.

—Entonces tu rey debe estar hecho según el modelo de Mata Zyndu, el hegemón —dijo señalando la figurita situada en el centro del tablero del lado de Nazu.

El hueso de ballena carbonizado tenía la forma de un guerrero poderoso cuya armadura estaba engalanada con la cimera del crisantemo. Sujetaba en las manos versiones en miniatura de Goremaw y Na-aroénna, la legendaria pareja de maza y espada que había acabado con innumerables vidas. A sus pies, un montón de cráneos y cabezas cortadas cumplían la misma función que la serpiente a los pies del rey rojo.

Nazu asintió.

—Los dos reyes pueden dar un solo paso cada vez, en horizontal, en vertical o incluso en diagonal, pero no pueden salir de sus respectivos castillos, que son esas regiones rectangulares de tres por cuatro marcadas con una línea doble, a los extremos del tablero. Los dos reyes tampoco pueden enfrentarse directamente. Si lo hacen, quien retiró la última pieza o movió su rey a esa posición, pierde. Esto se conoce como la «regla del Tratado Roto», y hay quien dice que conmemora la traición del emperador Ragin al hegemón al final de la guerra del Crisantemo y el Diente de León.

—¡Recuerdo esa historia! —exclamó Kinri—. Por las barbas de Péa-Kiji, Kuni Garu era realmente un granuja en el que no se podía

confiar. También traicionó a Pékyu Tenryo en el paso de Naza, donde sacrificó a miles y miles de nativos inocentes para salvarse. Los tutores y los historiadores asignados a la corte dicen que el pékyu-votan estuvo furioso durante tres días por las atrocidades cometidas allí por Kuni Garu, y que juró vengar a las víctimas del tirano y liberar Dara. ¿Cómo es posible que un hombre sin honor pudiera llegar a reclamar el Sello de Dara?

En lugar de responder, Nazu cogió la tetera de caracola y rellenó la taza de Kinri.

Kinri estaba demasiado excitado para desalentarse por la falta de respuesta.

—Entonces, ¿todo este juego está pensado siguiendo el modelo de la guerra del Crisantemo y el Diente de León?

Mientras Nazu parecía seguir en tensión, el dedo índice de Kinri sobrevoló el tablero y se detuvo en las tres filas horizontales de mitad del tablero, una zona vacía y decorada con algunas líneas onduladas grabadas en relieve de los ideogramas anu que representaban «canal» y «río».

—¿Qué es esta región divisoria entre las dos mitades del tablero? —dijo, medio preguntando, medio cavilando—. No hay líneas que la atraviesen, lo que probablemente significa que solo pueden cruzarla algunas piezas especiales… ¿Es una referencia al río Liru, que en su día marcó la división entre los territorios del emperador de Dara y los del hegemón? Eh, espera… —reflexionó un poco más—. ¿O quiere representar el golfo de Gaing, que separa Dasu, el primer feudo de Kuni, del resto de Dara, y que en aquella época rendía vasallaje al hegemón?

Nazu asintió, aparentemente aliviada por el cambio de tema.

—Has estudiado bastante las historias oficiales y esas conjeturas no están mal. Pero tus deducciones parten de una premisa falsa: el juego no trata de la guerra del Crisantemo y el Diente de León.

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué los reyes tienen la forma de Kuni Garu y Mata Zyndu?

—Algunos soldados afirman que fue la mariscal Gin Mazoti, la más grande guerrera del emperador Ragin, quien inventó el *zamaki*, como un simulador del campo de batalla para entrenar a sus oficiales en pensamiento táctico. Pero hablan sin conocimiento de la historia —Nazu dio un gran trago a su té, preparándose para una larga lección—. La verdad es que el *zamaki* es un juego muy antiguo con muchas variantes, aunque se hizo mucho más popular tras la guerra del Crisantemo y el Diente de León. Por cierto, recuerda que lo que yo te enseñe aquí debe permanecer en secreto. Este kit es muy distinto de

los que verás en Kriphi. Debes ser discreto…

—Por supuesto —dijo Kinri con impaciencia—. Siempre he tenido cuidado. Volveré a aprender el juego de uno de los soldados de Kriphi, del mismo modo que nunca repito lo que me enseñas si difiere de la versión del tutor asignado por la corte.

Nazu le sonrió con benevolencia y continuó.

—Una vez vi un juego que al parecer había sido encontrado en una tumba de hace seiscientos años, y los dos comandantes estaban tallados siguiendo el modelo de los reyes Tiro de Xana y Amu. Durante generaciones, los jugadores han ido adaptando el juego a los métodos cambiantes de hacer la guerra y a nuestra incesante historia convulsa… —de golpe se detuvo, como si se arrepintiera de la dirección por la que se encaminaba—. Eh… por ejemplo, en lugar de aeronaves, en ese antiguo juego de *zamaki* algunas piezas tenían la forma de carros de guerra, una forma de combate muy arcaica…

—¡Oh, maestra! ¿Puedes mostrarme cómo eran esos carros de guerra? ¿Cómo luchaban con ellos?

Kinri estaba aún más emocionado por el nuevo rumbo que tomaba la lección con las aeronaves y los carros de guerra. Si había una materia que le gustaba más que la historia de la guerra era la de la maquinaria dara. Ya de niño, viviendo en Ukyu, quedó fascinado por los barcos-ciudad y las curiosidades que llevaban los acompañantes del almirante Krita. Posteriormente, ya en Ukyu-taasa, había disfrutado trepando a las aeronaves capturadas e investigando los instrumentos musicales, los de escribir, los utensilios de cocina y otras máquinas dara de la colección de su madre, para intentar comprender cómo se fabricaban y deducir sus principios de funcionamiento.

Nazu Tei sacudió la cabeza y sonrió con tristeza.

—Me temo que no tengo conocimientos sobre la construcción o el uso de los carros de guerra. Nunca me interesó mucho ninguna clase de maquinaria… excepto, tal vez, los ideogramas.

El rostro de Kinri mostró su desilusión. Sabía, claro, que su maestra no era ingeniera, pero a veces sacaba a relucir algún bocado suculento de los clásicos anu: la descripción hecha por un sabio de la fabricación de una cometa de combate, o el relato aportado por algún historiador sobre la construcción de un templo famoso. Como apenas poseía libros, ella no podía mostrarle diagramas precisos o recordar los detalles técnicos exactos de esas maravillas. Era una pena que prácticamente no existieran ingenieros experimentados en Ukyu-taasa que pudieran enseñarle lo que quería saber sobre las creaciones mecánicas de los nativos.

Pero un momento después los ojos de Kinri se iluminaron cuando se

dio cuenta de otra cosa que ella había dicho.

—¿Has mencionado que el antiguo juego de *zamaki* fue recuperado de una tumba? —exclamó—. ¿Eso no sería un acto de sacrilegio a ojos del pueblo de Dara?

Nazu suspiró para sus adentros. Kinri tenía el don de hacer preguntas incómodas.

—La veneración por los ancestros es una parte fundamental de las enseñanzas de los sabios anu —admitió—, pero no todas las personas en Dara se sienten obligadas a ella, y menos aún los saqueadores de tumbas. Las antigüedades pueden llegar a ser muy valiosas en el mercado, y la búsqueda de beneficio lleva a los hombres a cometer todo tipo de atrocidades.

—¿Pero no temen perturbar la paz de los muertos?

En realidad, Kinri no pensaba realmente que lo que hacían los saqueadores de tumbas estuviera moralmente mal. No podía imaginar que los espíritus descansaran a gusto encerrados en una caja oscura cubierta de tierra; si los ladrones liberaban los espíritus para que pudieran vagar al aire libre, sería un acto de misericordia.

—Oh, los ladrones de tumbas tienen toda clase de racionalizaciones y supersticiones —dijo Nazu.

—¿Me cuentas alguna?

Nazu reflexionó sobre cómo podía explicar las sutilezas y aparentes contradicciones de este aspecto de la cultura dara.

—Déjame ver… Como sabes, el alumno de Kon Fiji, Poti Maji, creía que honrar a los muertos con un entierro adecuado era una costumbre practicada incluso por las sociedades más primitivas…

—Estoy de acuerdo con él —dijo Kinri—. Creo que enterrar los cuerpos es bárbaro; creo que es al menos tan primitivo como… cultivar la tierra —siempre le había horrorizado la costumbre dara de sepultar a los muertos en lugar de pédiato savaga, la práctica lyucu de exponer los cadáveres a los elementos y los animales carroñeros.

—No resolveremos ese debate hoy —dijo Nazu—. Pero volviendo a Poti Maji: él hizo un estudio de los ritos mortuorios de los nativos de Dara anteriores a los anu y de los propios anu, conectándolo con los principios moralistas. Uno de sus dictámenes más famosos es *«Hugolu pha gira ki»*. ¿Puedes decirme lo que significa?

«El descanso se encuentra debajo».

—Correcto —dijo Nazu—. Esa es la traducción literal. Pero ¿sabes lo que quiere decir la expresión, en realidad?

Kinri sacudió la cabeza.

—Nunca he sido capaz de verle ni pies ni cabeza. Ni siquiera es una frase completa.

—Intenta escribirla —dijo Nazu.

Obediente, Kinri puso de momento a un lado el tablero de *zamaki* y empezó a esculpir ideogramas anu en un bloque de cera ablandada al sol que guardaba con ese propósito en la arena, fuera de la cabaña. Aunque no era un experto calígrafo, tenía facilidad para los ideogramas anu —le recordaban los arucuro tocua, su pasatiempo infantil favorito— y en poco tiempo la frase de cuatro ideogramas estaba sobre la mesa, en la región vacía entre ambas mitades del tablero.

—¿Observas algo especial? —preguntó Nazu.

—Mmm… ah, todos los ideogramas están escritos con la raíz semántica de «tierra».

—Muy bien, y ¿dónde está la raíz semántica de tierra en cada ideograma?

—Esto… encima.

—Pues únelo todo como si quisieras adivinar un acertijo de ideogramas y…

—*¡Debajo de la tierra!* Como los ideogramas están literalmente escritos debajo de «tierra», la frase completa sería «El descanso se encuentra *debajo* de la tierra».

Nazu asintió en señal de aprobación.

—A Poti Maji le gustaban los juegos de ideogramas como este, y algunas de sus sentencias son puzles que tienen que descodificarse semántica, oral y visualmente.

—¿Qué tiene esto que ver con los ladrones de tumbas?

—Algunos saqueadores de tumbas creen que pueden protegerse de la ira de los muertos cuya paz han perturbado si llevan sombreros decorados con el ideograma de «tierra» mientras excavan las tumbas.

—¿Qué? ¿Cómo funciona eso?

—Con el ideograma de tierra en el sombrero, creen que parecerán ideogramas vivos ante los muertos. Y gracias a Poti Maji, los espíritus creerán que los ladrones les traen paz y descanso, por lo que no se meterán con ellos.

—Eso es… No sé qué decir…

—De hecho, una vez dentro de las tumbas, los ladrones suelen dejar una nota escrita en un lenguaje seudolegal en la que dicen que solo están «tomando prestados» los bienes de la tumba, y la firman con un nombre falso. De hecho, en el argot de los saqueadores de tumbas, el término para «excavar» es el mismo que para tomar «prestado».

Kiri sacudió la cabeza, maravillado.

—Todo eso parecen bromas y juegos de palabras más que espiritualidad o fe —aunque hablaba reprochando a los saqueadores,

en el fondo creía que los trucos que empleaban eran bastante astutos. Al parecer, los ladrones de tumbas trataban a los dioses, a los fantasmas y a los espíritus como si fueran entidades que podían manipularse. Las implicaciones de la idea eran apasionantes.

No obstante, su corazón seguía albergando dudas.

—¿De verdad creen los ladrones de tumbas que pueden engañar a los dioses con esos trucos?

—Esa pregunta es más difícil de contestar de lo que parece —dijo Nazu Tei—. Para muchas personas corrientes, especialmente si son analfabetas, existe una especie de magia asociada a los ideogramas, y cualquiera puede engañarse a sí mismo y pensar que realizar rituales de memoria es lo mismo que hacer la cosa de verdad.

—Nunca deja de asombrarme cuánta hipocresía hay en los dara-raaki… ¡Oh maestra, lo siento! —al ver estremecerse a Nazu ante el agravio, Kinri dejó de hablar, juntó las manos y se inclinó ante su maestra—. Algunos thanes de la corte usan esa… Yo… yo… olvídalo, me avergüenzo de haber permitido que esa palabra saliera de mi boca tan negligentemente.

Nazu se recompuso.

—Sé que no pretendías ofenderme. Ojalá que no me afectara tanto, pero las palabras tienen un gran poder, especialmente para quienes atesoran el conocimiento.

—Eso es justamente lo que no entiendo. Hay tanto respeto hacia los sabios anu en el pueblo dara que no comprendo cómo pueden haber cometido tantos actos bárbaros a lo largo de la historia, contrarios a las enseñanzas de los sabios. ¿Cómo puede ocurrir eso?

Nazu no pudo evitar una sonrisa burlona.

—Eso, Kinri-*tika,* es quizá el mayor misterio del corazón humano. La adhesión a las enseñanzas de los sabios o de los dioses requiere fe. Pero en cualquier época y en todos los pueblos, quienes viven solo por la fe y quienes la rechazan por completo son una minoría, mientras que quienes se encuentran en la frontera entre creer y no creer, inclinándose según les convenga en cada momento hacia uno u otro lado, son mayoría —mientras hablaba su voz fue adoptando un aire incierto, como si la afligieran sus propias palabras.

—Algunos thanes dicen que el problema de Dara empezó con los ideogramas anu —dijo Kinri—. Dicen que la escritura es como una muerte para la verdad. Una vez que algo está escrito, los ideogramas usurpan el lugar de las ideas que representan y de las que son una mera sombra. Mientras una voz viva puede responder y adaptarse, los ideogramas muertos están mudos, son incapaces de responder a una acusación o de defender sus argumentos. La escritura alimenta la

hipocresía porque los inteligentes pueden justificar cualquier barbarie tributando un homenaje ritual a los escritos de los sabios.

—Esa es una idea interesante —reflexionó Nazu—. Puedo entender las razones por las que los lyucu, que carecían de escritura antes de encontrarse con la flota de Mapidéré, sienten recelos ante la escritura. Pero ¿los lyucu no transmiten su sabiduría de generación en generación?

—Lo hacemos —dijo Kinri—. Pero no la leemos en los libros. Los narradores de historias lyucu no memorizan largos discursos palabra por palabra, aunque algunos jóvenes que no son chamanes crean que es así. En vez de eso, guardan en su corazón el bosquejo de una idea y van improvisando cada vez que la vuelven a contar. Recitación, interrogación, revelación y adaptación, así es como expandimos las antiguas verdades y las mantenemos vivas. Como el habla es transitoria, somos continuamente conscientes de que la verdad no puede capturarse en meras palabras. No caemos en la veneración idólatra de los ideogramas muertos ni intentamos engañar a nuestros ídolos con representaciones carentes de significado.

Nazu quedó en silencio un rato. Luego se inclinó ante Kinri.

Aturdido, Kinri se inclinó a su vez.

—Espero que mis palabras no te hayan ofendido.

—En absoluto —dijo Nazu—. No comparto todo lo que has dicho, pero he aprendido algo de tus palabras. Un maestro nunca debe dejar de aprender, especialmente de sus alumnos. Tú me has recordado que la sabiduría que encierran los ideogramas es más importante que los propios ideogramas, especialmente en las épocas en que se desprecia la sabiduría y se premia la mentira. Los dioses nos han juntado con un propósito, pero todavía estoy aprendiendo a leer los signos.

Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos estaban húmedos.

Unos cinco años antes, la thane Goztan Ryoto, confidente de Tanvanaki, y su hijo de trece años, Savo Ryoto, estaban de caza en las colinas próximas a Kigo Yezu.

Aunque en Ukyu no existían caballos, muchos de los thanes, naro-votan y naros lyucu habían aprendido a montar estos «garinafins terrestres en miniatura» para mejorar sus técnicas de lucha y mantener un control más eficaz sobre la población nativa. Savo, sin embargo, nunca fue un jinete hábil, ni de caballos ni de garinafins. Persiguiendo a un ciervo de grupa de pétalo armado de honda y lanza se distanció de su madre. Cabalgaba sin rumbo fijo buscando a Goztan, más desesperado y descuidado a cada minuto, cuando su montura tropezó y le tiró al suelo, rompiéndole una pierna.

Nazu Tei, que pasaba por el bosque, se llevó al muchacho a casa y

le atendió las heridas. Cuando la thane los encontró y descubrió que Nazu Tei era una erudita que vivía en retiro alejada de Kriphi, se quedó pensativa.

Tras convencerse de que Savo estaría bien, Goztan pidió a Nazu que tomara a su hijo como alumno.

—Pero ya tengo un tutor asignado por la corte —protestó Savo.

Por su parte, Nazu explicó que no tenía intención de vivir mantenida por la corte.

—Soy feliz viviendo oculta, votan. Por favor, otorgad el honor de instruir a vuestro hijo a alguien que lo merezca más.

—No tengo interés en trasladaros a Kriphi o de llamar la atención de la corte sobre ti —dijo Goztan—. Pero quiero que aprenda la cultura y los hábitos de pensamiento de Dara de alguien… que no se sienta limitado por las reglas que la corte impone a los eruditos.

—Eso está prohibido —dijo Nazu Tei.

—Será un secreto.

—¿Por qué? —preguntó Nazu Tei, mirando de forma indolente a Goztan.

Goztan le devolvió la mirada.

—En Dara se hará mayor de edad; aquí debe sentirse como en casa, no como un invitado permanente.

—¿Invitado? —el rostro de Nazu Tei se ruborizó y sus siguientes palabras estuvieron teñidas de un toque de vehemencia—. No sabía que los lyucu se consideraban invitados en Dara. Las reglas de hospitalidad de las planicies deben ser muy distintas.

Esta vez fue Goztan quien se ruborizó. Pero respiró hondo y, en lugar de explotar, dijo:

—No estoy de acuerdo con lo que se le ha hecho a tu pueblo. Pero sin una mayor comprensión por ambas partes, nuestro terrible pasado se repetirá generación tras generación.

Si hubieran venido de cualquier otra persona, Savo habría pensado que esas palabras rayaban en la traición. Pero Goztan era su madre, y el chico pensó que debía tener sus razones.

Nazu Tei miró con furia a Goztan, y nada dijo.

—El pueblo de Dara cree en las señales, ¿verdad? —Goztan insistió —. Creo que el hecho de que pasaras por ahí cuando su caballo tropezó es una señal. Una caída afortunada ha juntado a un alumno con su maestra.

A diferencia de los otros thanes que hablaban con desprecio de los nativos, la madre de Savo siempre usaba la frase «el pueblo de Dara».

Nazu Tei echó una mirada a Savo, que estaba examinando con gran interés los escasos rollos de seda y cera que había en un estante.

Volvió a mirar a Goztan. Un momento después, retiró la mirada, suspiró y asintió con la cabeza.

Goztan dijo:

—Entiendo que es costumbre en Dara que los padres expresen su consideración por el maestro…

—No quiero ningún pago —interrumpió Nazu—. Este acuerdo debe mantenerse en secreto.

—Por supuesto —dijo Goztan—. Pero debo entregarte algo como muestra de la seriedad del compromiso entre maestra y alumno.

Le pidió a Savo que le diera su lanza de caza. Desprendió la punta de la lanza del asta y se la entregó a Nazu.

—La hice para él con mis propias manos. Hoy te la entrego a ti con la esperanza de que le enseñes lo que yo no le puedo enseñar: a escribir en lugar de a matar.

Nazu estudió la punta de la lanza. Estaba fabricada con un pedazo fino de hueso y tenía un dibujo abstracto de líneas onduladas grabadas en su superficie. Curiosamente, las pulidas muescas de los dibujos parecían parte del propio hueso y no producto de la mano del hombre. Se sacó la horquilla que le sujetaba el doble rodete y colocó la punta de lanza en su lugar.

—Gracias —le dijo.

Luego Goztan dio instrucciones al joven Savo para que se arrodillara ante Nazu y tocara tres veces el suelo con la frente a la manera de los nativos.

—Puesto que me has hecho un regalo, es adecuado que yo te corresponda —dijo Nazu—. Es costumbre que todo estudiante de los clásicos reciba un nombre anu formal si no se le dio ninguno al alcanzar el uso de razón… ¿Qué te parece «Kinri»?

—¿Qué significa? —preguntó el muchacho.

—«Una señal».

Al momento le gustó el modo en que sonaba el nombre. *¿Es eso también una señal?*, se preguntó. Aunque no consiguió cazar el ciervo grupa de pétalo, tenía la premonición de haber capturado algo mucho más valioso.

Posteriormente, cuando llevaban un tiempo estudiando juntos, ella empezó a llamarle Kinri-*tika,* y a él le gustó todavía más.

Aunque no estaba seguro de por qué su maestra se había puesto tan emotiva de repente, esperó respetuosamente unos momentos antes de atreverse a preguntar tímidamente:

—¿Volvemos a la partida, maestra?

—Claro —dijo Nazu. Se tocó ligeramente los ojos y sonrió—. Tengo ganas de empezar a jugar. Iremos viendo las reglas sobre la marcha.

Ahora que sabemos la función del rey, ¿qué movimiento quieres aprender a continuación?

El joven observó el tablero y señaló a unas piezas lisas, con forma de huevo y pequeñas piernas-remo como palillos que impedían que rodaran por el tablero.

—¿Esto son aeronaves? ¿Yo tengo cuatro y tú solo una?

—Sí —dijo Nazu—. Pueden moverse en horizontal o en vertical, tantos pasos como desees, en un solo turno. Pueden incluso saltar sobre otra pieza que se interponga en su camino, amiga o enemiga, a menos que la pieza sea otra aeronave. Son una de las piezas más poderosas del tablero.

—Pero ¿cuál es la pieza *más* poderosa del *zamaki?* —preguntó Kinri con impaciencia—. ¿O este juego es como el *cüpa*, en el que ninguna piedra es más poderosa que cualquier otra?

—Bueno, esa pregunta no es fácil de responder. Como el *cüpa* es un juego basado en la planificación estratégica, se parece a la perspectiva distante de un consejero de la corte, para quien todos los soldados de primera línea son similares. El *zamaki*, por su parte, es un juego derivado de las tácticas de batalla vistas a través de los ojos de un general de campo, y las diferencias entre las distintas piezas en juego son importantes. No obstante, al igual que la pericia castrense de un combatiente concreto no es una medida absoluta de su importancia en medio de la batalla —que depende de su posición en el terreno, de las unidades de apoyo, las líneas de comunicación y otros factores—, la gama de movimientos de una pieza del *zamaki* no es el único determinante de su poder. Por ejemplo, cuando se inicia la partida, la figurita del erudito solo puede moverse un paso hacia delante cada turno, pero una vez que ha penetrado en el castillo del lado opuesto, asciende a *pana méji,* y adquiere la capacidad de moverse como el rey. Un erudito ascendido puede suponer una amenaza mucho mayor para el rey que una aeronave distante, al igual que un asesino bien posicionado…

—Conozco bien esas tácticas básicas, maestra —interrumpió Kinri con una risita—. A fin de cuentas soy hijo de una thane de guerra. Ahora entiendo que en el *zamaki* las piezas en juego cumplen papeles similares al de los componentes de un ideograma anu. Pero en lugar de estructuras estáticas de referencias y alusiones, un ejército *zamaki* es una máquina dinámica de fuerza y poder, que cambia a cada movimiento.

Nazu le miró con admiración.

—Esa es una excelente observación… que ni siquiera a mí se me había ocurrido. Ya lo ves, te dije que estaríamos jugando con la misma

cantidad y tipo de piezas en poco tiempo.

Kinri se puso colorado, satisfecho por el cumplido. Para disimular su vergüenza, tosió y preguntó:

—Maestra, deja que cambie mi pregunta. ¿Qué pieza puede realizar más movimientos?

—Esa sería la consorte —dijo Nazu. Señaló a dos figuritas rojas y dos figuritas negras que representaban a mujeres—. A veces se les llama compañeras o «debilidades crepusculares». Las consortes de este juego están talladas según el modelo de la emperatriz Jia y la consorte Risana, en las piezas rojas, y de la princesa Kikomi y la señora Mira en las piezas negras. Las consortes pueden moverse en horizontal, en vertical o en diagonal, tantos pasos como desees cada turno.

—¡Qué extraño! —exclamó Kinri.

—¿Por qué?

—¿Por qué las consortes son las piezas más móviles y capaces del tablero cuando las mujeres en Dara no combaten ni gobiernan reinos? —dijo Kinri—. Bueno, al menos hasta Gin Mazoti.

—Eso depende del historiador al que consultes… —Nazu se interrumpió de nuevo.

Kinri esperó pacientemente. Sabía que cuando su maestra se interrumpía como ahora en mitad de una frase, era porque quería cambiar de tema.

Daba la impresión de que Nazu estaba debatiendo consigo misma dentro de su cabeza. Sus labios se movían como si mascullara algo demasiado bajo para que Kinri lo oyera. Lo único que captó fue «una señal».

De golpe, su rostro se relajó, como si hubiera tomado alguna decisión.

—Los historiadores de la corte no siempre cuentan toda la historia, ni en Kriphi ni en Pan.

El corazón de Kinri empezó a latir más deprisa. Su maestra estaba a punto de contarle algo inusual e interesante.

—Como sabes, durante las Guerras de la Diáspora hubo muchas princesas y heroínas que lucharon tanto a favor como en contra del héroe Iluthan —dijo Nazu, con voz inusualmente resuelta—. Y durante los primeros tiempos de los estados Tiro hubo muchas reinas que gobernaron, no solo en lugar de sus maridos o de sus hijos, sino en su propio nombre, imponiendo sus propias ideas. Y grandes señoras asistían a la corte y daban consejo.

—Pensaba que todo eso terminó cuando Kon Fiji declaró que las mujeres deberían estar excluidas de la política y de la guerra por su propia protección.

—Esa es ciertamente la versión que la mayor parte de los moralistas querría que creyeras, y… que la pékyu promueve, pues demuestra que las mujeres siempre han estado degradadas en Dara, lo que justifica la llegada de los lyucu.

Ahora Kinri sabía que algo verdaderamente inusual estaba ocurriendo. La maestra Nazu muy raramente hablaba de la invasión lyucu, y nunca criticaba a Tanvanaki. Aunque su instinto le impulsaba a discutir el retrato cínico de la pékyu pintado por su maestra, decidió refrenar la lengua por el momento y escuchar.

—Pero, si te fijas en los clásicos moralistas, verás que casi todas las frases atribuidas a Kon Fiji en relación a la esfera separada asignada a las mujeres provienen de textos escritos por Poti Maji, en concreto del titulado *Actos del maestro*. Pero Kon Fiji enseñó a miles de estudiantes durante su vida, de los que setenta y dos llegaron a ser consejeros de reyes. Alrededor de una tercera parte de *estos* eran mujeres.

—¿Qué? —Kinri estaba pasmado—. No tenía ni idea. Creía que Kon Fiji ni siquiera admitía alumnas.

Nazu sonrió con ironía.

—Esa es la posición oficial de los modernos moralistas y también la del currículo aprobado en Kriphi. Sin embargo, no es cierta.

—Mmm… *Actos del maestro* no menciona que ninguna mujer estudiara con Kon Fiji.

—Poti Maji fue seguramente el alumno más ambicioso y el más conocido de los que estudiaron con el Verdadero Sabio. Él y sus discípulos fueron los responsables de crear las bases de lo que ahora consideramos el canon de los moralistas clásicos. Pero había otros fragmentos e incluso libros enteros excluidos del canon, los llamados apócrifos, que ofrecen un retrato más complejo y matizado de las opiniones de Kon Fiji sobre las mujeres. Según algunos textos apócrifos rescatados de las tumbas de las poderosas reinas del primer periodo Tiro, por ejemplo, creo que algunos de los alumnos más valorados por Kon Fiji eran mujeres, aunque en *Actos del Maestro* se las describe como hombres.

La mente de Kinri se tambaleó. La idea de que la historia de Dara no fuera como él la entendía resultaba sorprendente. Y sus implicaciones preocupantes. ¿Qué otras cosas ignoraba? ¿Qué otras falsedades había en los libros que enseñaban los tutores aprobados por la corte?

—¿Cómo es que conoces esos libros apócrifos?

—Al igual que a ti, me interesa la historia. Antes de venir a Rui, mi proyecto personal fue recuperar, recopilar y conservar textos que habían sido desfigurados u ocultados por las políticas destructivas de

Mapidéré. Sin embargo, cuando estaba inmersa en ese proceso, descubrí que anteriormente se había producido otra selección de textos, posiblemente más destructiva, por parte de los primeros moralistas. La única forma que tenía de recuperar lo que había sido eliminado era la compra de manuscritos rescatados de los antiguos mausoleos por ladrones de tumbas. Para salvar el pasado, a veces es necesario tomar prestado del pasado y excavar en él. Para venerar como es debido a los muertos, a veces es necesario cometer una atrocidad y perturbar la paz de su descanso. Esa es la ironía de la existencia.

Kinri asintió. Esto explicaba por qué su maestra conocía tan bien las prácticas de los saqueadores de tumbas.

—Me encantaría leer algunos de esos textos apócrifos.

La mirada de Nazu se tornó melancólica.

—Doné todos mis manuscritos a la biblioteca imperial de Pan como agradecimiento al emperador Ragin cuando instauró el programa de la Carpa Dorada, del que soy beneficiaria. Pero ya te he explicado algunos fragmentos de los mismos, aunque ocultara que no procedían de los textos canónicos.

—No tenía ni idea.

—Es culpa mía por no tener el valor de decirte la verdad en su momento —dijo Nazu Tei, sonriendo serenamente—. Lo haré mejor en el futuro. Bueno, ya está bien de digresiones. Deja que repase contigo rápidamente el resto de las reglas del juego.

Le explicó los movimientos de las demás piezas: el barco, la cruben mecánica, el consejero, el asesino, el general, el caballo, la cometa y el mariscal. Repasó las restricciones a los movimientos y las recompensas que se ganaban en las regiones especiales del tablero, denominadas «isla», «montaña» y «río-canal». Le enseñó las reglas para capturar y para ascender, cuándo se producían tablas y se repetían las posiciones en el tablero, y así sucesivamente.

Comenzaron a jugar y, aunque Nazu ganó las dos primeras partidas, Kinri consiguió ganar la tercera. Encantado, Kinri insistió en reducir su ventaja en una aeronave cuando situaban las piezas para la siguiente partida.

—Estás mejorando más rápido incluso de lo que yo esperaba —remarcó Nazu. Y añadió, en tono burlón—: Y hoy parece que tienes más resistencia mental de lo habitual.

—El *zamaki* es mucho más divertido que el estudio de los deliberadamente oscuros ideogramas anu de los *Comentarios sobre moralidad* de Gi Anji —admitió Kinri, acariciando la superficie pulida de una pieza de coral rojo que representaba una aeronave—. Maestra,

has dicho que este juego suele incorporar las nuevas técnicas de guerra, ¿no? Se me ocurren algunas modificaciones para la era moderna. Por ejemplo, se podrían añadir piezas de garinafins que representen las tácticas avanzadas lyucu.

A pesar de haber prometido a su alumno que sería más sincera con él a partir de ahora, Nazu pareció titubear. Al final decidió responder solo a la primera parte de su comentario.

—Entiendo cómo te sientes respecto a esos ideogramas. Cuando comencé mis estudios formales, mi maestro dedicó un mes entero a la *Carta compuesta por mil ideogramas con raíces de flores,* ¿te imaginas?

—Debió ser una absoluta tortura —se asombró Kinri—. En ese horrible libro había dieciséis ideogramas diferentes que significaban «cultivar» en un sentido o en otro, si mal no recuerdo.

—En realidad, dieciocho. Pero incluso los ideogramas poco conocidos pueden ser interesantes cuando entiendes el contexto histórico. La proliferación de ideogramas relacionados con los cultivos es una reflexión sobre lo avanzados que estaban los antiguos anu en las técnicas agrícolas. De hecho, dos de los ideogramas representan la raíz semántica «cáñamo»…

—¡Maestra, por favor! Me interesa la historia, pero hablar de agricultura…

—Está bien, está bien. Me ceñiré a los ideogramas. A pesar del menosprecio de tus thanes y de tu propia impaciencia, has de saber que merece la pena conocerlos bien. Yo aprendí las letras zyndari y unos cuantos ideogramas comunes cuando era niña, pero no estudié seriamente los ideogramas anu hasta los cuarenta y tantos años, cuando el emperador Ragin permitió a las mujeres presentarse a los exámenes imperiales. Entonces me pareció una tarea tediosa, y habría preferido dedicarme a estudiar música con mi cítara. Sin embargo, una vez que has adquirido cierto dominio y puedes acceder sin problemas a la sabiduría de los textos antiguos, descubres un placer único al jugar con los ideogramas. Necesitas mejorar tu caligrafía…

—Ah, me temo que nunca seré un calígrafo —dijo Kinri, desanimado—. Me falta la paciencia y el interés para embellecer los bloques de cera —y antes de que Nazu pudiera poner objeciones, continuó—. Me gustan bastante los ideogramas, son como máquinas complicadas… excepto que no *hacen* nada. Preferiría mucho más trabajar con máquinas reales, físicas, como los inventos alucinantes de Na Moji, que se supone que fabricó un ojo mecánico para captar la naturaleza como uno de los dioses…

El prolongado y lúgubre sonido de una trompeta de cuerno de garinafin se impuso sobre el suave susurro de las olas. Probablemente

ninguna otra música era tan temida en Ukyu-taasa. El toque de trompeta de garinafin se utilizaba para convocar a la batalla a los guerreros lyucu.

Las caras de Nazu y Kinri cambiaron en un instante. Kinri parecía confundido, luego curioso y alterado. Nazu, por su parte, parecía aterrorizada hasta que sus rasgos se calmaron y adoptaron una expresión de determinación.

Sin decir palabra, se levantaron, salieron de la cabaña y treparon por la duna que los había protegido del viento y del sol. Desde lo alto contemplaron la aldea situada al otro lado de la duna.

Unos cincuenta soldados —reclutados entre los nativos de Dara— bajo el mando de varios oficiales lyucu habían tomado Kigo Yezu. Habían juntado a todos los aldeanos, desde los bebés hasta los ancianos que andaban con bastón, ya estuvieran sesteando en su cabaña o trabajando en los campos, en un apretado corro en el claro que rodeaba el pozo de la aldea. A un lado se veía un garinafin agazapado, como un otero viviente, con las alas plegadas sobre el lomo. Los aldeanos contemplaban a la mortífera bestia con ojos llenos de terror.

—¿Qué está pasando? —exclamó Kinri—. ¿Hay informes de alguna incursión pirata?

Nazu le ignoró mientras vigilaba la escena con expresión solemne.

—¿Qué le contaste a tus guardianes y a tu tutor que harías hoy?

—Lo mismo que les digo siempre: que iría a cazar y pescar al campo.

—¿Les dijiste dónde?

—Sí. Todos saben que Kigo Yezu es una buena bahía para pescar.

Nazu sopesó la situación, con el corazón triste. La aparición del garinafin y todos esos soldados no podía ser una mera coincidencia. Miró a Kinri.

—¡Piensa! ¿No le has dicho absolutamente a nadie que ibas a aprender *zamaki* con una nativa?

—No… espera… comenté algo al pékyu-taasa, Dyu-*tika*.

—¿Qué le dijiste? —Nazu hizo un esfuerzo para mantener la voz calmada.

—Ayer estaba aburrido con todos los juegos de los cortesanos y le dije que le enseñaría el juego que practican los soldados, el que tiene caballitos, espadachines y crubens…

—¿Esas fueron tus palabras exactas?

Aturullado, Kinri intentó recordar.

—Puede ser. No lo recuerdo. ¡Pero el *zamaki* no está prohibido! Conozco varios oficiales lyucu a quienes enseñaron a jugar reclutas

nativos. Pensé que podrías contarme de dónde proviene. De todas formas, un soldado me iba a contar las reglas antes de enseñárselas al pékyu-taasa.

Nazu cerró los ojos y se le crispó la cara mientras se esforzaba por reprimir la rabia y el arrepentimiento. Kinri había estado persiguiéndola para que le enseñara el juego desde que la encontró con esas piezas hace unas semanas, intentando resolver rompecabezas *zamaki*. Aunque era cuidadoso, no se había dado cuenta de que la versión a la que jugaban los soldados nativos en Kriphi no tenía figuritas de crubens, pues los lyucu habían prohibido cualquier referencia a las poderosas ballenas con escamas. Muchos consideraban a esas criaturas aliadas de la Casa del Diente de León y aparecían con frecuencia en la iconografía de los estandartes rebeldes.

Cuando volvió a abrir los ojos comenzó a deslizarse a duras penas por la duna en dirección a la aldea, sin prestar atención a los resbalones en la empinada pendiente de arena.

—¡Maestra, espera! —gritó Kinri. Nazu no dio ninguna señal de haberle oído y Kinri comenzó a correr tras ella.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LECCIÓN SOBRE LA VERDAD

RUI: NOVENO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (CONOCIDO COMO EL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS EN DARA Y EL OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA HACIA UKYU-GONDÉ)

Cuando llegaron a la aldea, los soldados nativos ya habían obligado a sus habitantes a arrodillarse en el suelo con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Mientras una oficial superior lyucu daba vueltas frente a los aldeanos arrodillados, los soldados, bajo la dirección de dos oficiales lyucu de menor graduación, entraban en las cabañas, abrían armarios y volcaban arcones, rompían cuencos y platos, abrían agujeros a patadas en las paredes de zarzo y barro, como si buscaran compartimentos secretos.

Dos soldados bloquearon el camino a Nazu Tei al borde del claro.

—¡Deteneos! ¡Deteneos de inmediato! —gritó Nazu jadeando mientras la sujetaban por los brazos—. ¿Qué significa esto?

Kinri (o Savo, como se le conocía entre los lyucu), que se encontraba a cierta distancia de ella, se paró y se escondió instintivamente entre unos matorrales. Aunque no era exactamente un secreto que, además de las lecciones del tutor asignado por la corte en Kriphi, le gustaba salir al campo para aprender otras cosas de la cultura nativa, esa costumbre era considerada algo excéntrica entre los hijos de los thanes lyucu, por lo que no quiso aparecer todavía.

La comandante lyucu se acercó hasta Nazu con recelo, los ojos entrecerrados.

—¿A qué vienen esos gritos, anciana? ¿No ves que estamos llevando a cabo una investigación?

Nazu inclinó la cabeza para mostrar su moño con doble rodete.

—Mi nombre es Nazu Tei, y alcancé el rango de *toko dawiji* en los exámenes imperiales del sexto año del reinado de Los Cuatro Mares Plácidos. El emperador Thaké ha concedido a todos los estudiosos con rango el derecho de interceder en nombre del campesinado. Solicito saber tu nombre y de qué delitos se acusa a estos aldeanos.

Con la aprobación y el respaldo de Tanvanaki, el emperador había emitido una serie de edictos los últimos años con el fin de fomentar

una existencia más armoniosa entre los nativos y los conquistadores lyucu. Dichos edictos relacionados con el estatus elevado de los estudiosos habían resultado muy populares y conseguido muchos apoyos para el régimen lyucu entre las personas más instruidas.

No obstante, nunca estuvo del todo claro hasta qué punto obligaba la autoridad del emperador a los nobles y oficiales lyucu.

La oficial lyucu miró con furia a Nazu, pero hizo una seña a los dos soldados que la sujetaban, indicando que podían soltarla.

—Mi nombre es Cutanrovo Aga, hija de Vorifir Aga, hijo de Kiof Aga. Estoy al servicio de la pékyu como thane del Rebaño de Nalyufin. Con el sello del emperador Thaké, estoy al mando de las fuerzas de seguridad de la capital. Tenemos razones para creer que en esta aldea se realizan actividades sospechosas.

—¿Qué actividades sospechosas?

Cutanrovo abrió la boca como si fuera a hablar…

Como cualquier corte, la corte de Pékyu Vadyu estaba dividida en facciones y partidos rivales.

Una facción, encabezada por la thane Goztan Ryoto y respaldada por el emperador Thaké, era partidaria del acomodo con los nativos. Muchos de los acomodacionistas, como el thane Vocu Firna, habían llegado a apreciar la cultura y los productos de Dara, y creían que era posible ganar el apoyo de los nativos con el tiempo.

La otra facción, compuesta principalmente por thanes de menor rango y sin un líder destacado, era partidaria de la mano dura con los nativos. Era imposible llegar a confiar en ellos, sostenían, y cualquier acomodo solo serviría para estimular nuevas rebeliones. Cutanrovo Aga pertenecía a esta facción de línea dura, que nunca había gozado del favor de la pékyu.

Cutanrovo culpaba de su infortunio político a ese pelele de Timu, el consorte de la pékyu. No podía entender por qué era tan solícita con los sentimientos de un hombre bárbaro. Claro que era el padre de sus hijos, pero una vez que la pékyu había producido herederos que otorgaban a los lyucu legitimidad ante los nativos, ¿para qué molestarse en conservar al saco de esperma? Aun así parecía mantener cierto control sobre la pékyu, y a veces el emperador marioneta actuaba como si fuera el amo de la marioneta. Cutanrovo llegó a la conclusión de que debía servir excepcionalmente bien a la pékyu en la cama.

Durante años había intentado demostrar el peligro de mostrarse blando con los nativos. Cada vez que se producía una rebelión, ella se ofrecía voluntaria para encabezar la respuesta, con la esperanza de hallar pruebas de una gran conspiración para derrocar a los lyucu. A

falta de dichas pruebas y dado que los nativos eran cada vez más dóciles —ella estaba convencida de que solo se trataba de un truco—, recurrió a incitar nuevas rebeliones. Ese mismo verano, por ejemplo, dio instrucciones a su primo, un naro de temperamento violento y poca comprensión del panorama general, para cometer alguna atrocidad en la aldea nativa que supervisaba. Tenía la esperanza de provocar con ello alguna respuesta violenta de los nativos y así demostrar que no se podía confiar en ellos.

El plan había triunfado, llegando a superar sus sueños más delirantes. Los aldeanos no solo se rebelaron, sino que mataron a su primo, lo que daba a Cutanrovo una excusa para inflamar toda la costa septentrional de Rui y matar a cuantos pudiera. A ojos de Cutanrovo, el único nativo bueno era el nativo muerto.

Pero Tanvanaki había rechazado su oferta de liderar la fuerza represiva. Había preferido ser ella misma la que abortara la rebelión en ciernes, afirmando que los inminentes ritos sacrificiales en honor a Péa-Kiji —una ridícula muestra de contemporización con las supersticiones nativas, en opinión de Cutanrovo— eran demasiado importantes para arriesgarse a unos disturbios prolongados. La pékyu había resuelto la situación rápidamente limitando las represalias a la propia aldea. Y dado que dos estudiosos nativos habían ayudado a los lyucu a encontrar a los rebeldes y acabar con ellos, el suceso se citó, incluso, como un ejemplo del éxito de las políticas contemporizadoras. Cutanrovo estaba furiosa porque le había salido el tiro por la culata.

Sin embargo, últimamente Cutanrovo había notado un cambio en la pékyu. Desde la partida del barco con el tributo el mes pasado, la pékyu parecía preocupada. Cuando surgía algún conflicto en la corte, ya no se ponía automáticamente del lado de los contemporizadores.

Aquí tengo una oportunidad, reflexionó Cutanrovo. *¿Ha perdido el emperador Thaké el favor de su esposa? ¿Ha hecho algo la thane Goztan para suscitar la desconfianza de la pékyu? A lo mejor Tanvanaki ha caído finalmente en la cuenta de mi sensatez y la de otros auténticos guerreros, que no han olvidado lo que significa ser un lyucu.*

Por una corazonada, se desplazó hasta las montañas Roro, donde sabía que Tanvanaki mantenía un campo de prisioneros secreto, con personas raptadas en las islas principales. Según Tanvanaki, el campo servía para reunir inteligencia sobre los dara-raaki, pero Cutanrovo sospechaba desde hacía tiempo que probablemente era un lugar corrupto en donde las lenguas sueltas de los taimados eruditos ablandaban y hechizaban a Tanvanaki para asemejarla a su marido.

Una vez allí dijo representar a Tanvanaki e interrogó a los prisioneros aplicando la tortura con prodigalidad. La mayor parte de

aquellos infelices no tenían nada útil que contar, pero uno de ellos reveló un secreto que sacudió a Cutanrovo hasta la médula. El Muro de las Tormentas se abriría en menos de tres años, permitiendo la llegada de refuerzos de la patria lyucu.

Y Tanvanaki lo había mantenido en secreto.

Cutanrovo sabía que, una vez descubierto, el secreto alteraría por completo el equilibrio de poder en la corte. El argumento utilizado siempre por los acomodacionistas, que la fuerza invasora lyucu no podía vencer sin el apoyo de los nativos, quedaría invalidado. Con una nueva ola de guerreros y garinafins recién llegados, los lyucu podrían conquistar el resto de Dara sin aliados nativos. El sueño de los partidarios de la línea dura, un paraíso de supremacía lyucu, estaba al alcance.

Pero tenía que ser cautelosa sobre la manera de revelar su descubrimiento, de obligar a Tanvanaki a aceptar la visión de la línea dura como la única viable, de rechazar por completo a su marido y los consejos obtusos de Goztan Ryoto.

Cutanrovo indagó y vigiló hasta que finalmente se le presentó una oportunidad.

Había encontrado al pékyu-taasa Todyu, el amado hijo de Tanvanaki y Timu, pidiendo a un guardia nativo de palacio que encontrara a su amigo Savo Ryoto.

—Pero votan —le suplicó el guardia—, ya he preguntado al tutor del thane-taasa. Ha ido a cazar y pescar cerca de la bahía de Kigo Yezu.

—¡Me dijo que hoy iba a aprender a jugar al juego del espadachín y la cruben! ¡Tiene que estar con alguno de vosotros en el cuartel de los guardias de palacio! ¡Encuéntralo o se lo diré a mi madre!

Cutanrovo intervino. Tras consolar al quejumbroso muchacho, seguro de que su amigo estaba jugando a algún maravilloso juego sin él, Cutanrovo interrogó a los guardias acerca de los hábitos de Savo Ryoto. Luego reflexionó sobre el significado de lo que había averiguado.

Si Savo quería aprender a jugar *zamaki*, había suficientes soldados nativos o incluso oficiales lyucu que podían enseñarle ahí mismo, en palacio. No había ninguna razón para irse lejos solo con el fin de encontrar un jugador de *zamaki*. Incluso si quisiera reunirse con algún experto en *zamaki* por ahí fuera, ¿por qué engañar al guardia de palacio?

Además, el pékyu-taasa había mencionado el juego del «espadachín y la cruben», que era el antiguo nombre de un juego de tablero que nadie al servicio de la corte se atrevería a usar. Solo Savo podía

haberle mencionado ese nombre. ¿Por qué hablaba Savo de crubens, un nombre en código de los nativos para referirse a la rebelión? Es más, ¿qué hacía Savo yendo a Kigo Yezu todo el tiempo cuando era sabido que no tenía buena reputación como cazador?

Esconde algo.

Dado que Savo Ryoto era hijo de la thane Goztan Ryoto, el descubrimiento de un secreto embarazoso sobre el thane-taasa tenía el potencial de asestar un serio golpe a los acomodacionistas y forzar a Tanvanaki, que ya debía estar reevaluando la sensatez de los partidarios de la línea dura a la luz de las novedades sobre el Muro de las Tormentas, a dar un vuelco a sus políticas.

Cutanrovo convocó rápidamente a sus tropas y se dirigió hacia Kigo Yezu.

—¿Qué actividad sospechosa? —volvió a preguntar Nazu Tei.

A Cutanrovo se le abrió la boca porque no tenía la menor idea. Había llevado hasta allá las tropas porque esperaba coger al thane-taasa, Savo Ryoto, haciendo alguna tontería comprometida: cortejando a una mujer nativa para convertirla en potencial esposa, adorando algún ídolo que formara parte de una secta misteriosa local, guardando algún tesoro que debería entregarse a la pékyu, o incluso siendo el anfitrión de un torneo ilegal de *zamaki* con jugadores vestidos como los Señores de Dara, tal y como se rumoreaba que hacían en privado los hijos más corruptos de los acomodacionistas.

Había actuado por instinto. Lo concreto no importaba. Estaba segura de que encontraría *algo*.

De momento, las cosas no estaban funcionando. Sus tropas no habían encontrado ni rastro del thane-taasa en los bosques circundantes ni en la bahía, por lo que había ordenado el ostentoso asalto a la aldea, con la esperanza de cazar al thane-taasa en alguna de las cabañas, como cuando se hace una batida de caza para sacar a los animales de sus madrigueras.

Frustrada, Cutanrovo dijo lo primero que se le ocurrió.

—Contrabando. Tenemos informes de que aquí hay productos de contrabando.

—¿Qué contrabando? Puedo asegurarte que no hay armas en Kigo Yezu. Los deci-jefes sabrían si alguien poseyera cuchillos mayores que un cuchillo de cocina. Y tampoco encontraréis libros prohibidos. La mayoría de los aldeanos ni siquiera saben leer.

—¿Por qué debería fiarme de tu palabra si puedo averiguarlo por mí misma? —Cutanrovo hizo una seña con la mano a los soldados que saqueaban las cabañas.

—No puedes destrozar los hogares de la gente sin pruebas.

—Tengo todas las pruebas que necesito —declaró Cutanrovo. Como siempre, el esfuerzo de hablar en dara la ponía a prueba. Detestaba tener que usar la lengua dara para hablar a los estudiosos y a los soldados nativos en lugar de en la suya propia: otro aspecto del fracaso de Tanvanaki. Siempre se sentía con la lengua trabada, incapaz de sonar tan perentoria y autoritaria como le gustaba—. Tengo un… *presentimiento*.

—¡Hace tiempo que el emperador y la pékyu declararon inadmisible utilizar meras sospechas para alterar la vida de los aldeanos respetuosos con la ley!

El tono imperante utilizado por la anciana fastidiaba a Cutanrovo. Hubo una época en que los nativos se acobardaban ante la presencia de cualquier guerrero lyucu, pero las cosas habían cambiado. Avanzó otro paso hacia la anciana, con la esperanza de intimidarla —y descubrió la horquilla con forma de punta de lanza en su doble rodete.

El corazón de Cutanrovo se desbocó. Al momento reconoció el modelo de líneas grabadas con ácido en el hueso: el signo de las Cinco Tribus del Asta. *¡Así que el thane-taasa ha estado aquí! Aunque no lo hayamos pillado in fraganti puede que descubramos lo que hacía.*

—Es más que una vaga corazonada —dijo Cutanrovo. Su mente funcionaba a toda velocidad tratando de imaginar qué relación tenía la anciana con el hijo de Goztan—. Tengo informes fidedignos de actividades prohibidas en este lugar… que amenazan la seguridad de Ukyu-taasa.

Nazu se echó a reír.

—¿Qué significa eso? ¿Qué esperas encontrar aquí? ¿Mapas? ¿Modelos del terreno? ¿Maniquíes para entrenar a luchadores rebeldes? Aquí no tenemos nada parecido. Estas son personas corrientes. No salimos a pescar a más de un día de la costa, y muchos ni siquiera han estado en Kriphi. Hace meses que no se ve ningún forastero por la aldea. La idea de que aquí haya alguien tramando una rebelión es absurda.

—Incluso un tranquilo estanque puede pudrirse —replicó Cutanrovo—. Si estás tan segura de la inocencia de los aldeanos, ¿por qué te preocupa que hagamos un pequeño registro? ¿Temes que encontremos algo… o a *alguien*? ¿Alguien que no debería estar aquí?

Detrás de los matorrales, Savo Ryoto se puso tenso. *¿Todo esto es por mí? Pero ¿por qué no debería estar aquí? Vengo continuamente. Para «cazar».*

Estaba a punto de salir para explicar que todo esto era un malentendido cuando vio que Nazu se agarraba las manos en la espalda, haciendo el signo de *stop* que utilizaba con él cuando quería

que se tomara un descanso en una de sus apasionadas discusiones con ella sobre el significado de algún pasaje de los clásicos.

Nazu estaba segura de que esta thane había venido a causa de Kinri y, aunque no entendía las razones, sentía que debía mantenerlo alejado de su vista por el bien de los dos. Hizo un esfuerzo por mantener la calma y dijo:

—Aunque no tengamos nada que ocultar, no puedes venir y poner todo patas arriba. El emperador y la pékyu han prometido que la gente de Rui y Dasu será tratada como leales súbditos, no como esclavos o espías. ¿Cómo vas a conquistar los corazones de la gente si…?

Le interrumpió el grito excitado de uno de los soldados que efectuaban la búsqueda, que salía de una cabaña llevando en alto un bolso de seda. El soldado corrió hasta Cutanrovo y le presentó el bolso sobre una bandeja de madera. Ella lo abrió y arrojó el contenido en la bandeja: un juego de figuritas de jade blanco y ámbar rojo.

La mirada de Cutanrovo sobrevoló las cabezas de los aldeanos arrodillados. La mayoría la miraba sin comprender, pero se dio cuenta de que el jefe de la aldea, el anciano Do Kigo, un hombre demacrado en la cuarentena, ciego de un ojo, mantenía la vista en el suelo. Junto a él se arrodillaban tres niños y su esposa, con un bebé en brazos. Se quedó mirando al anciano Kigo y vio que las mangas de su túnica temblaban.

¿Qué secretos encierra esta aldea?

—¿De quién es esa casa? —preguntó Cutanrovo.

—Es mía —dijo Nazu.

Sorprendida, la thane lyucu apartó la vista de la cabaña y miró a Nazu. La cabaña en donde habían encontrado las figuritas no parecía diferente a las viviendas sencillas de los demás aldeanos. Según su experiencia, los eruditos nativos siempre vivían en casas mejores, con el propósito de alardear de su estatus superior ante los simples campesinos.

Una toko dawiji *que no vive en Kriphi y no es una tutora designada por la corte… que se esconde apartada en una simple aldea de pescadores y agricultores…*

Examinó con más atención las figuritas de la bandeja y le decepcionó no encontrar nada parecido a una cruben. Mientras seguía pensando, improvisó:

—Por este juego darían al menos veinte piezas de oro en Kriphi. ¿Por qué vives en una cabaña con goteras si posees algo como esto?

—No sabía que fuera un crimen vivir frugalmente. Ese juego me lo regalaron mis benefactores, fallecidos hace mucho tiempo. Lo guardo

para honrar su memoria, nada más.

—¿Qué juego es este?

—*Zamaki*.

—No se parece a ningún juego de *zamaki* que haya visto — Cutanrovo escudriñó las piezas una por una, segura de haber encontrado la clave del misterio—. ¿Se supone que esto es un toro de pelo largo? ¿Y estos? ¿Se supone que son campesinos con sombreros de ala ancha? ¿Y esto qué es? ¿Algún tipo de barco de pesca?

Miró a los soldados nativos que la rodeaban.

—¿Alguno de vosotros ha visto alguna vez un juego de *zamaki* como éste? —los soldados sacudieron la cabeza.

—Mis benefactores procedían de la isla Grande. Hay tantas variantes de este juego en las islas que no es sorprendente que su versión sea desconocida aquí para la mayoría.

—El *zamaki* es un juego de guerra, ¿no? Puede usarse para simular batallas.

Nazu echó a reír.

—Es un juego basado en ideas abstractas de la guerra. Es verdad que es muy popular entre los soldados, pero mucha gente que nunca ha ido a la guerra disfruta jugándolo. He oído a algunos comerciantes decir que para ellos es un reflejo del comercio y la competencia, y los estudiosos hablan de su potencial como modelo de las facciones políticas. Es un juego, nada más. Observa las piezas de la bandeja. ¿Ves algo que parezca una máquina de sabotaje prohibida o alguna alusión a la insurrección?

Cutanrovo vaciló, resistiéndose a rendirse.

—Pero no tiene sentido que guardes un juego de guerra tan refinado aquí, en esta aldea cochambrosa. Es sospechoso.

—Por esa lógica, los ministros nativos que juegan al *cïpa* en Kriphi serían también rebeldes camuflados, y los niños que juegan a bandidos contra soldados estarían estudiando cómo derrocar a la pékyu. Si un juego de *zamaki* se considera contrabando, tendrías que arrestar a la mitad de tus soldados.

—No seas insolente, Nazu Tei.

A estas alturas, los soldados habían completado el registro de las cabañas. Todo estaba en completo desorden, pero no habían encontrado nada remotamente sospechoso. Cutanrovo, abochornada por la falta de resultados, dio la orden de formar a sus soldados.

—Voy a tener que llevarte de regreso a Kriphi —le dijo a Nazu—. Hay demasiadas preguntas sin responder.

Nazu extendió las manos despreocupada.

—Muy bien. Hace tiempo que no he estado a la capital. Podré

ponerme al día con algunos amigos.

—¿Estás absolutamente segura de que me has contado todo? ¿No hay nada más en esta aldea que pueda considerarse contrabando?

Nazu sacudió la cabeza con decisión.

Cutanrovo lanzó una mirada al jefe de la aldea. Aunque los demás aldeanos se habían relajado al oír que los soldados se marchaban, el anciano Kigo parecía tan tenso como siempre. Se había estremecido cuando Nazu negó poseer más objetos sospechosos.

Con aspecto pensativo, Cutanrovo paseó lenta y deliberadamente hacia el hombre de mediana edad. Sabía que Tanvanaki, por influencia de Timu, había dado prioridad a la protección de los eruditos, y causar dolor a esa anciana sin contar con mayores pruebas no parecía una buena idea. Sin embargo, el jefe de la aldea no era más que un campesino. Tiempo atrás, durante la conquista de Rui, había matado a cientos de hombres y mujeres como él.

Al aproximarse, el jefe de la aldea se echó a temblar con más fuerza. Con unas zancadas que la situaron amenazadoramente junto al hombre arrodillado, la comandante lyucu preguntó:

—¿Está diciendo la verdad la *toko dawiji*?

—¡Sí! ¡Sí! —respondió el hombre.

—¿Estás seguro?

El hombre tocó el suelo con la frente en señal de sumisión.

—¡Sí! —temblaba como hoja al viento—. ¡En Kigo Yezu todos somos súbditos leales! ¡No hay espías! ¡No hay rebeldes! ¡No hay absolutamente nada más en ninguna de las cabañas!

Nazu apretó los puños con ansiedad, pero ya no podía hacer nada más para resolver la situación.

—Nada más en ninguna de las cabañas, ¿eh? Esa es una manera divertida de declarar tu inocencia —dijo Cutanrovo—. Creo que intentas hacer lo correcto, Do Kigo. De verdad. Pero creo que vas a necesitar ayuda para apreciar por completo las obligaciones de un súbdito leal.

Se agachó y arrancó al bebé, de pocos meses de edad, de los brazos de su madre. La mujer dio un grito e intentó recuperar al bebé, pero no se atrevió a levantarse del suelo.

—¡Nara, no te resistas! —gritó el anciano Kigo con voz desesperada —. La honorable comandante no hará daño a nuestra hija.

Cutanrovo levantó al bebé fuera del alcance de su madre, lanzó despreocupadamente una patada y su pie fue a dar con un ruido sordo contra la garganta de la mujer. Los gritos de Nara callaron bruscamente mientras caía al suelo, esforzándose por respirar a través de su tráquea hundida. Sus hijos se acercaron gateando para ayudarla,

sin parar de llorar. Kigo golpeaba el suelo con la frente una y otra vez murmurando sin parar:

—¡Piedad! ¡Mi hija! ¡Piedad!

El bebé gemía en brazos de la thane lyucu.

—Traedme un cubo de agua —ordenó Cutanrovo. Los soldados nativos se miraron, titubeando—. ¡Ya! —bramó la comandante. Uno de los soldados corrió a obedecer y enseguida trajo un cubo lleno de agua del pozo.

—El emperador ha prohibido específicamente la tortura como método de interrogación —dijo Nazu, esforzándose por mantener la voz en calma.

—Esas reglas conciernen a los policías nativos —dijo Cutanrovo—, no al ejército.

—¡No estamos en tiempo de guerra! ¡Presentaré una denuncia al magistrado! ¡Presentaré una denuncia al propio emperador!

Cutanrovo no se molestó en contestar mientras cogía el cubo al soldado y lo dejaba en el suelo, ante sus pies, justo delante de los padres. Levantó en el aire al bebé cabeza abajo, la sujetó por las piernas y empezó a sumergirle la cabeza en el cubo.

—¡Oh dioses! ¡Piedad! ¡Piedad! —el anciano Kigo, dando alaridos, se arrastró hasta la comandante lyucu, bloqueando el cubo con su cuerpo.

Cutanrovo lo separó de una patada.

—Te estoy dando una última oportunidad para que digas la verdad. ¿Dónde hay más contrabando?

Savo Ryoto no pudo seguir escondido más tiempo.

—¡Ya es suficiente! —dijo, saliendo de golpe de los matorrales—. Maes… —Savo suprimió el título honorífico justo a tiempo. Al no estar asignada por la corte, Nazu Tei no podía ser oficialmente su maestra. Muy consciente del poder de las relaciones maestro-alumno en Dara, Tanvanaki había decretado que las enseñanzas no autorizadas eran un delito que se podía castigar con la muerte. Frente a otras personas, tenía que tener cuidado de tratarla como a una mera informante nativa—. Thane Cutanrovo, Nazu Tei tiene razón. No estamos en tiempo de guerra, y no puedes ir por ahí como si estas personas fueran esclavas o enemigas.

Algunos soldados corrieron a encararse con Savo, pero él se sacó la horquilla de garinafin del moño y la puso en alto.

—Mi nombre es Savo Ryoto, hijo de Goztan Ryoto, hija de Dayu Ryoto. Sirvo al pékyu como thane-taasa de las Cinco Tribus del Asta.

Los soldados se echaron atrás. Goztan Ryoto era una de las más poderosas thanes de Kriphi y maltratar a su hijo no les facilitaría la

carrera militar.

Incluso Cutanrovo Aga titubeó. *Así que todavía andas por aquí.* Su rostro abandonó la expresión entusiasta por haber capturado a su presa e hizo un saludo con la cabeza al joven, mientras sujetaba en el aire con una mano al bebé lloroso, que se retorcía como si fuera un conejo.

—Votan, por favor, disculpa que no te salude de manera adecuada. Como ves, estoy algo ocupada por el momento.

—Está bien —dijo Savo—. Nazu Tei es una… informante y amiga de confianza, y yo puedo responder de su carácter y su lealtad. De hecho, soy algo experto en *zamaki* y puedo asegurar que las piezas en tu poder son parte de un juego, nada más que eso.

Savo no entendía por qué Cutanrovo actuaba de esa manera, pero estaba completamente asqueado por su comportamiento, contrario al espíritu y la letra de los edictos de la pékyu que obligaban a tratar a los nativos con amabilidad mientras obedecieran. La ignorante thane estaba haciendo una montaña de un grano de arena, como solían decir los nativos, y se arriesgaba a dañar la reputación de los lyucu de ser un pueblo belicoso pero justo, que había venido a liberar Dara de la opresión ejercida por el tirano Kuni Garu y la usurpadora Jia. Tenía que distender la situación lo antes posible.

Echó una ojeada a Nazu, esperando que su maestra mostrara gratitud por su intervención, pero el rostro de Nazu permanecía tenso e indescifrable.

Cutanrovo examinó al confiado joven: moño de un solo rodete, túnica de estudioso, manos suaves que obviamente pasaban más tiempo con estiletes de mango de marfil que blandiendo pesadas mazas o hachas de hueso. Su cara no tenía cicatrices ni sus ojos rastro alguno de instinto guerrero. En resumen, parecía más el chico mimado de algún bárbaro nativo rico que el descendiente de una orgullosa thane lyucu.

Este thane-taasa, un muchacho que no tiene ni idea de lo que significa luchar por la supervivencia de nuestro pueblo, que no entiende el coste de su confortable y desahogada vida feliz, que no conoce el dolor del hambre ni la exposición a los elementos o el terror de contemplar cómo su familia y compañeros mueren a manos de soldados bárbaros sedientos de sangre, ahora se hace responsable de una artera mujer nativa.

Mientras los aldeanos gemían y suplicaban, ella seguía sujetando en alto al bebé y pensaba fríamente. Observó el modo en que Savo miraba a Nazu Tei.

Es evidente que hay algo entre esos dos.

—Suelta al bebé —dijo Savo—. No hay prueba alguna de que el

anciano Kigo sea un traidor, y no puedes aplicar tortura solo porque sospechas algo. Eso dice el decreto del emperador. Te estoy ordenando, en nombre de mi madre, que devuelvas el bebé a sus padres y acabes con esta insensatez ahora mismo.

Los dedos de Cutanrovo apretaron los tobillos del bebé. El odio y la furia prendieron en su corazón como un volcán a punto de estallar. Los ojos se le nublaron de rojo.

Cutanrovo no procedía de una tribu prominente. La Tribu del Rebaño de Nalyufin era del norte de Ukyu, donde la escasez de recursos conllevaba rebaños pequeños y pocos guerreros. De niña contempló a los guerreros agon llevarse la comida almacenada con la que contaba la tribu para pasar el invierno. Sostuvo el cuerpo sin vida de su abuela en mitad del invierno, después de que se dejara morir de inanición para que Cutanrovo, la más joven del clan, tuviera algo más para comer.

Y luego llegó Tenryo. Era astuto, como Péten, valiente como Diasa, tan bondadoso con sus aliados como Toryoana, el de las Manos Sanadoras, y tan cruel con sus enemigos como Nalyufin, de corazón despiadado. Era Afir y Kikisavo renacidos, la esperanza de los lyucu, el libertador y salvador de su pueblo.

Había luchado para él desde que pudo subirse a un garinafin, y jamás vaciló en cumplir sus órdenes. El día en que por fin mataron a Nobo Aragoz, el último pékyu de los odiados agon, fue el día más feliz de su vida.

Entonces llegaron los bárbaros dara bajo el mando del almirante Krita, y empezó la contienda de inteligencias y estratagemas. Ella cumplió un papel fundamental en los planes de Tenryo, al encabezar los equipos secretos de garinafins que se desplazaron hacia el este, hasta las Montañas del Fin del Mundo, con el fin de conseguir maderos para los barcos de Krita, que luego arrojarían al mar para que Tenryo pudiera afirmar que los dioses habían hecho un milagro a favor del potentado bárbaro y ganara su confianza. La misión, que no tenía precedente en la memoria de las tribus, encontró mucha oposición entre los ancianos y engendró dudas entre los chamanes. Pero Cutanrovo no dudó en obedecer a Tenryo y asumió con gusto la poco habitual y ardua tarea de derribar árboles y transportarlos. Su primogénito, un niño, murió al ser arrollado por un tronco que rodó desde el lomo de un garinafin. Ella misma lo despidió en pédiato savaga, trepando a lo alto de un árbol para depositar su cuerpecillo entre las ramas balanceantes.

(Cutanrovo se consideraba afortunada de no haber sido una de las thanes escogidas por Tenryo para seducir a los repugnantes Señores de

Dara. Algunas de ellas nunca se recobraron por completo de su terrible experiencia —bastaba con ver a Goztan Ryoto—. Cutanrovo estaba convencida de que la debilidad de las tendencias acomodacionistas de la thane era consecuencia de su estancia en la expedición de Krita. Su espíritu lyucu había sido quebrado).

Cutanrovo no estaba resentida con Pékyu Tenryo por los sacrificios que le exigía. Le amaba del mismo modo que el águila ama el calor del Ojo de Cudyufin, del mismo modo que la polilla ama la luz de la Boca de Nalyufin. Confiaba en él, en su visión de un futuro mejor para los lyucu, tanto como confiaba en las historias de pintura vocal y danza de los chamanes.

Pero la exigencia de sacrificios de Tenryo no tenía fin.

Ella había renunciado al familiar y acogedor espacio abierto de las inmensas planicies, con sus rebaños de ovejas y reses, manadas de muflones y uros, donde todo estaba moldeado por las fuerzas de la naturaleza y por los dioses, donde podías volar durante días sin ver signo alguno de la existencia humana, para venir a esta tierra extranjera, donde todo parecía domesticado, atado, encerrado, donde incluso la propia tierra estaba demarcada por cuadrículas de campos arados y el mar limitado por rutas marinas, con el fin de buscar una vida mejor para su pueblo. Había seguido al hacha autónoma de Pékyu Tenryo a través del océano tormentoso sin cuestionárselo, había perdido dos maridos en emboscadas de los nativos en la isla de Rui, y presenciado la muerte de su hija en aquel horrible día del golfo de Zathin, cuando los garinafins se sumieron uno tras otro en tumbas acuáticas tras ser alcanzados por las letales lanzas sedamóticas de los bárbaros. Luego había servido con lealtad a Pékyu Vadyu mientras consolidaba el dominio lyucu sobre los tercos y poco fiables nativos, haciendo todo lo que la pékyu le pedía.

Es cierto que tanto ella como su tribu habían sido ampliamente recompensadas por su valor y sus sacrificios. Pero ella nunca olvidó el precio de sus victorias, los abuelos y abuelas muertos de hambre, las madres obligadas a matar a sus bebés gestados con semillas de los agon, a los amigos y familiares que había perdido, a los naros y culeks agon y a los bárbaros dara-raaki que había tenido que matar antes de que la mataran a ella. A través de todas esas pruebas, era el espíritu lyucu el que la había sostenido, la confianza en la victoria final, por lejos que estuviera.

Y ahora este noblecillo, *este niñato*, este lobezno que voluntariamente se ha arrancado los colmillos y envuelto en una piel de oveja, citaba las órdenes del emperador nativo, una figura de marioneta y juguete de cama de la gran Tanvanaki, para decirle *a ella*

lo que tenía que hacer.

Ella entendía mejor que nadie la naturaleza de la amenaza a la que se enfrentaban los lyucu. Los nativos eran cien veces más numerosos que sus conquistadores, y seguramente no habían olvidado las sangrientas masacres que los lyucu se vieron obligados a cometer con el fin de afianzarse en estas islas. Si ellos no conservaban su naturaleza lobuna, las aparentemente dóciles ovejas aprovecharían la primera oportunidad que tuvieran para pisotear a sus señores hasta la muerte.

El thane-taasa estaba dándose un festín con la carne que ella había cazado, pero no entendía nada de gratitud, de cómo mantenerse a salvo, del espíritu lyucu. Ella tenía que hacer lo que había que hacer, aunque para ello tuviera que destruir a este idiota.

Era completamente intolerable ver a Tanvanaki y a Goztan echar por tierra el legado de los pékyu-votan y profanar el sacrificio de tantos lyucu que habían muerto para ofrecer a sus hijos una mejor oportunidad en la vida, solo para buscar la *acomodación* con los dara-raaki, un pueblo inferior, cruel y artero empeñado en la destrucción de los lyucu a menos que fueran esclavizados o asesinados. Ver a Savo Ryoto, un niño por cuyo futuro se habían sacrificado tanto ella como otros thanes, entretenerse con una dara-raaki como si él fuera también un nativo, era sencillamente demasiado.

Pero se obligó a contener la rabia, a no revelar en el rostro sus auténticas emociones, a ser tan astuta y pensar tan a largo plazo como Pékyu Tenryo. Volvió a centrarse en el modo en que el thane-taasa miraba a la *toko dawiji* llamada Nazu Tei, con una mezcla de deferencia y ansia de aprobación. Recordó que el moño de Nazu iba sujeto con una horquilla de punta de lanza de hueso de garinafin grabado con los signos de la tribu de Savo.

—Votan —dijo, todavía sujetando al bebé que se retorcía y con una voz perfectamente calmada—, por supuesto que no dudo de tu amiga o de tus conocimientos. Pero el pékyu-votan —que el Padre de Todos le ofrezca un gran festín en la Gran Tienda más allá de las Montañas del Fin del Mundo— y la propia pékyu siempre nos han recordado que debemos estar vigilantes. ¿Puedo saber sobre qué temas te está informando la *toko dawiji*?

Savo frunció el ceño, inseguro de adónde quería llegar Cutanrovo con su pregunta. Los tutores asignados por la corte —que también llevaban horquillas de hueso de garinafin para indicar su estatus— tenían que presentar sus planes de estudio por adelantado para tener la seguridad de que no corromperían la mente de sus pupilos lyucu con temas prohibidos. En la práctica, este requisito era en gran

medida una formalidad, y los censores raras veces (por no decir nunca) rechazaban una solicitud, al menos si recibían los adecuados sobornos junto con dicha solicitud. Sin embargo, como se suponía que Nazu no era su maestra, sino solo una informante nativa, podía asesorarle sobre prácticamente cualquier tema que quisiera conocer.

—Le pregunto sobre cualquier materia que se me antoja y ella me responde con sinceridad y sin reservas —le contestó de un modo deliberadamente altivo para remarcar que él estaba a cargo de sus propias «sesiones de información». La pregunta de Cutanrovo llamó la atención sobre su conducta excéntrica, aunque no contraria a las reglas—. Confío en ella por completo y la considero una buena amiga —añadió, haciendo hincapié en la palabra *confío*.

—Ah, ahora entiendo —dijo Cutanrovo, curvando la comisura de los labios en una sonrisa de satisfacción, al tiempo que le guiñaba un ojo con complicidad—. ¡Votan, no me había dado cuenta de que te gustaba la carne muy hecha! Yo te sugeriría algunas casas índigo de Kriphi especializadas en mujeres más maduras, para que no tengas que caminar…

—¡Cómo te atreves! —dijo Savo con el rostro enrojecido. Era cierto que algunos thanes y naro-votan lyucu con esposas celosas empleaban la excusa de ir a ver a «informantes nativos» para visitar a las concubinas que mantenían en las aldeas, pero él siempre había sentido repugnancia y desdén por dicha práctica. Que insultaran de esa manera a su apreciada maestra era más de lo que podía soportar—. Nazu Tei es una respetada erudita y la valoro por su sabiduría. Son precisamente los hombres y mujeres como ella quienes pueden ayudarnos a plantar nuestras raíces en estas islas.

Cutanrovo pareció completamente arrepentida.

—¡No pretendía ofender, votan! Ah, ayudarnos a plantar nuestras raíces… entonces, según entiendo, ¿vas con esta esclava dara-raaki para que te informe sobre las prácticas nativas de agricultura? Si permites la opinión de una simple jinete de garinafin desinformada, la verdad es que no creo que la agricultura sea adecuada para un guerrero…

—¡Oh, por la maza de Diasa-Fithowéo, era solo una metáfora! Por supuesto que no estoy interesado en la *agricultura* y en cavar la tierra. Y ya basta de manchar su reputación…

—¡Basta! —gritó Nazu—. Te está provocando…

Pero, avergonzado y furioso, Savo no pensaba detenerse.

—Me está enseñando caligrafía y los clásicos, ¿entiendes? Tengo un tutor asignado por la corte, pero es aburrido, y las lecciones de la maestra Tei son divertidas. Y también me está enseñando cosas de la

cultura nativa, que deberías intentar apreciar. Despreciar todo aquello que han logrado y aprecian los nativos de Dara no es la mejor manera de afianzar nuestro dominio —por fin se sentía cómodo. Machacar a esta terca, irrespetuosa y paranoica bruta anclada en el pasado le estaba sentando bien—. Como dice la pékyu, deberíamos utilizar todos los inventos nativos si pueden sernos útiles. Por ejemplo, ahora estaba aprendiendo la historia del *zamaki*…

Se detuvo de golpe. Había una mirada de desesperación en el rostro de Nazu Tei que contrastaba enormemente con la sonrisa de Cutanrovo, triunfante y compasiva.

—Votan, perdóname —el tono de Cutanrovo era atento y cuidadoso, como si hablara a un niño—. Solo para que me quede absolutamente claro: ¿acabas de llamar «maestra» a esta mujer? Pero no es el tutor asignado por la corte, ¿verdad? ¿Te has sometido a ella como un débil alumno bárbaro se somete a su profesor de piernas embarradas?

Aunque en la propia Dara era habitual usar el término «maestro» como título honorífico genérico, tras la conquista la práctica se había perdido en Ukyu-taasa, por el temor que sentían los lyucu ante las relaciones maestro-alumno.

—Me he expresado mal —dijo Savo en un desesperado intento por salvar la situación—. A veces uso la palabra en broma, pero ella está en todo momento bajo mi autoridad…

El rostro de Cutanrovo mudó en una expresión de cruel determinación.

—Un maestro nativo no autorizado es uno de los mayores peligros de los que nos advirtió la pékyu. Soldados, detened a la criminal que se ha atrevido a corromper la mente de un thane-taasa lyucu y aseguraos de protegerlo de cualquier futura influencia de esta artera bruja.

—Oh, mira lo que has hecho, Kinri…

Antes de que pudiera acabar, dos soldados se abalanzaron sobre Nazu, la arrojaron al suelo y comenzaron a atarle los brazos con gruesas cuerdas de tendones retorcidos. Savo intentó correr en su defensa, pero otros dos soldados le sujetaron.

—Por favor, votan —susurró uno de ellos—, no nos lo pongas más difícil.

—¡No puedes hacer esto, Cutanrovo! —gritó Savo—. ¡Mi propia madre acudirá a la pékyu!

La thane lyucu le miró impasible.

—Lo siento, votan, pero no puedes darme órdenes. Más tarde iré en persona a pedir disculpas a thane Goztan. Creo que entenderá que esto

es por tu propia protección. También me ha parecido oír que la bruja te ha llamado por un nombre bárbaro, lo que, recordarás, también está estrictamente prohibido.

Savo abrió la boca para seguir protestando, pero Cutanrovo hizo un gesto a los soldados para que lo ataran y lo amordazaran.

—Tienes la mente confundida, thane-taasa. Más vale que no digas nada de lo que te vayas a arrepentir después.

Cutanrovo se giró hacia los aldeanos arrodillados. Su apuesta le había salido mucho mejor de lo que podría haber imaginado. La indiscreción del thane-taasa hundiría a su madre y cambiaría el equilibrio político en la corte.

—El descubrimiento de un maestro nativo no autorizado ejerciendo su influencia sobre un thane-taasa lyucu de alto rango constituye una emergencia militar, y todos los edictos imperiales aplicables en tiempos de paz quedan suspendidos en adelante en Kigo Yezu.

Apretó con más fuerza los tobillos del bebé y la sumergió en el cubo de agua. Los aldeanos sufrieron tal choque que pasaron unos segundos antes de que el anciano Kigo y Nara aullaran como animales.

Cutanrovo sacó al bebé del agua. El bebé tosió y escupió antes de echarse a llorar con más fuerza. La voz de Cutanrovo surgió calmada por encima del llanto aterrorizado del bebé.

—Voy a preguntarlo por última vez: ¿conocéis alguna otra actividad ilegal en la aldea? La próxima vez que hunda a este cerdito en el agua no lo sacaré.

El anciano Kigo se repuso lo suficiente como para arrastrarse hasta la thane lyucu y abrazarse a sus rodillas.

—¡Oh, piedad! ¡Piedad! ¡Os contaré todo… todo! Somos súbditos leales del emperador y de la pékyu!

—Más vale que hables rápido —Cutanrovo volvió a descender al bebé que colgaba de su mano.

—Vi a la *toko dawiji* enterrar algo bajo aquel árbol —dijo, señalando la sófora del extremo oeste de la aldea, cuya copa se extendía como un paraguas— cuando se trasladó aquí hace cinco años. No sé qué fue lo que enterró. La *toko dawiji* no es miembro del clan Kigo. No nos metemos en sus asuntos. ¡Eso es todo lo que sé, lo juro!

Cutanrovo lanzó una mirada a algunos soldados nativos, que corrieron hasta el árbol y comenzaron a cavar.

—¿Por qué no informaste al comandante de la guarnición local la primera vez que viste esa actividad sospechosa? —preguntó la thane lyucu.

El anciano no dijo nada, pero golpeó con la cabeza el suelo una y

otra vez, mientras seguía postrado ante Cutanrovo.

—Porque os gustaba tener una *toko dawiji* en la aldea que pudiera interceder en vuestro nombre ante las autoridades —declaró Cutanrovo—. Por eso la protegisteis, ¿verdad? Siempre dije que ese edicto del descuidado Timu era problemático. ¿Y por qué no me dijiste la verdad antes, la primera vez que te pregunté?

El anciano no dijo nada pero golpeó la cabeza contra el suelo aún con más fuerza. La sangre brotó de su frente y volvió marrón la tierra a los pies de Cutanrovo.

—Porque pensaste que no me atrevería a ahogar a tu cerdito —susurró Cutanrovo—. Porque pensaste que la *toko dawiji* podría realmente protegeros. Como las cosas han estado en paz los últimos años, volvéis a pensar que esta es vuestra tierra, sucio cerdo bárbaro, que solo sirves para cavar en la tierra —levantó un pie y lo colocó en la nuca del anciano, presionando su cara contra el suelo lleno de sangre—. Puede que ya no seáis esclavos según las leyes de vuestro emperador, pero para mí la única ley que importa es la palabra de los lyucu. ¿Entiendes?

El anciano, con la boca llena de tierra, emitió un gruñido.

—Qué cerdito tan bueno —arrulló Cutanrovo—. ¿No te sienta bien haber confesado tu secreto? ¿No sienta de maravilla aceptar la naturaleza esclava de tu raza?

El anciano intentó asentir con la cara apretada contra el barro. Gimió algo incoherente.

Los soldados nativos y los aldeanos arrodillados apartaron la cara de esta escena imposible de resistir.

Savo, atado y amordazado, intentó protestar pero solo salieron de su garganta sonidos amortiguados.

—¡Detente! —gritó Nazu Tei—. ¡Detente, Cutanrovo! —aunque atada de pies y manos, intentó levantarse del suelo. Parecía despedir fuego por los ojos.

Uno de los soldados vino corriendo desde la sófora con una caja en las manos.

—Todavía crees que puedes dar órdenes, ¿no? —dijo Cutanrovo riendo entre dientes—. Echemos un vistazo a este gran secreto que enterraste en mitad de la noche —abrió la caja y arrojó su contenido al suelo: figuritas de jade y ámbar, similares a las halladas en la bolsa encontrada en la cabaña de Nazu Tei, y un retal de seda plegado.

Cutanrovo levantó el pie del cuello del anciano Kigo y le dio una patada para echarle a un lado. Todavía con el bebé colgando, cuyo pataleo era ya mucho menos vigoroso, se agachó para examinar las nuevas figuritas.

—Veamos… ah, esto son garinafins, y esto parecen ser los barcos-ciudad… ¿Esto son esas crubens embrujadas en las que los dara-raaki os soléis desplazar?... Ajá, creo que esto quiere representar Kriphi, y esto son modelos de nuestras tiendas…

Desenvolvió la tela de seda: era un mapa de Rui y Dasu en el que estaban marcados los campamentos lyucu. La thane se levantó y preguntó a Nazu Tei:

—¿Todavía pretendes que esto es un juego de *zamaki*?

Nazu cerró los ojos.

—Si miras el mapa verás que todo está anticuado. Eso se hizo durante la invasión inicial lyucu, cuando algunos combatientes de Rui pensaban que la victoria todavía era posible. Las figuritas se hicieron para modelar planes de contraataque, pero ahora no suponen ninguna amenaza para vosotros. Como te he dicho, hace tiempo que fallecieron mis benefactores.

—¿Quiénes eran esos benefactores?

Nazu Tei no respondió.

—Todavía guardas más secretos, ¿eh? —dijo Cutanrovo—. Parece que hoy mi deber es enseñaros a todos una lección sobre decir la verdad. Bien, veamos si puedo figurármelo. Los materiales preciosos usados para las figuritas me dicen que tus benefactores eran individuos prominentes, probablemente antiguos nobles bajo el tirano Kuni Garu. ¿Voy por buen camino?

Nazu Tei no respondió.

—Por favor, honorable comandante —dijo el anciano Kigo, que finalmente se había sentado y escupía el barro de su boca—, mi hija… ella… ¡por favor! —sus ojos estaban fijos en la personita que ahora colgaba flácida como un saco de mejillones.

Cutanrovo agitó al bebé, que soltó un débil quejido antes de quedar en silencio de nuevo.

—Cállate —dijo Cutanrovo—. Estoy en mitad de un interrogatorio —se volvió a girar para mirar a Nazu—. Imagino que probablemente se habían rendido al pékyu-votan y ganado su confianza, por lo que tenían acceso al jade y al ámbar —andaba hacia delante y hacia atrás, reflexionando—. He visto antes figuritas como estas… Probablemente tus benefactores encargaron que las tallaran expertos artesanos como regalo al pékyu-votan, probablemente para celebrar la victoria lyucu. Pero guardaron algunas en secreto para tallar otro juego que representara la victoria dara-raaki sobre los lyucu. Seguro que les pareció de lo más astuto hacer piezas que simulaban glorificar a los lyucu para tramar su caída, ¿estoy en lo cierto?

—Por favor, maestra Tei —suplicó el anciano Kigo—. Por favor

decid a la honorable comandante lo que quiere saber. ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Siento haber contado vuestro secreto, maestra Tei, pero no puedo dejar que muera!

Nazu Tei abrió los ojos y miró al anciano Kigo, compasiva. Suspiró.

—No te culpo, Do Kigo. No soy más que una anciana que solo pretende preservar algunos recuerdos, y mi muerte será tan intranscendente como una pluma al viento. Pero tú has condenado a toda la aldea. ¿No te das cuenta?

—El problema de los esclavos dara es que os creéis muy listos —dijo Cutanrovo—. Pero ¿de qué le sirve la inteligencia a una oveja cuando tiene las mandíbulas del lobo alrededor del cuello? —soltó despreocupadamente al bebé como si fuera un juguete y la volvió a agarrar al tiempo que la familia del anciano Kigo chillaba.

—Oh, ya sé lo que vas a decir, Nazu Tei. Me contarás que el emperador ha dicho que ni siquiera los sospechosos de traición, si tienen rango de erudito, deben ser torturados. Pero ¿quién ha hablado de tortura? Solo pretendo cuidarte e invitarte a un festín. Cortaré finas lonchas de carne de esta niña, las marinaré con salsa picante de pescado de Dasu, y luego las asaré lentamente sobre un fuego de carbón. Voy a disfrutar obligándote a comerla, Nazu Tei. He oído que la carne de lechón es de lo más suculento.

Nazu Tei abrió la boca y escupió un chorro de sangre porque había apretado tanto las mandíbulas que se había mordido la lengua hasta hacerla sangrar.

—¡Que Kiji te arranque los ojos y mil buitres devoren tu carne! ¡Eres un demonio, no eres humana!

—¡Oh, invocas a un falso dios! Otro acto de traición —dijo Cutanrovo—. Me estás facilitando mucho las cosas. Seguramente te das cuenta de que ya todo está perdido —le has dicho eso mismo a Do Kigo—, entonces, ¿por qué prolongar más el sufrimiento? Sabes que te arrancaré todo más pronto o más tarde.

Nazu Tei forcejeó contra sus ligaduras antes de parar de golpe, desplomarse al suelo y acurrucarse sobre sí misma.

—Pensaba que los edictos del emperador significaban algo, pero no sirve de nada razonar contigo. Te lo contaré todo. Solo deja en paz al bebé.

—No puedes negociar conmigo —dijo, pero dejó al bebé en el suelo. El bebé tosió y comenzó a llorar débilmente. El anciano Kigo y Nara se arrastraron hacia ella, pero se detuvieron cuando Cutanrovo los fulminó con la mirada.

—Habla, anciana —dijo Cutanrovo a Nazu Tei.

—Hace tiempo fui niñera-tutora en el hogar del gobernador Ra Olu

y la señora Lon.

—Ah, eso lo explicaría todo —dijo Cutanrovo—. Serviste a ese par de esclavos dara-raaki que lamieron las votas del pékyu-votan antes de volverse contra él. Tu carácter se corrompió con su ejemplo.

—Me fui de la isla Grande para marcharme con el gobernador Ra Olu y la señora Lon, que me acogieron y me ofrecieron una posición respetable cuando pocos estaban dispuestos a contratar a mujeres eruditas como tutores para sus hijos. Cuando fueron ejecutados por el pékyu-votan, tomé esas figuritas y vine a Kigo Yezu para vivir retirada. Es verdad que mis benefactores nunca renunciaron a la resistencia, pero no hay signos de rebelión en mi corazón. Las personas de esta aldea y yo misma solo queremos vivir en paz. Las figuritas y el mapa no son sino recuerdos, no suponen ninguna amenaza para vosotros.

—Te equivocas —dijo Cutanrovo— si piensas que solo la insurrección armada supone una amenaza. Los recuerdos, ya ves, pueden ser incluso más peligrosos. Debéis aceptar una sumisión absoluta, de cuerpo y corazón. Glorificar la memoria de los traidores es rebelarse en el corazón.

—No se puede borrar la verdad del corazón de las personas —dijo Nazu Tei—. Los tiranos pueden dominar la tierra, el mar y el cielo, pero el corazón del hombre siempre será libre.

Savo, en el suelo junto a ella, escuchaba con atención.

—¿Eso es una cita de vuestros filósofos moralistas? —preguntó Cutanrovo—. Pero te equivocas. *Sí* que es posible someter tu corazón, obligarte a aceptar nuestra verdad, la única verdad que importa. Solo es una lección que necesita repetirse.

Se puso de pie, levantó con indiferencia al bebé y, antes de que cualquiera pudiera reaccionar, caminó unos pasos hasta el pozo y lo arrojó adentro. El leve eco de un distante *splash* marcó el final de una vida.

El anciano Kigo dio un salto y se abalanzó hacia la thane lyucu.

—¿Por qué? ¿Por qué? Tú…

Un soldado le golpeó en la cabeza con el pomo de su espada y el hombre se desplomó. Los demás aldeanos arrodillados estaban demasiado atónitos para hablar.

Savo chilló a través de la mordaza y forcejeó contra sus ligaduras. Nazu Tei apartó la vista. Ella supo en todo momento, en lo profundo de su corazón, que la comandante lyucu no mostraría piedad alguna, pero no podía evitar albergar una pizca de esperanza. Eso hizo todo más difícil.

—El descubrimiento en Kigo Yezu de un equipo de planificación

militar de contrabando y de una fugitiva asociada con los difuntos líderes rebeldes, los Olu, es un importante triunfo en la guerra contra los saboteadores dara-raaki —proclamó Cutanrovo a sus soldados, que parecían aturdidos—. Como toda la aldea conocía la traición de Nazu Tei y colaboró con ella, toda la aldea es culpable de conspiración para cometer traición. Todas las personas mayores de catorce años serán inmediatamente ejecutadas por exposición al don de Cudyufin, las más jóvenes sometidas a esclavitud y los varones serán castrados. La aldea será reducida a cenizas y los campos recuperados para pastos.

Los soldados nativos se miraron entre sí, titubeando. Los otros oficiales lyucu de menor graduación parecían alarmados ante ese signo de insubordinación.

—¿Qué pasa con vosotros? —gritó Cutanrovo. Se acercó resuelta a dos de los soldados que tenía más cerca y les abofeteó la cara—. ¿Habéis olvidado a vuestras familias? ¿Queréis que sufran la misma suerte? —para asegurar la lealtad de los soldados nativos, reunían a sus familias en recintos cercanos a las fortalezas lyucu donde los mantenían como rehenes, una política sugerida por Noda Mi y Wira Pin, dos ministros nativos de alto rango.

La desesperación, el odio, el terror y la rabia pugnaban entre sí en los rostros de todos los soldados.

Nara, que perdió el conocimiento cuando arrojaron a su hija al pozo, se levantó súbitamente del suelo y caminó tambaleante hacia Cutanrovo. Uno de los oficiales lyucu intentó detenerla, pero ella le dio un empujón, como si hubiera adquirido la fuerza de diez hombres. Con un alarido y las manos alzadas como las garras de un lobo enfurecido se abalanzó contra la thane lyucu. Ninguna palabra salió de su boca; el aire solo llevaba el ruido incoherente de una madre que lo había perdido todo excepto la voluntad de venganza.

Con un raudo movimiento, Cutanrovo agarró la maza de hueso de su espalda y machacó el cráneo de la mujer, salpicándola por completo de sangre y de restos de cerebro. Su cuerpo se derrumbó al suelo.

Savo estuvo a punto de desmayarse. Cuando se produjo la invasión inicial de Dara solo era un niño de nueve años al que habían mantenido a salvo alejado de los combates, en el barco-ciudad o en el campamento de su madre. Nunca había presenciado algo tan brutal, ni siquiera en las ejecuciones de traidores en Kriphi.

Cutanrovo se chupó parte de la sangre y los sesos que le habían salpicado en la comisura de la boca, masticó y tragó. Se echó a reír con entusiasmo.

—Puedo enseñaros esta lección todo el día. ¿Alguien más desea

aprenderla?

Los soldados comenzaron a moverse a regañadientes entre los aldeanos arrodillados, separando a padres de hijos, a hermanos de hermanos. Con los rostros convertidos en máscaras pétreas de indiferencia, ataron a los niños quejumbrosos por las muñecas en una larga cadena para que los cautivos pudieran ser llevados a la capital, donde a los chicos se los mutilaría antes de enviarlos a realizar trabajos forzados. Arrastraron a los aldeanos adultos y los metieron en las cabañas, donde los ataron a los gruesos postes que sujetaban el tejado o a estacas clavadas en el suelo de tierra. El anciano Kigo despertó y lloraba inconsolablemente sobre el cuerpo de su esposa muerta antes de ser arrastrado a la fuerza a su cabaña. Lastimeros gemidos llenaban el aire, pero a estas alturas la mayor parte de los aldeanos estaban tan exhaustos por el terror y la angustia que dejaron de resistirse. Los pocos que intentaron defenderse fueron rápidamente sometidos por los soldados armados.

Una de las mujeres condenadas a morir farfullaba patéticamente a los dos soldados que la arrastraban. Se detuvieron al entender lo que estaba diciendo y miraron a Cutanrovo, sin saber qué hacer con esa nueva información.

—Debería estar agradecida a todos sus falsos dioses por haber sido bendecida con la semilla de los lyucu —dijo Cutanrovo—. Identificad a su chico togaten y respetad a los dos. Llevadlos a Kriphi para que entren en el servicio doméstico.

Una vez terminaron de separar a los condenados de los esclavizados, los soldados llevaron a la cadena de cautivos hacia un lado. Cutanrovo echó una mirada al garinafin —que había permanecido agachado a un lado, observando plácidamente la escena — y movió enérgicamente la mano en el aire un par de veces.

El garinafin se levantó y avanzó hacia las cabañas sobre sus patas con garras como un gallo monstruoso. Se encabritó, abrió las mandíbulas, las cerró de golpe y las volvió a abrir inmediatamente. Un arroyo de fuego como lava salió disparado de su boca, inmolando al instante las cabañas junto a todos los aldeanos atrapados dentro.

Según una leyenda lyucu, los humanos aprendieron a usar el fuego cuando Cudyufin, la diosa del sol, envió a un garinafin para traer el Pozo de la Luz a las tribus de las planicies. El fuego era un fragmento de la propia mirada del sol, que todo lo ve. Morir bajo el fuego, con los miembros atados y sin posibilidad de resistir, era una humillación reservada a los cautivos que no merecían el respeto de sus vencedores en batalla.

Savo observaba la sangrienta escena con lágrimas corriendo por el

rostro. La mordaza de su boca sabía a sangre y cenizas. Eso no se parecía en nada a las fábulas guerreras de heroísmo y honor que había escuchado a los narradores de historias o leído en los anales de los re-recordadores de la corte. Rezó con fervor por los muertos en silencio, con la mente incapaz de encontrar sentido a todo lo que había visto u oído. *Oh, dioses. Oh, dioses.*

Mientras observaba satisfecha la destrucción de Kigo Yezu, Cutanrovo dio nuevas órdenes.

—Enviad un destacamento a la playa para arrestar a los pescadores cuando regresen del mar. Dadles el mismo tratamiento que al resto de la aldea. Enviad mensajeros a las aldeas cercanas para anunciar lo ocurrido y recordarles su obligación de denunciar a los sospechosos de traición. Vamos.

A grandes pasos abandonó decidida la aldea quemada. Tras ella, el garinafin continuaba reduciendo a cenizas el lugar. Algunos soldados marchaban a los lados de la cadena de cautivos y otros levantaron a Nazu Tei y a Savo para seguirles.

Mientras las llamas continuaban ardiendo, las aves carroñeras iban tomando tierra en los restos de la aldea. A la naturaleza le preocupaban poco los horrores que acababan de suceder mientras hubiera comida para sostener nueva vida.

Dos grandes cuervos, uno blanco y otro negro, se mantenían alejados de las demás aves, graznando con enfado al aire.

«Hermano, ¿cuánto tiempo más aguantarás sin hacer nada? ¿Qué hay de la promesa que hiciste a nuestros padres de cuidar de estas islas?».

«Hermano, ¿te complace este sacrificio hecho por tus nuevos fieles? ¿Qué hay de la promesa que nos hiciste de proteger al pueblo de Dara?».

El aullido de una ráfaga de viento llenó la aldea de angustia y cambió de dirección de forma impredecible, pero el olor a carne quemada y huesos chamuscados permaneció en el aire.

«Yo no quería que pasara nada de esto. ¡Nada! Sabéis tan bien como yo que los mortales hacen lo que desean y luego atribuyen sus pecados a los dioses».

«¿Qué importa lo que tú quieras…».

«… cuando el acto ya se ha cometido?»

«Dadme un poco más de tiempo. Timu lo arreglará.»

CAPÍTULO VEINTICUATRO

PRISIONEROS

KRIPHI: DÉCIMO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (CONOCIDO COMO EL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS EN DARA Y EL OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA HACIA UKYU-GONDÉ)

Savo tiró hacia abajo del casco de cráneo de toro para ocultar mejor la cara. En lugar de la túnica de estudioso, llevaba el atuendo de piel y paño de los naros corrientes. Los thanes y los demás naros no le prestaban atención y los transeúntes nativos se mantenían a una distancia respetuosa y se apartaban a su paso. Eso le convenía. No quería que nadie le reconociera.

Aunque se suponía que estaba en arresto domiciliario bajo la custodia de su madre y Goztan le había advertido repetidas veces que no causara problemas, se sentía incapaz de permanecer recluido. Tenía que ir a ver a su maestra, prisionera en el gigantesco edificio de piedra llamado simplemente la Cárcel, donde se encerraba a los traidores y a los rebeldes que iban a ser ejecutados públicamente.

Mientras caminaba por la calle Armonía, la principal vía pública de Kriphi, Savo observaba en silencio el panorama familiar de la capital a través de las cavidades oculares del casco. Aquí un naro bromeaba con el propietario nativo de un puesto de tallarines; ahí un *toko dawiji* acompañaba a un grupo de niños vestidos con túnicas de seda a la moda, nativos y lyucu, que salían de un carruaje lujoso. Pasó junto a un mago callejero que hacía trucos ante el gentío; al margen de la multitud, un noble lyucu se había subido a un banco para ver mejor, mientras su amante nativa le abanicaba y sostenía una bandeja con cerveza de arroz y té. Al otro lado de la calle había una tienda de antigüedades donde thanes y ministros nativos ojeaban pergaminos de caligrafía, unos junto a otros. Todo estaba en armonía, lyucu y nativos conviviendo en paz.

El espectáculo debería haber sido reconfortante, pero no lo era. Savo no podía olvidar lo que había presenciado en Kigo Yezu hacía algunas semanas. ¿Se trataba de una aberración del gobierno blando de los lyucu en Ukyu-taasa? ¿O todo lo que le rodeaba ahora era una máscara, tan hueca como el casco de cráneo que llevaba puesto?

Al recordar las abundantes pistas ambiguas que Nazu había ido dejando caer a lo largo de los años, Savo apretó el paso. Tenía que averiguar la verdad.

—Dyu-*tika,* no deberías hablar así de tu amigo —dijo Timu.

—*Es* un traidor y un flojucho —dijo el chico desafiando a su padre. Con determinación aplastó con el pie una creación de arucuro tocua, una criatura con forma de oruga hecha con huesos de pájaro. Los delicados huesecillos se quebraron y se esparcieron por el suelo de piedra. Había sido un regalo de Savo Ryoto al pékyu-taasa, y el chico siempre lo había atesorado, sin dejar que nadie le pusiera un dedo encima.

—Solo está acusado de tener un maestro no autorizado —dijo Timu —. La ley no lo permite, pero el deseo de mayores conocimientos no es un defecto moral. Deberías más bien suplicar a tu madre por él…

—Nunca hablaría a favor de un traidor —dijo Todyu, dando una patada a los huesos rotos para esparcirlos aún más. Antes de que su padre pudiera seguir hablando, salió corriendo de la pequeña cabaña que Timu usaba de despacho.

Timu suspiró y se sentó, con aspecto de encontrarse perdido. Sus manos trataron instintivamente de recoger los huesos rotos, pero sabía que el arucuro tocua no tenía arreglo; esperaba que la relación con su hijo no hubiera llegado a ese extremo, al menos de momento.

—Papá, déjame ayudarte —dijo Dyana mientras corría por la sala recogiendo los huesecillos. Les llevó un rato a padre e hija juntar todas las piezas y colocarlas en un pañuelo de seda.

—Gracias Zaza-*tika* —dijo Timu, sonriendo y dándole unos golpecitos en la espalda, pero la tristeza no se iba de sus ojos.

—Dyu-*tika* siempre teme que alguien le considere flojo —dijo Dyana—. Ojalá no tuviera tanto miedo.

Timu la miró. Intentó hablar pero no consiguió encontrar las palabras adecuadas. Al final dijo simplemente:

—Por lo menos podemos guardarle estos huesos. Puede que algún día se arrepienta de lo que ha hecho y quiera recuperarlos.

Se inclinó para atar las esquinas del pañuelo y hacer un paquete, pero los fragmentos blancos de los huesos le recordaron algo. Detuvo el movimiento de sus manos y murmuró, casi imperceptiblemente:

—Los dientes sobre el tablero.

—¿Qué has dicho, papá? —preguntó Dyana.

—Oh, no es más que una vieja historia que acabo de recordar —dijo Timu.

—¿Me la cuentas?

Timu volvió a sonreírle. Así como a Todyu nunca le interesaron las

historias de los clásicos anu, a Dyana le gustaban tanto como las danzas que narraban historias de los chamanes.

Hace cientos de años, en la época de los reyes Tiro, Faça invadió Rima y se apoderó de la franja de territorio que rodea el Anillo de Bosques.

Rima contraatacó. Durante tres años, ambos ejércitos se turnaron en expulsar al otro del territorio en disputa, pero ninguno fue capaz de mantenerlo mucho tiempo. Murieron miles de hombres jóvenes, y solo las viudas labraban los campos de ambos estados. Al final, los ministros de Na Thion y Boama solicitaron a sus respectivos soberanos que cesaran las hostilidades por el bien del pueblo. Ambos reyes consintieron en resolver la disputa de un modo completamente inusual: mediante una partida de *cüpa*.

Cada rey podía recibir la asistencia de un consejero. El rey de Faça contaba con Tema Fino, ampliamente reconocido por ser el mejor jugador de la época e inventor de un estilo agresivo de tácticas que posteriormente sería muy influyente en todas las islas; el rey de Rima contaba con Ro Taça, un destacado moralista autor del *Tratado sobre los deberes del consejero*.

Como Faça ocupaba en ese momento las tierras en disputa, se consideró a Rima la invitada y se le permitió comenzar la partida, jugando con las piedras blancas de marfil. Faça jugaría con las piedras negras de ónix (la regla de comenzar siempre con las negras no se había implantado aún en todas las islas).

A mitad de la partida Faça iba claramente por delante. El rey de Rima estaba a punto de darse por vencido cuando Ro Taça le llevó a un aparte.

—No tiene sentido continuar el juego hasta el final —dijo el rey—. No tenemos esperanzas de ganar, y si decido prolongar lo inevitable sería como uno de esos rufianes callejeros de mal perder, carente de la gracia de los reyes.

—Pero *sí* tenemos esperanzas, señor —dijo Ro Taça—. Deberéis hacer esto y esto…

Cuando el rey terminó de oír la propuesta de Ro, cerró los ojos y reflexionó. Luego dijo:

—Me propones una serie de tácticas de lo más heterodoxas. Aunque tenemos la posibilidad de pillarles con la guardia baja, si perdiera me convertiría en el hazmerreír de Dara por jugar como un principiante que no ha leído los libros de *cüpa*.

—Faça jamás detendrá su agresión contra nuestro pueblo sin sufrir un revés. El deber de un consejero es mostrar cualquier rayo de esperanza, por muy débil que sea.

—Y el destino de un rey es asumir las culpas, si el consejero no

acierta —dijo el rey—. Pero, aún así, haré lo que dices.

El rey regresó a la partida y realizó algunos movimientos inesperados. El rey de Faça y Tema Fino arqueaban las cejas, hablando entre ellos en susurros y dedicando mucho tiempo a cada movimiento.

Desafortunadamente, la maniobra de Ro Taça no funcionó. Los movimientos inesperados lo eran por una razón: no seguían los principios básicos de posicionamiento en el *cüpa*, y dieron a Rima nuevas posibilidades de contraatacar. Al poco tiempo la situación parecía aún más desesperada. Ambos jugadores estaban con sus últimas piedras. Si el rey de Rima jugaba la última sin rendirse, su derrota sería considerada como la forma más humillante de perder. Al otro lado del tablero, tanto el rey de Faça como Tema Fino sonreían, imaginando ya la celebración de la victoria y la vergüenza que caería sobre Rima.

Cuando el rey de Rima estaba a punto de declararse vencido, Ro Taça volvió a llevarle aparte.

—Ya te he hecho caso una vez —dijo el rey con un suspiro—. ¿No vas a dejar que conserve un mínimo de dignidad?

—*«Phathuü onotaüpa pha géüing gira ingro i raraé, gipzaü gira ingro i rakin ki mican gidalo»*. Un mal consejero se adjudica el mérito por los éxitos y evade la culpa por los fracasos —dijo Ro Taça—. Señor, si creéis que no soy un mal consejero, dadme la oportunidad de reparar mi error.

El rey no entendía qué más podía proponer Ro, pues solo quedaban tres piedras de cada color en los cuencos de jade y de ónix. Pero admiraba tanto el carácter de Ro Taça que asintió, y aceptó seguir jugando.

Tres movimientos más tarde, el rey de Rima colocó su última piedra blanca sobre el tablero. Las negras seguían con ventaja. No habría más movimientos para las blancas.

El rey de Faça se echó a reír y jugó su última piedra. Estaba a punto de ponerse en pie y felicitar con sorna al rey de Rima por la buena partida. Pero no llegó a levantarse de *mipa rari*. Lo que vio fue demasiado chocante.

Ro Taça había agarrado el pesado cuenco vacío de jade colocado frente a Rima y se rompió con él uno de sus dientes delanteros. Sin un solo gemido de dolor, limpió la sangre del diente con su túnica y lo echó al cuenco. El sonido tintineante reverberó a través del salón silencioso tan fuerte como el tañido de un *moaphya*.

—¡Oh, Ro! —gritó el rey de Rima, acusando con un gesto el dolor de su ministro.

—¿Qué significa esto? —preguntó el rey de Faça.

—El cuenco no está vacío —dijo Ro Taça plácidamente. La sangre rezumaba de su boca, aunque intentaba tragársela—. Debemos seguir jugando.

Con dedos temblorosos, el rey de Rima levantó el diente de Ro Taça y lo colocó en la cuadrícula.

La posición en el tablero seguía mostrando una abrumadora ventaja negra.

Sin una palabra, Ro Taça agarró el cuenco vacío de ónix colocado frente a Faça y se arrancó con él un segundo diente, luego un tercero y un cuarto, les limpió la sangre y los soltó en el cuenco de jade colocado frente a Rima.

El rey de Faça y Tema Fino se miraron. Luego miraron al cuenco de ónix, vacío de piedras negras. Miraron las mangas salpicadas de sangre de Ro Taça, su rostro resuelto, sus labios ensangrentados muy prietos, los dientes que centellaban en el tablero y el cuenco de jade.

—Me doy por vencido —dijo el rey de Faça.

—Ese Ro Taça es un hombre muy valiente —dijo Dyana.

—Lo es —dijo Timu.

—¡Romperse sus propios dientes! —Dyana se puso una mano en la boca en simpatía—. No puedo ni imaginármelo.

Timu asintió.

—Quedó desfigurado de forma permanente por ese acto, y se dice que esa fue la razón por la que no llegó a ser primer ministro de Rima. Pero sospecho que también fue porque su acto despertó el miedo y los celos de sus colegas, ya que ninguno habría llegado tan lejos para demostrar la firmeza de sus convicciones.

—Pero no me parece un modo justo de ganar —dijo Dyana—. ¿Las reglas te permiten usar los dientes?

Timu sofocó una risita.

—Eres rápida pensando, Zaza-*tika*. Veo que no compartes la interpretación oficial moralista de esta historia, que la contempla como un ejemplo del poder de una firme moral individual que nunca abandona la fe en sus ideales.

—No entiendo nada de fe… pero creo que el rey de Faça probablemente se dio por vencido porque no quería que Ro Taça se hiciera más daño —dijo Dyana.

—Bueno, esa es una forma de entenderlo. Como muchas leyendas de la historia, la victoria de Ro Taça ha tenido múltiples interpretaciones. Los estrategas marcialistas la citan como ejemplo del valor de la guerra psicológica, capaz de vencer con una fuerza menor a un enemigo más potente trasladando el campo de batalla a la mente. Los flujistas lo citan como ejemplo de la futilidad de los conflictos y la

hipocresía de los reyes, que exigen la victoria a cualquier precio. Los escépticos, que cuestionan todo, sostienen que Ro Taça no era mejor que cualquier camorrista callejero que solo gana porque hace trampas y se aprovecha del civismo de su adversario.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

—Oh, yo soy un moralista y considero un héroe a Ro Taça.

—¿Hizo otras cosas para ayudar al pueblo de Rima? —preguntó Dyana, sabiendo cuál era la cualidad que más admiraba su padre en sus héroes.

—Su victoria en la partida de *cüpa*, que demostró a Faça la firmeza y el valor del pueblo de Rima, puso freno a las agresiones de Faça contra Rima por el resto de su vida, lo que salvó innumerables vidas. También defendió otras políticas, pero debido a su falta de influencia en la corte, pocas veces llegaron a implementarse.

—Qué lástima que el rey no confiara en él, después de lo que hizo —dijo Dyana.

—Ro sabía que corría un riesgo —dijo Timu—. Amaba a Rima y a su pueblo, pero el rey al que servía no era lo bastante sabio ni valiente para confiar por completo en su visión. No obstante, su nombre brilla por méritos propios en los anales de Dara, como un ejemplo a emular por ministros y funcionarios a través de los siglos.

—¿Se supone que todos deban… romperse los dientes?

Timu echó a reír.

—No, no, Zaza-*tika*, no en sentido literal.

—Entonces, ¿qué se supone que deben aprender de él los ministros?

—Ni siquiera los moralistas se ponen de acuerdo. Mi maestro, Zato Ruthi…

—¿Al que honra mi nombre de infancia?

—… *Una* de las personas a las que honra tu nombre de infancia. El maestro Ruthi pensaba que Ro era ejemplo de la dedicación de un ministro a su soberano. Yo tengo una opinión ligeramente distinta. Creo que lo que quería expresar Ro era que un consejero debe estar dispuesto a sufrir las consecuencias de sus opiniones, si resultan ser erróneas.

—Ah, entonces por eso estaba dispuesto a soportar el dolor, porque su primer consejo no había funcionado.

—Así es. Creo que la disposición al sufrimiento es el único antídoto para aquellos reformadores y filósofos arrogantes que defienden políticas idealizadas pero imperfectas para el pueblo sin temor a sufrir consecuencias personales. De hecho, siglos después el rey Jizu de Rima citó con aprobación a Ro Taça cuando regañó a sus propios ministros porque, ante la agresión de Xana, intentaban salvar su

propia piel a expensas del pueblo común.

Aunque Dyana era una buena y dedicada estudiante, esta era una dosis de historia más pesada de lo que la niña podía soportar. Reprimió un bostezo. Timu le dio unas palmaditas reconfortantes y la mandó a jugar afuera.

Mucho después de que su hija y su hijo se marcharan, Timu permanecía sentado solo, en el salón de piedra, pensando en la historia antigua y el pasado reciente. Pensó en los años dedicados a defender pacientemente el encumbramiento de los eruditos en Ukyu-taasa como un modo de promover la integración de los lyucu y los nativos; en la masacre de Kigo Yezu; en los casos pendientes de Savo Ryoto y Nazu Tei; en Ro Taça y el juego de *cüpa*; en el mensaje de su propia madre, recibido hacía meses, que no podía sacarse de la cabeza.

¿Estaba demasiado complacido con sus propios consejos a Tanvanaki, cuyas consecuencias negativas no le pasaban factura? ¿Se había convertido en prisionero de su propia decisión? ¿Había perdido la perspectiva de lo que era correcto, de *mutagé*?

La anciana erudita estaba encadenada a la celda, con el cabello sin recoger, un detalle que buscaba humillarla. Nazu Tei iba vestida con la misma túnica que llevaba el día que Cutanrovo la declaró traidora y que ahora estaba andrajosa, sucia, llena de pulgas y de restos de la paja que le servía de lecho. En todo caso, sentada en *géüpa*, con los ojos cerrados como si ya no le importaran los asuntos de este mundo, parecía estar en paz.

—Maestra —susurró Savo a través de los barrotes—. Maestra.

Los ojos de Nazu se abrieron de golpe y su rostro se iluminó con una sonrisa brillante, como si la luz del sol hubiese llenado de pronto la fría y húmeda celda. Ignoró la bandeja con comida caliente que intentó ofrecerle, limitándose a mantener sus ojos clavados en él.

—Me alegro de verte, Kinri-*tika*.

Savo dejó la bandeja y llevó la frente al suelo.

—Te he fallado, maestra. Intenté acudir al emperador y a la pékyu, pero mi madre me mantiene confinado en casa. He conseguido escabullirme con ayuda de unos criados de confianza y sobornando al guardián… —de sus ojos manaban incontrolablemente lágrimas de vergüenza y de rabia, que le dificultaban continuar.

—No me has fallado —dijo Nazu Tei—. Soy yo la que te he fallado.

Sorprendido, Savo levantó la vista.

—Pero… pero yo dirigí a los soldados hacia ti, y les conté nuestra relación…

—Siempre hay miles de causas que contribuyen a cada efecto. Si yo

no hubiera decidido guardar los recuerdos de mis benefactores; si no hubiera decidido instalarme en Kigo Yezu; si no me hubieras visto con mi juego de *zamaki*… cualquiera de estas posibilidades habría roto la cadena de causalidad, pero no es así como asignamos la culpa o la responsabilidad. El corazón de Cutanrovo estaba lleno de odio, y solo a ella se le puede culpar de las muertes de los aldeanos —vaciló por un instante antes de continuar con determinación—, a ella y a la llegada de los lyucu a Dara.

Savo parecía espantado. Su maestra nunca había hablado contra los lyucu de una manera tan directa.

—¡Maestra! No debes permitir que la rabia te confunda. Si escribes una súplica a la pékyu y al emperador declarando tu lealtad, denuncias al traidor Ra Olu y prometes que limpiarás tu corazón de falsos…

—No, no voy a hacer nada de eso —dijo Nazu. Aguardó un instante y suavizó la voz—. Cuando dije que te he fallado hablaba en serio. Soy tu maestra, y eso me impone el deber de enseñarte la verdad. Durante demasiado tiempo, yo y otros eruditos como yo, nos hemos decantado por sortear las mentiras, en lugar de nombrarlas claramente. He permitido que el miedo silenciara mi lengua y, al hacerlo, te he confundido.

—Pero me has enseñado muchos temas prohibidos, sobre la historia y la cultura de Dara, sobre los filósofos y los reyes, sobre las maravillas de la ingeniería dara…

—Nunca te he hablado directamente contra las mentiras que te enseñan en la corte —dijo Nazu—. Despreciaba a los historiadores y tutores asignados por la corte por usar su talento para servir a los carniceros lyucu, pero no era consciente de que yo era tan mala como ellos por no hablar claramente en su contra con el fin de salvar mi integridad.

Observó el rostro estupefacto de Savo al oírle describir a los lyucu como carniceros, y un ápice de amargura se coló en su voz.

—Fue Pékyu Tenryo quien cometió las atrocidades del paso de Naza, no el emperador Ragin. Y el emperador Ragin no suplicó a Tenryo que invadiera la isla Grande para reforzar su pretensión del Trono del Diente de León frente a su propia madre. Las masacres como la cometida en Kigo Yezu no son aberraciones. Los lyucu no son los libertadores de Dara…

—Pero también me hablaste de los actos despóticos de los reyes Tiro y de Mapidéré, y Kuni Garu fue realmente un bandido…

Nazu levantó una mano.

—Los gobernantes nativos de Dara nunca fueron perfectos, y

siempre hay un grano de verdad oculto en las mejores mentiras. Pero eso no las convierte en verdad. No tenemos suficiente tiempo para contarte la verdad ahora…

—¡Entonces redacta la súplica que te pido para que puedas continuar enseñándome!

Nazu sacudió la cabeza.

—Ya no voy a mentir más, por comisión u omisión. Además, yo no puedo enseñarte la verdad. La experiencia es la única maestra que podrá convencerte.

—Pero… —Savo no sabía qué decir. Todavía le afligía que Nazu hubiera tildado a los lyucu de carniceros.

Como si le leyera la mente, Nazu continuó con una voz más suave.

—Pase lo que pase, Kinri-*tika*, lo que tienes que saber es que detesto lo que han hecho los lyucu y las maldades que continúan cometiendo. Pero eso no significa que deteste a cada individuo lyucu. Que hay una diferencia entre lo colectivo y lo individual, y que, sin embargo, ambos están relacionados de un modo que no siempre es fácil desentrañar, y ese es uno de los mayores problemas de la vida, que ni siquiera los sabios anu pudieron resolver. Estoy orgullosa de haber aprendido de ti y de haberte enseñado. Eres un alumno brillante, Kinri-*tika,* y deseo que puedas hacer tuya una de las máximas más importantes de los moralistas: haz lo correcto aunque ello te cause daño.

Savo miró a su maestra y sintió la premonición de que no volvería a verla. Le entró la urgencia de memorizar su rostro, de pedirle un recuerdo, pero se quitó de encima ese pensamiento. Su madre salvaría a la anciana; siempre se las arreglaba para solucionar las cosas, por complicadas que fueran. Así que decidió centrarse en la lección de su maestra.

—¿Cómo sabré qué es lo correcto?

—Nadie puede enseñarte eso —dijo Nazu—. Ni los dioses, ni los maestros, ni los padres, ni los compañeros o los amantes. Expande tu corazón y escucha.

MIENTRAS TANTO, EN LAS AFUERAS DE TIRO COZO, EL CAMPO SECRETO DE ENTRENAMIENTO DE GARINAFINS DEL EMPERADOR MONADÉTU

Los caballos se detuvieron al pie de los abruptos acantilados.

Phyro, que cabalgaba en cabeza, hizo un gesto a Ofluro y a la señora Suca para que se acercaran. Los demás soldados de la escolta se quedaron atrás. Con su fusta, Phyro señaló las montañas cubiertas de bruma imposibles de escalar.

—Tras esas montañas está mi hogar, donde paso mucho más tiempo que en Pan.

Había una pequeña aeronave amarrada a cierta distancia, y detrás una fortaleza guarnecida por soldados.

La señora Suca colocó una mano sobre su abultado vientre y frunció el ceño. Ofluro la miró con preocupación. Ella hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—*Rénga*, ¿cuánto tiempo tendremos que acompañaros? Mi esposo y yo estamos deseosos de comenzar una nueva vida en Dara. Me gustaría ir a Faça y encontrar una hacienda adecuada para comprarla antes de que nazca el bebé, cuando se acerque la primavera.

—Nos quedaremos con el emperador todo el tiempo que desee tenernos como huéspedes —dijo Ofluro riendo—. Mi cabeza está desbordada por todas esas preguntas en el campo de refugiados. Estoy seguro de que los dos podemos aprovechar el descanso para recuperarnos antes.

Phyro titubeó. Todavía no había revelado a la pareja el secreto de que Dara contaba con garinafins. De hecho, había decidido traerles desde Boama hasta aquí por tierra, y no por aire, porque quería tener más tiempo para pensar.

Sabía que Jia no habría dudado en llevar a la pareja hasta el valle a la fuerza o mediante alguna estratagema, y luego retenerlos hasta que hubieran aceptado colaborar en el entrenamiento de los garinafins.

No le parecía correcto intentar aprender el secreto de montar a los garinafins manteniendo a los instructores como rehenes. No le parecía correcto alcanzar su sueño mediante la desconfianza y la coacción.

¿Qué habría hecho su madre?

Recordó una historia que le había contado Risana. Tiempo atrás, durante la guerra del Crisantemo y el Diente de León, Gin Mazoti se proclamó reina de Faça y Rima, aparentemente con la intención de rebelarse contra Kuni Garu.

Mientras Kuni y sus consejeros debatían qué hacer, Risana se aproximó.

—*¿Si Gin fuera un hombre, sabríais qué hacer?*

—*Tal vez. A veces, lo mejor con los hombres ambiciosos es dejarlos llegar tan lejos como deseen, mientras sigan colaborando contigo. No se puede saber hasta dónde es capaz de volar una cometa si no estás dispuesto a soltar todo el hilo. A menudo, la confianza es mejor que la envidia para lograr la lealtad.*

—*¿El hecho de que Gin sea mujer cambia en algo las cosas? Gin siempre ha demandado simplemente el derecho a participar bajo las mismas reglas de juego que el resto de vosotros.*

—Antes tengo que explicaros algo —dijo Phyro.

La señora Suca y Ofluro dejaron de sonreír, sorprendidos por la expresión del rostro de Phyro.

—Esas montañas esconden un secreto —continuó Phyro—, un secreto que solo puedo revelaros cuando estéis dentro. Pero una vez que lo conozcáis, no podréis salir de allí.

—Entonces pretendéis tenernos prisioneros —dijo la señora Suca—. Pensaba que habíais dicho que éramos libres para ir adonde quisiéramos en Dara.

—Lo sois —dijo Phyro—. Pero esto es un campamento militar y hay reglas. Para minimizar el riesgo de que pueda revelarse el secreto que guarda, solo pueden abandonarlo unas cuantas personas autorizadas. Gran parte de mi personal ha vivido aquí con sus familias durante años. No pueden salir hasta que… logremos vencer a los lyucu.

—Os dije que no os proporcionaría ninguna información militar sobre Ukyu-taasa —dijo Ofluro.

—Ya lo sé —dijo Phyro—. Pero pensaba que estabais dispuestos a ayudarme de otras maneras.

—No lo haré —dijo Ofluro—. No he arriesgado la vida de mi familia para convertirnos en prisioneros.

Phyro se maldijo a sí mismo. Cómo le hubiera gustado poseer el legendario encanto de su padre, capaz de convencer a una banda de presos para se echaran al monte con él y se hicieran bandidos, capaz de conseguir que una ciudad le nombrara su duque. Cómo le hubiera gustado tener el don de su madre, capaz de penetrar en el corazón de hombres y mujeres. Pero lo único que tenía era un sueño que no sabía cómo alcanzar.

—Todos los que viven en este campamento vinieron porque creían en mí, en una visión —dijo Phyro—. Quieren ver libres todas las islas, vencer a nuestros enemigos con honor —miró a la señora Suca—. Quieren que los hijos de Dara puedan moverse libremente por estas islas, y que nadie sea llamado togaten y reciba un trato diferente de los *anojiti*.

—¿Y qué hay de los lyucu? ¿Hay un sitio para las personas como yo en vuestra visión? —preguntó Ofluro.

—No lo sé —admitió Phyro—. Algunos desean arrojar a los lyucu al mar y otros creen que, una vez derrotados, podrían convertirse en parte del pueblo de Dara. Creo que dependerá en gran medida de lo que escojan los propios lyucu, al igual que has hecho tú.

—No me estáis vendiendo muy bien vuestra visión —dijo Ofluro, casi divertido.

—Si nos negamos a acompañaros, ¿qué pasará con nosotros? —

preguntó la señora Suca.

—La carta que os ha entregado la secretaria Kidosu os da derecho a viajar sin impedimentos por toda Dara —dijo Phyro—. Y sois libres de ir a Faça, como pretendéis. Pero algunos os lo harán pasar mal porque Ofluro es lyucu y siempre pareceréis sospechosos. Los magistrados os protegerán de daños físicos, pero hay otras maneras de que la gente os dificulte la vida que no atentan contra la ley. Todos los refugiados se enfrentan a esas adversidades.

—Aun así, parece mejor que estar prisioneros en ese valle —dijo la señora Suca.

—Habéis pedido para vosotros y vuestros hijos el derecho a no ser tratados de modo distinto a cualquier otra persona de Dara —dijo Phyro respirando hondo—. Así que os ofrezco la misma elección que ofrecí a cualquiera de los soldados a los que invité a este valle. Si entráis, no seréis libres para salir, pero seréis tratados como camaradas, como mis compañeros. No os obligaré a hacer aquello que atente contra vuestra conciencia, y si optáis por manteneros alejados del campamento militar y dedicaros a la agricultura, o a criar ovejas en el valle, estáis en vuestro derecho. O podéis marcharos y probar oportunidades en el resto del mundo, sin tener nada que ver conmigo en el futuro.

—Entonces elegimos irnos —dijo Ofluro sin dudarlo. La señora Suca asintió.

Phyro pareció abatido. A pesar de todo el esfuerzo realizado, había fracasado. Él no era su padre, ni su madre. Intentó ocultar la desilusión de su rostro pero no lo consiguió.

Era consciente de que todavía podía ordenar a sus soldados que llevaran a la pareja a la fuerza a Tiro Cozo. Y, por un momento, casi cayó en la tentación de hacerlo.

Puede que el mundo no sea justo, pero debemos esforzarnos para que lo sea.

—De acuerdo —dijo con voz calmada—. Daré instrucciones al capitán de la escolta para que os provea de lo necesario para regresar a Faça. Me alegra y me apena al mismo tiempo haberos conocido.

Volvió la cara para que no le vieran las lágrimas mientras espoleaba al caballo en dirección a la aeronave.

AL MISMO TIEMPO, EN PAN

El alcaide miró el cuerpo de Esqueleto Risueño.

El hombre yacía inerte en su celda, bocabajo, con las ropas rasgadas. A su alrededor se observaban signos de lucha, y un charco

de sangre le rodeaba la cabeza y se extendía lentamente.

La pauta se repetía en todas las visitas de la emperatriz. En cada caso, las primeras veces el prisionero quedaba en éxtasis, como si hubiera experimentado placeres incomprensibles para los simples humanos. De hecho, esperaba la siguiente visita de Jia con un entusiasmo que al alcaide le resultaba obsceno. Pero, inevitablemente, tras las siguientes visitas quedaba abatido, como si sufriera un hambre imposible de satisfacer.

La emperatriz había dejado de visitar a Esqueleto Risueño definitivamente.

Por toda respuesta, Esqueleto Risueño se había vuelto completamente loco: se negó a comer y a beber, se mordía y se arañaba, se golpeaba la cabeza contra las paredes, lloriqueaba y suplicaba a los guardianes de la prisión que encontraran a «esa diosa» para que volviera a visitarle.

El nivel de obsesión hacía que incluso el alcaide, que había visto todas las formas imaginables de depravación en su trabajo, sintiera escalofríos.

En el pasado, los presos abandonados por la emperatriz habían conseguido finalmente recuperarse —aunque esa hambre nunca llegaba a abandonar sus miradas. Esta era la primera vez que un preso moría de añoranza por la emperatriz.

El alcaide desplegó su escritorio portátil y comenzó a tomar notas. La emperatriz le había ordenado que registrara cada noche las condiciones de los prisioneros que obtenían sus favores. Por la mañana informaría discretamente a las Aletas de Dyran, que acudirían de inmediato para llevarse el cadáver antes de que los médicos de la prisión pudieran realizar la autopsia.

La discreción le hacía ser valioso. Él nunca lo olvidaba.

CAPÍTULO VEINTICINCO

EL JUICIO

KRIPHI: DÉCIMO MES DEL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (CONOCIDO COMO EL OCTAVO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS EN DARA Y EL OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA HACIA UKYU-GONDÉ)

Tanvanaki, gobernante suprema de Ukyu-taasa, la nueva tierra que consumaría los sueños del pueblo lyucu, se arrodillaba en *mipa rari* sobre su trono de huesos de garinafin colocado en un estrado elevado al extremo norte del Gran Salón y esperaba al heraldo para dar comienzo a la corte formal.

Su capa, fabricada con la piel de diez lobos blancos, resplandecía con la luz oblicua procedente de los ventanales abiertos en la piedra labrada de la cubierta inclinada y la situaba en el centro de la atención del oscuro Gran Salón. Las mandíbulas de los diez lobos, apiladas en forma de pirámide y unidas entre sí mediante alambres dorados, se apoyaban sobre su cabeza como una corona, otorgándole un aspecto imponente y predador.

Inspeccionó el Gran Salón y volvió a preguntarse si este elaborado escenario, que tanto esfuerzo había costado construir, se sostendría bajo la tormenta que estaba a punto de llegar.

A su izquierda, sobre un sencillo trono de madera, más pequeño y situado por debajo del suyo, se sentaba su consorte, el emperador Thaké. Timu llevaba puesta una túnica formal de seda roja brillante, bordada con motivos de crubens y dientes de león. Mantenía su esbelto torso muy recto, arrodillado en *mipa rari*. Una corona con sartas colgantes de perlas y cuentas de coral le ocultaba la cara, y solo el débil tintineo de las sartas al temblar unas contra otras traslucía alguna emoción. Cuando Tanvanaki le echó un vistazo sintió una oleada de lástima y afecto.

A lo largo de los dos lados del Gran Salón, construido durante los días de los reyes de Xana, antes de la conquista de los Siete Estados, había dos hileras de funcionarios y líderes militares. A su izquierda, al este, estaban los administradores. Cada posición ministerial estaba ocupada por un lyucu, por lo general un thane de alto rango que ya había superado la plenitud de la edad de combate, y detrás de ellos se

situaban los viceministros, por lo general eruditos nativos que habían obtenido una buena posición en los antiguos exámenes imperiales o en los nuevos, celebrados durante el reinado de la Libertad Audaz. Los viceministros manejaban las obligaciones cotidianas del ministerio o del departamento respectivo, promulgaban políticas y emitían normas, además de nombrar a los cientos de magistrados, subsecretarios, oficinistas y demás burócratas que mantenían el imperio funcionando. En cuanto a los propios ministros lyucu, al carecer del interés o la capacidad para mantener en marcha la maquinaria del estado, pasaban la mayor parte de su tiempo cazando, ejercitándose en la lucha y, generalmente, buscando placer.

La mayoría de los ministros vestía una mezcla de ropas lyucu y nativas: una túnica de seda adornada con una bufanda de piel o sujeta con un cordón trenzado de cuero, un ropón largo de cáñamo que sobresalía entre las solapas de una capa de piel, chaleco de cuero y *kilt,* todo ello recubierto de mantones sueltos de seda. Los viceministros, por su parte, iban uniformemente vestidos con túnicas decoradas con los símbolos de sus áreas de responsabilidad: lana y cuernos de res para el viceministro de pastos; una maza de guerra de hueso lyucu cruzada por una vara de madera nativa para el viceministro de justicia; peces blancos saltando y redes para el viceministro de pesca; caracolas y cuencos de arroz para el viceministro del tesoro, y así sucesivamente.

Gran parte de esta parafernalia era obra de Timu. Durante los caóticos días inmediatamente posteriores a la batalla del golfo de Zathin, cuando la atención de Tanvanaki se centraba en buscar aliados entre los antiguos thanes de su padre y en reprimir rebeliones para asegurar su control del poder, Timu había emitido una serie de decretos imperiales con el fin de instaurar un nuevo gobierno, mantener el flujo de impuestos y el orden local. Ella había grabado la marca del garinafin —un trapezoide con tres líneas curvas sobre la parte superior— sobre su sello en estos decretos sin alterar un solo ideograma, y estaba agradecida de que la participación activa de Timu le permitiera dejar que los nativos pacificados se gobernaran por sí mismos.

A su derecha, al oeste, se situaban los comandantes militares. Los thanes lyucu estaban al norte, cerca del trono. Por lo general iban vestidos con el atuendo tradicional lyucu: camisas de piel animal, *kilts* cortos de cuero, capas de piel, armaduras de hueso y cascos ornamentales de cráneo. Casi todos portaban mazas o hachas de guerra amarradas a la espalda —Tanvanaki había desautorizado la propuesta de Timu de adoptar la costumbre nativa y prohibir las

armas en la corte formal. A la cabeza de esta columna, ocupando la posición más prestigiosa de todas, estaba la thane-garinafin Goztan Ryoto. Ella vestía la indumentaria completa de batalla de los pilotos de garinafin: polainas de cuero de becerro, espuelas de hueso, arnés de cuero sobre camisa y falda de badana, honda y maza de guerra sujetas a la espalda y un casco hecho con el cráneo de un garinafin inmaduro sobre la cabeza afeitada. Aunque muchos en el Gran Salón le dedicaban miradas furtivas, pues era la figura central en el proceso judicial de hoy, su rostro mantenía una completa calma, sin delatar emoción alguna.

Siguiendo la hilera hacia el sur, más alejados del trono, estaban los generales nativos. Se trataba de un grupo variado: algunos, como Noda Mi, habían traicionado a la Corte del Diente de León uniéndose a los invasores para impulsar sus propias ambiciones; otros eran nativos de Rui y Dasu que se rindieron a los lyucu para salvar la vida; y otros más eran simplemente mercenarios reclutados entre los piratas, que servían a la pékyu a cuenta de las promesas de oro y plata. Gozaban de poca confianza como grupo, y raras veces se les asignaba un mando independiente.

El protocolo actual de la corte, incluyendo la posición de los distintos ministros y señores de la guerra, su atuendo formal y sus discursos rituales, había sido diseñado por un grupo de eruditos nativos que habían jurado lealtad a los lyucu inmediatamente después de la conquista. Aunque muchos estudiosos de Rui y Dasu, de firmes principios moralistas, murieron en defensa del pueblo de Dara y del Trono del Diente de León, Tenryo y Tanvanaki hallaron bastantes *toko dawiji* (e incluso algunos *cashima*) que encontraron en los clásicos anu suficiente espacio para maniobrar y justificar su servicio a los conquistadores. El líder de este grupo, Wira Pin, había actuado incluso como emisario del pékyu-votan para persuadir al príncipe Timu de que se rindiera, aunque entonces fue rechazado. Wira era ahora viceministro de justicia en Ukyu-taasa.

El heraldo dio un paso al frente, levantó la larga trompeta de hueso de garinafin y la sopló durante un largo minuto, hasta que su cara se puso roja. El potente sonido reverberó en las antiguas paredes de piedra y cayó sobre los allí reunidos como el prolongado trueno que presagia una violenta tempestad.

Bueno, adelante, pensó Tanvanaki. *El Destello del Garinafin no teme a la tormenta.*

—Hablad, si tenéis algo que decir —bramó Tanvanaki sobre el silencio que le sucedió. Esa no era la frase original de apertura del elaborado protocolo de la corte diseñado por Wira Pin, basado en el

protocolo de Pan pero impregnado de elementos lyucu para agradar a sus nuevos amos.

Aunque Tanvanaki estaba acostumbrada a ignorar el protocolo, hablaba en dara, la lengua formal de la corte. En parte se trataba de una concesión a los administradores nativos, pero la principal razón era que todos creían más conveniente utilizar un lenguaje que ya tenía expresiones para designar asuntos como los impuestos, las corveas, los ciclos de siembra y las actuaciones ceremoniales que los nativos necesitaban de sus gobernantes.

A pesar de la invitación de la pékyu, los funcionarios y los guerreros, tanto los lyucu como los nativos, permanecieron anclados en sus sitios. Todos sabían que la corte formal de hoy tenía un único propósito. La capital al completo hervía de rumores y chismorreos desde hacía un mes, mientras las facciones de la corte competían por buscar aliados y tramaban cómo sacar la máxima tajada de este escándalo inesperado que afectaba al hijo de la thane Goztan.

Wira Pin, el viceministro de justicia, dio un paso hacia delante para cuchichear al oído de su jefe, el ministro de justicia. El ministro, un viejo thane lyucu que no tenía interés alguno en ser burócrata, asintió e hizo un gesto de aprobación a Wira. Este hizo una reverencia, agradecido al thane, y avanzó hasta el centro del Gran Salón, giró el rostro hacia los thanes y luego se postró de rodillas, tocando con la frente el suelo de piedra.

Tanvanaki frunció el ceño. Esas muestras excesivas de obediencia servil siempre le parecían una especie de burla.

—Muy Honorable y Sagaz Pékyu, muy Misericordiosa y Cautivadora Soberana, muy Aguerrida y…

El título completo de Tanvanaki, también ideado por Wira Pin, era algo que literalmente nadie utilizaba en la corte, excepto él. Normalmente, Tanvanaki ya le habría interrumpido hacía rato para pedirle que fuera al grano, pero por una vez agradeció la demora. A pesar de su anterior determinación, ahora deseaba contar con más tiempo para sopesar sus opciones.

—… Gobernadora de Rui y Dasu, Protectora de Dara —habiendo terminado con el recitado del título completo de la pékyu, Wira se detuvo a tomar aliento y luego, casi como un aditamento, se giró hacia el emperador Thaké, cabeza nominal del estado, y añadió—: *Rénga* —antes de volverse de nuevo hacia Tanvanaki—. Vuestro más leal servidor tiene un asunto del que informar: Savo Ryoto, hijo de Goztan Ryoto, hija de Dayu Ryoto, que sirve a la pékyu como thane-taasa de las Cinco Tribus del Asta, está acusado de traición.

En el Gran Salón todos los oídos se aguzaron. En contra de lo que

podría pensarse, a pesar de ser nativo, Wira Pin se alineaba con los partidarios de la línea dura en la corte. No estaba claro si esa lealtad estaba motivada por el autodesprecio o por algún tipo de cálculo político. En todo caso, en la corte solía actuar como portavoz de los thanes de la línea dura.

El hecho de que el principal acusado fuera el thane-taasa y no la erudita nativa indicaba que los de la línea dura habían decidido ir a por todas. En lugar de inculpar a la indefensa nativa, un mero peón erudito en este juego de *zamaki,* habían decidido atacar directamente a la comandante de los contemporizadores, thane Goztan Ryoto.

Prometía ser un buen espectáculo.

—¿Quién ejerce la acusación? —preguntó Tanvanaki.

Cutanrovo Aga salió de la mitad de la columna de señores de la guerra lyucu y miró hacia los tronos.

—Yo misma.

Empezó explicando el asalto a Kigo Yezu, el descubrimiento de equipo de planificación militar en posesión de una tal Nazu Tei, atribuible a los traidores Ra Olu y señora Lon, y la relación prohibida maestra-alumno entre ella y Savo Ryoto. A medida que presentaba el caso cogía las pruebas físicas y levantaba los objetos uno por uno: las llamadas figuritas de *zamaki,* los manuscritos caligráficos hallados en los aposentos del thane-taasa con ideogramas que no aparecen en los textos aprobados por la corte y, por último, la horquilla de hueso de garinafin que llevaba Nazu Tei, grabada con el motivo de las Cinco Tribus del Asta.

Tras concluir su presentación, Cutanrovo se mantuvo en pie, orgullosa, y observó a los funcionarios y señores de la guerra allí reunidos.

Tanvanaki estaba indignada. La situación era todavía peor de lo que Timu y Goztan le habían hecho creer. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada Goztan?

La pékyu estaba decidida a salvar al hijo de Goztan. Al fin y al cabo su apoyo había sido decisivo en su propio ascenso al poder. Durante la malograda invasión a la isla Grande, Goztan había permanecido en Rui para vigilar a Timu y asegurar su campamento base. En consecuencia, no había tomado parte en el desastre de la batalla del golfo de Zathin y pudo mantener intactas sus tropas. Dado que Tenryo había muerto durante la batalla sin dejar un retrato de espíritu, la asunción de Tanvanaki a la posición de pékyu estaba abierta a enfrentamientos. Cuando regresó a Rui, con el ejército lyucu hecho añicos, algunos thanes ambiciosos se alzaron inmediatamente para aprovecharse de su debilidad. Pero Goztan juró apoyarla como nueva

pékyu y sofocó la rebelión. En años posteriores había sido una firme aliada de Tanvanaki, ayudándola a controlar a los partidarios de la línea dura que clamaban menores concesiones a los nativos.

Pero las evidencias en manos de Cutanrovo eran irrefutables y dejaban poco espacio para la discusión.

—¿Quién desea hablar por el acusado? —preguntó Tanvanaki. Nadie se movió en el Gran Salón y todos los ojos estaban puestos en Goztan.

Pero la thane permaneció tan inmóvil como antes, con la mirada ligeramente caída, como si lo que estaba ocurriendo en el Gran Salón no la concerniera en absoluto.

Eso era parte del plan. Tanvanaki respiró y se preparó para hablar. Iba a redirigir el interés hacia la erudita nativa…

—Yo mismo.

Tanvanaki no llegó a hablar.

Todos los ojos se giraron ahora hacia el origen de la voz… junto a la pékyu, tras el velo colgante.

Thanes y funcionarios se miraron con asombro.

Era extremadamente raro que el emperador hablara en la corte. La mayor parte del tiempo permanecía mudo como una estatua. Como los eruditos nativos justificaban su servicio al régimen lyucu argumentando que, en realidad, estaban al servicio del verdadero heredero del Trono del Diente de León, todos los decretos y proclamaciones salidos de Kriphi llevaban su sello. Pero todos entendían que se trataba de un pretexto tan endeble como el velo de Timu. Timu nunca hablaba porque Tanvanaki hablaba por él.

Un único pensamiento cruzó todas las mentes en ese instante: *¡El emperador va a intervenir directamente! ¿Significa eso que tiene el respaldo de la propia pékyu?*

En realidad, nadie estaba tan sorprendido como la propia Tanvanaki. Timu había defendido en privado a Savo Ryoto y Nazu Tei. Tras mucho discutir, ella le había persuadido de que era imposible salvar a los dos. La caída de Goztan representaría la derrota completa de los acomodacionistas. Por tanto había que echar todas las culpas a Nazu. Sacrificar al peón-erudito para salvar al comandante era un principio universal aplicable tanto en política como en el juego de *zamaki*.

Goztan había llegado a la misma conclusión, y ella y Tanvanaki habían acordado que ninguna hablaría a favor de la acusada. Evidentemente, el objetivo de Cutanrovo era crear tanta polémica sobre este asunto como fuera posible con el fin de debilitar a los acomodacionistas. La mejor manera de frustrar ese plan era escuchar

las acusaciones en silencio y permitir que Tanvanaki diluyera la tensión utilizando a Nazu Tei de chivo expiatorio, presentándola como una erudita sin escrúpulos. Ella pensaba que Timu estaba de acuerdo con ese plan, hasta ahora.

No obstante, no dejó que sus emociones se trasladaran a su rostro cuando pronunció en un tono imparcial:

—Entonces, presenta tu caso.

Con el rostro todavía oculto tras el velo, Timu tomó la palabra.

—Aunque la actuación del thane-taasa ha sido contraria a las reglas, creo que ese no debería ser el foco de la pesquisa de hoy.

—¿Ah, no? ¿Y qué es más importante que el crimen de traición de un futuro thane dispuesto a postrarse ante una nativa que simpatiza con los rebeldes? —preguntó Cutanrovo, con las cejas alzadas en una mueca de sorpresa y burla. Como siempre, se negó a utilizar el título honorífico nativo de *Rénga* al dirigirse a Timu.

—El error de Savo —si es que fue un error— palidece en comparación con las atrocidades perpetradas por tus tropas en Kigo Yezu.

Tanvanaki miró a Timu y sonrió para sus adentros. *Así que esta es la razón por la que has decidido lanzarte. No puedes soportar ver morir a tu gente. ¿Pero no te das cuenta de que eso es exactamente lo que Cutanrovo busca? Ahora le estás dando la oportunidad de airear en la corte las ideas de los partidarios de la línea dura, y no tengo ni idea de si las pasiones de los thanes podrán enfriarse una vez que ella despierte su cólera.*

Pensó en detenerle antes de que pudiera empeorar más las cosas, pero percibió la agitación de las sartas de su velo, revelando la profundidad de sus emociones. *A lo mejor le viene bien comprobar cuánto apoyo tienen los partidarios de la línea dura para darse cuenta de mi dilema.* Se contuvo.

—No hice más que dar exactamente lo que se merecen a los traidores y los rebeldes. —Aunque intentaba parecer segura, los ojos de Cutanrovo se clavaron en el rostro de la pékyu con recelo.

Tenía que asumir que la intercesión inesperada del emperador contaba con el pleno respaldo de la pékyu, aunque no comprendía las intenciones de Tanvanaki.

—Desde la época de la liberación de Ukyu-taasa por el pékyu-votan, nuestra política ha sido siempre el castigo masivo de las aldeas donde encontramos rebeldes.

—Las políticas basadas en la historia deben cambiar cuando los tiempos cambian —Timu echó a un lado las cuentas colgantes que le ocultaban el rostro y miró a Cutanrovo a los ojos. Tenía las mejillas enrojecidas y sus ojos eran como dos pozos en llamas—. En los

primeros días de la ocupación, cuando los nativos rebeldes emboscaban a guerreros lyucu solitarios, quizá estuviera justificada la aplicación de castigos masivos, para que Ukyu-taasa no degenerara en una tierra de terror y desgobierno. Pero no se han producido ataques sin provocación contra los lyucu en años…

—Eso *no* es cierto —Cutanrovo sacudió la cabeza y avanzó algunos pasos hacia los tronos, agitando los brazos para enfatizar—. Este verano, unos cobardes rebeldes atacaron y mataron a mi primo, un valiente y confiado naro, del modo más traicionero…

—¡He dicho *sin provocación*! —gritó Timu. Un desafío de tal magnitud era algo tan inesperado del tímido Timu que todos los funcionarios y señores de la guerra allí reunidos, tanto lyucu como nativos, quedaron boquiabiertos por el asombro. Incluso Cutanrovo dio un paso atrás.

Timu tomó aire y continuó con un tono más conciliador.

—En cualquier caso, no hubo ninguna muerte de guerreros lyucu en Kigo Yezu. El castigo debe ser proporcional al delito.

Cutanrovo, ya repuesta del anterior shock, contraatacó.

—Había una vasta conspiración para la rebelión liderada por la artera erudita nativa Nazu Tei. La traición es considerada un crimen según vuestro propio decreto.

—¿Qué traición? ¿Ocultar unas cuantas figuritas antiguas para recordar a una pareja que la había tratado con amabilidad? —Timu movió la mano para señalar a Tanvanaki—. Bajo la dirección de nuestra sensata pékyu, los nativos viven ahora en armonía con los lyucu. La gente continúa con sus vidas como antes, y los tributos y corveas a la pékyu se realizan sin protestas. Los eruditos continúan sus estudios, y los restaurados exámenes imperiales ofrecen a todo el mundo un camino para servir a la pékyu. Masacrar aldeanos corrientes a causa de una escolar anclada en el pasado no presta ningún servicio a los intereses de la pékyu.

Todos los funcionarios nativos y —para sorpresa de Tanvanaki— más de unos cuantos thanes lyucu asintieron al oír esas palabras. Tanvanaki decidió dejar que su consorte continuara por este camino imprevisto. A lo mejor los partidarios de la línea dura no tenían tanto apoyo como imaginaba.

—Estáis minimizando el crimen cometido por Savo Ryoto y Nazu Tei —objetó Cutanrovo.

Deseaba con toda su alma abofetear a los thanes que asentían ante las palabras del emperador. *¿Habéis olvidado la realidad de vuestra condición? ¡Estamos rodeados de bárbaros que nos odian y desean vernos muertos! Las islas principales pueden invadirnos en cualquier momento —*

¿quién puede creer las promesas de paz de una dara-raaki?— y, sin embargo, ahí estáis vosotros, encantados de todo lo que nos hemos alejado de las maneras de nuestros ancestros.

Tenía que recordarles la gravedad del delito.

—¡El thane-taasa estaba implicado en una relación ilícita maestra-alumno con la erudita rebelde, que le había facilitado su propia madre!

—Pero ¿por qué es un delito que el thane-taasa busque una maestra que le imparta conocimiento? —preguntó Timu.

Expresiones atónitas por todo el Gran Salón.

¿Está pensando la pékyu derogar el edicto contra los maestros no autorizados? Eso supondría un giro político transcendental.

—¿Pensáis… pensáis soslayar a los tutores asignados por la corte? ¿Estáis dispuesto a exponer a los niños lyucu a las mentiras de los astutos rebeldes sin ninguna protección? —la saliva salía disparada de los labios de Cutanrovo mientras gritaba a Timu—. Una relación no autorizada maestro-alumno es el ataque más peligroso a la mente impresionable de un joven lyucu, peor incluso que un ataque físico contra un guerrero lyucu. La pékyu, que en su juventud tuvo que luchar contra la lengua viperina de un profesor dara-raaki, lo sabe bien —Cutanrovo miró a Tanvanaki, con la esperanza de captar alguna pista de por qué la pékyu permitía a su consorte soltar esa perorata sin sentido.

Tanvanaki no reaccionó.

La había pillado desprevenida por completo. Timu había ido demasiado lejos y sabía que debería pararle los pies. Pero no entendía dónde había adquirido esa audacia, como si hubiese fumado algunas hierbas que le hubieran dado un repentino arranque de coraje. Como si estuviera atrapada en un mal sueño, le observaba impotente seguir con su temeraria disertación.

—¿Cómo puede ser un ataque practicar caligrafía y aprender la cultura de Dara y la sabiduría de los sabios anu? —cuestionó Timu—. Muchos thanes, muchos naros, e incluso muchos culeks disfrutan con las artes nativas —solo tenéis que caminar por las calles de Kriphi para comprobarlo. Las lecciones de caligrafía, pintura y versiones abreviadas de los clásicos son tan populares que los así llamados informantes nativos pueden pedir salarios diez veces superiores a los que solían ganar con… el antiguo régimen. Algunos de vosotros, de los que estáis en este mismo salón, habéis gastado inmensas fortunas en adquirir antigüedades nativas para decorar vuestros hogares. De hecho, hay tantos lyucu que saben al menos leer y escribir algunos ideogramas que Kriphi, en la actualidad, cuenta con una mayor

población alfabetizada que antes de la conquista…

La voz de Timu se quebró y tuvo que hacer una pequeña pausa. Hablar de la época anterior a la conquista le trajo a la memoria a su padre, que nunca comprendió su disposición a entregarse a los lyucu para proteger las vidas del pueblo de Rui y Dasu. *Padre*, quería gritar, *¿te das cuenta? Sirvo de algo aquí.*

Pero no era suficiente, lo sabía, ni siquiera se acercaba a lo suficiente. *Los dientes sobre el tablero*. Había llegado la hora de convertirse en el buen rey que el pueblo se merecía, la hora de decir la verdad.

Respiró hondo y continuó.

—Si tantas cosas de la cultura nativa han entrado a formar parte de la vida de los lyucu, ¿por qué tener miedo de las relaciones entre maestro y alumno?

La instrucción de los niños, lyucu y nativos, era un tema sensible en Ukyu-taasa.

Cuando Tanvanaki puso en marcha la política de permitir que los administradores nativos aseguraran los frutos de la conquista lyucu, muchos thanes expresaron sus dudas. La intención primigenia de Pékyu Tenryo había sido matar a una gran parte de la población nativa para que sus campos de cultivo pudieran transformarse en pastizales. Tanvanaki revocó la política de su padre y dejó intacta gran parte de la forma de vida de los nativos, aplicando por encima un ligero revestimiento lyucu. El objetivo, explicó entonces, era asegurar la lealtad de los nativos frente a un contraataque de la Dara no conquistada.

La promoción del estatus de los eruditos —que formaban la mayor parte de la administración nativa— convenía tanto a la devoción de Timu por el aprendizaje como a las metas políticas de Tanvanaki. Esta se dio cuenta sagazmente de que era más efectivo compartir parte del botín confiscado a los campesinos con la clase de los eruditos, y así conseguir su lealtad para servir a los lyucu además de apartarlos de la confianza y el apoyo del campesinado.

Pero Tanvanaki también era profundamente consciente de la veneración que se tenía en Dara hacia los maestros. Para prevenir el re-recuerdo de los hechos desagradables que habían tenido lugar durante la conquista lyucu y apaciguar a los thanes preocupados por la influencia de los nativos en la siguiente generación, las relaciones tradicionales maestro-alumno habían sido estrictamente prohibidas, tanto para los niños lyucu como para los nativos. Solo los instructores asignados por la corte podían tomar estudiantes a su cargo, y tenían que atenerse al currículo elaborado por Wira Pin, en el que la historia

de Dara, de los lyucu y de Ukyu-taasa había sido cuidadosamente re-recordada.

Timu estaba a punto de desafiar ese compromiso duradero.

—Sabéis muy bien que aquí no estamos tratando el tema de la caligrafía o la pintura —dijo Cutanrovo mirando fijamente al emperador.

—Entonces quizá sea hora de repensar *lo que estamos* tratando aquí —dijo Timu—. Estamos hablando de la verdad. Nos aterroriza la verdad. Todos los presentes, tú, yo, la pékyu, los señores de Ukyu-taasa aquí reunidos; todos somos culpables de ello.

Se detuvo. El Gran Salón estaba tan silencioso que se podía oír el vuelo de una mosca.

A pesar de la creciente sensación de inminente desastre, Tanvanaki no le interrumpió. Quería que los partidarios de la línea dura se dieran cuenta de que aprender de Dara era la única manera de derrotar a Dara. Tal vez la repentina audacia de Timu permitiera crear un espacio para *esa* discusión.

—¿Cuál es esa verdad de la que habláis? —preguntó Cutanrovo con una voz mezcla de temor y desprecio.

—Os aterroriza que vuestros hijos, una vez que aprendan a amar esta tierra y a conocer a su pueblo, se avergüencen de la verdad de las atrocidades cometidas para obtenerla y se siguen cometiendo para mantenerla…

—¡¿Cómo os atrevéis?! ¿Cómo…?

Timu gritó ahogando sus palabras.

—Esa es la razón por la que teneis miedo de permitir que vuestros hijos aprendan historia de sus maestros nativos, ¿no? Y vosotros —señaló a los ministros nativos del salón—, vosotros tenéis miedo de cómo os verán vuestros hijos cuando averigüen que habéis estado enseñándoles mentiras, que habéis comprado vuestra vida de esparcimiento y riqueza a expensas de las vidas de aquellos que murieron y siguen muriendo en el paso de Naza, en Kigo Yezu, en cientos de otras aldeas y caseríos. Nuestro reinado se llama de la Libertad Audaz, ¡pero ambos términos son mentira! ¡Todos habéis estado viviendo como Cobardes Esclavos!

Los ministros no podían mirarle a los ojos.

—Yo también he tenido miedo de la verdad. Aunque he intentado salvar la vida de las personas, tolerar los horrores en nombre de un bien mayor, no he sufrido las consecuencias de este régimen que hemos hecho ilegítimo. He permitido que se mancillara el buen nombre de mi padre y de mi madre al servicio de una fantasía. ¡Ay, qué equivocado estaba, qué estúpido he sido! Las personas masacradas

en Kigo Yezu murieron creyendo que yo los protegería, y ni siquiera puedo darles un entierro decente. Sus fantasmas vagan sobre las cenizas de sus hogares, sin poder cruzar el Río en el que Nada Flota.

Sus hombros se movían al compás de un llanto que le estremecía todo el cuerpo.

—Eso es todo. Si no se revoca el edicto contra los maestros no autorizados, sentenciadme a mí como primer infractor. He estado enseñando a mis hijos de la misma manera…

Por fin Tanvanaki consiguió salir de su estupor. Timu lo había estropeado todo. Esta no era la manera de promover sus programas. Tenía que detenerle ya.

—Timu, has estado trabajando demasiado —dijo—. No sabes de lo que hablas —llamó con un gesto a algunos de los naros que hacían guardia detrás del trono—. Llevaos al emperador y metedle en la cama…

Pero Timu, que siempre la había obedecido cuando se lo pedía, ahora la miraba en abierto desafío.

—Pero no se puede borrar la verdad. Deberíamos aceptar la enseñanza de la verdad, no suprimirla. Sé de lo que tienes miedo, mi vida. Tienes miedo de aceptar la verdad de que los lyucu no pueden vencer, de que nunca llegues a realizar el sueño de tu padre. ¿Cómo vas a vencer cuando hay muchos más nativos que lyucu? ¿Cuando te niegas a tratar esta tierra como un hogar al que hay que cuidar en vez de una conquista a la que hay que explotar? ¿Cuando las islas principales se hacen más fuertes día a día bajo el control de mi madre…?

—¡Silencio —gritó Tanvanaki. Los naros ya estaban subiendo al estrado.

—… Tu única salida es acoger a Dara con los brazos abiertos, enseñar la verdad a tus hijos, ayudar a ambos pueblos a encontrar la manera de convivir como iguales. No hay otra salida. Estás aislada y sin refuerzos…

Los naros consiguieron finalmente encaramarse al estrado. Intentaron contener al emperador, pero él se resistió enérgicamente, con una fuerza inimaginable para su delgada constitución, agitando los miembros, con la cara enrojecida, la corona velada torcida. Por último, cuando pudieron reducirle en el suelo, con una mejilla aplastada contra el estrado de piedra, su discurso se detuvo bruscamente. Mientras los naros le ataban escupió una bocanada de sangre y algunos dientes sobre el suelo. Los naros le amordazaron.

El Gran Salón se llenó de murmullos asombrados y confusos.

Tanvanaki hizo una seña a los naros para que se llevaran al

inmovilizado Timu e intentó pensar qué hacer a continuación. Al menos la absurda actuación de Timu había distraído por completo la atención de la corte de los casos de Savo Ryoto y Nazu Tei. Tal vez podría poner fin a la corte por hoy y dejar los casos para la siguiente sesión…

La risa de Cutanrovo reverberó por todo el Gran Salón imponiendo un silencio anonadado en todos.

La sensación de desastre inminente se impuso aún con más fuerza en el corazón de Tanvanaki.

Cutanrovo estaba satisfecha, muy satisfecha. El estallido del emperador le había proporcionado la apertura perfecta y, por la reacción de la emperatriz, ella no estaba detrás del extraño comportamiento de su consorte, después de todo.

—Votan-ru-taasa, votan-sa-taasa —se pasó al lyucu mientras reclamaba la atención de los señores de la guerra y los ministros allí reunidos—, creo que deberíamos hablar de la verdad, como urge el emperador. Y hagámoslo en una lengua vacía de mentiras.

Todos los ojos en el salón estaban puestos en ella.

—Ya basta de hablar —Tanvanaki tuvo que parar un momento y pasarse al lyucu, tan fuerte era el hábito de hablar dara en el Gran Salón—. Cutanrovo, ya hemos hablado todos demasiado hoy.

Se arrepentía de haber hecho salir a los naros con Timu. Deberían haber contenido a Cutanrovo en vez de a él.

—El emperador habla de nuestro miedo a los nativos, de la imposibilidad de una victoria sobre toda Dara, de nuestra falta de refuerzos —dijo Cutanrovo en voz deliberadamente baja. La lengua lyucu, que pocas veces se escuchaba en el Gran Salón, hizo que sus palabras sonaran aún con más fuerza—. Pero tú también has estado mintiendo.

Tanvanaki cerró los ojos. Era una pesadilla hecha realidad. Se había esforzado por encontrar una manera de desvelar la verdad del código de Luan Zya de un modo controlado, no transmitiéndola a todos los thanes de tal forma que pareciera una mentirosa.

—Dejadme que os cuente la verdad que se os ha estado ocultando: ¡Hay una flota de refuerzo en camino que atravesará el Muro de las Tormentas…

—¡Para! —gritó Tanvanaki, sabiendo que era inútil.

—… en menos de tres años!

El Gran Salón estalló en una gran cacofonía.

—¡Deja que hable, votan!

—¿Es eso cierto?

—¿Por qué no se nos ha dicho?

—¿Cuántos barcos-ciudad vienen?

—¿Pékyu-taasa Cudyu dirige los refuerzos?

Cutanrovo gesticuló para hacer callar los gritos de los thanes. Miró fijamente a la pékyu, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Tanvanaki sabía que había perdido el control de la corte. Con cansancio, asintió.

—Sí. Lo que ha dicho thane Cutanrovo es cierto. El Muro de las Tormentas se abrirá. Estaba esperando —su voz se debilitó— una ocasión propicia para anunciarlo.

Cutanrovo daba vueltas a grandes pasos por el Gran Salón, agitando los brazos mientras seguía hablando en lyucu.

—¡El momento ha llegado! ¡Es ahora! ¡La verdad, votan-ru-taasa y votan-sa-taasa, es que son los nativos quienes deberían tener miedo, no nosotros! Durante demasiado tiempo hemos vivido con miedo, intentando acomodarnos a los bárbaros y a sus costumbres. Nos hemos vuelto blandos. Pero Pékyu-taasa Cudyu nos trae refuerzos para concluir lo que el pékyu-votan comenzó. Todos nosotros debemos reconsiderar nuestra posición a la luz de este hecho.

»Ya que el emperador mencionó la educación de los jóvenes, dejadme empezar por ahí. Nuestros jóvenes dedican ahora más tiempo a aprender las artes de los nativos que a practicar nuestras propias técnicas guerreras. Algunos thanes-taasa pueden recitar cien poemas anu, pero tiemblan ante la idea de subir a lomos de un garinafin.

»Y los adultos no son mejores. Algunos guerreros toman alimentos nativos en cada comida y visten a la moda de los nativos, ignorando que sus obligaciones con la pékyu son prepararse para la guerra.

»¿Cómo creéis que os verán los votan-ru-taasa y los votan-sa-taasa de nuestra tierra? ¿Cómo podréis mantener la cabeza erguida cuando vean que parecéis nativos?

Su mirada se detuvo a propósito en las caras de los thanes parcialmente vestidos al modo nativo, que desviaron la vista, avergonzados de encontrarse con su mirada.

Tanvanaki sabía que ese era el argumento más poderoso a favor de Cutanrovo. Cuando las posibilidades de recibir refuerzos de Ukyu habían sido remotas, la acomodación con los nativos parecía razonable, incluso inevitable. Pero ahora todos tenían que pensar en la reconfiguración de poder que tendría lugar tras la llegada de nuevos thanes del otro lado del Muro. El juicio de los iguales siempre tenía mucho más peso que las opiniones de los enemigos.

Vocu Firna, tal vez el thane más impregnado de la cultura nativa, hizo intención de hablar, pero Goztan Ryoto le vio y sacudió la cabeza.

El discurso de Cutanrovo fue ganando en vehemencia según avanzaba. Por fin tenía la oportunidad de hablar con el corazón, de avergonzar a esos thanes corruptos y cobardes.

—Muchos guerreros toman múltiples amantes nativas y las tratan como si fueran sus esposas, cediéndoles propiedades y dejando la educación de sus togaten a estas concubinas…

La cara de Tanvanaki se ensombreció al oír esto —era sabido en toda la corte que Timu pasaba mucho más tiempo con los pékyu-taasa, Todyu y Dyana, que ella misma, y detestaba que se refirieran a sus hijos con ese nombre despectivo—, pero Cutanrovo pareció no darse cuenta.

—Abrid vuestros ojos y vuestros oídos, votan-ru-taasa y votan-sa-taasa, y dejad que los espejismos se desvanezcan —la voz de Cutanrovo se quebró y afloraron lágrimas a sus ojos—. ¿Cuántos de vosotros seguís viviendo en una tienda? ¿Cuántos de vosotros seguís hablando a vuestros hijos exclusivamente en lyucu? Todos y cada uno deberíais avergonzaros de que nos hayamos acostumbrado a conversar en la lengua de los esclavos.

»¿Y qué habéis logrado con todo ese acomodo? ¿Habéis oído las palabras de nuestro emperador nativo, el consorte de nuestra pékyu? Su corazón está lleno de odio, ¡reza por nuestra destrucción!

»*Nosotros* somos los conquistadores, pero actuamos como si fuéramos los conquistados. Hemos permitido que la repugnante educación de esta tierra corrompa nuestra verdadera naturaleza. Somos lobos, pero actuamos como si lleváramos puesta una piel de cordero. ¡Somos guerreros lyucu que bebemos la sangre de lo que cazamos, no dara-raaki que subsisten de lo que pueden extraer de la tierra, de lo que crece a partir de pis y de mierda!

»¿Ahora entendéis por qué lo que Goztan ha hecho con su hijo es tan peligroso y tan terrible? ¿Ahora entendéis por qué los acomodacionistas sirven a los taimados planes del emperador nativo, que alaba el valor de su madre mientras denigra nuestro coraje? Para los nativos, un maestro es el equivalente a un padre —«padre de la mente» los llaman, y esperan que el estudiante muestre el mismo respeto al maestro que al padre o la madre. ¿Qué mayor ofensa puede haber para nuestros hijos que tratar a los esclavos conquistados del mismo modo que a sus padres? ¿Cómo nos juzgará nuestra gente cuando finalmente lleguen de más allá del Muro de las Tormentas y vean que nuestros hijos rinden obediencia a los bárbaros y los llaman maestros?

Finalmente, Goztan no tuvo más remedio que hablar.

Recordaba aquel lejano día en Ukyu, cuando Oga Kidosu le habló

de enseñar y ser enseñado. Parecía que la enseñanza y el aprendizaje la perseguían de por vida. *A los dioses les encanta gastar bromas*. Dio un paso adelante y habló por primera vez, también en lyucu.

—Cutanrovo, mi sa-taasa, aprender de los nativos es una política que se remonta al tiempo del pékyu-votan. Fue él quien nos animó a aprender del pueblo de Dara sin obligarles a hablar nuestra lengua…

—¡Con qué conveniencia re-recuerdas el pasado! —dijo Cutanrovo —. Hasta pareces nativa por el modo en que retuerces la verdad. Pékyu Tenryo prohibió a los nativos aprender nuestra lengua con el fin de preservar el elemento sorpresa, y nos pidió que aprendiéramos de los nativos solo para derrotarlos. Y lo hemos hecho. Es hora de actuar como conquistadores y obligarlos a aprender nuestras formas de vida o morir.

—Hemos venido a vivir en una tierra nueva donde nuestras costumbres no son las adecuadas —dijo Goztan—. Estas islas no son como las planicies de Ukyu. A menos que estemos dispuestos a matar a la mayoría de los nativos, no podemos mantener a una población de este tamaño solo a base de pastos, ¿y quién luchará por nosotros cuando Jia y Phyro nos invadan cuando finalice tratado de diez años?

—¡Hay refuerzos en camino!

—Aunque Pékyu-taasa Cudyu envíe todos los barcos-ciudad de los que dispone, ¿cuántos miles de guerreros lyucu pueden venir en ellos? No podemos permanecer inmóviles y no adaptarnos.

—Tu mente está envenenada por el derrotismo —dijo Cutanrovo—. *Ese* es el problema de vosotros, los acomodacionistas. No olvidéis que con apenas unos miles de guerreros logramos conquistar dos islas de Dara y combatir contra la mayor flota que pudieron reunir hasta lograr una tregua. Incluso su joven emperatriz, la elegida a dedo por el taimado Kuni Garu, murió en el Muro de las Tormentas cuando salió a combatir contra nuestra última flota de refuerzos…

—No puedes vencer si no respetas a nuestros enemigos. El pueblo de Dara nunca había luchado contra garinafins, y, aun así, consiguieron convocar al relámpago para detener nuestro avance en el golfo de Zathin…

—Qué importa si tienen mil veces nuestra población o cien variedades de armas sofisticadas. La victoria no viene determinada por esas *cosas* superficiales, sino por el fuego que hay en los corazones de quienes combaten. Sa-votan, has olvidado el espíritu lyucu, la única cosa que *importa*.

Mientras las thanes debatían, la mente de Tanvanaki estaba totalmente confusa.

¿Tiene razón Cutanrovo? ¿Será cierto que he perdido gran parte del

fuego espiritual que nos permitió vencer a las fuerzas de Mapidéré, cruzar un océano lleno de tempestades, conquistar estas islas y sacudir el mismo Trono del Diente de León hasta sus cimientos?

—Yo he sacrificado tanto como cualquiera de los aquí presentes por el futuro de nuestro pueblo —por primera vez la voz de Goztan perdió su calma—. He dedicado mi vida al servicio de la pékyu, y al del pékyu-votan antes de ella. He perdido a mis cinco maridos en la guerra. No permitiré que nadie reclame el monopolio del espíritu lyucu…

—¡Entonces actúa en consecuencia! Dile a tu hijo que se levante y luche con la maza y con el hacha, y que no ablande sus manos con bloques de cera y pinceles para colorear…

Tanvanaki seguía vacilante.

Las políticas que defienden los partidarios de la línea dura precipitarán de nuevo esta tierra en el horror y el derramamiento de sangre. Puedo perder a Timu para siempre si me adentro por ese camino.

Pero ¿cómo reaccionarán mi hermano y sus thanes cuando nos encuentren viviendo de la misma manera que sus odiados enemigos? ¿Cómo puedo retener su respeto y seguir siendo la pékyu si Cudyu desafía mis pretensiones?

Cutanrovo había alcanzado un estado de frenesí.

—¡Tenemos que destruir a los dara-raaki! Antes de la llegada de los refuerzos debemos purgarnos de toda mancha nativa. ¡Tenemos que destruir a los dara-raaki! Tenemos que hablar lyucu, vestir como lyucu, comer como lyucu, actuar como lyucu. ¡Tenemos que destruir a los dara-raaki! Tenemos que rehacer Ukyu-taasa a imagen y semejanza de Ukyu y asegurarnos de que los togaten sean tan parecidos a los lyucu como sea posible. ¡Tenemos que destruir a los dara-raaki! Purificaremos esta tierra de falsos dioses y falsas creencias: la única verdad es que los lyucu no tienen rival y deben prevalecer.

Vocu Firna se unió a Goztan defendiendo la razón, pero sus discursos fueron ahogados por un coro cada vez mayor de thanes que gritaban al unísono con Cutanrovo.

—¡Tenemos que destruir a los dara-raaki! ¡Tenemos que destruir a los dara-raaki!

Todos los thanes de la línea dura se habían sumado al cántico y hasta algunos conocidos acomodacionistas se unieron a ellos. Muchos de los thanes sacaron sus mazas y hachas de guerra y golpeaban con ellas el suelo acompañando el cántico. El sonido era ensordecedor. El Gran Salón tenía ahora el aire frenético de un consejo de guerra en las planicies de Ukyu.

Wira Pin y Noda Mi, junto con los demás viceministros y generales

nativos, se retiraron acobardados al fondo del salón, temblando como corderos recién nacidos, completamente aterrorizados por el odio y la furia que se habían desatado.

Aunque la victoria final dependa de la incorporación de la ingeniería nativa a la maquinaria de guerra, lo primordial debe ser mantener la lealtad de los partidarios de la línea dura. No hay otra elección.

Tanvanaki alzó una mano, pero pasó algún tiempo antes de que el griterío remitiera lo suficiente para dejarse oír.

—He tomado una decisión —dijo Tanvanaki.

Goztan la miró con desesperación, mientras el rostro de Cutanrovo estaba rojo de excitación.

—Thane Cutanrovo merece el elogio por su vigilancia en la detección de traidores. Por la presente será ascendida al rango de thane-garinafin. En los preparativos para la llegada de nuestros compatriotas de Ukyu, será la encargada de erradicar a los traidores de nuestras filas y restaurar las antiguas virtudes…

—¡Votan, no! —Goztan intentó evitar lo inevitable.

—¡Silencio! —dijo Tanvanaki—. Por la presente, la traicionera erudita Nazu Tei y el traidor thane-taasa Savo Ryoto son condenados a muerte por exposición al don de Cudyufin. Sus ejecuciones serán parte de la celebración del Festival de Invierno.

—¡Votan! —la voz de Goztan era lastimosa—. Sé que lo que ha hecho mi hijo es imperdonable. Pero te suplico que salves su vida a cuenta de mis años de servicio.

Tanvanaki movió su cabeza con tristeza.

—Lo siento, querida amiga. Tu hijo quedó condenado el día que tomaste la decisión de someterlo a una erudita nativa. Tú también debes pagar por ese grave error. Se te despojará de la mitad de tus manadas y rebaños, que se entregarán como recompensa a Cutanrovo para financiar sus campañas.

Suponía que Goztan continuaría suplicando y luchando por la vida de su hijo y que tendría que ordenar que la contuvieran y la arrastraran afuera. Pero, tras permanecer un instante inmóvil, la saludó levantando ambos brazos y cruzándolos por las muñecas.

—Como desees, votan. Lamento que mi hijo no haya prestado el servicio debido a Ukyu-taasa.

Retrocedió a su posición a la cabeza de la columna de señores de la guerra y no volvió a hablar.

Tanvanaki dejó escapar un suspiro. Su cabeza seguía dando vueltas a las últimas palabras de Goztan. Parecían muy peculiares. Pero no había tiempo de reflexionar sobre ellas ahora.

—Llevadle a las celdas del acantilado próximo a Kriphi. Que la

música del mar alivie su conciencia atormentada. Se levanta la sesión.

Cutanrovo permaneció de pie en el centro del Gran Salón, disfrutando de las ruidosas aclamaciones y felicitaciones. La reconfiguración política de Ukyu-taasa se había completado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

FESTIVAL DE INVIERNO

BASE SECRETA AGON EN EL VALLE DE KIRI, AL PIE DE LAS MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO: DECIMOSEGUNDO MES DEL OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA HACIA UKYU-GONDÉ

Al estar protegido de los fuertes vientos que braman en las planicies, el valle de Kiri disfrutaba de un clima relativamente templado, incluso en invierno. Los agon empleaban el tiempo de descanso para disfrutar de historias y canciones en sus tiendas, mientras los dara intentaban recuperar la enseñanza y la instrucción que tenían que suspenderse durante la estación de la cosecha. Como eran pocos los rebaños que podían mantener en el valle, el kyoffir, el yogur, el queso y la leche eran productos de relativo lujo, pero con todo el sorgo, arroz, trigo y hortalizas que podían almacenar, había bastante para comer.

Un clima relativamente templado no significaba una primavera perpetua. La primera tormenta invernal había llegado el día anterior, enterrando todo el valle, hasta los corrales de las ovejas y el ganado, los campos vacíos y en barbecho e incluso las cabañas y las tiendas del poblado, bajo una capa de nieve prístina y esponjosa. En el interior de los hogares de los dara y los agon ardían velas y lámparas de sebo de oveja con una débil luz crepuscular que hacía brillar las tiendas de los agon como medusas descansando contra un blanco arrecife de coral y a las ventanas de cuero de becerro de las cabañas de los dara parpadear como los ojos de extrañas criaturas de las profundidades marinas a punto de irse a dormir.

Pero dormir era lo último en lo que pensaban los residentes del valle de Kiri. Esta noche tenía lugar el Festival de Invierno, en el que tradicionalmente se celebraban los buenos resultados de la tribu en los preparativos contra la amenaza del hambre. Este año, el festival prometía ser más desenfrenado de lo habitual. Con suerte, sería el último invierno que tendrían que pasar ocultos. En lo único que podía pensar cada thane, naro, soldado y erudito era en el próximo ataque contra Taten.

Habían limpiado la nieve del espacio abierto en mitad del poblado y una hoguera gigante, preparada con leña y no con estiércol y huesos

de animales al estilo tradicional, ardía en el centro. A su alrededor, las familias dara y agon preparaban esteras de piel y cojines para sentarse; la fiesta estaba en pleno apogeo.

El aire iba cargado del humo de las hojas de tolyusa que naros y culeks fumaban en casi todas las esteras en pipas de hueso, cómicas imitaciones de sus monturas flamígeras. Felices naros-votan y thanes, por otro lado, sostenían bayas trituradas de tolyusa entre labios y encías, dejando que el jugo alucinógeno liberara lentamente su magia. Aunque las bayas tenían un efecto más fuerte, las hojas, al ser más abundantes, podían distribuirse con mayor generosidad entre los participantes en la fiesta. Hacía un rato que los chamanes habían autorizado la distribución de tolyusa, la preciada sustancia que normalmente se reservaba para los nacimientos de garinafins y los rituales religiosos. Pero este gran Festival de Invierno, una celebración anterior al asalto total contra los odiados lyucu, justificaba su consumo.

Théra y Takval estaban sentados en una gran alfombra de cuero de garinafin situada a un extremo del óvalo, el lugar de honor. Frente a ellos había docenas de platos hechos de escápula de garinafin con tiras de carne asada. Pequeños cuencos construidos con cráneos de ciervo contenían toda suerte de condimentos: salsa de tolyusa, sal de roca, trozos de carne ahumada y migas de pescado ahumado, una mezcla de hierbas trituradas del valle, y unas cuantas salsas para mojar, inspiradas en la cocina dara, preparadas con larvas encurtidas del cactus de tajo, verduras salteadas y fermentadas, así como compota de bayas acompañada de nueces trituradas. Junto con estos platos tradicionales de las fiestas agon había otros cocinados al estilo de Dara con ingredientes locales: albóndigas de arroz rellenas de tuétano y ternera cocinada tres veces, carne asada de venado acompañada de una mezcla de verduras silvestres, todo ello envuelto en pan ácimo, huevos de perdiz de las praderas conservados en picante sal roja, buñuelos fríos con salsa de kyoffir, sopa de serpiente y tigre de colmillos servida en cuencos de cráneo de garinafin…

Uno por uno, los guerreros agon se acercaban a la alfombra, se sentaban frente a ellos y brindaban por la princesa y el pékyu.

Unos pocos, como thane Araten, que nunca llegó a aceptar la autoridad de Théra, mantenían deliberadamente los ojos fijos en Takval, sin dirigirse a ella.

Takval estaba a punto de regañar a Araten, pero Théra le puso una mano en la espalda para recordarle que mantuviera la calma. Cuando Araten se hubo marchado, ella le dijo:

—No eches a perder la fiesta enfadándote. Guarda tu rabia para los

lyucu.

—Ojalá todos tuvieran tu grandeza de espíritu.

Antes de que Théra pudiera responder, llegaron nuevos participantes a la fiesta.

—Votan —dijo Gozofin, padre de Nalu, uno de los compañeros de juego de los pékyus-taasa, mientras alzaba un cuenco de cráneo lleno de kyoffir—. Que tanto tú como la princesa continuéis calentando los corazones de todos los agon al igual que esta fiesta nos calienta en el corazón del invierno.

Takval levantó su cuenco de cráneo con ambas manos y bebió primero como signo de respeto. Aunque Gozofin no era un thane, disfrutaba de un alto estatus entre los agon del valle por haber formado parte del grupo de guerreros que habían combatido junto al abuelo de Takval hasta el amargo final. Quedó inconsciente al caer de su garinafin y sobrevivió a la posterior carnicería porque los lyucu le dieron por muerto. El incidente le dio una gran reputación al considerarle favorecido por los dioses. Su apoyo al joven pékyu en los primeros días del asentamiento en el valle de Kiri había sido crucial.

Junto a Takval, Théra levantó su taza de porcelana para brindar con el arrugado guerrero agon y dio un sorbo a la cerveza templada de arroz que contenía.

—Una excelente fiesta, Gozofin. Yo no había probado ni la mitad de las carnes que se sirven esta noche.

Gozofin se echó a reír y vació su cuenco de cráneo de un solo trago, sin ofenderse porque Théra rechazara compartir con él el kyoffir. El hecho de que ella, como la mayoría de los visitantes de Dara, no pudiera digerir el kyoffir o la leche de garinafin ya era, a estas alturas, algo bien conocido, y los agon solían tomar el pelo a sus amigos dara al respecto.

—¿Cuál de las diez carnes es vuestra favorita, princesa?

—Esta —dijo Théra, señalando a una criatura asada vagamente reconocible como un ave. Había sido cocinada con aliento flamígero de garinafin, algo que contemplaron con asombro los miembros dara del poblado.

—Me alegra que os guste el zorzal alirrojo del salar. La partida de caza que capturó ese tuvo que ir hasta el Mar de las Lágrimas para conseguirlos.

—¿Tan lejos? —Théra frunció el ceño—. Es mucho más lejos de lo que pensaba…

—No te preocupes —dijo Takval—. Las salinas que rodean el Mar de las Lágrimas están deshabitadas y son pocas las partidas de caza que llegan hasta allí en pleno invierno. El riesgo de que nos

descubrieran era inexistente.

Théra se tragó sus objeciones. Durante los preparativos del ataque a Taten, los agon habían convencido a Takval y Théra de suspender la norma general que prohibía las expediciones de caza fuera del valle. Desde el otoño, múltiples partidas habían salido a diario para conseguir provisiones («¡No puedes esperar que los guerreros agon tengan fuerzas para combatir a la escoria lyucu sin abundante carne!») y para pulir sus técnicas de lucha. Théra sospechaba que alguna de las partidas de caza aprovechaba las excursiones para asaltar pequeñas tribus o caravanas aisladas lyucu. Como era imposible suprimir por completo dichas prácticas, solo le quedaba mantener la esperanza de que los lyucu no descubrieran sus planes por un descuido.

La consolaba algo pensar que al menos las partidas de caza podían evitar a los thanes principales de Cudyu. Una vez definidos los planes de ataque a Taten, Volyu había partido de viaje para visitar a Cudyu y a sus principales thanes, supuestamente para demostrar la obediencia de los agon a sus amos lyucu. Había aprovechado la ocasión para conseguir información sobre los planes y movimientos de las tribus lyucu antes del encuentro en la cuenca de Aluro y transmitirla al valle de Kiri, lo que permitía a las partidas de caza agon planificar sus rutas.

En este momento, Volyu debería estar en la cuenca de Aluro, rindiendo pleitesía para mayor tranquilidad de los juerguistas lyucu antes de su viaje a Taten. Ahora que estaba completamente comprometido con la rebelión, el tío de Takval, reflexionó Théra, había resultado ser un valioso aliado —al menos una vez que se convenció de que la victoria era posible y que sacaría algo de ella. El beneficio y la ganancia hacían que hasta los cobardes asumieran grandes riesgos.

—Para los thanes y los guerreros es muy importante salir de caza —aseguró Gozofin—. Algunos niños nunca habían conocido un festival con diez tipos de carne —dijo, haciendo un movimiento circular con su brazo hacia la algarabía de detrás—. Os están agradecidos, Théra.

Théra sonrió, contenta de poder hacer algo que alegrara todos los corazones. Cogió un pequeño muslo de zorzal alirrojo, lo mojó en salsa de tolyusa —no demasiado, porque ya se sentía un poco mareada — y se deleitó con la carne suculenta y jugosa, que prácticamente se deshacía en la boca.

Echó un vistazo a la estera de los niños, próxima a la alfombra del pékyu, donde los hijos e hijas de los thanes y los consejeros dara de alto rango disfrutaban de las exquisiteces fáciles de comer, más

adecuadas para sus tiernas mandíbulas y paladares menos sofisticados: tuétano mantecoso servido en cráneos de campañol, riñones asados de muflón en brochetas de espinas de pez, intestinos de zorzal alirrojo enroscados como tallarines (y reblandecidos con salsa del cactus de tajo), compota de bayas y frutas con miel, y así sucesivamente. Kunilu-*tika* y Jian-*tika* estaban entre ellos, tan felices como los niños pequeños en Año Nuevo. Aunque Thoryo ya no podía considerarse una niña, se sentaba en la estera de los pequeños por decisión propia.

Miró hacia el otro lado de la alfombra, donde estaban sentados Vara Ronalek y su familia. Vara era la thane más vieja del valle, pero seguía montando su garinafin a diario como si fuera una adolescente. Ella era quien había adoptado en su clan a Toof y a Radia y, gracias a su edad y a su reputación, ningún otro thane agon había puesto objeciones a esa decisión poco habitual. Los dos lyucu se sentaban ahora con ella y sus hijos, charlando y bebiendo. Saludaron a Théra con un movimiento de cabeza y sonrieron.

—¿Cómo te encuentras? —le susurró Takval al oído.

Sobresaltada, Théra dedicó un instante a serenarse.

—No estoy segura. Supongo que debería sentirme ilusionada. Nunca habíamos tenido una fiesta como esta. Pero… por otro lado no puedo sacarme de la cabeza la sensación de que esto no es real. Me encuentro tan nerviosa como ellos.

Señaló a los garinafins situados en el exterior del óvalo de esteras que rodeaba el fuego. Ellos también tenían manjares especiales por la fiesta: heno de hierba de orejas largas supuestamente de las orillas de la cuenca de Aluro (Volyu había enviado un cargamento a finales de otoño, regalo de uno de los thanes-tigre lyucu como recompensa a la lealtad de Pé-Afir-tekten a los lyucu), lóbulos del cactus de tajo sin espinas y tiernas enredaderas quema-lenguas recolectadas en los abruptos acantilados del valle. Algunos garinafins, contagiados por el humor de los humanos del poblado y por la alteración de la rutina, habían estado toda la tarde mugiendo con impaciencia y arañando el suelo.

Después de su derrota ante Tenryo, las diseminadas tribus agon volvieron a la cría de garinafins basada en su fuerte vínculo con los pilotos —sobre todo por necesidad, pues las tribus aisladas ya no podían desplegar grandes ejércitos de garinafins con pilotos intercambiables a la manera ideada por Pékyu Nobo Aragoz de los agon y luego adoptada por los lyucu.

Sin embargo, Takval había llevado este hábito más lejos, ordenando que no separara a los garinafins adultos de sus crías y que su entrenamiento hiciera hincapié en las recompensas más que en los

castigos. Muchas de estas ideas provenían de Toof y Radia, y la suavidad del pékyu en su trato con los garinafins había sido en buena medida la causa de que esa conducta se generalizara entre los agon.

—Es natural que estés nerviosa —intentó tranquilizarla Takval —. En pocas semanas lanzaremos el ataque sobre Taten y vengaremos a nuestros dos pueblos.

Théra asintió, intentando parecer tranquila sin conseguirlo.

—Sé que forma parte de tu naturaleza intentar anticipar el futuro, pensar en el siguiente paso —dijo Takval—, pero a veces es importante recordar lo que has conseguido. Mira a nuestro alrededor: los guerreros tienen armas nuevas y están bien alimentados; comemos lo que cultivamos y los frutos de la caza, cocinados al estilo de los dos pueblos; muchos de los niños que habrían muerto durante las sequías del estío o las tormentas del invierno muestran mejillas sonrosadas y fuertes miembros; nuestros dos pueblos están bailando y riendo alrededor del mismo fuego.

—Pero ¿crees que eso es suficiente? La mayoría de tu gente sigue sin mostrar interés en aprender a leer o escribir, o a estudiar el arte de la agricultura. La mayoría de mi gente no será capaz de montar en garinafins y acompañarte a la guerra. Temo que nuestros hijos…

—Siempre habrá mil razones para pensar que las cosas pueden ser mejor, mi aliento. Pero sin ti no habríamos sobrevivido a la persecución tras el Muro de las Tormentas. Sin ti, mi tío o yo estaríamos muertos en lugar de estar persiguiendo la misma meta. Si ti no habría valle de Kiri, el hogar de nuestros hijos y el lugar donde los agon y los dara están aprendiendo a ser un solo pueblo. No debes subestimar tu misericordia ni tu fuerza. Tú has logrado esto, Théra. Tú has hecho que la alianza funcione.

Las lágrimas descendían en silencio por su rostro, lentamente. Se preguntó si el espíritu muerto de su padre podría contemplar esta celebración desde la otra orilla del Río en el que Nada Flota. Se preguntó si su madre y sus hermanos, abrumados por el deber de cuidar al pueblo dara, podrían imaginar que su salvación estaba al alcance de la mano. Miró la luna y se preguntó si Zomi estaría mirando al cielo en ese momento y si estaría pensando en Théra al igual que Théra pensaba en ella.

Estrechó a Takval en un fuerte abrazo e inclinó la cara para darle un beso. Al fondo, voces dara y agon daban vítores.

La siguiente persona que llegó a brindar con Takval y Théra no era un thane agon.

—No te excedas, Çami —dijo Théra al ver cómo Takval y la erudita de la Carpa Dorada competían para ver quién terminaba primero su

cuenco de kyoffir. Çami Phithadapu era uno de los pocos nativos de Dara que podía consumir leche de garinafin sin efectos adversos.

Çami fue la primera en poner del revés el cuenco de cráneo para mostrar que lo había terminado y se echó a reír al ver a Takval balbucir sorprendido por perder la competición.

—Presumida —dijo Théra con una sonrisa—. No olvides que lleva bebiendo toda la noche, manteniendo a raya a todos los thanes él solito.

Çami alzó una ceja mirando a Takval.

—Pékyu, en ese caso supongo que debería agradecerte que me hayas dejado ganar.

Takval sacudió la cabeza.

—No me he contenido. Tienes alma de agon.

—Me han dicho que tengo un don innato a lomos de garinafin —dijo Çami, bastante satisfecha consigo misma—. Ya sea susurrando a las ballenas o montando garinafins, supongo que los animales grandes son lo mío.

—Hablando de aprender las costumbres de los agon —dijo Théra—, ¿cómo va tu investigación sobre los arucuro tocua?

—No muy bien —dijo Çami—. El pékyu tenía razón cuando dijo que su técnica constructiva se limitaba a los juguetes.

Desde la sorprendente revelación de sus hijos, Théra no dejaba de pensar en las bestias de hueso. Presionó a Takval y a los ancianos agon para obtener más información, pero no habían podido satisfacer su curiosidad. Así que había delegado en Çami la tarea de aprender todo lo que pudiera sobre la técnica de ingeniería.

—¿Entonces no has hallado ejemplos del uso de esa técnica a mayor escala? —preguntó Théra sin poder creérselo.

Çami sacudió la cabeza.

—Aparentemente los arucuro tocua son muy conocidos en todas las tribus de las planicies, lyucu y agon, y he visto muchos modelos de juguete impresionantes, bestias artificiales capaces de moverse solas con el poder del viento o de un peso oscilante. Algunas son tan inteligentes que rivalizan con cualquier mecanismo de relojería de Dara. Las mismas técnicas de construcción se utilizan para otros objetos empleados en los misterios religiosos, pero por supuesto yo no he visto ninguno de esos.

Aunque Théra y sus consejeros dara no se oponían a la adoración a los dioses agon, los chamanes les habían prohibido participar en muchos rituales de misterio, aduciendo que solo los hijos de Afir podían entrar en contacto con los dioses y con los espíritus de sus ancestros. Esa era una ligera fuente de tensión en el poblado, pero

Théra no insistió en la materia, razonando que probablemente los chamanes percibían a los consejeros dara, con sus conocimientos foráneos, como una amenaza para su poder.

—En todo caso, no creo que los objetos utilizados en rituales religiosos sean lo que estamos buscando —dijo Théra—. Estoy hablando de algo grande.

—No, nada por el estilo —dijo Çami—. Nadie recordaba haber visto ningún ejemplo de técnicas de arucuro tocua aplicadas a la construcción de grandes máquinas.

—Pues no lo entiendo —dijo Théra—. ¿Cómo es posible que ese conocimiento tan sofisticado se limite al terreno de los juguetes?

—¿Para qué íbamos a construir grandes arucuro tocua? —preguntó Takval exasperado.

—Podríais construir… ¡bestias mecánicas de carga! —sugirió Théra —. Si las hicierais a la escala apropiada.

—Esas bestias de hueso serían más lentas y cargarían menos peso que el ganado o los garinafins vivos —replicó Takval—. Y lo peor de todo es que se moverían al capricho del viento, no bajo las órdenes de un conductor.

Unos pocos generales y eruditos dara, al ver que Çami parecía enfrascada en alguna conversación profunda con el pékyu y la princesa, se acercaron alrededor de la alfombra para escuchar la discusión.

—¿Y para combatir? —preguntó Théra.

—Es lo mismo, un garinafin, o incluso un grupo de guerreros de a pie bien armados, acabarían con ellos en un momento —dijo Takval.

Théra estaba perpleja. Había pensado que el descubrimiento de una tradición nativa de ingeniería y manufacturación le proporcionaría una nueva manera de luchar contra los lyucu, pero parecía no tener futuro.

—En realidad, no creo que sea algo tan especial —dijo Razutana, el erudito cultivacionista. Mordió una perdiz de las praderas asada, la masticó ruidosamente y chasqueó los labios, a lo que siguió un sonoro eructo—. A propósito, ¡*tengo* que aprender la receta de la salsa de esta perdiz!

—¿Qué dirían tus antiguos compañeros de clase si te vieran así? —dijo Théra riendo—. ¿No dijo Kon Fiji que es impropio de un caballero enseñar los dientes mientras come?

—¡Estoy haciendo un cumplido al cocinero! —dijo Razutana—. También dijo Kon Fiji que los buenos modales cambian en función de si estamos cenando con grandes señores en la corte del rey de Cocru o con campesinos en una choza de té de una aldea. Donde fueres haz lo

que vieres.

Realmente está cumpliendo con la recomendación de esa máxima, pensó Théra, irónicamente. El erudito que afirmó en una ocasión que era impropio de un hombre instruido y virtuoso ensuciar su mente con utensilios de cocina se había convertido en uno de los cocineros más ávidos del poblado, y había inventado numerosos platos que combinaban las técnicas e ingredientes agon y dara. Cuando se le preguntaba por esa nueva afición, Razutana insistía indignado en que no había nada inconsistente en que un cultivacionista *cultivara* sus papilas gustativas y su apetito mediante la *cría* de nuevas recetas.

—No voy a discutir las enseñanzas de los sabios anu con una lengua tan hábil como la tuya —dijo Théra—. Pero nos estamos saliendo del tema. ¿Realmente no os parece extraño que el arte de construir bestias mecánicas de hueso se reserve exclusivamente para los juguetes?

Razutana asintió con la cabeza a la manera de un maestro mientras seguía con sus explicaciones.

—Tiempo atrás, en Dara, los antiguos anu conocían el secreto de la pólvora de pirotecnia, pero no le dieron ningún uso para la construcción ni para la guerra. Los fuegos artificiales solo se fabricaban como una forma de entretenimiento o un adorno de las celebraciones religiosas. No fue hasta mucho después de las Guerras de la Diáspora cuando el pueblo de Dara comenzó a utilizar la pólvora de pirotecnia para hacer excavaciones o en las batallas.

—¿Por qué no la usaron antes con esos propósitos? —preguntó Takval. Como era de esperar, había quedado muy impresionado por los efectos de la pólvora en la batalla contra el barco-ciudad de los lyucu y estaba entusiasmado con la idea de producir más. De hecho, la recogida de guano en las cuevas del valle de Kiri para producir el nitrato de potasio necesario para hacer pólvora fue una de las pocas sugerencias de los consejeros dara que los thanes agon habían acogido con entusiasmo.

—Porque no era adecuada para la manera en que se combatían las guerras —apostilló la comandante Tipo Tho, ostensiblemente preñada. Gon Nméji, su marido, estaba detrás de ella, sujetando de la mano a sus otros dos hijos. Théra ofreció a Tipo un sitio en su alfombra para que se reclinara, pero ella se echó a reír y se encogió de hombros ante la invitación—. Una vez que me recuesto, me supone un gran trabajo levantarme. Prefiero quedarme de pie.

—¿Puedes explicar por qué la pólvora de pirotecnia no era adecuada para las antiguas formas de hacer la guerra? —insistió Takval.

—En las Guerras de la Diáspora, la mayoría de las batallas consistían en pequeñas escaramuzas en campo abierto y duelos entre campeones bien entrenados que empuñaban extrañas y caras armas de bronce —dijo Tipo—. No fue hasta mucho más tarde, cuando la población de Dara aumentó y las armas de hierro se popularizaron, que los estados Tiro empezaron a reunir grandes ejércitos y a librar guerras de asedio, momento en el cual la propiedad explosiva de la pólvora de pirotecnia adquirió relevancia.

—Un tiburón no piensa en subirse en cometas de combate —dijo Gon Nméji, acariciándose la barba como un ilustrado erudito—. Y un gorrión es incapaz de apreciar el uso de una campana de buceo. Seguramente algún sabio anu dijo algo parecido, ¿no, Razutana?

Razutana se rio entre dientes.

—Me temo que no soy ni por asomo lo suficientemente docto para conocer tal cita de los sabios anu.

Tipo dio un puñetazo en el hombro a su marido.

—Ja, ¿crees que no reconozco la pulla de un submarinista contra los aviadores? ¿Cómo es que tú eres un tiburón y a mí me comparas con un gorrión? Yo creo que sería más adecuado compararnos con un halcón mingén y un sapo verrugoso.

Gon se frotó el hombro, quejándose exageradamente.

—Bueno, en todo caso cuenta que este sapo es afortunado, porque te tiene a ti.

Théra parecía pensativa. Acostumbrada a los modos de pensar de Dara, ella había imaginado que los principios de ingeniería en los que se basaban los arucuro tocua podrían adaptarse para construir máquinas de automoción. Pero el pueblo de las planicies no tenía ciudades ni el hábito de acumular posesiones. ¿De qué servía entonces desarrollar frágiles bestias de hueso de tamaño natural cuando estaban rodeados de suficientes bestias vivientes?

—Supongo que los arucuro tocua no tienen futuro —le dijo a Çami —. Disculpa que te haya hecho perseguir un espejismo.

—En absoluto —dijo Çami—. Me pareció muy divertido estudiar a las bestias de hueso. No se parecen en nada a los animales de verdad, sin embargo exhiben muchas ideas interesantes que rivalizan con los diseños de los dioses. Estoy pensando en escribir un tratado sobre los mismos.

—Si lo haces —dijo Théra con una sonrisa burlona—, no habrá muchos que sepan leerlo en el futuro. Ya me cuesta que mis propios hijos aprendan los ideogramas anu, por no hablar de interesar a los niños agon. El futuro de los agon se basa en la alfabetización, pero no parece que sea capaz de convencer a nadie.

—No perdáis la esperanza —dijo Çami—. Me llevó tiempo convencer a mis propios padres de que permitieran a una niña aprender a leer. Estoy segura… —pero no llegó a terminar la frase.

—Princesa de Dara, ¿pretendes conocer el futuro?

Todo el mundo se dio la vuelta. Quien hablaba era una mujer anciana con la espalda encorvada como una luna creciente y el pelo blanco tan ralo y fino como los mechones de la cola de una cierva de Lurodia Tanta. Al acercarse tambaleándose, apoyada en un báculo más alto que ella hecho con el hueso de un ala de garinafin, parecía tan frágil que daba la impresión de que cualquier ráfaga de viento podría llevársela volando. Pero su severa expresión estaba cargada de una fuerza ardiente y de una furia fría. La multitud que rodeaba la alfombra de Takval y Théra se apartó sin hablar para dejarle sitio. Takval y Théra se pusieron de pie por deferencia.

—Lengua de la Madre de Todos —exclamó Takval. Se agachó, llenó un cuenco de cráneo de kyoffir y se lo entregó respetuosamente con ambas manos—. Por favor, bebe conmigo.

La anciana no era otra que Adyulek, la hechicera más respetada de todos los chamanes, danzantes de dios y pintores del espíritu que se habían unido al asentamiento del valle de Kiri. Hablaba en nombre de Diaarura, la Madre de Todos.

Adyulek pasó su bastón a una joven llamada Sataari, su aprendiz y ayudante. Con ambas manos, tomó solícitamente el kyoffir de Takval. Takval llenó otro cuenco de cráneo, se puso de pie y bebió primero. Adyulek le observaba con ojos inexpresivos y, cuando hubo terminado, se llevó el cuenco a los labios. Bebió con ganas y abandono, y su curtida garganta subía y bajaba como el cuello de una tortuga al tragar; en menos tiempo aun que Takval, dio la vuelta al cuenco para mostrar que estaba vacío.

Solo cuando Takval recogió humildemente el cuenco de cráneo de su mano se giró hacia la princesa, con unos ojos tan fríos como la luz de Nalyufin.

—Nunca he pretendido conocer el futuro —dijo Théra fríamente. Adyulek apenas se había esforzado por disimular su desagrado e incluso desdén por la princesa de Dara, y ella, a su vez, hace tiempo que dejó de intentar ganársela—. Pero sé que hay cosas que podéis aprender y que ayudarían al pueblo agon a controlar mejor el futuro. Tú no comprendes lo que es la escritura, así que…

—*No* supongas, princesa de Dara —dijo Adyulek—. Crees que soy una bárbara ignorante incapaz de entender el valor de vuestro supuesto don. Pero nosotros pintamos escenas para celebrar las grandes cacerías y victorias, grabamos líneas y círculos para enumerar

los nacimientos y las muertes de nuestros rebaños, atamos nudos en cordones para recordar las promesas de nuestros ancestros; sabemos lo que es apoyar a la memoria con ayudas tangibles. —Volvió a agarrar el bastón y lo levantó para mostrar a Théra los cordones de cuero trenzado que colgaban del pomo del extremo superior. Llevaban atados diversos nudos, todos de distintas formas y colores.

—La escritura es mucho más que eso. Los métodos que describes te pueden ayudar a recordar, pero siguen dependiendo de la memoria —señaló a uno de los cordones que colgaban del bastón de Adyulek y se giró hacia Takval—. ¿Qué significa este cordón?

Takval parecía estar en cualquier lugar menos aquí.

—Eh… no lo sé. Creo que registra un acuerdo.

—El nudo rojo grande representa a Pékyu Akiga Aragoz —dijo Adyulek—. Y estos nudos negros grandes representan a thane Taal Tori, el jefe de mi tribu en los tiempos anteriores a la unión de los agon bajo un solo estandarte. Los tres nudos entre ambos muestran las tres condiciones que negociaron cuando mi tribu consintió unirse a Pékyu Akiga y formar parte…

—Sí, sí —dijo Théra con impaciencia—, pero ¿no te das cuenta de que el significado de estos nudos está atado a tu mente? Estos nudos te ayudan a recordar, pero carecen de significado para cualquier otra persona, incluyendo al nuevo pékyu aquí presente. Con la escritura, incluso un extraño que no sabe nada del re-recuerdo de los agon sería capaz de conocer exactamente cuáles fueron los términos de aquel acuerdo solo con leer las palabras…

—¿Por qué debería importarme que un extraño conozca un acuerdo que solo me importa a mí y a los míos?

Théra estaba frustrada. Esta era una discusión que había tenido muchas veces.

—¿Y qué pasará cuando te mueras?

—Mientras esté viva se los enseñaré a Sataari y a los hijos de mi tribu, y ellos a los suyos. La memoria de los nudos vivirá mientras haya quien reclame pertenecer a la tribu de la Colina de la Media Luna.

—Aliento de Diaarura, todos conocen el poder de tu memoria —dijo Takval en tono apaciguador—. ¿Has probado…?

—Pero ese método no es fiable —dijo Théra, ignorando el intento de Takval por distender la situación incómoda. La terquedad de Adyulek solo servía para despertar su propia vena obstinada. Tomó la decisión de revelar un hecho que, por deferencia a los chamanes, nunca había divulgado antes—. Pedí a los escribas que tomaran notas de vuestras sesiones de narración de historias y luego transcribieran

fonéticamente parte de vuestras representaciones con letras zyndari.

Adyulek la miraba sin comprender nada.

Théra respiró hondo. En vísperas del ataque a los lyucu ya no le importaba la deferencia a los chamanes. De una forma o de otra, todo lo que había planeado estaba a punto de alcanzar su final. Bien se podía decir la verdad.

—La escritura es una representación exacta y verdadera de lo que contabais… de todas formas, no importa. Lo que quiero decir es que al estudiar las transcripciones se puede ver que ¡las historias que contáis nunca son exactamente las mismas! Faltan o se añaden detalles, se altera la acción, incluso las genealogías se modifican. Crees que la memoria es perfecta pero…

—¿Piensas que no lo sabemos?

Théra estaba estupefacta. Esa no era la manera en que creía que reaccionarían los chamanes cuando se revelara que eran un fraude.

—Todo lo que está vivo cambia —dijo Adyulek—. Yo no grabo las mismas escenas que grababa mi madre en los caparazones de tortuga, y ella lo hacía distinto a su madre. Yo no danzo de la misma manera que aprendí a hacerlo de la hechicera que me enseñó. Vivimos por las voces de nuestros ancestros y, a su debido tiempo, añadimos nuestras voces a las suyas. Al igual que las flores que brotan en las planicies cambian de estación en estación, las historias cambian cada vez que son narradas. Solo quienes son demasiado jóvenes, inflexibles o arrogantes para entender los misterios sagrados pueden pensar de otro modo.

—Pero ¿cómo podéis decir que las historias cuentan la verdad si cambian cada vez? —Théra se sentía como si estuviera sobre arenas movedizas sin nada a lo que agarrarse—. ¿Cómo podéis pretender tener historia —uf, re-recuerdos— si no podéis estar seguros de que la historia que cuentas sea la misma que te contó tu madre?

—La sabiduría de nuestros ancestros no está muerta, como la vuestra —dijo Adyulek—. Intentáis matar la voz viva fijándola con vuestras cicatrices-palabras, pero no comprendéis que lo que atrapáis con vuestros símbolos no es más que un cadáver, no la verdad. Cuando un hombre o una mujer hablan, expresan con su cuerpo la interminable batalla que sostiene su mente. ¡Hacen respiración pensante!

Thoryo, que formaba parte de la concentración cada vez mayor de personas que rodeaba a Théra y Takval, asintió en silencio al oír esto.

Adyulek continuó hablando.

—Un discurso está repleto de ritmo, entonación, expresión, tono, emoción, movimiento, cambio… es algo vivo. ¿Cómo pueden vuestras

cicatrices-palabras capturar todo eso? ¡Os deleitáis con los meros excrementos y con las huellas mientras el auténtico garinafin sobrevuela vuestras cabezas!

—Eso no es más que misticismo, sin ninguna utilidad…

—Vuestras cicatrices-palabras están tan muertas como vuestro modo de vida. ¡Pensáis que basta con tener alimentos para comer, pero no os dais cuenta de que vagar en libertad por las planicies es vivir y respirar, mientras que cavar para sacar tubérculos del mismo lugar del suelo es la muerte, para el que cava y para la tierra!

—Son ese tipo de prejuicios…

—¡Ya basta! —dijo Adyulek—. Haces mucho ruido. Sujeta la lengua y siéntate. Es el momento de que comience la danza que narra historias.

Théra echó un vistazo a Takval, pero él meneó la cabeza y le indicó que se sentara.

—Por favor, mi aliento, no es bueno llenar los corazones de dudas y enfado en una noche dedicada a festejar.

Théra suspiró y se sentó, derrotada, mientras veía alejarse a Adyulek.

Una melodía potente y triste, como el bramido de un garinafin en batalla, resonó por todo el poblado. El sonido procedía de un conjunto de gaitas de Péa, a veces llamadas tubos de tormenta. Este instrumento tradicional de las planicies estaba construido con una vejiga de garinafin —del tamaño aproximado de una tienda pequeña agon— unida a un conjunto de enormes huesos de garinafin —cada uno de ellos varias veces más alto que un humano de pie— que sobresalían de un extremo. Antes de poder hacer sonar el instrumento, varios culeks tenían que pasar horas o incluso días soplando la bolsa hasta hincharla como si fuera un inmenso globo. Luego el músico soplaba por un pequeño tubo llamado «el piloto», del tamaño aproximado de una flauta de Dara, hecho con el asta de un garinafin inmaduro. En vez de utilizar agujeros para los dedos, el músico variaba la nota introduciendo el tubo piloto más profundamente en la vejiga o sacándolo hacia afuera. Mientras tanto, los culeks comprimían la vejiga apretándola por ambos lados para forzar el aire a atravesar los largos tubos de hueso, llamados «la horda». De algún modo el sonido aflautado era amplificado en notas estridentes en los tubos de la horda, y la música resultante podía oírse en millas, como la voz de un garinafin.

Çami, que se suponía debía sentarse con Razutana y sus amigos, se había quedado con Théra para hacerle compañía.

—Estos tubos son realmente interesantes —comenzó a decir—. Los

he estudiado…

Théra sacudió la cabeza.

—Estos tubos siempre me producen dolor de cabeza.

Sabía que el interés de Çami por las ballenas y por los cantos de ballena le había llevado a interesarse por la música, pero Théra no estaba de humor en estos momentos para escuchar una disertación. Todavía se sentía furiosa por la discusión con Adyulek y el modo en que Takval le había dejado sola.

Çami sonrió.

—Ya, al menos lo bueno es que cuesta tanto trabajo preparar esos instrumentos que solo se utilizan en raras ocasiones.

Mientras el soniquete continuaba tronando sobre el poblado, todas las personas que habían ido a visitar a sus amigos y familiares alrededor de la hoguera fueron volviendo a sus propias esteras. Incluso los niños de la estera cercana a la de Théra se sentaron muy quietos en filas ordenadas. Todo el mundo quedó en silencio. Théra se dio cuenta de que el festival había entrado en una nueva etapa.

En el tiempo anterior a las historias nacieron los dioses,
Por su voluntad el mundo se repara y se vuelve a desgarrar.
Los huesos fuertes pueden ser machacados por mandíbulas más fuertes,
Cada ciclo heroico se ciñe a las leyes eternas.

Diaru diaru gozna-gozdyu,
Al-vate tatate dyupéruta,
Tekpéten sa-alu fir sliryodyu.

La fogata ardía con más fuerza que nunca, alimentada con un suplemento de viejos huesos. Cerca de la luz, Sataari cantaba hipnóticamente y Adyulek danzaba alrededor de una batería de tambores y los golpeaba rítmicamente con su báculo. De vez en cuando pasaba rozando con este a la multitud que estaba alrededor de la hoguera y ellos la acompañaban coreando al unísono.

De alguna manera, había perdido todos los signos de la vejez con sus movimientos. Danzaba y saltaba con la gracia de un muflón inmaduro o de una tigresa de colmillos en la plenitud de la vida.

Lo que más llamaba la atención de Théra eran los tambores. En lugar de cilindros anchos y bajos, como los tambores en Dara, el conjunto de Adyulek estaba construido con una serie de huesos largos y huecos de garinafin conectados en extraños ángulos a una columna central, varias veces la altura de la hechicera y tan gruesa como el árbol más antiguo del valle, hecha con un entramado de huesos finos

recubiertos de cuero de vaca. El conjunto recordaba a un cactus ramificado en múltiples lóbulos.

Podía fácilmente imaginar lo complicado que sería para un pueblo nómada transportar un instrumento así, aunque estuviera desmontado en piezas. Los tambores debían de ser extremadamente raros e importantes.

—¿Cómo es posible que no los haya visto antes? —le susurró a Takval.

—Las pinturas vocales se reservan para las grandes celebraciones antes de una batalla o una gran cacería —dijo Takval—. Hasta ahora no hemos podido hacer ninguna de las dos…

—¡Por favor! —dijo Souliyan, sentada a su lado—. Dejad la cháchara para más tarde. Hagamos todo lo posible para honrar a los dioses.

Ya fuera a causa de los nervios por el ataque planeado o por la ambivalencia que sentía ante la inminente pérdida de su pacífica vida en el retirado valle, la irritabilidad de Souliyan había ido en aumento los últimos días. Théra apretó los labios e intentó concentrarse.

Cada uno de los tubos huecos de hueso estaba rematado por un parche de tambor confeccionado con piel de oveja o cuero. Como el armazón de cada tambor tenía una forma, un espesor y una longitud diferentes, el sonido producido por el báculo de Adyulek al golpear cada parche también era distinto. Según danzaba alrededor del artilugio, iba creando una música vibrante que complementaba la historia narrada por Sataari: estampidos graves como un trueno cuando la joven hechicera hablaba de los dioses; tamborileos rápidos como gotas de lluvia cuando describía a los humanos; una tonada en staccato de tres notas de percusión cuando mencionaba el júbilo de algún héroe; una disposición diferente de esas mismas tres notas cuando el héroe cambiaba de humor.

Durante la Quinta Era de la Humanidad, la tierra rebosaba leche y grasa. Oh, no habéis conocido fiesta tal sobre la faz de la tierra, votan-ru-taasa y votan-sa-taasa. No la habéis conocido.

Tan lejos como alcanza la vista, la tierra estaba cubierta de un verde exuberante, como las orillas de la cuenca de Aluro en primavera. Los ríos repletos de agua fresca y cristalina nunca estaban a más de una hora de distancia. Había flores de todas las tonalidades del arcoíris, mucho más bellas que la más opulenta colección de plumas del más grande pékyu de nuestra corrupta Sexta Era.

La tierra rezumaba frutos de toda índole y sabor, listos para ser arrancados. Corderos y terneros caían de los cielos sobre la blanda hierba, ya atados y listos para su sacrificio. Los peces saltaban de los ríos y de los

lagos para caer en las herbosas orillas, suplicando ser comidos…

Los asistentes al festival, agon y dara por igual, escuchaban fascinados la descripción de esta imposible era dorada. Aunque la mayor parte de los miembros dara de la comunidad no profesaban la fe en los dioses de esta tierra extranjera, el atractivo de un paraíso de plenitud y belleza era universal.

Mientras Théra escuchaba la hipnótica fábula hilada por Sataari y Adyulek, se dio cuenta de otra cosa: dos jóvenes chamanes que portaban las calaveras de sendos ciervos de cuernos musgosos e iban cubiertos por gruesas capas de piel de pies a cabeza estaban erguidos en una pasarela circular cerca de lo alto de la columna central de la batería de tambores. Extraían puñados de algo de unas bolsas de cuero y los esparcían sobre la columna.

—¿Qué están haciendo? —susurró Théra a Takval, señalando a los jóvenes chamanes.

—Shh —Takval señaló a su madre.

Molesta, Théra se deslizó un poco hacia atrás en la alfombra, separándose de Takval. Él le lanzó una mirada rápida de disculpa antes de volver a mirar hacia la representación.

… Firvatek, hijo de Cucuarte, hija de Kyocu, thane de la Tierra Entre un Lago y un Río, no estaba satisfecho. Codiciaba el pez grumo y el melón trilobulado de Aratenri, hija de Ro, hija de Nagoz, thane del Río con Seis Islas; deseaba la fruta-pezuña y las seis esposas de Diafir, hijo de Lipé, hijo de Ro, naro nómada del thane de las Seis Colinas del Cuerno; ansiaba las hojas que queman la lengua y las bayas-escarabajo de Kikitan, hijo de Ra, hijo de Lektan, thane del Río de Orillas Rojiblancas…

A pesar de su esfuerzo, la mente de Théra iba a la deriva. La historia de Sataari y Adyulek se atascaba en un catálogo de nombres, genealogías, lugares y objetos míticos que desconocía por completo. El lenguaje era arcaico, distinto del dialecto que ella había aprendido, repleto de frases raras que no comprendía y de palabras conocidas pronunciadas de diferente manera. Por mucho que se esforzara en absorber la cultura agon, parecía que siempre le faltaba algo por aprender. Todo estaba conectado con todo y no entendía cómo se suponía que alguien pudiera seguir el hilo de las leyendas, de las referencias, de los linajes, de los recuerdos.

Echó un vistazo a los demás asistentes. Todos parecían absortos en la fábula, incluso los dara prestaban atención educadamente (aunque Théra sospechaba que más de uno intentaba reprimir los bostezos). Sin embargo, Çami parecía tan aburrida como ella. Las dos mujeres cruzaron la mirada y se sonrieron con complicidad. Luego Çami levantó un dedo y señaló hacia un lado.

Théra siguió su dedo. Los garinafins sentados en el exterior del óvalo de las familias apoyaban sus largos cuellos sobre las esteras para contemplar el drama humano. De tanto en tanto los agachaban para agarrar un bocado de lóbulos sin espinas del cactus de tajo, su golosina favorita, apilados entre las esteras. Çami señalaba a un joven macho llamado Riva que pertenecía a la familia agon que le estaba enseñando a montar. La bestia se sentaba sobre sus patas traseras, con las alas cuidadosamente plegadas sobre el lomo y el cuello serpentino enrollado encima, dormitando indiferente. Dio la impresión de sentir que Théra y Çami le miraban, abrió de golpe los párpados y les devolvió la mirada, con los cuernos ladeados inquisitivamente.

El corazón de Théra se aceleró. Miró hacia Çami para confirmar. Çami asintió con un destello pícaro en los ojos.

… se apartaron de las costumbres ancestrales, las maneras enseñadas al pueblo de la abundancia por los dioses. Firvatek golpeó el suelo con los puños, exigiéndole que ofreciera la fruta-pezuña y melones trilobulados en cualquier estación; azotó los ríos con un látigo tejido con rabos de vaca, exigiéndoles que fluyeran por donde él quería; intentó hacer acopio de toda la comida, espantando a los pájaros y las bestias que vagaban en libertad. No le bastaba con tomar de la tierra lo que necesitaba, quería esclavizarla…

En silencio, Théra y Çami se escabulleron de sus asientos hasta salir del círculo ovalado de esteras. Takval y Souliyan no se dieron cuenta. Las fugitivas avanzaron de puntillas hacia Riva. Théra contuvo una risita. Era tan divertido como cuando ella y sus hermanos salían a hurtadillas de palacio mientras se suponía que estaban estudiando con el maestro Zato Ruthi.

Riva siguió con la mirada a las dos mujeres que se aproximaban. Cuando llegaron al garinafin, Çami lo miró y asintió. Riva desenrolló el cuello y bajó la cabeza, colocándola sobre el suelo, a los pies de las mujeres. Las dos subieron por él, agarrándose cada una a uno de los cuernos. Riva levantó la cabeza y se la acercó al hombro. Aunque algunos de los pilotos más ostentosos preferían que sus monturas los levantaran sobre la cabeza y que luego estiraran el largo cuello para deslizarse por él hasta la silla de montar, la mayoría prefería el método de Riva para elevar al jinete hasta la silla. Claro que no resultaba tan impresionante, pero era más rápido y práctico, especialmente en el campo de batalla.

Pero en lugar de subir al lomo del garinafin, Çami indicó a Théra que enrollara las piernas alrededor del cuerno derecho y se sujetara. Le hizo una demostración sujetándose ella misma alrededor del izquierdo. Çami dio unos golpecitos cariñosos a Riva por encima del

ojo izquierdo.

Sorprendida por esta posición poco habitual para sentarse, el garinafin emitió un suave resoplido inquisidor. Çami volvió a darle unos golpecitos tranquilizadores en el párpado izquierdo. El garinafin relajó los hombros, encogiéndolos, y luego estiró el largo y sinuoso cuello, elevando a la princesa y a la erudita por encima del suelo.

Théra se agarró con más fuerza a las ramificaciones del cuerno, alborozada. Takval había intentado unas cuantas veces enseñarle a montar, pero siempre estaba demasiado ocupada para practicar. En todo caso, nunca había intentado montar en la cabeza de un garinafin. Aunque no estaban volando, podía sentir el fascinante poder de los músculos y tendones por debajo de ella.

Riva se reclinó sobre la familia de debajo, estirando el cuello para introducir su cabeza en el óvalo de esteras y por encima del extremo superior de la columna central de tambores de hueso.

—La mejor vista de la casa —dijo Çami. Théra se rio entre dientes.

—Buen chico —dijo Çami, dando unos golpecitos en la cabeza a Riva.

—¿Crees que de verdad te entiende? —preguntó Théra.

—Radia y Toof están convencidos de que los garinafins entienden lo que decimos más de lo que suponemos —dijo Çami—. Yo no estoy tan segura.

—Supongo que no viene mal hablarles dulcemente —dijo Théra. Siempre había tenido algo de miedo a los garinafins, pero ahora se preguntaba si debería esforzarse más. Tímidamente, imitó a Çami y acarició la cabeza de Riva—. Buen chico.

—Observa —dijo Çami señalando hacia abajo.

Théra se agarró con fuerza al cuerno y se inclinó hacia afuera como si quisiera asomarse desde el puesto de vigía de un barco.

Desde su nuevo punto de observación, ambas mujeres tenían una perspectiva excelente sobre la batería de tambores. La parte superior de la columna central se ensanchaba en un gran círculo y los dos chamanes jóvenes extendían sobre ella una pieza delgada y fresca, casi translúcida, de piel de garinafin. Luego esparcieron puñados de polvo de diferentes colores sobre su superficie.

—¿Es pintura? —preguntó Théra.

Çami asintió.

—Es ocre rojo y marrón, negro de huesos, puede que algo de carbón, blanco de conchas trituradas, no estoy segura de qué es la azul….

Adyulek golpeó con fuerza su báculo sobre el parche de uno de los tambores.

Çami y Théra aguantaron la respiración.

El polvo de colores esparcido sobre la piel de garinafin cobró vida y comenzó a danzar.

… los ríos se secaron; la hierba se marchitó; los frutos de la tierra desaparecieron; el suelo se resquebrajó como el caparazón de una tortuga…

Adyulek golpeaba los tambores una y otra vez, con un ritmo lúgubre.

El polvo de colores se arremolinaba y se desplazaba, colocándose en franjas y rayas que se movían sinuosamente por toda la superficie translúcida.

… de las montañas surgieron monstruos que se instalaron entre la gente. Corrió la sangre por la muerte de hombres, mujeres, niños…

Las rayas ocres se tragaron a las franjas azules; los círculos rojos se expandieron como fauces abiertas de monstruos; con cada redoble estallaban explosiones de color blanco, y cada una de ellas era un nuevo monumento de huesos a los terrores que asediaban al pueblo de la Quinta Era.

… era la Creación a la inversa, el Vacío succionando a la Belleza. El Aliento se convirtió en rugientes tormentas que arrasaban la tierra con tornados de polvo; la Leche se convirtió en Lágrimas y dejó atrás playas blancas de sal; el Latido del Corazón tronaba en los cielos, sin traer ningún alivio…

Los jóvenes chamanes siguieron añadiendo más puñados de polvo coloreado encima de la batería de tambores, donde se movían y se agitaban, creando y recreando formas que lo sugerían todo sin definir nada.

Aunque no era consciente de ello, Théra ya no se aburría. Los movimientos rítmicos de los danzantes; los cambiantes y vibrantes colores; el humo fragante y la comida apetitosa; el sonido hipnótico de los tambores; la sensación de conexión entre la audiencia y los actores —todo le impresionaba y desbordaba sus sentidos. Había dejado de escuchar las palabras de la historia y se había sumergido en la experiencia de la misma. Ya no sonaba como un recitado de las hazañas y relaciones de extraños de hace mucho tiempo, sino como un drama vivo en el que todos, incluida ella misma, eran actores.

Çami interrumpió su ensoñación.

—Las formas se producen por las vibraciones de los tambores.

Théra se fijó en lo alto de la batería de tambores y se dio cuenta de que Çami tenía razón. La columna central hueca actuaba como cámara de resonancia de la batería, y cuando Adyulek golpeaba los distintos parches inferiores, el cuero tensado de la parte superior palpitaba y

temblaba logrando que el polvo se moviera en una danza frenética que se convertía en pintura abstracta.

… y así, la Quinta Era de la Humanidad terminó en derramamiento de sangre, hambruna y sed. El pueblo fue exiliado de la tierra de la abundancia y los dioses rehicieron el mundo y crearon las planicies.

Sataari concluyó y se quedó inmóvil.

Adyulek giraba en círculos sin desplazarse del sitio mientras golpeaba por última vez el mayor de los tambores con su báculo. Luego clavó la punta del báculo en el suelo y lo mantuvo agarrado, dejando que la inercia la desplazara una vez más alrededor del poste antes de detenerse por completo, como un halcón que se abate para descansar. Se apoyó sobre el báculo, jadeando. De nuevo volvía a ser una anciana, no la encarnación de la Madre de Todos.

Los remolinos de polvo de colores se detuvieron y se asentaron formando un hermoso y desolado diseño estático de franjas, rayas, espirales, círculos y estrellas.

Uno de los dos chamanes jóvenes cogió ahora otra pieza delgada de cuero de garinafin y la levantó, mientras el otro comenzaba a pintarla con una brocha de pelo de vaca mojada en un líquido claro y viscoso. Cuando terminó de cubrir toda la piel, los dos chamanes la colocaron cuidadosamente sobre el diseño de colores situado encima de la batería y pasaron una barra delgada de hueso por encima para presionarla contra el «lienzo».

Por último, los dos chamanes retiraron con cuidado la piel. El estampado colorido quedó adherido a la piel que acababan de separar y cuando los dos chamanes la levantaron y se la mostraron a la multitud que rodeaba la hoguera, todo el mundo prorrumpió en vítores y volvió a cantar a coro.

—Entonces, ¿así es como se hacen las pinturas vocales? —dijo Çami —. Es verdad que son un cuadro de sonidos.

Théra asintió, demasiado sobrecogida para hablar. Había visto las pinturas vocales colgadas en las tiendas de los thanes, y Souliyan le había enseñado algunas que decía databan del tiempo de su padre. Pero hasta ahora no había sabido cómo se creaban.

Aunque la historia narrada por Sataari le resultaba demasiado extraña para apreciarla en su debida forma, la danza de Adyulek, el sonido de los tambores y la pintura que había quedado como resultado le causaron una profunda impresión.

Un discurso es un ser vivo. ¿Cómo pueden capturarlo vuestras cicatrices-palabras?

Empezaba a comprender vagamente las objeciones de Adyulek. La historia narrada por Sataari y Adyulek no debía escribirse. Era mucho

más que meras palabras; implicaba danza, esfuerzo, el calor de la fogata, la grasa animal de las diez carnes, el olor del humo de huesos quemados, la llamada-respuesta entre la hechicera y la multitud, los sentimientos de familia y tribu, de camaradería y sensación de pertenencia.

¿Cómo podían las letras zyndari —tan inadecuadas para expresar la lengua agon que el pobre Razutana tenía que tratar de captar los sonidos desconocidos con dígrafos y trígrafos jamás usados en dara— capturar la belleza de esa escena? Aunque pudieran inventar un alfabeto a partir de cero, adaptado a los sonidos de las planicies, ¿cómo iba la simple escritura a captar los matices de tono y timbre; el rostro empapado en sudor y las expresiones fugaces de la narradora de historias; la sensación de libertad en sus pasos de danza y la variedad de golpes, aporreos, batacazos, repiques, palmoteos, toques, mazazos, tamborileos, percusiones, cosquilleos y caricias que empleaba contra los tambores; los flujos, movimientos, emociones, colores y polvo de la pintura vocal; en resumen, la totalidad de la *experiencia* de estar *vivos* aquí y ahora?

La pintura vocal, en su abstracción, en su rechazo a verse reducida a lenguaje, era de hecho el mejor medio para registrar esta noche, ahora se daba cuenta. Como esos nudos en el báculo de Adyulek, la pintura vocal no podía interpretarse en ausencia de la memoria. Pero eso constituía su fuerza, no su debilidad.

Debería haberlo sabido. ¿Acaso no le encantaban, cuando era niña, las actuaciones de los narradores de historias en las casas de té? ¿No había faltado a clase para asistir a las representaciones de los magos callejeros y de las compañías de ópera popular? ¿No había contemplado bailar a Risana, con sus mangas inverosímilmente largas, mientras Kuni, su padre, la acompañaba con el laúd de coco y cantaba canciones sobre el hogar y los lugares lejanos? Debería haber sabido que una representación iba mucho más allá del guion, y un discurso era mucho más que la transcripción del mismo.

Había sido lectora durante tanto tiempo que olvidó que no se puede reducir una cultura a la escritura, que la sabiduría no se puede aprisionar en los libros, que vivir era respirar, danzar, cazar, olvidar.

Iba a dirigirse a Çami para pedirle que descendieran de su punto de observación en el garinafin para intentar hacer las paces con Adyulek, para explicarle que ahora entendía lo que podía perderse en la transición de la oralidad a la literatura, en la transición del movimiento a la inmovilidad, de la caza, el pastoreo, la equitación y el vuelo a una vida de agricultura sedentaria. Seguía convencida de que la transición valía la pena, pero ahora sería más sensible a los costes.

Miró hacia abajo. Los dos chamanes jóvenes habían extendido una lámina fina de cuero de garinafin por encima de la columna central de resonancia de los tambores de hueso y empezaban a esparcir puñados de polvo de colores en ella. Adyulek se había recuperado lo suficiente y estaba lista para una nueva danza, Sataari parecía preparada para cantar y la audiencia comenzaba a servirse su tercera ronda de carne.

Algo del polvo le llamó la atención. Se fijó en el lienzo y se dio cuenta de que los granos de colores estaban danzando. Lenta, rítmicamente, con más suavidad que nunca.

Pero los tambores no sonaban. Adyulek seguía apoyada sobre su báculo.

¿Por qué está vibrando la piel estirada encima?

Antes de que hubiera terminado de preguntárselo, Théra sintió un temblor en los huesos al tiempo que Riva comenzaba a mugir y a gemir, mientras se estremecía todo su cuerpo. Miró a Çami, encaramada sobre el otro cuerno, ocupada en intentar calmar al garinafin.

A su alrededor, los demás garinafins mugían y gemían, extremadamente agitados.

Los que estaban en torno al fuego se levantaron. De todas las esteras surgieron voces confusas.

En el cielo estrellado aparecieron brillantes rayas de fuego en dirección a la embocadura del valle.

¿Son estrellas fugaces? ¿Se está abriendo el cielo?

Takval corrió hasta el centro del claro, junto a la hoguera.

—¡A las monturas! ¡Nos atacan!

CAPÍTULO VEINTISIETE

EXILIADOS

MIENTRAS TANTO, EN KRIPHI

Savo Ryoto miró al rectángulo oblicuo de luz que proyectaba la luna sobre el suelo de su fría y húmeda celda a través de los barrotes de la boca de la cueva. Afuera, el murmullo del eterno mar ahogaba los sonidos del mundo humano, y él trataba de sincronizar los latidos de su corazón con ese ritmo, de aceptar su destino.

Hacía frío en la cueva, expuesta como estaba a los elementos. No disponía de fuego, ni siquiera en invierno, y él intentaba arrebujarse todo lo posible en los harapos que le servían de cama y observaba su aliento flotar en el aire como si fuera humo.

Durante los meses de reclusión en esa prisión, había imaginado tantas veces el horror de la muerte por inmolación con aliento de garinafin que ya no tenía miedo. *Al fin estaré caliente,* pensó, y le brotó una sonrisa funesta.

Ahora solo estaba triste por su madre, porque iba a perderle, y por la maestra Nazu Tei, que compartiría su mismo destino al día siguiente, cuando diera comienzo el Festival de Invierno.

Ya no podría devolverles en esta vida la deuda contraída con ellas. Nunca llegaría a averiguar la verdad que insinuaba Nazu Tei, nunca podría reconciliar la Ukyu-taasa que pensaba que conocía con la Ukyu-taasa que según ella se ocultaba tras la superficie, entrelíneas de los re-recuerdos manipulados. Tendría que ir más allá de las Montañas del Fin del Mundo con la esperanza de devolverles su amor por él en el reino espiritual.

La puerta de su celda se abrió con un chirrido de sus goznes oxidados. Se giró esperando ver al guardián descendiendo desde arriba. El cabestrante situado en la cima de los acantilados era la única forma de acceder a esa celda excavada en la roca. Pero era demasiado temprano para la llegada de su última cena, ¿no?

Pero en vez de un guardián, una figura oscura trepó desde abajo hasta colocarse en la boca de la cueva. La silueta de la figura era alta, delgada, con una cabeza lisa enmarcada en un halo por la luz procedente de una antorcha situada por detrás. ¿Era Toryoana, el de las Manos Sanadoras, el dios de la misericordia?

La figura se dio la vuelta, se recostó en la boca de la cueva y se agachó. Cuando volvió a ponerse en pie, el intruso sujetaba una antorcha. Se acercó a Savo.

—Vamos. No hay tiempo que perder.

Era su madre.

Como en un sueño, la siguió pasivamente, incapaz de poner voz a sus preguntas. Había una estaca clavada en la pared del acantilado a la que habían atado una polea y una cuerda. Goztan colocó un arnés en el pecho de Savo, parecido al que llevan los pilotos de garinafin, lo amarró a la cuerda y comenzó a descenderle en medio de la oscuridad, hacia el furioso oleaje de abajo.

En lugar de impotencia se sintió atendido. Como si volviera a ser un niño de cuatro años, al que su madre preparaba para su primer vuelo en garinafin. Entonces todavía vivían en Ukyu —el hogar que apenas recordaba en fragmentos oníricos— y mientras sus cinco padres observaban, ofreciéndole consejos y ánimo, el viejo esclavo Oga le apretaba la cincha para asegurarle contra el pecho de su madre, puesta de rodillas.

Eres un buen chico, le dijo Oga en la lengua de Dara. Mantén abiertos los ojos y el corazón.

No tienes nada que temer, dijo su madre, al tiempo que se inclinaba para besarle la frente. Luego se puso en pie y él sintió que los pies se separaban del suelo mientras ella trepaba a la cabeza del garinafin. Entonces el garinafin los izó hacia su hombro y por fin fue consciente de que iba a volar.

Ahora estaba más cerca del mar y podía ver una pequeña embarcación que se mecía sobre las agitadas olas, no mucho mayor que los barcos de pesca que los nativos usaban a veces para capturar al preciado pez aguja.

Unas manos ásperas le agarraron y le metieron en el barco. Se tambaleó, inseguro de su posición en la cubierta bamboleante.

Después, cuando su madre se le unió en el barco, le explicó que esos hombres eran piratas. En general los piratas, bandidos sin ley ni más patria que el océano infinito, se habían mantenido alejados de las costas de Rui y Dasu en los últimos años, aterrorizados por la reputación de los garinafins de aliento de fuego que patrullaban los cielos. Pero algunos capitanes piratas más emprendedores habían forjado alianzas con los thanes lyucu. Asaltaban la flota mercante dara y vendían los preciados bienes a los thanes que no podían conseguir todo lo que deseaban con las operaciones de contrabando de los barcos del tributo oficial. Tanvanaki toleraba la relación entre los piratas y sus thanes, y en ocasiones utilizó a las tripulaciones piratas

para llevar a cabo misiones que los lyucu no podían realizar por sí solos.

Goztan había contratado a la tripulación de uno de esos barcos para organizar su rescate. Los piratas, acostumbrados a atacar las aldeas de los acantilados y a escalar lejanas islas rocosas para esconder sus tesoros, habían desarrollado todo un sistema para facilitar asideros y puntos de apoyo para los pies y escalar así farallones inaccesibles.

Esos mismos piratas lo llevarían ahora lejos de Rui y Dasu. Comparada con la inmolación por fuego de garinafin, la vida de los piratas que erraban los mares era preferible.

—Te veré cuandoquiera que vuelvas para negociar —dijo Goztan—. A lo mejor hasta tienes la oportunidad de ver las islas principales. Eso es lo que siempre has querido, ¿no? Ver esas máquinas extrañas de las que tanto has oído hablar.

La idea de partir al exilio de la única patria que realmente conocía le había caído encima tan de repente que Savo no sabía qué sentir. Instintivamente pensó en el bienestar de las personas a las que quería.

—¿Podrás salvar también a la maestra Nazu Tei?

Goztan sacudió la cabeza.

—Los fondos con los que cuento me han permitido convencer a los piratas de admitir una persona más en su tripulación —de esta manera, si Diasa quiere, aún podré verte una o dos veces al año. Un hombre joven como tú puede serles de utilidad, pero de nada les sirve una anciana erudita. Solo puedo salvarte a ti.

La pena le golpeó como un martillazo. Temblaba de frío. Goztan le envolvió con un grueso manto, como solía hacer cuando era niño.

Entonces se dio cuenta del riesgo que estaba corriendo su madre.

—¿Qué te ocurrirá a ti? —preguntó—. Cuando no me encuentren por la mañana sospecharán de ti de inmediato.

—Ah, la pékyu ya lo sabe —dijo Goztan—. Le dije que sentía que no hubieras podido servirla adecuadamente en Ukyu-taasa. Pero eso no significa que no puedas servirla, o servirnos a todos, fuera de aquí.

—No lo entiendo —dijo Savo—. ¿Qué es lo que esperáis que…?

—No hay tiempo para preguntas —dijo Goztan—. Sabrás lo que tienes que saber cuando lo necesites. Toma, coge esto.

Le entregó algo.

A oscuras, pasó los dedos sobre el objeto y se dio cuenta de que era un caparazón de tortuga cubierto de pulidas marcas, aunque no pudo entender lo que eran.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un mapa —dijo ella, para añadir al momento—: Algo para que te guíe de regreso a tu familia y tu hogar.

Y acto seguido se sumergió en las gélidas aguas y se alejó nadando, sin darle siquiera la oportunidad de despedirse.

—Buen trabajo —dijo Tanvanaki. Tras una pausa, añadió—: Ya no tienes que seguirla más.

El espía sin nombre esperó a ver si la pékyu tenía más tareas para él. Tanvanaki le había ordenado que siguiera a Goztan y vigilara todo lo que hacía, pero sin interferir. La pékyu no explicó las razones y el espía no las preguntó. No había necesidad de preguntas cuando creía en ella como en una diosa.

Tanvanaki daba vueltas en su tienda, en parte para pensar y en parte para mantenerse caliente. Como parte de la campaña de purificación de Cutanrovo, la pékyu y todos los thanes habían abandonado el palacio y las mansiones nativas en Kriphi para trasladarse a tiendas al estilo lyucu. Las tiendas no protegían del frío viento invernal tan bien como las paredes de piedra, y el fuego bajo hacía mucho más humo que el de chimenea. Pero nadie se atrevía a quejarse para no parecer menos entregado a la gran tarea de recuperar la pureza del estilo de vida lyucu.

¿Qué pretende Goztan?, pensaba, furiosa. Su vieja amiga la había colocado en una posición imposible. *Cuando mañana descubran que falta Savo, Cutanrovo va a pedir la cabeza de Goztan. Todos mis esfuerzos por protegerla resultarán inútiles.*

Confía, pero verifica, había sido siempre su lema. Hasta los thanes más poderosos tenían que ser vigilados, especialmente ellos. El espía sin nombre actuaba como sus ojos y sus oídos y la mantenía informada.

Todavía estaba a tiempo de ordenar un ataque de garinafins contra el barco pirata. No podían haberse alejado mucho. Pero cuando estaba a punto de abandonar la tienda para llamar a los pilotos de garinafins le entró la duda.

Las palabras crípticas de Goztan la perseguían. *¿Qué quiso decir cuando afirmó que Savo me prestaría servicio, incluso a toda Ukyu-taasa, como refugiado?*

El chico era un rebelde y estaba demasiado enamorado del modo de vida nativo, un defecto que Tanvanaki atribuía en parte al hecho de haber pasado tanto tiempo con Oga Kidosu, su propio viejo maestro, cuando era niño.

Ver esas máquinas extrañas de las que tanto has oído.

Tanvanaki se detuvo, con el corazón acelerado. Savo Ryoto era uno de los pocos jóvenes lyucu con edad suficiente para desempeñar misiones importantes *y* que hablaba dara sin acento. Todos sus anteriores intentos de enviar espías lyucu a las islas principales habían

fracasado porque los espías no podían pasar por nativos. Las habilidades lingüísticas de Savo y su conocimiento de las costumbres locales, adquirido a través de Nazu Tei, combinados con su amor por la maquinaria, le convertían en el espía perfecto.

¿Era eso lo que Goztan tenía en mente?

Goztan había hablado a su hijo de un modo tan impreciso que resultaba difícil saber lo que planeaba la thane-garinafin. Pero era comprensible: no podía desvelar a los piratas su verdadero objetivo para que estos no vendieran a su hijo a la emperatriz Jia con el fin de conseguir ganancias extras. Se había limitado a darle suficientes pistas para que supiera lo que debía hacer.

Tanvanaki rio en silencio para sus adentros. *¡Taimada vieja amiga! Me has salvado.*

Tras dos meses de redadas nocturnas en Kriphi, arengas en la corte, ejecuciones públicas y arrestos por toda Ukyu-taasa, la campaña de purificación de Cutanrovo no daba señales de suavizarse. La thane-tigre había revocado la mayor parte de las políticas de acomodo, despojado a los eruditos nativos de todos sus privilegios, incrementado la vigilancia de los templos nativos y descubierto nuevos traidores en Ukyu-taasa cada día que pasaba. Incluso estaba ampliando sus iniciativas al mundo campesino, y había interrumpido la cosecha, lo que significaba que el pueblo tendría que retirar más provisiones de los graneros de lo habitual para sobrevivir al invierno. Timu era prácticamente un prisionero bajo la protección de Tanvanaki y ni siquiera podía abandonar su propia tienda.

La última víctima había sido el campamento secreto de las montañas Roro. Cutanrovo había dirigido una horda de guerreros lyucu, cada uno de ellos decidido a demostrar que estaba más entregado al estilo de vida lyucu que el guerrero a su costado, en un ataque al campamento. Reventaron los cráneos de todos los estudiosos capturados como demostración del «espíritu lyucu», y cuando Tanvanaki lo descubrió ya era demasiado tarde.

La cargada atmósfera política, dominada por los partidarios de la línea dura en previsión de la llegada de los refuerzos, dificultaba a Goztan reunirse con Tanvanaki, pues ese encuentro podría haberse interpretado como un signo de respaldo a los acomodacionistas y erosionar el apoyo a la pékyu.

Por eso Goztan no podía hablar conmigo por adelantado para coordinar sus planes, reflexionó Tanvanaki. *Y ahora me ha dejado a cargo de solucionar este lío. El modo en que lo maneje será toda una prueba.*

Hizo señas al espía sin nombre, que aguardaba pacientemente en la oscuridad, para que se acercara.

—Encuentra un cadáver —puede servir el de un nativo ejecutado— y ponlo dentro de la celda en la que estaba encerrado Savo Kyoto. Hazlo tan rápidamente como puedas.

El espía asintió con la cabeza, se retiró discretamente y desapareció en la oscuridad.

Más tarde, cerca del amanecer, dispondría de lo necesario para que un garinafin —quizá hasta lo montara ella misma— incinerara la celda-cueva con todo su interior. Diría a Cutanrovo que Savo había muerto durante un intento de huida. Solo Goztan comprendería que la pékyu había descifrado su plan y lo había aprobado.

Muchas cosas debían decirse sin hablar y entenderse sin dar señales de ello.

¿Qué ha sido de las conversaciones abiertas y francas que solíamos tener, como la primera vez que nos encontramos, cuando no dudaste en decirme que era una niña mimada que no sabía cuidar a un garinafin joven?

Tanvanaki sintió una punzada de pena. Esta tierra les estaba enseñando a todos a utilizar más subterfugios.

Si Savo aprende todo lo que pueda de los nativos expertos en maquinaria, será un valioso recurso. Pero mientras tanto debo continuar los esfuerzos clandestinos para raptar a más ingenieros y mecánicos especialistas de las islas principales a través de los piratas. De momento, los partidarios de la línea dura pueden seguir causando estragos por todo el territorio como una tormenta invernal, pero, al final, incluso mi hermano tendrá que admitir que debemos aprender todos los secretos de los nativos si queremos derrotarlos y asegurar nuestro futuro en estas islas.

Rezó en silencio a Péa-Kiji para que salvaguardara al barco pirata y esperó la llegada de la mañana.

MIENTRAS TANTO, EN PAN

Luna brillante. Cielo despejado.

El suelo quedaba muy por debajo de ella, y por un momento pensó que estaba a punto de caer, de precipitarse a la muerte. Se tambaleó sobre los pies, balanceando los brazos.

Se las arregló para retroceder vacilante desde el borde de la terraza situada en lo alto de la Torre del Observatorio Lunar. Con el corazón disparado, se arrimó contra la pared de madera a su espalda y no pudo evitar un gemido de terror.

Escuchó una risa vivificante.

Miró a su izquierda. Un remolino de humo tomó la forma de una mujer con largas mangas. Sus largos cabellos le cubrían la cara y Jia no podía

ver sus rasgos. Pero reconoció esa risa al instante, aunque no la hubiera oído en años.

Jia se sentó en mipa rari.

Hermana, carraspeó. No sabía cómo continuar. ¿Cómo se le habla a un fantasma?

Risana-humo se acercó a ella y se sentó a su vez en mipa rari, *como si estuvieran a punto de compartir una taza de té, algo que solían hacer tiempo atrás.*

Aquí es donde me mataste, dijo Risana.

Jia no dijo nada.

*Dijiste que lo hacías por Hudo-*tika*, dijo Risana, pero el Trono del Diente de León continúa velado y vacío.*

Phyro no está preparado, dijo Jia.

¿Cómo puede estarlo, si sujetas tan firmemente el Sello de Dara como el hegemón sujetaba los sellos de los estados Tiro, reacio a compartir el poder?

¡Esa no es la razón!, Jia dedicó un momento a tranquilizarse. No debía perder la calma, ni siquiera ante un fantasma. Phyro no piensa más que en la guerra contra Dara Irredenta, y eso traerá muerte y sufrimiento indescriptibles…

¿Acaso tus actos no han provocado ya esas mismas consecuencias? La gente está muriendo por cientos, pronto será por miles y quizá por decenas de miles.

Jia cerró los ojos.

Entre dos opciones terribles, escogí la menos mala. No puedo permitir que Phyro custodie el Sello de Dara hasta que sea capaz de darse cuenta de que la guerra es la peor opción para el pueblo.

Risana no dijo nada. Ambas mujeres se sentaban bajo la plateada luz de la luna, que hacía resplandecer la forma humeante de Risana como una medusa de las profundidades.

Risana se levantó y comenzó a cantar y a bailar. Ya no tenía limitaciones físicas, por lo que se movía con una gracia aún más etérea de lo que Jia recordaba.

> *El gobernante amable gobierna sin que parezca gobernar.*
> *Honra a sus súbditos como honra a su propia madre.*

Jia sintió un estremecimiento y la forma borrosa de Risana nadando en sus ojos súbitamente humedecidos.

*Lo siento por Toto-*tika*, dijo Risana interrumpiendo el baile. Su madre está dispuesta a utilizarlo como si fuera una piedra de* cüpa *o una figurita de* zamaki.

Le dije que hiciera lo que le dictara su corazón, dijo Jia, aunque su

excusa sonó débil, incluso a sus propios oídos. Nunca había sentido la necesidad de defenderse de nadie, pero Risana era diferente. No podía evitar cuestionarse si no habría sido mejor emperatriz.

Risana ladeó la cabeza. Aunque Jia no podía verle la cara, su postura parecía indicar una mezcla de curiosidad y lástima.

No puedo leer tu corazón del modo en que solía leer el de cualquier otra persona. No puedo saber si estás diciendo la verdad o si llevas tanto tiempo engañándote que has convertido las mentiras en verdad.

Amo a Timu más que a mi propia vida, dijo Jia. Pero, por el pueblo de Dara, no vacilaré en hacer lo que debe hacerse. Los dientes sobre el tablero.

Tras un instante, Risana asintió con la cabeza.

—Entonces, convive con tus propias decisiones, su forma de humo empezó a desvanecerse.

Aullidos, chillidos y gemidos llenaron el aire. Jia miró alrededor, aterrorizada. La rodeaban nubecillas de humo, que iban adquiriendo formas humanas: Rin Coda, Théca Kimo, Esqueleto Risueño, los otros prisioneros con los que había experimentado, los hombres y mujeres anónimos que agonizaban en Dara Irredenta y que ella solo había imaginado…

Todos estaban muertos por su culpa, por sus maquinaciones.

Se acercaron a ella, con sus rostros sin rasgos en los que apenas se percibían unas fauces sangrientas por las que soplaba un viento que helaba el alma. Intentó correr, pero la rodearon, bloqueando el camino de regreso a la torre.

Jia se cubrió el rostro con las manos y se hizo un ovillo en el suelo, encogiéndose todo cuanto podía. Sentía el aliento frío de los fantasmas sobre sus brazos desnudos, sentía las gotas heladas de sangre cayendo sobre sus manos. Dio un grito…

Zomi siguió a la Primera Aleta y a la Segunda Aleta por las serpenteantes galerías abiertas del Jardín de Palacio en dirección a la alcoba de la emperatriz.

Era extremadamente inusual que un ministro deseara ver a la emperatriz tan tarde, después de que se hubiera acostado. Pero Zomi pensaba que el último informe de la flota del tributo que acababa de regresar de Rui no podía esperar.

Mientras corría, elevó la vista hacia la brillante luna.

¿Estás mirando la luna en este momento, querida mía? ¿Puede actuar como un espejo que me permita ver tu figura, sola al otro lado del océano, y a ti ver la mía?

Alejó ese pensamiento. Echaba tanto de menos a Théra que sentía dolor físico, y era preferible volcarse en el trabajo que ser invadida

por ese dolor, que le producía sensación de impotencia. Pero, como una herida en la boca, no podía evitar lamérsela, paladear el sabor del dolor de su corazón.

Entraron al edificio que servía de residencia privada de la emperatriz y giraron por el largo corredor que conducía a su alcoba.

Se escuchó un chillido espeluznante.

Shido y Wi salieron disparadas como dos flechas. Zomi corrió tras ellas, con el corazón en la garganta.

—Ha sido solo una pesadilla —dijo Jia.

Wi y Shido se miraron, poco dispuestas a dejarlo pasar.

—Señora… —empezó a decir Wi.

—Estoy bien —dijo Jia, en un tono que no admitía discusión—. Dejadnos.

De mala gana, las dos Aletas de Dyran se inclinaron en una reverencia y se desvanecieron en las sombras.

—Siéntate —dijo Jia, señalando la mesita de té. Zomi obedeció y se sentó en *géüpa*.

Incluso vestida con solo el camisón, los cabellos despeinados y sin maquillaje, Jia emanaba un aire de autoridad. La anciana que Zomi había atisbado al llegar corriendo hasta la alcoba detrás de las Aletas de Dyran, a punto del perder el juicio, con la mirada aterrorizada y los miembros agitándose de manera incontrolada había desaparecido, tan irreal como una de las creaciones de humo de la emperatriz Risana. Zomi ni siquiera estaba segura de no haber visto visiones.

—No deberías venir a una hora tan tardía si no traes noticias importantes —dijo Jia con impaciencia, sentada en *géüpa*—. Adelante.

Zomi sacó el informe de la señora Ragi del viaje con el tributo de invierno y lo dejó sobre la mesa.

Jia desenrolló el pergamino y comenzó a leer las columnas de ideogramas. Como solo había dos velas encendidas, pasaba los dedos sobre los ideogramas usando el tacto para ayudar a la vista. Zomi creyó ver temblar los dedos de la emperatriz, pero no estaba segura. Se levantó para encender alguna de las lámparas de aceite de ballena.

Cuando volvió a sentarse, Jia había finalizado.

—¿Qué piensas? —preguntó la emperatriz.

—Hay varios puntos de interés —dijo Zomi—. El primero son las revelaciones de Noda Mi respecto a que se han producido más matanzas de campesinos en los últimos tres meses que en los tres años anteriores. El segundo es el informe de los carpinteros del muelle flotante en relación a las múltiples ejecuciones públicas de eruditos, contrarias a la habitual indulgencia con la que han sido tratados hasta ahora.

Jia asintió con la cabeza.

—Yo también me he dado cuenta de esos detalles. Ragi escribe que Noda Mi es más generoso con la información que antes, y parece mucho más aterrorizado por los lyucu. ¿Sabemos algo de esa tal Nazu Tei que menciona?

Zomi sacudió la cabeza.

—No mucho, me temo. He consultado con Cogo, y los registros imperiales indican que se trata de una *toko dawiji* que en una ocasión donó ciertos manuscritos posiblemente apócrifos a la Biblioteca Imperial.

—¿Una Carpa Dorada?

—Sí. Pero no especialmente distinguida. No continuó con las rondas de exámenes posteriores. Tal vez por eso se desplazó a Rui durante el reinado de los Cuatro Mares Plácidos, pensando que su limitado talento sería más reconocido en una tierra menos culta.

Jia guardó silencio un momento. Se imaginaba a la mujer inmolada viva por fuego de garinafin y reprimió un estremecimiento. De alguna manera, conocer su nombre la hacía más real. Sabía que, a partir de ahora, Nazu Tei la perseguiría en sueños como los otros fantasmas.

—No hay necesidad de especular sobre su falta de distinción académica —la reprendió. A veces Zomi mostraba una tendencia a sobrevalorar los exámenes—. Que levanten una lápida que la recuerde en el Salón de Mutagé, y asegúrate de que el historiador de la corte registre su nombre como mártir.

—Pero no hay ninguna prueba de que fuera leal al Trono del Diente de León —objetó Zomi—. Podría haber sido una colaboradora que ya no resultara útil para los lyucu.

Jia suspiró. Los padres y el maestro de Zomi habían muerto a manos de los lyucu de un modo terrible. Su odio hacia los lyucu y hacia quienes colaboraban con ellos era implacable. Por mucho que intentara ocultar sus emociones bajo el disfraz de imparcial razón, sus prejuicios salían a la luz de tanto en tanto.

—Incluso los colaboradores consiguen a veces salvar vidas —dijo Jia—. No discutas conmigo en esto.

—Sí, majestad imperial —dijo Zomi, sorprendida por la vehemencia que transmitía la voz de la emperatriz. Se calló un instante, reflexionó y siguió—. Pero ninguno de estos aspectos es tan interesante como lo último que menciona el informe de la señora Ragi: la exigencia de Tanvanaki de que aumentemos nuestro próximo tributo de primavera. En lugar del incremento habitual del diez por ciento, nos pide que dupliquemos todos los artículos excepto el oro. Y ha añadido un pedido de ganado.

—¿Qué crees que pasa?

—Las matanzas y ejecuciones podrían estar relacionadas con las luchas temporales de poder en la corte —reflexionó Zomi—. Pero no parece que un incremento tan grande en el tributo sea solo para poner a prueba nuestra determinación. Sospecho que se ha producido algún tipo de crisis en Dara Irredenta y que Tanvanaki prevé alteraciones en los suministros de comida.

Jia asintió con un movimiento de cabeza.

—Tendremos que acceder a sus demandas, por supuesto. No podemos dejar que el pueblo pase hambre en Rui y Dasu.

—No, no podemos —dijo Zomi apretando los dientes. Cerró con fuerza los puños, como si deseara lanzar un puñetazo a alguien. Después de un tiempo, añadió en un tono frío y analítico—: Parece que nuestras plegarias han sido respondidas. Deseábamos inestabilidad en Dara Irredenta y los dioses nos la han proporcionado.

—Informa inmediatamente a Cogo; que haga los planes necesarios para aumentar los productos del tributo.

Tras discutir el tema un poco más, Zomi deseó buenas noches a la emperatriz. Antes de salir, añadió:

—Ojalá pudiera saber la causa de este cambio repentino en Kriphi. Algo… debe haber alterado el equilibrio político. Espero que el príncipe Timu esté bien.

Jia no dijo nada en respuesta. Pero cuando Zomi se giraba para marcharse, la emperatriz añadió:

—El Gran Examen se aproxima. Estoy pensando que tú te encargues de su realización en lugar de Cogo.

Zomi se detuvo.

—¿Y eso?

—Siempre has estado interesada en reformar los exámenes, así que te voy a dar la oportunidad de hacerlo —dijo Jia.

—Me sorprende… que lo recordéis.

—Vigilar a los lyucu es importante, pero no hay que descuidar las artes creativas y prácticas. Como secretaria de clarividencia también eres responsable de la investigación de nuevas máquinas y de descubrir talentos. No dejes que la obsesión por la posible guerra predomine sobre las necesidades de la paz. En la guerra hay que tener cuidado para no actuar igual que lo hacen tus enemigos.

Zomi se inclinó en una reverencia.

—Comprendo.

Mientras las Aletas de Dyran la escoltaban fuera de palacio, Zomi ya iba componiendo en su cabeza la carta que enviaría a Phyro. A falta de tan solo veinticuatro meses para la expiración del tratado de

no agresión y de veintiocho para la reapertura del Muro de las Tormentas, el emperador entendería esta nueva inestabilidad en Dara Irredenta como la oportunidad perfecta para organizar una fuerza invasora.

La emperatriz tiene razón, pero el emperador también.

Volvió a mirar la luna, suspiró y apresuró el paso.

Jia se mantuvo despierta mucho después de que Zomi se hubiese marchado.

Tuvo que reconocer que tenía miedo de cerrar los ojos, porque los fantasmas regresarían.

Zomi había hablado de que la desestabilización en la corte lyucu en Kriphi era como un regalo de los dioses. Jia se preguntaba cómo reaccionarían los dioses al ver que los humanos los responsabilizaban de algo así. Claro que era necesario evitar que los lyucu echaran raíces e impusieran su sistema de castas en toda Dara, con ellos por encima, pero desestabilizar un gobierno, incluso uno brutal, tenía un coste humano real. Solo quien era responsable de ese coste, cuyas manos estaban manchadas de sangre inocente, podía entenderlo.

Para evitar la tentación de la cama, sacó los cuadernos de sus experimentos y los leyó por encima. La nueva variedad que había desarrollado durante los últimos meses era por fin lo bastante potente para sus propósitos, así lo entendía. Pronto llegaría el momento de ordenar a las Aletas de Dyran que encontraran un lugar para cultivarla a mayor escala.

Kuni había utilizado su arrozal y su huerto como ayuda pedagógica para enseñar a sus hijos el arte de la gobernanza, pero era Jia quien había dedicado su vida al cultivo: a nutrir los brotes tiernos de la paz, a matar las malas hierbas de la guerra, a dar vida a un sistema en el que ya no importaba quién guardaba el Sello de Dara.

El cultivo era el núcleo de su arte. Una buena herborista cuidaba de su propio jardín y aprendía a cultivar las plantas para estimular la naturaleza intrínseca de cada hierba, para desarrollar todo su potencial. Mediante una polinización selectiva y los injertos adecuados, era posible aumentar la magnificencia de las flores, el atractivo de su aroma, la potencia de sus bayas.

Esa era la destreza en la que siempre había confiado: estimular la naturaleza que ya está presente en cada uno. Así fue como empujó a la rebelión al receloso Théca Kimo, a sobrepasar sus límites a la orgullosa Gin Mazoti, a traicionar a sus amigos al inseguro Rin Coda. Así es como había incitado a los lyucu a revelar su propio carácter, filtrando noticias sobre la apertura anticipada del Muro de las Tormentas, y como había alentado a Timu a sabotear su propio

proyecto colaboracionista equivocado, apelando a sus ideales. No sabía exactamente las razones que habían hecho triunfar su proyecto, pero sabía desde el principio que lo único que tenía que hacer era cultivar el deseo que estaba en el interior de los hombres y mujeres con ambición.

—Solo necesito un poco más de tiempo —murmuró. No estaba segura si lanzaba su súplica a los dioses, a Phyro, a Timu, o a los fantasmas que no le dejaban dormir.

No debía permitir que Phyro lanzara una invasión sobre Dara Irredenta. Por mucho que hubiera sufrido el pueblo, sufriría diez veces, cien veces más en la guerra. Mientras Théra se ocupaba de los lyucu en su propia tierra, aquí dependía de ella proteger al pueblo dara del martillo lyucu con la menor cantidad de sufrimiento.

—Solo necesito un poco más de tiempo —murmuró. Era todo lo que podía decir y se atrevía a decir en voz alta.

Nunca sería capaz de confesar lo que había hecho a nadie más que a sus fantasmas: Rin, Théca, Risana, Esqueleto Risueño y ahora Nazu Tei. Lo que había hecho y lo que iba a hacer era contrario a cualquier principio moralista, contrario a cualquier ideal de honor y justicia, contrario a cualquier credo de los dioses de Dara, contrario a cualquier instinto que pudiera tener como madre.

Sería una exiliada entre su propio pueblo y, no obstante, eso era lo que tenía que hacer.

Con un gemido que estremecía el alma, sus ojos comenzaron a derramar lágrimas.

Oh, cuánto deseaba dormir.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

REFUGIADOS

BASE SECRETA AGON EN EL VALLE DE KIRI, AL PIE DE LAS MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO: DÉCIMO SEGUNDO MES DEL OCTAVO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA HACIA UKYU-GONDÉ

El valle de Kiri estaba en llamas.

Théra observaba, aturdida, a los garinafins que se lanzaban escupiendo fuego contra los graneros, los ahumaderos, los almacenes, las cabañas y las tiendas a lo lejos. Todas las provisiones acumuladas para pasar el año, es más, para varios años, habían ardido en unas pocas horas.

Ella, Thoryo y los niños que estaban en la estera junto a la suya, unas tres docenas en total, habían huido apresuradamente, enloquecidos, cuando los jinetes de garinafins agon tomaron los cielos para intentar defenderse de los invasores aéreos, y los guerreros agon y los soldados dara salieron en desbandada en busca de sus armaduras y armas para defenderse del ataque igualmente brutal por tierra. A su alrededor reinaba la confusión, el caos, el desconcierto. Los pilotos no podían encontrar a sus tripulaciones; los soldados no podían localizar a sus comandantes; los maridos estaban separados de sus esposas; los niños apartados de sus padres. Lamentos, chillidos, gritos pidiendo auxilio, órdenes vociferadas que no se podían cumplir.

Los guerreros más feroces de Takval y los guardias personales de la comandante Tipo Tho habían dirigido al grupo de huidos, desorientados y completamente conmocionados, hasta este escondite en una de las laderas del valle.

Mientras los niños se acurrucaban en el abrigo rocoso que tenía a su espalda, Théra permanecía de pie, desafiante, ignorando las voces de los que la suplicaban que se ocultara.

Las estelas de fuego que atravesaban el cielo impedían ver las estrellas y las antorchas parpadeantes de miles de guerreros que serpenteaban por el suelo del valle mientras ambos ejércitos chocaban en la oscuridad. Huesos y miembros aplastados, tripas y vísceras derramadas, los chillidos de los muertos y de los moribundos resonaban en la distancia.

Y allí estaba ella erguida, impotente, mientras el inmenso incendio

consumía todo lo que había construido durante los últimos siete años.

Las ráfagas de las turbulencias provocadas por las alas levantaron la nieve en torno a Théra y, con un ruido sordo, dos garinafins heridos chocaron contra los árboles en la ladera de la montaña y aterrizaron en la cornisa frente al refugio rocoso, jadeando de agotamiento.

El piloto del garinafin en cabeza era Takval. Tenía el cabello chamuscado y una fea quemadura le cruzaba la cara. Tras él, varios cuerpos carbonizados y sangrientos colgaban de la malla del garinafin, inertes, y otros pocos se quejaban de sus heridas. El segundo garinafin iba pilotado por Vara Ronalek, asistida por Radia y Toof, los jinetes lyucu adoptados por el clan. Del lomo de este segundo garinafin, protegido y guardado por el primero, descendieron Adyulek, Sataari, Gozofin, Tipo Tho, Razutana y otros dara y agon de elevado rango.

—¿Por qué sois tan pocos? —preguntó Théra.

—Muchos se negaron a irse sin sus hijos —dijo Çami, con una voz sin vida—. Pero no podíamos llevar a todos los niños… así que se quedaron para morir con ellos.

Théra cerró los ojos afligida. La gran cantidad de niños del valle de Kiri había sido uno de los logros de los que se sentía más orgullosa, una señal de esperanza para la alianza dara-agon. Podía imaginar la desgarradora decisión a la que se enfrentaban los padres que se habían quedado en el valle: los niños que no podían combatir sobrecargarían los garinafins y posiblemente condenarían a toda la tripulación, pero ¿cómo iban a marcharse sin ellos?

Se dio la vuelta hacia su marido.

—¿No hay esperanza? —su voz era ronca, poco más que un susurro.

Takval sacudió la cabeza con desgana. Las lágrimas afloraron a sus ojos cuando se esforzó en hacer que las palabras atravesaran el nudo que tenía en la garganta.

—Son demasiados.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Théra.

—Dijo… dijo que está harta de huir. Se ha quedado dirigiendo una última posición para… distraerles, y me pidió que me marchara pasara lo que pasara. Me ha dicho que ahora soy tu responsabilidad.

Las lágrimas bañaban las mejillas de Théra, sin impedimentos. Souliyan, que solo deseaba un refugio de la guerra para vivir alejada de los lyucu, en paz, no volvería a huir. La relación de Théra con su suegra no había sido fácil, pero la amaba; era de su familia.

El álamo temblón desea estar inmóvil, pero el viento no cesa de soplar.

Valle abajo podía ver que los pocos garinafins agon restantes, completamente rodeados por garinafins lyucu, se habían retirado a un

estrecho círculo en el aire mientras los lyucu continuaban con su acoso. En tierra, las fuerzas lyucu habían invadido por completo el asentamiento, y apenas quedaban unos cuantos focos de resistencia agon y dara. Los lyucu estaban muy preparados, eran muy numerosos y habían contado con la ventaja de la sorpresa. Nunca hubo dudas del resultado de la batalla.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó Théra, con la ligera esperanza de que todo no fuera más que una pesadilla de la que pudiera despertar.

—Hemos sido demasiado descuidados —dijo Takval, con los ojos llenos de remordimiento, vergüenza y cargo de conciencia—. Demasiadas partidas de caza… debieron de ver alguna —tras un momento, dijo con voz ronca—: Volyu… —su voz se fue apagando.

Por un momento Théra interpretó la mención de Takval a su tío como una acusación.

—¿Qué? ¿Crees que nos ha traicionado…?

Pero al ver el horror y la pena en los ojos de Takval se dio cuenta de que se había equivocado.

—… y Sliyusa Ki —finalizó Takval, apartando la mirada.

La vergüenza y la comprensión golpearon el corazón de Théra como dos martillos gemelos. Volyu había arriesgado su vida y la vida de todos los que dependían de él para pasarles información sobre los lyucu. Se suponía que los lyucu deberían estar en la cuenca de Aluro en estos momentos, pero Volyu no los había advertido de nada. Este ataque sorpresa significaba que los lyucu también habían descubierto la traición de Volyu. Probablemente ya estaba muerto, y el oasis de los agon estaría en llamas, lo mismo que el valle de Kiri.

Lo cierto es que lo habían perdido *todo*.

Aunque Takval no la había acusado, podía sentir la presión del creciente peso de la culpa, dificultándole respirar. Había insistido en aprovechar esta oportunidad para atacar, a pesar de las dudas de Souliyan sobre hacerlo cuando los lyucu estaban honrando a los dioses con sacrificios. Había presionado a Volyu para que espiara para ellos, poniéndole en peligro a él y a todos los moradores de Sliyusa de un modo temerario. La repentina necesidad de movilizarse para un ataque había llevado a la arriesgada decisión de enviar un gran número de partidas de caza.

Y lo peor de todo es que tenía la persistente sensación de que su insistencia en retrasar el ataque hasta que los lyucu estuvieran reunidos en Taten, motivada por el deseo de destruir los barcos-ciudad, había contribuido al desastre. Esa espera había significado que Volyu tuviera que disimular durante más tiempo sus actividades

clandestinas, que las partidas de caza agon se hubieran dormido en los laureles y vuelto imprudentes por su éxito, que el poblado del valle de Kiri clamara por el Festival de Invierno y se entregara a él por completo en lugar de mantenerse vigilante. Había significado, sobre todo, que los lyucu tuvieran la oportunidad de descubrir sus preparativos y contraatacar. Si hubieran decidido atacarles en la cuenca de Aluro, puede que nada de esto hubiera pasado.

Arrogancia, egoísmo y exceso de confianza, se reprochó. *Demasiadas muertes por culpa de mi error. Hemos perdido todo porque estaba demasiado segura de saber lo que había que hacer, porque quería hacerlo todo a mi manera.*

—Votan —dijo Tipo Tho respirando agitadamente—, ¿cuándo lanzaremos el contraataque? —se apoyó en una roca para sostenerse, con las manos sobre su abultado vientre.

Takval la miró con lástima en los ojos.

—No habrá contraataque.

—¡Pero Nméji sigue allá abajo! ¡Y mi hijo y mi hija! —protestó Tipo—. ¡Dijiste que volveríamos a por ellos!

—Mentí —dijo Takval, ya con voz firme—. El capitán Gon me pidió que te mintiera para sacarte de allí.

—¡Tenemos que volver! Podemos frenarlos…

—Ya está muerto —dijo Takval—. Al igual que tus hijos.

Por el movimiento de las antorchas abajo en el valle, era evidente que las líneas de defensa agon formadas a toda prisa habían caído por completo.

—¡No, no lo está! ¡No lo están! ¡Están esperando a que regresemos! —Tipo se separó de la roca, con las piernas temblando, inestables. Chilló—: ¡No puedes abandonar a mi marido y a mis hijos!

—¡Vamos a morir todos si no recuperas el sentido común! —dijo Takval—. ¡Mi madre también está ahí abajo!

Tipo se le quedó mirando fijamente. Hacía tales esfuerzos por no derrumbarse que su rostro se convulsionaba.

—Tu marido y mi madre se quedaron allá abajo para darnos una oportunidad, a nosotros y a nuestros hijos, a los nacidos y a los no nacidos. En nombre de tu hijo no nacido y de estos… huérfanos —movió la mano hacia el abrigo rocoso, desde donde miraban docenas de pequeños ojos aterrorizados— no dejes que su sacrificio sea en vano.

Tipo se desplomó y rompió a llorar.

—¿Qué… qué vamos a hacer a partir de ahora? —preguntó Théra. Detestaba lo débil e impotente que sonaba.

—Tenemos que dispersarnos y huir a las montañas mientras esté

oscuro.

—Pero todo lo que hemos construido está aquí.

—Ahora la huida es nuestra única opción —dijo Takval—. Recordad lo que dijo mi madre. Debemos irnos pase lo que pase. Es la única oportunidad que tenemos para vengarnos.

—¿Qué vamos a hacer en las montañas? —dijo Radia—. Estamos a mitad del invierno y no tenemos provisiones.

—¿Qué te hace pensar que vendrás con nosotros? —preguntó Tipo, sin disimular su odio al mirar a los dos lyucu—. Quienes están ahí abajo matando y quemando son vuestra gente. Deberíais volver con ellos.

El rostro de Radia se retorció de dolor y rabia, pero antes de poder replicar, Toof la contuvo:

—No —la susurró.

—Toof y Radia son de mi clan —dijo Vara Ronalek, con su voz anciana firme y fría—. Mira las heridas de sus cuerpos. Toof interceptó una lanza que iba dirigida a mí; por eso está cojo. Les confiaría mi vida.

—No es momento de pelearnos —dijo Takval con impaciencia—. Radia y Toof llevan años con nosotros y no hay lugar para la duda.

Tipo Tho no dijo nada, pero la mirada que les dedicó a Toof y Radia no se suavizó.

Takval retomó la pregunta de Radia.

—Por muy duras que sean las montañas, no podernos quedarnos en los llanos. No ofrecen refugio y los jinetes de garinafins lyucu nos estarán buscando. Sería un suicidio.

—¿Vamos a escalar las Montañas del Fin del Mundo? —preguntó Théra.

Takval sacudió la cabeza.

—Eso es imposible. Son tan altas que ni siquiera los garinafins pueden sobrevolarlas. Tenemos que penetrar en el interior de las montañas y mantenernos ocultos en los valles.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —reflexionó Radia—. Supongo que los garinafins también tendrán que caminar para evitar que nos vean.

Takval asintió con la cabeza.

—Podemos volar de noche. Pero durante el día, sí, tendremos que permanecer en tierra, ocultos por la vegetación.

Toof lanzó una mirada ansiosa al grupo de niños al abrigo de la cueva.

—Pero si llevamos tantos niños con nosotros… tal vez podríamos dejar…

—¡No! —dijo Théra—. Rotundamente no. No me separaré de mis hijos.

Como bien sabía, en las situaciones desesperadas era costumbre de las planicies valorar la vida de los guerreros por encima de las demás. Los ancianos se ofrecían voluntarios para morir cuando escaseaba la comida, y los niños podían abandonarse para escapar de una incursión. La tribu que sobrevivía con sus guerreros siempre podía tener más hijos, pero sin hombres y mujeres sanos y en plena edad de combate, nadie podría vengar a los muertos ni buscar la victoria en un futuro.

Pero Théra no podía pensar así. Hacía decenas de años, durante la guerra del Crisantemo y el Diente de León, Kuni Garu abandonó a Théra y a Timu cuando eran aproximadamente de la edad de Kunilo y Rokiri con el fin de escapar de un asedio. La decisión resultó ser la adecuada para la victoria posterior de Kuni, pero creó una irreparable brecha en el vínculo entre Kuni y Timu. Théra no tenía ninguna intención de repetir el error de su padre.

—Esa no es una opción —dijo Takval. Théra le lanzó una mirada agradecida.

—Pero puede haber una manera de mantenerlos a salvo sin que retrasen nuestra marcha —insistió Toof—. Podríamos…

—No —dijo Takval resuelto—. Si los lyucu han podido encontrar el valle de Kiri, ¿cómo iba a escapar de su atención cualquier escondite para los niños? Tendremos que arreglárnoslas lo mejor que podamos con ellos a rastras.

—Los padres de muchos de estos niños acaban de morir luchando contra los lyucu —dijo Théra—. No traicionaré la confianza que depositaron en nosotros al dejarnos a sus retoños —no añadió que los niños que habían conseguido salvar eran solo una minúscula parte de los niños del poblado. Los pocos supervivientes habían adquirido un significado simbólico para ella; salvarlos y mantenerlos cerca era la única manera de aplacar su culpa.

Radia y Toof se miraron mutuamente y suspiraron, pero dejaron de poner objeciones.

—Tenemos que irnos ya —dijo Takval, lanzando una mirada al fuego que arrasaba el valle y a los garinafins que seguían volando en círculos—. Los lyucu están concentrados en destruir la base y no han empezado a buscar huidos.

Théra dudó. Le asustaba la idea de convertirse en refugiados, de dejar atrás todo lo que habían construido para empezar de cero.

—Ya han muerto demasiados, Théra —dijo Takval—. Si no nos marchamos, su muerte será en vano. Mientras continuemos vivos,

podemos aguardar el momento y encontrar otra oportunidad.

Aturdida, Théra asintió. Tenía que admitir que el camino que había elegido personalmente había fracasado. No le quedaban opciones.

Mientras los demás se apresuraban a preparar la huida, se preguntó si los lyucu se habrían dado cuenta de que había una ruta de regreso a Dara. En ese caso, ¿habría tiempo suficiente para destruir los barcos-ciudad antes de que zarparan? Como la travesía hasta Dara duraría un año, la nueva flota invasora tendría que partir de Ukyu-Gondé al menos doce meses antes de que volviera a abrirse el Muro de las Tormentas. Solo les quedaban diecisiete meses para evitar ese futuro.

MIENTRAS TANTO, EN EL EXTERIOR DE TIRO COZO, EL CAMPO DE ENTRENAMIENTO DE GARINAFINS SECRETO DEL EMPERADOR MONADÉTU

Tan pronto como el mensajero de la guarnición terminó de hablar, Phyro subió de un salto a la aeronave y voló hasta la fortaleza situada más allá del anillo de montañas. Allí se encontró con dos jinetes vigilados por unos guardias.

—*Rénga* —gritó sonriente Ofluro en cuanto Phyro salió de la aeronave y se acercó a pie—, estos guardias vuestros valen mucho. No nos han perdido de vista ni un momento. Tenía necesidad de defecar, pero he sido incapaz de relajar mis esfínteres porque no dejaban de mirarme mientras estaba agachado —su aliento flotaba en el frío viento invernal, no muy distinto al humo de un garinafin.

Phyro echó a reír.

—Solo hacen su trabajo como les he enseñado.

Echó una ojeada a la pareja. Los dos meses transcurridos habían añadido signos de cansancio a las comisuras de sus párpados, pero en general tenían buen aspecto. Incluso bajo las pesadas ropas invernales, era evidente que la señora Suca se pondría de parto cualquier día de estos.

—¡Espero que el ajetreado viaje por las montañas no os haya fatigado ni causado molestias al bebé! —exclamó Phyro. Se giró para ordenar a sus guardias que trajeran unos almohadones cómodos y un hornillo.

Pero la señora Suca se echó a reír y se dio unos golpecitos en el vientre.

—El bebé y yo no somos tan delicados. Creo que al pequeño le gusta cuando cabalgo. Solo me da pataditas cuando estoy quieta… es muy aburrido.

La preocupación de Phyro aumentó al observar que la pareja no llevaba gran cosa como equipaje, teniendo en cuenta que habían

recorrido todo el camino desde Faça.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—No nos ha pasado nada malo —dijo la señora Suca—. Nuestros papeles nos permitieron llegar hasta donde queríamos. Compramos una hacienda y nos preparamos para el invierno. Algunos de los vecinos eran amables y otros no tanto. Algunos funcionarios nos ayudaron y otros no tanto.

Aunque hablaba de un modo ligero y despreocupado, Phyro podía imaginar la complicada verdad que yacía bajo aquellas palabras. Ofluro era lyucu. Era normal que los funcionarios y la gente estuvieran resentidos con ellos, por muchos papeles que llevaran consigo.

—¿Os sentisteis acosados por la población local de Faça? Escribiré una carta al gobernador…

—No, *Rénga*, no lo hagáis —dijo Ofluro.

—Los magistrados fueron razonables, pero no existe refugio contra el odio dentro de los cuatro mares —dijo la señora Suca, agarrando la mano de Ofluro—. Lo mejor que se puede hacer es escoger el amor.

—Sabemos que ser libre para ir adonde quieras supone que otros también sean libres para estar molestos contigo —dijo Ofluro. Pagamos ese precio por voluntad propia. Esa no es la razón de que hayamos vuelto.

Phyro los miró y asintió.

—Ya veo. Entonces, ¿por qué habéis venido?

—Para unirnos a vos.

Phyro no podía creer lo que oía.

—¿Qué… Cómo… Por qué habéis cambiado de opinión?

—Durante nuestro viaje a Faça pensamos que enviaríais asesinos a perseguirnos —dijo Ofluro—. Por la noche dormíamos con la ropa puesta y los caballos preparados al otro lado de la ventana. Intentamos tomar caminos poco transitados para quitarnos de encima a vuestros espías…

—¡Yo nunca envié espías a por vosotros! Os di mi palabra de que erais libres.

—Ya. Pero nos llevó un tiempo comprobar que era verdad.

—¿Por qué pensabais que os perseguiría? —preguntó Phyro.

—En Ukyu y Ukyu-taasa escuché que la gente de Dara siempre miente.

Phyro no tenía respuesta para eso.

Ofluro continuó hablando.

—Una vez que asumimos que no nos perseguía nadie intentamos asentarnos en Faça, pero…

—Pero él no podía estarse quieto —dijo la señora Suca—. No paraba de decirme que nos habíamos equivocado.

Phyro miró al naro-votan lyucu, sin saber qué pensar.

—¿Qué equivocación era esa?

—En las planicies tenemos un refrán: el garinafin elige al piloto tanto como el piloto elige al garinafin. Si habéis demostrado confiar en mí, sería impropio de un lyucu no mostrar esa misma confianza. Me equivoqué al dudar de vos, y la única forma de corregirlo era regresando.

—Aparte de eso, mi marido habría sido un hacendado horrible —dijo la señora Suca, colocando cariñosamente una mano en el brazo de Ofluro—. Se impacienta con el regateo y no tiene aguante para palear estiércol… al menos estiércol de vaca.

A Phyro le inundó un tremendo bienestar y se le hizo un nudo en la garganta. El gélido viento del invierno no parecía tan frío de repente. Tosió y dijo:

—Me siento honrado, Ofluro y señora Suca. Ojalá sea un buen piloto para vosotros, ahora que me habéis elegido.

Ofluro sacudió la cabeza.

—¿Quién ha dicho que vayáis a pilotarme? Habéis malentendido mi comparación. Yo soy el piloto y *vos* sois el garinafin —una sonrisa maliciosa surgió en su cara—. Al fin y al cabo, para eso queríais que regresara, ¿no?

La sangre abandonó de golpe el rostro de Phyro.

—¿Qué…?

—No es difícil figurárselo —dijo Ofluro—. Os dije que nunca revelaría secretos de inteligencia militar de Ukyu-taasa, pero seguíais interesado en que me uniera a vos. Aunque no sea un erudito ni un chamán, puedo imaginar que si no buscáis secretos militares debéis estar interesado en otro tipo de conocimientos… —levantó las manos, enganchó ambos pulgares y movió los dedos como si fueran las alas de un garinafin—. No sé cómo los conseguisteis, pero me imagino que queréis que Suca y yo os enseñemos a montarlos.

Phyro seguía pasmado.

—Pero… ¿lo sabíais? Podíais haber…

—¿Pensabais que iba a regresar junto a Tanvanaki para intentar utilizar esta información y lograr el rango de thane-lobo? —preguntó Ofluro—. No, *Rénga,* me caéis bien porque sois confiado y directo. Yo soy igual. Si alguien mirara a través de mi garganta o de la vuestra, apuesto que podría vernos hasta el culo, porque ninguno de los dos tiene las tripas retorcidas que hacen falta para contener complots de mierda.

La señora Suca estalló en carcajadas y el rostro de Phyro enrojeció de júbilo reprimido.

—En realidad, sospecho que tenéis el alma de un lyucu.

Incapaz de aguantar más, Phyro se rio a carcajadas.

—Ese no es un cumplido que se oiga mucho por aquí.

—Idos acostumbrando. Si os ponéis a ello, haré de vos un jinete pasable de garinafin. Pero vuelvo a advertiros: os enseñaré todo lo que sé de esas criaturas, cómo cuidarlas y montarlas adecuadamente, pero jamás participaré en ninguna triquiñuela contra mi pueblo ni os revelaré las debilidades de Ukyu-taasa.

—Trato hecho.

Súbitamente, desde algún lugar de las montañas cubiertas de nieve, una manada de lobos comenzó a aullar, y el viento transportó el sonido a millas de distancia.

—Hasta el lobo, pariente del lyucu, parece aprobar mi decisión —dijo Ofluro.

—El lobo es también el *pawi* de Fithowéo, nuestro dios de la guerra —dijo Phyro—. Es un buen augurio.

—Sea como sea, creo que ya basta de hablar —dijo Ofluro—. ¿Nos vamos?

—Ha estado muerto de aburrimiento —dijo la señora Suca, con una risita—. Es igual que su hijo por nacer; echa de menos el balanceo del vuelo.

—Como si tú no —dijo Ofluro—. La vida es demasiado corta para permanecer en el suelo. El aire es mucho más interesante. A propósito, *Rénga,* ya que conocemos vuestro secreto desde hace dos meses y hemos estado recorriendo Dara sin soltarlo, ¿sería posible que reconsiderarais la regla que nos impide a Suca y a mí salir de la base? Estaría bien poder ir a la ciudad de vez en cuando.

—Ya veremos —dijo Phyro con una sonrisa. Tras un instante, añadió—: A mi padre le hubiera encantado conoceros. Siempre quiso reunir a su alrededor personas interesantes, con talento.

Inició el camino hasta la aeronave que les llevaría a Tiro Cozo y Ofluro y la señora Suca le siguieron.

MIENTRAS TANTO, EN ALGÚN LUGAR AL NORTE DE LA ISLA GRANDE

«¿Por qué te entrometes en lo que no comprendes, Tazu? ¿Por qué persigues a un refugiado con odio implacable?».

«El odio no tiene nada que ver con esto. Forma parte de mi naturaleza desatar tormentas por gusto y sacudir los barcos de ola en ola para jugar».

«Entonces no me maldigas si yo muestro mi naturaleza».

«¿Es Kiji quien te ha metido en esto, Rufizo? Ese cabeza de chorlito es un pusilánime. No me digas que te pidió intervenir solo porque Tanvanaki invocó su nombre… Recuerda, ahora nos odian en Rui y Dasu; ¡nos llaman falsos dioses!».

«Entonces déjame demostrar que se equivocan».

En un momento, el cielo estaba en perfecta calma.

Un instante después, nubes turbulentas ocultaron las estrellas y la luna y mantas de agua empaparon las velas y convirtieron la cubierta en una pista de patinaje, como si estuviera engrasada.

La tripulación pirata corría de un lado a otro, gritando instrucciones para arrizar las pesadas velas empapadas. Savo, tan verde en la marinería como la bilis que vomitaba, intentaba no interponerse en su camino.

Se aferró al mástil para evitar ser lanzado al agua. Y en ese momento le pareció oír dos voces estridentes en el viento y las olas, discutiendo entre ellas. Una sonaba como el batido de alas de mil halcones mingén, y la otra como mil tiburones rechinando los dientes. Qué pequeño era un barco, qué insignificante la vida de un hombre, qué desamparados estamos todos cuando somos presa de las tempestades, sean naturales o fruto del hombre.

Y entonces una ola gigante se alzó imponente sobre el barco como la lengua encrespada de un monstruo del final de la Quinta Era, y supo que todo estaba perdido.

PARTE CUATRO

RAMAS ACARICIADAS POR EL SOL

CAPÍTULO VEINTINUEVE

EL GRAN EXAMEN

PAN: TERCER MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTISÉIS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

Entre los muros angulares y los tejados empinados del barrio académico de la ciudad, el Salón de Exámenes, de forma cilíndrica, sobresalía como una seta que brota en un montón de maderos esmeradamente cortados.

Y en este momento, el símil era aún más literal, porque los estudiosos amotinados habían arrancado puertas, contraventanas y tablas de las paredes de las residencias y las tiendas cercanas para construir altas barricadas alrededor del Salón de Exámenes.

Subidos a las barricadas, con los brazos enlazados, cientos de *cashima*, los estudiantes más prometedores de toda Dara no conquistada, habían bloqueado todos los accesos al Salón de Exámenes. Con los ojos clavados en los soldados que tenían enfrente, los estudiantes cantaban rítmicamente bajo la dirección de una mujer llamada Réza Müi, una estudiosa de Tunoa, hija de un soldado y una campesina:

—¿Nos da miedo ir a prisión?

—¡No!

—¿Nos vamos a rendir?

—¡Nunca!

—¿Qué queremos?

—¡Un examen de verdad!

…

Normalmente, a estas alturas deberían estar listas las clasificaciones del Gran Examen y publicada la relación de *firoa*, para que los *pana méji*, los mejores entre los mejores, pudieran empezar a prepararse para el Examen de Palacio. En todo caso, la situación actual no se parecía en nada a un Gran Examen normal.

Al comienzo de año, cuando los *cashima* se juntaban en Pan, Zomi Kidosu, la autoridad encargada del examen, había hecho el atrevido anuncio de que los candidatos de este año tendrían prohibido escribir en anu clásico, e incluso utilizar ideogramas combinados con

cuadrados de letras zyndari, como en ocasiones se hacía en los borradores de los documentos oficiales. Los ensayos tendrían que componerse en lengua vernácula y escribirse exclusivamente con letras zyndari. Además, en lugar de limitarse a citar a los clásicos anu, los examinandos tendrían libertad para utilizar experiencias de su propia vida a la hora de componerlos.

(El antiguo requisito que obligaba a citar únicamente a los clásicos anu obligaba a los candidatos a realizar juegos malabares para razonar sus pasiones. Çami Phithadapu, por ejemplo, tuvo que iniciar la redacción de su examen con una selección de citas de Poti Maji y Üshin Pidaji sobre el papel de las ballenas en la vida de los anu y las dificultades del parto —¡como si dichos hombres fueran una autoridad en la materia!— antes de dar un giro, a mitad del ensayo, para explicar las evidencias de la práctica de partería entre las ballenas. Incluso entonces, tuvo que «respaldar» las pruebas de sus propias investigaciones con citas de los clásicos que poco tenían que ver con el tema).

—Se acabaron las apelaciones forzadas a la autoridad dudosa de los clásicos, se acabó la conformidad obligatoria a los ideogramas rígidos y las formas literarias arcaicas de los clásicos anu —proclamó Zomi—. ¡Que comience una nueva era de librepensamiento, en la que la escritura se adapte a la lengua hablada!

Con incredulidad, los *cashima* solicitaron una aclaración a la corte.

No hay nada que aclarar, respondía la réplica —escrita en letras zyndari pinceladas sobre un rollo de seda con el sello oficial de la secretaria de clarividencia, tan incongruente como grabar en jade la contabilidad de un pescadero. *Cualquier examinando que utilice ideogramas será descalificado sumariamente.*

Los *cashima* solicitaron una audiencia con la secretaria de clarividencia, pero el resultado de la misma les puso aún más furiosos.

—Llevo años diciendo a las escuelas y academias de toda Dara que hagan hincapié en la enseñanza de la composición en letras zyndari —dijo Zomi Kidosu—. ¿Cuál es el problema exactamente?

—El único propósito de esa iniciativa era ayudar a los estudiantes de miras poco elevadas, para que pudieran llevar un libro de contabilidad o escribir cartas sencillas a sus socios comerciales, criados y aparceros —protestaron los representantes de los *cashima*—. Ninguna materia transcendente se enseña en lengua vernácula.

—Entonces tal vez sea el momento de que triunfen los estudiantes que han estado atentos a los cambios que se producían a su alrededor —dijo Zomi—. Con el auge del comercio y los viajes, cada vez hay más personas que escriben en lengua vernácula en Dara.

Al comprobar que la secretaria de clarividencia hablaba en serio, los *cashima* se marcharon desalentados y enfadados y Zomi pensó que el asunto estaba zanjado.

No obstante, la mañana en que estaba prevista la realización del Gran Examen, un gran contingente de examinandos bloqueó el acceso e impidió que entrara cualquier persona, negándose a retirarse incluso a la llegada de la secretaria de clarividencia para dirigir la prueba. Y cuando acudieron policías para retirar por la fuerza a los manifestantes se desató toda una revuelta. Por último, cuando se convocó a la guarnición de la ciudad con el fin de restaurar el orden, los *cashima* estaban encadenados en el Salón de Exámenes y habían proclamado el inicio de una huelga de hambre.

Aterrado ante el posible derramamiento de sangre, el primer ministro Cogo Yelu acudió al Salón de Exámenes para asegurar que los soldados no recurrieran a la violencia contra los estudiosos, la mayor parte jóvenes con poca experiencia mundana. A la caída de la noche, Zomi Kidosu se vio obligada a anunciar que el Gran Examen quedaba retrasado hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, las filas de manifestantes se multiplicaron al unirse al movimiento contra la devaluación de la enseñanza los eruditos que ejercían como profesores o desarrollaban investigaciones en la academia y los laboratorios imperiales. Algunos residentes de Pan se solidarizaron con quienes protestaban y les llevaron comida y bebida —la huelga de hambre quedó olvidada ante la euforia provocada por haber podido resistir las pretensiones de la secretaria de clarividencia, aunque fuera solo durante un día. Y los vendedores instalaron sus puestos cerca de la protesta para atender a la multitud de espectadores curiosos.

Zomi se negó a dar marcha atrás. Al día siguiente volvió a intentar inaugurar el Gran Examen.

Una vez más, los manifestantes la desairaron.

A la cuarta semana de las protestas, las peticiones del Colegio de Abogados denunciando a la secretaria de clarividencia se amontonaban sobre el escritorio de la emperatriz Jia, los narradores de historias empezaban a describir la heroica resistencia de los manifestantes en representaciones dramáticas repletas de detalles inverosímiles, gobernadores y nobles de todo el territorio enviaron mensajeros a la capital para implorar justicia para sus *cashima*, y funcionarios y ministros aguardaban con impaciencia el anuncio de la siguiente sesión de la corte para poder señalar a la emperatriz que, esta vez, la secretaria de clarividencia había ido demasiado lejos.

Pero no llegaba ninguna respuesta de palacio, excepto un silencio

ensordecedor.

Phyro salió furioso de la Cámara del Consejo Interno sin despedirse más que de Than Carucono y Zomi Kidosu.

¡Estúpidos! ¡Cobardes pusilánimes! ¡Ratas de letrina incapaces de ver más allá del lodo apestoso que tienen delante de sus narices!

Avanzaba a zancadas hacia la puerta oeste de palacio, que le llevaría al campo de vuelo, ignorando a las damas de compañía y cortesanos que se encogían apartándose de su camino, asustados de su oscura expresión. Estaba enfermo de tanta *cháchara*. Tenía que regresar a Tiro Cozo, donde *haría* las cosas que había que hacer.

¡Oh, madre, ojalá fueras tú la emperatriz de Dara! Estuviste al lado de padre en todas sus campañas; entendías lo que significaba tener que alzarse por el pueblo que sufría bajo el yugo de tiranos sedientos de sangre; no habrías dado la espalda al pueblo de Dara Irredenta. Si te hubieran hecho regente y no hubieras muerto en ese extraño accidente, ahora sería el verdadero emperador de Dara. Y el pueblo de Rui y Dasu tendría esperanza.

—¡Hudo-*tika*!

Ralentizó el pasó y vio que era su hermana pequeña, Fara, de pie en el sinuoso sendero que atravesaba el Jardín de Palacio, con una cesta en el brazo. Tras ella estaba la señora Soto.

—Ada-*tika* —dijo, relajando el rostro. Luego, más fríamente, saludó con la cabeza a su antigua institutriz—. Tía Soto. ¿Qué hacéis aquí?

—He venido a verte, desde luego —dijo Fara—. Aya y yo hemos pedido a la cocina imperial que preparen ricas bolas de arroz con pasta de loto y dátiles, tu plato favorito. ¿Quieres venir con nosotras y tía Soto de picnic al lago Tututika? Tenemos tres nuevos tés florales de Amu que quiero que pruebes. He hecho algunos acertijos de ideogramas que creo que te dejarán boquiabierto, y deberías ver lo que Aya ha hecho con mi aeronave…

—Lo siento, hermanita. No puedo. Tengo que regresar al trabajo inmediatamente —al observar el desánimo en su cara, suspiró—. Te agradezco las bolas de arroz. Las llevaré conmigo.

Fara apretó los dientes.

—Está bien, hay otra razón por la que quiero que vengas. Hay una crisis con el Gran Examen. He invitado en secreto a los estudiosos que encabezan la protesta para que se unan a nosotros. Si los escuchas y consigues mediar en su conflicto con Zomi, crecerá tu prestigio entre los eruditos de mayor rango. Si consigues su apoyo, Gimoto no tendrá ninguna oportunidad, por mucho que intente agradar a nuestra madre-tía.

—Escuchad a vuestra hermana —le instó la señora Soto—. Seguro

que los garinafins pueden esperar una tarde.

—¡La gente de Rui y Dasu está sufriendo! ¿¡Cómo puedo ir a beber té, a saborear aperitivos dulces y charlar con un puñado de ratas de biblioteca sobre sus carreras insustanciales!? —demasiado tarde, se dio cuenta de que su diatriba sonaba como una reprimenda—. No quería… Ya sé que tu intención es buena… Solo que no puedo.

—¿Debo entender que vuestra reunión con el Consejo Interno no ha ido bien? —preguntó la señora Soto.

Phyro suspiró y no dijo nada.

Había acudido a Pan para informar sobre sus progresos y hacer una petición. Ofluro y la señora Suca habían superado todas sus expectativas. Bajo su tutela, estaba seguro de poder contar con una poderosa fuerza de garinafins en un año más. Con los recientes informes de inestabilidad en Rui y Dasu, quería que la emperatriz autorizara la inmediata construcción de una flota invasora para liberar al pueblo de las islas conquistadas. No volvería a presentarse una oportunidad así.

Pero, excepto Zomi y Carucono, todo el Consejo Interno rechazó su propuesta. Algunos pedían a voces más fondos para las escuelas y las aeronaves de carga; otros advertían del peligro de provocar a los lyucu; hubo quienes citaron las advertencias de Kon Fiji sobre la guerra, mientras que otros insistieron en que las señales de inestabilidad en Kriphi eran una trampa de los lyucu. Cogo Yelu fue el peor, exponiendo un argumento tras otro sobre por qué era imprudente aumentar el presupuesto militar. La emperatriz apenas habló, pero al final se puso del lado de la mayoría. No habría fondos para una flota invasora.

—Jia no se ha olvidado del pueblo de Rui y Dasu —dijo Soto—. Pero lo que pedís es demasiado.

—¿Demasiado? —la sangre arrebató el rostro de Phyro—. Tiempo atrás, durante el reinado de los Cuatro Mares Plácidos, siendo Dara mucho menos próspera, conseguimos reunir una gran flota de aeronaves equipadas con lanzas y flechas sedamóticas para repeler a los lyucu en el golfo de Zathin. Y ahora, tras ocho años de paz y crecimiento, ¿no somos capaces de encontrar el dinero para repetir la misma hazaña?

—Recordad que vuestra madre-tía piensa a largo plazo, en lo que puede suceder cuando un estado se dedica a la guerra. Hace ocho años, cuando estaba en juego la propia supervivencia de Dara, no había más elección que dedicar todos los recursos de la nación a la batalla del golfo de Zathin. Pero recordad a qué velocidad licenció a los veteranos tras el acuerdo de paz, descartó los navíos y el

armamento caros para poder reasignar sus componentes al uso civil, retiró del mando a generales y almirantes…

—Nunca comprendí lo que hizo. Parece tener un rechazo instintivo hacia los hombres y mujeres de guerra.

—Lo tiene —dijo Soto—. Y, como os dije en una ocasión, está relacionado con lo que tuvo que soportar durante el ascenso de vuestro padre. Pero aún le pesa más haber visto que la dedicación a la guerra puede arruinar una nación. Los estados Tiro bajo el mando del hegemón mantenían grandes ejércitos permanentes, y durante los años de la guerra del Crisantemo y el Diente de León dominaron la vida política en todos los estados. Ningún general y ningún almirante querían ver sus ejércitos reducidos, por lo que cada año solicitaban más navíos, más aeronaves, más soldados, más caballos; los comerciantes y fabricantes que engordaban gracias a los gastos militares sobornaban a los funcionarios y solicitaban a la corte cuotas mayores del presupuesto; todos los hombres y mujeres ambiciosos comprobaban que el acceso a la red de influencia militar era la mejor manera de prosperar. Al final, el ejército se convirtió en la garra que asfixió el cuerpo del estado…

—Puede que eso sea lo que ella te cuenta —dijo Phyro—. Pero yo creo que existe una explicación más sencilla. Mi madre-tía ama demasiado el Sello del Diente de León y me ve como una amenaza.

Fara ahogó un grito y miró alrededor para comprobar si alguien más había escuchado el imprudente comentario.

—Sois injusto con ella —dijo Soto, con voz acalorada—. ¿Habéis olvidado el destino de Métashi, el general más poderoso de los estados Tiro? Acabó despedazado por tres generales cuyas ambiciones fueron alimentadas por el ejército cada vez mayor de un estado militarizado. Cuando un ejército se queda sin enemigos, inevitablemente se vuelve contra su propio pueblo. Ella intenta protegerte…

—Hablas de peligros lejanos más allá del horizonte y de riesgos teóricos en las brumas del tiempo —dijo Phyro, sin importarle quién pudiera oírle. En el rostro se le reflejaba la frustración sufrida en el Consejo Interno—. Ahora es imprescindible fortalecernos militarmente. Cuando el Muro de las Tormentas se abra dentro de dos años y los lyucu obtengan refuerzos, será demasiado tarde para contener la invasión. Ahora es el momento de preparar el ataque.

—Jia cree que Théra logrará sus propósitos. No llegarán refuerzos —dijo Soto.

Phyro soltó una risa áspera, que sonó como un ladrido de incredulidad.

—Tengo tanta fe en mi hermana como cualquiera, pero es absurdo

confiarle nuestro destino a ella, que está allende los mares, como lo sería confiar en que los dioses acudirán en nuestra ayuda porque somos buenos y piadosos. Los dioses ayudan a quienes se ayudan a sí mismos. ¿De verdad cree mi madre-tía que los lyucu se darán por vencidos y se irán a casa si nos cruzamos de brazos sin hacer nada?

—Yo tampoco sé cuáles son los planes de Jia —confesó Soto—. Siempre ha sido muy sutil en su forma de pensar. Pero si creyeras en ella y le dieras más tiempo…

—¡El pueblo de Rui y Dasu no tiene más tiempo!

Le hizo una reverencia y dio un rápido abrazo a Fara, susurrándole al oído:

—Cuídate. Sé que tienes buenas intenciones, pero no se puede obligar a nadie a vivir una historia que no siente como propia.

Acto seguido se retiró a grandes pasos, sin mirar atrás.

Fara observó en silencio partir a su hermano. Luego dio una patada al suelo, limpiándose enojada las lágrimas de frustración.

—Lo único que está en tu mano es ofrecerle consuelo —dijo Soto suspirando—. Él decidirá si lo acepta o no.

—Olvídalo —dijo Fara sorbiéndose los mocos—. Estoy harta de política. ¡Puede que esté harta de toda esta familia!

Ninguna de las dos prestó atención a los dos grandes cuervos, uno blanco y otro negro, que echaron a volar desde una rama cercana.

Los cuervos se posaron cerca del estanque, en la gran formación rocosa cercana a la cámara oscura. La carpa dorada nadó hasta a la superficie.

«¡Ojalá Jia colaborara con Phyro…».

«… en lugar de pelear con él como si fueran enemigos mortales!».

«Hermanas, no podéis obligar a ir por el mismo camino a dos mortales que quieren llegar a lugares diferentes».

«¿Así que ahora eres una experta en psicología mortal?».

«¿Así que vas a iluminarnos sobre los planes de Jia?».

«¡Esperad, esperad! No os hagáis las ofendidas, Kana y Rapa. Solo estoy señalando que podemos guiar y dar empujoncitos, pero al final los mortales, como sus hijos, van adonde quieren».

«Tututika, si tu protegido hubiera mediado con más éxito entre su hermano y su madre-tía…».

«… estaríamos más cerca de conseguir lo que necesitamos y de estar donde queremos estar».

«Pero, hermanas, de lo único que habláis es de lo que queréis vosotras. ¿Qué hay de lo que yo quiero? No todos queremos lo mismo. Fithowéo quiere ver a Phyro a la cabeza de un gran ejército, sin pensar en las consecuencias; vosotras dos queréis ver triunfar a Dara sobre los lyucu, por

la fuerza o por la astucia; Kiji quiere salvar al pueblo de Rui y Dasu así como a los lyucu, pero no sabe cómo; Rufizo se mantiene ocupado rescatando refugiados; yo solo quiero que todos se lleven bien y dejen tranquila a mi princesa favorita; y Tazu…».

«Nadie sabe lo que quiere esa vorágine mental atrapapeces».

«Correcto. Pero si ni siquiera podemos ponernos de acuerdo en lo que queremos, ¿cómo vamos a guiar a los mortales?».

«Echamos de menos a Lutho. Él era el único de nosotros que siempre sabía qué hacer».

Zomi Kidosu atravesó el pequeño puente arqueado de las Reglas y penetró en la sección privada de palacio, donde la familia imperial se retiraba a resguardo de la mirada pública. El frío de comienzos de primavera la hacía tiritar en su vestido formal de la corte, bordado con estilizadas balanzas que pesaban pescado, el símbolo que había adoptado para los clarividentes.

No tenía ganas de venir, especialmente ahora, cuando se encontraba empantanada en un embarazoso punto muerto, cuando todos dudaban de su competencia. Pero tenía necesidad de algunas cosas que solo la emperatriz le podía proporcionar: autoridad, claridad, dirección.

Aunque nunca la llamaba *Rénga*, después de años de trabajar con la emperatriz había aprendido a admirarla. Jia era algo así como una madre, una maestra, un adversario, una amiga, y a veces ninguna de esas cosas. Era incapaz de comprender a Jia. Cuantas más cosas sabía sobre la emperatriz, menos la conocía.

Ahora Zomi la necesitaba.

Observó el Jardín de Palacio. Sus ojos se demoraron en un invernadero —que ocupaba el lugar donde el emperador Ragin había conversado con Luan Zyaji, su maestro, junto a un bancal de taro; en un área con hierbas diversas —que crecían donde Zato Ruthi recorrió en una ocasión un laberinto de setos mientras discutía de moralismo con su estudiante favorito, Timu; en un bancal de bayas silvestres —plantadas donde en una ocasión Théra, su amada Théra, había interrumpido a Zomi, que se apresuraba para acudir a un encuentro con la emperatriz Jia que cambiaría el destino de Gin Mazoti.

Todo cambia. La tierra pertenece a los que viven, no a los muertos, pensó Zomi Kidosu. *Pero ¿qué hay de aquellos que están vivos pero fuera de nuestro alcance?*

Zomi miró entre las flores y le pareció ver de nuevo la esbelta figura de esa muchacha que solía revolotear por el jardín como un gracioso dyran y que la detuvo en su camino, balbuciendo incoherentemente y ruborizándose de furia; le pareció oír de nuevo la

risa ligera de esa joven que una vez se sentó con ella sobre un acantilado, tomándole de la mano y observando el mundo vivificado por la lluvia; le pareció sentir de nuevo el calor de su aliento en sus propios labios y el latido de su corazón contra el de ella.

Oh, Théra, ¿dónde estarás ahora? ¿Te encuentras bien?

Su evocación se vio rota por una repentina carcajada masculina. Arrugó la frente.

Dos jóvenes, poco más que adolescentes, salieron corriendo de detrás del invernadero, riendo nerviosamente y chistándose el uno al otro mientras se escondían detrás de un grupo de grandes macetas. A Zomi sus caras apuestas le resultaban familiares, pero no podía recordar sus nombres —la emperatriz cambiaba sus jóvenes juguetes con tanta rapidez que no valía la pena aprenderse los nombres.

—El primero al que agarre tendrá que dormir esta noche en el suelo —dijo una voz cariñosa, una voz que decidía el destino de millones de personas con una sola palabra.

Zomi se mantuvo muy erguida e hizo una reverencia en *jiri* en la dirección de la voz. Los arbustos que bordeaban el sendero del jardín se abrieron para mostrar a Jia Matiza Garu, emperatriz y regente de Dara.

La emperatriz llevaba una túnica carmesí y dorada de seda muaré de corte clásico, que le sentaría bien a un erudito de su nativa Faça —aunque la combinación de color y el bordado de estilizados dientes de león alrededor del cuello y los puños de las largas mangas drapeadas estaba reservada para los miembros de la familia imperial. Calzaba zuecos de madera sujetos con cordones de piel que le facilitaban caminar sobre superficies embarradas. Últimamente, cuando no asistía a la corte, Jia solía optar por túnicas de estilo masculino en lugar de vestidos femeninos, y su estilo había inspirado a muchas imitadoras en Pan, donde las grandes señoras y las comerciantes que anhelaban ser vistas y admiradas desfilaban por la capital con túnicas.

La relevancia de la emperatriz como icono de la moda no era algo totalmente inesperado. A sus cincuenta y tantos años, poseía la belleza de un arce rojo y un ginkgo dorado en otoño, más radiantes y majestuosos que el incipiente verdor puro de la primavera y el exuberante verde natural del verano. Aunque su refulgente pelo rojo estaba adquiriendo una tonalidad plateada mate, su mirada se había hecho más intensa y atrayente, y hacía temblar, incapaces de mirar hacia otro lado, a aquellos que se atrevían a mirarla directamente a los ojos.

Jia echó un vistazo alrededor, buscando a sus jóvenes amantes. Cuando sus ojos tropezaron con Zomi, la saludó con la cabeza, sonrió

y le hizo señas para que se acercara.

—Réré y Momo, no puedo seguir jugando. Id a la cocina y pedid que lleven un servicio de té al Pabellón Bañado por la Luna.

Zomi acentuó la reverencia para ocultar la involuntaria sonrisa de su rostro. Era evidente que ni siquiera la emperatriz se molestaba en aprender los nombres de sus compañeros de cama y se limitaba a llamarles con apelativos cariñosos, más propios de gatitos.

Recibía un constante suministro de hombres nuevos que pensaban que podían conseguir el favor de la persona más poderosa del estado con sus habilidades de alcoba, y así ganar poder para ellos y sus familias. No obstante, aunque la emperatriz colmaba a sus amantes de lujosos regalos y les consentía todo tipo de caprichos, nunca tomó un consorte y siempre los mantenía estrictamente apartados de los asuntos de estado. El absoluto desapego de la emperatriz por la castidad era una constante fuente de irritación en los eruditos moralistas más ancianos, pero Zomi encontraba la situación simplemente divertida. Su propio maestro, Luan Zyaji, daba poca importancia a los modales tradicionales de los moralistas, y Zomi sospechaba que Jia se entregaba a esas prácticas tanto para hacer ostentación de su poder como por disfrutar de los placeres de la carne.

Zomi se compuso, se enderezó y se acercó a la emperatriz. La pareja comenzó a pasear sin prisas por el jardín en dirección al santuario del Capullo Translúcido, una de las estructuras más altas de palacio. Junto al mismo se levantaba un pabellón construido a orillas de un lago alimentado por el riachuelo que Zomi acababa de cruzar.

De vez en cuando Jia se detenía para examinar una hoja o para oler una flor, tomando notas en una barra de cera remetida en su pretina.

Zomi, que caminaba unos pasos por detrás, pasaba revista a sus enmarañados pensamientos. Había varios asuntos que necesitaba consultar con la emperatriz. El Consejo Interno celebrado ese mismo día había estado dominado por la solicitud de ampliación del ejército de Phyro, y no dejó tiempo para otros debates. En todo caso, ella se sentía más cómoda planteándolos en audiencia privada, sin la distracción de los atropellos burocráticos y la necesidad de actuar delante de otros. Decidió comenzar con el asunto más sencillo.

—El mes pasado hemos recibido treinta y cinco balsas de refugiados de Rui y Dasu, más del doble que el mes anterior.

—¿Qué cuentan que está pasando en las tierras irredentas? —preguntó la emperatriz. Se detuvo junto a un enrejado cubierto de enredaderas, agarró unas tijeras de podar y comenzó a cortar los brotes descuidados.

Zomi suspiró. La emperatriz nunca preguntaba por el bienestar de

los refugiados, y solo se preocupaba por la información que aportaban. Aunque siempre hablaba del bienestar del «pueblo de Dara», en raras ocasiones se centraba en alguna *persona* de Dara. Era una paradoja.

—Muchos cuentan atrocidades —dijo Zomi, esforzándose por evitar que la emoción traspasara a su voz. Por muchas veces que leyera relatos similares, nunca perdían el poder de conmoverla, de abatirla, de perseguirla—. Masacran aldeas enteras por la más mínima ofensa, y los eruditos en especial están siendo el centro de los abusos. Ejecutados por fuego de garinafin… —su voz se quebró. Los recuerdos de los últimos momentos de Aki Kidosu, su madre, acudieron sin quererlo a su mente y la imposibilitaron acabar su explicación.

Jia no dijo nada.

Zomi aguardó hasta que la rabia, la pena y el odio se fueron diluyendo en su interior como una marea que sube y luego se retira. Tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Los detalles están en mi informe. No hay noticias fidedignas del príncipe Timu, ya que los refugiados proceden de pequeñas aldeas y no saben nada de los tejemanejes de la corte.

Observó que las manos de Jia temblaron por breves momentos antes de recobrar su firmeza.

—¿Tus funcionarios interrogaron a los refugiados antes de que estos tuvieran oportunidad de hablar con los refugiados que ya están reasentados?

La inesperada pregunta desconcertó a Zomi.

—No… no estoy segura. Creo que en algunos casos los funcionarios priorizan la reunificación de las familias separadas antes de entrevistarles. En ocasiones los refugiados reasentados también toman parte en las operaciones de rescate.

La emperatriz detuvo abruptamente la poda, dejó las tijeras y se alejó, y el frufrú de sus mangas dio muestra de su desaprobación.

Tras un instante de estupefacción, Zomi echó a correr tras ella.

La emperatriz caminó deprisa durante un rato y luego tomó aire antes de hablar en un tono calmado.

—Zomi, eres la secretaria de clarividencia. Tu trabajo es recoger inteligencia, del interior y del exterior. Las únicas maneras que tenemos de saber lo que realmente pasa en la política lyucu son las visitas con el tributo y estos refugiados. ¿Cómo puedes ser tan descuidada?

—Me temo que no comprendo.

—Cada nueva balsa con refugiados es una valiosa fuente de información sobre los lyucu, y resulta vital que no se contamine antes

de extraerles la información que puedan aportar. Si hablan antes con los refugiados ya asentados, pueden hacerse a la idea del tipo de historias que suscitan más simpatía en los funcionarios locales, lo que llevaría a una exageración de las atrocidades de los lyucu o a la repetición de lo que ya hemos oído.

Zomi se ruborizó y su voz se elevó.

—No puedo imaginar que los refugiados mientan…

—No estoy acusando a los refugiados de *mentir* deliberadamente. Pero he leído cientos de esos informes, y algunos de ellos son notablemente parecidos, incluso en los detalles de los métodos particularmente espantosos de ejecución y en lo que los comandantes lyucu supuestamente dijeron. Es parte de la naturaleza humana querer maximizar las simpatías que uno recibe y elaborar un relato que se aproxime a lo que uno piensa que desea oír la audiencia. Al no aislar a los refugiados de potenciales consejos, puede que les permitáis inadvertidamente que hagan hincapié en las historias que creen que queremos oír y omitan detalles que pudieran ser realmente novedosos.

Aunque alterada por la actitud calculadora de Jia, Zomi tuvo que admitir que la emperatriz tenía algo de razón.

—Os ofrezco disculpas por mi descuido. Perfeccionaré el protocolo de recepción de los refugiados para limitar los contactos no supervisados entre refugiados reasentados y recién llegados aún bajo observación.

—No careces de perspicacia, Zomi —dijo Jia—, pero te falta… la disposición a reconocer la complejidad del corazón humano. Quieres que el mundo sea blanco y negro, bueno y malo, mentiras y verdad. Pero trabajar con personas es mucho más complicado que trabajar con máquinas.

Zomi no estaba segura de coincidir con esta valoración. Pero no tenía sentido discutir esa opinión lanzada de pasada.

—Este repentino brote de represión indica que la revocación de las políticas de acomodo en Dara Irredenta puede ser permanente, pero no comprendemos las razones que pueda haber por detrás.

La emperatriz hizo algunos ruidos evasivos, como si el tema no le interesara. De hecho, estuvo a punto de reprimir un bostezo y sus ojos parecían cansados. Zomi había oído que tenía problemas para dormir por la noche, y que a veces se echaba la siesta en el jardín durante el día, acompañada por sus jóvenes amantes. Los doctores imperiales habían insinuado discretamente a la emperatriz que tal vez debería moderar sus asuntos amorosos, pero Zomi dudaba de que ese fuera el diagnóstico correcto.

Continuó.

—Durante el viaje con el tributo de primavera, Noda Mi volvió a insinuar a la señora Ragi que los piratas estaban realizando incursiones para buscar talentos cerca de Dimu y Dimushi por encargo de los lyucu. Creo que debemos actuar al respecto y no limitarnos a la vigilancia para proteger a nuestro pueblo.

—¿Qué tienes en mente? —habían llegado caminando hasta el Pabellón Bañado por la Luna, donde los criados tenían dispuesto un servicio de té con un surtido de pastas. Jia hizo un gesto a Zomi para que se sentara frente a ella. La emperatriz dobló las piernas en *géüpa* y la secretaria de clarividencia la imitó.

Zomi hizo una inspiración profunda. Los temas que quedaban pendientes eran más complicados.

—La mejor defensa es el ataque. Quiero que una expedición naval peine el mar al sur de la península de Karo y lo limpie de piratas. Tras la reducción del presupuesto naval de los últimos años, algunos piratas atrevidos han empezado a fondear cerca de Écofi.

—¿Has hablado con Than al respecto? —preguntó Jia—. Siempre está reclamando más tareas.

—Lo he hecho. Opina que puede destinar navíos de superficie y aeronaves para esa expedición.

—¿Quién quiere que la dirija?

—Estaba pensando dirigirla el mismo, con… el emperador como supervisor.

Zomi aprovechó el silencio de la emperatriz para servir el té a las dos.

Jia, siempre recelosa de los comandantes militares independientes, había instituido un sistema de supervisores militares. Cada comandante de una división del ejército, flota naval o ala de aeronaves tenía que compartir la autoridad con un supervisor nombrado por el trono. Los supervisores, funcionarios civiles en vez de oficiales de carrera, cuya autoridad dependía de la aprobación imperial y no del respaldo de sus soldados, servían para controlar a los comandantes ambiciosos. Se suponía que debían aconsejarles sobre estrategia, supervisar la instrucción y la logística y garantizar que los informes sobre los logros en el campo de batalla fueran rigurosos. Y, sobre todo, las grandes maniobras y despliegues militares debían contar con la aprobación tanto del comandante como del supervisor.

Jia estaba resuelta a que no volviera a repetirse una rebelión como la de Théca Kimo ni los horrores de los generales que se alzaban contra sus soberanos, que fueron tan frecuentes en tiempo de los estados Tiro.

Dado el vehemente respaldo de Than al llamamiento del emperador

a invadir las islas septentrionales perdidas, no hay duda de que planeaba que la expedición antipiratería fuera una manera de que el propio emperador adquiriera experiencia de combate y consiguiera una base leal dentro de la armada.

—No —dijo la emperatriz, tal y como Zomi esperaba—. El Trono del Diente de León sería el hazmerreír del mundo entero si tuviéramos que enviar al primer almirante de la armada y al propio emperador para perseguir a los piratas. La misma idea resulta ridícula.

—Lo mismo pensé yo —dijo Zomi. Aunque carecía de un don natural para la política, *había* aprendido unas cuantas cosas en los años al servicio de la emperatriz—. Tengo una propuesta alternativa para el liderazgo de la expedición.

—¿Quién?

—Aya Mazoti, la princesa imperial.

Jia dio un sorbo al té y partió de forma distraída una galleta de soja en dos mitades con un cuchillo de marfil. Tomó una de las mitades y empujó el plato hacia Zomi, alzando una ceja de manera inquisitiva.

Zomi habló apresuradamente.

—Aunque solo tiene dieciocho años, Aya ha estado inmersa en el arte de la guerra desde que era niña. Desde la muerte de la mariscal, la meta de toda su vida ha sido siempre llegar a ser tan hábil en la guerra como lo fue su madre. Destaca en equitación y en tiro al blanco y sus instructores de esgrima informan de su constante progreso. Como editora del tratado sobre la guerra de la mariscal, conoce sus enseñanzas de memoria…

—Estoy totalmente al corriente de sus habilidades como *estudiante* de guerra —y no precisamente por tu interminable arenga—, pero no tiene ninguna experiencia de combate real…

—Razón por la cual es tan importante ofrecerle esta oportunidad de obtener experiencia de campo. Si lo pensáis, es realmente la perfecta…

—Ya basta. No sigas.

Muy a su pesar, Zomi tuvo que tragarse el resto del discurso.

La emperatriz miró a Zomi fríamente.

—¿De qué va todo esto? ¿Estás segura de que la estás recomendando por sus méritos? ¿O estás influida emocionalmente por su parentesco?

¿No será también tu desconfianza hacia Aya una reacción emocional a su parentesco? Pero Zomi apretó los dientes y reprimió la réplica justo a tiempo.

A decir verdad, Zomi no estaba segura de que la emperatriz estuviera completamente equivocada. Luan Zyaji, como su maestro, y

Gin Mazoti, como su mecenas y benefactora, eran como otros padres para ella. Era natural que sintiera cariño por su hija. Además, a Zomi le reconcomía la culpa por su propio papel en la desgracia de Gin, y no podía evitar el deseo de ofrecer a la joven cualquier oportunidad. Cuando Aya fue adoptada por la familia imperial tras la muerte de su madre, Zomi se interesó especialmente por su educación, y la princesa había intentado agradarla especializándose en estrategia y tácticas militares.

—El linaje de Aya no es sino un valor añadido a sus calificaciones, y no le resta méritos —dijo Zomi testarudamente—. Tiene la inteligencia de su padre y el instinto de victoria de su madre.

Zomi se calló. Para ser completamente sincera consigo misma, tenía que admitir que ese era un elogio excesivo. Aya era estudiosa y muy trabajadora, pero no era una estudiante extraordinaria. De hecho, al haber sido ella misma una estudiante tan ágil, Zomi solía perder la paciencia con Aya cuando la princesa requería más instrucción para captar algún punto. Con frecuencia sus sesiones acababan con la joven sumida en lágrimas.

Se suponía que el tratado sobre la guerra de Gin Mazoti había sido concluido *post mortem* por Aya, pero en realidad Zomi había hecho gran parte del trabajo sin pedir reconocimiento por ello. A veces pensaba que la joven princesa mostraba más interés por actividades intranscendentes como decorar tartas con Fara y diseñar mobiliario confortable que por las tácticas y la historia de la guerra, materias que estudiaba más por obligación que por devoción. Aun así, Zomi se consolaba pensando que Aya probablemente era una planta de floración tardía.

—Forma parte de su naturaleza ser una gran estratega —dijo a la emperatriz.

—También muestra signos de la temeridad de su padre y de la arrogancia de su madre —dijo Jia—. Cuanto más le dices que es una gran general, más se acrecientan sus defectos.

—No estoy de acuerdo con esa valoración. E incluso si lo hiciera, la solución correcta sería atemperarla con experiencia, no evitar que…

—Podemos discutirlo todo el día sin llegar a nada.

Zomi se quedó mirando a la emperatriz. Luego, abruptamente, se levantó, se retiró de la mesa, se arrodilló en *mipa rari*, y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente.

—¿Qué haces? —preguntó Jia.

—No voy a discutir más —dijo Zomi sumisamente—. Nunca os he suplicado nada, majestad imperial. Así que, por favor, concededme esto.

Jia se mantuvo en silencio un buen rato y Zomi se negó a sentarse.

Por último, Jia suspiró.

—Está bien. Puede dirigir la expedición. Solo espero que esto sea tan beneficioso para ella como pareces pensar que lo será.

Zomi se enderezó con los ojos llenos de gratitud. Luego volvió a tocar el suelo con la frente.

—Ya es suficiente —dijo Jia—. ¿A quién sugieres como supervisor?

Zomi se enderezó y caminó de rodillas hasta la mesa, recolocándose en *géüpa*.

—¿Qué os parece Gori Ruthi?

—¿El marido de Ragi?

Zomi asintió.

—Es cumplidor, competente y de amplias miras, aunque en ocasiones puede resultar altanero. Ha tenido algunas experiencias con los lyucu como clarividente y puede ser de gran ayuda para Aya —no añadió que pensaba que su relación con la señora Ragi probablemente despejaría los recelos de la emperatriz, que confiaba plenamente en Ragi.

—Perfecto. Comunica a Than mi decisión y que Aya parta a Ginpen, la base de la flota, para iniciar los preparativos de la expedición a la península de Karo. Dile a ella que sea discreta respecto a su viaje. No hay ninguna razón para facilitar demasiado el trabajo de los espías avisándoles con antelación.

Zomi asintió.

Lo que el emperador necesita por encima de todo son comandantes jóvenes y capacitados que compartan su visión, pensó Zomi. *Si con esta experiencia Aya se convierte en lo que está destinada a ser, será como entregar al emperador otro brazo armado. Solo entonces podrá liberarse mi isla; solo entonces podrá salvarse mi pueblo.*

—¿Hemos terminado? —la emperatriz reprimió otro bostezo y luego dio un sorbo a su té.

Zomi apretó la mandíbula. Era evidente que la emperatriz no se lo iba a poner fácil.

—Hay otra cuestión… la cuestión del Gran Examen.

—Ah, supongo que me has traído la lista de *pana méji,* ¿no?

—No… no la tengo. Como sabéis, las protestas me han impedido realizar el examen.

—¿Impedido? Creía que lo tenías completamente bajo control, razón por la cual no habías cambiado de estrategia en casi un mes.

Zomi se ruborizó al oír esta regañina velada.

—No comprendo la intensidad y la persistencia de las protestas, o por qué están siendo tan… obstinados.

La emperatriz contuvo la risa.

—Está bien, puedes desahogarte conmigo si lo deseas. Sé que te sientes agraviada.

—Me *siento* agraviada —dijo Zomi—. Es especialmente irritante observar que algunos de los *cashima* amotinados más bocazas proceden de las regiones más pobres de Dara, en donde la enseñanza en anu clásico nunca podrá competir con las escuelas especializadas de lugares como Haan o La Garra del Lobo. La cabecilla de las protestas, Réza Müi, ¡es hija de una campesina sin tierras, como yo! Estos candidatos serían los más beneficiados si hiciésemos el cambio a la lengua vernácula.

—¿Eso crees? —cuestionó Jia—. No lo sé… La ventaja de realizar los exámenes en ideogramas y limitando las citas de autoridades a los clásicos anu es la normalización. Así, al menos todo el mundo, ricos y pobres, tienen que estudiar los mismos libros. En realidad, cambiar a la lengua vernácula y ampliar los ensayos a las experiencias vitales beneficiaría más a los ricos y privilegiados, pues sus hijos podrían explayarse narrando vidas mucho más ricas: viajes a metrópolis lejanas, arte, música, contactos con la élite de la sociedad, etcétera.

Zomi se quedó atónita.

—Pero… mi intención era… lo que intentaba…

—A veces lo que se intenta y lo que se consigue son cosas diferentes. Puede que los alumnos menos privilegiados tengan otras razones para oponerse a tus reformas. Puede que, a diferencia de los estudiantes de Haan o de La Garra del Lobo, que piensan que la obtención de un rango elevado en el Gran Examen simplemente reconoce su ya demostrada brillantez, estos otros estudiantes teman que si logran situarse entre los *firoa* como resultado del cambio a la lengua vernácula, sus logros se consideren devaluados y deslucidos, que no equivalgan a una victoria plena.

—Eso es ridículo y demuestra poca visión de futuro —dijo Zomi—. Si es así como piensan, también es egoísta. El cambio a la lengua vernácula escrita en letras zyndari no solo sirve para su progreso individual; es en beneficio de toda la gente empobrecida de Dara, sin acceso a…

—No necesitas…

Pero habiéndose ya lanzado a una de sus apasionadas diatribas, Zomi no pensaba detenerse.

—La política encaminada a estimular el uso de letras zyndari era algo que apoyabais, y yo pensaba, después de todos estos años, que al menos *algunos* de los profesores de las academias entenderían mis razones. El uso de letras zyndari promueve la alfabetización tanto en

niños como en adultos, y el uso de documentos vernáculos por el gobierno ha permitido que cientos de miles de personas ya no teman a los recaudadores de impuestos y a los magistrados, y sean capaces de redactar sus propios contratos y arrendamientos. Pero en las escuelas continúan obsesionados con los ideogramas…

—La razón y la lógica no pueden dar respuesta a todas las preguntas —dijo Jia—. Llevas años explicando en profundidad las ventajas del cambio a la lengua vernácula en la escritura. Nadie discrepa contigo en las evidencias que pueden ser calibradas, pero no has tenido en cuenta las evidencias de sus corazones.

—¿Qué… qué queréis decir?

—Zomi, dime, ¿dónde están los últimos registros del censo de Géjira?

—Supongo que… deben estar en algún lugar de la oficina de registros del Tesoro Imperial. No lo sé exactamente.

—Entonces dime dónde está *Gitré Üthu*.

Zomi no entendía por qué la emperatriz sacaba a colación el viejo libro de notas de Luan Zyaji, en el que registró sus observaciones sobre los lyucu y los cálculos originales relativos al Muro de las Tormentas. Esas preguntas no venían al caso.

—Está en casa, sobre el escritorio junto a mi cama.

—Es interesante que solo puedas imaginar en qué edificio se encuentra uno pero conozcas de memoria la situación exacta donde encontrar el otro… Si el monte Kana y el monte Rapa estuvieran a punto de entrar en erupción y de destruir Pan, y solo tuvieras tiempo de salvar un libro, ¿correrías al Tesoro Imperial para salvar los registros del censo o salvarías *Gitré Üthu*?

—*Gitré Üthu,* por supuesto.

—Pero ¿por qué? Los conocimientos registrados en el viejo libro de Luan están desfasados y no tienen un uso práctico, mientras que los registros del censo serían inestimables para el esfuerzo de la reconstrucción. ¿Cómo justificas tu decisión? Muéstrame evidencias y algunos hechos. Justifica tu cálculo.

Zomi no dijo nada.

La emperatriz siguió hablando.

—Hace años, Tanvanaki nos pidió todas las joyas que llevábamos encima como tributo. Yo perdí entonces varias piezas de jade de incalculable valor y, hasta el día de hoy, no puedo aparecer en la corte con todos los atributos exigidos por el protocolo. Si pudieras recuperar una sola pieza de joyería de las que nos arrebataron aquel día, ¿cuál sería?

Casi a regañadientes, Zomi dijo:

—El collar de bayas de zomi que me regaló mi maestro.

—Durante la batalla del golfo de Zathin perdimos innumerables armas y máquinas de guerra muy valiosas. Algunas de las lanzas sedamóticas de punta de diamante valían tanto como la recaudación anual de impuestos de toda una ciudad. Si pudieras recuperar una sola pieza de armamento de aquella batalla, ¿cuál sería?

—Na-aroénna, La que Acaba con las Dudas, la espada que blandía la mariscal.

—¿Y si te pidiera que cambiaras el signo de los clarividentes a la ortografía zyndari del nombre, para que todos pudieran leerlo fácilmente, lo harías de buena gana?

Una vez más, Zomi guardó silencio.

—En todas estas decisiones te ha guiado el sentimiento más que la razón, has valorado lo que tiene un mayor significado por encima de lo que puede calibrarse como de mayor uso y valor. ¿Cómo puedes culpar a los *cashima* por hacer lo mismo?

—¡Eso no tiene nada que ver! No podéis comparar una conexión personal con…

—Pero *claro* que tiene que ver. Los ideogramas anu son historia. Nos conectan con nuestro pasado, con las gestas del héroe Iluthan en las Guerras de la Diáspora y con las leyendas de los grandes sabios anu en el tiempo anterior a los estados Tiro. Las letras zyndari, por el contrario, se inventaron para ayudar a los comerciantes a llevar los libros de contabilidad, para permitir a los artesanos tomar nota de sus medidas, y para que los escribanos del gobierno transcribieran en taquigrafía los discursos que luego se convertirían en ideogramas permanentes. Siempre han sido meramente funcionales, carentes de la belleza y el prestigio de los ideogramas.

—Yo también amo la belleza de los ideogramas, pero esa belleza tiene un coste. Y sí, admito que los ideogramas permiten retruécanos visuales y poesía geométrica, acertijos con los que a los eruditos les encanta epatar a sus colegas, e interminables pasatiempos que disfrutan jugando las personas ricas y bien educadas en momentos de ocio. Peros estos méritos no pueden compararse a los beneficios que tienen para los pobres…

—No dejas de mencionar los beneficios *para* los pobres, pero los *cashima* pobres ya se han vuelto en tu contra —dijo Jia—. ¿Cuándo fue la última vez que manejaste una azada o una guadaña? ¿Cuándo fue la última vez que pasaste un día en el océano capturando pescadillas o anguilas? ¿Cuándo fue la última vez que tuviste que suplicar a un *toko dawiji* que te escribiera una carta? ¿Cuánto tiempo llevas en Pan? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo esta vida, siendo una

de las personas más poderosas de las islas?

Sentía las palabras de la emperatriz como bofetadas. Zomi siempre había estado orgullosa de proceder de una familia pobre, como si su humilde condición de nacimiento le otorgara un tipo de autoridad moral de la que otros carecían. Pero ahora la emperatriz la acusaba de estar desconectada, alejada de sus raíces.

—¡Yo sé lo que es ser pobre! Podría vivir aquí cien años y no olvidarme del sabor de las orugas encurtidas. ¡*Sé* lo que es bueno para ellos aunque ellos no lo sepan!

La emperatriz suspiró.

—Nadie te está acusando de tu falta de conocimiento o de que hayas olvidado tus orígenes. A veces me pregunto si simplemente eres demasiado inteligente para comprender lo que, por lo demás, resulta obvio para cualquier otra persona.

—No entiendo lo que intentáis decir.

—Escucha con tu corazón, Zomi, y no disecciones todo lo que digo con tu mente perspicaz. Como no creciste jugando con bloques tallados con forma de ideogramas y tuviste un gran maestro que despreciaba las convenciones, tu amor por los ideogramas tiende hacia lo intelectual más que hacia lo emocional. Pero recuerda la época en que conociste los ideogramas e intenta comprender la perspectiva de quienes no están de acuerdo contigo.

Zomi se retrotrajo a los tiempos de su infancia, antes de conocer a Luan Zyaji, antes incluso de recibir un nombre formal, cuando era conocida como Mimi, la muchacha campesina. En las grandes celebraciones, su madre acudía siempre al santuario dedicado a Kiji para pedir un nudo de la suerte, un pequeño ideograma de cera envuelto en los tradicionales nudos de macramé de los campesinos de Dasu. Luego los monjes y monjas desataban los nudos e interpretaban el ideograma para su madre, explicándole su significado para la familia en la próxima estación. La pequeña Mimi observaba y escuchaba las explicaciones completamente arrobada, pensando que los ideogramas de cera poseían una magia poderosa.

—Hablas de los ideogramas como si solo fueran para los ricos y poderosos —dijo Jia—, pero son vínculos simbólicos con nuestra historia colectiva como pueblo, para ricos y para pobres. Incluso los campesinos más humildes de Dara prefieren que sus tumbas ancestrales estén marcadas con los ideogramas de sus nombres familiares y no con cuadrados de letras zyndari. Los eruditos sumidos en la indigencia recitan con orgullo historias de cómo los sabios antiguos leían con el dedo en la oscuridad porque no podían permitirse comprar velas o aceite de lámpara. Los aldeanos

analfabetos de todas las islas compran pergaminos que no saben leer y los cuelgan en sus hogares en lugares de honor y graban ideogramas populares en marcos de puerta para alejar la mala suerte. Los comerciantes que utilizan letras zyndari durante todo el día en sus libros de cuentas o en sus inventarios, después de cenar se sientan con un libro escrito en ideogramas para poder conversar con los sabios anu, para experimentar un mundo más allá del meramente funcional.

»Hablas de funcionalidad y de futuro, pero dejas de lado el pasado y el amor que atesoramos por el hogar, por el lugar de donde venimos y por quienes somos, un amor que no precisa justificación. La escritura con letras zyndari se limita a congelar el sonido, a visibilizar el habla. Pero esculpir los ideogramas anu es revivir nuestra historia y *pertenecer* a Dara.

»Los ideogramas no son unidades funcionales intercambiables, sino creaciones únicas cuyas formas han evolucionado con el tiempo para adaptarse a las necesidades de nuestro pueblo. Mapidéré abolió las variaciones de los ideogramas usados en los Seis Estados de la noche a la mañana, pero, incluso hoy, la gente que vive en los territorios de los antiguos estados Tiro se aferra a ellos porque les hablan de una manera que los ideogramas homologados no pueden hacer. Cuando aprendes caligrafía, aprendes que cada estilo prominente de caligrafía es el producto de una gran mente del pasado: las líneas severas y angulares de la escritura de sello se asocian a Aruanu, el legislador; los componentes majestuosos y ornamentales de la escritura clerical se asocian a Kon Fiji, el Verdadero Sabio; las superficies fluidas, casi irreconocibles, y las curvas caprichosas de la escritura del viento se asocian a Ra Oji, el tábano flujista; y la composición intrincada y equilibrada de raíces semánticas y modificadores de motivo de la escritura del fuego es producto de Lügo Crupo, el apreciado primer ministro incentivista de Mapidéré. Así, mientras aprendes a imitar las técnicas de esculpido y modelado en cera de los grandes maestros y desarrollas tu propio estilo también estás rememorando los pasos que ellos dieron para entender el mundo.

Al recordar sus tiempos de estudiante con Luan Zyaji de niña, Zomi sintió un revuelo en su corazón y sus ojos se humedecieron. Los días pasados en compañía de su maestro habían sido algunos de los más felices de su vida.

—Vivimos un tiempo de crisis en Dara, Zomi. Los lyucu han puesto a prueba incluso nuestra propia supervivencia. Ellos desprecian los ideogramas; es más, desprecian toda escritura. Los refugiados de Dara Irredenta hablan de la muerte de doctos eruditos y de la profanación de tumbas ancestrales para crear más pastos para el ganado lyucu.

Hablan de la quema de libros y la destrucción de lápidas funerarias. Los lyucu están cambiando la imagen de nuestros dioses y borrando nuestra historia, ¿te sorprende que la gente quiera salvaguardar su pasado, proteger lo que son?

»Antes nunca había existido la necesidad de tener un término para el pueblo de Dara, pero ahora el neologismo pseudoclásico *anojiti* se escucha por todas partes. Para la gente, los ideogramas representan un vínculo con el pasado, con el viaje que hemos realizado como pueblo.

»Crees que la abolición de los ideogramas ayudará a los pobres, pero los pobres tienen más interés en conservarlos que los ricos, como has comprobado en las protestas. Antes he hablado demasiado desde una perspectiva incentivista. La verdad es que tanto si los exámenes se hacen en lengua vernácula con letras zyndari o en anu clásico con ideogramas, los estudiantes ricos siempre tendrán ventaja. *A ellos* les da igual.

»Pero como los estudiosos de origen humilde han tenido que esforzarse mucho más para adquirir el conocimiento de los ideogramas, sienten más apego por ellos. Amamos aquello que nos produce dolor de corazón y dificultades, del mismo modo que los padres aman al hijo rebelde. Los ideogramas son el camino plagado de obstáculos que han trillado, las esperanzas y los sueños de los padres que se sacrificaron para darles una educación, el futuro que esperan para sus familias. Puedes desestimarlo como una bobería romántica, pero ese mismo impulso es el que mantiene tu corazón ligado a la memoria de Luan Zyaji, Gin Mazoti, tus padres y mi hija. Algunas de las decisiones más importantes que tomamos en la vida no proceden de la razón, de pesar el pescado, de la evaluación de los pros y los contras, sino de un simple salto de fe, del amor que no necesita pruebas, disculpas o discusiones.

Zomi no pudo evitarlo y rompió a llorar.

He pasado tanto tiempo pensando y hablando de los pobres de Dara como colectivo que he perdido el contacto con mujeres como Réza Müi, con mujeres como mi madre, con la niña campesina llamada Mimi. Es una paradoja.

—Sé que quieres promover el uso de letras zyndari por su facilidad de uso y la posibilidad de alfabetización universal, pero intentar forzar cambios desde arriba sin considerar los sentimientos de la gente no suele ser efectivo. Y, a veces, esas reformas son perjudiciales y peligrosas. Las personas a quienes más afecta el cambio son también las que mejor saben *cómo* cambiar.

»Observa lo que hace la gente. ¿No has visto los panfletos híbridos en los que la gramática es vernácula pero las palabras están escritas en

ideogramas? ¿No has observado que los poetas que escriben en formas clásicas inventan nuevos ideogramas pseudoanu para representar conceptos que no existían en el pasado? ¿No te has dado cuenta de que ahora hay muchos más comercios cuyos carteles contienen tanto ideogramas como letras zyndari?

»Deja que todo evolucione de forma natural. Sienta los cimientos adecuados y puede que la próxima generación y la generación posterior completen el trabajo que has iniciado, pero en sus propios términos.

A Zomi le llevó un tiempo recobrar el control de sí misma.

—Ahora entiendo que estaba equivocada. Me siento muy avergonzada.

—¿Quién puede afirmar que nunca se equivoca? —la emperatriz suspiró—. Yo he cometido muchos errores en mi vida. ¿No tuve que suplicar a Gin que volviera a luchar por el Trono del Diente de León? ¿No tuve que revocar el decreto que abolía los abogados a sueldo? Los errores son inevitables cuando no eres omnisciente, como los dioses en las historias narradas por los sacerdotes.

—¿Qué debería hacer?

—Tienes que averiguarlo tú misma —dijo la emperatriz—. Tu instinto es impulsar cambios radicales, acabar con las injusticias de golpe. Eso no es malo en sí mismo. Pero cuando te das cuenta de que has cometido una equivocación que afecta a muchas vidas, debes igualmente cargar con las consecuencias.

Al día siguiente la secretaria de clarividencia sorprendió a todo el mundo con el anuncio de que el Gran Examen se reanudaría y que los examinandos tendrían la opción de realizar la prueba bien en lengua vernácula con letras zyndari o bien en anu clásico con ideogramas; de hecho tendrían la opción de combinar ambos si así lo deseaban. Los jueces tratarían de no dar ventaja a ninguna de ambas posibilidades a la hora de calificar los ensayos.

Aunque se anunció como una proclama, se trataba obviamente de una capitulación ante las demandas de los amotinados, y como tal lo celebraron los *cashima*. Réza Müi desfiló por las calles de Pan sobre los hombros de otros estudiosos y el jolgorio continuó durante toda la noche. Por la mañana, cuando los examinandos hicieron cola en el exterior del Salón de Exámenes, podían verse muchos ojos somnolientos y caras de resaca.

No obstante, el oficial que saludó a los estudiosos en el salón y que dirigiría el examen no era Zomi Kidosu, sino Cogo Yelu, el primer ministro. Zomi había emitido una segunda proclama denunciándose a sí misma por negligencia al causar un retraso en el Gran Examen, así

como por la destrucción de propiedades en el barrio académico de Pan. Aceptó toda la culpa por las protestas y se impuso una cuantiosa multa que pagaría con sus ahorros. También solicitó a la emperatriz una reducción de su salario, que se aceptó sumariamente. Por último se despojó de todos los honores otorgados por haber administrado el Gran Examen y se prohibió interferir en las pruebas en el futuro.

La gente de Pan, incluso los estudiosos que gritaban enfadados contra ella hace apenas unos días, se solidarizó con ella. Los narradores de historias de las casas de té contaban ahora relatos embellecidos sobre su error y posterior autocastigo, como modelo moderno de buen ministro moralista (la frase «los dientes sobre el tablero» aparecía de forma destacada en esos relatos). Los eruditos de mayor rango solicitaron a la corte una reducción de su castigo. El Colegio de Abogados redactó muchas nuevas propuestas para promover el uso del alfabeto zyndari en más ámbitos de la vida.

Pero Zomi aceptó alegremente su castigo. Otra consecuencia de su deshonra en el Gran Examen fue que solicitó a Jia dejar Pan durante un tiempo para dedicarse a la investigación en los laboratorios imperiales de Ginpen.

Llevo demasiado tiempo en la corte. No estoy hecha para manipular opiniones ni para la política entre bastidores. Continuaré como secretaria de clarividencia, pero desde lugares más tranquilos. Permitidme viajar por los laboratorios imperiales diseminados por las islas. Permitidme que regrese con mis amadas máquinas y mis colegas ingenieros. Permitidme recuperar la emoción del descubrimiento que sentía Mimi.

La emperatriz Jia aceptó.

—Recordad la promesa que me hicisteis, Jia.

—No la he olvidado, vieja amiga. Estoy anciana, pero no senil.

—Entonces ¿por qué frustráis a Phyro a la menor oportunidad? ¿Por qué no razonáis con él?

—La razón no puede enseñar lo que debe aprenderse mediante el fracaso. Todo le resulta demasiado fácil. Debe aprender mediante la experiencia, como Zomi Kidosu.

—Tejéis argucias dentro de argucias, conspiraciones dentro de conspiraciones. Ya no sé lo que pensáis realmente. Tal vez nunca lo he sabido.

—Solo dame algo más de tiempo, Soto. Algo más de tiempo.

CAPÍTULO TREINTA

EL FOSO

ORILLAS DEL LAGO ARISUSO EN EL MONTE KIJI, RUI: TERCER MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTISÉIS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

La estatua de Kiji había sido derribada hacía tres días. Los equipos de jornaleros nativos, bajo los ojos vigilantes de los lyucu, tardaron otros tres días en trocear el ídolo de madera en pedazos lo suficientemente pequeños para poder arrastrarlos hasta el gigantesco foso excavado a orillas del lago.

Grupos de sacerdotes, monjes y monjas, con los rostros angustiados y las ropas hechas jirones, transportaban cajas de libros del templo y las arrojaban al foso. De vez en cuando, si alguno se retrasaba o flaqueaba, uno de los supervisores lyucu avanzaba con gesto amenazador y el pobre desgraciado se estremecía y se apresuraba a completar la tarea.

Además de las revelaciones sagradas legadas por generaciones de sacerdotes y abades, dichos libros también contenían detallados registros, meticulosamente mantenidos durante siglos, de la observación de las pautas de vuelo y hábitos alimentarios de los halcones mingén, destinados a servir de ayuda para la adivinación y fundamentales para el descubrimiento del secreto del vuelo de esos animales por parte de Kino Ye; los niveles estacionales del agua de los dos lagos del monte Kiji; el número y especies de peces, crustáceos, aves, insectos y flores hallados en el entorno. También contenían meditaciones sobre el cambio de las estaciones, poemas datados en los primeros días de las Guerras de la Diáspora, copias raras de los clásicos anu en la caligrafía de escribas notables e incluso cartas escritas por miembros de la familia real en tiempo de los estados Tiro. El templo era el repositorio de la cultura de Xana, el antiguo nombre de las islas de Rui y Dasu.

Un halcón mingén se elevó de improviso sobre el borde del lago y sobrevoló hacia el foso que se iba rellenando con las aportaciones de hileras de clérigos que trabajaban como hormigas. Planeó sobre sus cabezas y voló en círculos alrededor del foso unas cuantas veces,

chillando con fuerza.

Todos se detuvieron para observarlo y hasta los vigilantes lyucu se quedaron boquiabiertos. Los halcones, residentes en el lago Dako, raramente volaban hasta el lago Arisuso.

La inmensa ave descendió, realizó un vuelo rasante sobre las cabezas de los humanos y regresó planeando hacia el lago; las ráfagas producidas por su aleteo sacudieron como una bofetada las caras vueltas hacia arriba.

Los sacerdotes y monjes se arrodillaron y comenzaron a rezar fervientemente, pues el halcón era el *pawi* del Señor Kiji, el patrón de Xana.

El abad, que también estaba entre los que transportaban cajas, gritó súbitamente:

—¡Sálvanos, Señor Kiji! ¡Sálvanos!

Poco a poco, de uno en uno y de dos en dos, otros sacerdotes y monjes se le unieron. Las súplicas de ayuda se mezclaron en una cacofonía de lamentos que subía de volumen a cada minuto.

Algunos naros y culeks lyucu, fascinados por la presencia de la gigantesca ave y el repentino desafío de los nativos, se miraron entre ellos desconcertados. Otros también se arrodillaron.

Agitando sus poderosas alas, el halcón dio la vuelta lentamente sobre el lago y comenzó un vuelo en picado contra la multitud reunida en torno al foso.

Cutanrovo corrió hacia allí y se colocó de pie al borde del foso. Agarró la maza de guerra de hueso que llevaba a la espalda y la alzó en alto con ambas manos, mirando fijamente sin parpadear al halcón que se abalanzaba.

—¡Votan, agáchate!

—¡Votan, es muy peligroso!

—¡La bestia emplumada no sabe quién eres!

Cutanrovo ignoró los gritos asustados de los guerreros lyucu, ignoró las súplicas y gemidos de los nativos, ignoró todo excepto al halcón lanzado en picado hacia ella, con las garras hacia delante y el pico curvo abierto como una colosal espada.

—¡Votan-ru-taasa, votan-sa-taasa! ¿Cuál es el nombre del hacha de nuestro pékyu-votan?

Unas pocas voces estupefactas respondieron tímidamente.

—Langiaboto.

El halcón se acercaba y sus alas cubrían la mitad de la visión de Cutanrovo. Ella no titubeó.

—Entonces, ¿hemos olvidado quiénes somos? ¡No confiamos en nadie más que en nosotros! —gritó Cutanrovo—. ¡Los dara-raaki

deben ser destruidos! ¡No tememos a los falsos dioses!

Nuevas voces se unieron a ella, con recobrada confianza.

—¡Los dara-raaki deben ser destruidos!

El halcón estaba ya tan cerca que Cutanrovo podía oler su irresistible hedor a pescado. Las alas como velas bloqueaban el sol. Cutanrovo clavó los ojos en las órbitas frías y desprovistas de emoción de la gigantesca criatura y agarró con más firmeza su maza.

—¡Los dara-raaki deben ser destruidos! ¡Construiremos nuestro paraíso en Ukyu-taasa!

Otras nuevas voces gritaron en respuesta.

—¡Los dara-raaki deben ser destruidos!

Los naros y culeks lyucu corrieron hasta los suplicantes sacerdotes y monjes, balancearon mazas y hachas y las estrellaron contra sus cabezas produciendo un sonido espeluznante. Los alaridos reemplazaron a las súplicas y después cesaron bruscamente.

Hubo un destello en los ojos del halcón. ¿Desesperación? ¿Lástima? ¿Horror?

Justo cuando Cutanrovo estaba a punto de balancear la maza en un inútil gesto de desafío contra la inmensa ave, esta dio un brusco viraje y se alejó. La poderosa ráfaga de viento sacudió a Cutanrovo y la hizo perder pie. Entre chillidos y alaridos, el ave giró y se alejó volando hasta desaparecer más allá del contorno del lago.

Cutanrovo se levantó, se sacudió el polvo y echó a reír.

—¡Los dara-raaki deben ser destruidos! —gritaron los guerreros lyucu, con la voz quebrada por la sed de sangre.

Cutanrovo avanzó a grandes pasos hacia el abad, que seguía arrodillado en silencio y temblaba. A medida que la thane lyucu se aproximaba, se humilló y golpeó el suelo con la frente una y otra vez.

—Vuestro dios no puede salvarte —dijo Cutanrovo. Levantó su maza de guerra y le aplastó el cráneo.

—Por favor, no me obligues a hacerlo —suplicó Timu.

—Debes hacerlo —susurró Tanvanaki, de pie tras él, al borde del foso, impidiendo que se echara para atrás.

El foso mostraba una escena inimaginable ni siquiera en sus pesadillas. Los trozos rotos de la estatua de Kiji cubrían el fondo. Por encima yacían pergaminos y códices, un repositorio cultural acumulado durante más de un milenio. Además de la biblioteca del templo, habían llevado otros libros de Kriphi arrancados de los estantes de la biblioteca de palacio y de las grandes mansiones. Y encima de todo estaban los cuerpos sin cabeza de los clérigos del templo, el abad entre ellos. Habían derramado aceite inflamable sobre todo ello. Mezclado con la pestilencia de la sangre, los cerebros y las

vísceras, el hedor que emanaba del foso era macabro.

Al otro lado del foso, los restantes miembros del templo de Kiji se arrodillaban en ordenadas filas. Tras ellos, también de rodillas, estaban los escasos eruditos de alto rango que todavía quedaban en los alrededores, capturados por las hordas purificadoras itinerantes de Cutanrovo. Habían gemido durante tanto tiempo que habían perdido la voz o la voluntad de continuar gimiendo. La mayor parte estaban tan tiesos como maniquíes de madera. Más allá, Cutanrovo exhortaba a los guerreros lyucu allí reunidos a continuar sus cánticos de victoria.

Timu se dio la vuelta para mirar a Tanvanaki.

—Por favor. No puedo.

Tanvanaki sujetaba una antorcha en alto.

Timu sacudió la cabeza. Quería retroceder, pero tras él estaba el enorme foso.

—Si no lo haces —dijo Tanvanaki—, Cutanrovo matará a todos los que están al otro lado del hoyo. Ha demostrado que todos son traidores. Este es el mejor trato al que he podido llegar por ti.

—¿Cómo puedes creer que todos son traidores? ¡Wira Pin y Noda Mi los delataron solo para salvar su propia piel!

—No importa lo que yo crea —dijo Tanvanaki, con una voz llena de cansancio y angustia—. ¿Escuchas esos cantos? Cutanrovo ha conquistado el corazón de los guerreros y yo no puedo detener la marea.

—¿Dónde está tu empatía? ¿Tu capacidad de ver lo que otros ven, de sentir lo que sienten? ¿No te das cuenta de la maldad que estás cometiendo?

Por un momento le pareció ver flaquear la fría determinación de los ojos de ella, observó la chispa de esperanza que una vez percibió en el alma de Tanvanaki. Sus labios se estremecieron. Pero esa luz se apagó y su cara volvió a ser una máscara de resolución despiadada.

—Soy hija de mi padre —dijo—. No me puedo permitir ser débil, dejar que mis sentimientos destruyan el sueño de mi padre. Tampoco tú. Si quieres salvar al resto de *tu* pueblo, debes hacer lo que te pido.

—Me estás pidiendo que declare que el Señor Kiji es un falso dios; me estás pidiendo que denuncie a Kon Fiji por mentiroso. ¿Cómo voy a hacerlo? El Señor Kiji ha sido el patrón de estas islas desde tiempo inmemorial, y el Verdadero Sabio es el maestro de maestros. Me estás pidiendo que profane mi alma.

Los ojos de Timu mostraban un brillo extraño.

—Ya he transigido demasiado. Me dijiste que la locura de Cutanrovo se apagaría por sí sola, pero no ha hecho más que crecer y crecer. Primero Noda Mi y Wira Pin descubrieron seis nuevas

relaciones secretas maestro-alumno. Luego, tras unas cuantas sesiones de tortura, los seis eruditos acusados denunciaron a sesenta cómplices. Algunas sesiones de tortura después, los sesenta cómplices denunciaron a seiscientos traidores en los templos y entre los tutores asignados por la corte. Y ahora me pides que legitime todo lo que ha sucedido. No, no puedo.

Echó la mano derecha a la cintura y sus dedos agarraron el mango de su estilete. Aunque de nada servía contra una espada o una maza, la fina daga podría acabar con su vida si la hundía en las gruesas arterias que palpitaban en su cuello.

Más rápidos que un relámpago, los dedos de Tanvanaki le rodearon con firmeza la cintura y sujetaron la daga con la fuerza de una tenaza. De un tirón lo acercó a ella.

—Escúchame, Timu —le susurró al oído—. Puedes pensar que acabar con tu vida pondrá fin a las hostilidades, pero no será así. Deja que te diga lo que pasará a continuación si mueres. Cutanrovo seguirá hallando más traidores entre los funcionarios, ministros, oficinistas y clérigos, hasta que todo el aparato de Ukyu-taasa quede en ruinas. No habrá nadie para supervisar las reparaciones de los sistemas de riego; no habrá nadie que distribuya comida a las aldeas azotadas por una plaga o por la sequía; no habrá nadie que se alce, aunque sea débilmente, en defensa de los nativos sometidos a una nueva atrocidad por parte de un naro o un culek. Se producirán rebeliones y masacres, hasta que esta carnicería que ves ahora parezca un acto compasivo.

Timu intentaba soltarse de ella sin conseguirlo.

—A Cutanrovo no le importa si esa visión de futuro se hace realidad. Cuanta más sangre corra, más satisfecha estará. Pero eso no es lo que yo, o Goztan, o Vocu, o incluso Wira Pin y Noda Mi queremos ver. Solo tú puedes evitar que esa visión de futuro se haga realidad.

Timu, que continuaba pugnando por soltarse de su abrazo, dijo:

—¿Cómo?

—Ahora mismo los aldeanos nativos están asustados, inseguros, enfurecidos. Ahora mismo los funcionarios están aterrados, vacilantes, sin saber si van a sobrevivir. Pero Wira Pin, Noda Mi y yo misma hemos ideado una manera de dar a Cutanrovo lo que quiere, la rendición del alma de Dara, sin matar a todo el mundo. Si denuncias a Kiji y a Kon Fiji, tu capitulación dará a entender a los aldeanos que nuestros dioses son más poderosos que los vuestros y librará a los funcionarios de sentirse culpables por abandonar sus ideales moralistas. Se convencerán a sí mismos de estar haciendo lo que su

emperador les pide que hagan, que solo están siguiendo órdenes. El pueblo de Ukyu-taasa se salvará.

—Me estás pidiendo que me convierta en un símbolo, que me convierta en una excusa para justificar renuncias y un pretexto para legitimar horrores morales.

—Te estoy pidiendo que hagas lo correcto.

Timu dejó de resistirse. Contrajo la cara hasta convertirla en una máscara de dolor.

—Oh, dioses… oh, dioses —murmuró—. Oh, padre. Oh, madre. Oh, maestro Ruthi, ¿qué debería hacer?

Tanvanaki le pasó un brazo por los hombros.

—Puedes hacerlo. Sé que eres lo bastante fuerte.

El emperador Thaké estaba al borde del foso con el rostro inmutable.

Pronunció la proclamación redactada por Wira Pin, en la que reconocía sus errores al haberse rebelado en su corazón contra los lyucu, denunciaba las falsas historias en las que los libertadores lyucu de Ukyu-taasa eran calumniados y difamados, declaraba el lyucu como única lengua adecuada para Rui y Dasu, reprobaba a los dioses de Dara por falsos ídolos y, por último, denigraba a Kon Fiji como el Más Ruin de los Mentirosos.

Luego arrojó una antorcha encendida al foso y observó cómo la rugiente hoguera lo consumía todo.

Al otro lado del foso en llamas, los guerreros lyucu daban vítores ensordecedores. Cutanrovo sonreía. Junto a ella estaba Tanvanaki, que rodeó con sus brazos a unos asustados Todyu y Dyana. Los eruditos, monjes y monjas contemplaban sin palabras la escena, temblando cada cierto tiempo.

Una tormenta más violenta de lo que nadie recordaba arrasó Ukyu-taasa durante tres días y tres noches. La lluvia torrencial y el viento huracanado derribaron casas, los aludes de lodo enterraron aldeas, las ramas fueron arrancadas de los árboles y las mareas inundaron las ciudades costeras. Ni siquiera la gran tormenta que tuvo lugar durante el reinado de Un Cielo Luminoso, en la que uno de los hijos de Mapidéré se perdió en el mar al norte de Rui, era comparable.

Pero la mañana del cuarto día la tormenta amainó. Según los informes de los funcionarios locales de las dos islas, si los lugareños se apresuraban a plantar, las cosechas solo se verían ligeramente afectadas. Con el cargamento de grano de la flota que traía el tributo de las islas principales, el pueblo de Ukyu-taasa sobreviviría.

Cutanrovo no tardó en proclamar que la tormenta era una señal de los dioses de Ukyu que aprobaban los esfuerzos por purgar Ukyu-taasa

de la impureza de los dara-raaki. Al igual que la tormenta arrastraba lo viejo y dejaba sitio para lo nuevo, los lyucu cauterizarían las cicatrices de la acomodación nativa y crearían un nuevo paraíso. Ordenó la celebración de una fiesta entre los lyucu, con reparto de tolyusa para contribuir al jolgorio.

—Pero la tarea no ha hecho más que comenzar —advirtió—. Votan-ru-taasa y votan-sa-taasa, la tarea no ha hecho más que comenzar.

Una carcajada desgarró el aire cuando un árbol anciano del exterior del templo de Péa, debilitado por la tormenta, se quebró y se derrumbó.

«¿Qué ha ocurrido allí, Kiji? ¿No vas a vengarte? ¿No muestras tu ira? ¿No tienes coraje para llevar tu plan adelante?».

No hubo respuesta alguna, salvo el gemido del viento y los chillidos lejanos de los halcones mingén.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

LA HUIDA

BASE SECRETA AGON EN EL VALLE DE KIRI, AL PIE DE LAS MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO: DECIMOSEGUNDO MES DEL OCTAVO AÑO DESDE LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA HACIA UKYU-GONDÉ (DIECISIETE MESES ANTES DE QUE LA NUEVA FLOTA INVASORA LYUCU TENGA QUE PARTIR HACIA DARA)

—Vamos a subir a todos y alejarnos tanto como podamos antes del amanecer —dijo Takval. Los lyucu estaban liquidando los pocos focos de resistencia que quedaban en el valle; pronto empezarían a ir en busca de los supervivientes huidos a las montañas de alrededor.

Con dos garinafins para más de sesenta refugiados del valle de Kiri, la primera cuestión era cómo distribuir mejor la carga.

—Es más seguro concentrar a la tripulación que pueda luchar en un garinafin y transportar en el otro a quienes tengan que huir —dijo Takval—. En caso de que nos persigan, los guerreros pueden hacerles frente mientras el otro garinafin escapa.

Théra se daba cuenta de adónde quería llegar Takval con su propuesta. Pero antes de poder poner objeciones se oyó otra voz.

—Es un buen plan —dijo Toof—. Alkir es más fuerte, más rápido y más experimentado. Debería ser el garinafin encargado de luchar. Ratopé debería ser la que huya.

Alkir era la montura personal de Takval, un garinafin macho de combate en plena forma. Había estado vinculado a Takval desde su infancia y Toof y Radia habían colaborado con el pékyu para entrenarle en maniobras avanzadas de batalla. Ratopé era un garinafin hembra perteneciente al clan de Vara Ronalek, aunque Toof era el piloto más familiarizado con ella.

—Yo pilotaré a Ratopé —continuó Toof—. Y todos los niños deben venir conmigo para que los guerreros puedan estar en Alkir con el pékyu. Radia y yo sabemos de nudos más que cualquiera y podemos asegurar a los niños en la malla para que no caigan aunque tengamos que hacer las maniobras evasivas más arriesgadas.

Théra ya había oído lo suficiente.

—No voy a separarme de Tanto y Rokiri. Ni de Takval tampoco.

—Si la princesa va a montar en Ratopé, mis luchadores y yo

tendremos que ir con ella —dijo Tipo Tho. Su voz sonaba forzada a causa del dolor por la pérdida de sus hijos y de su marido, pero expresó su determinación de manera fuerte y clara—. Mi marido y yo hicimos un juramento a la Casa del Diente de León y no sería capaz de mirar a la cara a Nméji en la otra vida si le ocurriera algo a la princesa.

—Acompañar a los niños es lo mejor que puedes hacer —dijo Radia, que no pudo evitar lanzar una pulla a la mujer dara que le había ofendido anteriormente—. La verdad es que no serías de mucha ayuda en el combate y tendrías que ir amarrada.

—Aunque estuviera a punto de parir podría enfrentarme contigo sin romper a sudar —Tipo se puso en pie y miró a Radia.

Takval ignoró la disputa. Tiró de Théra para ponérsela enfrente.

—Mi aliento —suplicó—, sé que quieres que todos nos salvemos, y yo también. Pero tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios para salvar a los niños. Yo soy el pékyu; *tengo* que pilotar al garinafin de combate y estar dispuesto a morir. Los niños no deben ir en Alkir. Pero si tú y todos los dara vais en Ratopé con los niños, el peso será excesivo. Con tantas personas que transportar, ya estamos superando la capacidad de los dos garinafins… y si sobrecargas a Ratopé, no podrá huir en caso de necesidad y podemos perderla por agotamiento.

Théra titubeó. Siempre había querido que las cosas se hicieran a su manera, pero sus decisiones habían sido las causantes de este desastre. A lo mejor necesitaba ser menos arrogante, menos confiada, estar menos segura de tener la razón.

Pero la idea de confiar a Tanto y Rokiri a Toof mientras ella montaba con Takval le parecía inaceptable. Después de los horrores vividos durante esa noche anhelaba aferrarse a sus hijos, tenerlos junto a ella. También había algo en la manera en que los dos lyucu se miraban que le molestaba.

Le daban igual los argumentos y las súplicas de Takval. Théra sacudió la cabeza.

—*Yo* pilotaré Ratopé con los niños —dijo Vara Ronalek mirando a Théra—. No os preocupéis, princesa. A pesar de mis muchos años puedo volar con mano firme. Ratopé es joven, pero es fuerte y no tiene miedo. Mantendremos a los niños a salvo.

Radia y Toof se miraron, pero no pusieron objeciones.

La intervención de Vara, por fin, tranquilizó a Théra. Teniendo en cuenta todo lo que Radia y Toof le debían por haberles adoptado en su clan, Vara era el único piloto a quien podía confiar a Tanto y Rokiri si los refugiados lyucu iban a ir en la misma montura que los niños. Aceptó a regañadientes.

El plan estaba decidido. Vara pilotaría Ratopé como garinafin de huida, con Radia y Toof como honderos y vigías. Los niños, unos cuarenta en total, así como los adultos considerados una carga más que un activo en caso de lucha —Sataari y Razutana, por ejemplo— irían amarrados de forma segura a la malla de la garinafin.

Takval pilotaría Alkir como garinafin de combate, Théra y los guerreros dara y agon serían su tripulación. Para no sobrecargar a Ratopé, las armas y los bienes rescatados del valle, incluyendo una reserva de pólvora de pirotecnia y algunos preciados instrumentos dara, irían también en Alkir.

Çami Phithadapu, la única dara que se sentía cómoda a lomos de un garinafin, llevaría una honda y actuaría como exploradora para Takval. Radia y Toof invitaron con poco entusiasmo a Tipo Tho para que los acompañara en Ratopé, pero ella lo rechazó de plano. Adyulek, que no era precisamente una guerrera, insistió en que su sitio estaba junto al pékyu, en Alkir. Y Thoryo no quiso separarse de Théra, pues estaba casi catatónica por el choque que le produjo presenciar tantas muertes en una sola noche. Tras algunas dudas, Takval aceptó añadirla a su tripulación.

Mientras los guerreros agon y Çami se colocaban en sus arneses y amarraban a la malla al resto de la tripulación, Théra miró a la luna, que contemplaba la masacre del valle como el rostro indiferente de Nalyufin, y ofreció una plegaria silenciosa a los dioses de Ukyu-Gondé.

Cuidad de las personas a las que quiero, os lo suplico. Son miles los que han muerto, algo que ni siquiera puedo comprender. He sido arrogante y no me tomé en serio la lección más importante que debemos aprender de esta tierra: un solo momento de descuido puede ser fatal.

He sido demasiado ambiciosa. Asumí riesgos innecesarios. Presioné a algunas personas para que se jugaran la vida de sus seres queridos. Pretendía, con un único y decisivo golpe, eliminar toda posibilidad de que los lyucu zarparan con una fuerza invasora a tiempo para la travesía de un año hasta la apertura del Muro de las Tormentas en Dara. Obnubilada por la sed de una victoria fácil y rápida, descuidé la necesidad de ser prudente, circunspecta, de dejarme aconsejar.

Me equivoqué, así que reservad vuestros castigos para mí.

Todo el mundo estaba en su puesto. Tras una última mirada triste a las llamas que todavía arrasaban el valle, Takval dio un silbido y Alkir despegó. Instantes después, Ratopé también alzó el vuelo pilotada por Vara, siguiéndole de cerca. Al ir tan cargados, ambos garinafins volaban torpemente y con dificultad, resollando enérgicamente.

Takval guio a Alkir hacia el noroeste, siguiendo la línea de la Sierra del Asta. Théra ocupaba la silla de montar situada tras él y le rodeaba

la cintura con los brazos. A medida que ascendían, su rostro, sin la protección que le ofrecían las gruesas pieles que le cubrían el cuerpo, era sacudido por los gélidos vientos. Se inclinó hacia delante y apretó la cara contra la espalda de Takval; mientras sollozaba en silencio le pareció que el calor emitido por el cuerpo de su esposo le entibiaba no solo las mejillas.

Una brisa ascendente los empujó por detrás. Volaban rápidamente y en silencio en el aire de la noche y pronto dejaron atrás el valle. Pensó que debería sentirse mejor con cada nuevo aleteo, que los alejaba de la amenaza de ser descubiertos por los lyucu. Pero, por alguna razón, el desasosiego iba en aumento.

Había algo que la inquietaba.

Théra se dio la vuelta para mirar hacia Ratopé bajo la luz de la luna y asegurarse de que sus hijos estaban bien.

—¡Takval! —gritó.

Encima de Ratopé se había desatado una pelea. Era difícil discernir los detalles al pálido resplandor de la luna, pero podía ver que Radia y Toof se habían desatado de sus arneses y luchaban con Vara. Mientras Radia rodeaba con los brazos el cuerpo de la piloto, tirando de ella hacia atrás y sujetándole los brazos, parecía que Toof gritaba a Vara e intentaba trepar sobre ambas mujeres para colocarse en la silla de montar. Los niños y el resto de los adultos, atados firmemente a la malla, solo podían observar impotentes.

La joven garinafin estaba cansada por la carga más pesada de lo habitual e irritable. Sin la guía del piloto y distraída por la pelea que tenía lugar a su espalda comenzó a titubear erráticamente en su rumbo y a retrasarse cada vez más con respecto a Alkir.

—¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta! —gritó Théra a Takval.

Takval miró hacia atrás y reaccionó apretando la base del cuello de Alkir con las rodillas. La cara se le puso de un blanco ceniciento.

Debido al ímpetu de su vuelo —acentuado por el peso de todos los pasajeros que llevaba—, el giro que realizó fue insoportablemente lento y, mientras Théra estiraba el cuello y observaba, Toof y Radia sacaron a Vara de su silla. En cuanto Toof ocupó su lugar, colocó una trompetilla de hueso contra la base del cráneo de Ratopé y la habló para tranquilizarla. La joven garinafin hizo un giro cerrado en dirección al valle de Kiri y aumentó la velocidad. La promesa del regreso a casa, del descanso, pareció dotarle de nuevas fuerzas.

Vara, mientras, seguía luchando con Radia. Sin la protección de sus arneses de seguridad, peleaban sobre el garinafin en vuelo como dos marineros sobre la cubierta de un barco azotado por la tempestad. Una agonizante eternidad de varios segundos después, Vara consiguió

empujar a Radia haciéndola caer, y solo en el último momento se las arregló para agarrarse a la malla mientras colgaba del lomo de la bestia.

Théra tenía el corazón en la garganta, pero no podía hacer nada más que rezar para que Alkir fuera más deprisa. A lo lejos observó el valle en llamas, otra vez al alcance de la vista. En medio de la desesperación, su único deseo era que Vara recuperara el mando de la garinafin antes de llamar la atención de los pilotos de garinafins lyucu que sobrevolaban en círculos el valle.

Mientras Radia se sujetaba para salvar la vida, Vara embistió contra Toof, que parecía ajeno a la amenaza que tenía detrás. Pero en el último instante se agachó, aplastando el cuerpo contra el cuello de la garinafin y Vara le pasó por encima, rodando sobre el hombro de la bestia.

Al tiempo que Takval y Théra daban un grito de alarma, Toof se estiró y agarró la camisa de Vara por la espalda. Parecía que gritaba algo a la thane y que Vara, colgando del brazo de Toof, sacudía la cabeza.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —gritó Théra al oído de Takval.

Takval dio unos golpecitos con la palma de la mano al cuello de Alkir, que se esforzaba en alcanzar a la joven garinafin. Ambas monturas ya estaban tan solo a una distancia de tres garinafins, y Théra podía ver claramente, bajo la pálida luz lunar, todo lo que ocurría en Ratopé, situada frente a ella y algo por debajo.

Otra vez pareció que Toof preguntaba algo a Vara, que volvió a sacudir la cabeza. Entonces, mientras sus pies giraban en el aire para engancharse en la escurridiza piel del hombro del garinafin, se dio la vuelta y lanzó un puñetazo a la cara de Toof.

Toof la soltó.

Con un grito que se perdió al instante arrastrado por el viento, Vara cayó en picado a encontrarse con la muerte a cientos de pies por debajo.

Théra ahogó un grito de horror. Pero antes de que pudiera procesar esa muerte, Ratopé se había deslizado sobre la última cresta que ocultaba el valle de Kiri, seguida de cerca por Alkir. Podían ver claramente los últimos restos del poblado en llamas y las sombras de los garinafins lyucu sobrevolándolo.

Ratopé plegó las alas y se lanzó hacia abajo, directa hacia los jinetes lyucu.

Takval presionó su trompetilla de hueso contra la base del cuello de Alkir y gritó a través de ella. Théra se agarró con más fuerza, preparándose para el inminente descenso en persecución del pérfido

lyucu que había robado a sus niños.

La visión del valle en los ojos de Théra se ladeó, giró bruscamente y desapareció.

—¿Qué haces? —chilló al oído de Takval—. ¿Por qué damos la vuelta?

Takval se giró y la miró a los ojos. Ella vio el resplandor de las estrellas reflejándose en los ojos de él.

—Es demasiado tarde, mi aliento. No podemos dejar que nos vean.

Luego apartó la cara para mirar hacia adelante mientras el garinafin aleteaba con fuerza, resollando como los fuelles de un alto horno. Con un repentino bandazo, sobrevolaron la cresta, dejando atrás para siempre el valle que había sido su hogar durante siete años.

Théra aporreó la espalda de Takval, exigiéndole que diera la vuelta. Las lágrimas le bañaban la cara mientras aullaba con rabia y angustia.

—¡Kunilu-*tika*! ¡Jian-*tika*!

Takval soportaba en silencio los golpes, como un arrecife absorbe el vapuleo furioso de las olas. Alkir seguía su rumbo. El resto de la tripulación observaba la trágica escena en completo silencio, incapaz de hacer o decir nada que pudiera ayudarles. Algunos, como Gozofin, cuyos hijos también iban en el otro garinafin, lloraban en silencio o apretaban los dientes con desesperación.

Cuando los golpes cesaron por fin, Takval estiró una mano hacia atrás, agarró la de Théra y la apretó suavemente. Ella se dejó hacer, sintiendo que la angustia de ambos se fundía. Pasó mucho tiempo antes de que ella también le apretara la mano.

En completo silencio, el garinafin planeó en dirección al sol, alejándoles del valle chamuscado y ensangrentado que fue la fuente de su esperanza durante un tiempo.

Cuando amaneció, Cudyu Roatan, hijo de Tenryo Roatan, hijo de Toluroru Roatan, pékyu de los lyucu y Voz de los Dioses, contempló los restos llameantes del campamento agon en el valle de Kiri, así como a los prisioneros atados que se postraban frente a él, y se sintió completamente satisfecho.

Ya era mucho lo que había conseguido y quién sabe qué mayores victorias habrían de venir después.

Tenryo, su padre, no lo había tenido fácil para mantener unida la inestable coalición de tribus que consiguió reunir bajo un solo estandarte. Cada jefe deseaba obtener el rango de thane-garinafin y cada culek quería acceder al rango de naro. Las tribus peleaban sin cesar por cualquier cosa, desde la distribución de los derechos de pasto hasta el reparto de los esclavos agon y dara. Todos querían que el pékyu reconociese y recompensase su contribución a la victoria

sobre los odiados agon y exageraban sus proezas en la guerra contra los invasores dara.

¡El hijo de un esclavo agon pertenece a la tribu que posee a la madre, no al padre!

¡Ella mató a mi chico dara favorito! ¡Exijo seis cabezas de ganado en compensación!

¡Sus rebaños devoraron todos los pastos reservados a la tribu de los Arroyos de los Dedos!

¿Por qué mis dos vecinos son thanes-lobo mientras que yo soy solo un thane ordinario? ¡Salvé la vida de la madre del segundo marido de la quinta hija de tu sobrino favorito!

A veces Cudyu se preguntaba si su padre no había ideado el descabellado plan de navegar atravesando el océano infinito para conquistar una nueva tierra como forma de escapar al tedio de ser pékyu. El viejo disfrutaba con la preparación para la guerra y con su desempeño, no con lo que venía después de que los cadáveres de los guerreros muertos desperdigados por las planicies hubieran sido devorados por los buitres y los lobos. Incluso cuando vivía en Ukyu, Tenryo había pretextado muchas veces dolores de cabeza y había pedido a Cudyu y a Vadyu, a la sazón meros niños, que recibieran en su nombre a los solicitantes que esperaban en largas filas frente a su tienda.

Luego Tenryo se llevó a Vadyu, no a él, a la conquista de Dara. La tarea de Cudyu era la de conserje, la de lidiar con los tediosos jefes enfrentados, la de preparar barcos adicionales para ayudar a su padre. Su padre y su hermana se llevarían toda la gloria aportada por la guerra y a él le tocaría el trabajo pesado de apoyar dicha guerra.

Todo era tremendamente injusto.

¿Acaso no había contribuido él tanto como «Tanvanaki» (oh, cuánto le molestaba ese sobrenombre suyo… ¿por qué no podía tener él un apodo ostentoso como ese? ¿Solo porque ella era una fanfarrona?) a la estratagema para engañar a Luan Zya y conseguir que les revelara la situación de la patria dara? ¿Acaso no había mostrado la misma habilidad para socavar la independencia de los jefecillos y edificar el prestigio y el poder del clan Roatan? ¿Acaso no había demostrado idéntica devoción por su padre? Claro que sí. *¡Claro que sí!*

No obstante, cuando llegó el momento, su padre demostró quién era su favorita.

Una vez que los barcos-ciudad desaparecieron en el horizonte, sin embargo, empezó a ver las cosas de otra manera.

Era estúpido suspirar por el amor no correspondido de un padre. Un lobo inteligente no depositaba todas sus esperanzas en la captura

de una sola oveja —era preferible tener a todo el rebaño.

En realidad, la partida de su padre había sido toda una bendición. Si Tenryo hubiera permanecido en Ukyu habría gobernado muchos años como pékyu, y cuando hubiera llegado el momento de designar a su sucesor, Cudyu habría superado ya la flor de la vida y sería solo uno de los muchos pékyu-taasa que se disputaran el puesto.

Pero ahora, con su padre ausente, las cosas eran muy distintas. Tenryo había partido con sus thanes más leales y poderosos —que dejaban atrás algunos de los mejores derechos de pasto, los esclavos más valiosos, los títulos más codiciados. Había un vacío de poder que pedía ser ocupado. Y, lo fundamental, Tenryo se había llevado a Tanvanaki, la rival más temida por Cudyu.

Sí, claro, su padre había afirmado que esta situación sería provisional. Tenryo seguía siendo el pékyu y, en último término, regresaría triunfador o llevaría a todos los lyucu a vivir con él en el paraíso. Pero las anteriores expediciones fracasadas mostraron lo peligrosa que era la ruta hasta Dara y las remotas posibilidades de tener éxito que tenían. Era muy probable que Tenryo no regresara nunca.

E, incluso si lo hacía, ¿por qué debería Cudyu simplemente echarse a un lado? Al fin y al cabo, Tenryo no había sido el hijo favorecido por *su* padre. Solo había conseguido afianzar su posición tras lanzar Langiaboto, su hacha de combate, a Toluroru, el abuelo de Cudyu.

Había logrado el poder gracias a los huesos chamuscados y la sangre derramada, no gracias al amor de su padre.

Cudyu se rio entre dientes para sus adentros. *Ya ves, padre, yo debería ser tu hijo favorito. Soy igual que tú.*

Inició su tarea con entusiasmo. Uno por uno, sus restantes hermanos murieron en circunstancias misteriosas y las esposas de su padre fueron enviadas de vuelta a sus tribus de origen («para que podáis llevar el luto por vuestros hijos en paz», les dijo). Eligió a sus seguidores más leales —compañeros de infancia, hombres y mujeres que habían cazado con él en su juventud, guerreros veteranos que asentían sin cuestionar cuando él les pedía que «se hicieran cargo» de sus hermanos— y los nombró thanes-garinafin. Se fijó en jóvenes naros-votan ambiciosos pertenecientes a tribus menores y los ascendió a thanes-tigre y thanes-lobo, ignorando a quienes habían conseguido el favor de su hermana o de su padre. Entregó generosos regalos a los chamanes que demostraban un talento especial para narrar nuevas versiones de las antiguas leyendas con vistas a agradar a su nuevo jefe. Asignó los mejores derechos de pasto y los mejores esclavos a las tribus cuyos ancianos demostraron una sensibilidad especial hacia los

nuevos vientos políticos, que entendían que se avecinaba una tormenta que arrasaría las planicies.

Un año después de la partida de su padre, según el plan basado en los cálculos de Luan Zya, preparó una flota con refuerzos. Lo hizo con gran ostentación y piedad, matando a muchos esclavos en solemnes sacrificios. Pero tuvo cuidado de dotar a la flota de guerreros procedentes de las tribus más leales a su padre, de thanes y naros-votan a los que sabía que nunca podría ganar, de esclavos agon especialmente recalcitrantes —a Cudyu no le preocupaba demasiado que decidieran iniciar un motín en alta mar. Incluso se le ocurrió la idea de enviar la segunda expedición con una mayor reserva de huevos de garinafin y menos garinafins adultos para tener más sitio para embarcar a quienes no deseaba tener alrededor.

Que el viejo continúe con su fantasía de guerra perpetua. Pero yo me convertiré en el más grande pékyu que hayan conocido o vayan a conocer las planicies. Machacaré a los agon hasta borrar de sus mentes la mera idea de rebelión; ligaré a mí a las tribus hasta que solo se consideren lyucu; mi nombre vivirá en canciones e historias como los de Kikisavo y Afir.

En la primavera del cuarto año posterior a la partida de Pékyu Tenryo hacia Dara ocurrieron dos acontecimientos que cambiarían para siempre el destino del pueblo de las planicies.

El primero fue el descubrimiento de los restos de un naufragio en la costa de Ukyu, aparentemente de barcos-ciudad. Asumiendo que las lanzas rotas y las tablas procedían de las expediciones enviadas a la conquista de Dara, muchos empezaron a llorar la muerte de sus amigos y del querido Pékyu Tenryo. Otros, sin embargo, advirtieron que era un error subestimar al astuto Tenryo, que había conseguido vencer los celos de los dioses y a poderosos enemigos mortales en muchas ocasiones.

Se podría pensar que las noticias de la muerte de su padre alegrarían a Cudyu, pero lo cierto es que los restos del naufragio le llenaron de ansiedad.

Siempre meticuloso, Cudyu ordenó que llevaran a Taten dichos restos, y allí los examinó en secreto. Como había estudiado la lengua y la cultura de los dara desde una edad temprana, sabía leer los ideogramas anu aparecidos en los restos, que para la mayoría de los lyucu eran pura decoración.

Y así averiguó que todos los pecios identificables procedían de la expedición de refuerzo enviada por él mismo, no de la expedición original liderada por Tenryo.

¿La ausencia de restos de la primera flota significaba que Tenryo, contra todo pronóstico, había sometido Dara? ¿La presencia de restos

de la segunda flota significaba que el Muro de las Tormentas había desafiado las predicciones de Luan Zya y sellado cualquier ruta hacia Dara y desde Dara?

Sin otros mensajes del otro lado del mar era imposible saberlo. Y en tanto la suerte de Tenryo, el amado pékyu del pueblo lyucu, fuera incierta, él seguía atascado en su papel de pékyu-taasa provisional.

Mientras intentaba decidir qué hacer, se produjo otro acontecimiento: un milagro.

Un gran iceberg arribó al mar de Péa, el espacio semicerrado de agua situado entre la península Superior y la Inferior de la costa occidental. Allí fue donde fondeó el almirante Krita sus barcos-ciudad hacía décadas, y donde Tenryo estableció su Taten, la ciudad de tiendas itinerante del pékyu lyucu.

Cada año, cuando llegaba la primavera al lejano norte, los pastizales de Nalyufin experimentaban una especie de renacimiento. Cuando la capa de hielo que recubría el océano septentrional durante el invierno se resquebrajaba y se retiraba, liberando islas que habían estado unidas por el hielo durante el invierno, las escasas tribus que vivían tan al norte (las «pulgas de hielo») —incluyendo unos cuantos agon desplazados— se aventuraban en el océano para cazar perros marinos, bestias con una carne especialmente nutritiva y un pelaje denso e impermeable.

Más al norte todavía, donde el hielo se mantenía todo el año, se desprendían icebergs. Estas porciones flotantes de hielo eran tan grandes que algunas rivalizaban en tamaño con las islas de los pastizales de Nalyufin. La mayoría de los icebergs se desplazaban a la deriva en dirección oeste y no volvían a verse, pero, ocasionalmente, puede que una vez cada década, una afortunada confluencia de corrientes marinas atrapaba uno de ellos y lo desplazaba hacia el sur, a lo largo de la costa, hasta llegar al mar de Péa.

Tradicionalmente esos icebergs se consideraban curiosidades, una prueba de la veleidad de los dioses, pero nada más. Pero para Cudyu, este iceberg presentaba una perfecta oportunidad.

En las áridas planicies, el acceso al agua dulce era algo que estaba constantemente en la mente de todos. Pékyu Toluroru, el abuelo de Cudyu, había escogido la cuenca de Aluro para instalar su Taten precisamente por esta razón —el lago era la mayor fuente de agua dulce de todo Ukyu-Gondé. Incluso así, cada temporada Toluroru trasladaba Taten a otra parte del lago para evitar agotar los pastos o ensuciar el agua.

Cuando Tenryo derrotó a los visitantes de Dara, trasladó Taten a la costa del mar de Péa, donde estaban fondeados los barcos-ciudad,

porque estos navíos-isla representaban ahora los símbolos más prominentes de su poder. Taten dejó de ser itinerante.

No obstante, existía un gran problema con la nueva ubicación: carecía de agua dulce. Algunos chamanes protestaron contra esa elección, afirmando que precisaba del favor de los dioses; Cudyu, fiel a su estilo, no tomó muy en serio esas objeciones. Los dioses despreciaban el parricidio y, sin embargo, ¿no había obtenido él todas sus victorias por haber matado a su padre? Los dioses solo podían hablar a los humanos a través de los chamanes y, durante su ascenso, se dio cuenta de que cuanto más poder poseía, más cambiaban a su gusto las fábulas de esos chamanes.

Tenryo ideó un sistema para que equipos de esclavos agon y dara acarrearan agua desde los ríos y los arroyos hasta Taten. Y posteriormente, cuando la mayor parte de los esclavos habían muerto por el exceso de trabajo o por las sesiones de combate obligatorias, sus hijos togaten los reemplazaron en la tarea. Incluso así, resultaba imposible mantener en los alrededores grandes rebaños de reses de pelo largo o de ovejas y Taten se vio forzada a depender de un constante flujo de tributos de todo Ukyu-Gondé.

El sistema, aunque funcional, siempre fue inestable. Aunque muchos de los chamanes habían silenciado sus objeciones, existía la sospecha soterrada de que el emplazamiento de Taten no era «natural», de que al vencer a sus enemigos, los corruptos dara que no obedecían la voluntad de la tierra ni se desplazaban con sus rebaños, sino que intentaban asentarse en un lugar, los lyucu se habían vuelto más parecidos a ellos.

El raro iceberg dio a Cudyu una idea para apartarse de la sombra del legado de su padre.

Mientras grupos de guerreros se concentraban en la costa para maravillarse ante la isla flotante y unas cuantas almas intrépidas se aventuraban a acercarse en coracles para trepar y jugar sobre sus resbaladizas crestas, Cudyu reunió a algunos de los thanes-garinafin y chamanes de mayor confianza en su tienda personal. Durante el resto del día no se permitió la entrada a nadie más, y cuando por fin salieron los cansados asistentes, se negaron a contar lo que habían estado debatiendo.

Esa noche, una flotilla de coracles, aparentemente muy cargada, se acercó a remo hasta el iceberg. Los guerreros a bordo pertenecían a la tribu de Tovo Tasaricu, el thane más leal a Cudyu. Cuando regresaron unas horas más tarde, los coracles flotaban mucho más ligeros en el agua. Los pocos naros y culeks que despertaron en mitad de la noche y observaron el regreso de los coracles no le dieron importancia y

pensaron que se trataba de cruceros de placer cargados de jóvenes que disponían de demasiado tiempo y energía.

En unos pocos días empezó a extenderse el rumor de que Cudyu Roatan estaba siendo atormentado por un sueño persistente desde la primavera.

En ese sueño, el pékyu-taasa veía a su padre, Tenryo Roatan, cabalgando a lomos de un garinafin completamente negro que se dirigía hacia una furiosa tormenta sobre el mar. Tres diosas hacían el papel de exploradora hondera, vigía y lancera, formando un triángulo dorado, blanco y azul: Cudyufin, el Pozo de Luz; Nalyufin, la Columna de Hielo, y Aluro, la Señora de los Mil Arroyos. Poco antes de que el garinafin que transportaba a los cuatro tripulantes desapareciera entre las nubes turbulentas, Tenryo se giraba y gritaba a su hijo: «¡Un regalo!».

Cudyu no conseguía encontrar el sentido a su sueño y cada vez estaba más preocupado por la suerte de su amado padre, el pékyu. Su ansiedad había crecido tanto que tenía problemas para comer o para dormir.

A medida que se propagaban y mutaban los rumores, captando las simpatías por el apuro del pékyu-taasa, tres poderosos chamanes que representaban las voces de las tres deidades del sueño de Cudyu —Cudyufin, Nalyufin y Aluro— se ofrecieron a explicar que el pékyu no había logrado comprender el mensaje de los dioses.

El pékyu estaba muerto, explicaron los chamanes. Los restos de las embarcaciones llegadas a las costas eran prueba de ello, pero el rechazo de Cudyu a aceptar la verdad, algo comprensible por parte de un amante hijo, no estaba ayudando al pueblo lyucu.

—Ha llegado el momento de que asumas tu posición como pékyu de los lyucu, Cudyu —instaron los chamanes—, y honres a los dioses como es debido. Te han entregado un regalo para revelarte el curso de acción adecuado, aunque estabas demasiado lleno de amor filial y de ansiedad como para verlo. Por eso el espíritu de tu padre ha tenido que venir para anunciártelo.

El iceberg había llegado procedente de los pastizales de Nalyufin en el lejano norte, y los rayos dorados del Ojo de Cudyufin lo habían convertido en el agua dulce y dadora de vida de Aluro. El mensaje de las tres deidades no podía ser más claro.

—¿Cómo os atrevéis a maldecir la suerte de mi padre de esta manera? —gritó con enfado Cudyu—. ¿Imagináis que os tengo miedo solo porque decís hablar por los dioses?

Ordenó que amarraran a los tres chamanes y los llevaran en coracle al iceberg flotante. Fueron abandonados a su suerte en el hielo.

—Si realmente habláis por boca de los dioses, ellos os mantendrán vivos —anunció Cudyu—. Pero si mentís, que vuestra muerte sea lo más vergonzosa posible, despreciados por la tribu, ignorados por la familia, a plena vista del Ojo de Cudyufin. El hielo os mantendrá bajo su resplandor, aunque intentéis girar vuestras caras.

Los thanes y guerreros observaban mientras los tres chamanes eran arrastrados hasta la montaña de hielo. Murmuraban entre ellos sobre la enorme devoción del pékyu-taasa por su padre, totalmente opuesta al modo en que Tenryo trató al suyo propio. Era un digno pékyu-taasa para asumir el legado no solo de su padre, sino también el del padre de su padre.

Los tres chamanes permanecieron en el iceberg durante treinta días. Cuando Cudyu volvió a despachar coracles para visitar el iceberg, todos quedaron asombrados de encontrarles vivos. De hecho, parecían tan fuertes y sanos como el día que les dejaron en el iceberg, hacía un mes.

(Para entonces, nadie podía recordar siquiera los pesados coracles del thane Tovo Tasaricu que habían visitado el iceberg para depositar en secreto comida y ropa de abrigo la noche anterior al comienzo de esta representación).

—¡Perdonadme, dioses! —Cudyu cayó sobre el hielo, postrándose de rodillas—. Escucharé vuestros mensajes con humildad y paciencia.

—¡El pékyu ha muerto! —gritó Tovo Tasaricu—. ¡Larga vida a Pékyu Cudyu Roatan!

Los chamanes se unieron a Tovo y pronto los demás chamanes y thanes hicieron lo mismo. Taten resonaba con el grito frenético de miles de guerreros que proclamaban su amor y su fervor por el nuevo pékyu.

Y así, lleno de lágrimas y a regañadientes, Cudyu aceptó el hecho de que su padre estaba realmente muerto y de que el iceberg había sido un regalo de las diosas. A pesar de la ausencia de un retrato del espíritu de Tenryo, nadie se opuso a la declaración de Cudyu como nuevo pékyu.

Cudyu lanzó un suspiro de alivio. Pero su travesía para superar a su padre no había hecho más que empezar.

—Bien hecho —dijo Cudyu desayunando mientras se apartaba de los ojos el persistente humo agitando una mano. Masticaba con deleite, sin que le molestara para nada la pestilencia de la carne humana chamuscada que le rodeaba.

Mientras los guerreros lyucu daban vueltas por el campo de batalla, distribuyendo a los camaradas heridos una pasta hecha con las raíces segmentadas de la hierba cogon para contener las hemorragias o

tolyusa para aliviar el dolor, los chamanes se ocupaban de los muertos, rezando para acelerar el viaje de sus almas a los garinafins-nubes.

Cudyu supervisaba su masacre con delectación, teñida de una pizca de aburrimiento. Ofreció un pedazo de penmican al hombre que hacía una genuflexión ante él.

—¿Tienes hambre?

—Gracias, plenipotenciario pékyu —dijo el hombre—. Es un honor compartir una comida contigo tras la destrucción de los traidores rebeldes —miró hacia arriba y extendió las manos para aceptar el penmican.

Era Volyu Aragoz.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

LA REPRESENTACIÓN

GINPEN: CUARTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTICINCO MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

La cocina de La Espléndida Jarra, por consenso el mejor restaurante de Ginpen, era un edificio largo de piedra, de una sola altura, separado del restaurante en sí para limitar el riesgo de incendio. Poseía su propio patio, tan espacioso como cuatro parcelas residenciales, lleno de ahumaderos, hornos de pan, parrillas abiertas y otros lugares para cocinar al aire libre. Dar servicio a los clientes que ocupaban sesenta y cuatro mesas distribuidas por tres plantas exigía mucho trabajo.

Mati, la subjefa de cocina, asomó la cabeza por la puerta de atrás de la cocina y dijo a voces:

—¡Kinri! ¡Ven aquí!

El joven al que se dirigía estaba apilando leña junto a la pared. Dejó el montón de troncos que llevaba en la mano, se secó el sudor de la cara y el cuello con una toalla doblada sobre el hombro y salió disparado.

—¡Mira esto! —Mati levantó de una cesta un puñado de cebolletas. En lugar de mantenerse tiesas y orgullosas como un pote de pinceles de escribir, colgaban de su mano, flácidas y aplastadas como algas—. Debería haberlas utilizado antes. No podemos servir esto a nuestros huéspedes esta noche. ¿Serías tan amable de correr al mercado y traer unas frescas? Aquí tienes cuatro cobres.

La gran señora, propietaria de La Espléndida Jarra, estaba de visita en ese establecimiento concreto de su cadena de restaurantes este mes. Todos se esforzaban al máximo para impresionar a la jefa.

—Estaré de regreso en un santiamén —dijo Kinri, dándose la vuelta para marcharse.

—¡Espera! —llamó Mati—. Estamos en temporada de bayas silvestres. Tráete algunas —y le entregó otros dos cobres.

—Pero no están en el menú —dijo Kinri, perplejo.

—No es para los invitados —dijo Mati sonriente—. ¿No dijiste hace un mes que nunca habías probado la sopa fría de bayas silvestres? Te

prepararé una olla.

Cuando Kinri salió del patio de cocina llevaba los ojos húmedos.

Después de naufragar, Savo Ryoto había permanecido a merced de las olas durante días, aferrado a un mástil y subsistiendo con el pescado que conseguía atrapar ocasionalmente. No entendía por qué no estaba muerto, pues el mar gélido debería haberle entumecido los miembros en pocos minutos y haberlo llevado al letal abrazo de Nalyufin, la del corazón despiadado (o quizá al palacio de Tazu, como dirían los nativos). Pero por alguna razón un extraño calor bañaba sus miembros y lo mantenía a flote.

No obstante, cuando los pescadores lo sacaron del golfo de Zathin estaba medio muerto y deliraba.

Por los nudos decorativos de las ropas del joven náufrago, sus salvadores se preguntaron si vendría de los territorios de la antigua Xana, norte arriba. Era extraño que refugiados solitarios emprendieran esa peligrosa travesía, pero no era un caso único. Por decreto imperial, los refugiados debían ser entregados en el centro de recepción más próximo, donde podrían ser interrogados para asegurar que no fueran espías lyucu.

Pero cuando sus rescatadores iban a llevarle al campo de refugiados cercano a Ginpen, un médico pasó por la playa. Era un joven larguirucho con una capa verde y un rostro amable que ganaba tu confianza al instante.

El médico retiró con cuidado la gruesa manta que envolvía al náufrago medio helado, tumbado boca abajo en la arena. Miró fijamente a los ojos de Savo y susurró:

—Has tenido un largo viaje.

Savo asintió, sin saber bien qué decir. Los dientes le castañeaban, pero no solo por frío. Le aterraba la idea de ser llevado a un campo de refugiados. Tenía un terror instintivo a los funcionarios dara, tras haber oído tantas historias de las crueles torturas que estos funcionarios dara-raaki de las islas principales infligían a los lyucu capturados. Pero no sabía cómo escapar de ese destino espantoso.

El médico colocó la oreja en el pecho de Savo para escuchar su respiración y su corazón. Luego se inclinó sobre su cara, ocultando al joven de la vista de sus salvadores. Metió la mano entre las ropas de Savo y presionó contra su acelerado corazón.

—Ante el mar, todos los hombres son hermanos —musitó el médico.

Luego sacó sus manos de la túnica de Savo y levantó un pedazo cuadrado de seda. Lo abrió para mostrar los pequeños ideogramas de cera grabados con una precisa escritura clerical.

—Ah, su nombre es Kinri Rito —anunció el doctor—. Es un pasaporte oficial emitido por las autoridades de Faça, autorizándole el libre tránsito por toda Dara.

Los espectadores suspiraron con simpatía. Qué mala suerte la del joven, que tras haber sobrevivido a la azarosa travesía desde la Dara ocupada por los lyucu y haber conseguido autorización para vivir en Dara había vuelto a naufragar.

—¿Hay algún lugar al que desees ir? —preguntó el médico.

Savo sacudió la cabeza estupefacto. ¿Cómo podía el doctor haber encontrado ese documento en su poder? ¿Y cómo sabía su nombre dara, el que le había dado su maestra Nazu Tei y que solo ella usaba?

—Bienvenido a Ginpen, Kinri —dijo el doctor sonriéndole—. Tienes un nombre propicio. Ojalá encuentres tu propio camino.

El médico volvió a arroparle con la gruesa manta. Explicó que el náufrago se encontraba bien físicamente —y Savo sintió cómo volvía a sus miembros un calor familiar, como el que había sentido cuando se aferraba al mástil—, aunque los efectos de la deshidratación, el hambre y la exposición a los elementos tardarían en curarse.

—Estoy seguro de que el Señor Rufizo, el que sana a los enfermos y encuentra el camino para los perdidos, recordará vuestra buena acción —dijo el doctor a los pescadores. Se levantó y se alejó deprisa por la playa sin mirar atrás, dejando a Savo al cuidado de sus rescatadores.

Resultó que el barco de pesca que sacó a Savo del mar pertenecía al clan Wasu, propietario de La Espléndida Jarra. La gran señora Wasu —aunque mucha gente seguía llamándola viuda Wasu cuando no les oía— era una mujer inteligente que había conseguido, a lo largo de los últimos treinta y tantos años, pasar de poseer una única taberna en la ciudad provincial de Zudi, en Cocru, a establecer un inmenso emporio de restaurantes, salas de juego y posadas por todas las islas. Para mayor misterio, se decía que había sido amiga y seguidora del emperador Ragin en su juventud, mucho antes de que nadie pudiera anticipar su ascenso. La viuda nunca confirmó esos rumores y se limitaba a sonreír y a preguntar a los curiosos si querían más vino y desearles que disfrutaran su comida.

En la época en que Savo fue rescatado, a mitad del invierno, el negocio en La Espléndida Jarra estaba en pleno auge. El Gran Examen se celebraría en Pan durante el segundo y el tercer mes del año próximo y estudiantes de toda Dara se reunían en Ginpen para intentar asistir a sesiones de estudio dirigidas por famosos *pana méji* en las distintas academias y así lograr alguna ventaja sobre sus competidores. Esto suponía, a su vez, un montón de banquetes y fiestas de poesía y té.

Al encargado del restaurante, Teson Wasu, uno de los hijos de la viuda Wasu, le dio pena el joven náufrago que llevó la tripulación del pesquero y le permitió quedarse en La Jarra si no tenía adónde ir. Cuando se sintió mejor, Kinri explicó que era un huérfano de Dasu que había llegado a la isla Grande como refugiado. Como era portador de un pasaporte oficial, Teson lo contrató como ayudante de camarero, pinche de cocina y chico de los recados a cambio de habitación y comida más un pequeño salario.

El joven no contó a nadie la verdad de sus orígenes. Únicamente muy tarde, por la noche, cuando estaba seguro de que nadie le oía, acariciaba el caparazón de tortuga que guardaba junto a la piel y lloraba al pensar en su madre y preguntarse qué estaría haciendo. Como todos sus padres habían muerto en combate siendo él muy joven, y pocas veces le prestaban atención cuando vivían —él sospechaba que esto se debía en parte a que Goztan nunca les confirmó cuál de ellos la había inseminado—, su madre era su único progenitor verdadero, la persona a la que sentía más cercana.

El caparazón tenía grabado un mapa de Dara, con un bulto prominente en la costa de Dasu (tal vez marcando el lugar donde la tortuga que vivía en ese caparazón fue capturada). El grabado estaba hecho a la manera tradicional lyucu: con las secreciones cáusticas de un escorpión autóctono en lugar del jugo del cactus de tajo, inexistente en Dara. Sabía que el mapa era un mensaje de su madre para recordarle que Ukyu-taasa era su hogar, con independencia de lo lejos que viajara en Dara.

En el plastrón estaban retratadas cinco figuras: un hombre, una mujer, dos hombres jóvenes y un bebé envuelto en una manta decorada con un gatito. Todos vestían ropas nativas en lugar de pieles lyucu, un detalle desafiante que indicaba las ideas acomodacionistas de su madre. Suponía que el hombre mayor representaba a su padre, cuya identidad seguía siendo un misterio para los cinco maridos de su madre. Los dos hombres jóvenes eran los naros de su madre, que aquí cumplían la función de proteger a la familia. El bebé, claro está, era él. Y la mujer fuerte y segura era su madre, Goztan Ryoto. En la mano llevaba un mangual de guerra con un pescado colgando del extremo no letal. A Goztan siempre le había gustado llevarle de caza y de pesca y se le daba bien atontar a los peces de aguas poco profundas con un golpe de su maza de guerra antes de sacarlos del agua con las manos desnudas.

Acarició la cara de la mujer. Mientras las lágrimas manaban en silencio de sus ojos, su corazón se llenó de preguntas sin respuesta.

¿Qué quería decir con que podía servir a Ukyu-taasa fuera de allí?

Kinri —pues ese era el nombre con el que todos le conocían allí— caminaba deprisa por las calles de Ginpen. A pesar de llevar casi cuatro meses viviendo en esta ciudad, todo le seguía pareciendo nuevo y asombroso. Observaba a la gente mientras corría. Aunque los nativos de Haan eran los más numerosos, personas de toda Dara se congregaban en esta capital de los conocimientos y los oficios. No estaba seguro de que la gran metrópolis, de un tamaño y población muchas veces superior a los de Kriphi, llegara a agotar su curiosidad algún día.

Dio la vuelta a una esquina y se dirigió por la amplia avenida central hacia el principal mercado de comida, justo a continuación del Gran Templo de Lutho.

Frente al templo había una plaza amplia repleta de artistas callejeros y vendedores de curiosidades. Por mucho que Kinri estuviera concentrado en su recado, no podía evitar demorarse y mirar embobado las maravillas que se le ofrecían a la vista.

Aquí, dos acróbatas hacían malabares con frascas de cerveza mientras se balanceaban sobre una pierna en los extremos de una vara de bambú levantada en alto por un tercero (haciendo un juego de palabras visual del ideograma anu para «risa»); allí, una mujer con el tradicional vestido acampanado de Haan hacía chillar de júbilo a una multitud de niños mientras les pasaba pequeñas jarras de Ogé que sacudían pequeñas descargas inofensivas y los llevaba a que pusieran sus manos en un generador sedamótico que les erizaba los cabellos. En un lado, un anciano prometía pagar diez piezas de oro a quien le ganara pasando con el dedo las cuentas de un ábaco para calcular el producto de diez números al azar; en otro, una pareja vendía buñuelos dulces con la forma del ideograma del nombre del cliente.

En la noble Haan, hasta los vendedores ambulantes tenían que atraer a la multitud apelando a su intelecto.

Tengo tiempo suficiente para contemplar al menos una representación, pensó Kinri.

Se detuvo junto a un gran corro de espectadores. Tuvo que alzarse de puntillas para poder ver el interior: una anciana estaba sentada en una silla en el centro del corro.

—¿Qué está haciendo? —preguntó al hombre situado a su lado.

—Está enseñando a los animales a guiar un carrito por el laberinto.

La curiosidad le picó como el aguijón de una avispa. Forzó su paso entre la muchedumbre, ignorando los gruñidos, hasta acercarse al frente.

En un lado del círculo vacío había un montón de ladrillos. Cinco o seis niños se ocupaban de ordenarlos en forma de laberinto, gritándose

instrucciones y discutiendo todo el rato entre ellos.

La anciana, de pelo tan blanco que refulgía al sol, mostraba una sonrisa amable en su cara llena de arrugas. Una manta fina le cubría el regazo y ocultaba las piernas. A Kinri le recordó a su maestra Nazu Tei y al instante le cayó bien. Se fijó en que, en lugar de patas, la silla se sostenía sobre dos grandes ruedas en la parte de atrás y dos más pequeñas por delante. Aparentemente, un sistema de largas palancas permitía a la ocupante de la silla modificar la relación de transmisión de los reductores conectados a las ruedas traseras y así impulsarse. Entre las dos ruedas traseras había una gran caja que probablemente serviría para guardar cosas.

—Tenéis que formar un laberinto complicado —dijo la anciana a los niños—. No se lo pongáis fácil a esta vieja Rati Yera. Ahora, estimadas señoras y caballeros, ¿alguien tiene una mascota a la que quiera ver atravesar este laberinto?

Una señora con un reluciente vestido acampanado, claramente de una familia importante, cuchicheó algo a su criada. Esta soltó una risita y avanzó entre la multitud con una jaula. En su interior, un jilguero verde saltaba de rama en rama sobre un arbolillo retorcido, piando y gorjeando con entusiasmo.

—Es el pájaro cantor favorito de la señora —dijo la criada—. Zuzu es muy listo, pero no creo que sepa guiar un carro.

—Oh, cualquiera puede aprender a guiar un carro —dijo Rati Yera entre risas—. Solo necesita que le enseñen.

La anciana señaló una mesa larga y alta que estaba a unos cuantos pasos.

—¿Quieres llevar a Zuzu hasta allí? Tengo que dejar que se familiarice con su nueva tarea.

Empujando alternativamente las largas palancas de ambos lados de la silla, Rati Yera avanzó hasta la mesa y se puso cómoda. El largo tapete colocado por encima ocultaba de la vista la mayor parte de su cuerpo. La criada colocó la jaula sobre la mesa, junto al carrito de juguete que ya estaba allí.

Kinri estiró el cuello para observar bien el carrito. Tenía forma triangular, con dos ruedas más grandes en la parte trasera y una pequeña delante. De unos dos pies de largo y uno de ancho, parecía una versión más pequeña del tipo de carretilla de mano que la gente usaba para transportar los sacos pesados de arroz o de harina hasta casa. La plataforma del carro estaba hecha de madera y tenía un palmo de ancho. La única peculiaridad del carrito era una vara de bambú colocada en vertical cerca de la parte de atrás, de unos tres pies de alto y del grosor de un antebrazo. Dado el tamaño

relativamente pequeño del carro, el poste sobredimensionado resultaba incongruente y desequilibrado, como el mástil de un barco transoceánico clavado en un bote fluvial de fondo plano.

Rati Yera se inclinó hacia delante y comenzó a hablar al jilguero.

—Zuzu, deja que te presente al espíritu del interior del carro, que escuchará tus gorjeos y lo guiará a derecha o izquierda. Estoy segura de que al espíritu le gustará tu canto. Te diré por qué: me acuerdo de la historia de Déa Su de la antigua Amu, que era tan guapo que le apodaron el Marqués Jilguero. Déa solía ir en un carro como este por las calles de Dimushi, guiando a los caballos con su voz meliflua. Las grandes señoras y sus criadas quedaban boquiabiertas y embelesadas al contemplar su hermosa faz. Silbaban y exclamaban, y le lanzaban frutas y flores, con la esperanza de llamar su atención. Conseguía tanta fruta de ese modo que su familia nunca tuvo que comprarla en el mercado…

Mientras la arrobada multitud tenía los ojos clavados en la anciana que contaba su historia al jilguero de la jaula, Kinri se dio cuenta de que Rati mantenía las manos bajo el tapete y lanzaba miradas subrepticias al laberinto que iba formándose.

Por fin los niños acabaron su construcción. La anciana se inclinó hacia delante y susurró algo inaudible al pájaro.

La impaciencia de la multitud iba en aumento.

—¡Vamos abuela! ¡Queremos ver al pájaro guiando el carro!

—¿No será que nos estás tomando el pelo? Ya llego tarde a encontrarme con mi marido…

—Pues dile que viste al Marqués Jilguero y tenías que comprobar…

—¡Chisss! ¡Quiero oír lo que está murmurando!

Rati continuó susurrando al jilguero sin tomar en cuenta los gritos y los abucheos. Luego retiró su silla de la mesa y dijo a la criada:

—¿Puedes dejar la jaula sobre el carrito, atarla al poste con un trozo de bramante y poner el carrito a la entrada del laberinto?

La muchedumbre se calló cuando la criada hizo lo que le había pedido la anciana.

—Ahora tira de esa palanca —es la del freno— y veamos si Zuzu prestó atención a sus lecciones de conducción.

La criada tiró de una pequeña palanca que bloqueaba las ruedas traseras del carro.

Mientras la multitud observaba aguantando la respiración, el jilguero saltaba dentro de la jaula, trinando con entusiasmo.

El carro se puso en marcha con una sacudida y avanzó a paso lento pero constante por el laberinto.

Al llegar a la primera intersección, el carro se detuvo. El pájaro se

sentó sobre la rama, girando la cabeza para mirar a un lado y otro, completamente en silencio.

—¡Zuzu, tú puedes hacerlo! —gritó la señora del vestido acampanado, superando la timidez por su interés por el pájaro.

El jilguero saltó en la rama y trinó unas pocas notas; el carrito volvió a ponerse en marcha con una sacudida y torció a la izquierda cuando la rueda izquierda giró hacia atrás y la derecha hacia delante.

La multitud vitoreaba cada vez más fuerte en tanto el carro, aparentemente guiado por el pájaro cantor, recorría el laberinto. Los cobres e incluso algunas piezas de plata repiqueteaban en el pote situado junto a la silla de ruedas de la anciana, mientras ella sonreía y daba las gracias a sus benefactores.

Kinri estaba avergonzado de no tener ni una moneda para darle. Sin esperar hasta el final de la actuación, se retiró de la multitud para continuar con su compra.

Pero la imagen del carrito deslizándose por el laberinto permaneció en su cabeza. Estaba seguro de que el pájaro no era el que guiaba el carro. Pero ¿cuál era el truco de Rati Yera?

A una milla de la ciudad, una caravana de carruajes tirados por caballos y bueyes se detuvo a la sombra de un bosquecillo, junto a la ancha carretera que llevaba a las puertas de Ginpen. A primera vista, no había nada destacable en la caravana, pero un observador atento se habría visto sorprendido por los cocheros sentados en los pescantes y los sirvientes y criadas que rodeaban los carruajes. Todos parecían jóvenes y sanos, y sus ojos vigilaban atentos la carretera. Ninguno hacía bromas ni jugaba a las cartas. Les envolvía un aire que recordaba a un ejército más que a unos comerciantes.

En el interior del carruaje más grande, dos mujeres jóvenes, al final de la adolescencia, discutían.

—Tu hermano y madre-tía me pidieron que te vigilara —dijo una de ellas. Bien parecida y ágil, su piel morena y sus ojos verdes indicaban que provenía, al menos en parte, de Haan, aunque su acento era el de las llanuras onduladas de Cocru, el dialecto de prestigio en la Corte del Diente de León, pues Kuni Garu nació y creció en ese antiguo estado Tiro. Movía con nerviosismo un anillo de pulgar de arquero, lo que podía explicar, al menos parcialmente, el origen de su figura atlética, fuerte y delgada como el tronco de un ciruelo de invierno—. No vas a escapar de la protección de los clarividentes. Gori Ruthi me cortaría la cabeza si te pierdo de vista.

—Pero Aya, ¿cómo se supone que voy a divertirme con todo este séquito alrededor? —dijo la otra joven. De piel clara y cabello muy rubio, poseía una belleza poco habitual. La armonía entre su vestido

—de seda lisa color amarillo pálido, tan esmeradamente cortado y cosido que las costuras eran prácticamente invisibles— y su maquillaje —polvo dorado y una pizca de carmín de labios muy sutilmente aplicados— sugería la nobleza del crisantemo y la vivacidad del diente de león. El efecto general quedaba realzado más que oculto por la colorida cera de escribir acumulada bajo sus uñas, lo que le daba el aire de una poeta imaginista de la antigua Amu, demasiado absorta en la belleza de la creación para preocuparse por la perfección de su apariencia personal.

—Si quieres divertirte, puedo enviar algunos guardias de incógnito para que te acompañen por la ciudad más tarde.

—Mejor que no. Aunque se disfracen de vendedores o de cocheros, esas espaldas tiesas y esas miradas amenazantes los delatarían a ojos de todos como militares. No se me acercaría ninguna persona interesante.

—Quieres decir que ningún tonto zumbaría a tu alrededor como abeja atraída por un rosal en flor —Aya Mazoti cerró los ojos—. Eso es exactamente lo que se supone que debo vigilar. ¿No has causado ya bastantes escándalos? Los eruditos de la corte volverían a abrumar a la emperatriz con peticiones.

—Allá ellos —dijo Fara con despreocupación—. Como si a la emperatriz le importaran los quisquillosos moralistas que se quejan a *ella* de las mujeres poco virtuosas. Además, ejem, para tu información, yo he venido a recopilar cuentos populares y leyendas interesantes, no chicos. Solo porque tú tengas la mente calenturienta…

Aya suspiró.

—Está bien, ya vale. Nunca puedo ganar una discusión contigo. Pero ¿dónde vas a quedarte en la ciudad?

—Con una vieja amiga de la familia —dijo Fara—. Te mandaré un mensaje cuando esté instalada.

—Yo he venido en misión oficial, ¿sabes? Los espías lyucu y los piratas no van a atraparse por sí solos, y una flota tampoco se prepara de la noche a la mañana. Ya estoy hecha un manojo de nervios con todo lo que tengo pendiente antes de hacernos a la mar, como para tener que preocuparme por ti…

—Juro que no me meteré en líos —dijo Fara. Unió las manos en modo apaciguador—. Mi muy querida hermanita, *por favoooor*.

Aya se la quedó mirando.

—Sabía que era un error permitir que vinieras.

—Oh, no seas tan seria todo el tiempo —dijo Fara, con las comisuras de los labios apuntando poco a poco una sonrisa pícara—. Zomi y mi hermano no nos están viendo. Cuando descubra los lugares

secretos más divertidos te llevaré conmigo. No me digas que no te encanta acompañarme en esas aventuras. Porque, esos dos chicos del teatro la última vez…

—Chisss —dijo Aya ruborizándose—. Está bien, me rindo. Si prometes mantenerme informada de por dónde andas, puedes ir sola. En todo caso, probablemente es mejor tenerte lejos de mí.

—Oh, gracias. Sabía que serías razonable —Fara le dio un fuerte abrazo antes de salir del carruaje—. Traedme un caballo —dijo a los palafreneros con una voz llena de despreocupada alegría.

Aya se frotó las sienes y suspiró de nuevo.

Después de comprar las cebolletas y las bayas silvestres, Kinri regresaba sin prisas en dirección a La Espléndida Jarra. Intentaba encontrar a la anciana del extraño carro.

De todas las ciudades de Dara en las que Kinri podía haber acabado, Ginpen tal vez fuera la más adecuada para su temperamento. Era una ciudad llena de maravillas mecánicas e ingeniosa maquinaria: norias movidas por la marea en las playas, misterios sedamóticos en los templos, aeronaves con velas-cometa, talleres llenos de maestros artesanos y, por supuesto, muchos, muchos juguetes y artilugios a la venta en los mercados, que sonaban, giraban, chascaban, chirriaban, zumbaban, hacían tic-tac, carraqueaban, etcétera. Como no tenía amigos fuera de La Espléndida Jarra ni familia en la ciudad, pasaba mucho tiempo en su habitación desmontando dichos artilugios —gastaba la mayor parte de su salario en adquirirlos— y volviéndolos a montar, para intentar entender cómo funcionaban. Le serenaba trabajar con esas máquinas, igual que cuando era niño y jugaba con los arucuro tocua.

El carro dirigido por un animal no se le iba de la cabeza y quería volver a ver la actuación para intentar adivinar su misterio. Pero la anciana había desaparecido.

Decepcionado, se detuvo junto a una caseta con una larga fila de clientes, pensando que tal vez alguno de ellos podría decirle dónde había ido. Por sus ropas harapientas, supuso que la mayoría eran obreros no cualificados. En vez de ideograma, el cartel que presidía la caseta mostraba tan solo el dibujo de una lengua chupando un bloque de cera. Kinri nunca había visto una señal así y se preguntaba cuál sería el oficio que ejercía su dueño.

Dedicó una mirada más atenta al hombre del interior. De cuarenta y tantos años, llevaba sus largos cabellos negros sujetos en el moño de doble rodete propio de los *toko dawiji*, lo que chocaba de forma incongruente con su largo bigote retorcido, propio de los comerciantes de mucho ingenio pero poca erudición. En lugar de la túnica bien

confeccionada pero de corte sencillo y colores apagados usada por casi todos los eruditos de Dara, la suya era de cáñamo de color azul intenso y estaba cubierta de parches de todos los colores, formas, tamaños y materiales imaginables; el resultado le recordaba un mapa de Dara.

Intrigado, Kinri preguntó al hombre situado al final de la cola:

—¿Qué es lo que vende?

—No vende nada que sirva para comer o vestir —dijo el hombre—. ¿No ves su cartel? Es un lengua afilada, un abogado a sueldo.

Kinri había oído antes hablar de abogados a sueldo, pero solo en textos clásicos moralistas, que se referían a ellos como bribones.

—Creía que estaban prohibidos por ley.

El hombre le miró con extrañeza.

—¿Dónde has estado metido, hermanito? La emperatriz Jia volvió a legalizarlos. El primer ministro Cogo Yelu emitió la proclamación hace algunos años.

Kinri rebuscó en su memoria lo poco que sabía de los abogados a sueldo.

—¿No cobran a sus clientes mucho dinero solo por mentir?

—Este no. Widi Tucru solo trabaja para los pobres, y los defiende de los recaudadores de impuestos codiciosos, de los policías matones y de los terratenientes arrogantes. Por eso su cartel no está escrito con ideogramas o letras, porque es consciente de que la mayoría de nosotros no sabemos leer.

—¿Ha ayudado a mucha gente?

—¡Desde luego! Yo fui uno de sus clientes el año pasado. Mi terrateniente iba a subirme la renta para vengarse porque me negué a ayudarle mintiendo a los recaudadores de impuestos acerca de la cantidad que le pagaba. Yo estaba desesperado. Pero Widi convenció a los demás jornaleros de que se unieran a mí y se negaran a trabajar en la época de plantación. Tres días más tarde, el terrateniente cedió y ahora ninguno le tenemos miedo.

—Pero ¿cómo pueden pagar por sus servicios los campesinos pobres sin tierra?

—Él nos pide lo que podamos darle, y si no podemos pagar nada, solo pide que le hagamos algún favor más adelante. Cuando Widi acepta trabajar para ti, se arranca un parche de su túnica y coge un parche de la tuya. No hay que firmar ningún contrato.

Kinri estaba a punto de hacer más preguntas cuando un fuerte griterío dirigió su atención a un grupo de actores próximos a la caseta del lengua afilada. Estaban representando una obra.

Un hombre de unos treinta años iba vestido con ropas hechas con

piel de oveja que dejaban ver su pecho y sus brazos musculosos. Sobre la cabeza tenía sujeto un cráneo de ciervo, a modo de casco. Estaba haciendo girar y lanzando al aire un enorme cilindro de piedra, como los que se usan para amarrar los barcos en los puertos, con tanta facilidad como un cocinero giraría un rodillo de amasar. La multitud respondía con murmullos de admiración ante tal exhibición de fuerza.

Frente a él había una mujer. Iba vestida como una versión teatral de un general dara, con una capa suelta de guerra y una armadura reluciente (aunque todo ello parecía hecho de papel). Tenía la cabeza calva —el corazón de Savo se estremeció al pensar en su madre. El rostro curtido de la mujer mostraba cicatrices y sujetaba en alto una espada enorme, casi tan larga como ella de alta. Señaló al hombre con su espada y cantó:

> *Los Cuatro Mares Plácidos son tan extensos como largos son los años.*
> *El ganso salvaje vuela sobre un estanque, dejando tras de sí una voz en el viento.*
> *El hombre pasa por este mundo dejando tras de sí un nombre.*

El hombre se burló de ella con una sarta de sílabas sin sentido, lanzó el pilar de piedra al aire, volvió a recogerlo y lo levantó como si fuera una enorme maza o hacha de guerra.

Kinri sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la tripa. Se dio cuenta de que estaba viendo una caricatura de Pékyu Tenryo, el más grande líder de los lyucu, arquitecto de la conquista de Dara.

La mujer que tenía enfrente —Kinri supuso que representaba a Gin Mazoti— no parecía intimidada en absoluto.

—Tenryo —dijo, y su voz sonora reverberó por toda la Plaza del Templo—, los dioses de Dara han decretado tres salvaguardas de protección para mí: no moriré mientras pueda ver el cielo; no moriré mientras pueda ver la tierra; no moriré mientras me enfrente al hierro. No te tengo miedo, por mucho que aúlles y amenaces. Mientras mi corazón palpite, nunca esclavizarás a los *anojiti* ni triunfarán tus crueles planes. Venga, decidamos ya quién será el amo de estas islas.

El hombre que hacía de Tenryo se abalanzó contra ella, sujetando el pilar de piedra como si fuera un ariete. La mujer que hacía de Gin se agachó con facilidad para esquivarlo, giró sobre sí y se cubrió el rostro con la capa de guerra.

Cuando se enderezó de nuevo y descubrió el rostro, parecía completamente diferente. Su cara estaba llena de arrugas y agotada,

una barba descuidada le cubría el mentón y, de alguna forma, le había brotado una espesa mata de pelo negro y liso en la cabeza. La armadura era de cuero (o más bien de papel del color del cuero). En vez de la enorme espada sujetaba una espada corta en una mano y una maza de guerra tachonada de dientes en la otra.

Kinri se frotó los ojos. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, no habría creído que se trataba de la misma mujer.

—Mídete con Mordedor y Sencillez —gritó, con la voz de un hombre de mediana edad. Luego cruzó sus armas—: Yo, Dafiro Miro, apoyo a la mariscal. No saldrás vivo de este barco.

El público lanzó exclamaciones de asombro y prorrumpió en aplausos.

Tenryo emitió un gruñido y se lanzó contra ese nuevo enemigo. Otra vez, la mujer se agachó para esquivar la arremetida, giró sobre sí misma con la capa cubriéndole la cabeza, y cuando se levantó parecía otra persona diferente. Esta vez era una hermosa cortesana vestida de forma marcial, con unas mangas anchas poco prácticas que trazaban formas elegantes en el aire mientras danzaba.

—Yo, la consorte Risana, confundiré y sembraré la duda…

Y así continuó una y otra vez. Cada vez que Tenryo cargaba contra un nuevo enemigo, la mujer le esquivaba agachándose y se transformaba en otra persona. Los aplausos del público eran cada vez más fuertes, maravillado como estaba ante tal despliegue de habilidad escénica.

«Rufizo, ¿tú inventaste esas reglas absurdas para proteger a Gin? ¡No tenía ni idea de que tuvieras esa faceta tan teatral!».

«Te aseguro que no hice nada por el estilo, Tazu».

«A los mortales les encanta crear sus propias historias sobre nosotros. Yo no le prestaría demasiada atención a lo que dijo».

«Ajá, parece que te das mucha prisa en descargar cualquier responsabilidad, Kiji. ¿Tienes cargo de conciencia? No sería la primera vez que esquivas las reglas e interfieres para salvar a un mortal… ¡Apostaría todos los dientes a que el cabeza de chorlito está detrás de esas salvaguardas! ¿Quién apuesta contra mí?».

«Yo no he tenido absolutamente nada que ver con esas “reglas”».

«Guarda tus joyas relucientes, impredecible atrapapeces. Nadie va a apostar contra ti».

«Sois un puñado de estatuas tediosas. ¿Qué ha hecho Dara para merecer tales deidades aburridas? No obstante… es bueno saber que todos hemos decidido volver a nuestras antiguas formas. Los disfraces lyucu me estaban poniendo de los nervios. Espera, Rapa, pareces tremendamente pensativa. ¿Qué ronda por tu cabeza?».

…

«No me digas que te has enamorado de ese forzudo. A veces me cuestiono tus gustos…».

«Nadie se ha enamorado, Tazu. Solo pensaba que…».

«¿Qué?».

«Que cuando estaba presa y Jia fue a verla, Gin estaba verdaderamente asustada».

«Oh, déjame pensar. No podía ver el cielo ni la tierra porque se encontraba en una celda húmeda y fría, y Jia no acudió con un arma… ¿Me estás diciendo que fue Kiji quien instituyó esas salvaguardas…?».

«¡Ya te he dicho que yo no tuve nada que ver con eso!».

«Vale. ¿Me estás diciendo que esas reglas inventadas por los mortales funcionan realmente?».

«Ni siquiera los dioses conocen todos los misterios del destino. Chisss. Escuchad».

Sin que su presencia fuera advertida por la multitud arrobada, Fara detuvo su caballo cerca del público, intrigada por la actuación. Siempre le había encantado ir por las calles sin séquito, observando los espectáculos de los plebeyos de incógnito. Pero en la Ciudad Harmoniosa había demasiadas personas que la reconocían y la estratagema no siempre funcionaba. Así que tenía la intención de aprovechar su libertad al máximo aquí en Ginpen.

Tenryo se estaba debilitando. A pesar de su extraordinaria fuerza, no podía mantener el ritmo de tantos enemigos que aparecían y desaparecían como fantasmas. Su respiración empezaba a ser dificultosa y el sudor le corría a chorros por la frente.

Abruptamente se paró, plantó en tierra el pilar de piedra, alzó el rostro a los cielos y chapurreó algunas palabras inconexas. Luego señaló al cielo, señaló al suelo, señaló el pilar de piedra y se echó a reír.

La mujer frente a él giró una vez más y reapareció como la mariscal.

Por primera vez, el miedo nubló su rostro.

Su voz tembló al hablar.

—Tienes razón, Tenryo. El humo de los incendios ha oscurecido el cielo; la cubierta de este barco y el mar no son la tierra; la maza que sujetas en tus manos no es de hierro.

La gente guardó silencio.

La expresión del rostro de la mujer pasó del miedo a la determinación y luego a la serenidad.

—Aunque los dioses ya no me protejan, no tengo miedo.

¿Serán olvidados los héroes? ¿Será recompensada la lealtad?
Aunque las estrellas tiemblen en la tormenta, nuestros corazones no flaquean.
Aunque el cabello se nos vuelva blanco, nuestra sangre sigue siendo carmesí.

Echó a correr hacia Tenryo con su enorme espada en alto mientras Tenryo se abalanzaba hacia ella con el pilar alzado a la misma altura. Cuando el pilar estaba a punto de estrellarse contra el pecho de Gin, la multitud aguantó la respiración, pero ella dio un salto en el último momento, hizo una voltereta en el aire y aterrizó sobre el extremo del pilar.

Por mucho que Tenryo agitara, balanceara, girara y retorciera el pilar, Gin permanecía plantada en su extremo, de pie sobre una pierna como una elegante grulla.

La multitud prorrumpió en entusiastas aplausos ante el extraordinario despliegue de poder y agilidad de ambos actores.

La mujer volvió a dar un salto en el aire apuntando con su espada al pecho del hombre, como si fuera el pico de un halcón mingén en picado.

Mientras el público aguantaba la respiración, la espada se hundió en el pecho del hombre. Este se tambaleó algunos pasos hacia atrás, soltó el pilar y cayó de espaldas. La mujer aterrizó a su lado y se inclinó para comprobar si el pékyu estaba muerto.

De repente, el inerte lyucu cobró vida: ¡era un truco! Se sacó la espada de su propio pecho y la hundió en el corazón de la mariscal. La mujer dio un traspié pero no cayó al suelo. Rodeó con sus manos la hoja de la espada y lentamente la extrajo de su pecho. Sin soltarla, volvió a clavársela al lyucu en el pecho.

—¡Esa espada está hecha de hierro! —gritó alguien entre el público —. ¡La mariscal no puede morir!

El público comenzó a vitorear, animando a la mariscal a acabar con el pékyu.

Ambos se pelearon por la espada, sin que ninguno cediera una pulgada. Pero como el pékyu la sujetaba por la empuñadura y la mariscal por la hoja, era evidente que ella no aguantaría mucho esta pugna. De sus dedos manaba un líquido rojo y muchos miembros del público se doblaron de dolor, aunque supieran que se trataba de un truco escénico.

—¡Eso no es justo! —gritó alguien.

—¡Entrégale la espada y pelea con honor! —gritó otra persona.

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza! —más gritos de la multitud.

Tenryo echó un vistazo al público y dio un gruñido. Por increíble que pareciera, aunque Tenryo tenía una clara ventaja, Gin le estaba haciendo retroceder, paso a paso, hacia el extremo de la cubierta del barco imaginario.

Tras él había quedado abandonado el pilar con el que había luchado antes. Dio otro paso hacia atrás y tropezó con el pilar, cayendo al suelo abierto de piernas y brazos. Soltó la espada.

Mientras el público gritaba de júbilo, Gin dio vuelta a la espada y agarró la empuñadura con las manos ensangrentadas. Avanzó hacia el caído Tenryo.

Este la miró desde abajo y emitió unos sonidos suplicantes.

—¡Acaba con él! ¡Acaba con él! —gritaba el público.

Pero Gin se detuvo. Paseó la mirada entre el público.

—El emperador Ragin siempre resaltó la importancia de la piedad y perdonó a todos los que habían seguido al hegemón tras su derrota. Tenryo se ha rendido —tras estas palabras soltó la espada.

Tenryo se levantó y se postró de rodillas ante ella, mientras su garganta emitía sonidos de agradecimiento.

El público guardó silencio y, aunque se escucharon algunas voces disidentes, la mayor parte pareció aprobar su acción.

Gin volvió a girar sobre sí misma, dejando que su capa de guerra flameara como las nubes al ocaso. Cuando se detuvo estaba rodeada de modelos en miniatura de las islas de Dara, hechos de seda o de papel, que parecían mecerse por la suave brisa. Estaban cubiertos de verdes campos y ciudades diminutas, con colores y líneas tan vívidos que parecía que fuera a escucharse el canto del gallo en las aldeas y el bullicio de la multitud en las ciudades. Gin estaba parada en medio de las islas, como una diosa.

—*Anojiti,* hemos vencido a nuestros enemigos. Quememos a los muertos y llorémosles, pero no olvidéis por qué murieron. No debemos permitir jamás que la desesperación y la sospecha gobiernen nuestros corazones…

Mientras se dirigía a la multitud fue girando lentamente sobre sí misma. Ahora daba la espalda a Tenryo.

—… sino mirar ilusionados hacia un futuro mejor. Reconstruiremos…

Una mueca furiosa apareció en el rostro de Tenryo mientras se lanzaba hacia delante y empujaba el pilar, que avanzó rodando hacia las islas de Dara como un gigantesco tsunami.

La multitud gritó de sorpresa y rabia. Gin se dio la vuelta y vio lo que estaba pasando. Saltó por los aires como una cruben que emerge a la superficie y aterrizó delante del pilar.

Cayó, y el pilar, mucho más grueso que ella, rodó sobre su cuerpo, redujo su avance y se detuvo.

Gin quedó inmóvil. La había aplastado.

Pero las islas estaban a salvo detrás de ella.

Del público surgió un susurro de suspiros. Hubo quienes rompieron a llorar.

Tenryo echó a reír mientras la multitud lo maldecía. Señaló al cielo, al humo imaginario que oscurecía el cielo; señaló hacia sus pies, al mar que inundaba la tierra; señaló al enorme pilar que había aplastado a Gin, que no estaba hecho de hierro ni de acero. Se burló del público con gestos ofensivos —*ni siquiera los dioses de Dara pueden salvar a Gin Mazoti. ¡Los dioses de Dara son débiles!*

Pasó por encima del pilar y del cuerpo inmóvil de la mariscal, avanzando a zancadas hacia las islas, como un coloso. Iba a reducirlas a polvo, a demostrar al pueblo de Dara quién era su señor, a destrozar todo signo de belleza y de vida.

Detrás de él, Gin empleó toda la fuerza que le quedaba para alzar un brazo a los cielos. Abrió los dedos y un pequeño cohete de pirotecnia voló hacia las alturas. La multitud miró hacia arriba, extasiada.

El cohete alcanzó el vértice de su vuelo y trazó un arco antes de descender hacia tierra, dirigiéndose directamente al distraído Tenryo. Explotó justo sobre su cabeza, lanzando una lluvia de chispas a su alrededor, como un velo de estrellas. Tenryo se desplomó al suelo y convulsionó como si hubiese sido golpeado por un rayo. Balbució incoherentemente, pateó al aire, lanzó puñetazos a los espíritus y, por fin, dejó de moverse.

La mariscal y el pékyu quedaron inertes.

Pero las islas de Dara estaban a salvo.

El público estalló en un estruendoso aplauso. No pocos se secaron las lágrimas de la cara.

La mente de Kinri estaba hecha un lío mientras continuaban los aplausos y los vítores, y los dos actores se levantaban para saludar al público. Las palabras de estos penetraban y se escapaban de su consciencia.

—Somos Mota Kiphi y Arona Taré, actores itinerantes… señores y señoras, por permitirnos mostraros las hazañas de héroes y villanos… muchos veteranos de guerra no han recibido el trato que…

Nunca había escuchado esa historia contada desde la perspectiva de los nativos y su mente estaba invadida por una compleja mezcla de emociones: incredulidad, asco, indignación, odio y un rastro de dudas.

Para él, Tenryo había sido siempre un modelo de virtud: intrépido,

ingenioso, decidido a liberar Dara de las garras de los malvados Ragin y Jia. Él y sus guerreros habían sufrido lo indecible a manos de los deshonrosos generales de Dara antes de ganarse el apoyo de los dioses y los corazones de los nativos. Cierto que Ukyu-taasa todavía albergaba traidores y rebeldes —la mayor parte, nativos desorientados que no comprendían el don de la libertad traída por los lyucu: una forma de vida que no estaba ligada a extraer comida cavando la explotada tierra—, pero solo era cuestión de tiempo que todos aceptaran la verdad.

En ese espectáculo, no obstante, Tenryo era el malvado, una fuerza de destrucción y caos balbuceante e incoherente. Gin Mazoti era la heroína perfecta, un símbolo de la resistencia nativa ante los esclavizadores. La completa arbitrariedad de esta representación le exasperaba y le enfurecía.

Volvió a recordar las crípticas referencias a la verdad de su maestra Nazu Tei. Él había estado convencido de que su maestra se equivocaba, que había sido engañada por rebeldes y traidores. Lo ocurrido en Kigo Yezu era horroroso, pero se trataba de una aberración, un crimen cometido por Cutanrovo Aga, contrario a las intenciones de Tenryo y Tanvanaki. La verdad era que los lyucu eran mucho más amables, más honorables y más libres que la mayor parte del pueblo de Dara.

Pero después de vivir tanto tiempo en la propia Dara, empezaba a ver que no todos sus habitantes eran como los cobardes y egoístas dara-raaki que había conocido a través de las historias que se contaban en Ukyu-taasa. El gerente de La Espléndida Jarra le había acogido sin titubear, al igual que una tribu de las planicies habría adoptado a un culek nómada. Mati y Lodan se habían hecho sus amigas, y eran tan dignas de confianza y cariñosas como Vocu Firna y su propia maestra Nazu Tei. ¿Cómo podía estar seguro de que no había otras falsedades en las historias que le habían contado?

¿Esta obra era pura propaganda o contenía algo de verdad?

Antes de poder responder a todas esas preguntas, surgió un grito de alarma en la multitud que le rodeaba.

«¿Por qué has hecho eso, Tazu?».

«¿Has perdido la cabeza, Tazu?».

«Un momento, un momento. ¿Por qué pensáis los dos que fui yo? ¡Llevo aquí todo el tiempo, discutiendo con vosotros sobre la obra!».

«Fui yo, hermanos y hermanas. Yo estoy a cargo de las aves, ¿recordáis?».

¨¡Kiji!».

«¿Por qué?».

«Tú enviaste una semilla salvaje a las costas de Dara, Rufizo. Tú sacaste una flor cultivada del invernadero de Pan, Tututika. A lo mejor ha llegado la hora de contribuir a que ambas vidas sean más interesantes. ¿No dice Tazu que somos aburridos? Demostremos que se equivoca».

Zuzu el jilguero miró intrigado la puerta de la jaula. El pestillo estaba levantado, pero nadie había abierto la puerta para darle de comer o cambiarle la cama. Indeciso, le dio un golpecito con el pico. Giró y se abrió.

Su corazón latió con fuerza. Nunca antes había hecho eso.

En un momento estaba fuera de la jaula, volando sobre la multitud y abatiéndose sobre ella. Los chillidos agudos de sorpresa que siguieron a continuación le sonaron como los trinos de dos extraños pájaros. No sabía que su dueña y la criada fueran capaces de una actuación vocal tan melódica.

Surcaba el aire velozmente, gozando de la libertad del vuelo en espacio abierto. La emoción de no estar encerrado por primera vez en su vida era embriagadora y cantó para mostrar su júbilo.

Demasiado tarde se dio cuenta de que iba directo a la cara de una gigantesca criatura, cuyas fosas nasales se ensanchaban mientras él agitaba las alas en un desesperado intento por evitar la colisión. No lo consiguió y se estrelló contra el morro húmedo y blando del monstruo. Dos ojos, cada uno tan grande como las tazas de té en que le llevaban la comida y el agua a la jaula, se cruzaron para mirarle fijamente. Tras un potente y alarmado resoplido, el monstruo se encabritó.

¿También va a echar a volar? Si no tiene alas, pensó Zuzu, con su pequeño cerebro de pájaro lleno de terror y asombro.

Fara seguía pensando en la obra de teatro popular que acababa de ver.

Los relatos oficiales de la vida de Gin Mazoti siempre le habían parecido deficientes, secos y faltos de color, como un dibujo que se hubiera borrado y rehecho tantas veces que no mostraba señales de vida.

¡Pero esta representación!

Aunque la trama se tomaba libertades con los hechos, aunque el lenguaje era ordinario, aunque la dramaturgia era sencilla, la representación poseía fuerza, y los actores expresaban unas emociones tan auténticas que se sentía conmovida casi hasta las lágrimas.

¿Por qué la Troupe Imperial nunca representa obras sobre las hazañas de la mariscal? ¿Por qué nunca he visto en la capital ninguna ópera sobre la guerra contra los lyucu?

Perdida en sus pensamientos, no tuvo oportunidad de reaccionar cuando su estable montura se convirtió de repente en un barco mecido

por la tempestad. Corcoveando, pateando, encabritándose y relinchando, el aterrorizado caballo emborronó el mundo que la rodeaba. Luchó para sostenerse, aferrándose a las riendas y apretando las rodillas contra la silla con todas sus fuerzas.

Era lo único que podía hacer; no sabía si sería suficiente.

Kinri vio los cascos del caballo asustado agitándose en el aire; vio a la sorprendida joven que se esforzaba por mantenerse en la silla; vio a la multitud empujando y dando codazos para escapar de la criatura fuera de control.

Y entró en acción. No pensó ningún plan. Solo sabía que algo había que hacer.

En unas cuantas zancadas se aproximó al caballo. Se estiró para llegar a las riendas y las agarró. Pero la aterrorizada bestia tenía demasiada fuerza para él, y salió disparado al aire cuando el caballo se encabritó de nuevo y bufó, echando espuma por la boca. Elevó la vista y se topó con los ojos de la jinete.

El sonido de su desbocado corazón le saturaba los oídos y su visión se estrechó en un túnel. A pesar de estar en una situación desesperada, no había desesperación en los ojos de la joven, sino una férrea determinación de sobrevivir, de recobrar el orden tras el caos.

Era la mujer más bella que había visto en su vida.

Se mantuvo firme, intentando calmar a la bestia desbocada. De milagro consiguió sortear una coz. Estaba seguro de que no sobreviviría a la siguiente patada y lo único que le pasó por la cabeza fue que ni siquiera conocía su nombre y que, más que la posibilidad de morir, eso era una tragedia.

Y de pronto todo quedó tranquilo. Tenía los pies sobre el suelo. La cabeza de la jinete estaba casi al nivel de la suya.

Miró hacia abajo y vio que el caballo estaba arrodillado en el suelo, todavía jadeando y con los belfos llenos de espuma. Daba la impresión de que algún peso lo estuviera presionando contra el suelo, forzándole a permanecer quieto aunque todos los músculos cordados se opusieran a esa restricción. Al otro lado del caballo, el actor que representaba a Tenryo tenía una mano colocada sobre el cuello del caballo. Los músculos de su brazo estaban tensos y temblaban, y miraba fijamente a Kinri con una expresión complicada, una mezcla de sorpresa, curiosidad y asombro.

Esto no es un truco escénico, pensó. *Este hombre es más fuerte que un caballo.*

La mujer respiró hondo y, en una voz melodiosa que rezumaba autoridad y amabilidad al mismo tiempo, dijo:

—Gracias, gentiles caballeros.

Con la cabeza hecha un torbellino, la vio descender del caballo; la vio acariciar la cabeza del animal hasta que este dejó de temblar; la vio coger las riendas de su propia mano.

—¿Podría alguno de vosotros conducirme hasta La Espléndida Jarra, donde estoy segura de que ambos seréis recompensados por vuestro valor?

En la Plaza del Templo de Ginpen, cuatro susurrantes voces cuchicheaban entre ellas.

—¿Estás segura?

—El parecido es asombroso. Con mi arte, será perfecto.

—¿Crees realmente que esta es nuestra mejor oportunidad?

—Tal vez sea una señal para que le conozcamos. ¿No quieres ver lo que hay en esos acantilados antes de morir?

—¿Cómo vamos a conseguir que acepte?

—Empecemos por conocerlo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

EL TESORO

MIENTRAS TANTO, EN KRIPHI

Goztan fue a ver a Vocu Firna a su tienda.

El criado, un viejo nativo que mantenía su vista fija en el suelo, intentó explicar en un lyucu chapurreado que su señor no estaba en casa. Los nervios de estar frente a una thane-garinafin le hacían tartamudear y perder el dominio de la lengua extranjera, y todo el cuerpo le temblaba como una hoja al viento.

—¿Dónde puedo encontrarle? —preguntó Goztan en dara, intentando que su voz sonara amable.

Pero en lugar de calmar al anciano, dio la impresión de que sus esfuerzos le atemorizaban aún más. Sin hablar, se hincó de rodillas y tocó el suelo con la frente delante de Goztan una y otra vez.

Goztan suspiró. El viejo debía haber pensado que intentaba tenderle una trampa. Era sabido que las «hordas de purificación» de Cutanrovo —bandas itinerantes de naros, culeks y entusiastas soldados nativos ansiosos por demostrar su lealtad a los lyucu— hablaban en dara a los nativos a los que abordaban para luego matarles de inmediato si les contestaban en la lengua prohibida.

Se arrodilló frente a él.

—Creo que thane Cutanrovo está loca —le susurró, aún hablando en dara—. No hace falta que hables, solo dibújame un mapa de dónde encontrar a tu señor.

La mención al mapa le trajo a la memoria a Savo, su hijo. Esperaba que se encontrara bien con los piratas. En medio de su desesperación, se había puesto a rezar a los dioses de Ukyu-taasa, y la idea de liberarle y enviarle al exilio se le había ocurrido en un instante. No sabía explicarse por qué le había entregado el caparazón de tortuga, pero tenía la vaga sensación de que, a lo mejor, el autor del grabado podría proteger al muchacho en su tierra nativa.

Apartó esa idea de su cabeza. Savo estaba solo y ella debía centrarse en el presente.

El anciano volvió a tocar el suelo con la frente unas cuantas veces más. Luego hizo un mapa en el suelo con el dedo.

Goztan apenas tuvo tiempo de interpretarlo antes de que los

interrumpieran voces de chiquillos.

Con un raudo movimiento, Goztan borró el mapa y se dio la vuelta. Por la calle marchaba un grupo de niños, la mayoría de ocho o nueve años de edad. Portaban mazas y hachas de hueso demasiado grandes para ellos, y algunos de los más pequeños tropezaban al intentar mantener el paso. Por delante iban dos naros conduciendo una cuerda de prisioneros nativos encadenados que caminaban arrastrando los pies. Algunos parecían campesinos y uno o dos tenían el aspecto de eruditos, tal vez antiguos tutores asignados por la corte.

Los niños iban cantando mientras marchaban.

Fortalecemos nuestros miembros y nuestros corazones con la dulce sangre de nuestros enemigos.
Purificamos nuestro espíritu con los lamentos de nuestras presas.
¡Los dara-raaki deben ser destruidos!

Los prisioneros arrastraban los pies descalzos y sangrantes sin energía, y sus ojos vidriosos no mostraban ninguna expresión, ni siquiera desesperación. Sin embargo, los niños cantaban cada sílaba con fervor y ardor, con un fuego salvaje en los ojos.

Sobresaltada, Goztan observó que Todyu Roatan, el hijo mayor de Tanvanaki, estaba entre los niños.

—¿A dónde los lleváis? —preguntó Goztan a los naros.

Los naros, sorprendidos al verla, se pararon a saludar.

—Los llevamos de caza, votan. Thane Cutanrovo piensa que los niños necesitan practicar para prepararse para la guerra.

Goztan reconoció a muchos de los del grupo como hijos de thanes prominentes. Algunas caras eran nuevas para ella, pero por su semejanza a otros del grupo se dio cuenta de que debían ser fruto de uniones no reconocidas entre thanes lyucu y esclavos o amantes nativos. Una de las metas declaradas de Cutanrovo era asegurarse de que los togaten recibieran una educación lyucu, por lo que dichos niños habrían sido arrebatados a sus padres nativos para ser criados en Kriphi.

Como era costumbre de las planicies que incluso los niños más pequeños aprendieran a cazar, Goztan suponía que esa partida era parte del programa de educación correctiva de Cutanrovo.

—¿Vais en busca de liebres o de gansos? —preguntó Goztan—. Es una buena época del año, pero necesitaréis hondas.

—Oh, no —dijo riendo una de los naros—. Llevamos la presa con nosotros —y señaló a los prisioneros encadenados.

A Goztan se le heló el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Thane Cutanrovo cree que los niños están demasiado mimados —dijo el otro naro—. Se convertirían en tanto-lyu-naro si no tienen alguna experiencia real. En cuanto salgamos de la ciudad soltaremos a estos dara-raaki y dejaremos que los niños vayan a por ellos.

Goztan apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Estáis pidiendo a los niños que maten a prisioneros indefensos?

—Con el tiempo puede que entreguemos a los prisioneros algún arma para que la experiencia sea más real —dijo la naro—. Pero en la primera sesión práctica no queremos arriesgarnos a que los niños puedan resultar heridos. Las presas están cojas para que no puedan escapar corriendo, y thane Cutanrovo ha prometido ración extra de esponja de carnero al que reviente el primer cráneo.

La furia y el asco se apoderaron del corazón de Goztan. El plan de Cutanrovo era una perversión de la costumbre lyucu. En las planicies, los jóvenes lyucu aprendían a pelear defendiendo a la tribu de enemigos reales, no asesinando a prisioneros muertos de hambre.

Agarró la cadena a la que estaban sujetos los prisioneros.

—Eso no va a ocurrir. Yo me hago cargo de estos prisioneros desde ahora.

Los naros se miraron uno a otro y luego se giraron hacia ella.

—Votan, tendremos que informar de esto a thane Cutanrovo.

—Haced lo que tengáis que hacer —dijo Goztan. Se volvió hacia los niños.

—Si queréis aprender a pelear, venid conmigo cuando queráis y yo os enseñaré. Pero tomar como presa a quien está indefenso no va a enseñaros nada. Esa no es la manera lyucu de actuar.

El mapa dibujado por el viejo criado conducía a la antigua mansión de Vocu Firna, la que tuvo que desocupar cuando Cutanrovo abochornó a todos los lyucu por haber abandonado las viviendas nativas.

Acompañada por los prisioneros —no tenía ni idea de qué hacer con ellos—, Goztan se acercó a los naros que guardaban la puerta de la mansión. Los naros habían luchado bajo el mando de Vocu Firna durante años y conocían la amistad entre su votan y Goztan. Asintieron y la permitieron pasar.

Goztan aguardó un rato en el vestíbulo, pero Vocu no vino a saludarla. Unos constantes golpes secos en el interior de la mansión despertaron su curiosidad. Siguiendo el ruido, llegó hasta la bodega, llevando a los prisioneros consigo.

Encontró a Vocu apoyado en una pala, dentro de un hoyo en medio de la bodega, junto a otros naros y culeks.

Vocu se sorprendió de tener visitas, pero su rostro tenso se relajó al

comprobar que se trataba de Goztan.

—Vengo a hablar contigo de la destrucción de los campos nativos que está llevando a cabo Cutanrovo —dijo Goztan. Cuando asimiló el insólito espectáculo de un thane lyucu armado de una herramienta agrícola, preguntó—: ¿Qué estás haciendo? ¿Cavando… un pozo?

Vocu se rio entre dientes con amargura.

—Enterrando un tesoro.

—No conocía tu interés por el oro y las joyas —dijo Goztan.

—No es esa clase de tesoro.

Vocu señaló las cajas y cajones amontonados a lo largo de la pared de la bodega. A la temblorosa luz de las antorchas, Goztan observó que los cajones estaban llenos de manuscritos de seda, códices de papel, figuritas de *zamaki*, vasijas rituales de bronce, pinturas, estatuillas de dioses nativos y objetos similares.

—Los rescaté de los hogares de los funcionarios nativos denunciados por Cutanrovo como traidores —explicó Vocu.

Goztan echó un vistazo a los cajones y cogió un pergamino con un sello de cera impreso con la imagen estilizada de un halcón mingén. Enarcó una ceja mirando a Vocu.

—Vale —dijo Vocu—. No todo procede de las casas de los funcionarios. Puede que alguno de los objetos venga del templo de Kiji… esto, Péa.

—Está bien; Cutanrovo no anda por aquí —dijo Goztan—. ¡Pero esto está prohibido! Si averigua lo que has hecho…

—No puedo evitarlo —protestó Vocu—. Ese manuscrito contiene el único ejemplo conocido de caligrafía de la señora Datha, la madre del emperador Mapidéré. El códice que tienes en la mano fue uno de los cuadernos de notas de Kino Ye, el inventor de la aeronave dara. Se trata de tesoros irremplazables.

—Puede que sean tesoros de valor incalculable para los nativos, pero ¿qué tienen que ver contigo? —Goztan reprimió su creciente impaciencia—. Sabes que no podemos arriesgarnos a una confrontación con Cutanrovo en estos momentos. Está en la cúspide de su poder y lo único que podemos hacer es apartarnos de su camino hasta que se extralimite. ¿Qué pasaría si acaba contigo por este acto de desobediencia igual que intentó acabar conmigo por Savo? ¿Cómo puedes…?

Vocu le cogió la mano y señaló a los prisioneros encogidos de miedo detrás de ella.

—¿Y esa es tu manera de apartarte de su camino?

Goztan suspiró.

—No pude evitarlo. Ver a unas personas indefensas morir sin

ningún propósito, oír cómo llena la cabeza de los niños con tradiciones pervertidas…

—Entonces ya sabes cómo me siento —dijo Vocu—. Puede que no sea un nativo, pero estos pergaminos y estos códices no son menos sagrados que nuestras pinturas vocales y nuestros retratos de espíritus. Mira. Coloca tu mano encima. ¿No te parece oír el susurro de las voces de sus ancestros o sentir el temblor de su aliento? Quemarlos o profanarlos es pura maldad, tan terrible como el asesinato de inocentes.

Goztan recordó en ese momento que en su juventud, cuando estaba cautiva del capitán Dathama, se había enfurecido al ver a los dara maltratar las pinturas vocales y cuánto se había esforzado por devolvérselas luego a sus familias. Pasó la mano sobre los pergaminos y códices y le pareció escuchar voces ancestrales murmurando en la oscuridad.

—Se me ocurrió la idea de enterrar el tesoro por los piratas con los que tenemos tratos —dijo Vocu—. Nadie pensará en buscar aquí. Algún día, si tenemos suerte, los hijos de nuestros hijos, que serán verdaderamente de Dara, se alegrarán de tenerlos.

Goztan asintió. Agarró una pala y se metió al hoyo de un salto para ayudar a cavar a Vocu y sus seguidores.

—Me da la impresión de que, en parte, también andas cavando aquí porque no quieres estar fuera —dijo, haciendo una pausa para secarse el sudor de la frente.

—Es deprimente lo que está ocurriendo ahí fuera, ¿verdad? —dijo Vocu—. En ocasiones, lo único que deseo es esconderme aquí abajo y comerme unas cuantas bayas de tolyusa. Olvidarme de lo que esa loca de Cutanrovo está cometiendo.

La tolyusa era importante en las celebraciones militares y religiosas, razón por la cual en Ukyu-taasa estaba prohibido su uso recreativo, pero se sabía que no pocos thanes disfrutaban de ese hábito en secreto.

—No cedas al deseo —dijo Goztan—. Necesitas tener la mente clara para afrontar la realidad.

—A veces creo que tú y yo somos los únicos sobrios.

No dijeron nada más y continuaron cavando.

Tanvanaki rompió la carta de demanda que acababa de escribir.

No. Solicitar más tributo es una locura. Sería confesarles a gritos nuestra debilidad.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Las tormentas habían dejado a su paso pestilencia y plagas, y muchas cabezas de ganado habían caído enfermas. Debido a todos los naros y culeks reclutados por Cutanrovo

para hostigar a los nativos con sus hordas de purificación, parte del ganado que podía haberse salvado murió por falta de cuidados. Y ahora Cutanrovo continuaba sus juegos de guerra en los campos de cultivo, pisoteando las cosechas y arruinando el sustento de aldeas enteras. El otoño traería hambruna si no exigía más comida a la isla Grande.

Había pensado ordenar el asesinato de Cutanrovo. El espía sin nombre, por ejemplo, podía cortarle el cuello mientras dormía. Pero la misma idea de volverse contra una lyucu, una thane que había dedicado gran parte de su vida a la esperanza de lograr un futuro mejor para su pueblo le revolvía el estómago. Esto no era un combate por la sucesión; Cutanrovo intentaba, a su manera retorcida, hacer lo que pensaba que era mejor para los lyucu, igual que Tanvanaki, igual que Tenryo.

¿Qué habría hecho mi padre si siguiera vivo? ¿Qué haría mi hermano si estuviera aquí?

En las antiguas historias danzadas, Afir y Kikisavo siempre habían sabido qué hacer. Pero ella no era Afir ni Kikisavo. Ojalá fuera más sencillo discernir los hitos de huesos que marcaban el sendero correcto.

A regañadientes, tomó el estilete y comenzó a recalentar la cera. Tenía que volver a redactar la severa exigencia de un aumento del tributo para Jia, una vez más.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

LA BANDA DE LAS FLORES

GINPEN: CUARTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTICINCO MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

—… una carpa al vapor, un plato de buñuelos cuatro estaciones, puré de taro con semillas de loto y una frasca de cerveza tibia de arroz…

—… honorables señores y señoras. ¡Vuelvan pronto! Y recuerden la oferta…

—… la salsa del día es pasta de soja con piñones y hielo picado, con una pizca de miel…

—… lo siento mucho, pero se nos han acabado los huevos de ganso salvaje por hoy. Puedo recomendar…

Durante la hora punta del servicio del almuerzo, La Espléndida Jarra era una vorágine de actividad. Incluso Kinri, cuyo fuerte acento de Dasu le limitaba normalmente a ayudar en cocina o a realizar tareas de limpieza, tenía que echar una mano como camarero temporal de refuerzo.

Ya fuera mientras subía y bajaba corriendo las escaleras, saludaba y hacía reverencias a los clientes, trasladaba montones de platos y cuencos vacíos y bandejas llenas de alimentos fragantes, bien sazonados pero ligeros para el estómago que daban fama a La Jarra, entre la calurosa cocina llena de vapores, las frescas y aireadas salas privadas de la tercera planta (comerciantes hablando de negocios, clientes ricos que trataban de impresionar a alguna cita y grupos de estudiantes que competían para impresionar a un famoso profesor), las mesas cuadradas de cuatro y de ocho personas y las esteras para sentarse de la segunda planta (familias y amigos), y las grandes mesas redondas y bancos de la planta baja (cualquiera con prisas o que no podía pagar los precios de los pisos superiores), Kinri no podía evitar consumirse pensando en la jinete del caballo encabritado.

Como el actor musculoso tuvo que quedarse a ayudar a su compañera a recoger el equipo, Kinri había acompañado a la joven de vuelta a La Jarra. A su llegada, le preguntó si podía ver a la gran señora.

—La gran señora raramente recibe visitas —dijo Kinri

disculpándose.

—¿Podrías darle un mensaje entonces? —dijo la mujer—. Dile que… está aquí la hija de un viejo amigo.

—¿Quién diré que es el viejo amigo?

La joven pareció reflexionar. Luego sonrió.

—Fin Crukédori.

Luego aguardó con su caballo en el exterior, bajo las ramas del parasol chino, mientras Kinri iba a dar el mensaje.

En todo el restaurante, nadie, ni siquiera Teson Wasu, el gerente e hijo de la viuda Wasu, recordaba haber visto correr a la gran señora como lo hizo unos minutos más tarde, cuando se dirigió hacia el parasol chino como el bote arponero que persigue a una ballena de cabeza abovedada, dejando atrás incluso a sus dos criadas. Kinri y los demás miembros del personal observaban el desarrollo de la escena con creciente asombro.

La viuda Wasu se inclinó en un *jiri* tan exagerado que casi se cae de cabeza.

—¡Oh, eres tú! Reconozco su cara en la tuya, aunque tú seas mucho más guapa. Prin…

—Por favor, llámame Diente de León, nana Wasu —dijo la joven, apresurándose a levantar a la anciana por los hombros.

—¿Cómo voy a… por qué, alt…?

—¡No, no! —dijo Diente de León—. Insisto. Por favor, trátame simplemente como a una nieta.

—Eso no sería…

Diente de León se acercó a la viuda y le cuchicheó algo al oído. Los ojos de la viuda Wasu se abrieron como platos y chasqueó la lengua compasivamente, dando unas palmaditas a Diente de León en las manos.

—Oh, pobrecita…

—Ah, una cosa más —dijo Diente de León—. Creo que mi padre dejó una cuenta sin pagar en La Espléndida Jarra en Zudi. Como hija suya, he decidido saldar esa deuda familiar —sacó una pesada bolsa y se la puso en las manos a Wasu.

—Oh… —la viuda Wasu parecía pasmada. Luego echó a reír—. Serás su hija, pero creo que me caes mucho mejor.

La viuda Wasu intentó inclinarse ante la joven varias veces más hasta que Diente de León le amenazó con arrodillarse ante ella delante de todos los demás. Solo entonces la viuda Wasu se enderezó de mala gana. Gritó algunas órdenes a los criados para que limpiaran la mejor habitación en la residencia del propietario para «la importante señora Diente de León» e insistió en que la cocina preparara comidas

especiales para ella seis veces al día.

—Eh, por favor, no te tomes tantas molestias, nana. Un pequeño cuarto para invitados será más que suficiente…

—¡Tonterías! ¡Mira cómo relucen las paredes de mi humilde establecimiento por tu mera presencia!

Cuando Diente de León le contó a la viuda Wasu lo que había pasado en la Plaza del Templo, la vieja señora agradeció profusamente a Kinri su valentía y por honrar La Espléndida Jarra. Le entregó una gratificación equivalente a dos meses de salario y despachó a un equipo de sirvientes para que entregaran al actor su recompensa y le invitaran, a él y a sus amigos, a venir a comer a La Espléndida Jarra.

Todos los camareros y camareras palmearon a Kinri en los hombros para felicitarle. Kinri se ruborizó, musitando que no había sido nada, que cualquiera habría hecho lo mismo.

Nadie sabía quién era Diente de León, aunque abundaban las especulaciones. ¿Era la hija de algún funcionario importante? ¿Acaso su familia había ayudado a la viuda Wasu en alguna ocasión perdida en la memoria familiar? La joven había mencionado el nombre de «Fin Crukédori», y los Crukédori habían sido prominentes joyeros en Zudi, pero esa familia había caído en la ruina hacía tiempo, y no parecía que Diente de León anduviera escasa de fondos.

Kinri, que desconocía la historia del clan Wasu, no tenía nada que añadir a los chismes que circulaban entre el personal. Lo único que quería era volver a ver ese rostro intrépido, oír esa voz serena.

Le despertó de su ensueño un gruñido impaciente.

—¡Camarero!

El que hablaba era un hombre de treinta y tantos años, sentado en una mesa junto a la ventana en la segunda planta. Su cara túnica de seda, de azul intenso y con un grueso festón de cuentas doradas, parecía demasiado ostentosa para la elegante sencillez de las paredes de bambú de La Espléndida Jarra. De su rostro grasiento y regordete sobresalían un par de ojos estrechos y afilados y un principio de bigote se enroscaba sobre su labio superior como una oruga peluda. El efecto general era el de un hombre arrogante acostumbrado a que los demás satisficieran sus caprichos. Llamó con un gesto del dedo a Kinri.

Este se acercó veloz.

—¿Cómo puedo serviros, honorable señor?

—¡Esta sopa de pescado es absolutamente horrenda! —dijo Bigote de Oruga con una voz estridente—. ¡Huele las cebolletas: tan rancias como la hierba pisoteada por una vaca! —otros clientes se volvieron para mirar embobados y el hombre, como si le agradara llamar la atención, elevó la voz aún más—. ¡Observa los cubitos de tofu: se

deshacen en cuanto los toco con los palillos! Prueba el caldo, ¡parece el agua de lavarse los pies de tu gran señora!

Kinri estaba atónito y abochornado. Multiplicó sus disculpas, retiró la sopa y prometió que se la reemplazaría.

En la cocina, hecho un manojo de nervios, Kinri explicó la situación a Mati, la subjefa de cocina.

—Estaba segura de haber empleado cebolletas frescas. Lo siento mucho.

Mati probó la sopa e hizo una mueca. Luego, al examinarla más atentamente, sus ojos se fueron empequeñeciendo.

—No es culpa tuya. Estas no son las cebolletas que compraste.

—¿Cómo puedes saberlo?

Mati escogió un trozo de cebolleta y se lo colocó sobre la mano para mostrárselo a Kinri.

—¿Ves los cortes del tallo? Yo nunca las pico de ese modo. Si lo haces en diagonal sacas más sabor a la cebolleta. Y estos cubitos de tofu son demasiado grandes, aquí no los hacemos así. Algo no me huele bien.

Mati entregó otro plato de sopa a Kinri y le pidió que avisara a Lodan, la jefa de camareros, para que vigilara a Bigote de Oruga.

Momentos después de que Kinri hubiera llevado el nuevo plato de sopa al cliente, escuchó otro bramido indignado.

—¡¿Qué es esto!? —el rostro del hombre estaba ahora de color morado y en su frente se marcaban unas venas abultadas. El bigote amenazaba con desprenderse de sus labios temblorosos. Levantó los palillos de comer y de sus puntas colgaba el cuerpo rosado y retorcido de un gusano.

—¿Servís pescado con gusanos a los clientes? ¿Vuestra cocina está tan sucia como vuestros camareros? ¿Se supone que *este* es el mejor establecimiento de comidas de Ginpen? ¡Creo que La Espléndida Jarra debería cambiar de nombre y llamarse El Espléndido Orinal!

Las conversaciones cesaron en el resto de las mesas y todos miraban boquiabiertos al hombre enfadado. Por la habitación surgieron expresiones de asco y algunos clientes examinaban sus propios platos y daban golpecitos a la carne y al pescado con desconfianza. Unas pocas mesas pidieron la cuenta.

Lodan, que observaba desde un rincón cerca de la escalera, maldijo en su fuero interno y dijo por lo bajo:

—Creo que tenemos a alguien que quiere armar bronca para que la cena le salga gratis. Esto va a ser complicado…

Kinri, que estaba a su lado, no pudo aguantar más. La Espléndida Jarra era su tribu y alguien intentaba hacerles daño. Antes de que

Lodan pudiera detenerle, se dirigió a grandes pasos hasta Bigote de Oruga.

—¡Eso no procede de nuestra cocina! —le dijo.

—¿Me estás llamando mentiroso? —gritó el hombre.

Kinri miró las anchas mangas del tipo y cayó en la cuenta.

—Haced el favor de sacudir esas mangas. Creo que esconden las cosas que ha estado echando en la sopa.

—¡Veo que la viuda Wasu no solo contrata palurdos de la antigua Xana, sino que además les enseña a ofender a sus clientes! —dijo. Se giró hacia el resto de los comensales y sacudió vigorosamente las mangas. Nada salió de ellas—. ¡Mirad esto! ¡Mirad! ¡Una cocina mugrienta dirigida por mentes mugrientas! ¡Mira que acusar de mentirosos y tramposos a clientes de pago! ¿Vamos a dejar que esto quede así?

Lodan llegó hasta donde estaba Kinri y apartó al joven, que temblaba con impotente rabia. Una sonrisa obsequiosa le cubría la cara.

—¡Señor! ¡Honorable señor! Os presento mis más sinceras y humildes disculpas por este malentendido —proclamó en alta voz, pero manteniendo un tono calmado y apaciguador.

Se inclinó ante el hombre. Cuando su rostro se acercó al de él, dijo en un susurro:

—Algunos templos son demasiado pequeños para aceptar dioses visitantes. Pero los monjes están dispuestos a hacer lo que sea necesario para ayudar a que las visitas se marchen con honor.

Al fin Bigote de Oruga bajó la voz y dijo, con un brillo malicioso en los ojos:

—Veinte piezas de oro.

—¡Eso es absurdo!

—¿Quieres que siga chillando? Perderéis más de veinte oros cuando empiece a correr de boca en boca el nombre de El Espléndido Orinal, te lo garantizo.

Lodan apretó los dientes.

—Está bien. Deja que hable con el gerente.

Se enderezó y se dio la vuelta para marcharse, pero el hombre volvió a llamarla.

—Además, ordena a la cocina que preparen diez de vuestros mejores platos y me los traigan uno por uno. Ya que soy un cliente tan valioso, creo que también cenaré aquí.

Unas cuantas mesas más allá, el hombre fortachón que había salvado a Diente de León ayudando a Kinri contemplaba atentamente la escena. Cogió algunas monedas, las dejó en la mesa para pagar la

comida y se marchó.

En la segunda planta de La Espléndida Jarra soplaba una suave brisa. La pausa entre la comida y la cena era generalmente el momento más tranquilo en el restaurante. Pero hoy quedaban algunos clientes rezagados.

—¡Ajá! —dijo en tono triunfante una mujer al tiempo que adelantaba su carruaje hasta la última hilera del tablero—. Jaque mate.

Su oponente, un hombre en la cuarentena con un bigote retorcido y pelo negro y liso sujeto hacia atrás con una banda elástica, escudriñó el tablero como un general de campo que busca desesperadamente una salida para su ejército, superado y rodeado. Al final dio un suspiro y tiró a su comandante con un golpecito.

—Estaba distraído.

—Claro, si eso hace que te sientas mejor —dijo la mujer. Parecía estar en la veintena, aunque su pelo castaño oscuro ya mostraba algunas trazas de gris. En su rostro rubio y pecoso resaltaban unos ojos vivos color avellana—. No deberías haber empleado el Lamento de Lurusén a mitad del juego.

—¡Pero si esa es mi jugada maestra!

La mujer puso los ojos en blanco.

—*¿Jugada maestra?* Venga ya. Si juegas *zamaki* es para ganar, no para presumir como un loco en la pista de baile. Por los huesos de Lutho, tenías dos peones eruditos menos. Solo vale la pena sacrificar a un ministro si tienes una posición ventajosa, y tú no la tenías.

—Eres buena, tengo que admitirlo —dijo el hombre—. Pero creo que ahora ya he pillado tu estilo. ¿Otra partida? ¿Doble o nada?

La mujer sacudió la cabeza.

—Ya has perdido dos. Me debes ocho oros. Paga lo que debes.

Todavía mirando ansiosamente el tablero de *zamaki*, el hombre sacó el monedero que llevaba sujeto en la cinturilla y comenzó a contar las monedas de mala gana. Alzó los ojos.

—No me llega.

—¿Cuánto te falta?

—Tengo dos piezas de plata y quince cobres.

—¡¿Por qué aceptaste jugar si no tienes más que eso?!

El hombre parecía avergonzado.

—Yo… mmm… llevo jugando desde los cinco años. Nunca me canso de este juego. Además… raras veces pierdo…

—Bueno, espero haberte enseñado a evaluar de modo más realista tus habilidades. Como dijo en una ocasión Lurusén, tu favorito, «si escalas todos los picos de las montañas Wisoti solo verás un nuevo

pico. Si ganas a todos tus adversarios solo aprenderás nuevas formas en las que te pueden ganar».

—Me gustaría que fueras mi maestra de *zamaki*…

—¡De eso nada! Primero paga tu deuda. Así es como me gano la vida. Acabo de desperdiciar contigo la hora del almuerzo, que generalmente es la más provechosa del día.

De repente, la tranquila partida de *zamaki* se caldeó. Los comensales de las otras mesas de La Espléndida Jarra se giraron para mirar con interés a la pareja.

El hombre se sonrojó.

—Por favor, no hagas una escena. ¿Qué te parece si te quedas esperando y yo voy a casa a conseguir el dinero?

—Ya, claro. ¿Y me dejas aquí tirada con la cuenta de la comida? ¿Me tomas por tonta?

—Prometo estar de vuelta antes de que puedas darte cuenta. Toma, te dejo mi juego de *zamaki* como garantía.

La mujer examinó críticamente las piezas de juego y el tablero.

—El tablero está deteriorado, y estas figuritas no me parecen de oro o de plata.

—¡Ja! ¿No te das cuenta? —hizo un gesto a la mujer para que se aproximara. Susurrando para que los demás clientes de La Espléndida Jarra no lo oyeran, levantó algunas de las figuritas y señaló varios rasgos. Ella parecía ensimismada.

Algunos clientes, aburridos al ver que no iba a haber ninguna riña, volvieron a su comida y a su conversación. Pero Bigote de Oruga, que llevaba dos horas disfrutando de su comida tardía y cena prematura, miró a la pareja que cuchicheaba con expresión pensativa.

—De todos modos —el hombre alzó la voz— este juego de *zamaki* tiene un gran valor sentimental para mí. Lo heredé de mi padre, y él del suyo. Nunca me separaría de él, así que puedes estar segura de que regresaré.

La mujer seguía mirándole con recelo, pero movió la cabeza aceptando. Entre reverencias y musitando gracias, el hombre retrocedió hasta las escaleras, se dio la vuelta y las bajó corriendo.

La mujer bebía a sorbos su té, daba golpecitos con los palillos a los restos de comida y comenzó a colocar las piezas del juego sobre el tablero. Parecía trabajar con distintas posibilidades mientras ponderaba las figuritas, las desplazaba sobre el tablero y se tocaba la barbilla pensativamente. Sin embargo, no podía disimular su nerviosismo, pues cada dos por tres estiraba el cuello para mirar por la ventana o a la escalera.

Bigote de Oruga seguía comiendo y bebiendo solo, lanzando

miraditas a la mujer de vez en cuando pero sin decir nada.

Kinri se acercó para servirle el siguiente plato, cangrejos saltarrocas al vapor con salsa picante dasu. Los cangrejos saltarrocas solo habitaban en islas remotas próximas a la isla de la Media Luna, lejos de la costa oriental, y no sobrevivían mucho tiempo una vez separados de su hábitat natural. Los restaurantes que querían servirlos frescos tenían que organizar su transporte en aeronaves de carga. Era uno de los platos más caros de La Espléndida Jarra, y Kinri detestaba servir gratis un manjar como ese a un deshonesto tramposo.

Cuando se dio la vuelta, sus ojos se toparon con la mujer que contemplaba el tablero de *zamaki*. Le resultaba familiar, pero no reconoció su cara. Continuó alejándose mientras le daba vueltas a dónde creía haberla visto.

La mujer se levantó y fue hasta la ventana, mirando calle arriba y calle abajo. Sus dedos retorcían nerviosos su cinturón.

—No vas a volver a verle —dijo Bigote de Oruga.

La mujer se giró de golpe para mirarle con los ojos entrecerrados.

—Métete en tus asuntos.

—Llevo en este mundo mucho más tiempo que tú —dijo el hombre con seguridad, a pesar de que parecía, como mucho, cinco años mayor que ella—. Y he visto muchos hombres malos que se aprovechaban de jóvenes encantadoras como tú.

La mujer ignoró la condescendencia.

—He dicho que te metas en tus asuntos. A no ser que quieras jugar a *zamaki* por dinero, no vuelvas a molestarme.

El hombre extendió las manos de modo apaciguador.

—Está bien. Solo intento ayudar. Por la forma en que tu monedero cuelga flácido y sin hacer ningún sonido, adivino que cuando llegue el camarero con la cuenta no podrás pagarla.

El rostro de la mujer se ruborizó y le fulminó con la mirada, pero no negó nada.

—*Vaya, vaya*. Es una pena que la policía lleve a la cárcel a una señora por intentar comer sin pagar. Es muy, muy triste.

La cara de la mujer enrojeció aún más.

—Si no aparece pronto, entregaré al restaurante este juego de *zamaki*.

—Bueno —el tipo se encogió de hombros—. Parece una buena idea —dijo, y volvió a su comida.

La mujer apretó los dientes, claramente sin ganas de enfrentarse a este empalagoso personaje.

—Si tienes algo que decir, dilo.

—¿Qué te ha contado del juego de *zamaki*?

—Que es antiguo y muy valioso.

—Cualquiera puede inventar algo así. ¿Qué dijo exactamente?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Joven señora, hay que saber a quién creer y a quién no creer. Resulta que tengo unos cuantos amigos que entienden de antigüedades y puedo decirte si lo que te contó es cierto o es un timo. ¿No te gustaría saberlo?

La mujer se mordió el labio inferior, con aspecto de estar dudando. Pero un instante después regresó a su mesa e hizo un gesto al hombre para que se acercara. Bigote de Oruga agarró de buena gana cuenco y palillos y fue a sentarse a su mesa.

La mujer se inclinó y murmuró:

—Me dijo que era un juego de Rima, del tiempo del rey Crukizu, hace casi un siglo, y que por eso las piezas parecen un poco extrañas. ¿Ves ese sello grabado en la base del comandante rojo? Es la marca de la colección personal de la consorte favorita del rey Crukizu, la señora Péthé. Mira la figura del erudito: hay una línea que muestra que se rompió en algún momento y luego fue reparada. ¿Ves como el adhesivo utilizado rebosa un poco por la juntura? Si lo chupas, se siente un cosquilleo en la lengua y un gusto amargo. Es por la clase de cola de madera que se usaba entonces en Rima…

El hombre escuchaba y asentía, mientras acariciaba las piezas y examinaba el conjunto, memorizando cada detalle.

—Deja que vaya a hablar con mis amigos —dijo el tipo—. ¿Puedo llevarme el comandante rojo y el erudito? —al ver una mirada recelosa en los ojos de la mujer, el hombre cambió rápidamente de idea—. No importa. Basta con que dibuje unos bocetos para mostrarle el sello. Quién sabe, a lo mejor ese hombre decía la verdad y tu confianza será recompensada —llamó con un gesto a Kinri—. Sigue trayéndome los platos que me debes a *esta* mesa, pero no se te ocurra cobrárselos. Su comida es parte de la atención que me debes.

Kinri empezó a discutir, pero cerró la boca al ver a Lodan sacudir enfáticamente la cabeza desde el otro lado de la estancia. Asintió a desgana.

La mujer, aparentemente impresionada por este acto de generosidad, ofreció a Bigote de Oruga una sonrisa agradecida cuando se marchó.

La mujer continuó colocando y recolocando las piezas de *zamaki* en el tablero, tarareando alegremente para sí. Cuando Kinri trajo el siguiente plato, brotes frescos de bambú en salsa de miel y vinagre, decidió que tenía que decir algo.

—Honorable señora, ese hombre de la túnica azul… no es lo que

parece. Nos ha timado para comer gratis.

La mujer lo miró y sonrió.

—Ya lo sé.

De nuevo se apoderó de Kinri la sensación de que la había visto antes, pero no recordaba dónde. Confuso por su respuesta, se retiró.

Tiphan Huto corría por las calles sin importarle las manchas de sudor que se extendían por las axilas de su lujosa túnica de seda azul. Tenía que regresar a La Espléndida Jarra antes de que volviera ese tonto del bigote retorcido.

Los Huto eran uno de los clanes de comerciantes más importantes de La Garra del Lobo, pero siendo el hijo menor de su padre, Tiphan siempre había vivido a la sombra de sus hermanos y primos mayores. Nadie hacía caso de sus ideas de nuevas oportunidades comerciales ni le pasaba las riendas de la responsabilidad, a pesar de su precoz y entusiasta sentido empresarial. Ya de adolescente, propuso a la familia acaparar a bajo precio la tierra distribuida a los veteranos de la guerra del Crisantemo y el Diente de León, si primero arruinaban a las familias enterrando en secreto larvas que devoraran sus cosechas. Su hermana mayor desechó al instante la idea por considerarla inmoral.

Fue relegado a las tareas menos exigentes y se le encasilló en determinadas ocupaciones: verificar el inventario de los astilleros, acompañar a los capitanes en las rutas comerciales como «representante de la familia» (sin más responsabilidad que la de un transportista con pretensiones), asistir a sus hermanos mayores (o incluso a la cuñada de su segundo hermano más mayor, ¡que había sido una simple cajera antes de casarse en la familia!) como oficinista. Parecía que todos siguieran tratándole como a un niño, alguien en quien no se puede confiar para tomar decisiones importantes. ¿No se daban cuenta de su genialidad? ¿De lo original y poco convencional que era? ¿De que podía elevar al clan Huto a alturas nunca soñadas?

Tras años de suplicar y hacer méritos, lo único que consiguió fue que le pusieran un mercante a su nombre para comerciar con él. Pero los dioses tuvieron celos de este pequeño destello de esperanza. La primera vez que navegó por su cuenta, con un cargamento de hierbas para fumar de Toaza a Dimushi, vio un banco de tiburones rodeando el barco al aproximarse al archipiélago de los Huevos de Gusano de Seda. Decidió que tal augurio le indicaba navegar lo más rápido posible —*como si le persiguiese un tiburón,* según estaba escrito en la saga del héroe Iluthan— y ordenó a su tripulación que atravesara el paso de los Huevos de Gusano de Seda de noche. El capitán puso objeciones, asegurando que era una locura intentar atravesar los traicioneros canales en la oscuridad, pero Tiphan desautorizó al

avezado marino, argumentando que la travesía nocturna les permitiría llegar a Dimushi un día antes que sus competidores y aumentar así los beneficios.

¿El resultado? Al amanecer se dio de bruces con una flota de piratas que abordaron el barco, se apoderaron de la carga y lo raptaron para pedir un rescate.

Sabía que su familia le acusaría injustamente por esa pizca de mala suerte —¿no era obvio que, en realidad, era culpa de su familia por no haberle ofrecido el mando de una flota mayor, que habría ahuyentado a los piratas?— y que probablemente no tendría otra oportunidad. Así que decidió hacer la mayor apuesta de su vida y proponer a los piratas un negocio atrevido que solo su brillante mente podría haber tramado.

Yo poseo información. Puedo informaros de las rutas y la carga de los barcos de los competidores y los socios de mi familia, tal vez incluso de las rutas y la carga de los barcos de mis hermanos y primos. Podréis elegir los bienes más valiosos y planificar los asaltos más seguros.

También puedo ayudaros a buscar compradores para los productos de los que os apoderéis. Hay bastantes clientes deseosos de ahorrarse el pago de los derechos de aduana que no harían demasiadas preguntas respecto a la procedencia de esas mercancías.

A cambio de esos servicios solo tendríais que pagarme un porcentaje de vuestros beneficios y una comisión, y respetar mi barco; pronto será una flota. ¿No es mucho mejor este trato, en el que todos saldríamos ganando, que el cobro de un pequeño rescate?

Los cabecillas de los piratas, pasmados ante la propuesta, se retiraron para discutirla entre ellos. Cuando regresaron le dijeron que le aceptaban como socio si, además, les prestaba un servicio adicional: de vez en cuando le pedirían que adquiriese productos especiales: arrabio, salitre, herramientas para forja, manuales sobre la construcción de diversas máquinas y motores, tal vez incluso hombres y mujeres con conocimientos: *toko dawiji* expertos en números, herreros y armeros, maestros pirotécnicos, mecánicos e ingenieros, preferiblemente si contaban con un historial de inventos.

¿Queréis que os ayude a conseguir… personas? ¿Qué haréis con ellas?

Incluso Tiphan Huto, poco escrupuloso respecto a las denominadas reglas éticas de los negocios —los negocios son como la guerra, ¿y qué podía ser más ético que ganar?—, titubeó ante la propuesta. Raptar personas suponía esclavizarlas, y eso era un crimen capital bajo las leyes de Dara.

Los cabecillas piratas le miraron con desdén ante sus dudas.

Las personas no son distintas de los bienes. Estábamos a punto de retenerte para pedir un rescate que tu familia habría pagado para

comprarte. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que te estamos pidiendo que hagas? ¿Qué significan para ti esos extraños que queremos adquirir? ¿Qué te importa lo que vaya a sucederles?

Pero Tiphan Huto sentía que esa petición encerraba algo más siniestro que la mera sofistería. ¿Quién podría estar interesado en comprar materias primas para la guerra y las técnicas necesarias para la utilización de dichos materiales? ¿A qué intereses servían los piratas más allá de su propia avaricia? ¿Por qué algunos piratas iban vestidos con pieles de reses de pelo largo y llevaban armas de hueso?

La respuesta era evidente, incluso para alguien poco interesado en el patriotismo o en la política, más allá de sus efectos en el comercio. La traición no solo era un crimen capital, sino que provocaría la caída de todo el clan Huto.

Los piratas se burlaron de su indecisión.

Al oír tu propuesta, pensamos que poseías la flexibilidad y el coraje para lograr algo extraordinario. Pero a lo mejor no eres más que un pispajo, un hombre tímido sin instinto asesino, sin interés en ganar.

Al imaginar el desprecio con que le abrumaría su familia si regresaba desacreditado a La Garra del Lobo, su rostro se acaloró avergonzado. Él no iba a ser como sus estúpidos hermanos y hermanas mayores, temerosos de aprovechar las oportunidades extraordinarias. Apretó los dientes y asintió. Y asintió otra vez.

Acto seguido, casi en trance, observó a los piratas sacrificar un gallo y verter su sangre en varios cuencos. Luego levantó un cuenco, pronunció un juramento de hermandad con los piratas y vació el líquido salado de un solo trago. Los dioses habían sido testigos y habían sellado la asociación.

A partir de ese día aciago comenzó a prosperar. Sus barcos lograban un éxito tras otro, mientras los de sus hermanos y primos se encontraban con repetidos contratiempos y asaltos de piratas. Con el paso de los días su opinión fue ganando peso dentro del clan. Los comerciantes respetaban el éxito; así era como sobrevivían.

¡Qué lejos he llegado en tan poco tiempo!, musitó Tiphan Huto mientras jadeaba por las calles de Ginpen. Ahora que había ganado confianza en sí mismo, había puesto sus ojos en La Espléndida Jarra —pero qué importaba esa meta a largo plazo cuando tenía a mano una victoria a corto plazo. Volvía de consultar a uno de los mercaderes de antigüedades de Ginpen y se había enterado de algo muy interesante sobre el juego de *zamaki* del restaurante.

Todo lo que el hombre del bigote retorcido le dijo a la mujer era verdad, pero había mentido por omisión. El sello y la técnica de reparación solo ayudaron a datar el momento en que el juego *entró* a

formar parte de la colección de la señora Péthé. Las técnicas de construcción y los detalles de las piezas indicaban que era mucho más antiguo que el reinado del rey Crukizu de Rima: lo que parecían ser aeronaves con forma extraña eran de hecho carruajes a los que les faltaban las ruedas; los caballos raros eran en realidad elefantes de guerra; los peones-eruditos no llevaban rodetes… Probablemente el juego había llegado a manos de la señora Péthé a través de saqueadores que habían profanado una tumba de la antigua Rima de varios siglos de antigüedad. A ojos de un ferviente coleccionista, esa antigüedad estaba valorada en miles de piezas de oro.

La jugadora de *zamaki*, a pesar de su habilidad en el juego, ignoraba aparentemente el verdadero valor de las figuritas que obraban en su poder. Y el propietario actual de las mismas no comprendía el valor del legado de su padre o había mantenido a la mujer deliberadamente en la ignorancia. En cualquier caso, Tiphan tenía que darse prisa —*como si le persiguiese un tiburón*— para no dejar escapar la oportunidad.

Tiphan Huto subió resollando las escaleras hasta la segunda planta de La Espléndida Jarra, con una expresión tan decepcionada como la que se apoderó del rostro de Kinri al verle regresar.

A esas horas, en la segunda planta del restaurante no quedaba nadie excepto la jugadora de *zamaki*, y Kinri y Lodan que estaban de pie cerca de las escaleras.

—¿Malas noticias? —preguntó la mujer.

Disimulando el alivio que sintió al comprobar que el dueño del juego de *zamaki* no había regresado, Tiphan avanzó hasta su mesa y dijo:

—Eso me temo. Ese hombre te ha mentido. Describí todos los detalles a mi amigo y le mostré los bocetos, pero él me contó que el sello es falso y la técnica de reparación muy corriente. De hecho, él pensaba que este juego probablemente era una falsificación destinada a engañar a los ingenuos.

—¡Una falsificación! —gritó la mujer.

—Lo siento mucho —dijo Tiphan, secándose el sudor de la frente con una manga.

Enfurecida, la mujer arrojó con violencia todas las figuritas al suelo.

—¡Cómo ha podido! ¡Valiente timador!

Tiphan se crispó pero hizo esfuerzos por no intervenir. Ya no podía echarse atrás y rogaba desesperadamente que las piezas no se hubieran dañado.

La mujer volvió la cara, como si estuviera demasiado enfadada para

seguir mirando las figuritas esparcidas por el suelo, aprovechando la oportunidad para guiñar un ojo a Lodan y Kinri, al otro lado de la habitación. Mientras la confusión crecía en Kinri, Lodan curvó las comisuras de los labios en una sonrisa.

La mujer volvió a mirar las piezas desparramadas por el suelo e hizo un movimiento para pisotearlas.

—¡Ahhh! —gritó Tiphan—. ¡Espera, no hagas eso! No te servirá de nada enfadarte tanto por un timador —se levantó de golpe, como si quisiera ofrecer apoyo a la mujer, pero en la maniobra se las apañó para apartarla de las frágiles piezas del juego.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó y dio un pisotón al suelo, con impaciencia—. He desperdiciado toda una tarde y no he ganado nada. Y ahora incluso te debo mi comida. Nunca había tenido un día tan malo.

—¡Me ofende que pienses que me debes algo! —dijo Tiphan—. La cortesía conlleva su propia recompensa. Pero, aunque este juego de *zamaki* no valga mucho, ahora te pertenece…

La mujer se derrumbó y comenzó a llorar.

—¡Una falsificación *sin valor alguno*! Nunca entenderé por qué algunos hombres aparentan…

—Oh, hay muchos, muchos hombres terribles que no dudan en aprovecharse de señoras hermosas y trabajadoras que intentan valerse por sí mismas en este mundo terrible —dijo Tiphan en tono tranquilizador. La había rodeado con los brazos y ahora le daba palmaditas en la espalda. Ella no se apartó; por el contrario, se recostó contra él como si buscara el consuelo de su abrazo.

Se sentía muy contento de ver llorar a la mujer; la vulnerabilidad podía ser muy provechosa.

—Ahora quiero que seas fuerte y sonrías para mí, ¿de acuerdo? No hay nada que no pueda resolverse si sonríes y mantienes tu confianza en los dioses…

—Me encantan los hombres que me dicen que sonría —dijo la mujer, ruborizándose—. Espero que no me consideres demasiado atrevida —le arrulló mientras le miraba. Con las lágrimas cubriéndole la cara, esa sonrisa le daba el aire de una flor de cártamo engalanada por el rocío.

El súbito cambio de humor desconcertó a Tiphan, que empezó a sentir que algo no iba bien. Pero la posibilidad del beneficio le azuzó.

—¡No, no! Ser bien considerado por parte de una señora tan inteligente y elegante es el sueño de cualquier hombre. Entonces… volviendo al juego de *zamaki;* aunque no sea más que una falsificación, mi amigo cree que podría ser una buena herramienta

pedagógica para que sus aprendices aprendan a identificar las auténticas antigüedades. Estaba pensando…

—¡Oh no! ¡Terminantemente no! —dijo la mujer—. Sé lo que te propones.

El corazón de Tiphan se aceleró, sin saber por qué se había delatado.

—¿Qué… qué es lo que me propongo?

—¡Sigues intentando animarme, bobo! —de alguna manera había conseguido escapar hábilmente de su abrazo, aunque su actitud hacia él seguía siendo de agradecimiento y confianza—. Me conmueven tus esfuerzos para convencerme de que no he sido tan tonta, de que esta inútil falsificación tiene algún valor. No, de ninguna manera te permito que asumas las consecuencias de mi inexperiencia. Debo quedármela como recordatorio del precio de ser demasiado confiada y… —parpadeó para él— de tu gentileza y galanura masculina.

Tiphan se maldijo por desempeñar tan bien el rol de héroe galante.

—No, por favor, creo que mi amigo tiene un verdadero interés…

Los ojos de la mujer se clavaron en él y su rostro fue adquiriendo una tímida y esperanzada mirada.

—¿Cuánto crees que vale este juego de *zamaki*?

—Eh… bueno, mi amigo no tenía intención de revenderlo, ya que es un distinguido mercader de antigüedades y todo eso… ¿Tal vez… tal vez cinco piezas de plata?

—¡Oh, eso es perfecto! —exclamó la mujer uniendo las manos—. Si hay una regla a la que soy fiel es nunca prestar ni pedir prestado, ¿has visto cómo se ha aprovechado de mí ese timador al dejar que se fuera sin pagarme? Cinco piezas de plata son suficientes para cubrir mi comida e incluso la comida de ese espantoso timador. ¡Entregaré el juego al restaurante y así podré irme con la conciencia tranquila!

—¡Espera! No…

Pero era demasiado tarde. La mujer llamó con un gesto a Lodan y Kinri.

—Este caballero dice que el juego de *zamaki* está valorado en cinco piezas de plata. ¿Puedo dároslo para saldar mi deuda al completo?

Lodan asintió.

—Claro, señora.

Mientras Tiphan estaba boquiabierto, intentando entender cómo se habían torcido las cosas, la mujer se levantó de pronto, le saludó en *jiri* y se dirigió hacia las escaleras como un ganso salvaje que emprende vuelo. Cuando se cruzó con Lodan, ambas mujeres se pararon para saludarse.

Kinri, que estaba junto a Lodan, también se inclinó en una

reverencia. La mujer volvió a sonreírle y él se dio cuenta de que deslizaba algo en la mano de Lodan, que esta hizo desaparecer al momento dentro de su manga.

Un instante después, la mujer había desaparecido.

Por fin, Tiphan cerró la boca y se volvió hacia Lodan.

—Estoy seguro de que preferirás dinero contante y sonante antes que un estúpido juego de *zamaki* que no sirve para nada. Te daré tres piezas de plata por él.

Lodan, que le había vuelto la espalda para ver salir a la mujer, parecía estar examinando algo. Poco después se dio la vuelta hacia él con un gesto sombrío en el rostro.

—Creía que valía cinco —dijo.

—Eres una mujer de negocios, ¿no? Seguramente entenderás que yo también debo obtener algún beneficio. Pero bueno, por la forma en que me habéis atendido hoy, prescindiré generosamente de mi beneficio y te daré cinco piezas de plata.

Lodan sacudió la cabeza.

—Creo que lo mejor será que lo dejemos como está. Ese hombre podría volver a recuperar su propiedad. Al fin y al cabo, La Espléndida Jarra tiene una reputación que mantener. No se nos puede conocer como un lugar donde suceden actividades deshonestas.

El rostro de Tiphan se oscureció.

—Hablando de actividades deshonestas, ¿de verdad queréis que cuente a todo Ginpen la experiencia que he tenido hoy con vuestra comida?

—Oh, señor Huto, creo que nos encantaría que hicieseis pública vuestra experiencia culinaria de hoy.

Tiphan se quedó de piedra.

—¿Cómo… ? No os he dicho mi nombre…

—¿Cómo no vamos a reconocer el sello del clan Huto? —dijo Lodan sacando de la manga una pequeña caja con los ideogramas del nombre Huto claramente grabados en la tapa. La abrió.

Kinri se inclinó y observó que la cajita estaba llena de lombrices, trozos podridos de cebolleta, pelos, moscas muertas…

—¡Entonces aquí es donde guardabais la porquería que echasteis en nuestra comida! —le espetó.

Los ojos de Tiphan estaban tan abiertos como platos.

—Creo que deberíamos llevaros en presencia del magistrado —dijo Lodan, en un tono que ya no era despreocupado.

Tiphan se reprochó su falta de cuidado. Bien se le había caído en su prisa por ver al mercader de antigüedades, o bien se lo había robado alguno de los camareros. Apretó los dientes y dejó ver una amplia

sonrisa.

—No sé cómo os habéis apoderado de mi caja de… eh… hierbas medicinales. Hoy se han producido muchos malentendidos. Está bien, ¿por qué no nos olvidamos de todas esas situaciones desagradables? Os pagaré una pieza de oro por ese juego de *zamaki*.

—¿Una sola pieza de oro? Vamos, señor Huto, sois un hombre de negocios. Seguro que entendéis que tenemos que sacar algún beneficio.

Tiphan Huto regresó a la residencia del propietario de su propio restaurante, El Cofre del Tesoro, que todavía no había abierto al público, bastante contento consigo mismo. Era verdad que no había logrado todo lo que se había propuesto para hoy, y que tendría que suspender el plan para hundir la reputación de La Espléndida Jarra. Aun así, la compra de una rara antigüedad que valía miles de piezas de oro por cincuenta estaba bastante bien para un día de trabajo.

Atravesó silbando la puerta abierta de par en par de la residencia y caminó contoneándose hacia las escaleras. Una barahúnda procedente del pequeño comedor de atrás le hizo detenerse y, un momento después, un cachorro salió aullando a su espalda a toda velocidad en dirección a él, perseguido por un par de enfadados sirvientes.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —oyó que le decían.

Intentó esquivarlo pero era demasiado tarde. El cachorro saltó sobre él y, cuando intentaba empujarlo a un lado, la bolsa que llevaba salió volando de su mano y aterrizó en el suelo de piedra con un fuerte estrépito.

Ignorando a los criados, que se disculpaban profusamente, se tiró al suelo para coger la bolsa, la abrió y miró en su interior con la esperanza de que las piezas antiguas de incalculable valor no se hubieran roto.

Su rostro se paralizó al tiempo que sus dedos temblorosos se cerraban en torno a una de las piezas del juego, partida en dos. Era el peón-erudito que ya había sido reparado en una ocasión, hacía casi cien años. Le quedaba la esperanza de que pudiera volver a repararse sin muchas dificultades.

Pero en lugar de la veta de madera degastada por el tiempo que esperaba encontrar, las superficies rotas revelaban unas vetas de madera nueva. Hasta él se dio cuenta en ese momento de que la figurita era moderna, una burda falsificación sin valor alguno.

Los criados desaparecieron, aterrados, cuando el hombre de la túnica de seda azul se puso a chillar como un bebé en pleno berrinche.

—Gracias, señores y señoras —dijo Mati, la subjefa de cocina, al

tiempo que levantaba una copa de cerveza de arroz—. No sé qué hubiéramos hecho sin vuestra ayuda.

Habían transcurrido varios días desde el incidente con Tiphan Huto. Mati y su mujer, Lodan, estaban celebrando una merienda-cena privada en sus aposentos en La Espléndida Jarra para agradecer a los héroes que les habían salvado el día. Aún era por la tarde, mucho antes del ajetreo del servicio de cenas. Mati había preparado algunos de sus platos favoritos, muchos de los cuales ni siquiera aparecían en el menú del restaurante.

—No solo evitasteis un escándalo al restaurante —dijo Lodan, también con su copa en alto—, sino que además nos salvasteis a Mati y al resto de nosotros de sufrir una reprimenda de la gran señora.

Mati se aguantó la risa.

—Deberíais oírla cuando se pone a maldecir; sacaría los colores a los marineros del puerto cuando empieza.

—No habría hecho de La Espléndida Jarra lo que es hoy si fuera una timorata, eso está claro —dijo Lodan.

Kinri, que también estaba invitado, levantó a su vez la copa. No se le daban bien los discursos, pero su gratitud hacia los héroes era profunda y sincera.

Los cuatro extraños que habían desbaratado el plan de Tiphan Huto sonrieron tímidamente y levantaron las copas.

Todos bebieron. La cerveza era sabrosa, pero no fuerte como el kyoffir. Kinri se la terminó de un trago, pero el calor que le proporcionó no alivió su maltrecho corazón. Ver a Lodan y a Mati riendo y disfrutando de su mutuo amor solo incrementó su sensación de autoexiliado. Aunque los matrimonios Rapa como el suyo no estaban autorizados entre los lyucu, la sensación de cariño le recordó a su hogar. Se preguntó cómo le iría a Goztan en esos momentos.

—Prueba la sopa de bayas silvestres —dijo Lodan, sacándole de su ensoñación y llenándole el cuenco con el brebaje frío y dulce—. Mati la ha preparado solo por ti.

Asintió y sonrió agradecido. Lodan y Mati habían cuidado de él desde su llegada a La Espléndida Jarra, y ya las sentía como si fueran su nueva familia.

—Contadme otra vez cómo lo hicisteis —dijo Mati—. Yo estaba en la cocina cuando pasó. Mota, tú fuiste el primero en darte cuenta de que Tiphan no era trigo limpio.

—No tuvo importancia —dijo Mota Kiphi, el actor que había salvado a Diente de León del caballo encabritado, junto con Kinri. Observó los chanchullos de Tiphan en el restaurante cuando estaba almorzando invitado por la viuda Wasu.

Mota parecía un hombre de pocas palabras y aparentemente no se sentía cómodo para decir nada más. Lodan acudió a su rescate.

—Tan pronto como el señor Mota vio lo que ese granuja estaba tramando, pensó que debía hacer algo al respecto. Como un restaurante no puede acusar a un cliente de ser un fullero si no tiene pruebas, maese Mota decidió que un artista del timo como aquel se merecía ser timado él mismo.

Mota se sonrojó y sonrió, al parecer confirmando el relato de Lodan.

—Sabía que mis compañeros disfrutarían con el juego —añadió.

—Vosotros dos realizasteis una representación asombrosa —dijo Kinri mirando con admiración a Arona Taré, la actriz capaz de cambiar de cara y apariencia al instante (todavía no estaba seguro de cuál era en realidad su aspecto), y a Widi Tucru, el abogado a sueldo. Entre los dos habían puesto en marcha la actuación con el juego de *zamaki* para hacer caer en la trampa a Tiphan Huto.

—Es sencillo atrapar a un hombre codicioso —dijo Arona. Riéndose entre dientes, se giró hacia Lodan—. Apuesto a que podrías haberle pedido quinientas piezas de oro.

—A Lodan le dio pena el pobre bobo —dijo Widi—. Arona, eres peor que alguno de los recaudadores de impuestos con los que tengo que tratar, te lo juro.

—¡Me encantan los desafíos! —dijo Arona—. Y no olvidemos a Rati —colocó la mano sobre la anciana de la silla de ruedas que había impresionado a Kinri con el truco del jilguero y el carrito mágico. Estaba decidido a preguntarle al respecto en cuanto tuviera la oportunidad—. Fue ella la que fabricó el juego «antiguo» de *zamaki*.

—Un truco sencillo —dijo Rati con modestia—. Esa clase de falsificaciones es tan tosca que me da vergüenza que alguien se la crea, pero fue lo mejor que pude hacer con tan poco tiempo. Deberíais habernos visto a Gozogi Çadé y a mí hace años, cuando lográbamos fabricar imitaciones de antigüedades que engañaban a los anticuarios más expertos de Dara. Luego, cuando Gozogi fue a trabajar con Atharo Ye, el erudito imperial, yo me quedé para dirigir el grupo, pero oí que Atharo estaba tan impresionado por nuestro trabajo que declaró que ojalá pudiera ser un ladrón. ¡Ay! Mi Gozogi está ahora al otro lado del Río en el que Nada Flota y a mí no me queda mucho. El tiempo lo devora todo.

Para romper el ambiente ensombrecido de pronto, Lodan y Mati instaron a todos a seguir bebiendo y comiendo. Kinri, por su parte, andaba perdido en sus pensamientos, intentando descifrar los sentimientos en conflicto respecto a esos nuevos amigos: un abogado a

sueldo, una falsificadora, actores que representaban historias que denigraban a Pékyu Tenryo; exactamente la clase de nativos taimados de los que les habían advertido los thanes allá en Ukyu. ¿No eran una prueba de la hipocresía y la corrupción moral de Dara? Sin embargo, también les habían ayudado a él y a sus benefactores timando al maestro del timo. ¿Tan reprobable era lo que habían hecho?

Ojalá su maestra Nazu Tei estuviera ahí para explicarle las cosas que no entendía de Dara. Pero eso era imposible. Se esforzó en retomar la conversación que tenía lugar en torno a la mesa.

Ahora quien hablaba era el abogado a sueldo, Widi Tucru.

—… Rati, ingeniosa e inventiva como el bambú que sirve para todo; Mota, fuerte e inalterable como el pino de robustos miembros; Arona, multifacética como el cártamo de varios matices; y yo mismo, que procuro tener la integridad y la confianza de la orquídea común; creemos que deben haber sido los dioses los que nos han juntado para recorrer las islas como compañeros unidos por el juramento de nuestros corazones.

—¿Así que andáis por las islas como vagabundos sin un domicilio estable? ¿Sin mayores ambiciones? —preguntó Lodan. Lanzó una mirada cariñosa a Mati antes de continuar—. ¿Y qué hay de la familia?

—Oh, algunos de nosotros fuimos rechazados por nuestra familia de origen —dijo Widi— y otros perdieron a sus seres queridos en la guerra o con la peste. Pero los unos encontramos en los otros el espejo de nuestras almas, compañeros de confianza con quienes capear las tormentas de este mundo imprevisible. Hay tantas clases diferentes de familias como de flores, y una familia de elección puede ser tan reconfortante como la de nacimiento. Nos llamamos a nosotros mismos la Banda de las Flores, y procuramos llevar una vida de conciencia limpia y aprendizaje constante.

—¿Aprendizaje constante? —interrumpió Mati—. ¿Entonces todos sois estudiosos?

—Nunca pasé del rango de *toko dawiji* —dijo Widi—, pero en el mundo hay otras clases de conocimiento que no pueden hallarse en los antiguos tomos ni en las aulas. Rati busca la intoxicación de la poesía mecánica de los engranajes y las palancas.

Las sonoras carcajadas de Rati le interrumpieron.

—Querido Widi, no estás defendiendo un caso frente a un magistrado. No hay necesidad de que me pintes más pomposamente de lo que soy: una simple experimentadora innata.

—Tus habilidades no tienen nada de simples —dijo Widi—. Mota desea convertirse en la encarnación viviente de la danza de garrotes y

espadas de Fithowéo…

Mota se ruborizó y meneó la cabeza al oírlo.

—Arona estudia las mil caras que exhibe el corazón humano…

—Pero no en historias aprendidas o en tratados filosóficos —dijo Arona—. Solo me interesan las obras vulgares que hacen reír o llorar al ama de casa común o al chismoso. Los funcionarios y los grandes eruditos reprueban el teatro popular, al que consideran sentimental y ridículo, pero yo creo que se han acostumbrado a acumular demasiada mierda en la tripa antes de ir al retrete.

Todos los que estaban en la mesa prorrumpieron a reír. Pasó algún tiempo antes de que Widi pudiera continuar.

—Y yo intento entender los intríngulis prácticos y «sucios» de la ley —los sobornos a los carceleros, las cláusulas trampa de los contratos, los resquicios de las proclamaciones imperiales, los argumentos para desconcertar a los *cashima*— y el modo de utilizarlos para ayudar a la gente común y corriente. Como veis, no nos interesa la clase de conocimiento que se pone a prueba en el Gran Examen, pero nuestra curiosidad es lo bastante ambiciosa para los cuatro.

Kinri estaba fascinado. Los miembros de la Banda de las Flores no se parecían a nadie que hubiera conocido jamás. Recorrer el mundo en busca del conocimiento que no podía encontrarse en los ideogramas, apoyarse mutuamente y ayudar a los necesitados, ser una tribu propia… parecía una vida en libertad. Hasta ahora no había sabido que los dara, obligados a cavar el suelo para conseguir el sustento, atados a la tierra, fueran siquiera capaces de tal libertad. Se parecían… casi, casi a los lyucu errantes.

Un tumulto fuera de los aposentos de Mati y Lodan le sacó de su ensoñación. Una de las ayudantes de cocina entró precipitadamente en la habitación, con la cara contraída por la conmoción y el pánico.

—La gran señora está convocando a todo el mundo a la sala de reuniones. ¡Tiphan Huto nos ha retado a competir por el título de mejor restaurante de Ginpen!

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CONOCE AL ENEMIGO

GINPEN: CUARTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTICINCO MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

—Los Huto pretenden humillarnos causando sensación —declaró la viuda Wasu—. Todavía no han inaugurado su nuevo restaurante, El Cofre del Tesoro, pero ya actúan como si nos hubieran arrebatado el título. Bueno, no voy a rendirme fácilmente.

Ya con setenta y tantos años, sus movimientos eran más lentos, más premeditados; su columna estaba encorvada como la de una gamba, y sus dedos temblaban cuando levantaba una mano para enfatizar las palabras mientras se apoyaba en un bastón con la otra. Pero tenía una mirada tan aguda como hace más de treinta años, cuando se encaró con Kuni Garu, el pandillero, y una voz igual de firme y segura.

—Habrá *tres* concursos.

Todos los asistentes a la reunión aguantaban la respiración y tenían los ojos fijos en la gran señora, de pie sobre la tarima situada al frente de la sala, flanqueada por dos criadas. Los Wasu (el hijo de la gran señora, Teson, dos sobrinos, cuatro nietos, sus esposas e hijos) estaban al frente. Inmediatamente detrás se encontraban el ayudante del gerente, el jefe de sala, los jefes de turnos, el chef de cocina, el contable, la jefa de camareros, el encargado de las reservas, el agente de espectáculos y otros empleados de responsabilidad. Los camareros, el personal de cocina y los ayudantes de menor nivel, como Kinri, estaban de pie al fondo. Los miembros de la Banda de las Flores, personas ajenas a la empresa, no habían sido invitados a esta reunión.

La viuda Wasu continuó.

—Actuarán como jueces ciudadanos notables de Ginpen, incluyendo a representantes de los eruditos, los funcionarios, las casas índigo y escarlata, los teatros, prominentes comerciantes y augures y monjes del Gran Templo de Lutho.

Silbidos y murmullos de entusiasmo llenaron la habitación. Ninguno de los presentes había vivido nada parecido a la competición propuesta.

—Necesito que todos os esforcéis al máximo. No hace falta decir

que si perdemos seremos el hazmerreír de la ciudad. ¿Quién iba a querer celebrar un banquete u homenajear a un invitado de honor en el *segundo* mejor restaurante de Ginpen? Tendría que cerrar las puertas de La Espléndida Jarra y regresar sin hacer ruido a Zudi.

Los empleados recobraron la seriedad al darse cuenta de que su trabajo y la mera supervivencia del restaurante estaban en peligro.

La viuda Wasu mantuvo en alto su temblorosa mano y, estirando un dedo cada vez, fue enumerando.

—Las reglas propuestas por los Huto son sencillas. El primer concurso será una competición de cocina. Al fin y al cabo, el mejor restaurante debe tener la mejor comida. Tendremos una semana para prepararnos.

El grupo se giró para mirar al chef, un anciano llamado Néfi Ézugo. Era el empleado más antiguo de la gran señora y había abierto el primer local de La Espléndida Jarra, un puesto de tallarines y buñuelos en la Plaza del Templo, hacía décadas. La mayor responsabilidad de esta competición, obviamente, recaería sobre sus hombros.

Néfi respiraba con dificultad y su barba blanca temblaba mientras mantenía las manos, con los puños apretados, en los costados. Tenía los hombros cargados, el cuello tenso y los ojos completamente abiertos, sin pestañear.

—Caramba —murmuró Lodan a Mati—. Me recuerda a un conejo aturdido por un trueno, incapaz siquiera de dar un salto hasta el agujero más próximo para cobijarse.

Kinri observó los rostros intensos de quienes le rodeaban y se prometió hacer todo lo que pudiera para ayudar. No le preocupaba perder el empleo, pero quería asegurar el bienestar de sus amigos. Aunque no estaba claro cómo podría ayudar. Si bien echaba una mano en el restaurante y disfrutaba de los platos especiales que cocinaba Mati para él de vez en cuando, no sabía nada de alta cocina. La idea de un torneo de cocina le parecía tan ridícula como excitante, muy alejada de los torneos épicos de fuerza y valor que conocía por los re-recuerdos de los lyucu y la historia de Dara.

—El perdedor del primer concurso tendrá el premio de consolación de escoger el tema del siguiente concurso —dijo la viuda Wasu—. Y si fuera necesario, el perdedor de ese concurso podrá escoger el formato y contenido de la prueba final que determine al ganador definitivo. Ahora, ¿estamos listos para mostrar a los jueces lo mejor que puede ofrece La Espléndida Jarra?

Por toda la habitación se escucharon murmullos dispersos: «Sí, gran señora», «Por supuesto, señora».

La viuda Wasu sacudió la cabeza.

—Soy vieja, pero todavía me funcionan bastante bien los oídos. Eso ha sido patético.

Algunas risitas avergonzadas.

—En una ocasión serví mis buñuelos en la coronación del emperador Ragin, y la emperatriz Jia quiso repetir. ¿Creéis que después de eso voy a tener miedo de que nuestra comida no impresione a los notables de Ginpen? Ahora, permitid que vuelva a preguntaros: ¿estáis listos para demostrar que La Espléndida Jarra es el mejor restaurante de Ginpen y tal vez de toda Dara?

Esta vez los fuertes gritos hicieron traquetear las tejas del tejado: «¡Sí, estamos listos!», «¡Les ganaremos!».

El chef movió la boca secundando al resto, pero Kinri se dio cuenta de que, en realidad, no estaba gritando.

—Hace tiempo que no le veo cocinar, ¿sabes? —susurró Mati a Lodan—. Llevo tres temporadas a cargo del menú. Pero el jengibre envejecido es el más picante, y me ha enseñado un montón de trucos. Estoy ansiosa por ver lo que se le ocurre.

La viuda Wasu hizo una pausa para observar la sala y luego miró deliberadamente a Néfi Ézugo.

—Una cosa más. Tiphan Huto ha contratado a Mozo Mu como jefe de cocina de El Cofre del Tesoro.

Néfi puso los ojos en blanco y sus labios se agitaron; de su garganta brotó un balbuceo. El personal de La Espléndida Jarra dio un grito de alarma cuando cayó de espaldas al suelo y quedó inmovilizado.

Enseguida convocaron a los cuatro mejores médicos de la ciudad. Uno tomó el pulso del jefe de cocina comatoso con dos dedos, los ojos cerrados y aspecto reflexivo; otro escuchó su corazón y sus pulmones con una trompetilla de bambú; el tercero le clavó algunas agujas; y el último le aplicó descargas eléctricas en las manos con jarras de Ogé.

Esta última técnica de diagnóstico consiguió despertar al chef, que balbuceó de forma incoherente y habló entre dientes a quienes se atrevieron a aproximarse a él. Al momento, andaba corriendo y chocando contra las paredes, mascullando sin parar:

—¡Imposible! ¡Perdido!

—¡Mi docto colega tiene el tacto de Rufizo! —exclamó el médico al que le gustaban las pulsaciones rápidas.

—¡Qué increíble recuperación! —espetó el médico de la trompetilla de bambú.

—Dinos, ¿dónde conseguiste esas jarras? —preguntó el médico de las agujas, con aspecto de estar desolado por sus anticuados instrumentos (Kinri también se preguntó lo mismo. No sabía casi nada

de dispositivos sedamóticos y ansiaba saber más).

—Esto no sirve de nada —se quejó Lodan—. Está asustando a todo el mundo. Os pedimos que le despertarais, no que le hicierais delirar. ¡Necesitamos que diseñe una estrategia! ¡Haced algo!

Los cuatro profesionales médicos deliberaron y decidieron ir al mercado en busca de un herborista. Regresaron con un paquete de hierbas, con las que prepararon un brebaje amargo. Mientras Mati sujetaba los brazos agitados del chef, los cuatro médicos dirigieron a Lodan para que le forzara a tragar el líquido a través de un embudo colocado en su garganta.

El jefe de cocina volvió a caer en un sueño profundo.

—Esto… —dijo el médico de las jarras de Ogé—. ¿Y nuestros honorarios?

—Estamos igual que al principio, ¿y queréis que os pague? —preguntó incrédula la viuda Wasu.

—Honorable gran señora —dijo el médico de las jarras de Ogé—. ¿Acaso cuando un cliente ha consumido una de vuestras comidas no vuelve a tener hambre seis horas después? ¿Acaso él no está, según habéis comentado, otra vez como al principio? ¿Por qué creéis que no debemos cobrar?

—Con esa ingeniosa lengua —murmuró la viuda Wasu— deberías ser un abogado a sueldo. Al menos dadnos un diagnóstico.

Los médicos se juntaron de nuevo a deliberar. «Delirios provocados por el terror», fue la opinión de consenso, posiblemente como resultado de una «sobrecarga de trabajo». Los cuatro médicos rivales cobraron su tarifa de la viuda Wasu y aseguraron a la gran señora que su jefe de cocina se recuperaría por completo con el tiempo, aunque necesitaría descansar bien las siguientes semanas y no aproximarse a la cocina.

—¡Yo podría haber dicho eso mismo! —dijo la viuda Wasu—. No me extraña que la gente no quiera ir al médico. Lo único que hacen es pincharte con sus resplandecientes juguetitos y pedir que les pagues por su propio disfrute. Ay, que las Gemelas nos protejan.

Mati, la subjefa más veterana, quedó ahora a cargo de la competición que se habría de celebrar en una semana. Terriblemente asustada, canceló inmediatamente el servicio de cena y se fue con todos los encargados al Gran Templo de Lutho a rezar para tener buena fortuna. Después de dar a Mati algún dinero para el incienso del templo, la viuda Wasu se encerró en su habitación con el fin de recuperarse de la conmoción producida por este golpe de mala suerte. El resto del personal se sentó en las mesas sin clientes, musitando en voz queda y mirándose unos a otros con ojos preocupados. La

Espléndida Jarra tenía ahora el aspecto de una ciudad bajo asedio.

Como nadie le decía qué hacer, Kinri, bastante desconcertado por la repentina falta de confianza de todo el mundo, salió a la calle, frente al restaurante, para escapar de la atmósfera opresiva del interior.

Allí encontró a la Banda de las Flores, que le esperaba.

—¿A qué se debe ese jaleo? —preguntó Rati Yera, la anciana del carro mágico—. Todos andan corriendo como pollos sin cabeza. Nos habíamos quedado por aquí para agradecer a Mati y Lodan su hospitalidad, pero iban apresuradas y no se han detenido.

Kinri les explicó rápidamente lo sucedido.

—¿Dices que los Huto han contratado a Mozo Mu como jefe de cocina? —preguntó Rati.

Kinri asintió.

—Aaah…

—Oooh…

—Mmm…

—Vaya…

Kinri observó el desánimo de los cuatro. A lo mejor podían explicarle qué era lo que había asustado tanto a Néfi y a Mati.

¿Quién es exactamente este Mozo Mu?

Esa era en realidad la pregunta que Kinri quería hacer, pero se sentía incapaz de entender por qué su voz se había vuelto de pronto tan meliflua. Y… estaba seguro de no haber hablado aún.

Los cinco se volvieron hacia el lugar de donde había llegado la pregunta y vieron a la misteriosa joven que Kinri y el fornido Mota Kiphi habían salvado en la Plaza del Templo. Pero, a diferencia del opulento atuendo que llevaba el día de su llegada, ahora su vestuario era sin duda más práctico: un sencillo vestido de lino con un cordón de paja a modo de cinturón y ningún adorno de joyería, si exceptuamos unos cuantos dientes de león insertados en los rodetes de orejas de conejo con que se recogía los cabellos.

Al recordar las muestras de respeto que le había ofrecido la viuda Wasu a la joven, Kinri la saludó al momento con una profunda reverencia.

—Señora… —a Kinri se le hacía raro llamarla «Diente de León», que no parecía en absoluto un nombre real.

—¿No te dije que me llamaras simplemente Diente de León? ¡No «señora»! —dijo la joven con impaciencia—. ¿Qué pasa con la gente de Ginpen? ¡En la casa de té, todo el mundo me hacía reverencias y me sonreía, y se dirigía a mí como «honorable señora», aunque fuera vestida como una ayudante de cocina! ¿Cómo se supone que voy a divertirme y a enterarme de todos los chismes?

Arona, la actriz, intentó evitar la risa sin conseguirlo.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Diente de León, con los ojos entrecerrados por la desconfianza.

—Te pareces tanto a una friegaplatos como yo a la emperatriz de Dara en estos momentos —dijo Arona.

—¿Qué? —dijo, incrédula, Diente de León—. Le compré este vestido a la ayudante de cocina que enviaron para que cuidara de mí. Y he visto que muchas chicas campesinas se ponen flores silvestres en el pelo. ¡Incluso me pinté esto! —dijo señalando a las manchas de hollín de sus mejillas—. Mi vestuario es totalmente auténtico.

Arona estalló en carcajadas. Y el resto de la Banda de las Flores la siguió.

Solo Kinri no se rio. No quería herir sus sentimientos. Sabía que no parecía exactamente una criada, pero no sabría decir por qué.

—Eres una actriz terrible —dijo Arona cuando consiguió recuperar el control—. No… oh, por el caparazón de Lutho, no había visto un disfraz tan malo en mucho tiempo.

En vez de enfadarse, Diente de León levantó las manos en un gesto de súplica.

—¡Por favor, hermana mayor, enséñame a hacerlo mejor!

Allá en Pan, la insolencia del príncipe Gimoto había ido en aumento, y andaba con ínfulas de grandeza, como si solo fuera cuestión de tiempo que la emperatriz declarara a Phyro inadecuado para gobernar y le nombrara a él heredero del Trono del Diente de León. En una de las fiestas de té de palacio, sermoneó a Fara sobre su hábito de coquetear con los jóvenes eruditos del Colegio de Abogados y por asistir al teatro con Aya para presenciar obras procaces.

—Para una princesa imperial, resulta indecoroso comportarse de ese modo —dijo, con el ceño fruncido y sentenciosa desaprobación—. Necesitas recapacitar sobre las enseñanzas de los sabios y sobre tus obligaciones como modelo para todas las jovencitas nobles de la capital. Ahora, te puedo recomendar algunos pasajes de Kon Fiji…

—¿Quién crees que eres? —dijo Fara furibunda—. Tú no eres mi padre…

—Cuando el padre no está con la familia, el hermano mayor debe ponerse en su lugar —entonó Gimoto, citando con devoción el adagio moralista—. Si tu hermano presta tan poca atención a sus obligaciones privadas para con su hermana menor como a sus obligaciones públicas como futuro soberano, no tengo otra elección que dar un paso adelante y hacer su trabajo.

A Fara le hubiera gustado sacarle los ojos en ese momento. Pero sabía que estallar en público ante él solo serviría para que se

considerase victorioso. Desde que juró no meterse en política, se había dedicado al teatro, a su arte y a divertirse. No iba a permitir que un tonto le estropeara el humor.

Así que se retiró sumisamente de esa confrontación. Pero luego pidió a uno de los sirvientes que le procurara algunas moscas muertas de los retretes y las echó en la tetera de Gimoto cuando él no miraba. Durante el resto de la velada le sonrió dulcemente, simulando prestar atención a cada palabra suya, mientras consumía la extrañamente fragante bebida.

Decidió que en el futuro se mantendría alejada de él. Pero, como dirían los adüanos, *aunque el álamo desee quedarse quieto, el viento no se detiene.*

Satisfecho por el modo en que Fara se le había sometido, Gimoto procedió a escribir una petición a la emperatriz enumerando las diversas maneras en las que Fara «estaba desprestigiando el nombre imperial» y sugiriendo que se le asignara un tutor.

La emperatriz Jia ignoró su petición, pero de todas formas surgió el escándalo, y todos empezaron a reírse a espaldas de Fara. Y cuando Fara escribió a Phyro y a Zomi para quejarse, en lugar de escucharla comprensivos la censuraron por «llevar a Aya por el mal camino».

Todos le decían lo que tenía que hacer; Fara se sentía muy sola en el mundo.

Solo la señora Soto la apoyaba.

—Tu padre te habría comprendido. Él también detestaba a las personas como Gimoto —dijo—. A lo mejor deberías intentar vivir lejos de palacio por un tiempo.

Jia aceptó su propuesta de marcharse de Pan, pero con la condición de que estuviera bajo el cuidado de alguien de confianza. Fara suplicó a Aya, que acababa de conseguir su primer mando militar, que la llevara a Ginpen y prometió portarse bien.

Tenía la esperanza de que manteniéndose lejos de la presencia enervante de Gimoto, también se vería libre de las frustraciones y dolores de cabeza que le producía ser hija de la Casa del Diente de León. Iba a vivir su gran aventura y a hacer cosas que la princesa imperial Fara nunca pudo hacer.

Como Gimoto había utilizado su estatus de princesa para mortificarla a modo de palmeta, cuanto más la trataban como a una «persona normal» más complacida estaba Diente de León. Al momento le cayó bien Arona.

—¡Te prometo que te haré caso! —suplicó—. ¿Qué estoy haciendo mal?

Arona se calmó e intentó parecer seria. Mientras la hablaba, iba

contando con los dedos.

—Lo primero de todo, el vestido está demasiado limpio. Ese vestido puede parecerte sencillo, pero es el que se pone una ayudante de cocina para ir al templo, y nadie se viste así para ir a una casa de té. En segundo lugar, te colocas esos dientes de león de la misma manera que las nobles se colocan las horquillas de joyería —en grupos primorosamente compuestos, como si estuvieran hechos de jade y piedras preciosas. ¿Cómo se supone que vas a trabajar en la cocina peinada de un modo tan elaborado? En tercer lugar, te has aplicado esa pizca de hollín como si fuera maquillaje, combinándolo de forma equilibrada…

—No he podido evitarlo… —murmuró Diente de León.

—No hay duda de que eres la hija de una prominente familia —no necesitas decirme quién eres; estoy segura de que tienes buenas razones para mantener tu identidad en secreto. Todos los que nos ganamos la vida en el turbulento mar al que llamamos sociedad tenemos nuestros secretos y respetamos los secretos de los demás.

—Entonces, ¿si me arreglo el pelo y me pongo un vestido más sucio estaré bien?

Arona sacudió la cabeza.

—No, no, no. El vestido y el maquillaje son las partes menos importantes de un disfraz. La clave está en el modo en que hablas y te desenvuelves. Primero está tu acento. He conocido chicas que, tras años de lecciones de locución, no sonaban ni la mitad de sofisticadas que tú.

Diente de León se sonrojó tímidamente.

—Y si… y si intentara hablar como las criadas de tía… de mi madre. ¿Qué tal así? «¿La señora ordena algo más?» ¿Mejor así?

—Mejor, pero ahora hablas como si fueras del norte de Faça —dijo Arona—. Creía que tu familia era de Pan.

—Eeeh… es una larga historia.

A oídos de Kinri, el acento normal de Diente de León se parecía mucho al de la viuda Wasu. Esto no era ninguna rareza, pues el acento educado de la Corte del Diente de León se basaba en el dialecto de Cocru central, donde crecieron tanto Kuni Garu como la viuda Wasu. Pero Kinri, al no haber sido criado en la propia Dara, no podía saber que el acento de Diente de León era producto de casi dos décadas del refinamiento que dicho dialecto había experimentado en Pan. Probablemente nadie diría que la forma de hablar de la viuda Wasu era «sofisticada».

—Creo que tu forma de hablar es perfecta —dijo Kinri sin pensar. No le gustaba ver a Diente de León ponerse nerviosa. Se esforzó por

encontrar palabras para consolarla—. Suena como… como el sol que atraviesa una telaraña al alba, ¿sabes?, con gotas de rocío… o… o como los espejos curvos del antiguo Haan… que resplandecían con la luz de miles de llamas…

Diente de León se sonrojó todavía más y pareció muy molesta.

—¿Intentas decir que mi forma de hablar es como una telaraña que despide fuego? ¡Muchas gracias!

—¡No, no! Lo que quería decir…

La Banda de las Flores se echó a reír.

—No creo que tengas mucho futuro como poeta ni como amante, muchacho —dijo Arona con una sonrisita. Dio unos golpecitos a Kinri en el brazo antes de volverse hacia Diente de León—. Enséñame cómo entraste en esa casa de té.

Diente de León respiró hondo para tranquilizarse. Sin tener claro lo que le pedían, hizo como si entrara por la puerta de una concurrida casa de té. Avanzó hasta una imaginaria mesa, se sentó en *mipa rari* y pidió su consumición:

—Un plato de semillas de loto frescas deshuesadas, de todos los sabores, y una tetera con vuestro mejor té floral, pero sin osmanto. Ah, y trae también miel silvestre y coco rallado, si tenéis —intentó deliberadamente imitar el acento sencillo de Arona.

Arona suspiró.

—Te mueves como si estuvieras acostumbrada a que todos te cedieran el paso y tu tono me indica que estás habituada a que te obedezcan. Eso por no hablar de tu pedido, ¡mira que querer semillas deshuesadas de loto en esta época del año…! Es evidente que todos en la casa de té se dieron cuenta de que eras una mujer noble vestida con ropas corrientes para divertirte.

—Ah… —dijo Diente de León, con el rostro totalmente colorado—. No sabía que era tan complicado disfrazarse.

—Piensas que el disfraz se basa en el maquillaje y las ropas, pero esa no es la mejor manera de abordarlo. Un disfraz es un papel, y para encarnar el papel debe tener una historia detrás.

A Diente de León se le iluminaron los ojos al oír eso.

—Me gustan las historias. Sé inventar historias.

Arona asintió.

—Cuando Mota y yo creamos un espectáculo tenemos que construir historias para cada uno de nuestros personajes: ¿qué es lo que quiere ella? ¿Cómo llegó él hasta aquí? ¿Por qué habla de ese modo? ¿Cuándo aprendió ese truco?

—Eso parece mucho trabajo —Diente de León se mordió el labio inferior—. Y mucha memorización.

—Actuar exige mucho trabajo —dijo Arona—. Pero en realidad memorizar no es la habilidad más importante. ¿Crees que Mota y yo sabemos de memoria todos nuestros diálogos? Pues no. El público es distinto en cada una de las representaciones, así que tenemos que improvisar en función de las reacciones de la gente. Cuando representas un papel para un disfraz, debes estar preparada para adaptarlo según cambian las condiciones a tu alrededor. No escribimos nuestras obras con ideogramas rígidos o letras muertas, y tú tampoco deberías memorizar una serie de respuestas preparadas.

A Kinri la conversación le resultaba fascinante. La forma en que Arona hablaba de las obras de teatro populares le recordaba mucho al modo en que los chamanes hablaban de las danzas que cuentan historias allá en su tierra.

—Gracias por la explicación, señorita Taré —dijo Diente de León—. A lo mejor… puedes ser mi profesora.

La actriz sonrió.

—«Arona» es suficiente. En cuanto a lo de ser tu profesora… creo que eres una rama demasiado alta para que yo me atreva a colgarme de ella. No obstante, estaré encantada de darte algunas indicaciones por aquí y por allá. Todos tenemos que comenzar en algún momento. Tienes potencial, si eres humilde y quieres aprender.

—Gracias —dijo Diente de León, con aspecto de estar genuinamente satisfecha. Entonces pareció recordar por qué se había entrometido en esa conversación—. Pero… quiero saber más de ese tal Mozo Mu. ¿Qué clase de monstruo es? ¿Por qué todos le tienen tanto miedo?

—Mozo Mu es el tatara-tatara-tataranieto de Suda Mu, el mejor cocinero de todas las islas de Dara —dijo Widi Tucru, el abogado.

Hace mucho tiempo, cuando los Siete Estados conspiraban y luchaban unos contra otros por tierra, mar y aire, los reyes Tiro no limitaban su rivalidad a los meros enfrentamientos con armas, sino que aspiraban a dominar en todos los campos del arte y de la cultura.

Con fastuosos regalos y promesas de rienda suelta a sus impulsos visionarios, los reyes Tiro reclutaban a su servicio a eruditos, artesanos, artistas, poetas, inventores, místicos y filósofos de todo tipo. En los últimos tiempos de la era de los estados Tiro, antes de la conquista a manos de Xana, las islas florecieron con un súbito estallido de legendarios pensadores creativos.

Eran bien conocidas las historias relativas a las proezas de grandes filósofos como Gi Anji y sus alumnos, Tan Féuji y Lügo Crupo, que recorrían las islas de norte a sur y de este a oeste para ofrecer sus servicios a cualquier rey Tiro dispuesto a reconfigurar el mundo

acorde a su visión. Pero aquella fue también la época del gran espadachín Médo, quien enseñó a Dazu Zyndu, el abuelo del hegemón; del sin par espadero Suma Ji, que forjó Na-aroénna; y de Kino Ye, el funcionario erudito de Xana, dispuesto a cometer sacrilegio para descubrir el secreto del vuelo del halcón mingén, lo que le permitió inventar las aeronaves.

Los reyes Tiro competían incluso en campos como la música, la arquitectura, la pintura o la caligrafía —se creía que un extravagante palacio de colosales dimensiones, repleto de imponentes y nunca vistas obras de arte y de una música tan conmovedora que rompía el corazón, era un reflejo directo del poder y la virtud del rey.

Xana, que estaba muy alejada de los demás estados Tiro y poseía menos riquezas, no podía competir al mismo nivel en las artes tradicionales. Por esa razón, los reyes de Xana procuraron distinguirse en otro ámbito: las artes culinarias.

En los días en que el rey Réon (el futuro Mapidéré) no era más que un bebé, la corte de Kriphi se convirtió en el destino de aquellos deseosos de explorar más allá del mapa conocido de sabores adentrándose en *terra incognita*. Los chefs empleados por Xana fueron los primeros en recopilar sistemáticamente antiguas recetas diseminadas en diferentes manuscritos apolillados y en evaluar su eficacia. También fueron los primeros en intentar cocinar los gigantescos cangrejos que habitaban en las fosas oceánicas, cada uno del tamaño de un hombre adulto (tanto la cocción como la fritura resultaron ser buenos métodos, una vez despojados del veneno mortal contenido en sus branquias), y los minúsculos corazones de las trufas luciérnagas, que se encontraban bajo tierra a gran profundidad y solo podían consumirse sin perder la salud una vez que dichos hongos habían sido comidos por los cerdos, que las desenterraban hozando, y la amarga capa exterior había desaparecido tras pasar por su sistema digestivo. Estos exploradores culinarios enviaban barcos a las islas más alejadas de Dasu y expediciones a los prístinos valles deshabitados de la isla de la Media Luna para encontrar animales, plantas, hongos, insectos, especias e incluso minerales exóticos que proporcionaran nuevos sabores. Durante un tiempo, los filósofos moralistas que trabajaban para otros reyes Tiro decían, medio en tono de burla, medio en tono de admiración, *Xana co i pha rétuthu ro ülo i copoüré phin mon ogi né loteré i rate, kinsén üçaü co ki mon ogi né loteré i ratedagira* («Los reyes de Xana comen cualquier cosa que tenga cuatro patas, excepto las mesas, y devoran todo lo que tenga dos patas, menos a los humanos).

El más importante de estos chefs reales xana fue Suda Mu, un

nativo de Haan. Mu había viajado por todas las islas durante treinta años para estudiar las características distintivas de la cocina de cada región de Dara antes de entrar al servicio del rey, donde procedió a fusionar las mejores técnicas de todos los estados Tiro. Se distinguió no solo por imaginar ingeniosos nuevos platos y ejecutarlos con audacia, sino también por elevar el antiguo oficio de la alta cocina a nivel de verdadero arte.

—Los simples cocineros se centran solo en el gusto —decía—. Pero los grandes chefs son los únicos artistas que captan la atención de los cinco sentidos.

Sus principios podían ejemplificarse en uno de sus platos estrella: pastelillos de arroz chamuscado acompañados de una variedad de guisos. El arroz chamuscado, que formaba como una costra contra el fondo y los costados de la cacerola cuando se cocía a elevada temperatura, creaba un sustrato crujiente con mucho relieve y un ligero sabor tostado que podía realzarse con una variedad de salsas. De hecho, cuando se vertían las coloridas salsas sobre los secos pasteles de arroz chamuscado, el arroz chascaba, restallaba y explotaba, creando música y dispersando en el aire los aromas de la salsa, lo que producía un verdadero festival de delicias sensuales para el comensal.

La alta cocina en Dara se había suscrito hace tiempo al dictamen moralista de Yeruçado Maaji, que consideraba zafio nombrar los ingredientes de un plato. El hombre de conocimientos y virtud consumía los asombrosos productos de la cocina, pero no ensuciaba su mente pensando en los ingredientes sangrientos o crudos, los cuchillos, la grasa o el duro trabajo de simples sirvientes. Por eso, cada plato necesitaba ir acompañado de un nombre poético y alusivo. Y así, el nombre del arroz chamuscado de Suda Mu era «Tempestuosa Dara».

Los visitantes de la corte de Dara que tenían la buena fortuna de probar este plato legendario salían de allí con emocionados relatos y poemas que celebraban sus maravillas. Gi Anji, que la visitó en su juventud, escribió lo siguiente en su libro de ensayos *Peregrino entre las olas:*

Colocaron una fuente de jade azul frente a cada uno de nosotros en el Gran Salón, el cerúleo rectángulo representando el infinito mar. Sobre ella estaban los pastelillos de arroz chamuscado cortados y esculpidos con la forma de las islas de Dara. Un sirviente se arrodilló a mi lado con una bandeja llena de diversos guisos. Según señalaba con mi palillo de comer a cada isla de arroz chamuscado, el sirviente vertía con un cucharón sobre el pastelillo la salsa correspondiente a esa región: estofado de cordero de la

productiva Faça con bayas silvestres secas; sopa de aleta de tiburón de la reluciente Gan condimentada con siete tipos de pescado y moluscos; menestra de saludables verduras de la fortificada Cocru, con brotes de bambú cortados en forma de puntas de flecha; popurrí de fragantes semillas de loto de la seductora Amu, cada semilla deshuesada y rellena de diferentes bayas o de melón; revuelto de huevos de tortuga de la noble Haan, con trocitos de coco tallados para asemejar los huesos del oráculo de los augures; tarta de champiñones de la frondosa Rima, con piñones y raíces silvestres con forma de espadas legendarias; guiso de ave de la fervorosa Xana, guarnecido con flores silvestres cortadas con forma de alas de pájaro.

A medida que la cucharada de salsa caía sobre los pastelillos de arroz chamuscado, una música diferente brotaba de cada parte de la fuente: lluvia de primavera golpeando un tejado de paja, el embate de las olas contra un acantilado, ricos granos de sorgo repiqueteando sobre el trillo, traqueteo de palillos de adivinación en un templo envuelto por el incienso, chasquidos de carbón en las resplandecientes llamas de una forja, parloteo de niños en un concurrido mercado de plataformas flotantes y botes de fondo plano, burbujas saltando en las prístinas aguas del lago Dako…

Las islas se agrietaban, chascaban y se rompían cuando las salsas empapaban el arroz chamuscado, señalando cambios catastróficos que despertaban nuestra curiosidad así como nuestro apetito…

Era un cuadro de colores más ricos que el trabajo de los hastiados retratistas de la codiciosa Dimushi, una sinfonía más gratificante que la estridencia vulgar generada por las orquestas de las compañías itinerantes de ópera popular, un tapiz de sensaciones y texturas sobre la lengua más variado que las ropas de suave seda, tosco cáñamo y tejido de lana que encontramos en Boama, un revoltijo de aromas más embriagador que el de las afamadas tiendas de medicina de Çaruza, y un desfile de sabores a cual más asombroso, una fiesta para los sentidos digna de los dioses.

Luego, cuando me retiré a mi cuarto de invitado, me di cuenta de que ese era el plato perfecto para la corte de Xana. A medida que cada isla desaparecía en las fauces devoradoras del rey de Xana, él representaba una metáfora gustativa de la ilimitada ambición de Kriphi. Si alguien dudaba de los peligros de una rebelión xana, solo tenía que venir y compartir una comida…

—¿Lo ves? Tienes que saber cuándo hay que terminar una historia —interrumpió Diente de León—. Tenías una buena estructura y has usado bien las alusiones, pero alargarla demasiado puede aburrir al público.

Widi se rio entre dientes.

—Agradezco el comentario. ¿Debo suponer que la señorita Diente

de León es entendida en historias?

—Resulta que tengo un gran interés por los cuentos populares y las leyendas —dijo Diente de León, renunciando a extenderse más—. Pero, por cierto, ¿cómo sabes tanto de historia de cocina? ¿También quieres abrir tu propio restaurante?

Rati y Arona se echaron a reír.

—El interés de Widi por la cocina se limita a su consumo —dijo Arona, en tono de broma pero cariñoso—. Aunque sea incapaz de freír un huevo sin quemarlo, puede describir al detalle las ciento una maneras de cocinar un huevo de los manuales culinarios de los antiguos reyes de Cocru mientras se limpia la baba.

—Todos tenemos nuestro propio talento —dijo Widi sin parecer para nada avergonzado—. Resulta que el mío es la apreciación del arte y su crítica más que la creación.

—Una cosa tengo que admitir: sabes cómo abrir el apetito —Diente de León se chupó los labios y tragó saliva.

—Mi lengua es tan buena para hablar como para degustar —dijo Widi—. Mientras que la orquídea común ofrece mil fragancias dulces, yo puedo evocar diez mil aromas que hacen la boca agua…

—¡Está bien! Lo pillo. ¿Dónde puedo saborear esa Tempestuosa Dara?

—¡Ay de mí! Cuando el rey Dézan inició en serio sus guerras de conquista, Suda Mu destruyó todos los libros de recetas, abandonó Xana junto con su familia, y se retiró a una cabaña en las montañas Damu para vivir como un eremita. Tempestuosa Dara se perdió para la historia.

—¿Nadie sabe cómo prepararla ahora? —exclamó Kinri. Sentía una tristeza inexplicable al oír que algo tan bello se había perdido para siempre.

—Bueno, puede que alguien lo sepa —dijo Widi misteriosamente—. Cuando Suda Mu se retiró, muchos chefs le visitaron en su cabaña de las montañas y le suplicaron que les enseñara sus recetas secretas. Para que le dejaran en paz, se comprometió mediante juramento a no aceptar ningún alumno que no estuviera relacionado con él por sangre o matrimonio, y prohibió a sus descendientes enseñar a nadie más.

—¡Me encantan ese tipo de historias! —Diente de León aplaudió emocionada—. ¡Recetas secretas! ¡Eremitas en la montaña! Juramentos para vincular el conocimiento a la sangre. Es como una ópera popular de la vida real.

Widi asintió.

—Verdaderamente, es una historia dramática. En las montañas Damu hay un santuario dedicado al espíritu de Suda Mu, y los grandes

chefs y restauradores continúan peregrinando hasta allí para rezar, en busca de la bendición del maestro. No obstante, los descendientes de Suda Mu siguen viviendo en aislamiento, y aunque muchos reyes y nobles intentaron persuadirles de salir de su retiro y cocinar para ellos, nadie lo consiguió. Al final, la gente se dio por vencida.

—Pero ahora los Huto han logrado de algún modo seducir al descendiente de séptima generación del gran chef y conseguir que trabaje para ellos —dijo Kinri, entendiendo por fin—. Supongo que esa es la razón por la que el chef Ézugo estaba aterrorizado.

Los cuatro miembros de la Banda de las Flores asintieron al unísono. Widi dijo:

—No le culpo por ello. Imaginad lo que supone enfrentarse al descendiente del afamado creador de Tempestuosa Dara, ¡al único que conoce sus secretos! Debe ser como si un espadachín se enterase de que está a punto de batirse en duelo con un guerrero que ha sido entrenado personalmente por el hegemón.

—Pero ¿quién dice que porque lleve el nombre de Mu tenga que ser un buen cocinero? —preguntó Diente de León—. He conocido… casos así. Es muy opresivo vivir así.

—Bueno, se dice que una cruben engendra una cruben, un dyran engendra un dyran, y la hija de un pulpo puede romper ocho ostras al mismo tiempo —dijo Widi—. Si tomamos en cuenta que los descendientes de Suda Mu no tienen otra cosa que hacer, allí en las montañas, más que practicar las recetas transmitidas de generación en generación, imagino que todos están muy cualificados. Aunque nadie ha visto al tal Mozo Mu, corren rumores de que la familia Mu le considera el chef más brillante desde Suda Mu. Incluso si no llega a la altura de su ilustre predecesor, al menos será bastante bueno reproduciendo los platos legendarios.

—Yo no me creo esa teoría —dijo Diente de León—. Las habilidades no se transmiten solo por sangre. No sirve de nada asustarse tanto por una reputación sin poner a prueba su fundamento.

—Ah, entonces crees a pies juntillas en eso de «pesar el pescado» —dijo Widi—. Creo que nos vamos a llevar muy bien.

Diente de León se echó a reír. Había oído a Zomi esa expresión más de una vez. Era un gusto escuchar una frase tan familiar en boca de desconocidos.

—Pero ¿cómo pesamos el pescado en este caso? —preguntó—. El Cofre del Tesoro no ha abierto todavía, así que no podemos juzgar por nosotros mismos la cocina de Mozo Mu.

A ninguno le sorprendió el uso de la primera persona del plural. Sin haber pensado en ello, la Banda de las Flores y Kinri ya la estaban

tratando como uno de ellos.

—Planteas una cuestión interesante —dijo Widi—. Pero puede haber más de una manera de pescar un pez…

—No sé de qué estáis hablando —dijo Kinri, perdiendo la paciencia con toda esa charla sobre pesca—. Pero yo no voy a quedarme sentado y esperar mientras mis amigos y benefactores de La Espléndida Jarra se apuran y se preocupan por espejismos. Voy a colarme en El Cofre del Tesoro y averiguar lo que planean cocinar para el concurso.

Los demás cruzaron miradas.

—Ah… ¿y cómo piensas hacer eso? —preguntó Widi cautelosamente.

—Todavía no lo sé —dijo Kinri rascándose la cabeza—. Simplemente pensaba ir al restaurante y luego planear el siguiente paso.

—¿Siempre eres tan impulsivo? —preguntó Arona—. Sabrás que los Huto habrán previsto cómo evitar que alguien de La Espléndida Jarra les espíe. Son una de las familias más ricas de las islas y estoy segura de que habrán contratado a un montón de mercenarios para guardar sus secretos.

—Las cosas se resolverán. Cuando salté para agarrar las riendas de ese caballo asustado tampoco sabía lo que haría a continuación.

Mota sonrió, y Widi, Arona y Rati se echaron a reír.

—Me caes bien, jovencito —dijo Rati, tamborileando con los dedos sobre los brazos de la silla de ruedas con determinación—. Creo que iremos contigo y te ayudaremos.

—¿De verdad? ¡Entonces estaréis salvando a La Jarra por segunda vez! No sé cómo agradecéroslo.

—No nos lo agradezcas hasta que tengamos éxito. Además, ¿cómo perder la oportunidad de aprender las recetas secretas del chef más brillante de la historia? Quienes tenemos sed de conocimiento no nos lo perderíamos por nada del mundo.

—¡Ey, no os olvidéis de mí! —dijo Diente de León. Como sus hermanos mayores solían dejarla en palacio cuando salían a hurtadillas para divertirse, ella se mostraba muy suspicaz ante la posibilidad de que la excluyeran.

—Mmm, no creo que la gran señora aprobara esto… —empezó a decir Kinri. No creía que fuese una buena idea incorporar a la hija de una poderosa familia a la que incluso la viuda Wasu parecía tratar con deferencia. Además, no quería exponerla a ninguna situación de peligro, aunque qué peligro podía tener ir a un restaurante…

—No discutas conmigo —dijo Diente de León imperiosamente, retomando su acento cortesano—. No voy a dejar que se me escape

otra aventura sin tomar parte en ella.

Todo Ginpen comentaba la noticia del certamen entre el clan Huto y el clan Wasu por el título de Mejor Restaurante de Ginpen. Estaban en juego el honor y el beneficio.

A medida que crecían sus éxitos comerciales, Tiphan Huto pensó en ampliar sus actividades a nuevas líneas de negocio, tanto para afianzar su reputación como líder de la siguiente generación del clan como para tener una manera de blanquear los crecientes beneficios aportados por su ilícita colaboración con los piratas.

Se decidió por la apertura de un restaurante en Ginpen. En esta cultivada ciudad, los restaurantes de clase alta no solo eran muy rentables, sino que además servían de lugar de encuentro para la élite. En los buenos restaurantes, funcionarios y eruditos recibían a amigos, potenciales aliados políticos y socios comerciales. Estaba seguro de que la información que flotaba por encima de las conversaciones de los clientes sería de gran ayuda, tanto para él como para sus socios piratas.

Su primera idea había sido arruinar la reputación de La Espléndida Jarra antes de la gran inauguración de El Cofre del Tesoro, para crear un vacío que su restaurante podría ocupar. Desgraciadamente, la Banda de las Flores había estropeado ese plan.

No tenía importancia. Mediante un relato juicioso y selectivo de su experiencia en La Espléndida Jarra, Tiphan Huto se las arregló para convencer a los ancianos del clan Huto de que lo ocurrido no solo era una ofensa personal, sino un intento de engreídos arribistas de Zudi de desafiar la supremacía de una de las familias tradicionales más antiguas de todas las islas. Solo había una posible respuesta: machacar a la viuda Wasu en uno de sus mejores negocios.

Y con Mozo Mu como chef de El Cofre del Tesoro, la victoria estaba asegurada.

Tiphan Huto se rio para sus adentros admirando su propia osadía. El Cofre del Tesoro, que olía a pintura fresca y serrín, estaba lleno de trabajadores y criados afanándose por tener todo listo para la gran apertura. Salió pavoneándose del edificio con la intención de regalarse una velada en la mejor casa índigo de Ginpen.

¡Cómo iba a disfrutar viendo a la viuda Wasu y sus arrogantes sirvientes arrastrarse clamando piedad!

—Así que esa es nuestra competencia —dijo Kinri.

El Cofre del Tesoro era una torre de cinco plantas con amplios tejados y galerías abiertas. De abajo arriba, los bajorrelieves de los frisos exteriores de las primeras cuatro plantas estaban dedicados a

cada uno de los cuatro elementos. La planta baja representaba el reino del fuego, repleto de feroces demonios y pájaros de fuego con dientes, además de topos y gusanos mordisqueando vetas de oro y plata; la segunda planta era el reino del agua, donde peces, ballenas, cangrejos y gambas hacían la guerra desde baluartes de coral sobre cofres rebosantes de tesoros; la tercera parte era el reino de la tierra, llena de pacíficos bosquecillos de bambú y ramas cargadas de orquídeas habitadas por coloridos pájaros cantores y tiernas criaturas peludas; la cuarta planta era el reino del aire, y allí los gansos salvajes y los halcones mingén realizaban intrincados vuelos que presagiaban buena fortuna y salud para los comensales.

En la planta superior, el friso mostraba a inmortales cenando en palacios fantásticos entre las nubes y la luna. Allí era donde los clientes más importantes celebrarían sus banquetes y reservarían aposentos privados para entretener a sus invitados con música, danza, fiestas de acertijos y charadas. En cada esquina del amplio tejado se erguía la estatua de un antiguo sabio anu: Kon Fiji impartiendo lecciones sobre un carruaje abierto, Ra Oji montado en su búfalo de agua, Poti Maji redactando un libro con un estilete y un bloque de cera, y Aruanu, el legislador, dibujando un mapa con una espada.

Una gran multitud se congregaba en la calle, admirando el edificio.

—¡Creo que esas vetas están hechas con auténtico oro y plata!

—¿Son perlas lo que hay en el centro de las orquídeas?

—¡Por Tazu! Aquel coral debe de ser auténtico.

—…

—Bueno, hay que reconocer que los Huto saben cómo construir un templo a la extravagancia —dijo Rati Yera, inclinándose hacia delante en su silla de ruedas—. Me siento más rica solo con mirarlo.

—Puedo entender que alguien elija este lugar para dar un banquete, y no La Espléndida Jarra —dijo Widi.

Kinri parecía un tanto alicaído.

—Es algo de mal gusto, en mi opinión —dijo Diente de León arrugando la nariz.

Kinri le dedicó una sonrisa agradecida, pero ella no le estaba mirando. Se reprendió a sí mismo por no centrarse en la tarea que les había llevado hasta allí. *¿Qué es lo que me pasa?*

—Vamos a averiguar cómo entrar al interior —dijo Kinri—. Todavía no está abierto para los negocios, así que no podemos fingir que somos clientes.

De hecho, tanto las puertas como las ventanas de la torre estaban cerradas y era imposible ver el interior.

—Parece que por ahí es por donde entran los suministros —dijo

Arona, señalando la parte de atrás.

Detrás de la torre había un patio cerrado, donde presumiblemente se localizaban los establos, la cocina y los alojamientos para los directores y el personal. El muro tenía una puerta por la que pasaba un río continuo de carretas de bueyes cargadas hasta arriba de productos.

—Están muy atentos a la seguridad del lugar —dijo Widi.

Todos los carros iban cubiertos de grandes lonas que imposibilitaban saber cuál era la carga. Los guardias de la puerta pedían a los cocheros los documentos y levantaban las lonas para examinar los víveres antes de dejarlos pasar.

—¿No hay forma de entrar, entonces? —preguntó Kinri. La cosa iba a ser más difícil de lo que esperaba.

—Créenos, no hay bóveda ni fortaleza que pueda detener a la Banda de las Flores —presumió Widi.

—Y menos cuando hay deliciosa comida dentro —dijo Diente de León—. Te he visto tragar saliva al menos tres veces en el último minuto. A lo mejor puedes abrirte un hueco a mordiscos, como las termitas.

Arona contuvo una risilla al ver a Widi lastimado.

—Han construido este sitio a toda velocidad —dijo Kinri, cada vez más interesado por la maquinaria y la forma de construir dara—. Me pregunto cómo lo han hecho.

—Si estás dispuesto a pagar para resolver un problema, la mayoría de las veces deja de serlo —dijo Rati—. Solo espero que no escatimaran en medios. Toda esa pintura y ese pan de oro no servirán para nada si la estructura está carcomida.

—¡Esperad! —dijo Kinri—. ¡Tengo una idea!

Todo el grupo le rodeó y Kinri explicó su plan.

—Mira a este —dijo Diente de León—. Pensaba que eras el tipo más honesto del mundo, pero esa idea es de lo más tramposa… —su tono de admiración, sin embargo, desmentía sus palabras censoras.

—Cuando estás tratando con un hombre como Tiphan Huto —dijo Arona con una sonrisa— hacer trampas es honesto. Ese tipo ya ha estado estudiando La Espléndida Jarra, así que no deja de ser justo que nosotros espiemos El Cofre del Tesoro.

—Creo que esto puede funcionar —dijo Widi—. Pero necesitamos prepararlo bien y… algo de dinero.

—Puedo compraros lo que necesitéis —dijo Diente de León—. ¡Esto va a ser divertido!

Los guardias que vigilaban la puerta del recinto de El Cofre del Tesoro observaron con interés el lujoso palanquín parado junto a la cola de

carretas de bueyes que esperaban a ser inspeccionadas.

Un *toko dawiji* que caminaba junto al palanquín abrió la cortina y se inclinó respetuosamente mientras un sirviente y una criada ayudaban a la funcionaria del gobierno a salir del palanquín y la sentaban sobre una silla de ruedas.

—¡Banquetes, banquetes! Lo único que he hecho cada día desde que llegué a Ginpen es asistir a banquetes. Al menos el joven Kita parece saber lo que hace… —murmuró la funcionaria, una septuagenaria mujer de aspecto distinguido.

Los atentos guardias se miraron entre sí. ¿Estaría la anciana hablando de Archon Kita Thu, el director de los laboratorios imperiales de Ginpen? Por su tono, parecía que Kita Thu tenía un rango muy inferior comparado con el suyo. Si así fuera, debía de ser una persona realmente importante.

Una joven que había llegado caminando junto al palanquín —probablemente una funcionaria de alto rango, a juzgar por su lujoso vestido de seda muaré y el estilete de mango de jade de su cinturón— se aproximó a los guardias, con el *toko dawiji* dos pasos por detrás, con la cabeza inclinada hacia ella en un gesto de sumisión. Sin prestar ninguna atención a la larga cola de carros, ambos se abrieron paso ante al cochero que estaba a punto de mostrar sus papeles a los guardias.

—¿Tenéis las cláusulas de la inspección? —preguntó la joven funcionaria. Por su acento nítido y cortesano, los guardias supusieron que se trataba de una señora de noble cuna de Pan, o que al menos había pasado mucho tiempo en la corte para adquirir el dialecto de prestigio. Su actitud imperiosa podía responder a cualquiera de las dos opciones.

—¿Qué inspección? —preguntó uno de los guardias, desconcertado.

Todavía estaba poco habituado a tratar con mujeres funcionarias o administrativas. La noble Haan, que tanto reverenciaba el conocimiento, se había resistido durante mucho tiempo a que las mujeres entraran a formar parte del servicio civil. Aunque tradicionalmente las hijas de Haan también aprendían a leer a los clásicos anu y a componer ideogramas, el propósito de dicha educación era dotarlas de recursos para poder mantener una buena conversación durante el cortejo y darles medios para ayudar a sus maridos en el desempeño posterior de sus carreras, no para que pudieran acceder a cargos oficiales o dirigir negocios ellas mismas.

Pero eso no significaba que los nativos de Haan no contaran con magistradas y mujeres burócratas de otros lugares. La emperatriz Jia había continuado la tradición iniciada por Mapidéré de enviar por

toda Dara a los funcionarios cualificados para el servicio civil tras aprobar los exámenes imperiales, con independencia de su lugar de origen. Con ello no solo se evitaba la clase de corrupción y resistencia al gobierno central que se producía al depender de las élites y los nobles locales para gobernar cada región, sino que además se promovía entre los intelectuales el sentimiento de pertenencia a una única élite de ámbito imperial. Magistrados y otros funcionarios eran trasladados con frecuencia de un extremo a otro del imperio para evitar que formaran facciones y echaran raíces entre la nobleza local. La emperatriz y el primer ministro Cogo Yelu hablaban a menudo de una burocracia ideal que funcionara con eficacia basada en los roles desempeñados dentro del sistema, y no en quién ocupa determinado puesto en ese momento.

—¿No recordáis que el magistrado Zuda os dijo que llegaría una inspección de la comisaria del circuito Suti? —preguntó con impaciencia la joven funcionaria. Cuando los guardias respondieron con miradas vacías, ella les lanzó una mirada fulminante—. ¿Tenéis al menos los informes de idoneidad? No me digáis que no tenéis nada preparado… ¿Qué habéis hecho esta última semana? ¿Dónde está Tiphan Huto? Va a tener que responder por esto…

Los guardias parecían pollos esquivando el granizo bajo su batería de preguntas. Era evidente que esa mujer estaba acostumbrada a que la obedecieran. Si el suelo se hubiera abierto en esos momentos y presentara una grieta lo suficientemente ancha, se habrían metido en ella gustosamente con el fin de desaparecer.

El *toko dawiji,* claramente un burócrata de menor rango, se aproximó tímidamente.

—Ayudante de la comisaria del circuito Dadéluon, por favor, no permitáis que el pequeño error de unos incompetentes disturbe vuestra muy sagaz serenidad. ¿Me permitís hablar con estos simples sirvientes?

La joven funcionaria carraspeó, abanicó abruptamente el aire con sus mangas en un gesto de desdén y se volvió hacia la funcionaria superior en la silla de ruedas. Las dos mujeres hablaron algo entre susurros sacudiendo la cabeza de vez en cuando mientras miraban desdeñosamente El Cofre del Tesoro.

El *toko dawiji* se volvió hacia los guardias, mostrando una sonrisa benévola en el rostro.

—Señores, aquí todos intentamos hacer nuestro trabajo, ¿no es así? Sé que esto no es culpa vuestra. Mi nombre es Diwi, y sabed que estamos en el mismo barco. Como uno de los oficiales de menor rango del magistrado Zuda, se me ha asignado la tarea de atender a la

comisaria del circuito —adoptó una mirada sufrida y se secó el sudor de la frente. Luego murmuró—: Entre nosotros, está siendo duro.

Los guardias sintieron al instante una sensación de camaradería con este Diwi. A diferencia de la ayudante de la comisaria del circuito, que probablemente era de alta alcurnia y superior educación e incapaz de comprender las dificultades de los plebeyos, el funcionario de enlace entendía lo que suponía ser un trabajador dependiente de los caprichos de sus superiores a cambio de un salario mensual. Tomando en cuenta que Diwi ya había cumplido los cuarenta y seguía trabajando como funcionario menor, era obvio que estaba atascado en una posición sin posibilidad de ascenso e intentaba sobrevivir día a día sin protestar.

—Imagino que ninguna de esas dos son gatas fáciles de domesticar —dijo uno de los guardias, compasivo, señalando con su barbilla a la comisaria del circuito y su ayudante.

—Bien lo sabes —dijo Diwi—. Acaban de llegar de Pan, pidiendo esto y lo otro al magistrado como si fueran pequeñas emperatrices. Tienen la misión de inspeccionar los establecimientos locales más destacados para asegurar que cumplen con la normativa imperial relativa a la prevención de incendios, seguridad alimentaria, adecuado alcantarillado e higiene, y todo lo demás.

Los guardias echaron una mirada a la anciana funcionaria de la silla de ruedas y observaron que su túnica estaba sutilmente bordada con estilizadas balanzas y peces. Ahora empezaban a entender todo. Era una clarividente.

La principal innovación introducida por la emperatriz Jia en el sistema burocrático de todas las islas durante su tiempo como regente había sido el sistema de comisarios de circuito. Por lo general, estos eran funcionarios menores seleccionados entre los miembros del Colegio de Abogados que eran enviados a las distintas islas para recorrer determinado circuito, inspeccionando la manera en que los funcionarios locales implementaban los decretos imperiales.

Zomi Kidosu, que también había sido formada como abogada, había convencido a la emperatriz de que no se podía confiar en que la burocracia se controlara a sí misma. Puesto que la principal responsabilidad de los abogados era criticar los anteproyectos políticos en los tribunales para descubrir posibles deficiencias antes de su implementación, era natural extender esa obligación a la fase posterior a su puesta en marcha. Dado que sus posibilidades de ascenso estaban directamente ligadas a la cantidad de fallos que podían encontrar en los funcionarios locales, debían su autoridad y su lealtad directamente al trono y no a la enmarañada red de influencia y

poder formada por magistrados, gobernadores y personal subordinado. Su objetivo era promover la transparencia en el inmenso aparato burocrático.

Jia, claro está, se dio cuenta de que la propuesta de Zomi iba en parte dirigida contra Cogo Yelu. Como cabeza de la burocracia imperial, Cogo tenía un gran poder, y su negativa a respaldar las presiones de Phyro para la guerra irritaban tanto a Zomi como a Phyro. Aun así, Jia creía positiva la existencia de una razonable cantidad de competencia y mutuo recelo entre sus más altos servidores, siempre que esa rivalidad promoviera una mejor gobernanza.

A fin de cuentas, la emperatriz Jia tenía el hábito de citar el adagio atribuido al incentivista Lügo Crupo, *Sétolu pha, mocru co sétolu ça ago i ruüré cruthé i rucrudaéthu ingro ki thiéfi i dorathalo rofi ki nafé gipifi ki cathunésmoa,* o, dicho en la lengua vernácula, «un servidor solo será honesto cuando a otro servidor le resulte provechoso atraparlo en una mentira». Este principio había terminado de convencer a la emperatriz de reintroducir la profesión de abogado a sueldo, para dar al pueblo común un modo de combatir los abusos de poder y la corrupción de los funcionarios.

Pero los abogados, de rango relativamente menor y faltos de experiencia con las muchas triquiñuelas que los burócratas habían desarrollado a lo largo de los siglos para promover su propio interés, no podían sacar a la luz todos los casos de corrupción. Por esa razón, Zomi sugirió a Jia que nombrara, de vez en cuando, comisarios de circuito especiales seleccionados entre las filas de los clarividentes. Estos espías profesionales poseían una capacidad de investigación y una autoridad mucho mayor para imponer castigos a los burócratas descarriados, y su mera mención era suficiente para helar la sangre de muchos magistrados.

—El magistrado Zuda debería haber notificado a vuestro patrón hace una semana que iba a recibir una inspección —dijo Diwi.

—Juro por todas las joyas del Señor Tazu que no sabemos nada de una inspección —dijo uno de los guardias—. Lo único que sabemos es que el patrón Huto nos dijo que no autorizáramos la entrada a nadie que no estuviera en la lista aprobada y cuya carga fuera exactamente la que constaba en dicha lista.

—¿Puedes llamar al señor Huto?

—Lo haría, pero ha salido.

—Eso es muy desafortunado —dijo Diwi, volviendo a secarse el sudor de la frente y esforzándose para que no le temblara la voz—. Debe haberse producido una equivocación en alguna parte, pero ahora

que la comisaria del circuito está aquí, tenemos que realizar la inspección —Diwi bajó la voz aún más—. Por el bien de nuestros dos jefes.

Los guardias volvieron a examinar la delegación considerando la nueva información. La criada y el sirviente que empujaba la silla de ruedas de la comisaria del circuito eran claramente personas contratadas localmente para ayudar. Además de la comisaria del circuito Suti, de la arrogante ayudante de la comisaria, Dadéluon, y del nervioso Diwi, el único miembro restante de la delegación digno de mención era un fornido hombre joven que todavía no había abierto la boca. Debía de ser el guardaespaldas y ejecutor —probablemente otro clarividente con autorización para aplicar técnicas extraordinarias de interrogatorio (que se rumoreaba seguían siendo legales para los temidos clarividentes) a cualquiera que se interpusiera en el camino de la comisaria del circuito.

Escuchando entre líneas a Diwi, los guardias comprendieron que el magistrado Zuda debía estar sometido a una gran presión, lo que significaba que esperaba que su patrón, Tiphan Huto, le guardara las espaldas y asegurara a estos inspectores de la capital que no se producían infracciones al reglamento en El Cofre del Tesoro, el proyecto privado de construcción más grande aprobado por dicho magistrado.

Los guardias maldijeron para sus adentros que Tiphan hubiera escogido este momento para ausentarse.

—¿Crees que el patrón lo entenderá? —susurró uno de los guardias a su compañero. Este asintió:

—Solo estamos tratando de ayudarlo.

Loa guardias gritaron a los cocheros de las carretas que se retiraran, hicieron una profunda reverencia a la comisaria del circuito Suti y la invitaron a entrar en el recinto junto con su séquito y a sentirse como en su propia casa.

—Yo diría que esa actuación no ha estado nada mal —dijo Diente de León, la nariz dirigida hacia arriba con orgullo—. ¿Habéis visto lo nerviosos que se ponían esos guardias con mis palabras? Me inventé una historia para Dadéluon y todo lo demás.

Uno de los guardias salió corriendo para dar la noticia de que El Cofre del Tesoro iba a ser sometido a una inspección sorpresa para comprobar si cumplía con el reglamento. Mientras «la comisaria del circuito Suti» y su delegación esperaban al gerente en el patio, sirvientes y criadas corrían de un lado a otro en medio de un caos a duras penas contenido.

—Si tenemos en cuenta que el papel que representabas se parece

mucho a ti, yo diría que simplemente no ha estado mal —dijo Arona en un tono burlón pero amistoso.

—No le quites mérito —dijo Rati Yera—. Yo no tengo ni idea de cómo hacerme la importante, así que tenemos suerte de que sea ella la que más ha hablado.

Diente de León sonrió satisfecha.

—Creo que tenéis que nombrarme miembro oficial de la Banda de las Flores.

—¿Y eso? —preguntó Arona.

—Bueno… ¡mi nombre es Diente de León! Todos vosotros tenéis un apodo genial de una planta, así que encajo a la perfección.

—No está tan claro —dijo Arona—. Nuestro juramento de corazón no se basa solo en que tengamos «apodos» temáticos, sino en que compartimos ideales similares —anteriormente le había explicado brevemente a Diente de León por qué se llamaban la Banda de las Flores, sin entrar en detalles de lo que cada uno quería.

—Soy muy perspicaz, ¿sabes? —dijo Diente de León—. Puedo suponer cuáles son vuestros ideales.

—Esto tengo que oírlo —dijo Widi.

Diente de León adoptó un semblante serio.

—Bueno, la señora Yera es Bambú, porque los bambúes son flexibles y útiles en la construcción de todo tipo de maquinaria.

Rati Yera soltó una risita.

—No está mal.

Diente de León se giró hacia Arona.

—Tú eres Cártamo porque… mmm… el aceite de cártamo es bueno para la piel, y sus flores secas se utilizan para hacer colorete y carmín…

—¡Esa no es la razón por la que valoro el cártamo! Es porque se me dan bien los disfraces y…

Pero Diente de León no aceptó que la interrumpiera.

—Ese hombre que nunca habla es Pino, porque es realmente fuerte y… y siempre se mantiene recto y derecho, como un soldado…

Mota Kiphi sonrió y no dijo nada.

—¿Y qué hay de mí? —dijo Widi sonriendo.

—¡Tú! Bueno, tú eres Orquídea porque… las flores de orquídea tienen ese pétalo colgante, parecido a una lengua, y a ti se te da bien mover la lengua, tanto para comer como para hablar.

Widi echó a reír.

—Nunca lo había visto de esa manera, pero me gusta bastante tu explicación.

—Y yo soy un rayo de sol, lo mismo que mi tocaya —dijo Diente de

León—. Así que, ya lo veis, encajo perfectamente en la temática.

—Oh, señora Kana, echadme una mano —dijo Arona—. Eres insufrible. No puedes ser nuestra hermana de corazón, pero no puedo evitar que nos sigas a todas partes. Supongo que eres como el yerbajo que te da nombre: es imposible deshacerse de ti.

—Entonces, ¿soy miembro de la Banda de las Flores *ampliada*? —preguntó Diente de León.

Rati, Mota y Widi asintieron con la cabeza, riendo, y tras un momento Arona hizo lo propio.

—¡Ey!, ¿y qué hay de mí? —preguntó Kinri.

—Por supuesto que eres un miembro de la banda ampliada —dijo Rati—. Hemos venido aquí para ayudarte, ¿no?

—¿No necesito también un nombre de flor?

Por alguna razón, todos se giraron mirando a Diente de León.

—¡¿Él?! —Diente de León, aparentemente un poco disgustada todavía por el comentario sobre la «telaraña que despide fuego», miró críticamente a Kinri. Luego se le iluminaron los ojos—. Ya que eres tan torpe y desgarbado, serás… *Thasé-teki.*

Arona soltó una carcajada e incluso Widi y Mota sonrieron. Rati, siempre protectora, dijo:

—Eso es mezquino, Diente de León.

La *thasé-taki,* comúnmente conocida como «hierba de la oruga», nacía de una clase de oruga que vivía bajo tierra. Cuando era infectada por un hongo, este extendía su micelio por todo el cuerpo del huésped hasta matarlo, al anquilosarse formando un duro revestimiento interno. Luego, a partir de la oruga muerta, se desarrollaba un estroma que brotaba sobre la superficie del suelo en primavera, formando un tallo larguirucho, similar a la hierba. Aunque útil en medicina, no era una «flor» muy bonita.

—¡Ey, no os fijéis solo en la apariencia! —dijo Diente de León—. La hierba de la oruga puede parecer sencilla y tener sabor amargo, pero está llena de propiedades que proporcionan alivio a los enfermos. Puede que nuestro *Thasé-teki* sea lo opuesto a la belleza y la elocuencia, pero fue su idea la que nos trajo hasta aquí.

Kinri se sonrojó, dividido entre la vergüenza y el orgullo. ¿Diente de León se burlaba de él o lo estaba halagando? ¿O un poco las dos cosas?

—Menos mal que Tiphan Huto no andaba por aquí —murmuró Kinri—. Hemos tenido suerte.

—Bah —dijo Widi intentando cambiar de tema para que Kinri no se sintiera incómodo—. La suerte no tiene nada que ver con esto. Aunque hubiera estado por aquí, habría conseguido que nos invitara a té. Lo

único que me gusta más que la comida es hablar de normas y reglamentos.

Kinri se había inspirado en los inspectores de cocina del magistrado Zuda, que visitaban mensualmente La Espléndida Jarra para comprobar si el restaurante tenía suficientes cisternas llenas de agua y cubos de arena a mano y si las escaleras y los corredores estaban libres de obstáculos. El primer ministro Cogo Yelu había promulgado toda una serie de reglas para los establecimientos públicos susceptibles de albergar a muchas personas, como restaurantes, posadas, casas índigo, salas de juego y demás, con el fin de garantizar la seguridad de los clientes y prevenir desastrosos incendios en las ciudades —aunque muchos propietarios de negocios se quejaban de que las inspecciones constantes no eran sino una excusa para contratar a más funcionarios y garantizar el cumplimiento de las ordenanzas fiscales. Widi había tomado la idea de Kinri y la había desarrollado hasta urdir esta elaborada trampa.

—El hecho de haber venido como una delegación de la comisaria del circuito en lugar de colarnos nos proporciona muchas ventajas —dijo Widi—. Básicamente podemos mirar todo lo que queramos sin que nos lo impidan.

—De todas formas, es arriesgado —dijo Kinri—. Tiphan te ha visto a ti, a mí y a Arona…

—Mírate en un espejo. Dudo que ni siquiera tu madre te reconociera. Tienes que confiar en la destreza de Arona como maquilladora.

Kinri miró a todos a su alrededor —ya pensaba en ellos como la Banda de las Flores ampliada— y tuvo que admitir que Widi tenía razón. No habría reconocido a ninguno.

Por fin, un gerente llamado Giphi salió del propio restaurante para saludarlos, lleno de disculpas por haberles hecho esperar y haciendo reverencias a cada palabra. ¡Era todo un honor que la comisaria del circuito se dignara a inspeccionar su humilde establecimiento! ¡La dirección sentía enormemente la confusión que se había producido en la puerta! El Cofre del Tesoro estaba casi listo para su apertura al público, tal vez la próxima semana incluso, tras el concurso con La Espléndida Jarra.

—¿Ah, sí? —Diente de León reaccionó ante la mención del concurso—. Oí algo al respecto. La Espléndida Jarra ha sido considerado durante años como el mejor restaurante de Ginpen. ¿Estáis seguros de que podréis ganarles?

—Honorables comisaria del circuito y ayudante, no quiero parecer presuntuoso, pero nuestro patrón se ha preparado bien. Al fin y al

cabo, los Wasu han ganado importancia en las últimas décadas, mientras que los Huto llevan generaciones acumulando riqueza y contactos. El resultado de la competición, como la espada del hegemón, no ofrece duda. Solo es una manera de despertar un mayor interés en nuestra gran inauguración. ¡Si vuestras excelencias siguen por aquí la próxima semana, deberíais ser jueces en la competición!

La «comisaria del circuito Suti» y la «asistente de la comisaria del circuito Dadéluon» pronunciaron algunos sonidos evasivos mientras Mota empujaba la silla de ruedas hasta el interior del restaurante.

Giphi señaló con satisfacción a las inspectoras las características únicas de la primera planta del restaurante. Como el tema genérico de esa planta era el reino del fuego, la mayor parte de las mesas contaban con un brasero de carbón en el centro para asar carnes y verduras o preparar pucheros allí mismo. Los pucheros y los asados siempre habían sido populares en Rima y Faça, y la llegada de refugiados de Dara Irredenta los habían hecho aún más populares, ya que la parrilla era el estilo de cocina favorito de los lyucu, y las historias contadas por los refugiados sobre los festines lyucu habían avivado la curiosidad de la gente. Los pucheros y las bandejas con surtidos de asado eran relativamente asequibles para grandes grupos y la mejor elección para las familias de clase media que querían cenar fuera en un lugar exclusivo.

Las mesas de madera de argán y las esteras de bambú trenzado para sentarse habrían sido funcionales y atractivas si no fuera porque estaban todas pintadas en tonos dorados. Combinadas con los candelabros con incrustaciones de falsos rubíes y esmeraldas, el efecto era bastante estridente.

—Comer aquí me produciría dolor de cabeza —musitó Arona—. Me siento como si estuviera en el interior del nido de una urraca.

—Creo que quienquiera que diseñó esto se tomó demasiado literalmente el nombre del restaurante —musitó Diente de León.

Kinri movió la cabeza, asombrado. Algunos de los thanes lyucu de su antiguo hogar habían decorado sus casas de manera similar, y Nazu Tei le había enseñado que ese tipo de ostentación no se consideraba «elegante» —aunque era de lo más apropiada para un tipo como Tiphan Huto.

—La mayor parte de estos objetos proceden de las antiguas forjas de Rima —dijo Giphi, señalando los martillos, mordazas, tenazas y otras herramientas del oficio de herrero que colgaban en las paredes como decoración. La llegada de hornos más avanzados capaces de producir acero dejó obsoletas muchas viejas herrerías y Tiphan Huto había adquirido esos instrumentos a precio de chatarra para añadir un

toque de encanto rústico al lugar, lo que, de nuevo, habría sido una buena idea si las herramientas no hubieran estado todas pintadas de reluciente oro.

—¿Cuántos sacos de arena hay almacenados en cada planta para el control de incendios? —preguntó Diente de León con un tono superior y oficioso.

—Eeeh, dejadme pensar… Aquí, en la primera planta, tenemos cuatro sacos.

—¿Qué? —las cejas de Diente de León se arquearon de repente (intentaba imitar al príncipe Gimoto, su inspiración para el papel de «Dadéluon»)—. ¿No recordáis lo que ocurrió aquí durante la batalla de Ginpen? ¿No tenéis ningún respeto por las amonestaciones de Kon Fiji respecto a prepararse para el futuro con un ojo puesto en la historia?

Durante dicha batalla, hace años, los lyucu atacaron la ciudad con fuego garinafin y, aunque la mayor parte de los residentes escaparon ilesos gracias a la orden de evacuarla o de refugiarse en los búnkeres subterráneos, las llamas se extendieron por media ciudad a causa de la deficiente construcción y la falta de medidas de prevención contra incendios. Por esta razón, las autoridades de Ginpen vigilaban especialmente las infracciones al reglamento antincendios.

—La reglamentación imperial exige tener a mano, como mínimo, un saco de arena por cada veinte comensales —dijo Widi—. Y si consideramos que tenéis la intención de utilizar fuegos abiertos en el comedor, deberíais incrementar esa cantidad. La extinción de incendios no debe descuidarse.

—Si pretendéis convertiros en el mejor restaurante de Ginpen —dijo Diente de León, con el ceño fruncido por la preocupación— debéis tomaros más en serio las obligaciones que implica ser un modelo y sentar ejemplo para los demás restaurantes de esta ciudad del conocimiento. ¡Tenéis que cumplir con el reglamento hasta cada raíz semántica y cada glifo de inflexión!

—¡Por supuesto, por supuesto! Pondré remedio inmediatamente —prometió Giphi.

—Llévanos arriba —dijo Diente de León—. Veamos qué otras reglas de seguridad se han infringido. De momento, esto no va bien, no va nada bien, ¿entiendes?

Giphi hizo varias reverencias y mostró las escaleras a la delegación. Se detuvo cuando miró la silla de ruedas de Rati.

—Mmm… la honorable comisaria del circuito…

—¿No habéis instalado un ascensor? —preguntó Rati.

La secretaria de clarividencia Zomi Kidosu, que necesitó durante un tiempo un soporte ortopédico en la pierna para poder moverse, había

presionado a la emperatriz para que emitiera una proclamación que exigiera a todos los negocios de cierta envergadura abiertos al público la instalación de facilidades para los clientes con limitaciones de movilidad. A diferencia de otras de las propuestas de reforma más radicales de Zomi, esta medida en concreto había contado con el respaldo de la mayor parte de los eruditos moralistas, al estar en línea con el respeto debido a los ancianos —que muchas veces necesitaban sillas de ruedas u otro tipo de asistencia para moverse— y al gran número de veteranos de guerra que habían perdido algún miembro durante las guerras de las últimas décadas.

—Si a vuestra excelencia no le parece mal, podríamos usar el montaplatos de atrás…

—¡No estarás sugiriendo que vuestros clientes vayan de un piso a otro como si fueran platos de comida! —le reprendió Diente de León —. ¿Es así como pretendéis satisfacer vuestras obligaciones reglamentarias? Creo que tendré que mencionar algunas cosillas al magistrado Zuda…

—Muy perspicaz y compasiva asistente de la comisaria del circuito Dadéluon —interrumpió Widi—. Estoy seguro de que el gerente Giphi lanzó esa sugerencia solo porque la construcción del restaurante no ha finalizado todavía. Probablemente está previsto contar con un ascensor adecuado, ¿verdad?

Giphi se secó el sudor de la frente.

—¡Sí, sí, claro! El señor Diwi tiene toda la razón. Tenemos previsto un ascensor de lo más cómodo para aquellos clientes que no deseen usar las escaleras. —A pesar de sus animosos esfuerzos, no pudo disimular el horror por tener que explicar a su jefe que tendrían que retrasar la apertura del restaurante con el fin de incorporar ascensores.

—Mientras tanto, menos mal que he traído un buen ayudante — dijo Rati Yera. Hizo un gesto a Mota Kiphi, quien se agachó, la levantó con facilidad y comenzó a subir las escaleras hasta la segunda planta, mientras Arona y Kinri plegaban la silla y la cargaban hasta arriba.

—¡Vamos! —dijo Diente de León a Giphi—. ¡No pierdas el tiempo! No tenemos todo el día.

Giphi ahogó un suspiro y subió corriendo las escaleras, obediente. Solo esperaba no haber perdido el empleo al final del día.

Tras concluir la inspección del propio restaurante, Giphi tenía una larga lista de cambios que El Cofre del Tesoro debía realizar antes de su apertura. Solo con pensar que tenía que plantear todas esas demandas a Tiphan Huto, su corazón palpitaba aterrorizado. Pero su calvario no había terminado aún.

—Ahora tenemos que inspeccionar la cocina y los almacenes —dijo Widi Tucru—. La seguridad alimentaria es muy importante.

—Pero en la cocina están en marcha algunos… mmm… procesos exclusivos, para la próxima competición…

—¿Y? —espetó Diente de León—. ¿Estás sugiriendo que la comisaria del circuito va a desvelar vuestros secretos comerciales? ¿Pretendes ofender a una representante del gobierno?

—¡En absoluto! —se defendió Giphi—. Es solo que… nuestro chef está completamente entregado al diseño del menú para el concurso y no se le puede molestar para que os acompañe en la inspección. No estoy seguro de si alguno de nosotros podrá explicaros las medidas de seguridad alimentaria implementadas, pues el chef es un artista y tiene una manera bastante particular de hacer las cosas.

—No importa —dijo Diente de León con desdén—. Estamos aquí para comprobar que las cosas se hacen de acuerdo con las regulaciones imperiales, no para aprender cocina. Como señoras virtuosas e instruidas, no nos importan nada los detalles culinarios relacionados con la sucia grasa y la antiestética sangre.

Giphi suspiró aliviado. Tiphan Huto había hecho hincapié una y otra vez en que los secretos del chef Mozo debían quedar a resguardo de miradas entrometidas. La mayor parte del personal de servicio ni siquiera estaba autorizado a entrar en la cocina. Al menos podría asegurar a su jefe que los inspectores del gobierno no tenían interés en las técnicas culinarias.

La visita empezó en la cocina.

Dentro del largo edificio, separado del restaurante principal, equipos de cocineros se afanaban en fogones situados a lo largo de las dos paredes así como en la isla del medio: picando, pelando, descascarando, deshuesando, amasando, trinchando, cociendo, friendo, asando, degustando, oliendo, discutiendo… El estrépito de los cuchillos golpeando las tablas de picar, las cucharas chocando contra las ollas, la carne y las verduras crepitando en el aceite, y los subjefes gritando órdenes a los ayudantes, era ensordecedor. A pesar de la excelente ventilación que proporcionaban los altos ventanales, asistidos por ventiladores operados por perros que corrían en el interior de ruedas, el aire estaba impregnado de vapor y humo, con la fragancia de deliciosos aromas y especias.

—Oh, esto es maravilloso —dijo Widi. La protuberancia de su garganta se movía arriba y abajo al tragar, y los dedos de su mano derecha se retorcían como si estuvieran reclamando un par de palillos de comer.

En medio de la cocina se alzaba una gran plataforma sobre la que

deambulaba una chica de unos doce años, gritando indicaciones a los equipos repartidos por la enorme cocina a través de un megáfono de bambú y seda que le amplificaba la voz. Con todo el ruido y el alboroto de alrededor, parecía un general bramando órdenes en el campo de batalla, o un capataz supervisando alguno de los grandes talleres de Dimu o Dimushi.

—¡Anda! —dijo Diente de León—. Mirad a esa chica dando órdenes. ¡Qué maja! ¿Es la hija de vuestro patrón?

—¡Uy… no, no! Nuestro patrón todavía no ha encontrado una pareja adecuada —dijo Giphi.

—¿Entonces, quién es?

—Oh, es solo… solo una ayudante. En Faça trae buena suerte tener a una chica joven en la cocina para… ya sabéis, para vigilar.

Diente de León, cuya madre era de Faça, nunca había oído de esa costumbre. Pero decidió no insistir en el asunto.

—¿Dónde está el chef? —preguntó.

El equipo de inspección miró alrededor. Todos tenían curiosidad por ver a ese Mozo Mu, descendiente del legendario Suda Mu.

—¿El chef?... No está localizable.

Apabullante decepción.

—¿Está demasiado ocupado diseñando el menú? —preguntó Diente de León—. Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre prácticas de higiene.

—Ah, mmm, eso quiere decir…

Antes de que pudiera responder, la chica, que había observado a los desconocidos que entraban en la cocina, descendió de la plataforma y corrió hacia ellos.

—¿Qué pasa aquí? —demandó a Giphi—. Tus instrucciones eran no molestar al personal de cocina mientras hacemos prácticas para la competición.

—Oh… —Giphi se agachó y le susurró algo al oído.

Kinri y su equipo examinaron a la chica con interés. Tenía la piel negra y tersa de los nativos de Haan y el cabello grueso y rizado delimitaba un rostro bien parecido. Sus grandes ojos verdes observaban al equipo de inspectores con desconfianza.

Cuando Giphi terminó con sus explicaciones, dijo a regañadientes:

—No tenemos tiempo para preguntas. Pueden echar un vistazo, pero no quiero que se entrometan —se volvió y comenzó a retroceder hasta la plataforma.

—¿Podemos probar alguna de las asombrosas creaciones? —preguntó Widi.

—No —dijo la chica, en un tono que no admitía réplica. Ni siquiera

disminuyó el paso al responder.

—¿Quién es ella? —volvió a preguntar Diente de León, con el rostro enrojecido por la brusquedad.

—Honorable, no malgastéis vuestro enfado con una simple sirvienta —suplicó Giphi—. No es más que una chica del campo no habituada a la cortesía.

—Apuesto a que es pariente de Mozo Mu —susurró Diente de León a Kinri.

Kinri asintió.

—A lo mejor podemos conseguir que nos dé alguna pista sobre lo que Mozo Mu planea. Debería ser más sencillo hacer hablar a una niña.

Rati observó que Widi paseaba la mirada por la cocina, una mirada hambrienta y ansiosa, como la de un lobo babeante. Estar tan cerca de unos alimentos tan deliciosos sin poder probarlos era toda una tortura para él. A saber lo que haría si le dejaran aquí.

—¿Por qué no vamos a inspeccionar la despensa y las bodegas? —dijo Rati—. Diwi, tú ven conmigo. Dadéluon, tú quédate para inspeccionar la cocina.

Giphi volvió a disculparse repetidamente y acompañó afuera a Rati Yera y Widi Tucru, con Mota Kiphi empujando la silla de ruedas. Widi miraba atrás a cada paso, despidiéndose en silencio de las maravillas culinarias que el destino se negaba a darle a conocer.

Con eso, en la cocina quedaron Diente de León, Kinri y Arona.

—Supongo que al menos deberíamos disimular y fingir que comprobamos el cumplimiento de los requisitos reglamentarios —dijo Arona. Los tres empezaron a dar vueltas por la cocina resueltamente, sin estorbar a los cocineros y a los pinches que iban de acá para allá.

—Ojalá Widi estuviera aquí —susurró Arona—. Probablemente podría extraer cantidad de información tan solo de los olores y los ingredientes que se pueden ver. Aunque estoy segura de que podrá recopilar más información en la despensa y la bodega.

—Oyéndote, parecería que es el único que tiene nariz y ojos —dijo Diente de León, claramente molesta—. ¿Quién te ha dicho que nosotros no podemos descubrir cosas por nuestra cuenta? A lo mejor yo también soy experta en cocina y no te lo he dicho.

Arona la miró, divertida.

—¿De verdad? Entonces, dime, ¿qué clase de verdura está troceando aquel hombre?

Diente de León miró de reojo unos tallos verdes, mordiéndose el labio inferior.

—¿Son… puerros? No, no me lo digas. Deben ser… ¿cebolletas?

La princesa Fara siempre había presumido de ser una gourmet, de haber probado todo tipo de platos excelentes en los restaurantes más exclusivos de Pan, por no mencionar la cocina imperial. De hecho, ella misma diseñaba los menús de las cenas que ofrecía en palacio. Pero su conocimiento de la comida se limitaba a ordenar y consumir, sin haber puesto nunca un pie en la cocina o haber visto ingredientes crudos antes de ser transmutados por el arte de cocinar.

—¿En serio? ¿Crees que son cebolletas? Espero que nunca me prepares una sopa. ¿Y qué hay de esa fruta de allí? ¿Qué es? —Arona señaló otra encimera.

—Estoy… estoy casi segura de que es ¿un melón de invierno? Espera, puede que los melones de invierno no sean tan pequeños. ¿Es… un tipo de coco de cáscara blanda?

Arona se tapó la boca con las manos mientras su cuerpo se agitaba al aguantar la risa. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Está bien, ya tienes lo que querías —dijo Diente de León abatida —. Sé usar el estilete mucho mejor que el cuchillo de trinchar. ¿Satisfecha? Nunca me ha gustado leer sobre cocina, y la em… mi tía no me dejaría entrar en la cocina de todos modos. Por tanto, no conozco el aspecto de nada que no esté cocinado. Pero al menos sé decirte lo que sabe bien.

—Estoy segura de que una chica como tú se ha saciado de platos exquisitos —dijo Arona—. Yo, sin embargo, me siento feliz con un muslo de pollo y una calabaza de cerveza barata. Pero no saber la diferencia entre un cebollín silvestre y una cebolleta, o confundir un melón de invierno con una calabaza confitera… —Arona movió la cabeza, sorprendida.

—No te sientas tan orgullosa de saber identificar unos cuantos ingredientes comunes —dijo Diente de León, con las mejillas enrojecidas—. ¿Qué te parece si yo te pongo a ti a prueba?

—Como quieras —dijo Arona—. Yo tampoco puedo presumir de ser una buena cocinera, pero al menos conozco el aspecto que tienen los alimentos.

Diente de León recorrió la cocina con la mirada intentando encontrar algo con lo que acallar a Arona. De pronto se le iluminaron los ojos.

—¿Qué clase de pescado es el que están limpiando allí? —señaló a una mujer junto a un cubo de madera, que quitaba las escamas a un pez de cabeza plana y huesuda y cola estilizada que se ensanchaba en unas largas aletas—. ¿Y esas frutas de allí? —señaló a un cuenco sobre la encimera de detrás de la mujer.

Arona se acercó a esta y simuló estar examinando el banco de

trabajo en busca de rastros de suciedad acumulada. La actriz tenía el entrecejo arrugado por la concentración.

Diente de León sonrió. Había elegido ese pescado en concreto porque solo había uno de ese tipo, y la mujer parecía estar poniéndole mucha atención. Del mismo modo, las frutas estaban colocadas en un frutero de porcelana de lujoso aspecto en lugar de en uno de madera. Probablemente eso quería decir que los ingredientes eran raros y preciados. Esperaba que la actriz no los conociera.

Pero cuando Arona regresó parecía triunfante.

—Tengo que admitir que casi me pillas. El pescado es una trucha arcoíris lunar, que solo se encuentra en el lago Toyemotika, en Arulugi. La «fruta» es en realidad un taro de piel lisa, cultivado en Tan Adü.

—¿Cómo sé que no te estás inventando esos nombres?

Arona se echó a reír.

—Puedes pedir a la cocinera que te lo confirme. Los he reconocido porque hemos viajado por todas las islas y me gusta ir a los mercados para ver lo que se come en los distintos lugares. Conocer cosas sobre los alimentos de determinado sitio es conocer su alma, y eso ayuda si tienes que representar a personas de allí.

—¿Has estado en Arulugi *y* en Tan Adü?

Arona asintió.

—Nos encanta aprender todo lo que las distintas islas nos pueden enseñar. El arte de los artífices del humo de Arulugi funciona muy bien sobre el escenario, y los adüanos saben cantar con la garganta y los labios al mismo tiempo, produciendo múltiples notas…

Diente de León parecía sentir envidia.

—Yo apenas he salido de Pan… —de repente sus ojos se achicaron —. Espera. La trucha y los taros… no son ingredientes locales.

—Muy perspicaz, señorita Diente de León. Ya veo que no solo eres una maestra en identificar fauna y flora comestible, sino también una increíble geógrafa…

—¿Podrías dejar de tomarme el pelo por un momento? —Diente de León le pisoteó el pie—. Esto es importante.

—¿Cuál es su importancia? Por supuesto que Mozo Mu buscará ingredientes de toda Dara. La característica distintiva del estilo de cocina de Suda Mu es la fusión de múltiples estilos…

—¡No! Lo importante es que esos dos ingredientes se estropean muy rápidamente.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera sabías qué aspecto tienen.

—¡Pero leo libros! Nakipo de Amu tiene un poema en el que compara a los amantes inconstantes con los ojos de la trucha arcoíris

lunar: «Se anieblan en una sola hora». Y Luan Zyaji escribió que el taro de piel lisa se reseca en cuanto se saca de la tierra. ¿Puedes saber si están bastante frescos?

Arona fue a mirar. El pescado tenía los ojos claros y brillantes y el barro de los taros parecía estar húmedo.

—Probablemente ese pescado estaba vivo esta mañana —dijo Arona—. En cuanto a los taros… es muy posible que los pescaran hace menos de dos días.

—Si tenemos en cuenta lo lejos de aquí que están Arulugi y Tan Adü, la única forma en que pudieron traerlos es en aeronave —dijo Diente de León—. Ni siquiera mi casa… mmm, he oído que ni siquiera los restaurantes más exclusivos de Pan pueden permitirse transportar muchos ingredientes frescos por aeronave.

Como la única fuente natural de gas elevador estaba en Rui, ahora controlada por los lyucu, Dara había tenido que adaptarse empleando aeronaves alimentadas por gas de estiércol fermentado. La inflamabilidad y poca capacidad de elevación de estas naves encarecía mucho los viajes y el transporte, que estaban fuera del alcance incluso de los hogares ricos y nobles. La Espléndida Jarra compraba algunos ingredientes por ese medio, pero muy pocos.

—Ya entiendo lo que quieres decir —dijo Arona—. Pero eso tampoco me sorprende demasiado. Sabemos que los Huto son ricos y que están dispuestos a gastar para ganar esta competición.

—Es más que eso —dijo Diente de León—. ¿No me has hablado de la importancia de las historias? Un concurso, al igual que una obra de teatro o un disfraz, tiene que ver con una historia.

—¿Historias? ¿Cuál es la historia en este caso?

—Hay muchas formas de gastar el dinero, y la elección tiene su importancia. Este restaurante está contando una historia: el uso de la pintura dorada en todas partes; la ostentación de los frisos enjoyados en el exterior; la falta de respeto por las necesidades de quienes tienen menos movilidad; la actitud dominante de un personal a quien nada importa practicar con ingredientes fuera del alcance de las cocinas de los duques… todo eso no tiene nada de elegante. Todavía no sé bien lo que significa, pero conocer la historia que el enemigo intenta contar es el primer paso para derrotarle.

Arona miró a Diente de León con un respeto recién descubierto.

—Nunca había pensado en ello de esa manera, pero creo que tienes razón. Fíjate, ya estás superando a tu potencial profesora.

Ambas se echaron a reír. Entonces se dieron cuenta de que Kinri llevaba un rato sin abrir la boca. Miraron alrededor y vieron que estaba un poco alejado, murmurando para sí.

—¿Qué haces? —preguntó Diente de León, acercándose y dándole un codazo en las costillas.

—¡Ay! ¿A qué viene eso?

—Arona y yo hemos estado intentando aprender todo lo que podemos de este lugar —dijo Diente de León—. ¿Y tú? ¿Ganduleando? Todo esto fue idea tuya.

—Mientras discutíais, me he dedicado a escuchar a esa chica.

—¿Y qué ha estado diciendo? —preguntó con interés Diente de León.

—Bueno, eso es lo extraño —dijo Kinri—. Ha estado recitando a los clásicos anu.

—¿Qué? —Diente de León miró estupefacta a Kinri—. ¿Conoces los clásicos anu?

—Bueno… he captado algún fragmento aquí y allá; en cualquier caso, eso no es lo importante. Iba gritando instrucciones a los cocineros —ya sabes, pica esto, trocea aquello, no eches el pescado hasta que las burbujas del aceite sean tan grandes como la uña de tu meñique, y así sucesivamente—, el tipo de cosas que no tienen mucho sentido para mí. Pero de vez en cuando se callaba y comenzaba a murmurar por lo bajo, como si estuviera intentando acordarse de algo. Justo ahora la oí decir:

Mil escamas cayeron de un solo golpe.
Mil barcos zarparon por una promesa.
Mil perlas contemplaron la caída
Del más grande salón amurallado del tesoro.

—Sé que he oído esos versos antes, pero no recuerdo de dónde son.

—Oh, *yo* sé de dónde proceden —dijo Diente de León—. Son del poema de Para sobre Séraca, el héroe que luchó contra Iluthan con una flota de barcos de plumas en las Guerras de la Diáspora. No está entre mis favoritos, la verdad. No soy muy aficionada a esas épicas de guerra y política…

—Pero los poemas deben estar relacionados con los platos…

—¿Cómo? —preguntó Arona.

Kinri titubeó.

—Creo… creo que son algún tipo de acertijo de ideogramas.

Diente de León pareció reflexionar sobre eso.

—No sé nada de cocina, pero ¿por qué iba a recitarlo para sí? Suda Mu quería guardar en secreto sus recetas, ¿no? Así que tiene sentido que solo las transmitiera en forma de código.

Diente de León y Arona se quedaron pensando. Luego ambas asintieron.

—¿Puedes contarme algo más sobre ese tal Para? —preguntó Kinri.

—Fue un poeta cortesano en Boama —dijo Diente de León—. Se le suele considerar una figura importante para la escuela de poesía de la exuberancia, pero yo pienso que tiende a escribir en un estilo excesivamente decorativo. Enseñó a tres estudiantes de nota…

—No, no, no me refiero a qué tipo de poeta era —dijo Kinri con impaciencia—. ¿Dices que fue un poeta de la corte en Boama? ¿Cuándo? ¿Durante el tiempo de la conquista de Xana o antes?

—Oh, mucho antes. No se me dan bien las fechas ni las guerras, pero… Déjame ver, estudió con el Poeta de la Ostra, que pintó el *Retrato de las tres señoras,* de notable elaboración porque captaba vívidamente la expresión de los sujetos con apenas unos cuantos trazos, una restricción de la que carecía Para…

Kinri intentaba ser paciente.

—¿Son importantes esas tres señoras? ¿Lucharon en alguna guerra?

—Lo dudo. Pero estaban casadas con tres destacados generales del estado Tiro…

—Espera, ¿has dicho tres generales? ¿Quieres decir que eran las señoras Faça, Rima y Haan?

El rostro de Diente de León resplandeció.

—Sí, eso es. ¿Has visto el cuadro?

Kinri sacudió la cabeza.

—Pero si eso es cierto, quiere decir que Para fue un poeta cortesano en Boama justo en la época en que el estado Tiro de Métashi se dividió en Faça, Rima y Haan. La corte de Boama, antes de la partición, tenía fama de ser la más rica y más poderosa de toda Dara. Métashi libró muchas guerras contra otros estados Tiro, y se pensaba que iba camino de conquistar toda la isla Grande antes de descomponerse.

Arona y Diente de León se le quedaron mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Kinri a la defensiva—. Me gusta la historia.

—Creo que guardas algunos acertijos interesantes en tu interior —dijo Diente de León, mirándole atentamente. Desde el momento en que le conoció, había sentido una extraña sensación de familiaridad y comodidad con él. De hecho, tenía que admitir que si le había importado tanto el comentario de la «telaraña que despide fuego» era solo porque lo había hecho él.

Alguien que conoce la historia de los estados Tiro y reconoce a los clásicos anu no puede ser un ayudante de camarero ordinario. A lo mejor thasé-teki *es la flor adecuada para él, porque tras esa complexión desgarbada oculta una intensidad que… en realidad puede ser muy atractiva si se le mira bien.*

Kinri intentó atajar más preguntas centrándose en la tarea que tenían por delante.

—La corte de Boama se parece mucho a la corte de Kriphi cuando Suda Mu cocinaba allí.

—Eso es interesante —dijo Diente de León—. Ya que parece que la extravagancia es el tema sobre el que se levanta este restaurante, resulta lógico que echen mano del poeta de una corte extravagante para codificar las instrucciones.

—Pero ¿cómo podemos descodificarlas? —preguntó Arona.

—De momento vamos a memorizar los poemas —dijo Kinri—. No sabemos lo bastante de cocina para entender lo que estamos viendo aquí, pero podemos intentar resolver los poemas-acertijo más tarde, igual que hago yo cuando desmonto los artilugios que compro en el mercado.

—Vale la pena intentarlo —dijo Diente de León.

Los tres «inspectores» continuaron dando vueltas por la cocina, simulando buscar los instrumentos para extinguir fuego y las rutas de evacuación, tomando notas sobre la limpieza de las superficies y del personal. Pero mantenían los oídos abiertos y anotaban los poemas recitados por la chica cada vez que se callaba y murmuraba por lo bajo.

Súbitamente, Giphi corrió hacia ellos con cara de gran preocupación. Enormes gotas de sudor perlaban su rechoncha cara enrojecida, dándole el aspecto de una manzana engalanada por el rocío.

—Uf… puede que tengamos un problema. ¡La comisaria del circuito Suti ha desaparecido!

El gerente había acompañado a la comisaria del circuito y a su personal al almacén para inspeccionar las provisiones. Se trataba de una estructura de muy poca altura y tamaño medio utilizada para aquellos productos que se podían conservar cierto tiempo, como sacos de arroz y judías, ristras de salchichas, fardos de hojas de loto y vasijas de cerveza de arroz. Pero la parte que sobresalía del terreno era solo como la punta de un iceberg, ya que el almacén se situaba sobre un enorme pozo de hielo muchísimo más grande.

Al principio, la comisaria del circuito se limitó a dejar que Giphi la fuera llevando por el inmenso nevero, señalando la paja que envolvía los gigantescos bloques de hielo, el sistema de zanjas en el suelo para drenar el agua del deshielo, las distintas zonas de temperatura para las carnes, verduras, frutas, lácteos y demás. La envejecida funcionaria asentía de forma evasiva en su silla de ruedas, claramente aburrida por la presentación.

Bueno, está bien que se aburra, pensó Giphi. *Si se aburre significa que todo está en orden.*

—¿Qué hacen ahí esos biombos? —preguntó Rati—. Parecen descolocados —dijo señalando varios biombos de bambú y seda que había cerca de la pared, como los que suelen utilizarse para proporcionar cierta intimidad a los grandes grupos de comensales que no pueden permitirse pagar uno de los reservados.

Giphi maldijo en silencio a los criados holgazanes que habían hecho un trabajo tan deficiente para ocultar lo que él pretendía que la comisaria del circuito no llegara a ver. Había susurrado instrucciones urgentes a su personal antes de salir a recibir al equipo de inspectores y no tuvo tiempo de comprobar su trabajo.

—Oh, no es nada —dijo Giphi—. El restaurante no ha abierto todavía, así que guardamos aquí los biombos.

—¿En un pozo de hielo? —preguntó Rati con desconfianza. Hizo un gesto a Mota, quien fue para allá y retiró los biombos para descubrir la boca abierta de un túnel que se adentraba en la oscuridad.

Rati miró a Giphi, con ojos tan fríos y brillantes como témpanos.

—¡Oh… oh! —Giphi se dio una palmada en la frente—. ¡Cómo he podido olvidarlo! El amo Huto tiene intención de utilizar esta área como bóveda, para guardar objetos de valor y las ganancias del restaurante. Todavía no ha elegido un banco y es muy cauteloso con los ladrones y las potenciales incursiones piratas. Ahora mismo no hay nada ahí dentro.

—¿Podemos echar un vistazo? —dijo Rati, inclinándose en la silla para curiosear en el oscuro interior.

—En realidad, creo que no deberíamos…

—¡Tonterías! ¿Qué hay de malo en que una funcionaria del gobierno eche un vistazo a una bóveda? A lo mejor puedo haceros alguna sugerencia para aumentar la seguridad.

—Es un espacio privado…

—¿Privado? ¿No me has dicho que no hay nada ahí dentro?

—Bueno, sí, pero…

—¡Insisto! Excavar túneles en Ginpen puede ser muy peligroso si al hacerlo se debilitan los cimientos de otros edificios de alrededor. Indudablemente esto es algo que tenemos que comprobar.

Giphi no sabía qué le había pasado a la anciana aburrida de antes. En ese momento, la comisaria del circuito actuaba tan ansiosa como un niño al que le hubieran dicho que no podía abrir la puerta de alguna habitación prohibida.

Antes de que pudiera responder, Widi había sacado una de las antorchas encendidas situada en un candelero de pared y se dirigía

hacia el túnel seguido de cerca por el fornido Mota, que empujaba la silla de ruedas de la comisaria del circuito.

—¡Esperad! —gritó Giphi. Como los tres funcionarios se negaron a aminorar la marcha, no tuvo otra que correr tras ellos, llevando su propia antorcha.

Aunque una estrecha fila de ventanas cerca del techo permitía la entrada de una tenue luz al inmenso nevero, el túnel estaba en completa oscuridad y las parpadeantes antorchas proporcionaban la única iluminación. Pronto llegaron a un punto en el que el túnel se bifurcaba, con un ramal en dirección a la derecha y otro a la izquierda. Era como si los cuatro estuvieran haciendo espeleología en las legendarias cuevas de las montañas Shinané, o explorando el mausoleo del emperador Mapidéré.

—¿Por qué camino tiramos? —preguntó Rati.

—Mmm… por la izquierda —dijo Giphi con una débil voz.

—Mmm… entonces creo que deberíamos ir por la derecha —dijo Rati con un brillo en los ojos.

Giphi los siguió, resignado al hecho de que no había forma de detener el desastre que se avecinaba.

Varias curvas y giros después, alcanzaron otra bodega de almacenaje, seca y fresca. Dentro encontraron estantes repletos de cajas de madera. Mota abrió una de ellas sin molestarse en pedir permiso a Giphi. La caja estaba llena de blando musgo, y al retirarlo vieron algo parecido a una pequeña estatua o una muñeca.

Rati se acercó y cogió la «muñeca». Resultaba blanda y seca al tacto, y cuando se la colocó bajo la nariz detectó una fragancia especiada. La muñeca no estaba hecha de madera o de piedra, sino de cierto material esponjoso con la piel arrugada. De su cabeza y de los extremos de los miembros salían zarcillos como raíces.

—Alejad las antorchas —dijo Rati, con un ligero temblor nervioso en la voz.

Giphi y Widi le hicieron caso. La estatuilla resplandecía en la oscuridad con una luz interior, de color azul verdoso, similar al de las medusas en el mar.

—¡Es un hongo homúnculo! —exclamó Diwi, el funcionario menor —. ¡Mirad el tamaño! ¡Qué perfectos son sus rasgos!

Los hongos homúnculos eran importantes en la medicina herbal y también se consideraban una exquisitez en muchos estilos de cocina de Dara. Esos hongos resplandecientes tenían la tendencia a desarrollarse en formas humanas, y los que adquirían las características y los miembros más perfectos podían venderse en el mercado por cientos de piezas de oro.

La «comisaria del circuito Suti» intercambió miradas con su personal y luego los tres se quedaron mirando a Giphi.

—El patrón Huto estaba dispuesto a gastar lo que fuera para conseguir los mejores ingredientes —dijo Giphi, con una voz tan apagada que era difícil imaginar que siquiera él creyera lo que estaba diciendo—. Y quería guardar esto aquí para… para dar una sorpresa...

—El problema no es su voluntad de gastar, sino que no existe un mercado legal donde encontrar este ingrediente —dijo Rati.

La mejor fuente de hongos homúnculos era, de hecho, el túnel submarino que conectaba Rui con Dasu, donde antiguamente se cultivaban para proporcionar una fuente de alimento a los caballos y los hombres que realizaban esa ruta. Desde que los lyucu conquistaron dichas islas, sin embargo, era casi imposible encontrar a la venta hongos homúnculos de calidad. Para llenar un almacén de dichos hongos habría que estar en contacto con contrabandistas o con piratas.

—¡Puedo explicarlo! —dijo Giphi. Corrió hasta el estante con su antorcha y señaló las marcas de las cajas—. ¿Veis? ¿Veis? Han llegado en un cargamento procedente de La Garra del Lobo, como se puede comprobar por el sello de la naviera. Probablemente el proveedor encontró otra fuente que mantiene en secreto. Nuestro amo siempre ha sido meticuloso en el cumplimiento de las reglas…

Se dio la vuelta y descubrió que se encontraba solo en el almacén.

Corriendo por el oscuro túnel, gritó:

—¡Comisaria del circuito! ¿Dónde estáis? ¡Regresad, por favor!

Pero solo le respondieron la oscuridad y el silencio.

—¿Me estás diciendo que has perdido a una funcionaria superior de la corte en vuestra bodega? —preguntó con incredulidad Diente de León.

—Eso… eso parece —dijo Giphi aterrado—. Hay gran cantidad de túneles ahí… ahí abajo. Yo no los conozco todos. ¡Os lo juro! Solo el patrón Huto conoce dónde… dónde llevan…

—¿Vuestra bodega es un laberinto? ¿Y por qué razón habéis construido un almacén así? ¿Qué clase de vicios ocultáis allí abajo? — a cada pregunta, Diente de León avanzaba un paso. Giphi fue retrocediendo hasta dar con la espalda en la pared, con las manos rascando los ladrillos en busca de una salida inexistente.

Kinri también estaba aterrado. Esperaba que Rati Yera y los demás estuvieran bien, pero, aunque no tuvieran daños, ahora tendrían que pedir ayuda al magistrado y a la policía, lo que revelaría su identidad y arruinaría las posibilidades de La Espléndida Jarra en la competición culinaria.

—¡Que todo el mundo vaya al laberinto en su busca! —gritó. Tenían que encontrar a Rati y a los demás y salir de allí lo antes

posible.

Los cocineros interrumpieron su faena y se le quedaron mirando. La chica de la plataforma parecía tremendamente molesta.

—¿Qué es todo este escándalo? —preguntó una voz envejecida pero enérgica.

Se dieron la vuelta y vieron a Rati Yera entrando en la cocina en su silla de ruedas. Mota la empujaba y Widi iba detrás.

—¿No puedes ir más deprisa? —gritó Arona a Mota—. ¡La bodega no es lugar para la comisaria del circuito!

Mota aceleró el paso hasta aproximarse. Arona estiró el brazo y le apretó la mano, y él le devolvió el apretón. Los demás no se dieron cuenta del gesto, porque Arona se había ocultado las manos con la manga. Uno y otra se dedicaron una rápida y cálida sonrisa.

—¡Oh, gracias a los dioses que estáis bien, comisaria del circuito! —gritó Giphi aliviado.

—La atmósfera estaba cargada ahí abajo, y queríamos salir rápidamente —dijo Rati—. Debo decir que has resultado ser bastante poco de fiar.

—Pero ¿cómo salisteis? Os estuve buscando…

—Estábamos tomando un descanso en uno de los almacenes cuando pasaste corriendo a nuestro lado a toda velocidad —dijo Rati Yera—. Y luego, cuando salimos de la bodega, te estuvimos esperando. Al no aparecer, salimos para seguir examinando las otras partes del restaurante.

—Entonces… ¿no permanecisteis mucho rato en los túneles?

—No. Salimos enseguida. La buena noticia es que, salvo alguna infracción menor del reglamento, todo parece estar en orden.

A Giphi le sorprendió que no mencionara los hongos de origen sospechoso ni ninguna de las otras sorpresas. Se reprendió a sí mismo por haber perdido de vista a los inspectores cuando le entró el pánico en los túneles, al pensar que se habían perdido.

Pero aparentemente la comisaria del circuito había podido salir sin grandes problemas y no se había topado con nada más incriminatorio que los hongos homúnculos. Le inundó una sensación de alivio, como si se sumergiera en un baño de agua caliente. ¡Gracias Rufizo y Lutho por proteger al patrón Huto!

—¿Desearía la honorable comisaria del circuito quedarse a cenar junto con su personal? —Giphi sonrió con afectación a Rati—. Todavía no hemos abierto, pero estoy seguro de que podríamos ir a un establecimiento cercano de clase alta…

Rati miró a Kinri, a Diente de León y a Arona.

—Creo que hemos llegado al final de nuestra inspección, ¿no?

—Hay que saber cuándo terminar una historia —murmuró Kinri. Diente de León le dedicó una mirada, nada desagradable por cierto.

Todos asintieron.

—La comisaria del circuito tiene una agenda muy ocupada —declaró Diente de León—. Tenemos que continuar con nuestra próxima tarea con la mayor prontitud. ¡Asegúrate de remediar todos los problemas que te hemos señalado!

Y así, el equipo de inspectores se marchó tan abruptamente como había aparecido, dejando a un desconcertado Giphi dispuesto a celebrar que los muchos secretos del patrón Huto parecían haber sobrevivido a un inesperado escrutinio oficial.

Mientras desandaban el camino a La Espléndida Jarra, la banda compartió sus descubrimientos sobre El Cofre del Tesoro.

—Ese Tiphan Huto no es un simple comerciante —sentenció Rati Yera—. La bodega subterránea que sirve de almacén era un laberinto de túneles y cuartos secretos, repletos de todo tipo de productos extraños a los que no debería tener ningún acceso. No solo había cargamentos procedentes de Dara Irredenta, sin duda, sino que también hallamos unos extraños libros de contabilidad escritos en código, que indicaban transacciones ininteligibles para cualquiera que no sepa de antemano de qué se trata.

—También había cuartos vacíos que parecían destinados a encerrar personas, no productos —dijo Widi.

—¿Quieres decir como celdas de una prisión? —exclamó Diente de león.

Mota, Widi y Rati asintieron con el rostro serio.

—Más allá de las celdas —dijo Widi— había otro cuarto con la puerta sellada. Llegué hasta allí, y la pestilencia me hizo sospechar que se trataba de una letrina, aunque el hedor era un poco extraño.

—Puaj, ¿también eres experto en olores de letrina? —preguntó Diente de León, arrugando la nariz por simpatía.

—No sé bien cómo explicarlo, pero olía… distinto. En cualquier caso, me pareció raro tener celdas en una bodega para almacenar comida y también que hubiera una letrina pestilente sin haber gente en las celdas.

Se palpaba la tensión en el ambiente mientras todos cavilaban las siniestras implicaciones de una prisión subterránea privada.

—Al principio nos metimos en esto porque parecía divertido —dijo Rati—. Pero ahora… la Banda de las Flores no va a permitir que progrese el mal una vez percibido su hedor.

—Tendremos que averiguar en qué anda metido el tipo en otra ocasión —dijo Widi—. No parece estar directamente relacionado con

la competición.

Rati asintió con la cabeza.

—Lo prudente es ir paso a paso. Pensé que lo mejor era salir de allí antes de que sospecharan que posiblemente habíamos visto demasiado y recurrieran a medidas desesperadas.

—Pero ¿cómo salisteis de allí? —preguntó Kinri—. Parece que debía ser difícil orientarse por el laberinto sin un mapa o un guía.

Rati echó a reír y dio unos golpecitos a los brazos de su silla de ruedas.

—La Banda de las Flores tiene algunos secretos que preferimos guardar. Pero un laberinto como ese… ¡Ja! Es poca cosa para nosotros.

Kinri tenía curiosidad, pero decidió dejar las preguntas para otro momento. No obstante, en su mente afloró la imagen del carro mágico de Rati que se orientaba por el laberinto.

Luego informó de lo que habían visto en la cocina. Widi estaba de lo más emocionado con los poemas que habían copiado.

—Estoy seguro de que si investigamos un poco podremos resolver esos acertijos —dijo Widi.

—Y yo estoy segura de que podemos averiguar qué tipo de historia pretenden contar —dijo Diente de León—. Una vez que la conozcamos, podremos elaborar nuestra propia historia para contrarrestarla.

La banda regresó a La Espléndida Jarra dispuesta a encontrarse con Mati y elaborar un plan para el concurso de la semana siguiente.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

DOS THANES

VALLE DE KIRI, AL PIE DE LAS MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO: DÉCIMO SEGUNDO MES DEL OCTAVO AÑO POSTERIOR A LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA HACIA UKYU-GONDÉ (DIECISIETE MESES HASTA LA PARTIDA DE LA NUEVA FLOTA INVASORA LYUCU HACIA DARA)

Volyu Aragoz, Pé-Afir-tekten, volvía a casa a lomos de un gran garinafin blanco.

Tenía el cuero tan liso y perfecto como las salinas de las costas del Mar de las Lágrimas. Su envergadura era fácilmente el triple que la del mayor garinafin que los agon tenían permitido poseer en estos tiempos. Su voz era clara como la primera tormenta de verano y tan potente como las mayores gaitas de Péa.

Volyu debería sentirse orgulloso y feliz. Había conseguido todo lo que quería al traicionar a su sobrino con los lyucu, ¿no? Volvía a su hogar en Sliyusa Ki con estilo.

Excepto que no era él quien montaba el garinafin. Bueno, no exactamente. Iba a lomos del garinafin, sin duda, pero encerrado dentro de una jaula de hueso. Y cuatro naros lyucu se sentaban a su alrededor, con las lanzas listas para ensartarle en cuanto diera señales de estar insatisfecho con su suerte.

Suspiró en silencio, manteniendo el rostro sosegado. Con los ojos cerrados, intentaba imaginar las cosas mejor de lo que habían salido.

De camino a la cuenca de Aluro con la caravana que llevaba el tributo de invierno para el pékyu, Volyu estaba furioso e iba murmurando para sí.

¡Si Takval y Théra hubiesen aceptado compartir su gloria con él, si le hubieran permitido hacer el papel de héroe por una vez en su vida! Pero no, tenían que acaparar todo el honor y la gloria para ellos y le asignaban la tarea más peligrosa de todas, actuar como espía contra Pékyu Cudyu. Incluso si lograba lo que le habían pedido, ¿qué ganaría él? Obtendría el título de pékyu-votan, un gesto carente de significado, pues todos los agon verían a Takval y a Théra como sus salvadores, mientras él sería despreciado, se reirían y burlarían de él como si fuera un tanto-lyu-naro. Porque no les había conducido a la

victoria.

No, no y *no*. Volyu era demasiado sagaz para eso. Tenía que encontrar el modo de que las cosas le fueran mejor, como siempre había hecho.

Lo más obvio sería informar a los lyucu de los planes de Takval y Théra, como había hecho muchas veces con otros rebeldes agon. Pero la cosa ya no era tan sencilla. Había ayudado a Takval y a Théra a ocultarse de los lyucu durante años, les proporcionó apoyo, les pasó información. Incluso les había hablado del encuentro en la cuenca de Aluro y en Taten cuando pensó que podía obtener más beneficios de la rebelión, y luego continuó proporcionándoles información sobre los movimientos lyucu para mantener los favores de la pareja… ¿Cómo iba a explicar a Cudyu el papel desempeñado por él mismo en la conspiración contra los lyucu y este súbito cambio de lealtades? ¡El pékyu nunca le perdonaría! Théra, hace años, había previsto esta indecisión al involucrarle en sus planes, y cuanto más tiempo pasara, más atrapado estaría en su rebelión.

No obstante, de ningún modo podía permitir que Takval y Théra lograran sus objetivos. Si no podía ganar como quería ganar, ellos tendrían que perder.

Repasó su última conversación en el valle de Kiri, furioso por la falta de respeto de la joven pareja. Théra incluso se atrevió a alejarse de él, molesta, cuando le hizo un cumplido. ¡Menuda desfachatez!

¡Espera! ¡Espera!

Recordó otra cosa que le había fastidiado. Cuando sugirió lanzar el ataque contra los lyucu en la cuenca de Aluro, Théra se opuso al instante. En ese momento creyó su explicación de por qué Taten era una elección mejor, pero su vehemencia, vista en retrospectiva, era muy sospechosa.

Se concentró. *¿Por qué Taten? ¿Por qué?*

La audiencia secreta con Pékyu Cudyu se desarrolló exactamente como lo esperaba.

Empezó con el discurso que había preparado: existía una vasta y peligrosa conspiración contra los nobles lyucu, dirigida por el traidor de su sobrino y su novia bárbara dara.

Cudyu entrecerró los ojos pero no dijo nada.

Se humedeció los labios y continuó. Explicó que todo empezó con el pérfido Luan Zya, cuya falsa predicción había provocado la destrucción de la flota de refuerzos lyucu (la respiración de Cudyu se aceleró al oír esto); cómo los bárbaros enviaron entonces a su princesa a Ukyu-Gondé, guiados por Takval el Desleal, para procurar la destrucción de los nobles lyucu con el fin de salvar Dara de la sin par

Tanvanaki (Cudyu dejó en el suelo su cuenco de kyoffir y se inclinó hacia delante para no perder palabra); cómo había intentado con todas sus fuerzas persuadirles de su infructuoso empeño, que sin duda redundaría en una miseria diez veces mayor para los agon; cómo le habían amenazado y torturado (ahí se desnudó para mostrar a Cudyu las cicatrices de la espalda y hombros, que sus mujeres y sus chamanes le habían ayudado a preparar con jugo del cactus de tajo); cómo, no obstante, había intentado sabotearles a cada oportunidad, negándoles productos y guerreros, pasándoles información falsa, sacándoles toda la comida, pieles, tendones y huesos como le fue posible para retrasar sus preparativos…

—¿Por qué has esperado hasta ahora para contarme todo esto, anciano? —demandó Cudyu, con voz baja y amenazadora.

Esa era la pregunta que había estado esperando. Volyu respiró hondo.

—Porque quería averiguar su secreto mejor guardado y más oscuro, Pékyu Cudyu, Orgullo de las Planicies —estaba orgulloso del modo en que aplicó el alias de su propio abuelo a este joven cachorro sin sonrojarse.

Le explicó que presentía que Théra y Takval le ocultaban algo. Théra y su gente habían llegado a Ukyu-Gondé en barcos sumergibles, perversiones de la naturaleza, que ella destruyó posteriormente. Pero una astuta bárbara como ella no iba a quedarse sin un modo de regresar a su madriguera. Contaba con una forma de volver a Dara y esa era la razón por la que él, Volyu Aragoz, leal perro pastor de los lyucu, había soportado intolerables ofensas y sufrido dolores indescriptibles; había trabajado para extraer la valiosa información a la taimada princesa dara y a su estúpido sobrino, cautivado por la seductora bruja-serpiente bárbara.

Oh, cómo había sufrido sus torturas en silencio; cómo había escuchado con asfixiante rabia los insultos a los bravos y honorables lyucu; cómo había igualado en ingenio y astucia a esa escurridiza mujer; cómo había luchado contra su propio cándido instinto para ganar su confianza; cómo les había lanzado retazos de información —información absolutamente falsa, inventada, sin valor— para adormecerles en la complacencia, para persuadirles de que compartía sus ridículas fantasías; cómo había ido, poco a poco, uniendo las claves; cómo había…

Cudyu le lanzó su cuenco de kyoffir, y le pasó tan cerca de la cabeza que sintió en la oreja el viento cortante provocado por el proyectil.

—¡Acaba de una vez, viejo!

—¡Pretende apoderarse de los barcos-ciudad en Taten, y hacerlo pronto! —las palabras salieron disparadas de su boca como en un torrente—. Creo que desea asesinarte a sangre fría junto con tus thanes en plena celebración sagrada, cuando honres a los dioses con fragantes sacrificios. Y luego, para huir de la cólera divina por su sacrilegio, abordará los barcos-ciudad aprovechando el caos resultante, mientras los lyucu y los agon combaten por el dominio de las planicies. El Muro de las Tormentas va a abrirse, estoy seguro. ¡Por eso Théra insiste tanto en estar en Taten en el momento fatal!

Cudyu parecía pensativo.

—Por el bien de mi pueblo y de los nobles lyucu —imploró Volyu —, os he ofrecido esta información conseguida con tanto sufrimiento. No puedo permanecer de brazos cruzados y permitir que Takval y Théra vuelvan a sumir a mi pueblo en conflictos y guerras innecesarias. Castiga a mi traicionero sobrino y a su diabólica novia para que Ukyu-Gondé pueda permanecer en paz para siempre.

—Gracias, Volyu Aragoz —dijo Cudyu—. Tu lealtad será ampliamente recompensada.

Volyu echó un último vistazo a las humeantes ruinas del valle de Kiri, que desaparecieron detrás de las montañas cuando el garinafin que lo llevaba batió alas para ganar altura.

Todo había salido según el plan, ¿no? Él había proporcionado a Cudyu los detalles de las defensas del valle de Kiri, el número de guerreros y garinafins, el equipamiento mejorado de los rebeldes agon y sus aliados dara. Incluso había guiado a las tropas de Cudyu hasta la desembocadura del valle. Había observado el inicio del asalto sorpresa lyucu en la oscuridad, y su final, con todo el valle en llamas. Había lanzado vítores con los otros thanes e incluso llegado a compartir penmican con Cudyu por la mañana.

Y luego había aludido, muy cuidadosamente, a la recompensa prometida por Cudyu. No esperaba que le regalara ninguna de las armas de metal o de los valiosos tesoros bárbaros. Pero confiaba en que Cudyu le entregara esclavos dara —a lo mejor incluso a la propia Théra— y algunos de los guerreros más dóciles de Takval, lo que mejoraría enormemente su reputación entre su propio pueblo. Ya había pensado la historia que contaría a su regreso: la vil traición de Théra; la falta de previsión de Takval; el brutal e inesperado ataque lyucu y su propia intervención heroica ante Cudyu, que le permitió salvar las vidas de los guerreros agon rendidos que se incorporarían a Sliyusa Ki, los muchos esclavos que había ganado para su pueblo a pesar de la tragedia; la necesidad de ser pacientes y no temerarios como los rebeldes fracasados.

En respuesta a su demanda, Cudyu le había encadenado a esa jaula y le había informado de que le llevaría de regreso a Sliyusa Ki custodiado por guardias armados.

—Os entregarán a los ancianos de tu poblado —dijo Cudyu despreocupadamente—. Estoy seguro de que te tratarán con justicia cuando les diga que eres responsable de la muerte de miles de agon.

A Volyu los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Pero… pero yo soy vuestro leal perro pastor! Yo…

—Habrá otro montón de perros que ocupen tu lugar —dijo Cudyu —. Porque ¿sabes lo que no soporto? Que un canalla piense que puede utilizarme para lograr sus propios propósitos.

—¡No! ¡Nooo! Por favor, por favor, escúchame, puedo ayudar…

Pero Cudyu ya se había dado la vuelta y se alejaba, tras perder todo interés por él.

Cudyu contempló el sangriento campo de batalla, cubierto de cadáveres y de armas destrozadas, con el rostro profundamente marcado por las arrugas.

La resistencia en el valle había sido feroz. Aunque sorprendidos y superados en número, los agon y sus aliados dara habían luchado valientemente. Incluso mutilados y con terribles heridas, muchos se negaron a rendirse y tuvo que matarlos.

Al final, la mayor parte de los combatientes que quedaban vivos se vieron forzados a retirarse a un único edificio construido con paredes de madera, al estilo dara, desde donde mantuvieron a raya a los lyucu con flechas y hondas. Cudyu rodeó la construcción con garinafins y exigió que se rindieran o perecerían bajo las llamas. Los líderes de los rebeldes, la agon Souliyan Aragoz y un bárbaro de nombre Nméji Gon, pidieron entonces a Cudyu que acudiera a la puerta para negociar.

Sospechando que se trataba de una trampa, Cudyu ordenó a uno de los culeks que se pusiera su casco de cráneo de garinafin y envió al señuelo a negociar. Cuando el falso Cudyu y su escolta se acercaron, el edificio estalló con una fuerte explosión. Piernas, cabezas y pedazos sangrientos de cuerpos volaron por los aires entre el humo; los aterrados garinafins alzaron el vuelo; todos los guerreros situados a menos de cien pasos del edificio acabaron con terribles heridas: ciegos, mutilados, algunos con la cabeza destrozada por la metralla. El mismo Cudyu tuvo durante largo rato fuertes pitidos en los oídos.

He logrado una victoria. Entonces, ¿por qué me siento tan insatisfecho?

En las planicies, nada impresionaba tanto como una victoria militar. Aunque llevaba años como pékyu, Cudyu no había adquirido el respeto otorgado a su padre y a sus comandantes al no haber tomado parte en ninguna batalla campal ni haber realizado grandes

conquistas. Por eso, casi se alegró cuando Volyu le habló de esta rebelión, que le proporcionaría la primera gran proeza de su mandato como pékyu, digna de pasar a la historia en canciones y relatos.

Pero… ¿ha sido realmente digna?

Las victorias se medían por el botín, los esclavos, el ganado y las ovejas capturadas.

Los rebaños del valle eran tan pequeños que resultaban ridículos. Por otro lado, el botín de armas y artefactos dara era considerable. Reforzarían el poder de su ejército y aumentarían su reputación. Pero no era suficiente.

Claro que los lyucu habían capturado muchos prisioneros, dara y agon. Pero la mayoría estaban heridos, o eran demasiado viejos, demasiado jóvenes, o demasiado inexpertos para ser guerreros; no eran el tipo de esclavos que podían impresionar. No había logrado aplastar el espíritu de los combatientes, que habían preferido morir.

Bueno, la mayor parte, en todo caso.

Uno de los cabecillas rebeldes agon, un thane de nombre Araten, se percató de que su causa estaba perdida poco después del comienzo de la batalla. Enseguida se rindió a Cudyu y condujo a los guerreros lyucu hasta los escondites y refugios subterráneos donde se escondían los no combatientes como las ratas de pelaje lunar en sus túneles de las praderas. ¡Gracias a los dioses que Araten estaba allí! Sin su ayuda, los lyucu no habrían sido capaces de encontrar buena parte de los escondrijos y no habrían podido capturar a esos esclavos. Agradecido, Cudyu prometió no esclavizar a Araten y a los miembros supervivientes de su familia, y lo recompensaría adoptándolo en un clan lyucu.

La victoria ha sido incompleta. Tengo el cuerpo de un tigre de colmillos, pero no su cabeza.

Estaba taciturno porque no había logrado atrapar a Takval, el pretendiente agon, ni a Théra, su princesa dara. Tovo Tasaricu estaba revisando cuidadosamente los cadáveres acompañado de sus naros, pero Cudyu no tenía esperanza de encontrar entre ellos a los líderes rebeldes. Según los últimos informes, al menos un garinafin había huido, tal vez dos.

Haber aplastado la rebelión era algo bueno, pero no suficiente. Necesitaba capturar a Takval; necesitaba tener en sus manos a Théra; necesitaba conocer su secreto. Solo entonces su nombre viviría en canciones y relatos.

No había conseguido dormir bien una sola noche desde que Volyu le reveló la posibilidad de atravesar el Muro de las Tormentas.

¿Me atreveré? ¿Me atreveré a seguir a mi padre y a mi hermana al otro

lado del mar?

Volyu le confirmó una verdad que él ya había adivinado basándose en el análisis de los restos de naufragios: Tenryo había conquistado parte de Dara; Tanvanaki gobernaba la tierra conquistada en sustitución de su padre; la flota de refuerzo había sido destruida; los dara estaban ahora en Ukyu.

Si iba a producirse una nueva apertura del Muro en el futuro, parecía lógico que igual que los barcos podían atravesarlo para navegar hasta Dara, también pudieran hacerlo en sentido contrario. ¿Y si Tanvanaki, después de conquistar Dara, decidía regresar a Ukyu para quitarle su título tan duramente ganado?

No, no, no. Esa posibilidad no debía ocurrir nunca. Si se decidiera a ir a Dara, no lo haría para «apoyar» a Tanvanaki. Lo haría para cumplir la profecía de los dioses.

¡El pékyu ha muerto! ¡Larga vida a Pékyu Cudyu Roatan!

No había compartido sus temores ni sus esperanzas con nadie, excepto con Tovo Tasaricu. Esa misma mañana, algunos prisioneros dara le confirmaron bajo tortura lo que Volyu le había contado sobre la situación política en Dara. Pero, aunque los torturó hasta la muerte, los prisioneros no dijeron nada creíble sobre la reapertura del Muro de las Tormentas.

Por un momento se preguntó si Volyu le habría tomado el pelo. ¿Sería posible que ese cobarde llorón se hubiese inventado la historia de la reapertura para lograr sus objetivos?

Cudyu despreciaba por completo a las personas como Volyu. El problema de Volyu es que era *demasiado* inteligente y pensaba que los demás eran tontos, fácilmente manipulables. ¿De verdad creía el esclavo agon que Cudyu se tragaría su absurda historia? Sabía con exactitud cuáles eran los cálculos que había hecho el viejo. Volyu no era leal a los lyucu en absoluto. ¿Cómo iba a serlo? No estaba en su naturaleza.

Volyu había proporcionado asistencia y facilitado esta rebelión y habría disfrutado viendo a Cudyu muerto y a los lyucu derrotados siempre que hubiera podido quedarse con la mayor parte del botín posterior. Pero si no podía llevarse el trozo de carne más jugoso, prefería mearse en el asado.

Y el tipo se había atrevido a acudir a él y reclamar una recompensa, con sus pequeños ojos malvados rebosantes de codiciosa expectación. Cudyu le había perdonado la vida; esa era ya suficiente recompensa. Que los agon decidieran qué hacer con ese hombre que había traicionado su única esperanza de cambiar radicalmente su situación. Cudyu no iba a mancharse las manos con la sangre de una criatura tan

inútil.

No era del todo inconcebible que Volyu se hubiera inventado una fantasía sobre el Muro de las Tormentas con el fin de desviar la culpa por su propio papel en la fracasada revuelta. ¡Y si así fuera, Cudyu no dudaría en dirigirse a Sliyusa Ki y matar a todo hombre, mujer, niño y animal —hasta el último bicho viviente— para descargar su furia!

Pero… los detalles de su relato eran tan buenos, tan vívidos, tan creíbles. A lo mejor Takval y Théra lo habían mantenido en secreto incluso para su propia gente.

En ese caso, no había nada que pudiera hacer para resolver su duda excepto encontrar y capturar a Takval y a Théra. Tenía que atraparlos. *Tenía que hacerlo*.

Estaba a punto de dar la orden de abandonar el valle y comenzar la búsqueda de los huidos cuando se le aproximó un naro a la carrera, con el casco descolocado por la excitación.

—¡Votan! ¡Hemos capturado a un puñado de ellos!

Cudyu estaba decepcionado.

Los nuevos cautivos arrodillados bajo la colina habían sido entregados por un par de desertores. Ambos —Toof y Radia, sin clan— eran naros lyucu que se habían visto obligados a servir a los agon, pero lograron apoderarse de un garinafin de los huidos. Sus prisioneros, la mayoría niños, eran sorprendentemente rebeldes. Al principio se negaron incluso a arrodillarse. Había sido necesario golpear con una maza las corvas a una joven hechicera para hacerles obedecer.

Théra y Takval no estaban entre ellos.

Pero puede que haya alguien de utilidad entre estos cautivos.

Había un hombre bárbaro que le miraba con curiosidad, evidentemente uno de los «eruditos» obsesionado con las cicatrices-palabras a juzgar por los utensilios que llevaba encima; una mujer joven, la hechicera agon que se había negado a arrodillarse y que le miraba de forma amenazadora, murmurando maldiciones; y docenas de niños, algunos agon, otros bárbaros y unos cuantos togaten.

—Habéis prestado un gran servicio a los lyucu —anunció a los dos guerreros lyucu que tenía enfrente.

—En absoluto, votan, solo estamos agradecidos por haber sido rescatados —dijo Toof.

—Nos avergüenza no habernos enfrentado antes con nuestros captores —dijo Radia.

—Oh, las cosas que nos hicieron… —la voz se le atragantó a Toof en la garganta y se quedó sin habla.

—Está bien —dijo Radia, dándole unos golpes en la espalda—.

Ahora estamos a salvo bajo la protección del pékyu.

—¡Mentirosos! ¡Sucios lyucu mentirosos! —gritó uno de los chicos arrodillados. Se levantó con esfuerzo mientras sus ojos centelleantes miraban fijamente a Toof y Radia—. ¡La familia de Vara Ronalek os adoptó y confiábamos en vosotros!

Un niño más joven, por su aspecto hermano del anterior, intentó emular a su hermano mayor.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —gritó en su apoyo.

Al ver cómo se rebelaba la pareja de hermanos, otros niños les secundaron y empezaron también a gritar.

—Los niños bárbaros y los agon aprenden a mentir desde que nacen —dijo Toof con nerviosismo—. Esa Vara es la que nos esclavizó y nos golpeaba a diario.

—Esos dos son auténticos peleones —dijo Cudyu divertido—. ¿Sabéis quiénes son? Por el modo en que van vestidos, deben ser togaten o bárbaros.

—No vi quién gritaba —dijo Toof. Hizo sombra sobre sus ojos y miró detenidamente a los cautivos con gesto de impotencia—. Mis ojos… los bárbaros nos hicieron trabajar duro a Radia y a mí en su ahumadero, y tengo la vista estropeada.

—¿Pero tampoco reconoces las voces? —dijo Cudyu—. A lo mejor son los hijos de ese Nméji Gon, el despreciable luchador dara que se cobró la vida de muchos de mis guerreros casi al final. O… —sus ojos se iluminaron de súbito—. Volyu mencionó que Théra y Takval tenían dos hijos. ¿Se encuentran entre esta prole rebelde?

—No… no estoy seguro —dijo Toof—. Había muchos niños en el poblado, y Radia y yo… y yo…

Radia le tomó la palabra con soltura.

—La mayor parte del tiempo nos tenían encadenados, alejados de los niños. Los rebeldes creían que éramos peligrosos. Aun después de forzarnos a jurar lealtad a los agon, no confiaban en nosotros.

—Pero Takval y Théra fueron muy… mmm… se preocupaban de… —ya fuera por nerviosismo o por miedo, Toof era incapaz de dejar de tartamudear.

—Se sabía que eran extremadamente protectores con sus hijos —dijo Radia—. Seguramente los habrán llevado consigo en la huida…

El chico más mayor empezó a chillar de nuevo.

—¡No os atreváis a dejar de mirarme, Radia y Toof! ¡Sois unos … —Un guardia lyucu que estaba cerca del grupo de cautivos se acercó amenazante, con la maza lista. Pero el chico no se amedrentó.— … canallas mentirosos. Mis padres deberían haberos arrojado…

Sus gritos se ahogaron cuando la joven hechicera le tapó la boca

con la mano y tiró de él para volver a arrodillarle. El chico siguió revolviéndose hasta que, finalmente, la hechicera quitó la mano de su boca y le cruzó la cara con una fuerte bofetada.

—¡Tú y tu hermano tenéis que aprender cuándo hay que callarse! —dijo la hechicera con una voz fuerte y enfadada—. Tú padre y yo os hemos dicho muchas veces que necesitáis saber cuándo hay que rendirse.

—Eso es verdad —era el erudito bárbaro quien habló—. Taria y Riva, tenéis que escuchar a vuestra madre y mantener la boca cerrada. ¿No tenemos ya bastante de lo que preocuparnos?

La conmoción por la bofetada tranquilizó finalmente al chico mayor. Él y su hermano pequeño reprimían su furia, con los rostros bañados por las lágrimas. Los demás niños les miraban, así como a la hechicera y al erudito, con los rostros alterados por la confusión.

—Afir sabía que era inútil mirar directamente al Ojo de Cudyufin —dijo la hechicera—. Sed como ella y apartad la mirada.

La hechicera y el erudito corrigieron sus posturas de rodillas y mantuvieron la mirada en el suelo. Los niños, aunque confusos y aterrados, obedecieron esa voz de autoridad adulta y les imitaron, manteniendo la mirada hacia abajo y la posición arrodillada.

—Votan, teníamos que fingir que les aceptábamos… —empezó a decir Toof.

Pero Cudyu le hizo callar levantando una mano.

—Está bien. Mi padre también fingió en una ocasión rendirse al poder de los agon para esperar su momento. No hay nada vergonzoso en lo que hicisteis. Estabais cautivos de los esclavos rebeldes y solo aparentando someteros habéis podido tener esta oportunidad de escapar. Además, me habéis traído estos terneros díscolos… es una pena que la prole de Théra y Takval no esté entre ellos. Aun así, no olvidaré vuestra contribución.

—Votan, eres el más sabio y clemente —dijeron Radia y Toof al mismo tiempo mientras postraban una rodilla en tierra e inclinaban la cabeza en sumisión.

—¿Qué pensáis que deberíamos hacer con estos niños? —preguntó Cudyu en un tono casual.

Radia y Toof se miraron entre sí.

—Estos cachorrillos pueden no ser una amenaza ahora —aventuró a decir Toof en voz baja—, pero cuando crezcan…

—Habla más fuerte —dijo Cudyu.

La cara de Toof se puso colorada y parecía que le costaba trabajo verbalizar sus pensamientos. Radia acudió en su auxilio.

—Lo correcto sería sacrificar a estos jóvenes rebeldes para enviar

un mensaje de paz a nuestros hermanos y hermanas que han perdido la vida a causa de la traición de Luan Zya.

—¿Cómo pueden ser ellos responsables de los pecados de Luan Zya? —preguntó Cudyu.

Radia lanzó una mirada a los niños arrodillados al pie de la colina. Luego, con el rostro lleno de odio, se giró hacia el pékyu.

—Todos los bárbaros dara son iguales. Los pecados de uno deben ser expiados por todos. Esa fue la enseñanza del pékyu-votan.

Cudyu caviló un rato sobre la suerte de los cautivos, mientras Radia y Toof continuaban sobre una rodilla, sin atreverse a hablar.

A Cudyu le resultaba extraño el afán de los dos lyucu liberados por matar a los niños.

Cuando descubrió que los hijos de Théra y Takval no estaban entre los prisioneros, perdió el interés por ellos y su instinto había sido hacerlos desfilar por los distintos poblados agon y luego sacrificarlos públicamente para instilar miedo y obediencia. Pero parecía que Radia y Toof querían matarlos de inmediato.

¿Conocen los niños algún secreto de estos dos? ¿Quizá hicieron algo vergonzoso durante su cautiverio, traicionaron a los lyucu para ganarse el favor de los agon y los dara, o… adoptaron costumbres bárbaras?

Él era, por naturaleza, un pékyu suspicaz. Más que ninguna otra cosa, odiaba ser *utilizado*. Cuanto más deseaba alguien que hiciera algo, más probable era que tuviera intereses ocultos. Al final decidió que mantendría a los niños con vida.

Cudyu sacudió la cabeza como si emergiera de un sueño.

—No. Eso no es lo correcto. Os ciega la sed de venganza. Es probable que algunos de estos niños sean hijos de quienes escaparon con Théra y Takval. Como no les reconocéis, tendremos que esperar a que se junten con los demás cautivos y veamos si alguno de ellos sabe quiénes son sus padres. Manteniendo a los cachorros con vida tendré otra manera de doblegar a sus padres bajo mi voluntad. Al igual que forzamos la obediencia de los garinafins al mantener como rehenes a sus crías, estoy seguro de que estos corderos nos serán más útiles vivos que muertos.

—La sabiduría del pékyu es incontestable —dijeron Toof y Radia a la vez.

—Votan —dijo Tovo, el thane-garinafin de más confianza de Cudyu —, deberíamos ir tras los rebeldes agon y dara huidos antes de que se enfríe su rastro —Tovo había crecido cazando con Cudyu, y lo único que le gustaba más que abatir a un tigre de colmillos era cazar presas de dos patas.

—Por supuesto —dijo Cudyu. *Aquí estamos perdiendo el tiempo*—.

Preparad los garinafins; saldremos inmediatamente después de almorzar.

—¿Qué hacemos con los niños?

—¿Que qué hacemos con ellos?

—Araten ya se ha marchado. Me temo que si los dejamos con los guerreros encargados de limpiar el valle, la situación puede resultar… demasiado tentadora.

Cudyu comprendió lo que Tovo insinuaba. El ataque al valle de Kiri, aunque victorioso, había tenido también un alto coste. Especialmente la trampa final de Nméji Gon, que había herido y matado a muchos guerreros. Dejar aquí a los niños seguramente incitaría a los naros y culeks que quedaban detrás a tomar represalias, y cuando Cudyu y Tovo regresaran probablemente encontrarían muertos a todos los cautivos. De hecho, el temor a ese tipo de represalias había sido la razón para enviar de regreso a Taten a los demás prisioneros, tan pronto como terminó la batalla, bajo la custodia del thane agon rendido Araten, junto con los guerreros lyucu heridos.

Cudyu se giró hacia Toof y Radia, con una mirada calculadora en el rostro.

—Estos son vuestros cautivos. Puede que vuestros futuros esclavos. ¿Cómo proponéis que les mantengamos a salvo?

—Mmm… —Toof se rascaba la cabeza y la barbilla y el sudor perlaba su frente.

Cudyu tuvo que aguantar las ganas de reír. Parecía que el naro estaba dedicando cada pliegue de la adiposa esponja de su cráneo al esfuerzo de encontrar una solución al rompecabezas que su señor le había planteado. Se descubrió simpatizando con ese Toof. Las personas estúpidas pero leales son las mejores.

—Tal vez puedas ordenar a algunos thanes de confianza que los lleven a Taten, como a los demás cautivos —sugirió Toof, después de mucho pensar.

—¿Os ofrecéis de voluntarios, entonces? —preguntó Cudyu con una sonrisa curvando las comisuras de sus labios.

Toof se quedó mirando al pékyu, con aspecto de estar desconcertado. Pero Radia, que parecía poseer una mente mucho más ágil a ojos de Cudyu, inclinó inmediatamente la cabeza.

—Gracias, oh gran pékyu.

—Pero nosotros no somos thanes… —objetó Toof.

Radia se giró hacia él, mirándole con incredulidad, y le dio un puñetazo.

—¡Cierra el pico, idiota! ¡Da las gracias al pékyu!

—¡Ay! —gritó Toof. Luego, un instante después, pareció comprender finalmente—. Oh. ¡Oh! ¡OH! —exclamó, imitando la reverencia de Radia—. Para un naro sin rebaño como yo, verme ascendido a thane… oh, no tengo palabras para expresar mi gratitud… no tengo palabras… no hay palabras…

—A partir de este día, piensa en mí y en Toof como tus más obedientes sabuesos —dijo Radia—. Si arrojas tu lanza de señales a una roca, ambos la morderemos. Si tiras tu lanza de señales a nuestros propios hijos, los destrozaremos. Con solo señalar con tu dedo más pequeño al enemigo, ya sea hombre, bestia o dios, no dudaremos en atacarle con todas…

—¡Vale, vale! —dijo Cudyu, haciendo un gesto con la mano a los dos thanes recién ascendidos—. Realmente habéis pasado demasiado tiempo entre los esclavos dara… incluso os rebajáis como ellos. No hagáis que me arrepienta de mi decisión.

—Nunca. ¡Nunca! —Radia y Toof agitaron sus cabezas como dos tambores sonajeros.

—Entonces, está arreglado. No pertenecéis a ningún clan, ¿verdad? Puede que le pida a Tovo que os adopte más tarde… Los chamanes os marcarán las cicatrices de rango esta noche, y luego ambos os encargaréis de escoltar a los prisioneros hasta Taten.

Radia y Toof le miraron angustiados.

—Pero… pero…

—¡Acabas de nombrarnos thanes! ¿No deberíamos estar a la vanguardia, persiguiendo sin descanso a tus enemigos como la primera tormenta del invierno?

Todos sabían que escoltar prisioneros cuando todavía quedaba batalla por delante era una tarea vergonzosa, adecuada únicamente para los débiles y enfermos.

—Nada de peros. ¿No acabáis de decir que haríais cualquier cosa que os pidiera? —la voz de Cudyu se volvió severa.

En su interior, se sentía bastante complacido por la reacción de esos dos. No confiaba en ellos, no por completo, y era mejor tenerlos apartados. Pero el hecho de que estuvieran tan ansiosos de servir a su votan era buena señal. Y al juntarlos con los prisioneros, tenía la esperanza de que los jóvenes cautivos estuvieran tentados de decir algo que revelara el secreto vergonzoso que, estaba seguro, escondían esos dos —aunque resultara no ser más que haber hablado mal de Pékyu-votan Tenryo o haber permitido que les adoptara algún clan agon. Le gustaba conocer los secretos de las personas; facilitaba su control. Les pediría a los demás guardias que les echaran un ojo.

—Haremos como dices, votan —dijo Radia, mientras ella y Toof

inclinaban la cabeza, totalmente sumisos.

Tanto, Rokiri y los demás niños miraron fijamente a los dos nuevos thanes lyucu con un odio absoluto. Se alegraron al ver que Radia y Toof permanecían lejos de ellos el resto del día.

Durante cinco días, los dos garinafins y sus pasajeros se dirigieron al noroeste siguiendo el río de la Sangre, uno de los dos que desembocaban en el Mar de las Lágrimas. Era el camino que llevaba a donde Pékyu Tenryo había pasado su infancia entre los agon, y ahora era una importante base militar desde la que Cudyu ejercía control sobre las tribus circundantes.

—¿Otra ronda, votan-ru-taasa y votan-sa-taasa? —preguntó Toof levantando la pequeña copa de piel. Fabricada a partir de un armazón formado por cuatro costillas de oveja enlazadas y una pieza colgante de piel de oveja, la copa de piel era un sustituto portátil del cuenco de cráneo preferido en las planicies para consumir kyoffir.

Los otros ocho guardianes de la misión de transporte de prisioneros, que descansaban en torno al pequeño fuego, sacudieron la cabeza. Las primeras noches del viaje, Toof y Radia se habían contenido, porque decían que todavía se estaban curando de las cicatrices de las quemaduras de la espalda que marcaban su nuevo rango. Todavía ninguno de los guardias lyucu creía conocer bien a los nuevos thanes.

—Ya he bebido… demasiado —dijo una de los guardias arrastrando las palabras. Era una naro de sesenta y tantos años, que hace tiempo había dejado atrás su plenitud como guerrera.

—¡No hemos tomado auténtico kyoffir lyucu desde hace años! —dijo Radia—. Vamos, sería una vergüenza dejarnos beber solos a Toof y a mí —dijo mientras agarraba el odre de kyoffir y empezaba a caminar alrededor del círculo, buscando copas vacías.

—¿De qué estáis tan preocupados? —preguntó Toof—. ¿Creéis que vamos a encontrar rebeldes agon por aquí? ¿O acaso soñáis con recibir una distinción al valor?

La vieja naro soltó una risa burlona. Como los demás guardias del destacamento, era de una de las tribus que vivían más cerca del valle de Kiri, y había sido reclutada en el último momento para reforzar el asalto a la base secreta. Ahora que el ataque había finalizado y el pékyu se había ido a perseguir a los rebeldes huidos, la habían relegado a ese trabajo desagradecido. Era bochornoso saber que el pékyu la consideraba tan poca cosa.

—Si no vais a combatir —dijo Radia— al menos podríais disfrutar. Por eso hice acopio de kyoffir antes de salir. Es una pena que no tengamos unas buenas hojas de tolyusa para fumar…

—Bueno… supongo que podría tomar o-otra copa —dijo la vieja

naro. Pensó que la thane tenía razón. ¿De qué servía sentir lástima de una misma a su edad? Era preferible ahogar las penas. Levantó la copa.

Los demás guardias, igual de desmoralizados, levantaron sus copas de piel para que se las rellenaran.

—Bebamos a la salud de nuestro pékyu —brindó Toof—. ¡Y por que todos lleguemos a thane-garinafin!

Los guerreros lyucu se rieron ante lo inalcanzable de ese absurdo deseo. Vaciaron sus copas, esperando tener más suerte en sus sueños de la que tenían en la vida real.

Toof y Radia bebieron con tanto entusiasmo que el kyoffir les caía por el cuello —probablemente el líquido embriagador se derramó más por sus ropas que por su garganta.

A cierta distancia del círculo de los guardias yacían los prisioneros amarrados, y algo más alejados dormían dos garinafins. Uno de ellos era demasiado viejo para escupir fuego, porque había perdido el diente canino usado para prender las llamas, y el otro era tan joven que apenas podía volar un día entero y tenía que descansar a menudo. Como sus equivalentes humanos, no tomarían parte en la gloriosa cacería de los fugitivos.

Tanto murmuraba maldiciones mientras miraba fijamente a los guardias que bebían a la parpadeante luz de las llamas.

—Si alguna vez pongo mis manos en ellos, me haré un orinal con la cabeza de Toof…

—Chisss —musitó Sataari—. Cuanto menos digas, mejor.

—¿Cómo puedes estar tan calmada? —preguntó Tanto—. ¿No estás furiosa con ellos? Han traicionado nuestra confianza.

—¿De qué sirve enfurecerse si estamos amarrados de esta manera? —dijo Sataari, agitando los dedos de los pies, prácticamente la única parte del cuerpo que le permitía cierta libertad—. Cierra los ojos e intenta descansar. Todavía tenemos un largo viaje por delante.

Tanto suspiró y cerró los ojos, pensando en sus padres. Se quedó dormido mientras rezaba a los dioses para que les mantuvieran a salvo.

Toof y Radia se arrodillaban a sus pies y él sentía el dulce placer de la venganza.

Mientras los dos se encogían de miedo, levantó su maza de guerra. Iba a ser como los héroes de esas viejas historias; derrotaría a sus enemigos y animaría a los espíritus de todos sus amigos y seres queridos muertos en el valle de Kiri…

Alguien le pegó una fuerte patada en las costillas.

—¡Ay! —gritó, y se despertó.

—¡Date prisa! —susurró su hermano—. ¡Nos vamos!

—¿Qué? ¿Adónde?

Pero no había tiempo para respuestas. En todo el campamento reinaba un silencioso ajetreo. Los guardias lyucu estaban despatarrados alrededor del fuego, sumergidos en su sueño etílico. Los niños corrían hacia los dos garinafins, donde Razutana y Sataari les iban sujetando uno por uno.

Y los otros dos adultos que les ayudaban eran… Toof y Radia. Tanto refunfuñó y corrió hacia Toof. El hombre le daba la espalda y el muchacho dio un salto para patearle el trasero. El hombre cayó resoplando y se golpeó la cara contra el duro suelo.

Tanto estaba a punto de atacarlo de nuevo cuando Sataari le agarró por detrás y le sujetó con firmeza.

—¡Para! Nada de ruidos. Nos están ayudando a escapar.

—¿Qué? —*¿Sigo soñando?*

—¡Más tarde! —susurró la hechicera.

Sataari le ayudó a subir al lomo del garinafin más pequeño y Radia lo ató con una correa a una cincha colgante.

—Quédate quieto. No asustes al garinafin —susurró la lyucu.

Aturdido, observó cómo Toof se encaramaba apurado a la cabeza del agitado garinafin, que parecía a punto de chillar. El ataque de Tanto a Toof le había alarmado, haciéndole pensar que algo iba mal. Si chillaba, seguro que despertaría a alguno de los guardias lyucu.

Todos contuvieron el aliento.

El garinafin se calmó cuando Toof le acarició el morro mientras le arrullaba.

En pocos minutos, todos los niños estuvieron sujetos sobre los dos garinafins. Sataari trepó a la silla del más viejo mientras Razutana subía a la del más joven.

—Literalmente, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo —dijo Razutana con el rostro ceniciento.

—Yo tampoco soy una piloto experta —dijo Sataari—. Solo sé lo suficiente para no matarnos… espero. Creo que tu montura seguirá a la mía.

Toof y Radia seguían sobre el suelo.

Tanto les observaba en completo silencio. De algún modo parecían mucho *más* de lo que nunca le habían parecido. Se preguntó si alguna vez sería capaz de distinguir los corazones verdaderos de los falsos.

—¿Estáis seguros de lo que hacéis? —preguntó Sataari.

Toof y Radia asintieron.

—Si también desaparecemos nosotros, nuestras familias allá en el

norte pagarán las consecuencias —dijo Radia—. Si nos quedamos, al menos existe una posibilidad de que salgamos del paso.

—Pero no os quedan casi provisiones —dijo Sataari—. Permitid que al menos os deje más penmican.

—No —dijo Toof—. Podemos encontrar liebres de culo chamuscado y cavar para atrapar topillos, a pesar de toda esta nieve. Necesitaréis todas las provisiones que transportan los garinafins cuando lleguéis a las salinas.

Sataari asintió. Decir *gracias* era insuficiente para expresar lo que los dos thanes lyucu habían hecho, así que no se molestó en decirlo. Dio un golpecito con las rodillas al viejo garinafin para animarlo a despegar.

—No ha descansado lo suficiente esta noche —dijo Toof—. No le forcéis demasiado. Intenta aterrizar antes de amanecer.

—Creo que estas bestias casi os preocupan más que las personas —bromeó Sataari.

Toof se rio entre dientes y dio un paso atrás para juntarse con Radia.

Ambos garinafins alzaron vuelo. Sataari presionó suavemente con los talones la base del cuello de su montura hasta que tomaron rumbo al este. El otro garinafin, poco más que un inmaduro, le seguía al no recibir instrucciones claras de su piloto —Razutana hacía todo lo que podía con tal de mantenerse en la silla.

Mecidos por el reconfortante pensamiento de la libertad y la rítmica ondulación del garinafin, Tanto y los demás niños cayeron dormidos.

Toof y Radia contemplaron a los garinafins desaparecer en el cielo nocturno y luego se miraron.

—No sé si hemos hecho lo correcto —dijo Toof—. Takval y Théra… deben odiarnos.

—Era la única manera —dijo Radia—. No podían huir de Cudyu con todos esos niños ralentizando su marcha. Lo único de lo que me arrepiento es de que no aligeraran aún más su carga. Y con aquella jugada nos las arreglamos para retrasar la persecución medio día. Cada segundo cuenta.

—Todavía me estremezco al pensar en aquel momento… cuando Cudyu nos preguntó qué hacer con los niños. Nos estábamos jugando sus vidas.

—Cudyu siempre ha sido como un garinafin inmaduro de mal carácter. Si le dices que vaya al este, él va hacia el oeste. Fue una apuesta sencilla —Radia intentó parecer despreocupada, pero le tembló la voz.

—Si hubiera aceptado, no me habría quedado otra opción que morir intentando defender a los niños.

—Son nuestra tribu —dijo Radia asintiendo—. Gracias a los dioses, no fue necesario llegar a eso.

—No todas nuestras apuestas resultaron bien —dijo Toof—. Vara… —no pudo seguir hablando.

—No teníamos tiempo de dar explicaciones —Radia le colocó un brazo consolador sobre los hombros—. Intentaste salvarla. Lo intentaste.

No dijeron nada más durante un rato. El único sonido era el de los ronquidos de los guardias lyucu que dormían y el aullido del viento soplando en las planicies. Puede que se oyeran gemidos sofocados, pero era difícil de decir.

—¿Crees que ahora cabalga sobre los garinafins-nube más allá del Borde del Mundo? —preguntó Toof, cogiendo su maza.

—Eso espero —dijo Radia, cogiendo también la suya—. Pero ¿quién sabe lo que ocurre en el más allá? Nosotros tendremos que llevar el nombre de Ronalek y darle significado. ¿Quieres que te golpee yo primero o prefieres lo contrario?

—Mejor yo primero —dijo Toof, suspirando—. No tienes una mano muy amable y me temo que si me atizas tú primero no seré capaz de devolver el golpe.

—Valiente llorón. Está bien, pega tú.

—Recuerda, Razutana y Sataari no son guerreros… unos pocos golpes ligeros bastarán.

—¡Ja! Son más fuertes de lo que crees. Además, tenemos que ser convincentes.

Mientras las estrellas giraban en lo alto, los dos thanes lyucu balancearon sus mazas de hueso uno contra el otro y gruñeron, escupiendo ocasionalmente los dientes rotos, hasta que al final ambos cayeron donde los garinafins habían estado durmiendo, esperando que sus caras sangrientas y miembros amoratados contaran una historia lo suficientemente buena.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

PRIMER CONCURSO: PARTE I

GINPEN: QUINTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTICUATRO MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

Señores y señoras, prestadme vuestros oídos
o mejor aún, añadid vuestros ojos, nariz y lengua,
¡Y, manos a los palillos, aplaudid y vitoread!
Sed testigos de esta magnífica guerra
donde los pinches son tropa, y los chefs, generales,
¡Pero las únicas bajas son las albacoras!

Con animados gestos y cadencia musical, Lolotika Tuné, chica estrella de El Aviario, la casa índigo más exclusiva de Ginpen, animaba a la multitud en la Plaza del Templo dando vueltas sobre el escenario recién levantado. Era un hermoso día primaveral en Ginpen, y miles de personas se habían acercado para asistir a este inusual evento culinario.

Las chicas de El Aviario no eran vendidas a la casa, sino que negociaban contratos de servicio que les permitían escoger a los clientes y ganar un salario fijo, además de las propinas. Aunque las casas índigo tradicionales existían todavía, sus días estaban contados, pues el primer ministro Cogo Yelu seguía presionando para eliminar gradualmente los contratos de servidumbre en tantos sectores como fuera posible, sobre la base de que dichos acuerdos eran incompatibles con los preceptos moralistas. En El Aviario, las muchachas más productivas tenían la oportunidad de convertirse en socias, lo que les daba derecho a una parte de los beneficios y a tener voz en la administración de la casa.

Lolotika —nombre artístico, aunque sus amigos la conocían como «Lolo»— era ampliamente reconocida como la mujer más bella de Ginpen y una poeta de talento, dotada tanto para las canciones cómicas en lengua vernácula como para los versos trágicos en anu clásico. A decir verdad, su presencia atraía a las grandes masas a este primer concurso entre La Espléndida Jarra y El Cofre del Tesoro casi tanto como la propia competición culinaria. El hecho de que Tiphan

Huto la hubiese propuesto como anfitriona fue un golpe de genialidad que había creado todavía más interés.

Mientras la multitud reía y aplaudía, Séca Thu, anfitrión del acto junto con Lolo y sobrino de Kita Thu, arconte de los laboratorios imperiales de Ginpen, subió al escenario y presentó al panel de jueces sentados en la mesa baja y alargada situada a su espalda. Eran monjes, eruditos, nobles, prominentes comerciantes, poetas, artistas y destacados gourmets cuyos comentarios sobre los restaurantes eran seguidos con avidez, los jueces representaban a la flor y nata de la sociedad de Ginpen. Lolo y Séca les habían elegido tomando en cuenta las sugerencias del público.

La viuda Wasu y Tiphan Huto, acomodados en dos esteras a ambos extremos del escenario, se lanzaban miradas furibundas mientras los jueces se levantaban, uno por uno, y saludaban con una reverencia a la excitada muchedumbre.

Era una pena que el magistrado Zuda hubiera rechazado la invitación, pero ni la viuda Wasu ni Tiphan Huto podían criticarle que no quisiera dar motivos para pensar que el gobierno pudiera inclinar la balanza en una competición privada. Dado que se rumoreaba que la viuda Wasu tuvo conexiones con la familia imperial en el pasado, en realidad Tiphan se alegró de que ningún funcionario tomara parte en el concurso.

—Empezaremos explicando las reglas a todo el mundo —dijo Séca.

—En primer lugar, siendo esta una competición de cocina, la comida tiene que ser la estrella del show —dijo Lolo con su voz meliflua—. Solo porque Séca sea tan guapo, jueces, no podéis dejarle que os robe la atención —se volvió para guiñar un ojo a los jueces.

El público se rio y dio alaridos, y algunos de los jueces masculinos que habían estado clavando los ojos en Lolo, embutida en un diáfano vestido vaporoso que resaltaba sus curvas, se sonrojaron y rieron entre dientes. Luego se sentaron arrodillados en *mipa rari* y contemplaron solemnemente la mesa vacía que tenían enfrente, como si fueran estudiosos listos para comenzar sus ensayos en el Gran Examen.

—Cada parte presentará un menú completo a los jueces: unos entrantes, un plato principal de carne y verduras, bebidas y un postre —continuó Lolo—. La única limitación es que deberán cocinar los platos con los ingredientes disponibles y el personal contratado por cada competidor… no pueden correr en el último minuto a encargar un plato en otro restaurante y hacerlo pasar por suyo.

—En segundo lugar, aunque los jueces solo tendrán en cuenta el resultado final —dijo Séca—, no tiene gracia que el resto de nosotros nos limitemos a verlos comer, ¿verdad? —la muchedumbre murmuró

su aprobación—. Por eso, hoy van a cocinar al aire libre, aquí, en la Plaza del Templo. ¡Ambos restaurantes han aceptado traer su equipo y preparar las comidas delante de nosotros! —y señaló dos pequeños escenarios, uno a cada lado del escenario principal. Fuertes gritos y aplausos surgieron entre la gente.

El personal de La Espléndida Jarra y de El Cofre del Tesoro llevaba unos días montado sus fogones, hornos, encimeras y tablas para picar, y junto a los escenarios esperaban carretas llenas de ingredientes y equipo adicional.

—Vamos a conocer a los concursantes —dijo Lolo, con una sonrisa radiante en su rostro terso y sin mácula, del mismo tono que las arenas negras de la playa de Lutho e igual de fascinante. Se dirigió hacia la parte occidental del escenario, adoptó una pose y dejó que su voz llenara la enorme plaza.

»En primer lugar, cocinando para el aspirante, El Cofre del Tesoro, tenemos a una auténtica leyenda de las hogazas, *pana méji* de las tartas, sabia de las especias, maestra de los adobos, genio de las mermeladas, filósofa de las sartenes, erudita de las ollas, campeona de las tablas de picar, virtuosa de los víveres (de acuerdo, admito que esto último es un poco exagerado). —Tomó aliento antes de continuar —. Natural de los valles brumosos de las montañas Damu, esta avezada chef hacía buñuelos antes de echar a andar o de hablar y es heredera de siete generaciones de saber culinario y técnicas secretas —¿podéis imaginar las delicias gustativas que acechan en una mente que atesora toda la herencia familiar?—. Deberíais sentiros afortunados, porque esta familia ha rechazado invitaciones y tentaciones de las familias más ricas de Dara durante generaciones, de reyes y grandes duques Tiro, de piadosos sacerdotes y concienzudos ministros, de virtuosos eruditos e inescrupulosos magnates del robo, habiendo preferido cultivar su arte puro en aislamiento eremítico. El ilustre antepasado de esta curtida artista culinaria golpeó en la mano al joven emperador Mapidéré por atreverse a coger una galleta del plato antes de que el gran chef considerase que estaba lista —sí, claro que esa historia es cierta, porque se la escuché a un cliente borracho. ¡Rindámonos ante el mito, la leyenda, la cruben de los cocineros, el dyran de los reposteros, ¡MOOOOO-ZO MUUUUUU!

Entre fuertes aclamaciones y fragorosos aplausos, una figura salió precipitadamente de la carreta cubierta sujeta junto al escenario pequeño situado al oeste. Subió las escaleras, se colocó en su lugar y observó con calma al público. Luego dio una palmada para convocar al escenario a su equipo de ayudantes y comenzó a dirigirles hacia sus puestos.

La multitud estiraba el cuello para ver mejor.

—¡No es más que una niña!

—¿Cuántos años tiene? ¿Doce?

—¡Cómo diantres va a dirigir ella una cocina?

—No juzguéis tan deprisa, ¿recordáis que Lurusén escribió su primer poema cuando tenía siete años? El gran talento puede venir en envoltorios pequeños.

Mientras la multitud exclamaba y se sorprendía por la juventud de Mozo Mu, Kinri y Diente de León, que espiaban la escena desde un carromato cerca del escenario de la derecha, se miraron asombrados.

Diente de León y la Banda de las Flores estaban presentes como invitados de la viuda Wasu. De hecho, estaban sentados dentro del carromato destinado en un principio a Teson Wasu, el director. Teson había suplicado que le permitieran quedarse en La Espléndida Jarra para cuidar al chef principal Néfi Ézugo —aunque algunos de los sirvientes murmuraron que la auténtica razón era que Teson estaba demasiado nervioso para asistir a la competición en persona.

—¡Sabía que había algo extraño en ella! —dijo Diente de León—. Tengo un sentido especial para estas cosas.

—Si no recuerdo mal, fui yo quien dijo que deberíamos memorizar sus poemas —dijo Kinri—. Tú estabas muy ocupada discutiendo con Arona.

—Creído —dijo Diente de León sacándole la lengua. Habían pasado los mejores momentos de la última semana juntos, compartiendo historias y trabajando codo con codo.

La «avezada» Mozo Mu no era otra que la chica que habían visto en la cocina de El Cofre del Tesoro durante su misión espía.

—No sé por qué todos le tienen tanto miedo. Es imposible que alguien tan joven pueda cocinar mejor que Mati.

—Es una adversaria más dura de lo que puedas suponer —dijo Diente de León—. Fíjate en el modo en que dirige a sus ayudantes. Les tiene trabajando en paralelo sobre distintas partes del mismo plato, pero ella es la única que las reúne al final.

Kinri echó un vistazo.

—Está bien, lo veo. ¿Y qué?

—Así se asegura de que ninguno de los asistentes se entere de toda la receta. ¿Recuerdas cómo la vimos musitando las recetas en código y dando instrucciones aisladas a sus ayudantes? De ese modo guarda en secreto las claves de los platos de Suda Mu. Es muy sagaz.

Kinri asintió.

—*Es* inteligente.

Tanto Lolo como Séca estaban aparentemente anonadados por la

tierna edad de esta heredera del gran chef, y se produjo una pausa en el desarrollo del acto. Mientras tanto, Tiphan Huto sonreía como una luna creciente. La revelación de su arma secreta había ido tal y como lo planeó. El escepticismo y la sorpresa de la multitud incrementarían aún más el caldeado interés por su restaurante.

Los anfitriones volvieron a tomar el control de la multitud cuando Séca se dirigió al extremo oriental del gran escenario y comenzó a hablar con voz sonora, como si recitara un discurso a los profesores de una de las afamadas academias de Haan. A fin de cuentas, se había incorporado a los laboratorios imperiales de Ginpen como investigador y adoptaba de modo natural la forma de declamar en las aulas.

—Cocinando para el campeón que defiende su título, La Espléndida Jarra, nuestro segundo concursante es una sustituta de última hora del chef principal, que ha sufrido un contratiempo de salud. Pero no la subestiméis porque no es famosa. Empezó a cocinar para toda una familia de doce cuando tenía cinco años y su madre quedó postrada en cama, a causa de una enfermedad degenerativa, y todos sus hermanos tenían que trabajar en los campos. En lugar de en antiguos recetarios o de célebres chefs, aprendió el arte de la cocina tradicional de Cocru de los más implacables profesores: los ruidosos parroquianos de las tabernas de cerveza y buñuelos. Leal servidora del clan Wasu durante más de veinte años, ¡demos una calurosa bienvenida a Mati Phy!

Esta vez el aplauso fue más moderado, más producto de la cortesía que de la emoción. Aunque Séca había intentado exprimir al máximo la escasa biografía provista por Mati, carecía del talento de Lolo para el teatro y no pudo hacer gran cosa para compensar las calificaciones mediocres de Mati. Ni siquiera los mejores cocineros pueden preparar una comida sabrosa sin sal.

Mati subió al escenario por el este y parecía nerviosa. La multitud no pudo evitar comparar a la subjefa de cocina súbitamente convertida en centro de atención con la segura joven prodigio. Algunos empezaron a preguntarse si La Espléndida Jarra se había ganado su lugar como primer restaurante de Ginpen o simplemente sacaba partido a la reputación de la viuda Wasu. Ciertamente, la viuda había preparado en una ocasión la comida previa a la coronación del emperador Ragin, pero era dudoso que se pudiera calificar de gourmet al emperador, dados sus orígenes como bandido, no como hombre refinado y de conocimiento.

Incluso antes de servir el primer plato, parecía que El Cofre del Tesoro ya había cantado victoria.

—¿Listos? —preguntó Lolo dirigiendo la vista de un escenario

pequeño al otro.

Mozo y Mati asintieron.

—¡Adelante!

Una paloma se posó en la pantalla gigante situada al fondo del escenario, detrás de los jueces —¿qué pintaba ahí una pantalla?—, junto con un par de cuervos, uno negro y otro blanco. Un gran perro —sospechosamente parecido a un lobo— daba vueltas alrededor del público.

En medio del entusiasmo despertado por la competición, nadie prestó atención a las aves. El perro, a pesar de su tamaño, era tranquilo y amistoso, y permitía a los niños del público que jugaran con él sin signo alguno de estar molesto. Confiados, los padres volvieron a poner sus ojos en los escenarios.

«¿Por qué nos has invitado a venir, Rufizo…».

«… cuando tienes tantas cosas importantes por hacer?».

«¿No queréis saber cómo acaba la competición?».

«¡Esto es una bobada! ¿A quién le importa un puñado de cocineros cuando se va a librar una guerra y está en juego la vida de millones de personas?».

«Hermanas y hermano, tened paciencia. Incluso cuando las islas están asoladas por un tifón, la gamba continúa la danza y el cortejo para atraer a su compañera en las albuferas protegidas. Incluso cuando la tormenta de nieve mata miles de flores, bajo tierra el thasé-teki *sueña con su floración de verano. La vida continúa incluso en medio de la guerra titánica y la destrucción devastadora. ¿De qué sirve conspirar y preocuparse por las vidas de millones si no fuera a llegar una primavera templada de tonterías, ni un baño restaurador de alocadas travesuras, ni bálsamos de regocijo para los corazones agotados y los espíritus sobrecargados?».*

«¿De. Qué. Estás. Hablando?».

Suspiro.

«Dejad que os lo diga de otra manera. ¿Os acordáis de cómo empezó Kuni, en un bar con sus amigos, comparándose unos a otros con flores?».

«¿Estás sugiriendo que estos mecánicos… estas "Flores"…».

«… tienen más posibilidades de cambiar el destino de Dara que Jia?».

«¿Quieres decir que estos cocineros pueden suponer una mayor amenaza para los lyucu que Phyro? ¿Qué es lo que sabes y no nos estás contando?».

«¿Estás… ?».

«¡Paciencia! No conozco el futuro mejor que vosotros. Pero soy un dios. Tengo permiso para creer en augurios».

Sobre el escenario occidental, Mozo Mu era un borrón de movimiento. Saltaba de una estación de cocina a otra como un pájaro carpintero

decidido a encontrar un buen lugar donde posarse, gritando instrucciones a sus ayudantes, comprobando ingredientes y probando las salsas antes de regresar a la isla central, su centro de mando. Media docena de sirvientes le llevaban fuentes con ingredientes parcialmente preparados y ella examinaba su trabajo con ojo crítico, en ocasiones mandando las cosas de vuelta cuando no estaban a su entera satisfacción. El escenario de cocina al completo funcionaba tan fluidamente como un campamento militar disciplinado, y todos parecían saber exactamente lo que tenían que hacer.

Por fin, cuando estuvo satisfecha con la preparación de los alimentos, se subió a un taburete junto a la isla central para poder llegar a toda la encimera, agarró el pulido cuchillo de acero y lo manejó con deslumbrante destreza para rebanar, cortar en dados, trocear, trinchar, rallar, partir, perforar y pelar. Se movía con tal facilidad y confianza que al público fascinado le recordó a un intérprete de la danza de la espada de Cocru.

Lolo y Séca se desplazaban por el escenario principal, observando los escenarios pequeños a ambos lados. Los acompañaba una de los jueces, la señora Gina Cophy, una noble rolliza en la cuarentena con fama de ser gran amante de la buena comida. Había fundado un club gastronómico formado por mujeres nobles de las familias más antiguas de Ginpen, que salían a cenar una vez por semana a uno de los restaurantes de la ciudad, tras lo cual daban a conocer su juicio en fiestas de té y poesía y en conversaciones privadas. Se decía que una palabra del club de Gina podía poner de moda un restaurante nuevo en la ciudad o de cerrarlo.

—Señora Cophy, ¿podéis decirnos lo que se cuece en la cocina de El Cofre del Tesoro? —preguntó Lolo. Colocó un megáfono de seda y bambú delante de la boca de Gina para que la multitud pudiera oír su voz, más bien tenue, por encima del alboroto procedente de ambas cocinas.

—Mmm, debo decir que estoy algo confusa —aunque al principio no estaba habituada a hablar por el megáfono, Gina Cophy enseguida se sintió cómoda con el instrumento. Era agradable tener a todos pendientes de cada palabra suya—. La técnica con el cuchillo es excelente, por supuesto, pero no estoy segura de saber el plato que Mozo está preparando. Las codornices ébano son bastante raras, como sabes, y muy apreciadas por sus huesos medicinales y su carne tierna.

—Es realmente impresionante que El Cofre del Tesoro haya conseguido docenas de ellas, ¿verdad?

—Oh, por supuesto. No he conocido ningún restaurante que pudiera tener más de cinco al mismo tiempo. Cuando vivía mi marido,

el barón, La Cruben Retozona le reservaba una siempre que tenían.

—¡Pero parece que Mozo Mu descarta la mayor parte del ave! —gritó Lolo.

En efecto, el público podía ver que Mozo cogía cada ave desplumada, del tamaño de un puño, y le hacía unos pocos cortes precisos en la carne. Luego dejaba caer algo en un cuenco de porcelana y arrojaba el resto del ave al cubo de la basura.

—Por eso estoy confusa —dijo Gina—. Cocinar una codorniz ébano *sin* aprovechar el hueso ni gran parte de la carne es de lo más extraño, ¡oh, espera! —Se inclinó sobre el borde del escenario grande y se hizo sombra en los ojos con una mano para ver mejor—. Todas las aves son machos. ¡Está extrayéndoles los testículos!

Al oírlo, Séca hizo un gesto de dolor, al igual que muchos de los hombres del público. Algunas mujeres echaron a reír.

Aunque algunas tabernas en Cocru y Faça servían a veces testículos de gallo, estos no formaban parte de la cocina tradicional de Haan.

—Una decisión… de lo más inusual —dijo Séca con una débil voz.

—Oh, esto me complace todavía más —exclamó Gina con entusiasmo—. En ese rincón puedes ver a uno de los subjefes extrayendo las huevas de los cangrejos de aguas profundas. Y más allá de la isla están cortando las vainas de las algas de cola de dyran —como sabes, tienes que examinar mil algas para encontrar una sola vaina. ¡El coste absoluto de este plato debe ser impresionante!

—Está bien. Creo que ya hemos dedicado bastante tiempo a este lado. Echemos un vistazo a la otra cocina, ¿os parece? —preguntó Lolo. Ella y Séca alejaron a la señora Cophy del extremo oeste del escenario, aunque la señora miraba para atrás a cada paso, claramente reacia a marcharse.

En lugar de la frenética actividad que se desarrollaba sobre el escenario de El Cofre del Tesoro, Mati trabajaba con solo dos ayudantes. Los tres estaban apretados en una esquina, con la espalda hacia el público, casi como si tuvieran miedo de mostrar lo que estaban haciendo.

—¡Oh, escucha el crepitar del aceite! ¡Fijaos lo fina que está quedando esa masa! —dijo Lolo. Hacía todo lo posible para que la señora Cophy pusiera su atención en La Espléndida Jarra.

Lo cierto es que Lolo sentía debilidad por la viuda Wasu. En los tiempos en que no era más que una chica poco importante ligada a otra casa índigo por servidumbre, solía pedir a sus clientes que la llevaran a cenar a La Espléndida Jarra porque la viuda había dado instrucciones al personal para que intervinieran cada vez que alguna de las chicas pareciera tener problemas a causa de un cliente borracho

o violento. Posteriormente, una vez saldó sus cuentas con la casa índigo y compró su libertad, la viuda Wasu le prestó dinero para tomar lecciones de danza y elocución con el fin de impulsar su carrera. «Las chicas que estamos en negocios necesitamos invertir las unas en las otras», le dijo entonces la viuda.

Era natural que Lolo deseara que La Espléndida Jarra conservase su título. Pero, claro, si los comentarios eran demasiado asimétricos, el espectáculo se resentía.

La señora Cophy, sin embargo, no parecía entender las reglas básicas del negocio del espectáculo. Echó un vistazo a lo que hacía Mati y frunció el ceño.

—Parece que el equipo de La Espléndida Jarra está preparando empanadillas… y friéndolas… Están haciendo empanadillas rellenas —su voz se fue perdiendo hasta desaparecer.

—Eeeh, ¿podéis decir algunas palabras más para que el público se haga una idea mejor de estos deliciosos placeres? —la espoleó Lolo—. Tal vez comentar la técnica por encima, o los movimientos del equipo…

—Bueno, no sé si son deliciosos —dijo la señora Cophy—. Por lo que yo sé, son empanadillas normales y corrientes, rellenas de carne de cerdo, condimentadas con cebolletas, empanadillas de cien pliegues. Ni siquiera sabía que las empanadillas eran parte del menú de La Jarra.

—También una decisión… una decisión de lo más inusual, ¿no os parece? —Séca metió baza.

—Sinceramente, yo no estoy segura de que esa comida de campesinos…

—¡Ey, me parece que están preparando algo nuevo en El Cofre! —dijo Lolo, y Séca y ella escoltaron amablemente a la comentarista hacia el otro lado.

El rostro de Mati estaba completamente colorado. Lo había escuchado todo.

Una semana antes, cuando Kinri, Diente de León y la Banda de las Flores contaron a Mati lo que habían descubierto en El Cofre del Tesoro, esta se sintió sobrepasada.

Cuando los seis la rodearon en el patio de cocina, rivalizando para narrar sus aventuras, lo único que oyó fue una riada de nombres de ingredientes exóticos que nunca había tenido en sus manos, de técnicas de cocina que nunca había probado, de poesía clásica anu que nunca había estudiado…

—¡Basta! —dijo levantando las manos—. Dejadlo ya. Este es mi concurso, no el vuestro.

La gente de Ginpen siempre le había parecido demasiado engreída y demasiado orgullosa de sus conocimientos adquiridos en la escuela («elevados», como dirían los poetas). Después de una década en Ginpen, los clientes de las capas altas de la sociedad no le resultaban del todo acogedores. En cierta manera, la capital del antiguo Haan no se diferenciaba mucho, a sus ojos, del nuevo restaurante lujoso de Tiphan: lleno de resplandores dorados en el exterior y una fría bodega de hielo en el interior. Temía que ese no fuera su sitio.

—Pero podemos ayudar —dijo Diente de León—. Están tratando de hacer platos muy sofisticados. Necesitarás a alguien capaz de descifrar su poesía y llegar al corazón de su relato.

Mati no tenía ni idea de lo que estaba diciendo Diente de León. Sabía que los clientes derrochadores que celebraban fiestas en La Espléndida Jarra con chicas de El Aviario no acudían al establecimiento solo por la comida y las bebidas; sabía que Lodan no siempre entendía los acertijos y poemas recitados por los eruditos que brindaban por su mutua salud; sabía que el espléndido restaurante que había ayudado a construir en Ginpen no se parecía en nada a la taberna que había dirigido tiempo atrás en Zudi. Pero ¿qué tenían que ver la poesía y los relatos con la cocina?

—Deja que te ayudemos —dijo Widi Tucru—. Los jueces quedarán impresionados con lo que Mozo Mu ha planeado. Necesitarás jugar fuerte tú también.

Sintió brotar la rebeldía en su interior. A nadie le gustaba que le miraran por encima del hombro. Cierto que ella no sabía leer ideogramas ni recitar poesía, ni era sofisticada como Diente de León o Widi. Pero por muy sofisticado que intentara ser un restaurante, lo importante era la comida, ¿o no? Y aunque no supiera nada de poesía o de relatos, entendía de comida.

—He mantenido el negocio de La Espléndida Jarra con mis simples manos durante tres años —dijo, en un tono más ofendido de lo que pretendía—. Pienso que puedo continuar la partida a *mi* nivel un poco más.

Los demás se miraron unos a otros.

—No queríamos decir eso —dijo Diente de León contrita.

Kinri intentó persuadirla.

—Mati, creo sinceramente que…

—Estoy decidida. Me las apañaré sola con ese Mozo Mu.

De los diez platos que el chef Néfi Ézugo estaba más orgulloso, Mati sabía preparar once —era verdad que había estado mejorando el menú por su cuenta sin hacer mucho ruido. No había ascendido de simple friegaplatos a subjefa de cocina del mejor restaurante de Ginpen sin

aprender unos cuantos trucos por el camino.

Algunos de los platos que habían conquistado la reputación de La Espléndida Jarra requerían ingredientes poco comunes que el restaurante no mantenía en stock en grandes cantidades. A decir verdad, como casi todos los restaurantes, La Espléndida Jarra se había dormido un poco en los laureles con el paso de los años, y los clientes ya no solicitaban esas especialidades tan a menudo.

Mati envió inmediatamente a Kinri y a otros sirvientes de cocina al mercado para comprar provisiones. Quería practicar.

Volvieron con las cestas vacías. No pudieron encontrar nada de lo que necesitaba.

Maldiciendo su mala suerte, les envió fuera de la ciudad, a pueblos y granjas de todo Haan, con la esperanza de que las Gemelas la ayudaran. Aun después de tantos años en Haan, seguía confiando en Rapa y Kana, patronas de la antigua Cocru, más que en Lutho, el dios de esta región. Pero los tenderos contaron al personal que unos días antes habían llegado hombres de Ginpen con bolsas repletas de oro y habían comprado todas las especias y conservas que necesitaban, ofreciendo precios varias veces superiores a lo que solía ser costumbre.

Mati sabía que eso era obra de Tiphan Huto. No solo había llenado las despensas de El Cofre del Tesoro con ingredientes exóticos, sino que además intentaba privar a La Espléndida Jarra de los recursos necesarios para preparar sus especialidades. Una de las razones por las que había ido a comer a La Espléndida Jarra aquel día fatídico fue averiguar qué necesitaba su competidor para preparar sus mejores platos.

Mati rezó a las Gemelas, las diosas de su patria natal; a Lutho, el patrón de esta tierra; a Rufizo, que siempre acudía en ayuda de los necesitados; incluso a Fithowéo, el dios de la guerra —¿por qué no? Había visto que los *cashima* que acudían al Gran Examen también lo hacían. Una guerra era una guerra, ya se fuera armado de espada y escudo o de espumadera y sartén.

Pero, por mucho que rezara, no había podido encontrar los ingredientes que necesitaba.

Kinri volvió a verla, para explicarle que él y sus amigos tenían algunas ideas sobre cómo ayudarla. Esta vez intentó escucharle con la mente abierta, pero ellos no eran cocineros y las propuestas que le hicieron le parecían disparatadas e implicaban el uso de máquinas complicadas y extraños artefactos, la clase de ideas que podían sugerir personas que no sabían nada de cocina.

No, sentir pánico y depositar las propias esperanzas en amigos bien

intencionados pero inexpertos no era la solución. La solución, como había aprendido desde que era una niña, era volver a los básicos.

Allá en Cocru, había conservado la antigua práctica de guardar una taza de arroz cada semana, a pesar de que las demás mujeres jóvenes de la aldea se rieran de sus costumbres anticuadas. Esa reserva le sirvió para poder seguir alimentando a su familia cuando la cosecha se retrasaba. Al comenzar a trabajar para la viuda Wasu, La Espléndida Jarra no era más que una taberna en Zudi, pero tenía un menú de trescientos platillos, resultado de los sucesivos chefs que procuraban incluir novedades para complacer a los clientes más modernos. Ella descartó todos esos nuevos platos y recuperó las empanadillas con mucha grasa y el licor de sorgo barato y fuerte. La antigua manera de hacer las cosas era la mejor, pues había superado la prueba del tiempo. La manera de progresar era ceñirse a lo que mejor sabías hacer, trabajar duro e ignorar el ruido.

Así que ahora Mati, tercamente, enrollaba y cortaba la masa sobre el escenario de cocina, mezclaba el relleno con tocino y una pizca de pasta salada de gambas (porque a la gente le gustaba la grasa y la sal, dijeran lo que dijeran), hacía las empanadillas tal y como le había enseñado su madre (un simple pellizco para sellar la masa, sin adornos sofisticados), y las freía en la sartén exactamente como le había enseñado su padre (dejándolas caer suavemente en el crepitante aceite con una ligera inclinación para que no salpicaran, pero sin dejar que se encogieran por el calor).

No pensaba prestar atención al ruido.

—¡Parece que La Espléndida Jarra es la primera en estar lista para servir los entrantes! —gritó Lolo.

Mati subió al escenario principal. Lodan la seguía inmediatamente detrás con una fuente cubierta de hojas de plátano, y Kinri iba en último lugar con un ánfora estrecha de cuello largo. Mati les había pedido que fueran ellos los camareros porque, a pesar de sus bravatas, se sentía nerviosa, y quería que le acompañasen personas de confianza para, según dijo, «sacarme fuera del escenario si me desmayo».

—¡Oh, esto huele bien! —dijo Lolo. A pesar de llevar años comiendo en los mejores restaurantes con clientes sofisticados, todavía prefería la comida sustanciosa de las tabernas. Los sabores de la propia juventud tenían un atractivo especial.

—Sí, estoy deseando reencontrarme con la salsa de chile y coco —dijo Séca educadamente—. Desde hace algún tiempo, debo admitirlo.

La señora Cophy no dijo nada en absoluto pero arrugó ligeramente la nariz.

Lodan levantó las hojas de plátano para mostrar hileras de doradas empanadillas repletas de un relleno sabroso y sustancioso, fritas a la perfección.

Mientras recorría junto a Lodan la mesa larga y baja, Mati empleaba un par de palillos de servir casi tan largos como su brazo para depositar una empanadilla sobre el plato situado frente a cada uno de los doce jueces. Luego echaba una cucharada de salsa de chile picante y coco en cada plato. Kinri, detrás de ellas, inclinaba el ánfora para llenar la copa de cada juez con un fuerte licor de sorgo destilado en el alambique de casa de Mati. Al igual que las empanadillas, esta clase de licor fuerte de campesinos llevaba años sin servirse en La Jarra.

El juez sentado en un extremo de la mesa, un muchacho de diez años, declinó el licor y se decidió por un té. Cuando Mati y Lodan terminaron de servir a todos los demás jueces, el muchacho preguntó en voz alta:

—¿Me puedes dar otra?

—Por supuesto —dijo Mati.

El muchacho se llamaba Pimié, y era un prodigioso jugador de *cüpa*. La solicitud de Pimié hizo que Mati se sintiera mucho mejor. A menudo, los niños eran los críticos más sinceros.

Mati reservó las últimas empanadillas para Lolo y Séca, los anfitriones.

—Gracias, chef —dijo Lolo. La multitud la observaba fascinada. El modo en que sujetaba la empanadilla entre los palillos y la untaba en la salsa parecía tan elegante como el de un erudito practicando caligrafía. Levantó una larga manga drapeada para medio cubrirse la cara y le dio un mordisquito con sus dientes nacarados—. Mmm —murmuró, recolocándose la manga y cerrando los ojos, al tiempo que su elaborado peinado, inspirado en las agujas de Müning, se inclinaba como el elegante cuello de una grulla—. Podría pasarme el día entero comiendo esto. —Su rostro resplandecía con el placer de la comida y toda su actitud irradiaba gozo.

Muchas personas del público suspiraron. No era extraño que sus clientes pagaran una fortuna solo por comer con ella.

Luego dio un sorbo del licor de sorgo. Al instante su rostro se ruborizó y abrió desmesuradamente los ojos. Volvió a cubrirse la boca cuando le sobrevino un ataque de tos, y sus ojos se bañaron en lágrimas.

—Parece que pega fuerte —dijo Séca, que había declinado cortésmente la bebida cuando Kinri se la ofreció.

A Lolo le costó unos instantes recuperarse. Con una voz ligeramente

rasposa, dijo:

—Había oído que al hegemón le gustaba el licor de sorgo fuerte, y ahora sé por qué es una bebida de héroes.

Mati sonrió a la joven, agradecida por sus iniciativas para elevar la presentación de su cocina casera. Pero fue ganando confianza a cada minuto, a medida que los jueces iban mordiendo el buñuelo, lo masticaban y asentían.

—Aunque hacía tiempo que no probaba una comida tan plebeya, tengo que confesar que me ha congraciado con el encanto rústico —afirmó la señora Cophy—. Los ingredientes cotidianos, bastante comunes de por sí, han cobrado nueva vida. El relleno es abundante, sabroso y está sazonado con simplicidad y osadía; la masa está suave, resbaladiza y moldeada con un candor primitivo. Las empanadillas están cocinadas a la perfección y la salsa de chile y coco que hace arder la lengua complementa bien el sabor. El mejor toque es el licor de sorgo, que resulta tan fuerte y ardiente que llega como una rebelión contra el régimen de sabor de las empanadillas, completamente inesperado y, aun así, perfectamente razonable.

—Señora Cophy, oíros hablar de comida es casi tan bueno como comerla —dijo Lolo.

—Supongo que esa es la razón por la cual La Espléndida Jarra decidió preparar este plato para los jueces —dijo Séca—. Es un homenaje a los orígenes humildes del emperador Ragin y al modo en que él y su amigo el hegemón se rebelaron contra la tiranía.

La multitud lanzó exclamaciones de admiración ante la libre asociación de Séca. Mati exhibía una sonrisa radiante.

Uno tras otro, los demás jueces ofrecieron sus palabras de alabanza, y fue el joven Pimié el que concluyó:

—Son casi tan buenas como las que hace mi madre.

Todos se echaron a reír, especialmente Mati. De todos los elogios recibidos hoy, ese sería el que habría de recordar.

Mientras Mati servía a los jueces el aperitivo de La Espléndida Jarra, Mozo Mu seguía cocinando en los fogones de El Cofre del Tesoro. Desde su isla central, coordinaba y daba órdenes a ocho estaciones de trabajo diferentes. Saltando de una a otra, de la sartén a la pila, de la tabla de picar al mortero y la mano, era un torbellino de movimiento que removía, daba golpecitos, servía con el cucharón, amasaba, probaba, volteaba en el aire —el público a veces no estaba seguro de si observaban a una sola persona o a todo un batallón.

Por fin, cuando Mati se inclinó en una reverencia y se retiró del escenario central entre los aplausos de los jueces, Mozo Mu limpió el último plato e hizo una señal a los presentadores para indicar que

estaba lista.

—Veamos este plato maravilloso que la heredera de Suda Mu ha preparado —dijo Séca, pero fue interrumpido por Mozo, que empezó a cantar con una voz que parecía de una persona mucho mayor.

Tu voz persiste
como una costra que no puedo dejar de toquetear.

Tu risa
un escozor en el corazón que no me puedo rascar.

¡Qué cruel la Señora Rapa!
Haberte hecho tan bella.

¡Qué desalmada la Señora Kana!
Negarme una coraza contra ti.

No hables, amada mía,
mi cielo, mi debilidad crepuscular de cada momento.
Las palabras mienten, no así la música de tus miembros
acariciándome, olas iluminadas por la luna.

Mientras una larga fila de ayudantes la seguían, cada uno llevando un plato delicadamente cromado de comida, Mozo subió sin dejar de cantar al escenario principal, pasó por delante de unos atónitos Séca y Lolo y, cuando llegó al centro del escenario, se giró con teatralidad hacia el público y declamó:

—Presento un plato de mi tatara-tatara-tatarabuelo, Suda Mu, que no ha sido visto en público desde los tiempos de los antiguos reyes de Xana: «Música de los Miembros».

—Increíble —musitó Diente de León desde su posición elevada dentro del carruaje cubierto.

—¿Qué te asombra? —preguntó Kinri, ligeramente irritado—. Ni siquiera has visto su propuesta.

—¿No has escuchado el poema y el nombre del plato? —preguntó Diente de León—. Esos versos son de la gran poeta imaginista Suzaré.

—Creo que me salté a los imaginistas —admitió Kinri—. Solo tienen poemas cursis de amor, ¿no?

—Típico —murmuró Diente de León—. Está claro que no eras un estudiante muy concienzudo.

—Oh, mira quién habla. La que no recordaba gran cosa de la partición de Métashi…

—¡Vale! Lo que pasa es que tenemos distintos intereses. —Diente

de León disfrutaba discutiendo con Kinri. Aparte de Aya, nadie de su edad la había tratado jamás como a una igual. Adoptó un tono más profesional—. Si solo te centras en las guerras y en la política vas a perderte mucho de lo que la vida puede ofrecerte. Suzaré fue alumna de Nakipo, y escribió varios ciclos de poemas a una misteriosa mujer de la corte de Xana a la que amaba, a quien solo conocemos por el nombre de Jito de las Mangas Blancas. Aunque solo han sobrevivido algunos fragmentos, dio nuevo impulso a la práctica de Nakipo de construir intrincados y elaborados poemas visuales con ideogramas anu. Fue una mujer poco habitual de gran cultura en la remota Kriphi, pues también estaba dotada para la interpretación musical y fue la primera en inventar el sistema de anotaciones musicales…

—Haz el favor —suplicó Kinri—. ¿Qué tiene que ver todo esto con la cocina? A menos que me digas que finalmente has descifrado su código, las historias y poemas sobre el amor no sirven de nada ahora.

—Me recuerdas a mi hermana —dijo Diente de León, críticamente. Suspiró—. Aunque bueno, puede que no le gustaran las historias de amor, pero vivió un gran amor… y estoy segura de que le habría gustado Suzaré…

—Cocina, por favor, centrémonos en la cocina.

—¡Está bien! En alta cocina, la clave es apelar a los cinco sentidos. Pero los mejores platos deben recurrir a un sexto sentido, que a veces se describe como el «placer de la mente». Eso significa que el plato debía captar la atención del intelecto, no solo del cuerpo, recurriendo a alusiones literarias y artísticas que complementen la experiencia de los otros sentidos.

—¿Estás diciendo que esta Música de los Miembros ha aguijoneado el placer de tu mente? Todo esto me parece un montón de boberías. Espero que los jueces no se dejen influir tan fácilmente.

—¡Vulgar!

—¡Pretenciosa!

Los dos siguieron riñendo mientras continuaba la presentación en el escenario.

—¡Qué asombrosa obra de arte! —exclamó Séca.

Lolo tuvo que darle la razón. Estaba tan fascinada por la espectacular presentación del plato de Mozo que casi se olvidó de bromear con Séca o de describir lo que veía para el público.

Afortunadamente, pudo ahorrarse la necesidad de hablar ante la aparición de un nuevo artilugio. Durante años, los filósofos de la naturaleza de Haan, especialmente los seguidores de la escuela modelista, habían investigado el uso de espejos y lentes para manipular la luz —incluso el gran Luan Zyaji había realizado algunas

contribuciones en este campo. Una reciente invención consistía en un conjunto de lentes y espejos ingeniosamente situados sobre un objeto colocado en una mesa, mediante los cuales se podía proyectar la imagen de dicho objeto en una pantalla a un tamaño muy superior al original. Este aparato se utilizaba como ayuda pedagógica en las salas de enseñanza de Ginpen, para que los estudiantes que ocupaban los asientos de las últimas filas pudieran observar con claridad las demostraciones del profesor.

Ahora habían montado esos proyectores-ampliadores en el escenario principal y sobre las diversas cocinas de los escenarios pequeños. Mientras algunos ayudantes de Mozo Mu servían a los jueces, otro colocó un plato extra sobre un pequeño pedestal blanco llamado el escenario de muestra. Varios espejos situados en el ángulo adecuado iluminaban el plato reflejando la intensa luz solar, de modo parecido a los espejos que situaban a los actores bajo foco en el teatro, y al instante una gigantesca imagen del plato apareció en la pantalla blanca que colgaba tras los jueces (con la paloma y los cuervos de antes posados en lo alto, intentando pasar desapercibidos).

El público guardó silencio.

Había ocho esculturas comestibles alrededor del borde del plato, representaciones abstractas de los ocho dioses de Dara. El grueso del plato estaba ocupado por un delicado mosaico de arroz glutinoso y algas que evocaba el entramado de granjas, estanques, bosques y campos de cultivo de Dara vistos desde el aire. Era un plato que funcionaba de modo similar a Tempestuosa Dara, pero mucho más refinado. Mientras Tempestuosa Dara resultaba ambicioso y desbordante —un poco inestable—, Música de los Miembros desprendía un aire de confiada paz y satisfecha armonía.

Mientras la gente contemplaba la pantalla y los jueces admiraban los platos que tenían delante, todos boquiabiertos, Séca y Lolo hicieron corrillo con Mozo Mu para obtener indicaciones. Al rato, Lolo y Séca regresaron al proyector-ampliador y comenzaron a explicar el plato a los asistentes.

—Música de los Miembros celebra un amor inmortalizado a través del poema de Suzaré —dijo Séca—. La música es el tema y los dioses inmortales son sus intérpretes. Se trata de un aperitivo en el que el arroz y las algas del centro van a disfrutarse con el acompañamiento de una orquesta divina compuesta por ocho secciones.

—Como podéis ver —dijo Lolo—, hay ocho aliños dispuestos en torno al plato, que representan las ocho familias de instrumentos musicales y sus respectivos dioses patrones. Primero, en el punto norte, tenemos la familia de instrumentos de cuerda, rindiendo

homenaje a Tazu, que gobierna sobre las olas del mar y sobre las ondas de las cuerdas en vibración.

Señaló una etérea confección de azúcar hilado: finas hebras caramelizadas enrolladas en forma de un torbellino de filigrana que relucía bajo la luz del sol.

—Cuando se muerde, los hilos vibran contra el paladar y la lengua, creando una música interna de dulce placer —dijo Séca.

—Y este azúcar no es azúcar de caña ordinario —dijo Lolo—. Es azúcar helado, para dar a la música resultante una cualidad verdaderamente divina.

La gente emitió un grito ahogado de admiración. El azúcar blanco, ya de por sí una cara exquisitez, era azúcar de caña purificado y blanqueado con hueso carbonizado. El azúcar helado, a diferencia del azúcar blanco ordinario, utilizaba además el carbón de huesos procedentes de animales sacrificados en los templos.

—A continuación pasamos a la esquina noreste, donde los instrumentos de bambú rinden homenaje a Kiji, Señor del aire y gran entendido en flautas —dijo Séca—. Los tubos que veis son brotes de bambú agujereados encurtidos en vinagre de sidra, dispuestos según la forma de las afamadas flautas de halcón mingén, inventadas por Na Moji, que se elevan al cielo con cometas para que las soplen los vientos divinos.

—La factura de estas flautas en miniatura es de por sí impresionante —dijo Lolo—, pero aún os asombrará más saber que los brotes de bambú proceden del mismo monte Kiji. El propio Suda Mu alababa los brotes de bambú del monte Kiji por poseer una ligereza que no se encuentra en otros lugares.

La multitud murmuró desconcertada. ¿Cómo podía El Cofre del Tesoro haber conseguido ingredientes de Dara Irredenta?

Sobre el escenario, Tiphan Huto parecía tan satisfecho como un gato que acabara de zamparse una fuente de tiras de trucha arcoíris lunar. Los brotes de bambú habían impresionado. El Cofre del Tesoro no solo era rico, sino que podía obtener ingredientes que nadie más podía conseguir. El restaurante de Tiphan Huto ofrecía a sus comensales una extraordinaria experiencia culinaria imposible de igualar.

De esta manera, Séca y Lolo continuaron por todo el plato, explicando cada aliño exquisito: los instrumentos de madera representados por miembros de los resplandecientes hongos homúnculos ordenados según tamaño, como un xilofón; los instrumentos de piedra representados por testículos de codorniz de ébano, agujereados para asemejar una caja de resonancia y rellenos

con una pizca de huevas de pepino de mar; los instrumentos de arcilla representados por bolitas de arcilla comestible, procedente de las faldas del monte Rapa, con forma de ocarina, con fama de poseer poderes curativos y efectos beneficiosos para las mujeres gestantes; los instrumentos de calabaza, representados por las poco habituales vainas de algas de cola de dyran y virutas de coco; los instrumentos de piel y cuero representados por cortezas de jabalí fritas —al menos cincuenta variedades— procedentes de la isla de la Media Luna; y la familia de instrumentos de metal representada por las robustas huevas doradas del cangrejo de jade de aguas profundas.

El público y los jueces contemplaban a Mozo Mu anonadados. Ya nadie pensaba que no era más que una niña.

—¿Cómo pueden los hongos representar a la familia de la madera? Eso no tiene sentido —dijo Kinri furioso.

—Los antiguos anu creían que los hongos, al crecer en la madera muerta, adquirían su esencia —dijo Diente de León.

—¿Y qué me dices de las huevas de cangrejo? ¿Dónde está ahí el metal?

—Las huevas de cangrejo son doradas, y el oro es un metal —dijo Diente de León—. Además, el ideograma de «hueva dorada» se escribe con la raíz semántica de metal…

—Eso ya es pasarse. Si pretendes reproducir las familias de instrumentos con alimentos, entonces debes…

—¡Es una metáfora! ¿Por qué tienes que tener una mente tan literal para todo?

—Pero bueno, ¿de qué lado estás tú?

—¡Cómo si entendieras *algo* de alta cocina!

Ambos se fulminaron con la mirada, con ojos tan redondos como tazas de té, hasta que, finalmente, estallaron en carcajadas.

—Admito que el plato tiene un aspecto impresionante —dijo Kinri finalmente.

—Y yo admito que la interpretación de las «piedras» en el plato es algo… mmm… —Diente de León se ruborizó. Luego se puso seria—. De todas formas, el verdadero problema del aperitivo es que resulta muy impersonal. El amor de Suzaré por Jito de las Mangas Blancas trata de una mujer que anhela a otra, no esta obra grandilocuente y ampulosa de propaganda política de Mapidéré.

Kinri sacudió la cabeza.

—Creo que el verdadero problema es el sabor. No sé lo que harán para dar sabor a la arcilla, pero no me imagino que esté más buena que las empanadillas doradas recién hechas con salsa de chile y coco.

—Yo creo que los jueces parecen bastante impresionados.

—La Música de los Miembros pretende impresionar y conmocionar al comensal por la rareza de los ingredientes y la técnica del chef. Pero en una competición de cocina el sabor tiene que ser lo fundamental. ¿Qué es aquello que Widi y tú decíais…? Ah, ya, aquí, para «pesar el pescado», tienes que *probar* el pescado.

Sobre el escenario principal, los pares de palillos de comer se movían con indecisión sobre los platos. Los jueces se miraban unos a otros con incomodidad, ya que ninguno quería ser el primero en destrozar las asombrosas obras de arte que tenían enfrente.

Por fin, el pequeño Pimié fue el primero en lanzarse. Rompió el hinchado remolino de azúcar de su plato y, sin molestarse en colocar las hebras rotas sobre una porción de arroz glutinoso, se metió el azúcar en la boca. Un momento después, su rostro se descompuso en una amplia sonrisa.

—¿Quién ha dicho que los niños no saben cocinar? —chilló a Mozo Mu, y le dio el visto bueno con el pulgar hacia arriba. Mozo le devolvió la sonrisa.

Riendo entre dientes, los demás jueces empezaron a comer a su vez. Pronto surgieron sonidos de elogio en toda la larga mesa.

—¡El homúnculo está sazonado a la perfección! Es un plato digno del propio Señor Lutho.

—¡Nunca había probado unos brotes de bambú tan sabrosos! ¡La salsa encurtida saca a relucir el aire de las montañas con tanta habilidad como Lurusén sirvió en sus tiempos a los reyes de Cocru!

—¡Oh, por las Gemelas! Esta salsa está de muerte…

—No, no, todavía no habéis probado las cortezas fritas de jabalí. Su textura es sencillamente exquisita, como acariciar los libros antiguos de los sabios anu con la lengua…

—Las vainas de cola de dyran están increíbles. Con solo morder una, me vienen visiones de los mares iluminados por la luna que la señora Suzaré recorrió con Jito de las Mangas Blancas…

—¿Habéis intentado hacer música con los hilos de azúcar? Escuchad, solo aproximar la oreja, muy cerca, y dad un golpecito en las hebras con el palillo. Tened cuidado de no golpear muy fuerte. ¿Lo oís?

—¡Oh, claro que lo oigo! ¿Pero habéis golpeado ya las hebras contra los dientes? Hay otro tipo de música celestial que te penetra hasta los huesos…

—¡Probar esto! ¡Probad esto! Golpead las hebras contra los *distintos* dientes. ¿Sentís los diferentes tonos? ¡Es increíble! ¡Este plato capta la belleza sensual del poema de Suzaré con total ingenio! Y mirad la forma en que se ha esculpido el arroz: ¿no os recuerda a las piernas de

una gran beldad?

Lolo y Séca aguardaban, boquiabiertos. Realmente no había ninguna necesidad de cháchara cuando los propios jueces se habían hecho cargo de la tarea de entretener al público.

—¿Están los jueces librando su propia competición para ver quién ofrece la alabanza más ridícula y desmesurada? —susurró Kinri indignado.

Diente de León se abstuvo de replicar. Al fin y al cabo, el «te lo dije» no resultaba tan satisfactorio cuando se daba cuenta de lo desalentadas que parecían Mati y la viuda Wasu. Mientras al público se le hacía la boca agua al contemplar el precioso plato en la pantalla y los jueces competían entre sí para exclamar su disfrute, Mati languidecía literalmente en su cocina, intentando descubrir la manera de hacerse invisible.

—Es que no puedo creerlo. ¿Darte golpecitos con las hebras de azúcar contra los dientes para hacer música? Anda ya, eso no es ni siquiera creíble —murmuró Kinri.

—Tu problema es que piensas que *pesar* el pescado es lo mismo que *saborear* el pescado —dijo Diente de León.

—¿Qué quieres decir?

—Para pesar el pescado solo hace falta una balanza ecuánime, pero no existe la ecuanimidad en cuestión de gusto. Los sentidos están gobernados por el placer de la mente. Si amas a un hombre, crees que es bien parecido; si oyes una canción de tu infancia, crees que es agradable; si un olor o un sabor te recuerdan tu hogar, sientes cosquillas en el corazón.

—Pero ¿no estarás sugiriendo que un bocado de arcilla puede ser delicioso…?

—¿Por qué no? Una vez hice un truco a los amigos de mi padre. Habían venido a una comida privada con la familia imp… con mi familia, y mi padre iba a servirles una jarra especial de cerveza de arroz elaborada a partir del arroz regado con el rocío que se cultiva en Faça, cerca de las cataratas Rufizo. Yo le robé la jarra —bueno, principalmente porque mi hermano quería probarla—, eché la cerveza a otra frasca, y la rellené con la cerveza de arroz corriente que hay en las habitaciones de los criados. ¡Deberías haber oído los elogios que prodigaron los amigos de mi padre a esa cerveza! ¡Es tan pura! ¡Cómo templa la barriga! ¡Vale su peso en oro!

—A lo mejor los amigos de tu padre no sabían nada de cervezas.

—Unos cuantos eran conocedores y coleccionistas.

—¿Entonces crees que mentían para hacer feliz a tu padre?

—En absoluto. Creo que realmente saboreaban la diferencia. Como

te he dicho, el sabor no es como el peso. Está más relacionado con cómo te sientes, los recuerdos y asociaciones que te evocan las sensaciones. Antes de que saborees algo con la lengua, sazonas tu mente con expectativas de sabor.

—¿Y tú crees que eso es lo que pasa con los jueces?

—Exacto. Puede que el tipo de platos preparados por Mozo Mu no sepan mejor que las empanadillas de Mati para alguien que no conozca las alusiones que implica su nombre y le den a probar un bocado a ciegas. Pero esa no es la manera en que encaramos la alta cocina. Todo lo que rodea a la Música de los Miembros está diseñado para captar la atención del placer de la mente. Antes de que des el primer mordisco, tu mente ya está inundada de la belleza de la presentación; el cuidado y el esfuerzo puestos en los ingredientes y la preparación; el romance de la historia de la señora Suzaré y su amante; capas de refinamiento, cultura e historia.

—Pero… eso son placeres imaginarios. No son reales.

—Claro que son reales. A pesar de todos los platos deliciosos que puedan preparar los cocineros en mi casa, nunca probé nada tan delicioso como las semillas frescas de loto recogidas en el lago Tututika, porque mi hermana me llevó allí en una excursión especial cuando era pequeña, y pienso en ella cada vez que muerdo una semilla de loto. El placer de la mente procede del amor, Kinri, del amor a la hermana, a los padres, al amigo, al país, a la literatura, a la propia belleza. Me lo enseñó una gran señora que conocí en el lago Tututika aquel día. El amor nos permite saborear el pescado, no solo pesarlo.

»Y por eso la mejor manera de invocar el placer de la mente es contar una historia de amor. De eso trata todo el gran arte, incluida la alta cocina.

Cuando Lolo y Séca regresaron al frente del escenario para anunciar las votaciones de la fase de la competición referente a los entrantes, había pocas dudas respecto a los resultados.

—El recuento final es… ¡once votos para El Cofre del Tesoro y uno para La Espléndida Jarra!

La viuda Wasu estaba muda de rabia y mantenía una expresión impávida. Y si la sonrisa de Tiphan Huto hubiera sido más ancha, se le habría caído la parte superior de la cabeza.

Mati miró agradecida al joven Pimié, que había otorgado el único voto a La Jarra, y él asintió con la cabeza mirándola, con una sonrisa alentadora en el rostro.

La gente aplaudió, aprobando la decisión de los jueces. Mozo Mu regresó al escenario de su cocina, tan orgullosa como un general

victorioso. Mati, por su lado, descendió discretamente por detrás de su escenario de cocina, ocultando su cara al público. Muchos de los presentes supusieron que estaba tan avergonzada por el resultado que necesitaba algún tiempo para reponerse, y lo sintieron por ella.

Lodan abrazó a Mati, y ambas murmuraron algo por un instante. Luego Lodan dio unos golpecitos a Mati en la espalda y la dejó marchar.

Mati se subió al primer carromato cubierto, donde se ocultaban Kinri y Diente de León. Estos se quedaron en silencio, sin saber cómo consolarla.

Para su sorpresa, Mati no parecía desmoralizada en absoluto. Más bien daba la impresión de haberse quitado una gran carga de los hombros.

—Seguir adelante tal y como lo había planeado supondría una derrota absoluta. Vamos a intentar lo que proponíais.

—¿Estás segura? —preguntó Kinri, reticente a herir el orgullo de la subjefa de cocina.

Mati asintió con firmeza.

—Hay un tiempo para aferrarse a lo que mejor sabes hacer, y un tiempo para descartar todo y comenzar de nuevo. No puedo ganarles haciendo lo único que sé, así que voy a aprender nuevos trucos.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

OBEDIENCIA

MIENTRAS TANTO, EN KRIPHI

Tanvanaki contemplaba la figura arrodillada de Noda Mi.

—¿Estás seguro?

Noda Mi tocó el suelo con la frente.

—Lo estoy. Dasu se quedará sin comida en unos dos meses, antes de la cosecha. Las aldeas dependían de los graneros de Daye.

—Puedes irte —dijo Tanvanaki.

—Gracias, votan —el ministro nativo volvió a golpear el suelo con la frente antes de ponerse en pie. Todavía con la parte superior del cuerpo inclinada, se retiró de Tanvanaki caminando hacia atrás hasta alcanzar la entrada de la Gran Tienda. Se dio la vuelta y desapareció.

La campaña de purificación había paralizado en lo esencial la burocracia de Ukyu-taasa. A estas alturas, los viceministros nativos eran poco más que heraldos que informaban sobre el mundo que se desmoronaba a su alrededor sin poder hacer nada al respecto.

Tanvanaki volvió a centrar su atención en los tres thanes lyucu que quedaban en la Gran Tienda: Cutanrovo Aga, que parecía indiferente, Goztan Ryoto, cuyo rostro era impenetrable, y Vocu Firna, que parecía preocupado.

—Si imponemos el racionamiento ahora mismo —dijo Vocu Firna— podríamos resistir hasta la cosecha.

—El racionamiento dará a entender a los nativos que nos estamos quedando sin comida —dijo Goztan—. Cuando la gente crea que va a morir de hambre, nada impedirá que surja una rebelión. Ni siquiera la amenaza de más represalias.

Tanvanaki miró a Cutanrovo.

—¿Por qué prendiste fuego a los graneros de Daye?

Una semana antes, las hordas de purificación de Cutanrovo cayeron sobre Daye, la mayor ciudad de Dasu, donde procedieron a destruir templos y santuarios y a demoler el viejo palacio donde se alojó en tiempos Kuni Garu. Para mantener el ambiente frenético de destrucción, Cutanrovo distribuyó tolyusa a los miembros lyucu de la horda (los nativos tenían prohibido consumirla). Últimamente hacía mucho ese tipo de cosas, y lo justificaba afirmando que la purificación

de las impurezas nativas era una celebración y que la tolyusa permitía que todos se sintieran más conectados a los dioses.

Pero Daye no era una ciudad próspera, y no llevó mucho tiempo reducir a escombros los pequeños templos y el modesto palacio. Aún descontento con la magnitud de la destrucción, uno de los naros, bajo los efectos de la tolyusa, propuso que una de las hordas continuara la devastación en los cementerios que había fuera de la ciudad.

Los miembros nativos de las hordas de purificación titubearon. Una cosa era derribar viejos palacios y templos: el vínculo de los plebeyos con las casas de los grandes señores de ropajes de seda y con los sacerdotes y monjes de labios grasientos era escaso; además, muchos de los nativos que se habían unido a las hordas de pacificación guardaban en secreto estatuillas de los dioses y las rezaban por las noches para pedir perdón. Pero profanar las tumbas de personas ordinarias, perturbar el descanso de los muertos, mancillar los cuerpos de los ancestros, eso era exigir demasiado a sus seguidores nativos.

Por eso, evidentemente, Cutanrovo insistió en que destrozaran las lápidas, desenterraran los cuerpos de sus familiares y tiraran los huesos a las letrinas. Cuando los nativos rehusaron hacerlo, ordenó ejecuciones aleatorias para forzar la obediencia. Esto provocó la rebelión repentina de los miembros nativos de la horda de purificación, que Cutanrovo reprimió con dureza. Al final, los rebeldes restantes se atrincheraron en los graneros y amenazaron con destruir las reservas de alimentos con la intención de negociar la rendición. Cutanrovo se echó a reír y prendió fuego a los graneros ella misma, matando con ello a todos los rebeldes.

—Para dar una lección —dijo Cutanrovo.

—¿Qué lección, exactamente? —preguntó Tanvanaki.

—Que no hay más remedio que someterse a los lyucu, ni más virtud que la obediencia —dijo Cutanrovo. Hablaba contundentemente, con poca deferencia hacia Tanvanaki, como si estuviera pronunciando un discurso ante una multitud.

En los últimos tiempos, dondequiera que fuese Cutanrovo era recibida como si fuera la encarnación del propio Pékyu Tenryo. Naros y culeks la elogiaban por hacer que los lyucu volvieran a sentirse poderosos, y los nativos que deseaban demostrar su lealtad rivalizaban entre sí en las muestras de amor a esta aterradora diosa viviente. Construían santuarios a Cutanrovo, ponían su nombre a sus hijos, acusaban a sus enemigos de ofender el aura de Cutanrovo.

La thane continuó.

—¡Nada debe interponerse en el camino de la obediencia, ni sus cicatrices-palabras, ni su lengua, ni sus ancestros, ni sus dioses, nada!

Goztan se estremeció. Sintió como si la hubiesen arrojado de nuevo a ese momento de hace décadas, un momento que había intentado con todas sus fuerzas olvidar.

Estaba arrodillada junto a una cama elevada al estilo dara. Mantenía los ojos bajos, para no tener que mirar la cara del hombre abyecto que creía poseerla, el hombre sentado al borde de la cama. Lo único que veía eran sus pies.

Los pies descansaban en un escabel al estilo dara que había sido envuelto con un retrato de espíritu.

Oh, cómo deseaba destrozar esos pies, romper cada hueso de cada dedo, oírle dar alaridos y suplicar piedad por profanar el objeto más sagrado de una familia lyucu, un retrato del último aliento de un ancestro.

Pero no podía. Tenía que arrodillarse y soportar las caricias de ese hombre; la mano de él sobre su piel le producía repelús, pero no podía dejar que su rostro mostrara la repulsión que sentía. No podía. No podía.

El hombre le acariciaba la cabeza como haría con un perro. Él tosió y ella se puso rígida, temiendo lo que pudiera decir en esa lengua intolerablemente áspera, una lengua que tenía que aprender si quería vencerlo.

Creo que te llamaré Obediencia, dijo el capitán Dathama. ¿Te gusta el nombre? Dime.

—Eso no es propio de los lyucu —protestó Goztan.

Tanvanaki, Vocu y Cutanrovo se giraron hacia ella.

—Eso no está bien —dijo Goztan con una voz más templada—. Si tu meta es convertir a los nativos en lyucu, fracasarás por completo.

—¿Quién dice que pretendo hacerlos lyucu? —dijo Cutanrovo, con una voz llena de desprecio—. Si no tienen sangre lyucu, jamás podrán ser lyucu.

—Entonces, ¿cuál es exactamente tu meta?

—Te lo he dicho: la obediencia. Una vez estén sometidos por completo, se convertirán en arucuro tocua, huesos vivientes a los que solo mueven los vientos de nuestra voluntad.

Goztan cerró los ojos. La visión descrita por Cutanrovo era repulsiva. Esta comparación entre, por un lado, el arte del juego de los niños y la destreza oculta tras los misterios de los chamanes y, por otro lado, los esclavos con el alma destrozada por la profanación era absolutamente perversa.

—Pronto tendremos una isla llena de huesos vivientes —dijo Vocu Firna— si no encontramos más comida.

—Pues pídesela a esa cobarde de Jia —dijo Cutanrovo.

—Ya le pedí más hace apenas dos meses —dijo Tanvanaki—. Volver a hacerlo ahora no nos dará ninguna posibilidad de disimular

nuestra debilidad. ¿Y si dice que no?

—No dirá que no —dijo Cutanrovo con total seguridad—. ¿Acaso las ovejas se niegan alguna vez a que las esquilen o las ordeñen? El corazón de los dara-raaki carece de valor.

—Aunque tuvieras razón, ¿qué quieres que hagan todos los nativos obedientes? —preguntó Vocu Firna—. La cosecha de este año ya está arruinada porque has pisoteado todos los campos con tu ejército y tus ejercicios de caza, y muchos de los nativos jóvenes que deberían estar trabajando en ellos han acabado en tus hordas de purificación. Ya has destruido prácticamente todos los templos y santuarios de las dos islas, así que a tus seguidores no les queda nada que destrozar…

—No estés tan seguro de eso —dijo Cutanrovo—. Estoy convencida de que encontraré más formas de ponerles a prueba: las tumbas ancestrales, sus costumbres y su moral, los lazos familiares… No existe límite en lo que puedo obligarles a destruir, y cuanto más destruyan, más desalmados y obedientes serán.

—Pero debe haber un propósito para todo esto —dijo Vocu Firna, con voz angustiada—. ¡Los dioses no nos han enviado aquí tan solo a romper y destruir!

—Claro que hay un propósito —dijo Cutanrovo—. Una vez estén lo suficientemente purificados, pueden incorporarse al ejército lyucu. Nunca serán lyucu, pero eso no significa que no puedan combatir por nosotros.

—¿Crees que vamos a invadir las islas principales con un puñado de campesinos famélicos cuyo espíritu ha sido quebrantado? —preguntó Tanvanaki con incredulidad—. ¡Eres una ilusa!

Tanvanaki tuvo que admitir que había algo más que un toque de locura en Cutanrovo. De nuevo volvió a preguntarse si asesinar a la thane no sería la mejor opción. El fervor que había inspirado en los naros y los culeks estaba completamente fuera de control, y ella empezaba a temer por la propia supervivencia de los lyucu en Ukyu-taasa.

Cutanrovo la miró directamente a los ojos.

—Votan, ¿de verdad piensas que esa es la guerra que debería preocuparte?

Tanvanaki mantuvo la mirada de Cutanrovo. Vocu Firna y Goztan miraban a una y a otra.

Los rostros de los cuatro fueron pasando de una emoción a la siguiente: seguridad arrogante, perplejidad absoluta, conmoción debida a la comprensión, repugnante desprecio.

—Ya veo —dijo Tanvanaki, con aspecto sombrío y resignado—. Ya veo.

En dos años, cuando se reabriera el Muro de las Tormentas, llegaría una nueva oleada de refuerzos lyucu, posiblemente dirigida por Cudyu, el hermano de Tanvanaki. Era difícil imaginar que Cudyu fuera a someterse resignadamente a la autoridad de Tanvanaki, por lo que una disputa por la sucesión era casi inevitable. En esa situación, la posición de Tanvanaki se vería significativamente reforzada si pudiera contar con el respaldo de los «arucuro tocua» nativos, que solo obedecían a Cutanrovo. Con el toque de locura o sin él, la comprensión de Cutanrovo del flujo del poder era impecable.

Cuando Vocu Firna y Goztan llegaron a la misma conclusión, compartieron una mirada de desesperación.

Con dolor de corazón, Goztan recordó algo que había dicho Pékyu Tenryo.

«En la guerra nos asemejamos a nuestros enemigos, querámoslo o no».

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

PRIMER CONCURSO: PARTE II

GINPEN: QUINTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTICUATRO MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

Aunque Mati declinó su ofrecimiento de ayuda, la Banda de las Flores no había estado ociosa la semana previa.

Justo después de su misión de espionaje a El Cofre del Tesoro, Diente de León solicitó a la banda que le enseñaran algunas ideas para cocinar, «por diversión».

—Nunca puedo entrar en la cocina cuando estoy en casa —dijo, con el entusiasmo marcado en cada poro de su rostro.

—Bueno, la manera en que nosotros cocinamos no es precisamente ortodoxa —dijo Rati—. Dudo que encuentres lo que usamos para cocinar en cualquier otra cocina de Dara.

—¿Pero hacemos *algo* de forma ortodoxa? —preguntó Widi.

—Si hiciéramos las cosas a rajatabla, no vagaríamos de isla en isla, vagabundos en cuerpo y espíritu —dijo Arona.

—Eso lo hace *más* divertido —concluyó Diente de León—. ¡Vamos, enseñadme!

Así que la Banda de las Flores les llevó a ella y a Kinri a la casa que tenían alquilada y les hicieron una demostración de algunas de sus técnicas culinarias. Diente de León chillaba de alegría ante cada propuesta, antes de acribillar a preguntas a la banda. Como la *cuisine à* la Banda de las Flores solía implicar alguno de los inventos poco prácticos y estrafalarios de Rati Yera, las demostraciones también despertaron el interés de Kinri —aunque, admitámoslo, él andaba por allí sobre todo porque deseaba pasar más tiempo en compañía de Diente de León.

La viuda Wasu había cerrado La Espléndida Jarra por una semana para dar a Mati más tiempo para prepararse. Eso permitía a Kinri ir con Diente de León a visitar a la banda cada día. Los dos interrumpían las demostraciones con tantas preguntas que les llevó varios días mostrarles todo. Mientras Kinri estaba hechizado por los diseños de los innovadores instrumentos de cocina, Diente de León se sentaba con una tableta de cera y un estilete, con aspecto pensativo, mientras

garabateaba notas o hacía dibujos.

Después de los primeros días, mientras Kinri seguía examinando las máquinas de la Banda de las Flores para aprender las bases de la ingeniería dara, Diente de León dedicaba su atención a los poemas que habían copiado en El Cofre del Tesoro. Trabajaban asumiendo que se trataba de recetas secretas, por lo que Diente de León intentaba descubrir el código con ayuda de Widi, la Flor con mayores conocimientos de poesía y comida. Ambos pasaban horas desmenuzando los poemas, probando sustituciones, anagramas, cambios de las raíces semánticas, filología y etimología, juegos de palabras visuales y auditivos, acrósticos, análisis estructural, lectura detallada, deconstrucción… pero avanzaban poco. Diente de León llegó a vestirse como una estudiosa para acudir a varias de las academias destacadas de Ginpen con el fin de acceder a sus bibliotecas y poder investigar, pero regresó con el ceño fruncido y se limitó a sacudir la cabeza cuando le preguntaron por sus averiguaciones.

Como resultó que los poemas eran un callejón sin salida, volvieron a estudiar cocina.

Rati, en concreto, disfrutaba enseñando sus inventos a estos dos. Nunca había tenido alumnos, y descubrió que la enseñanza era placentera. En ocasiones, una observación suelta de Kinri o una pregunta perspicaz de Diente de León llevaban su mente por docenas de nuevas direcciones, y le revelaban nuevas posibilidades con las que juguetear y experimentar. Pero, de tarde en tarde, ya sin la presencia de Kinri y Diente de León, suspiraba con melancolía al saber que nunca podría tomar un alumno formal.

Mati, por otro lado, no recibía de tan buen grado las propuestas de formación de esos dos aprendices *ad hoc*. Estaba nerviosa a cuenta de la competición y tenía poco tiempo o paciencia para que la molestaran dos aficionados. Así que Kinri y Diente de León observaban a distancia sus ensayos en la cocina. Diente de León también entrevistó a Lodan y a la viuda Wasu. Pero, para desconcierto de Kinri, les hizo pocas preguntas sobre prácticas de cocina, concentrando las pesquisas en la experiencia de Mati y la historia de La Espléndida Jarra.

Por último, Diente de León pidió a Kinri que la acompañara en visitas turísticas por todo Ginpen. Kinri aceptó de buen grado, pues había tenido pocas oportunidades de explorar la ciudad en conjunto. Diente de León se disfrazó como una señora de posibles —un papel más fácil para ella que el de chica de cocina— y Kinri actuaba como su sirviente. La pareja acudió a muchas de las casas de té de Ginpen —tanto locales de moda como cuchitriles—, donde Diente de León pasaba horas sentada, escuchando a los narradores de historias y

observando a los estudiosos, comerciantes, nobles y trabajadores que pululaban por allí. A Kinri le preocupaba que estas visitas no tuvieran nada que ver con la competición, pero Diente de León le aseguró que todo era parte de su plan.

Mientras Diente de León y Kinri aprendían de cocina y de Ginpen, compartían historias sobre sus vidas. Cuando Diente de León le contaba anécdotas divertidas de su niñez en una gran mansión de Pan, rodeada por cariñosos hermanos y hermanas y rígidos tutores, él sentía que le estaba ocultando algo. Sus palabras rezumaban un rastro de angustia de tanto en tanto, y a veces se quedaba con la mirada fija en la distancia, con la frente arrugada.

Él, por otro lado, le contaba historias «adornadas» sobre su propia infancia. Como no podía revelarle su verdadera identidad, intentó ceñirse a aquellas que fueran consistentes con su disfraz actual de refugiado de Dara Irredenta. Le contó que había estudiado los clásicos anu con la maestra de su aldea, Nazu Tei, con la que debatía y adivinaba acertijos de ideogramas; cómo preparaban las fiestas de los lyucu con otros sirvientes nativos, sacrificando las reses, preparándolas al estilo lyucu y retirándose de los asadores cuando el aliento de garinafin sellaba el gusto de la carne de buey; cómo se quedaba contemplando despegar a las bestias aladas al atardecer y efectuar maniobras contra el cielo del crepúsculo como ballenas aéreas dando saltos en un encendido mar de nubes.

Incluso rescató recuerdos más antiguos, semiolvidados, de cuando era un niño pequeño en Ukyu. Le habló del viejo Oga, el esclavo leal de su madre —en la versión que contó a Diente de León, Oga fue reconvertido en un amigo de la familia en Dara Irredenta— que le contaba historias de Mapidéré y Dazu Zyndu, y le cocinaba platos dasu en ollas de estómago de garinafin. El quería mucho a Oga porque le había cuidado cuando su madre estaba ausente, en la guerra, y sus padres demasiados ocupados en reñir y pelear entre ellos para prestarle un poco de atención. Y se le hizo un nudo en la garganta al hablar de él.

—¿Cuál era su nombre completo? —preguntó Diente de León—. ¿Provenía de una prominente familia nativa?

—No… no lo sé —dijo, avergonzado. En Ukyu no se hacía referencia a los esclavos nativos por el nombre completo. Para él siempre había sido «el viejo Oga». Por un momento le entró pánico al pensar que Diente de León pudiera darse cuenta de que Oga no era ningún amigo de la familia y descubriera su treta.

Afortunadamente, ella dejó de preguntar.

Deseó poder hablarle de su madre, contarle las aventuras de

Kikisavo y Afir, explicarle que la gente de Dara no comprendía a los lyucu. Pero sabía que ella había crecido pensando que los lyucu eran monstruos —como en la obra representada por Arona y Mota— y entendía que había un abismo insalvable entre ellos, que nunca podría revelarle su verdadero yo.

A veces Kinri se preguntaba si Diente de León se daría cuenta de que ocultaba cosas, de que no se atrevía a contarle toda la verdad sobre él. Quizá por eso ella tampoco le permitía conocerla realmente. No sabía cómo consolarla, cómo convencerla de que no corría peligro al hacerle confidencias, porque tampoco podía convencerse a sí mismo de que no corría peligro si confiaba en ella.

Pero, mientras tanto, le bastaba con estar juntos, aprender artilugios novedosos para cocinar, ver a la gente de Ginpen vivir su multitud de vidas individuales llenas de risas y lágrimas, trabajar juntos por una meta común.

Al final, impresionado por los dispositivos inventados por la Banda de las Flores, Kinri fue a ver a Mati, que tenía problemas para encontrar los ingredientes para los platos modernos diseñados por el chef principal Néfi Ézugo, con el fin de intentar convencerla para que aceptara la ayuda de la banda. Pero cuando Rati y los demás intentaron explicar sus ideas, a Mati le parecieron un desfile de juguetes de cocina de aficionados de poca utilidad práctica.

Kinri estaba descorazonado, pero Diente de León intentó animarle.

—La buena cocina requiere tiempo —le dijo—, como las buenas historias.

A pesar de las vociferantes protestas de Tiphan Huto, Lolo y Séca aceptaron retrasar un poco el comienzo de la parte del concurso correspondiente al plato principal a petición de La Espléndida Jarra. Mientras Mozo y su equipo descansaban en su cocina, observando con curiosidad el otro escenario, el equipo de La Espléndida Jarra desmanteló a toda velocidad su cocina y reemplazó el equipo estándar por cajas y un revoltijo de equipamiento irreconocible sacado de los carromatos cubiertos. Mota hacía él solo el trabajo de cuatro hombres, llevando al escenario pesados baúles de dos en dos como si se tratara de bloques de juguete, despertando exclamaciones de admiración del público.

Poco antes, cuando Mati anunció el cambio de orientación en la competición a la viuda Wasu, la vieja matriarca se mostró sorprendida: no tenía ni idea de que Mati hubiera preparado un plan alternativo. No obstante, cuando oyó que dicho plan contaba con la participación de la Banda de las Flores y Diente de León, comenzó a sacudir la cabeza. Pero entonces vio la mirada de Mati, suspiró y dio a

su subjefa de cocina unas palmaditas en la espalda.

—Aunque el cerdo ya esté muerto, es mejor actuar como si siguiera vivo. A veces el Señor Rufizo hace milagros.

La viuda Wasu conocía un montón de esos viejos proverbios de Cocru que no tenían sentido si les dabas demasiadas vueltas. Mati se imaginó que la gran señora pretendía infundirle confianza.

La Banda de las Flores subió al escenario de cocina y observó sus máquinas medio ensambladas.

—¿Estás seguro de que podemos hacerlo? —preguntó Kinri nervioso, llevando aparte a Mota Kiphi. A diferencia del resto de la banda, Mota era un hombre de pocas palabras, pero, por esa razón, Kinri confiaba en cualquier cosa que él dijera.

Mota se encogió de hombros.

—En una ocasión, un gran general dijo que los ejércitos nunca están tan preparados para entrar en batalla como les gustaría, pero en cualquier caso vas a la guerra cuando no tienes otra elección.

—Tenemos que empezar ya —dijo Lolo a Mati, disculpándose—. Tiphan Huto se ha quejado muchas veces y los jueces pueden descontaros puntos si os retrasáis más.

Mati miró al batiburrillo del equipo que tenía a su alrededor, cuyo uso desconocía por completo. No obstante, asintió con resolución. *Debo actuar como si el cerdo siguiera vivo.*

—¡Que comience el concurso del plato principal! —anunció Séca. La multitud, cada vez más inquieta, volvió a fijar la mirada en los dos escenarios de cocina.

Como había hecho antes, Mozo recorrió las diferentes cocinas, comprobándolo todo y gritando órdenes para asegurarse de que los ayudantes estuvieran al corriente de los progresos de los demás. Además, como señalaron los miembros del público más observadores, cuando los subjefes estaban a punto de acabar una fase de la preparación, Mozo se inclinaba y obstruía la vista de la cocina del proyector-ampliador con su cuerpo mientras completaba esa fase.

—¿Qué crees que está haciendo? —susurró alguien entre el público.

—Probablemente está incorporando la salsa secreta de su familia —contestó su amiga.

—¿Salsa secreta?

—¿No pensarías que Mozo Mu iba a revelar todos los secretos de su antecesor en el escenario, verdad? Se decía que Suda Mu había ideado gran diversidad de salsas secretas que obraban milagros. Una de ellas podía convertir la insípida agua en sopa de pollo, y otra revivir verduras viejas y fibrosas hasta convertirlas en crujientes brotes tiernos.

—Oh, ¡poder contemplar esa magia secreta en acción!

…

Sin embargo, en el lado de La Espléndida Jarra la situación era completamente distinta. Los ayudantes seguían chocando unos con otros; pinches y criadas tropezaban con los extraños artilugios; cocineros vestidos de forma extraña —¡uno de ellos era una anciana que se desplazaba impulsándose en una silla de ruedas!— discutían acaloradamente para ponerse de acuerdo en lo que había que hacer.

La gente estaba cada vez más inquieta. Las cosas no parecían ir bien para La Espléndida Jarra. ¿Tan desequilibrado iba a ser el concurso?

Kinri corrió hasta Mati.

—Tienes que lograr que todos colaboren.

—¡Pero si no tengo ni idea de lo que pensáis cocinar!

Kinri sentía correr el sudor por la frente y la espalda. Al no estar seguros de si Mati iba a querer su ayuda, la Banda de las Flores nunca llegó a decidir qué platos específicos cocinarían y en qué orden prepararlos. Se sintió a la deriva, completamente perdido.

—Necesitas contar una historia —le susurró Diente de León.

Kinri la miró como alguien a punto de ahogarse que descubre un puñado de paja pasando a su lado. La agarró con fuerza por los hombros.

—¿Tú tienes alguna idea?

—Bueno, tengo algunas. Llevo dándole vueltas desde el día que regresamos. Pero no hay tiempo de explicarlo todo. Tenéis que escucharme y hacer exactamente lo que yo diga —dijo ella, mirando a Kinri y luego al resto de la Banda de las Flores.

Todos asintieron.

—Bien —dijo Diente de León—. La buena noticia es que vamos a aprovechar lo que Mati ya ha preparado. Así que el primer plato que cocinaremos es… —bajó la voz y susurró el nombre.

La Banda de las Flores, Mati, Lodan y Kinri se quedaron mirando embobados a Diente de León.

—Diente de León —comenzó a decir Mati con cara de impotencia —, me temo que habéis excedido mi escaso conocimiento de la alta cocina. Creo que nunca he oído el nombre…

—¿De qué está hablando? —preguntó Kinri. Se giró hacia el gourmet de la Banda de las Flores que podría tener una pista—. Widi, ¿has oído hablar de ese plato?

Widi sacudió la cabeza. Pero miraba a Diente de León con una expresión divertida más que confusa.

—Ciertos códigos pueden aprovecharse aunque no sean descifrados

—dijo Widi.

Diente de León le devolvió una sonrisa y asintió.

—¿Podéis dejar de sonreír vosotros dos y contarnos el secreto al resto? —suplicó Kinri.

—En realidad, tú eres quien me dio la idea para este plato —dijo Diente de León sin dejar de sonreír de ese modo misterioso y confiado que aceleraba el corazón de Kinri—. No eres del todo consciente del poder de lo que sabes.

El rostro de Kinri enrojeció.

—¿Pero qué…?

Diente de León levantó una mano imperiosamente.

—Todo a su debido tiempo. Primero, Rati y Arona, instalad los fogones solares…

—Ahí la tenemos, interpretando su personaje favorito —murmuró Arona Taré—, el de «Jefa» —pero Rati Yera y ella la obedecieron.

Los fogones solares habían sido una invención de Rati Yera en una época en la que la banda ideó un engaño para timar a un rico terrateniente que atormentaba a sus aparceros con alquileres abusivos y exigencias de trabajo no remunerado similares a la corvea. Tras vaciar sus arcas y distribuir los fondos entre los aparceros, la banda huyó a las montañas para ocultarse de la guarnición local, a la que recurrió el terrateniente para que atraparan a los «ladrones de corazón insensible». La banda no se atrevía entonces a encender fuego para no revelar su escondite, así que Rati inventó un artefacto para aprovechar el poder del propio sol, sin necesidad de usar ningún combustible que despidiera humo.

La Banda de las Flores sacó un bastidor de celosía con forma de paraguas construido con bambú flexible. En el interior de esta celosía comenzaron a ajustar brillantes espejos de vidrio. Kinri, que conocía la máquina, se acercó a echar una mano, pero Diente de León se lo impidió.

—Tengo que dirigir el trabajo desde la cocina —le dijo—, pero también tenemos que preparar a los jueces y al público para que nos concedan más tiempo. Como no puedo estar en dos sitios a la vez, necesito que seas mi mensajero.

—No hay problema —dijo Kinri—. Haré lo que haga falta.

Diente de León susurró instrucciones a Kinri mientras él asentía, memorizándolas en silencio. Luego corrió al escenario principal y se las repitió a los presentadores.

Lolo y Séca se miraron y sonrieron. Iba a ser todo un gran espectáculo.

Séca tosió y Lolo se aclaró la garganta.

—¡Oh, querido Séca, creo que hoy vamos a disfrutar de una agradable sorpresa! ¿Puedes contar a nuestros jueces y al público lo que está sucediendo en la cocina de La Espléndida Jarra?

—Claro que sí. El primer plato fuerte preparado por La Espléndida Jarra se llama «El Oráculo Desmenuzado», y está inspirado en un episodio de la historia de nuestra ilustre provincia…

En los tiempos en que los ejércitos del rey Réon de Xana campaban por toda Dara, aterrorizando el corazón de los reyes Tiro, la noble Haan tampoco se libró. En una ocasión, una gran flota de naves y aeronaves se dirigió al golfo de Zathin y los mensajeros xana dieron a Ginpen un ultimátum: rendición o destrucción.

Mientras los habitantes de Haan corrían aterrorizados por las calles y los comerciantes empezaban a acaparar y a especular, el rey y sus ministros acudieron al Gran Templo de Lutho para pedir consejo al dios.

El augur jefe sacó el caparazón de tortuga más antiguo guardado en el santuario, un caparazón del tamaño de una mesa de banquetes, tan viejo y sabio que se había vuelto negro como las arenas de la playa de Lutho. Mientras el rey y sus ministros, que habían ayunado varios días, se arrodillaban frente a la estatua de Lutho en la gran sala saturada de humo de incienso, balbuceando y cantando salmodias en medio del delirio, el augur jefe levantó su báculo de adivinación de hierro, lo calentó en un horno alimentado por fuelles hasta que su vértice adquirió un vivo resplandor amarillo, y lo apretó contra el viejo caparazón.

Al contacto con el báculo, el caparazón no solo se quebró, sino que se desintegró. Sus pequeños fragmentos, cada uno más pequeño que la mano de un niño, se esparcieron por todo el suelo. El hedor acre del hueso chamuscado llenó la sala, sacando de su trance al rey y a los ministros.

—Debemos rendirnos —dijo uno de los aterrorizados ministros—. El Señor Lutho ha hablado. Nos desmoronaremos bajo el poderío de Xana como un caparazón podrido. ¡Solo un loco resistiría!

El rey parecía dubitativo. Los espías habían hablado de que extranjeros cuyo acento evocaba el de las costas de Xana se habían colado en la residencia de ese ministro en mitad de la noche. Pero lo que decía parecía sensato. Haan no era como Cocru o Faça. Su pueblo siempre se había sentido más cómodo con el estilete que con la espada de matar.

Contempló los fragmentos humeantes desparramados por el suelo. ¿Acaso el dios sugería que debía rendirse?

El hijo del augur jefe, un joven llamado Luan Zya que había

permanecido oculto tras la estatua de Lutho, eligió ese momento para salir corriendo. Mientras señalaba los fragmentos, gritó:

—¡El dibujo! Es como una muralla marina.

Estaba en lo cierto. Los fragmentos habían caído en dos largas líneas curvas simétricas que asemejaban los restos de un atolón de coral erosionado. Las tensiones ocultas del gastado caparazón debían estar muy equilibradas para desmenuzarse de aquella manera.

Los ministros y el rey intentaron ignorar ese arrebato pueril. El ya de por sí terrible oráculo era todavía peor si se asociaba a la imagen de murallas rotas, atolones hundiéndose en el mar y ruinas incapaces de soportar las poderosas mareas.

—Rendirnos no nos salvará —dijo uno de los generales del rey—. El duque de Tacü se rindió y, a pesar de ello, la ciudad fue masacrada porque Réon creyó que sus habitantes le faltaron al respeto, todo porque un niño le miró a la cara cuando entró a caballo en la ciudad en lugar de mantener la frente hacia el suelo. Un tirano como ese no muestra misericordia.

—Yo confío en que si nos rendimos inmediatamente y ofrecemos al ejército de Xana vía libre hasta Rima, no solo salvaremos la vida, sino que incluso podemos ganar…

—¿Cómo puedes pensar en traicionar la vida de otros en tu propio beneficio? Los dioses no…

—¡Hablo de la única manera de salvar vidas! Las mareas de la historia se han vuelto contra los estados Tiro independientes. Xana es…

—Las mareas de la historia las forman aquellos dispuestos a enfrentarse al océano. Las palabras de los sabios anu nos dicen que…

—¡Ya basta! —gritó el rey—. Escuchemos lo que tenga que decir el augur jefe.

El augur jefe, que había estado contemplando los fragmentos de la concha que parecían otras tantas islas salpicando el mar, levantó al fin la mirada.

—De la boca de los niños pequeños brotan grandes verdades. La voluntad del Señor Lutho es evidente: Haan obtendrá protección de murallas curvas.

—¡Qué tonterías estás diciendo…! —empezó a protestar el ministro partidario de la rendición.

Pero fue interrumpido por el rey, impaciente.

—Sigue hablando, augur jefe Zya. ¿Qué esperanzas nos ofrece el Señor Lutho? ¿Quiere decir que la flota xana se irá a pique en los arrecifes ocultos del golfo de Zathin? ¿O que deberíamos ocultarnos tras las murallas curvas de Ginpen como una tortuga que se esconde

en el interior de su caparazón?

—El presagio es difícil de interpretar —dijo el augur jefe—. Solicito que me deis tres días y acceso libre a los recursos de los talleres reales. Me retiraré a meditar para entender el incierto mensaje del dios de la sabiduría.

—Sabía que nos vendría bien todo tu conocimiento de las guerras y los héroes —susurró Diente de León a Kinri—, aunque me llamaras telaraña que despide fuego. Séca y Lolo están haciendo un gran trabajo para preparar a la audiencia.

—¡Ya te he dicho que eso no es lo que pretendía decir! —dijo Kinri, bastante enfadado—. ¿Qué sentido tiene contar una historia como esa? Aún no sé *lo que estamos haciendo*.

Diente de León se echó a reír.

—¡Paciencia! Limítate a no estorbar e intenta ayudar cuando alguien te lo pida.

—Mota y yo no le necesitaremos —dijo Arona—. Ya hemos montado nuestra parte del show.

—*Sois* rápidos —dijo Diente de León.

—Estamos muy acostumbrados a improvisar con poca antelación —dijo Arona. Sonrió a Mota y le tocó cariñosamente el brazo. Él sonrió pero, como solía, no dijo nada.

—Widi y yo tampoco le necesitaremos —dijo Rati.

Mati y Lodan estaban juntas a un lado, examinando el equipo de cocina que acababan de montar. Tampoco parecían necesitarle.

—¿Por qué todos tienen algo que hacer excepto yo? —preguntó Kinri, poniéndose nervioso.

Arona se rio con ganas.

—A lo mejor a alguien le preocupa que te canses —dirigió una mirada elocuente a Diente de León.

—Ahora tengo que irme —dijo Diente de León con las mejillas sonrojadas—. Todos nuestros platos tienen que prepararse en dos sitios a la vez: en el escenario de cocina y en el escenario principal. Mati y la banda cocinarán la comida mientras yo voy preparando al público.

Sin dar tiempo a Kinri de hacer más preguntas, Diente de León se deslizó hacia el escenario principal, captando la atención con su brillante y vaporoso vestido de seda muaré, como una revoloteante mariposa.

Kinri miró alrededor y quedó algo desilusionado al ver que el cuenco de celosía, repleto de pequeños espejos, había sido transformado en un mosaico parabólico altamente reflectante —le habría hecho ilusión unir los espejos él mismo. Del centro del cuenco

cóncavo sobresalía un poste metálico que acababa en un anillo plano que se cernía sobre el espejo. Él había visto ese aparato en funcionamiento, pero no estaba seguro de que fuera a mejorar el sabor de la comida.

Con cuidadosos movimientos, Rati giró el aparato para dirigir la superficie parabólica hacia el sol, mientras Arona y Mota abandonaban el escenario.

Widi se dio cuenta de que Kinri parecía perdido.

—Tengo que hablar con la chef Mati para que se prepare —dijo Widi a Kinri—. ¿Me echas una mano para traer todos los huevos que encuentres en el carromato? Y quiero decir *todos*.

Kinri corrió al carromato y encontró una pila de cajas rellenas de paja en la parte de atrás. Aunque los compradores de El Cofre del Tesoro habían vaciado los mercados de los ingredientes más exóticos, no pudieron privarles de los básicos.

Examinó cuidadosamente entre la paja y encontró huevos de ganso, de pato, de gallina, de codorniz, de faisán, de paloma… Con cuidado los colocó en una cesta y la llevó hasta el escenario de cocina.

Diente de León subió al escenario principal y se presentó ante el público como subjefa de cocina, cuya misión era explicar las técnicas de cocina poco conocidas de La Espléndida Jarra.

Lolo y Séca, que habían estado entreteniendo a la muchedumbre con la historia del Oráculo Desmenuzado, dieron la bienvenida a la nueva presentadora. Diente de León era vivaz, bonita y era evidente que no se sentía amedrentada por tener que hablar en público.

—Señores, señoras, honorables jueces —Diente de León levantó el megáfono y habló con una seguridad natural. Estaba acostumbrada a tomar la palabra en las fiestas que organizaba en palacio y, dado que no había funcionarios presentes, no tenía miedo de que alguien pudiera revelar su verdadera identidad.

»Recordad que la cocina y la comida no están relacionadas solo con el sustento. La comida es un lenguaje en sí misma. Cuando nuestros padres masticaban por nosotros la carne dura y las verduras para darnos de comer bocado a bocado, antes de que tuviéramos dientes o aprendiéramos las primeras palabras, lo que hacían era su forma de hablarnos; cuando cocinamos sus platos favoritos y se los ofrecemos en el altar de los ancestros estamos diciendo a nuestros padres que les amamos aunque no puedan oírnos. Al cocinar y al comer, honramos nuestro pasado y depositamos nuestras esperanzas en el futuro.

»Desde Zudi hasta Ginpen, desde una taberna hasta un afamado salón de la hospitalidad, desde los paladares de los jornaleros a los gustos de los grandes señores y señoras, la gran señora Wasu y la chef

Mati nunca han temido experimentar para el futuro mientras continuaban nuestras orgullosas tradiciones. Y hoy podréis contemplar esa tradición de innovación.

»Pero ya que competimos por el título de mejor restaurante de Ginpen, es del todo lógico que cocinemos platos que honren la historia de Ginpen.

»Cuando el augur jefe salió del Gran Templo de Lutho tres días más tarde, llevaba con él los planos de un nuevo tipo de máquina.

»"Estas son las murallas curvas de las que hablaba el oráculo", le dijo al rey. "¿Recordáis que las dos líneas de fragmentos de caparazón se curvaban uno hacia el otro, como un par de brazos que abrazan, siendo cada uno la imagen invertida del otro? ¡Esa es la clave que nos envía el Señor Lutho!".

»Construidos de manera similar a las velas rígidas reforzadas por sables de los navíos transoceánicos, las celosías de bambú diseñadas por el augur jefe recordaban los esqueletos de las velas, antes de que les izaran las lonas. Estas gigantescas velas fueron erigidas a lo largo de toda la costa de Haan y el augur jefe asignó un equipo de trabajadores a cada una. Ellos serían los responsables de girar las velas de acuerdo a las instrucciones enviadas desde la capital.

»"¿Cómo van a protegernos esas velas?", protestó el rey. No son curvas en absoluto. ¡Y ni siquiera soportan lonas tensadas!

»"¡Un poco más de fe, majestad!", dijo el augur jefe.

»En lugar de colocar lonas sobre las torres-vela, el augur jefe pidió a cada familia de Haan que donase sus espejos: los grandes espejos de bronce pulido usados en las casas para vestirse; los espejos pequeños de vidrio que llevan las señoras que han de viajar largas distancias; los espejos nuevos de los bares y las casas índigo; los espejos antiguos de los templos y las salas de conferencias… todos esos espejos fueron amarrados a las torres-vela, convirtiéndolas en gigantescas telarañas deslumbrantes engalanadas de rocío…

De vuelta en el escenario de cocina, Kinri encontró a Widi hablando a una hiperventilada Mati, mientras Lodan trataba de tranquilizarla.

—Chef —dijo Widi—, tienes que hacerlo. Ninguno de nosotros somos buenos cocineros. No querrías comer una tortilla hecha por mí.

—¡Pero nunca he cocinado con el calor del sol! —protestó Mati.

—¡No tiene ninguna complicación! Como dijo Diente de León, vas a cocinar los platos que te sientes cómoda preparando. Es como un fogón normal, solo que en lugar de fuego…

—Espera —dijo Lodan, que rodeaba en actitud protectora los hombros de su esposa—. Cuando nos estamos jugando la propia supervivencia del restaurante, cuando partimos en desventaja por la

baja puntuación de la ronda de entrantes, estás sugiriendo que cocinemos *una tortilla,* algo que hasta un cocinero mediocre podría hacer a ciegas…

—Chisss —susurró Widi—. ¡No tan alto! Por supuesto que no vamos a hacer «una simple tortilla». Mati, tenías razón cuando dijiste que querías recuperar lo básico, pero vamos a hacerlo de un modo diferente…

Mati colocó una sartén oscura y plana en el anillo suspendido sobre la superficie reflectante y untó su interior con aceite, un mejunje especial preparado por Arona.

El público y los jueces repartían su atención entre la cocina de La Espléndida Jarra, donde había reaparecido la chef Mati tras una arenga aparentemente intensa a su personal, y el escenario principal, donde Diente de León continuaba tejiendo un cuento hipnotizante.

Cuando las primeras aeronaves invasoras asomaron por el horizonte, el jefe augur dio la orden. Los equipos compuestos por soldados, eruditos e incluso campesinos tiraron juntos de unos cables que hacían girar las enormes velas espejo de modo que los rayos de sol que reflejaban sus superficies deslumbrantes convergieran en la aeronave xana.

Así es como hicieron las murallas curvas: concentrando el poder de muchos en un solo punto.

En la cocina, todos los rayos del sol recogidos por los espejos en el cuenco parabólico se reflejaron sobre el fondo de la sartén negra.

Widi Tucru y Rati Yera tocaban el laúd de coco y la flauta de bambú como si fuesen la orquesta de una pequeña compañía itinerante de ópera popular. Con un pie, Widi golpeaba una baqueta contra una caja situada en el suelo, para mantener el compás. También cantaba en un estilo gutural sobrenatural y profundamente íntimo a la vez, que evocaba los sonidos de las olas oceánicas moteadas por el sol, los resoplidos de los remeros de una aeronave, la furia de los dioses en el viento, y el orgullo de un pueblo asediado.

Una joven del público se sobresaltó al oír cantar a Widi. De cabellos rubios y ojos azules, con la piel bronceada cubierta de tatuajes azules, era una nativa de Tan Adü que había venido a Ginpen a estudiar las artes de Dara. Sus ojos se llenaron de lágrimas al escuchar el canto gutural de su tierra, algo que no había oído en mucho tiempo.

Cuando el aceite de la sartén comenzó a crepitar, nubes de humo que parecían salir de ninguna parte llenaron el escenario. Era un humo extraño que se mantenía cerca de la superficie del escenario, oscureciendo las piernas de Mati, pero dejando visibles la parte superior de su cuerpo y el horno solar, como si Mati flotara en un mar de nubes.

Aquellos de entre el público que habían viajado reconocieron los signos del dominio del humo de Arulugi, algo raras veces visto en Ginpen.

Una figura esbelta con ropas vaporosas surgió repentinamente del humo a un lado del fogón solar. Un momento después, otra figura, esta mucho más alta y de hombros mucho más anchos, apareció en el lado opuesto del fogón solar, vistiendo una armadura de utilería.

El público contuvo el aliento y luego prorrumpió en aplausos. Los dos personajes vestían ropa de época y representaban al augur jefe de Haan (Arona Taré) y a un general invasor xana (Mota Kiphi).

Ambos se miraron, con el cuerpo tenso, listos para la batalla.

Mati estaba entre los dos, intentando con todas sus fuerzas no prestar atención a su actuación distractora y al humo que fluía a su alrededor mientras asentía a Kinri, que esperaba a un lado con su cesta de huevos.

La gente y los jueces estaban hipnotizados. Jamás habían visto una cocina convertida en un teatro. Séca y Lolo no decían nada, convertidos ahora en parte del público. Tiphan Huto y la viuda Wasu se habían levantado de sus asientos para ver mejor la cocina de La Espléndida Jarra. Hasta Mozo Mu no pudo evitar echar un vistazo de vez en cuando al tiempo que instaba a su equipo a seguir concentrado en su trabajo.

La invención del augur jefe suponía una forma sin precedente de hacer la guerra con la ayuda del poder del sol, lo mismo que el fogón solar que hemos montado en la cocina para honrar aquel episodio es una forma sin precedente de cocinar. ¡Al igual que el augur jefe Zya solicitó la ayuda del fuego celestial para defender Haan, hoy solicitamos su ayuda a la llama divina para preparar un suntuoso festín adecuado para vuestros refinados sentidos!

Pero regresemos a esa época, hace décadas, en que el pueblo de Haan cooperó para resistir al tirano Mapidéré. La aeronave se movía velozmente, por lo que tenían que girar constantemente las velas-espejo para mantenerla enfocada. ¿Tendría el sol suficiente tiempo para hacer su trabajo?

En la cocina, Kinri se puso en movimiento a una señal de Mati. Cesta en mano, se situó fuera de la vista del público y se arrastró por el humo hasta los pies de Mota Kiphi, que se agachó, agarró un gran huevo de ganso y lo levantó a través del humo hasta la crepitante sartén.

Al tiempo que cambiaba la música de la orquesta, Mota llevó «volando» el gran huevo a través del humo. A ojos de la muchedumbre, el huevo pareció convertirse en la forma aerodinámica

de una poderosa aeronave xana, que volaba lentamente hacia la costa de Haan, cargada de amenazas.

El augur jefe animó al pueblo a no perder la esperanza. «¡Aguantad un poco más!», gritaba. «Concentremos el poder del sol lo mismo que concentramos nuestro amor por el hogar y la confianza en nosotros mismos».

Arona llevaba en alto un par de delicados mazos de huevos plateados y danzaba alrededor del fogón solar, intentando golpear la aeronave-huevo. La orquesta acrecentaba la tensión con sus cantos y su música, ahora rápida, ahora lenta, ahora fuerte, ahora suave…

El público tenía el corazón en la garganta. ¿Funcionaría la atrevida invención del augur jefe? ¿Se cocinarían los huevos? ¡Qué maravillosa representación! Ya estaban seguros de que ese plato sería diferente a todos los que hubieran probado.

Los corazones de la gente estaban agotados. No podían evitar que sus dudas se acrecentaran. Tiraban y empujaban, intentando mantener sus miradas y la mirada del sol sobre la aeronave que se aproximaba. Pero la aeronave se negaba tercamente a detener su rumbo por los espejos curvos del oráculo.

Widi golpeó su baqueta tan rápidamente que sonó como un redoble; la flauta de bambú de Rati aumentó progresivamente *in crescendo*. El canto gutural de Widi sonaba como la súplica desesperada de cien mil corazones anhelando un solo deseo.

Mota se detuvo cuando el huevo de ganso estuvo directamente encima de la sartén. Arona giró como un torbellino, con sus dos mazos de huevos plateados creando un anillo resplandeciente bajo la luz del sol.

Súbitamente, Widi dejó de cantar y Rati de tocar la flauta. Los gongs atados a las rodillas de Widi chocaron uno contra otro cuando los mazos de Arona golpearon el huevo de ganso.

El choque de los gongs resonó en los oídos del público a la vez que se derramaba el contenido del huevo roto. Mati lo atrapó con facilidad y empezó a cocinarlo. Arona y Mota desaparecieron de la vista entre el humo.

¡Y así, sin más, la aeronave estalló en llamas! Y lentamente se sumergió en el mar.

El público prorrumpió en fuertes gritos y aplausos.

—¡La viuda Wasu debería vender entradas para su cocina si hace esto cada noche!

—Cocinar con el sol… ¿Habíais imaginado alguna vez algo así? ¡Figuraos cómo será su sabor!

—Qué maravillosa forma de honrar la memoria del augur jefe. La

Espléndida Jarra realmente sabe lo que hace que Haan sea Haan.

Más huevos, que representaban diferentes aeronaves y navíos de la armada, fueron rotos y vertidos al crepitante aceite. Mati se iba metiendo poco a poco en el espíritu de la representación mientras manejaba espátula y sartén, llegando a dar giros sobre sí misma mientras volteaba las tortillas en el aire y las cogía justo a tiempo de recibir más vítores y aplausos.

Diente de León, sobre el escenario principal, continuaba con su relato.

—Con la inspiración del sabio augur jefe, el Oráculo Desmenuzado de Haan también hizo añicos el mito de la invencibilidad de Xana y sirvió para recordar al pueblo que si se reúne la luz desperdigada de los individuos se puede crear una fuerza imparable.

»Claro que el augur jefe Zya no fue el único que contribuyó a la defensa de Haan. Como en aquel momento eran tantos los hombres que prestaban servicio en el ejército y la armada de Haan, la mayor parte de los trabajadores que construyeron las velas de luz y tiraron de los cables que las giraban eran mujeres, niños y ancianos. Muchos eran fabricantes de seda de los innumerables talleres de Haan.

»La seda es la base del vestido acampanado distintivo de la región y la estrella de muchos inventos interesantes procedentes de las grandes academias y laboratorios de Ginpen. Pero no olvidemos que la seda procede del trabajo de las mujeres, muchas de ellas pobres y analfabetas, que anónimamente se esfuerzan por conseguir una belleza que ellas mismas no pueden disfrutar.

Hijo mío, he visto a muchos señores duros como el jade
y a muchas señoras de voz dulce vestidas de fina seda.
¿Cuántos saben que en realidad son sudarios?
¿O que las tejedoras de seda solo llevan mantones de cáñamo?
Escoge los capullos, remoja, hierve, remueve, devana.
¡Gira la rueca, hermana, gira la rueca!

»Por tanto, a la vez que celebramos la victoria de los Espejos Curvos de Haan, rindamos homenaje a las mujeres sacrificadas que, al igual que los gusanos que cosechan, dedican su juventud y su salud a embellecer el mundo. ¡Ellas, junto con las camareras, las chicas de las casas índigo, las sirvientas, las esposas de pescadores y las campesinas de Haan, devanan los hilos del amor que forman la urdimbre y la trama de nuestra hermosa ciudad, una red de conexiones que vale la pena defender frente a la tiranía!

Con reverencia, Mati abrió los recipientes de los gusanos marinados y echó el contenido a las tortillas. Los ojos de muchos asistentes se humedecieron cuando vieron esta comida de campesinos transformada en un símbolo del indómito espíritu del pueblo haan, estudiosos y campesinos analfabetos, todos ellos orgullosos.

Secándose el sudor que le goteaba por la frente, Mozo Mu presentó diversos platos principales a los jueces. Un rápido esbozo de un par de ellos debería bastar para obtener una idea del enfoque general.

El «Telar de Tututika» estaba hecho con tofu cocinado al vapor en la misma olla que distintas variedades de anguilas y lochas vivas — todas ellas raras y difíciles de obtener. A medida que la olla se calentaba, las anguilas y las lochas se introducían en el tofu para escapar del calor, y así se cocinaban en su interior. Luego el tofu se cortaba en finas lonchas y las secciones transversales del pescado formaban dibujos coloreados que recordaban las nubes al atardecer, a inmortales trasnochadores en el cielo del alba, extravagantes vestidos cortesanos de señoras nobles adornados con joyas, o un arrecife repleto de estrellas de mar y peces descansando.

La «Soberana de los Mares» tenía como base una cola de langosta hervida al vapor y tallada para recordar a una cruben. A su alrededor se disponía una guarnición de moluscos y pescado dispuestos para recordar al espectador los vestidos cortesanos usados por las autoridades civiles y militares: largas aletas de cola de la trucha arcoíris lunar en representación de las largas mangas del ministro de rituales; brillantes conchas de ostra que recordaban la armadura ceremonial de un mariscal; pepinos de mar añejos con «barbas» fermentadas en referencia a los sabios tutores de la corte, y así sucesivamente. Las «autoridades» ofrecían a la cruben múltiples presentes de exótica delicadeza: hongos oreja de piedra y homúnculos; bandejas de «perlas» que eran en realidad ojos de peces voladores; semillas de loto conservadas durante cien años, tan agujereadas y resecas que parecían corales; salsas de flores silvestres recolectadas en solitarios acantilados de islas remotas; arroz frito sazonado con las sesenta hierbas clasificadas en el antiguo manual médico *Secretos de Rufizo,* y así sucesivamente.

Cada uno de los platos estaba confeccionado con costosos ingredientes preparados con meticulosidad y condimentados a la perfección. Mozo Mu se aseguraba de probar todo antes de emplatar, y únicamente servía la comida que cumplía sus expectativas. A pesar de su juventud, dirigía la cocina con precisión militar. Cada ayudante sabía exactamente lo que tenía que hacer y la *mise en place* se seguía y respetaba escrupulosamente.

Por el contrario, los platos de Mati eran preparados de una manera más improvisada que profesional. Rati y Widi arreaban al personal de La Jarra para montar el equipo nuevo y les enseñaban cómo manejarlo en el último minuto; para rellenar el tiempo durante esos pasos preliminares, Diente de León contaba historias sobre técnicas de cocina poco conocidas; Mota y Arona representaban sátiras para entretener al público y a los jueces, cambiando de vestuario y de máscaras en rápida sucesión; Lodan y Kinri servían la comida a los jueces, intentando mantener una charla intranscendente para disimular su nerviosismo; Mati se esmeraba en cocinar mientras todo a su alrededor se tambaleaba al borde del caos.

Además de «El Oráculo Desmenuzado», los otros platos de Mati también tenían nombres alusivos a la historia y al pueblo de Haan. Primero presentó «El Gran Examen», un estofado tradicional de verduras y buey.

Mati disfrutaba preparando este plato sustancioso, sencillo pero con un gran potencial de sabores. Aunque no se trataba de una de las especialidades del chef principal Néfi Ézugo, era muy popular en La Jarra, especialmente entre los estudiosos poco adinerados, que creían que el estofado era bueno para proporcionar combustible para el cerebro cuando tocaba empollar como loco antes de los exámenes imperiales. Mati solía decir a las camareras que preguntasen a los estudiosos de dónde eran para sazonar el estofado de un modo que les recordara los sabores de casa, sabedora de que muchos de ellos extrañaban la cocina de mamá. El único problema del plato era que precisaba mucho tiempo de cocción para extraer los sabores y dejar la carne tierna, y Mati no estaba segura de si tendría suficiente tiempo durante la competición para prepararlo.

No obstante, Diente de León le aseguró que eso no era un problema. Había convencido a Mati de que utilizara una olla de hierro fundido desarrollada por la Banda de las Flores que resultaba bastante intimidatoria. Era pesada y voluminosa, y exigía contar con un fuego crepitante. Una vez que Mati incorporó los ingredientes, Rati y Mota le colocaron una gruesa tapa cupular y la atornillaron para fijarla a los bordes. Del centro de la tapa salía un estrecho respiradero cónico bloqueado por una torre de pesas de hierro apilables.

—Todo el mundo sabe la enorme presión a la que se ven sometidos los estudiosos cuando se preparan para el Gran Examen —dijo Diente de León a través del megáfono.

Los jueces y muchos miembros del público asintieron y murmuraron su conformidad. Los estudiosos de toda Dara conocían de sobra la ansiedad relacionada con las pruebas, pues su actuación en el

Gran Examen determinaba literalmente la carrera y la fortuna de sus familias.

Pero posiblemente en ningún otro lugar se sentía tan intensamente esa presión como en Ginpen. Como Haan era considerada históricamente la región más culta de Dara, los estudiosos de aquí se sentían muy presionados para sobresalir, no solo en su propio beneficio, sino también por mantener la reputación de su patria chica. El hecho de que, año tras año, Haan consiguiese más *firoa* que cualquier otra región, incrementaba aún más esa presión (incluso Zomi Kidosu, de Dasu, la candidata con mejor nota de hace algunos años, fue nombrada hija adoptiva por Haan al haber estudiado bajo la dirección de un nativo de Ginpen, Luan Zyaji). Ginpen contaba con la mayor proporción de *cashima* de toda Dara, pero también con el número mayor de críticos del sistema de exámenes, que lamentaban la presión sobre los jóvenes estudiantes y sostenían que centrarse en los clásicos anu producía tontos inteligentes que poco hacían por potenciar el estado de la civilización.

—Esa presión ha dado como resultado que muchos estudiosos se refugien en la bebida o en las hierbas para soñar —continuó Diente de León—. Pero la presión también ha provocado que muchos padres tengan que hacer enormes sacrificios para educar a sus hijos y hacer de Haan la provincia más ilustrada de toda Dara.

El público sonreía con orgullo.

—¿Sabéis lo que ocurre cuando el agua se somete a una gran presión? —preguntó Diente de León.

Séca, que había estudiado los efectos del vapor a presión en el laboratorio para intentar mejorar la propulsión de las crubens mecánicas, respondió:

—El agua puede calentarse a mayor temperatura cuando es sometida a presión.

—Correcto —dijo Diente de León—, y con esta olla a presión, la temperatura interior…

Fue interrumpida por un estridente pitido cuando el vapor salió silbando por el respiradero de la tapa de la enorme olla negra, empujando hacia arriba las pesas. Mati, asistida por Mota y Widi, colocó más pesas por encima con un tenedor de mango largo para mantener obstruido el respiradero.

—La presión en esta olla puede ajustarse colocando diferentes pesas sobre la válvula de escape. Gracias a la elevada temperatura, hasta la carne más dura y las verduras más fibrosas se ponen tiernas en poco tiempo. En su interior, la comida se cocina más deprisa y por tanto retiene más sabor, reproduciendo la manera en que los estudiosos de

Haan maduran más deprisa y desarrollan mentes más agudas debido al ambiente competitivo y la presión omnipresente para destacar.

El público y los jueces asintieron enérgicamente ante esta afirmación de su cultura.

Rati observaba complacida. Aunque había inventado el aparato con el fin de que la carne resultara más apetitosa para sus dientes envejecidos, nunca pensó que pudiera interesar a otras personas, y mucho menos que fuera a convertirse en una metáfora de la cultura que primaba la educación en Ginpen.

Junto a Rati, Kinri, que le ayudaba a empujar su silla de ruedas, estaba hechizado. Rati les había explicado a él y a Diente de León los principios de la olla a presión, y a él le resultó fascinante. Pero nunca habría sido capaz de tejer tal delicada red de asociaciones alrededor de los detalles de ingeniería. Cuanto más conocía a Diente de León, más la admiraba.

A medida que Diente de León continuaba con su presentación, su tono fue pasando del de una narración nostálgica al de una clase profesional.

—… Cualquier cocinero sabe que los diferentes tipos de tratamiento de los alimentos —hervido, fritura, cocimiento, horneado, plancha, cocción al vapor— se diferencian por la manera en que se aplica calor a la comida. ¿Es mediante el agua, el aceite, el aire, el vapor, la radiación o la conducción directa? Pero las técnicas de cocina antiguas, heredadas de nuestros ancestros, no pueden ser las únicas que gobiernen las artes culinarias. Al igual que los laboratorios de Ginpen son el motor de la innovación industrial, los cocineros que representan a Ginpen también deben liderar en las islas la innovación y el cambio.

»Ya habéis visto que el poder del sol, que en una ocasión se aprovechó para la defensa de Haan, también puede utilizarse para satisfacer al paladar. Pero nuestra intención es mostraros formas aún más ingeniosas de preparar la comida de maneras poco conocidas, de generar nuevos sabores que celebren la singularidad de Haan.

A continuación, La Espléndida Jarra presentó otros buñuelos, aunque no se parecían a ningún tipo de empanadilla que los jueces hubieran visto con anterioridad.

En lugar de envolver el relleno con la masa para luego hervir o freír las empanadillas, en esta ocasión la masa se cocinó en tiras gruesas por separado, casi como si fueran tallarines. Sobre esta capa de «tallarines gruesos» se depositaron albóndigas de cerdo fritas hasta resultar crujientes. Todo el conjunto se cubrió con una salsa de chile rojo y coco.

Hizo falta cierta labor de persuasión para convencer a Mati, tan orgullosa de sus empanadillas que había decidido presentarlas por duplicado para la competición, de que las modificara de esa manera. El cuenco de sopa de empanadillas era el producto más barato del menú de La Jarra y el más consumido por los clientes que comían en la planta baja. Pero el hecho de que no produjeran mucho beneficio al restaurante no quería decir que Mati ahorrara esfuerzos a la hora de prepararlas. Siempre intentaba que tuvieran tanto relleno como era posible para que los clientes más sensibles al precio sintieran que su dinero estaba bien invertido («Si las haces de esta manera, puedes poner incluso más relleno sin necesidad de envolverlas», le dijo Diente de León, y eso finalmente convenció a Mati para probar esta presentación poco ortodoxa).

—Este plato, «Del Revés», representa una versión deconstruida de las empanadillas tradicionales —explicó Diente de León sobre el escenario principal. Mota y Arona, vestidos como eruditos de los laboratorios imperiales, colocaron el plato bajo el proyector-aumentador, con la mano sujetando la barbilla, abstraídos en sus pensamientos—. Lo mismo que intentamos comprender la naturaleza deconstruyendo el todo en sus partes constituyentes, diseccionando a los garinafins para descubrir sus secretos, este plato de tallarines y albóndigas en salsa roja pretende ofrecernos una nueva comprensión del encanto tradicional de las empanadillas.

El plato final presentado por La Espléndida Jarra fue «Bestia Alquímica», una carpa fresca aderezada con cebolletas y jengibre. Favorita por igual de los clientes adinerados y los no adinerados, la carpa fresca siempre formaba parte de la carta de La Jarra. Aunque la población de Ginpen, una ciudad costera, solía preferir los pescados de agua salada, la carpa constituía una notable excepción. Representaba la buena suerte para los estudiosos, que esperaban brillar en los exámenes imperiales al igual que las carpas de la leyenda se convertían en dyrans al saltar por encima de las cataratas Rufizo. Mati, que no era ninguna erudita, tuvo que aprender a marcar la carne del pescado dándole la apariencia del ideograma de «sabiduría», un gesto muy apreciado por los clientes estudiosos.

Pero hoy, en lugar de hervirla o freírla, Diente de León pidió a Mati que cocinara la carpa de una manera especial. En realidad la Banda de las Flores había inventado esa técnica la semana anterior, a partir de una idea de Diente de León.

En primer lugar, el pescado y el aderezo se sellaban en el interior de una bolsa confeccionada a partir de una vejiga de vaca, de la que se extraía todo el aire posible. Luego se sumergía dicha bolsa en un

baño de agua cuya temperatura se controlaba y monitorizaba meticulosamente mediante un indicador construido con mercurio sellado en el interior de un tubo de vidrio.

—El control de la temperatura es un método de preparación alquímica con el que muchos están familiarizados en los laboratorios —dijo Diente de León—, pero la idea de cocinar dentro de una bolsa sellada, con los alimentos separados del agua, está inspirada en la práctica lyucu.

El público pareció inquietarse al oír esto, y entre la muchedumbre corrieron murmullos y susurros de sorpresa.

Diente de León siguió adelante, aparentemente sin prestar atención a la reacción suscitada por sus palabras.

—En las islas irredentas del norte, muchos de nuestros compatriotas han sido esclavizados por los invasores. Pero no seríamos justos con ellos si pensamos que *solo* son víctimas. Incluso en medio de las condiciones más adversas, se aferran a un rayo de esperanza y han encontrado maneras de expresar el amor y la vitalidad de su inviolable carácter interior. Igual que muchos eruditos de Rui y Dasu han seguido componiendo grandes poesías y creando arte, transformando las terribles circunstancias de su opresión en valioso oro, los grandes cocineros del lejano norte han aprendido a adaptar las técnicas de cocina de sus conquistadores para lograr maneras novedosas de expresar la esencia de Dara.

El público se tranquilizó, embelesado. Los refugiados de Dara Irredenta solían suscitar lástima (y a veces animadversión y enojo), pero pocas veces se pensaba en su coraje, en la dificultad de seguir siendo humanos en condiciones inhumanas.

—Recientemente he sabido que los habitantes de Dara Irredenta cocinan platos tradicionales dara en recipientes confeccionados con los duros estómagos e intestinos de garinafin, una bestia peculiarmente adaptada a vivir con fuego. Nosotros no tenemos acceso a las vísceras de los garinafins, pero dicho principio puede adaptarse a otros materiales de los que disponemos. Al fin y al cabo, el pueblo de Haan siempre intenta comprender primero y luego perfeccionar, tomar la inspiración de allá donde se encuentra, probar y experimentar hasta lograr algo completamente nuevo.

Rati asintió y sonrió. Aunque Diente de León hablaba del «pueblo de Haan», sabía que la joven hablaba en realidad de ella misma. Había disfrutado mucho desarrollando este método de la «cocción estomacal» con ella; una de las mejores cosas de enseñar, reflexionó, era aprender algo nuevo del estudiante.

—Al cocinar la comida en vejigas selladas de vaca o de oveja

sumergidas en un baño de agua a temperatura controlada, podemos conseguir sabores nuevos jamás soñados. En este caso, los alimentos se cuecen en sus propios jugos, sin secarse o diluirse en el agua, y podemos controlar la aplicación de calor con precisión de laboratorio. Así como la cocina tradicional se basa en la experiencia del chef y mucha suerte, este método de preparación alquímica une la innovación moderna con una técnica antigua, y transforma las armas de nuestros enemigos en nuevas formas de crear belleza.

Kinri estaba sorprendido. Las lágrimas inundaban sus ojos. No creía que las historias que había contado a Diente de León pudieran causarle tanta impresión. Ella había tomado los detalles insignificantes de su vida en Ukyu-taasa que él se había atrevido a compartir y los había transformado en algo tan cálido y hermoso como ella misma.

—Señora Cophy, ¿qué pensáis de los platos principales? —preguntó Lolo.

Algunos jueces masticaban lentamente con los ojos cerrados, deleitándose en cada bocado. Otros, la señora Cophy entre ellos, habían abandonado la pretensión de mantener el decoro y manejaban sus palillos de comer como si estuvieran haciendo la guerra contra un enemigo comestible, alanceando, apuñalando, izando, escogiendo, tijereteando, devorando la comida con entusiasmo.

—Mmm… umm… —la señora Cophy tragó un bocado y, al recordar que estaba bajo la mirada de miles de espectadores, se puso colorada y se limpió la boca delicadamente con una servilleta—. Los platos de La Espléndida Jarra son sencillamente divinos…

—¿Podemos empezar con algunos comentarios sobre El Cofre del Tesoro? —preguntó Séca. Le inquietaba que el evidente favoritismo de Lolo pudiera provocar las quejas posteriores de Tiphan Huto.

—¿Eh? Oh, claro. Los platos de El Cofre del Tesoro están bien sazonados y preparados con profesionalidad. Y resultan… muy… —parecía que la señora Cophy se estaba esforzando por encontrar la palabra exacta—… extravagantes —terminó con escasa rotundidad.

Séca estaba a punto de sondear algo más, pero los ojos de la señora Cophy se iluminaron cuando se lanzó a hablar.

—Los platos de La Espléndida Jarra, por otro lado, han elevado a nuevas alturas las artes culinarias. Tomemos «El Oráculo Desmenuzado», por ejemplo. El calor divino del sol parece haber conferido a los huevos un sabor brillante y oscuro al mismo tiempo, aterrador y saludable, más propio de la mano de los dioses que de los humanos. «El Gran Examen» ha conseguido una de las carnes y brotes de bambú más tiernos que jamás haya probado —los ingredientes prácticamente se deshacen en la boca—, pero conservan una textura

sofisticada y con capas. «Del Revés» me ha proporcionado una nueva apreciación de los componentes de una empanadilla, y ahora deseo que podamos probar más de esos nuevos platos «deconstruidos» en el menú de La Espléndida Jarra en el futuro. Pero el que me ha proporcionado un mayor placer de todos ha sido la «Bestia Alquímica». Nunca había visto un pescado cocinado tan uniformemente o con un sabor tan intenso. La carpa sabe como… como si no fuera una carpa, sino un dyran extraído directamente del reino de Tazu, impregnado tiernamente con los aderezos del bosque de Rufizo, y luego bendecido por el calor del monte Kana.

Al recordar la previa recepción más bien tibia del entrante «plebeyo» de La Espléndida Jarra, Lolo quiso tirarle un poco más de la lengua.

—¿Pero no creéis que El Cofre del Tesoro ha utilizado unos ingredientes más impresionantes, más acordes con la alta cocina?

—Los ingredientes no lo son todo —dijo la señora Cophy con dureza—. La habilidad de un chef consiste en dotar de nobleza a ingredientes plebeyos, al igual que el conocimiento eleva la mente ordinaria a alturas refinadas. ¿No habéis prestado atención a la lección esclarecedora de la subjefa de cocina —la gran señora se trabó al pronunciar el nombre bastante plebeyo de esta joven chef— Diente de León? ¡*Esa* es la esencia de Ginpen! Podría resumir las sensaciones que han despertado en mí los platos preparados por la chef Mati y su equipo en una sola frase: hemos sido bendecidos con alimentos sustraídos de un festín de los dioses.

La Espléndida Jarra había comprado una cesta entera de carpas para preparar la «Bestia Alquímica». Solo quedaba una, retorcida al fondo de la cesta de mimbre, a un lado del escenario de cocina. Cuando el sol de la tarde proyectó sus inclinados rayos sobre la cesta, las escamas centellearon con un reflejo dorado.

La mujer adüana de la Plaza del Templo entrecerró los ojos por el sol manteniendo la esperanza de que el equipo de La Espléndida Jarra interpretara más cantos guturales. Alrededor del cuello llevaba un collar de dientes de tiburón, que brillaron cuando se puso de puntillas, estirándose para ver.

«¡Ah, hermanita! Me alegra de que hayas podido unirte a nosotros».

«Hola también a vosotros, Tazu».

«¿Solo estamos nosotros? Veamos: Kiji, el descomunal gavilán, no puede venir pues anda enfurruñado porque los lyucu ya no le quieren. Lutho, la vieja tortuga escurridiza, se ha ido a dormir con doncellas agon. Así que quedamos Kana y Rapa, los cuervos escandalosos que parecen incapaces

de solucionar nada o de entender a Jia, su mortal favorita; Rufizo, mi buen hermano alado de blando corazón, que espera salvar a todos uno por uno y al final no salva absolutamente a nadie; Fithowéo, un lobo vestido de perro ansioso de sangre; Tututika, cuya princesa mortal favorita acaba de cocinarla en un estómago de vaca; y por supuesto yo mismo, Tazu, el más guapo, brillante y mejor de todos los dioses. Solo yo permanezco sobrio mientras el mundo está ebrio…».

«Juro que voy a retorcerte el cuello. Maldita sea la promesa que hice a tus padres…».

«No caigas en la trampa, Fithowéo. Le encanta que discutas con él. Medra a base de discordia y de caos. Limítate a ignorarlo».

«Está bien, está bien. Seré bueno. Entonces, ¿qué nos parece este concurso de cocina?».

«Ojalá pudiésemos servir…».

«… unos platos así en nuestros festines».

«Oh, hermanas, seguramente os dais cuenta de que esa mujer exagera. ¿Por qué va a ser mejor una tortilla cocinada con el calor del sol que otra cocinada con fuego? Calor es calor».

«Aunque esté exagerando, la salsa de estas historias de los mortales es mejor…».

«… que esa salmuera rancia que insistes en utilizar en lugar de sal por pura pereza».

«¡Ahora me has ofendido! Ya veremos si vuelvo a cocinar para vosotros la próxima vez que nos juntemos».

«Si no vuelves a cocinar sería un alivio».

«Basta de riñas. ¡Mirad! No había visto a nuestra hermanita sonreír tan feliz en años».

«¿Por qué no iba a sonreír? ¡Mi Fara va ganando!».

«Eh, ¿hiciste algo con ese pez? Se supone que no debes interferir».

«No… no voy a contestar a eso. Mirad, Fara prepara al público al menos tan bien como los mecánicos preparan la comida».

«Razón de más para que nos enfurezca que tu protegida desperdicie su talento en estas tonterías…».

«… en vez de dedicarse a la guerra y a la política. ¡Si dedicara su mente a asuntos serios!».

«Dejadla que viva como quiera, según su naturaleza y sus propósitos. Pocos conseguimos hacerlo, ni siquiera los dioses».

«No siempre estoy de acuerdo con nuestra hermanita, pero debo decir esto: después de asistir a este concurso, hasta yo siento cierta envidia de los mortales, aunque solo sea de los de la propia Dara, no de los de Ukyu-taasa. Qué gran soberana es Jia, que permite a la gente de Dara vivir así bajo su reinado, cultivando libremente sus propias naturalezas».

…

«Tazu, si no te conociera diría que, por una vez, tienes toda la razón».

—Según los votos de nuestros jueces, El Cofre del Tesoro ganó la sección de los entrantes —dijo Séca.

—¡Pero La Espléndida Jarra ha respondido con una rotunda victoria en la ronda de platos principales! —dijo Lolo.

Al fondo del escenario de cocina de El Cofre del Tesoro, Mozo Mu parecía afligida. Tiphan Huto, que había subido resueltamente hasta la cocina, se inclinó sobre la muchacha y cuchicheó algo a su oído, con el rostro transformado en una máscara de rabia. Los ojos de Mozo Mu se llenaron de lágrimas que amenazaban con derramarse.

Hasta el equipo de La Espléndida Jarra sintió lástima por ella.

Pero no era el momento de sentir pena. La competición tenía que continuar.

—Ahora todo se decidirá en los postres —murmuró Kinri.

Mozo reunió a su personal y se enfrentó al reto con valentía. «Tiro Tiro» era una tarta de frutas elaborada con dieciséis variedades de bayas y melones recolectadas en todos los rincones de Dara y dispuestas sobre una base dorada y esponjosa de hojaldre, todo ello glaseado con la poco común miel de las abejas hinchadas. Esta especie de abejas construye sus colmenas en oquedades de los altos acantilados de las montañas Wisoti. Algunas obreras del enjambre se cuelgan del techo de las cavernas, donde otras las alimentan con néctar hasta que su abdomen se expande formando bolsas gigantes y translúcidas llenas de miel. Tras aturdir a las abejas con humo, algunos aldeanos audaces recogen estos «potes de miel» de modo similar a como se recolectan las uvas de las viñas. La tarea es peligrosa y cada año algunos campesinos mueren, víctimas del ataque de abejas enfurecidas o al perder pie en los escarpados farallones de roca.

«No me ames» era una variación del tradicional pastel milhojas elaborado intercalando capas de arroz glutinoso con pasta dulce de semillas de loto, soja, dátiles machacados, pétalos de rosa macerados en miel, escamas de coco y demás. Se suponía que el nombre procedía de una antigua princesa xana a la que prohibieron ver a su amante, al que luego transmitía mensajes de amor en las capas del pastel que preparaba para los banquetes reales. La versión que presentó Mozo Mu relucía sobre los platos de los jueces, pues había sido espolvoreada con escamas de auténtico oro.

Por su parte, Mati y la Banda de las Flores ofrecieron dos postres, hechos también con los ingredientes cotidianos de los que pudo disponer La Espléndida Jarra.

El primero, «El Festín de la Señora Rapa», estaba hecho de una

crema saborizada con distintas compotas de frutas que luego se vertía en esferas formadas al enroscar dos cuencos de cobre por sus bordes. Posteriormente dichos cuencos se introducían en cubos de hielo picado que se hacían girar. Para bajar aún más la temperatura, se espolvoreaba sal sobre el hielo. Cuando finalmente se reabrían las esferas, la crema se había transformado en una sustancia esponjosa y helada que se deshacía en contacto con la lengua y que produjo exclamaciones de asombro entre los jueces. El joven Pimié terminó su porción con tanta rapidez que Mati le tomó el pelo diciendo que había hecho un truco de magia. Luego pidió una segunda ración, una tercera, una cuarta… hasta que se recostó tras la mesa quejándose de dolor de estómago.

—Y yo que pensaba hacer hielo picado con zumo de frutas —dijo Mati admirada.

—Ya lo sé —dijo Diente de León con una sonrisa—. Te he estado observando toda la semana. Estas siguen siendo tus ideas, solo que afinadas y perfeccionadas.

No obstante, con el último postre, «El Festín de la Señora Kana», por poco termina la competición prematuramente.

Mati comenzó preparando pequeños platillos llanos y poco profundos de natillas de judías rojas, un postre habitual, y luego espolvoreó por encima una capa de azúcar.

—Mmm, eso parece la clase de postre que puedes comprar a cualquier vendedor ambulante —dijo la señora Cophy, mirando de reojo al escenario de cocina.

—Parecéis desilusionada —dijo Lolo—. Ya hemos visto que hoy La Espléndida Jarra no ha echado mano de ingredientes caros.

—Después de los platos principales, tenía la esperanza de que me deslumbraran con los postres —admitió la señora Cophy—. Han realzado mis expectativas del mismo modo que han realzado los ingredientes de sus platos anteriores.

—Ah, creo que este último plato os dejará deslumbrada —dijo una sonriente Diente de León—. A lo mejor necesitáis encontrar algo a lo que agarraros.

Rati y Widi dieron instrucciones a su personal para despejar el escenario de cocina del resto del equipo, y luego colocaron los platos llanos de natillas sobre un anaquel metálico. El proyector estaba dispuesto para mostrar las natillas ampliadas al público. Con cuidado, Mota extrajo una gran bolsa conectada a un tubo largo con una boquilla.

Algunas personas del público, que conocían algo las armas desplegadas por la mariscal Gin Mazoti durante la guerra, comenzaron

a silbar entusiasmadas.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó la señora Cophy.

—Gas fermentado —respondió Diente de León—. La misma sustancia que se utiliza para mantener en el aire las aeronaves —añadió, como clarificación—. ¿Os gustaría ver más de cerca el siguiente paso? Os prometo que os encantará.

La señora Cophy asintió entusiasmada. Diente de León la llevó a ella, a Lolo y a Séca hasta el escenario de cocina de La Espléndida Jarra.

Mientras Mota sostenía el largo tubo, Arona trajo una antorcha y la colocó delante de la boquilla. Ambos se sonrieron. Rati se aproximó en su silla de ruedas hasta la bolsa y luego abrió lentamente una válvula dispuesta en la boquilla.

—Espera —dijo la señora Cophy—. ¿Es muy inflamable el gas fermentado?

—Esa es la idea —dijo Diente de león—. Con este plato volvemos a celebrar la inventiva de los laboratorios de Haan. La mariscal Mazoti utilizó en una ocasión un artilugio similar, perfeccionado aquí, en Ginpen, para simular el fuego garinafin en la invasión de Rui por parte de aeronaves fantasma…

Con un fuerte *fiuuuuuu,* una larga lengua de fuego salió de repente de la boquilla. Siseaba y brillaba, y parecía tan radiante como el sol en la pantalla del proyector-ampliador.

El público ahogó una exclamación de sorpresa y alegría, al tiempo que la señora Cophy daba un grito, se agarraba a Séca e intentaba colocarse entre ella y la centelleante lengua de llamas.

Imperturbable, Mota se acercó al anaquel de natillas y pasó la lengua de fuego sobre ellas. El azúcar espolvoreado por encima se fundió bajo el intenso calor y se convirtió en una capa caramelizada de color marrón.

Mientras observaba, Kinri se preguntó si podría adoptarse esta técnica en Ukyu-taasa. Tal vez pudiera usarse fuego real de garinafin, en lugar de una simulación. Estaba seguro de que a su madre le gustaría el asado caramelizado. *Sería mucho mejor,* pensó, *utilizar el fuego de garinafin para hacer dulces y no para sembrar muerte.*

—¿Alguien más quiere intentarlo? —preguntó Diente de León.

Lolo se ofreció voluntaria. Mota le mostró cómo sujetar con firmeza el lanzallamas y luego le dejó intentarlo. Ella lo dirigió sobre las natillas y se echó a reír.

—¡Es muy divertido, señora Cophy y Séca! ¡Tenéis que probar!

La señora Cophy movió la cabeza con determinación y se agarró a la manga de Séca, impidiéndole moverse. Sin embargo, algunos de los

jueces subieron al escenario de cocina para intentarlo. Hasta el joven Pimié pareció recuperarse de su dolor de estómago y tuvo su oportunidad.

Aunque la señora Cophy declinó la posibilidad de manejar el aliento de fuego, fue la primera en degustar el resultado. Hundir la cuchara en la crujiente capa caramelizada e introducirla en las cremosas natillas tibias de debajo fue una sensación que describiría con entusiasmo a sus amigos los días subsiguientes.

La multitud aguardaba en vilo.

En el escenario principal, los jueces se disponían a emitir sus votos. Algunos murmuraban entre ellos; otros parecían reflexionar mientras revisaban sus notas. El único fuera de su asiento era Pimié, que se había entretenido en la cocina de La Espléndida Jarra, admirando el aparato lanzallamas que había creado esas maravillas.

Las carretas cercanas a la cocina habían sido agrupadas y habían unido las lonas que las cubrían, de forma que la caravana parecía una gran tienda. En su interior, el equipo de La Espléndida Jarra estaba reunido alrededor de la viuda Wasu.

—No puedo agradeceros lo suficiente lo que habéis hecho —le dijo a Mati—. Te has reorganizado a partir de una posición de debilidad y has salvado la reputación de mi restaurante.

Luego se dirigió a la Banda de las Flores, Diente de León y Kinri, haciendo una reverencia a cada uno.

—Y todos sabemos que Mati no podría haber logrado esta proeza sin vuestra ayuda. He contraído una deuda de gratitud con todos vosotros que nunca podré pagar.

Ellos le devolvieron la reverencia.

—Ha sido un placer poner nuestros conocimientos al servicio de una auténtica institución de Ginpen, gran señora —dijo Rati Yera.

—Habría sido indignante que un sinvergüenza como Tiphan Huto ganase el título de mejor restaurante de Ginpen —dijo Arona metiéndose en la conversación.

—¡Ha sido muy divertido, nana! —añadió Diente de León.

La viuda Wasu sonrió, dio un suspiro, tomó con los palillos un brote de bambú de «Música de los Miembros» y le dio un mordisco. Como gesto de cortesía, se habían servido platos de cada equipo a la dirección del otro equipo.

Masticó meticulosamente.

—Esto está realmente muy bueno, ¿sabéis? Los sabores son complejos y tienen múltiples capas. ¡Observad el tipo de corte en estos brotes de bambú! Aunque han empleado tan solo tres o cuatro ingredientes, la sensación en boca es como si hubiera una centena,

una auténtica sinfonía de sabores. Mozo es una digna heredera de su antepasado.

Mati y Lodan dieron también un bocado y abrieron los ojos maravilladas.

—Estoy impresionada —dijo Mati, con un tono de envidiosa admiración—. No se trata solo de un nombre bonito e ingredientes caros. Yo no consigo crear algo tan sabroso.

—No permitas que las habilidades de tu adversario te impidan ver tu propia valía —dijo Lodan—. Creo que tenemos posibilidades.

Widi no dijo nada, absorto en las delicias sensuales del plato. Por fin, tras todo el esfuerzo y la tensión, consiguió probar el legado de Suda Mu.

—Ha sido uno de los espectáculos más increíbles que jamás haya visto —dijo la viuda Wasu, aunque no parecía convencida de la victoria—. ¿Qué piensas tú? —dijo volviéndose hacia Diente de León. Hablaba con respeto, como si la opinión de la joven contase mucho más que la de cualquier otro.

—En toda competición en la que participa un jurado humano, lo más importante es la historia que se cuenta —dijo Diente de León.

Widi aplaudió con ganas y se echó a reír.

—Has hablado como una verdadera abogada a sueldo.

Diente de León le dedicó una sonrisa.

—Me temo que ese es un oficio al que nunca me dedicaré.

—Qué desperdicio de talento —dijo Widi moviendo la cabeza con tristeza.

—¿Cómo que la historia es lo que más importa? —preguntó Kinri —. Tú has narrado historias que han suscitado placer en la mente de los jueces —has «cocinado» al público, en tus propias palabras—, pero ¿hay algo más?

—Por supuesto —dijo Diente de león—. La historia no se cuenta solo con las palabras, sino también con la selección de los ingredientes, los métodos de preparación, la presentación de la comida en el plato y el tipo de público implicado. Pero, por encima de todo, una historia exige corazón.

—Tal vez encajarías mejor como profesora en las academias —se burló Arona—. La verdad es que te encanta dar lecciones.

Diente de León se sonrojó tímidamente.

—Continúa —le dijo Rati Yera—. Ignora a Arona. A ella también le encanta hablar.

Diente de León respiró hondo para ordenar sus pensamientos antes de continuar.

—Mozo Mu posee una técnica depurada, y creo que todos podemos

estar de acuerdo en que ha sido la chef más competente desde el punto de vista técnico —se giró hacia Mati—. Sin ánimo de faltar al respeto.

—Oh, ya *sé* que es la mejor cocinera —dijo Mati. A decir verdad, Mati pensaba que no debería ganar. Se había esforzado al máximo, pero el papel relevante otorgado al teatro y el uso de un equipo poco familiar la habían aturullado y obligado a transigir. Por ejemplo, Diente de León, sin ser cocinera, había coreografiado «El Oráculo Desmenuzado» sin contar con la necesidad de batir los huevos para las tortillas de forma adecuada, y Mati no fue capaz de improvisar una solución a tiempo. Esas tortillas no eran, en modo alguno, su mejor obra.

Y, aunque hubiera podido cocinar lo mejor que sabía, Mati dudaba de poder llegar a la suela del zapato de Mozo en lo que a virtuosismo técnico se refiere.

Tomó un bocado de «El Telar de Tututika» y degustó los sabores.

—Incluso yo quiero ir a su restaurante. ¡Pensar lo joven que es! Puedo imaginar de lo que será capaz en diez o veinte años.

—Cierto, pero dejemos a un lado sus ingredientes caros y el virtuosismo técnico por el momento —dijo Diente de León—, y centrémonos en la historia que narraban sus platos. No estaba contando su propia historia, sino la que le habían transmitido, una historia inadecuada para la ocasión.

Widi asintió enérgicamente, pero el resto pareció confundido.

Diente de León prosiguió.

—La historia que Mozo Mu narró a través de su comida había sido narrada previamente por su antecesor, Suda Mu. Antes de poder pensar en una contrahistoria, tenía que comprender a Suda Mu.

Los ojos de Kinri se iluminaron.

—Es por eso que consultaste las bibliotecas.

Diente de León asintió.

—Los poemas que memorizamos nos dieron pistas sobre las recetas, pero servían como guía mnemotécnica, imposible de descifrar por cualquiera que no supiera de antemano cómo preparar los platos.

—¿Qué quieres decir?

—Tomemos como ejemplo el primer poema que escuchaste en El Cofre del Tesoro.

Mil escamas cayeron de un solo golpe.
Mil barcos zarparon por una promesa.
Mil perlas contemplaron la caída
del más grande salón amurallado del tesoro.

»Hasta hoy mismo, después de ver los platos de Mozo Mu, no he podido entender cómo funcionaban los poemas. Esta es parte de la receta de «Soberana de los Mares». El primer verso hace referencia a una cruben despojada de su armadura —Diente de León señaló la cola de langosta en el centro del plato, todavía intacta en su mayor parte —. Eso quiere decir: una langosta sin su caparazón esculpida para asemejarse a una cruben. El tercer verso hace referencia a un montón de perlas —señaló la pila de glóbulos blanquecinos cerca del borde del plato—. Eso quiere decir: una pila de ojos de peces voladores.

Widi echó a reír.

—Ah, ya veo. Es un acertijo imposible de descifrar sin conocer la receta. Solo tiene sentido después de ser preparada mediante el conocimiento secreto encerrado en la cabeza del chef.

—Todos funcionan así. Por tanto la primera idea de Kinri era errónea: los poemas *son* recetas codificadas. Pero el código es una clave que no puede leerse sin conocer de antemano la respuesta. No obstante, cuando no pudimos descifrar el código me di cuenta de que los poemas también tenían un segundo propósito: componían una imagen del estado de ánimo de Suda Mu.

Kinri rememoró los nudos de los chamanes y las danzas que narraban historias de su propio pueblo. Las pinturas vocales que quedaban al acabar las danzas eran imposibles de descifrar por cualquiera que no conociera ya la historia, pero proporcionaban un reflejo de la propia danza, de la conversación entre el público y el chamán que creaba la pintura.

Diente de León prosiguió.

—Como apuntó Kinri, nunca me ha interesado gran cosa la historia separada del arte. Pero como toda narración se basa en la historia, decidí ir a las bibliotecas para estudiar la época en la que Suda Mu inventó esos platos. Entonces, la rivalidad entre los estados Tiro impedía el comercio. La única forma de obtener todos los ingredientes que Suda precisaba era que el chef contara con los recursos accesibles a un poderoso rey Tiro. Por tanto, para poder desarrollar su arte, Suda Mu tuvo que colocarse bajo el patrocinio de la corte de Xana. Como Xana planeaba conquistar toda Dara, tuvo que complacer la ambición de los reyes xana en su cocina. Fijaos en los nombre de los platos, «Tiro, Tiro», «Soberana de los Mares», «El Telar de Tututika»… o bien hablan explícitamente del hambre de poder del público al que están destinados, o bien se refieren al mismo de forma indirecta sugiriendo una justificación divina para la creciente ambición de Xana. Todo es poder, gloria, destino manifiesto.

—¿Y qué hay de los platos basados en… el amor? —preguntó Kinri.

—Incluso los platos basados en poemas clásicos sobre el amor rehuían lo específico por lo abstracto, abandonando el reino de los mortales y centrándose en la magnificencia del imperio por mandato divino. Un plato denominado «Música de los Miembros» debería ser sensual e íntimo, celebrar una de las mayores historias de amor de todos los tiempos. Pero el plato de Suda interpreta el tema de la música de forma literal, no metafórica, y presenta la música de los dioses como una especie de alabanza servil al soberano desde todos los rincones de Dara. Esta clase de fusión forzosa que traiciona la propia idea de amor al mismo tiempo que la celebra podía observarse en todas las manifestaciones del arte en la corte xana de la época.

—Creía que no te interesaban la guerra ni la política —dijo Kinri.

Diente de León se echó a reír, con un rastro de melancolía en los ojos.

—Por mucho que desee que el amor lo conquiste todo, es imposible entender el amor o el arte inspirado por él sin ser consciente de la fealdad de la política y de la guerra. La guerra es el amor corrompido.

—¿La guerra es el amor corrompido?

Diente de León asintió.

—Así es como yo lo veo. La guerra es una consecuencia del odio, pero el odio siempre se basa en un amor egoísta, un amor que pretende confinar en lugar de expandir: el amor por el hogar puede convertirse en el odio hacia los forasteros; el amor por el país puede convertirse en arrogancia hacia otros estados; el amor a los compañeros de viaje puede convertirse en el deseo de suprimir a cualquiera que piense diferente.

—¿Por qué Suda Mu puso sus conocimientos al servicio de los tiranos de Xana?

—También por amor. Suda era un gran artista que necesitaba recursos para completar su sueño y dejó que esa necesidad corrompiera su amor por la belleza y por su trabajo. Quizá pensó que podía manejar el poder de los reyes xana para ponerlo al servicio de sus propósitos, pero al final sus mecenas se apropiaron de su arte. Luego se arrepintió de ello, razón por la cual se retiró a las montañas y evitó que el mundo conociera sus recetas. Esa extravagancia, esa pura necesidad de exhibirse ante una multitud abstracta, fue lo que atrajo a grandes señores como el rey Dézan y el emperador Mapidéré, y sigue atrayendo a hombres como Tiphan Huto. Cuando comes estos platos sientes el poder, la ambición, la opulencia, la fuerza. Pero no hay amor. No percibes la intimidad del corazón del chef.

—Y eso es lo que a nosotros no nos falta —dijo Mati—. Yo cocino todo con cariño.

Lodan le cogió la mano y ambas se miraron cálidamente a los ojos. A un lado, Arona sonrió a Mota, quien le devolvió la sonrisa.

—Así es —dijo Diente de León solemnemente—. Una vez que entendí el relato que transmitían los platos de Mozo Mu, fui a observar a la chef Mati y al personal de La Espléndida Jarra. A partir de esas observaciones descubrí el perfecto relato contrapuesto. Lo abstracto debe contrarrestarse con lo concreto, las multitudes con lo individual y la guerra con el amor. Los platos de la chef Mati eran sencillos y caseros, pero impregnados del cariño de una mujer que cocina para sus hijos, de un hombre que cocina para sus difuntos padres, de una pareja que comparte la primera comida juntos en su nuevo hogar, de un niño o una niña que se despierta para preparar el desayuno a toda la familia antes de un día de trabajo en los campos.

—Un regreso a lo básico —murmuró Mati.

Diente de León asintió.

—Tú y tu personal contáis un relato de amor cada vez que ofrecéis a un estudioso alejado de su hogar un sabor que le recuerda la forma de cocinar de su madre, cada vez que servís una empanadilla extra a un jornalero hambriento, cada vez que ponéis una sonrisa en la cara de un niño con hielo picado saborizado con zumo de frutas, cada vez que hacéis algo especial para un refugiado de costas remotas. La historia que cuenta La Espléndida Jarra hoy es la historia de Mati, Lodan y vuestro personal, servida en un plato. Todo lo que hemos tenido que hacer la Banda de las Flores y yo ha sido realzar la comida con una representación que contara esa historia, que permitiera a los jueces percibir lo ordinario bajo una nueva luz.

—Habéis hecho mucho más que eso —dijo la viuda Wasu, con un tono cariñoso.

—Es cierto. Tuvimos que conectar vuestra historia con la historia del público, hacerles ver que vuestra historia personal es también la historia de un pueblo. Convertimos la comida de Mati en una representación moral sobre el pasado de Haan, cuando los Zya lideraron al pueblo para resistir la agresión de Xana; sobre el presente de Haan, cuando los estudiosos acuden en manada a Ginpen en busca de conocimiento y progreso; y sobre el futuro de Haan, donde la interminable búsqueda de conocimiento del mundo significa que podemos aprender incluso de nuestros enemigos.

»Y todo ello reducido a lo básico, al amor que puede guardar un solo corazón. Una gran señora me contó en una ocasión que no hay nada abstracto en el amor, que este requiere lo específico y lo cotidiano.

»Los cuatro grandes placeres de la vida, me dijo, son sentarse junto

a un acogedor fuego mientras la nieve cae al otro lado de la ventana; ascender a un lugar elevado tras una lluvia primaveral para admirar un mundo revitalizado; comer cangrejos con té recién hecho al lado de las mareas otoñales; y sumergir los pies en un lago de aguas frescas cubiertas de loto en mitad del verano. Además, cada uno de estos placeres es mayor al lado de un amigo, de un amor que hace vibrar el corazón en simpatía. El ingrediente más escaso de todos es el amor, y este ensalza la fiesta de la vida, ya debas cocinar con huevos de ganso o con cangrejos de jade de aguas profundas.

»Mati no solo cocina para ganarse la vida, sino porque cocinar es su forma de expresar amor. Los Zya lucharon no porque odiaran a Xana, sino porque amaban al pueblo de Haan, con todos sus defectos ordinarios y virtudes cotidianas. Los grandes eruditos pasan tanto tiempo estudiando a los clásicos que se olvidan de comer, no porque deseen ejercer el poder como altos funcionarios, sino porque adoran el olor del estilete al esculpir en la cera caliente y el placer de la mente que obtienen al debatir las enseñanzas de los sabios con un amigo. Los inventores y vagabundos que inventan y crean no lo hacen para buscar el beneficio, sino porque aman la libertad que experimentan cuando construyen algo: algo imperfecto, banal, puede que incluso inútil, pero suyo y completamente nuevo.

Los miembros de la Banda de las Flores asintieron al oír esto, con los ojos humedecidos.

—¿Pero no podría también afirmarse que te has limitado a halagar al pueblo de Ginpen? —preguntó Widi.

»Ese es el punto de vista escéptico, claro —reconoció Diente de León—. Pero La Espléndida Jarra es parte del tejido de Ginpen, y vuestra historia está conectada con la historia de la ciudad. Los relatos que más nos gustan no son aquellos que cuentan cómo somos, sino los que cuentan cómo podríamos ser. Esa es la razón por la cual terminé nuestro relato con la esperanza de convertir las armas de la guerra en dulzura y en luz.

»Podéis pensar que son historias de autoestima —y puede que los jueces hayan respondido a eso—, en cuyo caso podríamos preguntarnos: aun así, ¿qué hay de malo en ello? Nunca somos tan buenos como nos gusta pensar que somos, pero eso no significa que no debamos esforzarnos por estar más cerca del reino de los dioses. Ese es el objetivo de los relatos, y el objetivo de la alta cocina y de todo arte.

La viuda Wasu se echó a reír.

—Se te da tan bien hablar como a tu padre. De hecho, creo que tus historias son aun más interesantes.

Diente de León se rio por lo bajo.

—Gracias, nana. No le pude conocer bien, y siempre es maravilloso hablar con alguien que le conoció… como una persona normal. Me gustaría que me contaras más historias de él cuando era joven.

—Prometo contarte cada…

Una voz tímida e infantil les interrumpió desde el exterior del carromato cubierto.

—Gran señora Wasu, ¿puedo hablar con vos?

—¡Tal vez Lolo y Séca estén a punto de anunciar el ganador! —dijo Arona.

La viuda Wasu hizo una señal a Lodan, quien levantó el toldo del carromato.

—¡Ah! —emitió un grito de sorpresa.

Un momento después entró Mozo Mu. Todavía con el delantal de cocina, su cara mostraba la tensión de su lucha interna por mantener la compostura. La niña avanzó hasta el medio de la tienda, miró a la viuda Wasu y se postró de rodillas, colocando la frente sobre el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendida la viuda Wasu—. Por favor, siéntate. ¡Por favor!

Mozo Mu se negó a moverse.

—Gran señora —dijo, con una voz temblorosa que a duras penas podía contener los sollozos—, por favor, salvad a mi familia.

Con múltiples pausas para recomponerse y secarse las lágrimas, Mozo Mu consiguió finalmente contar su historia.

Durante años, el clan Mu vivió recluido en las montañas Damu, aislado del mundo. Las instrucciones de Suda Mu a sus hijos habían sido claras: el arte que había desarrollado debería reservarse para el placer de los dioses, no de la humanidad. Cualquiera de sus descendientes podía elegir entre quedarse y estudiar sus secretos o abandonar la reclusión y marcharse sin nada, ni siquiera el nombre Mu. Ambas opciones serían permanentes. Aquellos que quisieron aprender a cocinar sus recetas juraron no abandonar jamás el recinto de las montañas.

De tanto en tanto, hombres y mujeres que huían de los problemas en casa y buscaban una nueva vida alejados del mundo llegaban hasta su lugar de retiro. La familia Mu les daba cobijo y comida, pero les mantenía fuera del recinto interior, donde se guardaban y estudiaban las recetas de Suda Mu, como se hace con las sagradas escrituras de los diversos templos. Algunos de estos forasteros pasaron a ser sirvientes de la familia y hacían recados para ellos; algunos incluso se casaron con miembros de la familia. Pero, incluso así, se les mantenía lejos de las recetas de Suda Mu.

Desde muy temprana edad, Mozo mostró un talento poco usual.

Con apenas unos meses, señaló la cocina y llegó hasta ella en brazos de su aya. Antes de aprender a hablar, ya preparaba empanadillas a la perfección. Antes de aprender a andar, podía hacer tallarines a partir de una masa. A los cinco años preparaba con éxito «La Luna sobre el Lago Dako», un plato que exigía una técnica tan depurada que ni los chefs más consumados se atrevían a intentar. De hecho, como Mozo era demasiado joven para saber leer poco más que unos cuantos ideogramas, completó su hazaña tan solo mirando los dibujos del libro de recetas y observando a su hermano adolescente intentarlo y fracasar en multitud de ocasiones.

Cuando cumplió los diez años dominaba los ochenta y un platos de la obra maestra de Suda Mu, *El atlas del gourmet de Dara*. Se trataba de una colección de las creaciones que eran mayor motivo de orgullo del viejo maestro, y había platos tan complicados que nadie de la familia recordaba su sabor. Los ancianos consideraban que Mozo era una respuesta a sus oraciones, una descendiente de Suda de la séptima generación con el potencial suficiente para llevar el legado de la familia Mu hasta alturas desconocidas.

Los ricos y poderosos que habían oído rumores de la joven prodigio acudían con bandejas de perlas de excepcional belleza y arcas repletas de oro para persuadirla de que les acompañara y cocinara para ellos, aunque fuera una única comida. En todas las ocasiones, estos mensajeros eran despachados con cortesía pero con firmeza.

«No permitáis que el deseo de fama o riquezas corrompa vuestro arte», fue la enseñanza final de Suda Mu a su familia cuando se encontraba en el lecho de muerte, y estas palabras fueron grabadas en el muro del salón ancestral.

Pero una noche, cuando toda la familia dormía, el recinto fue rodeado por un grupo de hombres que portaban antorchas y armas terribles. Golpearon con fuerza las puertas y despertaron a todo el mundo. Cuando abrieron, se precipitaron al interior como una manada de lobos y ataron a todos con gruesas cuerdas.

Al ver sus ropas harapientas —muchos llevaban pieles— y sus armas disparejas —algunas fabricadas incluso con huesos de animales —, la matriarca Mu pensó que se trataba de bandidos desesperados en busca de botín. Les dijo que se llevaran cualquier cosa de valor que encontraran en el recinto.

Pero los bandidos se rieron en su cara. Pidieron que les llevaran hasta los libros secretos de recetas de Suda Mu.

La matriarca, bisabuela de Mozo Mu, se negó a ceder. La asesinaron a la vista de toda la familia.

Entonces el padre de Mozo Mu se ofreció a guiar a los bandidos

hasta los libros. Pero se las arregló para evadirse de los bandidos que le escoltaban, entrar en el sótano secreto, bloquear las puertas y prender fuego a los antiguos manuscritos. Cuando los bandidos lograron derribar las puertas del sótano, todos los libros de recetas habían quedado reducidos a cenizas y el hombre sufría graves quemaduras.

—Ahora no tenéis nada que llevaros —dijo el padre de Mozo.

—No creas que puedes salir de esta tan fácilmente —dijo el jefe de los bandidos, un grandullón con una cruel sonrisa—. Puede que ya no existan los libros muertos, pero todavía están los vivos.

Llevaron ante el jefe a la joven Mozo Mu y le dijeron que podía aceptar cocinar para el patrón de los bandidos o contemplar cómo ejecutaban a su familia delante de ella, un miembro cada hora.

Mozo aceptó.

Los bandidos, como luego se supo, trabajaban para Tiphan Huto. Unos cuantos se llevaron al resto de la familia como rehenes y los demás trasladaron a Mozo a Ginpen, donde le dijeron que se preparara para una competición de cocina. Si quería volver a ver viva a su familia, no tenía más remedio que ganar.

—Por favor —dijo Mozo Mu gimoteando—, salvad a mi familia.

Todos los que estaban en el carromato miraban fijamente a la joven, estupefactos por este súbito giro de los acontecimientos.

Lodan dio un paso adelante.

—Gran señora, no hay ninguna prueba de que lo que ha dicho sea verdad. Podría ser un truco para que aceptemos la derrota. Tiphan es capaz de recurrir a cualquier estratagema.

Mozo miró a la viuda Wasu, con las lágrimas cayéndole por el rostro.

—Sé que hoy me habéis superado, y como vencida no tengo ningún derecho a reclamar vuestra solidaridad. Pero mi familia… No tengo nada que ofreceros a cambio, pero rezaré a la Señora Rapa para que acorte mi vida y os conceda años de más a vos; os enseñaré todas las salsas secretas transmitidas por mi familia, incluyendo la esencia de la juventud vegetal y los cristales de extracto de alga…

La viuda Wasu suspiró, caminó unos pasos y acogió a la chica entre sus brazos.

—Niña, levántate.

—No a menos que aceptéis salvar a mi familia.

—Por supuesto que lo acepto —dijo la viuda Wasu—. Y no necesitas darme nada a cambio.

Kinri y Diente de León se miraron.

—Gran señora —dijo Kinri—. Si nos declaramos vencidos en esta

ronda, partiremos en desventaja para el final de la competición. Aunque diga la verdad, no podemos dejar que nos chantajeen para someternos.

—¿Por qué no denuncias tu caso ante el magistrado? —dijo Diente de León—. Seguramente las autoridades podrán rescatar a tu familia.

—¡No! —chilló Mozo—. Los bandidos se llevaron a mi familia a los barcos. Tiphan dice que les mantendrán en los Huevos de Gusano de Seda. Si se lo contáis al magistrado, seguramente Tiphan lo comunicará mediante paloma mensajera. ¡Cuando la misión de rescate llegue hasta allá mi familia estará muerta y los bandidos habrán desaparecido!

La viuda Wasu le dio unas palmaditas de consuelo en el brazo.

—No te preocupes. No haremos nada que ponga en peligro a tu familia —luego se volvió hacia el resto del equipo—. Sé que pensáis que no debemos rendirnos, pero la verdad es que no creo que estemos ganando como es debido. Mati, sin el apoyo de las historias de Diente de León y la actuación de los héroes de la Banda de las Flores, sabes bien que su comida habría ganado a la tuya.

Mati asintió con el rostro bañado en lágrimas. Lodan la abrazó.

La viuda Wasu continuó.

—Además, las normas dicen que no podemos recurrir a la ayuda de nadie que no sea de antemano un miembro del personal de La Espléndida Jarra.

—¡Oh! —exclamó Diente de León.

Todos quedaron abatidos. La viuda Wasu tenía razón. En su afán por colaborar, habían olvidado esa parte del reglamento.

—¡Podéis contratarnos ahora mismo! —gritó Widi.

La viuda Wasu sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde. Tiphan dirá que teníais que estar en nómina cuando se anunció por primera vez la competición…

—Creo que eso es discutible…

La viuda Wasu levantó una mano.

—Abogado, esto no es un tribunal. Ya me sentía incómoda antes, cuando acepté vuestra ayuda, pero intenté convencerme de que el cerdo no estaba muerto. Sin embargo, ahora lo tengo claro: no es justo ganar de esta manera.

—¿Cómo puede no serlo cuando Tiphan está empleando toda clase de trucos sucios? —gritó Kinri—. Tomar como rehén a la familia de Mozo, acaparar todos los ingredientes…

—No podemos ponernos a su nivel —dijo la viuda Wasu reposadamente—. Cuando era más joven, hace ya un tiempo, no tenía esa clase de escrúpulos. Pero los dioses no dejan de vigilar, y el

engaño y las mentiras nunca producen una verdadera victoria. Tú hablabas de buenas historias, Diente de León. Bien, yo levanté La Espléndida Jarra mediante el amor por la buena comida y la buena compañía, pero en el amor no hay lugar para las mentiras.

Tras un instante, Diente de León se inclinó ante ella.

—Abu, tu grandeza de espíritu es una lección de humildad para mí. Estás en lo cierto. En el amor no hay lugar para las mentiras.

Por alguna razón, Kinri y Diente de León eligieron ese momento para mirarse. Como si les golpeara un rayo, ambos apartaron al instante la mirada.

Los demás miembros del equipo miraban al suelo desanimados. Llegar tan cerca de la victoria solo para que se la arrebataran era peor que perder abiertamente.

La viuda Wasu abrazó a Mozo.

—Eres una chica valiente por hacer lo que hiciste. Hablaré con los jueces ahora.

La joven volvió a arrodillarse y a tocar el suelo con la frente.

—Gran señora, estoy eternamente en deuda con vos.

—Puedes llamarme nana si lo deseas —dijo la viuda Wasu—. Soy yo quien debería estar agradecida por mostrarme, a mí y a todos, lo que es posible hacer con la comida. Eres una verdadera artista, Mozo. Solo deseo que en el futuro puedas crear tus propios platos en lugar de copiar las creaciones de tu antepasado. Tienes talento y mereces emplearlo para contar tu propia historia.

Cuando Lolo y Séca anunciaron la decisión de La Espléndida Jarra, el público y los jueces quedaron anonadados. Antes de que las cocinas de la Plaza del Templo fueran desmanteladas, empezaron a correr rumores por todo Ginpen que ofrecían explicaciones inaceptables. Algunos afirmaban que La Jarra había intentado hacer trampas y la habían pillado; otros decían que la chef de La Jarra rompió a llorar cuando probó la asombrosa comida preparada por la joven prodigio de El Cofre.

En el interior de su carromato cubierto, Tiphan entregaba pequeñas bolsas con monedas a unos cuantos haraganes locales.

—Gracias, buenos señores y señoras. Seguir dando rienda suelta a la lengua.

De vuelta a La Espléndida Jarra, la viuda Wasu parecía haber envejecido en pocas horas. Su espalda estaba aún más encorvada y sus pasos habían perdido agilidad.

—Lo único que puedo hacer para remediar mi error es incorporaros a la plantilla de La Espléndida Jarra —dijo la viuda Wasu a Diente de León y a la Banda de las Flores—. Si todavía queréis ayudarme para la

siguiente ronda.

Todos asintieron.

—¿De qué trata el próximo concurso? —preguntó Diente de León.

—Como hemos perdido, podemos elegir —dijo la viuda Wasu—. Propongo una competición sobre el servicio.

—¿Cuándo? —preguntó Lodan.

—Necesitarán algunas semanas; aparentemente El Cofre del Tesoro tiene que acometer cierta reconstrucción para cumplir con las normas imperiales de construcción. Pero no importa de cuánto dinero dispongan, no podrán competir con nuestro servicio. Incluso cuando no era más que una simple taberna, siempre hicimos que el cliente se sintiera como en casa y nos aseguramos de que saliera con el estómago satisfecho y el corazón alegre.

«Hermanita, ¿fuiste tú la gran señora que dio clases sobre el amor a Fara?».

«Yo solo planté una semilla, Rufizo. Ella la ha cultivado hasta conseguir una magnífica flor. Y, lo que es más, yo me dirigía a su hermana, no a ella».

«Eso es lo que pasa con los mortales. Siempre nos sorprenden».

«A veces pienso que el mayor placer de ser un dios es aprender algo nuevo de tu mortal favorito».

CAPÍTULO CUARENTA

CARTAS

DIMUSHI: SEXTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTITRÉS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

A Su Muy Augusta Majestad Imperial:

Tras mi último envío, la princesa Aya ha iniciado otra expedición contra los piratas que operan en el estrecho de Amu. Un informe completo de los resultados de la expedición os será remitido más adelante en un relato pormenorizado, pero, acatando vuestra orden de subrayar los aspectos más relevantes de los informes extensos, os ofrezco aquí la descripción de un encuentro con los piratas para que tengáis una idea de la expedición en su conjunto.

En la mañana de la luna llena, tras llevar una semana en el mar sin indicios de piratería, los vigías avistaron un buque mercante bajo el ataque de dos barcos con el estandarte del Diente Roto, símbolo del infame rey pirata Mémén el Soñoliento, también conocido como Tiburón Tuerto.

La princesa Aya y yo deliberamos y convenimos atacar de inmediato a los piratas. Todos se pusieron manos a la obra y la flota de cuatro barcos-castillo y dos bricbarcas puso rumbo hacia el mercante en problemas.

Los dos barcos piratas abandonaron la caza del mercante y se dirigieron a nuestro encuentro. Aconsejé a la princesa Aya que sacara los remos y embistiera contra los barcos piratas, para luego abordarlos y proceder a un asalto con los soldados, si los barcos sobrevivían al ataque inicial. Mi consejo se basaba en las tácticas navales tradicionales: superábamos en número al enemigo, contábamos con el favor del viento y los barcos-castillo están reforzados para poder embestir.

Sin embargo, la princesa Aya no estuvo de acuerdo.

«En lugar de escapar, los piratas nos atacan. Eso sugiere una estratagema. Deberíamos adoptar una posición defensiva».

Yo le expliqué que los piratas son forajidos y que siempre atacan con la esperanza de intimidar al enemigo, por grande que sea su desventaja.

«No es cierto», dijo la princesa Aya. «"Un general imprudente menosprecia a su adversario; un general prudente piensa en su adversario como su igual; un general brillante respeta a su adversario y le honra como a su profesor". ¿Sabes quién dijo eso?».

Confesé que no lo sabía.

«Fue mi madre, en Tácticas de guerra de Mazoti*, Libro II, capítulo diecisiete, "La actitud del general". ¿Te consideras un general más brillante que mi madre?».*

Yo le expliqué que de ningún modo pensaba que podía igualar a la mariscal. No obstante, me parecía que sus palabras no debían interpretarse en el sentido de que siempre debemos actuar como las tortugas. Nuestra tarea, al fin y al cabo, es eliminar la amenaza de la piratería y encontrar pruebas de la colaboración de los piratas con los lyucu, no limitarnos a evitar cualquier daño propio.

«¿Has ganado más batallas que mi madre?».

Tuve que admitir que, en realidad, yo no había ganado ninguna batalla, aunque serví como observador en varias misiones contra los piratas y contra los bandidos y poseo cierta experiencia.

«Informaré de que estás obstruyendo los planes militares y poniendo en peligro la vida de nuestros marineros y nuestros soldados».

Mientras tanto, los barcos piratas seguían acercándose minuto a minuto.

A pesar de que la mayor parte de los capitanes estaba de acuerdo conmigo, acepté la decisión de la princesa Aya. No obstante, en lugar de adoptar la formación defensiva tradicional y situar los barcos-castillo en línea y las bricbarcas en los flancos, la princesa Aya ordenó que los pesados barcos-castillo se encadenaran formando un cuadro, con las bricbarcas dentro de dicha fortaleza flotante.

Yo me opuse a esa formación defensiva tan heterodoxa, que sacrificaba toda nuestra movilidad en pro de dudosas ventajas.

«¿No reconoces la formación en cuadro, que tuvo tan buenos resultados en la batalla del golfo de Zathin? Te sugiero que leas el tratado de mi madre, especialmente los capítulos del uno al ocho del Libro IV. He estudiado minuciosamente esta formación y la he descrito con detalle en una nota al capítulo ocho».

Le señalé que el empleo de la formación en cuadro con las aeronaves integradas por parte de la mariscal respondía a las tácticas de ataque de los garinafins. Parecía poco razonable aplicar una táctica aérea contra un enemigo diferente en el inminente combate naval.

«"Un general inflexible utiliza la caballería contra la caballería, la infantería para oponerse a la infantería, el armamento de asedio para responder al armamento de asedio; un general flexible percibe lo que tienen en común todos los ámbitos de la guerra y sabe que la infantería puede emplear en ocasiones tácticas de caballería, que la caballería puede en ocasiones tomar ciudades, que el armamento de asedio puede en ocasiones devastar a la infantería sobre el terreno". ¿Sabes quién dijo eso?».

Supuse que se trataba de la mariscal.

«¡Exactamente! Tu mente es tan inflexible que consideras las batallas aéreas y las navales como ámbitos completamente separados. Gori Ruthi, me recuerdas a tu tío, tan limitado por las palabras de Kon Fiji que fue derrotado hasta tres veces por mi madre con un ejército mucho menor. Entonces, ¿me dejarás librar esta batalla o vas a seguir ladrando como un molesto perrito faldero?».

Quisiera señalar que lo insensato no son las palabras de los sabios, sino la manera insensata en la que interpretamos las palabras de nuestros maestros. No obstante, dada la proximidad de los barcos piratas, cedí una vez más.

Los barcos piratas, bastante asombrados ante nuestra fortaleza flotante, titubearon al principio, inseguros de cómo actuar. Dieron vueltas alrededor de la flota en cuadro con precaución, mientras nuestros arqueros les vigilaban desde los baluartes del barco-castillo.

«¿Te das cuenta de lo bien que ha funcionado mi plan? Necesitas saber cuándo someterte a las decisiones de la hija de la más…».

En aquel momento, un cabecilla pirata con un parche en un ojo trepó hasta la cofa de la nave capitana y se identificó como Tiburón Tuerto. Nos gritó multitud de insultos indescriptibles y se burló de nuestra formación, enfureciendo a la princesa Aya. Pero estaba fuera del alcance de nuestras flechas.

Entonces la princesa Aya dio la orden de montar y preparar las catapultas. Los arqueros tuvieron que evacuar los castillos para colaborar en la maniobra. Pero cuando la mayor parte de la tripulación estaba ocupada en dicha empresa, Tiburón Tuerto ordenó aproximarse a sus naves y lanzó una andanada de cubos de brea ardiendo contra uno de los barcos-castillo, antes de darse en retirada. Cuando los arqueros pudieron regresar a los castillos para repeler el ataque, el fuego se había propagado a las jarcias y toda la tripulación tuvo que esforzarse para evitar que consumiera el barco entero.

Entretanto, las naves de Tiburón Tuerto habían vuelto a poner rumbo al buque mercante inutilizado.

La princesa Aya ordenó dar caza a los despreciables truhanes, siendo esa la primera de sus decisiones con la que estuve de acuerdo. No obstante, dado que nuestros barcos-castillo estaban encadenados y las bricbarcas encerradas en su interior, nos llevó mucho tiempo deshacer la formación. Cuando la flota —excepto el barco que batallaba contra el fuego— alcanzó al mercante, los piratas ya lo habían saqueado y habían huido llevándose a los rehenes, dejando el mercante asaltado convertido en un pecio flotante.

A esas alturas, lo único que podíamos hacer era buscar a los supervivientes que pudieran quedar en el mercante. Yo insistí en enviar un

pequeño grupo de abordaje como medida de precaución, ya que Tiburón Tuerto tiene fama de cruel y taimado, pero la princesa Aya quería que todo marinero físicamente apto abordara el mercante inmediatamente con el fin de registrar el barco en el menor tiempo posible.

«Los piratas han huido, temerosos de nuestro poderío. "Ten cuidado con la cobardía disfrazada de prudencia"».

Varias citas de la mariscal más tarde, volví a perder la discusión.

Desafortunadamente, al implicar a tantos tripulantes en el registro del mercante, se estorbaban unos a otros y duplicaban el esfuerzo. La búsqueda por el barco llevó mucho más tiempo de lo previsto, y alrededor de media hora más tarde se produjo una explosión en uno de los compartimentos bajo la línea de flotación, probablemente como resultado de una bomba-trampa del Soñoliento. Tuvimos que evacuar el mercante antes de que se hundiera y varios marineros resultaron heridos en la caótica estampida.

En definitiva, a resultas de este encontronazo, uno de los barcos-castillo ha tenido que ser enviado de vuelta a Dimushi para su reparación y un total de veinte marineros y soldados han resultado heridos, aunque no peligra la vida de ninguno. No capturamos a ningún pirata.

Mi evaluación general de la actuación de la princesa Aya es… desfavorable. Es temeraria cuando debería ser prudente, tímida cuando debería ser audaz. Renuncia a las tácticas tradicionales pero sus innovaciones no son eficaces. Ignora los consejos y subsiste a base de orgullo. Conoce de memoria todas las líneas de los tratados de su madre, pero aparentemente no sabe aplicar las lecciones de la mariscal a la vida real. En resumen, yo la recomendaría encarecidamente para representar el papel de un general en el escenario, pero lo pensaría tres veces —y tres veces más— antes de encomendarle otra misión de mando.

Vuestro leal servidor
Gori Ruthi

P.D.: Me acaban de informar de que Tiburón Tuerto nos ha enviado las exigencias de rescate para sus rehenes. Como señalé en mi carta anterior, carecemos de pruebas de que algunos de los piratas del estrecho de Amu estén colaborando con los lyucu, o que los secuestros pretendan algo más que cobrar un rescate. Recomiendo pagar dichos rescates para asegurar el regreso de la tripulación del mercante. Será más barato y más eficaz que volver a enviar a la princesa Aya.

MIENTRAS TANTO, EN GINPEN

Mi muy querida Aya:

Lamento oír que estás teniendo tantos problemas con ese estirado de Gori Ruthi. No me cabe duda de que estará aplicando cera con elocuencia en sus informes a nuestra madre-tía, pintando del peor modo posible los ligeros contratiempos que has sufrido. A los moralistas como él se les da muy bien señalar las faltas de los demás y excusar las propias. Si es tan listo y tan inteligente, ¿por qué no te presentó sus argumentos de un modo más convincente? ¿Eeeh?

¡Ánimo! ¿Qué gran general no sufre algunas derrotas en su carrera? Estoy segura de que ni siquiera tu madre ganó todas sus batallas. Puedo imaginar las presiones a las que estás sometida, y sé que estás haciendo todo lo que puedes. Me gustaría saber cómo ayudarte, pero lo cierto es que no sé nada de la guerra. Así que, por favor, recuerda que confío en ti.

Ahora vamos con asuntos más agradables. He cumplido mi promesa y no me estoy metiendo en ningún lío, puedes estar segura. De hecho, nana Wasu me cuida excepcionalmente bien, y estoy comiendo tan bien que me atrevo a decir que la próxima vez que me veas estaré tan rolliza como una aeronave. Paso el día entero con mis trabajos de arte, y mis únicos compañeros son los inofensivos habitantes del jardín, el pino, la orquídea, el cártamo, el bambú e… incluso algún thasé-teki. *Estoy segura de que madre-tía se alegrará de saber que me he interesado por las artes domésticas de la cocina, la restauración, el cultivo de hierbas. Así que si vas a escribirle algún informe sobre cómo me va, menciona eso.*

(Ya me imagino tu mirada escéptica —¡desconfiada!—, pero te juro que todo lo que he escrito es verdad. ¡Mira lo pulcros que son mis ideogramas!).

En cualquier caso, espero que termines pronto tu misión contra la piratería y vuelvas a casa. Puede que tenga (o puede que no, tendrás que quedarte con la duda) algunos chismes interesantes para contarte. A propósito, ¿has pensado alguna vez diseñar muebles cómodos para restaurantes? Seguro que se te daba bien. Es algo que podemos intentar cuando estemos de vuelta en Pan. Sé que nana Wasu lo apreciaría.

Una última cosa: cuando vayas de regreso, ¿te importaría dejarte caer por los Huevos de Gusano de Seda? Tengo información bastante fidedigna —no me preguntes cómo la obtuve, porque nunca revelaré mis fuentes— de que hay un grupo de piratas que retiene rehenes en el astillero privado del clan Huto en esas islas. Por favor, haz todo lo que puedas para rescatarlos con vida. Observa el uso de cera roja en la última frase: MUY IMPORTANTE.

Tu hermana,
Fara

Querida Zomi:

Estoy convencido de que los dioses han enviado a Ofluro y a la señora Suca para ayudarnos. Gracias a ellos he hecho más progresos con los garinafins en los últimos meses que en todos los años anteriores.

Por primera vez, creo realmente que podemos construir un ejército de garinafins para enfrentarnos a los lyucu. La próxima vez que nos encontremos en el campo de batalla contaremos con nuestros propios jinetes de garinafins. Ya no tendremos que observar impotentes cómo las bestias letales devastan nuestras ciudades; ya no tendremos que llorar a nuestros héroes perdidos porque las aeronaves no pueden igualar en velocidad y potencia de fuego a las crubens aladas. ¿Te puedes imaginar lo que tía Gin hubiera conseguido si hubiese tenido en su poder lo que yo tengo?

Puede que el mundo no sea justo, pero hemos dado un gran paso para que lo sea un poco más.

Eso me lleva al propósito de mi carta. Como sabes, sin dinero los garinafins no pueden cambiar el curso de la guerra. Para ganar necesito armas, vehículos, soldados, jinetes, cuerpos logísticos, transportes, apoyo naval y terrestre y mil cosas más.

Según las informaciones recogidas en la última oleada de refugiados y en la última misión comercial del tributo, los lyucu han averiguado la próxima reapertura del Muro de las Tormentas y están preparándose para una segunda ola de refuerzos, momento en el que piensan lanzar una invasión general a las islas principales. Pero el Consejo Interno y la emperatriz actúan como los bebés, que piensan que si se tapan los ojos el mundo desaparece. Mis repetidas peticiones de fondos para reforzar Dara contra esta invasión han sido rechazadas, y madre-tía me dice que cualquier movilización para la guerra por nuestra parte corre el riesgo de provocar a los lyucu, lo que debe evitarse a cualquier precio. Además, dice que no debemos subir los impuestos porque los campesinos ya llevan una vida dura, y que el dinero que tenemos debe gastarse en educación, carreteras, obras de regadío, ingeniería civil y demás. Yo no ignoro los beneficios de dichos proyectos, pero ¿para qué sirve construir carreteras y puertos si no puedes protegerlos cuando los lyucu nos invadan?

Estoy convencido de que madre-tía es demasiado indulgente con las solicitudes de paz. El pueblo está cada vez más perezoso y desmemoriado, ha perdido la sobriedad de nuestras antiguas virtudes y entrado en un estupor ebrio de avidez y vanidad. He oído que, en algunas metrópolis, los comerciantes rivalizan entre sí con continuas exhibiciones de riqueza: este

quema velas en lugar de leña en las calderas; ese otro apila pañuelos de seda junto al retrete en vez de hierbas higiénicas. Las academias privadas se jactan del coste de sus matrículas; los restaurantes compiten por ofrecer el menú más caro, el más ostentoso. ¿Cómo puede ser esta Dara aquella por la que padre y la mariscal dieron la vida?

No. Yo no quiero limitarme a defender las islas principales; quiero reconquistar Rui y Dasu. Quiero que la gente vuelva a vivir con un propósito en sus corazones, no solo para acumular riqueza y estatus. Las historias de los refugiados de Dara Irredenta me obsesionan. No puedo abandonar a esas islas; no puedo permitir que los lyucu continúen su reinado de terror.

Madre-tía tiene razón cuando dice que quiero provocar la guerra. ¿Acaso no es deber del soberano proteger y defender a su pueblo, luchar por él?

Como no estoy en la corte, no tengo recursos de los que echar mano. ¿Puedes encontrar un modo de conseguirme fondos por otros medios? Esto es de una importancia capital.

También necesito que me encuentres hombres y mujeres de talento. No estoy hablando de comandantes militares, a esos puedo formarlos yo mismo. Pero una guerra no se combate exclusivamente con soldados. Tía Gin alcanzó sus victorias gracias a que tú, Théra y los demás ingenieros civiles desarrollasteis las lanzas y flechas sedamóticas. Pero esas armas de hace una década no pueden montarse en los garinafins y son, en todo caso, demasiado costosas para producirlas en grandes cantidades sin tener acceso al tesoro público. Esa es la razón por la cual necesito que me ayudes a reunir un segundo equipo capaz de repetir el milagro del golfo de Zathin, compuesto por ingenieros expertos que puedan construir armas nuevas para una guerra nueva.

Soy consciente de que financiar con fondos privados un ejército, cuando la emperatriz ha negado el uso de fondos públicos, roza la traición. Aun así, ¿acaso el mutagé *no exige algo más que obediencia al poseedor del Sello de Dara? Cuando las islas se encuentran bajo amenaza de aniquilación, ¿es traición intentar salvar al pueblo por todos los medios con los que se pueda contar? Estoy seguro de que mi hermana, la verdadera soberana de Dara, respondería enfáticamente que sí a la primera cuestión, y que no a la segunda. Espero que estés de acuerdo conmigo.*

Como siempre,

tu amigo,
Phyro

Jia fue al grano de inmediato.

—¿Cómo ha ido la cosecha?

—No muy bien —dijo Wi. Ella y Shido acababan de regresar del monte Rapa—. Las hermanas de allí decían que había pocas flores y no pudimos conseguir más que cinco cestas de producción útil.

Jia suspiró. Como la planta florecía en invierno, solo había logrado una cosecha antes de que hiciera demasiado calor. Guardaba la esperanza de que una segunda siembra cerca del pico helado del monte Rapa produciría los mismos resultados que un verdadero invierno, pero la planta probablemente notaba la diferencia en la duración de la luz diurna y se negaba a cooperar.

—Para la siguiente cosecha, pediré a las hermanas que se aproximen más al pico, donde hace más frío —dijo Wi—. Siento que no…

—No es culpa tuya —dijo Jia—. No pidas a las otras Aletas de Dyran que suban más alto; no servirá de nada, y la exposición prolongada a unas condiciones tan gélidas dañará sus articulaciones. De hecho, di a todas que regresen. Ya han vivido demasiado tiempo en el frío. Les prepararé una sopa de hongos homúnculos para sanarles el cuerpo.

—Gracias, señora —dijeron Wi y Shido, con un temblor de agradecimiento en la voz.

Jia hizo un gesto, quitándole importancia.

—Pensaré otra manera de cultivarlas en verano y otoño. Podéis iros.

Wi y Shido se inclinaron ante ella y se desvanecieron en la noche.

En lugar de irse a dormir —y de recibir las visitas indeseadas de los fantasmas— Jia permaneció levantada para pensar en cómo cultivar en verano una planta que florecía en invierno.

Todos los seres vivos conocen el mundo a través de los sentidos, y a estos se les puede engañar. A lo mejor hay algún modo de darles la sensación de invierno… Recuerdo que mi profesor mencionó una manera de hacer que los ciruelos de invierno floreciesen en verano… Neveras, parasoles de sombra, esencia de hojas en descomposición…

Paseaba y murmuraba para sí. De vez en cuando se sentaba para hacer bocetos en su cuaderno de experimentos y escribir notas en clave para seguir buscando en la biblioteca por la mañana.

Sería más fácil si tuviera un compañero con quien debatir sus ideas, que le ayudara a pensar. Pero esta era una tarea que debía acometer ella sola.

Al fin, satisfecha por sus avances, se detuvo, puso a un lado los

cuadernos y se giró hacia la pila de informes y peticiones oficiales. Había delegado todo lo posible en el Consejo Interno, no solo para poder centrarse en las pocas materias que verdaderamente necesitaban su atención, sino también para que se fuera acostumbrando a tomar decisiones por sí mismo. Podría llegar a ser necesario.

Había una petición del príncipe Gimoto. Rompió el sello, la desplegó, pero no se molestó en leer su contenido antes de dejar caer unas gotas de un bloque de cera roja al final de la misma y grabar *DENEGADA*. La puso a un lado.

También había una petición de Phyro. La leyó detenidamente, dos veces. En lugar de solicitar más dinero para su ejército, requería fondos para levantar un templo en honor a Gin Mazoti para que el pueblo pudiera recordar sus heroicas hazañas; proponía un sistema de pensiones y honores a favor de los veteranos de la guerra contra los lyucu; instaba al establecimiento de un día festivo para honrar el sacrificio de quienes lucharon por Dara y entregaron sus vidas y sus miembros; hablaba de recopilar y publicar los terribles relatos de los refugiados de Dara Irredenta.

Pretendes cambiar el corazón de las personas. Quieres incitarlas a salir del sopor de la paz e infundirles el frenesí de la guerra. Quieres forzar mi mano.

Pero no lo has pensado detenidamente. No comprendes las consecuencias, ni las consecuencias de las consecuencias.

Dejó caer unas gotas de cera roja al final y grabó sobre ella *DENEGADA*.

Había una carta de Gori Ruthi. Como la mayor parte de las cartas de los moralistas, era prolija y tediosa. Esforzándose por ser paciente, la leyó de cabo a rabo.

Había dos cosas de interés. La primera concernía a Aya Mazoti. Confirmando sus sospechas, la princesa no era ningún genio militar, pero eso no la hacía inútil. A pesar de todos los intentos de Gori Ruthi por sesgar el relato, Jia podía discernir la verdad entre líneas. Sí, Aya era insegura y le abrumaba cargar con el peso de su linaje, pero, aun así, se preocupaba por la vida de aquellos que estaban a su cargo. A pesar de sus múltiples errores, nadie había muerto bajo su mando. Su primer instinto no había sido conseguir para sí la mayor gloria al capturar a los piratas, sino rescatar a los supervivientes del asalto que pudieran quedar en el pecio —seguramente Gori Ruthi olvidó mencionar las precauciones que debió haber tomado para que la bomba-trampa no matara a nadie. En resumidas cuentas, estaba bastante satisfecha con la actuación de la joven.

La segunda era la ausencia de pruebas sobre los raptos de personas

con conocimientos técnicos por parte de los piratas cerca de Dimu y Dimushi. Este punto necesitaba una mayor reflexión. No debía subestimar a Tanvanaki. Tenía que averiguar lo que estaba pasando… no solo porque no podía permitir que los lyucu secuestraran a personas y se apropiaran del conocimiento de Dara, sino también porque la respuesta podía ser la solución de otro problema que la atormentaba.

Se sentó junto al escritorio, perdida en sus pensamientos, hasta que el alba asomó por la ventana.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

UNA MALDICIÓN

GINPEN: SEXTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTITRÉS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

Pénozy, una muchacha de dieciséis años, bostezó y abrió las puertas de La Espléndida Jarra cuando el sol se asomaba sobre las murallas de Ginpen.

Aunque todavía conservaba el físico de una saludable campesina acostumbrada al trabajo duro, empezaba a resultarle difícil levantarse tan temprano como hace unos pocos meses, antes de dejar a sus padres en la aldea para incorporarse al empleo que le había encontrado su primo. La ciudad estaba llena de cosas divertidas, y ella y sus amigas habían vuelto a trasnochar el día anterior, bebiendo y tomando piscolabis en la calle tras devorar con los ojos el extravagante edificio que albergaba El Cofre del Tesoro.

Pénozy sonrió al recordarlo. Unos trabajadores estaban intentando instalar una extrañas lámparas en el restaurante —*antorchas sedamóticas*, oyó que las llamaban— muy caras y delicadas. Tiphan Huto, el jefe de El Cofre del Tesoro, había estado gritando a los trabajadores que tuvieran cuidado. Ella y sus amigas se habían reído tontamente al contemplar, por las ventanas abiertas del restaurante, al rechoncho hombre dar saltitos arriba y abajo como un gallo asustado, con el rostro enrojecido y una voz tan atiplada que hizo ladrar a los perros del vecindario.

Dio un suspiro, con la esperanza de que la gran señora Wasu descubriera la manera de batir a aquel despreciable individuo y a su restaurante con aspecto palaciego, por muy impresionante que fuera su aspecto.

El aire era agradablemente fresco a primeras horas de la mañana estival y las mesas y los bancos limpios del lugar relucían con la luz del amanecer. Hora de ponerse a trabajar.

Pénozy entornó los ojos ante el deslumbrante sol e hizo una reverencia.

—Bienvenidos a La Espléndida Jarra, señores y señoras.

Los servicios de desayuno no eran una gran fuente de ingresos para

La Jarra, pues la mayor parte de los clientes ricos no daban fiestas ni programaban reuniones por la mañana. De hecho, casi todos los clientes del desayuno eran estudiosos pobres que madrugaban para un largo día de estudio y jornaleros solteros del vecindario de camino al trabajo. Al vivir en casas de vecindad atestadas, con cocinas comunales, el desayuno era siempre un tema caótico, que exigía levantarse temprano para conseguir un sitio en la abarrotada cocina y luego cocinar bajo la mirada impaciente de los últimos que habían llegado. Quienes preferían evitar el estrés salían de casa con hambre.

La viuda Wasu había insistido siempre en que sus restaurantes de toda Dara sirvieran opciones económicas a su clientela. Aparte de sentir una simpatía natural por los hombres y mujeres que le recordaban su origen humilde («Los estibadores solitarios y las limpiadoras madrugadoras necesitan que alguien les ofrezca un tazón de leche de soja con una sonrisa»), pensaba que estar en gracia con los residentes del vecindario era una buena práctica empresarial. Una nunca sabía cuándo podría necesitar a esos mismos jornaleros y eruditos pobres para apagar un incendio o para firmar una petición al magistrado solicitando un aparcamiento mayor para los carruajes o una ampliación de la caballeriza para los huéspedes.

Por eso, aunque la mayor parte de los usuarios del servicio de desayunos de La Jarra no podían ni soñar con pagar el precio de los almuerzos o las cenas, les gustaba pasar por La Jarra a beber un cuenco de leche dulce de soja y a comer un par de nudos calientes fritos antes de ir al trabajo. Mati siempre conseguía que la leche de soja tuviera un aroma apetitoso espolvoreándola con hierbas y flores de Cocru, y sus nudos fritos eran tan crujientes que levantaban el ánimo al masticarlos. Lodan también supervisaba que camareros y camareras trataran a estos clientes de un cobre con tanto respeto como el que mostraban a los clientes de veinte piezas de oro que acudían más tarde al local.

Pénozy se enderezó y se dio cuenta de que no había nadie haciendo cola frente al restaurante. Sorprendida y confusa, salió a la calle y echó un vistazo alrededor. Había un grupo de jornaleros y eruditos reunido alrededor del gran árbol parasol que extendía su sombra a la entrada de La Espléndida Jarra, señalando hacia arriba y conversando con nerviosismo.

—… no es buena señal…

—… nunca vi algo parecido… solo en este árbol…

—… una maldición, según he oído. Al principio no lo creía…

Pénozy se acercó con cautela y se puso una mano sobre los ojos para ver mejor. El árbol parasol tenía un aspecto extraño. Le rodeaba

una especie de neblina que suavizaba el definido contorno de las hojas y las ramas…

¿Qué son esos hilos colgantes que parecen borlas en el borde de un parasol de verdad? Oh, ¿no se trata de un bonito parasol como el que vimos Tasana y yo en la Plaza del Templo el otro día? Esa señora era muy elegante. De todas formas, veamos más de cerca esos hilos. Son muy sedosos y gruesos… No sabía que los parasoles tuvieran esa clase de flores o frutos… Mmm, da la impresión de que al final de cada uno cuelga algo pesado, como semillas. Ahora les mueve la brisa. Es muy agradable… espera, ¿se están meneando ellas solas? ¡Anda!, creo que una de esas cosas me acaba de caer encima…

Dio un grito. La criatura que le había caído en el cuello era tan larga como un dedo y estaba cubierta de pelusa. Intentó quitársela de encima frenéticamente y acabó en su brazo. Donde la tocaba, sentía como si la hubieran pinchado y luego una sensación ardiente se extendía por su piel.

Cientos, miles, decenas de miles de orugas colgaban de hebras de seda desde el árbol parasol. Todo el árbol estaba envuelto por los vaporosos hilos de un capullo.

Las antorchas terminaron de chamuscar la mayoría de las orugas y los jornaleros contratados al efecto acabaron de podar casi todas las ramas estranguladas por la seda bastante tiempo después de la hora del servicio de almuerzo. Mota Kiphi había dirigido a los trabajadores, cortando sin miedo gruesas ramas de un solo hachazo. Sin su ejemplo, era improbable que los demás se hubieran atrevido a acercarse a los capullos maléficos.

Todavía quedaban muchas orugas, pero era difícil eliminarlas sin talar el árbol por completo. Lodan pagó a los jornaleros —algunos de los cuales mostraban feos y dolorosos sarpullidos causados por las orugas que les habían caído encima— y puso fin a las tareas de exterminación. Alrededor de La Espléndida Jarra se había congregado una multitud para presenciar en directo el terrorífico espectáculo, aunque pocos entraron a comer.

—Es el tercer día que ocurre algo extraño en el restaurante —dijo apurada la viuda Wasu. Estaba sentada en su alcoba y una joven criada le masajeaba suavemente los tensos hombros.

—Puede que solo sean coincidencias —sugirió Mati, sin sonar para nada convencida. Lodan, sentada a su lado, le tomó la mano.

Como Teson Wasu, el director, estaba ocupado lidiando con la multitud de mirones y tratando de tranquilizar al asustado personal del restaurante, y Néfi Ézugo, el chef principal, seguía demasiado débil para levantarse de la cama, la viuda Wasu se había reunido con

Mati y Lodan, a quienes consideraba sus dos generales en esta guerra. Si Mati estuvo a cargo de la competición de cocina, Lodan lo estaría de la competición del servicio.

—No lo creo —dijo la viuda—. Anteayer, los ejes de las carretas de dos vendedores de verduras se rompieron justo al doblar la esquina de nuestra puerta de entregas. Ayer, a una jauría de perros asilvestrados le dio por rodear el restaurante a la hora de cenar, ladrando como locos y cagándolo todo. Y hoy las orugas han arruinado ese viejo parasol y el servicio de desayunos. ¿Cómo es posible que ocurran tantos infortunios al mismo tiempo?

—Gran señora, ¿creéis que Tiphan Huto está detrás de todo esto? —preguntó Lodan.

—¡Por supuesto que lo está! —respondió la viuda Wasu—. Solo que… no podemos probarlo. Ese hombre es repugnante pero cuidadoso.

—Pero ¿qué espera conseguir con esto? —preguntó Mati—. Es evidente que está molestando a nuestros clientes, pero eso no le va a ayudar a ganar.

Las reformas de El Cofre del Tesoro estaban prácticamente terminadas y la segunda ronda de la competición se había programado para dentro de una semana. Con el fin de limitar la competición a la calidad del servicio sin tener en cuenta la comida, Lolotika Tuné y Séca Thu habían dispuesto que ambos restaurantes sirvieran los mismos platos al aforo completo. Los jueces —un grupo diferente al de la última vez y cuya identidad era secreta— estarían repartidos entre ambos locales. Se mezclarían con los clientes y observarían al personal para determinar cuál era más merecedor del título de Mejor Restaurante de Ginpen según el trato otorgado a sus comensales.

—Hablaré con Kinri y con la Banda de las Flores para que estudien la manera de estar vigilantes y evitar más sabotajes —dijo Mati.

Mati confiaba en obtener la victoria. Así como al equipo de cocina le gustaba trabajar para ella y para el chef principal Néfi Ézugo, al equipo de camareros le caía estupendamente Lodan y la respetaba. La Espléndida Jarra tenía pocos cambios de personal porque sus empleos estaban muy cotizados. Teson Wadi no solo pagaba bien, sino que repartía generosas gratificaciones por el Año Nuevo y la Fiesta de Otoño, y la viuda Wasu había llegado a prestar dinero a antiguos empleados que querían empezar su propio negocio o aprender un oficio. Ser parte de La Espléndida Jarra era formar parte de una familia.

Lodan dedicaba tiempo a formar a su personal, y todos sabían qué hacer cuando el local estaba muy concurrido. Teson, el director, había

continuado las directrices de su madre en el sentido de mantener la calidad alta y asegurar que cada cliente se sintiera bienvenido y recibiera el mejor servicio, sin importar si gastaba mucho o poco. Claro que, para la competición, los camareros tendrían que aprender un nuevo menú. Pero tomando en cuenta las veces que Néfi y Mati cambiaban el menú a lo largo del año, en función de la disponibilidad de los ingredientes —los dos comprendían la importancia de las compras locales mientras fuera posible, para asegurar la frescura de los alimentos—, eso no sería un gran problema.

El Cofre del Tesoro, por su parte, trabajaba con un equipo inexperto que no había pasado suficiente tiempo junto para desarrollar confianza y rutinas, y Tiphan Huto tenía la reputación de ser un jefe impaciente, propenso a entrometerse en cosas que no entendía. La apertura de El Cofre del Tesoro hacía unas cuantas semanas, una especie de ensayo para la competición, había sido un desastre. El lugar se había llenado de comensales curiosos que querían probar los asombrosos platos que habían derrotado a La Espléndida Jarra en la primera ronda de la competición, pero la cocina de Mozo no podía dar abasto, y los camareros, muchos de ellos contratados porque se conformaban con los salarios más bajos, no estaban familiarizados con el complicado menú y se equivocaban en muchas de las comandas. Tiphan, enfurecido, despidió allí mismo al jefe de turnos y montó una escena en mitad del restaurante, dando fin al servicio de cenas de un modo bastante ignominioso.

—Si estos extraños incidentes han sido realmente planeados por Tiphan —dijo Lodan con aprensión—, puede que ya estén surtiendo algún efecto.

La viuda Wasu suspiró.

—Eso es lo que me preocupaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mati.

—Hay rumores de que La Espléndida Jarra está maldita, y que por eso nos hemos visto plagados por perros inmundos y malos accidentes —dijo Lodan—. Muchos empleados están preocupados y piensan que deberíamos pedir a los monjes del Templo de Lutho que realizaran un exorcismo.

Mati estaba sorprendida. Nunca había creído en maldiciones ni en espíritus malignos. Su actitud no era tan rara en las grandes ciudades. Los eruditos que estudiaban a los clásicos anu solían seguir el precepto de Kon Fiji según el cual las personas cultas debían respetar a los dioses y a los espíritus, pero no basarse en ellos para explicarlo todo. *Ocara ça pihu ügi i adinagacaü phi ki crudiçadi i ané co caça-ga ki radotré lunagaü* («Guarda la distancia con los dioses si no quieres sacrificar tu

libre albedrío»), como dejó escrito el Verdadero Sabio en sus *Meditaciones*. O, como explicó más tarde Poti Maji de un modo menos diplomático: «El estudio del moralismo te producirá cien veces más beneficio que quemar incienso y cantar boberías místicas».

Mati, sin ser ninguna erudita, había llegado a renegar de las supersticiones por otro camino. Su familia, campesinos aparceros pobres en Cocru, lo había perdido todo por causa de la sequía, los elevados impuestos y las constantes guerras. Las continuas oraciones a los dioses no habían producido ningún resultado discernible y Mati llegó a la conclusión de que los dioses tenían tan poco interés por ayudar a las personas ordinarias como por buscar activamente su destrucción. Era demasiado arrogante suponer que fueran a molestarse en maldecir o bendecir a simples plebeyos. Si acaso los dioses se preocupaban por las personas, lo hacían únicamente por los grandes señores y señoras.

Después de reflexionar, Mati llegó a la conclusión de que gran parte del personal de servicio provenía de familias pobres pero piadosas, especialmente susceptibles a la superstición. No tenían ni los privilegios de riqueza y estatus de los eruditos, ni su experiencia de haber perdido todo a pesar de los rezos. Para ellos, pensar que las oraciones a los dioses podían tener alguna influencia sobre las vicisitudes de la vida cotidiana era una fuente de consuelo.

—Acudiré ahora mismo al Gran Templo de Lutho —dijo Mati—. Tal vez un exorcismo restaure la confianza del personal y les ayude a centrarse en la preparación de la competición.

—¡No! —dijo la viuda Wasu, sacudiendo enérgicamente la cabeza —. Eso es precisamente lo que no debemos hacer.

—¿Pero por qué no? —preguntaron Mati y Lodan al mismo tiempo.

La viuda Wasu no respondió a su pregunta porque Pénozy se precipitó en el interior del cuarto en ese momento.

—¡Han llegado los monjes!

Kinri y Diente de León estaban a un lado de la calle, frente al restaurante, boquiabiertos ante el espectáculo.

Ocho monjas vestidas con sombrías túnicas negras danzaban y cantaban delante de La Espléndida Jarra, con instrumentos rituales que invocaban el poder de Lutho. Tras ellas, un grupo de novicias tocaba instrumentos de madera dedicados a Lutho: claves, palos de ritmo, xilófonos, barriles de canto rellenos de diferentes volúmenes de agua y otros. Y, detrás de ellas, un grupo aun mayor de asistentes legos portaba braseros de incienso sobre postes de bambú, que saturaban la calle con un humo aromático y espeso.

La multitud murmuraba.

—¡Es un equipo de exorcismo impresionante!

—¿Cuánto creéis que ha pagado la viuda Wasu para traer a ocho monjas?

—¿Veis cuántos parches de tortuga lleva la túnica de aquella? Debe ser de las más antiguas del templo.

—¿Por qué han enviado monjas en lugar de monjes?

—¿Has olvidado que la dueña de La Espléndida Jarra es viuda? No sería adecuado que los monjes entraran en sus aposentos privados, si llegara el caso.

Las monjas elevaron el volumen de los cánticos, con voces sobrecogedoras y estridentes que abarcaban toda la escala musical. Algunas personas de las allí congregadas para observar el exorcismo temblaban y unían sus manos mientras rezaban.

Go éphy othé kri-é-ga-mu-a
Patemé po gé tha pa-pi-za-ü!
Go éphy othé kri-é-ga-mu-a
Patemé po gé tha pa-pi-za-ü!

—¿Tienes idea de lo que están cantando? —susurró Kinri—. ¿No sé qué de mares salvajes? ¿O de algo fuera?

Diente de León se encogió de hombros.

—Ni idea. Ni siquiera estoy segura de que sea anu clásico. Pero no soy una experta en rituales religiosos.

En medio del humo, las monjas avanzaron danzando hacia el árbol parasol, que ahora parecía un tenedor más que un parasol, pues le habían podado la mayor parte de sus ramas.

Cuatro de las monjas transportaban una gran máquina con forma de tortuga agarrándola por sus cuatro patas. La máquina parecía fabricada con alguna madera de color oscuro, y los rasgos de la tortuga estaban tallados minuciosamente para darles un aspecto realista y, al mismo tiempo, para mostrar una sabiduría augusta. Las monjas cargaban la tortuga entre la neblina creada por el humo, danzando tres pasos hacia delante y retrocediendo dos, dando la impresión de que la tortuga nadaba en un mar turbulento.

—Una de mis tías habría disfrutado viendo esto —susurró Diente de León—. Era artífice del humo y sabía todo lo que hay que saber para poner en escena un buen espectáculo con vapor y humos.

Kinri estaba a punto de preguntar algo más, pero el grupo de monjas había llegado hasta el árbol parasol. Mientras las cuatro que cargaban la tortuga se mecían y balanceaban sin moverse del sitio, otra se agachó bajo ella, insertó el bastón con forma de serpiente que llevaba en la mano en un agujero del caparazón y comenzó a girarlo

con rapidez.

Los ojos de la tortuga resplandecieron con una extraña luz azul. La agitación de la multitud creció en intensidad.

—¿Es verdadera magia? —susurró Kinri.

—Puede ser —dijo Diente de León—. Pero… vamos a observar.

Las tres monjas restantes bailaban cerca de la cabeza de la tortuga agitando sus instrumentos rituales, semejantes a látigos de mango largo o a mayales cortos. Luego, mientras aceleraban su cántico, conectaron los «látigos» a la cabeza de la tortuga —colocando las puntas finas y blandas de las correas dentro de la boca mientras sujetaban los mangos.

Entonces, agitando los mangos alargados como si fueran varitas mágicas, las monjas aceleraron sus cánticos, que ahora sonaban como gritos de guerra. Mientras giraban las varas miraban a través del humo en todas direcciones, como si estuvieran buscando espíritus malignos.

Con un fuerte grito, una de las monjas saltó al parasol. Introdujo la mano izquierda en la solapa de su túnica y espolvoreó algo sobre el tronco del árbol; entonces tocó ese mismo punto con su vara, que seguía conectada a la boca de la tortuga gigante.

Una explosión cegadora iluminó esa parte del tronco. Vista a través del espeso humo, pareció la explosión de un pequeño volcán. La multitud contuvo la respiración y algunos de los niños más pequeños empezaron a llorar mientras sus madres trataban de tranquilizarlos.

—No tengas miedo, cariño. ¡Su Santidad ahuyentará a todos los malos espíritus!

—¡Están canalizando los poderes del Señor Lutho!

La orquesta de instrumentos de madera tocó con más fuerza; las portadoras de incienso izaron más braseros; las monjas que habían cargado la tortuga seguían danzando alrededor del parasol y nuevas erupciones explosivas iluminaron el humo.

Diente de León arrugó la frente.

—Pareces escéptica —dijo Kinri.

—Intento comprender cómo lo hacen —dijo Diente de León—. Zo… eh, una amiga suele decir que el universo es cognoscible.

—¿Incluso los misterios de los dioses? —preguntó Kinri.

—*Especialmente* los misterios de los dioses —dijo Diente de León obstinadamente.

—Puedo contaros cómo lo hacen —se oyó decir a alguien en voz baja detrás de ellos.

Se dieron la vuelta y comprobaron que se trataba de Rati Yera, que se acercaba en su silla de ruedas. Mota Kiphi la seguía de cerca.

—Es muy sencillo —dijo la anciana, con satisfacción—. Esa tortuga

es un generador sedamótico. Apuesto a que si la abrieras verías un disco de vidrio girando y una pieza de caucho recubierta de seda. Los ojos resplandecientes son probablemente lámparas de vapor de mercurio. En cuanto a las explosiones, supongo que espolvorean pólvora de pirotecnia sobre las orugas restantes. Luego, cuando las tocan con las varitas, cargadas de fuerza sedamótica, las chispas desencadenan la explosión.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó incrédula Diente de León.

—Bueno, esas monjas y yo tenemos básicamente la misma profesión —dijo Rati—. La magia del templo no se diferencia de la magia callejera. Así es como yo lo haría.

—¡No puedes comparar los espectáculos callejeros con un ritual religioso! —dijo Kinri estupefacto.

Rati se encogió de hombros.

—Como quieras. Solo te cuento lo que yo sé.

—Pero entonces… estás diciendo que todo esto es falso.

—No —dijo Rati, moviendo la cabeza—. ¿Recuerdas lo que dijo Diente de León sobre el placer de la mente? El ritual posee un significado profundo que va más allá del incienso, de la tortuga de madera y del espectáculo. Esa parte es la que importa.

Kinri quería pedirle que se explicara un poco más, pero le interrumpió la viuda Wasu, que había salido del restaurante acompañada por Lodan y Mati.

La viuda se dirigió directamente a la orquesta haciendo gestos para que parasen de tocar. La música etérea se detuvo y las monjas dejaron de bailar.

—Vuestra Santidad —dijo la viuda Wasu a una monja anciana situada detrás de la orquesta y que parecía estar al mando. De hecho, había sido uno de los miembros del jurado en la competición de cocina de hacía unas semanas—. Os agradezco vuestra presencia. Pero… ¿quién os pidió que vinierais? Nosotras no solicitamos un exorcismo.

—Yo me lo estaba preguntando —susurró Diente de León a Kinri.

—¿Cómo sabías que la gran señora no había pedido un exorcismo? —susurró Kinri.

—Porque es demasiado inteligente para cometer un error así —respondió Diente de León.

—¿Qué quieres decir?

—Acudir al templo sería como admitir que la maldición es real.

Antes de que la anciana monja pudiera responder a la viuda Wasu, un hombre rechoncho y grasiento apareció por detrás de ella, con una sonrisa en la cara que no le llegaba hasta los ojos.

—Fui yo —dijo Tiphan Huto.

«Los discípulos de la vieja tortuga se dan prisa en incorporar nuevas máquinas. ¿Será que han percibido la ausencia de su dios?».

«Los demás hemos intentado responder a sus preguntas, pero Lutho tiene su propia forma de decir las verdades. No es fácil imitarle».

«Mientras monten un buen espectáculo…».

La viuda Wasu se quedó mirando a Tiphan Huto.

—Oh gran señora Wasu —dijo Tiphan con una ligera reverencia, uniendo las manos a la altura del pecho—. Yo también poseo un restaurante y me afligen mucho los informes de espíritus malignos que atormentan a una de mis distinguidas colegas. ¡Mucho!

—Vuestra aflicción es notoria —dijo la viuda Wasu, en un tono tan frío como la sopa servida en el festín de Rapa hacía varias semanas.

—Aunque estemos en mitad de una competición, no quiero imaginarme ganando porque renunciéis a causa de que vuestro local está maldito. Yo me encontraba rezando en el templo por mi buena fortuna y una de mis empleadas me convenció de que tenía que ayudaros.

—¿Una empleada?

—Por ahí viene —dijo Tiphan, señalando una carreta tirada por un buey que bajaba ruidosamente por la calle.

La carreta se aproximó a La Espléndida Jarra, se detuvo y Mozo Mu bajó de un salto.

—¡Nana Wasu! ¿Va todo bien? He oído que estaban ocurriendo cosas extrañas en La Jarra, y estando en el Gran Templo, rezando al Señor Lutho en busca de guía, me dijeron que nadie de aquí había ido todavía —bajó la voz mientras se inclinaba hacia el oído de la viuda Wasu—. Escuché a dos hombres de Tiphan decir que los clientes se quedaban en el exterior de La Jarra por… por lo último que había pasado. Estaban especulando que quizá fuera porque no podíais permitiros pagar un exorcismo.

La viuda Wasu miró el rostro sincero de la joven.

—Escuchaste decir, ¿no? ¿Esos dos hombres estaban siguiéndote por el templo?

—Ahora que lo decís… sí, me estaban siguiendo —dijo, sorprendida, Mozo—. Así que… supliqué a Tiphan que sufragara él el exorcismo para que el juego fuera limpio.

—Y supongo que él no protestó demasiado.

—Al principio, sí.

—¿De verdad?

—Entonces señalé a la estatua del Señor Lutho y le dije que a los

dioses no les parecería bien que ganáramos bajo esas circunstancias porque sería ir contra las reglas.

—¿Por qué sería ir contra las reglas?

—Las reglas dicen que solo quienes están empleados en el restaurante pueden participar en la competición. Así que si ganábamos gracias a la ayuda de los espíritus malignos, sería porque los espíritus malignos eran sus empleados —y probablemente no le gustaría que le asociaran con esos personajes—, o bien porque estaba haciendo trampas al utilizarlos como empleados de última hora. En cualquiera de los casos, la única manera de recuperar su buen nombre era ayudándoos a deshaceros de ellos.

La viuda Wasu se rio entre dientes.

—Muy ingeniosa.

—Entonces aceptó sufragar el exorcismo. A lo mejor no es tan malo como pensaba.

La viuda Wasu emitió un suspiro.

—Niña, tú has crecido alejada del mundo de argucias y complots, y aunque sepas todo sobre cómo aderezar un pollo o limpiar un pescado, sabes poco de la oscuridad que encierra el corazón de las personas… pero no tiene importancia.

Mozo Mu intentó ocultar la desilusión al ver que sus intentos de ayudar a la viuda Wasu no habían sido tan bien recibidos como esperaba.

—He preparado un tentempié para las monjas y para vuestro personal. No es gran cosa, pero mi padre… —se detuvo y respiró hondo, tragándose el nudo que le atenazaba la garganta— mi padre siempre dijo que se sentía mejor después de comer uno de estos cuando estaba nervioso.

Sacó de la carreta una gran bandeja de bollitos cocinados al vapor. Estaban esculpidos primorosamente, y era evidente que había pasado mucho tiempo preparándolos.

El rostro de la viuda Wasu se suavizó.

—Gracias, niña.

Mozo volvió a inclinarse hacia ella.

—Los del punto rojo están rellenos de hongos homúnculos. Son buenos para las personas mayores —sonrió con picardía a la viuda Wasu—. Como Tiphan me dio acceso libre a ese ingrediente tan caro, pensé que al menos podría hacer algo bueno con ellos.

La viuda Wasu sonrió y dio unos golpecitos en la mano a Mozo. Se volvió hacia Mati y Lodan.

—Que la cocina prepare almuerzo para todos.

Teson Wasu, que se había unido a su madre en mitad de la

conversación, llevó a la viuda Wasu a un lado.

—¿No deberíamos deshacernos de ellas lo antes posible? Un exorcismo público como este solo servirá para confirmar y avivar los rumores de que La Jarra está maldita.

—¡Ya lo sé! —susurró la viuda Wasu—. ¿Pero quieres montar una escena y echar a las monjas? Eso no va a mejorar las cosas. Han sido utilizadas por Tiphan, y no podemos eludir nuestra obligación como anfitriones.

Teson iba a contestar, pero la viuda Wasu ya se había apartado.

—Celebraremos un banquete en la calle para agradecer a Vuestra Santidad y… al señor Huto por su generosidad.

—Oh, no hay de qué —dijo Tiphan Huto, que seguía sonriendo de esa manera fría que le caracterizaba—. Yo también he traído una salsa. Almorcemos juntos para celebrar el final de la maldición a La Espléndida Jarra y demostrar a todos que, a pesar de que compitamos, podemos seguir siendo buenos amigos.

La viuda Wasu arrugó la cara, pero no dijo nada.

El banquete de «celebración» no duró mucho. Aunque la comida, que combinaba las aportaciones de La Espléndida Jarra y El Cofre del Tesoro, fue unánimemente juzgada como excelente, la frialdad entre la viuda Wasu y Tiphan Huto empañó todo el acto. Tiphan se marchó después de beber unos tragos, pretextando que tenía otros asuntos que tratar, y Mozo tuvo que irse con él.

Mientras las monjas comían, Rati Yera y Mota Kiphi se acercaron a preguntar si les daban permiso para examinar la tortuga mágica. Las monjas de mayor rango se lo negaron sumariamente; así que Mota y Rati recurrieron a dar vueltas a la tortuga en un amplio círculo, mirándola y cuchicheando entre ellos mientras las novicias y las ayudantes legos les fulminaban con la mirada, manteniéndolos a distancia. Kinri, siempre curioso hacia las máquinas, fue a ayudar a Mota a empujar la silla de ruedas de Rati. Aunque podía desplazarse perfectamente por sí misma, gracias a los ingeniosos mecanismos y las palancas de grandes mangos, la vieja maga callejera apreciaba que sus amigos le echaran una mano cuando lo requería. Kinri escuchaba atentamente mientras Rati y Mota especulaban sobre el funcionamiento de la tortuga.

—La fuerza sedamótica es un fenómeno de lo más asombroso —dijo Rati—. Es una pena que los templos quieran retener ese conocimiento.

—También es una fuerza peligrosa —dijo Mota—. He visto lo que puede hacer cuando se emplea como arma.

—Todas las cosas útiles son así —dijo Rati. Tras una pausa, añadió —: ¿Puedes imaginar los experimentos en el Laboratorio Imperial del

Último Mordisco?

Mota no respondió, lo que solo sirvió para despertar el interés de Kinri. Pero, aunque Rati y Mota continuaron su discusión sobre la tortuga, no dijeron nada más del misterioso laboratorio imperial.

Cuando Kinri regresó al banquete, los bollitos al vapor se habían agotado. Tuvo que contentarse con probar las salsas para mojar con hojas de lechuga. Pero seguían estando sabrosas, de todos modos.

Por su parte, Widi y Arona dijeron que no tenían hambre antes de empezar el almuerzo.

—Iremos a investigar los lugares donde han acaecido infortunios para La Espléndida Jarra en los últimos días —dijo Widi a la viuda Wasu.

—¡Esperad, voy con vosotros! —dijo Diente de León—. Nunca he investigado un misterio. ¡Parece divertido!

—Come algún bollito antes de iros —dijo la viuda Wasu—. Los ha hecho Mozo.

Diente de León agarró uno y corrió tras Widi y Arona.

—¡Espera! —llamó la viuda Wasu—. ¡Están más ricos mojados en salsa!

—¡Demasiado complicado! —dijo Diente de León, metiéndose un bollito entero en la boca mientras corría—. ¡Mmm!

La viuda Wasu sacudió la cabeza, sonriendo cariñosamente.

Los tres fueron al cruce donde se habían roto las carretas de verduras, y siguieron los rastros dejados por los perros asilvestrados y el tronco ahora desnudo del parasol, buscando pruebas de que los sucesos habían sido producto de sabotajes.

—¿Hacéis estas cosas con frecuencia? —preguntó Diente de León.

—El qué, ¿investigar misterios? —dijo Widi. Recogió algunas orugas muertas del árbol, las envolvió en un trozo de trapo y apartó el paquete—. Bueno, como abogado a sueldo, a veces me llaman para resolver casos sospechosos. Los magistrados, incluso cuando tienen buena intención, quieren resolver los casos con rapidez. Cometen errores.

—Está siendo modesto —dijo Arona—. Ya te contaré sobre aquella vez en que encontró a un puñado de críos raptados por un malhechor al que llamaban Esqueleto Risueño…

Una vez eliminadas el resto de las orugas del árbol con su tortuga mágica, las monjas, repuestas tras los aperitivos y las bebidas, llevaron la tortuga mágica al interior del restaurante y bailaron en las tres plantas. No se marcharon hasta que estaba a punto de comenzar el servicio de cenas.

—Bueno, probablemente este ha sido el ritual de exterminación más caro de la historia de Ginpen —murmuró la viuda Wasu.

—Por lo menos no hemos tenido que pagarlo nosotras —dijo Mati.

—Y el personal tendrá la certeza de que la maldición ha desaparecido —dijo Lodan—. Mozo es una chica bondadosa y ha hecho una buena obra con nosotros.

La viuda Wasu sacudió la cabeza, con aspecto de no estar tan convencida.

—Manteneos alerta por si surgieran más problemas. Tengo un mal presentimiento.

Cuando el servicio de cenas llevaba una hora en marcha comenzaron los primeros problemas.

Pénozy estaba subiendo las escaleras para llevar un cuenco de sopa de empanadillas a un cliente de la segunda planta cuando sintió de repente un dolor agudo en el estómago. Flaqueó, y la sopa se le derramó en las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lodan, desde lo alto de la escalera.

—No estoy segura —dijo Pénozy. El sudor le perlaba la frente—. Tengo… tengo que ir al lavabo.

Lodan se hizo cargo mientras la joven corría hasta el servicio de la parte de atrás.

Cuando salió estaba mareada y se tambaleaba. Una arcada la hizo doblarse. Mientras vomitaba, otros camareros y camareras salieron del restaurante corriendo hacia el baño.

La situación no era mucho mejor en la cocina. Varios cocineros sintieron pinchazos en el estómago y se excusaron, pero una vez en el lavabo no tuvieron fuerzas para levantarse.

Mientras las comandas se acumulaban en la cocina y los clientes esperaban con impaciencia a que regresaran los camareros, Lodan se reunión con Mati en la cocina.

—Tenemos que cerrar la cocina —dijo Lodan, respirando entrecortadamente y sudando—. Han desaparecido la mayor parte de mis ayudantes, y yo tampoco me encuentro bien.

—No sé lo que pasa —dijo Mati, sujetando una bolsa de agua caliente contra el estómago—. Nunca me había sentido así. Tenemos suerte de que al parecer ninguno de los clientes está afectado todavía.

La viuda Wasu se mostró de acuerdo con la decisión de finalizar el servicio de cenas. Sufrir alteraciones en el servicio de un restaurante tres días seguidos era un terrible golpe económico, pero no había otra elección.

Para entonces, incluso la viuda Wasu se sentía enferma. Lodan y Mati se esforzaron en disculparse con los clientes y les entregaron

vales para futuras comidas. Algunos de ellos vieron la larga cola de cocineros y camareros que esperaban para entrar al servicio de atrás y se pusieron pálidos. Pronto empezaron a extenderse los rumores de que algo pasaba con la comida.

De súbito, cuando los últimos clientes salían del local, llegaron fuertes alaridos procedentes de delante del restaurante.

Lodan y Mati se apresuraron a salir y les sorprendió ver a cientos de ratas chillando y corriendo aterrorizadas por la calle. Era como si todo el vecindario estuviera en llamas o como si los edificios de alrededor fueran barcos hundiéndose en el mar. Las ratas corrían a toda velocidad, sin rumbo, dando chillidos y arañándolo todo. Muchos de los clientes se abrazaban, aterrorizados por el espectáculo.

Lodan y Mati quisieron ayudar, pero se sentían tan débiles que apenas podían permanecer en pie. Al final, les tocó a Rati, Mota, Arona y Widi, que no parecían afectados por la extraña plaga, dispersar a los roedores con su lanzallamas, mientras Diente de León y Kinri, que también estaban sanos, paraban carruajes de pago para llevar a casa a los asustados clientes.

A la mañana siguiente, por todo Ginpen se rumoreaba que una maldición muy real afligía a La Espléndida Jarra.

DOS DÍAS MÁS TARDE

Lodan entregó su salario a Pénozy.

—Tienes un largo camino hasta casa —le dijo—. Recuerda llevarte algo para comer —y señaló una mesa con panqueques y nudos fritos.

Al igual que los demás cocineros, criadas, pinches, camareros y camareras que habían abandonado La Espléndida Jarra durante los últimos dos días, la joven dio las gracias a Lodan pero no cogió nada.

—Lo siento —dijo, sin mirar a Lodan a los ojos. Caminó hasta la puerta, se detuvo y se dio la vuelta—. Lo siento de veras, pero mi madre mandó avisar diciendo que mi padre está enfermo y…

—Está bien —dijo Lodan—. Lo comprendo.

La muchacha se mordió el labio inferior, avergonzada, y se marchó. Subió a un carro tirado por un buey y un momento después había desaparecido.

Lodan dio un suspiro y regresó al cuarto de estar de la viuda Wasu.

—¿Cuántos quedan? —preguntó la viuda.

—Yo tengo dos camareras que quieren quedarse —dijo Lodan.

—Qué valientes —dijo la viuda.

—Dicen que no tienen padres ni hijos, y que La Jarra es su hogar. No les importa si les alcanza la maldición.

La viuda suspiró y asintió. Se giró hacia Mati.

—¿Y tú?

—Yo tengo un cocinero, un ayudante de camarero y una criada de trascocina —dijo Mati.

—Esos serían Munapo, Kinri y Ruthé, ¿verdad?

Mati asintió.

—Todos ellos huérfanos también —dijo la viuda—. Imagino que los que pueden elegir han decidido irse.

—Cobardes —dijo Teson con rabia—. Después de todo lo que has hecho por esa gente, madre, ahora van y te abandonan…

—No les culpes —dijo la viuda—. Están asustados. Si ni siquiera las monjas principales del Gran Templo pueden echar a los espíritus malignos, ¿por qué iban a quedarse?

—Pero sabemos que todo esto es porque Tiphan puso algo en la comida que trajo —dijo Teson acaloradamente—. Deberíamos acudir al magistrado…

—No tenemos ninguna prueba —dijo la viuda—. Las personas que vinieron con él también se sintieron enfermas esa noche, incluyendo al propio Tiphan. ¿Cómo vamos a demostrar nuestras acusaciones al magistrado?

Teson carecía de respuesta.

Mati y Lodan no podían contribuir a ese debate, pues entendían poco de tribunales y abogados. Pero ambas estaban seguras de que todos se habían puesto malos por la comida que trajeron Tiphan y Mozo. Era penoso y exasperante pensar que la muchacha pudiera tramar algo contra ellos después de que La Jarra hubiera renunciado a ganar la primera ronda para salvar a su familia.

—Tampoco hemos podido contratar a nadie nuevo —dijo Teson—. Todos con los que hemos hablado están demasiado asustados para venir a trabajar a La Jarra después de lo que ha pasado.

La viuda Wasu sacudió la cabeza.

—De todas formas, tampoco habría servido de nada. Las reglas dicen que solo podemos utilizar a personas que ya estuvieran empleadas el día que se anuncia la nueva ronda de la competición. No podemos contratar un nuevo equipo.

—Como si a Tiphan le importaran las reglas —se burló Teson.

—No contamos con suficientes personas para montar un servicio de cenas —dijo la viuda, el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Qué hay del personal de El Cofre del Tesoro?

—Los que vinieron a La Jarra con Tiphan enfermaron esa noche, pero se encontraban mejor por la mañana, igual que nosotros. Unos pocos decidieron marcharse, alegando que no querían tener nada que

ver con La Jarra, ni trabajar con nosotros ni contra nosotros. Pero Tiphan contrató a los monjes del templo para que realizaran una limpieza ritual para ellos.

—Si la limpieza no funcionó en nuestro caso, ¿por qué iba a funcionar para ellos? —preguntó Lodan.

—Se supone que Tiphan recibió un oráculo en el templo: «Tesoro decoro; urna embadurna». Así que la mayor parte del personal aceptó quedarse —dijo Teson.

—Me pregunto qué cantidad prometió donar Tiphan a los monjes antes de ese oráculo —dijo la viuda con un suspiro. Cerró los ojos. Tras una larga pausa, dijo—: Tendremos que rendirnos.

—¡No! —gritó Lodan—. Serviré yo sola a los clientes si es necesario.

—¿Cómo vas a servir a doscientos comensales tú sola? ¿Has desarrollado el arte de dividirte en veinte personas?

Lodan carecía de respuesta ante eso. Mati la abrazó compasiva.

—Dediquemos el resto del tiempo a poner en orden nuestras cuentas y pagar nuestras facturas —dijo la viuda.

Teson pareció alarmarse.

—Madre… no estarás pensando…

—No podemos llevar un restaurante si nadie quiere trabajar para nosotros —dijo la viuda.

Teson agachó la cabeza.

—Lo siento. Debería haber insistido en que se marcharan cuando vinieron en esas circunstancias sospechosas…

La viuda Wasu sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no es culpa tuya. Fui yo quien les invitó a quedarse… Quizá sea una señal. Hemos tenido una buena racha en Ginpen, pero nada es eterno.

Teson parecía desolado.

—Siempre hemos hecho lo correcto y tratado a nuestros clientes con respeto. ¿Por qué?

—Sé que habéis puesto mucho sudor y lágrimas para levantar La Jarra en Ginpen —dijo la viuda Wasu, colocando con suavidad una mano sobre el hombro de su hijo—. Los veloces no siempre ganan la carrera. ¿Por qué no regresas a Zudi y buscas otra oportunidad para invertir los fondos cuando vendamos el local? Yo me quedaré para gestionar el traspaso y empaquetar nuestras cosas.

Lodan y Mati estaban demasiado conmocionadas para hablar, pegadas la una a la otra.

Kinri y Diente de León fueron a ver a la Banda de las Flores.

—¿Habéis averiguado cómo lo hicieron? —preguntó Kinri.

Widi sacudió la cabeza.

—Me he reunido con Mozo en secreto y está desolada. Jura que preparó ella sola todos los bollitos, y que incluso probó todo por adelantado. Si alguien hubiera hecho algo con la comida en la cocina, ella habría sido la primera en caer enferma.

—Resulta que una de las cocineras guardó algunos bollitos de la fiesta para sus hijos —dijo Arona—. Como todos nos pusimos malos, nadie los tocó. Se los dimos a los perros asilvestrados y a las ratas que cogimos. Estaban bien después de comerlos.

—Pero *sabemos* que había algo malo en la comida —dijo Kinri y dio un golpe a la pared más cercana, frustrado.

—Estoy de acuerdo con tu teoría —dijo Widi—. Ninguno de nosotros comió la comida y ninguno de nosotros cayó enfermo esa noche. Pero no podemos descifrar cómo lo hizo Tiphan.

—Esperad —dijo Diente de León—. Eso no es cierto. Yo comí un bollito de la fiesta y no caí enferma.

—Yo también —dijo Kinri—. Simplemente supuse que no comí lo que fuera que estaba estropeado.

—¿De verdad? —preguntó Widi, reaccionando—. Decidme exactamente qué comisteis y cómo.

Tras muchas preguntas, Widi determinó que Diente de León iba tan apurada que solo comió un bollito sin salsa alguna y que Kinri llegó tarde al banquete y no pudo comer ningún bollito, limitándose a probar la salsa con hojas de lechuga.

—¡Eso debe ser! —dijo Diente de León—. Tiphan hizo algo con los bollitos y con las salsas. Pero solo la combinación de ambos sienta mal. Eso explica por qué Mozo no enfermó con anterioridad, cuando probó los bollitos en la cocina.

—Podría ser —sopesó Widi—. ¿Pero cómo lo sabes?

—Mi… tía es una experta herborista —dijo Diente de León—. Recuerdo que ella me explicó esa técnica para asesinar mediante veneno. Los reyes Tiro empleaban equipos de probadores de comida, pero si divides el veneno en dos partes, cada una de ellas inocua de por sí, podrías aplicar una parte al aperitivo y otra al postre. En un festín prolongado utilizarían dos probadores distintos, lo que posibilitaría que el veneno no se detectara hasta que fuese demasiado tarde.

Widi asintió.

—Ese debe ser el truco que utilizó Tiphan. Excepto que él no pretendía asesinarnos, sino solo incrementar la impresión de estar bajo una maldición.

—¿Y qué pasa con los otros acontecimientos extraños? —preguntó

Diente de León—. ¿Habéis realizado algún progreso con las orugas, los perros y las ratas?

Widi sacudió la cabeza.

—Los perros asilvestrados podrían haber sido recogidos en cualquier parte de la ciudad. Las orugas no eran de por aquí, pero nadie ha podido contarme de dónde vinieron. Las ratas eran claramente del vecindario, pues ahora todos los sótanos de los alrededores están libres de ellas, pero no sé por qué estaban tan aterrorizadas aquella noche —aunque detecté algunos olores sospechosos… Sé que no es mucho, pero todavía hay pistas que quiero comprobar.

Kinri se sentó, alicaído.

—De todas formas ya no importa. Todos los cocineros y camareros se han marchado. Realmente, este es el fin, como dijo la gran señora.

—Solo necesitáis camareros, ¿no? —dijo Diente de León—. Puedo echar una mano.

Rati sacudió la cabeza.

—Aunque todos colaborásemos, no seríamos suficientes para manejar un restaurante lleno —asumiendo que los clientes y los jueces se atrevieran a aparecer con todos estos rumores de maldiciones y comida estropeada. Además, ¿qué sabemos nosotros de un servicio eficiente? Toda profesión requiere cierto arte.

Kinri cerró los ojos.

No tenemos suficientes camareros ni podemos contratar otros nuevos ni formarles a tiempo. Si hubiera alguna manera de que las personas disponibles trabajáramos como si fuéramos muchas más… Lodan mencionó algo sobre que le gustaría poderse dividir en veinte…

«¡Si Lutho anduviera por aquí…»

«…podría encontrar una solución!».

«Hermanas, ¡creía que no estabais interesadas en esta pequeña disputa entre unos cuantos cocineros y camareras!».

«Lo que ocurre con los mortales es que…».

«… siempre hay drama, incluso en los lugares más improbables».

«Igual que un huracán comienza con los torbellinos que forman las alas de una mariposa, los pequeños altercados alejados de los centros de poder pueden tener grandes consecuencias».

Al día siguiente, Diente de León regresó a La Espléndida Jarra a última hora de la tarde y se encontró con Kinri sentado a la puerta, con la mirada perdida en el espacio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Kinri dio un salto, sacudido de su ensoñación.

—Estaba pensando en… cómo convertir a Lodan en veinte personas.

Diente de León se echó a reír.

—Ese sería un buen truco. Si pudieras lograrlo serías un inventor tan genial como Na Moji.

Kinri se sonrojó.

—Ya sé que no es realista pero… Bueno, ¿adónde ibas?

Diente de León volvía a estar vestida como una criada de cocina, aunque esta vez su disfraz era mucho más convincente. Las lecciones de Arona estaban dando frutos.

—Mota y Arona me han llevado al campo de refugiados para ayudar a descargar la comida que ha donado nana Wasu —dijo Diente de León.

Con tanta escasez de personal, La Jarra no podía mantener sus servicios regulares de almuerzos y cenas. En lugar de dejar que la comida se estropeara en los almacenes, la viuda Wasu había preguntado al magistrado si podía donarla al campo de refugiados instalado en las afueras de la ciudad. Mota y Arona se ofrecieron voluntarios para llevar los productos y pidieron a Kinri que les acompañara, pero Kinri rechazó su petición, por miedo a que alguno de los refugiados de Rui pudiera reconocerle y revelar su verdadera identidad.

Por lo visto, Diente de León había aceptado ir en su lugar.

—¿Están… están bien los refugiados? —preguntó con cautela.

—Parece que sí —dijo Diente de León—. Después de descargar las provisiones pude pasar algún tiempo con los niños, contando cuentos y enseñándoles canciones que aprendí de pequeña. Sus padres tienen la esperanza de que los interrogatorios acaben pronto y se les permita marcharse y abrirse camino en Dara.

Mantenían un tono animado y ligero, y Kinri imaginó que lo hacía por su bien. Al fin y al cabo, se suponía que él era un refugiado de Ukyu-taasa. Pero se dio cuenta de que había un rastro de melancolía en su expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. Algo te preocupa.

Ella trató de negarlo, pero se rindió con un suspiro.

—Estuve charlando un rato con los padres, y me contaron lo que había ocurrido allá de donde venían. Fue horrible. No puedo imaginar que personas reales, no malvados de las antiguas sagas, puedan ser tan crueles. Voy a tener pesadillas, estoy segura.

Kinri no dijo nada. Él seguía teniendo pesadillas de lo que había presenciado en Kigo Yezu.

—No comprendo por qué los lyucu son así. ¿De verdad quieren matar a todo aquel que no sea lyucu? —se estremeció por la incredulidad y el terror—. Mi hermano… siempre decía que quería combatir a los lyucu, y creo que ahora entiendo cómo se siente, al menos un poco.

Kinri intentaba mantenerse inexpresivo, pero esas palabras reverberaban en su cabeza como truenos. *¿Cómo reaccionará cuando averigüe quién soy?*

—A lo mejor no todos son así —dijo débilmente—. Yo… yo conocía a algunos lyucu, culeks y naros, que… no querían matar a todo el mundo…

Su voz se fue apagando porque no sabía cómo defender a su pueblo. Si todos los refugiados iban contando atrocidades, debería contemplar la posibilidad de que Cutanrovo no fuera el único monstruo. No sabía cómo cuadrar lo que había presenciado en Kigo Yezu con los cuentos re-recordados sobre la compasión y el valor de Tenryo; no sabía cómo aceptar que lo que había visto era verdad, que lo que los refugiados habían contado a Diente de León era verdad, que lo que la maestra Nazu Tei le había insinuado era verdad, sin cuestionar el sueño del emperador Thaké, en el que los lyucu vivirían en armonía con los nativos, sin desconfiar de la insistencia de su madre por que aprendiera todo lo posible de la cultura de Dara, sin dudar de que el mismo ideal de la conquista lyucu fuera una iniciativa para liberar a los nativos de la servidumbre a sus tiranos.

Cada vez le resultaba más difícil creer lo que le habían enseñado los tutores aprobados por la corte en Kriphi. El contraste entre Ukyu-taasa y el territorio original de Dara simplemente era demasiado grande. La compasión, el amor, la alegría, las boberías, la exuberancia e incluso la mezquindad que había experimentado entre el pueblo de Dara, bajo la regencia de la emperatriz Jia —Lodan y Mati, la gran señora Wasu, la Banda de las Flores, Diente de León, e incluso Tiphan Huto— todo apuntaba a una verdad innegable: esta no era una sociedad de servidumbre, no era un pueblo bajo el yugo de un tirano.

Amaba Ukyu-taasa, su patria, pero Dara era *libre*.

¿Era eso lo que la maestra Nazu Tei quería decir cuando hablaba de aprender de la experiencia?

Se esforzó por apartar ese pensamiento. No podía ser verdad. *No podía*. Tenía que estar equivocado, algo se le estaba escapando.

Tenía que aferrarse a la posibilidad de que Cutanrovo y quienes coincidían con ella fueran la excepción y no representaran el auténtico espíritu lyucu. *Tenía que hacerlo*.

Diente de León lo miró con extrañeza.

—Puede que tengas razón —dijo—. Al fin y al cabo yo no he vivido en Dara Irredenta. No sé cómo es aquello —tras una pausa, añadió—: También me siento fatal por lo que Mota y Arona dijeron en el camino de regreso. Decían que, incluso después de dejar el campo, los refugiados no lo tienen fácil. Muchas personas no confían en ellos, considerándolos cobardes por someterse a los lyucu, o pensando que están contaminados, que ya no son verdaderos miembros del pueblo de Dara. Tienen problema para encontrar un empleo estable o trabajar en sus oficios. Algunos acaban marchándose a la isla de la Media Luna, intentando labrar nuevas tierras en un entorno salvaje; otros acaban uniéndose a bandas criminales o a los piratas —por lo cual la gente desconfía aún más de los refugiados— y otros intentan encontrar refugio en templos y santuarios de montañas remotas, donde los monjes y monjas son más compasivos. Aunque puedan moverse libremente por toda Dara, nunca se sienten en casa.

Kinri asintió, incapaz de ofrecerle palabras de consuelo porque su corazón estaba hecho un lío.

—Arona y Mota dijeron que nana Wasu y tío Teson son muy especiales porque te acogieron sin hacer preguntas —dijo Diente de León.

—Soy afortunado —dijo Kinri—. No puedo imaginar lo que habría pasado si ellos no me hubieran rescatado.

—¡Si hubiera alguna manera de convertir a cada uno de ellos en veinte personas! —dijo Diente de León. Sonrió de tal forma que el corazón de Kinri sintió una punzada. Pero la luz de su rostro se atenuó enseguida—. Solo que… parece que La Jarra no sobrevivirá mucho tiempo.

Kinri aprovechó la última idea de Diente de León. No podía hacer nada para mitigar el choque entre los lyucu y los nativos, pero centrarse en el problema específico de cómo superar la siguiente ronda de la competición le ayudaba a sentirse menos inútil.

—Tú has leído muchos más libros que yo —dijo—. ¿Recuerdas alguna historia sobre… artilugios que pudieran comportarse como personas? —era una idea loca, desesperada, pero no se le ocurría nada mejor.

Diente de León pareció reflexionar.

—Mi educación es un poco caótica, porque el primer tutor que tuve no me gustaba mucho… no importa, es una larga historia. Lo cierto es que he leído muchos libros de amor y aventuras con máquinas fantásticas… Déjame ver… Oh, recuerdo un relato de Na Moji en el que construía para el rey de Xana un grupo de hombres mecánicos que podían tocar bastante bien el *moaphya*.

Na Moji fue el fundador de la escuela modelista, y posiblemente el mejor ingeniero de la historia de Dara. El corazón de Kinri se aceleró.

—¿Recuerdas si en el libro se explica cómo funcionaban los hombres mecánicos?

Diente de León sacudió la cabeza.

—Na Moji no describió al detalle muchas de las maravillas que construyó y, en los casos en que lo hizo, la mayor parte de las instrucciones se perdieron. El relato que leí era el de un cortesano que presenció una de las actuaciones. Pero el autor solo proporcionaba una descripción general de la orquesta mecánica, sin entrar en detalles. Le interesaban más las reacciones del rey, presente aquel día, y lo que hablaron durante el concierto. Para él, la guerra y la política eran mucho más importantes, y el invento de Na Moji no era sino una obra de entretenimiento.

—Es una pena.

Aun así, Diente de León dijo que, según el noble, el equipo de músicos estaba montado sobre una plataforma delante del *moaphya*, con un hombre diferente frente a cada barra colgante de bronce. Un equipo de asistentes tenía que maniobrar un mecanismo oculto bajo la plataforma. A medida que los asistentes giraban la manivela, los hombres de madera cobraban vida en una danza coordinada, golpeando cada uno su mazo contra la barra de bronce cuando la canción requería esa nota particular.

—¿Los músicos tocaban una sola canción o diferentes canciones?

Diente de León hizo un esfuerzo por recordar.

—Creo que la orquesta tocaba la misma canción varias veces. Cuando el rey se cansó de ella, Na Moji tuvo que anunciar un pequeño intermedio para ajustar el mecanismo. Tras esperar lo bastante como para preparar un nuevo té, los músicos interpretaron una canción distinta.

—¿Ajustes? ¿Na Moji tuvo que llevarse los músicos o la plataforma a otro lado?

Diente de León sacudió la cabeza.

—Eso no estaba en el relato, pero supongo que no. Si hubiera tenido que llevarse todo a otro lado, al rey no le habría interesado tanto. La orquesta es como una actuación mágica, y un mago nunca revela sus secretos.

Para Kinri, eso indicaba que a la orquesta mecánica se le podía «enseñar» a tocar una canción nueva en un corto espacio de tiempo. Pero cómo lograr tal cosa se le escapaba.

—¿El emperador Ragin tuvo alguna vez algo así en su corte?

Diente de León sacudió la cabeza.

—No —entonces, como si se diera cuenta de algo, añadió rápidamente—: No que sepa alguien como yo —surgió una sonrisa en su cara—. Ahora que lo mencionas, supongo que al emperador Ragin le hubiera encantado una orquesta así.

Arona Taré, que casualmente pasaba por la planta baja del restaurante en ese momento, se detuvo al oír esta conversación. En silencio, se agachó y se acercó cautelosamente a la puerta delantera. Fuera de la vista, detrás de algunas mesas, escuchó atentamente.

—¿Por qué? —preguntó Kinri—. ¿Amaba la música?

Diente de León asintió.

—El emperador Ragin tañía el laúd de coco y cantaba y, aunque no era un consumado intérprete, nunca le cohibió entretener a sus amigos y a su familia, divertir a quienes le escuchaban —se echó a reír—. Estoy segura de que le habría gustado contemplar a esos músicos mecánicos, y a lo mejor hasta les hubiera desafiado a una competición musical…

—No sabía que el emperador bandido pudiera ser tan… amigable —dijo Kinri. Era extraño conocer este aspecto del carnicero del paso de Naza. De alguna manera, el tirano ya no le parecía solo la encarnación del mal, sino más bien una persona real.

—El emperador Ragin era conocido por tener un lado jocoso —dijo Diente de León—. De hecho, incluso su nombre imperial tenía algo de broma.

—¿Cómo es eso? —Kinri siempre había oído que el nombre imperial Ragin era una alusión clásica anu que disimulaba sus orígenes humildes y su indeseable pasado.

—Bueno, la mayoría de los eruditos afirman que «Ragin» hace alusión a un pasaje del *Tratado de las relaciones morales* de Kon Fiji, en el cual un ladrón debate con el Verdadero Sabio, pero esa es la manera en que los moralistas tratan de consolarse. Mi… eeeh, Ragin no tenía ningún interés en contentar a los moralistas. Es cierto que se supone que la mayoría de los nombres imperiales son muy serios. Por ejemplo, el nombre de «Mapidéré» significa literalmente «el primero en intentarlo».

Kinri asintió. La maestra Nazu Tei ya se lo había explicado.

—«Ragin», sin embargo, es una onomatopeya que significa literalmente «repique» o tañido» en anu clásico, y el emperador no pretendía en modo alguno conectarlo con Kon Fiji intentando «tañer la campana de la claridad moral frente a un ladrón empedernido», como sostienen los moralistas. En realidad, cuando el emperador era joven y algo haragán, su cuñada solía repicar una cacerola vacía cuando él llegaba a casa, para mostrarle que no quedaba arroz para él. El

emperador decidió hacer referencia a ese episodio de su vida para mostrar que nunca olvidó la música de sus orígenes humildes.

Kinri estaba asombrado.

—¿Los otros nombres imperiales son también jocosos?

—No, nadie puede sobrellevar un nombre jocoso como Ragin lo hacía —dijo Diente de León—. Pero sus hijos mantuvieron el tema musical en sus nombres imperiales, pues estaba bien visto que los hijos honraran al padre. Aunque todos sus nombres son alusiones a los clásicos anu, tienen una segunda acepción más privada. La emperatriz Üna, conocida también como gran princesa Théra, escogió su nombre imperial en referencia al sonido de la cítara, porque creía que la vibración simpática de las fibras sensibles era ideal tanto en el amor como en las relaciones entre soberano y súbdito.

Su rostro se sonrojó al mirar a Kinri. Se recompuso y continuó.

—Y el emperador actual, Monadétu, eligió su nombre imperial en alusión al sonido sordo que hacen los tambores marciales que se emplean para llamar a batalla a un ejército.

—¿Y qué hay de Thaké? —preguntó Kinri.

Diente de León le miró de un modo extraño. El nombre imperial de Timu casi nunca se mencionaba en el territorio original de Dara, ya que la mayoría no le consideraba un emperador legítimo.

—No… no puedo estar segura. Pero sospecho que al autonombrarse como el tamborileo de la lluvia suave, estaba reafirmando su nombre formal, «Gobernante Amable» y mostrando obediencia a su padre —porque él eligió también un nombre onomatopéyico— y al mismo tiempo cierto grado de rebeldía —porque ese sonido es el más opuesto al estridente sonido metálico producido al golpear una cacerola vacía.

—No sabía que los nombres estaban tan cargados de significado —dijo Kinri con admiración—. Debes haber tenido un maestro muy erudito.

Esta vez fue Diente de León quien se sonrojó.

—Oh… son cosas sabidas… por aquí. Tú las desconocías porque has crecido en Rui.

Impulsivamente, Kinri dijo:

—Me ha faltado la música en mi educación… pero siempre quise aprender. ¿Me enseñarás a tocar la cítara?

La cítara era el instrumento más común en Dara, y se suponía que prácticamente todos los estudiosos debían aprender a tocarla. En el caso de Kinri, no obstante, su verdadera motivación no era aprender a pulsar las cuerdas.

Diente de León le contempló y una sonrisa curvó la comisura de sus labios, al tiempo que sus mejillas se coloreaban ligeramente.

—Por supuesto, Thasé-teki. Me encantaría.

Detrás de ella, una mirada reflexiva invadió el rostro de Arona.

Kinri no pudo sacarse de la cabeza la imagen de la orquesta mecánica en toda la tarde. Hombres de madera que habían aprendido a interpretar música parecía la clave para algún rompecabezas, pero a él no se le ocurría cómo utilizarla.

Su mente era un batiburrillo. Los días felices pasados en compañía de Diente de León y la Banda de las Flores se transformaban en imágenes de La Espléndida Jarra desierta, con sus puertas cerradas para siempre y su personal desaparecido. Los hombres mecánicos agitando sus mazos contra las placas de bronce se transformaban en imágenes de Cutanrovo estrellando su maza de guerra contra el cráneo de la madre desesperada cuyo bebé acababa de ser torturado y ahogado. Los ideogramas de las lecciones de la maestra Nazu Tei se transformaban en un pescado escurridizo que él intentaba elevar en una balanza, y en el último momento se le escapaba de las manos. Los recuerdos de lyucu y nativos atestando las calles de Kriphi se transformaban en escenas de batallas sangrientas, en las que él chillaba, gritaba, suplicaba a todos que parasen.

¿Qué había de verdad en todo lo que le habían enseñado siendo niño sobre los lyucu y los dara? ¿Qué había de verdad en todo lo que había aprendido de la maestra Nazu Tei? ¿Qué había de verdad en todo lo que había visto y oído en Dara?

Además, no puedo enseñarte la verdad. La experiencia es la única maestra que te convencerá.

Vio el rostro de Diente de León, lleno de angustia por el sufrimiento descrito por los refugiados. La vio girándose hacia él, con sus rasgos retorcidos por la rabia y el odio. *Mi hermano… siempre decía que quería combatir a los lyucu, y creo que ahora entiendo cómo se siente.*

Ocultó la cabeza entre las manos sofocando un grito. *¿Pero cómo puedo experimentar la verdad si tengo que vivir en la mentira?*

Vio el rostro de su madre, intentando reconfortarle en medio del frío viento invernal, sobre la cubierta inestable de un barco pirata. *Le dije que sentía que no hubieras podido servirla adecuadamente en Ukyu-taasa. Pero eso no significa que no puedas servirla, o servirnos a todos, fuera de aquí.*

Se golpeó la cabeza con los puños. *¿Cómo se supone que voy a servir a mi pueblo? Ni siquiera soy capaz de ayudar a mis benefactores a salvar su restaurante. Ni siquiera soy capaz de saber qué hacer con mi vida.*

Enseñar, aprender, hombres mecánicos, refugiados, verdad, mentiras, la contienda entre La Espléndida Jarra y El Cofre del Tesoro, la contienda entre los lyucu y los dara. Todo estaba interconectado;

todo estaba desconectado.

Se sentía atrapado dentro de un laberinto. Cualquier dirección que tomara chocaba contra la pared.

A lo mejor hasta tienes la oportunidad de ver las islas principales. Eso es lo que siempre has querido, ¿no? Observar esas extrañas máquinas de las que tanto has oído.

Esas palabras aparecieron como un rayo de luz en la oscuridad, un hilo de esperanza al que agarrarse. Lo siguió y vio… el carrito de Rati Yera que avanzaba por el laberinto, brillando con fuerza en el batiburrillo de sus dudas.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

SEGUNDO CONCURSO

GINPEN: SEXTO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTITRÉS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

—El Cofre del Tesoro va a tener que emplearse a fondo esta noche —anunció Lolotika Tuné al enorme gentío congregado en el exterior del restaurante.

En todo caso, la multitud era mayor incluso que la reunida hacía unas semanas para presenciar la competición de cocina. El magistrado Zuda había desplegado agentes de policía para mantener el orden y erigido dos líneas de barreras para alejar a la muchedumbre de espectadores de la entrada, como diques para contener la subida del oleaje. La larga fila de comensales que esperaba para entrar en el restaurante serpenteaba entre las barreras, contenta por haber conseguido reservar un lugar para esta noche.

—La clave estará en si Tiphan Huto es capaz de movilizar a su inexperto personal para que esté a la altura de la ocasión. Aunque llevan la delantera en la competición, uno a cero, la eficiencia del servicio es algo completamente distinto a la preparación de platos portentosos. No creo que nunca hayan visto un local tan repleto.

—¿Estáis nerviosos?

Los espectadores y los futuros comensales prorrumpieron en vítores cuando vieron a Lolo, en lo alto de una torre de bambú junto al edificio de cinco plantas de El Cofre del Tesoro. La torre había sido construida para la ocasión y era tan alta como el propio restaurante. Lolo podía subir o bajar por ella para espiar en cualquiera de las plantas del restaurante y hacer comentarios sobre el servicio. Al pie de la torre había un carruaje dispuesto para llevarla rápidamente a la cocina de la parte de atrás, caso de que deseara observar al personal de cocina y poner al día al público sobre su actuación.

—No puedo oíros —gritó Lolo a través del megáfono, y se puso las manos ahuecadas alrededor de las orejas para escuchar la respuesta—. *¿Estáis nerviosos?*

Esa noche llevaba un vestido acampanado de seda muaré amarillo pálido, el color de la antigua Haan. Con las últimas luces del

crepúsculo, cientos de ardientes antorchas y lámparas de aceite de ballena iluminaban El Cofre del Tesoro, como si fuera el antiguo palacio en el Festival de las Linternas y, bajo su luz, el esplendor del vestido cambiaba con fascinante fluidez a cada paso y cada gesto, como si vistiera oro líquido.

El público prorrumpió en estruendosos vítores que hicieron vibrar la torre de bambú. Los agentes encargados de las barreras tuvieron que empujar a la muchedumbre hacia atrás para que no se colara en el vestíbulo, pero lo hicieron con sonrisas en la cara. El ambiente festivo era contagioso.

El Cofre del Tesoro exhibía toda su ostentación y su extravagancia para la ocasión. Las resplandecientes lámparas y antorchas sacaban el máximo partido a su vistoso interior, y los almohadones para sentarse, confeccionados en seda rellena de mullidas plumas de ganso, relucían como tronos en miniatura. Se decía que Tiphan Huto había intentado instalar modernas antorchas sedamóticas en El Cofre del Tesoro para incrementar la sensación de lujo, pero el plan tuvo que ser descartado porque los artilugios resultaron ser demasiado caprichosos. En cualquier caso, las lámparas de aceite de ballena y las antorchas parecían estar dando un buen resultado.

Lolo asintió con satisfacción.

—Entonces, ¡que comience el servicio de cenas en El Cofre del Tesoro, aspirante a mejor restaurante de Ginpen!

Un indicio de preocupación le arrugó la frente. Sabía que su trabajo de presentación esta noche era, con diferencia, el más sencillo. En realidad, había solicitado ejercer ese papel en El Cofre del Tesoro porque no se sentía con ánimo para presenciar la casi segura humillación de La Espléndida Jarra.

Desde lo alto de la torre de bambú contempló los tejados y las calles retorcidas de Ginpen, las débiles lámparas de las atestadas casas de vecindad y las luces brillantes de las grandes mansiones, la todavía concurrida Plaza del Templo y los desiertos talleres, mientras se preguntaba qué estaría ocurriendo en el otro emplazamiento de la competición.

Junto a La Espléndida Jarra se había erigido otra torre de bambú semejante, pero había menos público. Los rumores de la maldición habían mantenido alejados a la mayor parte de los potenciales espectadores, y el ambiente entre los que allí estaban era más de inquietud que de celebración. Muchos eran vecinos, que habían acudido para mostrar su apoyo a la gentileza de Teson Wasu y la viuda Wasu. Para ellos, La Espléndida Jarra era una institución en el barrio.

Con anterioridad, un grupo de gandules locales había aparecido en La Jarra con pancartas que mostraban repugnantes orugas peludas, ratas con los rabos enmarañados y montones de caca de perro humeante. Los jóvenes haraganes y vagos cantaban eslóganes como «¡Tramposos!», «¡Comida mala!», «¡Cocina asquerosa!» ante los comensales que estaban esperando, con la clara intención de asustarles para que se marcharan. Los residentes locales que habían acudido a apoyar a La Jarra les respondían con gritos enfadados y ambas partes comenzaron a darse empujones.

Los agentes de policía se esforzaron por evitar la pelea, y su capitán se reunió con la viuda Wasu para proponer el retraso del servicio de cenas hasta que se restaurara el orden.

—No, no —dijo la viuda Wasu—. Déjame intentarlo.

Apoyada en un bastón y sin levantar la voz, la pequeña mujer habló con la banda de jóvenes alborotadores. En pocos minutos los había reducido a lágrimas.

—Mi madre *estaría* avergonzada de mí —dijo uno de los jóvenes sorbiéndose los mocos.

—Mi abuela dijo lo mismo, nana —dijo otro de ellos—. Me portaré bien.

—Por favor, no digáis a mi profesor que me visteis aquí, nana, ¡por favor! —suplicó un tercero.

La viuda Wasu les dio unas palmaditas en las manos como consuelo y les preguntó si querían algo de sopa. Los jóvenes lloraron aún con más ganas. Plegaron las pancartas y se escabulleron, ocultando los rostros tras las amplias mangas.

—¡Impresionante! —susurró Diente de León cuando regresó la viuda, cerrando la puerta del restaurante tras ella.

—Ese Tiphan no se detiene nunca… Probablemente no sabe que estoy acostumbrada a lidiar con grupos como este —dijo la viuda—. Porque, cuando estábamos en Zudi, tu padre… eeeh…

Los comensales que aguardaban volvieron a colocarse en fila, pero parecían inquietos. Algunos de los integrantes del pequeño grupo de espectadores, simpatizantes de la viuda Wasu, trataron de hablarles de las virtudes de La Espléndida Jarra, aunque los comensales no estaban de humor para sermones.

Desde lo alto de la torre, Séca intentó dirigirse a la multitud con el mejor de los ánimos.

—¡Señores y señoras, si acaban de incorporarse, sean bienvenidos a esta contienda sin precedente por el título de Mejor Restaurante de Ginpen!

Llevaba una túnica azul marino de seda muaré que igualaba en

opulencia al vestido de Lolo, pero, a causa de su color apagado y su corte clásico, la ropa parecía enfatizar la falta de confianza generalizada en La Espléndida Jarra.

A pesar de los escasos aplausos, Séca continuó gritando a través del megáfono.

—Los comensales que juzgarán a ambos restaurantes han sido reclutados entre las casas nobles, eruditos de renombre, comerciantes con un historial de obras públicas y servicios cívicos, doctos monjes y monjas de los templos y otras personas relevantes, así como entre algunos afortunados miembros del público seleccionados mediante sorteo.

La falta de respuesta entusiasta de los comensales, sin embargo, parecía mostrar que no se sentían tan afortunados.

De hecho, La Espléndida Jarra ni siquiera parecía estar abierta para el público, y mucho menos preparada para librar la batalla de su vida. La puerta delantera estaba cerrada; las ventanas tapadas y las plantas superiores en completa oscuridad. Solo se veían unas débiles luces parpadeantes a través de las ventanas de la planta baja cubiertas de papel. En realidad el edificio parecía desierto.

La gente cuchicheaba.

—¡He oído que los últimos dos días no tenían suficientes empleados para servir el almuerzo!

—Mi primo me ha dicho que Teson Wasu ni siquiera está —se sentía demasiado asustado y se largó, dejando que su madre lidiara con todo el bochorno ella sola.

—¡No os acerquéis tanto al parasol! Creo que todavía tiene espíritus malignos.

Séca intentaba que sus gritos se oyeran por encima de la agitada multitud.

—Los comensales se han repartido a suertes entre ambos restaurantes, y nuestros distinguidos jueces, cuya identidad es secreta, están mezclados entre ellos. Puntuarán el servicio del personal de los dos restaurantes en función de su rapidez, exactitud, método y amabilidad. Con el fin de que se centren exclusivamente en el servicio, ambos cocinarán el mismo menú estándar de entrantes, plato principal, sopas y postres.

No añadió que la asignación de comensales a los dos restaurantes había tenido que hacerse por sorteo porque no pocos, especialmente los más inclinados a la superstición, temían comer en La Espléndida Jarra. Además de los policías, el magistrado Zuda pidió a un grupo de monjes y monjas que acudiera a La Espléndida Jarra y permaneciera en guardia calle abajo con el fin de tranquilizar a los clientes

inquietos.

Es una pena que La Espléndida Jarra termine de un modo tan lamentable, reflexionó Séca. Tenía muy gratos recuerdos del estofado de buey y verduras que comía allí cuando era un estudiante pobre y de las fiestas de acertijos de ideogramas a las que asistió posteriormente, organizadas por los arcontes y los administradores del laboratorio. Pero Séca poco podía hacer ahora por mejorar la suerte del restaurante.

Suspiró, elevó el megáfono y gritó:

—¡Que dé comienzo el servicio de cenas!

Las puertas de celosía de El Cofre del Tesoro se abrieron de golpe y la multitud hubo de protegerse los ojos ante la brillante luz que iluminó el exterior, como si tuviera una porción del sol atrapada en su interior.

Espejos, cristales, lámparas de aceite de ballena y velas hacían que el interior de El Cofre del Tesoro estuviera tan iluminado como a pleno día, y filas y filas de camareros y camareras, vestidos con uniformes dorados, estaban listos. Cuando aparecieron los comensales que aguardaban afuera, comenzaron a dar palmas rítmicamente y a cantar:

> *Bienvenidos, bienvenidos a El Cofre del Tesoro,*
> *de los restaurantes el de mayor decoro.*
> *De nuestro servicio nos podemos jactar;*
> *dejad vuestros miembros y dientes descansar.*
> *Os daremos de comer e incluso, si queréis,*
> *masticaremos la comida para daros placer.*

Lolo tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Había oído que Tiphan Huto había escrito un «cántico de guerra», que insistía en hacer cantar a su personal cada mañana, antes de abrir el restaurante. El tipo, que solo había estudiado dos años con un tutor antes de afirmar que ya sabía lo necesario para continuar el negocio familiar, estaba evidentemente muy orgulloso de sus habilidades literarias y no tenía intención alguna de que nadie las corrigiera.

Tras un momento de anonadado silencio, los comensales comenzaron a pasar en fila por la puerta, donde les saludaban dos apuestos jóvenes con el moño de doble rodete de los *toko dawiji*. Los jóvenes se inclinaban ante los comensales, citaban unos cuantos versos de poesía clásica anu relacionados con la buena salud y la buena fortuna a cada cliente, mientras consultaban una lista, y luego asignaban los grupos a los camareros y camareras que les acompañaban a sus mesas.

Lolo descendió de la torre de observación e hizo señas para que se acercara a Gina Cophy, que esa noche actuaba como copresentadora y asistente de Lolo. Cophy estaba apostada a la entrada para poder observar de cerca esta fase del servicio.

—De momento, el funcionamiento de El Cofre del Tesoro es impresionante —dijo la señora Cophy cuando se aproximó a Lolo—. Me preocupaba que se produjera un atasco en las escaleras al entrar tanta gente de golpe, pero parece que tienen algún sistema para solucionarlo.

En efecto, parecía que los *toko dawiji* despachaban a los grupos de comensales a las diferentes plantas de modo tal que no se interponían en el camino de los demás ni en el de los camareros, apurados en sacar las bebidas y los menús. Además, los que parecían de mayor rango social eran acompañados a las plantas superiores y los reservados, mientras que los de menor rango social eran enviados a los asientos menos deseables, cercanos a la escalera. Era evidente que habían ideado por adelantado algún tipo de código para la distribución de los asientos según la apariencia de los comensales. El Cofre del Tesoro *estaba* preparado.

—¿Por qué Tiphan Huto ha empleado a dos eruditos que han superado el primer nivel de los exámenes imperiales para dar la bienvenida en la puerta? —preguntó Lolo.

—Es extraño —dijo la señora Cophy—. Pero debo decir que resulta agradable que te reciban dos personas tan cultas y bien educadas. Mira al joven de la izquierda. Es tan guapo y atlético… ¡y con unos dedos tan largos…!

Lolo la interrumpió antes de que la señora Cophy se pusiera en evidencia por quedarse embobada.

—¡No, no! No es eso lo que quiero decir. Los eruditos destacan, pero son una muestra de que hay demasiados servidores. No es posible que El Cofre del Tesoro tenga a todos en nómina.

—A lo mejor Tiphan Huto es partidario de tener mucho personal. Así el trabajo resulta más liviano, ¿no? Creo que ha conseguido un buen equipo. Mira a los camareros y camareras. Todos son bellos y atractivos, como los platos de Mozo Mu…

—¡Eso es! No recuerdo que nadie hiciera ningún comentario sobre la cantidad de personal que tenía El Cofre del Tesoro o sobre su atractivo hasta esta noche, y ya llevan funcionando varias semanas desde su apertura. Según las reglas, no se puede contratar personal suplementario, sino que se debe utilizar el personal que los contendientes tenían en nómina cuando se anunció la celebración de la ronda de servicio.

—Oh… ya entiendo —dijo la señora Cophy—. Voy a buscar a Tiphan Huto para hacerle algunas preguntas.

Aunque el personal de El Cofre del Tesoro no parecía acostumbrado a trabajar bajo presión, el hecho de que fuera tan numeroso evitaba que dicha presión recayera en los camareros. Con un mínimo de confusión, los comensales eran dirigidos a sus asientos y las bebidas y los menús iban saliendo.

Gina Cophy regresó.

—Parece que Tiphan Huto ha traído personas seleccionadas cuidadosamente de los negocios que el clan Huto posee en todos los rincones de Dara. Esos *toko dawiji*, por ejemplo, trabajan en el Palacio de Tazu, uno de los casinos más recientes de Dimushi, y son expertos en hacer que las celebridades y los jugadores de postín queden satisfechos.

—Entonces, ¿cómo es que están aquí? —preguntó Lolo.

—Eeeh… Tiphan dice que puesto que el clan Huto es dueño de todos esos negocios, en realidad ya eran empleados indirectos suyos.

—¡Pero no trabajan para El Cofre del Tesoro!

—Las reglas solo dicen que el personal debe estar en nómina de alguno de los competidores. Y Tiphan dice que los competidores son el clan Huto y el clan Wasu. Yo no soy abogada, así que me figuro…

¡Era evidente que Tiphan Huto aprovecharía cualquier posible resquicio legal! Lolo echaba humo al subir la torre de bambú. Pero no estaban en un tribunal, y si todos los jueces pensaban como la señora Cophy, Tiphan igualmente se saldría con la suya. Respiró hondo y dibujó una sonrisa en su cara al girarse hacia la muchedumbre que tenía debajo. Con trampas o sin ellas, el espectáculo debía continuar.

Las puertas de La Espléndida Jarra se abrieron silenciosamente. Los comensales que hacían cola y los espectadores estiraron el cuello, inseguros de lo que iban a presenciar.

Lodan, Diente de León y Kinri salieron, se inclinaron ante los clientes que aguardaban y se situaron a un lado de la entrada.

Detrás de ellos, tras la amplia puerta, el restaurante permanecía en gran parte oscuro y silencioso.

Los comensales aguardaron, sin saber qué hacer.

El joven Pimié, el niño prodigio del *cüpa*, actuaba esta noche como asistente de Séca y copresentador en La Espléndida Jarra. Corrió desde el pie de la torre de bambú hasta Lodan y, tímidamente, le preguntó:

—Eeeh… ¿esperáis a más personal?

—Oh, no —dijo Lodan—, todo está en marcha.

Los comensales se quedaron mirando con incredulidad a las tres personas que tenían delante. ¿De verdad pensaban que podrían servir

a casi doscientos clientes con tres camareros?

—¡Adelante! —dijo Diente de León—. ¡Bienvenidos a la experiencia culinaria de su vida!

Los comensales se miraron entre ellos, se encogieron de hombros y entraron al oscuro restaurante.

Todas a una, las luces se encendieron y el lugar quedó bañado en un brillante resplandor azulado transmitido por esferas de vidrio situadas sobre cada una de las mesas. La luz no se parecía en nada a la emitida por las antorchas o las lámparas de aceite de ballena. De alguna manera, era más fría y más brillante al mismo tiempo.

Las exclamaciones de admiración de la multitud hicieron que Séca descendiera de la torre. Él y Pimié examinaron los globos resplandecientes más cercanos a la puerta.

Las esferas eran en realidad cuencos de vidrio colocados al revés sobre un plato de mercurio. En el interior del cuenco y por encima del mercurio había un pequeño conducto de bambú cuyo extremo soportaba un anillo de lana. Un eje atravesaba el centro hueco del bambú y acababa en un disco de ámbar. El eje giraba con rapidez, frotando el disco de ámbar contra el anillo de lana que le rodeaba, y esta acción era la que generaba la brillante luz que llenaba el globo de vidrio e iluminaba el restaurante.

Al mirar debajo del globo, Séca y Pimié observaron que todo el aparato —esfera de vidrio, baño de mercurio, tubo de bambú y eje— estaba montado sobre un entramado de bambú que hacía de soporte. Dentro de dicho soporte, una criatura corría a toda velocidad por el interior de una rueda, actuando como motor para mover el eje, a través de una serie de correas y mecanismos.

—¿Qué es eso? —preguntó Pimié.

—Es una cigarra bailarina —dijo Diente de León—. Les encanta correr. De hecho, si recuerdas, Mitahu Piati, el historiador de Rima del primer periodo Tiro, escribió un precioso poema en prosa sobre una experiencia de su niñez cuando vio miles de estas cigarras saliendo del suelo y corriendo por los Anillos Boscosos…

—¡No, no! No quiero decir *eso* —dijo Pimié—. Yo también he hecho correr a las cigarras bailarinas. Las conozco bien. Puedes hacer que corran más rápido si les das a comer un poco de cebolleta picante… pero bueno, no me refería a eso. ¡Quiero decir *eso*! ¿Qué es esa cosa que resplandece?

—Ah, bueno, no estoy del todo segura —dijo Diente de León—. Rati Yera las llama velas sedamóticas, y su ventaja es que no hace falta encenderlas, despabilarlas, reponerlas o que alguien las cuide toda la noche. Estamos algo escasos de personal, como habrás notado,

así que valoramos mucho una iluminación que no requiera mucho trabajo.

—No hay duda de que tomé la decisión adecuada al venir aquí esta noche —dijo Pimié, con una amplia sonrisa en la cara, iluminada por el resplandor sedamótico—. Quiero una de esas para mí.

—Habla con Rati más tarde —dijo Diente de León—. Me dijo que se inspiró en el equipo usado por las monjas del Gran Templo de Lutho.

—He visto otros diseños de lámparas sedamóticas, pero ninguno tan compacto ni tan eficaz —dijo Séca, con una voz llena de admiración—. ¿El cuenco invertido sobre el mercurio crea algún tipo de vacío? ¿Y sabes si, cuando el conjunto de ámbar-lana del interior descarga la fuerza sedamótica, el vapor de mercurio…?

—No me pidas que explique nada —dijo Diente de León—. Yo solo trabajo aquí.

—¿Todas las velas sedamóticas están propulsadas por cigarras? —preguntó Pimié, a quien su curiosidad juvenil le hizo interesarse por las criaturas de las otras jaulas.

—No todas. Comenzamos usando ratones y ardillas domesticadas, pero no pudimos conseguir los suficientes…

Los ojos de Pimié se ensancharon.

—Pero las pobres ardillas…

—No te preocupes, cuando los animales se cansan pueden pararse; hay un volante de inercia que mantiene el movimiento del eje hasta que se recuperan. De todas formas, es mucho más fácil trabajar con las cigarras —no añadió que a ella también le gustaban las cigarras porque le parecía que aportaban una especie de justicia poética, al utilizar la ayuda de un insecto como respuesta a las aterradoras orugas que habían sido en parte responsables del aprieto en que se encontraba La Jarra.

—No puedo creer que Rati Yera pensara en todo eso —dijo Séca—. Debería venir a trabajar conmigo en los laboratorios imperiales.

—Oh, detestaría tener que vestir bien a diario y rendir cuentas a un funcionario. Me contó que la idea de este motor se le ocurrió cuando vio los ventiladores movidos por perros de El Cofre del Tesoro —ella insiste en no atribuirse el mérito de las buenas ideas de otras personas.

Las mesas de la planta baja del restaurante ya se habían llenado de comensales, que admiraban las resplandecientes velas sedamóticas. Esos artefactos parecían un buen tema de conversación y los clientes, al principio nerviosos y asustados, ahora reían y conversaban alegremente. Algunos de los boquiabiertos espectadores del exterior, al darse cuenta del cambio de humor, corrieron a llamar a otros para que se sumaran a la diversión.

—Elegid mesa y sentaos —voceó Lodan—. Creedme, esta noche todas las mesas son igual de buenas. Vuestros camareros vendrán en un momento.

Mientras Lodan continuaba acomodando a los comensales y Diente de León daba vueltas con un puñado de cebolletas para animar a unas cuantas cigarras recalcitrantes a iluminar sus velas sedamóticas, Kinri iba de mesa en mesa para asegurarse de que todo el mundo tuviera la carta del menú.

—¿Estás pensando tomar nota tú solo de todo lo que pedimos esta noche? —preguntó uno de los clientes. A pesar del impresionante alarde de iluminación, todavía no estaban seguros de cómo iba La Espléndida Jarra a resolver la logística de los pedidos y del servicio para más de doscientas personas con tan poco personal.

—Oh, no, claro que no —dijo Kinri con una sonrisa misteriosa—. Vuestros camareros llegarán enseguida. De hecho, creo que ya los oigo.

—Da la impresión de que el servicio de entrantes de El Cofre del Tesoro tiene el viento en contra —dijo Lolo a través del megáfono.

A pesar del gran número de camareros —o por eso mismo—, los aperitivos de El Cofre del Tesoro se estaban retrasando.

El problema no estaba en la cocina. El equipo de cocineros y pinches producía los dos entrantes del menú sin problemas: «Prodigalidad del Mar» (una caldereta de mariscos servida con el acompañamiento de crujientes tallarines fritos que representaban la red) y «Presentes de la Tierra» (una fuente de entremeses surtidos de frutas y frutos secos delicadamente esculpidos, servidos con ocho salsas para mojar).

Pero los camareros, por su parte, a menudo tomaban mal los pedidos y tenían problemas para llevar las grandes bandejas con sopa caliente y elegantes esculturas de comida. Al subir y bajar apurados la estrecha escalera y cruzar la puerta de la cocina, chocaban entre ellos y platos y cuencos acababan en el suelo, lo que les obligaba a limpiar, y esto ralentizaba el servicio.

El rostro de Tiphan Huto había adquirido el color de un chile rojo. Estaba en el exterior de la puerta de acceso a la cocina y reprendía a los camareros.

—¿Tan difícil es recordar las comandas? —chilló a dos infelices camareras—. Hay literalmente dos platos en el menú. Esa mesa ha pedido cinco calderetas y tres fuentes, y les habéis llevado tres calderetas y cinco fuentes. Ahora toda la mesa tiene que esperar mientras arregláis vuestro error porque nadie puede empezar a comer hasta que los mayores tengan sus calderetas, y los mayores no

empezarán hasta que los jóvenes tengan sus fuentes. ¿Por qué os entretenéis? ¡Para cuando regreséis, las calderetas estarán frías y tendréis que servir otras nuevas!

—Nosotras no somos camareras —dijo una de las jóvenes, con una expresión de agravio en el rostro—. Yo soy vendedora de *mahjong* en el Palacio de Tazu y ella es flautista en el teatro El Espejo del Loco. Estamos aquí porque nuestros jefes nos obligaron a venir. ¿Qué sabemos nosotras de memorizar órdenes y transportar bandejas?

—Y hay tanta gente aquí —dijo la otra camarera—. Ni siquiera podemos llegar a la cocina porque habéis contratado a demasiadas personas para esta noche.

—Especialmente si os interponéis en nuestro camino —dijo la primera camarera—. Tenéis una gran… mmm… personalidad.

—No nos ayuda que nos gritéis en la cara, ¿sabéis? —dijo la segunda camarera—. Ahora he olvidado lo que ordenó la mesa dieciséis.

—¡¿Os atrevéis a burlaros de mí?! —gritó Tiphan Huto, jadeando y sudando. Al ser más bajo que las dos esculturales camareras, tenía que dar un salto a cada palabra para poder clavarles la mirada en los ojos —. ¡Mirad, es sencillo! Os daré un consejo…

Lolo, que se había acercado sin hacer ruido por detrás para presenciar la confrontación, tomó nota de esta lección improvisada sobré cómo servir mesas. Agradeciendo en silencio a Dophino, el espíritu protector de las chicas de las casas índigo, se alejó de puntillas, regresó a la torre y ofreció al público de afuera las últimas novedades.

—Señores y señoras, acabamos de descubrir un aspecto de lo más ingenioso del sistema de El Cofre del Tesoro. Permitid que os recite una cita del inimitable Tiphan Huto:

»“Para memorizar las comandas, relacionad mentalmente la orden con algún aspecto llamativo de la apariencia física del cliente. Por ejemplo, si el hombre es calvo y ordena una caldereta, imaginadle como un arrecife pelado que asoma por encima del mar. Pero si os pide la fuente de entremeses, imaginadle como una roca en medio del bosque que destaca sobre una alfombra de musgo. Si la mujer es fea y pide caldereta, imaginadla como un manatí. Pero si es fea y pide la fuente de entremeses, imaginadla como una vaca mugiendo. Por ejemplo, la mesa de la que acabáis de venir podría memorizarse como:

> *Manatí, caballito de mar, muuu-muuu, arrecife pelado;*
> *musgo, jefe, salsa picante, cacho de buey.*

»¿Veis lo sencillo que es?”.

La multitud estalló en carcajadas desenfrenadas y gruñidos furiosos. Algunos jóvenes atrevidos subieron al restaurante y repitieron la cantinela a los clientes sentados junto a las ventanas de la primera planta. Enseguida, los rostros de los comensales citados por este talentoso restaurador-poeta se sonrojaron y, todos a una, se levantaron y salieron del restaurante indignados.

Lolo intentó reprimir una sonrisa de victoria. No creía estar inclinando la balanza de la competición injustamente. Al fin y al cabo, eso era lo que Tiphan Huto pensaba de sus clientes, por lo que no sintió reparo alguno en darlo a conocer.

Aun así, a medida que avanzaba el servicio de cenas, los nuevos camareros se fueron acostumbrando a las exigencias de su poco familiar empleo, y las comandas empezaron a salir de la cocina a las mesas con cierta regularidad. Casi todos los camareros, no obstante, explicaron a sus comensales que ellos no utilizaban la regla mnemotécnica de su jefe, y Tiphan Huto se escondió en la parte de atrás, demasiado furioso y avergonzado para atreverse a salir.

Era un ruido como el de cientos de cuentas de madera cayendo sobre la bandeja de colectas del templo, como el de una caravana de carros de caballo en miniatura retumbando por las calles, como el de una bandada de pájaros carpinteros que hubiera aterrizado en La Espléndida Jarra y estuviera buscando orugas en las paredes.

Mientras los clientes observaban, incrédulos, docenas de carritos salieron del túnel de servicio de la primera planta y entraron en fila al restaurante. Algunos se dirigieron directamente a las mesas, otros se alinearon junto al elevador para que Kinri o Diente de León los enviaran a los pisos superiores.

En la punta de cada carrito había un pequeño animal: un gato, un perrito, un ratón de compañía, un loro, un mono o cualquier otra criatura igual de atractiva. Todos llevaban sombreritos con la forma de una jarra invertida.

Lodan, situada en medio de la primera planta, gritó para asegurarse de que su voz llegaba a todos los rincones:

—¡Honorables invitados! Esta noche andamos escasos de de personal, como podéis ver. Así que hemos pedido la colaboración de algunos ayudantes. Los conductores guiarán los carritos hasta vuestras mesas y allí encontraréis una pila de tabletas de cera y un estilete, con el que podéis indicar vuestro pedido. Una vez registrada vuestra elección, colocad las tabletas en el interior del receptáculo de la parte trasera del carro y nuestros camareros animales guiarán los carritos de regreso a la cocina para llevaros los platos.

A medida que hablaba, los carros se separaron y se dirigieron a las

mesas, deteniéndose al lado de los perplejos clientes. Los monos, perritos, gatos, pájaros y demás animales miraban alrededor, hacían reverencias, daban vueltas, maullaban, se lamían las patas y armaban un espectáculo que hacía las delicias de los niños y asombraba a los mayores.

—¡Oh, mira, mira! ¡El mono te está imitando!

—El gatito es monísimo. ¡Mira su sombrero!

—¿Has oído cómo el estornino crestado me preguntaba que qué tal estaba? ¡Qué camarero tan encantador!

—¡Vaya ratón más adorable! ¿Trabajas mucho, compañerito? ¿Te pagan con pipas de girasol?

Pimié iba recorriendo las mesas, supuestamente para recopilar comentarios sobre este método de servicio tan poco ortodoxo, pero en realidad era para acariciar a los adorables conductores. Si bien la mayor parte de los animales parecían muy nerviosos por su desacostumbrado trabajo, él observó a un jilguero lúgano verde posado indolentemente en su jaula, con la cabeza alegremente ladeada. Parecía que el pájaro observaba a los demás animales con aburrida altivez.

—Ese pequeñajo da la impresión de ser el dueño del lugar —dijo Pimié riendo—. ¡Estira sus garras como si estuviera en *thakrido*!

—Oh, Zuzu es un veterano conductor —dijo Diente de León con un guiño—. Tuvo una experiencia bastante angustiosa la última vez que condujo uno de estos carritos y Rati tuvo que escayolarle las alas. Pero ya está mucho mejor y su dueña ha sido muy amable por prestárnoslo para esta noche.

Pimié la miró receloso, sin saber cuánto de esa extravagante historia era verdad. Pero al momento le distrajo una tortuga panza arriba que tenía dificultades para darse la vuelta.

Séca contemplaba la escena como si sus ojos estuvieran a punto de salírsele de las órbitas.

—Esto es imposible —murmuró. Se giró hacia Kinri y Diente de León—. ¿Cómo lo hacéis?

—La señora Yera es una experta entrenadora —dijo Kinri con una sonrisa críptica en el rostro—. Deberías haber visto su actuación del laberinto en la Plaza del Templo.

—¡Oh, venga ya! —dijo Séca.

—El mundo está lleno de maravillas —dijo Diente de León devotamente—. A lo mejor al Señor Lutho le ha parecido justo echarnos una mano esta noche.

Kinri irrumpió en la casa alquilada por la Banda de las Flores. Todos estaban allí, incluso Diente de León. Los ceños fruncidos y los esquemas descartados sobre las mesas eran señal de que seguían intentando encontrar una manera de salvar a La Espléndida Jarra sin conseguirlo.

Se dirigió a Rati:

—Creo que tengo un plan. Dime si crees que puede funcionar.

Todos le prestaron atención.

—No contamos con personal suficiente para ofrecer el servicio de cenas —dijo Kinri—, a menos que encontremos la manera de que una persona haga el trabajo de diez, o de veinte.

—Eso es obvio —dijo Diente de León.

—Así que he pensado una manera de hacerlo. Tenemos que construir más carritos como el tuyo, el que recorría el laberinto, y enseñar a los carros autónomos a ser camareros —dijo Kinri.

—¿Carros autónomos? —Rati Yera pronunció la frase lentamente, con una expresión inescrutable—. Yo no sé nada de carros autónomos.

—Vi tu actuación en la Plaza del Templo y no pude descubrir cómo los animales dirigían el carrito por el laberinto —dijo Kinri—. Pero cuando vi que salíais del laberinto de la bodega de El Cofre del Tesoro sin problemas, supe que ambos casos debían estar conectados. El truco debe estar en el carro y la silla de ruedas. Se puede enseñar al carro, no al animal.

El resto de la Banda de las Flores permanecía en silencio.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Kinri—. ¿Es un secreto? Sin embargo, me has enseñado los principios en los que se basan muchas de tus otras máquinas. ¿Por qué el de esta no?

—Rati jamás ha enseñado a nadie el arte del carrito que recorre el laberinto —dijo Widi Tucru—. No explica los detalles. Todos los magos callejeros tienen secretos que no desean compartir con nadie más, ni siquiera con compañeros tan próximos como si fueran hermanos o hermanas.

—El carrito que recorre el laberinto es mi invención más… extraordinaria. Para estudiar sus secretos, un alumno debe antes asumir formalmente las obligaciones derivadas de aceptarme como su maestra —dijo Rati Yera. Miró fijamente a Kinri, y en su rostro batallaban la esperanza y la duda.

—Yo estoy dispuesto —dijo Kinri. Había admirado la competencia de Rati Yera con las máquinas desde que la conoció. Pensaba que si el precio de salvar el negocio de su benefactora era convertirse en alumno de esta maestra ingeniera, saldría muy beneficiado del trato. Además, había otra razón por la que deseaba estudiar con Rati, pero

era una razón que no podía desvelar.

—¡Eso no es justo! —dijo Diente de León—. ¿Cómo es que estás dispuesta a aceptarle a él como alumno y no a mí?

Arona le lanzó una mirada.

—Rati jamás ha aceptado tomar un alumno. Este es un asunto serio.

—Lo siento —susurró Diente de León.

—¿De verdad lo deseas? —preguntó Rati con un ligero temblor en la voz—. Convertirte en mi alumno supone que aceptas continuar mi legado, honrarme como progenitora. ¿Estás seguro?

—Ya tuve otra maestra anteriormente —dijo Kinri— y comprendo las obligaciones que conlleva. Consideraría un gran honor poder llamarte maestra.

Se arrodilló y se preparó para realizar las reverencias rituales que les vincularían como alumno y maestra.

—Espera —dijo Rati Yera. Respiró profundamente para calmarse y miró a las demás personas de la habitación—. Por favor, dejadme con Kinri. Le explicaré ciertas cosas que debe conocer.

Hace mucho tiempo, antes de que Mapidéré fuera conocido como Mapidéré, antes de que el título de «hegemón» hubiera sido desempolvado de los tomos de historia, nació la hija de una pareja pobre de Amu que se ganaba la vida pescando en la costa oriental de Arulugi.

Aunque todavía no había tenido lugar la conquista xana, los ejércitos de los diversos reyes combatían con fiereza en los últimos días de los estados Tiro, compitiendo por el honor y la gloria. Mientras el rey de Amu y el rey de Cocru luchaban por el dominio del estrecho de Amu, los más pobres de Arulugi eran como la paja que cubre los tejados: los primeros en empaparse con las tormentas y los primeros en quebrarse con el hielo invernal. Los grandes señores los consideraban prescindibles, no merecedores de su protección.

Un prolongado bloqueo naval les arrebató su fuente de sustento. Una delegación de la aldea acudió a Müning a suplicar ayuda, y regresó con el mensaje de que el rey no tenía recursos de los que pudiera prescindir.

—¿Emigraremos a buscar fortuna en otro lugar? —preguntaban los aldeanos—. A lo mejor podemos ir a Müning.

—No —dijeron los mensajeros, y explicaron que el rey quería que todos se quedaran en el lugar donde residían, para que los refugiados no agotaran los recursos de la capital y de las demás ciudades refinadas de la Isla Hermosa.

A la hambruna sucedió una plaga, y aumentaron las razones por las que el rey quería asegurarse de que todos se quedaran en su localidad.

Los soldados, protegidos por barricadas, disparaban flechas a cualquiera que encontraran en las calzadas de salida de la aldea, y los buques de la armada patrullaban la costa, hundiendo los botes de pesca y las balsas. Una por una, las familias de la aldea fueron cayendo enfermas. La familia de la niña no fue la primera en sucumbir a la plaga, pero tampoco la última. Atrapados por la fiebre y el delirio, el padre y la madre se arrastraron hasta la cama y ya no se levantaron más. Milagrosamente, la niña, apenas un bebé, parecía inmune a la epidemia, pero desnutrida y sin nadie que cuidase de ella no iba a aguantar mucho más.

Un grupo itinerante de trabajadores se llevó lo poco de valor que quedaba en la aldea asolada por la plaga, quemó los cadáveres y cargó con la niña, que apenas caminaba.

Los trabajadores podían vagar por las aldeas en cuarentena porque eran *raye*, descendientes de prisioneros de guerra. No eran esclavos, pero tenían prohibido cultivar la tierra, criar gusanos de seda, aprender a leer o cualquier otro oficio permitido a ciudadanos ordinarios. Su única salida era mendigar para vivir o asumir tareas impuras: curtir el cuero; retirar con un carro las deposiciones nocturnas; cavar tumbas y manipular cadáveres, especialmente los cuerpos que otros no se atrevían a tocar, como los de criminales ejecutados o las víctimas de las plagas.

El grupo de *raye* que se llevó a la niña huérfana no sabía su nombre —todos los que lo conocían estaban muertos. Así que la llamaron Rati Yera. Su nombre de pila era también el nombre de una hierba silvestre que crecía sobre las tumbas, vida que obtiene su nutriente de los cuerpos en descomposición. Su «apellido», creado al invertir el orden de las sílabas de *raye*, no era sino una esperanza, esperanza de que pudiera invertir su torrente de infortunios.

Como los oficios respetables les estaban vedados, muchos *raye* reacios a vivir en la pobreza aprovechaban una oportunidad que pocos contemplaban: el robo de tumbas. Los ricos de Dara gustaban de coleccionar antigüedades para presumir de buen gusto y cultura, pero el tiempo tenía el hábito implacable de destruir los tesoros del pasado. Había una fuente obvia para satisfacer los antojos de los coleccionistas: las tumbas de los antiguos señores y señoras, repletos de bienes que debían acompañarles más allá del Río en el que Nada Flota. Pero pocos se atrevían a explotar este filón. Era tabú perturbar el descanso de los restos de los antiguos, posiblemente ancestros de quienes todavía vivían cerca de sus tumbas. Por si fuera poco, la mayor parte de las sepulturas estaban selladas por monjes y monjas con poderosas maldiciones contra la intrusión de los saqueadores de

tumbas.

Pero cuando ya se vive en el pozo que es un mundo devastado por la guerra, las maldiciones no asustan tanto.

Así que los más osados de los *raye* imitaban a la hierba rati y robaban a los muertos para satisfacer la codicia de los vivos. Arriesgando su vida y sus extremidades, excavaban las tumbas antiguas y desafiaban plagas, venenos, mecanismos letales que tenían el propósito de asegurar la paz de ultratumba, y vendían por una miseria las antigüedades que conseguían a traficantes, que se daban media vuelta y las revendían a coleccionistas por un sobreprecio cien o mil veces mayor. Los coleccionistas podían fingir que lo que caía en sus manos era parte de la herencia de descendientes vivos o de grandes familias que atravesaban un mal momento, y estas mentiras permitían a todos dormir en paz.

El saqueo de tumbas era un oficio peligroso que requería grandes habilidades en geografía práctica e ingeniería mecánica. Los pasajes subterráneos de las tumbas de los grandes señores y las grandes señoras estaban repletos de trampas y peligros, y construidos como laberintos para confundir a los intrusos. El mausoleo del emperador Mapidéré, un proyecto que consumió la vida de innumerables trabajadores de corvea, no era sino su versión extrema.

A medida que Rati Yera crecía, fue aprendiendo el arte de saquear tumbas del grupo que la había adoptado, y como era lista y hábil con las manos, pronto empezó a construir herramientas novedosas y nuevos artefactos que le permitieron convertirse en la ladrona más hábil de todos ellos.

La conquista xana y la subsiguiente rebelión en tiempos del emperador Erishi transformaron el paisaje de Dara. Gran parte de los archivos de los registros civiles quedaron destruidos, lo que permitió a muchas personas adquirir nuevas identidades. Los antiguos linajes nobiliarios se desvanecieron en la oscuridad y criminales convictos se convirtieron en duques y marqueses de la noche a la mañana. La propia Rati Yera fue primero una rebelde y luego una ladrona, y se unió a la banda de Gozogi Çadé, la maestra de la falsificación. Rati y Gozogi estaban tan unidas como hermanas, un legendario par de ladronas maestras cuyas hazañas dejaban a magistrados y agentes de policía asombrados, que se convirtieron en el patrón por el que se medían todos los golpes. Parecía que no había caja fuerte que su banda no pudiera abrir, ni guardias armados que no pudieran evadir, ni fortaleza de la que no pudieran entrar y salir tan fácilmente como sustraían un monedero dejado sobre una mesa. Algunos decían que podían volar con tanta facilidad como un halcón mingén y cavar la

tierra a tanta velocidad como un topo de orejas de estrella. Otros decían que contaban con la ayuda de las propias máquinas fantásticas del Señor Lutho.

Tras la muerte de Gozogi, Rati abandonó también la vida de latrocinio. En su vejez, ya no le motivaban el oro y las baratijas; o más bien se dio cuenta de que anhelaba la comprensión, la técnica y el arte que permitían crear máquinas ingeniosas. Por casualidad, conoció a Widi Tucru, Mota Kiphi y Arona Taré, que compartían su sed de conocimiento, si bien cada uno buscaba una rama diferente de ese conocimiento. Deambulaban juntos por las islas y se convirtieron en una nueva familia adoptiva para ella.

Ni durante su época con Gozogi ni posteriormente con la Banda de las Flores, Rati reveló a nadie sus orígenes como *raye*. Aunque el emperador Ragin abolió todas las restricciones legales a las que estaban sometidas las castas desde tiempos de los estados Tiro, persistía el estigma que les rodeaba. Al igual que el corte de un estilete sobre la tierna piel de un árbol joven se convierte en una cicatriz larga y profunda en la corteza del imponente árbol, la vergüenza y la humillación adquiridas en la infancia no desaparecen con una simple proclamación imperial.

Temía cómo pudieran mirarla aquellos a quienes amaba si supieran de qué manera había adquirido sus técnicas y, aunque era abierta y franca sobre las máquinas y técnicas que inventaba, enseñándoselas con generosidad a cualquiera que quisiera aprenderlas, guardó para todos el secreto del carro que recorría laberintos, con la seguridad de que su origen era tan vergonzante que no sería aceptado.

Cuando pensó que la belleza de esos carritos, tal vez el invento del que estaba más orgullosa, podría morir con ella, sintió punzadas de angustia. Al no haber tenido hijos propios, de vez en cuando le asaltaba la idea de aceptar un alumno para que continuara su legado. Pero un alumno formal era también como un hijo, y heredaría su vergüenza. No podía soportar la idea de cargar a alguien con la mancha del *raye*, inseparable del conocimiento del carro que recorría laberintos… no, del carro autónomo.

—Yo fui una ladrona de tumbas —Rati Yera hizo una pausa, sin atreverse a mirar a Kinri, sin querer ver cómo la mirada de admiración y de respeto se convertía en repulsión o desaprobación.

Esperaba que se moviera incómodamente, que diera alguna excusa, que saliera corriendo hacia la puerta.

Nada.

Miró hacia arriba. La admiración y el respeto permanecían en el rostro del joven, ahora mezclados con una intensa curiosidad.

Sorprendida y esperanzada, Rati continuó.

—El principio más importante del oficio de saqueador de tumbas es la discreción. En muchos aspectos, el robo de una tumba se parece mucho a la realización de un atraco. Se usan equipos reducidos y se intenta dejar el lugar tan inalterado —superficialmente— como sea posible. Se tiene que evitar a toda costa llamar la atención de los rivales o de las autoridades.

»Por tanto, la mejor manera de robar una tumba es cavar un túnel para llegar a ella, como para entrar en la bóveda de un banco. Una vez excavado el primer agujero, se necesita enviar un explorador. Pero las tumbas son laberintos subterráneos llenos de peligros, y es fácil perderse en los pasajes que se retuercen y ramifican y no poder encontrar el camino de regreso a la superficie. Todos los saqueadores se han encontrado alguna vez con los cuerpos de quienes habían excavado un túnel en esa misma tumba antes que ellos y nunca salieron.

»Algunos saqueadores utilizan una cuerda o un hilo como línea de seguridad para encontrar la salida, pero un ovillo de cuerda desenrollado y vuelto a enrollar de esta manera no guarda memoria de las rutas que ya se han recorrido. La clave no está solo en entrar y salir, sino en trazar un mapa de todas las cámaras y corredores subterráneos. Las tumbas más ricas son demasiado grandes para que la memoria humana sea capaz de realizar esa tarea. Dibujar un mapa durante la exploración es poco práctico, pues el explorador a menudo tiene que trabajar con el tacto y está solo, en completa oscuridad.

—¿Y el explorador no puede hacer un mapa tomando notas de alguna manera… tangible? —preguntó Kinri.

Rati asintió, complacida.

—Muy bien. A algunas almas inteligentes se les ocurrió la idea de usar la escritura de nudos. Se emplea un trozo de cuerda para marcar los caminos que se toman y los que se dejan. Se hace un nudo por cada bifurcación o cruce del túnel. Un tipo de nudo indica giro a la izquierda; otro, un giro a la derecha, y otro distinto que la persona ha dado la vuelta y está volviendo sobre sus pasos. Los nudos pueden hacerse y leerse en la oscuridad, simplemente al tacto, y con solo deslizar las manos por la cuerda es posible obtener un historial completo de los caminos explorados.

—Es como un mapa —dijo Kinri—. Un mapa que solo registra y representa los cambios de dirección, no la distancia ni la posición.

Rati volvió a asentir.

—Lo has captado rápidamente. El mapa de nudos es algo que me enseñaron mis maestros en el robo de tumbas. Yo lo perfeccioné y

luego inventé por mi cuenta el carro autónomo, pero, en último término, estas invenciones son fruto de una transgresión. Ahora, sabiendo que mi arte deriva de uno de los oficios más despreciados del mundo, ¿todavía deseas convertirte en mi alumno?

—Por supuesto —dijo Kinri—. No me importa si tu conocimiento procede del robo de tumbas. El espíritu de los difuntos ya no está atrapado en esas tumbas, y no veo por qué deberías ser más injuriada que los coleccionistas que se aprovechaban de tu trabajo.

Se sintió invadido por una creciente emoción. La escritura de nudos de los ladrones de tumbas le recordaba los nudos de la memoria de los chamanes lyucu. *Esto debe ser una señal de que voy por la senda correcta.* No obstante, en su corazón se deslizó un vestigio de desazón. *Si supieras que estás desvelando tus secretos a un bárbaro lyucu, quedarías horrorizada.*

Rati se echó a reír, sacudió la cabeza y volvió a reír.

—Tu forma de pensar… es tan diferente. A lo mejor los dioses han unido nuestros destinos. Está bien, seré tu maestra, y tú, mi alumno.

Kinri se postró y tocó el suelo con la frente tres veces.

—Maestra Yera —dijo.

Rati asintió, tan contenta que no podía dejar de sonreír.

—Empecemos entendiendo mejor la creación de mapas. Cuando era joven, mi pequeño tamaño y mi agilidad me convirtieron en la exploradora ideal de tumbas, y llegué a ser la mejor creadora de mapas de mi banda. Pero en una ocasión, una trampa de piedra me aplastó las piernas, que quedaron inútiles. Muchos pensaron que mis días como ladrona de tumbas se habían acabado, pero inventé una manera de explorar en silla de ruedas. Ven, te lo mostraré. Apartemos mi silla.

Kinri ayudó a Rati a bajar de la silla y sentarse en una estera. Luego, bajo su dirección, abrió el panel trasero de la caja que había bajo la silla. En su interior descubrió una cuerda firmemente enrollada sobre un carrete, cuyo extremo libre desaparecía en un complicado juego de engranajes y palancas.

—La cuerda corre entre dos carretes, bajo tensión —explicó Rati—. El carrete que ves se mueve mediante las ruedas traseras de la silla, y enrolla la cuerda que sale del otro carrete, oculto tras esos engranajes.

Kinri asintió. Por el momento, era sencillo seguir la explicación.

—¿Ves ese par de engranajes de forma irregular con dientes afilados, uno a cada lado de la cuerda? —preguntó Rati—. Se mueven de forma independiente accionados por las dos ruedas traseras. Cuando la silla avanza, la cuerda se desplaza lentamente entre ellos de un carrete al otro. Pero a cada cuarto de vuelta de una de las ruedas,

el engranaje de dientes afilados correspondiente hace una muesca en la cuerda. Esta silla es una versión más confortable del artilugio que usaba en las tumbas, que era una simple caja con ruedas sobre la que iba sentada, con las piernas sujetas a la caja mediante correas. Me impulsaba a través de los estrechos corredores de las tumbas con las manos, y luego salía con un mapa de cuerdas de los movimientos.

Kinri estaba impresionado por el intrincado mecanismo, pero no sabía cómo este podía crear un mapa.

—La mejor manera de entenderlo es verlo en acción —dijo Rati—. ¿Por qué no creas un laberinto en el suelo? Puedes utilizar cojines y almohadas para hacer las paredes.

Kinri obedeció y rápidamente formó un laberinto sencillo en el suelo.

—Ahora recórrelo con mi silla. Cuando termines, levanta la pequeña palanca de mango verde que hay en el costado para desenganchar el mecanismo de mapeo y tráemelo.

Kinri hizo lo que le decía. Rati alargó la mano hasta la parte de atrás de la caja situada bajo la silla de ruedas, manipuló unos cuantos mecanismos y recuperó un tramo de cuerda.

—A medida que movías la silla por el laberinto, el mecanismo que has visto registraba los giros de las ruedas traseras mediante muescas. Cuando las ruedas giraban en sincronía, es decir, cuando la silla avanzaba en línea recta, las muescas de ambos lados quedaban regularmente espaciadas. Pero cuando hacías un giro, una rueda giraba más deprisa que la otra y eso también quedaba registrado en la cuerda, en muescas desparejas. Así que con solo pasar las manos por esta cuerda puedes leer un mapa del recorrido efectuado por la silla, incluyendo las distancias y los giros. Inténtalo.

Kinri cerró los ojos y siguió las instrucciones de Rati. Con cuidado, palpó las pequeñas muescas a lo largo de la cuerda. En ciertos lugares, las muescas de uno de los lados estaban menos espaciadas que en el otro, indicando que una rueda se había desplazado más que la otra. Podía imaginarse los giros de la silla en su cabeza, e imaginar a su maestra orientándose del mismo modo por los oscuros corredores de una tumba.

—¡Así es como te orientaste por el laberinto de corredores de la cueva de El Cofre del Tesoro! —espetó.

Rati asintió, radiante de alegría.

—Pero… ¿cómo se relaciona el mapeo con los carros autónomos?

—Paciencia. Solo te he mostrado la mitad del enigma. Ahora vamos a por la otra parte.

Rati Yera y Kinri sacaron un carrito de un gran baúl que había en

una esquina. Parecía una versión más primitiva del carro usado en sus actuaciones con animales, con una base triangular y un gran mástil de bambú. Rati lo sujetó en su regazo y lo abrió apalancando el panel que lo cubría para descubrir el mecanismo del interior.

Cada una de las ruedas traseras, que proporcionaban la fuerza motriz al carro, estaba montada sobre un eje separado que giraba independientemente del otro. Un cable fino daba varias vueltas alrededor de cada eje, y luego ambos cables se conectaban a la base del mástil. Allí, una polea mantenía los cables tensionados mientras recorrían una ranura en el lateral del mástil hasta desaparecer en lo alto del tubo.

—Los cables están sujetos a una pesa que descansa en la arena —en ocasiones utilizo arroz— que rellena el interior del mástil. La arena va cayendo a un ritmo constante por un agujero del fondo del mástil, como la de un reloj de arena —explicó Rati—. Toma, prueba tú para que lo veas.

Hizo que Kinri colocara el carrito en el suelo y le enseñó cómo quitar el tapón de la base del mástil. Kinri miró en el interior. A medida que la arena iba saliendo en silencio por el fondo, la pesa caía, tirando de los dos cables sujetos a los ejes; los cables se desenrollaban y hacían girar los ejes; el carrito comenzó a moverse lentamente hacia delante.

—Ya veo; cuando todo este mecanismo está oculto, da la impresión de que el carro se mueve por sí solo —dijo Kinri lentamente. Desde luego, el truco era ingenioso, pero también parecía bastante simple—. Pero ¿cómo consigues que el carro gire o vaya hacia atrás?

—Esa es la razón por la que tenemos dos ejes diferentes —dijo Rati, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Estaba encantada de, finalmente, poder explicar a alguien el mecanismo.

Pidió a Kinri que rellenara el mástil con arena mientras empezaba a enrollar de nuevo los cables alrededor de los ejes. En esta ocasión, sin embargo, después de enrollar el cable varias vueltas en el eje izquierdo (en sentido contrario al del avance del sol en un reloj solar), señaló a Kinri la serie de pequeños agujeros perforados a lo largo del eje. Introdujo una pequeña clavija en uno de estos agujeros, la rodeó con el cable, y luego enrolló el cable alrededor del eje en sentido opuesto (es decir, en sentido del avance del sol) dos vueltas más. Colocó otra clavija en el siguiente agujero, la rodeó con el cable y luego enrolló el resto del cable alrededor del eje, de nuevo en sentido contrario al del avance del sol en un reloj solar. En el eje derecho, sin embargo, enrolló todo el cable en la misma dirección hasta el final.

Entonces, cuando Kinri liberó el carrito, este avanzó una corta

distancia y se detuvo. El cable del eje izquierdo se había desenrollado hasta la última clavija que Rati introdujo en el eje y ahora el cable, enrollado alrededor del eje en sentido contrario, comenzó a obligar a la rueda a girar en sentido contrario. Mientras la rueda izquierda giraba hacia atrás, la derecha seguía girando hacia delante, con lo que el carro giró sobre sí mismo hacia la izquierda. En ese momento el cable se había desenrollado hasta la primera clavija que Rati introdujo en el eje, y la rueda izquierda empezó a girar de nuevo hacia delante. El carrito avanzó en la nueva dirección una corta distancia y se detuvo.

—¡Se mueve como una criatura viva! —exclamó Kinri—. ¡Se le puede enseñar!

—Ahora llega el paso más importante. Si ya posees un mapa de la tumba o del laberinto —dijo indicando el mapa de cuerda hecho anteriormente por la silla—, ¿se te ocurre un modo de enseñar al carro a repetir el mismo recorrido que acabas de hacer?

Kinri acarició el mapa de nudos y echó un vistazo al carro autónomo desmontado en el suelo. Forzó la mente para resolver el problema.

—El mapa de nudos y los cables que rodean los ejes representan la misma información… —dijo tímidamente.

—Continúa —dijo Rati, inclinándose hacia delante con avidez.

—Son como dos frases que describen el mismo camino en dos tiempos: pasado y futuro. Una trata del camino tomado y la otra del camino que hay que tomar; una utiliza las muescas grabadas en dos lados de la cuerda, y la otra utiliza los giros alrededor de los dos ejes… Tienes que trasladar la información de una a otra —a medida que hablaba se le aclaraba la visión de la mente y su voz se hacía más confiada—. Todo lo que hay que hacer es codificar el mapa de nudos en las distintas formas de enrollar los cables alrededor de los ejes. Las clavijas te permiten cambiar la dirección en la que se enrollan los cables alrededor del eje, y así alterar la dirección en la que giran las ruedas. ¡El número de vueltas con que se enrollan los cables en los ejes controla la distancia que recorren las ruedas!

Rati le aplaudió.

—¡Lo tienes! Además puedo añadir vueltas sueltas en el cable, sin enrollarlas en los ejes, para permitir que las ruedas se queden paradas un cierto tiempo. Y si modifico la velocidad a la que cae la arena por el fondo del mástil, puedo alterar la velocidad a la que se mueve el carro.

—A partir de estos rudimentos, se puede desarrollar un conjunto de operaciones básicas, tales como dar una vuelta completa de las ruedas

hacia delante, retroceder, girar un cuarto hacia la izquierda, girar un cuarto hacia la derecha, serpentear y así sucesivamente. Esto facilita trasladar la ruta del mapa de nudos a una secuencia de operaciones básicas que se le pueden enseñar al carro.

Mientras hablaba, Rati iba enrollando los cables alrededor de los ejes y colocando clavijas. Se detuvo para enseñar a Kinri que tenía que trasladar las direcciones de la cuerda con nudos de su silla de ruedas a las vueltas en los ejes en orden inverso, porque la última instrucción codificada por los cables sería en realidad la primera acción que realizaría el carro.

Kinri colocó el carro en el suelo al inicio del laberinto de cojines y retiró el tapón de la base del mástil. Observó extasiado cómo la máquina se orientaba por el laberinto como si tuviera voluntad propia.

—En mis tiempos de saqueadora, una vez trazado el mapa de una tumba con cuerda, seleccionaba las rutas más directas a las cámaras del tesoro y luego codificaba las instrucciones en múltiples carros. Los carros se dirigían a las cámaras del tesoro y regresaban sin problemas. Algunos de mis compañeros se colocaban en las cámaras del tesoro para agarrar los carros a su llegada, les ponían los frenos, los cargaban y los enviaban de vuelta. A la entrada, el resto de la banda los descargaba mientras yo recolocaba las instrucciones y los enviaba de regreso. Calculaba el tiempo que necesitaba cada uno para que no chocaran entre sí en los estrechos corredores. Les llamaba bueyes mecánicos, porque sacaban los artículos de las tumbas como si fueran bueyes obedientes y laboriosos, con mentes que podían adiestrarse. Con su ayuda, mi banda era capaz de vaciar una tumba más rápido que nadie.

Por fin Kinri pudo entender cómo se las había arreglado Rati para realizar su actuación mágica en la Plaza del Templo.

Rati se explayó con más detalles.

—Los carritos que utilizo para la representación están más perfeccionados —por ejemplo, para mover las ruedas utilizo un resorte de cuerda conectado a un mecanismo de escape en lugar de la pesa y la arena—, pero el principio es el mismo. Con las manos bajo el tapete, me oriento por el laberinto con los ojos y codifico las instrucciones en los ejes.

—Tienes que enrollar los cables y colocar las clavijas con toda rapidez.

—Eso se consigue fácilmente con la práctica. Y al colocar un simpático ratoncito o un pájaro en el carro, los espectadores se distraen y no perciben mis maniobras. Gran parte de la magia de los

escenarios se basa en redirigir la atención del público.

El conocimiento del secreto no reducía la admiración de Kinri por el truco. La manera en que el carrito giraba y traqueteaba por el laberinto era una de las cosas más asombrosas que había visto en su vida, similar a contemplar a un garinafin joven alzar el vuelo por primera vez. Algunas maravillas eran aún más increíbles cuando las magnificaba el conocimiento.

—Creo que esto resuelve nuestro problema con los camareros —dijo Kinri—. Solo necesitamos algunas versiones más grandes del carrito del laberinto —en su mente, se imaginó un ejército de bueyes mecánicos, instruidos por Lodan acerca de sus deberes como miembros del personal de servicio…

Rati interrumpió sus ensoñaciones.

—Soy rápida, pero no tan rápida. Cada carro olvida lo que se le ha enseñado en cuanto los cables se desenrollan, y hace falta codificar las instrucciones de nuevo después de cada recorrido. No puedo enrollar los cables con la rapidez suficiente para enseñar a distintos carros a ir a todas las mesas la noche del servicio.

—¿Y si construimos un carro diferente para cada mesa y les damos las instrucciones por adelantado?

Rati lo pensó y meneó la cabeza.

—En primer lugar, aunque la Banda de las Flores trabajara sin descanso, no tenemos tiempo para construir un carro para cada mesa. Y, aunque pudiéramos, no hay suficiente espacio en La Jarra. Chocarían unos con otros. Necesitamos una cantidad pequeña de carros, pero también una forma de enseñarles a ir a las diferentes mesas rápidamente. No sé cómo podríamos hacerlo.

Kinri se quedó mirando el carro que había recorrido el laberinto. *Tiene que haber una forma de resolver el problema. Tiene que haberla.*

El problema de construir unos cuantos carros más grandes resultó ser el más sencillo de resolver.

Un año antes, un grupo de carpinteros había sido acusado de homicidio por negligencia cuando el puente construido por ellos se vino abajo, matando a un carretero. Widi Tucru, el de la lengua afilada, los defendió y consiguió pruebas de que el puente se había derrumbado no por culpa de una construcción defectuosa, sino por el sabotaje de un constructor rival que había perdido la licitación de dicho puente. Los carpinteros habían agotado la mayor parte de sus fondos mientras el caso estuvo pendiente y no pudieron pagar a Widi sus honorarios. Pero le entregaron parches para la túnica, prometiéndole acudir en su ayuda en el futuro.

Cuando Widi explicó lo que necesitaba, los carpinteros acudieron

con amigos, aprendices e incluso maestros. Inspirada en los trucos usados por Mozo Mu para mantener el secreto, Rati realizó dibujos de los componentes del carro y se los entregó a diferentes equipos de carpinteros sin revelarles cómo irían unidos dichos componentes.

—¿Creéis que podréis tener todo a tiempo? —preguntó Widi con ansiedad.

El cabecilla de los carpinteros, un hombre llamado Lutuma, asintió con confianza.

—Vamos algo escasos de personal desde que desapareció maese Dina. Pero lo conseguiremos.

—¿Qué le ocurrió a maese Dina? —preguntó Widi. Dina había sido el maestro de Lutuma, y probablemente uno de los carpinteros más innovadores de la ciudad. Se decía que fue uno de los principales diseñadores de la transformación de las aeronaves que realizó Gin Mazoti hacía una década.

—Hace tres días acudió a realizar un trabajo en los muelles y nunca más volvió a casa. El magistrado Zuda ha colgado su retrato en todas las puertas de la ciudad y ha enviado agentes en su busca —una mirada de preocupación nubló el rostro de Lutuma—. Me preocupa que sea demasiado tarde. Es el tercer maestro artesano que desaparece este mes.

—¡El tercero!

Lutuma asintió.

—A principios de mes, maese Go, el herrero, salió de casa por la tarde para ir a una taberna cercana a los muelles a encontrarse con unos amigos. No se le volvió a ver. Luego, una semana más tarde, maese Raa, el arquitecto, acudió a visitar a un cliente nuevo cerca del templo de Fithowéo y nunca regresó. Todos estamos un poco asustados. Mi mujer ni siquiera me deja reunirme con nuevos clientes sin llevar al menos cuatro ayudantes conmigo.

Widi pareció pensativo. Dejó a Arona a cargo de los carpinteros y se marchó con Mota.

—¿Dónde vais? —preguntó Arona.

—A dar un paseo por la ciudad —respondió Widi—. Pasaremos por los muelles y tal vez… por el templo de Fithowéo.

—No sabía que fueras devoto de Fithowéo —dijo Arona. El templo de Fithowéo en Ginpen era más frecuentado por los estudiosos que preparaban los exámenes imperiales que por soldados, pero como Widi no estaba interesado en los exámenes, nunca lo visitaba.

—No vendrá mal pedir la ayuda del dios en esta contienda —respondió Widi con vaguedad.

Mientras Lutuma y su equipo trabajaban en los carros, Rati fue a la

Plaza del Templo para hablar con otros artistas que hacían actuaciones con animales y con los espectadores que habían disfrutado con su representación. Muchos aceptaron prestarle sus ayudantes animales o sus mascotas para la noche de la competición, para que los carritos pudieran tener falsos «conductores».

Mientras tanto, Kinri se esforzaba por resolver el problema de cómo dar instrucciones a tantos carros en tan poco tiempo.

Después de darle vueltas durante media tarde, pensando en cables y clavijas, finalmente se quedó dormido. Soñó que volvía a ser un niño pequeño y estaba en su hogar de Ukyu, con su madre, viendo una danza de narración de historias sobre Kikisavo y Afir. Mientras el chamán danzante giraba y golpeaba con su báculo los tambores de cactus, el chamán narrador sujetaba una larga tira de cuero en la mano, en la que había nudos y huesos de diversos tamaños. Cada uno de ellos era un recordatorio de una escena importante y, cuando el narrador terminaba de improvisar y cantar cada escena, pasaba a la siguiente…

El sueño se trasladó a una playa en Ukyu-taasa. En la arena había un conjunto de gaitas de Péa, con la vejiga de garinafin ya hinchada. Goztan estaba junto a las gaitas y le pidió que se acercara.

Corrió hacia ella, con el corazón al galope y un nudo en la garganta. Tenía muchas preguntas que hacerle, pero el único sonido que pudo emitir fue un tembloroso «¡Madre!».

Goztan le dedicó una sonrisa.

—Tienes buen aspecto, hijo mío.

Él vaciló, pero luego se armó de coraje:

—¿La situación en casa es tan terrible como cuentan los refugiados?

La sonrisa desapareció del rostro de Goztan.

—Creo que ya conoces la respuesta.

Kinri sintió una punzada en el corazón. No era consciente de cuánto deseaba que su madre lo negara hasta que se abstuvo de hacerlo.

—Yo… yo no sé qué hacer —dijo—. No sé cómo ayudar a todos en Ukyu-taasa desde aquí.

—Pero tienes algunas ideas —dijo ella—. Dime qué crees que la pékyu y yo queremos que hagas.

—Tú… quieres que estudie las artes de Dara. La pékyu cree que puedo aprender sobre máquinas de guerra y ayudar a Ukyu-taasa a resistir una invasión de Dara.

—¿Es eso lo que tú quieres hacer?

—¡No! —su vehemencia le sorprendió a él mismo—. Pero lo haré si es lo que queréis que haga.

—No puedo decírtelo —dijo Goztan— porque no estoy realmente aquí. Estás hablándome en tu corazón. No puedo decirte nada que ya no sepas.

La decepción le golpeó como si fuera una maza de guerra. Se tambaleó pero permaneció erguido.

—Dime lo que *tú* quieres hacer —dijo Goztan, cuando él se hubo recuperado.

—Yo… yo quiero estar con Diente de León.

Su madre se echó a reír.

—Aparte de eso. Sé que te importan ella y tus amigos. Pero ¿qué más quieres?

Decidió contarle los pensamientos que no se había atrevido a decir en voz alta hasta entonces.

—Aquí, en Dara, también hay máquinas de paz, muchas más. Quiero estudiarlas y ayudar a Ukyu-taasa. Creo que las artes de la paz nos pueden permitir vivir en armonía con los nativos.

—¿Cómo pueden lograrlo?

—No lo sé —sacudió la cabeza con frustración—. Pero no es necesario que hagamos lo que Cutanrovo defiende. Tus ideas son mejores. Son lo que el pékyu-votan quería.

No verbalizó sus dudas sobre ese último punto.

—¿Esa es la razón por la que estás estudiando con la maestra Rati Yera?

—Sí.

Goztan asintió.

—Todos tenemos que hacer lo que nos dicta nuestra naturaleza. Pero puede llevar toda una vida descubrir cuál es esa naturaleza.

Estaba a punto de pedirle que se explicara cuando ella levantó una mano.

—No tenemos mucho tiempo. Ven, deja que te enseñe a tocar las gaitas de Péa.

—¿Por qué?

—Dara es un mundo repleto de hermosas vistas —dijo su madre—. Pero debes recordar que los lyucu valoran la voz por encima de todo. La vida procede del aliento, del habla y la escucha. Para tocar bien las gaitas de Péa antes tienes que escuchar tu corazón y cantar la canción que lleva adentro. Las gaitas amplifican tu respiración interior del mismo modo que este sueño amplifica tus dudas interiores.

Goztan le enseñó el modo de manipular la gaita piloto mientras la soplaba, casi como si cantara dentro de ella con su garganta. En la vida real, Kinri había visto tocar las gaitas de Péa en los grandes festivales, aunque nunca había intentado tocarlas él mismo. Pero en la

playa de su sueño aprendió la técnica con poco esfuerzo, casi como si llevara haciéndolo toda la vida o como si la gaita piloto fuera parte de sí mismo. Quizá su primera lección de cítara con Diente de León le hubiera ayudado. La música era música.

Respiró hondo y soltó el aire, cantando sus dudas generales sobre la verdad; su añoranza específica por el hogar y las fogatas; su emoción cada vez que veía a Diente de León u oía su voz; su preocupación por Lodan, Mati, la viuda Wasu y La Espléndida Jarra; su entusiasmo cuando aprendía cada componente de las máquinas de Rati.

Mientras tocaba la gaita piloto, su madre permanecía a su lado y apretaba la vejiga hinchada, y del conjunto salía una música poderosa y magnífica. Era una canción que hacía traquetear los huesos y penetraba por todos los sentidos, y él percibía todo su cuerpo vibrando acompasado, como si fuera en alas de un garinafin.

La mirada de placer en el rostro de su madre al verle tocar tiñó su desbordante alegría de melancolía y añoranza.

Al mirar hacia abajo observó que la piel que rodeaba la gaita piloto vibraba y cambiaba a medida que soplaba y aspiraba por el tubo. Al estar fabricada con un asta, la gaita piloto estaba llena de gruesas protuberancias, intercaladas por segmentos más delgados. La piel de la vejiga se estiraba y se relajaba alternativamente alrededor del tubo, y esa imagen le recordó la cuerda anudada pasando por las manos del narrador de historias, así como la cuerda que se desplazaba por los engranajes dentados en la silla de ruedas de hacer mapas de Rati…

LA NOCHE DE LA COMPETICIÓN SOBRE EL SERVICIO

Kinri llegó apurado a la cocina para comprobar cómo iban las cosas.

Los carritos se alineaban junto a una encimera llena de platos con entrantes como una cola de bueyes esperando junto al pozo para cargar agua. Cuando cada carro llegaba a la encimera, se detenía. Mati saludaba al gato, perro, mono, pájaro o ratón que conducía el carro, les daba algún premio y examinaba la pila de tabletas de cera del carro. Cada tableta mostraba iconos estilizados de ambos entrantes —cortesía de Diente de León— con la indicación de cuál prefería el cliente marcada en la cera bajo la imagen adecuada. Mati completaba la comanda cargando los entrantes en el carro y luego se lo pasaba a Rati, que esperaba en el siguiente punto.

Aquí, Rati repasaba las tabletas de cera para saber de qué mesa procedían y luego iba a la pared que tenía detrás, donde había largas cuerdas gruesas colgando de clavos etiquetados con los diferentes números de las mesas.

Buscaba la cuerda correspondiente a la mesa a la que debía enviar la comanda y luego enhebraba un extremo de la cuerda por un agujero en el lateral del carro, giraba una manivela hasta que el extremo de la cuerda saliera por el otro lado del carro y tiraba de ella.

La cuerda estaba llena de bultos, con unos cuantos nudos de distinto tamaño y muchas muescas espaciadas irregularmente a todo lo largo. Cada cuerda representaba un mapa del camino que debía seguir el carro para ir de la cocina a determinada mesa y volver. Los distintos nudos representaban giros en distintas direcciones, mientras que las muescas contaban las vueltas de las ruedas.

Al tirar de la cuerda a través del carro, se enganchaban un par de engranajes que hacían presión contra la cuerda mediante unos resortes. La cuerda con muescas actuaba como una especie de cremallera que hacía girar los engranajes, que a su vez enrollaban los cables alrededor de los ejes independientes. Al pasar por los engranajes, los grandes nudos apartaban uno u otro engranaje de su posición de reposo, lo que hacía que los brazos de palanca depositaran las clavijas en los ejes y cambiaran la dirección en la que los cables se enrollaban alrededor de esos ejes.

En otras palabras, el sistema de engranajes «leía» el mapa de la cuerda al tirar de ella, y luego codificaba las instrucciones en patrones para enrollar el cable en los ejes.

—Parece que la cosa marcha —dijo Kinri aliviado. Corrió a ayudar a su maestra rellenando el cubo de arena del carro que reavivaba el motor impulsado por la gravedad.

—Llevo años trabajando con estos carros y nunca se me había ocurrido hacer que aprendieran por su cuenta mediante la lectura —dijo Rati riendo—. Has desarrollado mi invento más allá de la idea original.

Días antes, cuando Kinri propuso la idea a Rati por primera vez, la anciana se mostró escéptica. Kinri no podía explicar todo lo que le había conducido a esta epifanía, pues habría revelado gran parte de su identidad real a la Banda de las Flores. Pero su sueño le había proporcionado las últimas piezas del puzle: los nudos de la memoria de los chamanes lyucu le recordaron la cuerda con muescas que registraba una ruta; las gaitas de Péa le inspiraron para imaginar un principio mecánico que pudiera utilizarse realizando una serie de muescas y protuberancias…

Pero logró convencer a la anciana con una serie de modelos. Y una vez comprobada la idea, se apresuraron a enseñar a los carpinteros de Widi a construir copias del mecanismo necesario y a crear los mapas de cuerda hacia las diferentes mesas.

Cuando Rati terminaba de colocar las instrucciones de cada carro, lo enviaba de vuelta al restaurante con los platos de la mesa correspondiente. Una vez allí, el carro se detenía al chocar contra la mesa, pues el parachoques cerraba temporalmente la apertura por la que salía la arena. Cuando los clientes descargaban los platos y verificaban el pedido (y, si así lo querían, premiaban al animal conductor con algún bocado), apilaban las tabletas de cera en el receptáculo de la parte de atrás del carro para indicar que todo estaba en orden. Aunque no lo supieran, el peso de la pila de tabletas activaba un interruptor que volvía a poner en marcha el flujo de arena, y el carro regresaba con un traqueteo a la cocina, listo para recibir las instrucciones que le dirigirían a una mesa diferente.

De vez en cuando, los carros quedaban atascados por alguna ranura del suelo o chocaban unos con otros. Pero Kinri, Lodan y Diente de León estaban vigilantes y resolvían estos percances menores de tráfico con relativa facilidad.

Séca daba vueltas por La Espléndida Jarra, preguntando la opinión de los comensales. Algunos expresaron sus reservas por tener que marcar sus pedidos para los camareros animales y sacar ellos mismos los platos del carro —y unos pocos parecían descontentos porque les parecía que el mono descarado se burlaba de ellos con imitaciones—, pero la mayor parte se mostraban eufóricos por el excelente servicio. Pensaban que los simpáticos animales contribuían a crear una atmósfera divertida y olvidaron los rumores sobre la maldición que supuestamente había caído sobre La Espléndida Jarra.

Séca regresó a la torre. Ahora que tenía un montón de material con el que trabajar, su voz sonaba mucho más segura al explicar poéticamente el servicio poco ortodoxo de La Espléndida Jarra.

Mientras los espectadores escuchaban a Séca y admiraban las velas sedamóticas y los bueyes mecánicos, muchos mandaron aviso a sus amigos. La multitud del exterior del restaurante siguió creciendo y Séca y Pimié pronto tuvieron un público que rivalizaba con el que había frente a El Cofre del Tesoro.

Con el pánico reflejado en el rostro, los dos *toko dawiji* dijeron a Tiphan Huto que el servicio del plato principal de El Cofre del Tesoro estaba al borde del colapso.

Esta vez no era culpa del personal de servicio. Los camareros —ya fueran vendedoras de *mahjong*, bailarinas, músicos, estibadores, contables o encargados de almacén en su vida real— iban mejorando en sus nuevos empleos a medida que avanzaba la noche (pese a las interferencias de Tiphan Huto). Aprendieron a tomar notas y trabajar

juntos para llevar las pesadas bandejas, y el caos anterior había desaparecido.

El problema estaba en la cocina.

Como se suponía que en esta ocasión la contienda no estaba centrada en la comida, los comensales de ambos restaurantes solo podían acceder a un menú de cuatro opciones, todas ellas platos exquisitos que un chef moderadamente experto podía preparar. No obstante, esas opciones eran demasiado vulgares para los gustos de Mozo, que se sentía toda una perfeccionista. Las semanas anteriores a la competición, acudió a Tiphan en múltiples ocasiones con sugerencias para mejorar dichos platos, pidiéndole a voces que acudiera a los jueces para cambiar el menú.

—¡Soy una *artista!* —dijo Mozo, pateando el suelo como la niña que era—. *No puedo* trabajar así. ¡Debéis explicar a los jueces que no debemos servir vulgares setas oreja de piedra cuando tenemos homúnculos! ¿Y por qué tenemos que ofrecer a nuestros estimados jueces compota de bayas silvestres cuando podemos deleitarles con el Festín de la Señora Rapa?

Tiphan intentó razonar con ella.

—Ambos restaurantes deben cocinar el mismo menú, querida Mozo. ¿Dónde iba a encontrar la viuda Wasu hongos homúnculos? ¿Y dónde ibas a conseguir tú el equipo para hacer ese brebaje de crema helada que preparan ellos?

—¡Me da igual! —Mozo estaba ahora en plena rabieta. Agarró un plato y lo estrelló contra el suelo, haciendo saltar a Tiphan—. ¡Démosles hongos homúnculos ya que los tenemos! Además tenemos demasiados. ¡Y deberíais comprar a La Jarra el equipo para preparar el Festín de la Señora Rapa!

La idea de dar cualquier cosa a la viuda Wasu era totalmente absurda.

—No es para tanto, Mozo. Esta ronda no evalúa la comida. Limítate a preparar lo que está en el menú.

—¿Limítate a preparar lo que está en el menú? —Mozo estrelló otro plato—. Oh, me siento desfallecer. ¡Pensar que *a mí*, una descendiente de Suda Mu, se me pida que mezcle cosas en la cocina como si fuera un removedor de gachas de un campamento militar! Creo… creo que no puedo respirar. ¡Un médico! ¡Necesito un médico! ¡O dos, o tres!

Por un momento Tiphan pensó en obligar a Mozo a obedecer con más amenazas a su familia, pero luego cambió de idea. ¿Por qué perder el tiempo intentando poner en su sitio a una recalcitrante chef cuando la comida no era lo importante en esta ronda? Ya había conseguido lo que necesitaba de Mozo con esos bollitos al vapor… Así

que le dijo que ella no tendría que cocinar para la ronda que evaluaba el servicio.

El rostro de Mozo dibujó una sonrisa tan fugaz que Tiphan no estaba seguro de haberla visto. Pero como siguió estrellando platos contra el suelo y dando patadas por la cocina («Un verdadero artista *jamás* cedería ante quien le exige realizar un trabajo *vulgar*… Soy Lurusén, luchando en soledad contra una multitud de palurdos…»), le asaltó la vaga sospecha de que esta representación histriónica era más fingida que real.

En cualquier caso, El Cofre del Tesoro funcionaba esta noche sin su chef principal. Tiphan no había pensado que esto pudiera ser un problema, pues los platos del menú no requerían, en su opinión, de un gran talento. No obstante, sin contar con Mozo como coordinadora y soberana de la cocina, los jefes de partida se negaban a someterse o colaborar entre sí. En ausencia de Mozo, cada uno se consideraba así mismo el hegemón, por lo que empezaron a pelear entre ellos como los poderosos reyes Tiro de la antigüedad. Los ánimos se caldearon y surgieron las riñas cuando empezaron a discutir por los pinches, el espacio, las ollas y sartenes, incluso por el acceso prioritario a los perros que corrían por las ruedas que accionaban los ventiladores.

Así que, mientras los camareros intentaban aplacar a los impacientes comensales ofreciéndoles té, los platos principales no salían de la cocina. Algunos clientes empezaron a refunfuñar y a decir al personal que estaban pensando marcharse a La Espléndida Jarra.

Cuanto más se prolongaba la explicación de los *toko dawiji*, más enrojecía la cara de Huto. Resopló y se giró hacia la cocina, dispuesto a soltar otra diatriba, pero los *toko dawiji* le sujetaron.

—Patrón Huto —dijo uno de ellos—. ¿Lo habéis olvidado? ¡Lolotika puede estar vigilando!

El recuerdo de la reciente humillación a la que le había sometido la presentadora hizo reflexionar a Tiphan. Aunque tuviera una gran opinión de sí mismo, no estaba completamente ciego ante sus defectos. Apretó los dientes y habló a los *toko dawiji*.

Estos se miraron, se encogieron de hombros y fueron a la cocina a transmitir las órdenes del patrón.

Poco a poco, los platos comenzaron a salir. Pero los clientes no dejaban de estar nerviosos.

—Oye, esa mesa ha hecho sus pedidos mucho después que nosotros. ¿Por qué les estáis sirviendo antes?

—¡Camarero! ¡Camarero! Aquí… *Eh*, ¿A dónde vas con *nuestra* comida?

—¿Dónde está Tiphan? ¡Traedle aquí! ¡Exijo saber por qué seis

camareros han pasado con la comida que pedí como si yo no existiera!

La señora Cophy, la copresentadora, detuvo a uno de los camareros.

—¿Por qué no estáis sirviendo en orden a los clientes? Yo he visto que la mesa junto a la escalera hizo sus pedidos antes que aquella.

—Me dijeron que sirviera primero a esa mesa que está junto a la ventana —dijo el camarero—. Yo solo soy un trabajador. Cumplo lo que me pide el patrón Huto, ¿entiendes?

La señora Cophy volvió con Lolo para compartir sus averiguaciones. Lolo subió a la torre y echó un vistazo a cada una de las plantas. Era verdad: solo estaban sirviendo a las mesas de las plantas superiores y las que estaban junto a las ventanas. Miró de reojo y reconoció a algunos de los clientes sentados junto a las ventanas.

Con creciente indignación, Lolo se dio cuenta de lo que pasaba.

Tiphan había dicho a los *toko dawiji* que dieran prioridad a las personas incluidas en cierta lista. Aunque se suponía que la identidad de los jueces de esta ronda era un secreto, Tiphan debía de haber sobornado a uno de los criados de Lolo o de Séca para hacerse con dicha lista por adelantado.

Era una violación tan flagrante de las reglas de juego que a Lolo le llevó unos segundos recuperar el aliento. Su instinto la empujaba a contar a gritos la trampa desde lo alto de la torre… pero tras reflexionar un momento se detuvo. Solo tenía una sospecha, no una prueba. Si se enfrentaba a Tiphan ahora, probablemente él aprovecharía la oportunidad para acusarla de estar apoyando a la viuda Wasu. Como no podía probar la acusación, el resultado sería el desprestigio para La Espléndida Jarra y para El Aviario.

Tuvo que tragarse su conocimiento de la traición de Tiphan y pretender que todo iba bien. El espectáculo debía continuar.

Oculto tras una cortina de la ventana, Tiphan captó las miradas de asombro, rabia y finalmente resignación de Lolo. Se rio para sus adentros.

—Los negocios son una guerra —murmuró—. «Conoce al enemigo», como diría la mariscal Mazoti —Tiphan se consideraba un hombre de múltiples talentos, incluyendo el bélico, y disfrutaba utilizando el lenguaje castrense cuando gestionaba situaciones de confrontación como reprender a los empleados, planear la destrucción de sus competidores y contar dinero.

Efectivamente, había obtenido la lista de los jueces sobornando a uno de los criados de Séca —una pena que ni siquiera un investigador del gobierno como Séca Thu no pudiera pagar a sus criados lo suficiente como para mantenerlos alejados de las tentaciones, lo que

demostraba que era preferible ser un astuto hombre de negocios que un ratón de biblioteca.

Con la lista en la mano, Tiphan pudo idear un esquema de asientos que situara a los jueces en las mesas con mejores vistas y más flujo de aire, en una sutil tentativa de ganar ventaja a La Espléndida Jarra. La manipulación había sido discreta porque Tiphan no quería que la trampa fuese demasiado obvia. Sin embargo, cuando la situación se volvió desesperada, Tiphan tomó la decisión de servir antes a los jueces. A fin de cuentas, en la ronda anterior La Espléndida Jarra había intentado ganarse a los jueces sacando esos lanzallamas con los que podían jugar; Tiphan pensó que era de justicia contar ahora con una oportunidad para agradarlos otorgándoles un tratamiento especial.

Estaba preparado para las quejas de los clientes ante tal favoritismo. Los *toko dawiji* fueron a los camareros y camareras que esperaban para recoger sus comandas y les explicaron las nuevas órdenes del patrón Huto.

—El patrón dice que… mmm —uno de los *toko dawiji* se detuvo, avergonzado por lo que iba a decir—. Deja que te repita sus palabras: «Soltad risitas, tocadles los brazos, preguntadles si quieren un masaje en los hombros, inclinaos sobre sus mesas, en fin, haced todo lo que tengáis que hacer para alejar la mente de los clientes de la comida».

—Quieres decir que coqueteemos con ellos —dijo uno de los camareros, un capataz del puerto bien parecido. Frunció los labios con asco—. ¡Tengo marido y dos hijos! *No* voy a hacer nada de eso.

—Mira, no me opongo a la idea de entretener a los clientes hambrientos —dijo la camarera que era vendedora de *mahjong*—. Pero si quisiera trabajar en una casa índigo, habría pedido mucho más dinero. He notado que Tiphan no ha contratado a ninguna chica de las casas índigo, probablemente porque ofrece poco salario.

—¿No os da vergüenza? —preguntó a los *toko dawiji* una camarera que trabajaba de modista en una de las tiendas del clan Huto—. ¿Os parece que esta es una buena idea? Mis clientes han venido con sus familias. Si hiciera lo que Tiphan pide se distraerían, sin duda, pero no como él quiere.

—Solo estamos repitiendo lo que nos ha dicho —protestó el otro *toko dawiji*—. Esto no me gusta más que a vosotros. Pero también nos ha pedido a nosotros que hagamos lo mismo.

—Bueno, pues ya puede ir olvidándolo —dijo la vendedora de *mahjong*—. Si tanto le gusta coquetear, que salga aquí y haga un striptease. Estoy segura de que los clientes perderían el apetito y no exigirían su comida. Problema resuelto.

—Dice que si no distraéis a los clientes, os despedirá a muchos —dijo el *toko dawiji*.

—Por mí que haga lo que quiera. De todas formas no soy camarera.

—¡No, de vuestros verdaderos empleos! Y dice que acudirá a los magistrados de vuestras ciudades y os acusará de haberle robado.

Los camareros se pusieron serios ante esa amenaza.

—Odio a ese hombre —dijo el capataz del puerto.

—Distraeremos a los clientes —dijo la vendedora de *mahjong*, lanzando una mirada desdeñosa hacia donde se ocultaba Huto—, pero lo haremos a *nuestra* manera.

Los camareros y camareras se pasearon entre las mesas sin comida. Algunos se ofrecieron a organizar una partida de *mahjong* en la mesa mientras esperaban su comida. Otros comentaron las últimas tendencias de la moda en la Ciudad Armoniosa. Y otros contaron historias sobre los misteriosos cargamentos con destino a Dimushi que habían observado en los muelles.

—No se me da bien nada de eso —dijo uno de los camareros, un chico guapo tan tímido que parecía nervioso solo por decirlo.

—Entonces pregunta a tus clientes a qué se dedican y de qué están más orgullosos —dijo la vendedora de *mahjong*—. Y muéstrales tu comprensión si se quejan de su trabajo. A la gente no hay nada que le guste más que hablar de sí misma.

Cuando las conversaciones y las risas llenaron El Cofre del Tesoro, Tiphan Huto, que espiaba la escena desde un corredor de servicio, asintió satisfecho.

—Parece que la amabilidad del personal de El Cofre del Tesoro está teniendo un efecto positivo en los clientes —anunció Lolo desde su posición elevada en la torre del exterior del restaurante—. Como decían los antiguos poetas, «la conversación es la mejor especia para una buena comida».

—Lo ves, sabía que funcionaría —murmuró Tiphan—. A veces me sorprendo a mí mismo. ¡He dado la orden adecuada en pleno campo de batalla! ¡Qué resolución frente a la adversidad! ¡Qué gran conocimiento de la estrategización y el tacticalicismo! Soy la viva imagen de un maestro de la administración moderna…

Y entonces fue interrumpido por los mensajeros que había enviado a La Espléndida Jarra para observar cómo llevaban la competición. Mientras le cuchicheaban al oído lo que estaba pasando allí, su rostro cambió.

Salió por el patio trasero murmurando para sí:

—Así que la viuda Wasu guarda algunos trucos en la manga. Ya lo veremos.

Séca y Pimié se trasladaron a la cocina de La Espléndida Jarra a buscar material para sus comentarios.

Para los dos observadores, las «instrucciones» de Rati Yera a los carros no parecían más que un modo de proporcionarles fuerza motriz, tal vez mediante una especie de mecanismo de cuerda. Séca estaba seguro de que había algo más en esos carros autónomos, pero por mucho que sondeara y husmeara, Rati Yera sonreía y señalaba a los conductores animales.

—Lo siento —dijo después de un tiempo—. Tengo que dirigir a todo un equipo de pelos y plumas. A lo mejor podéis centraros en la cocina.

En efecto, los cocineros ofrecían un espectáculo mucho más interesante. Mati solo tenía a su cargo al pinche de cocina Munapo y a la ayudante de trascocina Ruthé, pero en la cocina reinaba el mismo ajetreo que si hubiera veinte personas trabajando.

Eso se debía a que la cocina se había reorganizado en veinte estaciones de cocina idénticas: bloque de troceado, horno, fogón, cuencos de mezclas, tablas para amasar. Todos los recipientes o tablas estaban fijos, sujetos sobre bloques de soporte con clavos y abrazaderas. Del techo colgaban una serie de barras entrecruzadas que sostenían poleas, palancas, engranajes y brazos de madera. Sujetos a los extremos de dichos brazos había instrumentos diversos como cuchillos de carnicero, paletas, tapas de ollas, espátulas y demás. Una vez más, Lutuma y su equipo habían hecho lo necesario.

Mati estaba en la estación principal y guiaba el cuchillo sujeto a una mano mecánica —del modo en que un padre enseñaría a su hijo a cocinar— para trocear un melón de invierno en porciones del mismo tamaño. El movimiento del cuchillo al que guiaba se transmitía a través del brazo mecánico hasta el travesaño situado por encima y, mediante una serie de engranajes y cordeles, era reproducido por los otros diecinueve cuchillos sujetos a otras diecinueve manos mecánicas, sobre otros diecinueve melones de invierno (escogidos cuidadosamente para que tuvieran el mismo tamaño) depositados en otros diecinueve bloques de corte.

Era como manejar veinte marionetas que se movían en sincronía. Cuando troceaba, veinte cuchillos troceaban. Cuando levantaba una tapadera, veinte tapaderas liberaban el vapor. Cuando removía, veinte cucharones removían.

El pinche y la friegaplatos corrían entre las estaciones, realizando tareas demasiado complicadas para que las manos mecánicas pudieran reproducirlas: disponiendo ingredientes, retirando cebolletas marchitas, limpiando el inevitable desorden cuando Mati se movía

demasiado deprisa y los brazos mecánicos no podían seguir su ritmo.

—¡Más magia! —exclamó Pimié.

—Los principios que hacen funcionar todo esto son antiguos —dijo Rati Yera. Se dirigió a Séca—. Estoy segura de que viste algo similar cuando estabas en la academia. ¿Alguna vez tomaste una clase de arquitectura en la que tenías que aumentar un dibujo más pequeño? Probablemente utilizaste una «máquina copiadora», como la que se dice que inventó Na Moji. Es una conexión mecánica entre un pincel de trazado, al que se guía por encima de las líneas de un dibujo ya existente, y un pincel de entintado que crea una versión más grande del dibujo sobre otra hoja de papel.

—Recuerdo una máquina así —dijo Séca—. Pero la escala de esto… supera lo imaginable.

—Oh, cualquier cosa que puedas imaginar puede trasladarse a la práctica con algo de esfuerzo —dijo Rati Yera—. Es la misma técnica utilizada por los artistas callejeros en Boama cuando hacen una demostración de la danza del velo con una bailarina y una docena de muñecas mecánicas que copian sus movimientos en perfecta sincronía.

—Hace que parezca tan sencillo —refunfuñó Mati mientras no paraba de trabajar—. Casi he tenido que romperme la cabeza para reducir las recetas a una serie de pasos claros con movimientos simples para que los bobos esclavos mecánicos puedan seguirme. ¡Es un modo tan antinatural de pensar! Pero era la única forma de cocinar los platos principales al estar tan escasos de personal.

—¿Qué te dije? —declaró Rati con orgullo—. Cualquier cosa que puedas hacer se le puede enseñar a mis máquinas. El truco está en descomponer los movimientos en sus partes constituyentes más básicas.

La Espléndida Jarra estaba ofreciendo uno de los mejores servicios de comedor de los que se tenía memoria. Los carritos iban y venían entre las mesas como carruajes fantásticos en una ciudad en la que los animales fueran inteligentes. Las velas sedamóticas producían una iluminación fría y esplendorosa que envolvía todo en un halo de ensueño, romántico. Diente de León y Kinri iban por las mesas para ocuparse de las necesidades de los clientes que los carritos no podían atender. La viuda Wasu paseaba feliz de mesa en mesa, interesándose por el bienestar de los clientes y contando historias divertidas.

Los jueces se esforzaban por hallar en su cabeza suficientes superlativos con los que describir posteriormente una experiencia culinaria tan irreal a sus colegas del otro restaurante.

Cuando Kinri pasó rozando a Diente de León, le dijo:

—¿Lo estás llevando bien?

—Más que bien. ¡En casa nunca me divierto tanto! Widi, Mota y Arona se están perdiendo la mejor parte.

—Esperemos que solo estuvieran paranoicos y no hayan tenido que hacer nada.

—Espero que acaben haciendo exactamente lo que se proponían.

Un carruaje traqueteaba por el centro de Ginpen sin abandonar las calles estrechas y las avenidas oscuras, serpenteando su camino hacia La Espléndida Jarra.

En el interior del carruaje, Tiphan Huto murmuraba enfadado. De vez en cuando asomaba la cabeza por la ventana y ordenaba al cochero que fuera más rápido.

De pronto el conductor del carruaje, el gerente Giphi, tiró de las riendas. Los caballos relincharon y Tiphan casi se cae del asiento.

—¿Qué pasa contigo? —gruñó.

—Hay un control policial —dijo Giphi.

Tiphan sacó la cabeza por la ventanilla y, efectivamente, había una barricada en mitad de la calle. Al otro lado, un soldado alto y de anchos hombros levantó una mano.

—Eeeh, capitán, ¿qué sucede? —preguntó Tiphan con cautela.

—Un control rutinario de seguridad —dijo el soldado—. El magistrado quiere poner fin a las desapariciones aleatorias de ciudadanos de Ginpen. Bajad del carruaje, por favor.

—Tenemos prisa —dijo Giphi—. ¿Hay alguna manera…? —descendió del pescante, rebuscó en las mangas para encontrar el monedero y se acercó al soldado—. Espera… ¿No te conozco?

Mota se tragó una maldición. Para ahorrar tiempo, Arona se había limitado a reutilizar con Mota y Widi el maquillaje de la misión espía a El Cofre del Tesoro. No contaban con encontrarse con Giphi, que había estado casi todo el tiempo con la «comisaria del circuito Suti» y su séquito.

Widi salió de detrás de la barricada.

—¡Ah, eres tú!

—Maestro Diwi —dijo Giphi sorprendido—. ¿Por qué vas vestido tú también como un soldado? ¿El magistrado Zudi ha destinado a sus funcionarios a ejercer labores de inspección de tráfico?

Widi se echó a reír con nerviosismo.

—Eeeh…

Arona, vestida también de soldado, apareció por detrás de la barricada.

—La comisaria del circuito Suti nos ha pedido que investiguemos posibles casos de corrupción en el ejército. Así que nos hemos infiltrado en la guarnición para acompañarles en sus obligaciones por

la ciudad.

—Exacto —dijo Widi, asintiendo enérgicamente. Luego se acercó a Giphi y le guiñó un ojo—. Las cosas que tenemos que hacer mientras los jefes beben té y echan la siesta, ¿eh?

Giphi se percató de las miradas furtivas que se lanzaban los tres soldados. Pero al ver el guiño congraciador de Widi se relajó. Imaginó que, probablemente, los tres funcionarios de bajo rango habían montado un control no autorizado para extorsionar sobornos a los comerciantes que pasaran por allí. Aunque la emperatriz Jia pagaba bien a los burócratas imperiales, y los distintos estratos de vigilancia mutua del Colegio de Abogados y del sistema de comisarios de circuito impedían buena parte de la corrupción, los miembros de nivel bajo que formaban parte del personal privado de los burócratas, como Diwi y la criada y el guardaespaldas de la comisaria del circuito Suti, probablemente se organizaban para conseguir algún dinero extra abusando de su poder.

Si lo denunciaba al magistrado Zuda, los tres se verían en serios problemas. Pero Tiphan Huto tenía prisa y no quería más retrasos. Giphi regresó con su patrón y le explicó la situación.

—¿Dices que trabajan para la intendente del circuito?

Giphi asintió.

—Conozco bien a ese funcionario, Diwi.

Tiphan pareció reflexionar por un instante.

—Paga el peaje que esos tres payasos te pidan para poder seguir nuestro camino.

Giphi volvió y entregó discretamente la bolsa con monedas. Pero, para su sorpresa, Widi se negó a cogerlo.

—*Tenemos* que inspeccionar el carruaje. No es que no confiemos en el patrón Huto, pero órdenes son órdenes.

Giphi estaba a punto de seguir discutiendo cuando Tiphan Huto salió del carruaje.

—Déjales que inspeccionen.

Widi subió al carruaje y comenzó a mirar a su alrededor. Arrugó la nariz al sentir un fuerte hedor. Era evidente que la pestilencia provenía de varios cubos tapados en la parte de atrás del carruaje.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Widi.

—Son solo… cosas sucias —dijo Tiphan, poniéndose al lado del carruaje y mirando hacia el interior—. Tengo un hijo enfermo en casa y quería deshacerme de los vómitos y excrementos fuera de la ciudad para no contaminar el suministro de agua.

—Es un comportamiento muy cívico —dijo Widi, dirigiéndose al fondo del carruaje, hacia los cubos tapados.

—¡Espera! —gritó Tiphan Huto—. ¡No los abras! —trepó al carruaje detrás de Widi.

Widi destapó uno de los cubos.

El hedor le provocó náuseas, pero en ese momento también se dio cuenta de lo que estaba oliendo —era una pestilencia que había sentido antes en tres ocasiones: en la cueva-bodega de El Cofre del Tesoro, tras una puerta sellada; en un callejón cercano a La Espléndida Jarra, el día después de que todos se pusieran malos; y en el templo de Fithowéo, donde los monjes guardaban algunos de los *pawi* del dios.

Lo que olía era orina de lobos.

—¡Así que es esto! —gritó—. ¡Tenemos la prueba!

En ese momento también Huto se puso en marcha. Empujó a Widi hacia un lado, agarró uno de los cubos y un cazo y se bajó a toda prisa del carruaje. Antes de que cualquiera pudiera reaccionar, arrojó cucharones del fétido líquido a los otros dos soldados. Cuando Widi salió tras Tiphan, este le lanzó la misma lluvia maloliente.

Arona dio un grito, Widi se dobló por las arcadas y Mota pronunció una maldición. Tomados por sorpresa, los tres estaban empapados del líquido fétido. Se apresuraron a secarse la nariz y la boca con las mangas para evitar tragar algo de orina.

Al mismo tiempo, el maquillaje desapareció de sus caras.

—Lo que yo pensaba —dijo Tiphan fríamente—. ¿Quiénes sois? Os he visto; al menos uno de vosotros trabaja para la viuda Wasu.

La conversación anterior entre Giphi y Widi había despertado sus sospechas. La historia que habían contado, la de estar infiltrados en el batallón que estaba instalando controles en la ciudad, no tenía ningún sentido. Si el magistrado Zuda, asustado por la desaparición de artesanos, estuviera realmente instalando puestos de control, Tiphan habría oído algo al respecto. Además había algo antinatural en el modo en que los tres se miraban entre sí. Se mantuvo en guardia todo el tiempo.

—Trabajamos para la viuda Wasu —dijo Widi, consciente de que ya no tenía ningún sentido mantener el simulacro. Y ahora sabemos todo lo de tu complot contra La Espléndida Jarra. Los jueces no solo te obligarán a retirarte de la competición, sino que al magistrado Zuda le encantará conocer todas las maneras en las que has puesto en peligro la salud pública.

—No sé de lo que estás hablando —dijo Tiphan.

—Utilizaste la orina de los predadores para volver frenéticas a todas las ratas del vecindario en torno a La Espléndida Jarra —dijo Widi—. Esta noche estamos utilizando animales en el servicio de cenas de La Espléndida Jarra por dos razones. Una, porque son simpáticos y

crean un buen ambiente, pero la otra es para que actúen como cebo. Nos figuramos que en cuanto supieras de nuestro éxito, intentarías sabotearlo. De todos los trucos que has utilizado, aterrorizar a los animales con orina de lobo es el más fácil de repetir, y te hemos cogido con las manos en la masa.

—No podéis probar nada —dijo Tiphan—. ¿Un cubo de orina? Puede que lo utilice para mantener El Cofre del Tesoro libre de ratas.

—Esa no es la prueba con la que contamos —dijo Widi—. El equipo de *raye* que vacía las deposiciones nocturnas de vuestras letrinas le contará al magistrado Zuda que tuvieron que deshacerse de excrementos de perro de tus instalaciones el mismo día que los perros asilvestrados molestaron a los clientes que salían de La Espléndida Jarra. Atrapaste a los perros y los mantuviste allí encerrados.

Tiphan se estremeció pero no dijo nada.

—Los médicos de Coconut Lane también testificarán que la noche en que el parasol de delante de La Espléndida Jarra quedó cubierto de orugas tuvieron que tratar a varios trabajadores de El Cofre del Tesoro por sarpullidos de orugas, exactamente el mismo sarpullido que les salió a los trabajadores que contratamos para deshacernos de las orugas.

Tiphan seguía mirando de modo desafiante.

—Todas estas pruebas serán suficientes para convencer al magistrado de que hay motivos para ordenar un registro en El Cofre del Tesoro. ¿Quién sabe lo que encontrarán allí?

El rostro de Tiphan fue pasando por una gama de emociones: asombro, vergüenza, miedo y, finalmente, una desagradable sonrisa.

—Está claro que os habéis esforzado mucho para atraparme. Pero todo eso no son sino pruebas circunstanciales, y la competencia no es delito. Con la competencia, las personas salen perjudicadas y los negocios cierran. ¿Por qué iba a interesarle al magistrado?

—No cuando la competencia es injusta —dijo Widi—. Las declaraciones del primer ministro Cogo Yelu son claras. Aunque se estimule la competencia entre empresas, las prácticas basadas en el fraude o el engaño, o que amenacen la salud pública, son contrarias a la ley. Creo que vas a pasar un buen rato intentando explicar todo esto al magistrado.

—Ah, es evidente que habéis visto demasiadas obras de teatro popular sobre abogados. Pero habéis olvidado una cosa: ningún delincuente convicto puede testificar contra un caballero de buena reputación.

—No somos delincuentes —dijo Arona con perplejidad.

—Oh, pero lo seréis cuando informe al magistrado Zuda de que os

habéis hecho pasar por funcionarios imperiales y miembros de la guarnición de la ciudad.

Arona, Widi y Mota se miraron consternados. Tiphan tenía razón. De hecho les habían pillado haciendo algo mucho peor a ojos de las autoridades.

—Lo siento —susurró Arona a Widi y a Mota—. No debería haber sido tan descuidada en la preparación de los disfraces.

Mota suspiró y no dijo nada.

—Parece que lo mejor para todos —dijo Widi— será volver por donde hemos venido. Tú no fastidiarás a La Jarra esta noche y nosotros no acudiremos al magistrado.

Tiphan se echó a reír.

—Trato hecho. Pero a pesar de vuestra pequeña actuación circense, estoy seguro de que El Cofre del Tesoro acabará el primero.

Cuando el carruaje se alejó con su traqueteo, Arona se aseguró de que Mota no estaba cerca y se volvió hacia Widi susurrando.

—A lo mejor ya es hora de que echemos mano de nuestra arma secreta. Ya sabes, *de ella*.

Widi sacudió la cabeza.

—Todavía no. La reservaremos para otra ocasión. Recuerda adónde queremos llegar en último término.

A medida que transcurría la noche, los jefes de partida de El Cofre del Tesoro llegaron a una tregua temporal en su contienda por el espacio y el dominio. Pero los platos seguían saliendo más lentamente de lo esperado.

Los esfuerzos del personal de servicio por entretener a los hambrientos comensales flaquearon, ya que solo se podían jugar unas cuantas manos de *mahjong* y contar unas cuantas historias antes de que los rugientes estómagos no pudieran seguir siendo ignorados.

Al restaurante llegaron corriendo criados de algunas de las familias más prominentes, que murmuraron discretamente al oído de sus señores y de sus señoras. Acto seguido, los comensales se levantaron y pidieron la cuenta.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Giphi, con su habitual sonrisa zalamera algo más empalagosa de lo habitual. Intentaba permanecer más alejado de los clientes de lo normal. Aunque se había cambiado de ropa de pies a cabeza, no podía dejar de sentir que el olor de la orina de lobo caída en su túnica perduraba en su persona.

—Eeeh… me han contado que en La Espléndida Jarra hay algunas maravillas que debería ver antes de que acaben por esta noche.

Tiphan apretó los dientes. Pero seguía confiando en la victoria porque los jueces de la lista que había obtenido del criado de Séca

estaban siendo bien atendidos. Se aseguró incluso de que recibieran porciones extra gratis, procedentes de la comida destinada a otros clientes.

Cuando llegó el final de la velada, la gente frente a ambos restaurantes se había multiplicado por diez. Las calles y lugares de estacionamiento cercanos estaban atestados. Carruajes de todo Ginpen iban en tropel de aquí para allá entre ambos restaurantes para admirar la opulencia y el apuesto personal de servicio de El Cofre del Tesoro así como los ingeniosos artilugios mecánicos que permitían a un reducido número de camareros atender el aforo completo de La Espléndida Jarra.

Cuando los comensales terminaban en El Cofre del Tesoro, la señora Cophy y Lolo les entregaban cajitas llenas de guijarros de diversos colores. En La Espléndida Jarra, sin embargo, Séca y Pimié decidieron pedir a Lodan que distribuyera las piedritas para votar con los carritos mágicos. Los comensales estaban encantados de tener otra oportunidad de ver a los graciosos animales desfilar en sus vehículos.

—Cuando salgáis, veréis a Lolo con un recipiente junto a la puerta —dijo la señora Cophy—. Echad una piedra roja si creéis que el servicio esta noche ha sido excelente, una blanca si creéis que ha sido defectuoso, y una azul si creéis que ha estado simplemente bien. Se juzgará que los clientes que ya se han marchado han depositado una piedra blanca.

Después de ver a los clientes depositar los guijarros en la vasija de Lolo durante un rato, Tiphan Huto no pudo aguantarse más. Se acercó a ella y cuchicheó:

—¿Cómo dictaminaréis Séca y tú quién es el ganador?

Lolo le miró con una sonrisita de superioridad.

—¿Por qué preguntáis, señor Huto? Nos juntaremos, separaremos por colores los guijarros de cada recipiente y luego los contaremos.

—¿Los guijarros entregados a los jueces están marcados de alguna manera? ¿Es así como distinguiréis los votos que cuentan de los que no?

Lolo le miró con una sonrisa cada vez más amplia.

—Todos los votos cuentan, señor Huto. ¿Qué os hizo pensar que solo íbamos a contabilizar algunos de los votos? El secreto de esta ronda es que todos los clientes son jueces.

—Pero… pero… pero yo conseguí una lista de un criado de Séca… —Tiphan no pudo evitarlo. Su rostro enrojeció al pensar que pudiera haber sido engañado.

—¿Una lista? ¿Queréis decir la lista que tenía escrito «Jueces» arriba?

Tiphan la miraba fijamente.

—Esa era una lista de las personas con las que Séca y yo queríamos hablar para crear un club gastronómico el mes que viene. Vamos a llamarlo «Los jueces».

—¿Un… club gastronómico?

—¡Sí! ¿Os gustaría formar parte de él? Como esta competición ha tenido tanto éxito, estamos pensando en convertirla en un evento regular en Ginpen. Hay que pagar una cuota de entrada…

Tiphan se giró y se marchó indignado sin escuchar el final de la frase, y menos aún sus carcajadas. La idea de que una chica índigo le hubiera superado en el campo de batalla de los negocios le resultaba absolutamente intolerable.

La victoria de La Espléndida Jarra en la segunda ronda fue abrumadora. Mientras que su vasija parecía estar llena de bayas silvestres maduras, la de El Cofre del Tesoro parecía estar llena de semillas de loto.

Tiphan Huto enfermó por la humillación. Cuando logró levantarse de la cama unos días después, propuso que el tema para la tercera y decisiva ronda de la competición fuera uno que no podía faltar en el Mejor Restaurante de Ginpen: el entretenimiento.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

EL MAR DE LAS LÁGRIMAS

SALINAS AL SUR DEL MAR DE LAS LÁGRIMAS, UKYU-GONDÉ: DÉCIMO SEGUNDO MES DEL OCTAVO AÑO TRAS LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA CON DESTINO A UKYU-GONDÉ (DIECISIETE MESES ANTES DE QUE LOS LYUCU DEBAN ENVIAR SU NUEVA FLOTA PARA INVADIR DARA)

Los dos garinafins volaron toda la noche. Cuando amaneció, la tierra que tenían por debajo era completamente blanca, como si estuviera cubierta por la nieve.

Estaban en los páramos al sur del Mar de las Lágrimas. Se decía que el enorme lago salado tuvo en tiempos una extensión mucho mayor y que, a medida que se reducía, el agua que se retiraba iba dejando atrás un paisaje incrustado de sal en el que apenas crecía nada.

Sataari y Razutana guiaron los dos garinafins hasta aterrizar junto a una pequeña colina, aunque quizá fuera más exacto decir que la montura de Razutana guio al piloto y no al revés. Al socaire de la colina, que había sido una isla en el lago salado, desataron a los niños de la malla a la que iban sujetos.

Los dos adultos engatusaron a los garinafins para que entraran bajo un estrecho saliente con el fin de que no pudieran ser vistos desde el aire. Luego se los llevaron a buscar los dispersos helechos de pluma, la única vegetación lo bastante resistente para subsistir en el suelo salobre, para dar de comer a los garinafins.

Normalmente, en las planicies, los garinafins podían alimentarse de cualquier tipo de cactus o arbusto, por muy adornados de espinas protectoras que estuvieran, chamuscando los pinchos con su aliento flamígero, pero aquí no había literalmente nada para ellos, excepto sal y los escasos helechos que proporcionaban pocos nutrientes. No durarían mucho en estos páramos, pero poco podían hacer los refugiados para remediar la situación.

Tanto trabajaba con los demás niños, pero su corazón estaba lleno de rabia y confusión. Se acercó a Razutana.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El erudito se detuvo.

—Por supuesto.

—¿De verdad querían Toof y Radia que nos escapáramos?

—Sí.

—¿Y por qué ahora?

Razutana pareció meditar la respuesta.

—Tenían que encontrar la manera de separarnos de las fuerzas principales de Cudyu antes de ayudarnos a escapar. Esto aumentaría nuestras posibilidades de alejarnos antes de que los lyucu empezaran la persecución.

—¡No me refiero a eso! Quiero decir que… ¿por qué cambiaron de idea?

—No cambiaron de idea. Eso era lo que habían planeado desde el principio —el erudito suspiró—. Corrían un gran riesgo. Si descubren su trama seguro que les matarán.

—Pero… ¿entonces por qué nos traicionaron ante Cudyu?

Razutana le miró y suavizó su tono.

—Para salvar a tus padres.

—¿Qué?

—Míranos —dijo Razutana, haciendo un gesto con el brazo a su alrededor—. Sataari y yo somos inútiles para la lucha, y el resto de vosotros sois niños. Si hubiéramos huido con tus padres y sus guerreros, habríamos sido una carga para ellos, los habríamos retrasado y consumido sus provisiones.

Tanto quiso protestar, pero sabía que Razutana tenía razón.

—La princesa, tu madre, es una gran líder —dijo Razutana. Hizo una pausa y suspiró—. Pero carece de la capacidad de ser implacable que tenía tu abuelo cuando era necesario. Nunca habría dejado atrás a ninguno de nosotros, y eso habría supuesto la muerte segura para todos. Toof y Radia no tenían más opción que alejarnos de ella.

Tanto quería encontrar una manera, alguna manera, que le permitiera seguir odiando a ambos.

—¡Mataron a Vara!

—Fue un accidente. Yo estaba cerca de la pelea, sobre Ratopé, y oí a Toof gritar a Vara que desistiera. «Tenemos un plan», le dijo. Pero ella siguió peleando y no hubo tiempo para explicaciones.

—Pero… ¡también dijeron a Cudyu que nos sacrificara a los dioses!

—Era un riesgo que debían asumir. Tenían que manteneros con vida sin revelar vuestra identidad. Vuestro tío abuelo Volyu solía decir que Cudyu era receloso por naturaleza. No habría confiado en dos cautivos lyucu que habían convivido con los agon y los dara durante tanto tiempo. Si Toof y Radia le hubiesen suplicado que os dejara vivir, habría sospechado un complot y decidido que lo más seguro era mataros. Por otro lado, al defender que os mataran de inmediato, Toof y Radia hicieron pensar a Cudyu que era más prudente manteneros

con vida, al menos durante algún tiempo, hasta averiguar quiénes erais.

—¿Y por qué no podían habernos contado su plan por adelantado?

—Porque, de haberlo sabido, no habríais sido capaces de mostrar de modo convincente vuestro odio hacia ellos delante del pékyu lyucu. Era la única forma de que representarais vuestro papel, de aplacar las dudas de Cudyu.

Tanto se mantuvo en silencio, lleno de vergüenza. Pensaba que era un bravo luchador, como su padre, y un gran líder, como su madre. Ser tratado como una carga, como un simple niño al que es preciso dejar atrás y engañar para que haga lo correcto… no tenía palabras para expresar cómo se sentía.

—Ahora mismo, si quieres ayudar a tus padres, lo mejor que puedes hacer es seguir con vida —dijo Razutana amablemente.

Tanto asintió, pero prometió hacer algo más para cambiar su destino tan pronto como tuviera la oportunidad. Era un pékyu-taasa del pueblo agon y no le impedirían demostrar su valía.

Dos grandes ríos alimentaban el Mar de las Lágrimas. Uno, el río de la Sangre, nacía en las colinas al norte de Lurodia Tanta y fluía hacia el noroeste hasta la orilla meridional del enorme lago salado. El río tomaba el nombre de sus aguas rojizas, que era preciso decantar y luego filtrar para poder beberlas. El color era probablemente consecuencia del lodo ocre de las colinas.

El segundo río, llamado el río Fantasma, provenía de la Sierra del Pie (conocida como el Ala entre los agon) y desembocaba en el lago (generalmente) por el este. Su lecho era tan poco profundo que su curso cambiaba impredeciblemente. Algunos años, cuando el deshielo primaveral era escaso, el río llegaba a secarse por completo.

A causa de su naturaleza impredecible, pocas tribus lo usaban como acuífero, pero su efímero curso no era la razón de su siniestro nombre.

Durmiendo de día —con los garinafins ocultos en cualquier camuflaje que tuvieran a mano— y volando de noche, el grupo de fugitivos fue poco a poco alejándose del río de la Sangre, en dirección este y norte.

Al dirigirse hacia el corazón de las salinas era menos probable que les persiguieran, pero al mismo tiempo eso les complicaba encontrar agua y comida. El frío que helaba los huesos tampoco ayudaba. Los jinetes temblaban prácticamente en todo momento cuando estaban despiertos, azotados por el constante viento invernal.

El paisaje teñido de sal a sus pies era tan blanco que a veces parecían ser diminutas moscas viajando sobre una gigantesca cuba de leche, o la tensa vitela que cubre los tambores de cactus en las danzas

que narran historias, antes de que esparzan sobre su superficie polvo coloreado. El monótono paisaje tenía la belleza de la austeridad, pero ponía nerviosos a los jinetes y a sus dos monturas. Como nada cambiaba, era como si no avanzaran en absoluto.

La comida y el agua escaseaban.

Sataari decidió permitir que su montura eligiera el rumbo, con la esperanza de que los garinafins, guiados por el instinto, volaran hacia una fuente de agua potable.

La tarde del quinto día después de su huida, algo nuevo apareció en la interminable tierra blanca: pequeñas motas, cuadrados medianos, triángulos que recordaban a los dientes de tiburón, grandes círculos con brazos espirales que parecían estirarse hasta el horizonte.

Cada una de las formas geométricas, de color rojo ocre, marrón tierra, negro carbón y gris arcilla oscura, estaba compuesta por montones de rocas esmeradamente colocadas en el paisaje vacío. Juntas formaban imágenes gigantescas: pájaros, peces, bestias, humanos y estructuras extrañas que ni siquiera Sataari, que llevaba memorizando tradiciones desde que era una niña, había visto nunca en una pintura vocal o escuchado en una danza de narración de historias.

Pero las formas solo podían captarse y comprenderse a vista de pájaro. Era inimaginable la cantidad de esfuerzo y organización que habría hecho falta para construirlas. No podían ser obra de una sola tribu. Aunque las hubiera concebido el pékyu de los lyucu, habría sido necesario el trabajo agotador de generaciones para construirlas.

El asombro mantenía a los jinetes en silencio, e incluso los garinafins parecían atónitos. Vacilaban y hacían círculos en el aire sobre el borde de los gigantescos diseños, negándose a atravesarlos por encima.

Sataari suspiró e hizo una señal a los garinafins para que aterrizaran.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó Razutana. Contemplaba una pila de rocas rojas del doble de su altura y tan anchas como la tienda más grande de las que tenían en el valle de Kiri. Era el ojo de un solo pájaro del grandioso diseño, y ni siquiera era un pájaro muy grande en comparación con el resto.

Sataari pareció no escuchar su pregunta.

—Los garinafins no avanzarán más, y a partir de este punto deberíamos estar a salvo de la persecución. Dejemos que se vayan. Además, el agua nos durará más si no tenemos que compartirla con las bestias.

Observaron a los garinafins despegar sin pasajeros y dirigirse hacia

el sur. Nunca sabrían si serían capaces de salir de las salinas antes de caer a tierra, enloquecidos por la sed.

Sataari señaló hacia el norte y el grupo inició su marcha a través del paisaje de fantásticos cúmulos y muros de piedras, meras hormigas dentro de un cuadro gigantesco.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Nalu, el hijo de Gozofin y mejor amigo de Tanto.

Sataari no respondió y se limitó a seguir caminando fatigosamente.

Divisaron los montículos en la distancia, semejantes a enormes ratones de las praderas asomando de sus madrigueras.

A medida que continuaban la marcha, los montículos fueron aumentando de tamaño hasta convertirse en colinas que se alzaban imponentes en su camino, extendiéndose a todo lo largo del horizonte. Incluso en mitad del invierno, era obvio que había algo extraño en esta región. Aunque gran parte del salitral era inhóspito para cualquier forma de vida, entre los montículos se apreciaban las cascarillas de matorrales sin hojas, así como una alfombra de hierba y hojas muertas.

—¡Ey, podríamos refugiarnos en esas colinas! —dijo Razutana—. ¡Hay un lago!

Después de muchos días atravesando las salinas habían alcanzado la orilla de un mar interior, situado al oeste de los montículos. La mera idea de construir un refugio contra el implacable viento helado y acurrucarse sobre una manta de heno seco y mullido fue suficiente para que los niños aceleraran sus pasos.

Pero Sataari se detuvo, se quedó mirando los montículos y se arrodilló.

Razutana y los niños la miraron, confundidos. Que pudieran recordar, era la primera vez que veían miedo en los ojos de la joven hechicera.

Sataari cerró los ojos y comenzó a rezar, meneándose rítmicamente hacia delante y hacia atrás. Aunque los niños no entendían lo que estaba haciendo, se detuvieron y se arrodillaron junto a ella.

La joven hechicera sacó un puñado de fichas de hueso de un bolso de cuero y las esparció sobre el suelo. Las contempló atentamente mientras murmuraba para sí. Luego se levantó, desenvainó su cuchillo de hueso y se hizo un corte sobre la palma de la mano con decisión. Al instante, el cuchillo se llenó de sangre, y brillantes gotas rojas cayeron sobre el blanco suelo salino.

Tanto dio un grito, sobresaltado, e intentó levantarse para correr en su ayuda, pero la joven hechicera levantó la mano derecha para advertirle y sacudió la cabeza sin hablar, indicando con los ojos que el

pékyu-taasa debía permanecer quieto.

La joven hechicera empezó a cantar salmodias y a danzar alrededor del grupo. Al pasar por delante de cada una de las figuras prostradas, presionaba la palma ensangrentada de la mano izquierda contra su frente, dejando un reguero de sangre.

Repitió tres veces esta ceremonia alrededor del grupo, pintando tres manchas de sangre sobre la frente, nariz y barbilla de cada uno.

Algunos niños, dándose finalmente cuenta de dónde se encontraban, empezaron a sollozar en silencio. Agacharon la cabeza y empezaron a rezar.

Razutana, Tanto y Rokiri se miraron entre sí, confundidos y no poco asustados.

Cuando Sataari completó sus tres rondas, volvió a postrarse de rodillas y siguió rezando. Apretó la mano ensangrentada contra el suelo salobre y se encogió de dolor cuando la sal penetró en la herida. Gradualmente, la tierra blanca alrededor de su mano se convirtió en una mancha oscura color carmesí.

Por fin abrió los ojos y miró a Razutana y a los dos pékyu-taasa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Razutana con voz susurrante.

—Taten-ryo-alvovo —dijo Sataari. *La ciudad de los fantasmas*—. La Madre de Todos nos pide que sobrevivamos al invierno en este lugar prohibido; dependerá de nosotros cuántos lo logremos.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

TERCER CONCURSO

GINPEN: SÉPTIMO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTIDÓS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

Mota estaba cayendo.

Sobre él, la estructura revestida de seda de la aeronave imperial *Espíritu de Kiji* estaba en llamas. Los restos ardientes se torcían y ondulaban suavemente en el aire, cubriendo la mitad del cielo como una vela carmesí, como nubes a la puesta de sol, como la capa de guerra del hegemón batiéndose por el frío viento mientras defendía por última vez su posición en la playa frente a Tunoa, la patria a la que nunca regresaría.

Mota caía más deprisa. El sonido del azote del viento llenaba sus oídos.

¿Cómo puede morir algo tan bello?, pensó Mota. Se le encogió el corazón, no porque estuviera a punto de perecer, sino porque todavía no se había logrado la victoria.

Una oscura sombra se interpuso entre los restos ardientes y sus ojos: un cuello y una cola lisos y serpentinos, dos grandes alas triangulares como las aletas de una cometa planeando sobre un arrecife de coral rojo sangre que era el *Espíritu de Kiji*. Y otra. Y otra más.

Los garinafins, recordó. Los garinafins habían destruido la aeronave y matado a la capitana Atamu. Se suponía que él y sus compañeros aviadores debían impedir que los garinafins asaltaran Dara, y habían fracasado.

La perspectiva cambió vertiginosamente cuando giró su cuerpo y el mar entró en su campo de visión. Debajo de él, otras figuras caían en picado hacia el mar, mientras sus brazos y piernas aleteaban impotentes, incapaces de frenar el descenso.

Las voces de sus camaradas le vinieron a la cabeza.

Los Cuatro Mares Plácidos son tan extensos como largos son los años.
Un ganso salvaje vuela sobre un estanque, dejando tras de sí

una voz en el viento.

Un hombre pasa por este mundo dejando tras de sí un nombre.

Capitana, ¿crees que nos recordarán en el futuro como recuerdan al hegemón?

Probablemente no. La mayoría de los soldados que caen en batalla son olvidados rápidamente. Pero no combatimos para dejar tras nosotros un nombre; combatimos porque es lo que hay que hacer.

Los garinafins se lanzaron en picado, partiendo en dos a hombres y mujeres con sus garras o ensartándoles con sus astas amenazantes. Muchos gritos quedaron abruptamente interrumpidos.

Mota aulló con rabia. Agitó los brazos y pateó el aire, como si pretendiera nadar en este medio excesivamente ligero, pero la gravedad no transigía. No merecían morir de esta manera. Deberían morir con los pies sobre el suelo, mirando cara a cara a sus enemigos, con las armas en la mano. Como el hegemón. Como los héroes de la antigüedad.

El mar estaba ya mucho más cerca. Cerró los ojos. La suya no sería una muerte heroica; sería una muerte llena de remordimientos.

Súbitamente, algo poderoso se estrelló contra su torso y detuvo la caída. Sintió que por dentro se le revolvía todo cuando sus órganos fueron presionados contra la cavidad torácica y la columna vertebral. La cabeza y las piernas le palpitaban agónicamente, pues casi se las arrancan. Tenía los brazos inmovilizados contra los costados por argollas que le apretaban y le estrujaban. Quedó aturdido por arrolladoras olas de dolor.

Cuando al fin se recompuso, estaba mirando los ojos malévolos de un garinafin. La gigantesca bestia giraba lentamente en el aire y sus alas bloqueaban toda luz. Sus garras le envolvían el cuerpo como argollas de hierro y no podía respirar. Estaba seguro de tener varias costillas rotas o algo peor.

El garinafin tiró de él, para verlo mejor, como un gato que quiere jugar con un ratón.

Se encorvó y retorció hasta conseguir liberar un brazo, que lanzó directo a por la espada corta que llevaba en la cadera. Una aguda punzada de dolor en las costillas casi le hizo perder el conocimiento. Pero al fin consiguió sacar el arma de su funda y lanzó un tajo a las garras que le inmovilizaban el pecho. Sabía que sería inútil, como los esfuerzos de una hormiga que intenta picar a un hombre que la pellizca entre los dedos. Pero le daba igual.

En respuesta, las garras le apretaron con más fuerza y sus puntas

afiladas se le clavaron en la espalda sajando músculos y tendones como si fueran un cuchillo de carnicero. Abrió la boca para gritar, pero no emitió ningún sonido porque sus pulmones estaban sin aire. La espada se le cayó del puño. Su visión se estrechó hasta convertirse en un túnel, a punto de perder la consciencia.

Los ojos de la bestia se acercaron más, pero él no apartó la mirada. No podía dar puñetazos ni patadas, gritar, escupir, hablar o mostrar resistencia de cualquier otra manera que no fuese permanecer consciente para poder devolver la mirada a esos ojos.

No me rindo, gritó mentalmente. *No me rindo*.

Mota despertó empapado en sudor y haciendo esfuerzos por respirar.

Arona le tenía abrazado. Era demasiado grande y pesado para poder levantarle la cabeza y acomodarla en su regazo, así que estaba acurrucada junto a él, con la cara contra su mejilla y las frías manos apoyadas con ternura en sus sienes.

Ella guardaba silencio, lo mismo que él. Era una antigua pesadilla y sabía que a él no le gustaba comentarla.

Aquél fatídico día en el golfo de Zathin, Mota fue uno de los pocos supervivientes de las aeronaves destruidas. Estaba inconsciente cuando el garinafin dejó finalmente caer su cuerpo roto, y fue solo por pura suerte que un mástil destrozado le mantuviera a flote lo suficiente para poder ser rescatado de un mar repleto de cadáveres de garinafins reventados y de los cuerpos de los tripulantes muertos de las aeronaves.

Como los demás supervivientes de la batalla del golfo de Zathin, él no se convirtió en héroe.

Al principio fue una decisión propia. Rechazó el ofrecimiento del capitán del barco que le rescató para llevarle al almirante Than Carucono, pretextando que se sentía demasiado débil por sus heridas. En realidad, lo que sentía era un embrollo enconado: culpa, desprecio hacia sí mismo, vergüenza. Apartaba los ojos, con las mejillas ardiendo, ante las miradas de admiración y las maneras reverentes en que le hablaban los marineros. Él no era más valiente que la capitana Atamu. No había hecho más que sus compañeros. ¿Sobrevivió porque no había luchado con suficiente fiereza? ¿Estaba vivo porque los dioses no creían que mereciera ser invitado a unirse al hegemón y a los héroes de antaño?

Después de todo, ¿por qué iban a tratar como héroes a los supervivientes de las aeronaves destruidas? No fueron ellos quienes derrotaron a los lyucu. Según contaron posteriormente los marineros, fue la mariscal quien se enfrentó a Pékyu Tenryo y le venció en combate singular. Continuó erguida sobre la proa del buque insignia

lyucu tras matar a su cabecilla y ondeó el estandarte de Dara para reunir a la flota para el asalto final que expulsó a los invasores.

Habiendo dado todo lo que tenía en defensa del pueblo de Dara, la mariscal había atravesado el Río en el que Nada Flota.

Pero los lyucu continuaban ocupando Rui y Dasu, aguardando el momento para una nueva invasión. Sus garinafins se hacían más fuertes día a día, anhelando la oportunidad de hacer a todos lo que le habían hecho a él y a sus camaradas muertos.

—Los dientes de león han echado flores por todas partes —dijo Arona—. ¿Ves cómo flotan sus semillas? Siempre me recuerdan a medusas nadando por el aire —le recorrió la espalda suavemente con las manos, sin apartarlas de las profundas y feas cicatrices que tenía.

Todavía acurrucado sobre un costado y temblando, abrió los ojos y miró por la ventana. Era verdad. Los blancos penachos flotaban en la brisa, tan despreocupados como niños jugando.

La voz de ella le tranquilizó. Arona sabía que hablar del presente, de la belleza cotidiana del mundo, de la realidad de vivir, respirar, moverse y comer, era lo que necesitaba en momentos como ese.

Él no respondió; simplemente la rodeó con un brazo, apoyando una de sus fuertes y grandes manos en su espalda.

La batalla del golfo de Zathin no fue una victoria, al menos para Mota. Él no era un héroe como sus camaradas, como la capitana Atamu, como la mariscal Mazoti. Ellos habían detenido la carnicería de los lyucu pagando el precio más alto, mientras que a él se le había juzgado tan cobarde que ni siquiera un garinafin quiso acabar con él. La culpa le atormentaba en cada momento de vigilia. Se alegró de que le licenciaran, de recibir su última paga y poder desaparecer en la oscuridad.

Al igual que el hegemón, que se negó a volver a casa, a Tunoa, porque no podía soportar la vergüenza de encontrarse frente a frente con los ancianos, las viudas y los huérfanos que le habían confiado a sus hijos, maridos y padres, Mota no soportaba la idea de regresar a casa, a Tunoa, y tener que explicar por qué había sobrevivido. Decidió vagar por las islas, entreteniendo a los viandantes en los mercados con proezas de fuerza física. *Es para lo único que valgo*, pensaba. *Un payaso, un bruto, un fracaso.*

Pero aunque el álamo temblón deseara quedarse quieto, el viento no paraba de soplar. Las secuelas de la guerra le dejaron conmocionado. Se firmó un tratado de paz. La nueva emperatriz Üna, hija del emperador Ragin y nombrada sucesora, dirigió un ataque contra los refuerzos de los lyucu que cruzaban el Muro de las Tormentas. Murió en el intento, aunque el Muro derrotó a los

refuerzos.

Y luego dio la impresión de que todo el mundo tenía prisa por olvidar la guerra, olvidar a Rui y Dasu, olvidar el modo en que habían muerto el emperador Ragin, la mariscal Mazoti y la emperatriz Üna. El humillante tratado de paz, que exigía a Dara el pago de un tributo a los lyucu cada estación, se celebró como un acuerdo comercial que preservaba la paz. No se erigieron monumentos en memoria de la batalla del golfo de Zathin. Se suspendieron los esfuerzos por recuperar los cuerpos y los huesos de los caídos aquel terrible día. No hubo ninguna campaña de reclutamiento para reforzar el ejército, la armada o la fuerza aérea. La emperatriz Jia, la regente, no habló de aprovechar la primera oportunidad para liberar al pueblo de las islas conquistadas.

Los hombres y mujeres que habían luchado y muerto para rechazar a los lyucu fueron borrados. Sus nombres quedaron registrados en placas en el Salón de Mutagé, pero la Compañía Imperial no representó ninguna obra para celebrar sus vidas, el Trono no encargó poemas para recordar su valentía, la emperatriz Jia no hizo ninguna proclamación el día del Festival de Arreglo de Sepulturas instando a todos a recordar su sacrificio.

Incluso el nombre de la mariscal Mazoti apenas salía de los labios de la regente, como si la mariscal no fuera una heroína, sino una vergüenza, y su muerte fuera tan intranscendente como una pluma al viento.

Los funcionarios, los eruditos e incluso los narradores de historias populares siguieron el ejemplo de la regente. Tras una breve explosión de interés por las historias sobre la mariscal Mazoti y el grupo de combatientes que había reunido en torno a ella en el golfo de Zathin, las representaciones se fueron apagando. A los narradores de historias les preocupaba que la actitud de Jia fuese una señal de la postura oficial sobre la mariscal.

Fue una traidora que apenas se redimió en aquella batalla, murmuraba la gente*, mejor ni mencionarla.*

—También debería haber semillas de loto frescas —dijo Arona—. Vamos a comprarlas al mercado y te prepararé una sopa fría dulce. Siempre te ha gustado.

Él le dio unas palmaditas en la espalda para que supiera que la estaba escuchando, y agradeció el poder pensar en una sopa fría y dulce de semillas de loto y no en la bilis amarga de la rabia, rabia por un trono que parecía tratar a quienes habían combatido por la fe y el amor como si fueran desechables, como sacrificios inconvenientes que era mejor relegar al olvido.

Y la indiferencia y la desmemoria oficial no se limitaban a los muertos. Con el emperador prácticamente desaparecido de Pan, haciendo quién sabe qué por su cuenta, la regente se esforzaba por hacer olvidar al pueblo el continuo sufrimiento de Rui y Dasu. Los refugiados de Dara Irredenta eran primero secuestrados en campos y luego liberados en silencio, sin dar publicidad a sus desgarradoras historias de esclavitud y masacres bajo los lyucu. La emperatriz Jia y el primer ministro Cogo Yelu se centraban en el comercio, la agricultura, el fomento del aprendizaje y la erudición en lo que quedaba de Dara, como si las bolsas rebosantes de monedas y las casas índigo llenas de música y danza pudieran ahogar los gritos del pueblo abandonado en las tierras conquistadas.

No hubo pensiones ni honores especiales para los marineros, soldados y aviadores que habían combatido en la batalla del golfo de Zathin. No se consideraba que ser un soldado, un guerrero que había combatido por la supervivencia de Dara, mereciera un reconocimiento. Los veteranos que deseaban regresar a la vida civil se retiraban sin nada más que sus salarios y la promesa de un pedazo de tierra en algún rincón remoto de Dara. Muchos veteranos vendieron esa tierra y destinaron el dinero a la bebida o al juego, demasiado decepcionados por la frialdad con que la emperatriz apreciaba sus servicios.

Podía vivir con la culpa de haber sobrevivido, con la vergüenza de ser incapaz de vivir a la altura de los ideales de sus propios héroes. Pero lo que no podía soportar era la idea de que sus camaradas hubieran muerto en vano, de que se olvidara el nombre de la capitana Atamu, de que se considerara a la mariscal Mazoti una traidora que apenas se había redimido. No podía tolerar la idea de que se permitiera a los lyucu echar raíces en Rui y Dasu, esclavizar y masacrar mientras engordaban merced al tributo del resto de Dara.

Mota se dio cuenta de que la emperatriz Jia era una tirana. Su recelo de los hombres y mujeres que tomaron las armas para defender su patria se basaba en su pasión por el poder.

—Vamos —dijo Arona—. Tengo hambre. Puede que tú seas lo bastante fuerte para saltarte comidas cuando te apetece, pero yo me pongo de mal humor si estoy hambrienta. Tenemos mucho que pensar y planear para la ronda final de la competición, y Rati, Widi y yo no hemos olvidado lo que quieres. A lo mejor hay una manera de ganar la competición y entrar allí.

—Gracias, Rona —dijo Mota. Solo él podía llamarla por su diminutivo, al igual que solo ella podía tocarle las cicatrices de la espalda.

Mota le dio un achuchón cariñoso con el brazo, agradecido. Ella le mantenía anclado al presente, con esperanza para el futuro. Sentía no poder entregarse por completo a ella, a la vida que ella deseaba.

Oh, dioses de Dara, ayudadme en mi tarea.

Él podría no ser un héroe, pero se iba a asegurar de que los verdaderos héroes no fuesen olvidados.

Y tal vez entonces estaría finalmente en paz, podría finalmente ser el hombre que Arona se merecía.

Como los grandes restaurantes de Dara solían ser los lugares escogidos para celebrar los banquetes y reuniones oficiales de las personas notables —celebraciones de la victoria para almirantes triunfantes que regresan de una expedición contra los piratas, recepciones de comisarios del circuito, certámenes de poesía, concursos de acertijos de ideogramas, debates entre filósofos, la presentación de una prominente artista o cantante, y demás— se esperaba de ellos que no solo proporcionaran un gran servicio y una deliciosa comida, sino también que ofrecieran un entretenimiento adecuado cuando así se les requería.

Además, como los restaurantes importantes eran instituciones en la ciudad, el público esperaba que patrocinaran espectáculos en las grandes fiestas como el Año Nuevo o el Festival de las Linternas. El tema para la contienda propuesto por Tiphan Huto se centraba en este último aspecto de la restauración. El Cofre del Tesoro y La Espléndida Jarra debían montar una producción que pudiera hacer honor al título de Mejor Restaurante de Ginpen.

—¿Por qué no podemos hacer lo mismo que hacemos para Año Nuevo? —preguntó la viuda Wasu—. La exhibición de fuegos artificiales es siempre un éxito.

—No se puede repetir lo que siempre se ha hecho —dijo Diente de León—. La gente espera algo nuevo, algo espectacular.

—¿Cómo qué?

—Se me ocurren un montón de ideas —dijo Diente de León—. Pero, a diferencia de la comida y el servicio, el entretenimiento es un terreno mucho más abierto, de potencial ilimitado. Puede resultar difícil ganarles si no conocemos su plan.

—No será difícil.

Todos callaron. Quien había hablado era Mota, que lo hacía tan pocas veces que en ocasiones Diente de León y Kinri se olvidaban de él. De hecho, Diente de León parecía algo desconcertada por la contradicción de Mota.

—Todo el mundo tiende a confiar en su propia fuerza —dijo Mota —. Incluso cuando les falla. Los lyucu estaban tan orgullosos de sus

garinafins que ni siquiera cuando recibieron indicios de que la mariscal Mazoti estaba preparando armas que podían hacerles frente adoptaron una técnica de combate nueva.

Kinri enrojeció al oír esto, pero hizo un esfuerzo para centrarse en el tema que estaban tratando.

—¿De qué nos sirve eso ahora?

Diente de León entró en la conversación.

—¿Estás diciendo que Tiphan Huto se aferrará a su fuerza aunque no le sirviera para vencer en el pasado?

Mota asintió.

—Es como un relato sobre ti mismo del que no puedes escapar —susurró Diente de León—. Aunque no te guste el relato, no puedes dejar de repetirlo.

Ahora fue Mota el que parecía algo desconcertado.

—Entonces, ¿cuál creemos que es la fuerza de Tiphan Huto? —preguntó Kinri.

Se produjo una cacofonía de voces.

—La astucia.

—La falta de moral.

—¡El engaño!

—¡El juego sucio!

—No, no —dijo Diente de León—. Creo que no es eso lo que Mota quería decir. Podemos pensar todas esas cosas terribles sobre Tiphan, pero no es así como él se ve. Nunca somos los malos en nuestros propios relatos.

Mota asintió. Levantó una mano e hizo el gesto de levantar algo pesado en la palma.

—¿El oro? —preguntó la viuda Wasu.

—Correcto —dijo Diente de León—. Aunque probablemente él lo definiría como «poder», «dominio de los recursos», «generosidad», o algo parecido.

—Creo que eso tiene sentido —dijo Mati—. En la primera ronda, utilizó los ingredientes más caros y los preparó de la manera más fastuosa.

—Y en la segunda ronda, dedicó sus recursos a la decoración, las lámparas, y a seleccionar y traer por aeronave a empleados de todas las islas —dijo Lodan.

—Le impresionan las cosas que puedes comprar si tienes un montón de dinero —dijo la viuda Wasu, captando la idea—. Así que piensa que los demás quedarán impresionados de la misma manera. Y, como en esta ronda estamos autorizados a contratar personal ajeno para la actuación, él contratará a los artistas que le resulten más

impresionantes.

—Ese es el relato que repite todo el tiempo —dijo Kinri—. Pero, como lo conocemos, podemos idear nuestro propio relato para contrarrestarlo —Diente de León y él se sonrieron.

Mota volvió a quedar en silencio, pensando en las palabras de Diente de León.

Es como un relato sobre ti mismo del que no puedes escapar.

Kinri se topó con Diente de León, que pintaba en el patio de la cocina.

El lugar estaba atestado. Tras la victoria en la segunda ronda, muchos empleados habían vuelto a trabajar al restaurante, convencidos de que la supuesta maldición de La Espléndida Jarra era una tontería. Mientras los cocineros y sus pinches se movían apurados entre los hornos de pan y los fogones solares de espejos curvos, transportando agua y leña, desplumando pollos y limpiando pescado, sacando ingredientes de la bodega, colocando platos de natillas en bandejas para ser flameados, Diente de León estaba tras su caballete en medio de todo el ajetreo, estudiando la conmoción que la rodeaba en un estado de profunda concentración. De vez en cuando trazaba con decisión unas pinceladas sobre el papel.

Se aproximó a ella en silencio por detrás, para no molestarla, con la idea de echar un vistazo rápido a su trabajo antes de retomar sus obligaciones. Lodan y Mati estaban atendiendo un servicio de cenas muy concurrido y necesitaban todas las manos.

El cuadro en el que estaba trabajando no era muy grande, de unos cuatro pies cuadrados. No retrataba de forma reconocible la escena que tenía delante. Diente de León había utilizado tinta negra exclusivamente, y el papel estaba dominado por manchas de formas irregulares de distintos tamaños, intercaladas por finos trazos que se curvaban y arremolinaban. De vez en cuando mojaba el pincel en el tintero situado a sus pies, retrocedía y lanzaba tinta con el pincel desde lejos, para salpicar toda la hoja de pequeños puntos. Trabajaba con tanta energía que tenía el vestido cubierto de salpicaduras, y hasta la cara estaba manchada de alguna pincelada.

Kinri se quedó mirando el cuadro, con la boca abierta. Había visto muchas pinturas al estilo de Dara tanto en Ukyu-taasa como aquí, en los mercados de Ginpen, pero nunca había contemplado nada parecido. Recordaba a los trazos frenéticos y los ideogramas irregulares de la caligrafía del viento, las pisadas de los charranes en una playa con marea baja, las telarañas engalanadas de rocío al amanecer, los regueros viscosos de lava helada cubiertos de escarcha invernal.

Pero a lo que más le recordaba, se dio cuenta, era a las pinturas

vocales de los lyucu.

De repente, Diente de León dio un paso atrás, con el pincel en alto por encima de sus hombros, preparándose para arrojar nuevas salpicaduras. Kinri, que estaba embelesado, no pudo retirarse a tiempo y el pincel empapado en tinta le golpeó directamente en la nariz.

Después de algunos chillidos y mutuas disculpas, ambos quedaron mirándose. Diente de León contenía la risa ante la mancha negra que cubría por completo la nariz de Kinri y buena parte de su cara.

—Supongo que esta es una manera de convertirte en parte de mi cuadro —dijo Diente de León—. Pero por lo general aconsejo a mis modelos que se sienten enfrente, no que fisguen por detrás de mí.

Kinri se aguantó la risa y se frotó la nariz.

—Creo que el cuadro es hermoso.

Diente de León estaba acostumbrada a que los chicos alabaran sus pinturas (bueno, excepto el aborrecible Gimoto). Sabía que, la mayor parte de las veces, en realidad no comentaban el cuadro, igual que los hombres que celebraban fiestas de té en las casas índigo escribían poemas sobre la fragancia de la bebida mientras mantenían los ojos puestos en las chicas que preparaban la infusión. Le molestaba esa clase de falsos elogios, y le decepcionaba oírsela a Kinri. Así que, malévolamente, ladeó la cabeza.

—¿Lo piensas realmente?

—Sí lo… lo pienso —tartamudeó. Se sintió bastante intimidado por la forma en que le miró, y no se atrevió a mirarla directamente.

—Entonces dime —dijo ella, mordiendo el mango del pincel y señalando el horno de pan—, ¿dónde está ese horno en mi cuadro?

Kinri frunció el ceño.

—Está en el cuadro y al mismo tiempo no está en el cuadro.

—Ah, ¿qué quieres decir?

Kinri se acercó a la pintura.

—Esta masa informe de aquí tiene el peso de un horno; ese remolino de ahí posee la ligereza del humo; estos hilillos capturan la masa pegajosa que está dentro; esos trazos largos evocan la energía de la panadera cuando corre a la cocina con el pan caliente; y los puntos de arriba… puedo saborear cómo cruje la corteza en mi boca cuando los miro… Aunque no hay nada que parezca claramente un horno en el cuadro. Has pintado el espíritu del horno, pero no su materia; nunca vi a nadie que hiciera algo así, al menos en Ginpen… —se detuvo al observar la expresión de Diente de León—. Lo siento. No sé de lo que estoy hablando. No sé nada de arte.

Con un parpadeo, Diente de León se enjugó las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—No, no has dicho nada malo… Es solo que… nadie ha entendido jamás mis pinturas, ni siquiera mi hermano.

—Es… muy hermosa —dijo Kinri torpemente—. Se parece a los rastros que dejan los caracoles sobre las hojas de las plataneras… poco antes de que el sol se oculte, ya sabes, con arcos brillantes en las nervaduras como pequeños arcoíris dorados; te indican lo mucho que tiene que esforzarse el caracol a cada pulgada y te hacen preguntarte qué pensará el caracol… —tragó saliva y añadió, nervioso—: No te enfades porque compare tu pintura con la baba de un caracol… en realidad me faltan las palabras.

—No voy a enfadarme —dijo ella con dulzura—. Hablas desde el corazón, y toda verdad es hermosa y debería valorarse.

¿Es eso cierto?, se preguntó. *¿Puedo contarte la verdad sobre mí y que sigas pensando que es hermosa?*

—Has mencionado que jamás viste a nadie pintar así en Ginpen —dijo Diente de León—. ¿Eso significa que lo has visto en otros lugares?

Él sacudió la cabeza.

—No, no en cuadros a pincel, pero me recuerda las pinturas vocales de allí de donde vengo.

Entonces le habló de las danzas que cuentan historias, de los tambores de cactus y del modo en que los chamanes pintaban con su voz y su música.

—Una pintura vocal captura el espíritu de la historia, no las cicatrices-palabras —dijo, recurriendo inconscientemente a una versión traducida del *kenning* lyucu. A medida que hablaba, sus ojos se fueron nublando al sentir la dolorosa nostalgia del hogar, mientras Diente de León escuchaba atentamente, intentando imaginar la escena.

Cuando hubo terminado, ella dijo:

—Ojalá pudiera ver algún día cómo hacen esa pintura vocal… Aunque el chamán sea lyucu y yo dara, estoy segura de que podríamos conversar de nuestro arte…

Kinri sintió una punzada en el corazón ante la imposibilidad de que ese deseo pudiera colmarse.

—¿Pueden asistir los criados a esas danzas que narran historias? —preguntó Diente de León.

Kinri sacudió la cabeza.

—No. Las danzas que narran historias son sagradas… —demasiado tarde se dio cuenta de que él, supuestamente, era también un criado nativo—… la mayoría… la mayoría de las veces —terminó de decir débilmente.

Afortunadamente Diente de León no pareció darse cuenta.

—¿Recuerdas alguna de las historias que pintaron en las danzas que narran historias?

Contento de poder cambiar el tema de conversación, Kinri le contó la historia de Kikisavo y Afir. Diente de León estaba encantada y no perdió detalle. Al final, dijo:

—Es una lástima que no pudieran seguir siendo amigos después de todo por lo que pasaron. Me recuerda a cuando el emperador Ragin y el hegemón se pelearon a pesar de todas las experiencias que vivieron juntos.

Para Kinri fue extraño que se comparara a los grandes héroes del pueblo de las planicies con dos crueles tiranos de Dara, pero después de vivir tanto tiempo en Dara, los relatos de los tutores asignados por la corte ya no le parecían la verdad absoluta.

—¿Cómo se te ocurrió esta forma de pintar? —preguntó a Diente de León.

—Me inspiré en la señora Mira, mi heroína favorita —dijo ella.

—¿La señora Mira? ¿La consorte del hegemón? —Kinri estaba espantado. No concebía que la amante del hegemón pudiera tener algo heroico.

Diente de León asintió.

—Lo que todos saben de ella es que se suicidó por el hegemón, pero también fue una gran artista. Bordaba retratos del hegemón compuestos por figuras geométricas y rayas simples y atrevidas. Creo que son mejores que todos los retratos que le hicieron los pintores cortesanos de formación clásica.

Kinri, a quien no le interesaba la historia del arte, desconocía esos retratos. Diente de León quitó el cuadro del caballete y recreó para Kinri bocetos de los retratos bordados sobre una hoja de papel limpia.

—¿Pero qué tiene eso de heroico?

—Mientras todos se acobardaban delante del hegemón, ella le confrontó y le decía la verdad. Mientras todos los demás huían de él, ella se atrevió a amarlo y lo veía como él quería ser visto, no como los demás esperaban que fuera. Ella fue la única que le entendió.

Kinri se mantuvo en silencio. *Mientras todos se acobardaban… ella se atrevió a amarlo.*

—Mi hermana no tenía una buena opinión de Mira. «¡Dedicó su vida a otra persona y su mayor triunfo fue haber amado a un hombre!». ¡Como si por alguna razón morir por amor fuera peor que morir por un rey, como si valorar el amor fuera menos que valorar cualquier otro ideal!

»Pero yo creo que a Mira se la juzgó mal. Al igual que fue la única que entendió al hegemón, el hegemón fue el único que la entendió a

ella. En esa época nadie comprendió sus bordados, excepto él. Valoraba su trabajo más que el oro, más que las espadas legendarias y los sellos de los reyes Tiro. Ella fue la última persona por la que él derramó lágrimas antes de morir, y lo único que recuperaron de su cuerpo fue un pañuelo bordado por Mira. En esas líneas atrevidas y en el desafiante rechazo a *representar*, él reconocía su grandioso espíritu. Él apreciaba la manera en que ella vislumbraba y comprendía el mundo, lo hacía suyo.

»Para una artista, su obra, la manera en que ve el mundo, es más preciosa que el yo. Ella le veía como él quería que le vieran, pero él vio la visión de ella como ella deseaba que la vieran.

»Kon Fiji dijo que los hombres deberían estar dispuestos a morir por los grandes señores que reconocen su talento. Pero yo creo que la palabra «talento» ha sido mal traducida del original en anu clásico. Un término mejor sería «naturaleza», o capacidad, tendencia, calidad de espíritu. El hegemón reconocía la naturaleza de Mira; él era el espejo del alma de ella. Esa es la razón por la que ella murió, no menos heroicamente que Ratho Miro o Mün Çakri.

Kinri estaba anonadado. No podía evitar pensar que las explicaciones de Diente de León eran algo más que una lección sobre arte. Se miraron a los ojos.

¿Podemos vernos uno al otro como queremos ser vistos? ¿Podemos reconocer nuestra alma en la visión del otro? ¿Debería…

—¡Kinri! ¿Dónde está ese bloque de hielo? —gritó Mati desde la puerta de la cocina.

Kinri se disculpó y salió corriendo, pero las palabras y el cuadro de Diente de León siguieron ocupando largo rato sus pensamientos.

—¡Bienvenidos, bienvenidos a la última y decisiva ronda de la batalla entre El Cofre del Tesoro y La Espléndida Jarra! —dijo Séca.

—Tengo la sensación de que hoy vamos a presenciar algo espectacular —dijo Lolo—. Se acabó: ¡una última tanda y todo para el ganador! ¿Defenderá su corona La Espléndida Jarra? ¿O El Cofre del Tesoro desbancará al campeón? Después de lo de hoy, creo que la fiesta del próximo Año Nuevo va a ser una pequeña decepción.

Ambos volvían a hablar desde lo alto de un escenario construido en la Plaza del Templo, con el jurado sentado detrás, en una mesa baja. También en esta ocasión los jueces habían sido seleccionados entre los notables de la sociedad de Ginpen, sobre todo entre los gestores de los teatros y las casas índigo, dramaturgos y críticos, directores de compañías de teatro, actores y actrices, diseñadores de fuegos artificiales y otros expertos en el negocio del entretenimiento y el espectáculo.

Durante semanas, la contienda entre los dos restaurantes había dominado todas las conversaciones en la ciudad. Los narradores de historias de las casas de té y las plazas del mercado ofrecían vívidas descripciones de las creaciones culinarias de Mozo Mu y de los carritos conducidos por animales en La Jarra, con generosas porciones de exageración, y los espectadores que no habían podido presenciar esas rondas de la competición suspiraban, lamentándose, y se juraban asistir a la ronda final.

Al mismo tiempo, la competencia para formar parte del jurado, el premio más atractivo del momento entre la alta sociedad de Ginpen, fue tan intensa que dio lugar a numerosas conspiraciones y rompió muchas amistades. Al final, Lolo y Séca tuvieron que optar por extraer ideogramas de una vasija para establecer el panel definitivo de jueces.

Una inmensa muchedumbre, mucho mayor que la que se había reunido para la primera ronda, llenaba la plaza. Se había juntado tanta gente para contemplar los espectáculos que presentarían ambos restaurantes que los vendedores ambulantes estaban haciendo su agosto sirviendo agua helada, sopa fría de ciruela amarga e incluso una imitación del Festín de Rapa.

Séca y Lolo echaron un vistazo a la viuda Wasu y al director Giphi, sentados en extremos opuestos del escenario. Tiphan Huto alegó que estaba demasiado ocupado por el propio espectáculo y envió al leal Giphi en su lugar.

—¿Estáis preparados, gran señora Wasu y señor Giphi? —preguntó Séca.

Los aludidos asintieron con una sonrisa.

—¡Entonces, que gane el restaurante más interesante! —proclamó Lolo.

Como perdedor de la última ronda, esta vez El Cofre del Tesoro pudo elegir si concursar el primero o el último. Tiphan Huto, que confiaba en el proverbio militar que afirma que es mejor golpear primero, decidió ir antes que la viuda Wasu.

—Pueblo de Ginpen —declaró Giphi, vestido para la ocasión con una túnica oscura de corte clásico que había sido popular unos cincuenta años antes. La multitud guardó silencio—. Ginpen es una ciudad rica en historia, y vuestras reacciones durante la competición de cocina me dieron a entender la importancia que todos concedéis a la historia.

—Parece que van a intentar robarnos la idea —murmuró Diente de León a Kinri. Estaban al pie del escenario, cerca de la primera línea de la multitud.

Kinri asintió, con el corazón acelerado. Si El Cofre del Tesoro había

tomado nota del modo en que Diente de León hiló la historia con el presente para ofrecer un relato atractivo en la competición de cocina, eso les convertiría en formidables adversarios.

Giphi respiró profundamente y gritó para que le oyeran en toda la plaza.

—¡Esta noche vamos a revivir una de las mayores escenas de los anales de esta ciudad y de las crónicas de Dara!

La gente que estaba en el lado oeste de la Plaza del Templo se apartó al escuchar un fuerte sonido de trompetas acompañado de un estruendo de tambores, al igual que el océano se divide ante el avance de la proa de un barco-ciudad. En un momento se abrió una amplia avenida en mitad de la plaza.

Ese hueco fue ocupado por un desfile. Lo abrían siete elefantes de Écofi, envueltos en los colores de los siete antiguos estados Tiro. Hombres y mujeres jóvenes bien parecidos —los empleados que trabajaban en El Cofre del Tesoro la noche de la competición del servicio— esparcían pétalos de rosa rupestre y pulverizaban sobre la multitud agua de rosas, ofreciendo un agradable alivio del cálido sol.

—Por las Gemelas —susurró la viuda Wasu, de pie sobre el escenario y apoyada en Lodan—. Creo que ya sé lo que pretende. Cuando era joven presencié un desfile como este en Zudi.

Tras los elefantes avanzaba una falange de hombres a pie, cuyos torsos desnudos exhibían una musculatura bronceada y untada de aceite. Volteaban las espadas de tal modo que giraban como crisantemos azul metálico en flor.

—¡Danzantes de la espada de Cocru! —susurró Diente de León a Kinri, inclinándose para que pudiera oírla. Estaba sentada sobre sus hombros para poder ver por encima de las cabezas de la multitud que tenía delante—. Jamás he visto tantos al mismo tiempo.

—No sé cómo pueden girar las espadas de ese modo sin herirse —susurró Kinri.

Tras los danzantes de la espada venía un grupo de mujeres jóvenes, todas exactamente de la misma altura y vestidas con la misma seda diáfana que desvelaba sus ágiles curvas. Daban vueltas seductoramente, agitando en el aire sus largas mangas y trazando espirales y arcos que recordaban los jirones de niebla que envuelven la escarpada muralla de los acantilados de Boama.

Nuevos murmullos de excitación surgieron entre la multitud.

—¡Las bailarinas del velo de Faça!

—Pensaba que ese arte se había perdido. Solo había visto la versión con marionetas…

—La última vez… fue cuando Mapidéré pasó por aquí…

Por la plaza fueron desfilando falange tras falange de bailarinas, músicos, malabaristas, domadores de animales, acróbatas… Algunos exhibían sus habilidades encima de carrozas que mostraban escenas en miniatura de maravillas de toda Dara: una fuente a escala de las cataratas Rufizo; maquetas del monte Rapa y el monte Kana construidas con masa de pan coloreada, con un palacio esculpido en hielo en uno de ellos y la silueta de un castillo en llamas en el otro; actores y actrices disfrazados de dioses y diosas bebiendo hidromiel en un valle de las montañas Wisoti, señalando a la distancia y discutiendo, como si debatieran el futuro de Dara; eruditos caminando en zancos y cantando pasajes de los clásicos anu…

Por último, casi al final de la cabalgata, llegaba un enorme palanquín de seda y bambú. Cargado a hombros de cincuenta hombres sobre varas de bambú entrecruzadas, el palanquín era una reproducción en miniatura de El Cofre del Tesoro: dividido en cinco plantas, las cuatro inferiores estaban pintadas a semejanza de uno de los reinos del Fuego, Agua, Tierra y Aire. En la cúspide, apoyado en un almohadón en *thakrido,* como un augusto soberano, Tiphan Huto saludaba pletórico a la multitud. Por debajo y alrededor de él, un grupo de cantantes coreaba los famosos versos de Lügo Crupo, primer ministro del temido emperador Mapidéré:

Al norte, la fértil Faça, verde como los ojos del benévolo Rufizo,
con pastizales besados constantemente por la dulce lluvia y
colinas escarpadas envueltas en la niebla.
Al oeste, la fascinante Amu, la joya de Tututika,
de luminosa elegancia, cuyas ciudades de filigrana rodean dos lagos azules.
…

—Está recreando literalmente el desfile de victoria del emperador Mapidéré en Ginpen —murmuró la viuda Wasu—. ¿Cómo se le ha ocurrido pensar que es una buena idea?

Los espectadores de más edad se mantenían en silencio, contemplando la cabalgata con expresiones complejas. Algunos parecían furiosos y gritaban ante esta exhibición que parecía burlarse de los héroes de la rebelión que habían ofrecido resistencia ante la tiranía de Xana, antes y después de la unificación.

Pero pronto les hicieron callar los miembros más jóvenes del público, en su mayoría impresionados por el espectáculo. Daban vítores, aplaudían y hablaban entusiasmados sobre las maravillas que tenían delante.

Diente de León arrugó la frente.

—Mapidéré fue un déspota, ¿no? —preguntó Kinri. Al menos este aspecto de las enseñanzas de sus tutores de la corte parecía comúnmente aceptado en Dara. Le confundía que muchas personas le aclamaran y saludaran, y que algunas gritaran: «¡Larga vida a Tiphan Huto!». Parecía como si pensaran que todo formaba parte de una broma, de una farsa.

—Tiphan es más astuto de lo que pensaba —dijo Diente de León en voz baja. Descendió de los hombros de Kinri—. Sabía que iría a por todas y que intentaría apabullar a la multitud con un despliegue de poder y riqueza, pero no contaba con que fuera a aprovechar una antigua historia para infundirle nueva vida.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha lo que cantan. Huto ha cambiado la letra.

Postraos, postraos, postraos ante Dara, Zenith, Gobernadora del Aire.
¿Por qué resistirse? ¿Por qué persistir contra los anojiti en una lucha que no podéis ganar?

—Así que ha cambiado Xana por Dara… —murmuró Kinri—. Pero sigue siendo una canción que alaba a un tirano.

Widi, que había estado escuchando, entró en la conversación.

—El emperador Mapidéré siempre ha sido una figura controvertida. La Casa del Diente de León empezó como una rebelión contra la tiranía ejercida por Xana hacia los estados Tiro, pero al triunfar la rebelión, en lugar de restaurar los estados Tiro independientes como deseaba el hegemón, el emperador Ragin recreó el imperio xana bajo un nombre distinto, aunque en una versión mucho más blanda y organizada.

—Lo hizo para evitar caer nuevamente en la trampa de unos estados Tiro beligerantes, y porque creía que podía continuar con los aspectos de la gran tarea de Mapidéré que beneficiaban al pueblo y evitar los aspectos que eran malos —dijo Diente de León, en un tono que parecía un poco a la defensiva.

—Por supuesto —dijo Widi—. No estoy diciendo que el emperador Ragin estuviera equivocado. Solo señalo que la Casa del Diente de León no pudo condenar todo el legado de Mapidéré, y eso ha dejado una puerta abierta a Tiphan.

—¿Cómo es posible que haya tanta gente dispuesta a celebrar un desfile que evoca a un tirano?

—Aquellos que no experimentaron en propia carne el sufrimiento tienen la tendencia de idealizar aspectos del pasado que parecen

mejores que el presente —dijo Widi—. Bajo Mapidéré, Dara estaba unida y era poderosa. De hecho, pudo permitirse enviar una expedición para buscar a los legendarios inmortales que habitaban más allá del Muro de las Tormentas. Compara eso con la situación actual, cuando dos de las islas están sometidas a la bárbara ocupación lyucu, cuando la emperatriz mantiene la paz pagando tributo…

—Cuando los veteranos de las guerras, especialmente de la guerra contra los lyucu, están olvidados —dijo Mota, que estaba a su lado.

Kinri permaneció deliberadamente en silencio durante el diálogo. Mapidéré y los horrores que había desencadenado sobre los lyucu a través del almirante Krita eran el centro de las heroicas leyendas de Pékyu Tenryo.

Widi asintió.

—Sí. La emperatriz regente parece desdeñar todas las instituciones militares y el poder castrense. Al comparar la fuerza exhibida por Mapidéré entonces y la debilidad mostrada por la emperatriz ahora, es comprensible que mucha gente tenga nostalgia de él y de todo lo asociado con él, más aún si no tiene recuerdos de su reinado o solo vagos recuerdos de la niñez. Tiphan es muy astuto al evocar la época de Mapidéré y aprovechar el anhelo del pueblo por una Dara fuerte.

Como en respuesta a esto, tras el trono-pagoda de Tiphan Huto apareció una nueva carroza. Sobre una gran plataforma con ruedas, con un vallado de papel-maché, hileras de hombres se arrodillaban con los brazos atados a la espalda, representando a prisioneros de guerra. Iban vestidos con pieles y cuero, y a su alrededor se apilaban hachas, lanzas y mazas de hueso, aparentemente un botín de guerra.

Más clamorosos vítores de la multitud, con gritos de ¡Viva Dara! ¡Larga vida a los a*nojiti*! ¡Salvad Dasu y Rui!

Kinri desvió la mirada, incapaz de contemplar esa caricatura de la derrota de su propio pueblo. Cerró los puños contra los costados. *¡Tenryo luchó para liberar a los lyucu de un tirano y vino a Dara para liberaros de más tiranías!,* quería gritar. Pero se contuvo y no se atrevió a decir ni una palabra. La rabia, el odio, la duda y el dolor de no ser comprendido batallaban dentro de su pecho.

Entonces volvió a mirar al «vagón de prisioneros». Esas armas…

—¡Son reales! —soltó de golpe.

Diente de León se giró hacia él.

—¿Qué?

Kinri tardó un instante en recomponerse.

—Las mazas de hueso y las hachas… parecen de verdad. He visto muchas armas de hueso en… Dara Irredenta, y sé que cada una tiene un diseño especial según el clan o la tribu de su dueño. Esas armas de

hueso no son de mentira; son reales.

—Pueden ser utilería —dijo Widi—, simplemente utilería bien hecha.

—¿Para qué iba Tiphan a gastar recursos en fabricar armas lyucu que parezcan reales? —preguntó Diente de León—. Nadie, excepto este thasé-teki, notaría la diferencia. No tengo la impresión de que a Tiphan le importe mucho el realismo.

—Eso es cierto… no es típico de él —reflexionó Widi—. Quizá no ha sido él… sino que ha contratado a un refugiado de Dara Irredenta familiarizado con el armamento lyucu para que le hiciera el diseño —pero no parecía muy convencido de su explicación.

—Tenemos que investigarlo —insistió Diente de León. Luego, frunciendo el ceño, volvió al tema general del desfile—. La historia siempre es un relato del pasado vuelto a contar en el presente. Y ahora Tiphan ha contado un relato que la población de Ginpen, especialmente los más jóvenes, anhelan…

El resto de lo que iba a decir quedó ahogado por una explosión de ensordecedores vítores, cuando una flota de elegantes aeronaves preparadas para la guerra aparecieron por encima de sus cabezas.

En realidad eran aeronaves utilizadas por el imperio comercial del clan Huto para el transporte de productos perecederos, repintadas para asemejarse a aeronaves militares. En todo caso, evocaban leyendas y recuerdos de una época en la que Dara movilizaba enormes aeronaves, que empleaban el gas elevador puro procedente del lago Dako, infundiendo temor a todo aquel que se atreviera a atacarla; a diferencia de hoy, cuando las aeronaves son modestas naves que solo sirven para transportar cargas efímeras y pasajeros adinerados, alimentadas por gas inflamable procedente de la fermentación de estiércol, lo que supone un peligro para cualquiera que desee volar.

De hecho, desde que las islas principales perdieron el acceso a la única fuente de gas elevador en Rui, las antiguas aeronaves imperiales habían permanecido en tierra o se habían modernizado para emplear el nuevo gas de estiércol. Aparentemente, la emperatriz Jia consideraba que las aeronaves militares eran una provocación potencial para los lyucu; por ello, respaldada por el Consejo Interno, se negó a asignar fondos para la construcción de nuevas aeronaves y retiró a las fuerzas aéreas la financiación necesaria para mantener las antiguas. Se rumoreaba que Than Carucono se había visto obligado a reducir el entrenamiento de la fuerza aérea al mínimo y que los aviadores tenían que practicar maniobras sobre el suelo, ante la imposibilidad de volar.

Todo el personal de La Espléndida Jarra elevó la mirada hacia las

aeronaves de guerra de imitación. No debía haber resultado barato repintar y redecorar tantas aeronaves de carga en tan poco tiempo, o sacarlas de sus rutas comerciales para esta demostración. Era evidente que Tiphan había conseguido que los ancianos del clan Huto le permitieran hacer cualquier cosa con tal de ganar.

Las aeronaves de carga pintadas no podían volar tan alto, tan lejos o tan rápido como las antiguas aeronaves militares, y parecían mucho más torpes debido a todas las características de seguridad necesarias para su uso civil. Pero, para la gente que no había visto la gloria de las aeronaves imperiales en mucho tiempo, la visión de estas imitaciones desencadenaba suspiros de asombro y admiración. Muchas personas se secaban los ojos y sentían un nudo en la garganta. Unos pocos murmuraron expresiones de queja contra la tímida emperatriz y añoraron al audaz emperador Ragin y a la intrépida mariscal Gin Mazoti.

—Bueno, esto arruina en buena medida una parte fundamental de nuestro espectáculo —dijo Rati Yera.

—Sí —dijo Widi Tucru—. Sabíamos que iban a ser ostentosos, pero aprovecharse de las emociones del público… Tengo que admitir que ha sido muy astuto.

—Todo relato tiene un contrarrelato —dijo Diente de León—. Lo único que tenemos que hacer es afinar nuestro relato para que sea mejor.

Kinri la miró y ambos mantuvieron la mirada sintiendo una conexión que no necesitaba palabras.

Él respiró hondo. Diente de León le tranquilizaba. A pesar de las emociones que le suscitaban Tiphan Huto y la multitud que vitoreaba la victoria sobre los lyucu, la sonrisa de Diente de León era siempre un rayo de sol.

—Kinri y yo reescribiremos el guion —dijo Diente de León, sobresaltando a Kinri—. Rati, ¿cuánto tiempo necesitas para modificar las máquinas adecuadamente?

Como el montaje de un gran espectáculo para el público alteraba considerablemente el tráfico de la ciudad, el magistrado Zuda pidió a los dos competidores que organizaran sus desfiles en días diferentes para evitar la paralización de Ginpen.

El Cofre del Tesoro había elegido actuar en primer lugar, lo que concedió a La Espléndida Jarra una semana adicional para su preparación.

El día de la presentación de La Espléndida Jarra, las masas entusiasmadas volvieron a dirigirse a la Plaza del Templo. Algunos especulaban que habían contratado a cincuenta compañías de ópera

popular para representar un gran desfile; otros pensaban que habría un espectáculo de pirotecnia como nunca se había visto en las islas; y también había quienes pensaban que la viuda Wasu recurriría a sus contactos con la familia imperial para que un miembro de la Casa del Diente de León apareciera por sorpresa. Los rumores crecían y las expectativas eran enormes…

… hasta que vieron lo que La Espléndida Jarra había construido en realidad.

Una gran carpa se alzaba en la Plaza del Templo, del tamaño de la sala de conferencias de una de las academias de Ginpen y con forma de cilindro con la punta cónica. Alrededor de la carpa había una valla circular de bambú y seda que ocultaba la base y la entrada, manteniendo a distancia a la multitud.

La carpa era grande, claro, pero era difícil imaginar qué clase de maravillas podían mostrarse en el interior de un espacio cerrado con capacidad similar a la de alguno de los antiguos teatros de Ginpen. Era obvio que no habría fuegos artificiales, ni aeronaves, ni una cabalgata con miles de participantes. Entre dispersos gruñidos de decepción, los recuerdos del gran desfile organizado por El Cofre del Tesoro la semana anterior parecían aún más vívidos, y muchos se preguntaban en voz alta si La Espléndida Jarra no habría claudicado e iba a darse por vencida.

—El espectáculo que ofrece hoy La Espléndida Jarra requiere tener un corazón robusto y una mente templada —anunció Lolo—. La gran señora Wasu quiere disculparse de que, por seguridad, tengáis que medir al menos esta altura para acceder al recinto —y mostró un palo con una raya roja marcada a tres cuartos de su altura.

—Espera —dijo uno de los jueces, un reputado erudito autor de *Moralidad*—. Eso excluye a la mayoría de los niños… ¡No me digas que la viuda Wasu ha montado un espectáculo basado en la excitación y la vulgaridad! Eso sería contrario a la exhortación del Verdadero Sabio…

—Os prometo que lo que hoy presentamos no pretende apelar a los instintos lujuriosos —dijo la viuda Wasu—. Debido a la falta de tiempo, no hemos podido prepararlo para usuarios de silla de ruedas o para quienes no dan la altura. Pero sin duda, en un futuro próximo, lo adaptaremos para que todos puedan disfrutarlo.

El tono confiado de la viuda Wasu y sus misteriosas palabras hicieron que el público se emocionara aún más.

Séca anunció que el espectáculo admitía a cincuenta personas cada vez. Los jueces y los miembros del público harían cola en el exterior de la valla e irían entrando por grupos.

Pimié no podía controlar la emoción cuando finalmente atravesó la entrada de la larga valla —tenía la altura justa para superar la marca roja en el palo (ayudado por el hecho de que Lolo estaba demasiado distraída para darse cuenta de que se puso de puntillas).

En el interior observó a un grupo de trabajadores con herramientas de carpintería, cubos de pintura, generadores sedamóticos y otros instrumentos. Daba la impresión de que habían acabado de construir lo que estuviera en el interior de la tienda en el último minuto y se mantenían disponibles por si hubiera que realizar ajustes.

Lleno de nerviosismo, echó un vistazo a través de la oscura rendija de la entrada a la tienda, indeciso. Al notar su agitación, Diente de León se le acercó.

—¿Tienes miedo? —le dijo en broma.

—No —respondió él, tragando con dificultad. Los anteriores visitantes habían salido de la tienda con aspecto de estar aturdidos, y cuando quienes estaban afuera les presionaron para obtener detalles, sacudieron la cabeza y les dijeron que esperaran a verlo por ellos mismos.

—A veces es divertido pasar miedo —dijo Diente de León.

Pimié fue conducido al interior de la tienda, junto con los demás miembros de su grupo, y allí les mostraron una escalerilla muy larga por la que debían subir. El interior estaba tan oscuro que apenas podían ver. Cuando sus ojos se adaptaron, se dio cuenta de que el espacioso interior de la tienda estaba ocupado por un entramado de bambú y dividido en grandes compartimentos separados por cortinas de seda. Un largo raíl construido con travesaños de madera serpenteaba por el entramado, subiendo y bajando como el cuerpo de una serpiente. El raíl le recordaba las vías usadas en las minas para introducir y sacar las vagonetas sin necesidad de construir carreteras.

En lo alto de la escalera, Pimié y los demás se encontraron en una plataforma con barandillas. Estaban muy por encima del suelo, cerca del techo de la tienda. Delante de ellos había un carro con hileras de asientos montado sobre el largo raíl.

Kinri les mostró la forma de colocarse en los asientos y asegurarse con el arnés. Una vez ajustado, el arnés fijó a Pimié al asiento, impidiéndole levantarse o moverse. Las conversaciones entre los espectadores adquirieron un tono nervioso.

—Pase lo que pase, no intentéis aflojar el arnés —dijo Kinri—. Os prometo que estaréis seguros.

Pimié estaba a punto de hacer una pregunta, pero Kinri ya se había alejado del carro e hizo una señal a uno de los trabajadores situado junto a una larga palanca cerca del raíl. El hombre tiró de ella y el

carro comenzó a deslizarse hacia delante.

A medida que bajaba por la pendiente, el carro fue adquiriendo velocidad. Los pasajeros tomaron aire. En la oscuridad, la sensación de caída y de aceleración era al mismo tiempo emocionante y aterradora.

Sobre sus cabezas retumbó una voz potente. Era la voz de Kinri, hablando a través de un sistema de tubos que resonaban y trasladaban sus palabras por toda la carpa, de un modo parecido a como lo hacían los tubos de los barcos-ciudad de Pékyu Tenryo.

Hace mucho tiempo, antes de que hubiera personas que se llamaran a sí mismas personas, antes de que hubiera dioses, océanos, islas o volcanes, el mundo era una sopa lechosa, donde la luz no estaba separada de la oscuridad, ni la vida de la no vida.

La voz firme eliminó parte del terror. Mientras el viento les empujaba los cabellos hacia atrás, los pasajeros se fueron centrando en la voz proveniente de la oscuridad, la voz que les acompañaba mientras se dirigían a mayor velocidad hacia lo desconocido.

Un día, una vaca de pelo largo, la más antigua de los gigantes y los monstruos, se bebió la leche del universo. La leche se cuajó y se desmenuzó y surgió la primera chispa de vida, el lobo.

Un aullido atronador llenó la carpa y rayos de tormenta atravesaron la oscuridad, iluminando momentáneamente el espacio alrededor del carro con brillantes fogonazos.

En la penumbra, Pimié se preguntó cuánta potencia necesitaba un generador sedamótico para crear rayos como los que acababa de ver, pero entonces, como todos los demás pasajeros, dio un grito al sentir que el carro se lanzaba contra una barrera, un acantilado liso y uniforme como la cara de la luna.

Cerró los ojos y contrajo el cuerpo todo lo que le permitía el inflexible arnés, esperando quedar aplastado por el impacto…

… Se abrieron camino a través del acantilado, que resultó ser una simple cortina de seda, y salieron a un espacio de remolinos de niebla blanca. La niebla estaba brillantemente iluminada —Pimié sospechaba que por la luz solar dirigida a esta sección separada de la tienda mediante espejos— y a través de ella pudieron vislumbrar la silueta de montañas, planicies y lagos resplandecientes.

La niebla suavizaba todo de manera que el mundo parecía recién formado, todavía solidificándose, como el cuerpo translúcido de una cigarra que acabara de mudar la piel.

El carro disminuyó la velocidad y traqueteó a lo largo del carril, suspendido en la niebla. El escenario que les rodeaba estaba pintado a una escala tal que creaba la ilusión de estar en el aire, a mucha altura. El vapor procedente de pulverizadores ocultos contribuía a crear dicha

ilusión.

La voz continuó hablando de dioses de aspecto cambiante y monstruos poderosos con dientes de tiburón y mandíbulas de lobo, de humanos acurrucados en las planicies sin medios para obtener calor o comida. A medida que el carro iba avanzando por el raíl iban cambiando las escenas que les rodeaban, que ilustraban la historia narrada por la voz.

Luego, alguna fuerza pareció apoderarse del carro como una mano gigante, y comenzó a ascender por una empinada pendiente hacia otra barrera cercana al techo de la carpa.

Pimié se mantuvo entero…

… Ahora, el mundo que les rodeaba era de color aguamarina y gigantescas sombras oscuras nadaban graciosamente por el mar simulado, ocultándose y revelándose entre los imponentes corales de papel maché.

La voz narró la lucha entre Kikisavo y Afir y Péten, la enorme ballena. El carro se inclinaba, giraba, caía en picado y se elevaba a través de esta imitación del océano, recreando la emoción de la lucha mítica contra el dios tramposo.

Unas enormes fauces surgieron amenazantes por la izquierda, con la intención de tragarse a los pasajeros. Entonces el carro dio un giro brusco, ascendió e hizo un tirabuzón por el mar mientras los pasajeros comprobaban que iban cabeza abajo, sujetos a los asientos solo por la fuerza de la aceleración del carro y por los arneses. Pimié gritó, con los demás pasajeros, y se tapó los ojos mientras el carro aceleraba por el carril.

Durante diez días y diez noches, Kikisavo y Afir lucharon contra la gran ballena, sin ceder ni una pulgada. Las olas formadas por su combate asolaron la costa e innumerables moradores del mar fueron arrojados a la orilla, proporcionando un regalo a las tribus que vivían en el litoral.

A pesar del terror, Pimié no pudo evitar abrir los ojos de nuevo para presenciar la increíble escena que le rodeaba. Tenía el corazón en la garganta, deseaba que la experiencia acabara lo antes posible y, al mismo tiempo, que durara eternamente.

…

Precipitándose de un espacio a otro, Pimié y sus compañeros vivieron la historia de la creación de los lyucu y de los agon. Planearon a lomos de un garinafin y lucharon contra la ventisca y la lluvia en las planicies abiertas. Caminaron fatigosamente bajo el calor mortal del desierto interminable del sur y tiritaron con el frío que helaba los huesos de los páramos helados del norte. Fueron testigos del cruel engaño de los dioses, así como del ingenioso coraje sin límites de los

dos compañeros mortales. Gritaron de alegría, chillaron de terror.

No solo escucharon la historia, la sintieron en su cuerpo a medida que el carro acompañaba las subidas y bajadas del relato, daba giros y vueltas, les hundía en las profundidades de la desesperación antes de elevarles a las alturas del éxtasis, les permitía relajarse en los episodios tranquilos de contemplación del paisaje y bromas, antes de zarandearles a través de estrechas salidas y momentos de máxima tensión. Mientras el carro recorría el carril, todos sus sentidos se vieron asaltados y experimentaron la sensación de ser héroes extraordinarios dentro de un mito viviente.

Cuando el carro traqueteó hasta la seguridad del muelle donde había comenzado el viaje y se detuvo suavemente, Pimié comprendió las miradas de asombro y confusión de los pasajeros anteriores. Era, realmente, una experiencia que no podía transcribirse en palabras.

Deseaba volver a realizar el recorrido inmediatamente, volver a experimentar la historia. Pero Diente de León le sonrió y sacudió la cabeza ante sus súplicas. Tenía que dar una oportunidad a los demás pasajeros.

Kinri vio salir al muchacho antes de volverse hacia Diente de León.

—Eres increíble —dijo—. Las pinturas… los garinafins… el agua… son hermosos.

Diente de León había permanecido levantada dos noches para diseñar y dibujar gran parte del escenario del recorrido, que luego había sido ampliado por Rati Yera con un proyector-ampliador para que los artesanos contratados los reprodujeran en el interior de la carpa.

En realidad, lo que Kinri quería expresar era la belleza de la historia que ella había elaborado a partir de lo que él le había contado, pero el nudo de su garganta se lo impidió y solo logró emitir algo parecido a un graznido.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Es fácil pintar cuando cuentas con una buena historia. ¿Quizá… estemos preparados para contarnos otras historias verdaderas dentro de poco?

El corazón de Kinri se aceleró. No sabía qué decir.

Ella le puso un pañuelo doblado en la mano.

—Lee esto cuando lo estés —una mirada de turbación—. A lo mejor yo estoy más asustada de sincerarme contigo de lo que estés tú de hacerlo conmigo. Pero yo te veo como tú quieres que te vean, y espero que tú me veas como deseo que me vean a mí.

Mucho después de que ella se hubiera marchado, Kinri seguía anclado al suelo. Apretó con suavidad el pañuelo de seda y sintió los

rígidos ideogramas de cera de su interior. Se lo llevó a la nariz y aspiró la fragancia de dientes de león frescos, mezclada con un toque de rosa rupestre.

El anuncio del resultado final fue decepcionante.

Tiphan Huto ni siquiera se dignó aparecer para no verse humillado cuando Lolo y Séca presentaron el letrero con el ideograma «El mejor de Ginpen», escrito por el propio magistrado Zuda, a la viuda Wasu. Teson ayudó a su madre a subir al escenario con piernas inseguras. La anciana mujer, sobrepasada por la emoción, llamó a Mati, a Lodan, a Diente de León, a Kinri y a la Banda de las Flores, para que todos la acompañaran a recoger el letrero.

—Sin los inventos y la habilidad de mis amigos —dijo la viuda Wasu— La Espléndida Jarra no habría sobrevivido y, por supuesto, no habría conseguido la victoria hoy. Todos nosotros, la familia Wasu, prometemos estar a la altura de este galardón y mantener a La Jarra como el orgullo de Ginpen.

Es evidente que no todo el mundo quedó contento con la presentación de La Espléndida Jarra en la ronda final. Bastantes veteranos de guerra se quejaron de que el viaje en carro parecía propaganda lyucu —¿cómo se podía contemplar la posibilidad de glorificar los mitos del enemigo cuando Dasu y Rui permanecían irredentas? No pocos eruditos amenazaron con organizar un boicot a La Espléndida Jarra para expresar su descontento.

—La gente es libre de decir lo que piensa —concluyó la viuda Wasu —. Yo sé que no existe deslealtad en mi corazón, y eso me basta.

Aun así, dio la orden de donar los beneficios de un mes del restaurante a los monjes sanadores del templo de Rufizo, conocido por atender a veteranos de guerra empobrecidos y a sus familias.

Esa noche hubo una gran fiesta en el restaurante. Todo el personal de La Espléndida Jarra había regresado, y el chef principal Néfi Ézugo fue a la cocina y preparó sus mejores platos. Los jueces del concurso, junto con la flor y nata de la sociedad de Ginpen, acudieron a felicitar a Teson y a la viuda Wasu. Hasta el magistrado Zuda aceptó ir como invitado de honor; ahora que la contienda había terminado, ya no debía preocuparse por que pareciera impropio que un representante del gobierno interfiriese en una competición privada.

Pero, como siempre pasa cuando un alto funcionario acude a un banquete, tuvo que pronunciar un discurso. El magistrado Zuda, un locuaz y docto moralista, eligió como tema los beneficios del fortalecimiento mutuo del buen gobierno y la empresa privada. Mientras hablaba y hablaba en tono monótono, saltaba de un tema a otro como una vaca pastando briznas de trébol tierno: la benevolencia

de la emperatriz Jia, la sabiduría del primer ministro Cogo Yelu, las lecciones que podemos aprender del Verdadero Sabio, el lugar especial ocupado por La Espléndida Jarra en la vida de la ciudad, la importancia de estudiar historia y economía, las dificultades de ser magistrado en una metrópolis ajetreada como Ginpen, una anécdota de su restaurante favorito en Boama, cuando estudiaba allí de joven, dos anécdotas más sobre sus experiencias culinarias en La Espléndida Jarra…

Los demás invitados importantes de la planta superior observaban cómo se enfriaba su cerveza de arroz y sentían rugir sus estómagos. Pero no podían sino sentarse en *mipa rari*, aguantar los bostezos y escuchar atentamente. Hasta que el magistrado no terminara su discurso, no podían agarrar los palillos de comer o llevarse las jarras a los labios.

La Banda de las Flores y Diente de León habían tenido la previsión de pedir que les sentaran en la planta baja, lejos del magistrado y de los otros invitados de alto rango. Kinri se alegraba de haberles hecho caso y haber declinado la amable oferta de la viuda Wasu de sentarse en la mesa de honor. Ahora se apiñaba junto a sus amigos alrededor de una gran mesa redonda, disfrutando felizmente de la excelente comida y la cerveza caliente de arroz.

—Fue arriesgado centrar el espectáculo en una historia sobre los lyucu —dijo Rati Yera—. Todavía no puedo creer que lo lográramos.

La idea original de la banda era crear una experiencia sobre el fatídico intento de asesinato del emperador Mapidéré a cargo de Luan Zyaji, hijo predilecto de Haan. Ese acto de heroísmo, que inspiró a un joven Kuni Garu, parecía una manera infalible de aprovechar los sentimientos patrióticos por la antigua Haan y otorgar ventaja a La Espléndida Jarra en la competición.

Pero cuando detectaron las emociones encontradas del pueblo de Ginpen sobre Mapidéré, Diente de León y Kinri sugirieron representar una historia completamente diferente.

Al principio, los miembros de la Banda de las Flores, especialmente Mota, se opusieron con vehemencia al cambio propuesto. ¿Cómo iba a resultar atractiva para la gente de la ciudad una historia sobre los lyucu, los enemigos de Dara?

—Los lyucu son nuestros enemigos, pero sabemos muy poco de ellos —dijo Diente de León—. La gente tiene curiosidad. Kinri me contó una historia y yo no dejo de pensar en ella. Estoy segura de que la gente de Ginpen quedará conmovida.

—La curiosidad no es suficiente para superar la aversión que sienten después de lo que los lyucu han hecho —objetó Mota—. Y, en

todo caso, ¿por qué deberíamos contar sus historias?

—¿Por qué el emperador Ragin permitió que floreciese el culto al hegemón? —preguntó Diente de León—. Al igual que a muchas personas en Dara, a él le repugnaba cómo se había comportado.

Mota fue incapaz de responder a eso.

—Creo que fue porque el hegemón no era el villano en su propia historia, sino el héroe, y un héroe poderoso. Cualquier historia de heroísmo, de alguien que arriesga su vida por un ideal en el que cree, resulta inspiradora —dijo Diente de León—. Es la misma razón por la que nos gustan los relatos de la mariscal Gin Mazoti, aunque traicionara al Trono del Diente de León. Ella se jugó la vida cuando Dara se balanceaba al borde de un abismo.

Mota no dijo nada.

—La cabalgata de Tiphan Huto era una caricatura de lo que significa ser dara y lo que significa ser lyucu —dijo Diente de León—. Pero yo creo que los relatos más potentes nunca son caricaturas, sino verdaderos, o al menos cuentan aspectos de la verdad. Caricaturizar a tu enemigo implica inevitablemente caricaturizarte a ti mismo. ¿Por qué no contar una historia verdadera sobre los lyucu? ¿Una historia que inspire?

—¡Pero los lyucu! —Mota se tragó el nudo que tenía en la garganta —. Los lyucu…

Diente de León habló con una voz apacible.

—No estoy diciendo que la historia de los lyucu sea *la* verdad; se trata del relato que se cuentan a sí mismos para explicar quiénes son, su mito fundacional. Lo mismo que comprender el mito del hegemón no significa perdonarle, comprender el mito fundacional de los lyucu no significa olvidarse de los refugiados, de las personas que han sufrido y todavía sufren.

Kinri miró a Diente de León con una expresión compleja. No esperaba que se tomara tan en serio la historia de Kikisavo y Afir. Cuando ella le contó lo que se le había ocurrido, a él le embargaron dos sentimientos: inquietud, porque una historia que le importaba tanto fuera correctamente narrada, y esperanza de que ella tuviera un espíritu tan generoso como para atreverse a contarle finalmente la verdad.

—Pero el mito fundacional de cualquier pueblo es algo poderoso —dijo Diente de León—, y en esos mitos fundacionales, los narradores siempre son héroes, no villanos. El emperador Ragin creía que solo podemos derrotar a nuestros enemigos si empatizamos con ellos, si comprendemos por qué son los héroes de su propia historia, que es lo mismo que decir la razón por la que luchan. Por eso consiguió evitar

la masacre del resto del ejército del hegemón en Rana Kida enviando a las mujeres de Cocru. Solo si comprendemos la historia de los lyucu podremos dejar de verlos como caricaturas, y por ende engrandecernos también nosotros mismos.

Arona pasó la mano suavemente por la espalda de Mota. Poco a poco, se fue calmando. Después de un rato, asintió y se inclinó ante Diente de León.

—Bueno, pues vamos a intentar contarles una historia potente que no se esperan —dijo Diente de León—. Después de todo, fue Luan Zyaji quien habló de una «empatía que abarque al mundo entero» como un ideal al que aspirar. Estoy convencida de que si contamos la historia de los lyucu con empatía, con grandeza de espíritu, inspirará nuevos anhelos al pueblo de Ginpen, no solo de fuerza, sino de grandeza de espíritu, ancha como el mar, alta como el cielo, profunda como la tierra. Nos permitirá… reconocer nuestra naturaleza.

A la vez que hablaba, Diente de León miraba a Kinri, y este no pudo evitar sentir que sus ojos también hablaban.

Te veo. Lo sé.

Kinri retiró la mirada, regañándose por imaginar cosas.

—Siento que, tras esta competición, he ganado tres años de sabiduría —alardeó Diente de León, con las mejillas enrojecidas por la cerveza de arroz—, aunque ni siquiera han pasado tres meses.

—Solo alguien tan joven como tú puede pensar que eso es algo bueno —dijo Rati Yera.

—Estoy verdaderamente contenta de haber venido a La Espléndida Jarra —dijo Diente de León—. He podido ser camarera, narradora de historias, dramaturga, funcionaria imperial… Maese Lutuma incluso me dejó usar el martillo unas cuantas veces, y Mati me ha enseñado a hacer una tortilla, así que creo que puedo hacer de carpintera y de cocinera. Creo que no hay papel que no pueda representar en este mundo. Imaginad las aventuras que viviré…

—Antes tienes que aprender el papel de «estudiante humilde» —dijo Arona, riendo—. ¡Si haber hecho una tortilla te convierte en cocinera, entonces yo soy la princesa imperial, puesto que la representé en escena!

—¡Verdaderamente, hemos visto un montón de maravillas! —dijo Kinri, acudiendo al rescate de la sonrojada Diente de León—. Seguramente hemos visto todo lo que hay que ver en Ginpen, o incluso en toda Dara.

—Pero no la maravilla más interesante de todas —dijo Widi, y toda la Banda de las Flores cruzó miradas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diente de León.

—¿Seguro que quieres oírlo? —preguntó Arona, pero tenía los ojos fijos en Kinri, no en Diente de León.

Mota dio otro sorbo de cerveza, sin hablar, pero le temblaban las manos y derramó parte del líquido.

—Puestos así, claro que tengo que oírlo —dijo Diente de León.

—Sí, dinos —dijo Kinri.

Widi dio un largo trago a su cerveza y miró de un modo misterioso alrededor de la mesa. A continuación habló en voz baja:

—Lo que voy a decir no son más que rumores, escuchad…

Afuera de Ginpen, a un corto paseo en carruaje, existía un farallón proyectado sobre el océano. Por su semejanza al diente de un enorme tiburón atorado en la costa, los residentes locales lo llamaban «El Último Mordisco».

Las olas llevaban innumerables milenios estrellándose contra la cara escarpada del farallón, y su acción, junto con el agua que se filtraba gota a gota por la porosa roca, había tallado una gran cueva al pie del farallón y un sistema de túneles y cuevas más pequeñas por encima. Los niños de la zona solían montarse en balsas e ir remando hasta la gran cueva con la marea baja, para explorar en busca de tesoros y de escondites secretos donde podían jugar a piratas o pillar a los amantes que intentaban esquivar a sus carabinas o a sus vigilantes padres.

Pero hace una década, en mitad de la invasión lyucu a las islas, se produjo un cambio en El Último Mordisco. Los soldados ocuparon el farallón y sellaron todas las carreteras que llevaban hasta allí, además de pedir a los pescadores que no se acercaran a los acantilados. Las escasas familias de pescadores y agricultores que vivían en las inmediaciones recibieron la orden de trasladarse, si bien la familia imperial pagó sus tierras con generosidad para minimizar las quejas. El administrador jefe de los laboratorios imperiales de Ginpen, el arconte Kita Thu, informó a la población local de que en ese lugar iban a realizarse investigaciones peligrosas y que deberían permanecer alejados por precaución.

Gradualmente, el farallón se convirtió en una especie de pequeña ciudad. Los campesinos y las personas que paseaban por la playa a distancia —porque la tierra en un radio de varias millas alrededor del farallón fue declarada jardín imperial protegido y estaba vedada al uso público— podían ver cómo sobre el farallón se iban levantando cabañas, molinos de viento y otras estructuras. Los botes de pesca que regresaban de faenar a las aldeas del litoral observaron que en la cara del farallón estaban tallando escaleras y caminos que llevaban a las bocas de las cuevas que salpicaban El Último Mordisco. También

clausuraron la gigantesca cueva al pie del acantilado con una enorme puerta que escondía su interior de miradas entrometidas.

Corrían rumores de que allí era donde los eruditos imperiales habían inventado las máquinas sedamóticas que permitieron el triunfo en la batalla del golfo de Zathin. Pero en los años posteriores a la guerra, las medidas de seguridad que rodeaban al lugar se mantuvieron tan estrictas como siempre, aunque algunas de las cabañas de encima del farallón cayeron en el abandono. Pescadores y campesinos siguieron viendo ocasionalmente barcos y carruajes imperiales que visitaban el lugar, como si las investigaciones no se hubieran detenido, aunque a un ritmo menor.

—¿Quieres ir al Último Mordisco? —preguntó Diente de León sin poderlo creer—. Es una instalación imperial prohibida a todos, excepto a investigadores autorizados.

—No vamos a robar nada —protestó Arona—. Pero he oído que tienen una biblioteca con toda clase de libros que no se encuentran en ningún otro lado.

—Solo pretendemos echar un vistazo —dijo Rati Yera—. ¿Te imaginas los secretos que deben tener allí guardados? ¿La clase de prodigios que deben exhibir? Máquinas sedamóticas que harían palidecer a las construidas por los monjes y monjas del Gran Templo de Lutho.

—Se dice que allí se guardan algunos de los libros más raros de toda Dara —dijo Widi—. El emperador Mapidéré ordenó quemar los libros antiguos, pero guardaron algunas copias en la Biblioteca Imperial de Pan antes de que fuera quemada. Se supone que el primer ministro Cogo Yelu salvó esos libros, pero pensó que sería más seguro almacenarlos lejos de Pan. Creo que El Último Mordisco puede ser el sitio elegido.

—Y puede que allí existan documentos sobre el Pantano —Mota dejó de hablar cuando Arona le puso una mano tranquilizadora en el hombro. Hizo una respiración profunda, aparentemente para mantener bajo control sus emociones con un gran esfuerzo—. … sobre lo ocurrido durante la guerra —concluyó.

Diente de León le miró con curiosidad pero no dijo nada.

El corazón de Kinri se disparó. *¿Será esta mi ocasión de hacer lo que Tanvanaki y mi madre querían? ¿Será una manera de averiguar los secretos de las máquinas de guerra dara?*

No sabía qué secreto de Dara llevaría de regreso a Ukyu-taasa, si es que se llevaba alguno. No quería que los ejércitos de Dara ocuparan Ukyu-taasa y que su madre se convirtiera en una cautiva como las del desfile de Tiphan. Pero tampoco quería que esta ciudad que había

llegado a amar acabara pasto de las llamas de la guerra. No estaba seguro de qué hacer.

—Pero todo esto no viene al caso —dijo Diente de León—. ¿Cómo podríamos entrar allí?

Arona miró a Kinri y sonrió.

—Llevamos mucho tiempo planeándolo.

Kinri estaba a punto de hacer una pregunta cuando se acercó un camarero a su mesa.

—¿Señora Rati Yera y señor Widi Tucru?

Rati y Widi asintieron.

—Hay un mensaje urgente para vosotros.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

SOLA

MONTAÑAS DEL FIN DEL MUNDO: DÉCIMO SEGUNDO MES DEL OCTAVO AÑO TRAS LA PARTIDA DE LA PRINCESA THÉRA DE DARA CON DESTINO A UKYU-GONDÉ (DIECISIETE MESES ANTES DE QUE LOS LYUCU DEBAN ZARPAR CON SU NUEVA FLOTA PARA INVADIR DARA)

Théra nunca se había sentido tan sola.

Takval exploraba; Adyulek rezaba; Çami mejoraba su técnica para pilotar garinafins; Tipo Tho y Gozofin cazaban y dirigían el entrenamiento diario de los otros guerreros. Incluso Thoryo, traumatizada por la experiencia en el valle de Kiri, pasaba el tiempo aprendiendo los nombres de los animales y plantas que observaba en los valles en los que vivaqueaban cada día.

Pero Théra no tenía nada que hacer. Durante años había dado órdenes y escuchado consejos, planeado y conspirado, pero ahora no tenía ganas de hacer ninguna de esas cosas. Y nadie quería que las hiciera, o al menos eso pensaba ella.

Soy una inútil. Lo he estropeado todo.

Confié en Radia y en Toof, y ahora nuestros hijos están en las garras de los lyucu. Ni Takval, ni Tipo, ni Gozofin han pronunciado una palabra de recriminación contra mí, pero lo sé. Lo sé.

Pensaba que tenía el plan perfecto para destruir los barcos-ciudad y derrotar a los lyucu, y ahora Sliyusa Ki y el valle de Kiri han desaparecido. Miles han muerto por mi causa. Los pocos supervivientes están en duelo por mi culpa. Por mi culpa.

Creí que podía empezar una revolución, cambiar la vida del pueblo de las planicies para mejorarla, salvar Dara. Pero no puedo hacer nada de eso. Ni siquiera soy capaz de proteger a mis hijos. Soy un fracaso.

Mi nombre es La que Disuelve las Penas, pero he multiplicado las penas de las personas a quien quiero por cien veces cien.

No soy lo bastante fuerte. Gozofin y Tipo siguen luchando y entrenándose, a pesar de haber perdido esposo, hijos y padres ancianos. Thoryo sigue aprendiendo y explorando. Takval sigue actuando de líder y manteniendo una esperanza. Yo ni siquiera puedo levantarme de mi sitio sin ayuda.

No puedo dormir; no puedo comer; no puedo hablar. Hago lo que dicen

que haga. Subo encima del garinafin por la noche, dejo que me sujeten y rodeo a Takval con los brazos como una marioneta. Desciendo del garinafin por la mañana, como lo que me ponen delante, y finjo dormir para que me dejen a solas.

Ni siquiera puedo rezar. Oh, dioses de Dara, ¿por lo menos estáis aquí? Oh, dioses de Gondé, ¿me oís al menos?

Si pudiera acabar con todo, lo haría.

Pero sé que ni siquiera la muerte me traerá paz. Aunque no sirva para nada, siguen considerándome su princesa. Mi muerte traería aún más dolor a la gente a quien amo.

«Mientras estés conmigo, mi aliento, sé que hay esperanza», dice Takval.

«Mientras estéis con nosotros, Rénga, *sé que vengaremos a mi familia y salvaremos a los niños», dice Tipo Tho.*

«Mientras estéis con nosotros, princesa, sé que saldremos de esta», dice Çami Phithadapu.

«Mientras estéis con nosotros, princesa, sé que triunfaremos sobre los lyucu», dice Gozofin.

Intentan que me sienta mejor. Pero no pueden. Nadie puede.

¿Es así como se sintió la princesa Kikomi la víspera de la invasión de Arulugi por Kindo Marana? ¿Es así como se sintió el rey Jizu cuando el ejército de Tanno Namen rodeó Na Thion? Soy un símbolo de esperanza pero yo no tengo ninguna esperanza. Soy incapaz de ayudar.

¿Cuánto falta aún para la puesta de sol? ¿Cuánto falta para el amanecer? ¿Cuántos días más debo continuar así?

Sollozó con el rostro vuelto hacia la pared de la cueva en la que se refugiaban, en silencio, para que nadie pudiera oírla. Sollozó para que ni Cudyufin ni Nalyufin contemplaran su vergüenza. Sollozó hasta que sus ojos quedaron tan secos como el río Fantasma en invierno.

Afuera, las nubes se agitaban sobre las cumbres de las Montañas del Fin del Mundo, tan inciertas como la voluntad de los dioses de las planicies.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

EL ÚLTIMO MORDISCO

GINPEN: SÉPTIMO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTIDÓS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

—¿Cómo supo de nosotros tu patrón? —preguntó Arona.

La Banda de las Flores, Kinri y Diente de León iban en el interior de un carruaje rápido tirado por cuatro caballos, en dirección a los muelles de Ginpen.

—Mi patrón asistió a la contienda entre La Espléndida Jarra y El Cofre del Tesoro, y quedó muy impresionado por el ingenio de los diseños de La Espléndida Jarra. Cuando la viuda… eh, la gran señora Wasu anunció que la Banda de las Flores era responsable de la victoria, se dio cuenta de que había encontrado a sus salvadores.

Kinri sonrió. Saber que los logros y talentos de sus amigos eran reconocidos le satisfacía enormemente. Por eso le resultó raro que Rati y Widi parecieran tensos mientras miraban por la ventanilla, sin prestar atención a la conversación entre Arona y el hombre que les había invitado a esta salida nocturna. Mota estaba callado, como tenía por costumbre, sentado tan tieso como un pino, con los ojos cerrados, meditando y ajeno a lo que le rodeaba. Diente de León, por su parte, escuchaba con interés la conversación entre Arona y el cochero, aunque de vez en cuando echaba una ojeada a este y sonreía.

—¿Y tu patrón dijo que tenía que ocuparse del asunto esta noche? —preguntó Arona.

—¡Sí, sí! Este humilde criado no se habría atrevido a molestar a los señores y a las señoras de otro modo. Mi patrón está en una situación desesperada. Desde su aparición hace diez días, el fantasma ha regresado cada noche, haciendo ruido y moviendo cajas en el almacén. A veces se ven misteriosas luces y hay olores extraños que enferman a la gente. Dejó una nota pidiendo a mi patrón una ofrenda de diez mil piezas de oro y que no acudiera al magistrado si no quería que su familia sufriera las consecuencias. La fecha límite es mañana.

—Y ya habéis solicitado un exorcismo y no ha funcionado.

—Exacto. Nuestro patrón está aterrorizado, pero no hemos conseguido agarrar al fantasma ni ahuyentarle, a pesar de que todo el

mundo pasó la noche entera vigilando. El patrón sospecha que el fantasma puede no ser real, sino parte de un complot de su competidor. Piensa que solo la brillante Banda de las Flores puede averiguar cómo se produce la aparición y capturar a los culpables.

Con solo escuchar la historia, Kinri estaba seguro de que no había ningún fantasma. Tenía que tratarse de un puñado de trucos como los de la magia callejera. Esta clase de «apariciones» era precisamente el tipo de misterio que le encantaba resolver a la Banda de las Flores, y le pareció lógico que hubieran abandonado el banquete ansiosos por echar una mano.

—Oh, pobre de tu patrón —dijo Arona compasiva—. Puedo imaginar la tensión a que está sometido. Su competidor debe ser un hombre desalmado, con tan pocos escrúpulos como… ese Tiphan Huto.

El cochero asintió y se aguantó la risa al oír ese comentario, pero Kinri detectó algo más que incomodidad y nerviosismo. Atribuyó la reacción a la mala reputación que había adquirido Tiphan en la ciudad después de que se conocieran algunos de los trucos sucios empleados contra La Espléndida Jarra y se convirtieran en tema de conversación de muchos cotilleos chistosos.

Mientras Arona seguía charlando con el cochero, el carruaje se acercó a los muelles. A esas horas de la noche, el puerto estaba desierto. El carruaje se abrió paso entre gigantescos almacenes y el traqueteo de los cascos de los caballos resonaba con especial intensidad.

—¡Oooh, espero que los caballos no espanten al fantasma! —exclamó Arona—. Suenan muy fuerte. Ey, ¿no es aquí donde desapareció maese Go, el herrero, hace algunas semanas? ¡A lo mejor… ese es el fantasma que se aparece a tu patrón! Aunque fuera así, tendríamos que dar la vuelta, porque maese Go es un hombre poderoso, y más si ahora es un ser incorpóreo…

—¡No, no! Es imposible que el fantasma sea maese Go. Todavía está… —el hombre se tragó el resto de la frase.

—¿Conoces el paradero de maese Go? —los ojos de Arona se abrieron como platos.

—Oh, yo… eeeh… no… no. Solo digo que trae mala suerte pensar que esté muerto, ¿no? —el sudor le perlaba la frente—. Ey, mirad, ¡ya casi hemos llegado! ¡So! ¡So! ¡¿Qué ha pasado aquí?!

El hombre tiró con fuerza de las riendas y el carruaje paró de golpe. Un carro volcado, con la carga esparcida por todas partes, bloqueaba el camino. No había señal de los caballos ni del cochero.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Kinri—. ¿Bandidos en mitad de

Ginpen?

Pero ni Widi ni Rati parecían en absoluto sorprendidos. En realidad, cuando vieron la barricada se relajaron visiblemente. Los ojos de Mota se abrieron como platos y pareció estar tan listo para la acción como un arco tensado.

—¿Crees que eso también lo ha hecho el fantasma? —dijo Arona, con tono burlón.

—¿Eh? Mmm… por favor, señores y señoras, no os mováis. Permitid que baje a ver qué ha ocurrido. Volveré enseguida.

—¡Qué considerado de tu parte! —dijo Arona—. A lo mejor te haces amigo del fantasma, ¿eh?

El cochero se rio nervioso y, sin saber qué contestar, hizo una reverencia, saltó del asiento y corrió hasta el carro que estaba patas arriba. Sin embargo, en lugar de investigar el accidente continuó corriendo y desapareció por una callejuela lateral.

—¡Ey! —gritó Kinri—. ¿Adónde vas?

Arona le miró.

—¿No sabías que iba a hacer eso?

—¿De qué estás hablando?

—Esto es una trampa —dijo Diente de León. Pero en vez de asustada parecía entusiasmada.

Como si fuera una señal, de las callejuelas surgieron unos hombres vestidos con ropas negras y pañuelos que les tapaban la mitad inferior de la cara y rodearon el carruaje. Sus espadas desenvainadas y sus bastones pulidos relucían bajo la luz de las antorchas acabadas de encender.

—Solo son treinta personas —dijo Widi sacudiendo la cabeza—. Qué decepción.

—Me siento ofendida —dijo Arona—. Esperaba al menos el doble.

—¿Sabíais que esto iba a pasar? —Kinri echó un vistazo a la Banda de las Flores. Todos asintieron con la cabeza.

—Supongo que así es como secuestraron a maese Go y a los demás mecánicos —dijo Widi.

—Vas a tener que estar mucho más atento si quieres convertirte en una auténtica Flor —le reprendió Rati, aunque con un tono cariñoso.

—¡Salid del carruaje y tirad vuestras armas si no queréis morir! —gritó el cabecilla de los hombres de negro.

Kinri pasó rápidamente a la parte delantera del carruaje, dejando detrás a Rati y a Diente de León.

—Maestra, tú no puedes moverte tan bien como nosotros, así que, por favor, quédate dentro. Diente de León y Arona, ¿podéis protegerla? Widi, ¿puedes tomar las riendas y sacarnos de esta

emboscada? Mota y yo nos quedaremos a pelear para daros tiempo.

Diente de León le echó una mirada compuesta a partes iguales de alegría y frustración.

—¿Quién ha pedido que te hagas el héroe? ¡Eres el único bobo que no sabía lo que estaba pasando! No voy a dejar pasar esta aventura.

—¡No me e-estoy haciendo el héroe! —Kinri se sentía temblando de ansiedad—. La maestra Yera y tú tenéis que escapar para poder contar al magistrado lo que está ocurriendo.

Antes de que Diente de León pudiera contestar, varios de los matones vestidos de negro dieron un salto y cortaron las riendas de los caballos. Mientras algunos atacantes blandían sus armas para impedir la intervención de los ocupantes del carruaje, otros dos se llevaron los caballos.

—Ahora estamos inmovilizados —dijo Kinri lleno de desesperación —. Mota, ¿puedes sacar de aquí a la maestra Yera si yo te abro camino? ¡Diente de León, mantente junto a los otros y salid de aquí!

Sin esperar respuesta, salió del carruaje de un salto y agarró un palo de los usados para transportar cargas que había junto al estribo. Al caer en tierra gruñó como un lobo y se lanzó contra el matón más cercano.

Desde pequeño se había entrenado con su madre y otros naros en el uso de la maza de hueso y la lanza. Aunque no tenía experiencia de combate, al menos sabía lo que había que hacer con un arma. El palo de carga era demasiado corto para usarlo como lanza y demasiado largo para ser una maza, y carecía del peso adecuado de cualquiera de los dos, pero al luchar como si no le importara la vida, los hombres de negro se vieron obligados a retroceder unos pasos al verle voltear con energía la poco manejable arma en amplios círculos.

No obstante, pronto se reagruparon y contraatacaron, blandiendo sus letales aceros y grandes garrotes, formando un impenetrable muro. Kinri tuvo que retroceder.

Oyó a Diente de León que gritaba a su espalda:

—¡Vuelve! ¡Van a herirte!

En ese instante, una ola de calor recorrió su cuerpo. Se sentía capaz de enfrentarse a todos los espadachines de Dara él solo. Las pautas que le habían inculcado los chamanes danzantes le hicieron gritar instintivamente: «Ukyukyo». Levantó el palo y arremetió de nuevo contra los enmascarados.

El hombre que tenía delante se encontró con su mirada y, aparentemente sobresaltado por lo que veía en ella —Kinri esperaba que fuera una mirada intrépida sedienta de sangre, digna del propio Tenryo—, retrocedió tambaleándose. Con un grito triunfante, Kinri se

adelantó, con la esperanza de forzar finalmente una apertura del cerco.

Pero resultó que el hombre que retrocedió solo estaba realizando una finta. Cuando Kinri empujó con el palo, el matón soltó la espada, agarró el palo y tiró con fuerza. Al combinarse con la arremetida de Kinri, el movimiento le desequilibró, tropezó y cayó de bruces. Antes de que pudiera levantarse, sintió la punta de múltiples espadas contra su espalda, que le atravesaban la ropa y le hicieron sangrar. «¡Ríndete!», gritó uno de ellos.

Le invadieron la vergüenza, el terror y el arrepentimiento. Ni siquiera había tenido oportunidad de leer el mensaje del pañuelo de Diente de León, y quizá ya nunca la tuviera. Pero la idea de morir sin dejarle saber quién era realmente parecía peor que la propia muerte.

En el amor no hay lugar para las mentiras.

Decidió hacer de sus últimas palabras un emotivo discurso para expresar que los lyucu jamás se rinden, pero cuando levantó la mirada de modo desafiante, las palabras murieron en su garganta. Dos de los hombres de negro blandían mazas de guerra de hueso.

Son lyucu.

Era una idea imposible. *¿Cómo puede haber lyucu en la isla Grande?* Y mientras observaba a los hombres que se pavoneaban, haciendo girar sus mazas, quedó aún más confundido. La manera de sujetarlas no era la correcta; las blandían como si fueran espadas romas mal equilibradas. Ningún culek ni ningún naro tratarían su arma de un modo tan descuidado.

Las preguntas se le amontonaban en la cabeza cuando una brillante explosión de luz estalló a su espalda, iluminando el área que rodeaba al carruaje como si el sol del mediodía hubiera irrumpido de súbito en la escena.

Los contrincantes miraron de reojo y retrocedieron, protegiéndose los ojos. Algunos gritaron por el dolor y la sorpresa. La luz era cegadora, mil veces más intensa que el resplandor parpadeante de las antorchas.

Kinri sintió que la presión de las espadas en su espalda se aflojaba. Lanzó una patada, rodó sobre sí y consiguió escapar de debajo de ellos. Como la fuente de la potente luz estaba a su espalda, su visión no había quedado afectada. Se mantuvo pegado al suelo para no llamar la atención y se dio la vuelta. Protegiéndose los ojos cuidadosamente con una mano, echó un vistazo entre los dedos para comprobar lo que sucedía en el carruaje.

Una esfera siseante y centelleante, como una estrella fugaz a la inversa, se elevaba lentamente hacia el cielo. Era tan brillante como el

sol, y podía ser vista en millas a la redonda.

—¡Idiotas! ¡Os dije que los pillarais lo más rápido posible! ¡No dejéis que pidan ayuda!

Quien hablaba se hallaba detrás del círculo de atacantes de negro y temblaba de rabia. Bajo el brillo del potente cohete de señales, Kinri reconoció el rostro de Tiphan Huto.

—¡Agarradlos! ¡Agarradlos! —chillaba Tiphan, dando saltitos para enfatizar sus palabras.

Pero antes de que los cegados matones pudieran cumplir sus órdenes, una figura saltó del carruaje como un halcón mingén lanzándose de un acantilado. La figura aterrizó delante del carruaje, levantó un brazo y usó la mano como si fuera un hacha para golpear con fuerza una de las gruesas lanzas del carruaje, entre las que van enganchados los caballos. Aunque la lanza era tan gruesa como uno de los muslos de Kinri, se quebró como si fuera un palillo de comer.

Mientras Kinri observaba la escena con la boca abierta, la figura —Kinri no estaba seguro de si era una persona o la encarnación de Diasa-Fithowéo— agarró del suelo la enorme lanza rota e hizo un barrido con ella, derribando al instante a la docena de atacantes situados delante de Kinri, que cayeron en medio de aullidos de dolor. El guerrero blandía su tosca arma improvisada con tanta facilidad como Kinri podría haber manejado una maza de guerra.

Era Mota Kiphi.

Estupefacto ante tal demostración de fuerza inhumana, Kinri no se movió cuando Mota avanzó unos pasos y volvió a blandir la lanza del carro. Aunque estaba tumbado boca abajo, Kinri apretó aún más la cara contra el suelo al sentir las turbulencias procedentes del arma hormiguear en su nuca. Los chillidos y gemidos le dieron a entender que Mota había derribado a otro grupo de atacantes.

Con cautela, Kinri miró hacia arriba.

Mota se colocó delante de él. Sujetando en alto la pesada lanza con una mano, le ofreció la otra.

Casi como en un sueño, Kinri dejó que le levantara.

—¡Agarradle! ¡Agarradle antes de que aparezca la guarnición! —gritó Tiphan Huto.

Unos cuantos hombres de negro, recién repuestos de la bomba de destello, se abalanzaron contra la espalda de Mota.

—¡Cuidado! —gritó Kinri.

Sin siquiera mirar, Mota blandió la lanza con una sola mano hacia atrás. Lo hizo sin ninguna técnica. La pica se desplazó tan lenta y torpemente como un árbol abatido. Pero no había forma de esquivar o bloquear su irresistible poder. Los hombres cayeron al suelo con un

ruido sordo, gimiendo lastimeramente, su resistencia tan inefectiva como la de una hierba que intenta mantenerse erguida frente al movimiento de una guadaña.

Consciente de que no había manera de vencer a ese guerrero inhumano, Tiphan Huto decidió que una retirada a tiempo equivalía a una victoria.

—¡Viento en contra! ¡Salgamos de aquí! —y sin esperar a sus compinches, echó a correr por uno de los callejones.

—¡Demasiado tarde! —gritó Widi Tucru desde el carruaje.

En efecto, un momento después Tiphan Huto regresó dando tumbos hacia la luz huyendo del tropel de soldados que salía de los callejones y le rodeaban a él y a los demás matones.

Cuando los soldados obligaron a Tiphan y a los demás a arrodillarse y les ataron los brazos a la espalda, apareció el magistrado Zuda, sonriendo.

—¡Gracias por vuestra ayuda desinteresada, héroes de la Banda de las Flores!

El ornamentado carruaje del magistrado Zuda retumbaba por la carretera principal que salía de Ginpen en dirección al mar. Al poco tiempo, las luces de la metrópolis se desvanecieron en la oscuridad. Los únicos sonidos que acompañaban al traqueteo del coche eran el ulular de los búhos y los crujidos producidos por invisibles criaturas en la maleza del borde del camino.

En el interior, la Banda de las Flores, Kinri y Diente de León charlaban mientras Arona trabajaba en el disfraz de Kinri, tras acabar el maquillaje de todos los demás.

—… ¿Recordáis la cárcel subterránea de Tiphan Huto? —preguntó Widi—. En cuanto me enteré de la desaparición de los mecánicos e ingenieros, sospeché que ambas cosas podrían estar relacionadas.

—Cuando Widi mencionó sus sospechas, le comenté haber oído que los piratas estaban secuestrando trabajadores especializados para vendérselos a los lyucu como esclavos —dijo Diente de León. Arona la había maquillado para que fuera lo más sencilla posible y no llamara la atención, pero Kinri seguía pensando que su aspecto era arrebatador —. Sin embargo, lo que yo había oído era que los piratas estaban actuando en Dimu y Dimushi, no aquí, en Ginpen.

—¿Cómo has podido oír eso? —a Kinri le horrorizaba que la pékyu pudiera recurrir a dichas tácticas—. ¡No me lo creo!

—Pues… tengo mis fuentes —dijo Diente de León, mirando hacia otro lado.

—¿Por qué te extraña tanto? —preguntó Widi—. Los lyucu son capaces de cualquier atrocidad.

Kinri no dijo nada.

—Hay otros indicios de que Tiphan podría estar colaborando con los piratas y con los lyucu —dijo Arona, como si no hubiera percibido lo violento de la situación—. Mozo Mu dijo que los hombres que secuestraron a su familia llevaban armas de hueso, y nosotros vimos esa clase de armas en el desfile de Tiphan. Tú dijiste que parecían auténticas, no meras imitaciones diseñadas para asustar o sembrar confusión.

—Por no mencionar los productos que encontramos en la bodega de El Cofre del Tesoro —dijo Rati Yera—, que solo podían proceder de tratos con los piratas que comercian con los lyucu.

—Confirmé nuestras sospechas más tarde, al hablar con los *raye* que limpian los retretes de La Espléndida Jarra —dijo Widi—. Intercambiamos parches el año pasado cuando les ayudé a ganar un caso contra un noble vengativo que no quería que los *raye* acamparan cerca de su hacienda. Me contaron que los criados de El Cofre del Tesoro se quejaban de tener que vaciar los cubos con las deposiciones nocturnas de los «invitados» del sótano, y la descripción burlona que hacían los criados de uno de esos «invitados» coincidía con la de maese Go, el herrero.

Kinri no sabía qué pensar. Ignoraba que la Banda de las Flores hubiera estado realizando una investigación exhaustiva mientras ayudaba a La Espléndida Jarra. ¿Había estado demasiado volcado en la competición para darse cuenta, o le habían mantenido deliberadamente al margen?

—¿Acudisteis enseguida al magistrado?

—Quédate quieto —dijo Arona al empezar a maquillar las cejas de Kinri—. Deberíamos haberlo hecho. Pero no estábamos seguros de tener suficientes pruebas para convencerle de actuar contra una familia tan prominente. Y, si no le asestábamos un golpe definitivo, Tiphan habría trasladado los prisioneros a otro lugar, eliminado cualquier prueba y luego nos habría acusado de suplantar a funcionarios imperiales.

—¡Por eso le tendisteis una trampa! —dijo Diente de León.

Widi asintió, con aire ufano.

—Le pedimos a la gran señora Wasu que exagerara nuestra importancia cuando subimos al escenario, lo que sabíamos que haría que Tiphan nos odiara todavía más. Pero al resaltar nuestra pericia como ingenieros, alguien codicioso y vengativo como él pensaría que era más provechoso secuestrarnos y vendernos a los piratas que entregarnos al magistrado.

—Antes de marcharnos de La Jarra, pedimos al magistrado que

alertara a la guarnición cercana al puerto porque íbamos a ayudarle a cazar a los criminales responsables de todas las recientes desapariciones —dijo Rati Yera—. Él se mostró escéptico, pero hizo lo que le pedimos.

—Claro que lo hizo —dijo Diente de León—. Capturar a los culpables sería un gran triunfo de la administración y le daría puntos la próxima vez que se produjera una vacante de gobernador.

—Lo demás, como sabes, fue tal y como lo habíamos planeado —dijo Widi—. Excepto que tú nos diste un buen susto al lanzarte de ese modo contra los secuestradores.

Kinri se sintió avergonzado por su infructuosa intervención, pero Diente de León dijo:

—Me recordaste al *thasé-teki* cuando brota en primavera.

—¿Eso es… un cumplido? —dijo Arona, riéndose—. Una oruga convirtiéndose en un robusto tallo…

Diente de León la ignoró, aunque sus mejillas se ruborizaron.

—Creo que tuviste un gran coraje, Kinri. Tu transformación fue más impresionante que cualquiera de las que realiza Arona en el escenario.

Kinri se sintió mucho mejor.

A esas alturas, probablemente los soldados del magistrado Zuda ya habrían rodeado El Cofre del Tesoro y entrado a la fuerza, y estarían poniendo el lugar patas arriba. Esperaba que las víctimas secuestradas fueran rescatadas sin daños.

El carruaje se desvió por una pequeña calzada lateral sin señalizar. Las hierbas altas en el camino de tierra indicaban que, aunque la calzada era ancha y bien nivelada, raras veces se usaba.

La mente de Kinri iba a la deriva, asaltada por emociones encontradas.

Tras la captura de Tiphan, cuando la Banda de las Flores manifestó que no tenían forma de regresar a La Espléndida Jarra, el magistrado Zuda les había prestado su propio carruaje en agradecimiento por la ayuda.

Kinri se sorprendió de que, en lugar de dirigirse de vuelta al restaurante, Mota condujera el carruaje hacia las puertas de la ciudad.

—Esta es la mejor parte —dijo Arona—. Vamos a ir al Último Mordisco ahora mismo. El vehículo del magistrado es la pieza que nos faltaba —y le explicó el plan.

Parecía absurdo, imposible, dependía de que demasiadas cosas fueran bien. No obstante, ¿no era siempre así con la Banda de las Flores?

Esta era su oportunidad de completar la misión que le había encomendado su madre y por la que había corrido tanto riesgo.

Entonces, ¿por qué estaba tan indeciso? No era solo por miedo a que el plan pudiera fracasar.

La visión familiar del carruaje del magistrado permitió que los guardias a las puertas de la ciudad los saludaran y les abrieran paso sin pedirles los documentos de viaje, aunque ya estaba en vigor el toque de queda. Nadie se enteró de que la Banda de las Flores ya no estaba en Ginpen.

Mota redujo la velocidad. A lo lejos se veía la luz parpadeante de unas antorchas.

—Eso es el puesto de control —susurró Arona, estudiando el rostro de Kinri una última vez—. No te preocupes —le dijo apretándole la mano para darle confianza—. He hecho mi mejor trabajo.

—Puedo confirmarlo —dijo Diente de León—. Siempre pensé que me resultabas algo… familiar. Pero ahora te pareces realmente a ella.

La Banda de las Flores la miró con extrañeza. Diente de León parecía aturullada.

—Yo… soy de Pan, y la he visto… unas cuantas veces.

El corazón de Kinri latía con fuerza y sentía la humedad del sudor en la espalda. El caro vestido de seda le resultaba extraño y limitaba sus movimientos.

Salir de la ciudad sin que nadie se diera cuenta era una cosa; engañar con una identidad falsa a un destacamento de seguridad imperial a las órdenes de los clarividentes era algo completamente distinto.

—Llevamos meses estudiando este lugar —dijo Arona—. Sabemos que ella ha estado viniendo con frecuencia, pero que ahora no está aquí. El momento es perfecto.

—¡Pero yo no tengo ni idea de cómo se comporta! —protestó Kinri —. ¿Cómo puedo pasar por alguien a quien nunca he visto? —la mera idea de hacerse pasar por una de las personas más famosas de Dara le parecía una completa locura.

—Cuentas con una ventaja que ni siquiera tienen los actores mejor formados: tú mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque soy muy buena con los disfraces, los imitadores más convincentes poseen un parecido natural con el sujeto que puede realzarse. Si usara una máscara en lugar de simple maquillaje, no se percibirían las expresiones del rostro. De hecho, la primera vez que nos fijamos en ti fue por tu aspecto.

—¿Qué? —la revelación le resultó demasiado sorprendente como para que Kinri pudiera procesarla de inmediato. Tras una pausa, preguntó con voz temblorosa—: ¿Habéis estado utilizándome?

—¡No! Eso no es lo que quiero decir —Kinri no recordaba que Arona se hubiera quedado nunca sin palabras—. Debería… debería…

—Detén el coche —dijo Kinri—. No voy a ser el peón-erudito en la partida de *zamaki* de nadie.

Mota paró el carruaje.

—Yo fui el primero que se fijó en ti. Cuando era joven conocí a la persona por la que te queremos hacer pasar y desde el primer momento me sorprendió la semejanza entre los dos.

—¿Tú? —de todos los miembros de la Banda de las Flores, Mota, que siempre parecía carecer de astucia o estar fuera de cualquier intriga, era el último del que Kinri hubiera sospechado que fuera a aprovecharse de él.

—Necesitaba tu ayuda, Kinri —dijo Mota—. Pero debería haber sido claro contigo. Lo siento.

Kinri aguardó.

Mota respiró hondo.

—Sobreviví a la batalla del golfo de Zathin, y no hay nadie en este mundo a quien respete más que a la mariscal Gin Mazoti, que murió para evitar que Tenryo invadiera estas islas.

Kinri recordó la obra que había visto representar a Mota y Arona. Mota continuó hablando.

—Pero el pueblo de Dara se ha olvidado de la mariscal. Todos parecen conocer el último cotilleo sobre la chica estrella de El Aviario o sobre ese actor que cobra trescientas piezas de oro por aparecer en un banquete, pero a nadie le importa la mariscal. Las crónicas oficiales siguen considerándola una traidora y a la gente le basta con eso, sin cuestionar la historia que le están contando.

La expresión pétrea de Kinri se suavizó al pensar en Nazu Tei y en las historias de los tutores asignados por la corte.

Casi se había sentido aliviado por la revelación de Arona; era una excusa para no tener que llevar a cabo su misión. Pero Mota estaba tratando de descubrir la verdad. ¿No era esa la misma búsqueda en la que estaba enfrascado él? Existían otras verdades —las verdades detrás de las historias— mucho más importantes que los secretos de las máquinas bélicas de Dara.

—Esa es la razón por la que Rona y yo representamos nuestra obra; ¡para recordar a la gente que están vivos gracias a que ella murió! Yo no creo que la mariscal traicionara jamás al trono, y quiero encontrar las pruebas. Creo que la fortaleza del Último Mordisco es el lugar donde la corte guarda los documentos que no quiere que nadie vea. Sí, es un emplazamiento lleno de maravillas y de investigaciones secretas, y eso lo hace atractivo para Widi, Rati y Rona, pero la única razón por

la que todos ellos están metidos en esto es para ayudarme, porque mi sueño es redimir el nombre de la mariscal.

—Uno siempre debe estar dispuesto a clavarse un cuchillo entre las costillas si con eso ayuda a un amigo —dijo Widi.

—Y cuando me viste… —la voz de Kinri se fue apagando.

—Pensamos que era una señal —dijo Mota—. De todas las actuaciones que había en la Plaza del Templo, tú te paraste a ver la obra sobre la mariscal; de todas las personas concentradas allí, entre tú y yo salvamos a Diente de León, y nuestras miradas se cruzaron. Todas estas coincidencias…. significan algo. Pensamos que los dioses querían que nos uniéramos.

—Nunca pensé en utilizarte, Kinri. En estos meses he podido conocerte. Eres valiente, inteligente y leal. Me siento agradecido de que seas mi amigo.

Kinri no sabía qué decir, ni cómo expresar las emociones encontradas que sentía en el pecho. Los recuerdos de los últimos meses iban y venían a toda velocidad por su mente: la paciente enseñanza de Rati Yera; la serena y sencilla confiabilidad de Mota; la risa burlona de Arona; los extravagantes planes de Widi; y por encima de todo… Diente de León.

Eran sus amigos. Por mucho que estuviera lejos de casa y del hogar, esta había sido una de las mejores épocas de su vida.

Por otro lado, estaba la petición de su madre y la pékyu. Ukyu-taasa debía estar en una situación desesperada para que la pékyu recurriera al rapto de ingenieros expertos en las islas principales.

¿Tan mal están las cosas en casa? ¿Cómo no llevar a cabo mi misión?

Robar los secretos de Dara sería traicionar a sus amigos. No hacerlo sería traicionar a su patria.

—Pero no está bien basar la amistad en el engaño —dijo Mota—. Así que ya no mentiré más. Lo que hemos planeado no es una aventura divertida o un agradable paseo. Entrar en una instalación imperial restringida para descubrir la información que necesito es probablemente un delito castigado con la pena capital. No obstante, estoy pidiendo tu ayuda porque siento que somos espíritus gemelos, amigo mío.

Kinri cerró los ojos y pensó.

¿Era realmente una señal para que nos conociéramos? ¿Los dioses deseaban que nos uniéramos? ¿Cómo se puede conocer la voluntad de los dioses?

En todo caso, las palabras de Mota le conmovieron profundamente. *Averiguar la verdad sobre el pasado, redimir el nombre de nuestros héroes… ¿no son precisamente esas las mismas cosas que yo deseo? El*

Último Mordisco puede guardar los planos de terribles máquinas de guerra, pero también la verdad sobre Pékyu Tenryo y Kuni Garu.

Solo la verdad puede guiar mis actos.

Abrió los ojos.

—Eres mi amigo. Debemos conocer la verdad.

—La mariscal… no tenía ni idea… —dijo Diente de León. Su voz se hizo más resuelta—. Sí, descubramos la verdad.

Los rostros de la Banda de las Flores se relajaron mostrando alivio. Mota convenció a los caballos de volver a ponerse en movimiento.

Cuando se acercaron al puesto de control en medio de la oscuridad, Arona cuchicheó al oído de Kinri:

—Aunque las cosas no salgan exactamente como las hemos planeado, creo que estaremos a salvo.

—¿Y eso? —preguntó Kinri.

Arona señaló con la barbilla a Diente de León, que parecía meditabunda al otro lado del carruaje, y ya no dijo nada más.

—¡Alto! —gritó una voz en la oscuridad.

El puesto de control estaba vigilado por un pelotón de al menos diez soldados imperiales. No formaban parte del ejército, sino que estaban bajo el mando directo de los clarividentes, responsables tanto de misiones de espionaje como de capturar espías. Widi entregó los documentos falsificados por Rati y los soldados los inspeccionaron bajo la luz de las antorchas.

—Están tardando mucho —dijo Kinri, preocupado.

—Mantén la calma —dijo Arona, mirando a través de las cortinas del carruaje.

Los soldados continuaban escrutando los documentos, y dos de ellos parecían discutir mientras sus ojos iban de los documentos al carruaje y viceversa.

Widi, que volvía a estar disfrazado de funcionario municipal, se acercó al grupo.

—¿Hay algún problema, oficiales?

—No nos han dado aviso de que se esperara ninguna visita —dijo uno de los soldados—. Las palomas mensajeras suelen enviarnos una lista de autorización previa por adelantado.

—La secretaria está de visita en la ciudad con el magistrado Zuda —dijo Widi—. Pero ha recibido información vital relacionada con la piratería promovida por los lyucu que debe analizar esta noche en El Último Mordisco. Por eso el magistrado nos permitió el uso de su coche.

—Pero es la propia secretaria la que estableció las reglas sobre la lista de autorización previa.

En el interior del carruaje, Arona susurró algo a Kinri, que asintió con la cabeza. Luego dejó caer su estuche de maquillaje al suelo, haciendo ruido.

Los soldados con las antorchas miraron en dirección al ruido y vieron una mano con dedos finos retirar la cortinilla de un lateral del coche. La mano se apoyó en la ventanilla, mostrando la manga de un caro vestido de seda. El rostro que miraba hacia fuera, hacia ellos, era frío, severo y autoritario.

El semblante de la secretaria de clarividencia Zomi Kidosu era desconocido para muchos, pues prefería pasar desapercibida a pesar de su gran poder, pero estos soldados estaban acostumbrados a verla. Se inclinaron en una reverencia.

—Se supone que no debe conocerse su ausencia de Ginpen —susurró Widi.

A pesar del talento de Arona para los disfraces, la Banda de las Flores creyó prudente y más eficaz que la aparición de Kinri fuera una sorpresa, para dar a entender a los soldados que estaban interfiriendo en una visita inesperada, de carácter reservado. Tomados por sorpresa, los guardias temerían ofender a una figura poderosa y no se fijarían demasiado.

Pero estos soldados estaban demasiado bien entrenados para comportarse así.

—Siempre es un placer teneros por aquí, secretaria Kidosu —dijo uno de los guardias, con tono de respeto pero no temeroso—. No obstante, los documentos no describen a todas las personas de vuestro grupo.

Kinri movió la mano con impaciencia, indicando que tenía prisa.

—Lo siento, pero, si carecen de autorización previa, tenemos que hacer algunas preguntas a cada miembro de vuestra comitiva.

El grupo se quedó helado. Esto era algo inesperado y todos los ojos se volvieron a Kinri.

Kinri estaba a punto de desmayarse. La idea de hablar con los guardias era impensable. Él no era actor y no sabía imitar la voz de nadie, mucho menos la de una mujer, y mucho menos la de una señora de Dara.

Cuando Widi estaba a punto de dar un paso para intentar salvar el desastre, Diente de León, vestida como una funcionaria, se dirigió hacia los guardias y se plantó imperiosamente delante.

—Demos gracias a Tututika… de que se le den tan bien estas cosas —murmuró Arona.

Diente de León extrajo algo de su manga y se lo mostró a los guardias. Al instante, la cara de estos cambió e hicieron una profunda

reverencia.

—La secretaria está aquí siguiendo una orden imperial directa —entonó Diente de León—. Este grupo de expertos… especiales no debe demorarse.

Los soldados se apresuraron a retirar el control.

Diente de León regresó al carruaje.

—Vámonos —dijo a Mota, con un tono natural de mando.

Mota levantó las riendas.

—¡Arre¡ ¡Arre! —gritó, y chascó el látigo en el aire.

Kinri dejó que la cortina volviera a su sitio y exhaló el aire contenido, sintiendo la espalda fría por el sudor. El coche siguió su camino.

—Te dije que todo iría bien mientras estuviera con nosotros —cuchicheó Arona a Kinri.

Él la miró inquisitivamente, pero Arona se colocó un dedo en los labios.

El carruaje ascendió la ligera cuesta hasta el alto del farallón, donde otro grupo de soldados volvió a examinar los papeles, y el grupo salió del coche.

Guiados por un guardia que portaba una antorcha, descendieron por una serie de estrechos escalones que recorrían en zigzag la pared del acantilado. A cada nueva vuelta, el embate de las olas iba creciendo en intensidad y el olor salobre era más fuerte.

Al llegar al fondo del acantilado se metieron en un pequeño bote de remos que les llevó hasta la amplia boca de la gigantesca caverna. El sonido incesante de las olas rompiendo contra las rocas resonaba en aquel espacio cerrado.

Diente de León rompió el silencio imperante entre los pasajeros.

—¡Menuda cueva! —exclamó.

Arona intentó decirle que se mantuviera callada con una mirada severa, pero era demasiado tarde.

—Esto es nuevo para mí —dijo Diente de León, sentada junto a la popa, al hombre que llevaba la caña del timón—. Esta cueva parece lo bastante grande para permitir la entrada de un barco de guerra. ¿Alguna vez has visto entrar aquí algo interesante? ¿Como un barco pirata?

El hombre se quedó de piedra, pero el evidente entusiasmo de Diente de León le desarmó.

—Nunca olvidaré el día en que trajeron los cadáveres de los garinafins —dijo.

—¡Cadáveres de garinafins!

—Así es —el hombre miró discretamente a Kinri, sentado en

silencio en la proa del bote, y luego bajó la voz—. ¿No lo sabíais? Supongo que no lleváis mucho tiempo trabajando para ella. Aquí es donde ella y la princesa Théra aprendieron los secretos del vuelo de esas bestias.

—¡Oh! No tenía idea de que fuera aquí donde los diseccionaron.

El resto del grupo intentaba mantener un aire circunspecto y despreocupado, como correspondía a unos «expertos especiales» invitados por la secretaria de clarividencia. Pero todos sus corazones latían aceleradamente. Solo imaginar a las gigantescas criaturas que habían sido acarreadas por el mismo canal por el que iban ahora parecía acercarles a ese tiempo legendario.

El bote atracó en un pequeño embarcadero y el grupo, escoltado por más guardias con antorchas, subió largos tramos de escalones tallados en la pared de piedra de la gran caverna. Mota llevaba a Rati a la espalda mientras Widi cargaba la silla de ruedas.

Alcanzaron una plataforma situada en mitad de la pared de la cueva. El capitán de los guardias preguntó:

—¿La secretaria de clarividencia ha venido a hacer uso de los laboratorios o de la biblioteca?

El grupo cruzó miradas.

—Mi trabajo me exige visitar los laboratorios —dijo Rati Yera.

Kinri, sabiendo que la solicitud de su maestra estaba motivada por el hecho de no saber leer y, por tanto, no poder utilizar la biblioteca, asintió. Widi montó la silla de ruedas y la anciana, impulsándose por sí misma, siguió a uno de los guardias hacia una apertura en un lateral de la plataforma.

El resto del equipo continuó ascendiendo por la larga escalera de piedra.

—Un asistente os acompañará enseguida —dijo el guardia. Hizo una reverencia y se marchó.

Rati se encontraba en una pequeña habitación circular cuya pared estaba forrada de planchas verticales de madera, como el lateral de un barril. La pared no era muy elevada —aproximadamente de la altura de un hombre alto—, lo que contribuía a la impresión de estar en el interior de un gran barril con la parte superior seccionada.

Detrás de las planchas de madera podía verse el interior rocoso de la montaña, al otro lado de un estrecho hueco. Miró hacia arriba y comprobó que la habitación no tenía techo. Su silla de ruedas estaba en realidad al fondo de un largo pozo en el interior del acantilado. Cada pocas yardas, esferas brillantes de vidrio superpuestas a la pared del pozo proporcionaban iluminación, hasta que los aros de luz se iban debilitando y desaparecían en lo alto de la oscuridad. Se sentía

como la rana del proverbio que miraba hacia arriba desde el fondo de un pozo.

Una mujer de poco más de treinta años, vestida con la túnica de los eruditos, entró en la habitación-barril y se inclinó torpemente ante Rati. Recordando el consejo de Widi de actuar con tanta altivez como fuera posible para desalentar preguntas, Rati mantuvo una actitud severa y se limitó a asentir ligeramente ante la reverencia.

La mujer, evidentemente con pocas habilidades sociales, dedicó a Rati una mueca nerviosa, cerró la puerta, rodeó la silla de ruedas para alcanzar una larga palanca de madera y tiró de ella hacia abajo.

Desde muy arriba llegó un ruido metálico y, con una ligera sacudida, la habitación comenzó a ascender.

Sobresaltada, Rati se dio cuenta enseguida de que su primera impresión de un pozo se aproximaba bastante a la realidad. La «habitación» en la que estaba era un cubo de paredes bajas al fondo del pozo y, al girar esa palanca, la erudita había puesto en marcha algún tipo de mecanismo que permitía elevar toda la habitación, algo así como una versión gigante del elevador utilizado en La Jarra para transportar cargas pesadas y para los clientes con movilidad reducida.

La silenciosa ascensión hizo que Rati se sintiera incómoda. Su personalidad no se adecuaba al personaje que Widi había creado para ella, así que decidió que trataría de ser más como ella misma.

—Nunca había estado aquí antes —dijo con indecisión—. ¿Es esto… una invención de la secretaria Kidosu?

Al darle la oportunidad de saltarse la cháchara y hablar de algo concreto, la joven erudita se relajó visiblemente. Asintió.

—En su juventud, la secretaria de clarividencia necesitaba la ayuda de muletas y aparatos ortopédicos. Para evitar que los laboratorios excluyeran a personas brillantes con limitaciones de movilidad, instaló este elevador. También es muy práctico para incorporar grandes equipos al laboratorio.

Rati asintió pensativa. Aunque no conocía mucho de la vida personal de Zomi Kidosu, este detalle conquistó las simpatías de la anciana.

—¿Cómo funciona? —preguntó Rati, más por continuar la conversación que por verdadero interés. Se imaginaba que se trataba de un ejemplo clásico de ingeniería mecánica—. ¿Hay un molino de viento por encima de nosotras? ¿Con un volante de inercia, quizá, para almacenar energía y regular la velocidad? O…

La erudita, pensando que el interés de Rati era de tipo profesional, sonrió con orgullo.

—Los motores ordinarios no son fiables ni lo suficientemente

flexibles para las necesidades de esta instalación. Como muchas de las otras máquinas que tenemos, el elevador está alimentado por fuerza sedamótica.

—¡Fuerza sedamótica! —Rati estaba asombrada. La fuerza sedamótica era una incorporación relativamente nueva al repertorio de ingeniería en Dara. Según su experiencia, sus aplicaciones principales se limitaban a la guerra y a mejoras de la magia callejera y de los templos. Algunos inventores atrevidos ajenos a los laboratorios imperiales intentaban usarla también para iluminación, pero existía el consenso general de que las lámparas sedamóticas eran demasiado peligrosas y difíciles de mantener. Incluso La Jarra había dejado de usar sus velas sedamóticas porque ponían nervioso al personal de servicio, que además consideraba problemático cuidar de las langostas danzarinas noche tras noche. Rati nunca imaginó que la fuerza sedamótica pudiera utilizarse para realizar un verdadero trabajo, para mover algo tan impresionante como este elevador—. ¿Cómo?

—Si estás interesada, puedo llevarte a ver el motor —la sonrisa de la erudita era tan amplia como auténtica. Era evidente que le había preocupado que una visita sorpresa invitada por la secretaria de clarividencia hubiera venido para investigar alguna infracción de seguridad o para imponer algún procedimiento adicional al laboratorio, pero el interés obvio de la anciana por la maquinaria significaba que podían hablar entre ellas como colegas ingenieras—. En El Último Mordisco se inventó gran parte de la moderna ingeniería sedamótica, y contamos con algunas maravillas que no pueden verse en ningún otro lugar de Dara. Oh, perdona mi falta de buenos modales… no tenemos muchos visitantes por aquí. Soy Kisli Péro, investigadora júnior, con el rango de *cashima* desde hace dos sesiones.

Rati sonrió irónicamente ante el intento de Kisli por ser amable. Era costumbre de los eruditos de Dara mencionar sus logros en los exámenes imperiales como una forma de establecer jerarquía y precedencia al encontrarse con otros eruditos no conocidos —así como una manera de fomentar la camaradería recordando el extenuante proceso de exámenes. Sin embargo, Rati carecía tanto del interés como del capital para participar en dicho ritual.

—Me encantaría ver el motor. Yo soy Rati Yera.

Kisli aguardó, y cuando resultó evidente que Rati no pensaba revelar nada más sobre sí misma, asintió con deferencia, asumiendo aparentemente que la negativa de Rati a revelar su rango era señal de que se consideraba demasiado importante para tratar de impresionar a una investigadora júnior.

Cuando el elevador se aproximó al nivel de los laboratorios, Kisli

alcanzó la larga manivela de madera y la colocó en posición neutra. El elevador disminuyó la velocidad y luego se detuvo. Kisli abrió la puerta.

—¿Me permites? —preguntó, haciendo un gesto hacia la silla de Rati—. Supongo que vuestro viaje hasta aquí ha debido de ser bastante agotador —Rati asintió, aceptando la ayuda.

Kisli empujó la silla de ruedas y salieron a un corredor. El recinto de investigación era un laberinto de cuevas y pasadizos ramificados, todos alumbrados por esferas sedamóticas. Rati se preguntó si esas esferas se basaban en los mismos principios que las peligrosas lámparas estilo «mecha encendida» de otros inventores o de las velas sedamóticas de su propia creación.

—Esta silla está muy bien diseñada —dijo Kisli—. Nunca había visto palancas o trenes de engranaje como estos… y las ruedas se deslizan con mucha suavidad… ¡Ah, las marchas cambian en función del terreno! ¿Es un invento propio? Debes ser una artífice extremadamente consumada.

Rati no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Nada le hacía resplandecer tanto como los elogios de otro ingeniero.

—Me entretengo —dijo modestamente.

—Me encantaría que me dierais una clase sobre el mecanismo.

—Sería un placer.

Ahora que, evidentemente, se sentía cómoda con Rati, Kisli estaba más comunicativa.

—Maestra Yera, ¿necesitas utilizar un laboratorio de visitantes para tu trabajo? —a falta de una clara señal de su rango por parte de Rati Yera, Kisli recurrió por defecto al tratamiento habitual de cortesía para un profesor—. Espero que no tengas que comenzar de inmediato, después de viajar todo el día… ¡aunque he oído que la secretaria Kidosu puede ser bastante exigente con su personal! ¿O… tal vez prefieres tomar antes un baño?

—¿Un baño? —Rati Yera estaba perpleja.

—Yo encuentro que tras una jornada agotadora, un baño caliente es la mejor manera de quitarse de encima la mugre del camino y recuperar la tranquilidad mental. ¡De hecho, algunas de mis mejores ideas se me han ocurrido en la tina o en la bañera! Aquí, en El Último Mordisco, tenemos instalaciones de última generación, incluso una bañera de olas climatizada que funciona mediante fuerza sedamótica! Es exactamente igual que nadar en las pozas cercanas a las cataratas Rufizo…

—No hace falta —dijo Rati Yera conteniendo la risa. Le gustaba esta entusiasta joven. Por su experiencia, cualquiera que pudiera

emocionarse tanto por algo tan mundano como un baño era buena gente—. No estoy tan cansada. Mi trabajo puede esperar. Prefiero ver antes el motor del elevador.

—Como desees.

Después de unos cuantos giros y vueltas por los tortuosos túneles, se detuvieron en una plataforma que colgaba sobre el lateral de la inmensa caverna. Rati se asomó al borde y sintió una oleada de vértigo —el fondo se perdía en la oscuridad. Un zumbido profundo y persistente llenaba el aire.

—El elevador en el que subimos está por allá —dijo Kisli señalando a lo largo de la pared de la caverna—. El hueco está detrás de esa veta en la roca; ahí encima se puede ver el molino sedamótico que lo mueve.

Rati miró al otro lado de la caverna y vio una gigantesca rueda, de la que salían unas aspas que daban vueltas, empotrada en la pared de la cueva. Ese era el origen del zumbido. Por encima y por debajo de la rueda había dos enormes cilindros, cada uno del tamaño de una gran casa de Ginpen.

—Eso de ahí son dos de las jarras de Ogé más grandes del recinto, aunque tenemos múltiples equipos repartidos por toda la instalación —explicó Kisli—. Se mantienen cargadas mediante un conjunto de generadores sedamóticos, alimentados por molinos situados encima de nosotros, sobre el farallón. Además, la secretaria Kidosu ha instalado Agujas de Fithowéo en lo alto del farallón para canalizar los relámpagos hacia depósitos sedamóticos inspirados en las jarras de Ogé enrolladas como los intestinos de garinafins que sirvieron para impulsar las aeronaves imperiales durante la batalla del golfo de Zathin. Los depósitos liberan la fuerza sedamótica almacenada al resto del sistema cuando la fuerza del viento resulta insuficiente.

Rati se imaginó la fuerza de los relámpagos almacenada en botellas en una bodega, como el buen vino, y sonrió. Zomi Kidosu poseía realmente una mente privilegiada.

—La fuerza sedamótica acumulada en las grandes jarras de Ogé es utilizada en todo tipo de aplicaciones en el recinto, incluido el molino sedamótico, es decir, la rueda giratoria que ves ahí arriba. La rueda está unida al eje principal, conectado a una serie de diferentes reductores de velocidad que mueven diversas piezas de maquinaria en el laboratorio, como el elevador.

Rati examinó el gigantesco motor a distancia. Todavía tenía muchas preguntas, pero empezaba a tener una noción de cómo funcionaba.

—¿Hay alguna forma de inspeccionarlo más de cerca?

—Es peligroso acercarse demasiado a las jarras de Ogé —replicó Kisli—. Pero puedo mostraros un modelo que os aclarará el funcionamiento del molino sedamótico.

—¡Por favor! —dijo Rati, entusiasmada como un niño al que le prometen visitar una fábrica de pirotecnia.

Kisli empujó a Rati a lo largo de nuevos corredores hasta salir a la caverna principal del laboratorio imperial («Aquí es donde diseccionaron los cadáveres de los garinafins durante la guerra», dijo Kisli). La cueva estaba iluminada por rayos de luz procedentes de aperturas en el techo, y Rati supuso que durante el día provendrían de la luz del sol redirigida a través de espejos y durante la noche probablemente de esferas sedamóticas.

Kisli empujó a Rati hasta una de las pequeñas salas del laboratorio a un costado de la caverna.

—Bienvenida a mi oficina, maestra Rati —dijo Kisli—. Permíteme montar el modelo.

Alcanzó una estantería de la que bajó una varilla de bambú del tamaño aproximado de un pincel —excepto que su extremo acababa en una afilada aguja. Insertó esta varilla en una tabla colocada sobre el escritorio, con la aguja hacia arriba. Luego agarró un plato cerámico extremadamente fino y delicado que tenía unas tiras de papel de plata que sobresalían de su borde, como los radios de una rueda. En el centro de la rueda había una pequeña depresión. Con sumo cuidado, equilibró el plato sobre la aguja, para que esta quedara situada en la depresión y el plato pudiera girar sobre su punta.

—Esto es similar a la rueda del molino que visteis —dijo Kisli—. Excepto que esa es mucho más grande y gira sobre unos cojinetes.

Rati asintió, observando el modelo con toda atención.

—Ahora, esto es lo que mueve la rueda —dijo Kisli, cogiendo del estante dos pequeñas jarras cerámicas de Ogé, forradas en su interior y en su exterior por láminas de plata. Del centro de cada una de ellas sobresalía un largo mástil de metal que terminaba en una esfera. La altura de las jarras era tal que las esferas se situaban justo al nivel de las láminas del plato giratorio.

—Por último, cargamos las jarras de Ogé —dijo Kisli. Tomó una varilla de vidrio y comenzó a frotarla enérgicamente con un trozo de seda. Cuando constató que se había cargado lo suficiente, tocó con la varilla el exterior de la jarra de Ogé de la izquierda—. Esta la hemos cargado con la variedad Rapa de la fuerza sedamótica —luego volvió a frotar la varilla y cogió la jarra de la derecha, tocando con la varilla el mástil de su interior—. Sin embargo, esta la cargamos con la variedad Kana de la fuerza sedamótica.

Kisli colocó las dos jarras en lados opuestos del plato, fuera del alcance de las láminas de plata. Y, como si le empujara una ráfaga de viento, el plato comenzó a girar entre ambas jarras.

—Como sabéis, los átomos que transmite la fuerza sedamótica siempre se mueven del polo de Rapa al polo de Kana… —comenzó a decir Kisli, pero no tuvo necesidad de continuar, pues Rati ya había discernido el principio.

—El molino sedamótico se mueve de modo análogo a un molino de agua —dijo Rati—. Estas —señaló las tiras de plata que partían del plato giratorio— funcionan de modo similar a las aspas de un molino de agua. Los átomos que transportan la fuerza sedamótica se trasladan del polo de Rapa, este de aquí, hasta el aspa más cercana, cargándola con la fuerza de Rapa y repeliéndola del mástil. Cuando las láminas de plata se aproximan al polo de Kana son atraídas por él, ya que las dos polaridades opuestas de la fuerza sedamótica sienten una atracción mutua irresistible. Cuando las láminas pasan el polo de Kana, los átomos saltan a esta otra jarra de Ogé y quedan cargadas con la variedad Kana de la fuerza, de modo que son repelidas del polo de Kana y se dirigen de nuevo hacia el polo de Rapa, comenzando un nuevo ciclo. Mientras las dos jarras de Ogé retengan este diferencial de carga —igual que hay una diferencia de altura entre el canal superior y el canal inferior de un molino de agua—, el molino continuará girando.

—¡Es exactamente así! —dijo Kisli con admiración—. La secretaria Kidosu confesó que se inspiró en el molino de agua para su invento. ¿Eres también experta en fuerza sedamótica?

—No tan experta —dijo Rati—. Me interesa como pasatiempo. Pero es asombroso ver cómo se aprovecha la fuerza sedamótica para realizar la tarea de elevar lo humilde a grandes alturas. Me alegra mucho haber podido ver esto.

En el exterior, el viento se levantó de súbito, y el sonido producido por la fuerza renovada de las olas rompiendo contra la entrada de la caverna del Último Mordisco resonaba en todo el recinto, como si mil lenguas estuvieran hablando en la boca de la montaña.

Los soldados trasladaron los pequeños botes a mayor altura en el interior de la cueva. Retiraron y atrancaron las puertas que comunicaban con los túneles y los pasadizos que los entrecruzaban para prevenir su inundación.

Una caravana de camino a Ginpen se detuvo. Los cocheros salieron para examinar el cielo, dudando. Parecía que estaba llegando una tormenta imprevista y Ginpen todavía quedaba a cierta distancia. Después de que los cocheros consultaran con la ocupante del carruaje

más grande, la caravana giró por un camino lateral y se dirigió al Último Mordisco.

«¿Qué haces, Tazu? ¡¿Por qué la diriges hacia aquí?!».

«Hermanita, ¿acaso no es ese el objetivo de nuestros improvisados planes, de este intricado drama de armario, ofrecer un respiro temporal a los ejércitos que chocan en la noche? Es mejor que un torbellino caótico desvele todos los secretos, al igual que yo muestro mi tesoro al fondo de un remolino».

«¿Le secundáis en este plan de locos, Rapa y Kana?».

«Sí. Ese chico posee un conocimiento que ayudaría mucho a Jia y a Phyro…».

«… y anhela un conocimiento que ayudaría mucho a Tanvanaki y Goztan. Es hora de llevar la situación al límite».

«Pero el chico… tiene dudas… vacila… ¿ayudará a los lyucu o a los dara? ¿Cuál es su destino? ¿Qué pasará con Fara y con él?».

«Hermanita, el amor que no se pone a prueba es un amor que no se valora. Hace falta pesar el pescado».

Llegaron a la biblioteca. Los guardias empaparon las antorchas antes de abrir de un empujón los dos conjuntos de pesadas puertas que conducían al interior. Los integrantes de la «comitiva de Zomi Kidosu» intercambiaron miradas, respiraron hondo y entraron.

La biblioteca había sido construida en el interior de una gran caverna natural de cientos de yardas de largo y cincuenta de ancho. Estantes repletos de pergaminos y códices guardados en estuches cubrían todas las paredes, alcanzando una altura de cuatro o cinco plantas por encima del suelo de la cueva. Rayos de luz blanca penetraban a través de agujeros en el techo, iluminando el espacio cerrado como si fuera de día.

—¿Lámparas de aceite de ballena? —preguntó Arona a uno de los guardias. No podía desentrañar cómo mantenían el lugar tan bien iluminado por la noche.

El guardia sacudió la cabeza, extrañado por la ignorancia de una de las asistentes de la secretaria Kidosu.

—El fuego vivo no sería buena idea con tantos libros, y antes, cuando trabajábamos con gas fermentado en los laboratorios, el peligro era máximo. La secretaria Kidosu siempre prefirió la luz del sol redirigida mediante espejos o esferas sedamóticas selladas.

Kinri elevó la vista hacia los pozos de luz, maravillado. No había pensado que las velas de Rati podían ampliarse hasta ser tan brillantes como el sol.

—Bien, muy bien —dijo Widi tratando de disimular el error de Arona—. La secretaria quería estar segura de que todos siguen

recordando las razones que justifican el reglamento.

—Nadie debe molestarnos mientras la secretaria realiza sus investigaciones —se apresuró a decir Arona.

Los guardias asintieron y salieron de la biblioteca, cerrando las puertas tras ellos.

—Dividámonos —dijo Widi—. Cada uno puede buscar los documentos que le interesen más.

—Yo iré con Mota —dijo Diente de León—. Tengo alguna experiencia con el sistema imperial de archivos. Además, también tengo curiosidad sobre la mariscal.

Mota sonrió agradecido. No sabía leer y no quería privar a sus amigos de la oportunidad de explorar este tesoro según sus propios intereses.

Kinri estaba dubitativo. Al venir a la biblioteca en lugar de ir a los laboratorios con su maestra, había renunciado a la posibilidad de descubrir más secretos de las máquinas bélicas de Dara. Su sentido del deber como thane-taasa le decía que debería dirigirse a la sección de la biblioteca dedicada a la investigación armamentística, pero no podía soportar la idea de estar traicionando a sus amigos. Les amaba; amaba a Dara; necesitaba conocer la verdad sobre Ukyu-taasa.

En medio de las dudas, daba vueltas por la biblioteca —con precaución, pues no estaba acostumbrado al vestido ni a los zapatos femeninos, por no mencionar el cuidado necesario para no dañar el maquillaje o las prótesis que Arona había utilizado para completar su disfraz.

Widi había subido una de las largas escalerillas del rincón y recorría una pasarela de bambú mientras lanzaba exclamaciones relacionadas con los objetos de la estantería próxima a él.

—¡Fijaos en estos! —dijo, evidenciando su asombro en cada sílaba —. El primer ministro Cogo Yelu nos hizo a todos un gran servicio al salvarlos.

Curioso, Kinri ascendió con cuidado por la escalerilla y se le unió. Observaba los objetos del estante, desconcertado.

—Parecen huesos de animales… ¿Y eso qué es? ¿Manojos de bambú?

Aunque la maestra Nazu Tei poseía pocos libros físicos, desde que llegó a Ginpen había visto muchos. La mayor parte de los libros de Dara estaban escritos en ideogramas de cera sobre rollos de seda, plegados o enrollados para poder guardarse en estuches protectores; algunos eran códices de hojas de papel cosidos a lo largo de un lomo, habitualmente llenos de notas rápidas en letras zyndari o en la taquigrafía que reducía los ideogramas tridimensionales a símbolos

planos. Pero los objetos que admiraba Widi no se parecían a ningún libro que hubiera visto antes.

—Los libros no siempre se han hecho de seda o papel —dijo Widi con reverencia—. Se decía que en la época en la que los anu llegaron a las islas, escribían tallando ideogramas en huesos de animales o en tabletas de arcilla, y eso es lo que estás viendo. Posteriormente, algunos empezaron a grabar los ideogramas en tiras de bambú que luego se unían y se enrollaban. Eso fue antes de que la seda se popularizase, o tal vez incluso antes de que se inventase. Puedes imaginar el esfuerzo que suponía escribir tallando huesos o grabando bambú, en comparación con el uso de cera blanda y maleable. Por eso había tan pocos libros en esa época. Cada ideograma tenía que ser capaz de expresar mucho. O, como dice el poeta Nakipo al rememorar a los ancestros anteriores a los filósofos antiguos: «Un ideograma, mil respiraciones, una vida de soledad contemplativa».

Kinri trató de imaginar lo que era tener que escribir cada palabra con tanto esfuerzo. Estaba acostumbrado a derramar una columna vertical de gotas de cera y luego esculpir los ideogramas necesarios con trazos rápidos y expertos con el estilete. Muchos estiletes estaban hechos de madera blanda, o incluso de marfil, y habrían resultado inútiles para esos antiguos medios de escritura.

Los lyucu llamaban con sorna a los ideogramas anu «cicatrices-palabras», por su similitud con las feas marcas que mostraban los cuerpos de los guerreros, pero Kinri se preguntaba si el término era más apropiado de lo que pensaba su pueblo. En realidad, los ideogramas nacían ciertamente como cicatrices de la mente, como una cristalización del intenso esfuerzo y concentración, de la guerra contra las vicisitudes del veleidoso tiempo, contra la fugacidad de la vida.

Descendió por la escalerilla y se dirigió hacia Arona, que estaba en la sección de la biblioteca dedicada a pergaminos de seda amarilleados por los años.

—¿Qué son estos? —preguntó.

—Guiones de obras de teatro —dijo Arona.

—¿Obras de teatro? Pero son muy breves.

En efecto, algunos de los pergaminos eran tan breves que apenas estaban plegados media docena de veces dentro de sus estuches.

—Oh, en aquella época no escribían todo lo que decían los actores —explicó Arona—. La mayoría de las compañías populares seguimos sin hacerlo incluso ahora. Las obras clásicas eran una expresión artística oral sin pretensiones —muy diferente de las obras de teatro y las óperas modernas que se representan en Pan, basadas en guiones de dramaturgos famosos, que requieren de una minuciosa memorización

por parte de los actores. ¿Recuerdas que te dije que cuando Mota y yo representamos una obra nunca escribimos cada palabra que vamos a decir? Mira, deja que te enseñe.

Desplegó con cuidado uno de los libros antiguos. Entre las columnas de ideogramas de los pliegues habían incorporado listones de bambú como refuerzo, para evitar que los delicados ideogramas de cera rozaran unos con otros. Kinri siempre había pensado que esto se hacía a imitación de las velas de los grandes navíos de Dara, pero ahora se dio cuenta de que la práctica probablemente derivaba de los viejos libros hechos de tiras de bambú.

El pergamino desplegado mostraba columnas de ideogramas de cera agrietados, muchos de ellos con formas muy antiguas que Kinri encontraba difícil leer. Algunos estaban deteriorados o se habían desprendido, lo que hacía aún más difícil descifrar el texto.

Arona señaló al libro.

—Este es el guión de una obra llamada *El lamento de la reina*. Trata de la reina Tho-zu, la fiel esposa del gran héroe Xadi y madre del misericordioso rey Dacan.

Kinri conocía por encima la historia, que tenía lugar durante las Guerras de la Diáspora anteriores a los estados Tiro. El rey Xadi de Aké fue un astuto héroe que intentó por todos los medios evitar la aniquilación total de sus guerreros en las batallas sangrientas entre los héroes Iluthan y Séraca y los dioses que intervenían en ambos lados. Estuvo diez años fuera de casa, aventurándose por toda Dara y esquivando siempre la persecución letal del furioso Tazu y la despechada Kana. Mientras tanto su esposa, la casta Tho-zu, gobernó su reino como regente con sabiduría y prudencia, rechazando a oleadas de pretendientes que codiciaban el trono mediante astutas estratagemas y contiendas, hasta que él regresó sano y salvo. Los tratados y la poesía moralista suelen citar a la cortés Tho-zu, la Dama de las Mil Excusas, como modelo de femineidad.

La maestra de Kinri, Nazu Tei, le había indicado que dicha historia podía leerse en sentido alegórico, en cuyo caso las luchas de Xadi y Tho-zu serían las reflexiones del alma que busca la sabiduría superando las amenazas externas y las tentaciones internas en el viaje de regreso a Aké, la isla de la verdadera iluminación filosófica.

—Hay solo dieciséis columnas de ideogramas —continuó Arona—, que determinan cuatro actos y un intermedio. Como ves, el texto describe las escenas en términos generales: «Ologa debate con Tho-zu sobre la mayor virtud de una mujer», «Tho-zu propone tres contiendas para sus pretendientes: Arroz, Cerveza y Sal; no declara ningún ganador», «Tho-zu anuncia la muerte de Xadi y asciende al trono», «La

invasión de Séraca y Dacan», «La reina se dirige al pueblo», y así sucesivamente. Hay fragmentos de poemas que deberían incluirse en la representación, pero los actores improvisan en su mayor parte a partir de personajes tipo elaborados en torno al esquema del argumento. Nada que ver con las monstruosidades imposibles de representar que componen algunos eruditos modernos para satisfacer su vanidad, lo que llaman dramas de armario…

—¡Espera, espera! —dijo Kinri. Le había llevado algunos segundos confirmar la lectura de Arona de los poco familiares ideogramas antiguos, tan diferentes en su forma de los estudiados con Nazu Tei, los homologados por Mapidéré-Xana—. ¿Qué quieres decir con que «Tho-zu anuncia la muerte de Xadi y asciende al trono»? Eso no ocurrió.

—Ah, te refieres a la representación convencional de la historia —dijo Arona—. Pero, como ocurre con la mayor parte de las leyendas de las Guerras de la Diáspora, existen muchas versiones. En esta, Tho-zu asume el cargo de monarca tras la muerte de su esposo, usurpando el trono a su hijo. Entonces tiene que defender Aké contra una invasión liderada por Dacan, su hijo y legítimo heredero.

—¿Cuándo se escribió?

Arona sacudió la cabeza.

—No se me da tan bien datar manuscritos antiguos como a Widi, pero supongo que tiene al menos varios cientos de años.

—Entonces, ¿esta versión no fue muy popular? Nunca había oído hablar de ella.

—Eso es difícil de decir —dijo Arona—. Probablemente la vuelta de tuerca que has notado no contaría con el favor de los moralistas, así que sobrevivieron muy pocas copias del guion. Pero eso no explica gran cosa de cuál fue la reacción del público. Mota y yo, por ejemplo, representamos obras sobre la mariscal Gin Mazoti que no la presentan como traidora, que es como la describen las historias oficiales, y son muy populares.

Kinri asintió. La conversación le recordó las múltiples versiones de las hazañas de los dioses de Ukyu. *¿Será que todas las historias tienen múltiples versiones? ¿Cuál de ellas es la más verdadera?*

—¿Buscas algún guion en especial?

—¡Sí! De hecho fue Lolotika la que me habló de él. Entre las chicas de las casas índigo existe la larga tradición de rezar a Dophino, su espíritu protector. Pero Dophino no es solo una leyenda. De hecho fue uno de los alumnos de Kon Fiji. Aunque fue criado como niña, prefirió ir por el mundo como hombre, y encabezó la rebelión de las prostitutas que aterrorizó a los primeros reyes Tiro. Hay una obra

sobre él que sobrevive solo en forma de fragmentos. Me gustaría encontrar el guion completo.

Kinri dejó a Arona con su búsqueda y volvió a alejarse. Vio a Mota y a Diente de León rebuscando en un rincón de la biblioteca, encorvados, con el cuerpo tenso. Se percató de que probablemente habían localizado dónde se guardaban los archivos históricos. Dio unos pasos para unirse a ellos, pero se detuvo. Ahora que la verdad estaba a su alcance, su inquietud iba en aumento.

Deseaba, no, *necesitaba*, retrasar el momento de la verdad un poquito más.

Acabó en el rincón opuesto de la biblioteca, lo más lejos posible de los archivos históricos. En ese lugar, las estanterías estaban dispuestas alrededor de un cubículo central formando tres paredes de una habitación, dejando solo un lado abierto. Aquí las baldas estaban relativamente vacías y no repletas de libros, como en el resto de la biblioteca.

En el interior del cubículo, el suelo de piedra estaba alfombrado con piel de borrego como protección contra el frío, y había una delgada colchoneta y un pequeño escritorio con cojines alrededor. Kinri observó que la colchoneta estaba confeccionada con hierba de cerda, habitual en las dunas costeras. El tosco material le resultaba familiar. Era común entre los campesinos de Rui y Dasu, y la maestra Nazu Tei también lo utilizaba en su cabaña, aunque no lo había visto en las casas de Ginpen.

Había múltiples soportes colocados alrededor del escritorio para sostener pergaminos de lectura y consulta, fabricados en bronce, marfil o coral, claramente antigüedades o al menos imitaciones modernas muy refinadas y hechas con esmero. Sobre el escritorio descansaba un juego de escritura, consistente en un estilete de mango de marfil, un brasero de bronce para calentar la cera, diversos bloques de cera de ballena perfumada con infusión de orquídeas, una docena de pinceles de pelo de lobo en un bote de bambú y tres frascos de tinta. Aunque Kinri no era experto en utensilios elegantes de escritura, reconocía que eran instrumentos poco comunes de gran belleza.

El cubículo era como un estanque de tranquilidad que calmó su turbulento corazón. Era bueno sentir curiosidad por algo pequeño, insignificante; le permitía ignorar las olas de preguntas que golpeaban el mito fundacional de su ser.

Sobre el escritorio destacaba un juego de té. En contraste con los instrumentos de escritura y lectura finamente fabricados, la tetera de porcelana y las dos tazas de cerámica eran claramente piezas toscas cocidas de cualquier modo en un horno para consumo de masas. La

tetera estaba decorada con una escena de jardín y salpicada de flores en un diseño repetitivo para facilitar la vida a los artesanos que, probablemente, tenían que pintar cientos de motivos iguales cada día. Una de las mariposas tenía un ala incompleta, como si el artesano hubiera tenido tanta prisa por terminar su parte que no se había molestado en arreglar un error obvio.

Kinri levantó una de las tazas y le dio la vuelta. Al fondo tenía un dibujo rudimentario: un trapezoide con tres líneas curvas sobresaliendo por arriba.

Se estremeció. El dibujo le recordaba a la representación estilizada de un garinafin común entre los lyucu, que a menudo lo tallaban en las empuñaduras de las armas o tejían para decorar faldas y chalecos. Era una abstracción de la cabeza de un garinafin vista desde arriba, y las tres líneas curvas representaban las dos astas y una sinuosa lengua de llamas.

¿Cómo puede haber un diseño lyucu en el fondo de una taza de té de Dara?

Agarró la taza, salió del cubículo y se la enseñó a Arona.

—¿Conoces este signo? —le preguntó Kinri—. ¿Qué significa?

Arona le miró con extrañeza y examinó detenidamente la taza desde todas direcciones antes de devolvérsela.

—¿Nunca vas a las tabernas?

Kinri sacudió la cabeza. No las había frecuentado para evitar meterse inadvertidamente en una pelea o decir algo estando ebrio que revelara su identidad. Incluso llegó a rehusar invitaciones de Diente de León, que quería ir a las tabernas para escuchar historias más atrevidas que las que se contaban en las casas de té.

—Eso lo explica —dijo Arona.

—¿El qué?

—Este diseño es una jarra de tres patas. Las jarras trapezoidales son recipientes para beber que datan de los primeros tiempos de los estados Tiro, reservadas a los nobles. Ahora ya no las utiliza nadie, excepto en ocasión de grandes ceremonias. Algunas tabernas las dibujan en sus carteles para darse un poco de clase. La factura de esta, por ejemplo, es tan pobre que debe proceder de un establecimiento muy mediocre —Arona dio la vuelta a la taza para colocar las tres líneas curvas debajo del trapecio inverso—. ¿Lo ves? La variedad de tres patas, llamada también *kunikin*, es la más corriente. También hay jarras con cuatro patas, cinco, seis…

Kinri suspiró con alivio. Así que simplemente la identificación había sido errónea. El dibujo de un *kunikin* tenía el mismo aspecto que el símbolo lyucu para representar un garinafin.

Le dio las gracias y regresó al cubículo, dejando la taza en su sitio. La explicación de Arona acentuaba la sensación de misterio que le producía el lugar. Si el juego de té procedía de una taberna o una tasca corriente, era completamente incongruente con el resto del equipo del escritorio.

El cubículo no parecía un área para almacenar libros, como el resto de la biblioteca, sino un lugar donde alguien podía *vivir* entre libros. En realidad, a Kinri le recordaba el dormitorio de un erudito pobre según la descripción hecha por su maestra Nazu Tei; una sala corriente dividida mediante finas pantallas en docenas de diminutos cubículos para alojar a los numerosos estudiosos empobrecidos que acudían a las capitales regionales para presentarse a los exámenes imperiales, con la esperanza de obtener el rango de *cashima*.

¿Qué es este lugar? ¿Y quién lo utiliza?

Kinri era incapaz de reconciliar el contraste de estilo y clase. Al ocupante del espacio le encantaba leer y escribir y tenía recursos para pagarse lo mejor, y aun así dormía en un jergón como si fuese un campesino y utilizaba un juego de té adquirido o «tomado prestado» de una modesta taberna.

Echó un vistazo a las estanterías que servían de paredes del lugar, con la esperanza de descubrir más pistas.

En medio de la estantería más larga, en un lugar de honor, había dos placas conmemorativas de difuntos. Estas placas eran habituales en los santuarios de los hogares dara y en ellas se reverenciaba a las almas de los ancestros y a los señores dignos de veneración, ofreciéndoles incienso y comida.

Ambas placas de duelo estaban hechas de madera sin desbastar, adornadas con grandes ideograma de cera y luego pintadas de negro. No parecían una creación de eminentes monjes de algún gran templo, sino de confección casera, objetos de veneración propios de santuarios privados destinados a una sola persona.

La primera de ellas tenía la siguiente leyenda: *Amados padres: Oga y Aki*. No incluía apellido y a los ideogramas les faltaban algunos de los trazos. Kinri conocía esta costumbre en Dasu. Se consideraba impropio y falto de respeto que un niño escribiera los ideogramas de los ancianos de la familia en su totalidad; al omitir algunas pinceladas, el niño expresaba su gratitud y su devoción a los ancestros.

En su mente afloró la imagen del viejo esclavo de su madre en Ukyu y musitó una plegaria por el alma del anciano. Lamentablemente no había llegado a saber mucho de la vida del hombre, o del modo en que había llegado a Ukyu y acabado sirviendo al pékyu-votan y a su madre. «Oga» era un nombre habitual, pero quizá esta placa

transmitiera de todos modos la plegaria al Oga correcto.

En la segunda placa ponía: *Amado maestro: Luan*.

¿El gran Luan Zyaji? Su corazón dio un brinco por la repentina emoción antes de calmarse. Se reprendió a sí mismo por su hiperactiva imaginación. *¿Qué probabilidades hay de que sea él?*

Los elementos del resto de los estantes le confundieron aún más.

Había un trozo de seda basta descolorida con la frase «pesa el pescado» escrita varias veces. La columna más a la derecha tenía ideogramas bellamente proporcionados, realizados por un calígrafo de formación clásica. A su lado, el texto estaba traducido con letras zyndari, pinceladas con una letra esmerada aunque infantil. La mitad izquierda de la página, sin embargo, estaba llena de copias deformes de los ideogramas de la derecha, con raíces semánticas y modificadores de motivo desproporcionados, e incluso con manchones de cera que el autor había desistido de limpiar. Parecía como si un profesor hubiera dado al alumno una plantilla para copiar y practicar.

Había un haz de palos que parecían formar algún tipo de refuerzo ortopédico para un brazo o una pierna. A juzgar por su tamaño, también estaba hecho para un niño.

Un enorme códice con páginas manchadas y arrugadas. En su cubierta se podía leer *Gitré Üthu*, escrito en ideogramas.

Un frasco de orugas encurtidas.

El cuadro de una joven de gran belleza. Llevaba un vestido rosa pálido de mangas largas y sueltas y estaba sobre un estrado con forma de nenúfar gigante, que le hacía parecer una flor de loto. Sus rasgos, dispuestos en una sonrisa ligeramente torcida, le recordaron a Diente de León. Su corazón se aceleró y su rostro resplandeció al pensarlo.

Se apoderó de él un cierto desasosiego. ¿Por qué iba a encontrar el cuadro de una mujer parecida a Diente de León aquí, en este centro de investigación imperial del máximo secreto?

No, pensó, *este cuadro no puede tener ninguna relación con Diente de León. Me importa tanto que imagino verla en todas partes, como los poetas embobados que dicen detectar el rostro de su amada en las sombras veteadas del árbol pagoda y oír la voz de su amada en el sonido de la lluvia que cae del alero.*

Debajo del cuadro había un poema compuesto en ideogramas de cera. Aunque la caligrafía carecía de maestría, su tallado era preciso y el entintado había sido aplicado con mucho esmero.

> *Verde, verde, la yerba thili, grandioso, grandioso, el mar infinito.*
> *Solo en la tierra de los sueños, amada mía, solo allí te visito.*
> *Dedos entrelazados, labios unidos, pero el amanecer te lleva*

consigo.
En tierra extraña estás para pelear, yo ni siquiera puedo rezar.
La rama marchita todavía recuerda del viento la caricia;
el salado piélago todavía relata la danza de las aletas idas.
Esquifes y lanchas y balsas y barcos saltan sobre cada ola
para traer mil noticias excepto la que mi corazón añora.

Anoche soñé que compraba pescado en un puesto del mercado.
La vendedora trató de pesarlo pero la balanza no se quedaba quieta.
Lo abrió y lo cortó en rodajas;
allí encontramos un pergamino de seda.

Me arrodillé en mipa rari *y acaricié cada ideograma,*
desde la primera línea, que preguntaba si comía
y dormía bien, hasta los relatos de viajes, construcciones, cambios,
hasta cuando miraste aquel grácil sauce y pensaste en mi cuerpo,
hasta la última impetuosa gota de cera de la firma de tu nombre.
Me arrodillé en mipa rari *y acaricié cada ideograma.*

Se mantuvo en silencio durante un rato mientras el anhelo que transmitían esas palabras, melancólico y festivo a la vez, colmaba su corazón.

En el estante próximo al cuadro había varios caparazones pequeños de tortuga. Los levantó y vio que sus plastrones estaban grabados con motivos que parecían artificiales.

Cuando se los acercó a los ojos para observarlos mejor sintió un estremecimiento, como si le golpeara un rayo: un boceto de una jarra de tres patas, un *kunikin*.

Pero el motivo no estaba grabado a cuchillo o formón. Penetraba suavemente en el hueso, como si hubiera surgido de forma natural.

Estaba seguro de que había sido hecho a la manera de los lyucu, pues había visto otros similares en su hogar. La sangre del escorpión o el jugo del cactus de tajo lograban ese efecto.

Lo que significaba que los motivos debían ser lyucu: no el símbolo del *kunikin*, sino el del garinafin.

Su mente volvía a estar en plena ebullición. ¿Cómo es que unos caparazones de tortuga grabados con el símbolo del garinafin habían

acabado en posesión de un funcionario que trabajaba en una instalación imperial de Dara? ¿Y por qué en ese mismo lugar había un juego de té con el mismo símbolo? Demasiadas coincidencias inexplicables, demasiadas cosas extrañas como para no inquietarse.

Es una señal, pero ¿de qué?

La fuerte exclamación de Mota reverberó por toda la biblioteca.

—¡Lo encontramos!

Kinri salió del cubículo y se apresuró en llegar al rincón donde Mota y Diente de León habían estado buscando. Los demás ya estaban allí.

—Son las actas oficiales de los interrogatorios del juicio por traición a la mariscal Gin Mazoti —dijo Mota—. Y también peticiones a la corte y debates en el Colegio de Abogados de esa época.

Kinri miró los manuscritos colocados en cajas de madera de sándalo, que protegían los contenidos de los ratones y las polillas. Los bordes de los pergaminos estaban sellados con cera para evitar su apertura, con el cuño de una cimera simple: una flor redonda compuesta por rayos apretados y elegantes, como un ramillete de espadas.

Mota colocó un dedo sobre el sello, dispuesto a arrancarlo.

—¿Espera! —imploró Arona. Le colocó una mano encima y le miró a los ojos—. Deja que lo haga ella —dijo, haciendo un gesto hacia Diente de León.

—¡¿Yo?! —preguntó Diente de León, con el rostro totalmente pálido.

Arona la ignoró.

—Todo lo que hemos hecho hasta ahora… está mal, pero quizá todavía podamos salvarnos si nos pillan. Pero si rompes ese sello no habrá remedio.

Mota sacudió la cabeza.

—Tengo que hacerlo —no levantó la voz, pero sus palabras poseían una fuerza serena, como un pino firme ante la tormenta.

Kinri miró a uno y a otra.

—No lo entiendo —no se explicaba por qué podía ser tan tabú romper un sello.

Diente de León le respondió con voz temblorosa.

—Ese es el sello del Trono del Diente de León. Se aplica a los documentos que solo pueden ver los ojos del soberano. Romper el sello equivale a atacar a la persona del soberano, cometer traición —se volvió hacia Arona—. Sin importar quién seas.

Kinri seguía desconcertado. La importancia atribuida al símbolo le pareció semejante a las supersticiones de las que le habló la maestra

Nazu sobre los ideogramas de las tumbas. Era como si el propio sello de cera estuviera investido de magia.

—Yo lo romperé —dijo él.

Diente de León pareció asustarse todavía más al oírlo.

—¡No! ¡Tú y yo… especialmente tú y yo, no debemos tocarlo!

—Como si realmente tuvieras miedo —dijo Arona.

—¡Lo tengo! —dijo Diente de León—. Creía que íbamos a vivir una aventura… pero esto no es en absoluto lo que yo quería. Una cosa es fingir ser una funcionaria imperial; pero cometer traición… ¡en absoluto!

—¿Crees que no conozco tu secreto? —dijo Arona—. ¿Por qué crees que te hemos traído con nosotros? ¡Eres la única que puede hacerlo con impunidad!

Diente de León se la quedó mirando con los ojos desorbitados.

—No… —su rostro adquirió una expresión de angustia—. No lo entiendes. Yo no soy… No puedo…

Kinri se colocó delante de ella en actitud protectora.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó a Arona—. ¿Por qué la amenazas? Pensaba que éramos amigos.

Widi y Arona se miraron mutuamente. Widi suspiró.

—Diente de León, ¿de verdad quieres seguir manteniendo esta farsa? Arona y yo descubrimos tu identidad real hace tiempo. Te trajimos precisamente por si se producía una situación así, para proteger a Mota.

—¿Entonces nadie más lo sabe? —preguntó Diente de León.

Widi y Arona sacudieron la cabeza.

—Por favor, no se lo digáis a nadie —dijo Diente de León. Pero por la forma en que miró a Kinri quedó claro que se refería solo a él.

—¡Entonces rompe el sello! —dijo Arona—. Rómpelo o se lo contaré.

—¿Cuál es el secreto? ¿Quién eres? —el corazón de Kinri estaba disparado. Era incapaz de imaginar qué clase de secreto podía esconder Diente de León que fuera peor que el suyo—. Nada que pueda saber sobre ti cambiaría lo que… siento…

Diente de León sacudió la cabeza y las lágrimas inundaron sus ojos.

—Esto no está bien —dijo Mota.

Todos se volvieron hacia él.

Mota miró a Arona.

—No, Rona —se calló un momento y cuando volvió a hablar su voz era dulce—. Sé por qué has hecho esto. Pero… el amor no es excusa para tratar a los demás como instrumentos para obtener nuestros deseos. Kinri y Diente de León llegaron a nosotros porque los dioses

querían que nos conociéramos. Sé que los consideras amigos sinceros; simplemente te han cegado tus sentimientos hacia mí. ¿No ves cómo se miran? ¿Cómo puedes pretender sacrificar a otro par de enamorados por nosotros?

Widi suspiró y dijo:

—Pero ellos… él ni siquiera sabe quién es ella.

—¿Acaso alguno de nosotros sabe quién es? —preguntó Mota—. Hasta el momento de morir, cada uno trata de comprender su propia naturaleza, improvisar a partir del guion inescrutable grabado en nuestra alma por el destino. Él la conoce de una manera que transciende el nombre, el rango y el título; se reconocen mutuamente el alma. El secreto al que te refieres es suyo, y le corresponde a ella revelarlo.

Tras un momento, Widi asintió. Se volvió hacia Diente de León.

—Lo siento. Después de todo lo que hemos pasado juntos… Estoy avergonzado.

Arona se cubrió la cara con las manos. Le temblaban los hombros, aunque no producía ningún sonido.

Todavía mirándola, Mota le habló gentilmente.

—Esta es mi misión y yo debo pagar el precio. Siempre lo has sabido.

Arona no dijo nada, pero al rato asintió.

Kinri y Diente de León estaban en un rincón. El la envolvía con los brazos y ella lloraba contra su hombro. Él no preguntó; ella no contestó.

Mota tomó aire con fuerza y arrancó el primer sello. Al oír el sonido, Diente de León ahogó un grito de dolor.

Mota se volvió hacia ella y le dijo con dulzura:

—Solo es un sello de cera. *Mutagé* es más que un ideograma; es algo que se demuestra con actos. La emperatriz puede tener el Sello de Dara, pero ella no es quien dicta nuestras historias de lealtad y fe. Yo no considero que sea traición encontrar la prueba del *mutagé* de la mariscal, hallar la verdad. ¿Tú sí?

Diente de León le sostuvo la mirada. Luego sacudió la cabeza.

Mota se dio la vuelta y desplegó el pergamino, que mostraba columnas apretadas de ideogramas. Se volvió suplicante hacia Widi.

Widi dio un paso al frente y, colocando un dedo sobre el pergamino para mantenerlo en su lugar, empezó a leer los ideogramas en voz alta para Mota.

Arona bajó las manos, se secó las lágrimas y avanzó también un paso.

—Rona, tú no tienes que… —dijo Mota.

—Quiero hacerlo —dijo Arona. Se inclinó hacia Mota y escuchó mientras Widi leía.

—¿Quieres escuchar? —musitó Kinri a Diente de León.

Diente de León sacudió la cabeza.

—Creo que la historia de la mariscal puede esperar. Hay algo más… que deberías ver.

Ella le condujo a una estantería diferente. Aquí los manuscritos parecían bastante nuevos, probablemente escritos en los últimos diez años, algunos incluso ese mismo año.

—Estuvimos hablando de las historias de los refugiados… Estuvimos hablando de las historias de los lyucu… —ella se detuvo.

Él aguardaba con el corazón dolido. *¿Qué es lo que sospecha? ¿Qué es lo que sabe?*

Casi sin pensar, echó un vistazo a los pergaminos. Su corazón se aceleró al darse cuenta de lo que veía.

Eran notas de las actas de los interrogatorios a los refugiados de Ukyu-taasa.

Sabiendo que él necesitaba estar solo, Diente de León se marchó.

Él empezó a leer.

Los archivos más recientes hablaban de nuevas atrocidades cometidas por Cutanrovo y sus escuadrones purificadores. Temblaba mientras leía relatos que le recordaban ese fatídico día en Kigo Yezu. Estudiantes forzados a revelar el nombre de sus maestros y acusarlos; jóvenes nativos, togaten y lyucu organizados en hordas de purificación en Kriphi y otros lugares que practicaban el arte de matar con eruditos y acusados de traición; destrucción de libros y templos nativos; profanación de tumbas ancestrales; esclavización de niños tras la ejecución de sus padres y abuelos; masacres, castraciones, desmembramientos, evisceraciones, aplastamiento de cráneos, mutilaciones, violaciones sistemáticas.

Cerró los ojos. La traición de Cutanrovo a los ideales de Pékyu Tenryo le hizo enfermar físicamente y sintió como si le hubieran clavado un puñal en el corazón y se lo estuvieran retorciendo una y otra vez.

Fue hacia algunos de los archivos más antiguos, con la esperanza de encontrar pruebas de la paz reinante bajo Tanvanaki y Tenryo, antes de que los partidarios de la línea dura de Cutanrovo hubieran vuelto el mundo del revés.

Pero… los primeros testimonios de refugiados contaban más o menos la misma historia: la ejecución arbitraria de nativos por los motivos más nimios; la esclavitud de aldeas enteras por los actos de un solo individuo; la matanza de cientos cuando un naro o un culek

lyucu resultaba herido porque los nativos se resistían ante algún atropello; la declaración de Pékyu Tenryo instando a practicar la violación masiva como táctica de guerra.

¡Mentiras! ¡Mentiras!, gritó en su corazón. *¡Las ejecuciones en masa fueron de rebeldes peligrosos! ¡No hubo violaciones! ¡Las nativas querían ser concubinas de los lyucu! ¡En Kriphi eran muy felices!*

Pero entonces recordó que la maestra Nazu Tei siempre parecía cambiar de tema cuando en clase surgía la historia reciente de Ukyu-taasa, y que su propia madre siempre le daba respuestas vagas cuando le preguntaba qué habían hecho los prisioneros ejecutados en masa en la plaza del mercado. Todas las historias que había oído sobre seductoras concubinas nativas… ¿acaso había llegado a conocer personalmente a alguna de ellas? Todos esos nativos felices de Kriphi… ¿se inclinaban ante él por respeto o por miedo?

Recordó lo triste que parecía siempre el emperador Thaké cuando hacía las proclamaciones del Año Nuevo agradeciendo a Pékyu Tenryo el establecimiento de Ukyu-taasa. Recordó el gesto adusto del rostro de Tanvanaki cuando observaba a su marido en estas funciones públicas.

¿Y si… Cutanrovo no fuese una aberración? ¿Y si… los refugiados no fueran embusteros, sino que lo fueran el emperador Thaké, Tanvanaki, e incluso mi propia madre?

Se dio cuenta que debía retroceder aún más en el tiempo. Tenía miedo de hacerlo, pero no podía dejarlo.

Al final de la balda estaban los archivos más antiguos de los refugiados, de la época en que Pékyu Tenryo luchó y triunfó sobre el tirano Ragin para establecer Ukyu-taasa, su patria.

Un nombre captó su atención: el informe de Zomi Kidosu, consejera especial de la princesa Théra.

Él desconocía que la mujer a la que estaba suplantando había sido también una refugiada de Ukyu-taasa. Con manos temblorosas, desdobló el manuscrito que contenía su testimonio.

«Pretendo mantenerte como invitado un poco más», dijo Tenryo a gritos. «Si de verdad debes irte, tendré que disfrutar del entretenimiento yo solo».

Uno de los garinafins avanzó lenta y pesadamente y se agachó junto a la multitud de civiles. Los hombres, mujeres y niños huyeron de la bestia, pero estaban encadenados por los tobillos, y el pánico les hizo caer amontonados.

«Emperador, baja de esa escalerilla, por favor», dijo Tenryo sonriente.

«¡No le escuchéis!», gritó Mün Çakri. «¡Marchaos! ¡Marchaos!».

El emperador titubeó. Miró a los hombres, mujeres y niños que gritaban y chillaban, y sus manos y sus piernas parecían pegados a la escalerilla.

Tenryo movió un brazo con resolución y el piloto a lomos del garinafin colocó la trompetilla en la base del cuello de su montura y gritó a través de ella.

La bestia descendió la cabeza hasta el suelo y cerró la boca.

«¡No!», chilló el emperador Ragin y se soltó, cayendo de la escalerilla.

La bestia abrió la boca de golpe y una lengua de fuego roja y brillante surgió de sus fauces y barrió a la multitud que tenía delante.

Donde hacía un momento cien personas se arrastraban y luchaban por su vida, solo quedaban cien piras ardientes. Los cuerpos carbonizados pero todavía crepitantes permanecían en la postura que tenían en el último momento de sus vidas: una madre protegía el cuerpo de su hijo, un marido se interponía delante del de su esposa, un hijo y una hija intentaban cubrir el cuerpo de su madre —y los tres estaban ahora fundidos en un solo cadáver llameante.

Mi madre era una de las víctimas.

Perdonadme. No puedo seguir escribiendo.

¡Mentiras! ¡Mentiras!

Kinri chilló dentro de su cabeza.

El relato de cómo Pékyu Tenryo venció al cruel emperador-bandido Kuni Garu era posiblemente la historia que más le gustaba a Kinri de niño. A pesar de su inferioridad numérica, el indomable pékyu-votan escapó de una trampa preparada por Kuni Garu, el traidor, y consiguió rodearle. Entonces el tirano nativo, apurado para subir a la aeronave que le permitiría escapar, ordenó a sus hombres que quemaran hasta la muerte con lanzallamas a unos inocentes civiles para despejar el camino. Solo entonces Tenryo se vio obligado a reunir a sus exhaustos jinetes de garinafins para enfrentarse en una lucha heroica hasta que la aeronave *Gracia de los Reyes* se vio forzada a aterrizar para que Kuni Garu pudiera someterse a la justicia por los crímenes cometidos contra su propio pueblo.

¡La versión de Zomi Kidosu debe ser mentira! ¡Todas las historias contadas por los refugiados deben ser mentira! ¡Sucia propaganda dara-raaki!

Pero entonces se dio cuenta de que nunca había escuchado a su madre o a Nazu Tei relatar la historia de Pékyu Tenryo. Las únicas personas que se la contaron habían sido tutores asignados por la corte, y siempre lo hacían de la misma manera. Cuando era niño les había suplicado una y otra vez que se la contaran, y siempre le habían complacido, sin variar jamás un solo detalle.

¿Cómo puede ser que una historia no cambie nada de una narración a otra? Los chamanes danzantes nunca cuentan una historia de la misma manera.

Se le heló el corazón. *Las historias muertas no cambian: son relatos inventados que han de ser narrados de la misma manera una y otra vez para que no se revelen como la mentira que son.*

Los relatos de los refugiados que hacían referencia a Cutanrovo tenían el sello de la verdad porque podía compararlos con su propia experiencia en Kigo Yezu. Si creía esos relatos, ¿por qué no iba a creer las historias que contaban otros refugiados sobre la vida bajo Tenryo? ¿Por qué no iba a creer lo que contaba Zomi Kidosu?

Ukyu-taasa nunca fue un paraíso. Cutanrovo está haciendo exactamente lo que Tenryo quería. Mi madre, el emperador Thaké y Tanvanaki mienten.

Dejó caer el pergamino y ocultó la cabeza entre las manos, lleno de dolor. Era insoportable que la obra representada por Mota y Arona estuviese más cerca de la verdad que la heroica figura de Pékyu Tenryo que él había creado en su cabeza.

Si se hubiera topado con estos textos, con estas historias, antes de venir a Ginpen, antes de vivir entre el pueblo de Dara, antes de enamorarse de sus sentimientos y de sus canciones, podría haberse permitido no tenerlos en cuenta y considerarlos meras invenciones, propaganda. Pero ya no era posible refugiarse en esa excusa. Bajo esas palabras latía algo que las ratificaba, al igual que las danzas de los chamanes, tan difícil de poner en duda como el poder de un garinafin: la fuerza de la experiencia, la única maestra capaz de convencer.

Se retiró de la estantería tambaleándose, incapaz de soportar los horrores que se había visto obligado a hacer frente.

Las luces se apagaron, sumergiendo todo en la oscuridad. Nunca había experimentado una oscuridad tan absoluta. Al estar dentro de una cueva, ni siquiera la luz de las estrellas o de la luna aliviaba la ausencia completa de luz.

Gritos. Chillidos. Maldiciones resonando por toda la biblioteca. Era tan caótico que no se entendía nada. Instintivamente, él también gritó, contribuyendo a la cacofonía. Ruido de escalerillas y estantes y quién sabe qué estrellándose contra el suelo. Chirridos de metal contra metal. Más chillidos y gruñidos y órdenes vociferadas.

Tambaleándose, arrastrándose a trompicones, fue avanzando hasta el lugar donde había visto a Diente de León por última vez, varias estanterías más allá.

Tan de súbito como se habían ido, las luces inundaron de nuevo todo el espacio, obligándole a entornar los ojos para soportar la deslumbrante luminosidad. Se acuclilló y esperó hasta que dejó de sentir dolorosas pulsaciones en los ojos. Había demasiada gente hablando al mismo tiempo para entender lo que ocurría. Espiando

cautelosamente por la esquina de la estantería tras la que se ocultaba, se dio cuenta de que los soldados habían tomado la biblioteca.

Widi estaba en el suelo, atado de pies y manos.

Mota, el invencible Mota, se arrodillaba en silencio junto a un montón de libros desparramados, con las manos atadas a la espalda. Una espada descansaba sobre su garganta. Se fijó en Arona, de rodillas frente a él, también con una espada contra la garganta. Se mantenía muy quieta mientras por su cuello escurría un hilillo de sangre y el soldado que sujetaba la espada la miraba sombríamente. Los soldados que los rodeaban vociferaban preguntas sin parar, pero sus amigos mantenían los labios sellados.

¿Dónde está Diente de León?

Escuchó su voz, tan clara en medio de la barahúnda como el canto de un jilguero entre el cacareo de unas gallinas. Miró frenéticamente a su alrededor hasta que la localizó junto a la entrada; dos soldados la sujetaban por los brazos y un tercero intentaba atarle las piernas. Diente de León daba patadas y se retorcía con furia mientras chillaba sin parar.

—¡Dejad que me limpie el maquillaje! ¡Lo sentiréis mucho cuando me veáis la cara!

Su mirada era tan imperiosa y autoritaria como siempre. Pero los soldados no se conmovían.

Una mujer, vestida con la túnica formal de una funcionaria de alto rango de la corte, estaba junto a Diente de León. Levantó una mano y dijo algo, y el clamor de la biblioteca se fue apagando. Estaba de espaldas a Kinri.

—¡Dejadla en paz! —gritó Kinri.

La funcionaria se volvió de golpe y docenas de soldados corrieron al instante hacia Kinri, listos para someter a ese último intruso. Kinri agarró una caja de libros grande y pesada y corrió hacia la funcionaria, ignorando a los soldados que corrían hacia él desde todas direcciones.

Los soldados refrenaron su carrera al ver que el intruso, que gritaba con voz varonil, de hecho era una mujer. Sin embargo, se pararon en seco cuando vieron su cara. Mientras derrapaban hasta detenerse miraban alternativamente a Kinri y a la funcionaria, sin saber cómo actuar.

Kinri levantó la caja de libros como si fuera un hacha de guerra y masculló una amenaza. Con cara de pocos amigos, la funcionaria avanzó decidida hacia él, sin mostrar miedo. Él abrió la boca para seguir gritando, pero el aire se le atascó en la garganta cuando se acercó lo suficiente para ver el rostro de la mujer con claridad.

Era la misma cara que había visto antes, cuando se miró en el espejo que sostenía Arona justo después de acabar de maquillarle.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

FAMILIA

EL ÚLTIMO MORDISCO: SÉPTIMO MES DEL NOVENO AÑO DEL REINADO DE LA ESTACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DEL REINADO DE LA LIBERTAD AUDAZ (VEINTIDÓS MESES ANTES DE LA REAPERTURA DEL MURO DE LAS TORMENTAS)

En el interior del cubículo utilizado por Zomi Kidosu como oficina y dormitorio, Fara se sentaba en *mipa rari* sobre un cojín, con aspecto desafiante. Por fin se había quitado el maquillaje y Zomi casi se desmaya al verla.

Inquieta, Zomi paseaba de un lado a otro del cubículo.

—¿Cuál es tu explicación para esto, Fara?

—Quería divertirme un poco.

—¡Divertirte un poco! Esta es una de las instalaciones más seguras de toda Dara. Y tú decidiste que estaría bien ayudar a un puñado de espías a penetrar en su interior…

—¡No son espías! Solo son personas que quieren saber la verdad.

—¡Cómo puedes ser tan ingenua! Fíjate lo bien planeada que está toda la operación. Hasta consiguieron encontrar un doble para suplantarme. ¿Te parece eso simple curiosidad?

—Yo nunca dije que fuera «simple» curiosidad. ¡Tiene un propósito!

—Sí, exactamente. ¿Sabían ellos quién eres tú? ¿Eras tú el objetivo?

—No… Sí… Es… complicado.

Zomi dejó salir un profundo suspiro.

—Oh, estoy segura de que es complicado. No puedo creer que Aya te haya estado encubriendo todo este tiempo…

—¡Aya no sabe nada! ¡Mantenla fuera de esto!

—Vas a volver a Pan, y no vas a poner un pie fuera de palacio durante *mucho* tiempo. Me dan ganas de decir a la emperatriz que te encierre con llave en tu habitación…

—Oh, Rata-*tika* —Fara rompió a llorar y las lágrimas corrían por su rostro—. Oh, si… si solo… si solo pudieras ver…

Zomi suspiró. La manipulación era evidente, pero no por ello menos efectiva. La joven princesa se parecía mucho a Théra a esa edad.

—¡Deja de berrear! Y mantén a tu hermana fuera de esto. Voy a

interrogar a tus «amigos» y averiguar qué es lo que andan buscando. Más te vale que no sean espías lyucu.

Estaba a punto de darse la vuelta, pero la mirada de terror que atravesó el rostro de Fara la hizo detenerse. *No, no puede ser*. Un escalofrío le recorrió el corazón.

—Mírame, Fara.

Fara la miró fijamente.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Fara sacudió la cabeza.

—Aunque seas una princesa imperial —dijo Zomi pausadamente— la traición es un crimen castigado con la muerte. ¿Lo entiendes? Esto no es un juego.

Fara apartó la mirada.

—¿Es la anciana? ¿Es el hombre alto?...

Mientras consideraba cada uno de los prisioneros, Zomi mantenía sus ojos fijos en el rostro de la joven.

Fara parecía enfadada, girando la cara para evitar la mirada fija de Zomi y balbuceando con impaciencia.

—¿Es el joven que se parece a mí?

Fara seguía con cara de fastidio. Casi por reflejo, tragó saliva.

Los ojos de Zomi se empequeñecieron.

—Quédate aquí —dijo—. Me ocuparé de ti después de que le saque la verdad.

La secretaria de clarividencia Zomi Kidosu, encargada de defender Dara del espionaje lyucu, observaba fríamente al joven arrodillado frente a ella, sujeto por dos guardias.

Sentía que este hombre, que inexplicablemente se le parecía, era la clave.

Sus compañeros le habían hecho un relato preliminar sobre las andanzas de «la Banda de las Flores ampliada» en los últimos meses. Para ella era evidente que, por mucho que la banda pensara que había estado utilizando al joven, era él quien los había utilizado a ellos para aproximarse a Fara y adquirir conocimiento de la ingeniería dara. La elaborada estratagema y sofisticada planificación de la mente maestra eran asombrosas, y el hecho de que no solo hubiera seducido a Fara, sino que incluso le hubiera revelado su conexión a los lyucu —a juzgar por su reacción— demostraba una audacia rayana en la temeridad. Aparentemente, esa jugada le había dado buenos resultados.

Sus papeles eran una farsa, como era de esperar de un espía de los lyucu. Pero, lo que era peor, a partir de su extenso conocimiento de las tradiciones lyucu y de su aparente simpatía por la causa lyucu —

como demostraba su papel en el tercer certamen entre La Espléndida Jarra y El Cofre del Tesoro—, Zomi sospechaba que el joven ni siquiera era un *anojiti* de Dara Irredenta, sino un agente *lyucu*.

¿Cómo podía hablar tan bien nuestra lengua? ¿Cómo podía conocer tanto nuestras costumbres y nuestra historia? Si Tanvanaki cuenta con más espías como él, ¿cómo podremos descubrirlos?

La mente de Zomi volvió a recordar la mirada de terror de Fara.

La princesita es inexperta pero inteligente… ¿Le contó este hombre que es un lyucu o lo descubrió ella por su cuenta? En cualquier caso, ¿cómo es posible que haya mostrado tan poco juicio?

Dejando aparte la insensatez de Fara, este era sin duda el peor desastre de seguridad en el tiempo que Zomi llevaba como secretaria de clarividencia, y todavía estaba más enfurecida por el disfraz que el espía había escogido: lo sentía como una bofetada deliberada en plena cara.

Sin embargo, en lugar de astucia y arrogancia, lo único que veía en la cara del joven era perplejidad y turbación.

—¿Por qué tienes ese aspecto? —murmuró el joven.

Eso mismo se preguntaba Zomi. Incluso ya desmaquillado, el parecido entre ellos, una vez explícito, era imposible de ignorar. La sola idea de que los dioses hubieran decidido hacer que un lyucu se pareciera tanto a ella era perturbador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Zomi, manteniendo una voz neutra.

—Kinri Rito —dijo él.

—Mentira. ¿De dónde eres?

—Soy un refugiado de Rui.

—Otra mentira. Tal vez seas de Dara Irredenta, pero no eres un refugiado —dijo Zomi—. No existe registro de ese nombre en ninguno de los campos de refugiados, y tu supuesta filiación es pura ficción. Eres un espía lyucu, ¿verdad?

Se encogió de miedo, pero no lo negó.

—¿Cuál es tu misión?

Él se echó a reír amargamente.

—Ojalá lo supiera.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cerró los ojos y volvió la cara.

Zomi suspiró. En cierto sentido, era una pena que no le hubiera capturado hasta hoy. Bajo la regencia de la emperatriz Jia, la tortura y el castigo colectivo habían ido reduciéndose de manera continuada y se habían eliminado gradualmente de los dominios del Ministerio de Justicia y de la Secretaría de Clarividencia. Las técnicas de

interrogatorio que hace tiempo hacían que los clarividentes fueran tan temidos en las islas de Dara ya no se practicaban. Si el joven hubiese sido capturado por uno de sus subordinados en años pasados, no hay duda de que ya habría confesado.

No importa, pensó. *La tortura no es un método de fiar ni es siempre eficaz. Hay otras maneras de pesar el pescado.*

Se volvió hacia los objetos que llevaba el joven. No eran gran cosa: algo de dinero en un monedero de lacería, unas cuantas piezas de hueso pulido —una de ellas aparentemente en proceso de ser tallada en forma de horquilla con una protuberancia en forma de diente de león en el extremo—, un pañuelo de seda con un mensaje cursi —claramente obra de Fara—, y un caparazón de tortuga grabado al estilo de las tribus de las planicies.

El caparazón llamó la atención a Zomi. Esos objetos de artesanía lyucu eran muy valorados por contrabandistas y coleccionistas debido a su rareza en Dara, y Zomi los conocía por las mercancías decomisadas a los piratas y por los mensajes en caparazones de tortuga enviados por su amada desde el otro lado del Muro de las Tormentas.

Pero en lugar del *kunikin* de tres patas, el caparazón de Kinri mostraba un mapa de Dara. Sacudió la cabeza, desconcertada. *¿Será una tosca guía usada por el espía para averiguar dónde debía ir una vez alcanzada la costa de Dara?*

Dio la vuelta al caparazón para ver el plastrón.

El tiempo pareció detenerse; lo que estaba viendo era imposible.

Había un retrato de su familia: un padre, una madre, dos muchachos mayores y un bebé. Las figuras vestían al modo de los pescadores de Dasu, que Zomi conocía bien por su niñez. Estaban toscamente dibujadas y carecían de rasgos distintivos excepto la mujer, que sujetaba una balanza de la que colgaba un pescado, y el bebé, envuelto en ropas decoradas con la imagen de un gatito.

La mujer estaba pesando el pescado.

Zomi volvió a voltear el caparazón y lo examinó detenidamente. Efectivamente, había un punto en la costa de Dara en el mapa que marcaba la situación de su aldea natal.

¿Cómo era posible? Era un retrato de su propia familia poco después de que ella naciera. Su madre siempre hablaba de pesar el pescado para entender la verdad del mundo, y a ella le habían llamado «Mimi» porque el modo en que buscaba la leche y lloriqueaba le recordaba a su madre a un gatito.

—Mi familia —dijo con la voz ronca—. ¿Cómo es que…?

El caparazón se le cayó de la mano, golpeando contra la mesa.

—¡Secretaria Kidosu!

—¿Estáis bien?

—¡Llamad al médico!

Mientras sus asistentes y sus guardias la asistían, Zomi tenía la mirada clavada en el joven y en ambos rostros apareció la misma expresión de abrumadora conmoción ante una emergente verdad imposible.

Llevó tiempo contar ambas historias.

Pero al final Zomi y Kinri tuvieron que afrontar la verdad: eran hermano y hermana, votan-sa-taasa, hijos ambos de Oga Kidosu, aunque nacidos en dos costas separadas por un océano.

Zomi tenía treinta y dos años, Kinri diecinueve. Solo les separaban trece años, aunque el lapso parecía de varias vidas.

—En todo el tiempo que Oga vivió con nosotros, nunca supe que era mi padre —dijo Kinri con asombro y pena.

—Puede que ni él mismo supiera la verdad —dijo Zomi.

Kinri pensó que su madre siempre fue ambigua sobre su paternidad. Pensó en la manera contradictoria en que su madre trataba a Oga —de repente amable, poco después impaciente y exigente. Entendió por qué había actuado así: la mejor manera de mantener a raya a sus díscolos maridos era incentivarlos con la esperanza de que cualquiera de ellos *podía* ser el padre de Kinri, al tiempo que se aseguraba que esa esperanza fuera siempre ilusoria. Fue una suerte que Oga fuese de Dasu, cuyos habitantes solían tener una complexión más ligera que los del resto de Dara, así que pudo mantener el ardid de que Kinri era lyucu puro. También pudo entender que su madre, dividida entre el mito del pékyu-votan visionario que deseaba integrar a los nativos en la sociedad lyucu, un mito que ella había contribuido a cultivar, y la realidad de un Tenryo que no veía más futuro para los nativos que la esclavitud y la muerte, una realidad que él empezaba a aceptar a regañadientes, pudiera vacilar y mantener en secreto la verdad de su paternidad para todo el mundo, incluidos él y su padre.

—¿Cómo era él? —preguntó Zomi—. No le conocí hasta el momento de su muerte.

Entonces Kinri compartió con Zomi sus recuerdos de Oga. Le habló de las fábulas que contaba el viejo sobre los héroes de Dara, de las canciones sobre su patria perdida, de las veces que rememoraba a su familia: los hijos que habían partido a luchar por Xana y nunca regresaron, la bebé que solo había conocido unos pocos días antes de su prolongado exilio, la esposa cuyos esfuerzos y sufrimientos deseaba compartir y no podía.

—¿Pero por qué…? —Zomi no pudo seguir—. ¿Y cómo es que

tú…? —su voz se iba apagando.

Kinri entendió lo que quería preguntar, pero era incapaz de responderla. Él era demasiado joven para saber si Goztan se había llevado a su lecho a Oga con frecuencia, la naturaleza y el origen de su vínculo, o siquiera si había existido un vínculo de cariño y amor o algo más oscuro e involuntario. Tras leer los testimonios de los refugiados, las sonrisas que había visto en los rostros de las concubinas nativas que había conocido cuando vivía en Kriphi adquirieron una sombra mucho más siniestra. ¿Podía existir amor entre un lyucu y un dara cuando las diferencias de poder eran siempre tan crudas y los re-recuerdos de ambos pueblos estaban tan enredados?

Sin pretenderlo le vino a la mente el rostro de Diente de León. Lo ignoró con determinación.

Y todavía no estaba preparado para contar la verdadera historia de cómo había llegado a Ginpen.

—Nunca supe que tenía una hermana —dijo Kinri, porque no había mucho más que decir. No la conocía en absoluto, aunque podía percibir en ella retazos de sí mismo: el contorno de la barbilla, la inclinación de la ceja, la mirada de concentración cuando consideraba un enigma. Se sintió atraído por ella —era de la *familia*—, pero también le intimidaba.

—Nunca supe que tenía otro hermano —dijo Zomi—. ¡Cuánto debes haber sufrido en Dara Irredenta!

Las lágrimas caían por los rostros de ambos cuando se abrazaron. Cuánto dolor y pesar había caído sobre su familia por culpa de los delirantes proyectos de Mapidéré y de la ambición ilimitada de Tenryo.

—Me alegro de que pudieras contarme algo de su vida —dijo Zomi después de un rato—. Aunque esté al otro lado del Río en el que Nada Flota, estoy segura que estará sonriendo al vernos juntos.

Kinri asintió, pero su cabeza estaba llena de confusión. Zomi había hablado compasivamente sobre su sufrimiento —¿pero había sufrido realmente como thane-taasa de los lyucu? Él siempre se sintió un descendiente de los conquistadores; si hubiera sabido que era togaten, que en sus venas también fluía sangre dara, ¿habría cambiado su experiencia?

Se dio cuenta de que no había preguntado a Zomi por Aki, la esposa de Oga en Dasu, y que Zomi no le había preguntado por Goztan, su propia madre. Aunque eran hermanos, había un muro que los dividía, un muro que, se temía, era tan impenetrable como el Muro de las Tormentas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó, moviendo su brazo en un arco para indicar las estanterías que formaban las paredes del cubículo, más por llenar el silencio que por interés en la respuesta. Necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había descubierto en El Último Mordisco.

—Aquí es donde vengo a pensar —dijo Zomi. Mientras su mirada se iba depositando en cada objeto de las baldas y la mesa, su expresión se suavizó—. Mi trabajo en Pan está lleno de oscuridad y conflicto, pero El Último Mordisco es mi refugio. Estos objetos me proporcionan consuelo porque me recuerdan a las personas que quiero y que me quieren.

—Háblame de ellas —dijo Kinri. Se le hacía raro relacionar el nombre de «Zomi Kidosu» con el «amor». En los relatos oficiales de los historiadores de la corte en Kriphi, Zomi Kidosu era una bruja peligrosa, cuya taimada mente tenía que vencer la ingeniosa Tanvanaki para proteger el paraíso que era Ukyu-taasa —un falso mito no perdía su poder de un día para otro.

—Este manuscrito es de mi maestro —dijo Zomi, acariciando el trozo de seda lleno de copias infantiles de los ideogramas que servían de modelo—. Me enseñó muchas cosas sobre libros y filosofía, pero la lección más importante de todas —movió la mano hasta el haz de palos junto a ella— fue que yo era la que decidía mi propio camino, con independencia del punto de partida que me habían asignado los dioses al nacer.

—Yo también tuve una maestra en Ukyu-taasa… en Rui.

—¿Ah, sí?

—La mataron… la mató Pékyu Vadyu tras ser falsamente acusada de traición.

Zomi le miró con extrañeza.

—¿Falsamente?

Kinri no sabía cómo explicárselo. Sin duda Nazu Tei no era un perro leal de Tanvanaki, pero había aceptado la supremacía lyucu y no se rebeló hasta el final. Era consciente de que la pasividad de su anciana maestra y su aceptación de la conquista lyucu no la supondría sino desprecio a ojos de su hermana—. Era una docta erudita —dijo débilmente, como si eso lo explicara todo.

Zomi aguardó. Y cuando quedó claro que Kinri no diría nada más, ella dijo, tajante:

—Tanvanaki es la hija de su padre —como si eso explicara todo.

Es imposible que hablemos de nuestros amores a corazón abierto, pensó, y el dolor agudo causado por ese descubrimiento le hizo respirar agitadamente.

Para disimular, añadió al momento:

—También me habló mucho de la belleza de la cultura de Dara, y me enseñó a mirar más allá de las historias que contaban los thanes y los historiadores de la corte.

—Un gran maestro moldea nuestra mente, al igual que nuestros padres moldean nuestro cuerpo —dijo Zomi con reverencia—. ¿Cómo se llamaba?

Se lo dijo. Zomi asintió.

—Su nombre aparece en el Salón de Mutagé. No había considerado sus méritos por lo poco que sé de ella, lo que consta en los registros oficiales. Tienes que contarme algunas de sus proezas de animosa resistencia y rebelión frente a los lyucu, para que podamos conmemorarla como se merece en el próximo Festival de Arreglo de Sepulturas.

Parecía que no hubiera ningún tema del que pudieran conversar sin salvar complicadas e invisibles barreras. Él volvió a intentarlo.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó, señalando los caparazones de tortuga que llenaban una balda—. ¿Por qué tienen el símbolo del garinafin? ¿Y eso otro? —señaló las tazas sobre el escritorio—. ¿Por qué tienen el mismo símbolo?

Una sonrisa amable y de añoranza suavizó el rostro de Zomi.

—Ese juego de té procede de una taberna, La Jarra de Tres Patas.

Kinri asintió. Lo mismo que había dicho Arona.

—En esa taberna conocí a la mujer que amo —dijo Zomi—, y es también el lugar donde pasamos una noche muy especial.

—¿Qué fue de ella?

Una sombra de melancolía cubrió el rostro de Zomi como un velo.

—Se marchó para ser la novia de otro.

—Siento oír eso —dijo Kinri. Rebuscó en su mente tratando de encontrar palabras de consuelo más adecuadas—. Pero el corazón se rompe y se sana lo mismo que las mareas suben y bajan —sonaba falso incluso para sus oídos.

A pesar de su melancolía, Zomi sonrió al oírlo.

—Hablas como una casamentera senil. ¿Qué sabrás tú de corazones rotos a tu edad? —una mirada de comprensión súbita recorrió su rostro mientras miraba atentamente a Kinri, que escondió el rostro, aturdido.

Zomi respiró profundamente.

—En todo caso, no fue exactamente así. No me dejó porque sus sentimientos cambiaran; se marchó al otro lado del Muro de las Tormentas porque necesitaba realizar grandes proezas.

—¿Más allá del Muro de las Tormentas? —preguntó Kinri,

estupefacto—. ¿Quieres decir que es…?

—Sí —dijo Zomi, con una voz llena de orgullo—. Mi maestro, Luan Zyaji, fue el primer hombre de Dara en atravesar el Muro de las Tormentas con un propósito, y mi amante, la gran princesa Théra, fue la primera mujer de Dara en hacerlo —echó un vistazo al cuadro que colgaba de la estantería, frente a ella.

Kinri miró al retrato que se parecía a Diente de León y le sobrevino una comprensión aterradora. Apartó con toda su fuerza las implicaciones de esa intuición, como el hombre que cierra los ojos ante un maremoto que se avecina. *Es imposible. No puede ser.*

—¿Y no te fuiste con ella? —dijo con voz ronca, para disimular.

—No, me quedé porque tenía otros sueños que quería realizar aquí.

—¿Unos sueños mayores que estar con la mujer que amabas? —apretó con fuerza el pañuelo que ella le había regalado, ahora bien seguro sobre su corazón. No era capaz de pensar en separarse de ella… en caso de que a ella no le importara su linaje lyucu una vez descubierto, en caso de que ella…, pero no, no quería pensar en eso.

Zomi suspiró.

—Supongo que los poetas románticos dirían que nuestra tragedia es producto de la ambición y la vanidad, porque en sus versos no hay nada más grande que el amor. Pero Théra y yo entendemos que existen otros grandes ideales en este universo que merece la pena perseguir, y la separación no es el final del amor, cuando este es verdadero.

Kinri se preguntó si Zomi creía de verdad lo que decía o si solo intentaba consolarse, pero en cualquier caso se sujetó la lengua. Sabía que la gran princesa Théra había muerto al cruzar el Muro; todos lo sabían.

Tras un instante, Zomi siguió hablando.

—Después compré el juego de té a sus dueños para que me recordara a ella, porque fui tan tonta que no le pedí algo suyo antes de que se marchara.

—Posiblemente no le pediste nada porque no terminabas de creer que se iba para siempre —dijo Kinri, pensando en que él tampoco había pedido nada a Nazu Tei antes de que se separaran la última vez.

—Puede que en eso tengas razón —dijo Zomi—. Pero los dioses se han apiadado de mí. No se ha ido para siempre.

—¿Qué?

—Aunque Théra esté al otro lado del Muro de las Tormentas, no está más allá del Río en el que Nada Flota —y señaló los caparazones de tortuga—. Estos han llegado de Ukyu y Gondé, y sé que son de ella porque el símbolo del *kunikin*, la jarra de tres patas, posee un

significado especial para nosotras.

La idea de que Théra no hubiera muerto, sino que hubiera conseguido llegar a Ukyu era otra revelación impactante, pero a estas alturas Kinri ya estaba insensibilizado debido al cúmulo de sorpresas. Se sentía envarado, como la oruga *thasé-teki* después de que los hongos se hubieran ramificado en su cuerpo. Vagamente, se preguntó si Tanvanaki y su madre habrían visto otros caparazones semejantes de más allá del Muro y comprendían lo que en realidad significaban.

—La princesa es inteligente —dijo Zomi—. Debe de haber grabado los símbolos en los caparazones de docenas de tortugas, o más, y haberlos enviado a la gran corriente circular, con la esperanza de que al menos algunas lograran atravesar el Muro de las Tormentas. Además, para evitar que los invasores lyucu los detectaran, escribió los mensajes de un modo ambivalente. Solo yo podría saber por qué las tortugas portan el símbolo de la jarra de tres patas.

Kinri intentó imaginar cómo interpretaría Tanvanaki los símbolos. ¿Pensaría la pékyu que el garinafin era un grito de los lyucu de Ukyu pidiendo ayuda? ¿O pensaría que simbolizaban la llegada de otra flota de refuerzo?

Una nueva y creciente sensación de incomodidad le carcomía. Lo que Zomi le estaba contando eran secretos de estado, exactamente la clase de información que su madre y la pékyu necesitaban desesperadamente. El hecho de que Zomi le estuviera contando libremente estas cosas, como se hacen confidencias los miembros de una misma familia, demostraba que no tenía dudas sobre su lealtad, que pensaba en él como parte del pueblo de Dara. Ella creía que el reclamo de la sangre era evidente, el tenor de su lealtad obvio. ¿Pero compartía él esos sentimientos?

Peor aún, ¿qué le pasaría si no quisiera ser súbdito del Trono del Diente de León? ¿Cómo actuaría ella si se negaba a ponerse de su parte?

—Me gustaría añadir esta a las demás —dijo Zomi, levantando el caparazón en el que Oga había grabado su familia y el mapa de Dara —. Si quieres, este lugar puede ser también tu refugio, lleno de amor —su voz reflejaba un anhelo de parentesco y hogar, del consuelo de la familia.

Kinri observó a Zomi colocar su caparazón junto a los que llevaban los mensajes de la gran princesa Théra. Tenía la mente en blanco. El retrato de familia de Oga incluía a Zomi, pero no a él —¿quería eso decir que Zomi tenía más derecho al caparazón que él? Pero ese caparazón también era lo último que su madre le había dado, y no podía soportar no llevarlo junto a su corazón, en el mismo lugar

donde llevaba el pañuelo de Diente de León.

—Cuando te hayas recuperado te llevaré a ver a la emperatriz y al emperador, y la información que tienes sobre los lyucu nos resultara de gran utilidad.

¿De verdad iba a ir a ver a la emperatriz y a contarle todo lo que sabía de los lyucu? ¿De verdad iba a traicionar a la pékyu y a su madre? ¿Y qué ocurría con su misión, la misión que pensaba que le habían asignado Goztan y Tanvanaki?

—Me gustaría quedarme el caparazón algo más de tiempo —dijo con voz ronca.

Ella le miró con extrañeza, pero enseguida relajó el ceño.

—Por supuesto. Acabas de descubrir que es tu padre. Es natural que desees pasar más tiempo con él.

Le entregó el caparazón; él lo aceptó sin contradecirla.

—Necesito estar un rato a solas —dijo—. Creo que me gustaría quedarme aquí y leer.

Zomi sonrió comprensiva.

—No me has explicado cómo escapaste de las garras de tu madre y de la taimada Tanvanaki, pero entiendo que es una historia muy traumática y de gran sufrimiento. El tiempo aliviará tu corazón dolorido —su voz estaba llena de orgullo, como si imaginara la valiente huida de Kinri—. Debes saber que ya has demostrado un gran coraje al llegar hasta aquí, y que nunca podrán volver a ponerte las manos encima…

Kinri la interrumpió porque la cháchara mal encaminada de Zomi le resultaba intolerable.

—¿Podría… ver a Diente de León?

Zomi se rio entre dientes.

—¿Así que ese es el nombre por el que la conoces?... Ah, cómo les gusta a los dioses hacer bromas… mira que juntar vuestros dos caminos… —sacudió la cabeza y se puso seria—. ¿De verdad no sabes quién es?

Él sacudió la cabeza. *No se puede evitar lo inevitable.*

—¿Y tus sentimientos hacia ella son sinceros?

Él asintió, con más firmeza de la que había empleado jamás para responder cualquier pregunta.

El último vestigio de preocupación desapareció del rostro de Zomi.

—La joven a la que has estado cortejando es Fara, Princesa Imperial de la Casa del Diente de León. Ella es… un espíritu atrevido y libre, y da un montón de dolores de cabeza a todos los que la quieren. Estoy segura de se sentirá aliviada al saber que en realidad no eres un lyucu. Me da la sensación de que eso la tenía preocupada.

Mucho después de que Zomi se hubiera marchado, Kinri seguía sentado en el cubículo, con el caparazón en una mano y el pañuelo en la otra, tan inmóvil como un arrecife sacudido por demasiadas olas de verdades inesperadas.

En los siguientes días Zomi interrogó a los demás miembros de la Banda de las Flores a conciencia. Aunque la princesa Fara ponía las manos en el fuego por ellos, Zomi no terminaba de creerles. No obstante, saber que en realidad no habían sido engañados por un espía lyucu, sino que se habían hecho amigos de su hermano y le habían ayudado, suavizó considerablemente su actitud hacia ellos.

Tras analizar detenidamente la competición entre La Espléndida Jarra y El Cofre del Tesoro, sus ideas sobre la Banda de las Flores cambiaron por completo. La curiosidad que los motivaba, después de todo, no era tan diferente de su propia sed de conocimiento cuando era una simple niña pescadora en Dasu.

—Secretaria Kidosu —dijo Rati Yera—, ahora que sabéis que Tiphan Huto es un traidor que colaboraba con los piratas para secuestrar a ingenieros y trabajadores especializados para los lyucu, ¿podéis enviar una partida para rescatar a la familia de Mozo Mu? Me temo que…

Zomi levantó una mano.

—De eso no tienes que preocuparte. De camino hacia aquí recibí un informe de la expedición de la emperatriz contra los piratas. Asaltaron el astillero de Tiphan Huto en los Huevos de Gusano de Seda y rescataron a numerosos rehenes. Estoy segura de que la familia de vuestra amiga está entre ellos.

Fara dio palmas de alegría.

—¡Sabía que Aya lo lograría!

Zomi alzó una ceja.

—¿Más maquinaciones? Creo que haría bien en vigilarte de cerca.

Pidió a Fara, Widi Tucru, Rati Yera, Arona Taré y Mota Kriphi que le dieran más explicaciones sobre los inventos, estratagemas y representaciones, y ellos utilizaron modelos para guiarla por las partes más complicadas.

Fara se sintió feliz de mostrar sus logros, y la banda colaboró con ella, aunque no tenían claro el propósito que había detrás del interés de Zomi. Rati le explicó que no podía revelar los detalles de los carros autónomos, y Zomi, sabiendo que los magos callejeros tenían la costumbre de mantener sus secretos, no la presionó para hacerlo.

Ahondar en el funcionamiento de esas máquinas asombrosas le resultó muy placentero intelectualmente. Había pasado tanto tiempo rodeada del ruido ensordecedor que produce manipular las palancas

del poder en las contiendas burocráticas, de los lacerantes crujidos y chirridos de los mecanismos de complots y conspiraciones del espionaje y el contraespionaje, que casi había olvidado lo mucho que amaba la poesía limpia y apaciguadora de la ingeniería, el primer idioma que había aprendido de Luan Zyaji, su amado maestro.

—Todos estos inventos son ingeniosos, pero lo que más me ha impresionado son los carros autónomos, aunque no esté al corriente de los principios que los hacen funcionar —dijo Zomi—. ¿Te das cuenta de lo que has conseguido?

—Bueno… ganamos el concurso —dijo Rati tímidamente. Todavía le sobrecogía estar hablando con uno de los funcionarios más poderosos —quizá el más poderoso— del imperio, que además era una inventora de gran renombre, y la idea de que una mujer *raye* pudiera ofrecer algo valioso al gobierno, más allá de trabajo y sufrimiento, era inimaginable.

—¡No! —dijo Zomi riendo entre dientes—. Bueno, sí, ganasteis, pero no es eso lo que quiero decir. Has inventado una manera de registrar y reproducir una secuencia precisa de movimientos.

Su mente se disparó al imaginar las posibilidades que ofrecía. Unas máquinas dispuestas a asimilar instrucciones, que podían reproducir el movimiento de los expertos, suponían un avance capaz de transformar la propia manera de trabajar en Dara.

—En la cocina teníais máquinas que copiaban los movimientos de la cocinera —dijo Zomi—. En el restaurante enseñasteis a las máquinas a seguir determinada ruta. ¿Podríais haber combinado ambos principios para enseñar a las máquinas de la cocina a cocinar ellas mismas los platos, *sin* una cocinera que guiara sus manos?

Rati consideró la pregunta.

—En teoría, tal vez. Pero eso exigiría mucha precisión y refinamiento. Tendría que experimentar y ensayar una y otra vez…

—No estoy preguntando si podrías hacer que funcionara ahora mismo, solo si es posible, en principio —dijo Zomi, con una nota de emoción en la voz—. Asumiendo que podamos superar los desafíos ingenieriles, podrías tomar un plato que un chef maestro tiene que preparar guiado por sus sensaciones y su instinto y reducirlo a una secuencia precisa de instrucciones llevadas a cabo por una docena de máquinas, multiplicando el trabajo de un experto por cien.

Rati todavía parecía indecisa, pero sus ojos empezaban a brillar de emoción al imaginar las posibilidades.

—Es un proceso que podría ampliarse a la fabricación de toda clase de objetos: el tejido de diseños complicados, la pintura y barnizado de porcelana para el horno…

Zomi la complementó.

—El forjado de hierro y acero, la fabricación de anillos y escamas uniformes para armaduras, el transporte de mercancías por tierra de nadie…

Necesito que me encuentres hombres y mujeres de talento.

Se detuvo de golpe. ¿Había topado, por casualidad, con la clase exacta de personas que Phyro necesitaba?

Desde que recibió la carta de Phyro había estado dándole vueltas al asunto. Por mucho que simpatizara con la frustración del emperador, por mucho que deseara que la emperatriz adoptara una postura más dura con los lyucu, lo que el emperador le solicitaba era traición. No podía aprobarlo. Los argumentos de Jia eran sólidos; su sistema funcionaba; Dara jamás había prosperado tanto como durante su reinado. Las personas de talento deben servir al trono, no a un ejército privado creado a pesar del trono, por justa que fuera la causa. Expulsó de la cabeza ese pensamiento intruso.

—Luan Zyaji, mi maestro, decía que la ingeniería era una especie de poesía. Lo que habéis hecho es inventar una forma completamente nueva de componer poemas mecánicos. ¡La capacidad de registrar los movimientos transitorios de un maestro artesano y reproducirlos con exactitud es similar a la invención de la escritura para registrar el habla efímera, y no menos transcendental!

—Yo… nunca pensé en términos tan grandiosos —dijo Rati Yera, apabullada por la visión majestuosa de Zomi—. Somos simples hombres y mujeres que solo pretendíamos buscar el conocimiento que amamos.

Con la mente en plena ebullición, Zomi fue hablando por turnos con cada miembro de la banda sobre sus inventos: los trucos legales y de investigación que permitían proporcionar a los pobres cierta protección contra los poderosos; las representaciones de Arona y Mota que entretenían e ilustraban, como el dominio del humo de la consorte Risana; las maravillas mecánicas de Rati que reproducían las creaciones de las academias pero también abrían nuevos campos.

Como secretaria de clarividencia, además del espionaje y el contraespionaje, estaba también encargada de descubrir a hombres y mujeres de talento que pudieran servir al Trono del Diente de León y al pueblo de Dara. Su corazón estaba lleno de rabia y de gratitud al darse cuenta de que nunca se habría fijado en la Banda de las Flores si no hubiera tenido este encuentro fortuito con ellos.

—¡Todos deberíais trabajar para la Academia Imperial y los laboratorios imperiales, o como funcionarios del servicio civil! —dijo Zomi—. ¿Cómo es posible que hombres y mujeres de vuestro talento

permanezcan en la oscuridad, como perlas ocultas en el mar?

—¿Estáis sugiriendo que deberíamos presentarnos a los exámenes imperiales? —preguntó Arona con incredulidad.

Zomi comprendió el origen de la objeción de Arona.

—Los exámenes ya no tiene que realizarse exclusivamente en ideogramas. Podéis escribir con letras zyndari…

—¡Esa es toda una presunción! —objetó Arona con la cara enrojecida—. Quiero que sepáis, secretaria Kidosu, que yo por supuesto sé leer y escribir, y que probablemente sé más sobre dramaturgia antigua que la mayoría de vuestros *firoa*. Simplemente no me interesan demasiado las palabras de los sabios.

—Y yo soy *toko dawiji* —dijo Widi—, pero no tengo ningún deseo de presentarme a exámenes más avanzados. Los ensayos que no contribuyen a nada práctico me aburren. Prefiero mucho más manejar el estilete y mi lengua afilada para lograr resultados prácticos para mis clientes.

—Si vuestra objeción tiene que ver con el formato de los exámenes —dijo Zomi—, podemos seguir reformándolos. ¡Podéis ayudarnos a ello! Aunque ya no puedo inmiscuirme en los exámenes, puedo transmitir vuestras ideas a los funcionarios que están a cargo. En lugar de ensayos sobre temas generales, las pruebas podrían evaluar el conocimiento en materias específicas como las matemáticas o la ingeniería. Podríais escribir sobre cuestiones que os apasionan y problemas reales que hayáis resuelto…

—Eso no me ayudaría —murmuró Rati Yera—. Yo no sé escribir en absoluto.

—Entonces podemos idear maneras que os permitan demostrar vuestras habilidades prácticas en construcción y fabricación…

Widi sacudió la cabeza.

—No, muy honorable secretaria Kidosu, no estáis escuchando. No nos interesan los exámenes porque no consideramos que el servicio al gobierno sea el objetivo supremo.

Arona, Mota y Rati asintieron al oír ese comentario.

—¿Cómo puedes afirmar algo así? —exclamó Zomi—. Poseer un gran talento es una bendición de los dioses, y el talento no debe malgastarse en la oscuridad.

—Os parece que nuestras vidas son oscuras y desaprovechadas —dijo Widi—. Pero ese es vuestro punto de vista. Para la mente, es mucho más placentero vivir una vida con poco prestigio o riqueza pero en libertad.

Zomi se quedó muda. No había considerado la posibilidad de que aquello que los eruditos desean por encima de todo, que se reconozca

su talento y ser *útiles* para la corte, no ofreciera ningún atractivo para estas Flores silvestres.

Se volvió hacia Rati, cuyos servicios eran los que más codiciaba, e intentó otra táctica con ella.

—Hablas del amor al conocimiento. ¿No crees que disfrutarías trabajando en un laboratorio imperial como este, donde tendrías acceso a materiales y equipamiento que no puedes sufragar por tu cuenta, donde te sentirías estimulada por las conversaciones con doctos colegas tan enamorados del conocimiento como tú, donde tus investigaciones podrían cambiar la vida de millones de personas?

Rati pensó en su conversación con Kisli Péro y en la increíble energía que bullía en el interior de las enormes jarras de Ogé que alimentaban el laboratorio. Sintió el remolino de un anhelo que ni siquiera sabía que tenía.

Pero entonces se le descompuso la cara.

—Pero… ¿cómo va a ser aceptada una mujer *raye* y analfabeta entre las filas de los *cashima* y los *firoa?*

Zomi guardó silencio. Podía imaginar el desdén al que se enfrentaría Rati por parte de los investigadores que llevaban a gala su propia erudición y miraban por encima del hombro a los inventores populares. ¿No había manera de aprovechar el talento de todos aquellos comprometidos en la búsqueda del conocimiento, sin discriminarles por razón de su nacimiento, estado civil, estatus y erudición en los clásicos anu?

—Además, inclinarse ante el trono tiene un coste —dijo Rati—. Ya no podría trabajar en los problemas que me interesan, en seguir líneas de investigación que no coincidan con la visión de otro; no estar comprometida con ningún patrón mantiene a salvo mi propia curiosidad.

—La ambición no nos gobierna a ninguno de nosotros —dijo Arona —. No queremos ser cometas que bailan según las corrientes del poder, pagar el precio de estar sujetos a la mano de los poderosos para volar alto. Widi ha hablado de libertad, y la libertad de fluir adonde nos apetece, de que nuestros amigos nos acepten por lo que somos, es más preciosa que el oro y los títulos.

—Y algunos de nosotros deseamos efectuar cambios desde fuera de la Corte del Diente de León, porque siempre habrá cosas que no puedan hacerse a menos que estés apartado de las instituciones que canalizan y acumulan el poder —dijo Widi—. Los flujistas, entre otros, defienden seguir el ejemplo de los arroyos de flujo libre. No toda el agua debe recogerse en cubos o ser aprovechada mediante molinos para regar los campos.

—Entonces, ¿estáis decididos a no entrar al servicio del Trono del Diente de León? —preguntó Zomi con la voz más endurecida. Era inaceptable desaprovechar el potencial de estos individuos con tanto talento. La emperatriz había instituido un sistema al servicio del pueblo de Dara. Una vez reconocido, el talento debe ser aprovechado, domesticado, canalizado. Tendría que forzarles a entrar en el sistema, en los cubos y molinos de agua.

Los integrantes de la banda sacudieron la cabeza con resolución.

—Entonces, dejad que os explique lo que habéis hecho —dijo Zomi Kidosu, con una voz desapasionada, la clase de voz que ella pensaba que debería emplear la secretaria de clarividencia—. Os habéis hecho pasar por funcionarios imperiales en múltiples ocasiones; habéis penetrado en un centro de investigación imperial de acceso restringido bajo engaño; habéis roto el sello del Trono del Diente de León, cometiendo un ultraje sobre la persona de la soberana. Cada uno de estos delitos puede ser perseguido bajo la categoría de traición, castigada con la pena capital.

Todos la miraron, sorprendidos por el súbito cambio de actitud.

—¿Estáis… amenazándonos? —preguntó Widi.

—Pero sabéis que no somos espías —dijo Arona—. Os ayudamos a atrapar a Tiphan Huto, el verdadero traidor.

—Y sabéis que no hemos hecho nada para perjudicar al trono —dijo Rati—. Solo nos movía la curiosidad, el amor por la verdad y el conocimiento.

Zomi levantó una mano.

—Simplemente estoy exponiendo vuestras opciones. Podéis elegir entre servir al trono o ser acusados de traición. No hay más.

En los rostros de Widi, Arona y Rati surgieron miradas de indignación, pero antes de que cualquiera de ellos pudiera hablar, Mota, que hasta entonces no había dicho palabra, dio un paso al frente.

—¿Por qué nos hacéis esto? —preguntó—. Los lyucu están secuestrando a personas de talento para servir a sus planes de matanzas y esclavitud. Vuestros objetivos pueden ser más nobles, pero al obligarnos a servir al trono bajo amenaza de prisión o algo peor, ¿no estáis emulándoles en cierta medida?

Zomi abrió los ojos de par en par.

—Yo no… esa no es mi… cómo puedes…

Mota no se ablandó.

—He leído las transcripciones del juicio a la mariscal Gin Mazoti. En una ocasión también os obligaron a servir al poder en contra de vuestra conciencia. ¿Queréis emular a la emperatriz o a la mariscal?

Esas palabras golpearon a Zomi como un trueno. Se tambaleó y sus labios se movieron sin pronunciar sonido mientras buscaba en vano las palabras para defenderse.

Finalmente, no dijo nada y salió corriendo.

Fara fue a ver a Kinri.

Zomi había dispuesto una estancia vacía para él. Podía recorrer el recinto, pero no abandonarlo. No era exactamente un prisionero, pero le vigilaban y mantenían bajo custodia.

Fara le encontró en la biblioteca, hojeando libros. Era evidente que su corazón no estaba en la lectura.

—Tengo buenas noticias —soltó de sopetón. Le resultaba muy difícil hablar de lo que realmente quería hablar, así que decidió contarle que su amiga, la princesa Aya Mazoti, había rescatado a la familia de Mozo Mu; que habían capturado a los piratas que colaboraban con los lyucu; que el magistrado Zuda había rescatado a los mecánicos secuestrados en la prisión de la bodega; que Tiphan Huto iba a ser juzgado por traición…

—Tú sabías que yo no era dara —dijo él, interrumpiéndola.

En silencio, Fara asintió.

—Las historias que me contaste… no podrías haberlas contado con tanto cariño si no fueras lyucu. Arona y Widi descubrieron quién era yo de la misma manera: por mucho que intentara ocultar mi identidad, mis historias me delataron.

Kinri reflexionó sobre ello. *¿Será que las historias que sabemos y amamos nos definen?*

—¿No te preocupaba que fuera un espía, que solo estuviera utilizándote?

Ella meneó la cabeza.

—En absoluto. Amas demasiado Dara, amas… demasiado a tus amigos. Pensé que eras como el desertor que se ha unido a mi hermano… un buen lyucu.

Él cerró los ojos. *¿Es eso lo que soy? ¿Un «buen» lyucu?*

—Sin embargo, temías decirme quién eras —dijo Kinri.

—No sabía lo que sentías realmente por mí —dijo ella—. Quiero gustarte por… por ser Diente de León, no por ser una princesa imperial. Supongo que es algún tipo de vanidad… pero quería que tú me *vieras*.

Él rememoró su conversación sobre arte, sobre la señora Mira y el hegemón. Parecía que había pasado toda una vida.

—Además —dijo ella indecisa—, tenía miedo de que si tú eras un guerrero lyucu y yo una princesa dara, no tuviéramos ninguna posibilidad de estar juntos. Sería demasiado escandaloso. Decidí no

confirmar la verdad, retrasarla. Habría resultado demasiado duro.

Igual que yo, pensó él.

—¿Ha cambiado eso realmente? —preguntó sin pensar.

—¡Claro que ha cambiado! —dijo Fara—. ¡Los dioses se han apiadado de nosotros y tú no eres lyucu para nada! ¡Eres dara y hermano de Zomi!

—¿Significa eso que he cambiado ante tus ojos? —preguntó Kinri —. ¿Significa eso que me *ves* de otro modo?

—No entiendo… —la voz de Fara se fue apagando.

Los ojos de Kinri se fijaron en el grueso libro con manchas de humedad llamado *Gitré Üthu*.

Conócete a ti mismo. Ese es el problema. Yo no me conozco en absoluto.

—Creo —dijo, con un nudo en la garganta— que prefiero estar solo.

Hubo lágrimas y gritos, y luego, en el silencio que ella dejó al marcharse, sus dedos temblorosos buscaron el pañuelo todavía sin abrir. La fragancia de los dientes de león y la rosa rupestre le hizo pensar en barcos indefensos en medio de mares tormentosos y en semillas al viento atrapadas en un vendaval demasiado poderoso para resistirse.

Kinri envió un mensaje a través de los guardias solicitando ver a Zomi.

Para los lyucu de Ukyu-taasa, lo reflejado en los libros y la escritura, inventos de los arteros nativos de Dara cuya naturaleza era mentir, no se podía creer. Ahora Kinri se preguntaba si esta desconfianza no era como el caso del ladrón que monta un alboroto cuando le roban a él mismo: la corte de Kriphi al completo, desde Tanvanaki y su madre hasta los historiadores cortesanos, parecían volcados en la tarea de mentir.

Pero seguía albergando la esperanza de poder salvar algún ápice de verdad de las historias de su infancia. Los chamanes lyucu justificaban su desconfianza de los libros en que, a diferencia de los testigos vivos, no se les podía interrogar y forzarles a defender sus relatos. Sin embargo, en este caso Kinri podía acceder al menos a uno de los autores de los re-recuerdos que había estado leyendo.

—¿Esta es la verdad? —preguntó a su hermana, señalando su crónica de la batalla del Paso de Naza.

Los ojos de Zomi se endurecieron.

—No.

El corazón de Kinri dio un brinco de emoción.

¿Será cierto? ¿Fue Pékyu Tenryo falsamente vilipendiado?

—Entonces, ¿qué pasó realmente?

—La verdad no es algo que puedan describir las palabras —dijo

Zomi—. Yo presencié cómo el aliento de garinafin incineraba a mi madre por orden de Tenryo. La parte más importante de la verdad es lo que yo sentí en aquel momento, pero no tuve palabras para expresarlo. Mi deber era informar a la emperatriz de lo que podía verificarse: el número de personas asesinadas, la manera en que tuvieron lugar las muertes, las palabras dichas por quienes estaban en el campo de batalla.

»Si pudiéramos incorporar todas esas cosas, ¿sería esa la verdad?

Kinri estaba en silencio.

Yo no puedo enseñarte la verdad. La experiencia es la única maestra que podrá convencerte.

—Escuché muchos otros relatos de enormes atrocidades cometidas por los lyucu durante la conquista de Dasu y Rui —dijo Zomi—, pero como yo no fui testigo no pude incluirlas en mi informe. Quería estar segura de que mis palabras eran imparciales, irreprochables, para que la emperatriz pudiera decidir sobre el rumbo de la guerra basándose en hechos, no en emociones.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kinri—. ¿Por qué prescindir de la parte más importante de la verdad: la experiencia?

—Porque la experiencia no puede… reducirse a símbolos —dijo Zomi—. Las palabras son resbaladizas, objetos frágiles, incapaces de sustentar el peso de la verdad. Yo puedo decirte que mi Théra es la mujer más hermosa del mundo, o que Aki Kidosu fue la mejor madre que cualquiera pueda tener, pero tú no puedes experimentar mi amor a través de esas palabras. Yo puedo decirte que Tenryo es el más cruel de los conquistadores y que Tanvanaki es una enemiga despiadada, pero tú no puedes sentir mi odio a través de esas sílabas. Los relatos de los testigos presenciales siempre han estado sujetos a la duda, porque forma parte de nuestra naturaleza que nos gusten las historias, pero también decepcionarnos al ver que no están a la altura de los qualia irreductibles de la realidad vivida.

»Por eso, cuando llegan hasta la emperatriz, los relatos de los supervivientes y de los refugiados de Dara Irredenta quedan reducidos a los nombres de las aldeas arrasadas, al número de desaparecidos, heridos y muertos, tablas de cifras que resumen las violaciones, mutilaciones y ejecuciones. No, no son la verdad, porque la verdad de los lyucu en Dara es la indescriptible oscuridad.

A Kinri se le contrajo el corazón. Se había enfrentado a su hermana para intentar redimir a Tenryo y su propio amor por el pékyu-votan muerto; pero no había salvación, solo más oscuridad.

Volvió obsesivamente a los relatos de testigos oculares de la creación de Ukyu-taasa: thanes lyucu matando a bebés y niños

pequeños delante de sus padres, trabajos forzados y torturas, matanzas de civiles que no oponían resistencia con el fin de infundir miedo, una política de violaciones para quebrar la voluntad de resistencia…

Cada vez que se proponía dudar de los relatos, defender la inocencia de los lyucu, le venían a la mente las imágenes de las tropas de Cutanrovo Aga masacrando la aldea de Kigo Yezu. Negarlo era imposible. Las atrocidades eran, en realidad, los propios cimientos de la vida de confort y aprendizaje que él había experimentado en Ukyu-taasa.

Se despertó de una pesadilla en la que Diente de León, Rati Yera, Nazu Tei, Lodan y Mati y la gran señora Wasu se convertían en cenizas bajo el aliento flamígero de un garinafin pilotado por su madre y Cutanrovo Aga. Los chillidos moribundos de aquellos a quienes había llegado a amar persistían en su cabeza mucho después de sentarse en la cama, jadeante, con el cuerpo empapado en sudor.

Retrocedió ante su propia imagen en el espejo, espantado de ver en ella rasgos de su madre.

Se quedó mirando el estilete sobre la mesa e imaginó que se cortaba las venas con él para poder liberarse del desprecio hacia sí mismo y de la carga del pecado heredado junto con la sangre, para propiciar un destino implacable.

Lloró en silencio por las muertes y el sufrimiento que dieron origen a su patria, por la destrucción de un mito que le había servido de sostén.

Acarició el caparazón de tortuga que le había entregado su madre. Sintetizaba en miniatura toda la agitación de su mente. Cuando estaba en Ukyu-taasa había interpretado el retrato del caparazón de una manera, pero en el territorio original de Dara esa lectura fue complemente distinta.

Algo para que te guíe de vuelta a la familia y al hogar.

La familia del caparazón no era la suya, sino la de Zomi. Todo tenía que reexaminarse bajo esa nueva luz. ¿Era el caparazón una suerte de confesión de su madre, que insinuaba sin palabras la verdad?

Ella le enseñó a manejar la lanza de caza y la maza para pescar; curó sus heridas y le secó las lágrimas; le contó que Ukyu-taasa era su hogar; respondió a sus preguntas sobre la vida en las planicies; le contó historias sobre el gobierno cruel del almirante Krita y la brillante rebelión de Pékyu Tenryo; le cantó canciones sobre las hazañas de Afir y Kikisavo; le pidió al viejo Oga que le enseñara a hablar la lengua de Dara; suplicó a Nazu Tei que aceptara ser su maestra…

Siempre que le preguntaba sobre la fundación de Ukyu-taasa veía

una mirada de angustia en sus ojos que no sabía cómo interpretar. Ella no había querido mentirle, ahora lo entendía, aunque el silencio de la omisión la fuera carcomiendo por dentro.

Desconocía cuál había sido el comportamiento de su madre en el pasado y qué clase de atrocidades había cometido para hacer posible Ukyu-taasa. Pero después de todas las palabras y relatos de testigos y horrores reales y pesadillas fantaseadas, una verdad permanecía inalterable frente al embate de las olas de revelaciones, una experiencia de la que no podía dudar: su madre le amaba y él la amaba a ella.

La amaba, sin importar lo que hubiera hecho. Y esa seguridad era a la vez más dulce y más dolorosa que cualquier otra cosa en el mundo.

Cuando la Banda de las Flores fue a visitarle, casi pensó pretextar alguna enfermedad y no recibirlos. Ahora que sabían la verdad sobre él, que la sangre de los odiados lyucu corría por sus venas, ¿le tratarían de un modo diferente?

Pero Rati, Arona, Widi y Mota no le hablaron de su identidad en ningún momento.

Al principio se sintió agradecido, porque pensó que, con independencia de su origen, le consideraban su amigo, el hombre al que habían conocido como Kinri Rito. Pero después, cuando hicieron referencias triviales a su buena suerte, se dio cuenta de que simplemente asumían que estaba contento de reunirse con su origen dara, que había rechazado a su madre lyucu con la facilidad de alguien que ha visto la verdad, la acepta y desecha las falsedades.

Sentía que el abismo de la experiencia existente entre ellos, siempre presente, se ensanchaba. Se preguntó si no sería aún mucho mayor el abismo entre ella y Dien… no, la princesa Fara.

Al igual que con Kinri, Zomi no había restringido los movimientos de la Banda de las Flores, mientras no intentaran salir del Último Mordisco. Así que Rati habló de las maravillas que habían visto en los laboratorios y galerías experimentales; Widi habló de las diversas propuestas y reformas que la emperatriz había rechazado en los últimos años y que estaban selladas en los archivos del Último Mordisco, muchas de las cuales habrían llevado a una Dara muy diferente de la actual; Arona, de las obras de teatro y las canciones perdidas de los tiempos de los reyes Tiro y del reinado del emperador Mapidéré, la mayoría de las cuales solo conocía por referencias; y Mota, de su investigación del juicio de la mariscal Mazoti.

—Ella no traicionó a Dara —dijo Mota. Y tenía una alegría en la voz y un brillo en la cara que Kinri no recordaba haber visto nunca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, para evitar hablar de él mismo.

—Ven, deja que te enseñe.

Los sellos de los pergaminos continuaban rotos. Zomi todavía no había decidido si usarlos como prueba en un nuevo juicio por traición.

Así que Kinri revisó los voluminosos registros del juicio a Gin Mazoti por traición: la tran scripción del historiador de la corte del primer diálogo entre la emperatriz Jia y la princesa Fara (que entonces era una niña pequeña y no era consciente de la tormenta política que se cernía sobre ella); la solicitud de pruebas del primer ministro Cogo Yelu; el testimonio de Zomi Kidosu alegando que Gin Mazoti estaba tramando una rebelión; el rechazo colérico de la propia mariscal de los cargos contra ella; la nota de suicidio del secretario de clarividencia Rin Coda en la que confesaba su papel en las conspiraciones de la emperatriz Jia; las confesiones de Doru Solofi y Noda Mi corroborando el relato de Rin Coda; la retractación de Zomi Kidosu de su acusación; la confesión de la emperatriz de sus falsas acusaciones; y finalmente el extenso diálogo entre el emperador Ragin y la mariscal, registrado por el propio emperador, al final del cual Gin rompió su espada para demostrar que no retorcería la verdad por el bien de la estabilidad política, ni cedería ante las mentiras de Jia.

La Corte del Diente de León era tan repugnante y estaba tan llena de mentiras como le habían enseñado a creer en Ukyu-taasa.

Pero esa confirmación apenas le alegró.

Inexplicablemente, no había nada en los archivos que explicara por qué, una vez que Kuni Garu cayó cautivo de Pékyu Tenryo, Gin Mazoti se había retractado y había aceptado las falsedades que manchaban su reputación, a la vez que tomaba la espada para defender Dara. Había luchado por Jia, por la mujer que intentó destruirla, llegando a elogiarla como digna emperatriz de Dara.

—Algunas verdades —dijo Mota— quedan por siempre perdidas para la historia.

Kinri puso a un lado el último manuscrito; tenía el corazón en cenizas.

Si cuando supo la verdad de las atrocidades de los lyucu durante la conquista deseó no haber nacido lyucu, la ferocidad de la política cortesana en Dara le hizo cuestionarse cómo había podido ver alguna vez belleza y esperanza en las palabras de los sabios anu.

La naturaleza de toda la humanidad estaba corrompida y no había nada nuevo bajo el sol.

—¿Por qué están sellados esos libros? —preguntó a Zomi—. ¿Por qué no están abiertos a todos los que desean estudiar la verdad?

—Porque a veces la verdad no es lo que precisa el mundo para ser

mejor —contestó Zomi, que parecía cansada.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando el hegemón atravesó Dara en su corcel de guerra, Réfiroa, le impulsaban los recuerdos de la matanza de su familia a manos de Mapidéré. Reunió a sus tropas recordándolas que, en una ocasión, los ejércitos conquistadores de Xana enterraron vivos a decenas de miles de soldados de Cocru que se habían rendido, por lo que sus seguidores no se opusieron al ahogamiento de decenas de miles de prisioneros xana.

»El emperador Ragin, sin embargo, garantizó clemencia a los burócratas y soldados del imperio de Xana cuando fue rey de Dasu, y posteriormente, al convertirse en emperador, alivió los impuestos que abrumaban a quienes habían apoyado al hegemón. No buscó venganza ni recordó a la población las crueldades de Mapidéré, ni tampoco levantó monumentos a todos los inocentes que habían muerto a causa de la ambición de Mata Zyndu. Mantuvo la verdad confinada en estos archivos secretos y, de hecho, permitió que el pueblo idealizara el legado del hegemón.

»¿Cuál de estas decisiones crees que fue la mejor? —dijo Zomi.

Kinri guardó silencio. Comprendía que insistir en que se hiciera justicia para la mariscal habría desestabilizado la Corte del Diente de León cuando más necesitaba el respaldo del pueblo, cuando los lyucu amenazaban con invadir el resto de las islas, pero ¿por qué los registros de las atrocidades de los lyucu estaban también sellados?

—En ocasiones la verdad puede servir para confirmar las falsedades —dijo Zomi.

Kinri estaba perplejo, confundido.

—Ya circulan de boca en boca suficientes relatos de las atrocidades cometidas por los lyucu —dijo Zomi— y un libro que recogiera las descripciones de testigos oculares habría confirmado dichos relatos y dado verosimilitud a exageraciones todavía más sangrientas.

Kinri reflexionó sobre esa idea. Él mismo había creído las peores historias sobre el carácter de Kuni Garu cuando le confirmaron la traición del bandido al hegemón en Rana Kida.

—Después de la batalla del golfo de Zathin, la emperatriz estaba convencida de que era necesario lograr la paz, parar la guerra. Los relatos de las atrocidades cometidas por los lyucu solo habrían servido para provocar las ansias de guerra del pueblo, y llegó a la conclusión de que había que evitarlo a toda costa. Aunque nunca suprimió activamente la propagación de las historias, decidió que el testimonio oficial de dichas atrocidades debía quedar sellado hasta que pudiera hablarse de ello sin que despertara el deseo de nuevas masacres.

La voz de Zomi sonaba cansada; inesperadamente, Kinri sintió lástima por ella. Le parecía que su hermana era como un ganso salvaje a quien su compañero hubiera dejado encargada de atender el nido, protegerlo y repararlo, remendarlo y asegurarlo durante tanto tiempo que ya no sabía cómo alejarse volando del plácido lago, dejando atrás solo un grito y una sombra.

Zomi estaba sentada sola, en mitad de la noche, pensando.

Kinri seguía estando taciturno y retraído, y le preocupaba. Al haber crecido en el seno de una familia lyucu de alto rango, no cabía duda de que podría compartir mucha información de inteligencia. Pero empezaba a pensar que quizá se hubiera apresurado al asumir cuál era su estado de ánimo. Un niño no renuncia a una vida de amor por su madre después de descubrir que ha sido una violadora, una asesina, una guerrera que luchaba por una causa injusta. Un hombre no renuncia a una vida de adoctrinamiento en la devoción a su tribu, a su patria, a un mito imaginado, tras descubrir que las cosas no eran como le habían contado.

Las decisiones más importantes que tomamos en la vida no se derivan de la razón, de pesar el pescado, de una evaluación de los pros y los contras… sino de un simple salto de fe, de amor, que no necesita pruebas, disculpas o argumentos.

Decidió que era mejor esperar hasta que lo llevara a Pan, donde podía buscar sanadores y sabios consejeros en la corte que ayudaran a Kinri a adaptarse a su nueva identidad, antes de hacerle demasiadas preguntas.

El problema más acuciante era qué hacer con la Banda de las Flores.

Las preguntas de Mota la habían puesto muy nerviosa. La emperatriz había acusado a Gin Mazoti de traición con el fin de alcanzar sus propios objetivos políticos, y Zomi, a su pesar, la había ayudado en esa empresa. Pero, al menos formalmente, la acusación de la emperatriz no carecía de base. Gin, convencida de que Jia iba por el mal camino, *había* dado asilo a unos fugitivos que se habían rebelado contra el Trono de Dara para tener una prueba contra la emperatriz, un acto que, a su entender, era acorde con el ideal de *mutagé*. Eso era traición sobre el papel, aunque no en esencia.

La Banda de las Flores había roto el sello del Trono del Diente de León con el fin de averiguar la verdad sobre el juicio de Gin Mazoti, un objetivo que ellos creían en armonía con el *mutagé*. Al amenazarles con la acusación de traición para que acataran sus propios deseos, ¿estaba haciendo lo mismo que había hecho la emperatriz?

Estaba convencida de que su objetivo era magnánimo, era el

correcto. Pero ¿justificaba eso suprimir la verdad a cambio del poder, adoptar los métodos de los lyucu —al menos en la forma— para obligar a las Flores a entrar a su servicio?

Pensó en las palabras de Théra antes de su partida, cuando le pidió que ayudara a Phyro a administrar Dara; pensó en la solicitud de Phyro, que pedía su ayuda para construir un ejército con el que liberar al pueblo de Dara Irredenta; pensó en la gravedad de la emperatriz Jia cuando le recordó que había jurado servir al poseedor del Sello de Dara; pensó en las instrucciones de Luan Zyaji la primera vez que ella pensó que él iba a morir: *En ocasiones tienes que hacer lo correcto aunque ello te cause daño. Los actos materializan los ideales.*

¿El *mutagé* suponía ser leal a los deseos de quienquiera que poseyera el Sello de Dara, o significaba algo *más*?

Durante años, había hecho lo que la emperatriz le pedía, convencida de que Jia intentaba hacer lo correcto para Dara. Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si el ejército privado de Phyro era la única esperanza de Dara? La emperatriz Jia ya se equivocó antes en una ocasión; podía volver a estar equivocada. Siempre había intentado colaborar con el elaborado sistema de burocracia montado por Jia, seguir las reglas, pero ¿y si no había otra forma de lograr lo que era correcto a menos que estuviera dispuesta a cortar los hilos, a no seguir planeando como una cometa, sino a lanzarse en picado con tanta libertad como uno de los halcones mingén mecánicos de Luan?

Gin Mazoti había dado asilo a los fugitivos porque eso era *mutagé;* se había negado a confesar traición porque era *mutagé;* había aceptado en último término el juicio de traición para proteger al trono y empuñado las armas para luchar por Dara a pesar de que habían mancillado su nombre, también porque era *mutagé*.

¿Iba ella a ser menos?

Una vez que has despejado la espesura mediante la razón, aún tienes que confiar en la brújula del corazón guiado por la pasión. Una vez que has considerado todas las posibilidades, aún tienes que lanzar los dados, dar ese salto de fe.

Las dudas de su corazón se apagaron. Sabía lo que tenía que hacer.

Una mañana soleada, una semana después, una larga caravana aguardaba en la carretera, a la salida del Último Mordisco, lista para llevar a Zomi Kidosu y a la princesa Fara de regreso a Pan.

Normalmente, para un viaje así, Zomi habría optado por una aeronave. Pero en esta ocasión tenía que transportar un montón de objetos interesantes y quería desviarse a un destino secreto antes de volver a Pan. Lo mejor era viajar por tierra, por lo cual Aya Mazoti, que había desembarcado en Ginpen tras sus operaciones contra los

piratas, se había unido a ellos para proporcionarles escolta.

Los carritos estaban empaquetados junto con prototipos, modelos y dibujos de los inventos de la Banda de las Flores. En El Último Mordisco habían dejado otro lote similar, pero la mayoría se enviaría a Pan, donde los eruditos de la Academia Imperial los estudiarían y dilucidarían sus principios. Zomi estaba muy entusiasmada con su potencial.

Pero algunos de los planos y modelos nunca llegaría a Pan. Zomi pensaba hacer un viaje especial a las montañas Wisoti, acompañando a la Banda de las Flores.

Al final, Zomi había revelado a la banda un asombroso secreto: el emperador Monadétu, ausente desde hacía tiempo del trono velado, había estado preparándose para invadir Dara Irredenta.

—Mi intención es colaborar con el emperador en todo lo que pueda —dijo Zomi—. Y el primer paso es llevarle personas de talento. No habrá exámenes, ni ensayos abstractos, ni grandes títulos o impresionantes salarios. No formaréis parte del sistema. Lo único que puedo prometeros es un montón de trabajo duro e innumerables peligros.

—¿Peligros? —preguntó Arona confundida—. No esperaréis que combatamos nosotros a los lyucu, ¿verdad?

—No, a menos que así lo queráis —dijo Zomi. Miró de reojo a Mota, que parecía dispuesto a tomar una espada en ese mismo momento.

—Lo que quiere decir es que se nos considerará traidores al trono —dijo Widi— porque esta invasión, si entiendo bien, no está autorizada por la emperatriz Jia —observó a Zomi con cautela.

Zomi no lo negó.

—Es cierto. Solo por comentaros estos planes *se* podría argumentar que *he* cometido traición. Lo que le ocurrió a la mariscal podría fácilmente ocurrirme a mí y a todos vosotros. Debéis comprender los riesgos.

—¿Y qué ocurre si nos negamos a ir? —preguntó Widi.

—En ese caso podréis seguir con vuestras vidas en libertad —dijo Zomi—. No habrá cargos contra vosotros, ni amenazas, ni castigos. Si os unís al emperador y a mí, lo haréis por voluntad propia.

Los miembros de la banda se miraron unos a otros. Menos Mota, el resto parecía indeciso.

—Todos habéis oído las historias más recientes de los refugiados y algunos incluso habéis hablado con ellos —dijo Zomi—. Así que conocéis la verdad de lo que está ocurriendo en Dara Irredenta. Me temo que la emperatriz cree que la paz y la prosperidad que tenemos

en el territorio original de Dara son demasiado preciosas para arriesgar una guerra, y jamás autorizará una invasión, ni siquiera cuando expire el tratado de paz.

—¿Cómo puede un ejército privado, sin el respaldo de la riqueza del imperio, tener alguna oportunidad contra el poderío de los lyucu? —preguntó Widi.

—Por eso estoy solicitando vuestra ayuda. El emperador no contará con muchos recursos o soldados, y no puede recrear la magnífica flota que se enfrentó a los lyucu en el golfo de Zathin hace casi una década. Mientras que los lyucu se habrán hecho más fuertes entre tanto, el emperador cuenta con un poder muy inferior. Bien es cierto que guarda algunas sorpresas que os revelaré cuando le veamos, pero no son suficiente. Lo que necesita son inventos ingeniosos, amplificadores de poder para superar a un enemigo muy superior.

—Como cuando La Espléndida Jarra venció a El Cofre del Tesoro —murmuró Rati Yera.

Zomi asintió.

—Pero hay una amenaza aun más grave en el horizonte. Lo que no sabéis —de hecho, pocas personas en Dara saben— es que el Muro de las Tormentas volverá a abrirse en menos de dos años, y posiblemente llegarán refuerzos para los lyucu.

La banda exclamó consternada.

—La emperatriz ha mantenido esta información en estricto secreto por temor a que se extendiera el pánico entre la población, pero parece que basa todas sus esperanzas en el continuo apaciguamiento de los lyucu en lugar de arriesgarse a una guerra. El emperador y yo, por el contrario, creemos que la preparación de una fuerza invasora no solo es necesaria para rescatar al pueblo de Dara Irredenta, sino cuestión de supervivencia para toda Dara.

Mota, que había guardado silencio hasta ahora, habló finalmente.

—La mariscal podría haberse quedado en casa, negándose a que su nombre cargara con la mácula de la traición, mientras los lyucu invadían las islas. Nosotros también podríamos no implicarnos y vivir como hasta ahora mientras la oscuridad desciende sobre Dara. Pero ¿es esa una vida en libertad? La mariscal decidió salir de casa, soportar la carga de que la llamaran traidora y blandir la espada por Dara. Ahora que conocemos la verdad sobre su vida, ¿podemos ser menos que ella?

—Si debemos convertirnos en traidores para salvar a Dara, que así sea —dijo Widi.

El resto de la banda asintió.

Así que Rati Yera trabajó días enteros para reparar los sellos rotos

de los manuscritos, mientras sus compañeros recogían sus posesiones en Ginpen y se despedían de sus amigos. No habría ningún juicio por traición —no cuando estaba en juego una conspiración mucho mayor.

Mientras Zomi daba las últimas instrucciones a Kita Thu, el arconte de los laboratorios imperiales de Ginpen, la Banda de las Flores inspeccionó las carretas para confirmar que sus inventos y artefactos iban seguros.

—Deja que llame a algunos hombres para que te lleven hasta tu carreta, maestra Yera —gritó Kita Thu, al ver los esfuerzos de Rati para mover su silla de ruedas por el irregular terreno. A pesar de las manivelas y de los engranajes, tenía que hacer un gran esfuerzo para avanzar. La silla parecía más pesada de lo que aparentaba.

Rati Yera lo desestimó.

—No, no. Mota puede llevarme. Prefiero sus manos firmes —Mota Kiphi llegó hasta ella y empujó con facilidad la silla para salvar un surco del terreno, mientras la banda continuaba con su inspección, charlando animadamente.

Estaban nerviosos e ilusionados. Zomi había previsto un papel para cada uno de ellos, adaptado a sus capacidades, y todo prometía que estaban al inicio de una nueva gran aventura.

En la parte final de la caravana se alinearon las carretas que transportaban a los prisioneros. Los cabecillas de los piratas —tanto los capturados en el mar como aquellos pillados en El Cofre del Tesoro — abarrotaban varias carretas con barrotes custodiadas por soldados. Tiphan Huto, con aspecto abatido, tenía una jaula para él solo. Al estar acusados de piratería, de secuestro, de prestar apoyo a los lyucu y otros muchos delitos castigados con la máxima pena, los prisioneros tenían que ser llevados a la capital, donde les juzgaría un tribunal especial supervisado por el Consejo Interno.

En ese momento, Tiphan estaba bastante contento de ocupar esa carreta-jaula; no podía imaginar tener que enfrentarse con sus furiosos sobrinos, primos y con los ancianos de la familia, que podían perder prácticamente todas sus propiedades por culpa de sus malas decisiones. Gran parte de los activos del clan ya habían sido inmovilizados. Una vez condenado por el tribunal, la mayor parte de los negocios y propiedades de los Huto, básicamente todo aquello que Huto había tocado, pasaría a poder del estado.

—¿Dónde está Kinri? —preguntó la princesa Fara. Se encontraba junto a Aya Mazoti a la cabeza de la caravana, aguardando impaciente a que se pusiera en marcha.

—¿Tú te has visto? —dijo Aya Mazoti—. No puedes hablar conmigo ni diez minutos sin sacarle a colación.

—No es eso —dijo Fara sonrojándose—. Es solo que no le he visto en toda la mañana.

—Relájate, no es ningún niño que pueda perderse. Iré a buscarle; pero, te aviso, no puedes ir a su lado.

—¿Por qué no?

—¡Se supone que soy tu carabina! Así que tendré que ir sentada entre los dos todo el camino hasta Pan…

—Oh, ahora te la estás buscando…

Pero Aya ya había salido corriendo entre risas a buscar al chico por la caravana.

Fara suspiró. Desde que regresó de la misión contra los piratas, Aya parecía más taciturna y alicaída, como si sus experiencias en el mar la hubieran cambiado, le hubieran hecho parecer más «mayor», pero también le hubieran hecho dudar de quién era. Fara suponía que lo mismo le había ocurrido a ella; en estos meses pasados en Ginpen había aprendido mucho sobre la vida de la gente, pero también sobre su propio corazón, y se sentía una persona diferente. Era estupendo poder pasar unos momentos con Aya en los que ambas podían sentirse tan despreocupadas y alocadas como solían ser antes.

Aya regresó un rato después, con aire perplejo.

—No lo encuentro en ninguna parte.

Fara, llena de inquietud, fue a buscar a Zomi.

Le encontraron en lo alto del farallón, con las piernas colgando sobre los acantilados que se proyectaban sobre las aguas del golfo de Zathin.

Por un momento Zomi sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo hasta aquel día, hace años, en que Théra y ella se sentaron en ese mismo lugar, cuando por primera vez se confesaron sus sentimientos. Le invadió un momentáneo vahído y osciló inestable sobre sus pies. Miró al sol y musitó *te quiero*, con la esperanza de que la brillante esfera, como un espejo, reflejara su mensaje al otro lado del Muro de las Tormentas, hasta el borde del mundo donde su amada se encontraba.

Pero hay otros asuntos de los que ocuparse aquí y ahora, se recordó a sí misma.

Él no se dio la vuelta cuando las dos mujeres se acercaron.

—Kinri —dijo Fara—, es hora de marchar.

Al principio no dijo nada. Una gaviota que volaba en lo alto lanzó un chillido que rompió el silencio al tiempo que se lanzaba sobre el lejano mar en busca de algún pez.

—Mi nombre es Savo Ryoto.

Aunque el sol seguía brillando con fuerza, a Fara le pareció sentir una sombra por encima y una fría ráfaga en el corazón.

—Ese podrá ser el nombre que recibiste al nacer —dijo Zomi Kidosu sin alterar la voz—, pero no es un nombre que pertenezca a Dara. Para aquellos que te quieren, eres Kinri Kidosu.

—Una señal —murmuró, con la mirada fija en el mar—. He estado buscando una señal de los dioses que me indicara qué debo hacer, pero no se ha producido ninguna.

—¿Qué señal necesitas? —preguntó Zomi—. Yo estoy aquí, lo mismo que Fara. Somos tu familia. ¿Acaso el amor de una princesa y de la ministra más poderosa de estas islas no es suficiente señal?

—Hay otras personas que me quieren. Mi madre, Goztan Ryoto, thane de las Cinco Tribus del Asta.

Zomi se estremeció y sus ojos brillaron con odio, pero mantuvo la voz calmada.

—Naciste fruto de un acto de dominio, pero no estás manchado por los pecados de tu madre. Eres inocente, como lo son todos los hijos de Dara.

—¿Cómo puedes juzgarla si no la conoces? Antes de partir al exilio me entregó el caparazón que él había grabado. ¿Cómo puedes decir que a ella no le importaba él o que a él no le importaba ella…?

—¡*No* eran iguales! —gritó Zomi, incapaz de aguantar más su rabia —. Ella era la conquistadora, y él, el esclavo. ¿Cómo puedes hablar de otra cosa que no sea la injusticia y la venganza?

—En Ukyu, él era el conquistador, y ella, la esclava.

Zomi temblaba de furia.

—¿Cómo te atreves a hacer esas falsas equivalencias…?

—¡Ninguno de nosotros conoce la verdad! —dijo el joven. Tras un instante, añadió—: Dices que soy un hijo de Dara, pero también soy un hijo de Ukyu. Mi maestra Nazu Tei me dio mi nombre dara, pero mi madre me dio mi nombre lyucu. Yo soy ambos. No puedo renegar de quién soy.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto Fara, cada vez más nerviosa y confusa.

Él la miró, con la cara llena de pena.

—Lo siento. Ojalá pudieras seguir siendo Diente de León y yo Kinri. Pero tú no eres Diente de León, y yo no soy Kinri.

—Pero sí que lo *eres*; y yo lo *soy*. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado.

Zomi, que había conseguido finalmente controlar sus emociones, intervino.

—¿Qué pretendes hacer?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. Zomi, me dijiste que, una vez en Pan, tendré que

contarte todo lo que sé sobre la corte y el ejército lyucu para ayudaros a ti y a la emperatriz a conspirar contra Kriphi, para colaborar con el emperador Monadétu en sus planes de invasión. Pero no puedo hacer eso, igual que no puedo volver a Rui y contarles todos los secretos que he aprendido sobre Dara, ayudarles a que os derroten —su voz se quebró—. ¿Cómo voy a ayudar a mi hermana a matar a mi madre? ¿Cómo voy a ayudar a mi madre a matar a mi hermana?

—Pero no elegir es también una elección —dijo Zomi—. Naciste como Savo Ryoto, y ahora tienes la oportunidad de convertirte en Kinri Kidosu. Si no la aprovechas estarás eligiendo un legado de barbarie y muerte, en lugar de un futuro de vida con personas que te aman. ¿Es eso lo que realmente quieres?

—Lo que realmente quiero —dijo el joven— es no saber lo que sé, no sentir lo que siento, no haber experimentado lo que he experimentado, no ser lo que soy. Pero ni siquiera los dioses pueden concederme este deseo. Las cosas terribles que hicieron mi madre y su gente las hicieron también en nombre de Ukyu-taasa, lo que quiere decir también en mi nombre. Las cosas terribles que mi maestra, mi padre y su gente sufrieron, las sufrieron en nombre de Ukyu-taasa, también en mi nombre. No puedo eliminar ninguna de estas verdades como tampoco puedo arrancarme el corazón.

»Pero nunca supe que mi padre era mi padre, mientras que sé que mi madre se ha jugado la vida por mí, por mi futuro. No puedo renegar de ella. Mi nombre es Savo Ryoto, hijo de Goztan Ryoto, hija de Dayu Ryoto. Estoy al servicio de Ukyu-taasa como thane-taasa de las Cinco Tribus del Asta.

Con un grito prolongado y desgarrador, Fara dio la vuelta y echó a correr montaña abajo.

—Has tomado tu decisión, así que yo tomaré la mía —dijo Zomi monótonamente—. Vendrás conmigo a Pan, no como mi hermano, sino como un espía lyucu. Si insistes en ser un thane-taasa de los lyucu, yo debo cumplir mi deber como secretaria de clarividencia de Dara.

Savo Ryoto asintió.

Viajaba en medio de la oscuridad.

En lugar de meterlo en una carreta con barrotes, Zomi decidió llevarlo en una carreta normal con todas las cortinas cerradas. Tal vez pensó que el aislamiento le haría cambiar de opinión.

Un destello de brillante luz al alzarse las cortinas; la fragancia de dientes de león y rosa rupestre; un cuerpo cálido apretado contra el suyo.

—No me importa si eres lyucu, dara, ayudante de camarero o espía

—dijo Fara—. Tú siempre serás mi Kinri y yo siempre seré tu Diente de León, ¿no basta con eso?

Debería bastar, pensó, *debería bastar*.

—Pero esa no es la verdad —dijo con voz ronca—. Y en el amor no hay lugar para mentiras.

—Olvida el pasado. Olvida la historia. Seamos como los flujistas de antaño, que vivían sus vidas en libertad, mantenidos a flote por el amor y sin agobiarse por nada.

Él cerró los ojos. Qué bella escena había descrito. Qué hermosas imágenes.

—Pero no somos personajes de un romance épico —dijo él—. Tú quieres a tus hermanos, a tu hermana, a tu madre-tía, a tus padres. Yo quiero a mi madre, a mi hermana, a mis amigos de la niñez, los naros que me enseñaron a luchar y a cabalgar. Pero tu madre y tu hermano quieren empujar al mar al pueblo de mi madre, que es también mi pueblo, y regodearse con sus gritos de lamento.

»Estamos inmersos en hilos de amor y de odio, en una red que reluce bajo el sol de la historia, engalanados con perlas de sangre y fragmentos de hueso. ¿Cómo podemos vernos mutuamente tal como merecemos ser vistos sin reconocer la verdad?

Sentía la mano fría de ella junto a la suya. Estaba temblando.

—Entonces, ¿este es el final?

La visión de Kinri se hizo borrosa y el nudo de su garganta se negaba a descender. Metió la mano dentro de la túnica y sacó el pañuelo que ella le había regalado.

Poniéndoselo en su mano, le dijo:

—Nunca llegué a abrirlo.

Como si eso fuera a apaciguar su dolor, como si eso le devolviera su entereza.

Ella retiró la mano.

—El amor, una vez se entrega, no puede cancelarse.

Un brillante destello y había desaparecido. Su calor y su perfume permanecían en el aire.

Cerró los dedos y el pañuelo seguía ahí, suave contra la palma de su mano.

Las lágrimas se deslizaban sin ruido por su rostro.

Otro destello, esta vez más prolongado. Varias figuras entraron al carruaje. Apretó el pañuelo protectoramente contra su pecho y las miró con miedo.

¿Habían llegado ya los clarividentes? ¿Lograría llegar hasta Pan, la mística Ciudad Armoniosa?

Se hizo de noche antes de que Zomi decidiera ir a ver a su hermano.

Todo un día a solas, en el interior oscuro de un carruaje cerrado, con la única compañía de sus pensamientos, debería tener un efecto saludable en esa actitud testaruda.

Abrió la cortina, la dejó enrollada y entró.

—Kinri —empezó a decir— he estado…

Se detuvo porque quien la saludaba era un sonriente Widi Tucru.

—¿Qué…? ¿Por qué…? ¿Cómo…? —balbuceó.

Su mente retrocedió a otro momento del día, cuando Widi, Mota y Arona dijeron sentirse cansados de ir en carruaje y solicitaron caballos para adelantarse y tomar el aire. Preocupada como estaba, accedió a su petición sin pensarlo mucho. Era evidente lo que había ocurrido. El «Widi» que se había alejado cabalgando no era en absoluto Widi, y no había regresado.

—No culpes a las Flores —dijo una voz a su espalda.

Zomi se giró de golpe. Era Fara.

Tenía la cara inundada de lágrimas, pero levantaba la barbilla de modo desafiante.

—*Yo* he sido la mente maestra.

—¿Cómo has podido dejar que se fuera? ¡Se niega a ser dara! ¿No comprendes el riesgo…?

—Él no hará daño a Dara. Ama estas islas. Nos ama.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque sé distinguir las historias verdaderas de las falsas.

Zomi suspiró. Se tragó la orden de ir en su persecución.

El amor nos hace cometer actos extraños.

«Eso no se ha resuelto como debería haberse resuelto. ¡Con tantas señales como le ofrecimos al muchacho! ¡Tantas!».

«Para ser justos, hasta a mí me costó trabajo comprender vuestras señales».

«Eso es porque, querámoslo o no, hemos estado haciendo lo que Lutho nos pidió antes de irse. Hemos dejado de confiar en los misterios…».

«… ¡Pero hemos dado empujoncitos! ¡Hemos hecho guiños! ¡Hemos cosquilleado las alas de la casualidad y hemos soplado las velas de la fortuna!».

«Ni siquiera un matemático mortal con la pericia de Luan Zya habría sabido con certeza si un acontecimiento ha traspasado el ámbito de la coincidencia entrando en la esfera del oráculo. La casualidad, después de todo, es inherente a la naturaleza del universo. Ojalá esto os enseñe a todos una lección sobre la futilidad de la intromisión».

«Nunca pensé que llegaría el día en que defenderías lo mismo que Lutho, Tazu».

«Me malinterpretas, hermano. Puede que la vieja tortuga y yo queramos

que los dioses intervengan menos, pero nuestras razones son completamente distintas. Cuantos más mortales comprendan el universo —o "pesen el pescado", como dicen ellos con tanta crudeza—, menos espacio habrá para las maravillas divinas y mayor será el papel asignado a la simple casualidad. Estoy encantado de ver cómo mis dominios aumentan a costa del resto de vosotros».

«¿Por qué, egoísta y engreída trampa de peces, demonio despiadado frío y obstinado del caos…?».

«¡Ya basta, hermanos y hermanas! Esta disputa no nos lleva a nada. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cuál es nuestro plan?».

«¿De verdad alguno cree que un amor puede decidir el destino de Dara? ¿Que esas facciones con el corazón lleno de odio depondrán sus espadas y las fundirán para fabricar agujas de gancho y varas de pastor solo porque dos jovencitos se han enamorado? ¡Esa clase de pensamientos bobos basados en quimeras son propios de los narradores de historias de las casas de té y los dramaturgos aficionados, no pertenecen a la realidad!».

«¿Esperad! Ese nunca *fue el plan. Yo pensaba que estábamos intentando proporcionar información de inteligencia…».*

«Yo pensaba que intentábamos reunir un equipo de consejeros de talento…».

«Yo pensaba que íbamos a enseñar una lección de la experiencia…».

«Yo pensaba que solo queríamos buena comida».

«¿Me estáis echando la culpa?».

«Creo que debemos aceptar…».

«¡Espera! ¡Espera! ¿Alguien ha muerto y te ha nombrado árbitro de la realidad?».

«Bueno, detesto decirlo, pero en realidad ninguno de nosotros puede morir, ese es el punto…».

«Es increíble. ¿Así que hemos estado dando palos de ciego para lograr objetivos contrapuestos? ¿Ninguno de nosotros compartimos el mismo plan?».

«Ahora entenderéis por qué a los humanos les resulta tan difícil saber lo que queremos, cuando ni siquiera lo sabemos nosotros. Pero no me veis enfadado por…».

«Por supuesto que estás feliz, Tazu. Te encanta que acabemos riñendo y con recriminaciones mutuas…».

Demasiado ruido. Demasiada confusión. Era imposible saber quién decía qué, cuándo, dónde, por qué, cómo».

Al final las oleadas retóricas fueron remitiendo, se apagaron las erupciones argumentativas, se calmaron las tormentas grandilocuentes».

«Parece que lo único que hemos logrado es facilitar un pequeño drama

mientras los mortales hacían lo que querían. Pensar que creíamos que éramos nosotros quienes manejaban las marionetas…».

«¿Por qué nos molestamos en entrometernos en sus asuntos? Nunca sale como queremos…».

«… ¿Pero cómo vamos a dejar de intentar salvar esta tierra, que es tanto nuestra como suya? Está en nuestra naturaleza, hermana, mi otro yo».

«Ahí radica la causa de todas nuestras penas».

«Pero no todos estamos tristes. Hermanita, ¿por qué pareces tan tranquila? Tu pareja de tortolitos ha volado».

«No puedo decir que me complazca que se hayan separado, pero tampoco me siento descorazonada. El muchacho tenía razón: los mortales no son arrecifes solitarios, una roca pelada varada en el amplio y vacío mar, sino nudos en una enrevesada red tejida con finos hilos de amor que se extienden por el tiempo y el espacio, que limitan tanto como dan apoyo. Si Savo y Fara se comportaran de un modo diferente a como lo han hecho estarían renegando de su naturaleza. La vida no es y no debería ser un único gran amor».

«Ese es un sentimiento sorprendente para una diosa del amor».

«¿Quién dice que los profesores no pueden aprender de los alumnos, o los dioses de los mortales? Igual que los mortales deben enredarse en amores conflictivos mientras dan tropiezos durante su brevísima vida, por mucho dolor que les causen, nosotros debemos enredarnos en el amor por esta tierra, por muy fútil que resulte en ocasiones ese esfuerzo».

«¿Estás diciendo… que deberíamos seguir entrometiéndonos, a pesar de nuestros fracasos?».

«Yo creo… que cada uno debería ayudar a quien tiene a su cargo lo mejor que pueda. Pero todos podemos tratar de ser un poco más humildes y escuchar más que hablar, observar más que presionar. Ya que parece que no podemos ponernos de acuerdo en un plan unificado mediante el debate, confiemos en las inclinaciones personales de nuestros mortales favoritos. No pueden actuar de modo diferente al que les dicta su naturaleza, y nosotros tampoco. A lo mejor esa era la idea que Lutho intentaba transmitir».

Los dioses de Dara meditaron sobre este misterio.

Una cosa era segura: habría menos encuentros como este en el futuro, muchos menos intentos de alinearse, limitarse, definirse.

La libertad de cada individuo para elegir su propio relato motivaba a los dioses tanto como a los mortales.

GLOSARIO

DARA

anojiti: Neologismo formado a partir de raíces del anu clásico para describir al pueblo dara, creado en respuesta a la invasión lyucu.

cashima: Estudioso/a que ha aprobado el segundo nivel de los exámenes imperiales. El término significa «practicante» en anu clásico. Un *cashima* está autorizado a llevar los cabellos recogidos en un moño de triple rodete y a portar espada. Los *cashima* pueden trabajar como funcionarios al servicio de magistrados y alcaldes.

cruben: Ballena recubierta de escamas con un cuerno que sobresale del centro de su cabeza; símbolo del poder imperial.

cüpa: Juego que se desarrolla moviendo piedras blancas y negras sobre una cuadrícula.

dyran: Pez volador, símbolo de la feminidad y signo de buena suerte. Está cubierto de escamas con los colores del arcoíris y tiene un pico afilado.

firoa: Cashima que alcanza este rango al obtener una de las cien mejores calificaciones en el Gran Examen. El término significa «buen partido» en anu clásico. En función de su talento, los *firoa* ocupan puestos en la administración imperial, asesoran a señores feudales o entran en la Academia Imperial para dedicarse al estudio o investigación.

géüpa: Postura informal para sentarse, con las piernas cruzadas y dobladas bajo el cuerpo y los pies colocados debajo del muslo opuesto.

halcón mingén: Variedad de halcón extraordinariamente grande original de la isla de Rui.

jiri: Reverencia que realiza la mujer cruzando las manos frente al pecho en un gesto de respeto.

kunikin: Recipiente grande para beber, con tres patas.

mipa rari: Postura formal, de rodillas, con la espalda recta y el peso distribuido uniformemente entre las rodillas y los dedos de los pies.

moaphya: Antiguo instrumento anu de metal, que consta de varias planchas rectangulares, que se golpean con un macillo para obtener distintos tonos.

mutagé: Traducido según los casos como «fe-misericordia» o como «lealtad-beneficencia», es una de las principales virtudes de los

antiguos anu. Hace referencia a la dedicación al bienestar del pueblo en su conjunto, más allá del propio interés o de la preocupación por la familia y el clan.

ogé: Gotas de sudor. Las islas Ogé se formaron supuestamente de las gotas de sudor del dios Rufizo.

pana méji: Estudioso/a que ha obtenido un resultado notable en el Gran Examen y que tiene la oportunidad de participar en el Examen de Palacio, donde el propio emperador evalúa las cualidades de cada candidato y le asigna un rango. El término significa «en la lista» en anu clásico.

pawi: Avatares animales de las deidades de Dara.

raye: Descendiente de prisioneros de guerra, la casta social más baja en los tiempos de los estados Tiro.

Rénga: Título honorífico utilizado para dirigirse al emperador.

thakrido: Postura extremadamente informal para sentarse, con las piernas estiradas al frente; se utiliza solo con las personas más cercanas o inferiores socialmente.

thasé-teki: Literalmente «gusano de invierno-hierba de verano», organismo híbrido formado por un hongo y una especie particular de oruga subterránea a la que infecta el hongo. El micelio se extiende lentamente por todo el cuerpo de la oruga hasta llegar a matarla, para brotar después sobre el suelo en forma de estroma parecido a la hierba. Llamado «hierba oruga» en lengua vernácula, tiene múltiples usos en fitoterapia.

-tika: Sufijo que expresa afecto entre miembros de una familia.

toko dawiji: Estudioso/a que ha aprobado el primer nivel de los exámenes imperiales. El término significa «el elevado» en anu clásico. Un *toko dawiji* está autorizado a llevar los cabellos en un moño de doble rodete.

tunoa: Uvas.

zamaki: Juego de guerra entre ejércitos enemigos compuesto por piezas como el rey, la consorte, el barco, el consejero, el asesino, el caballo, la cometa y otras.

LYUCU / AGON

arucuro sana: Literalmente, «huesos que hablan»; ideogramas construidos con partes de animales utilizando principios derivados de los arucuro tocua y del anu clásico.

arucuro tocua: Literalmente, «huesos vivientes»; creaciones articuladas hechas con huesos, tendones, cuernos, astas y otras partes de animales.

garinafin: Bestia voladora que arroja fuego en la que se basa la cultura de los lyucu. Su cuerpo tiene el tamaño aproximado de tres elefantes y posee una cola larga, dos patas con garras, un par de alas de piel correosa y un cuello esbelto, como una serpiente, coronado por una cabeza astada, como la de un ciervo.

kyoffir: Bebida alcohólica hecha con leche fermentada de garinafin.

pédiato savaga: Literalmente, «viaje del estómago», práctica funeraria de las planicies consistente en dejar los cadáveres expuestos a los elementos y a los animales carroñeros.

pékyu: Título otorgado al líder de los agon o de los lyucu.

pékyu-taasa: Título otorgado a los hijos de los pékyus; en ocasiones se traduce al dara como «príncipe» o «princesa».

tanto-lyu-naro: Nómadas sin tribu de Ukyu-Gondé que no siguen las costumbres de los lyucu o de los agon y renuncian a participar en cualquier tipo de guerra. Literalmente, «guerreros que no hacen la guerra».

togaten: Literalmente, «animal pequeño»; insulto utilizado para nombrar a los mestizos descendientes de lyucu y nativos dara.

tolyusa: planta con propiedades alucinógenas cuyas bayas son esenciales para la correcta reproducción de los garinafins.

votan-ru-taasa: Literalmente, «más mayor y más pequeño»; hermanos.

votan-sa-taasa: Literalmente, «más mayor y más pequeña»; hermanas (o hermanos y hermanas).

LISTA DE ARTEFACTOS Y MONTURAS SELECCIONADOS

Espina de cruben: Puñal hecho con un diente de cruben y, por tanto, invisible para los detectores de imán; arma favorita de los asesinos. Un rebelde de Gan fue el primero en intentar matar al rey Réon de Xana con ella. Posteriormente la usó la princesa Kikomi contra Phin Zyndu, y finalmente la consorte Risana contra sí misma.

Na-aroénna, La que Acaba con las Dudas: Espada extraordinariamente pesada construida por el maestro espadero Suma Ji para Dazu Zyndu, mariscal de Cocru. Con un alma de bronce y un revestimiento de acero forjado por mil golpes, fue templada en la sangre de un lobo. Posteriormente fue el arma de Mata Zyndu, Gin Mazoti y Phyro Garu sucesivamente.

Goremaw: Maza de madera de argán reforzada por anillos de dientes incrustados en el extremo usado para golpear. Blandida por Mata Zyndu, era la compañera de Na-aroénna.

Réfiroa: Corcel de guerra de Mata Zyndu, el «Buen compañero».

Gitré Üthu: «Conócete a ti mismo», título de un libro en anu clásico. Según la leyenda, fue un regalo de los dioses a Luan Zyaji. Se suponía que el libro mostraba revelaciones divinas, pero solo de aquello que el usuario ya sabía. Luan lo llevaba en su travesía al otro lado del Muro de las Tormentas y posteriormente se lo entregó a su discípula Zomi Kidosu.

Mordedor: Garrote de guerra reforzado con dientes que Huluwen de Tan Adü regaló a Dafiro Miro.

Simplicidad: La espada de Mocri Zati, campeón de Gan. Al ser derrotado por Mata Zyndu, este se la regaló a Ratho Miro, uno de los guardias personales del hegemón.

Langiaboto: Hacha de guerra fabricada con una costilla y una garra de garinafin; estuvo durante generaciones en poder del clan Aragoz, la familia gobernante de los agon. El nombre significa «autosuficiente» en la lengua de las planicies. Posteriormente Tenryo Roatan se apoderó de ella y la convirtió en el símbolo del dominio lyucu.

Gaslira-sata, la Mordedora de Paz: Hacha de guerra de Goztan Ryoto, fabricada con el colmillo de un tigre de colmillos y cuatro costillas de garinafin joven unidas con tendones retorcidos de lobo fiero.

NOTAS

El trono velado y *Huesos que hablan* fueron concebidos como un relato continuado y como tal deben leerse. *(¡Huesos que hablan* será publicado próximamente!).

Unas cuantas notas específicas sobre este libro:

Se cree que la cámara oscura fue originalmente inventada por los mohistas.

Las máquinas de Rati Yera que podían seguir instrucciones están basadas en los carros móviles de Herón de Alejandría y los telares de patrones de la dinastía Han de China. Para saber más de estas asombrosas máquinas, véase, entre otros, «A programable robot from 60 AD 2611», de Noel Sharkey (*New Scientist,* 2007); y «The earliest evidence of pattern looms: Han Dynasty Tomb Models from Chengdu, China», de Feng Zhao et al (*Antiquity* 91.356, 2017: 360-374). Como curiosidad, el carácter chino para «máquina» 機 se basa en la forma estilizada de un telar mecánico.

El molino sedamótico de Dara se basa en los mismos principios que movían la rueda eléctrica de Benjamin Franklin de 1748.

Para más información general sobre narración oral y literatura, véase Walter J. Ong, *Orality and Literature*, Routledge, 2013.

El poema que Zomi escribió a Théra está en parte reformulado a partir del poema anónimo de la dinastía Han《飲馬長城窟行》.

Las acciones de Ro Taça de Rima en la legendaria partida de *cüpa* están inspiradas en el diálogo en《禮記·檀弓上》, en donde aparece la siguiente cita:「謀人之軍師, 敗則死之;謀人之邦邑, 危則亡之。」(«Un asesor militar debería morir si su ejército es derrotado; un consejero del soberano debería morir cuando pone al país en peligro»).

Estoy profundamente agradecido a las siguientes personas por su ayuda en la producción de este libro: Joe Monti (editor extraordinario); Russell Galen (el mejor de los agentes); Danny Baror y Heather Baror-Shapiro (derechos internacionales); Angela Cheng Caplan (derechos de difusión); John Vairo y Lisa Litwack (dirección artística); Sam Weber (cubierta); Robert Lazzaretti (mapa); Valerie Shea y Alexandre Su (revisión de textos); Lauren Truskowski y Kayleigh Webb (marketing y publicidad); Madison Penico (asistencia para el manuscrito); Caroline Pallotta, Kaitlyn Snowden, Kathryn Kenney-Peterson, Alexis Alemao (edición y producción

administrativa).

Me gustaría también dar las gracias a las muchas personas que me ayudaron durante la escritura de este libro, bien leyendo borradores, bien aportando ideas, proporcionándome asistencia técnica o dándome ánimos: Anatoly Belilovsky, Dario Ciriello, Elodie Coello, Elías Combarro, Kate Elliott, Nathan Faries, Barbara Hendrick, Crystal Huff, Emily Jin, Allison King, Leticia Lara, Anaea Lay, Felicia Low-Jimenez, John P. Murphy, Erica Naone, Tochi Onyebuchi, Emma Osborne, Bridget Pupillo, Achala Upendran, Alex Shvartsman, Carmen Yiling Yan, Christie Yant, Florina Yezril, Caroline Yoachim y Hannah Zhao.

Y, lo más importante, nunca podría haberlo terminado sin la ayuda de mi familia: Lisa, Esther, Miranda, os quiero.

Gracias, lector, por haber viajado conmigo tan lejos, hasta Dara y Ukyu-Gondé. La historia de Dara no ha terminado. Te veré en *Huesos que hablan*, el libro final de la Dinastía del Diente de León.

ÍNDICE

Nota sobre la pronunciación, la transcripción y la traducción
Los principales personajes

SEMILLAS ENTERRADAS

Una carrera nocturna
Una expedición secreta
Mensaje en un caparazón de tortuga
Narradores de historias
Derecho de nacimiento
Es mi naturaleza

BROTES VERDES

Persecución más allá de las tormentas
Espectáculo de sombras
El percebe y la ballena
La llamada de la tribu
El polizón
Lurodia Tanta
Una bienvenida poco grata
Compromiso

RETOÑOS AZOTADOS POR LA LLUVIA

La cámara oscura
El templo de Péa-Kiji
Pan de luna
El trono velado
Espías
Huesos vivientes
Cálculos
Una partida de *zamaki*
Lección sobre la verdad
Prisioneros
El juicio

Festival de Invierno
Exiliados
Refugiados

RAMAS ACARICIADAS POR EL SOL

El Gran Examen
El foso
La huida
La representación
El tesoro
La Banda de las Flores
Conoce al enemigo
Dos thanes
Primer concurso: Parte I
Obediencia
Primer concurso: Parte II
Cartas
Una maldición
Segundo concurso
El Mar de las Lágrimas
Tercer concurso
Sola
El Último Mordisco
Familia

Glosario

Lista de artefactos y monturas seleccionados

Notas

Créditos

Título original: *The Veiled Throne*
Publicado por acuerdo con el autor, c/o Baror international, inc, armonk, Nueva York, USA Edición en formato digital: 2023

Copyright © Ken Liu, 2021
Map copyright: © Robert Lazzaretti, 2021
© de la traducción: Francisco Muñoz de Bustillo, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-234-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.